
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01646026 3

Escritores Místicos Españoles

Tomo I

Nueva Biblioteca de Autores Españoles
bajo la dirección del
Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
16

Escritores Místicos Españoles

Tomo I

Hernando de Talavera,
Alejo Venegas, Francisco de Osuna, Alfonso de Madrid.

Con un discurso preliminar
de
Don Miguel Mir, Pbro.
de la Real Academia Española.



Madrid
Casa Editorial Bailly//Baillière
Plaza de Santa Ana, núm. 10.
1911

BV
5072
L55
c.1

DISCURSO PRELIMINAR

I

Antes de dar cuenta de los tratados que contiene este volumen de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, cumple advertir que el título que lleva de *Escritores místicos* no le es del todo apropiado.

Es la Mística la parte más elevada del sistema ó conjunto de relaciones del hombre con Dios que profesa el Cristianismo.

La Moral enseña los principios á que debe atenerse el alma humana en el orden de su vida respecto de seguir lo bueno y de resistir y rechazar lo malo.

La Ascética, descendiendo á la aplicación más práctica y delicada de estos principios, trata de las virtudes ó hábitos morales, por los cuales el hombre destierra de sí los vicios y granjea y se adorna de las virtudes, logrando de esta manera la perfección á que debe aspirar como sér racional y responsable ante Dios y ante los hombres.

Perfeccionado ya el hombre en sus hábitos morales, unido á Dios con su voluntad y adornado de las virtudes convenientes, puede ser levantado á alteza más encumbrada.

«Cuando el hombre, dice un escritor antiguo [1], está en gracia de Dios, entre los otros bienes espirituales posee una cualidad ó hábito excelentísimo, que es la sabiduría, que se cuenta entre los dones del Espíritu Santo y que está en el entendimiento; y cuando le place á Dios Nuestro Señor, concurre con auxilio especial y admirable luz; y entonces el entendimiento, con aquel hábito de sabiduría y juntamente con aquel auxilio divino, produce un acto nobilísimo, que se llama contemplación; el cual acto no es un conocimiento ordinario, sino extraordinario, y tan eficaz que viene á terminarse en el afecto, causando un incendio grande de amor divino en la voluntad.»

[1] Fray Juan de Jesús María en su *Escuela de Oración*, tratado XII.

Por este medio, y con esa noticia experimental de Dios, y con el amor que se sigue de ella, engéndrase en el alma un estado ó manera de ser que maravillosamente la aviva y transforma, haciéndola hasta cierto punto participante de la vida divina.

A ese estado, ciertamente muy extraordinario, pocos llegan, aun de los que andan en las vías del espíritu. Es don de Dios muy señalado, y, generalmente hablando, supone disposición ó preparación muy señadada también y muy especial de la parte del hombre.

Ese estado es el estado místico. Místicos se llaman los que llegan á él; Teología mística, la ciencia que trata de él, y escritores místicos, los que explican ó enseñan esa Teología; como se llama Teología ascética, ó Ascética simplemente, la Teología que trata del ejercicio de las virtudes, y teólogos ó escritores ascéticos los que enseñan la forma y manera de ejercitarlas.

Escritores místicos son Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Fr. Juan de los Angeles; escritores ascéticos son Fr. Luis de Granada, el. P. Alonso Rodríguez, y escritores morales, cuantos tratan de las leyes y preceptos ya generales, ya particulares, que han de gobernar la conciencia humana.

Presupuestas estas definiciones de lo que es la Mística y la Ascética y la Moral, cosas que muchos suelen confundir, hay que confesar, y muy de grado, que los libros que componen el presente volumen de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* contienen poco de Mística propiamente dicha; más ciertamente contienen de Ascética y más aún de Moral, ya general, ya propiamente cristiana. Sólo alguna que otra vez asoma en ellos el misticismo; por lo cual, como se ha advertido, el título que lleva este tomo de *Escritores místicos* no le es del todo apropiado.

Pero había que darle algún nombre, y éste, aunque algo impropio, no ha parecido inoportuno, ya por la porción de Mística que contiene, ya por ser guía é introducción al tomo segundo, que, según es nuestra intención, contendrá mayor cantidad de misticismo.

Presupuesta esa advertencia, cumple hacer otra.

El caudal de nuestra literatura religiosa, moral, ascética y mística, es inmenso. Es un mar sin fondo y sin orillas. En este mar hay riquezas de toda clase, enseñanzas de todas las escuelas y obras de todas las tendencias y matices. En cada escuela ó tendencia hay gran variedad de maestros; cada cual de esos maestros tiene su particular manera de declarar y exponer las cosas, y aun en esta exposición particular hay mucha diferencia de modos y tratados ó libros, muchos de los cuales tuvieron gran crédito en su tiempo y no le han perdido todavía.

Escoger en este caudal inagotable de literatura religiosa, ascética ó mística, era muy difícil. Ceñirnos á época determinada, ó á una escuela, ó á un autor especial, ofrecía grandes inconvenientes, no siendo el menor el que con

esa restricción, estrechez ó parcialidad en ninguna manera se lograba el intento de esta *Biblioteca*, que es dar una idea ó trasunto del caudal intelectual, moral y religioso de la nación española en los siglos más florecientes de su historia.

En medio de tantos inconvenientes ha parecido acertado prescindir de escuelas ó tendencias, y, alargando la vista más allá de los linderos que ofrecen esas escuelas, fijarla en obras de autores de gran crédito y valor, pero que, tal vez por no pertenecer á escuela especial, yacen inmerecidamente en la oscuridad.

Hase buscado, además, otra cualidad, que, á nuestro juicio, debe avalorar muy principalmente esta colección; es á saber, que las obras que se escojan representen la manera especial de ser moral, religiosa y mística de la gente española, exenta de resabios extranjerizos, tal como fué de su propio natío.

Hase pretendido también que, como las ideas sean netamente españolas, lo sea también el lenguaje y la forma y desenvoltura de los pensamientos.

Finalmente, además de estas cualidades de las obras místicas que se ofrecen en esta colección, se ha atendido á la ortodoxia de las enseñanzas. En España, como en otras partes, hubo místicos heterodoxos, ya en la práctica, ya en la doctrina ó libros publicados por ellos; pero estos libros místicos, propiamente tales, fueron pocos, y su influencia en la manera de proceder de los españoles tan escasa, que apenas merece tenerse en cuenta. La secta de los alumbrados, mística era; mas su extensión fué muy limitada. Aun el famoso Miguel de Molinos, con la *Guía espiritual*, si tuvo en Italia secuaces y los tiene aún en algunas partes de Europa, en España fué apenas conocido. Por esta y por otras razones que se alcanzan á cualquiera, tales obras, hoy de curiosidad, en España por lo menos, casi puramente bibliográfica, no podían entrar en nuestra colección.

Bien delineado el intento de esta colección, pasemos á hablar de las obras que la componen.

II

Ocupan el primer lugar las de un varón famoso y gloriosísimo en la historia de España, pero cuya gloria no se ha reflejado debidamente en el campo de las letras castellanas: Fr. Hernando de Talavera.

Fué Fr. Hernando uno de los personajes más notables del reinado de los Reyes Católicos, hombre de gran virtud, de altísima prudencia y de cristiana razón de Estado.

En tal concepto, su memoria es imperecedera, su fama universal y de las que más enaltecen á nuestra nación. No hay historiador de aquellos tiem-

pos que no le pondere con los mayores elogios; pero los mismos que tanto ponderan y ensalzan á Fr. Hernando de Talavera como eclesiástico, como prelado y como político cristiano, dejan en la oscuridad al cultivador de las letras patrias.

A reparar esta injusticia va encaminada la publicación de algunos de sus escritos; reparación tardía sin duda, pero no extemporánea ni inoportuna.

Como preliminar de esta publicación, digamos primero algo de la persona de tan gran sujeto; no sin duda lo que merece la grandeza de su figura ó representación histórica, sí lo suficiente para que el lector forme alguna idea de la importancia de su labor científica y literaria ([1]).

Nació Fr. Hernando por los años de 1428, en la famosa villa que le dió su apellido.

Bien inclinado desde su niñez, clérigo primero y catedrático después en la Universidad de Salamanca, resplandeció siempre en todo linaje de virtudes. Habiendo entrado en la Orden de San Jerónimo, fué luz y ejemplo de sus hermanos. Como tal, fué elegido Prior del Monasterio de Santa María del Prado, cerca de Valladolid, uno de los principales de la Orden. En los varios trienios que desempeñó este cargo dió muestra de grandes talentos, siendo bien quisto de todos, de los propios y de los extraños, de los nobles y de los populares.

Cuando estaba en este cargo fué escogido por la Reina D.ª Isabel para confesor y director de su alma; oficio que cumplió á maravilla, aconsejando á la Reina en los más arduos negocios, acompañándola en muchos de sus viajes y ayudándola y esforzándola en las más memorables empresas.

Mostróse esto principalmente en la conquista del reino de Granada; en la cual fué tanto lo que hizo con su consejo y con su dinero y con su asistencia personal, que á boca llena decían los Reyes que, sin el auxilio de Fr. Hernando, en ninguna manera habría sido llevada hasta el cabo la gloriosísima hazaña.

Por esto, cuando, terminada la conquista, el ejército real entró en la población granadina, quisieron los Reyes que Fr. Hernando llevase el pendón de la Cruz y lo plantase y enarbolase en lo más alto de la torre de la Alhambra.

Quien tanto y tan gloriosamente había trabajado por la conquista del nuevo reino, más y más eficazmente trabajó por la quietud y pacificación de él después de acabada la guerra.

En verdad, con aquella empresa, eternamente memorable, los Reyes

([1]) Son muchos los escritores que han tratado de la vida de Fr. Hernando de Talavera. Da razón de sus obras é historias el último de ellos, D. Pedro de Alcántara Suárez y Muñano, en su *Vida del Venerable D. Fray Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, Confesor y Consejero de los Reyes Católicos D. Fernando y D.ª Isabel.*—Madrid, 1866. Prólogo.

Católicos se habían apoderado de las tierras, villas, castillos y cuerpos de los conquistados, pero no se habían apoderado de las almas. Tal empresa estaba reservada á Fr. Hernando de Talavera, á los alientos de su virtud y acción apostólica.

El fué el autor, el verdadero obrero de esa conquista espiritual.

No llevó el título de Arzobispo de Granada hasta dos años más tarde después de conquistada la ciudad; pero desde el día en que las tropas reales entraron en ella, que fué el día 6 de enero de 1492, los negocios espirituales de la nueva Diócesis estuvieron todos á su cargo y en sus manos.

Dícese que, cuando era Prior de Santa María del Prado, fué instado muchas veces por la Reina D.ª Isabel á que admitiese algún Obispado, especialmente el de Salamanca, que entonces vacó. Rehusólo Fr. Hernando, y como porfiase la Reina, le dijo que, caso de consentir en ser Obispo, no lo sería sino en Granada, cuando ésta fuese conquistada. Cierto, días adelante, admitió el de Avila; pero su aspiración y anhelo fué siempre la mitra de Granada, y no por el señuelo de la dignidad, sino por la ocasión que con ella se le había de ofrecer de servir á la Iglesia de Cristo con la agregación de almas innumerables, y muy especialmente con la conversión de los moriscos restos de la nación vencida y que habían quedado y andaban desparramados por aquella tierra.

Lo que hizo á este propósito, ya antes de ser nombrado Arzobispo, ya después de su nombramiento, registrado queda en los anales de aquellos tiempos para honor de la Iglesia y gloria del Cristianismo.

Demos de ello breve noticia.

Puesto al frente de la Diócesis, dice el P. José de Sigüenza [1] que «convirtió luego todo su pensamiento á plantar allí una iglesia que se pareciese en algo á aquella que se usaba cuando, como dice San Jerónimo, no se había resfriado tanto la sangre de Cristo en los pechos de los cristianos y de los pastores della».

Trece años gobernó aquella Diócesis, desde 1494 hasta 1507, y aunque no logró de todo punto el ideal de perfección á que, según el P. Sigüenza, aspiraba, sí puso cuanto pudo para alcanzarlo.

Para esto, lo primero que hizo fué vivir él de manera que pudiese servir de ejemplar á todos, así eclesiásticos como seglares.

La vida que había hecho de monje, virtuosa, recogida, mortificada, esa misma llevó de Prelado en su palacio episcopal. Su casa y familia eran escuela de buenas costumbres. Su persona, la ejemplaridad de su vivir, su porte interior y exterior, eran enseñanza continua para todos.

Después del ejemplo, el arma más poderosa para la reducción á la fe ó la

[1] *Historia de la Orden de San Jerónimo*, t. II, lib. II, c. XXXIII.

confirmación en ella de las gentes que le estaban encomendadas fué la predicación, la siembra de la palabra divina que había de fructificar en los corazones.

Esta siembra y esta fructificación ofrecían dificultades al parecer insuperables. La Diócesis era nueva. La mayor parte de los cristianos que la poblaban habían venido de fuera. A vuelta de éstos, que eran los menos, había gran número de judíos y moriscos, éstos de los que habían quedado después de la conquista, aquéllos de los que vivían allí de antiguo ó habían ido recientemente en busca de sus tratos ó usuras.

Con tanta mezcla de gente, el campo que se presentaba al celo y labor apostólica de Fr. Hernando de Talavera era de los más ásperos y escabrosos que pudieran ofrecerse al operario evangélico. Pero á todo hizo frente la virtud, la magnanimidad y el espíritu de Cristo que palpitaba en el ánimo del santo Arzobispo.

El arma más poderosa y eficaz, después del ejemplo de su vida, había de ser, como es dicho, la predicación, hecha según el espíritu del Evangelio, dulce, persuasiva, triunfadora. Con esta arma había el santo Arzobispo de allanar los obstáculos, conquistar las almas aun de los más rebeldes y alcanzar las más hermosas y decisivas victorias. Sabía que la fe es don de Dios y que de El más que del esfuerzo del hombre hay que esperar este don de su misericordia; pero entendía también que á esta obra divina ha de cooperar y ayudar la humana, prudente, celosa, penetrada de vivísima cristiana caridad. Así, con esta persuasión y en esta forma empezó Fr. Hernando á poner en práctica la predicación evangélica.

«Sus sermones, escribe el Licenciado Jerónimo de Madrid, familiar del Arzobispo y testigo de vista de sus acciones [1], eran diferentes de los que hacen comúnmente otros, que muchos son *a l pompam*. Pedricaba él de manera que, aunque decía cosas arduas é muy sotiles y de grandes misterios, la más simple viejecita del auditorio las entendía tan bien como el que más sabía; porque todo su intento era la salud de las ánimas, y por eso siempre trataba de los vicios y enseñaba las virtudes; y por eso sus sermones parescían tan llanos, que algunos decían que departía y no pedricaba. Pero nunca le oyó letrado que no llevase alguna doctrina de las consejas que los necios y maliciosos decían que pedricaba».

Su industriosa caridad le sugería mil medios para facilitar el conocimiento de las verdades de la fe á las inteligencias de sus oyentes.

«En lugar de responsos, dice el autor citado, hacía cantar algunas coplas devotísimas correspondientes á las liciones. Desta manera atrahía el santo

[1] *Breve suma de la santa vida del reverendísimo y bienaventurado Fr. Fernando de Talavera.*

varón á la gente á los maitines como á la misa. Otras veces hacía algunas devotas representaciones tan devotas, que eran más duros que las piedras los que no echaban lágrimas de devoción» ([1]).

No faltaron censores de tal manera de proceder. Decían que «no era bien mudar la universal costumbre de la Iglesia y que era cosa nueva decirse en la Iglesia cosa en lengua castellana; y murmuraban dello fasta decir que era cosa supersticiosa».

Poco le importaban al santo Arzobispo esas murmuraciones. Teníalas por «picaduras de moscas y por saetas echadas por manos de niños».

Con todo, con estas y con otras cosas se atrevieron á tanto los censores del Arzobispo, que lo delataron á la Inquisición, á él y á sus hermanas; delación que por fortuna no pasó adelante. Sobre lo cual decía la Reina Católica: Esto faltaba á mi Santo.

La dificultad principal que había para el buen efecto de esta predicación era la variedad de lenguas que se hablaban en la Diócesis: unos no sabían más que el castellano, otros no entendían más que el árabe ó morisco. A unos y á otros proveyó con las escuelas, ya de árabe para los españoles, ya de castellano para los moriscos.

Sobre esto escribe el testigo ya citado: «Hizo buscar de diversas partes sacerdotes, así religiosos como clérigos, que supiesen la lengua arábiga; é así fizo en su casa pública escuela de arábigo, en que la enseñasen; y él con toda su tanta edad y experiencia y diligencia se abajaba á oir y aprender los primeros nominativos; y así aprendió algunos vocablos, pero, con otras muchas obligaciones, no tanto cuanto para pedricar hobiera menester; pero lo que aprendió no fué tan poco que no supiera decir y entender muchos vocablos que hacían para lo sustancial que quería que creyesen».

Esto, respecto de las escuelas de arábigo. Respecto de las de castellano, dice el mismo autor:

«Hizo exercicios de humildad, abaxándose á enseñar públicamente á los niños á leer é á escrebir, y ver cómo enseñaban gramática los preceptores della, dándoles forma como la enseñasen, y leer él en el general muchas liciones para que los maestros tomasen la manera que él quería que toviesen en la enseñar».

([1]) El año de 1526 el procurador Jorge de Baeza, en una representación enviada al Emperador D. Carlos en nombre de los moriscos, recordaba que «el Arzobispo Santo» permitía á los moriscos sus zambras y leilas y «holgaba que acompañasen al Santísimo Sacramento en las procesiones del Corpus Christi y de otras solemnidades, donde concurrían todos los pueblos, á porfía unos de otros cuál mejor zambra sacaba; y en la Alpujarra en la visita, cuando decía Misa cantada, en lugar de órganos, que no los había, respondían las zambras y le acompañaban de la posada á la Iglesia». «Acuérdome, añade Jorge de Baeza, que cuando en la Misa se volvía al pueblo, en lugar de *Dominus vobiscum* decía en arábigo *Ibara ficu*, y luego respondía la zambra». (Mármol Carvajal, *Historia del rebelión de los moriscos*, lib. II, c. VI y X.)

Para facilitar aún más esta enseñanza, así del arábigo á los castellanos como del castellano á los moriscos, dice el ya citado escritor, á quien vamos copiando: «Para que todos los sacerdotes y sacristanes que residían en los dichos (pueblos) nuevamente convertidos aprendiesen é supiesen de dicha lengua (arábiga), hizo hacer arte para la aprender y vocabulista arábigo, é fecho mandólo imprimir é mandólos dar á todos los dichos eclesiásticos. Decía que daría de buena voluntad un ojo por saber la dicha lengua, para la enseñar á la dicha gente, é que también daría una mano, si non por no dejar de celebrar».

Los efectos causados por tan evangélica predicación fueron extraordinarios. La transformación moral, de todo punto maravillosa. Día hubo que el santo Arzobispo de Granada lograba regenerar con las aguas del bautismo á tres mil moriscos y judíos, los cuales quedaban tan arraigados en la fe que ninguno apostataba de ella. Así, por lo menos, lo dicen testigos fidedignos.

Convertidos á la fe, eran los nuevos cristianos el objeto principal de su caridad.

«Honrábalos cuanto podía, advierte Sigüenza ([1]), no consintiendo que nadie les hiciese mal de palabra ni obra, que ni fuesen cargados con nuevas imposiciones ni tributos, aborreciendo la mala costumbre de tratar peor á los que se convierten destas sectas que antes de que se conviertan, porque apenas les saben decir su propio nombre; de donde se sigue que rehusan muchos recibir una fe que en los que la profesan se ve tan poca caridad y tanto descomedimiento».

«Decía el santo que habían de ser tratados como niños tiernos, con blandura y con regalo, dándoles leche y manjares fáciles, como lo dice el Apóstol, y no cortezas de trabajos ni acíbar de tribulaciones».

«A los unos y á los otros enseñaba y catequizaba con tanto amor y favorecíalos con tantas veras, que se le parecía bien los había engendrado como verdadero padre en vida espiritual».

«Holgaba mucho de andar entre esta gente, y por verles tan pobres y que en medio de tanta miseria vivían contentos».

«Vistió muchos de ellos con el traje nuestro, dándoles capuces y sayos, y á las mujeres mantos y sayas, por que dejasen sus almalafas y marlotas. Dióles también mesas, manteles y banquillos porque no comiesen en el suelo ni en ataifores; y procuraba cuanto podía olvidasen sus costumbres, y aprendiesen las nuestras, para que, olvidados de sus ritos, les pareciesen mejores los de los cristianos, y así abrazasen la fe».

«Muchas veces le aconteció, por no tener qué les dar en limosna, dalles el anillo que en la mano tenía, y no les daba mucho, que nunca le tuvo de

(1) *Historia de la Orden de San Jerónimo*, parte II, lib. II, c. XXXIIII.

oro. Otras veces les daba la sobrepelliz que tenía vestida; y decíales que hasta que les diese saya ó manto no la diesen, aunque los suyos se la pidiesen. Vino á tanto, que no teniendo qué dar á una mujer muy desnuda en las Alpujarras, se desnudó públicamente la túnica que traía vestida, aunque no muy rica, que de frisa era, é se la dió».

«El mayor vicio que este santo reprehendía en estos hijos de Agar, entre mil costumbres buenas, era la ociosidad. Enseñábales á ocuparse bien; hacíales traer esparto y que no estuvieran en cuclillas arrimados á las paredes como mujeres, hábito y postura de gente miserable y flaca; que hiciesen tomiza, pleita, sogas y esteras y otras obras de manos para ganar un pan. Cuando veía algunas moriscas ociosas, hacíales comprar ruecas y husos y que hilasen cáñamo y lino; y desta suerte los hacía políticos, tratables y gente de razón».

«En fin, de tal manera los trató, que vinieron todos á cobrarle grande amor y á tenerle en lugar de padre, porque el amor á las bestias vence. Llamábanle sancto y no se hartaban de hablar bien de él».

«Y si hubiera, dice Sigüenza, muchos Perlados que caminaran por este camino, ni en España hubiera tantas almas perdidas y ciegas en la secta de Moisén y en la de Mahoma, ni en las naciones extranjeras tantos herejes».

Con esta manera de proceder santa é hija del Evangelio se granjeó Fray Hernando de Talavera el amor y la confianza de los moriscos. Donde quiera que se presentaba era saludado por ellos con el mayor respeto. Una atmósfera de paz rodeaba la figura del santo Arzobispo. Su mirada derramaba en su contorno efluvios de divina caridad, á cuya influencia se apagaban rencores que parecía habían de ser inextinguibles y se reconciliaban ánimos que parecía habían de ser irreconciliables.

Así se amortiguaban preocupaciones, alejábanse suspicacias y desvíos; el despego y desamor á la fe cristiana se trocaba en amor, y poco á poco se preparaban los ánimos para una conversión que, aunque efecto principal de la gracia de Dios, podía ser preparada por la obra é influencia del hombre.

Tal manera de proceder del Arzobispo de Granada era no solamente muestra del espíritu evangélico que inspiraba á aquel santo varón, sino también sabia y prudentísima razón de estado; con la cual, á haber sido seguida y continuada en adelante, se habría logrado la reconciliación de las dos razas, la amistad ó por lo menos la pacífica convivencia de vencedores y vencidos, y habrían redundado de ella á la nación prosperidades sin cuento.

Por desgracia, tan sabia razón de estado halló obstáculos aun durante la vida del Arzobispo. Bien á pesar suyo prevalecieron en los Consejos Reales otros dictámenes y maneras de proceder. A los avisos de la prudencia y de la suavidad sucedieron los de la temeridad y de la dureza, y al espíritu de Dios y del Evangelio un espíritu demasiadamente humano y antievangélico

Contra lo pactado en las capitulaciones antes del rendimiento de la ciudad, se atentó á la libertad de los moriscos de seguir sus usos y costumbres; se pusieron en ridículo sus ritos y ceremonias religiosas; se les prohibió su vestido y ajuar, y especialmente el uso de sus baños, á que eran en extremo aficionados; y luego vino un día en que esbirros del Gobernador penetraron en las casas de los moriscos y arrebataron cuantos libros y códices hallaron, y cargando con ellos los llevaron á la plaza pública y allí apilados les pegaron fuego, dicen unos en número de un millón y veinte y cinco mil volúmenes, aunque debe de ser exagerada esta suma.

Manera tan violenta de proceder levantó terrible protesta. Exaltados furiosamente los ánimos de los moriscos, cometieron mil atropellos: en el furor de la rebelión mataron á un alguacil que había ido á apaciguarlos; y á tal punto llegó su irritación, que armados de armas, cada cual la que halló á mano, fueron al palacio del Arzobispo Cisneros con intención de matarle; y tal vez lo hubieran conseguido á no haber intervenido, saliéndoles al encuentro, el Gobernador de Granada, Conde de Tendilla.

Aunque más que la fuerza material de las armas contribuyó al apaciguamiento de los moriscos la influencia personal del Arzobispo D. Hernando. Porque cuando el tumulto estaba en su mayor fuerza, salió de su casa, y sin armas ni ayuda alguna, sin más compañía que un capellán y dos ó tres de su familia, se presentó en medio de los moriscos con el mismo semblante y con el mismo amor de rostro que cuando iba á predicarles. Y, caso de todo punto milagroso, dice Sigüenza: «como le vió aquella furiosa canalla, dejadas las armas, con humildad se vinieron para él, y puestos de rrodilla le besaban la falda de la ropa como lo tenían de costumbre cada vez que lo encontraban. Estuvo allí con ellos algún tiempo amonestándoles como padre que se sosegasen y dejasen del todo las armas, prometiéndoles que ningún daño ni castigo recibirían por la rebelión ni motín pasado, que él les alcanzaría perdón de los Reyes Católicos; y con esto se sosegaron y aseguraron. Y ansí se remató una cosa de tanta dificultad que, si comenzara á alzar llama la centella, tuviera bien que arder toda España».

La muerte del Arzobispo de Granada fué, como había sido su vida, santa, tranquila, sosegada; no muerte, antes tránsito de este mundo á bienaventurada eternidad. Lloráronle los cristianos como á Prelado verdaderamente cristiano y evangélico; lloráronle también los moriscos por haber perdido en el Santo Alfaquí, como le llamaban, á su mejor amigo y el mayor alivio y consuelo en sus desgracias.

Y ahora, después de haber presentado un rasguño, siquiera muy imperfecto, de la hermosa figura de Fr. Hernando de Talavera, digamos algo de sus escritos.

Sobre esto dice su historiador, el P. José de Sigüenza [1]:

«Prometí hacer memoria de los libros que este santo Perlado escribió en medio de tantas ocupaciones: diré brevemente de los que tengo noticia.

»El primero compuso siendo Prior de Prado, y llamóle *Impugnación católica*, porque fué en defensa de nuestra fe contra un libro de un hereje que se sembró en Sevilla, sin saberse del autor, lleno de mil herejías y en favor de los judíos. Hallóse allí con los Reyes Católicos; y entendiendo el daño que el libro hacía en muchos, con gran presteza y con igual ingenio escribió esta *Impugnación*, y fué tan bien recibida, que luego desapareció el libro del hereje y se atajó el fuego que con él se iba emprendiendo, cosa que los Reyes estimaron en mucho.

»Hizo luego una Instrucción cristiana, en que enseñaba á todos los fieles lo que debían creer y las obras que estaban obligados á hacer para conformar con la fe que profesaban.

»Tras éste hizo un Confesionario harto discreto, en que mostraba cómo se han de confesar y conocer los pecados, diferencias y circunstancias, juntándole un tratado de satisfacción y restitución.

»Otro contra el vicio de murmuración; y para que todo esto quedase cumplido añadió otro libro de la reverencia y aparejo grande con que se han de llegar los fieles á la santa Comunión.

»Hizo otro libro que llamó Ceremonial para las Misas cantadas y rezadas en el coro y oficio divino, y luego otro en que mostró el misterio que en todas estas santas ceremonias se encierra Altar, Misa y Ornamento.

»Otro contra el vicio de comer y beber y vestir, donde reprehende los trajes y afeite de las mujeres aguda y graciosamente».

El primero de los libros escritos por Fr. Hernando de Talavera de que habla el P. Sigüenza, aunque impreso, no ha llegado hasta nosotros. Ninguno de nuestros bibliógrafos, aun los más diligentes, hace mención de él. El único que lo menciona es el dicho P. Sigüenza, que sin duda le vió y tuvo á mano.

Los otros cuatro son conocidos, aunque tan raros que apenas se hallan en nuestras bibliotecas [2].

Escribió Fr. Hernando estos tratados cuando era Prior de Santa María del Prado, siquiera fuesen impresos más adelante. La fecha probable de esa escritura es por los años de 1480 poco más ó menos. La de la impresión es de los postreros años del siglo XV ó primeros del XVI, cuando Fr. Hernando era ya Arzobispo de Granada.

(1) *Historia de la Orden de San Jerónimo*, t. II, lib. II, c. XXXVII.

(2) El ejemplar que nos sirve para la reimpresión de estos cuatro tratados perteneció á don Bartolomé José Gallardo. Lleva al margen algunas siglas de las que solía poner en sus libros el famoso bibliófilo.

La importancia de estos tratados es muy grande, no sólo por ser de quien son, sino también por ser un monumento de lengua, de la manera de pensar de los españoles en la época en que fueron escritos y del estado de la sociedad en aquellos tiempos.

Habiendo sido escritos en el último tercio del siglo XV, es claro que el lenguaje y el estilo han de retraer mucho de la forma de cultura de aquellos días. Duros eran esos tiempos, ásperas las costumbres, muy escasa la cultura del pueblo. El arte y sus primores eran desconocidos. Por efecto de esta barbarie, las inteligencias estaban enrudecidas; y si alguno sobresalía y se aventajaba á los demás, en él resplandecía, como dice Fernando del Pulgar del famoso Alonso de Madrigal, llamado *el Tostado*, más *la lumbre de la sciencia* que *el florear de la lengua* (1). Las formas del lenguaje andaban vagas é indecisas; el estilo, sin esmero y aliño.

Con todo, y no obstante esta rudeza del arte, el lenguaje de Fr. Hernando de Talavera es notable por muchos conceptos. Hay en él gran claridad y precisión de ideas, buena disposición de los pensamientos, llaneza y naturalidad en el decir, aunque este decir sea tosco y escabroso.

Pero más que por el estilo, son notables y de gran importancia los escritos de Fr. Hernando de Talavera por las cosas que contienen.

Hablando del *Tratado del vestir*, *del calzar y del comer*, dijo D. José Amador de los Ríos (2) ser «libro por extremo apreciable, no ya porque revela el estado de las costumbres y el carácter especial de la elocuencia del futuro Apóstol de Granada, sino porque constituye hoy uno de los más preciosos monumentos de nuestra historia indumentaria en el siglo XV» (3).

Y lo que dijo el autor de la *Historia crítica de la Literatura Española* sobre el tratado *Del vestir*, *calzar é comer*, puede y debe decirse, en su línea, de los demás tratados de Fr. Hernando de Talavera.

Es en verdad muy notable lo que dice el Arzobispo de Granada sobre ciertos usos y costumbres de su tiempo, de las fiestas y celebridades religiosas, de las prácticas de observancia cristiana, de las diversiones que se usaban entonces y, muy especialmente, el criterio con que califica de lícitas

(1) *Los claros varones despaña*, título XXIII.

(2) *Historia crítica de la Literatura Española*, t. V, p. 362.

(3) En la primera mitad del siglo XVII publicó el Maestro Bartolomé Ximénez Patón una edición de parte del *Tratado del vestir*, *del calzar y del comer* de Fr. Hernando de Talavera, exornándola con comentarios muy notables. Su título es:

Reforma de trages, *Doctrina de Fray Hernando de Talavera*, *primer Arzobispo de Granada*, *ilustrada por el Maestro Bartolomé Ximénez Patón*, *Regente del Estudio de letras humanas en Villanueva de los Infantes*. Año 1638.—Con privilegio, en Baeza, por Juan de la Cuesta.

De esos Comentarios de Bartolomé Ximénez Patón habla D. Francisco Danvila en un artículo sobre *Los Chapines* en España, publicado en el *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo XII, p. 335.

ó de ilícitas, y de pecado ó acto bueno ó indiferente, algunas de esas costumbres y divertimientos.

Acerca de esto último dice cosas que hoy podrían parecer á la generalidad de las gentes muy raras y peregrinas. Así, por ejemplo, tiene por pecado que se hagan más de dos comidas al día; lo cual indica la austera severidad de las gentes de entonces; si esto se tomase hoy á la letra, podría dar ocasión á escrúpulos ú opiniones equivocadas. Los tiempos han variado, y, aunque la moral cristiana se asienta en bases inconmovibles, puede variar en ciertas particularidades ó accidentes, según el cambiar de las circunstancias de los tiempos y de los lugares.

Mas aun con estas rarezas ó peregrinidades, y aun por ellas mismas, los Tratados de Fr. Hernando de Talavera son dignos de altísimo aprecio, verdaderos monumentos de la antigua vida nacional y de las ideas, usos y costumbres que prevalecieron en nuestros mayores.

Fuera de los cuatro Tratados de Fr. Hernando de Talavera de que hemos hablado, el P. Sigüenza habla de otros en la forma siguiente:

«Hizo una forma de visitar las iglesias, en que ordenó los oficios de los visitadores y curas y clérigos y sacristanes.

»Una instrucción de religiosas para unas monjas de Avila y para la condesa de Benavente.

»Un singular tratado de cómo se ha de gastar santamente el tiempo.

»Enmendó y puso en mejor forma el *Vita Christi* de Fr. Francisco Ximénez; y hizo muchos oficios divinos, letra y canto, para algunas solemnidades de su Arzobispado, como la Dedicación de Granada, y otro de San Josef y otros».

Demás de estas obras de que hace mención su compañero de hábito Fr. José de Sigüenza, escribió Fr. Hernando de Talavera otras dos que han llegado hasta nosotros manuscritas; una es un sermón ó plática hecha á los religiosos de Santa María del Prado para el tiempo de Adviento [1]. La segunda es un tratado sobre el Evangelista San Juan [2]. La primera

(1) Lleva este título: *Collación muy provechosa de cómo se deven renovar en las ánimas de todos los fieles cristianos en el sancto tiempo del Adviento que es llamado tiempo de renovación; fué primero hecha por el Licenciado Fr. Hernando de Talavera, primero y muy indigno Arzobispo de Granada, que entonces era Prior de Sancta María del Prado; hízola en el primer Domingo del Adviento á su devoto convento y fué escripta después por mandado de la muy excelente reina de Castilla y de León y de Aragón y de Cecilia y del reino de Granada Doña Isabel.*

(2) Su título es como sigue: *Breve tractado más devoto y sotil de loores del bienaventurado Sant Juan Evangelista, amado discípulo de nuestro Redemptor, Señor y Maestro Jesucristo y singular Patrón y abogado de la Serenísima Señora nuestra y muy excellente reina de Castilla y de León Doña Isabel, Reina otrosí de Cecilia y de Aragón; compuesto á su petición y mandado por su muy humilde y devoto orador el Licenciado fray Hernando de Talavera, indigno prior del monasterio de Sancta María del Prado, de la Orden del glorioso doctor de la Yglesia Sanct Hierónimo, entrante el segundo año de su reynado.*

fué publicada por D. José Amador de los Ríos en el tomo VII de su *Historia Crítica de la Literatura Española.* La segunda está inédita.

Consérvanse también algunas cartas de Fr. Hernando de Talavera que publicó el P. Sigüenza en su *Crónica de la Orden de San Jerónimo*, de donde las han tomado otros autores.

Finalmente, era Fr. Hernando aficionado á la poesía. Sobre esto dice Sigüenza:

«Hizo muchos géneros de trovas santas, y para despertar la devoción suya y de los fieles hacía que se cantasen en la Iglesia, porque con aquella golosina santa viniesen de mejor gana al oficio divino.

»Y por que se vea cuán buen gusto tenía y nosotros quedemos con él en el remate de su vida, quiero poner aquí una que hizo glosando el *Ave María* al modo que entonces se usaba, porque está llena de piedad y devoción y descubre sus entrañas amorosas á la Virgen».

Las trovas de que habla Sigüenza constan en el tomo segundo de la *Crónica de la Orden de San Jerónimo;* y como esta *Crónica* forma parte de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, huelga ponerlas aquí; allí podrá verlas el lector.

III

Si el nombre de Fr. Hernando de Talavera es apenas conocido en la república de las letras, el del Maestro Alejo Venegas ó Vanegas, que de ambos modos suele escribirse, es de los más conocidos y citados. No hay Manual de literatura que no hable de él. No hay escritor de nuestra historia literaria que no mencione sus obras; si bien es verdad que los más lo hacen por rutina y por haberlas visto citadas por otros, no por conocimiento propio que tengan de ellas. Esto se ve á la legua, como á la legua se ve que el origen ó manantial de donde todos, directa ó indirectamente, han tomado las noticias y juicios acerca del Maestro Venegas es el *Teatro histórico crítico de la elocuencia española* de D. Antonio Capmany y de Montpalau, arsenal adonde han acudido á surtirse de armas y bagaje la mayor parte de los escritores ó vulgarizadores de nuestra historia literaria. Lo cual no quiere decir que la fama de que goza el Maestro Venegas no sea debida á sus méritos literarios, que muy justa y debida es, sino que en esto tuvo buena dicha, como la tuvieron mala otros escritores de igual y aun de mayor mérito que el Maestro Venegas, pero de quienes no se acordó ó no tuvo noticia el autor del *Teatro de la elocuencia española.*

Poco se sabe de la vida del Maestro Venegas. En sus libros hay algunas noticias, parte de las cuales recogió Capmany; otras andan desperdigadas

por ahí en libros y papeles de su tiempo. De unas y de otras se puede formar un rasguño de su vida, imperfecto sin duda, pero que da alguna luz de su persona y escritos. Recojamos estas noticias.

Nació Alejo Venegas del Busto, que así se firmaba, en la imperial ciudad de Toledo, en los últimos años del siglo décimoquinto ó en los primeros del siglo décimosexto.

Su familia debió de ser honrada é hidalga. Siempre se preció de ello. Además, los censores de sus obras le llaman *muy noble señor*, y el Racionero Alonso de Cedillo, que fué su maestro, le intitula *persona de mucha virtud y nobleza;* mas esta nobleza no debió de ir unida á grandes bienes de fortuna, como quiera que le vemos en sus primeros años servir como monaguillo ó niño de coro en la catedral de Toledo, educarse á expensas de la misma en la escuela adjunta al Cabildo y entrar más tarde de pasante, ó auxiliar, ó profesor, en el estudio del Maestro Cedillo, ó sea en la Universidad de Toledo.

En aquellos días y en los posteriores, eso de la nobleza de la sangre se estimaba en mucho, siquiera esa nobleza anduviese acompañada de mil estrecheces y lacerias. Aunque el Maestro Venegas, como se ha dicho, no estaba exento de esa flaqueza, prefería á ella el honor de la virtud y la nobleza del nombre cristiano. Así lo vemos en el capítulo IX del libro III de las *Diferencias de libros que hay en el Universo,* donde, después de decir mil males de los que precian excesivamente la antigüedad del linaje, de manera que hacen de ella escabel é instrumento de sus maldades, dice:

«Plega á la inmensa misericordia de Dios que nunca permita que yo me acueste una noche con pensamiento de tanta blasfemia cual es tener en más la antigüedad de la sangre que la virtud divina que se da en el sacro Baptismo».

Dicen algunos que siguió en su juventud los estudios de Teología, con intención de abrazar el estado eclesiástico; pero que los dejó para vivir como seglar y en el honesto estado del matrimonio.

Tal vez después de estos ensayos ó tentativas entraría en el estudio del Maestro Cedillo ([1]). Las relaciones que se formaron entre maestro y ayudante ó comprofesor fueron de las más cordiales. Venegas habla siempre del Maestro con la mayor reverencia. Llámale «egregio y reverendo Señor, catedrático del estudio de Toledo y Racionero de la Santa Iglesia Toledana», y á quien debe lo que sabe en letras humanas. El Maestro Cedillo, por su parte, se precia de haberle tenido por alumno; llámale «íntimo discípulo y compro-

([1]) Este estudio ó Universidad, fundado á fines del siglo XV por el Canónigo Maestrescuela de la Catedral de Toledo D. Francisco Alvarez de Toledo, de la casa de los Condes de Cedillo, estaba en la misma casa del fundador. En los días del Maestro Venegas era ya Universidad y gozaba de grandes privilegios. (V. La Fuente, *Historia de las Universidades*, t. II, c. XIX.)

fesor», y aun dice de él ([1]) que, «allende de ser de noble linage, es en sí muy virtuoso y celoso del servicio de Dios, y de harta más erudición que piensan algunos, porque hay más letras en él que publica la fama; de lo cual podrán ser buenos testigos los que con él comunican».

Se ha dicho que el Maestro Venegas, aunque hubiese pensado alguna vez en ser de la Iglesia, fué casado; en tal estado fué progenitor de larga familia, para cuyo sustento hubo de trabajar mucho, afanándose y quitando al descanso lo que era menester para cumplir tan apremiante obligación.

A propósito de lo cual escribe ([2]):

«Porque de verdad tenemos tan poco tiempo, por la ocupación de las ordinarias lecciones y el cuidado que tenemos de la familia de doce personas que comen de nuestro trabajo, con que realmente sentimos que se nos desagua el ingenio de la especulación por cumplir con el oficio de Marta; mientras Dios fuere servido darnos esta vida, con el tributo del cuerpo somos forzados á quitar de las horas debidas al sueño para entresacar alguna partecilla del talento que Nuestro Señor nos ha dado en cargo».

A juzgar por lo que acaba de decirnos, el Maestro Venegas debió de padecer sus estrecheces.

Escribiendo «al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Francisco Bobadilla, de la Sancta Iglesia Romana Cardenal Mendoza, Obispo de Coria ([3]), le habla muy claramente que se halla más hábil para recibir mercedes que para hacerlas en razón de la necesidad que tiene de ser socorrido.

Sospechó D. Antonio Capmany ([4]) que la necesidad en que vivía «le obligaría á recibir el pan cotidiano en casa de un gran señor, cual era el Conde de Mélito, D. Diego Hurtado de Mendoza, que vivía en Toledo, pues siempre que le nombra le llama mi Señor, y en su Prólogo ó Dedicatoria del libro de la *Agonía*, dirigido, al año siguiente de la muerte del Conde, que fué el de 1536, á la Condesa viuda doña Ana de la Cerda, se honra con el título de uno de sus familiares, y más abajo se cuenta en el número de los criados ó asalariados de su casa, cuando pondera *el favor que recibimos de V. S. todos sus servidores*».

Es posible y aun probable que el Maestro Venegas experimentase el fruto de las larguezas del Conde de Mélito, de quien y de su familia hace muy cumplidos elogios; pero eso de recibir de Su Excelencia, como dice Capmany, «el pan cotidiano» y vivir de la mesa y casa del Conde como «criado» ó asalariado parece ya demasía. El título de *criado* en aquel tiempo tenía

([1]) En el Prólogo al libro de la *Ortografía*.
([2]) En el Epílogo al *Tratado de la Agonía del Tránsito de la muerte*.
([3]) En la carta que consta en los Preliminares del Tratado de las *Diferencias de libros que hay en el Universo*.
([4]) *Teatro histórico-crítico de la Elocuencia española*, t. II, p. 212.

mayor amplitud que el que le damos hoy, y el ser continuo de la casa, como se decía, no importaba el depender de ella como pudiera depender un criado ó pordiosero, ó siquiera paniaguado.

Mas ya que se puede poner en duda que el Maestro Venegas recibiese de la casa del Conde de Mélito el *pan cotidiano*, no se puede negar que recibiría de esta casa alguna merced, puesto que así lo confiesa él mismo en la Dedicatoria susodicha, escrita á doña Ana de la Cerda, Condesa de Mélito y viuda del Conde, donde le trae á la memoria el socorro temporal recibido en su casa; el cual, dice, «así como es hecho de gracia, así no contradice el favor que de V. S. recibimos todos sus servidores».

Demás de los protectores y favorecedores de quienes acabamos de hablar, tuvo el Maestro Venegas otros cuya largueza y caridad experimentó algunas veces.

Uno de ellos fué, según él mismo confiesa, el Cardenal D. Francisco Bobadilla Mendoza, de quien se ha hablado antes.

Otro el Obispo de Utica D. Pedro de Campo, profesor que fué en la Universidad de Toledo (1).

Otro también el famoso humanista Juan de Vergara, dignidad de la Catedral de Toledo y antes catedrático de la Universidad de Alcalá, quien por manos de Alonso Cedillo hizo llegar en cierta ocasión á las de Venegas la cantidad de seis ducados. Sin duda no sería esta la primera vez que le socorría.

Acerca de lo cual es de advertir primeramente que, según escribe Venegas á Vergara, el Maestro Cedillo tuvo tanto gusto en recibir de su mano esos seis ducados para que se los llevase á su antiguo alumno y comprofesor, como si para sí y no para Venegas se los hubiese dado Vergara (2), y en segundo lugar, ya que el Maestro Venegas se muestra reconocido á la caridad de Vergara y deseoso de agradecerla, no ya de palabra, sino de hecho y con alguna muestra ó don semejante, como quiera que se reconozca incapaz de hacerlo á causa de su pobreza, le promete que le pagará con lo único que está en su mano, que es encomendarle al dueño y dador de todos los bienes, que es Dios Nuestro Señor.

Ignórase cuánto tiempo estuvo en el estudio ó universidad de Toledo.

Del resultado de su enseñanza cabe pensar que sería muy notable, según él era docto y erudito.

Era Toledo entonces centro de gran actividad intelectual, en especial en letras humanas; su proximidad á Alcalá le hacía compartir con ella el ge-

(1) Véanse los Preliminares á las *Diferencias de libros*.

(2) Magister meus Alphonsus Caedillius ex tuo praescripto sex ducatos aureos tam libenti animo numeravit quasi non mihi sed sibi collatos putaret; impense enim discipulum magister amat. V. *Epistolae clarorum virorum ineditae* (*Revue hispanique*, t. VIII, an. 1901, p. 226).

neroso aliento que en su Universidad se respiraba para el estudio de la antigüedad clásica griega y latina.

Los hermanos Juan y Francisco Vergara, Alvar Gómez, Luis Cadena y tantos otros humanistas insignes, esparcían por el ambiente toledano un amor á toda clase de erudición digno de parearse con el que florecía en las escuelas de Italia, sin que faltase allí el elemento femenino en la famosa Luisa Sigea, que bien podía alternar con la insigne Marquesa de Pescara, Victoria Colonna.

Con esto las escuelas de Toledo alcanzaban gran crédito y renombre, no sólo dentro de España, sino también en el extranjero, á donde salían á esparcir la luz de la enseñanza que habían aprendido en la imperial ciudad.

En esta sociedad literaria toledana ocupaba el Maestro Venegas lugar preeminente, y era en ella singularmente honrado y estimado. Así vemos en las historias de aquel tiempo que su nombre es citado con el mayor respeto.

Ginés de Sepúlveda le llama varón muy versado, no solamente en las letras humanas, sino también en el estudio de la Teología ([1]).

Ambrosio de Morales le apellida «hombre de grande ingenio y infinita lección» ([2]).

Otros hablan de él como de persona de buenas y loables costumbres, respetuoso con la autoridad eclesiástica y tenido en opinión de profesar sana y segura doctrina.

En tal concepto se hizo tal crédito de él, que, según dice en el Prólogo de su obra de las *Diferencias de libros que hay en el Universo*, tuvo el oficio de visitar los libros que venían á esta ciudad de Toledo por mandado del Ilustrísimo Cardenal Don Alonso Manrique de Lara, Arzobispo de Sevilla, Inquisidor general. Fué también Censor de libros por encargo de Felipe II cuande éste era Príncipe, «para aprobar ó reprobar su publicación», como él dice.

La enseñanza del Maestro Venegas debió de ser muy provechosa á la juventud confiada á su cuidado. De su escuela hubieron de salir buenos alumnos. Uno de ellos fué, y de esto se gloriaba Venegas, el famoso Francisco Cervantes Salazar, de quien dice en el Prólogo al *Apólogo de la ociosidad y del trabajo* que «siendo de edad de veinte y cinco años ha tirado la barra sobre más de cuarenta».

Andando el tiempo el Maestro Venegas se trasladó á Madrid, donde también se dedicó á la enseñanza.

Asi le vemos firmar en Madrid, con fecha de tres de mayo de 1545, el Prólogo á su obra *De las Diferencias de libros que hay en el Universo.*

([1]) Alexius Venegas aut Vanegas del Busto, Toletanus, «vir (utar Joannis Genesii Sepulvedæ verbis) non solum humanioribus, sed etiam in studio Theologiae versatus». *(Epistolae clarorum virorum ineditae*, p. 186.)

([2]) En el *Discurso sobre la Lengua Castellana.*

Escrita en Madrid está también, y en octubre de 1548, la Carta de Venegas á Juan Vergara de que antes se ha hablado.

En Madrid y en primero de agosto de 1552 está igualmente fechado el Prólogo con que encabezó el curioso libro de *La moral e graciosa historia del Momo* (1).

Finalmente, fué fecha en Madrid en 28 de julio de 1556 una carta al P. Francisco de Borja.

Esta carta es muy notable y merece nos detengamos en ella.

Es notorio que cuando los Padres de la Compañía de Jesús vinieron á España se levantó entre muchos gran variedad de opiniones acerca de su instituto y manera de proceder: quiénes aplaudiéndolo y loándolo, quiénes criticándolo ó teniéndolo en sospecha.

Entre los últimos estuvo, como todos saben, el Maestro Melchor Cano, quien levantó contra los Padres borrasca fierísima.

Entre los primeros estuvo el Maestro Venegas, á lo que cuenta el P. Bartolomé Alcázar en su *Chronohistoria de la provincia de Toledo* (2).

Dice que un tal «Maestro Venegas, varón tenido por santo, que enseñaba á la juventud de Madrid, con la noticia que ya había de la nueva religión de la Compañía de Jesús, comenzada é establecerse en España, solía decir: Yo espero en Dios que vendrán presto á Madrid bonetes que hagan callar á muchas capillas».

No obstante esta primera buena impresión que tenía el Maestro Venegas del Instituto de la Compañía, no dejó de soliviantarle la algarada que había levantado en Salamanca el Maestro Cano. Sobre esto se cruzaron entre uno y otro cartas, que por desgracia no se conservan. De la carta á San Francisco de Borja arriba mencionada se colige que, si es verdad que el Maestro Venegas alimentó, siquiera pasajeramente, algunas malas sospechas contra el nuevo Instituto de la Compañía, las hubo de deponer muy pronto.

No se sabe cuándo fué el traslado de Venegas desde Toledo á Madrid. En la carta que le escribió Alvar Gómez en julio de 1554 (3) nos le representa dudando de su *vuelta* á la Corte, lo cual indica que antes de esta fecha había morado en ella.

(1) *El Momo, la moral e muy graciosa historia del Momo, compuesta en Latín por el docto varón León Baptista Alberto Florentín. Trasladada en Castellano por Augustín de Almazán, hijo del Doctor Almazán, médico de Su Majestad. Dirigido á la Ilustrísima Señora Doña María de Mendoza, Señora de las villas de Torres y Canena, etc. Es obra muy graciosa y no menos provechosa para los Príncipes y Señores y para qualquier qualidad de personas.* El qual artificiosa y moralmente enseña cómo cada uno se ha de haver en la governación del reino, estado ó familia. Visto y aprovado por mandado de los muy poderosos señores del Consejo Real y asimismo por el Vicario General de Alcalá... Madrid, año MDLIII.

(2) Década II, año VI, c. III, § III.

(3) *Clarorum virorum epistolæ, n. VIII* (V. *Revue hispanique, huitième année*, 1901, p. 226).

También se ignora cuándo y dónde falleció el Maestro Alejo Venegas, ni lo que fué de los suyos.

En las historias de la Compañía de Jesús (1) se habla de un tal Miguel Venegas «muy excelente latino y retórico» que después de haber leído Retórica en la Universidad de Alcalá entró en la Compañía de Jesús por los años de 1554 y enseñaba en Lisboa el de 1556. Tal vez sería hijo del Maestro Venegas.

Viniendo ya á los libros que escribió, hay que reconocer como uno de sus méritos más sobresalientes el empeño que tuvo de ennoblecer la lengua castellana, tratando en ella cosas que en aquel tiempo solían generalmente ser tratadas en la latina.

Era entonces opinión muy común y acreditada que el escritor que quisiese escribir de materias de alguna importancia había de hacerlo en latín. Los doctos, los amados de Apolo y de las musas, los que buscasen el favor del público, entendido habían de usar el lenguaje docto por excelencia.

Si alguien no usaba de este lenguaje era ó por ser incapaz de usarlo, en lo cual confesaba su ignorancia, ó porque escribía de cosas vulgares y para el vulgo, en lo cual mostraba lo baladí de su escritura. Así sucedía que los libros escritos en castellano estaban en el mayor desprecio. Eran libros escritos para los ignorantes, para gente de capa y espada, para doncellas ociosas y desocupadas.

«Basta ser un libro escrito en castellano, decía con amargura Ambrosio de Morales, para no ser tenido en nada» (2).

Con tal prejuicio y mala opinión, eran, entre los doctos y resabidos, muy pocos los que arrostraban la empresa de escribir en la lengua vulgar. Si alguien lo hacía, lo hacía con cierta timidez y vergüenza y aun á veces demandando perdón de su atrevimiento.

Con todo, aunque la opinión de que hablamos era corriente y muy generalizada, no faltaron varones doctos y entendidos, aunque pocos, que luchasen contra ella, no sólo de palabra, sino de hecho y con el ejemplo, escribiendo en castellano cosas que otros solían tratar en la lengua latina.

Uno de ellos, y de los más señalados, fué el Maestro Alejo Venegas.

Era sin duda muy versado en la lengua latina, como lo era en la griega, y escribía en ella fácil y elegantemente, según lo muestra la carta al Maestro Vergara, de que hemos hablado arriba; pero nunca quiso usar de ella, antes dedicó todos sus esfuerzos á enaltecer la lengua patria, escribiendo en ella sus libros y haciendo en éstos ostentación de las riquezas que esta lengua atesora en su vulgar y común manera de expresarse.

(1) *Chronicon Societatis Iesu* á P. Polanco, t. IV, p. 735, y t. VI, p. 595.
(2) *Discurso sobre la lengua castellana* (V. *Obras de Francisco Cervantes Salazar).*

Sobre esto decía ([1]):

«Este vicio de menospreciar la propia lengua se extendió tanto cuasi por todo el mundo que hasta hoy queda arraigado en la opinión de muchos vulgares; mas los prudentes que miran la cosa de dentro hablan ser verdad lo que escribió el mismo Marco Tulio, que debajo de capa vieja muchas veces habita la sapiencia. Es lo mismo que dice el refrán: Debajo del sayal hay al».

La primera muestra que dió el Maestro Alejo Venegas de este amor á la lengua castellana fué su *Tractado de Orthographia y accentos en las tres lenguas principales*, que publicó en Toledo el año de 1531, joven todavía y cuando era Bachiller en Ártes ([2]).

Es este tratado obra muy docta, llena de erudición y que supone además en el autor intención recta y nobilísima, cual era la de enseñar la recta escritura de las palabras, poniendo orden en la confusión que entonces reinaba en este punto. Para esto usó el Bachiller Venegas de un lenguaje claro é inteligible á todos, cual era el vulgar castellano.

Cuán acertado fué su intento bien se lo declaró D. Francisco Bobadilla, Cardenal de la Santa Iglesia Romana y Obispo de Coria, en una epístola que encabeza el libro y en que habla así ([3]):

«Por cierto, señor, en cargo os es nuestra lengua. Yo, como uno del número della, os doy muchas gracias de su parte; pues no solamente con vuestro trabajo la ilustráis y quitáis con los rayos muy claros de vuestra doctrina las muy espesas y más que ciméricas nieblas de ignorancia que en los entendimientos vulgares se hallan, mas abrís puerta para que los que fueren bien enseñados no rehusen de hoy más de hacer lo semejante; hallando tan ablandada la lengua y capaz de los misterios altos de las sciencias no solamente humanas, mas aun de la Sacra Teología».

(1) En la *Breve Declaración de las Sentencias y vocablos oscuros* que puso en el epílogo al Tratado de la *Agonía del tránsito de la muerte.*

(2) El ejemplar de la *Orthographia* de Venegas, que pertenece á la Biblioteca de la Academia española, después de las palabras de la portada *aora nuevamente compuesto por el bachiller Alexo Vanegas*, tiene escritas de mano estas otras: *nunc artium magistrum.*

La portada entera del libro dice así:

Tractado de Orthographia y accentos en las tres lenguas principales; aora nuevamente compuesto por el bachiller Alexo Vanegas.

Es materia de sí prouechosa para toda qualidad de personas que en letras entienden, como lo verá claramente el que se quisiere aprouechar de la obra.

Va escripto el presente tractado en Romance Castellano para que no menos que los latinos se aprouechen dél los que no entienden latín.

Erit opus justitie pax, et cultus justicie silentium (Esaie, XXXII).

MDXXXI, Mens. Octob.

Fué impresa la presente obra en la imperial ciudad de Toledo, en casa de Lázaro Salvago Ginovés. Acabóse á siete días del mes de octubre, año de nuestra Redempción de mil y quinientos y treinta y un años.

(3) En el Prólogo al libro de la *Primera parte de la differencia de libros que hay en el Universo.*

Con tal voto podía el Bachiller Venegas estar muy satisfecho de su primer trabajo literario; con todo, no lo estaba mucho de la impresión de su libro. Así decía:

«El que en este primero escalón de mis letras hallare cosa que le aproveche, dé gracias á Nuestro Señor porque halló quien velase por él, y si no le sucediere, como él lo supiera mejor fabricar, dé benignamente el perdón que pidiera si fuera autor de la obra presente.

»Las incurias y faltas de cotas que al corrector por sobra de ocupaciones se pasaron no son tales que puedan perturbar la sustancia».

El segundo libro escrito por el Maestro Vanegas es de mayor tomo y empeño. Intitúlase: *Agonía del tránsito de la muerte, con los avisos y consuelos que acerca de ella son provechosos.*

La ocasión de escribir el Maestro Venegas este tratado fué, como él dice en su carta al Maestro Fr. Dionisio Vázquez, la muerte de su protector el Conde de Mélito, D. Diego de Mendoza.

La composición y escritura de este libro debió de andar muy de prisa, supuesto que, á lo que confiesa, se comenzó á concebir el día primero de junio del año 1536 y el diez y seis de febrero del siguiente 37 ya estaba terminado.

En este mismo año de 37 (1) salía de la imprenta precedido de las aprobaciones del Maestro Alfonso Cedillo, del Obispo de Utica D. Pedro de Campo, de Fr. Diego Vázquez y de Fr. Toribio de Becerril, Prior del convento de Nuestra Señora de Atocha en Madrid.

Los elogios que en esas aprobaciones se hacen de la persona, virtud y literatura del Maestro Venegas no pueden ser más expresivos.

El Maestro Cedillo (2) le llama «varón de mucha valía y copiosa doctrina», que ha leído «gran número de autores de diversas facultades; de lo cual puede testificar como testigo de vista por el discurso de muchos años que han tenido ambos estrecha amistad y conversación». Dejando aparte sus muchas y buenas letras y dignas de ser estimadas, añade: «he bien conocido en él mucha perfección en honestidad de vida, costumbres y obras de verdadero cristiano». Iguales ó semejantes testimonios dan acerca del Maestro Venegas los otros dos aprobadores de su libro. E iguales á los elogios de la persona del escritor son los tributados á su libro, según que puede verlo el lector en las cartas de los otros Censores, que van al principio de la *Agonía del tránsito de la muerte.*

Que estos elogios al autor y al libro eran merecidos, pruébalo, en lo del autor, la estima en que fué universalmente tenido, y en lo del libro, el

(1) Esta primera edición es rarísima. D. Cristóbal Pérez Pastor, en su *Imprenta en Toledo*, n. 174, cita un ejemplar perteneciente á la Biblioteca de Campo Alange.

(2) En el prólogo ó aprobación de la *Agonía.*

aplauso con que fué recibido, pues en pocos años se hicieron de él varias ediciones.

Hablando ya del contenido del libro, es de saber que comprende seis tratados, según que se declara en la portada.

«El primer punto de los seis en que se divide la obra es que la vida del buen cristiano es un prolongado martirio.

»El segundo trata del aparejo y testamento de la buena muerte.

»El tercero, cómo se habrá el agonizante contra los rencuentros del enemigo.

»El cuarto, de los cuatro lugares de las ánimas y la habla y comunicación dellas.

»El quinto, del valor de los sufragios, misas, bulas y lo demás.

»El sexto, del consuelo de los vivos por la muerte de sus difuntos.»

Cómo desenvuelve el Maestro Venegas estos seis puntos no es necesario declararlo. El lector tiene la obra en sus manos y puede juzgar por sí.

Con todo, haremos sobre esto algunas observaciones.

Es la primera la singular pureza y castidad de estilo que resplandece en el *Tratado de la Agonía del tránsito de la muerte*.

El Maestro Venegas había nacido en Toledo, y es notorio que los toledanos tuvieron siempre fama de hablar limpio, castizo y pulido; en eso había quienes las cortaban en el aire, como decía Cervantes; pues, si aun los vulgares tenían esta perfección y ventaja, ¡cuánto más la habían de tener los doctos y entre éstos los que, como el Maestro Venegas, habían puesto empeño en levantar y pulir y esclarecer la lengua castellana!

Demás de modelo de lenguaje puro y castizo, lo es también el *Tratado de la Agonía del tránsito de la muerte* de lenguaje filosófico y teológico.

Entre las innumerables aberraciones y desatinos á que ha dado ocasión la ignorancia de nuestras cosas, una de las más peregrinas es la afirmación de que nuestra lengua, con ser tan rica en palabras y modismos, no está hecha ni formada, ni por consiguiente es á propósito para declarar las altas especulaciones de la mente en el campo de la Filosofía.

El famoso escritor D. Juan Donoso Cortés, en uno de los escritos de su juventud (1), decía, hablando de la que él creía insuficiencia de la lengua castellana para la declaración de los conceptos metafísicos: «Nadie se puede elevar á la altura metafísica con los auxilios de una lengua que no ha sido domada por ningún filósofo».

Esto decía el Marqués de Valdegamas para sincerarse de los galicismos

(1) En un artículo publicado en el *Mensajero de las Cortes*, responsivo á otro en que se le achacaban los galicismos en que había incurrido en su opúsculo *Consideraciones sobre la Diplomacia* (V. *Obras de D. Juan Donoso Cortés*, t. I, p. 111).

que hormigueaban en sus primeros escritos; del cual hormigueo nunca se curó en los posteriores, antes se agravó hasta lo inverosímil.

Otros escritores han hecho á la lengua castellana la misma acusación; de lo cual ha provenido, entre otras calamidades, la abominable jerga krausista, que fué un tiempo tan de moda y que, por fortuna, va pasando ó ha pasado ya.

Tal acusación, demás de ser antipatriótica, supone ignorancia crasísima de nuestra lengua y desconocimiento absoluto de nuestros antiguos autores. Decir que la lengua en que escribieron Granada, León, Malon de Chaide, Santa Teresa, no ha sido domada por ningún filósofo, y que no es apta para explicar y desenvolver las altas especulaciones de la mente, es de lo más exorbitante que se puede imaginar. Basta hojear cualquiera de estos autores para ver que, si se trata de buena y sana filosofía, es tal la riqueza de lenguaje filosófico que hay en ellos, que en ninguna manera pueden compararse con muchos de los libros filosóficos modernos, aun los más ponderados; aunque es verdad que lo que se halla en los tales filósofos modernos no es por lo general lenguaje filosófico, ni castellano, ni nada, sino una jerga galoalemanisca, tan ajena á nuestra lengua como al sentido común, y especialmente al sentido netamente español.

De esta aptitud de la lengua castellana para tratarse en ella de altas especulaciones de la mente puede ser prueba concluyente el libro del Maestro Venegas de que estamos hablando. Ábrase por donde quiera, y á poco que lea cualquiera en él quedará convencido de la riqueza de palabras expresivas de ideas abstractas, de la multitud de términos metafísicos, de la variedad sorprendente de giros y frases filosóficas de que abunda nuestra lengua.

¡ Y con qué libertad y soltura y gallardía usa el Maestro Venegas de esta riqueza ! Refiriéndose á este libro y al de las *Diferencias de libros que hay en el Universo*, del cual hablaremos luego, decía el Maestro Ambrosio de Morales ([1]), á quien algo se le alcanzaba en el asunto, que «mucha parte de la philosophía en las obras del Maestro Venegas, hombre de grande ingenio y infinita lición, la tenemos con harta elegancia y pureza en el lenguaje sino en los vocablos extraños, donde se la estorban, con que se han de decir por fuerza las cosas que trata». Referíase el Maestro Morales con «los vocablos extraños» á los términos metafísicos y de las escuelas en que abunda el libro de Venegas.

Es cierto que, á vueltas de sus filosofías, defiende el Maestro toledano ideas ú opiniones raras y tal vez temerarias y aun supersticiosas; pero ¿qué importa esto comparado con la suma inmensa de doctrina sólida, maciza y de todo punto segura que amontona en su escrito? Muy poco por cierto.

(1) En el *Discurso sobre la lengua castellana* ya citado.

Demás de la pureza y castidad de lenguaje, y de modelo y enseñanza del lenguaje filosófico, tiene el libro de la *Agonía del tránsito de la muerte* otra cualidad ó ventaja que le hace muy particularmente recomendable; es á saber que, tal como es en sí y en la complexidad de las ideas, costumbres y cosas que trata, es monumento hermosísimo del estado moral de nuestra patria en el tiempo en que fué escrito.

Entre otras cosas se ve en él la paz y serenidad de espíritu en que vivía la sociedad española en la primera mitad del siglo décimosexto, la vida de fe que la alentaba, los consuelos que esparcía la religión en el seno de las familias, la bienandanza, aun temporal, con que vivían, y en la cual, sin desatender á las cosas de este mundo, tenían puesto el ojo y la intención en las eternas, como último paradero de sus pensamientos.

En muchos libros de aquel tiempo se ve esto, pero tal vez en ninguno tan á la clara como en el Tratado de la *Agonía del tránsito de la muerte.*

Termina este Tratado con un vocabulario etimológico de algunas palabras de que usó el Maestro Venegas en su libro y sobre las cuales creyó necesario dar alguna explicación, ya sobre sus etimologías, ya sobre la sustancia de su significado. Aquí hay que confesar que Venegas alguna que otra vez acierta, pero son las menos; las más disparata que es una maravilla. Parece increíble que un hombre que dió tantas pruebas de discreción en las otras partes de su obra, en ésta la olvidase de tal manera. La mayor parte de sus explicaciones son desatinadas en todo extremo. Leyéndolas se puede pasar un rato muy divertido.

Al reproducirlas en esta edición se ha alterado el orden con que el Maestro Venegas las dispuso, colocándolas según el orden actual del alfabeto ([1]).

Demás del libro de la *Agonía y tránsito de la muerte*, escribió el Maestro Venegas otro sobre las *Diferencias de libros que hay en el Universo* y que fué publicado en Toledo el año de 1540 ([2]).

Es obra de mucha doctrina teológica y filosófica, y aun de cosas naturales, tales como se entendían y explicaban en aquel tiempo.

Los cuatro libros de que da noticia el Maestro Venegas son: el libro di-

(1) Este vocabulario no apareció en el *Tratado de la Agonía del tránsito de la muerte* hasta la edición tercera, hecha en Zaragoza y cuyo prólogo está fechado á último de octubre de 1543.

(2) Esta primera edición la describe Salvá en estos términos:

Primera parte de las diferencias de libros que ay en el vniverso. Declaradas por el Maestro Alexo Vanegas. Dirigida al muy Magnifico y R. S. el Doctor Juan Bernal Diaz d'Luco d'l Consejo d'Su Magestad, etc. Su S.

Por especial comissión y mandato d'l illustrissimo Señor Cardenal Don Juan Tavera, Arçobispo de Toledo, etc. Al muy manifico e muy R. S. Don Pedro d'la Peña, Abad d'S. Vicente y Vicario general d'Toledo y su arçobispado. 1540. Febr. 28.

(Escudo).

Fue impressa la presente obra en la Imperial ciudad de Toledo en casa de Juan de Ayala. Acabose a XXVIII dias del mes de Hebrero. Año de mil e quinientos e cuarenta años.

vino, que contiene la ciencia de Dios; el de la naturaleza, que vemos y podemos leer todos en el orden del universo; el de la moral, que se nos descubre en la propia conciencia, y el religioso, tal como lo propone la religión en sus enseñanzas, en la adoración de Dios y en el culto y ceremonias religiosas.

En esta forma viene á ser la obra del Maestro Venegas una manera de enciclopedia de todo el saber humano, diminuta y falta de muchas cosas, pero en la cual hay una idea grande y vastísima, aunque revuelta en mil impropiedades y errores, como no podía menos de ser en el estado en que estaban las ciencias en aquel tiempo.

Está escrito con igual pureza y propiedad de estilo que el de la *Agonía del tránsito de la muerte.*

A los tres libros del Maestro Venegas de que se ha hablado hay que añadir una *Plática de la ciudad de Toledo á sus vecinos afligidos*, que es una exhortación que se supone hace la ciudad á sus hijos á que lleven con paciencia las aflicciones y calamidades que pesaban sobre ella. Fué publicada después de la muerte del autor por Fr. Rodrigo Yepes por los años de 1583.

Suyos son también un prólogo *al benévolo é pio lector* para el libro *El Momo*, de que hemos hablado antes, y otro prólogo, también *al benigno é pio lector*, para la colección de los opúsculos publicados por Francisco Cervantes Salazar, aquel alumno de quien tantos elogios hizo el Maestro Venegas. Contienen ambos prólogos mucha doctrina de la antigüedad clásica tocante á las invenciones fabulosas.

Demás de estas obras debió de escribir otras que se han perdido. Entre otras habla de un arte de Gramática, «en que, dice, al presente entendemos para que por ella puedan las monjas aprender la lengua latina sin preceptor». «Y aunque, añade, juntamente entendemos en otros libros, ponemos más diligencia en esta arte que en otra obra, por el mandamiento de la muy magnífica y muy religiosa Señora D.ª Isabel de Viana... Abadesa del Monasterio de Sant Juan de la Penitencia en esta ciudad de Toledo».

También habla (1) de un libro que tenía compuesto y á punto de darlo á la estampa acerca de la educación de los niños, *de liberis educandis*, escrito en castellano.

Y esto es cuanto ha llegado á nuestra noticia sobre la vida y obras del maestro Alejo Venegas.

(1) En su carta á Juan de Vergara (*Epistolae clarorum virorum ineditæ*, p. 227 de la *Revue Hispanique*, t. VIII).

IV

Las obras de Fr. Hernando de Talavera y del maestro Alejo Venegas, de que hemos tratado hasta aquí, no tienen nada de místicas; son más bien ascéticas ó morales. No así la que sigue en la colección, que es el *Tercer Abecedario espiritual* de Fr. Francisco de Osuna; no que sea mística del todo, pero sí alguna porción de ella, y en su conjunto, una magnífica introducción ó camino para entrar en la contemplación, parte del estado místico del alma. Tal fué, por lo menos, para la gran maestra y enseñadora y experimentadora de ese estado, la madre Teresa de Jesús.

Es notorio, y ella se complace en declararlo, que ese libro de Fr. Francisco de Osuna fué su maestro en esta ciencia ó materia. Era joven todavía y no había mucho que había entrado en el Monasterio de la Encarnación de Avila, cuando, habiendo adolecido de grave enfermedad, fué conducida por su padre, Alonso Sánchez de Cepeda, á la villa de Becedas, para ponerse en manos de una persona á quien se atribuía virtud ó arte especial para la curación de ciertas enfermedades. En el camino pasó por Hortigosa, alquería situada á unas tres leguas de Avila, y donde vivía un tío suyo, D. Pedro Sánchez de Cepeda, hombre piadoso y aficionado á buenos libros. Uno de los que tenía era el *Tercer Abecedario* de Osuna, y éste se lo dió á su sobrina Teresa. Llevóselo ésta consigo, primero á Castellanos de la Cañada, donde residía una hermana suya, luego á Becedas y más adelante, de vuelta de este pueblo, al Monasterio de la Encarnación. Consérvase hoy este ejemplar en el Monasterio de San José de Avila.

De este caso de haber venido á sus manos el *Tercer Abecedario* y del efecto que causó en ella su lectura escribe lo siguiente:

«Cuando iba (á Becedas), me dió aquel tío mío, que tengo dicho estaba en el camino, un libro: llámase *Tercer Abecedario*, que trata de enseñar oración de recogimiento; y puesto que este primer año (del noviciado) había leído buenos libros, que no quise usar más de otros, porque ya entendía el daño que me habían hecho, no sabía cómo proceder en la oración, ni cómo recogerme, y ansí, holguéme mucho con él y determinéme á seguir aquel camino con todas mis fuerzas. Y como ya el Señor me había dado don de lágrimas y gustaba de leer, comencé á tener ratos de soledad y á confesarme á menudo, y comenzar aquel camino, tiniendo aquel libro por maestro; porque yo no hallé maestro, digo, confesor que me entendiese, aunque lo busqué en veinte años después desto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudara á salir de las ocasiones que tuve para ofender á Dios».

Referir en particular y circunstanciadamente cómo se hizo este amaestramiento de Santa Teresa y por qué grados, guiada por el *Tercer Abecedario*, subió á las cumbres altísimas de la contemplación y de la vida mística del alma, es muy largo para tratado en este lugar. De ello se hablará en un libro sobre la vida de Santa Teresa que, según esperamos, no tardará mucho en salir á luz. Allí podrá el curioso ver algo sobre esto.

Según que lo indica su título de *Tercer Abecedario*, el libro de Osuna forma parte de una colección de tratados ordenados numéricamente y que tratan de materias análogas y que pueden caber debajo de una denominación. Esos tratados son seis, sin enlace ó relación particular entre sí.

Fueron publicados con largos intervalos de tiempo desde el año de 1525, en que salió el primero, hasta el de 1554, en que salió el último. Los dos postreros, el quinto y sexto, fueron publicados después de la muerte del autor, según se colige de la Declaración del librero Juan de Espinosa en su epístola al Obispo Fr. Antonio de Guevara, fechada en 31 de marzo de 1542.

La edición del tercero, que más particularmente nos interesa, salió en Toledo el año de 1527, con dedicatoria al Duque de Escalona y Marqués de Villena, D. Diego López Pacheco, que falleció no mucho después de la impresión del libro, es á saber, el 26 de noviembre de 1529. El motivo de la tal dedicatoria, dice el autor, fué «el gran amor» que tenía el Duque á este libro, hasta el punto de poder ser llamada obra y cosa suya y debérsele la posesión de ella «por título de caridad, que es el mayor de los títulos, porque se extiende á más y á mejores cosas», como dice Fr. Francisco [1].

Acerca del contenido en este *Tercer Abecedario* dice el autor:

«En sólo este Abecedario, sin glosa, se abrevia la doctrina del recogimiento con mucho aviso, según han dicho algunos varones muy ejercitados en él; empero en la glosa se verán algunas cosas que no se pudieron declarar en la brevedad del texto».

El Abecedario y su texto lo forman los títulos y encabezamientos de los capítulos y partes de la obra; la glosa es la explicación ó comentarios que da el autor, que, como se puede entender, son la porción principal y máxima de la obra.

Fr. Francisco de Osuna, aunque dice que en toda la obra se trata del recogimiento, no empieza propiamente á hablar de esto hasta el tratado sexto del *Abecedario*.

Cómo y en qué forma trata de ese recogimiento desde ese tratado sexto en adelante puede verlo el lector, puesto que lo tiene en la mano. Aquí no cumple más que hacer una indicación, no sobre la sustancia de la doctrina y de las explicaciones de Osuna, sino sobre algunos de sus accidentes.

(1) En el Prólogo-Dedicatoria.

Propúsose el autor de los Abecedarios recorrer en cada uno de ellos todas las letras del alfabeto castellano, tratando de algunas virtudes ó también máximas y sentencias que empezasen por la tal letra. Este orden, como se ve, es puramente material y anula de todo punto la unidad de composición lógica ó sistemática de cada uno de los Abecedarios. En efecto, cada cual va por sí, sin ninguna relación ni con el que le precede ni con el que le sigue, sino es que el autor la haya querido dar por la forma con que ha encabezado la palabra ó sentencia que le sirve de tema.

Este desorden que reina en la distribución de las partes principales de la obra de Osuna reina también en sus partes ó capítulos singulares, ni más ni ménos que en el desenvolvimiento de cada una de esas partes.

Nada de plan ó consecuencia y seguida de ideas. Empieza por una, y, según que acuden á su mente otras, las va soltando desunida y atropelladamente, sin cuidar de su enlace, trabazón ó consecuencia. Empieza como le parece, y sigue y acaba cuando le parece, y acaba de manera que el lector queda convencido de que, como terminó allí, pudiera haber terminado antes, como continuar después sobre el mismo tema ó argumento.

Tal manera de exposición riñe con todas las reglas del arte y de la Dialéctica; pero ¿qué importa el arte ni la Dialéctica para el grande escritor?

Llena su mente de ideas, agitado su corazón por un entusiasmo divino, se desborda en las páginas de su libro á manera de torrente que todo lo invade y todo lo llena y arrastra. Es este torrente algo revuelto y aun tumultuoso; pero en ese desbordamiento ó desate de ideas, ¡qué riqueza de exposición, qué copia de conceptos grandiosos se vienen á su pluma! Es aquello, no una fuente, no un río, sino una catarata de pensamientos y arrebatos del alma que pugnan por brotar de su pluma, atropellándose mutuamente é invadiendo la mente del lector.

Fué Fr. Francisco de Osuna uno de los escritores más naturalmente elocuentes y de mayor copiosidad de ideas y abundancia de palabras que ha habido en España.

Su caudal de doctrina teológica y de erudición escriturística y de Santos Padres es inmensa. La lectura de autores profanos se puede decir que nula, á lo menos tal como se puede juzgar de sus escritos; de seguro, si leyó alguno de esos autores, esta lectura no dejó en él rastro de ninguna especie.

En sus escritos todo es pura y netamente cristiano. La inspiración de su Musa, y dispénsese la frase, que aquí es casi una profanación, le vino directamente del Santuario. Su maestro fué su propia conciencia, admirablemente enseñada y esclarecida y transformada por influencias divinas.

Fué además Fr. Francisco de Osuna un escritor místico, no teórico, sino práctico ó practicante de lo que escribió.

Hay muchos escritores que hablan de cosas místicas de referencia, ó de

oídas como quien dice, copiando lo que dicen otros y dando reglas y refiriendo experiencias de cosas que en sí no han sentido. Son como quien ha oído campanas y no sabe dónde, como dice el proverbio. Y no faltan quienes hablan de esas experiencias como cosas sentidas en sí mismos, siendo así que todo cuanto dicen es pura invención, juegos de imaginación exaltada con las lecturas que sobre esto han tenido.

Fray Francisco de Osuna no es así. Escribe lo que siente y como lo siente; pocas veces habla de sí, pero, aunque no hable sino de tercera persona, se conoce que cuanto dice lo ha experimentado y vivido, como se dice ahora. Y esto lo puede conocer el lector, ya por algunas confesiones personales que se le escapan de la pluma, ya principalmente por la manera como habla de esas cosas, por el calor de vida que informa sus explicaciones, por los toques ó vislumbres de luz que brotan de lo que dice, y que no pudieron venir más que de la experiencia propia personal.

Este calor interno, esta experiencia propia, íntima, personal, debió de ser la causa de los efectos maravillosos que hizo en Santa Teresa de Jesús la lectura del *Tercer Abecedario*, amaestrándola en doctrinas y experiencias hasta entonces nuevas para ella, descubriéndole y revelándole mundos del espíritu en que nunca había pensado. *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.*

Cuando Santa Teresa empezó á leer en el *Tercer Abecedario* y á meditar en las cosas que en él se contienen hacía tiempo que se había dado á la oración y al trato con Dios; por esto, como estaba preparada para ello, le fué tan provechosa esta enseñanza. Lo contrario podría suceder á otros que. faltos de esa preparación, se quisieran lanzar á tales ejercicios ó experiencias,

Atendiendo á eso, ya advertía el Maestro Juan de Avila ([1]) que si el *Abecedario segundo* y el *quinto* de Osuna pueden ser de provecho á todos y á todos se pueden recomendar, no así el *tercero* de que estamos hablando:

«La tercera parte, dice, no la dejen leer comúnmente, que les hará mal, que va por vía de quitar todo pensamiento, y esto no conviene á todos».

Cabalmente, ese quitar todo pensamiento de que habla el Maestro Avila fué una de las cosas que más extrañaron á la propia Santa Teresa y que más dieron que sospechar á sus consejeros, si bien con las explicaciones que ella dió se desvanecieron las sospechas ([2]).

No obstante esos peligros que señalaba el Maestro Avila en la lectura del *Tercer Abecedario* de Osuna, la Inquisición dejó pasar el libro sin censura, caso tanto más de extrañar cuanto el mismo Tribunal prohibió muchas proposiciones relativas á la oración de recogimiento y condenó libros de autores tan respetables como San Francisco de Borja, el P. Fr. Luis de

([1]) *Epistolario*, edición de Rivadeneyra, p. 324.
([2]) V. *Vida* de Santa Teresa, escrita por ella misma, c. XXIII.

Granada y otros, puntualmente por el carácter excesivamente místico que, según se presentaban estos libros en sus primeras ediciones, en ellos asomaba. Además, en el Indice expurgatorio del año 1747 vemos corregidos dos pasajes: uno del *Primer Abecedario* y otro del *Segundo*, pero nada del *Tercero*.

Colígese de lo dicho, que el *Tercer Abecedario* de Osuna es uno de los libros de mística más importantes que tiene la literatura española y que con razón debe figurar en una colección, siquiera muy parcial, de tales libros.

Ahora, para dar más á conocer la importancia de este libro, convendría decir algo sobre la persona del autor, de su vida y de sus estudios y ocupaciones, y de sus andanzas por España y fuera de España, por Tolosa de Francia, París y Amberes. Tarea sería ésta muy grata y sobre la cual podríamos decir algo quizá no muy conocido; mas de seguro desempeñará mejor este trabajo el paisano y homónimo de Fr. Francisco de Osuna, Don Francisco Rodríguez Marín, en un estudio que prepara para la edición del *Norte de los estados* del famoso escritor y que se publicará en breve.

V

Ciérrase la colección de los *Escritores místicos españoles* con la edición del opúsculo de Fr. Alonso de Madrid, el *Arte para servir á Dios*.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo [1] calificó este libro de *verdadera joya*, y lo es, en verdad, como obra literaria, moral y aun filosófica.

Contiene un resumen maravilloso de toda la ascética cristiana, con mil observaciones psicológicas y morales de altísima importancia, y con un análisis de las operaciones del alma, que en muchos casos maravilla y asombra.

Santa Teresa leyó mucho en este libro. Dice acerca de él [2]: «puede (el alma) en este estado hacer muchos actos para determinarse á hacer mucho por Dios y despertar el amor; otros para ayudar á crecer las virtudes, á lo que dice un libro llamado *Arte para servir á Dios*, que es muy bueno y apropiado para los que están en este estado porque obra el entendimiento».

Demás de esta enseñanza acerca de los actos que puede el alma «hacer mucho por Dios», «despertar el amor» y «ayudar á crecer las virtudes», debió Santa Teresa, á nuestro parecer, sacar otra, que fué de singular provecho para su alma, es á saber, el hábito de la atención interior á los movimientos del alma, el análisis de sus operaciones, los motivos y efectos de estos actos, toda aquella minuciosa, atenta, perspicacísima observación del

(1) *Historia de las ideas estéticas en España*, P. I, t. II, p. 125.
(2) *Vida*, c. XII.

mundo que llevamos acá dentro, como ella decía, y en cuya investigación y enseñanza fué la santa maestra consumada. En este punto pudo ser el *Arte para servir á Dios* uno de sus maestros, como lo fué el *Tercer Abecedario* en otras partes de la Mística.

Además de este hábito ó práctica de observación interior, es posible que sacase de la lectura del *Arte para servir á Dios* otras muchas ideas y advertimientos. Es difícil y aventurado particularizarlos; pero será permitido indicar que aquella idea de que Cristo fué el libro que se le mostró, para que en él aprendiese lo que cumplía al provecho de su alma ([1]), la sacaría quizá del *Arte para servir á Dios*, capítulo V, donde el P. Alonso de Madrid trata de este divino libro como libro de vida, fuente y norte de la sabiduría.

La edición primera hubo de ser en 1521 ([2]). La que reproducimos es la segunda, corregida y acrecentada por el autor y publicada el año de 1526.

El *Arte para servir á Dios* fué muy leído en el siglo diez y seis.

También fué traducido á otras lenguas, al francés por lo menos ([3]).

El famoso historiador Ambrosio de Morales, por los años de 1570, hizo edición de él, anotándolo y corrigiendo algo su estilo; cierto sin necesidad, como dijo Cerdá y Rico ([4]), «porque su estilo es puro, propio y elegante, y así (cosa de extrañar en quien tenía tan buen gusto) le echó á perder ([5]).

Va adjunto al *Arte para servir á Dios* otro opúsculo de Fr. Alonso de Madrid, *Espejo de ilustres personas*, también de gran valor ascético y literario.

De la vida de Fr. Alonso de Madrid nada se sabe, fuera de que fué natural de la que adelante había de ser corte de España. Lástima que así se haya borrado la memoria de varón tan ilustre.

([1]) *Vida*, c. XXVI.

([2]) En el *Registro* de D. Fernando Colón (V. *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, por D. Bartolomé José Gallardo, t. II, pág. 547, núm. 4072) hay esta nota: *Arte para servir á Dios*, en español. Divídese en tres partes y las partes por documentos. Prologus: I «Como diga San Ambrosio». La primera parte I «Síguese á la primera parte principal». La tercera: D. «Las criaturas para siempre jamás», Es en 8.º Impresso en Sevilla, anno 1521, 22 Julii.—Costó en Medina del Campo 18 maravedís á 19 de noviembre de 1524.

En el núm. 4101 del mismo Registro hay otra nota sobre el *Espejo de ilustres personas* como impreso en Burgos el año de 1524. Costó en Medina del Campo 4 maravedís á 23 de noviembre de 1524.

([3]) Acerca de este libro de Fr. Alonso de Madrid, como sobre el *Tercer Abecedario* de Osuna, es muy digno de leerse lo que dice Mr. Morel Fatio en su erudito estudio *Les Lectures de Sainte Térèse* (V. *Bulletin hispanique*, t. X, p. 16 y siguientes).

([4]) En el prólogo á las *Obras que Francisco Cervantes de Salazar ha hecho, glosado y traducido*. Prólogo, p. XXIV.

([5]) El P. Jaime Sala, franciscano, reprodujo esta edición de Ambrosio de Morales (Valencia, 1903), anotándola en muchos puntos.

Miguel Mir,
de la Real Academia Española.

BREVE E MUY PROVECHOSA DOCTRINA

DE LO QUE DEVE SABER TODO CRISTIANO

CON OTROS TRACTADOS MUY PROVECHOSOS

COMPUESTOS POR

EL ARZOBISPO DE GRANADA

SON EN ESTE VOLUMEN ESTOS TRACTADOS Ó LIBROS

COMPUESTOS POR EL ARZOBISPO DE GRANADA

Breve é muy provechosa doctrina de lo que deve saber todo cristiano.

Confesional ó avisación de todas las maneras en que podemos pecar contra los diez mandamientos. El cual deve cada cristiano é cada cristiana leer con atención cada que se oviere de confesar.

Breve tractado de cómo havemos de restituir é satisfacer de todas maneras de cargo, que son seis.

Breve é muy provechoso tractado de cómo havemos de comulgar.

Muy provechoso tractado contra el murmurar y decir mal de otro en su absencia, que es muy gran pecado é muy usado.

Devoto tractado de lo que representan é nos dan á entender las cerimonias de la misa.

Solazoso y provechoso tractado contra la demasía de vestir y calzar, y de comer y de bever.

Provechoso tractado de cómo devemos haver mucho cuidado de espender muy bien el tiempo, y en qué manera lo havemos de espender para que no se pierda momento.

FIESTAS QUE SON DE GUARDAR EN CADA MES

E CUALES TIEN VIGILIA

E CUÁNDO SON LAS CUATRO TÉMPORAS QUE HAN DE AYUNAR

En el mes de enero es de guardar el primero día, que es fiesta de la Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo, y en que le fué puesto el sancto nombre; de la Sancta Epifanía: es cuando en Betleem fué hallado y adorado Jesucristo Nuestro Señor de los tres reyes magos, que vinieron de Oriente á le buscar, guiados por la estrella que les aparesció el día que nasció.

En el mes de hebrero es de guardar la fiesta de Nuestra Señora que se llama la Candelaria, que es el segundo día, en que Nuestra Señora presentó é ofresció en el Templo en Jerusalem á su precioso hijo. Item, es de guardar el día del apóstol Sant Mathia, que es á veinte é cuatro días; tiene vigilia.

En el mes de marzo es de guardar la fiesta de la Anunciación, que es á veinte é cinco días.

En el mes de abril es de guardar el día de Sant Marcos Evangelista, que es á veinte é cinco días; no tiene vigilia.

En el mes de mayo es de guardar el primero día, que es fiesta de los apóstoles Sant Felipe é Santiago: no tiene vigilia. Item, la fiesta de cuando Sancta Elena, madre del emperador Constantino, halló en Jerusalem la santa cruz en que padesció nuestro Señor Jesucristo, que es á tres días del dicho mes; no tiene vigilia.

En el mes de junio es de guardar la fiesta de Sant Bernabé apóstol, que es á once días; no tiene vigilia. Y el día en que nasció Sant Juan Baptista, que es á veinte é cuatro; tiene vigilia. Y el día de los apóstoles Sant Pedro é Sant Pablo, que es á veinte e nueve; tiene vigilia.

En julio es de guardar la fiesta del Apóstol Santiago, que es á veinte é cinco días; tiene vigilia.

En agosto es de guardar el día en que Jesucristo Nuestro Señor fué transfigurado é mostró su gloria á sus discípulos en el monte Thabor: es á seis días; no tiene vigilia. Y es de guardar el día de Sant Lorenzo mártir, que es á diez días; tiene vigilia. Item, la fiesta de la Asumpción, que es cuando Nuestra Señora la Virgen María pasó desta vida, é fué llevada á los cielos, é asentada á la diestra de su precioso hijo Jesucristo Nuestro Señor: es á quince días; tiene vigilia; aunque á Sancta María no se ha de catar si tiene vigilia. Item, la fiesta del apóstol Sant Bartolomé, que es á veinte é cuatro días; tiene vigilia.

En el mes de setiembre es de guardar el día en que nació Nuestra Señora la Virgen María, que es á ocho días. Item, la fiesta de Sant Matheo apóstol é evangelista, que es á veinte é uno; tiene vigilia; é la fiesta del arcángel Sant Miguel, que es á veinte é nueve.

En octubre es de guardar la fiesta de Sant Lucas evangelista, que es á diez é ocho días; tiene vigilia.

En noviembre es de guardar la fiesta de todos sanctos, que es el primero día; tiene vigilia. Y la fiesta de Sant Andrés apóstol, que es el postrero día; tiene vigilia.

En deciembre es de guardar la fiesta de Santo Thomé apóstol, que es á veinte é uno; tiene vigilia. Item, el día de Navidad, que es cuando nació Nuestro Señor Jesucristo, que es á veinte é cinco; tiene vigilia. Item, la fiesta de Sant Estevan, que es á veinte é seis; é la fiesta de Sant Juan apóstol y evangelista, que es á veinte é siete; é la fiesta de los Sanctos Inocentes, que es á veinte é ocho; no tiene vigilia.

Son de guardar lunes y martes de Pascua de Resurrección; é la fiesta de la Ascensión, que es el día que subió Nuestro Señor Jesucristo á los cielos en presencia de sus santos discípulos; é lunes é martes de la Pascua del Espíritu Sancto; é tienen vigilia la fiesta de la Ascensión é la Pascua del Espíritu Sancto. Item, es de guardar el día de Corpus Christi. Son cuatro témporas que se han de ayunar el miércoles y viernes y sábado después del primero domingo de cuaresma; é miércoles y viernes y sábado después de la Pascua del Espíritu Sancto; y miércoles y viernes y sábado después de la fiesta de Sancta Cruz de setiembre, la cual es á catorce días, y miércoles y viernes y sábado después de la fiesta de Santa Lucía, la cual es á trece de deciembre.

BREVE FORMA DE CONFESAR

REDUCIENDO TODOS LOS PECADOS MORTALES Y VENIALES A LOS DIEZ MANDAMIENTOS

COMPILADA POR EL LICENCIADO

FRAY HERNANDO DE TALAVERA

PROFESO DE LA ORDEN DEL GLORIOSO DOCTOR SANT HIERÓNIMO Y CONFESOR DE LOS MUY ALTOS É MUY CATÓLICOS PRINCIPES Y POR ESO MUY PODEROSOS É MUY VICTORIOSOS DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL, REY Y REINA DE CASTILLA Y DE ARAGÓN Y DE SICILIA Y DE GRANADA, ETC., Y PRIMERO ARZOBISPO DE LA SANCTA IGLESIA DE GRANADA

PRÓLOGO

Queriendo dar alguna breve forma de confesar, porque son prolijas y por eso menos provechosas las que hasta hoy son escriptas, porque comúnmente proceden por los diez mandamientos y siete pecados mortales, catorce obras de misericordia y cinco sentidos corporales y siete dones del Espíritu Santo, y tres virtudes teologales y cuatro cardinales, acordé. mediante la gracia y ayuda de Nuestro Señor, impetrada por los ruegos de su bendita Madre, reducir todos los pecados á los diez mandamientos. Obra por cierto muy necesaria y muy provechosa: dar manera con que conozcamos nuestros pecados para los huir, y con que ligeramente los remembremos para de todos los cometidos y de cada uno dellos haver contrición, dolor y arrepentimiento siempre, si pudiéremos, y para los confesar discretamente y hacer entera satisfación dellos. Pues en la cibdad de Dios ninguna persona entra sin de todos ser primeramente alimpiada, y el alimpiamiento dellos en el otro siglo cuesta muy caro. E antes que comience á tratar lo propuesto, son de saber cinco cosas.

La primera, que no entiendo poner particularmente cuáles son pecados mortales ni cuáles veniales; porque determinar esto es cosa muy grave y que requiere mayor scriptura.

La segunda cosa es: que propriamente hablando, aquello es pecado mortal que es contra el amor que á Dios y á nos y al prójimo devemos; ca si no es contra el tal amor, así como es alguna palabra ociosa, ó alguna risa demasiada sin escarnecer de alguno, ó algund poco de juego, ó algund comer, ó bever, ó dormir, ó cantar, ó tañer, ó mirar demasiado, no será pecado mortal, antes venial, salvo si tanto nos deleitásemos en ello que si acontesciese caso por que en ello antes ofenderíamos á Dios ó al prójimo, que nos dejásemos dello. E aunque lo que hiciésemos fuese contra el amor que devemos á Dios y á nos y á los prójimos, si lo hiciésemos no podiendo saber que es malo, ó no podiendo huir la fuerza que nos hacen, ni sería pecado mortal ni venial, tanto que cuando lo supiésemos, nos pesase de lo haver hecho y de no haver sabido que era pecado para nos guardar dello. E que si lo hacemos por fuerza, nos pese de hacerlo.

La tercera es: que aunque hay pecados de voluntad, solamente cuando querríamos y proponemos de hacer algún mal y no lo dejamos de obrar, salvo porque no podemos, é otros pecados de voluntad y de obra, cuando ponemos por obra el mal que proposimos hacer; pero no se hará aquí diferencia de unos á otros, porque tan entero ó poco menos pecado es la mala voluntad sola, como la voluntad con la obra, é no menos se ha de llorar e confesar lo uno que lo otro.

La cuarta es: que no se cogen ni se ponen aquí por menudo todas aquellas maneras en que la persona mortal ó venialmente puede pecar contra los diez mandamientos, porque sería imposible, ó muy difícil cogerlas.

La quinta es: que las veces que escriviere pecados veniales contra algund mandamiento, no es mi intención de contradecir á los santos doctores, é á la verdad que dicen que los pecados veniales son culpas y defectos ó exce-

sos fuera de los mandamientos y no contra ellos, mas escrevirlo he así por mengua de buenos y breves vocablos, con que pueda hombre manifestar su sana intención.

Síguese el tractado en nombre de nuestro Señor Jesucristo.

PECADOS CONTRA EL PRIMERO MANDAMIENTO

El primero mandamiento en suma es adorar á un solo Dios, servirle, honrarle y amarle sobre toda cosa.

Contra este mandamiento son en alguna manera cuantos pecados se hacen.

DE LOS PECADOS QUE SE COMETEN CONTRA LA VIRTUD DE LA FE

Pero especialmente pecamos contra este mandamiento si no creemos todo lo que la madre santa iglesia católica de Roma tiene, cree y manda creer.

Item, cualquier obra que procede de tal infidelidad ó herejía, cuando quier que se haga es pecado, por manera que, allende de pecar el infiel, moro ó judío ó pagano en no creer lo que deve, peca en circuncidar á sí ó á otro, y en todas las fiestas que guarda. E generalmente en todas las cerimonias que son contra la santa fe católica é contra la religión cristiana. Y peca mucho más el falso cristiano y hereje que hace lo semejante. Pero no pecan los infieles en otras buenas obras que hacen, no por infidelidad, mas porque de suyo son buenas, como guardar verdad, hacer limosnas y cosas semejables.

Item, peca el que cree las cosas de la santa fe católica, no porque Dios las dijo y las manda creer, mas por razones naturales que al su parescer convencen á creer, por manera que si las tales razones no le convenciesen, no creería.

Item, peca el que las tales razones busca y desea, si no tiene voluntad aparejada de no menos creer sin ellas que con ellas.

Item, peca el que con ellas quiere probar ó afirma que se pueda perfectamente probar la fe católica, aunque sin ellas crea y esté presto á creer lo que deve.

Item, peca el que no sabe y expresamente cree los catorce artículos de la fe, ó á lo menos aquellos de que la iglesia hace fiestas, y pecan los prelados y maestros y doctores ó predicadores que esto no saben más por menudo y otras cosas cerca dello.

Item, peca el que no confiesa por la boca y obras la santa fe, cuando es necesario, así como si alguno fuese preguntado della y callase; y porque calló, pensasen los presentes que él no tenía fe, ó que pues él calla, la fe no es verdadera; ó si otros, por le ver callar, perdiesen la fe que tienen; y aún peca, aunque no sea preguntado, si ve en cualquier manera peligrar la fe, y no hace lo que puede por la defender; y aún Sant Augustín dice que cuando nos acostamos y cuando nos levantamos, avemos de decir el *Credo in Deum.*

Item, pecan los que delante cristianos simples, que no son por infieles ó herejes temptados cerca de la fe, disputan della; en lo cual yerran mucho algunos predicadores tocando en sus sermones cosas semejantes.

Item, pecan los que cuanto en sí es, no dan todo favor y ayuda para que los herejes sean compelidos á guardar la fe que recibieron.

DE LOS PECADOS QUE SE COMETEN PARTICIPANDO CON LOS INFIELES NO DEVIDAMENTE

Item, pecan los que dan y toman con ellos; pecan los simples é no muy firmes en la fe, que grande familiaridad tienen con los infieles y que sin necesidad tratan con ellos.

Item, pecan los que algún oficio públicc dan á los infieles, en que cristianos hayan de ser subjetos á ellos.

Item, los cristianos que sirven á los infieles estando de continuo dentro de sus moradas con ellos.

Item, las amas cristianas que crían sus hijos.

Item, pecan los cristianos que á los infieles ó á sus sin[ag]ogas ó mezquitas hacen alguna manda en su testamento.

Item, pecan los que en sus enfermedades se curan con físicos infieles ó dellos resciben medicinas, especialmente si pueden haver físicos y boticarios cristianos; y así pecan las cristianas que paren con parteras moras ó judías, podiendo haver parteras cristianas.

Item, pecan los que con los infieles se bañan juntamente; é pecan los señores que no los apremian á guardar los mandamientos de la iglesia, así como son que trayan continuamente tal hábito con que sean conocidos; y

que en los días de la pasión no salgan fuera; é que el viernes sancto no abran sus puertas ni ventanas, y que no hagan las otras cosas que por la iglesia les están vedadas.

DE LOS PECADOS QUE SE COMETEN EN PARTICIPAR CON LOS EXCOMULGADOS

Item, pecan los que obedescen á los príncipes y señores descomulgados, porque renegaron la fe católica ó porque están en alguna heregía.

Pecan otrosí los que participan con algún descomulgado en le saludar, diciéndole: mantengaos Dios, ó en buena ora vades, ó semejantes cosas; y en hablar con él y en rezar con él, y en tomar con él algún sacramento, y en dar y tomar con él comprando ó vendiendo, ó en otra cualquier manera; en tanto, que ni á la mesa en que el descomulgado estoviese comiendo, ni en la iglesia en que estoviere rezando, no puede ninguno comer ni rezar sin pecado, ni comer en el combite en que él fuere combidado, aunque él coma á otra mesa. E como es pecado hablar con él, así es pecado escrevirle ó recebir su letra ó mensagero, quier sea público que es descomulgado, quier sea secreto, tanto que si fuere secreto, no huyamos su comunicación en manera que lo publiquemos. En tanto debe ser huída la participación con el descomulgado, especialmente en las cosas divinales, en las cuales es pecado mortal participar con él; que si fuere excomulgado público, deve el sacerdote que está diciendo la misa, y lo ve ó lo siente en la iglesia, amonestarle que salga della, salvo si está ya dentro en el canon, que entonces dévela seguir hasta aver consumido, y acabado de consumir, deve trabajar, antes que más diga, que el descomulgado salga. Y si, finalmente, no pudiere echarlo fuera, deve acabar la misa en la sacristanía, ó en su casa, ó en otro lugar secreto. Pero no peca el que participa con el descomulgado por le sacar de la excomunión, ó cobrando de lo que deve; ni la muger peca en participar con su marido; pero bien peca el marido en participar con la muger, salvo en el acto de la generación demandándolo ella. Ni peca el fijo que está so la governación y obediencia de su padre en participar con él; ni el siervo que vivía con el señor antes que cayese en la excomunión; ni cuando es necesaria la participación, así como dándole de comer, vestido ó posada ó semejante cosa, cuando están en necesidad, aunque no sea postrimera necesidad, que es cuando, si no fuese socorrido, perescería, é cuando no es otro que socorra.

Item, peca el descomulgado que no se abstiene de la dicha participación, mayormente si entra en la iglesia á rezar, mientras se celebran en ella los divinos oficios. Peca el juez que descomulga, si la tal sentencia pone sin primero amonestar tres veces, ó una sola que valga por tres, dando tiempo convenible entre una y otra; y escribiendo la sentencia y causa della y guardando otras solemnidades. Pero á estas solemnidades no son obligados los obispos de manera que incurran las penas de los otros jueces que no las guardan.

PECADOS DE BLASFEMIA

Item, pecan contra este mandamiento los que blasfeman de Nuestro Señor ó de sus santos, diciendo palabras injuriosas, como pese á tal, ó no ha poder en tal, ó descreo de tal, pese á tal santo, ó reniego de tal santo, ó semejantes cosas; é cuando quier que de Nuestro Señor alguna cosa afirmamos que en él no cabe, como si le dixésemos injusto, ó vandero, ó negligente, ó si negásemos alguna cosa de las que son en él. Y especialmente blasfemamos contra el Espíritu Santo cuando desechamos de nuestro corazón aquellas cosas que nos podrían retraher del pecado, así como si desesperásemos de la misericordia divina, no creyendo que nos puede perdonar ni galardonar el bien que hiciéremos; y si menospreciamos su justicia, presumiendo que sin penitencia nos perdonarán, y negando la verdad conoscida de la fe por más sueltamente pecar, y aviendo pesar de las gracias que Dios da á nuestros próximos con que nos podrían retraher de pecar.

Item, proponiendo de no nos emendar. Y finalmente, aprovando y juzgando tan bueno el pecado, que dél no nos queramos apartar, lo cual se llama obstinación.

Estas seis maneras postrimeras de pecar se llaman blasfemias y pecados contra el Espíritu Sancto.

PECADOS DE IGNORANCIA Ó DE NECEDAD

Item, pecamos contra este primero mandamiento si no sabemos lo que havemos de sa-

ber, esto es, lo que á cada uno según su oficio pertenesce: en esta manera, que cuando quier que alguna obra hacemos ó queremos hacer que á nuestro oficio pertenezca, si no sabemos lo que es necesario para no errar en ella, pecamos en la hacer pecado de ignorancia, aunque ningún error en la tal obra hagamos. Y aun según santo Thomas de Aquino en un quolibeto, cada tiempo é vez que podríamos aprender lo que somos tenudos de saber, y no lo aprendemos, pecamos en este pecado.

Item, pecamos contra este mandamiento, cuando por nos dar á deleites, ó por mucho ocupar nuestro pensamiento cerca de las cosas temporales, nos privamos de todo conoscimiento que podríamos haver de Nuestro Señor y de las cosas espirituales, ó á lo menos embotamos nuestro entendimiento para que menos la pueda considerar.

E contra estos pecados se pueden juntar los pecados que se cometen contra la virtud de la prudencia.

PECADOS CONTRA VIRTUD DE LA PRUDENCIA

De los cuales es el primero prudencia ó sapiencia carnal, que es poner nuestra bienandanza y estudio en algund bien temporal. El segundo es astucia, que es buscar y tener maneras no buenas para alcanzar lo que queremos, agora sea bueno, agora sea malo. El tercero es sollicitudo superflua, que es tener tanto cuidado de las cosas temporales, que dejemos por ellas las espirituales; temiendo que si nos ocupamos en hacer lo que devemos, nos fallescerán las cosas necesarias.

Item, precipitación ó arrebatamiento, que es hacer alguna cosa sin pensar bien lo que se deve hacer é sin demandar consejo á los que dello más saben.

Item, inconsideración. cuando lo menos bueno juzgamos mejor.

Item, inconstancia, cuando por alguna pasión ó deseo carnal mudamos el buen deseo ó propósito que teníamos.

Item, negligencia, cuando tardamos mucho de lo ejecutar.

Item, si cuando buenamente podemos, no pensamos en la ley y mandamientos de Nuestro Señor, especialmente cuando nos acostamos á dormir y cuando nos levantamos.

Todos los sobredichos son pecados contra la virtud de la fe, é contra las virtudes que se reducen á ella, cuyas obras pertenecen á este primero mandamiento.

Síguense los pecados que son contra la virtud de la esperanza, cuyas obras asimismo pertenescen á este primer mandamiento. Los que esperan más en los hombres que en Nuestro Señor.

Item, los que por temor de perder alguna cosa temporal, así como hacienda, amistad, favor, dignidad, hermosura, salud y vida, dejan de seruir á Nuestro Señor, como lo servirían si el tal temor no los estorvase.

Item, los que por solo temor de las penas infernales dejan de pecar.

Estos son pecados contra la virtud de la esperanza y contra los dones correspondientes á ella, cuyas obras pertenescen á este mandamiento; contra la cual virtud son más propiamente que contra la fe, la desesperación y presumpción que arriba llamados pecados de blasfemia contra el Espíritu Sancto.

PECADOS CONTRA LA VIRTUD DE LA CARIDAD

Peca otrosi contra este mandamiento el que no ama á Nuestro Señor sobre toda cosa, haciendo por su amor, gloria y servicio todas las obras que hace, cuando son tales que en su gloria pueden ser ordenadas, si el que las hace se acuerda que por su amor las debe hacer y que á esto es obligado; ca no concurriendo estas tres cosas no pecan, á lo menos mortalmente, en hacer alguna obra buena no á gloria de Dios.

Item, peca el que ama ó sirve á Dios principalmente por aver algún bien temporal, así como la hacienda, etc. Y mucho más peca el que aborresce y quiere mal á Dios, ó porque defiende que no se cometan los pecados, ó porque prometió penas por ellos, ó porque no cumple algún bien ó mal que deseamos.

Item, peca el que ha placer cuando Dios es ofendido y aun el que no ha pesar dello.

Item, el que siente tristeza ó acedia ó desabrimiento en las cosas que se hacen á su servicio, como en la misa, predicación y obras semejantes, lo cual se llama accidia. Y aun cométese este pecado de accidia en las cosas qne cada uno es obligado á hacer según su oficio.

PECADOS DE ACCIDIA

De la cual suelen nascer otros diez pecados que son poquedad de corazón, que al hombre retrahe de cumplir algunos santos consejos dados por nuestro Redentor ó por sus siervos, ó de hacer otros muchos bienes por no padescer algund trabajo en los hacer; lo cual por otro nombre se llama pereza, que es temor de tomar ó sentir algún trabajo ó alguna fatiga.

Item, rancor que es enojo ó tristeza de comunicar ó tratar con las personas buenas y honestas, que á las cosas espirituales y honestas que nos cumplen nos inducen y amonestan.

Item, amargura, que es alguna saña contra tales personas espirituales. Ociosidad, que del todo retrae de oir y entender en las cosas divinales y en las cosas que devemos hacer.

Item, sueño ó tibieza, que no retrae del todo, mas hace al hombre estar torpe, negligente y flojo en lo que hace, é ir á ello tarde.

Item, derramar el pensamiento á otras cosas en aquel tiempo.

Item, curiosidad, que es derramar en aquel tiempo la vista ó los otros sentidos á cosas que para aquello no son menester.

Item, hablar demasiado.

Item, desasosiego del cuerpo, que es no tener los miembros, pies y manos y cabeza y los semejantes asosegados; lo cual significa el desasosiego que dentro en el cuerpo tiene el alma.

Item, mudarse de lugar en lugar, andando, paseando ó mudando lugares sin necesidad.

Estos diez pecados nacen de la accidia, que comúnmente se cometen cerca del oficio divinal; y en aquél más propiamente han lugar, porque, como después se dirá, con devoción y alegría del espíritu y con toda mesura y honestad de cuerpo se ha de oir y celebrar. Pero no solamente se cometen contra el oficio divino y en él; mas, como ya es dicho, cométense en todas las cosas que pertenescen á nuestro oficio y que havemos de hacer. Mas siéntenlo muy pocos, porque tenemos tan usado este pecado, que no lo sentimos ni lo tenemos por pecado.

Pueden ser retenidas estas diez maneras de accidia y de tibieza ó de pereza, por este vocablo *tisicupero*, en el cual son diez letras, entendiendo por cada letra una manera. Por la *t*, tardanza; por la *i*, inquietud; por la *s*, sueño; por la segunda *i*, inconstancia; por la *c*, curiosidad; por la *v*, verbosidad, que es parlería; por la *p*, poquedad de corazón; por la *e*, evagación del pensamiento; por la *r*, rancor; por la *o*, ociosidad.

PECADO DE CEGUEDAD Ó EMBOTAMIENTO DEL ENTENDIMIENTO, EL CUAL CAUSA EN NOS LA LUJURIA MÁS QUE OTRO PECADO

Item, pecamos cuando por nuestra disolución ó negligencia perdemos aquel conoscimiento de Nuestro Señor y de su sancta voluntad en su ley é santo mandamiento declarada, con el cual conoscimiento sabríamos hacer lo que devemos y dejar lo que no devríamos hacer.

PECADOS DE SOBERVIA

Contra este primero mandamiento es por la mayor parte el pecado de la sobervia, que es desordenado deseo de excelencia en todas cosas en que la puede haver. E cométese este pecado, generalmente hablando, cuando el hombre no quiere someterse á Nuestro Señor y á sus mandamientos, teniéndose en más de lo que es y tal se mostrando. Y esto especialmente se hace en cuatro maneras: cuando alguno piensa, ó da á entender que el bien que tiene que lo tiene de sí mesmo; ó que si Dios se lo dió, que fué por sus merescimientos; ó cuando menosprecia los otros iguales ó mayores que él, y cuando quiere sobre todos ser reputado, tenido ó acatado en cualquier cosa que sea buena ó mala, espiritual ó corporal.

E aún más especialmente se comete contra catorce grados que hay en la virtud de la humildad. El primero es honestad en el mirar, trayendo siempre los ojos inclinados en tierra. El segundo, hablar poco con razón y mansamente. El tercero, poca y mesurada risa. El cuarto, no responder ni decir de sí nin de otro, sin ser preguntado. El quinto, conformarse con las personas con quien de continuo vive y conversa, tanto que ellas vivan segund su hábito y manera. El sexto, temer siempre de ofender á Nuestro Señor. El séptimo, tenerse por indigno é sin provecho para todo oficio y

dignidad. El octavo, creerse y reputarse más vil y pecador que toda persona. El noveno, lo confesar por la boca. El décimo, por verdaderas razones hacerlo así creer á los que no lo creen. El once, haver paciencia si tales nos dijeren. El doce, sufrir sin turbaciónn é sin enojo, si vilmente nos trataren. El trece, desear ser vilmente tratado. El catorce, gozarnos en que nuestra voluntad y querer no se cumpla ni haga.

Contra estos grados y escalones de humildad con que la persona sube y se allega á Dios honrándole como á Señor, de los cuales los primeros cinco más son señales que grados de humildad, son catorce escalones de sobervia, con que el pecador desciende al infierno y se aparta de nuestro Señor á más andar. Y como quier que ya se podrían asaz conoscer por sus contrarios, pero porque mejor sean conoscidos, es bien explicarlos.

El primero es disolutamente mirar é sin necesidad á cada cosa y logar. El segundo, mucho hablar é sin reposo y á voces. El tercero, demasiada risa y alegría corporal. El cuarto, responder y hablar de sí ó de otro sin ser necesario. El quinto, hacer alguna singularidad en hábito y en otra cualquier manera de conversar, aunque parezca muy santa. El sexto es costumbre de pecar que hace al hombre perder el temor de Dios y menospreciarle. El séptimo es desear oficios y dignidades teniéndose por suficiente para ellas, especialmente no lo seyendo. El octavo, tenerse por mejor que los otros. El noveno, encobrir los defectos y pecados por no ser menospreciado. El décimo, defender y excusar los errores y pecados cometidos. El once, turbarse y haver tristeza en oir sus menguas. El doce, haver enojo y saña contra quien nos menosprecia é vilmente trata. El trece, aborrescer esto mesmo. El catorce es desear y procurar libertad por hacer nuestra voluntad.

Cerca destos grados de sobervia es de saber que, así como los grados de humildad van cresciendo por manera que los postrimeros son muy mayores, así por el contrario los de la sobervia van decresciendo; ca el primero que aquí es contado por sexto grado, que es costumbre de pecar menospreciando á Nuestro Señor, es mayor que todos, y los postrimeros son pequeños pecados.

Aún por otra vía se cometen pecados de sobervia en veinte y una maneras, que se llaman hijas ó ramos de sobervia. E son éstas: Vanagloria, gozándonos del bien que dicen de nos, puesto que lo haya en nos, no dando el loor dello á Dios, de quien aquel bien tenemos nos, como gelo daba el rey é profeta en el psalmo, diciendo: No á nos Señor, más á tu nombre sea la gloria. Item, se comete vanagloria haciendo cualquier cosa buena ó mala por ser loados. Segundo pecado de sobervia, ó que nasce della, es jactancia cuando nos mesmos nos alabamos del bien ó mal que hacemos. Tercero es contienda ó contender hablando á voces y soberviamente y como con desprecio de los otros. Cuarto es desordenación y demasía en los atavíos de la persona y de la casa y de los suyos y en semejantes cosas. Quinto es porfía en defender su seso y parescer y no se querer someter al ajeno, aunque parezca mejor. Sexto, presumir de tener ó hacer grandes cosas, no teniendo para ellas habilidad ni caudal; y aunque lo tenga, si no son necesarias ó provechosas. Séptimo es desobediencia, ó no querer complir lo que se manda, por no se abajar y someter al que lo manda, pudiéndogelo mandar. Octavo es escarnecer. Noveno es no creer lo que no puede entender, por no someter ni captivar su entendimiento, como dice el sancto apostol que lo havemos de hacer en las cosas de la sancta fe. Deceno es no temer de escandalizar, ó moviendo ruidos ó dando á otros malos ejemplos. Onceno es scisma, que es división de obediencia, queriendo ser papa ó emperador ó rey ó duque, ó puesto en otra semejante dignidad, pertenesciendo estas dignidades á otros, ó no querer obedecer al que de derecho deve ser obedescido y obedecer á quien no lo deve ser. Doceno es desagradecimiento en tres maneras: la primera, si no retribuimos y damos á quien nos dió, y aun más que nos dió. La segunda, si no loamos el beneficio que nos hizo. La tercera, si no lo conoscemos en nuestro pensamiento ó lo olvidamos de ligero; ca todo esto nasce de tenernos en mucho y pensar que nos es devido aquello y más, y nasce de tener á los otros en poco. Treceno es presumir de inventar y de hacer novedades en trajes, en edificios y en cosas no honestas ni necesarias. Cuatorceno, pagarse de oir lisonjas. Quinceno es blasfemar ligeramente, teniendo en poco á Dios y á sus sanctos. Deciseiseno es hipocrisía, fingéndose bueno, no lo seyendo, por ser honrado. Deci-

seteno es juzgar á todos locamente y de todo lo que hacen é dicen. Diecioctavo es discordar ligeramente en el consejo, teniendo en poco el seso ajeno. Diecinoveno es disimular y abatir sus cosas, porque sean de los otros alabadas. Veinteno es procurar de hacer fiesta, ó que las haya, ó de ir á ellas, por parecer en ellas excelente y ufano. Veinte y uno es desear honras é dignidades y mejoría é mayoría en todas sus cosas.

Todas estas veinte y una maneras de sobervia se pueden retener ligeramente por este verso: *Vim cippi dissipabit; dica dilacerata.* En el cual verso cada letra da á entender una manera de sobervia, excepta la letra *m* de aquella primera palabra *vim*, que no da á entender ninguna manera de sobervia, ni tampoco la da á entender letra alguna de aquella palabra postrimera *dilacerata*, ca se pusieron por complir el verso y no por dar á entender manera alguna de sobervia.

PECADOS DE INDEVOCIÓN

Item, peca el hombre contra el primero mandamiento, cuando por su culpa no tiene devoción, que es voluntad aparejada de hacer cualquier cosa que plega á nuestro Señor; la cual voluntad y aparejamiento se causa contemplando y pensando la bondad y beneficios de Nuestro Señor, y especialmente la redempción del mundanal linaje hecha por tan singular amor, y padesciendo por ello tan cruel pasión; y pensando otrosí nuestros defectos y menguas, y cuánto havemos menester el socorro y ayuda de Nuestro Señor.

PECADOS CONTRA LA VIRTUD DE LA ORACIÓN

Item, pecamos contra este mandamiento primero no rezando como devemos, conviene á saber, rogando y demandando á Nuestro Señor cosas injustas ó cosas temporales no necesarias, antes contrarias á nuestra salvación, como son mucha hacienda, etc.

Item, desechando en la oración los sanctos varones que aún en esta vida están pensando que no lo hayan menester, y á los pecadores como que no se podrán converter, é á los enemigos si dellos nos acordamos, ca por todos devemos orar, si de todos se nos acordare, cuando alguna oración general hacemos. Pero más pecado hacemos en rogar males para nuestros enemigos, salvo si los daños y adversidades que demandámosles que vengan, pedimos ó rogamos por su salvación, ó porque se emienden y pierdan poder de más mal hacer.

Item, pecan los que oran por lo que es cierto que son dampnados, como son todos los infieles y malos cristianos de que se pudiese saber que murieron en pecado mortal. Y pecan los clérigos especialmente si en las oraciones públicas ruegan por los herejes y escomulgados, salvo en el viernes sancto, en que la iglesia públicamente ruega por ellos.

Item, pecan gravemente los que á otros hacen oración, salvo á Dios verdadero, dador de todos los bienes, y á sus sanctos como á medianeros y abogados nuestros. Pecan otrosí los que cuando oran, por su culpa no miran en lo que rezan. Y de aquí es, que es pecado rezar en tal tiempo ó en tal lugar ó tan grande rato, que de necesario nos estorve de mirar lo que rezamos y á quien rogamos. Pecan otrosí los que en los tiempos y lugares deputados á la oración no rezan, antes se paran á pensar en negocios y vanidades; y mucho más los que en ellos hablan y entienden sin necesidad, ca en tanto que los oficios divinales se celebran, siquier sean misas ó maitines, vigilias ó cualquier otras horas, en esto é no en otra cosa deben pensar y mirar los que allí son presentes.

Item, pecan los que sin alguna oración se acuestan á dormir ó se levantan.

Item, los que comienzan ó acaban de comer sin alguna oración.

Item, los legos que cuando hay entredicho oyen los oficios divinales en la iglesia, salvo predicación.

Estos son casos generales y que á todos cuasi pertenescen.

CÓMO PECAN Á MENUDO LOS CLÉRIGOS EN DECIR LAS HORAS CANÓNICAS Á QUE SON OBLIGADOS

Pero especialmente los clérigos pecan, si estando excomulgados rezan las horas canónicas en la iglesia, ó en compañía, ó como haciendo su oficio. Y peca el clérigo, si no reza segund su regla, podiéndolo buenamente hacer; y si no las reza en su iglesia *cessante justa causa* porque no pueda ir á ella. Y especialmente pecan los obispos que los do-

mingos no son presentes en sus iglesias á los divinos oficios, *cessante justa causa* de su absencia.

Item, pecan los clérigos si no rezan las horas en sus tiempos devidos, cesante necesidad; los cuales son de la media noche adelante hasta que quiere amanescer para los maitines y laudes; y en saliendo el sol, la prima y las otras horas segund sus nombres, por manera que las completas se dijesen al fin del dia; y si no las dicen acentuando y pausando, y con la solemnidad y vagar y honestad y hábito, con que se deven cantar ó rezar segund la diversidad de los días.

Item, los que alzan la voz contrapuntando ó en otra cualquier manera, más por alguna vanagloria que por loar á Dios Nuestro Señor, y que por combidar á sí y á los otros que oyen á devoción. Y otro tanto es en el tañer de los órganos, ca si el que canta ó tañe, hace ó tañe tales cosas con que la devoción de los oyentes no crezca, antes se pierda, peca; mayormente si cantan ó tañen en los oficios divinales canciones é cantos seglares es gran pecado; y pecan los seglares que en tales lugares é tiempos se deleitan en lo oir, y lo favorescen en cualquier manera. Y si en los órganos de la iglesia tañen en cualquier manera cosas seglares, especialmente danzas y bailes y cosas semejantes, no es sin pecado; ni es sin pecado levar los órganos de la iglesia á fiestas y agasajados ó pasatiempos seglares, pues están ya para el servicio de Dios deputados.

Item, pecan los eclesiásticos que no proveen las lecciones y cantos que en público han de cantar, sabiendo que lo han menester. Y especialmente peca en esto el chantre y el maestreescuela, á cuyos oficios pertenesce esto proveer y emendar en las iglesias principales.

Item, pecan los clérigos que, presentes los legos en la iglesia, dicen el oficio en tiempo de entredicho; pero no pecarían si, rezando por necesidad en su casa ó por camino, los legos lo oyesen.

Item, pecan los clérigos de diversos obispados si se juntan á rezar en alguna iglesia en logar entredicho; pero en su cámara bien pueden en tal tiempo rezar con compañeros. Nin los clérigos por estar en el estudio son excusados de rezar las horas canónicas á sus tiempos devidos, podiéndolo hacer sin estorvo de las leciones; ca rezar maitines ante noche por más libre y holgadamente dormir á ningund clérigo es lícito, ni es lícita otra alguna anteposición sin legítima causa.

Item, no son excusados de rezar el oficio de finados, que en su iglesia se acostumbra á rezar.

PECADOS DE SACRILEGIO Y PRIMERAMENTE LOS QUE SE COMETEN DANDO Ó RECIBIENDO NO DEVIDAMENTE LOS SANCTOS SACRAMENTOS

Item, es un pecado contra este mandamiento mucho general que se llama sacrilegio; el cual se comete en muchas maneras. La primera es cuando de los sacramentos de la iglesia no usamos como devemos; ca peca cualquiera que los ministra estando en pecado mortal, salvo algunos que son de grande necesidad, así como el baptismo cuando la persona quiere morir, y no oviese otro que la baptizase. Y no solamente peca el que los sacramentos ministra estando en pecado mortal, mas aún el maestro ó predicador que estando en pecado mortal público, lee y enseña ó predica buenas costumbres sin alguna compunción, y otro tanto es de cualquier que executa oficio de justicia en algund pecador, pugniéndolo ó mandándolo pugnir, sin haver él alguna compunción del pecado en que está, aunque sea oculto.

Item, peca pecado de sacrilegio cualquiera que los sacramentos recibe en pecado mortal.

PECADOS CONTRA EL SACRAMENTO DEL BAPTISMO

Especialmente cerca del baptismo, que es el primero, peca el lego, varón ó mujer, que, sin correr grand peligro en la tardanza, lo ministra podiendo haver clérigo; y la mujer peca, si puede haver varón.

Item, peca el sacerdote que no guarda enteramente la costumbre de la iglesia en todas las cosas que á este sacramento pertenescen que serían aquí luengas de contar; pero en especial peca si la bendiciòn de la pila y catecismo y otros actos que en el baptismo concurren hace burlando, riendo é sin atención, é si lo dice así apriesa que aún él mesmo no se oye ni se entiende, como por nuestros pecados muchos malos clérigos lo hacen en

este tiempo; y especialmente si por culpa suya no mira en lo que dice, ni pronuncia enteramente las palabras que á la forma del sacramento pertenescen.

Item, peca si baptiza muchos juntamente sin necesidad, salvo en la víspera de pascua de Resurrección y en la víspera de la pascua de Pentecostés.

Item, si baptiza alguna persona ya crescida, sin que primero sea informada de la fe que toma, por ocho meses, ó á lo menos por el tiempo que el prelado mandare, contra lo cual hacen algunos baptizando infieles, sin que primero sean enseñados, pensando que sirven en ello mucho á Dios.

Item, si á sabiendas baptiza al que ya fué baptizado.

Item, pecan los padrinos y madrinas que al baptismo están riendo y parlando, ca deven estar con toda atención y honestad y devoción, y deben responder con diligencia á lo que les es preguntado en nombre del ahijado, cuando es niño que no puede hablar; y pecan si son negligentes en que sus ahijados sean informados en la fe que en su nombre prometieron.

Item, peca el que entendidamente demanda el baptismo, y el que más de una vez á sabiendas se baptiza, y el que de sacerdote scismático ó suspenso lo recibe, ó el que lo recibe de lego podiendo haver clérigo; y no erraría el que buen sacerdote buscase, para recebir dél este y cualquier otro sacramento.

Item, pecan los que son tardineros y negligentes en rescebir este sacramento y en le procurar para sus hijos.

Item, pecan los padres y madres que por vana gloria combidan padrinos y madrinas más ricos y generosos que buenos é virtuosos; y los que los combidan, no por lo que al sacramento pertenesce y á la buena instrucción de sus hijos, mas por otros intereses.

Item, los que estando la madre en peligro baptizan la criatura en el vientre, no haviendo salido miembro alguno.

Item, si no la baptizan en tal tiempo, haviendo sacado algund miembro, especialmente la cabeza; ni sería pecado, si después enteramente nasciese, baptizarla del todo, con la cautela de «si no eres baptizado», etc.

Item, pecan los que no baptizan como á dos personas el parto mostruoso, cuando tiene dos cabezas con sus cuellos y pechos.

Item, pecan las mugeres que podiendo haver partera cristiana paren con mora ó judía.

Item, los que por estado é sin necesidad hacen baptizar sus hijos en casa.

Item, si el padrino ó madrina no toca al ahijado.

Item, si muchos padrinos é madrinas concurren, ca no deve haver más de uno ó dos cuando más. Verdad es que pueden concurrir muchos al baptismo y ser para ello combidados y rogados, no para ser padrinos ni madrinas, mas para honrar; y por eso no han éstos ni éstas tocar al ahijado cuando lo sacan del agua, porque en aquel tocar se hacen compadres y comadres. En otras maneras acontesce pecar cerca deste sacramento, especialmente á los ministros dél, que serían aquí prolijas.

PECADOS CONTRA EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN

Cerca del sacramento de la confirmación pecan los que en pecado mortal lo ministran ó reciben, y los que no lo ministran ó reciben algunos, salvo en necesidad; é si no lo ministra obispo, salvo si de licencia del papa algund sacerdote lo ministrase, y los que por su negligencia tardan de lo rescebir ó hacer ministrar á sus hijos.

Item, los prelados si son negligentes en lo ministrar.

Item, si no consagran cada año en sus iglesias la crisma y olios que son menester para estos é para los otros sacramentos; y los curas que por sí mesmos no van ó embían algund diácono ó subdiácono antes del día de pascua de Resurrección á traer las tales unciones, y los que de las del año pasado usan sin necesidad.

Item, peca el padrino que á otro presenta al tiempo de confirmar, sin ser él confirmado, ó si es padre ó madre, ó hermano ó hermana, ó otro pariente cercano.

Item, si ha seido ya su padrino en el baptismo. E finalmente los prelados pecan que no guardan enteramente la forma, materia é intención que á este sacramento pertenescen. Y los súbditos que disolutamente é sin devoción lo reciben, é los padrinos é asistentes que comúnmente por nuestros pecados en tales tiempos é lugares están burlando é riyendo, y no guardan las otras cosas que allí son obligados, que son muchas.

PECADOS CONTRA EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Contra el sacramento de la eucaristía y comunión acontece pecar en muchas maneras y más á menudo, porque no solamente acontece pecar contra el sacramento del cuerpo de Nuestro Señor, comulgando, mas también acontece pecar no celebrando ó no oyendo la misa detenidamente: pues peca primeramente el que lo ministra aunque sea caso de necesidad sin ser á lo menos diácono, el cual en tal caso é no en otra manera lo puede ministrar.

Item, el que lo ministra á hombre que está en pecado público y aun en secreto, si ge lo puede negar sin le publicar. Y de aquí es que á los truhanes y semejantes oficiales, que raras veces usan de su oficio sin pecar, no se debe ligeramente dar.

Item, el que lo ministra en tiempo de entredicho á los legos, salvo á enfermos ó á mujeres preñadas cuando están cercanas al parto.

Item, peca el sacerdote cura que no le tiene de continuo consagrado para cuando la necesidad lo demandare.

Item, si no lo renueva en tiempo debido, como de mes á mes, poco más ó menos.

Item, el que lo ministra sin la solemnidad de vestiduras de lino, campanilla y lumbre, y con oraciones y palabras acostumbradas y aprovadas en su obispado, aunque sea tiempo de entredicho.

Item, el que no lo ministra en ayunas, salvo en caso de necesidad.

Item, el que ministra más de la hostia consagrada, ca por el peligro que podría acaescer, no se ha de ministrar á los que comulgan la sangre consagrada en el cálice, ca se podría derramar, salvo á los que son consagrados en obispos, que lo reciben todo allí al altar.

Item, el que este ni otro sacramento ministra á parroquiano ajeno sin licencia, salvo en caso de necesidad. Y pecan más gravemente en este caso los religiosos, que si este sacramento, ó el del matrimonio ó el de la extremaunción, ministran sin licencia del cura ó de su vicario del obispo, caen por ese mesmo hecho en sentencia de excomunión papal.

Y esto sea quanto al que lo ministra. Mas el que lo recibe, peca si no se reconcilia primero con aquellos á quien tiene injuriados, si buenamente lo puede hacer.

Item, el [que lo recibe sin procurar alguna devoción con algunos buenos pensamientos y oraciones y aun con algún ayuno; y de aquí es que la pollución habida en sueños, especialmente con algunas fantasías, impide de lo recebir dentro de veinticuatro horas á lo menos; y especialmente si el que las padesce fué causa della en cualquier manera, y mayormente por haver consentido cuando fué despierto en algún deleite de lujuria. Y más estorva la tal pollución de celebrar que de comulgar, salvo si la solemnidad de la fiesta y la devoción del que quiere celebrar ó del que lo quiere recebir mucho lo requiriesen; ó si no se podiese buenamente dejar de celebrar ó de comulgar sin algún escándalo, como si algunos se maravillasen dello y quisiesen saber el tal empedimento.

Item, no deve comulgar el marido ni la mujer en el dicho término de veinticuatro horas si hovieron ayuntamiento carnal, aunque sin algun pecado se hiciese, y mayormente el que lo procuró, salvo si grand devoción, como dicho es, ó causa alguna legítima lo requiriese; y loablemente dejaría de lo recebir por algund día la persona que alguna inmundicia corporal padesciese, así como flujo de sangre ó semejante, si no durase perpetuo ó mucho tiempo.

Item, peca el que no lo recibe ayuno de toda cosa, aunque sea agua, salvo si por inadvertencia lavando la boca se tragase alguna gota, ca no estorva la migaja que de antenoche quedó en la boca si se tragase por no mirar; pero el enfermo puédelo recebir después de comer.

Item, el que lo recibe de otro, salvo de su prelado, ó de su licencia.

Item, el que lo recibe de sacerdote descomulgado, ó suspenso, ó público concubinario, ó simoníaco.

Item, el que no lo recibe á lo menos el día de pascua de Resurrección ó en la semana santa ó en la semana de Pascua, salvo si de consejo de sacerdote lo dejare.

Item, el que no lo recibe cuando espera algún peligro de muerte, por manera que á los que han de justiciar, si devoción han para lo recebir, no se les debe negar.

Item, peca, pero no mortalmente, el que teniendo devoción y oportunidad de se apare-

jar, no lo recibe en algunas fiestas del año, señaladamente en las tres pascuas y día de Corpus Christi.

Item, el que después de rescebido no se guarda, por reverencia deste santo sacramento, de algunas hablas é risas é vistas, y de comer y de bever tan sueltamente como en otros días; ca todo esto se deve moderar más y cercenar en el día de la comunión por reverencia deste sancto sacramento. Eso mesmo el marido y la mujer se deven aquel día abstener de ayuntamiento carnal.

Item, peca el que, podiéndolo buenamente hacer, no lo acompaña cuando lo llevan á algún enfermo.

Item, peca el que lo da ó lo recibe para prueva de alguna cosa. Y esto sea cerca de la sancta comunión en cuanto es sacramento.

En cuanto es sacrificio, que más vulgarmente llamamos misa, peca el que la dice sin se confesar primero de cualquier pecado mortal si lo puede buenamente hacer; é si no puede luego confesar proponga firmemente de se confesar luego que podiere.

Item, el que la dice sin guardar las cerimonias y loables costumbres de la iglesia universal y de su obispado en especial, las cuales son tantas que serían aquí muy luengas de contar. Entre ellas es que fuera de la iglesia no se celebre sin causa legítima y con licencia del Papa ó á lo menos del obispo en su obispado.

Item, el que haviendo de decir la misa principal de aquella iglesia y del pueblo, deja la misa de la fiesta ó feria de aquel día, é dice otra misa votiva.

Item, el que con una misa quiere satisfacer al pueblo y al treintanario ó á otro cargo semejante ó á muchas personas, si cada una se encomienda é satisface una misa.

Item, el que la dice sin el reposo y sosiego que á tan alto misterio pertenesce; el cual reposo se ha de guardar y tener así en rezar y cantar el oficio como en el santiguar é en los otros movimientos.

Item, el que principalmente la dice por la ofrenda que le dan; y esto es general en todos los oficios y actos espirituales: que cualquier que los hace principalmente movido por algún interese ó provecho temporal, peca gravemente, pecado que llaman simonía; y no basta que aquel provecho vaya ordenado en algún buen fin espiritual, como si alguno predicase ó dijiese misas ó rezase horas ó semejantes cosas hiciese por haver dineros con que aprendiese, ó con que socorriese á parientes pobres, ó para hacer otra cualquier cosa que fuese servicio de Nuestro Señor Dios, porque los tales actos espirituales por ninguna cosa temporal en ninguna manera se han principalmente de ejercitar. Allexandre de Ales lo dice en su Tercero Tratando de lege evangélica.

Item, aunque principalmente no lo haga por el provecho temporal, pero si no dice la misa ó treintenario, ó no predica ni dice la vigilia, ni entierra al defunto, y así de otras obras espirituales, sin hacer primero avenencia, peca pecado de simonía. En el qual caen cualesquier cabildos ó conventos que ordenan entre sí no celebrar tal fiesta, ó no hacer exequias, ni dar sepultura en tal lugar, salvo al que diere tanto.

Item, peca el que más de una misa en un día celebra sin necesidad alguna de las expresas en derecho, salvo en el día de la Natividad del Señor, en que puede cada un sacerdote celebrar tres veces.

Item, peca el sacerdote que no celebra todas las fiestas grandes, entre las cuales son los domingos.

Item, el que encomendando que diga misa por defunto, no dice oficio de defuntos, salvo si mayor devoción del santo ó de la feria de quien la dice suple y la hace más acepta.

Item, peca el cura ó el vicario que antes de la consagración no amonesta el domingo en la misa mayor que los parroquianos que están ende de otra iglesia se vayan á ella.

Item, peca el confesor que recibe encargo de decir las misas que mandó en penitencia.

Item, el sacerdote que en iglesia parroquial celebra públicamente antes de la misa mayor el día del domingo ó de fiesta de guardar, porque da ocasión á que no estén los parroquianos á la misa mayor.

El que sirve en la misa puede pecar en muchas maneras, pero especialmente si está en pecado mortal y sirve sin necesidad.

Item, si es negligente en el oficio que hace.

Item, si dice la epístola en hábito de subdiácono el que no tiene tal orden.

El que oye misa, peca si no está con la devoción y honestad y silencio y sosiego que á tan alto misterio pertenescen, levantándose á la gloria y oraciones y evangelio, prefacio y pater noster.

Item, el que estando en pecado mortal disolutamente hinca los ojos grand rato en la hostia santa cuando la muestran al pueblo.

Item, el que estando descomulgado de excomunión menor toma paz ó pan bendito.

Item, el lego que se mete de la red del altar ó del choro adentro, y mayormente si es mujer. Y esto mayormente ha lugar cuando los clérigos ofician cerca del altar.

Item, el que no oye toda la misa mayor hasta recebir la bendición del sacerdote en los domingos é fiestas de guardar, salvo por algún legítimo impedimento ó necesidad.

Item, el que los domingos é fiestas no la oye en su parroquia, salvo por alguna causa legítima, así como si por oir sermón en otra iglesia no es presente en la suya; y estonces sería bueno que enviase su ofrenda á su iglesia, ya que él no va á ella.

Item, los que la dejan de oir en la iglesia por la oir en las casas de los señores, salvo si los tales señores toviesen licencia para todos los que ende concurriesen.

Item, el que la oye de sacerdote que manifiestamente tiene manceba, ó está descomulgado, ó que es simoníaco, ó irrigular, ó de otra cualquier manera inhábile para celebrar el tal oficio.

Item, el lego que sin tener para ello privilejo la oye cuando hay entredicho, ó en compañía de públicos descomulgados, ó entredichos y aun de secretos, si lo puede dejar sin escándalo; y á quién dubda que peque el que la oye por estado ó por otro cualquier fin desvariado, y no por reverencia del Señor que en ella es sacrificado.

Item, el que á la iglesia trae en tal tiempo perros, alcones y truanes y semejantes cosas que turban el sosiego y devoción y silencio que para tan santo misterio es menester.

Item, los que en tal tiempo más tienen los ojos á los aullidos de los cantores y trepar de manos de los organistas, y, lo que peor es, á las mujeres, ó ellas á los varones, que no á las cerimonias dignas de toda consideración que se tratan y hacen en la misa.

Item, los que en la misa no ofrescen á lo menos en los domingos é días de fiesta, en los cuales ó en alguno dellos aun los clérigos son tenudos á ofrescer.

E cerca deste ofrescer pecan los sacerdotes avarientos, que dejado algund lugar póblico y honesto en que se deben poner en el tal tiempo, andan por toda la iglesia é por los rincones della á buscar ofrendas.

Item, los que por estado ó por pereza desdeñan de se humillar é ir por si mesmos á tal lugar á presentar sus ofrendas.

Item, los que por gala ó liviandad hacen desdones con la paz y no la toman, ó la toman sin devoción, ó el pan bendito que con reverencia se deben tomar.

En estas y en otras muchas maneras se comete sacrilegio á las veces mortal, á las veces venial, contra el sacramento del altar.

PECADOS CONTRA EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Contra el sacramento de la penitencia se comete el sacrilegio por muchas maneras; ca como tenga tres partes, contrición, confesión é satisfación, acontesce pecar contra todas ellas. Primeramente, peca el que lo ministra sin ser sacerdote, salvo en caso de necesidad, cuando alguno puesto en peligro de muerte, no podiendo haver sacerdote, se quiere confesar al que no lo es; aunque esto no es de necesidad, ca si no puede haver sacerdote, la contrición sola le salva.

Item, el sacerdote que lo ministra en pecado mortal, suspenso ó irregular.

Item, el que ministra este sacramento á perroquiano ajeno sin licencia de su sacerdote ó de su prelado ó del papa, ó á lo menos sin se haver confesado con él, ó de su licencia, una vez en ese año, salvo si el tal sacerdote es del todo indiscreto, ó si el tal penitente anda vagabundo, ó busca casa en que more, ó si pecó en la parroquia de aquel con quien se quiere confesar, ó si está en studio ó en tiempo de necesidad.

Item, peca el sacerdote si no tiene la esciencia y discreción que es necesaria para inducir á contrición, y para discerner entre pecado mortal y venial, y entre caso suyo y obispal ó papal, y para imponer debida satisfacción.

Item, el que lo ministra á hombre descomulgado ó nombradamente entredicho, salvo en caso de necesidad.

Item, el que sin causa lo ministra fuera de la iglesia ó en tiempo no devido, ó por interese temporal y sin la devoción, recogimiento y cuidado con que lo deve ministrar. Y especialmente peca en la confesión, si pregunta lo

que no deve, y si se derrama á cosas impertinentes, y si no se ha benigna y dulcemente con el penitente, por manera que no le espante ni empache de confesar sus pecados.

Item, si absuelve á las personas con que pecó de los pecados que les ayudó á hacer.

Item, si manifiesta algo de lo que supo en la confesión, salvo de licencia del penitente; y á guardar esto son tenudos los legos que en caso de necesidad oyen confesión, ó son intérpretes en ella.

Item, pecan si descubren sin gran causa y necesidad lo que les fué dicho en nombre ó sesello de penitencia; lo cual no debe alguno recebir; pero si lo recibiere, halo de guardar, mayormente si es sacerdote.

Item, si mayor ó menor penitencia impone y no aquélla que al pecado cometido pertenesce, y tal que le guarde de caer en él para adelante, considerada la contrición del penitente y la persona, etc.

Item, si maliciosamente niega licencia á sus súbditos para que con otros se confiesen.

Item, especialmente pecan los religiosos que no hacen conciencia á los penitentes de los diezmos mal pagados, y que absuelven de algunas sentencias de excomunión y de culpa y pena, etc.

Y esto sea brevemente lo que al sacerdote ministrante pertenesce.

El penitente peca cerca deste sacramento primeramente si no piensa sus pecados para se doler dellos todos en general y de cada uno en especial.

Item, si por su negligencia deja de considerar aquellas cosas que le pueden traer dolor y arrepentimiento de los pecados.

Item, si del mayor pecado no se duele más, ó si no le pesa, porque no le pesa cuanto le devía pesar.

Item, si no tiene propósito de le doler cada que de sus pecados se acordare.

Cerca de la confesión peca si no se confiesa con su propio sacerdote, ó á lo menos de su licencia, una vez en el año.

Item, si se confiesa con él ó con otro, sabiendo que está descomulgado, ó suspenso, ó público concubinario, ó que es notoriamente nescio ó persona con quien cometió el pecado ó pecados que quiere confesar, ó que de oir los tales pecados se podrá escandalizar ó ser provocado á pecar, ó si ha en él otros defectos semejantes por que no se deva con él confesar.

Item, si otra cosa mezcla en la confesión, salvo lo que á los pecados pertenesce.

Item, si mezcla pecados ajenos, especificando sin manifiesta necesidad y provecho la persona ó personas con quien los cometió.

Item, si miente confesando á sabiendas lo que no hizo, ó agraviándolo más de lo que deve, ó negando lo que se deve confesar.

Item, si á sabiendas confiesa los pecados por palabras oscuras.

Item, si los confiesa sin vergüenza y como vanagloriándose dellos, ó si no los confiesa con discreción agraviando más lo que más se deve agraviar.

Item, si no confiesa todos los pecados de que se acuerda; mas por vergüenza ó por otra causa ilícita deja algunos para confesar con otro confesor.

Item, si no los confiesa con dolor de su corazón, é si se excusa echando la culpa á otras personas; ó si se confiesa por temor de alguna pena ó porque le tengan por bueno ó por otra semejante causa desvariada; é si no tiene intención de obedecer lo que el confesor mandare.

Item, si no confiesa los pecados que dubda si son mortales ó veniales.

Item, si no confiesa nada sin ser preguntado, por manera que antes dejaría de se confesar que dijese de sí mesmo los pecados, salvo si queda por no saber más.

Item, si no confiesa las circunstancias que agravian el pecado.

Item, si no torna á confesar lo que havia confesado en estos quatro casos: Primeramente, si el confesor no tovo poder de absolver, é si no supo discerner, é si el penitente guardó maliciosamente algún pecado mortal para confesar con otro, é si por su negligencia olvidó la penitencia que le impusieron; ca si la supiese y la quisiese cumplir, no seria menester por esta causa otra vez confesar los tales pecados.

Item, peca si haviendo de recebir otro sacramento ó teniendo peligro de muerte no se confiesa, é si teniendo buena oportunidad para se confesar lo menospreció; é si en tiempo de poca devoción se confiesa, así como después de comer, ó cuando hay mucha priesa, podiéndolo buenamente hacer en tiempo más convenible.

Y esto sea de parte del penitente.

Cerca de la satisfacción, que es tercera

parte deste sacramento, peca el sacerdote si no manda al penitente hacer la penitencia que para satisfacer á las culpas pasadas y para se mejor guardar de las por venir pertenesce, mirando la cualidad y estado de la persona y la contrición y propósito del penitente, con todas las otras particularidades que en tal caso se deven mirar. Y en esto también puede pecar el sacerdote poniendo mayor penitencia como poniéndola menor, é si no es tal que corresponda al pecado.

Item, peca el penitente que menosprecia ó dilata sin necesidad la restitución que le mandan hacer de lo que injustamente tomó, ó mandó, ó consejó, ó consintió, ó aprovó tomar, ó ayudar recibiendo en su casa los ladrones ó robadores, ó compró ó recibió sabiendo que era injustamente tomado, ó si calló y no lo estorbó seyendo á ello tenido por razón de su oficio. Lo cual todo havia menester larga declaración.

En estas y en otras maneras que por abreviar no se pueden aquí escrevir, acontece pecar contra este sacramento de la penitencia.

PECADOS CONTRA EL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN

Contra el sacramento de la extremaunción por menos maneras acontesce pecar, ca el ministro, que es el sacerdote, pecaría si estando en pecado mortal, ó irrigular, ó de otra manera suspenso de su oficio, lo ministrase.

Item, si no lo ministrase con aquel olio de enfermos renovado cada año, que es para esto consagrado. E si no guarda la forma de palabras por la iglesia instituídas. E si lo ministrase á personas que no están en el artículo de la muerte, quier sea por enfermedad ó por vejez.

Item, si lo ministra á clérigo ó á lego en tiempo de entredicho. E si no lo ministra con devoción, guardando todas las solemnidades que á él pertenescen: si lo ministra á parroquiano ajeno; si lo ministra por dinero ó principalmente por algund interese temporal.

El que lo recibe pecaría si en tal artículo no lo quisiese recebir, ni antes lo demandase, é si en pecado mortal estoviese. E si por mal fin, é sin devoción, ó dando dinero por él, ó menospreciando su sacerdote, lo recebiese de otro, etc.

PECADOS CONTRA EL SACRAMENTO DE LA ORDEN

Cerca del sexto sacramento, que es orden, peca el obispo que en pecado mortal lo ministra, ó irrigular, ó suspenso.

Item, si no es obispo, ó arzobispo, ó, cuanto á los menores, abad bendito.

Item, si deja de lo ministrar por sí mesmo en los tiempos deputados para ello. Y no solamente peca si se excusa sin causa legítima de ministrar este sacramento, mas también peca si se excusa de hacer por sí mesmo las otras cosas que á su dignidad pertenecen, y alquila otros que las haga sin necesidad y legítimo impedimento.

Item, si á sabiendas da las órdenes al que no es digno dellas.

Item, si las da á súbdito ajeno sin licencia de su prelado.

Item, si las da en tiempo ó lugar no devido.

Item, si da órdenes á lego en tiempo de entredicho; é si no guarda la forma de palabras y actos y instrumentos devidos, y si lo hace disolutamente é sin devoción, é mucho más si lo ministra por dinero, ó ruego, ó cosa temporal.

El que las recibe peca si está en pecado mortal; é si no tiene las habilidades de costumbres é esciencia que para ellas pertenecen, especialmente si el sacerdote que ordenan para cura no tiene las trece condiciones que el apóstol pone en el tercero capítulo de la primera epístola á Timoteo, de las cuales ha de ser examinado primero. Y peca, si al tiempo del examen encubre cualquier cosa de las que le empiden para tomar este sacramento. Y peca el arcediano, cuyo es el oficio, si con diligencia no examina de todas aquellas condiciones al que ha de ser ordenado. Y pecan hoy los obispos y arzobispos que han tomado sobre sí aquel cargo, si no hacen ó no proveen como se haga complidamente lo que havia de hacer el arcediano. E este es muy grave pecado, porque va aquí la llave de todo el mal qũe es en el estado eclesiástico.

Item, peca el que las recibe sin ser examinado, salvo si notoriamente fuese conoscido digno dellas. Y peca si las toma de obispo extraño sin licencia del suyo; y si á sabiendas las recibe de obispo simoníaco, descomulgado, irrigular, ó suspenso, ó concubinario, salvo si

todo esto fuese oculto y no lo pudiese desechar sin escándalo. Y peca el que sin haver recebido la orden menor toma orden mayor, y el que no las toma en edad y tiempo devido. Y si las toma sin devoción y no ayuno; y si no toca los instrumentos y hace las otras cosas con atención y devoción que al tal sacramento pertenescen; y si no por fin de servir á Dios en aquel estado, mas por otro fin ó interese temporal se ordena; y si las toma por fuerza y no de su voluntad, seyendo obligado á las tomar. Y si da dineros, ó ruega, ó sirve porque ge las den, seyendo indigno dellas; y aunque sea digno, también pecaría si otro diese los dineros ó rogase por él sabiéndolo él, si ge las diesen por aquello y no por su merecimiento. E esto sea brevemente cuanto al dar ó recebir el sacramento de la orden.

En la essecución y uso de estas órdenes acontesce pecar en muchas maneras, especialmente si de continuo no trae el clérigo el hábito honesto que le pertenesce, así en corona y cabello como en vestido y calzado. Y aquí puede entrar toda la vida y honestad de los clérigos.

Item, si no ministra en ellas algunas veces.

Item, si ministra en pecado mortal ó descomulgado, ó suspenso, ó irregular, con el hábito y la solemnidad que á la tal orden pertenesce, y si ministra principalmente por dinero ó por otro interese temporal y no con la diligencia, devoción y honestad que deve.

PECADOS CONTRA EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

Cerca del postrimero sacramento, que es del matrimonio, peca el sacerdote que lo ministra en pecado mortal, y no solamente las bendiciones, mas aun el tomar de las manos, que hoy llaman desposar.

Item, peca el que lo ministra, si no es sacerdote, y peca si desposa personas de otra parroquia sin licencia. E si los desposa sin haver hecho las amonestaciones que manda el derecho.

Item, si los desposa ó bendice estando descomulgados, ó entredichos, ó en pecado público, y aun si están en pecado oculto si buenamente lo puede rehusar sin los publicar.

Item, si bendice las bodas seyendo ella mujer viuda; y si las bendice en tiempo vedado de la iglesia; y aun si en los tales tiempos los desposa con solemnidad de convites y bailes y cantares y tañeres y otras solemnidades é disoluciones que á los tales tiempos mucho repugnan.

Item, si lo ministra sin devoción y honestad y no guardando la forma de su iglesia; é si lo hace por dinero.

IMPEDIMENTOS PARA NO PODER CASAR

Pecan los que se casan, si no son personas legítimas para ello, así como si amos ó cualquier dellos hicieron voto de virginidad, ó á lo menos de no casar; ó si alguno es siervo y se finge libre; ó si una persona se finge otra; ó si son parientes carnales ó cuñados dentro del cuarto grado; ó si son parientes espirituales, como son compadre ó comadre, y sus ahijados ó parientes legales que se hacen prohijando hijo ó hija de otro; ó si cualquiera dellos cometió pecado por que no deva más casar, ó á lo menos con aquella persona. El cual se comete en siete maneras: La primera, si dormió con pariente ó con parienta. La segunda, si mató alguno su mujer. La tercera, si robó esposa de otro. La cuarta, si adrede, por se partir de su mujer, fué en sacar su hijo de pila. La quinta, si mató algund sacerdote. Sexta, si hace solemne penitencia. Séptima, si sabiéndolo casó con monja. Estos pecados estorvan de casar. Y peca el que habiendo caído en alguno dellos se casa; pero bien tiene el casamiento después de hecho.

Item, estorva de casar si alguno fué en procurar y de hecho procuró la muerte de otro por se casar con su mujer, ó si ella fué en la muerte de alguna por se casar con su marido.

Item, si algunos cometieron adulterio, é viviendo la muger y marido de amos é de cualquier dellos, se prometieron de casar en uno, muerta la tal mujer ó marido, ó de hecho se casaron. Los que en estos dos casos y feos pecados cayeron, no solamente no pueden en uno casar, mas aun después de fecho el casamiento se han de descasar, y en ninguna manera pueden estar en uno sin pecado.

Item, si uno es infiel y otro cristiano; ó si alguna persona hace fuerza á otra que case con ella; ó si es de orden sacro ó con otra persona casado.

Item, peca el que casa con parienta dentro en el cuarto grado de aquella con que fué desposado ó casado, y otro tanto es della.

Item, peca la persona que es impotente y se casa encobriéndolo, especialmente si el defecto es natural ó perpetuo. Y así como peca el que teniendo alguno destos impedimentos se casa, así peca la persona que sabiéndolo casa con persona que cualquier dellos tiene, salvo si quiere consentir este postrimero. Y peca el que sabiéndolo trata tal casamiento ó en cualquier manera lo favoresce.

Item, pecan los que no se desposan por mano de su sacerdote, haciendo que sea primero denunciado en la iglesia como deve ser.

Item, si primero que se ayunten carnalmente no reciben las bendiciones; y pecan si esto hacen en pecado mortal, ó lo reciben de sacerdote descomulgado ó irregular ó suspenso ó público concubinario, ó en otro pecado público envuelto, ó en pecado secreto si buenamente lo pueden desechar.

Item, pecan si casan sin grado de sus padres ó personas so cuya governación están, salvo si los tales maliciosamente lo estorvasen. Y pecan los tales si contra su voluntad casan los hijos ó personas que están á su mandar.

Item, pecan si consienten de palabra y no de voluntad, y todos los que engañosamente y no con entención de perseverar fingen que se casan, ó prometen que se casarán; los cuales no pueden hacer verdadera penitencia, si no se casan con las tales personas, ó á lo menos si no las casan con otros, ó las satisfacen complidamente; esto se entiende si hovieron con ellas que ver, y ellos no eran tanto más hidalgos ó más ricos, que razonablemente pudiese la bova entender que la burlavan.

Item, pecan los que se desposan ó casan con solemnidad después que entra el aviento hasta la epifanía, y desde la septuagésima hasta el domingo de quasimodo, y desde el lunes antes de la ascensión hasta el sábado, víspera de la Trinidad; y pecan si en tiempo de entredicho reciben las bendiciones, pero no pecan en rescebir los desposorios.

Item, si las bendiciones no reciben en la iglesia por pompa de estado y por vanidad é no por otra causa legítima ó necesidad.

Item, pecan si disolutamente y con cantos viles y luxuriosos y demasiados comeres y beveres celebran el tal sacramento; é si luego que se desposaron se casan.

Item, si no se casan con intención de engendrar hijos que sirvan á Dios, ó á lo menos fuir por fornicación ó por se ayudar á pasar la miseria desta vida, mas por luxuria ó por razón de hacienda ó de linage ó de algún fin desvariado semejante. Y esto cuanto al ministrar y cuanto al recebir deste sacramento.

Cuanto al uso dél, peca el casado ó casada toda vez que demanda ayuntamiento carnal teniendo alguno de los empedimientos que hacen á las personas non ser legítimas para casar, de los cuales fué dicho arriba.

Item, pecan cuando sin causa de engendrar ó de fuir alguna tentación, así han ayuntamiento carnal que no menos lo harían con quien quiera.

Item, pecan si no guarda en habla y en obra la honestad que á tal acto pertenesce, ca diferencia ha de haver del ayuntamiento de marido y mujer al del rufian y de su manceba.

Item, si cualquiera demanda el ayuntamiento en dias de ayuno ó de procesiones ó de fiestas de guardar, ó en los tiempos sobredichos de adviento, etc., y especialmente si lo demanda sin necesidad de alguna tentación de la carne que no puede ligeramente desechar; en los cuales tiempos deverían el marido y la muger dormir apartados.

Item, peca el que lo demanda en lugar sagrado, y en tiempo que la mujer está preñada, especialmente si dello se puede seguir que moviese.

Item, cuando sabe que está con su costumbre.

Item, si el marido ó la muger permanesce en pecado de adulterio, siquiera sea público, siquiera secreto.

Item, peca el que sin haverse confesado del adulterio, si lo cometió, demanda el tal ayuntamiento, é si lo demanda el que está enfermo; y aun peca el marido, si todavía espera que la muger abiertamente demande el ayuntamiento; y aun ella pecaría si lo mesmo hiciese conosciendo algún empacho en el marido, ni es sin pecado demandarlo por haver alguna salud corporal, como lo tal sea causa más de enfermedad que de sanidad. Peca otrosí el casado ó casada que no responde á la tal petición ó si por su culpa incurre enfermedad ó flaqueza con que no puede responder á ella; y es tenida en esto la muger de satisfacer á la voluntad de su marido y el marido á su muger, aunque lo demande en día de ayuno ó de procesión ó de fiesta, pero no si lo demanda en lugar sagrado, ó si cual-

quier dellos está en pecado de adulterio público ó secreto. Y aun en los otros casos é tiempos no deve responder igualmente, ca en algunos deve probar á se escusar é consejar que no se pida el tal ayuntamiento, pero guardando todavía el peligro de caer en adulterio que de lo negar se podría seguir.

Item, peca en responder, si sabe que el que lo demanda tiene algún impedimiento devoto ó de orden ó de parentesco ó otro de aquellos que suso fueron escriptos, que estorvan el casamiento. Y esto baste de lo que al matrimoeio pertenesce cuanto al acto de la generación.

Cuanto á morar y estar en uno, peca el que por ninguna enfermedad corporal, ni pobreza, ni por devoción, ni por romería, ni por entrar en religión, se aparta perpetuamente ó por algún tiempo con daño del otro. E esto se entiende después que el matrimonio fué consumido por ayuntamiento carnal, ca durante el desposorio cualquiera podría entrar en religión, aunque no quisiese el otro.

Item, si amos quisiesen entrar en religión, bien podrían apartarse, ó si cualquiera dellos fuere ya de tal edad que no se temiese que adulteraría y diese licencia al otro; y lo de la romería se entiende, salva la de Jerusalem, á la cual puede ir el marido aunque contradiga la mujer, salvo si temiese que ella no guardaría castidad entretanto.

Item, peca el que no demanda al juez ser apartado, si el otro no se quiere corregir del adulterio en que persevera, y estonces apartado, puede entrar en religión ó tomar orden sacro.

Y peca si el tal apartamiento face por su propia autoridad, salvo si el que comete el adulterio se fuese á morar públicamente con la manceba. Y aun peca si no se aparta por otros pecados, así como si el marido ó la mujer fuese hereje ó usurero ó ladrón, y en todo esto son iguales el marido y la mujer.

Item, peca el que no procura que el casamiento ó desposorio sea deshecho, si puede probar alguno de aquellos impedimentos que lo estorvan de facer y lo deshacen después que es hecho.

E no más del sacramento de matrimonio, ni del pecado de sacrilegio que se comete contra los sacramentos, el cual es contra el primero mandamiento.

OTRAS MANERAS DE SACRILEGIOS QUE SE COMETEN NO TRATANDO BIEN LAS COSAS SAGRADAS.

En otra manera se comete pecado de sacrilegio, cuando cualquier de los instrumentos ó cosas deputadas al culto divinal y á la execución de los dichos sacramentos es mal tratada, menospreciada é injuriada, así como si alguno hurtase ó vilmente tractase los vestimentos, cálices, libros, iglesias, imágines, altares y las semejantes cosas que, por ser ordenadas á la honra y servicio de Dios, han de ser honradas y tratadas con reverencia. Y en esto pecan mucho á menudo los clérigos, capellanes y sacristanes, peores que malos seglares, que muy sucia é muy vilmente tratan los tales altares y ornamentos, vasos é libros, iglesias y retablos. En este pecado caen los que menosprecian las iglesias negociando en ellas, jugando, saltando, cantando, bailando y danzando.

Item, haciendo en ellas zaharrones y otras deshonestas representaciones.

Item, comiendo y beviendo sin necesidad alguna, y mucho más luxuriando y hospedándose en ella.

Item, hacen grande ofensa y ofensas á Dios los que ensucian los portales é cimenterios della con bestias y juegos de tejos, de pelota, de tablas, de ballesta, vendiendo y mercadeando en los ciminterios y en ellas.

Item, arrimándoles estiércoles y sueciedades, ó arrimando casas á las iglesias en que se hacen oficios viles que redundan en menosprecio de las iglesias. Y como quier que todo esto sea pecado, pero mayormente lo es cuando esto se hace en tanto que el oficio divinal se celebra y hace en las tales iglesias, porque de las hablas y negocios seglares que ende se tratan los que lo celebran ó lo oyen, reciben alguna turbación. En esta manera Dios Nuestro Señor, mucho ofendido y por ventura más que servido en algunas iglesias mayores de algunas grandes y populosas cibdades, porque allí se tratan todos los negocios y mercaderías y se cometen asaz tacañerías.

En este pecado caen los que con poco temor de Dios Nuestro Señor, é sin ningún conoscimiento de lo que el santo altar representa, y de las santas reliquias que común-

mente en los altares se ponen, se asientan de espaldas á ellos, y mucho más pecan cuando esto facen en menosprecio del precioso cuerpo de Jesucristo, si ende está encerrado.

Pecan pecado de sacrilegio los que sacan alguna persona de la iglesia ó del cimenterio della por fuerza, salvo si hoviese muerto ó á traición hoviese cometido el delicto en aquella ó en otra iglesia, ó si fuese público ladrón y salteador de caminos, ó que de noche destruyese los prados y panes poniéndoles fuego, ó por otra semejante manera.

Item, los jueces seglares que ende echan prisiones ó les quitan el mantenimiento ó cosas necesarias. Deste privilegio goza el palacio del obispo ó arzobispo, y el cuerpo de Jesucristo cuando lo lievan por la calle ó doquiere que estuviere; que el que á él se arrimase, ha de ser amparado y defendido, y aunque sea descomulgado.

Item, pecan en este caso los que injurian á cualquiera dentro en la iglesia ó en el ciminterio della, mayormente si derraman sangre.

Item, los que encastillan la iglesia y dende pelean ó disponen pelear, salvo si la pelea es justa y con gran necesidad; la cual pasada luego se ha de desguarnecer y desencastillar.

Item, pecan y son sobre ello descomulgados los que entran en monasterio de monjas sin necesidad é sin legítima causa é licencia del que tiene en cargo la guarda del tal monesterio.

Item, los que guardan su hacienda dentro en la iglesia sin gran necesidad, como por gran temor de robo ó de fuego súbito, lo cual pasado luego se ha de sacar dende. Contra esto hacen los que finchen las iglesias é cimiterios y portales dellas de sus maderas y tejas y cubas y semejantes cosas; y aun en esto pecan los que seyendo grandes pecadores, tacaños y malfechores, usureros y regatones, quieren ser enterrados dentro en la iglesia; y lo que peor es, en el lugar más honrado della, dentro de la cual no se deve enterrar sino sacerdote ó noble é virtuosa persona que en servicio y favor de la iglesia hoviere trabajado.

Item, pecan los que á sepultura eclesiástica reciben los que mueren herejes ó descomulgados de mayor ó menor excomunión, y á los que mueren en torneos y en semejantes ejercicios de armas, ó si mueren de las heridas que ende recibieron, tanto que viniesen por tornear ó por servir á los que torneavan y no por mirar ó por otra causa.

Item, á los que se matan con desesperación ó con saña, ca otra cosa sería del que se matase por locura ó por caso, como si por escapar se metió en el agua ó saltó de alguna altura y murió.

Item, pecan los que dan eclesiástica sepultura á los legos en tiempo de entredicho, pero á los clérigos bien se puede dar en tal tiempo, aunque no tañan campanas ni hagan oficio á alta voz.

Item, pecan los que la dan á públicos usureros.

Item, al que blasfemó de Dios, y al monje que tiene proprio, y generalmente á cualquier público pecador, y al que no se confesó y comulgó en este año, salvo si los tales se reconciliaron á la iglesia, ó en el artículo de la muerte mostraron señales de contrición y de penitencia.

Item, peca el que da sepultura eclesiástica á mujer preñada ó defunta de cuya criatura se dubda si es muerta ó viva sin que sea abierta, y si la criatura estuviere muerta deven enterrar á la tal criatura fuera del cimiterio.

Item, injuria hacen a la iglesia y pecan gravemente los que en la iglesia ó cimiterios benditos venden ó compran sepultura, ó los que ordenan que el que se enterrare en tal parte de la iglesia ó cimiterio pague tanto, y el que en tal tanto, ca todo esto es pecado de simonía.

Item, pecan gravemente los clérigos y frailes que inducen algunos que se entierren en sus iglesias ó monesterios, ó que no lo muden si lo ya tenían elegido.

Item, los que reciben á sepultura en su iglesia al que en otra iglesia eligió sepultura, ó al que murió sin la elegir y es parroquiano de otra iglesia.

Item, pecan los que por razón de debda ó de alguna obligación embargan ó impiden en cualquier manera que el cuerpo de algún defunto no sea enterrado.

Item, pecan gravemente las personas que en tanto que llevan al defunto á enterrar ó en la iglesia hacen llanto, grita y mesa, y mucho más si rascuñan las caras. Y pecan los clérigos si, faciendo el tal llanto, no desamparan el defunto.

Item, si en la iglesia tienen la cara del defunto descubierta, y pecan las personas que rascuñan en los tales llantos, si están en los oficios divinales, hasta que sean sanas.

Item, los que por vanagloria y pompa emparamentan la iglesia y facen grandes camas y estrados, etc. Pero no pecan, antes merecen y sirven á Dios, si esto hacen por la piedad que deven al defunto y por provocar las gentes á que más devotamente oren por él.

Item, pecan los clérigos y religiosos que en tales exequias y mortuorios no esperan unos que acaben otros, ni se dan logar, antes todos juntos dicen en un tiempo diversas vigilias y misas, turbándose y estorbándose unos á otros como lobos que aullan é quitando toda la devoción que el pueblo podría haver de oir aquellos oficios.

Item, pecan las monjas que salen á los tales mortuorios, y quien las convida, ca nunca han de salir del monesterio sin necesidad y muy legítima causa y para se tornar luego.

En la consagración y bendición de las iglesias y altares pueden pecar los obispos y arzobispos y los clérigos y parroquianos dellas por muchas maneras que pertenescen á este pecado de sacrilegio ó de simonía; pero especialmente pecan los que hacen altares en las iglesias sin licencia de los prelados y obispos dellas.

Item, cerca del reparo dellas pecan los clérigos beneficiados de la iglesia, si ellos de sus rentas no suplen lo que la renta de la fábrica no basta, salvo si los parroquianos tienen en costumbre de la reparar.

A esta especie de sacrilegio pertenesce si las mujeres, aunque religiosas y monjas, tocan las vestimentas y cálices, ó ministran al altar, y especialmente si lavan ó tractan los corporales.

Item, es pecado si las tales vestimentas ó velos ó cortinas y paños de la iglesia se prestan para negocios seglares.

Item, cualquiera que alguna cosa de la iglesia, quier sea mueble, si quier raíz, toma ó tiene por fuerza, comete sacrilegio aunque no tan propriamente.

Item, cometen sacrilegio los que sacan las reliquias de las arcas donde están, y descubiertamente las muestran al pueblo y ge las dan á besar, y ge las ponen por acá y por allá por buen sacadinero.

Y pecan los que sabiéndolo las ven ó adoran ó consienten poner sobre sí, porque dan favor ó consentimiento á la cobdicia con que los guardadores dellas se mueven á las mostrar y tractar así rahezmente.

PECADOS DE SACRILEGIO QUE SE COMETEN EN DAR Y EN PROCURAR LOS BENEFICIOS ECLESIÁSTICOS NO DEVIDAMENTE.

Item, cometen especie de sacrilegio los prelados que no debidamente distribuyen los beneficios eclesiásticos, y los que no debidamente los reciben y procuran, ca peca el prelado que por parentesco ó amistad ó servicio ó por otra causa tal da el beneficio al que menos lo meresce, y mucho más peca si lo da por dineros ó interese temporal cualquier que sea; ó si de las rentas del beneficio retiene ó toma para sí alguna cosa, ó si da el beneficio á persona que tiene otros beneficios y no lo podrá servir; é si da beneficio curado para que lo tengan algunos días sin le ordenar, y que después lo permuten, como lo hacen hoy muchos prelados.

Item, peca segund dicen algunos, si da beneficio curado ó dignidad que tiene cargo de regir ánimas, como arciprestadgo ó arcedianadgo ó abadía, al que le ruega por ella, aunque sea digno, ca por ese mesmo hecho que la pide y ruega es indigno; mas por ventura no peca, porque no es muy cierta esta razón. Ya es cierto que mucho más peca si da beneficio al que en ninguna manera es digno dél.

Item, si retarda la colación dél por levar la renta, y en otras muchas maneras que no se pueden aquí explicar.

Item, si lo da á menor de edad.

Item, si promete beneficio que aun no es vaco.

Item, pecan, según quieren algunos, mas no según lo que sienten otros, los que procuran beneficio curado ó dignidad si tiene cargo de ánimas.

Item, los que teniendo beneficio ó beneficios cuantos mala vez pueden servir y caben en ellos, procuran ó reciben otros, aunque dispensen con ellos, salvo si por obedescer al superior lo hoviesen de aceptar.

Item, peca el que renuncia beneficio en su hijo, aunque rodee por levar mal mandado renunciándole primero en otro tercero.

Item, el que lo renuncia en otro cualquiera por dinero ó por algund interese.

Item, el que por cobdicia de mayor honra ó provecho trueca su beneficio por otro, ca el tal meresce perderlos amos.

Item, el que recibe el beneficio sin ser de edad y el que recibe beneficio curado con intención de no se ordenar en ese año, mas de levar las rentas, y entretanto ó después permutarlo ó dexarlo.

Item, el que no sirve su beneficio en la manera que el beneficio requiere, ó á lo menos si no pone quien lo sirva convenniblemente, lo cual él deve visitar y examinar personalmente.

Item, si procura que le sea proveído algún beneficio que aún no es vaco. En estas y en otras muchas maneras pecan los que dan y reciben beneficios eclesiásticos como no deven, y poco menos es de los oficios é dignidades seglares, salvo que no se comete en ellos sacrilegio.

PECADOS DE SACRILEGIO CONTRA LAS PERSONAS ECLESIÁSTICAS

Contra las personas eclesiásticas se comete sacrilegio cuando quier que con ellas ó contra ellas se comete algún pecado, así en sus personas como en sus bienes; é digo con ellas, porque si alguno luxuriase con monja ó mujer religiosa, ó mujer seglar con clérigo ó religioso, comete sacrilegio y pecado grande contra el primero mandamiento, y así mesmo comete sacrilegio el que las tales personas injuria en sus personas, ó tomándoles su bienes; y de aquí es que pecan gravemente, é incurren por ello en excomunión, los que á las personas eclesiásticas hacen pagar portadgos ó semejantes tributos de las cosas que no traen en mercadería.

PECADO DE NO PAGAR BIEN EL DIEZMO

Acontesce otrosí pecar contra el primero mandamiento no pagando los diezmos y primicias según la buena costumbre de la tierra en que bivimos, ca esta es la mayor ley y regla que en este caso se deve guardar, así cerca de las personas que deven dar diezmos, como cerca de las cosas que se deven diezmar, como del tiempo en que se han de dar, y del lugar en que se ha de dar, y del sacar ó no sacar de la costa, é si ha de ser de lo mejor, etcétera, y de las otras cosas que á esto pertenescen, que por menudo serían luengas de escrevir, y por ventura no bastarían, porque la buena y antigua costumbre de cada tierra puede mucho en esto, pero no en que no se pague diezmo.

Item, pecan contra este mandamiento los parroquianos que cada domingo é fiestas grandes no ofrecen á la misa, mayormente si el cura y clérigos tienen pobre renta.

Item, peca el sacerdote si recibe las ofrendas de los que públicamente están en pecados.

PECADOS QUE LLAMAN TENTAR Á DIOS

Item, pecan en este primer mandamiento los que tientan á Nuestro Señor pidiéndole que los libre ó ayude milagrosamente, pudiendo ellos proveer á sus necesidades por vía humana.

Item, los que en sus necesidades confían más de los hombres que de Nuestro Señor, y en este pecado paresce que caen los que pudiendo curar sus llagas ó enfermedades con médicos y cirujanos aprovados é por vías naturales, se curan con enxalmos ó van á buscar solamente las reliquias de los santos.

PECADOS DE IDOLATRÍA Y DE SUPERSTICIÓN QUE ES VANA RELIGIÓN, Y DE ADEVINACIÓN Ó DE AGÜEROS Y DE HECHICERÍA.

Item, pecan contra este mandamiento primero pecado de idolatría los que adoran las criaturas como á Dios, dándoles honra y excelencia que á solo Dios pertenesce y es devida, así como si alguno adorase las imágines por sí solas, y no lo que representan.

Item, pecan los hechiceros y adevinos y encantadores y conjuradores de demonios ó de animales, si de otras palabras usan en los tales conjuros ó encantamientos, salvo de los santos evangelios y conjuros que la iglesia tiene aprovados, y en esta manera tentando á Dios pecan los ensalmadores.

Item, los que hacen y traen nóminas en las cuales hay palabras que no son del santo evangelio.

Item, los astrólogos que juzgan las cosas particulares que á algunos pueden acaescer.

Item, los que demanden consejo á los demonios para hallar tesoros y para saber de algunas yervas medicinales, ó para otra cosa alguna buena ó mala.

Item, los que cuando dicen el evangelio ó la epístola ó el pater noster, están en un pie ó la mano en las muelas ó se ocupan en semejantes vanidades.

Item, los que sobre las vestiduras de algund enfermo dicen ó hacen decir la misa.

Item, los que creen á los sueños ó á las abusiones y agüeros de diez mil maneras que desvariadas personas se hallan.

Item, los que sin necesidad é sin preceder oración y devoción é sin ser cosa espiritual la que quieren saber, tanto que no sea eleción de algund prelado eclesiástico, echan suerte sobre lo que suelen hacer.

Item, los que aguardan días señalados ó horas para comenzar ó hacer algunos negocios que en toda hora se pueden hacer. Pero no es pecado guardar tiempo para sangrar, para purgar y para cortar madera, para podar ó plantar ó enjerir árboles y para matar carnes.

Item, pecan los que con palabras y otras obras vanas fingen que desaojan los niños que fueron aojados, ca aunque los tales puedan ser aojados, no reciben curación alguna con aquellas malditas gotillas y descomulgados bocezos, y mucho menos con el medir de la cinta, ni con el vano retir del plomo.

Item, pecan las personas que van á los tales hechiceros, adevinos, agoreros, sorteros, encantadores, desaojadores, astrólogos, etc.

Item, pecan los jueces eclesiásticos ó seglares que no los inquieren é castigan asperamente.

Estas son muchas de las maneras en que contra el primero mandamiento acontece pecar.

PECADOS CONTRA EL SEGUNDO MANDAMIENTO

El segundo mandamiento es no tomar el nombre de Dios en vano. Contra este mandamiento son todos los pecados que en mal jurar y mal votar se cometen, aunque el mal votar podría ser contra el primero mandamiento.

PECADOS QUE SE COMETEN MAL VOTANDO Ó NO CUMPLIENDO EL VOTO

Peca contra este mandamiento segundo el que seyendo obligado de obedescer á otro á sabiendas hace voto de hacer alguna cosa aunque su mayor quiera y mande el contrario. Pero si esta dañada y rebelde intención no interviniere, no peca el hijo en hacer voto sin voluntad del padre, ni el siervo sin el señor, ni el súbdito sin el prelado, ni la mujer sin el marido.

Item, peca el que hace voto de cometer algún pecado ó hacer algún desvarío ó daño.

Item, peca que el que vota lo que sabe ó de razón devría saber que no puede complir.

Item, el que hace voto de guardar algunas vanidades, como de se no peinar en viernes.

Item, el que por algún mal fin lo hace, como si alguno prometiese de hacer algún servicio á Dios por que le cumpliese algún mal deseo.

Item, peca el que no guarda el voto que prometió, si es tal que se deva guardar, salvo si entra en religión; y cada vez peca que lo quebranta, aunque sea hecho en tiempo de algund muy grand peligro y por escapar del, salvo si el voto se hizo con alguna condición que no se cumplió, así como si prometiese de ir alguna romería, ó ayunar, etc., si Nuestro Señor lo librase de aquel peligro, ó le cumpliese su deseo; y esto se entiende cuando en el cumplimiento della puso toda su obligación el que votava, ca si alguno votase de ir en romería á Santiago ó á Guadalupe, por visitar aquellas santas casas, y porque creía hallar ende algund pariente que deseava ver ó librar otro negocio, aunque cese esta segunda causa, que paresce condición, obligado es á cumplir el voto.

Item, pecan los herederos que no cumplen los votos de sus antecesores que ellos devían cumplir y no los cumplieron, si los tales votos eran en favor y provecho de alguna iglesia ó monesterio ó de alguna persona.

Item, peca el que no cumple el voto lo más aina que puede, si no determinó el tiempo en que prometía de lo cumplir.

Item, pecó si por su negligencia vino á estado de no lo poder cumplir.

Item, peca el prelado si suelta el voto, ó lo muda al que le hizo, sin que dello se siga mayor servicio á Dios y provecho á la iglesia.

Item, peca el obispo ó el arzobispo que en los supremos votos dispensa.

Item, el que veyendo alguna necesidad de no complir el voto por esa vez ó por toda vía, por su propia autoridad lo deja de complir sin licencia de su prelado, si gela puede pedir sin que haya peligro en la tardanza.

Item, pecan los mayores, como son padres,

señores, prelados y maridos, si livianamente é sin alguna causa razonable estorvan á sus súbditos de cumplir el voto que prometieron.

PECADOS CONTRA EL JURAMENTO Y ESPECIALMENTE CONTRA EL JURAMENTO QUE SE HACE EN FORMA.

Item, contra este mandamiento segundo pecan los que mal juran: primeramente si el que jura es sacerdote, ca el tal no ha de jurar sin grand causa ó necesidad.

Item, si es menor de edad ó persona que alguna vez juró falso.

Item, el que á los tales hace jurar ó á otro cualquiera si sabe que no jurará verdad.

Item, el que jura de hacer alguna cosa que es pecado ó de no hacer alguna cosa que es obligado, ó jura de no hacer alguna cosa buena, aunque á ella no sea tenudo, como si jurase de no entrar en religión.

Item, el que en día de fiesta jura sin necesidad, y el que jura después de comer.

Item, el que en tales tiempos sin necesidad demanda el juramento.

Item, el que sin examinar bien y pensar si podrá cumplir lo que jura y promete con juramento, y mucho más si á sabiendas jura lo que no fué ó lo que entiende hacer.

Item, si jura lo que le creerán sin juramento ó sobre cosas muy pequeñas.

Item, si jura por aquellas cosas que los infieles idólatras honran por dioses, como si alguno jurase por el maldito zancarrón de Mahomad.

Item, si no guarda y trabaja cuanto puede por guardar é complir lo que jurando prometió, aunque lo jurase por fuerza, salvo si lo tal es pecado ó estorvo de mayor bien, ca si es pecado más pecaría en lo guardar. Ni para esto havría menester dispensación ó licencia del prelado. Pero sería necesaria si fuese dubda de lo jurado si es bueno ó malo. También sería menester la tal dispensación si otra mejor cosa ocurriese de hacer que lo que promete con juramento.

Item, no sería obligado á complir el juramento si prometió con alguna condición que no se cumplió. E si lo que prometió con juramento es en provecho de alguna persona, y ella le suelta la jura.

Item, pecan los que livianamente conjuran á otros, siquier sean mayores, siquier sean iguales, siquiera menores con el nombre de Nuestro Señor ó con los méritos de su sancta pasión ó por otras maneras semejantes que les otorguen alguna cosa.

Item, pecan los que podiendo buenamente complir lo que les demandan con la tal conjuración livianamente é como con menosprecio lo dejan de hacer.

PECADOS CONTRA EL TERCERO MANDAMIENTO

El tercero mandamiento es que los domingos é fiestas de guardar ordenadas por la iglesia universal ó por cada obispo en su obispado, las expendamos en loor é servicio de Nuestro Señor oyendo en los tales días los oficios divinales, en especial la misa mayor toda, y ocupándonos en oraciones é buenas lecciones, y en oir sermones, en visitar enfermos y encarcelados, y en hacer otras obras de misericordia y de piedad é espirituales ó corporales.

Contra este mandamiento peca el que en domingo ó día de fiesta de guardar comete algún pecado mortal, ca ninguna obra ni ocupación tanto es defendida en la fiesta como es pecar mortalmente. Ya de lo dicho paresce que pecan contra este mandamiento los que en tales dias trabajan corporalmente arando, cavando, escriviendo por dinero, andando camino ó haciendo otra cualquier obra de trabajo corporal que los hombres comúnmente tienen por afán, salvo si lo tal se hace con grande necesidad, así como si alguno levase besugos ó lampreas ó otro pescado fresco para otro lugar, y por guardar las fiestas en el camino se le corromperían, aunque en tal caso mejor sería que perdiese algo del precio y lo vendiese donde le toma la fiesta. Pero no sería pecado arar ó cavar, sembrar ó edificar ó traer leña ó semejantes cosas para algún monesterio pobre ó para algún hospital, tanto que esto no se hiciese con licencia del prelado y después de oído el oficio divinal.

Item, pecan los que en tales días venden ó compran, aunque sean viandas para este día, salvo si en el día antes no se pudo proveer. Y más los que en tales días van á mercado ó feria, mayormente si por ello pierden de oir el oficio divinal.

Item, pecan los que en tales días entienden en cuentas y en recabdar debdas ó librar ó

despachar negocios temporales, salvo de pobres ó miserables personas.

Item, los que entienden los tales días en juegos y en ejercicios de armas, como son justas, torneos, jugar cañas, correr toros, danzas disolutas, componer guirnaldas de flores y las dueñas grandes tocados ó atavíos de sus personas, en que ocupan mucha parte del tiempo.

Item, si no guardan desde el sol puesto hasta que otro día se ponga el sol. Y no solamente pecan los que por sí mesmos trabajan en los tales días, mas aun los que mandan ó consienten que sus servidores ó servidoras, ni aun sus bestias trabajen. Y porque el mesmo derecho y mandamiento que nos obliga á guardar los otros días de fiesta, manda guardar los siete días que son antes de Pascua de Resurrección, que llaman semana santa, con los siete días que se siguen, es de temer que peca el que sin manifiesta necesidad é sin licencia del prelado en ellos trabaja, á lo menos hasta el medio día en los tres días primeros de la semana santa, en que se canta la pasión de Jesucristo Nuestro Redemptor; los tres seguientes, jueves y viernes y sábado, poca parte tiene con Jesucristo, y poco provecho espera de su sancta pasión y sepultura el que pudiéndolo buenamente hacer no los ocupa y emplea todos en oir los oficios divinales.

PECADOS CONTRA EL CUARTO MANDAMIENTO

Es el cuarto mandamiento honrar al padre y á la madre, é como quier que esto principalmente se entiende de los carnales que corporalmente nos engendraron y de los abuelos é visabuelos, etc., pero también se entiende de los padres espirituales y de los maestros ó ayos é de los viejos ancianos é cualesquier personas puestas en dignidad y en honra. A las cuales, aunque no devemos obediencia é servicio, pero devémosles honor, reverencia y acatamiento, en habla, en asentimiento, en nos levantar á ellos, y así en todas otras cosas, anteponiéndolos á nos como mayores.

Item, se entiende este mandamiento al cuidado é diligencia que los padres é prelados, maestros y señores, han de poner en ministrar y proveer á sus hijos, súbditos, discípulos é servidores, así de doctrina como de sustentación corporal.

Item, esta honra se entiende no solamente en habla, gesto y acatamiento, mas en obedecer sus mandamientos y seguir sus consejos á socorrerlos y ayudarlos con nuestra persona é bienes cuando fuere menester, é por esto acontesce pecar contra este mandamiento en muchas maneras, ca cuando quier que menospreciamos de complir la voluntad é justo mandamiento de nuestros padres, prelados y señores, pecamos contra este mandamiento, y más si menospreciamos lo que de palabra expresamente nos mandaron; que si dejamos de complir lo que su ley é ordenación general dispone, y en otras maneras que cada uno puede ligeramente entender.

Pero especialmente pecan los hijos que no han temor de hacer alguna cosa sin grado de sus padres, mayormente en tanto que están en su casa y so governación suya, salvo si los padres quisiesen cosa contraria á los mandamientos ó consejos de Nuestro Señor, ca en aquello no deben ser obedescidos como á padres.

Item, pecan los padres que no ponen cuanta diligencia pueden en que sus hijos sean bien disciplinados y enseñados en lo que al servicio de Dios y á buenas costumbres pertenesce. Y peca el hijo que podiéndose conservar en el siglo sin pecar mortalmente, estando el padre en grand pobreza y necesidad, lo desampara y entra en religión, salvo si, conociendo que Nuestro Señor le llama, confiase de su bondad infinita que supliría lo que él fallesce, ó que desde allá le podría proveer con licencia é consentimiento de su prelado, á lo cual es obligado, aunque sea ya profeso, cuando el padre viene en tal necesidad y pobreza, ca tanto es obligado el hijo á gradescer los beneficios de su vida é crianza que de los padres recibió que, segund quieren muchos dotores, antes ha él de morir de hambre que consienta perecer á su padre.

Item, no solamente los hijos, los súbditos y menores son tenudos á honrar á los padres, prelados y mayores, mas aun son tenudos é obligados á guardar en ello orden y honrar y acatar más á unos que á otros, ca más devemos obedecer al rey y á su justicia ó al prelado espiritual que al padre carnal que nos engendró, y más devemos honrar al padre que á la madre, y más á los parientes del pa-

dre que á los de la madre, y en caso que no podemos socorrer á todos, antes havemos de socorrer á nuestros padres que á nuestros hijos, y más el marido á su padre ó madre que á su mujer, y ella también, y otro tanto han de guardar los mayores cerca de los menores, y esto sea cuanto al cuarto mandamiento, añadiendo ó declarando una cosa: que tanto ó más se han de amar los cibdadanos y su rey y los vasallos y su señor, cuanto padres y hijos y hijos é padres.

PECADOS CONTRA EL QUINTO MANDAMIENTO

El quinto mandamiento es no matarás. En el cual vieda nuestro Señor, no solamente la muerte corporal y cualquier lesión é injuria que al cuerpo del prójimo injustamente se pueda hacer ó á su fama, mas aun toda muerte espiritual que se comete cuando á alguno le damos causa de pecar.

PECADOS DE IRA

E peca contra este mandamiento cualquiera que no devidamente se ensaña contra sí mesmo, ó contra cualquier persona, ó la quiere mal en su corazón.

Item, el que á otro dice palabra injuriosa alguna ó maldición, y más el que por obra le empece en su persona en las otras personas que él ha de amparar y defender.

E non solamente el que las palabras injuriosas ó maldiciones dice á otro en su presencia, mas aun también peca el hombre en esto cuanto delante de más personas murmura, aunque sea verdad aquello que por mal decir ó livianamente é sin provecho de su prójimo recuenta, mayormente si no lo saben aquellos con quien murmura.

Item, el que demuestra señales de enemistad al que le ha injuriado, ni aun en quitarle la habla, salvo si della se esperase hacer más daño.

Item, el que en tiempo de necesidad no socorre á su enemigo, salvo si al ánima del tal enemigo viniere mejor que peresciese por hambre ó por otra necesidad

Item, peca el que á su enemigo niega parte de los beneficios que generalmente á todos hace, así como si rezando por el pueblo cristiano se acuerda de su enemigo y no ruega por él, ó si hace convite á toda la cibdad y no quiere que su enemigo esté en él.

Item, si cuanto es en sí no procura la reconciliación con su enemigo, aunque el otro le haya injuriado, y más si la huye cuando el que le injurió hace la enmienda que deve y puede.

Item, el que por se vengar procura muerte ó daño al que le injurió; ca no solamente pecamos si por nuestra autoridad vengamos nuestra injuria, mas aun si queremos que el juez dé pena al que nos injurió, no porque aquel se emiende, y porque otros sean castigados en él, mas por satisfacer á nuestra ira.

Item, el que procura que se dé mayor pena al que lo injurió de la que meresce.

Item, peca contra este mandamiento el que injustamente se defiende, si la justicia justamente le quiere penar, agora se defienda por palabras apelando ó negando la verdad, agora por armas; pero no peca si huye sabiendo que le quieren matar.

Item, peca el que defendiéndose mata ó hiere á otro, si en cualquiera manera del mundo lo pudo excusar.

COMO EN ESPECIAL PECAN LOS CLÉRIGOS CONTRA ESTE MANDAMIENTO

Item, peca el clérigo que pelea, aunque la pelea sea justa, salvo en su defensión, no pudiendo ál hacer.

Item, el clérigo que por ninguna manera entiende que el juez condene á alguno á pena de sangre, y más si lo él condena.

Item, el de orden sacro que usa de cirurgía, ó aprende leyes, ó medicina.

CÓMO MATA ALGUNO LA ALMA DE OTRO

Item, peca el que á otro da consejo ó favor para que peque.

Item, si por pecar delante dél lo mueve á pecar; en lo cual más que mucho y muchas veces pecan los prelados espirituales y aun temporales y todas personas que han de dar consejo y ejemplo de bien bevir.

Item, pecan contra este mandamiento los que no dejan de hacer alguna obra que no son obligados á hacer, si los que la ven hacer se escandalizan dello, á lo menos hasta que los informen de la intención que los mueve á hacer lo que hacen y les digan otras cosas

con que excusen el escándalo. Y especialmente pecan en esto algunos predicadores que predican alguna cosa que no es mucho necesaria al servicio de Dios, si dello se escandaliza el pueblo tomando ocasión de hacer algún pecado ó desvarío.

Item, los que hacen armas vedadas, y los que por cobdicia inventan truenos, ingenios é maneras de armas exquisitas é las venden á cualquier desvariados que las quieren comprar, no mirando cómo usarán dellas ni para qué.

Item, los que se ejercitan en juegos peligrosos, en que comúnmente acaescen muertes ó lisiones. Y más los que entran en campo por cualquier manera de riepto, como en torneos, correr toros y semejantes.

Item, los que por ganar honras é hacienda se ponen á peligro de muerte. En lo cual pecan los cavalleros y escuderos que no por obedescer á su rey é por defender la república ponen sus ánimas é cuerpo en continuo peligro.

Item, los mercaderes codiciosos que no por necesidad que tengan, ni por utilidad de la repúblîca, mas por pujar en hacienda é caudal, por mar y por tierra se ponen á peligros.

Item, los que jugando ó burlando ó con otra liviandad, no mirando, matan ó hieren á alguno, que se llama homicidio casual.

Item, los físicos ó cirujanos ó boticarios que por mengua de esciencia ó de diligencia ó de buenas medicinas son causa que peligre algund enfermo.

Item, pecan los que podiendo buenamente corregir á los que ven errar, no los corrigen en la forma que mandó el evangelio, aunque por ello hayan de ser mal queridos, salvo si mucho mayor daño tragiese el odio que provecho la corrección.

Item, los que no socorren á los pobres y menesterosos puestos en necesidad, si los pueden eu cualquier manera socorrer, y mayormente pecan en esto los eclesiásticos, que son á ello más tenudos.

Item, pecan los que no socorren antes al pariente que al extraño, haviéndolo igualmente menester.

Item, no socorriendo antes al que es más virtuoso y más provechoso á la comunidad, y tanto podría ser la tal persona virtuosa é provechosa que acertaría si lo quitase de sí por lo dar á ella, y esto sea poco de mucho que deste mandamiento se podría decir.

Contra este mandamiento son los pecados de la ira, y á él se reducen seis hijas ó pecados de ira que contiene este verso: *Sex filias irae indicat iste versus: Tumet, minatur, vociferat, exprobrat, blasfe, rixatur.*

PECADOS CONTRA EL SEXTO MANDAMIENTO

Contra el sexto mandamiento, que es no lujuriar, pecan no solamente los que lujurian por obra, mas los que dicen ó oyen palabras ó escriven ó leen cartas que á esto vayan ordenadas, aunque lo tal digan ó oigan livianamente é por burlar, mas que con intención de lujuriar.

Item, las personas que con esta intención se componen, visten y afeitan ó perfuman ó van á algunos lugares ó dan ó toman algunas cosas. E no solamente pecan estas personas, mas los que tales afeites hacen, é los que inventan nuevos trajes de vestiduras y calzados, que á ninguna otra cosa van principalmente ordenadas salvo á provocar á liviandad é á lujuria.

Item, cualesquier tañimiento de miembros que á este mal fin van ordenados son pecados contra este mandamiento.

Item, jugar, burlar y escarnecer en tiempo no devido, como en fiestas ó días de procesiones ó de ayunos ó en lugares no devidos, como en la iglesia, ó más sueltamente de lo que conviene.

Item, tañendo ó cantando cosas de amores, y danzando y bailando disolutamente ó á mal fin ó en lugares sagrados ó religiosos ó en tiempos no devidos.

Idem, ó diciendo palabras sucias ó haciendo algunos movimientos en que descubran sus vergüenzas, ó tratándolas sin necesidad, ó trayendo vestiduras tan cortas ó de tal manera hechas que se figuren y muestren las vergüenzas, aunque las traigan cubiertas, y las mujeres que sin necesidad alguna traen los pechos descubiertos ó los brazos ó otras cualesquier parte del cuerpo que puedan mover á algund mal deseo. Y aun los hombres devrían traer cubiertos sus pechos é sus cuellos.

Item, si el varón viste vestidura de mujer ó la mujer vestidura de varón, lo cual de ligero enciende é provoca á mal deseo, ó si traen tal hábito que provoque á lujuria á la persona que lo trae ó á otras personas.

PECADOS DE GULA

Item, comer y bever cosas no devidas, como carne y huevos é cosas de leche en días de ayuno, especialmente en la cuaresma, contra la cual ninguna costumbre basta.

Item, comer más de lo que se deve, comer ó bever según el día ó disposición é oficio de la persona, y de viandas más caras y delicadas y con más estudio adobadas de lo que á su estado y hacienda pertenesce, y aun de lo que buenamente basta para sostener la vida.

Item, comer en tiempo no devído, como antes de medio día en días de ayuno.

Item, comer en la iglesia ó en otro lugar no devido sin gran necesidad.

Item, comer más de dos veces en día que no es de ayuno, y más de una en día de ayuno sin manifiesta causa é necesidad.

Item, comer con grande priesa y ardor, como si nunca hoviese comido, ni bendecir y alabar á Dios Nuestro Señor antes y después, especialmente los clérigos.

Item, comer ó bever no porque es menester, mas por deleite. Todo esto es pecado de gula que se reduce á este mandamiento, porque comúnmente la gula es madre de la lujuria. Y porque en los ayunos acontesce especialmente pecar, es á saber, que peca el que no ayuna los días que la iglesia manda ayunar, pero especialmente en la cuaresma, la cual son obligados á ayunar todos los que han veintiún años, y dende arriba hasta los sesenta, y no excusa haver de afanar ó andar camino, si aquello se puede excusar ó templar de manera que puedan ayunar, ca en los tales días, cuanto buenamente se podiese hacer ó el afán ha de cesar ó se ha de templar en manera que el ayuno no se quebrante. E los que dan el jornal en los tales días deven haver por bien que se tiemple el trabajo de manera que los jornaleros y trabajadores puedan ayunar. Y en los tales días no se deve hacer colación con pan, aunque con letuario se pueda hacer sin pecado. Cinco hijas ó pecados que nascen de la gula son contenidas en estos versos. *Quinque filias gulae indicat iste versus: Hebetat. poluit. solvit. et efficit scurras loquaces.*

Item, es pecado comer ó bever menos de lo necesario é ayunar los domingos.

Item, cuando hay causa por que el ayuno ó fiesta ó procesión ó cualquier otra cosa por la iglesia ordenada no se puede guardar, peca el que no demanda licencia para ello á su prelado, ó á lo menos á su cura, si no hay peligro en la tardanza.

PECADOS DE CURIOSIDAD

Item, pecan los que se deleitan en ver cosas vanas y especialmente juegos defendidos, como son torneos, justas peligrosas, correr toros y bailes y danzas y cosas semejantes en que ligeramente pueden ser provocados á algun pecado, y aun porque es dar favor á los que lo hacen no devidamente, y aun los clérigos pecan en ver jugar tablas.

Item, pecan las personas que se deleitan en oir cantos é tañeres disolutos é cualesquier hablas deshonestas ó demasiadas.

PECADOS DE REGALO

Item, los que se deleitan en olores lujuriosos y en vestiduras y camas muy blandas y en dormir más de lo necesario.

Item, los que se deleitan mucho en cazar, mayormente si en esto gastan mucho tiempo y lo hacen en días de fiestas.

Item, si para ello mantienen muchos perros ó aves sin provecho; y aun contra este mandamiento es en alguna manera deleitarse en saber nuevas y fechos ajenos é esciencias de poco provecho.

Item, es pecado deleitarse en hablar mucho y reir mucho, aunque sea sin daño del prójimo. Y generalmente todo deleite demasiado ó desordenado ó deseo dél es contra este mandamiento, y es pecado de lujuria, que es desordenado apetito de deleites demasiados ó deshonestos y desordenados. En estas maneras y en otras acontesce pecar contra este mandamiento, al cual, como ya es dicho, se reduce todo pecado de lujuria, cuyas hijas ó pecados que nascen della son contenidos en estos versos. *Excaecat, praecipitat luxuria atque retundit, constantiam tollit, se amat, Deum abhorret, amat praesens saeculum, stultius desperat futurum. Turpia, scurrilia, plura fatuo loquitur verba.*

PECADOS CONTRA EL SÉPTIMO MANDAMIENTO

Es el séptimo mandamiento no tomar lo ageno. Contra el cual peca cualquiera que sin

grado é voluntad de su dueño toma algo de lo ajeno, agora sea presente, agora absente, salvo en tiempo de necesidad, ó si es lo que toma tan poco que es de creer que su dueño, si lo supiese, daría lugar á ello.

Contra este mandamiento peca cualquiera que empresta á otro alguna cosa so esperanza de algún interese ó provecho, el cual el que recibe el prestido no le daría en otra manera, aunque no sea sino que le empreste otro día.

Item, el que vende, alquila ó trueca alguna cosa por más de lo que vale comúnmente, aunque la dé mucho tiempo fiada.

Item, el que la recibe por de menos, aunque la pague mucho antes que la cosa reciba, salvo si el más ó menos es tan poco que el que vende ó compra, aunque en ello mirase ó lo supiese, no curaría dello.

Item, el que compra cosa hurtada, y el que recibe salario ó soldada de dinero ó de hacienda mal ganada por usura ó por otra manera en que se deva restituir.

Item, contra este mandamiento son muchos arrendamientos de bu[e]yes y de otras cosas mudando el nombre de usura en arrendamiento ó venta.

Item, es contra este mandamiento hurtar las alcavalas é los otros tributos devidos á los señores é prelados.

Item, los tributos, pechos y agravios de mil maneras que los señores llevan é hacen á sus vasallos, tratando como á siervos á los que havían de tratar como á hijos, lo cual podría pertenescer al cuarto mandamiento.

Item, los que dan oficio de regimiento y gobernación á quien no los meresce. Y pecan segund la sentencia de algunos, los que los procuran aunque los merezcan.

Item, los que los desechan y huyen cuando ge los mandan tomar los que los pueden dar ó mandar.

Otrosí, el que no trata lo que le emprestaron ó alquilaron ó dieron á guardar tan bien como si fuese suyo y aun mejor.

Item, el que se aprovecha de lo que le pusieron en guarda ó en prenda con daño alguno dello.

Item, el que malgasta lo suyo en edificios y cosas demasiadas.

Item, el que juega por ganar al otro lo suyo.

Item, el que lujuria ó mata ó hace otro cualquier mal por haver algund interese ó provecho de hacienda. Y el que no sirve fielmente el salario ó soldada que le dan.

Item, el que maliciosamente estorva á otro de haver algund provecho que devidamente procura. En lo cual pecan muchos estudiantes quitando el voto á quien lo mejor meresce.

PECADOS DE INVIDIA

Item, el que no se goza del bien de su prójimo, antes ha tristeza é pesar dello, ni se duele del daño que le viene, antes le place; salvo si es persona en quien aquel bien no cabe, ó porque hará con ello algunos males, ó que merece bien aquel daño que le viene y lo ha menester para se enmedar. Y estos son pecados de invidia, que comúnmente nasce de sobervia, ca por eso le pesa del bien del prójimo y le place de su daño ó abatamiento, porque no iguale con él. Las hijas y pecados que nascen de la invidia son contenidos en estos versos. *Filias invidiae designat iste versus: Sussurat, detrahit, exultat, affligitur, odit·*

Item, peca contra este dicho séptimo mandamiento el que retiene más tiempo y se aprovecha de lo que le enprestaron más de cuanto fué voluntad de su dueño.

Item, el que puede é no paga de lo que deve al tiempo señalado, é si no puede pagar es obligado á demandar dilación.

Item, el que hereda los bienes de otro y no paga lo que devía, aunque él no lo mandase en su testamento.

Item, el que no da á su dueño ó á los pobres lo que se halló, salvo si es tesoro en el cual se deve guardar la costumbre.

Item, el juez que por administrar justicia recibe más de sus derechos acostumbrados.

Item, el prelado que arrienda sus veces y el que las recibe.

Item, el prelado que no da licencia para predicar ó enseñar esciencia sin que ge la paguen y el que paga la licencia.

Item, el que abre la carta que le dieron cerrada, salvo si cree que placerá dello al que ge la dió.

Otrosí pecan los que las buenas obras de otros juzgan á mal fin, y las dubdosas echan á la peor parte. En todo lo sobredicho no solamente peca el que principalmente lo hace, mas el que lo consiente y en cualquier manera lo aprovecha y favoresce. E así fenesce el séptimo mandamiento.

PECADOS CONTRA EL OCTAVO MANDAMIENTO

El octavo mandamiento es no mentir, especialmente en daño del prójimo. Mentir acontesce no solamente por palabras, mas aun por obras; así que peca contra este mandamiento el que por la boca dice el contrario de lo que tiene en su corazón, aunque sea por salvar á sí mesmo, ni á todo el mundo, de la muerte, ca no ha menester Nuestro Señor nuestra mentira para salvar las ánimas ni para otra cosa alguna.

Item, pecamos contra este mandamiento si á sabiendas decimos palabras de muchos entendimientos en daño de aquel á quien las decimos, queriendo que se engañe entendiéndolas de una manera y que guardemos nos la verdad entendiéndolas de otra, ca devemos usar de las palabras á la intención que comúnmente se toman.

Item, peca el que falsa cualquier escriptura, añadiendo ó quitando ó mudando alguna palabra ó letra, aunque sea una tilde, mayormente en las letras del Papa.

Item, peca muy gravemente el que falsa la moneda en la ley ó en el peso ó en el cuño ó en otra cualquier manera. Y mucho más el que se finge amigo de algunos no lo seyendo.

Item, los que afirman lo que no saben cierto ó más de cuanto lo saben.

Item, los que sin bien pensar primero lo que dizen afirman alguna cosa ó niegan.

PECADOS DE LISONJA

Item, peca el que alaba á sí ó al que no lo meresce, ó más de lo que meresce, y más peca si lo hace por haver algo dél, aunque estonces más peca contra el séptimo ó nono mandamiento.

Item, si aunque sea verdad aquello de que loa, no mira si es persona que se ensobervecerá dello.

Por obras acontece mentir en muchas maneras, ca cualquiera que en todas sus obras no se conforma al nombre, hábito é oficio y estado que tiene, miente en lo que hace. Pero especialmente peca contra este mandamiento si á sabiendas hace alguna cosa por parescer otro del que es, así como si seyendo malo se finge honesto porque lo tengan por bueno.

PECADO DE IRONÍA Ó DE DISIMULACIÓN

E aun peca si seyendo bueno hace alguna cosa porque le no tengan por tal, aunque lo primero es mayor pecado, porque es vicio de hipocrisía; pero si, aunque sea malo en secreto, en público guarda la honestad en hábito y en obras á que es obligado, no peca en ello, antes pecaría si así no lo hiciese, como si algún clérigo fuese lujurioso, pero en la iglesia y oficio divinal guardase la honestad á que es obligado con la intención dicha, no pecaría.

PECADOS CONTRA EL NONO Y DÉCIMO MANDAMIENTOS

El nono y décimo mandamientos son: No cobdiciar la muger ajena, ni otra cosa alguna que sea de otro. Estos dos mandamientos son en esto apartados de los ocho ya dichos, porque en los ocho se defienden las palabras y las obras que son contra ellos, y en estos dos se defienden los deseos é voluntades determinadas de las hacer; por manera que si alguno cobdició y determinó en su voluntad de lujuriar ó matar ó mentir ó tomar lo ajeno, aunque nunca lo puso por obra, porque no tuvo ttempo ni lugar para ello, ó porque luego mudó el propósito y se arrepintió dello, pecó contra estos mandamientos tanto ó poco menos como si lo hiciera, de lo cual fué dicho algo en el prólogo. E no solamente peca el que tiene voluntad determinada de mal hacer, mas aun el que con algún deleite se detiene en pensar en ello, después que le ocurrió é conosció que era malo y defendido aquello que pensava hacer, si el mal que piensa hacer es pecado mortal. Y esto es una cosa en que muy pocos miran é muy muchos é muy á menudo yerran, y no menos se ha de confesar esta tardanza de pensamiento que el entero consentimiento y que la obra mala. A estos dos mandamientos pueden pertenescer todos los pecados que por cobdicia desordenada, raíz de todos males, se cometen.

PECADOS DE AVARICIA

Especialmente usar de oficios viles, como son comprar y vender, aunque sean piedras

preciosas y paños de brocado, y cambiar por crescer en grandes haciendas y caudales, lo cual es más defendido á los clérigos y religiosos que á otros.

Item, aprender esciencias liberales de leyes é cánones y medicina, por ganar con ellas honras é haciendas, é mucho más peca el que para lo tal aprende teología que es esciencia muy libre y que por sí sola deve ser aprendida.

Cerca de todo lo susodicho es de saber, que no solamente peca el que principalmente quebranta estos mandamientos, mas el que lo consiente, aprueva, encubre y en cualquier manera favoresce, no lo estorvando, si buenamente puede, é especialmente si á su oficio pertenesce corregir y estorvar los pecados.

E así fenesce esta breve forma y tractado de confesión reduciendo todos los pecados á los diez mandamientos principales de Nuestro Señor. En la cual no se pusieron muchas cosas por evitar prolijidad, y aun porque quien discreción tiene ligeramente podrá reducir otros á éstos, y especificar y particularizar más los sobredichos.

Todo lo bien dicho sea dicho y leído á gloria y loor de Nuestro Señor Jesucristo, Dios é hombre verdadero, y de su gloriosa Madre siempre virgen, con cuya gracia y ayuda se escribió. El cual quiera perdonar los defectos que en ella son, y muchos pecados que contra su Majestad por mi grande malicia he cometido. Amén.

Síguese breve doctrina de la manera en que havemos de restituir y satisfacer cualesquier daños é males que á otros hayamos hecho en cualquier manera.

Porque la confesión aprovecha poco cuanto quier que sea hecha con mucha diligencia, si antes no satisfacemos, ó á lo menos después, de cualquier cargo en que seamos y de cualquier cosa que tengamos contra la voluntad de su dueño, por eso es aquí de saber cómo havemos de satisfacer ó restituir.

En seis maneras acaesce damnificar á otro y serle en cargo: dañándole en la alma, en la vida, en la salud, en la fama, en la honra y en la hacienda, ca dañarle quitándole algún honesto solaz, á la salud se reduce, y dañarle en personas conjuntas se reduce al daño de la honra.

Hace daño una persona á otra en la alma cada vez que la induce á cometer algún pecado, convidándola á que lo haga ó á que ge lo ayude á cometer ó á que lo cometa cou ella ó induciéndola á pecar por su mal ejemplo, pecando delante della ó dándole causa ó ocasión que juzgue lo que no deve y que murmure ó se queje della, como si una persona combidase á otra á lujuriar, ó lujuriando delante della la provocase á lujuriar ó le diese ocasión á que hiciesse ó dijiese lo que no deve.

Item, hace daño una persona á otra en la alma, aunque no tanto, cuando la retrae ó estorva del bien que quería hacer, como si una persona retrajiese ó estorvase á otra de guardar cnalquier mandamiento ó de cumplir cualquier consejo del santo evangelio ó de entrar en religión ó de hacer cualquier buen voto ó de bivir en mejor estado, ó de dar limosna, ó de ayunar ó de rezar ó de oir misa ó sermón, ó de ir en romería ó de hacer cualquier obra pía.

Del daño que hacemos á la tal persona induciéndola á pecar, la havemos de satisfacer procurando cuanto posible nos fuere y por cuantas vías é maneras podiéremos é supiéremos á que haga verdadera penitencia de aquellos pecados, y que dende en adelante biva bien, y dándole para ello todo buen exemplo é toda ayuda que podiéremos, y demandándole mucho perdón, y con mucho dolor y arrepentimiento de nuestro corazón, de tanto mal y daño que le hecimos, é del daño que le hecimos retrayéndola de hacer cualquier bien havemos de satisfacer induciendo á la tal persona por cuantas vías é maneras podiéremos á que haga aquellos ó otros tales y tantos ó más y mayores bienes, é si ya no puede que ayudemos nos é suplamos cuanto podiéremos; porque sea Dios satisfecho de aquel bien ó de aquellos bienes y servicios que estorvamos en tanto somos á ello tenudos, que es sentencia de algunos que la persona que estorva á otra de entrar en religión ó la sacó della ha de entrar en religión si puede ó inducir y hacer que otro entre, salvo si ge lo estorvó ó le sacó por necesidad que toviese de su compañía para mejor servir ó menos deservir y ofender á Nuestro Señor. E si engañó á alguna virgen, ha de procurar que otra guarde virginidad, demás de satisfacer á aquella del daño espiritual que le hizo en le robar su virginidad. E generalmente havemos de procurar por la mejor vía que podiéremos que le fagan á Nuestro Señor otros tantos servicios como fuimos causa que le ficiesen ofensas y deservicios, y procurar que tantas personas le sirvan cuantas procuramos que le ofendiesen y deserviesen ó dejasen de le servir.

En la vida daña una persona á otra cuando injusta é no devidamente la mata ó la hace matar. La satisfacción y emienda es muy cara, ca la persona que injusta é no devidamente mata ha de satisfacer á todas las personas que recibían provecho de la vida del muerto: á su mujer si era casado, á sus hijos, á su padre y á su madre, si los ayudava á mantener; á hermanos, á hermanas, y por semejante á otras personas que ordinariamente se aprovechavan de la vida del muerto. Lo cual ha de hacer á conseja y alvedrío y determinación de su confesor ó de otro buen varón que en ello sepa y pueda sanamente determinar; y

demás desto dicen algunos que aún ha de poner su persona á peligros de muerte y dar su vida por amor y servicio de Dios Nuestro Señor, así como peleando por defensión y ensalzamiento de la santa fe católica, ó por defensión y amparo del pueblo cristiano, ó por defensión y beneficio de su cibdad y república, si la vida del defunto era muy provechosa á la república; y sobre todo ha de demandar perdón á los damnificados de la injuria y mengua que les hizo en matarles aquella persona.

En la salud damnifica una persona á otra lisiándola injustamente de algund miembro ó haciéndola caer en cualquier enfermedad, ó hiriéndola en la cara ó en otro miembro, que la señal le hace fealdad, aunque no pierda el miembro. Este daño se ha de satisfacer pagando á la tal persona todo lo que gastó en se curar, y todo lo que por aquella lisión ó herida ó enfermedad dejó y deja y dejare de ganar, y algo más por la lástima y pena que padeció y padece de ser asi lisiado y amenguado, la cual satisfacción ha de hacer á alvedrío de su confesor ó de otro buen varón. Y cuando no queda con otra lisión, salvo con la fealdad que queda en la cara ó en otro miembro, demás de ser satisfecho de lo que gastó en se curar y de lo que perdió de ganar ha de ser satisfecho á alvedrío del confesor ó de otro sabio y prudente varón por razón de la fealdad. E ha de ser demandado perdón al damnificado en todos estos casos.

En la fama daña una persona á otra levantándole algún falso testimonio, por el cual es aquella persona tenida por mala.

Item, manifestando livianamente é sin necesidad é sin ningún buen fin á otra ó á otras personas que no lo saben cualquier pecado mortal no público que alguna persona sabe ó oyede [*sic*].

Item, oyéndolo de buena voluntad ó preguntándolo y dando causa que se diga é publique.

Item, no lo contradiciendo ó no mostrando que le pesa de lo oir.

Item, acrescentando y añadiendo alguna cosa sobre lo que es, ó afirmándolo por más cierto de lo que es ó de cuanto lo sabe.

Item, amenguando el bien é loor que se dice de alguna persona, diciendo con malicia ó con liviandad que no es tanto como se dice.

Item, echando á mala parte y á mala intención el bien que puede ser hecho á buena parte é con buena intención, así como si alguno reza ó ayuna más de lo que es obligado, decir que lo hace con hipocrisía, é si da limosna, que lo hace por vanagloria, y cosas semejantes.

Item, se quita la fama callando el bien que sabemos en tiempo que sería necesario decirlo por que no peligrase su fama. También es muy costosa y grave de hacer la satisfacción deste daño, ca el que en cualquier manera quita la fama no devidamente ha de procurar por cuantas maneras podiere de la restituir é tornar, diciendo los bienes que supiere de la persona que difamó á todas las personas á quien dixo el mal ó los males, y diciéndoles que no deven creer aquel mal que dixo de la tal persona y hacérgelo descreer por cuantas vías y maneras supiere é podiere; pero no diciendo que sabe que es mentira, si sabe cierto que es verdad lo que dijo primero. Mas si levantó falso testimonio, ha de decir y afirmar, y jurar si fuere menester, que sabe cierto é sin dubda alguna que aquello es mentira y falso testimonio que á la tal persona fué levantado, y que sabe quién ge lo levantó y por qué. E si aun con esto no puede hacer que lo descrean, dicen algunos que es tenido á decir como él mesmo ge lo levantó. Y demás desto, si es venido á noticia de la persona difamada cómo tal persona la difamó, hale de demandar perdón; mas si el difamado sabe su difamia, y no sabe quien le difamó, hale de ser demandado el perdón mediante alguna buena persona, sin que se le manifieste la persona que le difamó; y allende desto, el que en cualquier manera difama ha de hacer alguna emienda de honra ó de hacienda al difamado á alvedrío del confesor ó de otro sabio y prudente varón. E los que más cumplidamente quisieren saber en cuántas maneras se comete este pecado de difamar, que por otro nombre se dice murmurar, y en qué manera se ha de hacer la satisfacción y aun algunas cautelas para nos guardar deste grave pecado, lea un brevecico tratado que dello compusimos.

En la honra damnifica una persona á otra cuando en su presencia le dice palabras injuriosas ó de amenaza ó de cualquier ultraje, y cuando le hace cualquier desdén ó le toma lo suyo por fuerza, y cuando sin justa causa le quita cualquier oficio ó beneficio ó le

estorva que no lo haya, y en otras maneras, que serían largas de contar. Y cuando dice ó hace cualquier cosa destas á las personas que son conjuntas ó allegadas á la tal persona ó de su casa y familia. La persona que así damnifica á otra hala de satisfacer demandándole perdón muy humildemente é muy cortésmente delante todas aquellas personas que fueron presentes, si algunas lo fueron cuando la deshonró. E si no fueron presentes, pero lo han sabido, hales de hacer saber cómo le demandó el tal perdón, conosciendo que erró en ello gravemente. Y dévele tornar el oficio ó beneficio que le quitó sin justa causa, ó que sepan todos que no tuvo justa causa para ge lo quitar. Y demás desto hale de hacer alguna emienda ó satisfacción por la fatiga y pena que le dió en lo deshonrar á alvedrío de su confesor ó de otro sabio y prudente varón. E si estorvó algún oficio ó beneficio á que ya tenía título ó derecho ha de procurar que haya aquél ó otro tal ó hacerle complida emienda á alvedrío del confesor, etcétera. Mas, si aún no tenía aquerido derecho al tal oficio ó beneficio, no es obligado á le hacer alguna emienda, salvo si ge lo estorvó maliciosamente, ó si es venido á su noticia, ca en cualquiera destos dos casos es tenido el estorvador de hacer alguna emienda al estorvado á alvedrío del confesor ó de otro sabio y prudente varón, así como si un prelado eclesiástico ó seglar toviese determinado y aun hablado de dar á alguno un oficio honroso ó beneficio, y otro lo procurase para sí ó para otro.

EN LA HACIENDA LE HACE DAÑO
EN ESTAS MANERAS

Mal meresciendo ó mal ganando el jornal, la soldada, el salario, la quitación, el acostamiento, el sueldo, los tributos, los servicios y los derechos que se dan.

Mal satisfaciendo y mal pagando cualquier servicio.

Hallando algo y quedándose con ello.

Haciendo algún daño en guerra ó fuera de guerra, grande ó pequeño.

Ganando alguna cosa por suertes ó á cualquier juego prohibido ó por cobdicia, aunque no sea defendido.

No socorriendo con lo que buenamente podíamos al que está en extrema necesidad.

Non pagando la pena en que ya alguno es condenado.

Vendiendo, arrendando ó alquilando por más ó por menos del justo precio.

Trocando cualquier cosa, porque vale más lo que se rescibe por ella.

Engañando en cuenta, ó en peso, ó en medida, ó en la cualidad de la cosa que se vende.

Baratando sin que en ello haya aventura ó riesgo.

Recibiendo cualquier cosa, porque haga lo que no deve ó porque hace aquello que es obligado de hacer sin que le diesen algo por ello.

Vendiendo ó arrendando cualquier oficio de justicia.

Non pagando bien el diezmo ó otro cualquier servicio ó tributo á que es obligado, ó no lo pagando á quien era devido.

Demandándolo ó levantándolo no le pertenesciendo ni le seyendo devido.

Levando más derechos ó mayor salario de lo que pertenesce al oficio.

Retardando la paga de lo que fué prestado, alquilado, encomendado, ó vendido, ó enrendado, ó de lo que se deve por otra cualquier manera.

No tratando bien lo que fué prestado, alquilado ó encomendado, ó aplicándolo á otro uso de aquel para que fué dado.

Recibiendo cualquier interese por cualquier emprestido, que en latín se dice mutuo, ó por vender adelantado.

Encaresciendo codiciosamente lo que vale ó podía valer barato

Inventando ó nuevamente trayendo para vender cosas superfluas é muy costosas.

Ganando cualquier precio por hacer trajes deshonestos ó instrumentos para juegos ó para ejercicios vedados.

Estorvando á otro cualquier bien.

Y generalmente tomando ó haviendo por cualquier manera cualquier cosa de lo ageno.

Allende de lo suso dicho, las personas eclesiásticas pueden ser en cargo de no haver bien levado los frutos de sus beneficios, ó por no haver tenido buen título, ó por no haver bien residido, ó por no haver bien dicho ó bien hecho su oficio, ó por estar descomulgados, suspensos ó irregulares ó públicos concubinarios ó en otro pecado mortal, mayormente si el tal pecado es público, por el cual no hiciesen los frutos suyos; ó de

haver ganado algo de negocios seglares y á clérigos no lícitos, ó por otras muchas maneras que no se pueden así todas explicar. Pero en esto deven mucho mirar que no retengan ni espiendan en cosas excusadas lo que le sobra de sus rentas eclesiásticas, ni lo den á personas no devidas, pues que es cierto que todo lo demás de lo necesario para su sustentación pertenesce á los pobres y á sus iglesias.

Es muy grave cosa decir en breve escriptura, é por reglas generales, la manera en que este daño de la hacienda se ha de restituir é satisfacer; porque como se haga de muchas maneras, así son menester para la satisfacción dello muchas doctrinas é muchas reglas; mas remitiendo á los libros que largamente lo enseñan, pónense aquí éstas: Si el que damnificó en hacienda en cualquiera de las maneras susodichas sabe la persona ó el pueblo ó lugar á quien hizo el daño, es obligado, cuanto mas aína podiere, á ge lo satisfacer y pagar con todos los daños, pérdidas y menoscabos que por ello recibió el damnificado, salvo si el damnificado meresció que no le sea tornado, dándolo por alguna torpe causa ó jugándolo de su voluntad ó tomando á renuevo sin necesidad, ó induciendo á que le prestase á renuevo el que no le quería prestar con renuevo ni sin renuevo.

Item, si el damnificado es absente y está tan apartado que costaría tanto ó muy poco menos embiárgelo. Como quier que de razón estas expensas devería pagar é algo más el que tomó lo ajeno sin voluntad de su dueño, ya en estos casos y en semejantes á pobres ó á causas pías se ha de hacer la restitución ó satisfacción y no á la persona que fué damnificada. Mas si el que damnificó no puede saber á quién hizo el daño, ha de hacer la restitución ó satisfacción á pobres ó á causas pías. E cuando la restitución se ha de hacer á cierta persona, dévele ser demandado perdón del enojo que se le hizo y que hovo en hallar menos lo suyo. Verdad es que si el damnificado de su libre y agradable voluntad remitiese é hiciese gracia, quita y donación del daño, sería así libre el debdor como si complidamente ge lo pagase.

En todos los casos susodichos en que una persona puede ser en cargo damnificando por sí mesma á otra persona en todas las seis maneras de damnificar ya puestas, no menos es en cargo el que manda hacer el daño, y el que para ello da tal consejo que sin su consejo no se haría, y el que para ello da consentimiento sin el cual no se haría, y el que lo loa ó favorece de tal manera que sin aquel loor ó favor no se haría, y el que recepta á los damnificadores de manera que, si no los receptase, no lo harían ó luego lo satisfarían, y el que lleva su parte, y el que calla á sabiendas porque le place que se haga, y el que no lo estorva si á su oficio pertenesce estorvarlo, y el que no lo manifiesta cuando dello es en juicio preguntado, y cada uno destos es obligado á satisfacer como si solo é por sí mesmo lo hiciese, pero satisfaciendo cualquiera de los que fueron en ello, son libres los otros de satisfacer á aquel que satisfizo por todos. Ya se dijo que todo esto se pone aquí brevemente, porque en tan pequeña escriptura ni aun en otra mayor no se puede poner complidamente. Y que se remite lo que aquí no se pone á los libros que dello tratan más largamente.

E porque no menos es obligado todo cristiano á comulgar una vez á lo menos en el año que á confesar, antes más obligado, por eso se añade aquí al tratado de la confesión otro breve tratado de cómo se ha de haver el que ha de comulgar para que devidamente y á mucho provecho de su alma reciba la santa comunión.

EN QUÉ MANERA SE DEVE HAVER LA PERSONA QUE HA DE COMULGAR

ANTES QUE COMULGUE Y CUANDO COMULGA Y DESPUÉS QUE HA COMULGADO

CAPÍTULO PRIMERO

Demuestra cómo debe primero alimpiar muy complidamente la consciencia.

Antes que comulgue, deve cualquier fiel cristiano con grande studio é diligencia alimpiar su consciencia de todo pecado mortal, y aun si podiese ser del venial, confesando complidamente é con mucha contrición los pecados que no fueron antes confesados ni satisfechos, y con firme propósito de no tornar á ellos, y satisfacer primero cuanto posible fuere de cualquier injuria y cargo. Esta limpieza es necesaria, porque como aquel Señor que allí ha de ser recebido sea muy puro é limpio, también cuanto á la humanidad como cuanto á la divinidad, ca nunca hizo pecado ni lo pudo hacer, ni en su boca se falló jamás engaño ni pudo ser, tal es razón que sea la posada que es el ánima en que ha de ser aposentado.

Fué esto figurado en la manera que habían de tener los hijos de Israel en comer aquel cordero sin mancilla que cada año en la pascua mayor havían de sacrificar, el cual fué figura muy expresa del verdadero cordero Jesucristo Nuestro Redentor, que quitó é quita los pecados del mundo, como dijo Sant Juan Baptista; ca mandó Nuestro Señor que algunos días antes le comprasen, porque podiesen bien ver si era cual convenía, y porque se aparejasen á le sacrificar é comer devidamente y guardando toda la cerimonia.

Item, fué figurado este aparejamiento en la manera en que Nuestro Señor ministró á su pueblo aquel maná é pan del cielo que les dió cuarenta años en el desierto, ca non ge lo dió hasta que pasaron el mar y entraron en el desierto. E cada noche descendía primero algund poca de helada que cubría el suelo, porque el maná cayese en lugar limpio, y encima del maná descendía un poco de rocío ó de yelo que lo cubría y guardava de todo polvo y suciedad hasta que escalentase el sol y consumiese aquel rocío é yelo que estava encima por cobertura, y así lo cogiese limpio é con toda limpieza el pueblo.

Fué dada á entender esta limpieza cuando ese mismo Dios quiso descender al monte de Sinay á dar la ley, ca mandó que todo el pueblo que la havía de recebir lavasen primero sus vestiduras.

Todos otrosí, los que habían de llegar á los sacrificios, quería que se lavasen primero en la gran bacina que estava á la puerta del tabernáculo ó del templo, los cuales sacrificios todos, de cualquier manera y materia que fuesen, figuravan este nuestro único sacrificio y santísimo sacramento.

Esta limpieza nos quiso demostrar no queriendo tomar aquella sagrada humanidad sino de Madre siempre virgen purísima é muy santificada.

Item, lavando los pies á sus discípulos ante que los hoviese de comulgar.

Item, queriendo ser sepultado en monumento nuevo, en que ninguno fuera puesto, y embuelto en sávana nueva y mucho limpia, ca todo el misterio de la sepultura de Nuestro Redemptor, si bien es entendido, significa la manera que devemos tener en la santa comunión. E aún una de las causas porque instituyó este santo sacramento en materia de pan cenceño es por nos dar á entender que deven ser cenceños y puros de toda maldad, como lo dice el apóstol, los que se han de mantener de aquel santísimo manjar; ca segund la filosofía, cuales somos, tal mantenimiento havemos de tomar, y á esto nos amonesta el santo apóstol diciendo: Límpiese el hombre, y así limpiado, coma de aquel pan y beva de aquel cálice.

Aun el cuerpo devería ser limpio é libre de toda suciedad y enfermedad natural ó accidental, si no fuese peligrosa ó continua y que mucho hoviese de durar. Por lo cual es honesta y loable cosa á las mujeres, estando con su costumbre, no comulgar, pero no es de necesidad.

CAPÍTULO II

Demuestra que havemos primero de facer sin querella á los que la tienen de nos y perderla también nos.

Es otrosí necesario satisfacer primero en cuanto fuere posible de toda injuria é cargo, ca así lo manda el santo evangelio. Las maneras en que alguno puede ser en cargo, y las maneras en que ha de satisfacer, fueron puestas arriba en el capítulo de la restitución ó satisfacción.

Item, es necesario que perdonemos nos primero toda injuria y ofensa que sea hecha á nos; ca en otra manera no nos perdonará Dios. Es verdad que devemos perdonar, perdiendo todo rencor y enojo de nuestro corazón y las señales y muestras dél; mas no somos obligados á perdonar la emienda y satisfacción que nos es devida, aunque sería del mayor mérito y más seguro, si aun aquello también perdonásemos. Ni somos obligados á quitar de nuestro corazón el odio ó mala voluntad que contra alguno ó algunos tengamos por sus males y pecados y por el daño que á nos ó á otros hacen, tanto que no deseemos su final condenación ni por vías injustas queramos su destruición. Esta reconciliación, conformidad y buen amor nos dió ese mismo Señor á entender instituyendo este precioso sacramento en pan é vino, en que muchos granos concurren en uno. Deve otrosí primero quitar las causas de los pecados para adelante en cuanto buenamente se pudieren quitar, especialmente la mala compañía, mayormente cuando es tal que en cualquier manera provoca á cualquier pecado de lujuria.

CAPÍTULO III

Que se deve primero exercitar en algunas obras de piedad.

Deve otrosí el que ha de comulgar hacer primero algunas limosnas espirituales y corporales según su manera é facultad, ca como este santísimo sacramento sea muestra muy manifiesta y muy entera de la excelentísima caridad que Nuestro Redentor tuvo y tiene á la salud del linaje humanal, no es razón que nos lleguemos á lo tomar sino exercitados y encendidos en esa mesma caridad. Este, por cierto, es el fuego con que el Señor quiso que fuese asado el cordero pascual, porque oliese bien en todo lugar. Y si bien consideráremos cuán franco antes, cuán pródigamente se hovo con nos dándonos á sí mesmo en precio de nuestra redención y después en manjar para nuestra cotidiana sustentación, vergüenza havremos de llegar allí ni parecer ante su Majestad sin haver dado algo y aun mucho, si pudiéremos, por su amor. Porque entró al convite de las bodas aquel hombre mal comedido de que habla el evangelio sin aquella vestidura, meresció ende ser avergonzado y atado de pies y de manos ser lanzado en las tinieblas infernales. E aún esta es la doctrina de Nuestro Redentor: que demos si queremos que nos den, y que hagamos misericordia y hacerse ha con nos.

CAPÍTULO IV

Que se deve algund día antes apartar de toda negociación y ocupación mundanal.

Deve también primero por algund espacio darse á oración, esto es, recoger su espíritu y levantarle á Nuestro Señor, ca esto es orar. Para lo cual es menester apartar de toda negociación y ocupación mundana que se pudieren excusar, y de todo deleite corporal, á lo menos por un día antes.

Este recogimiento y apartamiento dió á entender Nuestro Señor dando el maná á los hijos de Israel, después que entraron en el desierto, que es el lugar de soledumbre y apartamiento, y en tanto que anduvieron por él. Y el profeta Elías una jornada havía andado por el desierto, y á la noche dormiendo estava so un enebro, cuando vino el ángel y le despertó y le ministró aquel bollo cocido so el restaldo, que significó en cierta manera este precioso sacramento.

Especialmente se deven los casados abstener del ayuntamiento matrimonial, porque aunque se haga con muy derecha intención de haver generación que bendiga al Nuestro Señor, y con toda mesura é honestidad, pero siempre embota el espíritu y le hace indispuesto para llegar á este santísimo sacramento. Por lo cual Moisés é los otros que con Dios havían de participar ó que havían de rescebir espíritu de profecía se abstenían de sus mujeres en aquellos tiempos é días; y de aquí nasció la rencilla que Aarón y Ma-

ría, su hermana, hovieron con Moisés porque desamparava en aquellos días á su mujer y en aquello no participaba más con ella que si fuera tan fea como una ethiopisa, que quiere decir tan fea como una mora negra.

Esto nos dió Nuestro Señor á entender queriendo que el pueblo de Israel se abstuviese de las mujeres aun por tres días cuando hovo de rescebir la ley. Y cuando el sacerdote Achimelech no quiso comunicar á David ni á los que venían con él los panes santos hasta que supo que eran limpios, especialmente de ayuntamiento con mujer, tres días havía.

Item, lo dió á entender mandando que los que cenasen el cordero pascual toviesen ceñidos los lomos.

CAPÍTULO V

Que se debe primero dar á alguna abstinencia.

Aún es cosa provechosa ayunar el día antes, porque el espíritu esté más libre y desembargado para conoscer y gustar el dulzor de aquel santísimo sacramento; por lo cual la santa Iglesia ordenó que se recebiese en ayunas, salvo si hoviese necesidad de grave enfermedad. Y esto significó Nuestro Señor mandando cenar aquel cordero pascual á la tarde, porque estoviesen muertos de hambre. Y á la tarde proveyó á su pueblo de codornices en el desierto, que, juntas con el maná, significavan el misterio deste precioso sacramento, en el cual esta semejanza de pan de fuera y verdadera carne y cuerpo de Jesucristo de dentro. A la tarde é ya cuasi noche, Jonatás, hijo del rey Saúl, gustó la miel con que fueron abiertos sus ojos y recreado su espíritu de la fatiga de hambre, la cual miel significava el dulzor de aqueste santísimo sacramento, que gusta y halla en él la persona que dignamente rescibe. Y así ordenó la santa Iglesia luengo ayuno y cesación de matrimonios ante los tres tiempos que antiguamente eran deputados para la santa comunión, conviene saber: Adviento y Cuaresma, y desde la Ascensión hasta la Pascua del Espíritu Santo.

CAPÍTULO VI

Que se deve dar el día antes á las ocupaciones espirituales.

E como en aquel día ó días antes devemos vacar de las ocupaciones mundanales, así devemos ocuparnos en cosas espirituales, como son los oficios divinales y lecciones, oraciones y meditaciones, especialmente de la pasión de Nuestro Señor y de la institución y provechos de aqueste santísimo sacramento. Graciosa é muy provechosa lección es para ello la Clementina de la institución de la fiesta de Corpus Christi, en la cual amonesta el Papa que nos aparejemos para celebrar aquella santa fiesta. y recebir aqueste santo sacramento haciendo las tres cosas principales sobredichas, á que se reducen las otras, conviene saber: complida confesión, limosnas é oración.

CAPÍTULO VII

Pertenece á la segunda parte de cómo se ha de haver el día de comulgar antes que comiencen la misa.

En el día de la santa comunión deve el que ha de rescebir este santísimo sacramento dormir y reposar razonablemente la noche antes, porque la vigilia desordenada y mengua del sueño distraen muchas veces y desordenan el celebro y quebrantan también al ánima como al cuerpo; pero debe oir los maitines, si buenameute pudiere, en algún devoto monesterio ó en alguna iglesia, ó siquiera en el palacio levantándose con el profeta y santo rey David á la media noche á alabar al Señor; y deve luego de mañana vestir y ataviar su persona honestamente, según que su estado y la solemnidad mayor ó menor de la fiesta lo requieren, y deve comulgar en fiesta solenme y en la iglesia más magnífica y más devota si ser pudiere, é con buen aparato de ministros y ornamentos, y que el sacerdote sea muy bueno é muy devoto y no muy mucho familiar y cuotidiano, así en este sacramento como en todos, especialmente en la confesión, porque todas estas circunstançias convidan á mayor reverencia y devoción. Y deve comulgar en público, á lo menos en las tres pascuas del año, si á otros ha de regir y dar buen ejemplo. Pero en las otras fiestas puede comulgar en público ó en secreto, como hoviere más devoción; las cuales deverían ser: el día de los Reyes y de la Purificación de Nuestra Señora y de la Anunciación, y el jueves de la Cena, y el día de la Ascensión y de Corpus Christi, y el día de Sant Juan Baptista y el de Santiago el Zebedeo y de Santa

María de agusto y de septiembre y el día de todos santos. Dévese reconciliar primero que comiencen la misa si algo se le acuerda que no haya complidamente confesado ó en que haya ofendido después que confesó.

CAPÍTULO VIII

Cómo se deve haver de que comiencen la misa en que ha de comulgar.

E luego deve oir aquella misa con mucha devoción estando en ella de rodillas, y deve ofrescer algo, porque haya más parte en ella, y deve estar en aquella disposición espiritualmente en que estavan los hijos de Israel corporalmente cuando comían el cordero pascual, que fué grande y expresa figura de todo este santísimo misterio. Conviene saber: que tenga los lomos ceñidos y los pies calzados y un palo ó bordón en las manos, que lo coma sin quebrantarle ningún hueso y que trague la cabeza con los pies é intestinos, é que lo coma con lechugas campesinas, que son amargas, y con pan cenceño, y mucho apriesa, como quien está de camino. Todo esto quiere decir que recoja todo su espíritu y le aparte entonces de todo vano pensamiento, alzándole á Nuestro Señor é suspirando á las cosas que en el cielo son, como hombre peregrino, que no tiene cibdad en este mundo ni afección á las cosas dél, mas que cada día camina y busca la cibdad ce (*sic*) paraíso, proponiendo firmemente de se apartar cuanto podiere de toda disolución, que es tener los lomos ceñidos, y pensando otrosí cómo todos los justos y pecadores que han sido salvos lo fueron por este sacro misterio, que es tener los pies calzados, y deseando padescer algún afán y trabajo en memoria y reverencia de la pasión de Nuestro Señor, que es tener el bordón ó palo de su santa cruz en las manos, y demandando con mucha afección y lágrimas perdón de las culpas pasadas, que es comerlo con lechugas amargas; pensando otrosí en aquella largueza y suma benignidad con que tan excelente y tan saludable sacramento instituyó, que es comerlo con pan cenceño, y proponiendo con todo fervor de hacer mucho bien por su amor, é diciendo con grand fuego de caridad: qué retribuiré al Señor por todas las cosas que él retribuyó á mí? Tomaré el cálice del saludar y llamaré el nombre del Señor, etc., ca esto es asarlo con el fuego de la caridad y de obras de piedad, que lo hacen bien oler en todo lugar, como fué arriba dicho; y es comerlo apriesa é no quebrantar hueso alguno no dubdar en manera alguna que sea allí el cuerpo verdadero de Jesucristo; y es comer la cabeza con los pies y con las entrañas creer firmemente que es allí no solamente su sagrado cuerpo, mas también su divinidad y su santísima ánima, y mucha gracia y bendición para el que dignamente lo recibe, y que es allí figurado el cuerpo místico de Jesucristo, que es su santa Iglesia, que es como sus pies, en el cual cuerpo místico es más incorporado y más adentro metido el que dignamente lo recibe. Deve ende rezar, si el tiempo lo padesciere, los siete salmos penitenciales con su letanía y oraciones en memoria de los siete pecados principales y de los siete dones del Spíritu Santo ó otras oraciones en que haya más devoción, poniendo á todos aquellos santos y santas por sus intercesores.

CAPÍTULO IX

Cómo se ha de haver al momento de comulgar

Especialmente luego después de alzar deve con mucha devoción rezar aquella oración de Santo Tomás de Aquino, que compuso para comulgar; y llegado el momento de la comunión, dévese allí reconciliar, si algo le ocurre que lo haya menester; y aquello hecho, dévese humillar mucho de dentro y de fuera como criatura á criador, creyendo firmemente que allí está ascondido so aquella semejanza de pan cenceño Dios é hombre verdadero, Jesucristo todo entero, según ya es dicho.

Estas sotiles consideraciones son la sávana de lino y el sudario con que quiso Nuestro Señor que su precioso cuerpo fuese sepultado y las vestiduras de lino con que los sacerdotes ofrescían y hoy ofrescen este santo sacrificio. Deve otrosí allí gemir y llorar, á lo menos en corazón, el desgradecimiento pasado á tan benigno Señor, lavando aquel precioso cuerpo con lágrimas, como fué lavado puesto en el regazo de Nuestra Señora ante que fuese sepultado, faciendo luego allí la confesión general en tierra derribado. Y al tiempo que ge lo dan deve decir de corazón y de alma: Señor, yo no soy digno, ó digna, que tú entres en mi morada por mis pecados, mas di por tu palabra, y mi ánima será salva, como

lo dijo con mucha fe é humildad aquel buen cavallero Centurio, cuyas son estas palabras. Y deve alzar mala vez los ojos á mirar al Señor, guardando aquella reverencia y acatamiento que le guardó Moisés cuando le apareció en la zarza, y la que guardó Elías estando á la puerta de la cueva, cubierta la cara en aquel mesmo monte Oreb. E aún es cosa honesta que la dueña cubra entonces con el manto su cabeza, por más honestar su cara, como la cubrió Rebeca cuando vió á su esposo Isaac.

CAPÍTULO X

Pertenesce á la tercera parte de cómo se ha de haver después de comulgar, y de algunos fructos deste santísimo sacramento.

Rescebida la santa comunión y besada la mano al sacerdote y havida su bendición, dévese recoger á rezar luego otra oración de Santo Tomás que compuso para después de comulgar, y guardarse de fablar en cosas que se pueden excusar, y de todo derramamiento, si quiera por todo aquel día; lo cual es cerrar con gran piedra y sellar la sepultura de Nuestro Redentor. Y deve aquel día comer muy templadamente, oir las vísperas con devoción, proponiendo firmemente de se esforzar mucho mejor á guardar los diez mandamientos de Dios Nuestro Señor, con la caridad y amor que mandan los santos cuatro evangelios; lo cual es andar cuarenta días en virtud deste manjar, según lo hizo Elías, y deve dende en adelante trabajar con todo estudio como paresca y sea así que le mudó Nuestro Señor en sí; ca en esto es singular este precioso manjar, que no le mudamos en nos, mas él muda en sí á nos; aunque cuanto á los accidentes es así como los otros. El cual hace á nuestras almas los frutos y provechos que hace al cuerpo el corporal mantenimiento; ca así como aquel sostiene el cuerpo y le acrescienta y le sana, esfuerza, engorda y deleita, así este manjar espiritual mantiene y sostiene al ánima, conservándola en la gracia é virtudes que en el bautismo recibió, do fué regenerada, y la acrescienta en ellas, haciéndola crescer de virtud en virtud y de gracia en gracia, y la sana perdonando los pecados veniales y los mortales olvidados en confesión, y la esfuerza y enciende para grandes obras, difíciles é trabajosas, y la engorda en devoción y amor de Nuestro Señor, y la deleita dándole en toda buena obra sabor y consolación. Lo cual todo otorgue á nos ese mesmo Señor, que allí es sacrificado y adorado y más loado que en otro acto. Amén.

DEVOTA ORACIÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO PARA DECIR ANTE DE COMULGAR Ó CELEBRAR

Todo poderoso Señor Dios, yo me allego al sacramento del cuerpo de tu unigénito hijo, Nuestro Señor Jesucristo. Allego como enfermo al físico de la vida, sucio á la fuente de misericordia, ciego á la lumbre de la claridad eternal, menguado al Señor del cielo y de la tierra y desnudo al rey de gloria. Por ende, ruego á la abundancia de tu inmensa Majestad que tengas por bien de sanar mi enfermedad, lavar mi suciedad, alumbrar mi ceguedad, vestir mi desnudedad, enriquecer mi pobredad, por que meresca recebir el pan de los ángeles. Rey de los Reyes y Señor de los Señores, con tanta reverencia é temor, con tanta contrición é amor, con tal fe é puridad, con tal propósito é humildad como conviene á mi ánima, dame, Señor, gracia que reciba no solamente el sacramento, mas que también reciba su virtud. O muy manso Dios, dame en tal manera recebir el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, el cual tomó de la sagrada virgen María, que pueda ser incorporado en su cuerpo místico y entre sus miembros contado. O padre muy amado, dame á contemplar finalmente con cara descubierta al tu amado hijo, al cual agora propongo de rescebir aquí encubierto, que contigo y con el Espíritu Santo vive y reina por siempre un Dios. Amén.

OTRA DEVOTA ORACIÓN SUYA PARA DESPUÉS DE COMULGAR

Gracias hago á tu inmensa Majestad é á tu eternal piedad, Señor padre santo, omnipotente y eterno Dios, porque quesiste hartar del precioso cuerpo de tu hijo Jesucristo, Nuestro Señor, á mí indigno y pecador, no por mis merecimientos, mas por tu sola misericordia é bondad. E ruégote que esta saludable comunión no me sea obligación á pena, mas remedio saludable para alcanzar venia;

séame armadura de fe, escudo de buena voluntad; sea evacuación de todos vicios, destruición de la cobdicia y ardor carnal, acrescentamiento de castidad, de humildad, de obediencia, de caridad y de paciencia y de todas las virtudes y de toda santidad; contra las asechanzas de mis enemigos visibles é invisibles firme defensión de mis movimientos, así carnales como espirituales, perfecto asosiego, firme allegamiento á ti y bien aventurado acabamiento. E ruégote que aunque yo sea mesquino y pecador, me quieras llevar á aquel convite perdurable, en que tú eres á tus santos luz verdadera, hartura llena, alegría acabada, bienandanza perfecta y gozo que siempre dura. Amén.

Síguese la clementina de la institución de la fiesta del Cuerpo de Jesucristo, que es muy sancta lección y muy provechosa para haver mucha devoción en aqueste santísimo sacramento, y para lo poder rescebir muy devotamente y como es razón.

Si nos es mandado que alabemos al Señor en sus santos, cosa es muy justa y saludable á nos que cada día hayamos memoria del sagrado cuerpo suyo, con el cual cada día nos da espiritual mantenimiento y refeción, y que le demos por ello loores y gracias especiales con mucho acatamiento y con mucha devoción; ca queriendo pasar Nuestro Señor y Salvador Jesucristo de aqueste mundo al padre, llegado el tiempo de su sagrada pasión y hecha la cena con sus santos discípulos, instituyó y ordenó en memoria de su presciosa muerte muy alto é magnífico sacramento de su cuerpo y de su sangre, dando su muy sancto cuerpo en manjar y su muy preciosa sangre en bever; ca segund dice el santo apóstol, cuantas veces comemos este sancto pan y bevemos este sancto cálice, recordamos y representamos la muerte de Nuestro Señor; como es cierto que ese mesmo Señor dixo á sus apóstoles en la institución deste santo sacramento: esto haced en mi memoria. Lo cual hizo porque de contino tuviésemos este santísimo sacramento como memoria y señal muy principal é muy señalada de aquel singular amor con que nos amó hasta dar su alma por nos. Memorial por cierto maravilloso, delectable, suave, muy seguro é sobre todas las cosas precioso, en el cual fueron renovadas las señales y mudados los miraglos; en el cual hay todo deleite y suavidad de todo buen sabor, y la dulzura del Señor es gustada en su fuente; en el cual conseguimos ayuda y remedio de vida y de salud. Este es memorial muy dulce, memorial muy sagrado, memorial muy saludable; en el cual recordamos y representamos la memoria alegre é graciosa de nuestra redempción, é por el cual somos retraídos de mal, é confortados en bien, é acrescentados en todas virtudes é gracias por la presencia corporal de Nuestro Salvador, que es en aquel santísimo sacramento; ca honramos y abrazamos con el espíritu y con el alma las otras cosas de que hacemos memoria y representación, é no tenemos así su real presencia. Mas en esta memoria deste santísimo sacramento, Jesucristo Nuestro Señor es con nos en su propia substancia, aunque so otra forma, según que lo dijo á sus santos apóstoles é á los subcesores dellos queriendo subir al cielo; ca les dijo: yo so con vos todos los días hasta la fin del mundo, conortándolos con promesa tan benigna y tan preciosa que permanescería con ellos por presencia corporal. O digna memoria é nunca de olvidar, en la cual recordamos muerta nuestra muerte y perescida nuestra perdición, y que el árbol de la vida afijado al madero de la cruz nos dió fruto de salud. Esta es comemoración gloriosa que hinche de fruto saludable los corazones de los fieles, é nos hace con espiritual alegría derramar lágrimas de devoción, ca nos gozamos haviendo memoria de cómo somos librados é no podemos conte-

ner las lágrimas acordándonos de cómo somos librados mediante la sagrada pasión de Nuestro Señor. De manera que en aquesta muy sagrada comemoración y representación son ambos juntamente suavidad de gozo y de dulces lágrimas; ca en ello nos gozamos derramando lágrimas, y derramándolas devotamente nos alegramos; ca regado de dentro el corazón de gozo espiritual, destella por los ojos dulces gotas de lágrimas ó de agua corporal. O inmensidad del amor divinal, superabundancia de la divinal piedad, complimiento en la franqueza divina, ca nos dió el Señor todas las cosas las cuales sometió so nuestros pies, y sobre todas las criaturas de la tierra nos dió señorío, y aun los espíritus celestiales quiso que nos sirviesen é ayudasen para conseguir é alcanzar la heredad ó salvación que en el cielo nos es prometida. E como tan abondadamente nos hoviese dotado su magnificencia soberana, queriendo aun él mesmo mostrar en nos su exuberante y grandísima caridad, diósenos á si mesmo con señalada largueza é liberalidad. E transcendiendo todo complimiento de largueza y excediendo toda manera de amor, se nos dió en manjar. O singular franqueza y mucho de maravillar, á do el que hace la donación es el don, y la dádiva es la mesma cosa que el dador. O cuan larga y pródiga largueza cuando alguno da á sí mesmo; pues dióse á nos Nuestro Salvador en manjar, porque como el hombre cayó en muerte por comer, así fuese relevado á la vida por comer.

Cayó el hombre por el manjar del árbol de la muerte; es relevado el hombre por el manjar del árbol de la vida. En aquel árbol estuvo colgado manjar de muerte; en aqueste estuvo colgado mantenimiento de vida.

Gustar aquel manjar dió enfermedad; gustar éste dió sanidad. De manera que el gusto llagó y el gusto sanó: é donde nasció la llaga, de allí salió la melezina, y de donde subió la muerte, de allí vino la vida. De aquel manjar es escrito: En cualquier día que comieres, muerte morirás. Mas deste se lee: Si alguno comiere deste pan, vivirá para siempre. Este es manjar que complidamente harta, verdaderamente mantiene y que soberanamente engruesa, no al cuerpo, mas al corazón; no á la carne, mas á la alma; no al vientre, mas á la mente, que es la más alta parte del alma. Pues Nuestro Salvador, piadoso é misericordioso, proveyó del más noble y más poderoso mantenimiento del mundo para mantenimiento del alma al hombre que havía menester espiritual mantenimiento. E fué conveniente liberalidad y ordenada obra de piedad que el Verbo eternal de Dios, que es manjar de la criatura racional, hecho carne, se diese en manjar al hombre, que es un compuesto de espíritu y de carne y de alma y de cuerpo. E que así se cumpliese lo que es escripto: que el hombre comió el pan de los ángeles. E por esto el Salvador dijo: Mi carne verdaderamente es manjar, ca este santo pan es comido, mas no consumido; es tomado, mas no transmudado, porque no es transformado en el que lo come; mas si dignamente lo recibe, es á Jesucristo conformado.

O muy excelente sacramento! O digno de ser honrado, servido, glorificado y con grandísimos loores magnificado y con dignos pregones ensalzado; con todo estudio reverido é acatado, con toda devoción servido y agradado, y con toda sinceridad y con alma muy limpia retenido é abrazado. O muy noble memorial, digno de ser muy encomendado á la memoria, digno de ser firmemente atado al corazón, digno de ser con diligencia repuesto y guardado en el estómago del alma, digno de ser continuamente rumiado y traído en la boca por continuo pensamiento y con mucho loor, ca de continuo ó muy á menudo lo debemos recebir y adorar, porque siempre nos acordemos de aquel Señor y de su grandísimo amor que nos dió por memorial; ca cierto es que mejor é más de continuo tenemos en la memoria aquella persona cuyo don é dádiva más veces miramos.

Pero para que podamos conseguir acrecentamiento de virtudes y de gracias recibiendo este santísimo sacramento, es menester que nos aparejemos para llegar á él con verdadera é pura confesión é con largas limosnas é con muchas y atentas oraciones é con otras obras de piedad y de devoción. Para lo cual todo por su inmensa piedad nos quiera dar complida gracia ese mesmo Señor Dios é hombre verdadero, hijo verdadero y natural de la muy sagrada Virgen María, el cual es allí contenido y ascondido, so aquellas semejanzas de pan y de vino, como el Rey ó la Reina en las cortinas. Amén.

Síguense los loores de aqueste santísimo sacramento que en la institución de la fiesta dél escrivió Santo Tomás de Aquino, fraile muy perfecto de la sancta orden de los Pedricadores y doctor muy alumbrado en la sancta iglesia é muy devoto de aqueste sanctísimo sacramento.

Los inmensos beneficios de la largueza divinal hechos y dados al pueblo cristiano le dan inestimable dignidad, ca ni es ni fué jamás alguna nación tan grande, que tenga ó tuviere su Dios así cercano, como nos tenemos á nuestro Dios. Porque el verdadero y natural unigénito hijo de Dios, queriéndonos hacer parcioneros é participantes de su divinidad, tomó nuestra humanidad, á causa que, hecho hombre, hiciese á los hombres dioses. E demás desto, todo lo que tomó de lo nuestro nos dió para nuestra salvación, ca ofreció á Dios Padre su sancto cuerpo en sacrificio en la ara de la cruz por nuestra reconciliación, y su preciosa sangre derramó en precio juntamente y lavatorio, porque redemidos de la miserable servidumbre, fuésemos alimpiados de todos los pecados. E porque de continuo hoviésemos memoria de tan grand beneficio, dejó á sus fieles su precioso cuerpo por manjar y su preciosa sangre por bever, so semejanza de pan y de vino. O precioso y maravilloso convite, saludable y lleno de toda suavidad y deleite! Qué convite puede ser más precioso que aqueste, en el cual no carnes de becerros ni de cabrones ni de otros animales, como en la ley vieja, mas Jesucristo, verdadero Dios, es á nos propuesto é ministrado. Cuál sacramento es más lleno de maravillas? ca en éste las substancias del pan y del vino son convertidas en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo, y por eso Jesucristo, Dios é hombre perfecto, es contenido so semejanza de pequeño pan. Es comido de los fieles é no es despedazado; mas antes persevera Jesucristo entero so cada partecilla de aquellas en las cuales es partido el sacramento. Están en este sacramento los accidentes sin subjeto, porque haya lugar la fe, tomando visiblemente lo que no se puede ver, ascondido so forma ajena, é los sentidos no reciban engaño que juzgan de los accidentes que por los sentidos se conocen.

Item, ningún sacramento es más saludable que aqueste por el cual los pecados son alimpiados, las virtudes acrecentadas y la alma es recreada y engordada con abundancia de todos dones y de todas gracias espirituales. Así es ofrecido en la Iglesia por vivos é defuntos, porque aproveche á todos lo que por salud de todos fué instituído. Finalmente, ninguno basta á expresar dignamente la suavidad de aqueste sacramento, por el cual la dulzura espiritual es gustada en su fuente, y es reducida á la memoria aquella excelentísima caridad que Jesucristo mostró en su sagrada pasión; por lo cual instituyó este santísimo sacramento en la cena postrimera, cuando celebró la pascua con sus discípulos queriendo pasar deste mundo al Padre, porque la alteza y soberana excelencia de su caridad y amor fuese impresa con mayor ardor en los corazones de los fieles. El cual sacramento instituyó como perpetuo memorial de su sagrada pasión é complimiento de las figuras de la ley vieja é como mayor milagro de cuantos hizo, é como solaz y remedio singular de la tristeza que havían de su absencia, pues conviene á la devoción de los fieles haver é hacer solemne memoria de la institución de tan saludable é tan maravilloso sacramento, porque sea honrada en sacramento visible la manera que se no puede decir de la presencia divinal, y porque sea loado el poder de Dios que en este sacramento obra tantas maravillas, y porque sean á Dios hechas devidas gracias, si tales se pueden hacer, de tan saludable y tan suave beneficio.

Síguese muy devoto sermón de loores de aqueste santísimo sacramento, el cual hizo Sant Jerónimo, glorioso y esmerado dotor, cuando en el artículo de la muerte recibió el cuerpo de Nuestro Señor.

Léese en el libro que recuenta cómo el bienaventurado Sant Jerónimo pasó desta vida que, llegado este glorioso santo al artículo de la muerte, demandó con mucha devoción que le trajesen el cuerpo de Nuestro Señor, é que como se lo trajesen, ayudado de los frailes, como mejor pudo se derribó en tierra é dijo á grandes voces y con muchas lágrimas é sospiros: Señor, quién so yo que sea digno que tú entres so mi techo? mereció esto el hombre pecador? Por cierto no. Por ventura so yo mejor que todos mis padres? Tú no quesiste mostrarte á Moisén en un cierra ojo y abre, que hayas por bien de descender á hombre publicano y pecador, y que no solamente quieres comer con él, mas que tú seas comido dél? E como se allegase á él el sacerdote teniendo el cuerpo de Nuestro Señor en sus manos, púsose de rodillas el varon santo teniéndole algunos de los que allí estavan, é con muchas lágrimas é sospiros é hiriendo muchas veces sus pechos, dijo: Tú eres mi Dios y mi Señor que por mí padeciste. Tú eres aquel que como solamente fueses Dios ante todos los tiempos é engendrado de Dios Padre por eterna generación, seyendo un Dios con ese mesmo Padre y con el Espíritu Santo, permanesciendo aquello que eras y eres, te encerraste en el vientre de una doncella y te heciste hombre como yo lo so, de manera que desde entonces verdaderamente eres Dios y hombre, ca de tal manera ayuntaste contigo la humanidad dentro del vientre virginal, que ya no eres Dios solamente, nin hombre solamente; mas Dios y hombre juntamente, como quier que la humanidad no es divinidad ni la divinidad es humanidad. Distintas son en ti y no confunsas ambas naturas, como quier que la persona sea una. Y por eso eres tú mi carne é mi hermano, ca tuviste hambre y sed y cansancio y pavor é miedo é tristeza y otras flaquezas humanas como hombre verdadero é como yo ó otro cualquiera; como quier que en ti no hovo pecado alguno ni inclinación á él como le hovo y hay en mí, ca tú no pudiste pecar como pude y puedo yo, porque en ti fué corporalmente todo complimiento de gracia, ca no te fué dada á medida ni limitada, é porque tu muy santa ánima desde el instante ó momento en que fué unida á tu divinidad la vió perfectamente, é todas las cosas que tu divinidad ve y sabe, é tuvo asimesmo muy complido poder. Tú eres igual al Padre segund la divinidad, como quier que menor por razón de la humanidad que recibiste por me redemir é salvar. Tú eres aquel de cual en el río de Jordán, baptizándote Sant Juan, sonó aquella excelente voz que dijo: Este es mi amado hijo en que á mí aplugo; oilde. Tú eres aquel sobre el cual entonces descendió el Espíritu Santo en semejanza de paloma, demostrándote ser uno en substancia con el Padre é con ese mesmo Espíritu Santo. Tú, buen Jesús, en este mesmo cuerpo que yo aquí tengo presente y veo é adoro padeciste el gran tormento de la cruz y en ella la muerte porque matases la muerte que yo incurrí por mis pecados é por librar las ánimas de los santos padres antiguos, que en el limbo eran detenidas, y por recobrar y revocar á la vida perdurable con el derramamiento de tu preciosa sangre toda la natura humana, que cayó en muerte perpetua por el pecado, de la cual vida nos diste cierta fe é firme esperanza resuscitando tú de muerte á vida al tercero día; ca resuscitando tú incorruptible, impasible, no mortal y más claro que el sol, diste á nos esperanza cierta que resuscitaremos tales en la general resurrección. Tú, por cierto, bueno é piadoso Señor, á los cuarenta días después de aquella miraglosa é gloriosa Resurrección en los cuales por muchas é claras experiencias te declaraste y provaste verdaderamente haver resuscitado, por tu propia

virtud subiste á los cielos, veyéndolo todos tus discípulos porque ninguna dubda puédese haver dello, é así subiendo, abriste á mí pecador y á todos las puertas del cielo, y te asentaste para siempre á la diestra de Dios Padre, de donde has de venir á juzgar bivos é muertos en el temeroso y espantable día del juicio universal, é á dar á cada uno segund sus merescimientos. Adonde todos los reyes estarán en tierra derribados delante de ti, y adonde te temerán y preciarán todos aquellos que agora te menosprecian. Pues cómo, piadoso Jesús, eres contenido debajo de tan pequeña cantidad de pan, tú que eres tan magnífico y tan grande cuanto ninguna criatura puede manifestar? Tan grande, que el cielo y el mar y la tierra y todo lo que en ellos es no puede abarcar, ca tú eres en todo lugar, no encerrado en él ni excluído fuera dél. Tú, bienandanza de todos los bienaventurados que son en el cielo. Tú tienes la tierra encerrada en un puño. A ti te obedescen el mar y el abismo y aun el infierno. O maravilloso miraglo. O novedad de novedades: los ojos ven aquí blancura, el gusto siente sabor, la nariz olor, el tacto la cantidad del pan, y aun el oído siente el sonido cuando la hostia consagrada es partida, ó cuando por otra cnalquier manera hace algún sonido. Mas el entendimiento, alumbrado por la fe recibida por el oído conosce y afirma que aquestos accidentes no son en ti, y que están allí sin subjeto, ca ya no es aquí el pan que era primero y como parece á los sesos de fuera, mas eres aquí todo tú, Señor, entero, aquél que estás en el cielo asentado á la diestra del Padre, Dios é hombre verdadero. Pues Dios te salve, pan de vida que del cielo descendiste é das vida á los que dignamente te reciben, no como el maná que diste á los padres en el desierto, del cual todos los que comieron murieron, mas el que dignamente toma y come á ti, aunque muera muerte corporal apartándose el alma del cuerpo, bive para siempre en la vida del cielo, ca aquel apartamiento no es muerte propriamente, mas es pasar de la muerte á la vida que dura para siempre. O cuán preciosa muerte aquella que da en ti comienzo de vida eterna! Tú, pan de los ángeles, que con tu vista los recreas, mantienes y glorificas. Tú eres manjar, no del cuerpo, mas del alma. Tú engordas, no el vientre, mas la mente. Mucho es enfermo é flaco y envuelto en pecados el que de la grosura de tus virtudes no es engrosado. Tú mudas en ti al que te come para que, participándote, sea hecho Dios, y no eres tú mudado en él como cualquier otro manjar del cuerpo. Mas guay de aquellos que indignamente te reciben, ca son dignos de tanta pena como si otra vez te crucificasen; no porque su atrevimiento á te tomar no dignamente á ti haga perjuicio ni daño alguno, como tú seas impasable é inmortal, mas todo el daño hace á sí. O grande y profundo misterio! Es partida la hostia consagrada en muchas partes, y tú permanesces todo y entero en cada partecilla como eras antes en toda ella. O engaño de los sesos humanales, aunque verdaderamente no son engañados. Son partidos aquellos accidentes que paresce que están en ti, mas tú ni eres partido ni corrompido. Paresce que te mascan los dientes como á pan material, como no seas mascado. O muy noble convite, en el cual so semejanza de pan é de vino es tomado todo Jesucristo, Dios y hombre verdadero! E todo so semejanza de pan y en cualquier partecilla dél, y todo so semejanza de vino y en cualquier gota dél. O manjar muy sagrado! El que dignamente te come, en Dios es mudado. Es librado de todo mal y lleno de todo bien y sin dubda hecho inmortal. O vianda sagrada de nuestra perigrinación, en esfuerzo de la cual va y llega el que te come á la verdadera Jerusalem celestial. Comieron nuestros padres en el desierto aquel maná, manjar dado del cielo, mas no vinieron en virtud dél á la verdadera tierra de promisión; mas el que á ti come dignamente, en tu fuerza y virtud anda y viene hasta el monte de Dios Oreb, mejor y más complidamente que anduvo é vino hasta aquel monte el profeta Elías en virtud de aquel pan encenizado que comió. O manjar muy delicado, en que hay toda suavidad de todo sabor y de todo olor, todo deleite, toda melezina, todo conorte y sustentación y toda holganza de trabajo, y finalmente todo bien que se puede desear! Tú por cierto eres vida en la cual bive y sin la cual muere toda criatura. Tu vida dulce, amable é jocunda, la suavidad de tu olor recrea á los enfermos y flacos, á los cuales tu adormicimiento en la cruz hizo sanos y recios. Tú eres aquella luz incomprensible que alumbras á todo hombre que viene en este mundo. Tuyo es, Señor, todo poderío. Tuyo es todo reino. Ante ti es encorvada é

hincada toda rodilla. Todo lo que quieres haces en el cielo y en la tierra y en el mar y en los abismos. No hay cosa que pueda resestir á tu voluntad. En ti y de ti y por ti son todas las cosas, é sin ti ninguna. Ea, pues, alma fiel, gózate, come y no tardes. No empereces de te hartar destos deleites. Deléitate en este convite, en el cual no te son puestas carnes de cabritos ó de becerros ó de otros animales, como en la ley vieja, mas el cuerpo verdadero de tu Salvador. O maravillosa señal de singular amor, que el dador sea la dádiva y que el donador sea el don! O cuán grande es, Señor, tu dulcedumbre, la cual ascondiste á los que te temen é dístela complidamente á los que en ti esperan! O manjar muy excelente, digno de ser honrado, servido, adorado, glorificado y abrazado y con todos loores ensalzado y con altas voces pregonado, en las entrañas del corazón firmemente retenido y perpetuamente al corazón atado y apegado! Cayó el hombre en miseria por comer del árbol vedado, es por ti á la gloria relevado y alzado. Tú aborresces al rico vanaglorioso y sobervio y le dejas menguado, vacío é muerto de hambre y privado de ti, y hartas é hinches de tus riquezas y de la abundancia de tu casa al pobre justo, humilde é piadoso. O cuán bienaventurados los que te aman, los que no desean otra cosa sino á ti, los que de continuo piensan en ti, los que dignamente te comen y los que, permanesciendo contigo, guardan é cumplen todos tus mandamientos y consejos en todo tiempo! O manjar maravilloso, miragloso, deleitable, suave, muy seguro y sobre todos y más que todos deseable, en el cual son renovadas tantas señales y remudadas tantas maravillas, en el cual hay todo deleite y todo acrecentamiento de gracias! O cuán singular y no oída tal liberalidad, cuán superabundante tu largueza ó más propiamente prodigalidad! A ninguno haces extraño de ti sino al que desprecia venir á ti. Por ende, si alguno es pequeño, venga seguro á ti, porque comiéndote sea hecho grande. Si alguno es flaco, venga á ti, y luego será hecho fuerte. E si alguno es enfermo, venga y será sano. Y aun si el muerto te quisiere oir alcanzará vida perdurable. E si alguno es grande y fuerte, ni por eso presuma de sí y te desampare, ca siempre hallará en ti abundosamente con que, allegándose á ti, pueda ser mayor y más fuerte. Ninguno puede bivir sin ti ni por un breve momento. Tú solo das vida á todas las criaturas, y por eso á ti solo se desea allegar mi alma, sabiendo que todos los que se aluengan de ti perescen. Pues tú, Señor, no alejes de mí tu ayuda, mas inclina á mí la oreja de tu misericordia. Cómate aqueste pobre y menguado y hártese de ti por que biva su corazón y te alabe. O luz que ni puede ser vista ni apagada, que verdaderamente alumbras todas las cosas, have merced deste ciego asentado cerca del camino, que clama é dice: Have merced de mí, hijo de David, dame vista con que te vea; sed, Señor, piadoso á este pecador, sed mi ayudador y lugar de refugio, de amparo y de consolación. O piadoso Jesús, muerto yago; resucítame: alabarte he. Enfermo so; ninguna sanidad es en mi carne; físico eres: sáname. Desnudo estoy y muerto de frío; rico eres: vísteme. De hambre muero en este desierto; manjar eres: hártame. De sed muero; beber eres: embriágame. En tus manos, Señor, encomiendo el mi espíritu, que redemiste en el madero de la cruz y le diste vida y misericordia. Acata, Señor, mi poquedad y no me des en las manos de mi enemigo. Entre hoy contigo en el lugar de tu maravillosa morada, porque para siempre jamás more en tu casa y te alabe *in sæcula sæculorum. Amén.*

DEO GRATIAS

DE MURMURAR Ó MAL DECIR

TRACTADO MUY PROVECHOSO

CONTRA EL COMÚN É MUY CONTINUO PECADO QUE ES DETRAHER Ó MURMURAR Y DECIR MAL DE ALGUNO EN SU ABSENCIA

COMPUESTO POR EL LICENCIADO

FRAY HERNANDO DE TALAVERA

PRIMERO ARZOBISPO DE GRANADA

CONTIENE SIETE CAPÍTULOS

CAPITULO PRIMERO

Este primero capítulo demuestra que el murmurar y decir mal de otros es grand pecado y en la Santa Escriptura por muchas maneras é comparaciones mucho denostado.

Del pecado del detraher, que vulgarmente es llamado murmurar ó murmuración, que es decir mal de alguno en su absencia, primeramente es de saber que es grande pecado y en la Santa Escriptura é por los santos mucho denostado.

E pruévase por cuatro maneras que murmurar es gran pecado.

Es grande pecado, porque hace gran daño; ca el que murmura ó dice mal daña á aquel de quien murmura, quitándole su buena fama, la cual es en mayor bien, como dice Salomón, que muchas riquezas.

Item, hace mucho daño á aquellos con quien murmura, porque les causa que desdeñen en sus corazones é quieran mal ó menos bien á aquel cuyos pecados é males oyen. Por lo cual, cuanto en sí es, el que murmura los hace homicidas, ca, como dice Sant Juan, el que aborrece á su prójimo, homicida es. Onde el profeta David contra los tales murmuradores dice en el psalmo: los que tienen la boca llena de mal decir, prestos tienen los pies para derramar sangre. Porque, según lo entiende Sant Bernardo, matan, como dicho es, á los que oyen murmurar.

Es otrosí gran pecado, porque el daño que hace es muy malo de satisfacer y reparar, ca el que hurta ó roba hacienda, ligeramente la puede pagar ó tornar; mas el que murmura, cómo podrá restituir la buena fama? Ca no podrá haver á todos aquellos á cuyo noticia es ya venido el mal que divulgó, ó no le creerán aunque quiera decir bien de aquel de quien dijo mal. Aún el murmurar y mal decir es grand pecado, porque es muy universal, ca apenas hay quien deste mal pecado se puede escapar, tanto que dice la Escriptura que por este pecado en especial peligra poco menos todo el linaje humanal, y nuestro glorioso pa-

dre Sant Jerónimo dice, que es tanta la malicia de este pecado y está ansí en los corazones de los hombres malamente raigado, que aun los varones religiosos, que tienen ya vencidos y sopeados los otros pecados, caen en aqueste como en lazo postrimero del diablo. Y aun por esto es gran pecado, porque es muy peligroso, como de la ignorancia dice Sant Ambrosio; ca por ser, como es, mucho común y muy usado, es tenido en poco é ni se guardan las personas de caer en él, ni caídos hacen la cuenta y penitencia que de tan dañoso vicio se deve hacer, pues todo hombre que quiere ser salvo deve ser avisado y tener estudio continuo para se guardar deste pecado tan malo.

El murmurar es pecado mucho denostado, según paresce por los muchos lugares en que la Sancta Escritura del Viejo y del Nuevo Testamento se denuesta y amonesta huir deste pecado; ca así llama pecador al murmurador como si no hoviesse otro pecado ó como si éste fuese el mayor, diciendo: No seas criminador ni susurrón en los pueblos. Criminador quiere decir, según la glosa, murmurador. E susurrón es el que procura discordias entre los que son concordes, diciendo al uno del otro, etc., y señaladamente defiende el murmurar de los prelados y mayores, diciendo: No murmurarás de los dioses. Llámalos dioses, porque tienen las veces de Dios é porque han de ser perfectos y excelentes en toda virtud é bondad como lo es él.

Denostando este pecado é dando á entender la grandeza é condiciones dél, compara la Santa Escriptura al murmurador é mal diciente á la serpiente, diciendo: Como la serpiente muerde á hurto y en silencio, así hace el que murmura. Y es asaz discreta comparación; porque así como la serpiente muerde á hurto y asecha al calcañar, como está escrito en el Génesis, así el mal diciente no murmura sino del absente, pensando que no verná á su noticia. E como la serpiente é culebro no anda de derecha, mas tortuosa ó combeando, así el murmurador muchas veces mezcla en sus hablas algunos bienes de aquel de quien murmura, porque mejor le sean oídos y creídos los males, y á las veces dice que le ama como á sí mesmo y que no ló dice por decir mal dél, y entonces torna y da en él.

Item, la serpiente come tierra é trae el pecho por ella, que es el más vil de los elementos, segund la maldición que Nuestro Señor le dió; y así el murmurador trae comúnmente en su boca las vilezas, menguas y defectos ajenos. Y así como la serpiente no solamente llaga al que muerde, mas aún con su venenoso resollo y silvo infecciona el aire y á los que están en derredor, así hace el murmurador: muerde al absente de quien dice mal y enfecciona á los que le oyen. Y así con razón es comparado el murmurador á la serpiente, porque la murmuración primera que hovo en el mundo salió por la boca de la serpiente cuando Satanás envestido en ella dijo á nuestra madre Eva que les vedara Dios comer de aquel fruto por invidia, porque no supiesen todas las cosas así como él. A estas serpientes llama el profeta Jeremías pésimas, que quiere decir muy malas, y que no padecen encantamentos; porque los que tienen en costumbre el murmurar y mal decir, por cosa que les digan ni por reprehensión que les hagan, no se pueden ya dello dejar ni corregir. Pues tomemos nos el consejo del sabio, y como de la haz de la culebra y serpiente, así fuyamos deste pecado.

Compárale otrosí la Sancta Escriptura al perro que á todos ladra, amigos é enemigos, á domésticos y á extranjeros, y de que non halla carnes que comer, anda royendo los huesos; así hace el murmurador, que de todos dice, y de que no halla flaquezas de qué murmurar, roe y murmura de las virtudes y buenas obras, que son sinificadas en la Sancta Escriptura por los huesos, por la firmeza dellos, según que por la carne son significados los vicios y las flaquezas. Y especialmente le compara al perro llagado en el muslo de alguna frecha, que hasta que la sacude y echa de sí no queda ni deja de ganir; así el murmurador, luego que sabe algún defecto ó mengua de otro, no ve la hora en que lo decir, como si toviese saeta ó el espina hincada en el corazón. Onde dice el Eclesiástico poniendo esta comparación: oiste alguna cosa de tu prójimo, muera en tu corazón, fiando que non te lo rasgará. Saeta hincada en el muslo del perro es la palabra en el corazón del loco murmurador.

Es otrosí el mal diciente é murmurador así como el puerco, que entrando en la huerta no mira á los hermosos frutales ni á las buenas yerbas y olorosas flores della, mas va luego á hozar en el cieno y en el estiércol si

ende hay alguno. Así hace el murmurador: No mira á las bondades é virtudes de los otros para las loar, mas á algunos vicios y defectos si sabe ó ve para los publicar.

Y aun es comparada la garganta del murmurador al sepulcro lleno de cuerpos muertos, porque de ambos sale grand hedor.

Finalmente, es comparada la lengua mal diciente á la navaja aguda, porque el murmurador sotilmente y casi antes que sea sentido de un polpe llaga su ánima y las de los que le oyen y la fama de aquel de quien murmura. Por lo cual dicen que es monstruoso cuchillo, que como si cortase de tres partes, así haze de un golpe tres heridas. Del cual cuchillo maligno é lengua dolosa libre Nuestro Señor nuestra boca, nuestras orejas é nuestra fama por su grand misericordia. Amén.

CAPÍTULO II

Demuestra cuándo es pecado mortal é cuándo venial el decir mal.

Lo segundo es de saber que aunque este pecado sea ansí grande y denostado, pero no es siempre pecado mortal. Mas cuándo sea mortal ó cuándo venial, en esto ni en ál no es ligero de determinar; pero es de saber que de su natura ó condición, el murmurar ó mal decir es pecado mortal, como hurtar ó robar, y aún más, porque la fama en que hace daño este pecado es mayor bien, segund dicho es, que la hacienda. Tomar lo ajeno, á las veces es sin pecado, así como cuando el hombre piensa é razonablemente cree que su dueño, si lo viese é lo supiese, no haría enojo dello é tan sin empacho lo tomaría en su presencia como en su absencia. A las veces es pecado venial, así como cuando lo que se toma es cosa de ningún valor ó de muy pequeño precio y no se toma con dañada intención ni con desmayada codicia. A las veces es pecado mortal, cuando la cosa es tal que su dueño no la consintiera tomar y aquel que la hurta la toma para se della aprovechar. Bien así acaesce en el murmurar. E si lo que se dice de otro en absencia es cosa que tan bien y mejor se dirá en su presncia sin ninguna intención de le injuriar, ningund pecado es ó solamente venial.

Item, si lo que se dice es cosa de muy poco perjuicio y que redunda en muy pequeña mengua del absente, no dicho con mala intención, mas con alguna inconsideración ó ligereza de hablar, también es pecado venial, aunque havría algún empacho en ge lo decir delante y vergüenza alguna y confusión si sopiese que dello havría de ser sabidor.

En los otros casos, el murmurar es comúnmente pecado mortal, mayor ó menor según lo que se dice y según la intención, el lugar, tiempo, y personas y manera en que se dice. Mas pues de suyo es tan gran pecado y comúnmente mortal, grande estudio es de poner en nunca murmurar, ca, como dice el Sabio, el que su lengua guarda, de angustias libra su alma.

CAPÍTULO III

Demuestra que en muchas maneras acaesce errar en decir mal de otros.

Es de considerar lo tercero que acontesce murmurar y murmurando pecar, oyendo y diciendo; ca, como dice Sant Bernardo, cuál peca más, el que dice mal de otro ó el que lo oye, no es ligero de determinar; porque, como el mesmo dice, el murmurador tiene de diablos llena la lengua, y el que lo oye tiene dellos llena la oreja; y porque, como más adelante parescerá, á las veces el que oye peca más y á las veces menos.

Acaesce murmurar en seis maneras, conviene á saber, callando el bien que de otro podríamos decir en tiempo que le sería menester y podría aprovechar á su fama que lo dijésemos.

Item, amenguándolo cuando otro lo dice ó echándolo á mala parte.

Otrosí, descubriendo las menguas ajenas á quien no las sabe, é acrescentándolas, é mucho más levantándoselas.

Callando el bien, murmuraron é pecaron los principales de los fariseos contra nuestro Redentor, cuando acusándole é diciendo mal dél ante Pilatos y Herodes, maliciosamente callaron muchas buenas obras que dél havian conoscido é recebido, segund que havian confesado cuando queriéndole apedrear dijeron que no le querían apedrear por las buenas obras que havía hecho, mas por la blasfemia que decía llamándose hijo de Dios, como fuese hombre.

En esta manera pecaron contra él cuando, como el evangelista dice, corrompiendo con dádivas á los cavaleros que guardaban el se-

pulcro, por que encubriesen y negasen su gloriosa resurección.

Solemos amenguar el bien que oímos cuando luego con liviandad ó con indiscreción ó con alguna raíz de invidia, aunque escondida, decimos algún defecto ó mengua que en ello sentimos. Así como cuando nos dicen que alguno es varón celoso del servicio de Nuestro Señor y de la justicia, decimos que sí, mas que no tiene en ello cuanta esciencia ó discreción sería menester. Aun en cosas civiles, si nos dicen que uno tañe bien, luego decimos ó que no tiene compás, ó que es del arte vieja, ó que no tiene tan buena la mano izquierda como la derecha, ó que sabe pocas cosas, ó que no las hace de muchas maneras, é otras mil vanidades que luego se nos ofrescen para amenguar el bien que oímos decir. En esta manera quisieron los fariseos minuir la excelencia de la doctrina de Nuestro Redentor, cuando aquellos que fueran por ellos enviados para le prender decían que nunca hombre así havía hablado como él; ca dijieron entonces los maliciosos príncipes de los judíos é los fariseos, que así parescía á los populares que saben poco de las cosas, mas que de los principales y maestros de la ley no lo oía ninguno, ni lo seguía ni creía en él. Aunque en esto no decían verdad, porque Nichodemos é Gamaliel é otros maestros é principales en aquel pueblo, como Joseph de Arimatia é otros semejantes, le oían de grado, é creían en él é seguían su dotrina, como quier que [no] en público, mas ocultamente por miedo de los otros.

Solemos otrosí echar lo bueno que oímos á mala parte, ca si alguno es caritativo é limosnero, decimos que lo hace por vana gloria. E si es devoto, que lo hace por hipocresía. E si es paciente, que lo hace por cobardía. Si habla poco por no errar, decimos que lo hace de nescedad. Si ayuna y se honesta en su vestir y se tiempla y se aparta de toda pompa, que lo hace por no gastar. En esta manera cometió Satanás la primera murmuración que hovo en el mundo, según que arriba fué dicho, diciendo que Dios Nuestro Señor por invidia havía defendido comer de aquel árbol, etc. Así murmuraron los amonitas contra el rey David, diciendo que no enviara David sus mensajeros por consolar á su rey sobre la muerte de su padre, más á esculcar la tierra para ge la tomar. En esta manera murmuravan los fariseos é malos sacerdotes de Nuestro Señor, diciendo que sanava los demoniados é hacía los otros milagros en virtud de Belcebub, príncipe de los demonios.

Descubriendo las menguas ajenas muy á menudo, solemos pecar; y pecó gravísimamente Chan descubriendo á sus hermanos la embriaguez de su padre Noé; por la cual murmuración incurrió por pena que fuese maldita su generación.

Ya en añadir sobre lo que oímos; grande es nuestra malicia é miseria, que apenas recontamos cosa, en que de nuestro no apongamos algo. En esta manera pecó gravemente Doech idumeo, pastor mayor del rey Saul, cuando murmurando de David y de Achimelech, sacerdote, añadió que havía el sacerdote consultado á Dios por David y dádole vianda y armas, como segund parece por la historia no hiciese la tal consultación. De la cual murmuración se queja mucho ese mismo profeta David en el psalmo: *Quid gloriaris in malitia tua*, etc.

Quienquiera sabe que son gravísimos pecados los testimonios falsos é cosas que nos de nuestro levantamos. En esta manera el mal siervo Siha murmuró de su señor Miftibosed, diciendo al rey David que Miftibosed hoviera gran placer de cómo á David perseguía su mal hijo Absalón. Los fariseos é príncipes de los judíos levantaron otrosí muchos falsos testimonios contra Nuestro Redemptor.

Item, los malos jueces en pecados envejecidos contra su saña. Así que son muchas las maneras del murmurar, de las cuales con todo estudio y diligencia nos devemos guardar, según que lo enseña y amonesta el apóstol Sant Pedro. E van estas maneras cresciendo de mal en peor segund la orden en que fueron puestas, por manera que es más grave murmuración la segunda manera que la primera, y más la tercera que la segunda, y más la sexta que ninguna, *cæteris paribus*.

CAPÍTULO IV

Demuestra que este maldito vicio de maldecir nasce por la mayor parte de la mala bestia que es la invidia.

Aún es provechoso saber de qué raíz mala procede comúnmente esta mala planta; ca como quier que todos los pecados pueden haver nascimiento unos de otros, y aún la cobdicia, que es raíz de todos males, puede nascer de sobervia, y la sobervia, que es co-

mienzo de todo pecado, puede nacer de la cobdicia; pero especialmente son siete capitanes é principales de que nascen todos los otros como malas hijas de malas madres, ca no merescen ser llamados hijos ni padres por su malicia. Los cuales son siete cabezas de aquella bestia cruel que vió Sant Juan en su Apocalipsi.

De la vana gloria ó sobervia, que es el primero, nascen: desobediencia, jactancia, hipocresía, contienda, porfía, discordía y presunción de novedades y otros muchos que serían aquí largos de contar. Fueron puestos arriba en el tratado de la confesión.

De la avaricia nascen: traición, engaño, falsía, perjurio, fuerza, demasiado cuidado y enduresciminto.

De la lujuria nascen: ceguedad de entendimiento que estorva de conoscer é discernir é juzgar cuál sea lo bueno, y mengua de constancia para perseverar en ello, amor de sí mesmo, aborrescimiento de Dios, afección á la vida presente, aborrescimiento y desesperación de la advenidera.

La gula engendra embotamiento en el entender, alegría disoluta, demasía de palabras, á las veces torpes, á las veces jugosas é livianas, é en mengua de limpieza.

La ira hace al hombre desdeñoso é hinchado en su corazón, vocimbrero, renegador, denostador, é finalmente rencilloso y rifador.

La accidia, que es acedía y enojo de las cosas divinales y que al servicio de Dios pertenescen é aun de cualquier cosas buenas que hayamos de hacer, engendra poquedad de corazón que retrae al hombre de complir algunos santos consejos, y rancor, que es enojo de tratar con personas buenas y honestas que á las cosas espirituales inducen y amonestan.

Amargura, que es alguna saña contra las tales personas espirituales.

Ociosidad, que del todo retrae de oir y entender en las cosas que nos cumplen.

Sueño ó pereza, que no retrae del todo, mas hace al hombre negligente en lo que hace, como es ir tarde á los oficios divinales y á otro cualquier oficio ó buen ejercicio que hayamos de hacer.

Derramamiento del pensamiento á cosas no necesarias ni provechosas al negocio en que estamos.

Curiosidad, que es derramar en aquel tiempo la vista y los otros sentidos á cosas demasiadas.

Hablar demasiado.

Desasosiego del cuerpo, que es no tener los pies y manos y cabeza y los otros miembros compuestos é sosegados, lo cual significa que está descompuesta y desordenada la alma de dentro.

Item, mudarse de lugar en lugar, andando, paseando ó mudando lugares sin necesidad.

Estos diez pecados nascen de la accidia; los cuales á menudo se cometen en todo lo que devemos hacer, y especialmente en oir y en rezar ó decir el oficio divinal, el cual con devoción é con alegría de espíritu é con toda mesura é honestad del cuerpo se ha de oir, hacer y celebrar.

La envidia hace al hombre susurrar é murmurar, gozar de las adversidades de otros, é dolerse de sus prosperidades, é finalmente aborrescer á muchos. Así que, como quier que la murmuración algunas veces nasca de los otros vicios principales, como de cada uno se podría dar ejemplo, pero, como dicho es, nasce comúnmente y más á menudo que de otro de aquella bestia muy fiera que mató é tragó al justo é inocente mozuelo Joseph, que es la invidia. La cual metió á la muerte en el mundo, é trajo á la muerte, á vueltas de la cobdicia, á aquel que muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando reparó nuestra vida.

Es tan pestilencial y lleno de ponzonia é de veneno este maldito pecado de la invidia, que dice Sant Gregorio que en éste vacía toda su ponzonia la serpiente antigua, y en éste todo el veneno de sus entrañas vomita; así que de tal madre, como dice el profeta, nasce tal hija é tal manta que las cobija, que es la oreja maldita del que de buena voluntad oye murmurar.

CAPÍTULO V.

Demuestra que una de siete cosas deve hacer el que oye murmurar para que no peque, ó para que mucho menos peque.

Cerca de lo cual es de saber que algunas veces el que oye murmurar no peca, ó no tanto como el que murmura, á las veces tanto é algunas veces más.

Siete cosas ó alguna ó algunas dellas ha de hacer el que oye, para que no peque, ó para

que mucho menos peque. La primera es que reprehenda é corrija al murmurador, segund que el santo Evangelio manda; pues ve que peca, é no solamente contra aquel de quien murmura que está absente, mas aún contra ese mesmo que le oye, ó á lo menos que escuse al absente. Así lo hicieron Jonatás y el sacerdote Achimelech contra el rey Saul, cuando por sola envidia é sin otra legítima causa se quejaba é murmuraba de su yerno y leal cavallero David. Y ese mesmo profeta é rey David dice en el psalmo, que perseguía al que ascondidamente de su prójimo detraía; y en otro psalmo dice [de] Nuestro Señor, que no callará en el juicio, mas que reprehenderá al que se asienta á hablar contra su hermano. Así lo hizo aquel discreto é bienaventurado ciego desde su nacimiento cuando vió que los fariseos murmuravan contra Nuestro Redemptor, que le havía alumbrado, é dicien que no era hombre de Dios, porque le alumbrara en sábado. Y aun así lo hizo ese mesmo Redemptor Nuestro, que excuso á la Magdalena y reprehendió á los discípulos que murmuravan della porque derramara aquel ungüento precioso sobre sus santos pies é cabeza. Y cuando reprehendió á Simón fariseo que la reputava indigna de llegar á besar sus santos pies. Pues así devemos nos hacer que reprehendamos al que murmura, y excusemos al absente, siguiendo la doctrina y ejemplo de Nuestro Señor, Dios é hombre verdadero, y de sus santos siervos.

Mas si el que oye la murmuración no tiene tanta virtud que ose reprehender al murmurador, ó excusar al que es murmurado, deve, para que no peque, hacer lo segundo, que es huir é apartarse de allí donde murmuran, según aquel consejo de Salomón: lejos sea de ti la boca del murmurador. Así vemos que lo hizo nuestro padre Sant Agustín, el cual como estuviesse á la mesa con unos convidados, y ellos comenzasen á murmurar, no mirando el epitafio ó rótulo que ende estava, en el cual era escripto que no era digno de comer allí el que amava roer la vida del absente, díjoles: O callad, ó me dad licencia, que no podré aquí estar. Y así manda nuestro glorioso padre Sant Jerónimo que lo hagan las monjas en la regla que escrivió á Eustoquio.

Lo tercero, que si no se puede buenamente apartar, muestre siquiera la cara triste; ca, según dice Salomón, el viento cierzo derrama las nuves y la cara triste hace callar al murmurador, porque, como la glosa ende dice, si con alegre cara oímos al que murmura, nos le damos alas para ello. Mas si le mostramos la cara triste, aprende á no decir de gana lo que ve que se oye sin gana. E nuestro glorioso padre Sant Jerónimo dice que como la saeta lanzada contra la peña, á las veces recude y se torna contra aquel que la lanzó y le hiere, así el murmurador, cuando ve triste la cara del oidor y que cierra sus orejas porque no oyan sentencia de sangre, luego calla y se torna amarillo, los bezos se le pegan y la saliva se le seca, y así cesa de murmurar. Pues así lo devemos nos hacer, si queremos no pecar; ca entonces devemos razcar la cabeza, fregar la cara ó la barva, cortar las uñas, destadillar el manto, sospirar, mirar á otras partes y hacer otras cosas semejantes, por las cuales entienda el que murmura que le oímos de mala voluntad y así le haremos callar; ca, como ese glorioso nuestro padre dice: ninguno ha gana de decir lo que de mala voluntad y de mala gana ve oir. Y esto es lo que el Eclesiástico dice: cerca tus orejas de espinas é no quieras oir la mala lengua. Quiere decir que mostremos que no havemos gana de oir, y luego el murmurador cesará de mal decir, ca así como para destetar el niño untan las tetas con hiel, por que, sintiendo el niño la amargura, las aborrezca, así devemos nos poner aquellas espinas de mala gana de oir en nuestras orejas, para que cuando llegare la lengua del murmurador sea llagada con ellas. E aún en otra manera devemos poner espinas en nuestras orejas, como adelante parescerá.

Lo cuarto que deve hacer el que oye al que murmura para que no peque en lo oir, es que no crea ligeramente aquello; ca el que luego cree, como dice el sabio, liviano tiene el seso. Y ese mesmo glorioso nuestro padre Sant Jerónimo dice: Si pusiésemos diligencia en no creer del ligero á los murmuradores, ya no havría quien murmurase.

Para que lo no creamos aprovecha lo quinto, que es pensar que algunas cosas fueron dichas de nos, las cuales no eran verdad, é que así deve ser aquello. Consejo es del sabio en este caso y en otros, que por nuestras mesmas cosas aprendamos y entendemos las de nuestros prójimos. O cuantas y cuantas veces de nos y de otros se dicen y presumen las cosas que no son! Aun de Dios verdadero,

en el cual somos ciertos que es toda y complida bondad é sin ningún defecto, ha havido é hay quien diga mal. E no menos de ese mesmo Dios vestido de nuestra humanidad, del cual decían algunos que era bueno, é otros que no lo era, mas que engañava al pueblo. Pues si en el madero verde hacían aquesto, no nos maravillemos que lo hagan en el seco, ca no es el siervo mayor que su señor, ni el discípulo que el maestro, ni la criatura que el criador. Ansí que no deuemos creer á todo espíritu, ni dar fe al murmurador, como no querríamos que ge la diesen si murmurase de nos.

Mas si no queremos ó no podemos no lo creer, humillémonos en nos mesmos é contribulémonos considerando que aquellas ó peores cosas havemos nos hecho, é por algún juicio oculto de Nuestro Señor no se publicaron ni se publican ni divulgan nuestras maldades, como se divulgan é publican aquéllas. Consejo es de Nuestro Señor en su sancto evangelio, hablando de aquellos galileos que mató Pilatos sacrificando, y de los diez y ocho sobre los cuales cayó la torre en Siloa y los mató, ca dice allí Nuestro Redentor que no pensasen ni pensemos que aquellos galileos eran peores y más pecadores que los otros galileos Ni aquellos diez y ocho muertos eran más debdores á Dios que todos los otros moradores de Jerusalem, mas que todos, oyendo é veyendo la pena de aquéllos, hagamos penitencia de nuestros yerros, porque no perezcamos y seamos publicados, roídos é murmurados como aquéllos. Y estas son en otra manera las espinas con que el Eclesiástico manda, como fué ante dicho, que cerquemos nuestras orejas para que no oyamos la lengua maldiciente, ca el pecado espina es aguda é dura que mucho llaga el corazón, de la cual espina dice el salmo. *Conversus sum in aerumna mea, dum confringitur spina.* Pues cuando oímos murmurar ó maldecir, pongamos en nuestras orejas la memoria de nuestros pecados haviendo dellos arrepentimiento é dolor, é no nos hará daño la lengua del murmurador. Y aunque sea así que no hallemos en nos las culpas que de los otros oímos, mas ni por eso no nos alegremos, ni escarnescamos ni murmuremos dellos.

Mas para que oyéndolo no pequemos hagamos lo séptimo, que es haver compasión dellos, rogando á Nuestro Señor que á ellos perdone, y á nos guarde de caer en tentación. Doctrina es del apóstol, que si viéremos alguno ocupado en algún pecado, hayamos dél piedad, le avisemos é corrijamos con mansedumbre, considerando á nos mesmos que podemos así ser tentados y derrivados. Y con esta intención de ser más avisados para mejor guardar á nos mesmos, é para avisar é corregir á nuestros hermanos, podríamos por ventura sin pecado oir algo de sus defectos.

Estos son siete remedios de que puede y deve usar el que oye murmurar para que no peque oyéndolo, ó para que, á lo menos, no peque tanto.

CAPÍTULO VI

De tres maneras en que puede pecar el que oye al murmurador.

En tres maneras puede pecar el que oye al murmurador. La primera es si por miedo ó por vergüenza ó por negligencia, calla y le deja sueltamente parlar; y en este caso no peca tanto. En esta manera pecavan muchos discípulos ocultos de Nuestro Señor, y aun alguna vez los públicos, oyendo y dejando decir á los fariseos que dél murmuravan en sus cabildos é ayuntamientos; y aún nos pecamos muy á menudo é quasi cada que lo oímos, si no reprehendemos al que dice mal de Nuestro Señor ó á sus santos, ó si á lo menos no sentimos dello pesar y enojo en nuestro corazón. En esta manera pecó Pilato, aunque menos que los fariseos y príncipes de los sacerdotes y maestros de los judíos, porque aunque sabía, como el santo Evangelio lo dice, que por invidia le havían traído á Jesucristo, y por invidia decían ma, y le acusavan y criminavan digno de muertel mas por miedo de no ofender á la amistad de César oyólos y consintió con ellos condenándole á muerte. O cuántos y cuántas por vano temor ó por indiscreta vergüenza ó por dañosa negligencia ofenden en este pecado y en otros muchos! Cada uno destos puede decir con el profeta en los psalmos: que allí temió donde no havía temor, y que todo el día su vergüenza es contra él, y que por negligencia enmudeció y calló del bien que pudiera hacer en reprehender al maldiciente ó excusar al absente. E aún puede decir con Isaías: guay de mí porque callé. En esta manera ofendían

los cavalleros y familiares del Rey Saul, cada que le oían murmurar y decir mal de su fiel cavallero y buen yerno David; mas no pecaron así los siervos de Naaman siro cuando le oyeron quejar y murmurar del profeta Eliseo, porque no descendió de hablar ni á le poner por encima las manos para le sanar de la lepra, etc., ca le reprehendieron luego como buenos y leales servidores, y le dieron á entender que era injusta aquella su indignación, y le hicieron seguir el consejo del profeta, y así fué sano de lepra. Ni pecó así aquel buen siervo de Nabad de Carmelo, que aunque reprehendió á su señor de la mala respuesta que dava á los mensajeros de David, por[que] como hijo de Belial no era capaz de la reprehensión é buena avisación, pero ni por eso calló; mas fuese para Abigail su señora é avisola de todo lo que convenía. Dió este siervo muy buen ejemplo y saludable consejo á todos los que por miedo ó por vergüenza dejan de reprenhender é responder como deven al que oyen ó ven decir ó hacer mal, ca lo pueden hacer saber á otra persona que al tal maldiciente ó mal haciente pueda mejor corregir y emendar, según que este buen siervo lo hizo. Ni pecó desta manera Achior, buen duque de los amonitas, cuando vió quejar al príncipe Holofernes, y quejando murmurar de la osadía de los judíos moradores de Bethulia, que no le salían á rescebir é obedescer como príncipe y señor con toda subjeción é paz, cuya habla é discreción con todo lo ál de aquella historia, que es en libro de la sancta dueña Judit, es mucho de notar.

Puede otrosí pecar el que oye murmurar, si se deleita en lo oir é lo da así á entender al que murmura. Lo cual solemos hacer cuando aprovamos lo que dice, diciendo que es bien dicho, ó riéndonos dello con placer que havemos ó mostramos de lo oir, ó mostrando la cara alegre, ó si por cualquier otra manera lo favorescemos. Esta manera del oir mal decir no es menos pecado que el mal decir, porque le damos complido consentimiento. E así como es igual la pena del que hace el mal y del que lo consiente, así es igual la culpa, como lo dice el santo apóstol, contando muchas maneras de pecadores y entre ellos á los murmuradores, los cuales especialmente dice que son á Dios aborrescibles. En esta manera pecó nuestra madre Eva contentándose mucho de la maliciosa mentira que la serpiente dijera. Onde luego le pareció hermoso, suave é provechoso el fruto del arbol vedado. En esta manera pecó el Rey Asuero, oyendo y aprobando el mal que dicía y procurava Haman murmurando de Nuestro Señor Dio (*sic*) ([1]), como es dicho arriba, su privado contra el pueblo judiego, por el enojo é envidia que tenía de Mardoqueo, tío de la reina Hester y portero de la cámara del rey. Pecaron otrosí su mujer, parientes é amigos deste sobervio Hanan, oyendo y aprovando el mal que dicía y el daño que le quería hacer. Esta manera de oir especialmente riendo ó mostrando contentamiento dello, es mucho dañosa al murmurador, ca, como dice el psalmo, porque es alabado ó favorescido el pecador en los deseos de su corazón, y el malo es bendecido, atrevióse más el pecador á ofender al Señor, etcétera.

Peca otrosí el que oye la murmuración, y más que el murmurador, cuando le induce él á murmurar. Así pecavan los príncipes de los judíos é los fariseos cuando inducían al ciego que de Nuestro Señor havía sido alumbrado, á que murmurase é dixiese mal dél, diciéndole: Da gloria á Dios, etc. Y por eso después que no salió al mal decir, como ellos querían, le comenzaron á denostar, é finalmente le lanzaron de su ayuntamiento. Así indujieron á los falsos testigos para que al tiempo de su preciosa pasión dijiesen contra él falsos testimonios. Así indujieron á los que guardaron el sepulcro para que negasen la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, y que afirmasen que estando ellos durmiendo lo hurtaran sus discípulos.

Y es aquí mucho de notar que inducir á otros á murmurar se hace en dos maneras. Le primera es manifiesta, según paresce en los ejemplos aquestos. La otra no es tan manifiesta, mas es mucho más usada, é por eso más dañosa é mas peligroso pecado, ca muchas veces no tanto con dañada ó maliciosa intención, cuanto con alguna curiosidad demasiada é con indiscreción, inducimos é damos á otros causa ó grande ocasión de murmurar, preguntando y queriendo saber de los hechos é condiciones ajenas lo que no havemos menester. Qué vos paresce, solemos decir, cómo sabe fulano bien vender lo que tie-

([1]) Este pasaje esta evidentemente corrompido. *(N. del E.)*

ne, y el otro bien recaudar lo que le deven? Cómo sabe fulano vengarse de quien le hace ó trata mal? Cómo se sabe bien alabar? Cómo se apega adonde hay bien de ayantar? Cómo se entremete donde no le llaman? Cómo sabe traer su agua á su molino? Qué vos dicía aquel lisonjero? aquel partero? aquel boca de mentiras? quién fueron en matar á fulano? No es quien puede contar las maneras sin cuento con que así inducimos á murmurar.

En esta manera inducien á murmurar los que dicían: qué os paresce Saul entre los profetas? Y otros: quién es su padre? En esta manera pecaron los compañeros de Hien, cuando veniendo á le ungir el profeta, como escarneciendo, le preguntaron: qué te quería aquel loco? E Santbricio dijo de Sant Martí: Buscas á aquel loco? veeslo acullá está los ojos puestos en el cielo. Y de Nuestro Redemptor dicían los fariseos: De dónde le vino á éste tanta esciencia y tanta virtud y autoridad? No sabemos quién es su madre y que es hijo de un carpintero? Esto dicían, porque Joseph, esposo de la santa Virgen, usava á las veces de carpintería.

Es tan peligrosa esta manera de inducir, que no solamente nos devemos guardar de preguntar de las cosas malas ó de las indiferentes, mas aún de las que son conoscidamente buenas, cuanto quier que hayamos buena intención en preguntar dellas. Y especialmente devemos esto excusar cuando hablamos con hombres envidiosos é maliciosos, ca en esta manera paresce que Nuestro Señor dió ocasión á Satán para que murmurase de Job, preguntándole qué le parescíe, de cómo era varón simple y derecho, temiente á Dios é quito de todo mal.

Que el que induce á otro á pecar peque más que el inducido es cosa notoria en todo linaje de pecado. E por eso dicía Nuestro Señor que pecaron más los judíos que Pilatos en su muerte é pasión. Y por esto los derechos penan mucho al agresor. Pues guardémonos y guárdenos Nuestro Señor de soltar el agua, como dice el sabio, porque no seamos cabeza de rencillas, y de querer curiosamente preguntar ni saber lo que no nos es necesario, agora sea bueno, agora malo. Mas estudiemos en saber cómo havemos de satisfacer á aquel de quien, diciendo ó oyendo, havemos murmurado.

CAPÍTULO VII

De la satisfacción que deve ser hecha al que por nuestro mal decir fué disfamado.

Cuando á otro disfamamos murmurando dél en cualquier manera de las susodichas, somos obligados á le restituir su fama; procurando que tengan dél aquella buena opinión que primero tenían todos aquellos que por nuestro dicho la cobraron ó pudieron cobrar mala. E si fué falsedad y mentira lo que dijimos, cumple que así lo digamos y demos á entender é procuremos de ge lo hacer creer. Pero no es necesario que digamos que nos ge lo levantamos, y que mentimos en ello malamente, si ge lo podemos quitar del corazón diciendo é afirmando é jurando, si fuese necesario, que somos ciertos que aquello que dijimos no es así, y que el tal no tiene en ello ninguna culpa. Mas si lo que dijimos era verdad, havemos á decir que lo dijimos indiscretamente, y que lo no deven creer, que ya saben é sabemos cuántas cosas se dicen que no son verdad; é así havemos de decir otras cosas é otras palabras, por las cuales, sin mentir, le restituyamos su fama.

Allende desto, aún devemos decir los bienes que de la tal persona sabemos, porque, como dice Sant Augustín, desa mesma boca demos melecina con que hecimos llaga. E si á su noticia es venido que nos la disfamamos, devémosle demandar perdón, ofreciéndonos de buena voluntad á la dicha restitución. Mas si no sabe quién la disfamó, dévesele demandar el tal perdón mediante alguna persona buena que no descubra quien fué el disfamador.

En esta manera el apóstol Sant Pablo restituyó su fama á Jesucristo Nuestro Redemptor, confesando públicamente que le havía blasfemado y perseguido injustamente, aunque no por malicia, mas por ignorancia. Y procuró, aun con muchos é graves peligros de su persona, de dilatar y predicar su buena fama y excelente santidad de su divinidad é humanidad por cuantas partes en el mundo pudo, hasta rescebir por ello la muerte.

En esta manera el rey Asuero restituyó su fama á los judíos, escriviendo por todo su reino epístolas contrarias á las que escriviera primero, confesando en ellas como fuera engañado.

En esta manera los reyes de Babilonia res-

tituyeron su fama á Dios del cielo é á Daniel, su grand siervo, y á sus santos compañeros.

En esta manera el emperador Constantino restituyó su honor á Nuestro Redemptor Jesucristo y al santo Papa Silverio.

En esta manera el Centurio que crucificó á Nuestro Redemptor, vencido de la verdad por las grandes maravillas que allí vió, luego en público á grandes voces confesó que verdaderamente aquel hombre justo era hijo de Dios.

E aun ese mesmo Dios paresce que quiso guardar en sí mesmo esta justicia, restituyendo á Job en su buena fama, la cual perdió por aquellas adversidades y pérdidas que padesció, ca fué juzgado é tenido, aun de sus amigos, haver sido hipócrita é no así buen varón como antes parescía. Por lo cual Nuestro Señor, que consintió é dió lugar á todo el mal é trabajo que al santo Job vino, le hovo de aprovar por inocente y derecho, y le restituyó todo lo que le havía quitado y aun quasi todo doblado.

Y otro tanto hizo aquel eterno Padre con su precioso hijo é Salvador Nuestro Jesucristo, ca le dejó infamar é humillar hasta la muerte, y muerte de cruz, que era la más penosa é más vergonzosa de aquel tiempo; mas luego le restituyó resuscitándole y ensalzándole y dándole nombre sobre todo nombre, que en el nombre de Jesús toda rodilla sea hincada de los que están en el cielo, en la tierra y en el infierno; y que toda lengua confiese como confesará el día del juicio donde todo esto havrá complido efecto: que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre; al cual sea honor é gloria *in sæcula sæculorum.* Amén.

Acaba este tratado contra el pecado de murmurar é mal decir, que es muy más grave pecado de cuanto se puede decir, y por eso es muy necesario é muy provechoso ver y leer este ó otro semejante tratado. E así tiene perfección é cabo la doctrina que por agora pareció el arzobispo de Granada, que es necesaria para todo cristiano é para toda cristiana. Rogad á Dios por él.

LAUS DEO

DE VESTIR Y DE CALZAR

TRACTADO PROVECHOSO

QUE DEMUESTRA CÓMO EN EL VESTIR É CALZAR COMÚNMENTE SE COMETEN MUCHOS PECADOS Y AUN TAMBIÉN EN EL COMER Y EN EL BEVER

HECHO Y COMPILADO POR EL LICENCIADO

FRAY HERNANDO DE TALAVERA

INDIGNO PRIOR ENTONCES DEL MONASTERIO DE SANCTA MARÍA DEL PRADO, QUE ES EXTRAMUROS DE LA NOBLE VILLA DE VALLADOLID, Y DESPUÉS PRIMERO ARZOBISPO DE LA SANCTA IGLESIA DE GRANADA Y CONFESOR DE LA MUY CATÓLICA REINA DE ESPAÑA, DOÑA ISABEL PRIMERA DE ESTE NOMBRE

Capítulo primero.—Demuestra que los pueblos é cualesquier súbditos é inferiores deven simplemente obedescer á sus governadores é mayores, sin demandar causas ni razones de los mandamientos que les son hechos.

El *segundo capítulo* demuestra la causa é oportunidad de escrivir este tractado.

El *tercero capítulo* toca brevemente algunos motivos é razones que allegan algunas personas, diciendo que no se deve poner ley cerca de los trajes.

Capítulo cuarto.—Cómo es cosa natural que trayamos las carnes cubiertas.

Capítulo quinto.—Que también es cosa natural que de una manera se vista el varón y de otra manera la hembra, y que generalmente cada uno sea vestido como es menester para mejor executar su oficio.

Capítulo sexto.—Que es también cosa natural que el varón traya la cabeza descubierta, salvo por necesidad, y que la muger la traya cubierta.

Capítulo séptimo.—Que naturalmente se mudan las vestiduras y el calzado según que se mudan los tiempos del anno.

Capítulo octavo.—Cómo en el vestir é calzar es algo ó mucho voluntario; é cómo en esto que es voluntario acaece muchas veces errar y pecar.

Capítulo nono.—Que el comer y vestir andan y deven andar por una manera ó por una regla.

Capítulo décimo.—Que también hay en el comer y bever voluntario é natural, como en el vestir y en el calzar.

Capítulo once.—De cómo Nuestro Señor Dios nos enseñó que en el comer y bever hay y deve haver muchas diferencias é diversidades naturales.

Capítulo doce.—De la primera manera en que acaece pecar en vestir y en calzar, así como en tomar el mantenimiento, que es cuando se hace en demasiada cuantidad.

Capítulo trece.—Que el tal exceso de vestir y de calzar es pecado de sobervia, contrario á la humildad, que es una de tres virtudes que en el vestir é calzar tienen el medio é guardan la honestad; y aun demuestra que el tal exceso también es pecado de avaricia y de rapiña.

Capítulo catorce.—De la segunda manera en que en el vestir y calzar, así como en comer y bever, acaece pecar.

Capítulo quince.—De la tercera manera de pecar, que es buscando mil maneras é novedades de vestiduras y de trajes, como en el comer muchos guisados, adobados é potajes.

Capítulo diez y seis.—Demuestra la cuarta manera de exceder y pecar en comer y en bever y en vestir y en calzar, que es no guardando la conveniencia del tiempo.

Capítulo diez y siete.—De la quinta manera de pecar en lo susodicho, que es comiendo ó vistiendo con grande ardor y deleite é haciendo nuevas invenciones y trajes.

Capítulo diez y ocho.—Que los prelados é regidores de las comunidades pueden y deven ordenar é poner ley é leyes cerca de los trajes.

CAPÍTULO PRIMERO

Demuestra que los pueblos é cualesquier súbditos é inferiores deven simplemente obedescer á sus governadores é mayores sin demandar causas ni razones de los mandamientos que les son hechos.

Son algunas personas que contra la doctrina del santo apóstol quieren saber más de lo que deven, y en su saber no se quieren templar. Y éstas son todas aquellas que no quieren obesdecer é cumplir el mandamiento y mandamientos de sus regidores y prelados en lo que no es conoscidamente malo, sin que les den razón é cuenta por qué se movieron á mandarlo. Y aun lo que es peor, sin que examinen primero si tienen ó tuvieron poder para mandar aquello. No miran que á los pueblos y á los súbditos é inferiores pertenece obedecer simplemente é bien hacer y ejecutar lo que los mayores supieron ó supieren mandar y ordenar. El que á vos oyere, dijo Jesucristo hablando con los prelados, á mí oye, y el que menosprecia á vos, á mí menosprecia. Como ovejas é como corderos quiso Jesucristo que fuésemos y que obedesciésemos á nuestros pastores así simplemente, como los obedescen aquéllas y aquéllos. Simples quiso que fuésemos como las palomas, que no tienen aquellas astucias y resaberes que las aves cazadoras. Verdad es que quiso que fuésemos prudentes como serpientes, que cierran las orejas por no oir á los encantadores y que guardan principalmente las cabezas que no sean heridas en ellas, segund que havemos nos de guardar que nuestros prelados, que son nuestras cabezas, no resciban daños ni menguas, é havemos de guardar que sean sanas nuestras intenciones y que sean buenos nuestros pensamientos, que son cabezas é comienzos de nuestras obras, y que como las culebras se meten por estrechos agujeros para dejar los cueros viejos, que así nos entremos por el camino estrecho y áspero de la penitencia para despojar y desechar, como dice el apóstol, el hombre y cuero viejo de nuestros pecados y yerros. Pues en estas tres cosas quiso Nuestro Señor que fuésemos prudentes como las serpientes, mas no en demandar razón de los mandamientos, como hizo la maldita culebra cuando engañó á nuestra madre Eva; ca esta fué raíz de toda su caída y pecado, querer saber por qué le fuera aquello mandado, y aun poner dubda si se pudo mandar buenamente ó si se pudo poner aquella pena de muerte; ca respondió porque por ventura no muramos, puso dubda en lo que se mandó sin dubda.

Ese mismo Jesucristo reprehende á los maliciosos preguntadores que le demandavan qué poder tenía para echar del templo á los cambiadores y negociadores.

E no solamente quiere é manda que oyamos y obedezcamos á los prelados que son buenos, mas aun á los escrivanos é fariseos, esto es, á los malos y perversos, tanto que hagamos lo que nos dicen, mas no los males que hacen ellos en gran condempnación de sus ánimas; que serán más que ningunas muy terriblemente atormentadas en los infiernos. Concuerda el apóstol Sant Pedro, que manda obedecer no solamente á los prelados buenos é modestos, mas aun á los malos y des-

honestos en tanto que son tolerados é havidos por prelados á gran cargo y pecado del que los ha de corregir y emendar.

Verdad es que ese mesmo Dios y Señor Nuestro, cuando dió la ley á Moisés, dió razón de algunos mandamientos, como de la guarda del sábado, entre los morales, y de no comer carne con sangre, en los ceremoniales, y de no recebir dones los jueces, entre los judiciales, é así de otros algunos; pero esto fué muy raras veces é por causas especiales. Assi como en lo del sábado, porque aquel mandamiento en parte era moral y en parte ceremonial é judicial. Y en lo de la carne con sangre, porque aborresciesen el pecado del homicidio y de todo derramamiento de sangre humana. E dió causa de no recebir dones, por que no se engañe ninguno, por sabio é virtuoso que sea, pensando que no le podrán pervertir y cegar. Y generalmente dió algunas veces razones, porque aquel pueblo, duro de cerviz é tardinero en creer, viese por algunas cosas é creyese que Dios Nuestro Señor, razonablemente é no sin causa mandava todas las otras.

Y aun así decía Nuestro Redemptor á sus discípulos algunas cosas de las que luego havían de ser ante que fuesen, porque veyendo complir aquellas esperasen que las otras todas que decía ó dijese serían ciertas; ca en las cosas, ca en las cosas futuras que no tienen causas necesarias, mas que pueden ser y no ser según las causas propincuas, no hay más ni menos razón de acertar en unas que en otras; como en los miraglos que requieren infinito poder, no es más hacer muchos que uno, ni menos hacer uno que muchos, porque el poder infinito á infinitas cosas se extiende, y un infinito, si muchos pudiesen ser, no sería mayor que otro, ni aun muchos podrían más que uno, y por eso no hay más de uno.

Por esto es mucho de notar que aquellos mandamientos de aquel tiempo se hallan menos guardados en que se dió razón del mandamiento. El mandamiento del sábado helo todo mudado. Por esto entienden que el rey Salomón hovo ocasión de tomar muchas mujeres, porque el mandamiento que lo vedava dió luego razón dello, ca dixo, porque no turben el corazón del rey é lo inclinen á mal hacer. Lo cual él, confiando en la gran sabiduría que Dios le dió, pensó que nunca le pudiera acaescer. Así que no devrían los súbditos demandar razón de lo que les es mandado, ni menos devrían mucho espulgar si tienen bastante poder los governadores que les mandan lo bueno que deven é pueden bien hazer.

Mas por convencer malicias é quitar ocasión de escándalos, pueden y deven los prelados á las veces satisfacer á su curiosidad é dar razón de lo mandado é de su autoridad, aunque sean, como lo son, libres deste cuidado y no tengan necesidad, ca así pagó Jesucristo el tributo por no escandalizar, aunque él y sus discípulos tenían complida libertad.

CAPÍTULO II

Demuestra la causa é oportunidad de escrebir este tratado.

Es dicho lo susodicho porque en la muy noble villa de Valladolid fué ordenado por el prelado eclesiástico que so pena de excomunión no trajesen los varones ni las mujeres cierto traje deshonesto, los varones camisones con cabezones labrados, ni las mujeres grandes ni pequeñas, casadas ni doncellas, hiciesen verdugos de nuevo ni trajiesen aquella demasía que agora usan de caderas; y á los sastres que no lo hiciesen dende en adelante so esa misma pena. Agora dubdaron algunas personas que en el junco buscan nudo, y lo claro hacen oscuro, si se pudo esto vedar, é si el prelado tovo para ello autoridad, y especialmente si se pudo poner sentencia de excomunión en las personas que lo uno ó lo ál se atreviesen á traspasar.

Y las personas que menos creen que esto se pueda vedar, y que más quieren transcender, son algunas mujeres; y esles de soportar porque es su natural desde la primera mujer que traspasó el mandamiento por cobdicia de saber. Seréis, le dijo la serpiente, así como dioses, sabientes bien é mal; é no fué más menester, prestas para creer el mal y tardineras para el bien. Plega á Nuestro Señor, á cuya gloria se escribe todo, que así como aquella ligereza fué causa de un grand bien, ca fué causa del misterio de la preciosa Encarnación y de la muerte é pasión de Nuestro Redemptor, así sea esta tardanza de creer causa de mucho bien, porque sepan las personas, hombres y mujeres, cómo se han de traer. Gane gracia para ello la Reina de los ángeles, que nunca

supo pecar, y que tardava de creer y hovo de preguntar cómo podía ser lo que decía el santo arcángel Gabriel, é no dió consentimiento hasta que le dijo la manera y le puso algún ejemplo.

O bienaventurada hembra que así mira é así se atienta en su creer y responder. O muy prudente é muy sabia virgen, porque no digamos mujer, que quiere decir muelle ó movible, que escarmentada en la primera virgen é aun más inocente que ella, examina bien primero, ante que haya de creer, si puede y deve aquello ser. O humildad muy profunda, que se oye nombrar llena de gracia y que es escogida para madre del Hijo de Dios, Salvador del mundo y rey soberano, cuyo reino no havrá fin, mas non se apresura luego á decir: heme aquí, sea hecho así.

Digo que es natural á las mujeres la cobdicia del saber, porque aquella cosa es naturalmente más cobdiciada de que tenemos mayor falta. Pues como tenga comúnmente el entendimiento y la discretiva más flaca que los varones, parece que no sin causa quieren suplir su defecto, el cual se suple sabiendo.

Item, les es cosa más natural creer el mal de ligero, porque como todos somos prontos al mal por la flaqueza del entender, son ligeras de engañar y de creer el mal antes que el bien. E aun de aquí les viene que para creer lo bueno sean tardas, porque temen ser engañadas; pues esles de suportar.

CAPÍTULO III

Toca brevemente algunos motivos é razones que alegan algunas personas, especialmente dueñas, que los trajes no se pueden así vedar.

Muévelas á creer que los trajes no se pueden vedar, porque piensan que cada uno é cada una se puede vestir á su voluntad, y piensa que en vestir no hay regla cierta, porque ven que hay é siempre hovo en cada tierra su uso. Y que aquello generalmente es aprobado que es tenido é usado.

Y de aquí viene lo segundo, que como piensan que en el vestir é traer no hay pecado señaladamente mortal, así piensan que ninguno puede por ello descomulgar, porque la descomunión, especialmente la mayor, es cierto que no es pena sino de pecado mortal. Oyen decir que el derecho canónico, que quiso que los clérigos trajiesen hábito honesto, nunca les determinó la forma y manera dél, aunque algo les vedó. Estas y semejantes razones las mueven á dubdar y tardar en creer que aquello se pudiese así vedar y por qué no se vieda en todo el reino.

CAPÍTULO IV

Demuestra cómo es cosa natural que trayamos las carnes cubiertas.

Para demostrar y conocer cuán justa y cuán razonablemente lo sobredicho fué ordenado, es primeramente de saber que en el hábito y compostura, también de los varones como de las hembras, es algo y aun mucho natural, y que no se puede ni debe mudar, porque las cosas naturales son invariables, y es algo *ad placitum* y voluntario.

Natural cosa es que cubramos nuestras carnes, así porque sean guardadas del frío y de la calura y de las otras cosas que las podrían empecer si andoviesen desnudas, como porque sería cosa vergonzosa no las traer cubiertas. De lo primero, dice el sabio que lo substancial y necesario para conservación de la vida humana es pan y agua, vestidura y casa. De lo segundo, dice la Sagrada Escriptura que luego que nuestros padres primeros pecaron, hovieron vergüenza de ser desnudos. E así dice el apóstol, que los miembros que son en nos más deshonestos, aquellos honestamos más, conviene-saber, cubriéndolos más que á los otros que de sí son honestos. Y por eso aquellos primeros padres principalmente cubrieron luego las partes vergonzozas; ca cosieron, como mejor pudieron, con juncos ó con mimbres, sendas cintas de hojas de higuera, y cubrieron con ellas sus vergüenzas. Así que la primera vestidura que hovo en el mundo después del pecado fueron los paños menores ó algo en lugar dellos.

Digo que después del pecado, aquellos primeros padres hovieron vergüenza de se ver así desnudos; porque antes que pecasen no havía deshonestidad de que hoviesen vergüenza, porque los vestía é honestava la inocencia, como no han vergüenza los niños que aún no saben pecar, ni la hovo Jesucristo de ser puesto por nos en la cruz cual su santa Madre lo parió, porque nunca pecó ni aun pecado original; mas siempre tuvo la inocencia en que fué criado Adán. Y así le llama el apóstol nuestro Adán segundo, formado de sangre

virgen, purificada y amasada por la virtud del Espíritu Sancto en aquel vientre virginal, como el primero Adán fué formado de tierra virgen bermeja, lunosa y cenosa en el campo damasceno. Por pura vergüenza de se ver así desnudo, dice el primero padre que se abscondió después que pecó entre algunos jazmines ó en algún espeso cidral, que no osó así parecer ante la Majestad divinal.

Y aun así, dice Sant Juan en su Apocalipsi, aunque habla de las vestiduras espirituales, que son las virtudes, que es bien aventurado el que guarda sus vestiduras porque no parezca desnudo en el día del juicio; en el cual es cierto que todos los predestinados y justos resuscitarán con cuerpos vestidos de claridad gloriosa; mas los prescitos y pecadores que al infierno son condemnados, desnudos se levantarán, feos y mal aventurados.

Así que es cosa natural que trayamos vestiduras y andemos cubiertos, ó por necesidad de amparar y conservar los cuerpos, ó porque no parezcamos deshonestos. Y porque en el paraíso terrenal no son las vestiduras necesarias para conservar el cuerpo, por la salubridad y temperanza de aquel sancto lugar, por eso el santo profeta Elías dejó alguna de sus vestiduras cuando fué arrebatado en carro de fuego y llevado allá á morar.

De lo dicho se siguen tres cosas provechosas y de notar. La primera, que la demasía de las vestiduras es culpable y se deve evitar como cosa no necesaria, y por consiguiente no natural; y por eso Nuestro Redemptor mandava que nos contentásemos con una, si aquella pudiese abastar.

La segunda, que es grand vanidad preciarse alguno de andar mucho arropado; pues que es así verdad que las vestiduras introdujo el pecado. Por mucho liviano havríamos y mucho indiscreto al que se preciase y honrase de traer muy luengo el cabello, el cual le es necesario para encobrir la falta de las orejas que le cortaron porque hurtó.

La tercera es, que es deshonesto y mengua de buena vergüenza traer descobiertas algunas partes del cuerpo, las cuales podrían andar cubiertas. Así como á varones y aun á las mujeres es vergonzoso los traer descobiertos los pechos, porque no hay necesidad que devan andar descobiertos. Verdad es que las mujeres que crían deven traer las tetas ligeras de sacar. Seno, dice muchas veces la Sancta Escriptura, del varón y de la mujer, lo cual no ha lugar ni puede ser perfecto, si el pecho anda descobierto. Aljubas traían en buen tiempo, que cubrían todo el pecho. Gorguera traían siempre delgada ó basta, que cobría las espaldas y pechos enteramente hasta la garganta; y aun usavan sartales anchos, collares y almanacas, porque la honestad demanda que aun cubriesen las gargantas, y las casadas traían toca larga y con punto desde el día en que casavan. Mas ya con grand disolución, perdida toda vergüenza, hasta el estómago descubren las que son deshonestas. A las cuales podría y devría cada bueno decir con el profeta: Cobrid por Dios vuestras vergüenzas, que confusión, como dice el psalmo, cubrió mi cara en verlas.

CAPÍTULO V

Demuestra que también es cosa natural que de una manera se vista el varón y de otra la hembra, y que generalmente cada uno sea vestido como es menester para bien executar su oficio.

También es cosa natural, y por eso usada en toda parte, que de una manera se vista el varón y de otra manera se vista la mujer, y generalmente que cada uno traya el vestido segund que más conviene para la execución de su oficio. Porque comúnmente las mujeres están y fueron hechas para estar encerradas é ocupadas en sus casas, y los varones para andar é procurar las cosas de fuera: por eso adonde quier que hay seso, se usa que ellos trayan ropa corta y ellas ropa luenga, ca para andar acá y allá por el polvo y por el lodo es menester hábito corto; y bien por esta causa los clérigos y los letrados é los hombres ancianos y honrados en toda parte traen y siempre trajeron hábitos largos, ca el oficio de aquéstos más es de estar y de vacar á obras intelectuales que de andar mucho solícitos en procurar cosas temporales. Claro es que el que ha de correr ó luchar, ó trocar ó cavar, ó texer ó carpentear, ó trepar ó hacer obras semejantes, otro hábito más expedido ha menester que el que está rezando, ó leyendo, ó escriviendo, ó broslando, ó haciendo cualquier obra de reposo y de asosiego. E aun porque la honestad y vergüenza ha de ser mayor en las personas eclesiásticas y en las mujeres que en los seglares y en los va-

rones, por eso los clérigos y mujeres traen y han de traer ropas luengas que cubran pies é piernas, y no tanto los varones. La graveza, seso y madureza ha de lucir en los eclesiásticos y en los letrados y en los ancianos, como dicen los sabios, é por eso han de traer luengos y pomposos hábitos. Y aun para refrenar la ligereza que naturalmente tienen las mujeres, fué cosa natural que trajesen ropa luenga que las pudiese empachar.

CAPÍTULO VI

Demuestra que también es cosa natural que el varón traya la cabeza descubierta, salvo por necesidad, y que la mujer la traya cubierta.

También era cosa natural que el varón traya la cabeza descubierta, salvo por necesidad, y que la mujer siempre la traya cubierta, por dar á entender que el varón, como dice el apóstol, es cabeza de la mujer, y que ella es y ha de ser subjecta al varón y regida é governada por él, é no el varón por la mujer. Y aunque aquesto, dice el texto del Génesi, que le fué dado en pena; pero todavía segund su condición natural havía de ser subjecta, aunque no por aquella manera, ca fuéralo de grado é no en tantas cosas como agora lo es y ha de ser, quiera ó no quiera. En tanto conoció la santa Rebeca que la mujer, especialmente casada, es obligada á cobrir la cabeza en señal de subjeción, que dice el texto que cuando la traían para el patriarca Isaac, su marido, luego que le vió en el campo descendió del camello en que venía cavallera é cubrió con el manto su cabeza. Esto dice el apóstol que nos enseñó y enseña la naturaleza, que á las mujeres proveyó de cabelladuras luengas con que andoviesen cubiertas, é no así á los varones. Onde el uso común tiene que ellas críen los cabellos é los trayan luengos, y que los varones los corten é no se precien dellos. Y así dice ese mesmo apóstol, que es tanta fealdad y mengua al varón, é tanto contra natura é contra razón criar y aleznar el aleznar el cabello é traerlo luengo ó con colleta, como sería á la mujer andar toda trasquilada y traer la frente y el colodrillo de fuera. Verdad es que en otro tiempo mandava Nuestro Señor que los varones de su pueblo no se cortasen el cabello; mas aquello era cuando les mandava juntamente que no hiciesen la barva, lo cual se hacía todo por evitar y desechar la lozanía é disolución de los gentiles idólatras, que á honra de sus dioses traían trasquilado ó cercenado el cabello é raspada la barba, segund que lo dice Baruch profeta. E por nos dar á entender que cesando la idolatría devía cesar aquello, dice después Nuestro Señor, por Ezequiel profeta, que no raerán la cabeza ni criarán colleta, mas que trasquilarán ó cercenarán el cabello, lo cual es profetizado de aqueste presente tiempo; aunque muchos de los seglares, escuderos é oficiales, en gran denuesto de su estado é no sin pecado, han pervertido é corrompido, é corrompen aquesto.

CAPÍTULO VII

Demuestra que naturalmente se mudan las vestiduras y el calzado según que se mudan los tiempos del año.

Aun es cosa natural ó como natural y usada en toda parte é lugar, que se muden las vestiduras según que se mudan los tiempos, ca así como usamos unas vestiduras en verano é otras en invierno, así usamos é devemos usar una en tiempos de tristeza, de lloro é de adversidad, é otras en tiempos de alegría, de gozo y de prosperidad. Y de aquí es lo que leemos en la santa Escriptura, que los que havían tristeza é mostravan sentimiento de dolor, también los judíos como los gentiles, rasgaban sus vestiduras, etc.

De aquí es que los unos é los otros leemos que en tiempo de penitencia é de aflicción vestían sacos de sayal y derramavan ceniza sobre sus cabezas. Y de aquí es que los religiosos, de cualquier orden que sean, salvo las de los cavalleros, traen é han de traer hábitos de paño vil, áspero é despreciado, porque tienen oficio y estado de hacer penitencia por sus pecados é por los del pueblo. Y aun las religiones de los cavalleros quieren que no vistan sedas ni mucho menos brocados ni aún todos colores de paños, mas solamente los honestos.

CAPÍTULO VIII

Demuestra cómo en el vestir é calzar es algo ó mucho voluntario, y cómo en esto que es voluntario acaesce muchas veces errar y pecar,

Voluntario es en la vestidura que sea de lino ó de fustán, ó de fusteda de cuero ó de paño,

de oro ó de seda. También es voluntario que sea sin pliegues ó plegada, de tal ó de tal manera y de tal ó de tal aforro aforrada. Y en esto que es voluntario acaesce muchas veces pecar venial ó mortalmente, según que más ó menos la persona se aparta y excede ó fallece de lo natural y necesario, ca no es otra cosa pecar, generalmente hablando, sino apartarse hombre poco ó mucho de lo que es natural y segund razón ordenado; y si mucho se aparta, peca mortalmente, y si poco, venialmente. Por manera, que así como en el comer y beber peca mortalmente ó venialmente el que mucho ó poco excede ó fallece de lo necesario y razonable, bien así es en el vestir é componer.

CAPÍTULO IX

Que el comer é vestir andan é deven andar por una manera ó por una regla.

Y paresce claramente que el comer y vestir andan cuasi por una manera, porque Nuestro Redemptor y maestro muy perfecto Jesucristo los juntó en el evangelio cuando habló de aquel rico mal aventurado, que fué sepultado en el infierno; ca dice, al comienzo de aquella historia y semejanza, que aquel miserable rico se vestía de púrpura y de biso, y comía cada día costosamente.

Y aun es razón que el comer y el vestir se junten y sean de una manera, porque ambas cosas son las primeras que son más necesarias para conservar la humanidad, como fué arriba tocado; y asi se suele decir que ó vistamos como comemos, ó comamos segund vestimos.

CAPÍTULO X

Que también hay en el comer y bever voluntario y natural como en el vestir y calzar.

Cosa es natural y mucho razonable comer y bever cuanto es menester para que el cuerpo biva sano, y que en ello haya diversidad en cuantidad y en cualidad, segund que las personas son diversas en las complexiones y en las edades y en los oficios y ejercicios, y aun segund que los tiempos son diversos; ca el varón ha menester mayor mantenimiento que la mujer, porque tiene más caliente complexión, Y más ha menester el mancebo que el viejo por esa mesma razón, especialmente en tanto que cresce. Porque entonces es menester mantenimiento, no solamente para conservar é sostener, mas también para crescer. Y más han menester los que trabajan corporalmente que los que obran con el espíritu solamente; y aquéllos más recias y más gruesas viandas, y aquéstos más sotiles y delicadas.

Y en verano son más naturales algunas viandas, como las frutas verdes y agras y aun viandas más delgadas. Y otras son más naturales en invierno, como las frutas secas é dulces é más gruesas viandas. Porque cuanto el calor del estómago está más recogido adentro por causa del tiempo frío, tanto está más fuerte é más recio, y en el verano más flaco, porque está más esparcido.

Y es cosa natural y razonable que en tiempo de penitencia, de aflicción y de adversidad usemos de viandas pobres y desabridas con que el cuerpo sea afligido. Y aun en tiempo de esterilidad y de mengua es cosa muy razonable que tengamos más la rienda.

CAPÍTULO XI

De cómo Nuestro Señor Dios nos enseñó que en el comer y bever hay y deve haver muchas diferencias y diversidades naturales, apuntadas en el capítulo precedente.

Todo esto nos enseñó Nuestro Señor, criador y governador de la naturaleza, cuya providencia, como ley infinita, no se extiende al cielo solamente, como algunos pensaron é piensan, mas también al mar y á la tierra y á todas las cosas que en ellos son, ca él crió, proveyó y ordenó que en el verano hoviese las frutas verdes, húmidas é tiernas, é las carnes nuevas, así de las aves que entonces sacan pollos, como de las vacas é ovejas y de todas las otras animalias que usan comer los hombres; y que para el invierno hoviese frutas secas de nueces y almendras, avellanas, vellotas y castañas é algunas verdes que concuerdan con ellas, como los madroños y las servas; y para el invierno las carnes crecidas y hechas, también de las aves como de las cuatropeas.

O maravilloso Dios, muy poderoso, muy sabio y muy piadoso criador, que así proveyó de la leche que es manjar mucho tierno á todos los animales recién nacidos, y que cesase aquella vianda naturalmente y se enjugasen las tetas en todas las madres y hembras desque los tales animales toviesen fuer-

zas para tomar viandas recias. Su providencia ordenó y expresamente mandó que ante del diluvio comiesen los hombres frutas solamente, que son de menos gobierno y de más recia digestión; porque entonces tenía el hombre más recia y más sana complexión, y por eso bivian muy luengo tiempo. Mas después del diluvio dió licencia para comer carne, y inspiró á Noé que plantase y labrase viña, como hasta allí no hoviesen sabido qué cosa era vino, ni aun sidra ni servicia, mas solamente bevian agua; y esto otorgó porque la haz de la tierra perdió mucha de su virtud, ca las aguas saladas del mar océano salieron entonces de madre é andovieron por toda la tierra y le consumieron y estragaron la virtud é grosura de la haz é costra de encima que criava las fructas más gruesas é más zumosas, más tiernas é más provechosas.

Item, lo otorgó, porque la complexión humana parece que se enflaquesció; y así la vida se minuyó á no pasar sino por maravilla de cient años arriba, y aun, como dice el psalmo, los que pasan de ochenta tienen harto trabajo.

Verdad es que vemos por experiencia que los religiosos é varones sanctos que no comen carne y más se dan á la abstinencia, que aquéllos biven más sanos é aún más años, según que se lee que el santo Daniel profeta é sus religiosos compañeros fueron mejor mantenidos é más recios y esforzados con las legumbres, con el agua é con el pan bazo que los otros donceles del rey; á los cuales eran ministradas viandas costosas é más sabrosas é á lo común para esforzar más provechosas.

En ese mesmo diluvio, que fué tiempo de aflicción y de grave penitencia, ordenó Nuestro Señor que aun las aves y bestias que viven de rapiñas y no saben comer sino carne hiciesen abstinencia, ca puestas en la arca con el patriarca Noé les dió por vianda frutas secas solamente, y les suspendió y ató el deseo natural que tenían de las carnes, y les quitó toda enemistad, por manera que estavan juntos el azor y la perdiz, el neblí y la garza, el galgo y la liebre, el podenco y el conejo, el lobo y el cordero, el gato y el perro, y todos tenían paz y comían de una vianda como si fueran todos de una ralea, de una especie y de una casta. Fué aquello gran milagro de Nuestro Señor, hecho no sin grand misterio. Y aunque salga del propósito es muy bueno de saberlo; ca nos quiso dar á entender que después que viniese al mundo el perfecto Salvador Jesucristo Nuestro Redemptor, entendido por Noé, el cual mediante el precioso madero de la santa cruz, figurado por aquella arca, libró al linaje humanal del diluvio é abundancia de los pecados, quebrantando el poder de Satanás é dando abundancia de gracia y de caridad para que más ligeramente puedan ser evitados, todos ternían mucha paz é concordia, aunque antes fuesen contrarios; y todos ternían unos sacramentos los que entrasen en el corral y red de su santa fe, entendido por aquella arca del santo Noé, porque todos entran en la fe de Dios crucificado, y rescibiendo la agua del santo baptismo en nombre de la Santa Trinidad, Padre é Hijo é Espíritu Santo, signados con el tau de la santa cruz, hecha por eso con tres dedos consustanciales en una mano. Aunque es gran diferencia de trinidad á trinidad y de unidad á unidad, porque en los dedos no tiene el uno la sustancia del otro en número, mas en especie y en semejanza solamente, y por eso pereciendo un dedo no perecen los otros, y aun obrando un dedo ad extra no es necesario que juntamente obren los otros con él. Lo cual todo no es así en aquella santísima Trinidad y Unidad, como saben los que dello más saben.

Aquella paz y concordia y unidad de sacramentos, que son mantenimientos de las ánimas, fué profetizada por Isaías cuando dijo que venido el Mesías morarían en uno el lobo y el cordero, y la onza y el cabrito, el león y la oveja y el becerro, y que los guardaría é regiría un mozuelo pequeñuelo, y que el becerro y el oso pacerían de consuno é holgarían en uno sus hijuelos, y que el león comería pajas como buey, etc. Lo cual así á la letra nunca se cumplió ni complirá. Mas vémoslo complido é complir de cada día, cuanto á la espiritual inteligencia, en el pueblo cristiano de gentiles é judíos ayuntado, que eran primero contrarios como gatos é perros é como lobos é corderos. Especialmente se cumple en las santas religiones, donde todos son iguales en vestido y en mantenimiento y en otras muchas cosas los grandes é los menores, los buenos é los mejores.

Item, porque en tiempo de esterilidad é de pobreza deve haver otra manera en tomar el

mantenimiento; por eso el santo viejo Tobias se maravillava cuando estava pobre é ciego que su buena mujer le trajiese cabrito para comer. E así decía el santo Job que las viandas despreciadas, que estando próspero, rico y abastado no quería gustar, venido á mengua y á pobreza aquéllas eran su manjar. Pues todo lo susodicho paresce natural en el tomar del mantenimiento, como era natural lo que fué dicho primero del vestir y del calzar.

CAPÍTULO XII

De la primera manera en que acontesce pecar en el vestir y en el calzar, así como en el tomar del mantenimiento, que es cuando se toma ó se trae en demasiada cuantidad.

Ahora, pues, que el tomar del mantenimiento, y el vestir y el calzar se han por una manera, es de saber que en tomar el mantenimiento pecamos no tomando cuanto es menester, aunque esto acaesce pocas veces é muy muchas veces tomando demás, conviene saber, tomando en demasiada cuantidad en una vez ó en muchas y queriendo viandas costosas y exquisitas.

Item, queriéndolas mucho adobadas, aunque de suyo sean viandas despreciadas; é tomándolas otros no en tiempo devido, y tomándolas con grande ardor y deleite. Pues en semejantes maneras acontece fallescer y exceder en el vestir é componer.

Lo primero vistiendo en demasiada cuantidad, en una vez ó en muchas. Digo demasiada cuantidad en una vez, cuando alguna persona, varon ó mujer, viste juntamente demasiadas vestiduras, ó en el número dellas ó en el tamaño y en las longuras, ca todo es demasiado, é no sin pecado, lo que excede de lo necesario é de lo que razonablemente bastaría á cada persona según su condición y estado. Y aun no es sin pecado traer chapines muy altos, que hacen crescer la costa é cuantidad del paño, demás de ser pecado de sobervia y de mentira, ca se fingen con ellos y se muestran luengas las que de suyo son pequeñas, é quieren enmendar á Dios que hizo á las mujeres de menores cuerpos que á los hombres.

En muchas veces acontesce vestir demasiado, que cuando todo lo susodicho tienen ó querrían tener doblado ó trasdoblado, no solamente uno para el invierno é otro para el verano, é uno para en las fiestas é otro para en cutiano, que aun esto podría muy bien pasar tanto que fuese templado, mas tienen para mudar cada mes é cada semana, é aun cada día é cada rato. Cierto es que hay personas que no se contentan de salir á las vísperas con las ropas é vestiduras que llevaron á las misas, é no porque en el tiempo hovo mudanza, ni porque hovo necesidad de hacerla, sino por apetito de vestir demasiado; como el que almuerza y merienda y hace muchas colaciones é comidas sin haverlo necesario.

Tener vestiduras sobradas y en la percha ó en el aparador guardadas ayudó é dió grand causa á que Esau perdiese la bendición, ca dice el texto que vistió Rebeca á Jacob, para que mejor engañase á su padre, vestiduras de Esau muy buenas que ella tenía guardadas. Y eran tales, que cuando el santo patriarca Isaac, padre de ambos, sintió el olor suave dellas, luego se encendió en devoción é comenzó á bendecir, diciendo: hé el olor de mi hijo como olor de campo lleno, al cual bendijo Nuestro Señor.

Esta demasía de vestiduras con otros dones rehusó é no quiso recebir el profeta Eliseo de Naaman, príncipe de Siria, cuando le sanó de la grave lepra que padecía.

CAPÍTULO XIII

Demuestra que el tal exceso es pecado de sobervia, contrario á la humildad, que es una de tres virtudes que en el vestir é calzar tienen el medio é guardan la honestad; y aun demuestra que el tal exceso también es pecado de avaricia y de rapiña.

Dicen los sanctos, y es verdad, que son, entre otras, tres virtudes que en el vestir é componer tienen el medio é guardan la honestad. Estas son: humildad, per se suficiencia é simpleza; así como en el comer y bever ponen freno é tienen medio sobriedad é abstinencia.

La humildad refrena de toda jactancia é vanagloria que mueve las personas á vestir demasiado. De la segunda é tercera diremos adelante en sus propios lugares.

Es otrosí lo susodicho pecado de avaricia y de rapiña, porque el que viste demasiadas ropas, retiénelas é róbalas, como dicen muchos santos, á los que las han necesario; ca

dice Sant Basilio: como Dios Nuestro Señor dispense é distribuya todos los bienes, é no sea injusto repartidor ni aceptador de personas, ¿por qué piensas que quiso que tú tovieres mucho y que aquél mendigase, sino porque tú merecieses buen galardón despendiendo y partiendo liberalmente la abundancia que te puso en poder, y porque aquél menguado mereciese habiendo buena paciencia en el no tener? Pues del hambriento es el pan que á ti sobra, y del desnudo la vestidura que puedes excusar, y del descalzo, el calzado que no has menester; y del menesteroso la plata y el oro que tienes en tesoro, y á tantos robas y injurias á cuantos menesterosos no comunicas lo que podrías. Sant Ambrosio dice esto mesmo, aunque por otras palabras, y añade que no es menor pecado al que tiene no socorrer á los que no tienen que tomar á los que tienen.

Cosa descomulgada, dice el apóstol que es, é por tal la condena, que unos estén hartos é otros mueran de hambre. E así es cosa muy desordenada que unos estén demasiadamente calzados y vestidos é otros por mengua desto anden desnudos é mueran de frío.

Cuenta muy estrecha, dice Jesucristo, que le habemos de dar dello en el día del juicio.

E no digo aquí más de aquesta materia ó porque no fué introducida sino para manifestar cómo es pecado de avaricia y de rapiña tener é traer demasía de vestiduras.

CAPÍTULO XIV

De la segunda manera en que en el vestir é calzar, así como en comer y bever, acaesce pecar.

Es la segunda manera vistiendo é calzando cosas de mucho valor é costosas, por vía que aunque la ropa no sea más de una, y ni sea luenga ni corta, mas mesurada é justa, es exceso y pecado si según su estado es mucho costosa. En lo cual otrosí suelen las personas exceder por sobervia y por deleite, así como en el comer y bever; ca muchos no comen ni beven en mayor cuantidad ni más veces de lo que deven; pero quieren é comen y beven viandas é vinos costosos, é aun así suelen decir que quieren poco é bueno.

En esta manera de vestir y de traer, y aun aosadas de comer y de bever, exceden comúnmente muy muchas personas de todos estados en este nuestro tiempo. Porque cada labrador é cada oficial, cada escudero, cada cibdadano y cada cavallero, de pequeño y de grande estado, excede manifiestamente, no de lo natural solamente, mas aun de lo que es permiso é tolerado á cada uno según su estado. Cuán mal parece, solían decir al villano, la manga prieta en el brazo; mas ya no hay pobre labrador ni oficial por maravilla que no viste fino paño y aun seda, que es más. En los escuderos é hombres de honor, botas é gavan solían encobrir mucha lacería; mas ya ni basta paño fino ni seda. Así que en aquesta parte toda carne ha corrompido su manera, y también en los aforros, que si puede haverlos de grises ó de martas, no se contentan que sean de peña. El sayo ó manto viejo solía servir para aforrar lo nuevo, mas agora tanto ó más vale el aforro que la haz.

También pecan las tales personas que así exceden pecado de sobervia, si por jactancia é vanagloria se mueven por pujar é parecer mayor, ó á lo menos no menor cada uno que el otro.

Pecan otrosí pecado de mollicie y de sobrado deleite si se mueven á exceder por el placer que han de ver la fineza del paño ó de la seda, ó por el deleite que reciben de la blandura della. Y así decía Nuestro Redemptor, alabando á Sant Juan, de las ásperas vestiduras, que los que se visten de vestiduras blandas y muelles, son en las casas de los reyes. Y en esta manera se excede mucho en las holandas é finas bretañas y en otros lienzos costosos; como, por el contrario, nuestra mezquina é mala carne hoviese menester de andar siempre cercada y espinada de vestiduras ásperas.

Oh bienaventurada Cecilia, santa é muy noble doncella, que aunque encima traiga paño fino é rica seda por complir con el estado, pero acerca de la carne traía de continuo cilicio.

Eso mesmo se lee de la santa dueña Judit, y de algunos santos cavalleros que andavan en el palacio, así como Sant Martín, Sant Sebastián, Sant Pablo é Sant Juan en tiempo de Gallicano.

Item, de Santo Tomás, arzobispo de Cantuaria, é de otros santos prelados se lee, que traían cilicios y ásperas vestiduras de monjes debajo de aquellos hábitos honrados. Y aun del rey Joran se lee que en el tiempo que estaba cercado en la cibdad de Samaria traía

cilicio á corona de la carne, ascondido é cubierto con la vestidnra real que traía encima.

De pieles de animales vistió Dios á nuestros primeros padres, como los pudiera, si quisiera, vestir de rico brocado. Y así dice el texto, que les hizo túnicas de pellejas y llamó á aquellas vestiduras túnicas, que propriamente quiere decir tongas ó sayas, que hacen sonido cada que son tratadas y meneadas. Donde paresce que no devieran ser de abortones ó de corderinas muy delgadas, ni guarnecidos de muy buenos baldreses, ni con cote ó cotes de garras perfiladas á las orillas, mas quizá crudas, cuesqueras y desdonadas, como las de los pastores ó como las de los segadores ó de otros pobres hombres. Verdad es que después quiso que el sacerdote, especialmente mayor, vistiese vestimentas de lino en ciertos días, y en otros de cierto paño é color; mas aquello todo era para significar cierto misterio, que sería aquí luengo de contar.

La virtud que en esto refrena é ordena se llama per se suficiencia; ésta hace al que la tiene que se contente con lo necesario y razonable, y que no quiera ni traya lo costoso y demasiado, mayormente á cada uno segund su manera y estado.

Aquesta segunda manera de exceder en el vestir y traer reprehende al apóstol Sant Pablo en las dueñas, diciendo que no trayan oro ni perlas ni vestiduras preciosas. Con el cual concuerda el apóstol Sant Pedro, diciendo cuasi estas palabras mesmas. Este exceso parece haver condenado Nuestro Señor cuando así penó al pueblo suyo por la vestidura de grana que con cobdicia guardó y abscondió Achor, y cuando privó al rey Saul del reino porque con cobdicia reservó algunas vestiduras preciosas del rey Agab y de aquel pueblo. Y aun en este mesmo exceso paresce que reprehende y condena Nuestro Redemptor y maestro, cuando dice que aquel rico mal aventurado que fué sepultado en el infierno se vista de púrpura y de biso, que es lienzo muy delgado, muy fino y muy blanco.

Este exceso daña y reprueba el evangelista Sant Lucas, cuando en los Actos de los Apóstoles recuenta la muerte muy terribile y muy miserable de aquel malvado, pomposo é sobervio Herodes, que para henchir su sobervia y vanagloria salió aquel día á juzgar vestido de vestidura real y muy preciosa. Y aun esto condena Sant Juan y denuesta en su Apocalipsi, reprehendiendo é increpando á la cibdad de Babilonia y en aquella á cualquier otra cibdad, villa ó lugar que peca en aquella sobervia.

CAPÍTULO XV

De la tercera manera de pecar en vestir y en calzar y aun en comer y en bever, que es buscando mil maneras y novedades de vestiduras y de trajes, como en el comer muchos guisados, adobados y potajes.

Lo tercero acaesce pecar y exceder en el comer y bever, no en la cuantitad ni en ser costosas las viandas solamente, mas en que sean adobadas y muy guisadas, aunque de suyo sean comunes y de poco precio, ca á las veces cuesta más el salmorejo que el conejo. En esta manera pecaban muchos de los judíos en el desierto cuando Nuestro Señor les dava aquel celestial é milagroso mantenimiento, ca no se contentavan de le guisar s mplemente, mas andavan catando maneras como mejor les supiese. Bien así hay exceso grande é muy común en el traer y en el vestir; ca dejado lo natural, buscan las personas, varones é mujeres, mil maneras é novedades de vestiduras y de trajes. Novedades en los colores de muchas é diversas maneras, muy ajenas de la simpleza natural con que nos dan la lana las ovejas; la cual podría bastar asaz, si la malicia humana se quisiese contentar. Ca si Nuestro Señor mandó zeñir las pieles, coberturas é cortinas del tabernáculo, y que el sacerdote vistiese túnicas jacintinas, todo aquello fué porque, según nuestra malicia, no fuese despreciado su oratorio y templo, é más principalmente por dar á entender en aquella manera grandes misterios que están allí cubiertos. E aun medio [*sic*] mal sería, y allá pasaría, si con las mudanzas é diversidades de los colores fuesen los hombres contentos. Mas ¿quién podrá contar ni decir el estudio demasiado que se tiene y ha tenido en vestir é traer é calzar, é los pecados de muchas maneras, de sobervia, de vanidad, de lujuria é disolución, de prodigalidad é ambición, de rapiñas é tiempos perdidos que se cometen en lo tal?

Mucho é más que mucho devría mirar en esto el príncipe, rey é reina de cualquier reino. Porque es regla general que no puede faltar, que cual el rey é cual la reina, en lo

malo y en lo bueno, tal es todo el reino, así en esto como en todo lo ál. Por lo cual en Grecia al rey llaman Basileo, que quiere decir pilar del pueblo, porque si el rey está derecho, ordenado é honesto, tal está todo el pueblo que carga sobre él; é si el rey declina y se acuesta á cualquier vicio grande ó pequeño, también se acuesta é declina tras él el pueblo. Esto, según dice Sant Isidoro, significa la corona real que el rey trae en la cabeza, que sostiene los pueblos y está cercado é cargado dellos; é que doquier que se mueven é van el rey é la reina en las costumbres honestas é deshonestas, allá van y se mueven ellos. Cosa es mucho de mirar é aun mucho de llorar á los príncipes que no son buenos, porque disolviéndose ellos escandalizan y provocan á disolución á los de su reino. Y pecan gravísimamente, dando ocasión á que pequen ellos; y así serán atormentados más que todos en los infiernos. Y por el contrario, los buenos príncipes con todos y sobre todos ensalzados en los cielos, cuales quiera Nuestro Señor que siempre sean los nuestros. Amen.

E como quier que en lo susodicho exceden y pecan los hombres, pero mucho más exceden y pecan las mujeres en la manera de su traer, tocar, vestir y calzar y en todo el atavío de sus personas, y aun aosadas en lo de sus camas, palacios y estrados. Dígalo el profeta Isaías, que lo tracta y reprehende todo de pies á cabeza; y díganlo los otros profetas y los santos apóstoles, que lo reprehenden gravemente; ca si de todo ello hoviese yo aqui de decir por menudo, nunca acabaria. Basta y deve bastar que sepan las que exceden en esta manera, y los padres ó maridos que lo consienten, que ellos y ellas ofenden mortal ó venialmente, *quia facientes et consentientes*. Este exceso defiende el santo evangelio cuando nos aconseja y manda que no seamos mucho solícitos de la vestidura ni del mantenimiento. El cuidado demasiado defiende de las cosas semejantes, mas no el de lo necesario, á cada uno según su estado.

Verdad es que el sabio Salomón alaba á la mujer virtuosa de hacendosa y de aliñosa y de haver hecho para sí vestidura preciosa de diversos colores, y de tener proveídos á los de su casa de vestiduras dobladas; mas aquellos loores son de virtudes y de bondades significadas y dadas á entender so aquellas semejanzas de vestiduras. E aun el rey Salomón fué de los que mucho excedieron en el vestir y traer en su persona y en sus mujeres y en los familiares y servidores; tanto que la reina de Sabba se maravilló de las vestiduras de los ministros, cuando vino á le oir y conoscer. Y así hace la Sancta Escriptura comparación á las vestiduras de Salomón cuando de excelentes vestiduras dice algo, y aun Nuestro Redemptor dellas hizo mención como escarnesciendo é burlando cuando dijo que nunca Salomón en todo su triunfo é gloria alcanzó vestidura tan hermosa como la del lilio é de la rosa. También es verdad que la reina Ester vestiduras tenía preciosas, luengas é muy costosas, é que una doncella le llevava las faldas, mas ella mesma confiesa que nunca se deleitó en vestirlas ni usó dellas, sino cuando havía de parecer ante el rey por complir con el estado real é con él. Estas que así se visten y se precian del traer, dice el santo profeta é rey David, que son semejantes á los ídolos é imágenes de los templos.

De Nuestro Redemptor dicen algunos que traía manto azul é la saya de encima morada; mas del é de Nuestra Señora no hay escripta cosa cierta de esto, é lo que más se cree es que El é Nuestra Señora andoviesen vestidos de grueso é pobre buriel. E bien se sufre que trajese dos ó tres sayas é manto encima, por conformar al uso de los sacerdotes é honestos judíos de aquel tiempo, é por consolar con su ejemplo á los flacos que no pueden pasar con una vestidura, especialmente en las tierras frías. Pintanlos con vestiduras de color é que parecen preciosas por adornar la pintura.

CAPÍTULO XVI

De la cuarta manera de exceder y pecar en comer y en bever y en vestir y en calzar, que es no guardando la conveniencia del tiempo.

La cuarta manera de exceder en el comer é bever es no guardando la conveniencia del tiempo, y esto en dos maneras: ó anticipando mucho la hora sin causa é sin necesidad, lo cual reprehende la Sancta Escriptura, diciendo: que la tierra es desventurada, que tiene rey mozo é príncipes que comen de mañana, ó comiendo en los días de abstinencia alguna vianda vedada. E así contesce exceder en el vestir é traer no guardando lo que conviene

al tiempo; ca mucho yerra y excede el que en tiempo de lloro é de tribulación viste vestiduras de alegría. E por el contrario, el que en tiempo de alegría y de solemnidad trae vestiduras de tristeza y cotidianas. Desto y eso es reprehendido en el sancto evangelio el que entró á comer en las bodas, sin llevar vestidura de boda. Y así reprehendió el condestable Joab á su buen rey David, porque no vestia vestidura solemne y de alegría cuando le dió Nuestro Señor victoria de su mal hijo Absalón, y ge la hizo vestir. E los profetas amonestaron al pueblo de Israel que vistiese vestiduras tristes, para hacer penitencia; é que en tiempo de perdón y de consolación desmudasen aquéllas, y vestiesen vestidura de placer y de fiesta. En esta manera yerran comúnmente los nobles y hidalgos, cavalleros y escuderos, grandes y pequeños, que, pudiéndolo bien hacer, y teniendo mudas de vestiduras mejores y no tan buenas, no hacen diferencia del carna[va]l á la cuaresma, ni del viernes al domingo, ni del cutiano á la fiesta; antes piensan que guardar esta diferencia pertenece á los aldeanos, á los oficiales y á los villanos; y por eso ellos, por el contrario, visten lo mejor entre semana y el domingo ó la pascua no salen mejorados. El contrario da Nuestro Señor á entender hablando por el profeta Ezequiel y amandado que la puerta del templo por do el príncipe havía de entrar no se abriese sino el sábado, salvo si entre semana quisiese el príncipe venir á ofrecer algún sacrificio voluntario y extraordinario.

Las dueñas comúnmente se ordenan mejor en esto, que grandes y pequeñas salen vestidas y relucientes, pintadas é compuestas en las fiestas, porque esperan ser más vistas en los tales días. E algunas y aun muchas exceden en no guardar la templanza y mesura devida al tiempo de la penitencia y al lugar de la tristeza, ca así se afeitan y visten en cuaresma como en carnal, é así van á las exequias de los defuntos, si no son sus parientes, como si fuesen á bodas ó á bateos: todo esto porque allí concurren gentes que las han de ver é mirar. Reprehende esto Nuestro Señor en el santo evangelio diciendo: Cantamos é no respondistes; reimos é no reistes; lloramos é no llorastes. Y esto mesmo el santo apóstol, que quiere que lloremos con los que lloren é nos gocemos con los que se gozan.

CAPÍTULO XVII

De la quinta manera de pecar en lo susodicho, que es comiendo ó vistiendo con grande ardor y deleite é haciendo nuevas invenciones é trajes.

La quinta é postrimera manera de exceder en el comer y bever es cuando se toma la vianda con mucho ardor y deleite, aunque no sea en mucha cuantidad, ni preciosa, ni con mucha diligencia guisada, ni fuera de tiempo tomada. Personas hay muchas que con mayor sed y deletación beven el agua que otras personas el vino. Este ardor y deleite parece en la prisa con que las tales personas toman el mantenimiento, las cuales ponen entonces allí todo su sentido é intento, que ni oyen ni ven, desalados sobre lo que comen como el azor sobre la perdiz, ó el milano sobre el pollo que con mucha hambre han cazado; ni esperan á bien decir primero la mesa, ni curan de revanar el pan, ni esperan á que los trayan la vianda y que ge la corten; mas en llegando á la mesa, luego sin detener un punto muerden en el pan y dan grandes bocados en él, y hinchen ambos carrillos, y lo tragan sin mascar, como si nunca se esperasen hartar.

En esta manera pecan los que todo su estudio parece que ponen en cómo satisfarán al vientre, á lo menos en aquel tiempo. Y así pecó Esau, que tuvo en más aquella escudilla de lentejas que le dió Jacob, su hermano, que la dignidad de ser primogénito, que entonces era gran cosa, y aun agora lo es adonde hay mayorazgo, y así le culpa dello el santo apóstol.

En esta manera pecaron muchos de los que con el buen juez y buen duque ó caudillo y capitán Gedeón eran ayuntados en la hueste de Israel, que se echaron de bruces á bever por satisfacer más aína é mas complidamente á su sed. No lo hicieron así los trecientos que quedaron, los cuales inclinados algún poco tomaron la agua poco á poco con la mano. Con este ardor é deleite devieran comer en Egipto los puerros é las cebollas é los cogombros y pepinos é las carnes de poco precio muchos de los judíos, pues que tanta cobdicia y deseo tenían de todo ello, andando por el desierto. Con este ardor y deseo devieran comer las codornices que allí les dió Nuestro Señor. E por eso, dice la Santa Escriptura, se

hartaron hasta salirles por las narices. Verdad es que Nuestro Señor les mandó comer apriesa el cordero pascual; pero aquello era para significar la gran caridad é amor con que se ha de recebir la santa comunión é con que se ha de remembrar la sagrada pasión de Jesucristo, figurado por aquel cordero. E también ge lo mandó comer así apriesa por les dar á entender que estavan de camino, ca aquella noche havían de salir y salieron de Egipto. A estos tales llama el sabio Eclesiástico hombres infrunitos, que quiere decir desenfrenados.

Agora, pues, viniendo á nuestro propósito, en esta manera acaesce exceder, y excediendo pecar en el vestir é traer, ca son algunas personas que todo su deleite é consolación parece que ponen é tienen en ello. Estas son las personas que no se visten é traen por se conformar al uso común de aquellas tierras en que biven é conversan, ni por aplacer los casados á sus mujeres, ni las dueñas por aplacer á sus maridos; mas visten é atavíanse porque les deleita parecer bien á quien quiera, é si no á otrisiquiera, á sí mesmos é á sí mesmas. Estas son personas que se precian de inventar trajes nuevos de diversas maneras, porque como todo su deleite sea en el vestir é trater, é como las cosas temporales tengan esta condición, que luego que son havidas é usadas dan hastío é son menospreciadas, es forzado que busquen otras nuevas que por su novedad les aplegan, las cuales invenciones son á gran peligro é cargo de sus conciencias. Porque no solamente pierden á sí mesmo las tales personas que los tales trajes así liviana é vanagloriosamente invenan, mas pierden é son causa que pierdan otras muchas livianas personas que son muy prestas para les remedar en aquella vanagloria e liviandad. Y estas son muy muchas, también en los varones como en las mujeres, porque comúnmente desde nuestra mocedad é aun desde nuestra niñez é comienzo del mundo, como dice la Santa Escriptura, somos prestos para el mal.

El santo Moisés é los psalmos é todos los profetas amenazan mucho á todas las personas que hacen tales invenciones, y denuncian que ejecutará Nuestro Señor en ellas la vergonza de su ira. Aquel rico malventurado de que habla el santo evangelio y que fué arriba allegado, puesto en el infierno, temía mucho que sus cinco hermanos que había dejado bivos no descendiesen allí con él penados, é procurava que el patriarca Abraham les enviase alguno de los que estavan en el limbo, para que les denunciase el tormento é fuego infernal en que él estaba ardiendo, por que hiciesen penitencia y mereciesen, enmendándose, escapar de aquella perdurable é gravísima pena. E no lo hacía él por la caridad é amor que á sus hermanos toviese. En los dañados ninguna caridad tienen ni otra alguna virtud, para que deseen que algunos sean salvados, antes querrían que todos fuesen como ellos é con ellos condenados. Como quier que aun puede tanto en ellos la inclinación é amor natural, que pues saben que algunos han de ser salvos, querrían que lo fuesen sus debdos más que los extraños. Pues no procuraban aquello por caridad, mas procurábanlo principalmente porque no le fuese á él mesmo acrecentada la pena é tormento, si ellos viniesen é descendiesen en aquel fuego infernal, ca él, como hermano mayor é cuasi regidor dellos é principal, les havía dado muy mal ejemplo, é por consiguiente los havía mucho escandalizado é provocado á pecar comiendo é vestiendo demasiado.

CAPÍTULO XVIII

Demuestra que los prelados é regidores de las comunidades pueden é deven ordenar é poner ley é leyes cerca de los trajes.

Agora es de saber que los prelados é regidores de los pueblos é comunidades, eclesiásticos é seglares, pueden é deven ordenar é poner ley é leyes cerca de los trajes y aun cerca de los comeres, aunque no era tanto de nuestro propósito decir de los excesos del comer y del bever; mas, como parece de lo susodicho, de lo uno é de lo otro es cuasi una sentencia é un mesmo juicio.

Es cierto que el oficio de los prelados é governadores eclesiásticos é seglares es procurar con toda diligencia y estudio que los cibdadanos á ellos subjetos sean justos, virtuosos é buenos; é no como piensan algunos que su oficio sea procurar que la cibdad ó comunidad sea abastada de los bienes temporales, ca grand yerro es é grand desordenación á cualquiera poner su fin y estudio en alcanzar abundancia de bienes temporales, que son riquezas, honras y deleites carnales. Porque

estos son muy pequeños bienes, é tan pequeños, que grandes sabios tovieron que ni son ni deven ser nombrados bienes, porque vieron y vemos claramente que los tienen y poseen muchos hombres malos, y que no hacen al hombre bueno, antes son comúnmente causa y ocasión de muchos males y pecados. Y por eso Nuestro Redemptor llamó á las riquezas *mammona iniquitatis* y al comienzo de su sancta ley evangélica los detestó y denostó, diciendo: Guay de vos, ricos y abastados, que tenéis agora vuestra consolación y estáis hartos; que después padeceréis tribulación, hambre y mengua. Guay de los que agora reis y andáis en deleites, que después lloraréis. Guay de los que agora sois bendecidos é honrados, que después seréis maldecidos y denostados; y por el contrario: bienaventurados los pobres de voluntad, esto es, los que de grado é con igual corazón toman y sufren la pobreza, después serán ricos y abastados. Y bienaventurados los que agora lloran haciendo penitencia, que después reirán y serán consolados. Y bienaventurados los que agora son maldecidos y denostados sin causa y sin razón, que después serán bendecidos y honrados.

Pues así como estas cosas temporales no hacen al hombro bueno ni bienaventurado, por ser, como lo son, cosas bajas y despreciadas, aunque de muchos muy tenidas, queridas y estimadas, así no hacen buena ni bienaventurada toda la cibdad ó comunidad, porque como se han con la parte, que es cada cibdadano, así se han con el todo, que es la cibdad. Ni aun es el fin y bien principal de la cibdad ó comunidad que tenga paz, que es el mayor de los bienes temporales y el que más parece que los governadores devien procurar, y el que grandes sabios dijeron, segund parece *prima facie*, que era y es todo el bien de la cibdad, salvo si hablasen y hablásemos de la paz de buena voluntad que anunciaron los sanctos ángeles en la Natividad de Nuestro Salvador, ca ésta vino él á dar, y por eso fué llamado príncipe de paz. Y esta es la que él mucho encomendó é dejó á sus sanctos discípulos é á nos con ellos por herencia principal, diciendo, cuando á este mundo quería pasar: Mi paz vos do, é paz vos dejo; no la que el mundo tiene é da, mas paz quiso decir de buena voluntad. Porque la paz temporal, aunque se pudiese haver en la cibdad entre todos los cibdadanos, por manera que ninguno turbase á otro, ni se hiciesen injurias ni daños por miedo de no ser justiciados ni penados, ni aun por eso serían los cibdadanos buenos, ca podrían ocultamente y en sí mesmos cometer muchos pecados, como cada día se cometen é no son sabidos, ó aunque lo sean no son castigados. Pues la verdad es la que dejimos, que el oficio principal de los rectores é prelados es y ha de ser procurar con toda diligencia que sean justos, virtuosos é buenos los súbditos é cibdadanos. Para lo cual es primeramente necesario que se quiten las causas é ocasiones de los pecados. E como parezca de lo susodicho que en los trajes y en los comeres demasiados pueda haver é haya comúnmente muchos é grandes pecados, síguese que pueden y deven ordenar é poner cerca dello ley y leyes para que sean evitados. Las cuales tienen dos efectos: alumbrar y avisar á los buenos y templar y refrenar á los malos con las penas civiles ó criminales, que en los traspasadores dellas se han de ejecutar.

CAPÍTULO XIX

Demuestra que Dios Nuestro Señor, cuando regía al pueblo de Israel por sí mesmo, antes que le diese rey, y después ese mesmo Dios humanado en la persona del Hijo, é los sanctos apóstoles é después los sanctos doctores antiguos é modernos pusieron ley é leyes cerca de los trajes.

E así hallamos que Nuestro Señor dió leyes cerca del vestir é traer á su pueblo de Israel, ca les mandó que no vistiesen vestidura tejida de lino con lana, no porque ella en sí era mala, mas porque los idólatras á honra de sus dioses se vestían en aquella manera; é mandó que el varón no vistiese vestidura de mujer, ni la mujer vistiese vestidura de varón, así por aquella mesma razón como por evitar la cobdicia carnal y apetito de pecar que en aquella manera se podía despertar y acrescentar. Y mandó que todos trajiesen cierta manera de hábito en el cual fuesen conoscidos por judíos; conviene saber cuatro fimbrias en cuatro partes de los mantos y trenzas ó cordones azules puestos en ellas, é así de otras menudencias. Y porque le desplacía que los egipcianos toviesen vestiduras preciosas é sobradas, mandó que los despo-

jasen dellas los hijos de Israel que las havían necesarias. E porque las mujeres de su pueblo excedían de la honestad que devían guardar en su tocar y en su vestir é calzar, las reprehendía de todo ello, así por menudo y ásperamente, por muchos de los profetas é por Isaías especialmente, como arriba fué tocado.

Esto mesmo hizo cerca del comer, ca mandó ayunar ciertos días y vedó ciertas viandas. E aun trayéndolos por el desierto é dándoles aquel manjar del cielo, quiso que todos tomasen cada día cierta é igual cuantia, y que tomasen los viernes para los sábados, y que los que andavan buscando en ello diversos é demasiados sabores y deleites, é por eso cociéndolo y asándolo, fuesen desconsolados.

Item, Nuestro Redemptor é maestro Jesucristo por sí mesmo dió ley, aunque mucho general así en esto como en todo lo ál, de la manera que sus fieles se devían haver en el vestir y en el comer, diciendo que no seamos solícitos é mucho cuidosos qué comeremos ó qué vestiremos. E dióla alabando en Sant Juan la aspereza é simpleza de las vestiduras y de las viandas, y reprehendiendo la curiosidad y aparato dellas en aquel rico mal aventurapo de que muchas veces havemos hablado.

Item, los santos apóstoles entendieron en la manera del vestir y del traer, especialmente Sant Pedro y Sant Pablo, principales entre todos. Los cuales reprehenden y reprueevan las trenchas, partiduras é cabelleras en las mujeres, y las vestiduras preciosas y de oro ó de seda, é las perlas é piedras preciosas, dando ley é regla que debe ser el hábito de la mujer moderado é honesto.

Y después de los apóstoles los santos dotores más abiertamente é más por menudo han hablado désto, y mucho reprehendido lo demasiado é superfluo, é han determinado que, como dijo Platón filósofo, muchas de las artes que entienden en el vestir é calzar devrían ser desterradas de la cibdad, y que de las que quedasen como más necesarias se devría algo é aun mucho cercenar. Porque también pecan los oficiales que intentan é hacen los trajes livianos y deshonestos como las personas que usan dellos. Y pone Sant Crisóstomo ejemplo en la arte de hacer chapines, zuecos é cualesquier calzados, la cual arte dice, é dice verdad, que, dejado lo necesario, ha inventado é de cada día inventa é hace calzado superfluo é de mucha vanidad.

Aun los santos dotores modernos, y especialmente Santo Tomás de Aquino, que es más piadoso que otro, dicen que es ó deve ser defendido el hábito ó traje superfluo desvergonzado é impúdico, é habla especialmente de los vestires é trajes y de cualesquier composturas é atavíos de las mujeres casadas é por casar.

CAPÍTULO XX

Que los prelados eclesiásticos pudieron é aun devieron vedar so pena de excomunión que aquel hábito deshonesto no se usase más.

De todo lo susodicho se sigue que los prelados eclesiásticos pueden defender é mandar, so pena de excomunión, que los hombres ni las mujeres no trayan ciertos hábitos é trajes, ca puede el prelado eclesiástico, si viese que es necesario, defender so pena de excomunión cualquier pecado mortal é aun compeler so esa mesma pena la persona que en él persevera. No obstante que la excomunión sea la mayor de las penas que en esta presente vida se pueden dar, porque aparta al pecador de la comunicación de los fieles, no solamente cuanto á los actos humanales de comer y de hablar y de cualquier dar é tomar, mas aún lo priva é aparta de la participación de los sufragios, beneficios é ayudas espirituales que comúnmente se hacen en toda la Iglesia universal, de los cuales no ha parte ninguna el descomulgado, para que por ellos sea ayudado á crescer en la gracia de Nuestro Señor y en las virtudes é á salir de los pecados, como el miembro ya cortado y echado al muradal ó sepultado en el cimiterio no ha parte ninguna ni rescibe ningund provecho de la refección é mantenimiento que rescibe todo el cuerpo. Ni tiene poder el tal pecador descomulgado para resistir á los demonios que no le tienten como quisieren y que no le derriben en muchos pecados, antes es sometido á la voluntad é poderío del demonio para que libremente haga en él lo que quisiere; desamparado y apartado del amparo é ayuda de Nuestro Señor é de su sancta Iglesia, segund que se conoscía desamparado el mal hermano Caín, veyéndose echado de la casa de Nuestro Señor, y temia con razón que cualquiera lo mataría. Y segund que en

todos los bienes temporales del sancto Job, excepta la vida, tuvo poder el diablo luego que Nuestro Señor le dió lugar é alzó dellos su mano; y así lo hizo Sant Pablo á aquel lujurioso cristiano de la cibdad de Corinto, que lo descomulgó é lo puso en la mano del demonio. E si vemos que Satanás no toma luego á los descomulgados é no los atormenta hasta matarlos, esto dicen que hace con grand cautela, porque con temor de tan grand pena y de tan manifiesto daño no se guarden los hombres de caer en ella. Pues aunque la descomunión sea así muy grand pena, pero también es medicina eficaz é muy entera, ca todas las penas son melecinas de aquellos que pecan y que son castigados é corregidos con ellas y de los otros que por ejemplo de aquellos son escarmentados y se retraen de pecar é salen de los pecados por miedo de no ser así penados. Por manera que como el cauterio del fuego es muy grave é muy penoso, pero cuando no bastan las blandas medicinas, es necesario é muy provechoso, así la descomunión es muy grave pena, pero necesaria é provechosa cuando no hay otro remedio. Pues como en los comeres y en los trajes pueda haver é haya pecado é pecados mortales, segund paresce por lo ya dicho, pueden é deven los prelados eclesiásticos descomulgar á las personas que de tales disoluciones y excesos no se quieren refrenar por miedo ni temor de otra pena temporal.

CAPÍTULO XXI Y MUCHO DE NOTAR

Demuestra cuándo el exceso é superfluo comer é traer es pecado mortal.

Mas cuáles comeres é traeres se devan juzgar superfluos é tan excesivos y demasiados que sean é devan ser condenados é havidos por mortales pecados, confieso la verdad que es muy difícil de determinar, porque en todas las cosas es verdad que es muy difícile y muy grave de conoscer el medio en que consiste la virtud, y es mucho más difícile y más grave de le tener y guardar, y por consiguiente es grave de conoscer quién se aparta mucho ó poco dél; lo cual es pecar mortal ó venialmente, ca pequeño apartamiento del medio y de lo justo es pecado venial; grande apartamiento dello, como fué apuntado arriba, es pecado mortal.

Regla se podría dar, que fué arriba apuntada, que grand defecto é grand exceso é apartamiento de lo natural é razonable es pecado mortal en lo uno y en lo ál. Mas es la regla cierta y más general, que para determinar y medir aquésto los sabios han hallado la prudencia é discreción del varón prudente é sabio. Por manera que así como havemos por prieto ó por blanco, por bien ó por mal colorado, no lo que el que tiene mala vista, ni mucho menos lo que el ciego juzga ser tal, mas lo que juzga y determina aquel que tiene clara é sana la vista; é así como havemos por dulce ó amargo, no lo que juzga el que está enfermo é tiene el paladar dañado, mas lo que juzga y determina aquel que lo tiene bueno é sano; é aquello havemos por buena armonía é dulce melodía que juzga buena é suave el que tiene bueno y sano é bien ordenado el sentido del oir; é aquello havemos y devemos haver por pesado y cargoso ó por liviano, que juzga ser tal, no el que está enfermo é flaco, mas el que está recio y esforzado, bien así en lo bueno y en lo malo, en la virtud y en el pecado, aquello es bueno é virtuoso que aprueva por tal el varón prudente é sabio, y es vicioso é malo lo contrario. Aquello es obra de fortaleza, de liberalidad y de franqueza, de magnanimidad é magnificencia que el varón prudente aprueva. E aquello es obra de miedo ó de osadía y temeridad, de avaricia ó de prodigalidad, de presumpción ó de pusilanimidad, de sobervia é ventosidad ó pequeñeza, que aquel varón prudente reprueva. E así á nuestro propósito, aquel comer y bever es honesto y templado é no superfluo ni demasiado, que juzga tal é aprueva el varón prudente é sabio. E aquello que él reprueva es intemperado, vicioso é sobrado. E otro tanto en el vestir é traer, aquello es moderado é honesto que aquel aprueva por bueno, é aquello es exceso y pecado mortal ó venial que aquel determina ser tal.

Mas cuál será este varón prudente é sabio que esto sepa determinar, también confieso que no es ligero de ver, porque no es cada cual. Mas esta es la verdad, que aquel es y deve ser havido por tal, que tiene en la república oficio é autoridad de regir é governar; ca no es otra cosa el juez y el prelado eclesiástico ó seglar, sino ley que tiene ánima para decir y declarar la justicia é la verdad. Y por

eso manda Nuestro Señor que los oyamos é obedezcamos aun que sean fariseos, díscolos é malos, en tanto que son tolerados.

Verdad es que hay muchos prelados eclesiásticos é seglares que por ser ignorantes ó por ser malos juzgan lo malo ser bueno é lo bueno ser malo, y entonces es el remedio del que verdaderamente se cree agraviado apelar para el superior, aunque no de la pena que se pone por ley general. E si el supe ior es peor que el inferior, que puede bien acaecer, forzado es de le obedescer, teniendo por cierto que si nos andamos con simpleza, por nuestra simpleza, obediencia é humildad, Nuestro Señor, en lo que á nos toca no le consentirá errar, ca así lo tiene prometido é no puede faltar. E si todavía errase sentenciando é juzgando contra la ley divinal ó contra el derecho natural, no debe ser obedescido, como no obedescieron los apóstoles á los pontífices é sacerdotes, porque lo que mandaban era manifiestamente contra Dios é conoscidamente injusto; ni los mártires obedescían en lo tal á los emperadores ni á sus adelantados.

CAPÍTULO XXII

Demuestra por doce razones que aquel traje descomulgado de caderas é verdugos es muy malo é por consiguiente muy devidamente reprobado y vedado; é aquí toca de los afeites cuándo son pecado venial é cuándo pecado mortal.

Ya de todo lo susodicho parece claramente que pudieron la justicia y regimiento, é quien su poder toviese para ello, defender que las dueñas no trajesen verdugos ni caderas é poner pena cerca dello. Y pudo el prelado ó juez eclesiástico defender aquesto mesmo so pena de excomunión, porque traer el tal hábito es cierto que era y es pecado mortal y en muchas maneras malo. Y como quier que, segund lo que es dicho, bastaría por prueba desto que los varones prudentes é sabios, que son los regidores é prelados, lo han así determinado; pero por satisfacer á las personas curiosas, é por convencer á las maliciosas, es bien que sea aquí declarado cómo traer aquel hábito es en muchas maneras pecado y de derecho divino é humano defendido é reprobado.

Lo primero, porque es hábito é traje noxio é muy dañoso, ca se halla por cierto que muchas dueñas han movido y abortado y aun peligrado en el parto, é no á otra causa, á cuanto se puede saber, sino por traer aquel maldito hábito pesado é mucho cargado é a la conservación y defensión de la criatura mucho contrario. Pues havido esto por presupuesto, es cierto que son homicidas voluntarias las que de tal traje andan vestidas y arreadas, lo cual es muy grand pecado. E si dicen las doncellas é las viudas también con ellas que son quitas deste pecado, pues que ellas no paren ni empreñan ni están en aquel estado, verdad es; mas sepan que las mujeres é aun muchas de las personas son como las ovejas, que por do va una por allí van todas, especialmente en lo malo. E que no es ligero de dejar, antes dicen que es morir mudar lo acostumbrado; é por eso las que lo traian doncellas no se pueden vencer á lo dejar ya hechas dueñas; así que en alguna manera dan causa ó favor á que nasca aquel daño. Y dado que las viudas é doncellas que lo trajesen no participasen en aquella manera de pecado, es cierto que no se pueden excusar que no pequen tanto é más en las maneras que se siguen.

Lo segundo, es hábito lujurioso á las personas que lo traen, porque aquel mucho paño y aforro que traen cercado á las caderas es cosa muy natural que las escaliente demasiadamente é las provoque por consiguiente á mucho lujuriar. Por remedio hallaron los sabios para mitigar el ardor de la lujuria é para guardar la castidad traer planchas de plomo en los lomos y en el vientre, que los hayan de esfriar, ó traer algún cilicio é paño áspero de sayal, que con su aspereza é frialdad castigue é hostigue aquellas partes que han menester asperezas y azote más que blanduras ni otro conorte. Pues así como es grand yerro en el comer y en el bever, añadir sal á la cecina y á la sardina, y á la salsa de los ajos echar cominos, pimienta, gencibre é clavos, así acá es gran yerro al fuego añadir fuego. Y esto aún es mayor cargo á las que no son casadas, porque han de ser más castas.

Lo tercero, es hábito á la honra é fama muy contrario, porque comúnmente se cree que fué inventado y es usado para encobrir los fornicarios é adulterinos preñados, por manera que todas las que los traen, buenas é malas, son havidas por sospechosas é infa-

madas. Y aun que no sea así la verdad, pero ciertamente la cualidad é manera del dicho hábito lo hace mucho sospechar. Pues como la honra é buena fama se deva mucho preciar y en mucho tener y estimar, y sea havida por cruel é muy deshonesta la persona que su honra é fama menosprecia, gravemente peca quien tal hábito trae que da causa de tanta sospecha.

Es lo cuarto, hábito deshonesto é muy desvergonzado, porque muy ligeramente descubre é demuestra los zancajos é las piernas, las cuales, como arriba fué tocado, la naturaleza é uso común é universal de todo el mundo, desde ab initio, quiso que las mujeres especialmente trajiesen guardadas, ocultas é cubiertas.

Es lo quinto, hábito escandaloso é que ligeramente provoca á lujuriar, porque conoscido que escalienta y que es hábito oportuno para encobrir el preñado, ligeramente se atreven los varones á requerir á las tales hembras. Pues dice el santo evangelio, que quien á otros escandaliza y les da causa de pecar, mejor le sería con una rueda de molino colgada de la garganta ser lanzado en la hondura del mar, porque allí peligraría é padecería el cuerpo, é solamente perderse hía la vida corporal; mas quien da escándalo, causa é ocasión de pecar, pierde malamente su ánima, que es mucho de llorar.

Es lo sexto hábito muy vano é sin ningún provecho, porque que aunque las caderas anden así demasiadamente arropadas, é por consiguiente muy escalentadas, pero dende abajo todo anda hueco é apartado de las piernas, por manera que no tiene el provecho de cobrir é calentar para que el hábito fué hecho.

Y aún digo más, que de aquí nace lo séptimo, que es hábito peligroso é mucho enfermo en verano y en invierno, porque como anda así hueco é apartado, entra el aire frío y el viento, y penetra el vientre que está escalentado, é causa dolores de madre y de vientres, que son muy comunes á las mujeres, y en verano calor muy demasiado.

Lo octavo, es hábito mucho costoso, así porque entra mucho paño como porque cuesta muy mucho hacer, é porque se rae y se gasta muy aína á causa de andar así pando y estirado; y después de gastado, apenas pueden aprovechar para otra cosa. E si á esto quieren decir que ninguno deve tener cuidado que ellas gasten lo suyo bien ó mal gastado, no es así, antes quiere todo derecho que los regidores y prelados provean cómo ninguno use mal de sus cosas, porque en otra manera á la república vernía grand daño.

Y aún es por todo le susodicho hábito enojoso á los más de los maridos, salvo que no lo osan decir, porque no quieren reñir, sabiendo que no serían creídos. Lo cual otrosí á la dueña es gran pecado, porque en todo lo que no es malo es obligada á se conformar con el querer é voluntad de su marido como el súbdito religioso á la voluntad de su prelado.

Lo deceno, es hábito muy vil y de su condición é primera invención á viles usos deputado; porque el traer de las faldetas fué inventado para las siervas, que cuando se ocupan en los oficios é servicios humildes é sucios alzan é arremangan las faldas de la saya, porque no se les haya de ensuciar; é para guardar la honestad é quedar cubiertas, suplen allí las faldetas, las cuales son y han de ser de vil y grueso paño, porque no hayan la stima de ensuciarlo. Y aun eran antiguamente las faldetas hábito de cocineras y de regatonas y de triperas, ca las tales mujeres ponían las faldetas encima de las sayas por non las ensuciar; agora ya en lugar de aquellas usan avantales de lienzo, é fué buena avisación, porque se puedan lavar presto é porque no hacen mucho peso.

Es otrosí hábito muy deforme é mucho feo, ca las hace muy gruesas é tan anchas como luengas. Verdad es que es cosa natural á ias mujeres ser bajas de cuerpo, delgadas y estrechas de arcas y de pechos y de espaldas y de pequeña cabeza, y aun como dice Sant Isidro, ser un poco acorvadas, como lo es y era la costilla de que fué formada la primera mujer, y que sean anchas é gruesas de renes, de vientres y de caderas, porque puedan bien caber las criaturas que allí han de concebir y traer nueve meses; y todo esto es y ha de ser naturalmente por el contrario en los varones. Y aun la historia natural quiere, y dice verdad, que aquesto ha lugar en todos los machos y hembras, también en los árboles como en las aves y en las bestias. Mas aunque esto sea verdad, excede el tal hábito mucho y más que mucho de la proporción natural, y en lugar de las hacer hermosas y bien proporcio-

nadas, hácelas feas, monstruosas y muy deformadas, ca dejan de parecer mujeres y parecen campanas; y decirse y hía el cómo, si no paresciese liviano y algún poco vergonzoso.

Parecen otrosí dragones reventados, segund que pintan á Sancta Marina cuando rebentó con el diablo mudado en figura de dragón, ca de la cinta arriba parecen á Santa Marina y de la cinta abajo parescen al diablo en semejanza de dragón rebentado. E aun parecen como sirenas: de la cinta arriba mujeres, y de la cinta ayuso cuerpos de muy grandes aves ó de grandes peces. Y es propria esta comparación, pues que no es así en la verdad, que haya pescado en el mar, ni bestia ni ave en la tierra que sea la mitad hombre ó mujer y la mitad pescado ó bestia; mas, como dice Sant Isidoro, fingiéronlo así los poetas para dar á entender que fueron tres malas mujeres muy lujuriosas que engañaban á muchos hombres, é fingen que tenían cuerpos de aves, porque el amor parece que buela y llaga como con uñas los corazones en que asienta; é fingen que moravan en las ondas del mar, porque las ondas y el navegar diz que provocan á lujuriar. Tal vestidura, dice Sant Isidoro, que se llama mastruga, que quiere decir vestidura muy deforme é mostruosa. E contra las personas que traen tal vestidura mostruosa y peregrina, dice Sofonías, profeta, que se ensaña mucho Nuestro Señor, y que las visitará é castigará ásperamente con el azote de su furor.

Es finalmente hábito de gran ficción é muy mintroso. Gran ficción es por cierto que la que es flaca y descaderada, seca é mucho delgada, haga caderas é cuerpo de trapos y de lana, y aun si se hiciese templadamente, allá podría pasar, y, cuando más, sería pecado venial. Mas hecho por tal manera, tan sin mesura é tan demasiado, sin dubda es ficción y mentira de grand culpa é grand pecado, ca toda ficción y simulación que no es hecha para significar algun misterio, es mentira, é por consiguiente pecado; porque toda mentira es pecado, agora sea de palabra, agora sea de obra. No miente ni peca menos el que por obra ó por obras fingidas muestra lo que no es que el que dice palabras que afirman lo que no es ó niegan lo que es. Verdad es que como quier que toda mentira sea pecado, pero no es siempre pecado mortal; ca si el hombre miente por burlar y haver placer sin dañar á ninguno, no peca mortalmente, ni aun, si por hacer algún provecho sin hacer daño á ninguno, miente, tampoco peca mortalmente. Mas si miente en daño ó en perjuicio de alguno, entonces la tal mentira es pecado mortal, mayor ó menor, según la cualidad é cuantidad del daño que dello resulta. Pues así es de las ficciones, que si alguna se finge hermosa con afeite é colores, pelando las cejas é poniendo alcoholes, etc., si lo hace livianamente é no con intención de atraer ni engañar á ninguno á que peque con ella, peca venialmente. Y si por aplacer á su marido é lo retraer de algún vicio, también parece que es pecado venial. Y si es doncella y se afeita por cobrar marido, no la sabría escusar; porque lo hace en perjuicio de aquel al cual quiera engañar, ca seyendo fea, se le vende por hermosa; pero ni tampoco la oso condenar. Y así es en el vestir y en el calzar, que peca gravemente la persona que mucho excede de lo natural, fingiendo con los chapines la altura que no tiene, con gran sobervia de parecer grande la que es pequeña; mayormente como Nuestro Señor haya querido que las mujeres sean comúnmente pequeñas de cuerpo é menores que los varones, porque por ellos han de ser regidas como por mayores.

Item, pecan gravemente fingiendo con trapos é lana é con faldetas y verdugos el cuerpo que no tienen. Pues si añadimos que de la tal ficción se siguen los males, daños y pecados que son dichos, no es duda sino que tal ficción y mentira sea gran pecado mortal.

E así paresce por estas doce causas é razones que las caderas y verdugos son hábito muy dañado é muy malo, é que muy razonablemente fué defendido, so pena de excomunión mayor vedado; é como sea hábito tan deshonesto é tan disoluto é tan superfluo, es defendido por todo derecho, que no consiente sino lo mesurado é lo honesto. Y sólo aquí escripto paresce mucho é riguroso: lean las personas que así lo piensan lo que los sanctos doctores escrivieron contra ello, especialmente Sant Cipriano obispo y nuestro glorioso padre Sant Jerónimo é aun aosadas Sant Crisóstomo, y verán cuán templadamente es escripto esto é cuán blandamente es denostado aquí este pecado. Pero esto se haya por cierto, que enmendar lo que Dios hizo fingiendo otros cabellos, otros ojos, otras ce-

jas, otros colores en el rostro, otra estatura y proporción de cuerpo, es grave ofensa de Nuestro Señor é grave sacrilegio; ca por injuriado é muy injuriado se ternía cualquier pintor ó entallador del que quisiese poner mano á emendar lo que él hovo pintado ó entallado. Y así dicen aquellos sanctos, y es terrible sentencia, que Dios no conoscerá, antes reprovará é muy airadamente alanzará de sí con los diablos á las personas que por tal manera en sus rostros y en sus cuerpos pusieron las manos. La cual sentencia se debe entender y templar, como ya yo la templé y declaré. Plega á Nuestro Señor que mi mucha templanza en aquesta parte no engañe é haga errar á algunas atreviéndose quizá más de lo que hasta aquí se atrevían, aunque si bien lo leen é bien lo miran é bien lo quieren guardar, pienso que no podrán mucho errar.

CAPÍTULO XXIII

Demuestra que los motivos é razones de dubdar cerca de lo susodicho, que al comienzo fueron apuntados, no son suficientes para impedir ni estorvar que lo sobredicho no sea muy bien ordenado y que deva ser muy bien guardudo.

También es ya claro de lo susodicho que aquellos motivos que al comienzo fueron apuntados, que movían á creer que aquel maldicto hábito é traje no se pudiese vedar, no son verdaderos, ca no es así que cada uno se pueda vestir á su voluntad; porque si aquella voluntad es mucho desordenada no le ha de ser dado lugar, y así es en este caso.

En el vestir no hay regla cierta. Verdad es para en cada cosa é cosa; porque el varón prudente é sabio que lo tal ha de reglar, lo comete al alvedrío é voluntad de cada uno, que traya lo que le agradare, tanto que no exceda mucho de lo natural é honesto é razonable. Pero si mucho excede, como en nuestro caso acaesce, el prelado eclesiástico ó seglar lo ha de refrenar y ge lo ha de vedar.

En cada tierra hay é siempre huvo su uso. Verdad es cuando el tal uso no es mal uso, ca, si es mal uso, no se ha de llamar uso, sino abusión é cosa de confusión. Ni se ha de llamar costumbre si es mala, mas corrupción. Y cuando así es, no ha de ser consentido ni sofrido. Y si se sufre aquello es por la malicia ó negligencia de quien lo ha de corregir. Y lo que de suyo es malo, aunque se use en todo el reino é aun en todo el mundo, no es por eso bueno. Toda carne corrompió su manera al tiempo del diluvio, mas no dejó por eso de ser grave pecado y castigado con aquella gravísima pena Todo el mundo idolatrava, salvo el patriarca Abraham, mas muy gravemente pecavan. Sólo Loth se halló bueno en Sodoma y Gomorra, mas destruyólas Nuestro Señor. En cada cabo juegan é blasfeman y quebrantan las fiestas, y apenas hay quien lo castigue ni refrene ni se duela dello, mas no es por eso bueno. Así que entonces excusa el uso, cuando lo que se usa no es conoscidamente malo lo de suyo, como lo es en nuestro caso.

Paresce otrosí que pueden sobre ello descomulgar, pues que hay en ello pecado y pecados mortales, muchos y mucho graves. El derecho no determinó enteramente el hábito clerical, pero mandó que fuese honesto, é defendió que non traxesen los clérigos vestiduras bermejas, ni verdes, ni abiertas, ni partidas, ni hechas á mitades, ni muy cortas, ni muy luengas, ni cosas de oro ni de plata, ni aun doradas ni plateadas, etc. No se veda aquel mal traje en todo el reino, porque hay pocos y en pocos lugares que celen é procuren lo bueno; pero cada prelado y governador en su pueblo es obligado á vedarlo y el pueblo á obedescerlo.

Así que cesan aquellos motivos como no suficientes que hacían dubdar si el traje de las caderas y de los verdugos se devió vedar en la muy noble villa de Valladolid, é si los provisores pudieron sobre ello descomulgar.

CAPÍTULO XXIV

Demuestra que en la muy noble villa de Valladolid más que en otro ningún lugar se debió aquello reprobar y vedar, é pone fin al tratado.

Para dar cabo é fin á este tractado es finalmente de saber que en aqueste nuestro tiempo no hay lugar insigne en todo el reino que tanto sea obligado á procurar y seguir lo bueno y á huir lo malo como la muy noble villa de Valladolid, porque es muy grande pueblo, de gente muy discreta poblado, é noble é virtuosa y devota en todo estado. En medio del reino, como plaza colocado, de mucha lumbre de esciencia alumbrado, así por razón de la Uni-

versidad como por la corte é cancellería que en ella reside; de mucha justicia civil é criminal dotado más que ninguna cibdad, por razón de la dicha corte é cancellería; de ejemplos de todas virtudes adornado, así por razón de la iglesia insigne que en él es, aunque colegial, como por los notables monesterios de todas religiones y de mucha observancia que en ella son; por notables predicadores en vida y en esciencia continuamente exortado é amonestado. Por manera que no tiene excusación ninguna esta muy noble villa de no hacer muy cumplidamente todo lo bueno, é como centro que más virtud recibe é tiene comunicarlo á todo el reino; antes es digna de muy gran pena si es negligente é remisa en lo bueno, porque á quien más dones Nuestro Señor da más le demandará. Y aun hablando en este caso deste traje maldicto y muy deshonesto, dicen que en esta villa hovo comienzo ó fué luego aceptado, usado é favorescido. Pues manda Nuestro Señor que el que pozo ó hoya abriere que él mesmo la cierre; y que cualquier que diere escándalo é ocasión de pecar, trabaje de quitarlo con mucho bien obrar.

E así acaba este tractado hecho con muy sana intención de excusar las ofensas de Nuestro Señor, que muy á menudo y en toda parte se cometen en vestir y en calzar y aun en comer y bever. Pero si con aqueste celo, fervor y deseo es aquí algo excedido y no se ha tenido en todo la modestia y mesura devida, demando mucho perdón y ruego á Nuestro Señor que dé gracia y bendición, para que en todo conozcamos y hagamos su voluntad. Amén.

TRACTADO DE LO QUE SIGNIFICAN

LAS

CERIMONIAS DE LA MISA

Y DE LO QUE EN CADA UNA SE DEVE PENSAR Y PEDIR Á NUESTRO SEÑOR

COGIDO DE LOS SANTOS DOCTORES QUE DESTO TRACTARON

POR EL LICENCIADO

FRAY HERNANDO DE TALAVERA

PRIMERO ARZOBISPO DE GRANADA
Y CONFESOR DE LA MUY ALTA É MUY CATÓLICA PRINCESA DOÑA ISABEL PRIMERA DESTE NOMBRE, LEGÍTIMA SUCESORA Y HEREDERA Y REINA Y SEÑORA DE LOS REINOS DE ESPAÑA

La misa devotamente oída es de las mayores é más aceptas ofrendas é presentes que á Nuestro Señor se pueden ofrecer; ca en ella principalmente son representados los misterios é actos muy dignos de continua memoria que Nuestro Redemptor é maestro Jesucristo Dios é hombre verdadero hizo hasta su sanctísima Ascensión, en especial los sagrados misterios de su preciosísima pasión, según que adelante, su gracia mediante, parescerá. E por eso quise compilar brevemente las imaginaciones é pensamientos en que nuestro espíritu se debe ocupar en tanto que la misa se celebra. Lo cual cogí de los dichos é escripturas de los católicos é auténticos doctores que desta materia hablan.

Roguemos á Nuestro Señor que nos lo dé á considerar con atención é sabor, é trabajemos por desechar todo pensamiento de cosa temporal, que desta contemplación nos pueda retraer, esperando en su misericordia é bondad que, si á ella nos diéremos, sentiremos dende magnífico fructo é singular consolación.

CAPÍTULO PRIMERO

De lo que representa el altar é por qué se ponen facia oriente, é de los ornamentos dél é de los candeleros.

Ante todas cosas es de saber que ninguna lengua humana puede manifestar todos los misterios deste santo sacrificio. Pero, tomando algunos de muchos, el altar representa la sancta mesa en que el Señor con sus santos discípulos finalmente cenó, y en que su sagrado cuerpo y su preciosa sangre primeramente consagró. Representa eso mesmo la sancta cruz en que por nos padesció.

Item significa la santísima humanidad de ese mesmo Señor, en cuya virtud y merescimiento nuestros sacrificios é ofrendas le aplacen.

Significa otrosí el ayuntamiento de los fieles que fueron, son é serán desde el comienzo del mundo hasta la fin; el cual ayuntamiento se llama iglesia é confradía ó hermandad de Jesucristo.

Esto mesmo representa el ara, que no es

sino altar pequeño de que usan cuando el grande no es consagrado.

De lo que representan las partes derecha é isquierda del altar.

E como la sancta humanidad del Redemptor descendiese de judíos é de gentiles, aunque por la mayor parte de judíos, é como la Iglesia, según dicho, no es sino ayuntamiento é confradía de fieles cristianos que de judíos é gentiles á su santa fe fueron é son convertidos, la parte derecha del altar representa al pueblo de los judíos, que era pueblo de Dios antes que el Redemptor padesciese, é la isquierda significa el pueblo gentil, que de su conoscimiento estava mucho apartado.

Llámase aquí parte derecha del altar aquella en que el sacerdote dice las primeras oraciones é adonde se dice la epístola. E llámase parte isquierda aquella en que se dice el evangelio é todo lo ál.

Por qué está el altar hacia Oriente.

Está puesto el altar hacia Oriente porque el Redemptor Nuestro, que por el altar en alguna manera es representado, fué nombrado Oriente, según se escribe en Zacarías profeta. E porque la sancta cruz en que padesció fué puesta hacia Oriente. E así porque cuando á los cielos subió, llevava su dulce cara hacia Oriente. E finalmente, por nos desviar de la cerimonia del pueblo judiego, que le tenía hacia Occidente.

Del frontal é ornamentos del altar.

Los ornamentos é paños de seda é de lino de que el altar cubren representan los preciosos é sagrados miembros de Jesucristo que compusieron é adornaron aquella sancta cruz é las gracias sin medida é dones infinitos de que su sancta humanidad fué apostada. Los buenos ejemplos é actos de grandes virtudes de que la sancta Iglesia, que es la confradía é ayuntamiento de los fieles, está llena é adornada.

De los candeleros que ponen en el altar.

Los candeleros que se ponen en el altar representan al ángel que paresció á los pastores judíos, é la estrella que aparesció á los reyes magos gentiles cuando Jesucristo nasció. Pues cuando viéremos el altar compuesto para la misa pasen estas cosas ó algunas dellas por nuestro pensamiento, diciendo entre nos ó como más devoción oviéremos:

Bendicta, Señor, aquella sancta mesa en que tan excelente pan de vida é tan suave bever á tus sanctos discípulos diste. El cual ordenaste que á nos, miserables flacos, fuese dado. Bendicta sea la santa cruz en que al Padre con tanta caridad por nos te ofreciste. Bendicta la sanctísima humanidad que para nos redemir é glorificar, tan pura é tan delicada quesiste tomar. Gobierna, Señor, é da tu bendición al pueblo cristiano que para te servir escogiste.

Estas y semejantes cosas se deben pensar y rumiar en tanto que el preste sale del altar.

CAPÍTULO II

De lo que representa la persona del sacerdote que dice la misa.

El sacerdote que la misa celebra representa tres cosas: Lo primero, al sacerdote perdurable, Jesucristo Nuestro Señor. Lo segundo, á la Iglesia y confradía de los fieles cristianos en cuyo nombre y fe ofresce aquel sacrificio. Lo tercero, representa aquello mismo que el diácono é subdiácono cuando no le ayudan á decir la misa, ca así como face el oficio dellos, diciendo la epístola é el evangelio, así representa aquello mesmo que ellos havían de representar.

CAPÍTULO III

De lo que representan los mozos que comúnmente ministran el altar.

Los mozos que ende ministran é llevan cirios encendidos ante el sacerdote cuando va al altar representan á los profetas que ante Nuestro Señor venieron é á los santos ángeles que en todas sus obras con diligencia le servieron.

CAPÍTULO IV

De lo que se deve entender por cada una de las vestiduras que el sacerdote viste para decir la misa. De lo que representa el tiemzo que pone sobre la cabeza.

Poniendo el sacerdote cubre su cabeza con el amito, es de pensar cómo Nuestro Redemptor cubrió la Majestad de su inefable divini-

dad con la nieve muy blanca de su santísima Humanidad. Debemos entonces decir: Oh, Señor, bendicta sea tu infinita sabiduría, con que así te sopiste á nos mostrar visible, porque te amemos invisible.

De lo que representa el alva.

Cuando viste aquella camisa luenga llamada alva, es de pensar en su longanimidad é perseverancia en toda buena obra.

Item, en la blancura mayor que de nieve con que sus santas vestiduras resplandescieron cuando se transfiguró ante algunos de sus discípulos.

Devémosle entonces demandar que nos dé largo corazón y perseverancia en todo bien que comenzáremos, y que alimpie y emblanquezca nuestra ánima é costumbres con el jabón de su santa gracia é con los méritos de su preciosa Pasión.

Cuando ciñen la cinta, es de considerar la grandísima caridad de que Sant Juan le vido ceñido en el Apocalipsi para padescer por nos los tormentos que se no pueden contar, é rogarle que nos cinga della é nos dé limpieza de castidad.

Cuando en la mano izquierda pone el manípulo, consideramos cómo el Redemptor Nuestro en todos los trabajos é angustias que desde su natividad por nos padesció, entendidos por la mano izquierda, siempre contempló claramente la su divinidad y en ella se gozó, la cual es la bienaventuranza principal que él en cuanto hombre rescibió y la que nos esperamos, entendida por el manípulo, que quiere decir manojo, y demandémosle que en todos nuestros actos é trabajos nos dé á pensar y desear aquella gloria é bienaventuranza, por la cual alcanzar havemos aquí mucho de padescer; é si en ella continuamente pensáremos, no fallesceremos en los trabajos.

De la estola.

Cuando echa la estola sobre sus hombros, pensemos cómo Nuestro Redemptor tomó sobre sí la guarda de sus mandamientos é consejos que á nos dió, que es el yugo suave é carga ligera que nos mandó traer sobre nos.

Item, cómo llevó la cruz que de la dicha estola el sacerdote hace sobre sus pechos. Y supliquémosle que nos dé á tener é traer continuamente sobre nuestro corazón la memoria de aquel suave yugo y de su santa cruz y preciosa Pasión.

De cómo junta la estola con el alva mediante la cinta.

Cuando la junta al alva con la cinta, consideremos que la grand caridad que Jesucristo tenía entendida, como es dicho, por la cinta, le hizo abrazar de buen grado é juntar consigo aquella cruz tan áspera é tan pesada. E demandémosle que así nos cumpla de su amor que de buena voluntad abracemos cualquier trabajo que por su servicio é provecho de nuestros prójimos se pueda y deva rescebir.

De la casulla.

Cuando viste la casulla, hecha cuasi dos partes, una detrás é otra delante, se da á entender que todos los fieles que son en la Iglesia, entendida por la casulla, así los que antes del su advenimiento fueron como los que después están asentados é puestos sobre fe é firme creencia de aqueste Señor, la cual es la piedra sobre que está edificada su Iglesia. Estonces le supliquemos que nos dé á tener é creer firmemente todos los artículos é cosas á su santa fe pertenescientes, así de la divinidad como de la humanidad, porque teniendo aquéllos con caridad, alcancemos la salvación de los cielos que demandavan los que delante y detrás del Señor ivan cuando en el asna cavallero entró en Jerusalem.

Qué significa quitar el amito.

Luego descubre el sacerdote la cabeza é asienta el amito sobre la casulla. En lo cual representa que todas las gracias é dones que son en los fieles cristianos, entendidos por la casulla, como dicho es, descienden de la cabeza nuestra, que es Jesucristo Nuestro Redemptor.

Item, representa que fué conoscida su divinidad por los miraglos que en sus fieles hizo, así como de la resurrección de Lázaro é en otros semejantes. Demandémosle entonces que descienda siempre la gracia suya en nuestras ánimas, para que en todas cosas le seamos graciosos é hagamos su voluntad.

De las vestiduras del diácono é subdiácono, que son las dalmáticas, brevemente será escripto adelante.

CAPÍTULO V

De lo que representa la orden en que sale el sacerdote al altar, mayormente en los días de fiesta.

Sale el sacerdote así vestido para el altar é van delante los acólitos con encensario é con cirios que representan el buen olor é conoscimiento que del Redemptor hovieron Abraham é los otros patriarcas que fueron en la ley de natura. E después déstos va el subdiácono, que, como adelante parescerá, representa la ley de Moisés é los profetas. E después va el diácono, que representa los discípulos que envió el Señor ante sí á predicar su venida en toda cibdad é logar á que él havía de ir; é por eso llevan libros.

CAPÍTULO VI

De la confesión.

Hace luego el sacerdote ante el altar la confesión general, dando á entender que Nuestro Redemptor tomó carne así flaca, pasible como la de los que nascen con pecado original; por lo cual fué de muchos reputado pecador. Y por significar otrosí que tomó todos nuestros pecados sobre sí para hacer dellos al Padre suyo, como lo hizo, entera é perfecta satisfación. Pues entonces conozcámosnos pecadores, hiriendo nuestros pechos con mucha contrición, é demandémosle que perdone nuestras culpas é pecados, haciéndonos del número de aquellos muchos por los cuales, según él dijo, derramó su preciosa sangre. E que nos dé á tomar sobre nos con mucha caridad los pecados de nuestros prójimos, para los corregír con discreción é para los apartar dellos con ayunos, limosnas é oraciones.

CAPÍTULO VII

De la inclinación é beso que el sacerdote hace al altar al comienzo de la misa.

Subido el sacerdote al altar, bésale, por presentar cómo el Señor se allegó á aquella sancta mesa el jueves de la cena. Por significar eso mesmo que se juntó con gran caridad con la columna en que lo azotaron é con la cruz en que lo hovieron por nos de crucificar.

Item, por remembranza que su excelente divinidad se humilló por manera singular á se juntar con su humanidad. E finalmente, por significar que se juntó con el pueblo suyo haciéndose cabeza de sus fieles y muy sabio capitán. El cual ayuntamiento so nombre de beso deseava é demandava la esposa, que entonces era la sinagoga é pueblo de los judíos según que escribió Salomón en comienzo de sus cánticos. Aquí le demandemos que nos tenga siempre juntos consigo por su gracia é amor, é que como á miembros suyos nos dé refección espiritual.

CAPÍTULO VIII

Del encienso con que al comienzo de la misa enciensan el altar en algunas iglesias.

Luego el sacerdote en algunas iglesias toma encienso en los días de fiesta é enciensa el altar. Lo cual representa la devoción é levamiento de espíritu que Jesucristo en todas las cosas tovo, é la oración que de contino hacía al Padre, mayormente al comienzo de cada obra.

Puede eso mesmo significar aquel oloroso ungüento que la sancta Magdalena derramó sobre su sancta cabeza, estando á la mesa en casa de Simón Leproso, lo cual fué ocasión á Judas, su malvado mayordomo, de vender á Jesucristo é procurar su pasión. Nos, entretanto, le supliquemos que nos dé continuamente hacer obras que den buen olor de nos á edificación é buen ejemplo de nuestros próximos, é que con obras piadosas untemos é consolemos á todos los pobres é menesterosos siervos é miembros suyos.

CAPÍTULO IX

De lo que representa comenzar el oficio á la parte derecha del altar, y de lo que significa este mesmo oficio.

Esto fecho, pónese el sacerdote á la parte derecha del altar, la cual representa al pueblo judiego, según que es dicho, porque los judíos fueron primeramente avisados del advenimiento del Redemptor, y él primera é principalmente vino á ellos.

Allí dice el introito; el cual cantan en la tribuna ó en el coro, mientra que el sacerdote hace las cosas sobredichas. Aquel introito, que vulgarmente es llamado oficio, pero mejor se dice introito, que quiere decir entrada ó comienzo de la misa, representa el verso que

en él se dice: Y demandavan al Señor que á gloria é manifestación de su Santísima Trinidad, la cual él manifestó, su precioso Hijo quisiese enviar. Y por esto dicen *gloria Patri;* é porque su estudio todo y pensamiento era en esto, tórnanle á decir otra vez é aún otras dos en algunas iglesias. Nos entonces le demandemos que nos dé alegremente desear y esperar el advenimiento suyo á juicio, así cuando nuestras ánimas del cuerpo se partieren como en el día del juicio universal.

CAPÍTULO X

De lo que representan los kyrios dichos de tres en tres.

Síguense los kyrios, palabras de grande santidad según que por algunos miraglos es probado. Los kirios representan los ruegos é las oraciones que los patriarcas é profetas hacían é nos havemos siempre de hacer á la Sancta Trinidad que hoviese misericordia dellos é que la haya de nos. Y hiciese á ellos é haga á nos compañeros de los sanctos ángeles en los cielos; colocándonos segund la diversidad de nuestros méritos en los nueve coros dellos, ca por eso dicen nueve. E dícenlos por ternos, á denotar los tres estados de ángeles llamados jerarquías. Nos entonces esto mismo le supliquemos é hayamos en especial memoria é reverencia á los sanctos ángeles, é trabajemos por honrar sus fiestas, ca mucho nos pueden aprovechar delante el Rey de gloria como familiares suyos.

CAPÍTULO XI

De gloria in excelsis Deo.

Dice después el sacerdote en medio del altar: *Gloria in excelsis Deo*, que representa aquel dulce cántico de grandísimo gozo é alegría que los santos ángeles cantaron en la Natividad del Redemptor, cuando la denunciaron á los pastores judíos é hovieron singular gozo por la mucha paz que la Encarnación hizo, conviene saber, de Dios con los hombres, é de los hombres con los ángeles, é de los judíos con los gentiles, haciendo de entramos linajes un pueblo. Lo cual todo se entiende en aquel primero verso que los ángeles cantaron. Lo primero, en cuanto dice: Gloria sea á Dios. Lo segundo, porque dice: en las alturas, que son los ángeles más excelentes de todas las criaturas. Lo tercero, porque dice: en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

Y fueron estas tres maneras de paz, en la Natividad del Señor, demostradas en esta manera: La primera, por el ayuntamiento de la divinidad con la humanidad. La segunda, por el aparescimiento de los ángeles á los hombres. La tercera, por el buey é asno atados al santo pesebre; ca el buey en la Sagrada Escriptura significa al pueblo judiego que traía sobre sí el yugo de la ley de Dios; mas el asno sin seso representa al pueblo gentil, que como sin seso adoraban las criaturas por Criador. Esta paz, muy necesaria á nuestra salvación, demandemos al Señor con todo corazón, especialmente aquella tercera paz de buena voluntad con todo cristiano, de cualquier seta é linaje que haya venido. En los tiempos de ayuno é de aflicción y en las misas de difuntos no se dice este cántico, porque es de grande alegría é consolación.

CAPÍTULO XII

De las humillaciones y besos que el sacerdote hace, así cuando al pueblo ha de saludar como otras veces.

La gloria fenescida, humíllase el sacerdote y besa en el altar. Ló cual cada vez que hiciere, significa la humildad de Jesucristo, que, seyendo Dios verdadero, quiso también ser hombre é abajarse, no solamente á sufrir muerte de cruz, que era la más vil, mas aun descendió á los infiernos. Demandémosle entonces que nos haga muy humildes é siempre obedientes á sus santos mandamientos.

CAPÍTULO XIII

De lo que el sacerdote da á entender volviéndose al pueblo.

Vuélvese al pueblo el sacerdote, en lo cual representa las veces en que el Redemptor después de su resurrección se manifestó á sus santos discípulos, y aun representa las veces que ante su preciosa Pasión al pueblo se manifestaba. Estonces le roguemos que en todo tiempo é lugar, en especial en el artículo de la muerte, nos quiera aparescer manso é benigno é saludar alegremente.

Vuélvese sobre la mano derecha por nos significar que Jesucristo tenía y que él tiene

y que nos debemos tener endereszada la intención é voluntad al Señor para le pedir é hacer la siguiente oración.

CAPÍTULO XIV

De cómo saluda al pueblo diciendo: Dominus vobiscum.

Después de vuelto, saluda al pueblo representando la salutación que el Señor á sus discípulos hacía cuando les aparescia después de su resurrección.

Item, representa que enseñaba al pueblo que en sus oraciones levantasen el espíritu al cielo, diciendo: Padre nuestro que estás en el cielo, á lo cual convida el sacerdote al pueblo, diciéndole: el Señor sea con vos, para que dignamente en nombre de todos haga yo la sigüiente oración. Entonces nos levantemos é demandemos al Señor devoción é respondamos al sacerdote: y con el tu espíritu también sea el Señor; porque dignamente por ti é por nos fagas esa oración, y estemos en pie ó de rodillas hasta que la acabe. E cuando la acabare digamos: Amén, que suena tanto como: así nos sea otorgado como lo has demandado. E aun amén quiere decir que así es que Jesucristo vive é reina con el Padre é Espíritu Santo, un Dios verdadero, por siempre jamás; por el cual pedimos que nuestra oración sea oída.

CAPÍTULO XV

De la epístola, é de la persona é dalmática del subdiácono.

Entonces el subdiácono dice la epístola, que representa cómo el bienaventurado Baptista é los profetas que fueron antes dél denunciaron la venida del Redemptor. Y por eso la dice á la parte derecha del altar, que significa, como dicho es, al pueblo judiego, al cual principalmente fueron dadas la ley é profecías que esto contenían. Y por esto tiene vestida una saya llamada túnica ó dalmática, de mangas estrechas, que demuestran la imperfección de aquella ley y la brevedad y escaseza de gracias que entonces havía en comparación de la perfección del evangelio é de la largueza abundosa de gracias que en él son dadas; lo cual se representa por las mangas más anchas que el diácono tiene. Esto todo hace é representa el sacerdote, aunque no tan enteramente, cuando no hay subdiácono. Supliquemos estonces á Nuestro Señor que nos disponga á rescebir é guardar perfectamente la doctrina del santo evangelio que luego esperamos oir.

CAPÍTULO XVI

Del cántico llamado gradual ó responso.

Luego el sacerdote dice é dicen en el coro ó tribuna un cántico que llaman gradual ó responso, que, según la agrura de su son, representa penitencia é aparejamiento para recebir la doctrina de Jesucristo, que predicava San Juan; la cual penitencia havemos de facer si el reino de los cielos queremos alcanzar; é nos estonces esto demandemos.

CAPÍTULO XVII

Del cántico llamado Aleluya.

Síguese otro cántico llamado Aleluya, que representa el gozo de ánima é cuerpo que después habremos si en esta vida hiciéremos perfecta penitencia.

En tiempo de cuaresma no dicen el tal cántico, porque más es tiempo de llorar los pecados que de haver alegría, como si nos fuesen ya perdonados. Mas dicen en su lugar otro cántico llamado tracto, que quiere decir cosa luenga; el cual, segund su letra é aspereza de canto, nos demuestra que toda nuestra vida es tiempo de penitencia é de arrepentimiento de nuestros pecados, de los cuales nos devemos siempre doler cada que dellos nos acordáremos. Roguemos entonces al Señor que nos dé aquella doblada gloria de ánima é cuerpo, entendida por el aleluya dos veces dicha. Y en los otros días que nos otorgue continuo dolor é arrepentimiento de nuestras culpas.

CAPÍTULO XVIII

De cómo toma vino é agua é hostia.

Esto dicho, toma el sacerdote vino é agua en el cálice é hostia en la patena. Por el vino se entiende la sangre muy pura de que fué formado el santísimo cuerpo del Redemptor en el vientre sagrado de la Virgen sin mancilla, entendida entonces por el cálice. Por la hostia sin levadura se entiende ese mesmo cuerpo ya formado sin simiente de varón é sin algún pecado. E aun por las ampollas con

que después ministran otra vez agua é vino al sacerdote, podemos contemplar aquellas bien aventuradas tetas que al hijo de Dios dieron leche.

Por el agua que mezclan con el vino se entiende la agua junta con sangre que manó de su sagrado costado, la cual tomó en el dicho vientre bienaventurado. También es entendido por aquella agua el pueblo cristiano, que por fe é caridad con Jesucristo es incorporado.

E por eso bendice el sacerdote el agua cuando la quiere juntar con el vino. Demandemos entonces al Señor que nos otorgue siempre servir é honrar con toda devoción á su bendita Madre, que tan santo cuerpo é tan limpia sangre é agua en su sagrado vientre le administró.

CAPÍTULO XIX

De lo que representan los corporales de lino que extienden sobre el ara.

Extiende entonces el sacerdote ó diácono los corporales, que deven ser de lino muy blanco; los cuales representan la sávana limpia en que el santo cuerpo del Señor fué sepultado, y el venerable sudario con que su santísima cabeza rebozaron; y esto segundo representa aquel lienzo doblado que ponen sobre el cálice. Demandemos entonces al Señor que nos dé honrar las exequias é sepulturas de los fieles cristianos, miembros suyos, teniendo firme esperanza de la resurrección.

Cuando hay diácono é subdiácono, ellos suelen facer las cosas dichas, especialmente que el subdiácono ministra el vino é agua al diácono, y el diácono, mirándolo el sacerdote, lo echa en el cálice, representando que durante la ley vieja, entendida por el subdiácono, é de la virgen que aquella ley tenía, la humanidad de Jesucristo fué concebida; pero por virtud de Espíritu Santo, que alumbró é esforzó los apóstoles para predicar el santo evangelio, entendido por el diácono. Y aun por dar á entender que este santo sacramento fué por muchas maneras en la ley vieja figurado; así como por el cordero é pan cenceño é por el maná dado del cielo, é fué después que se dió la ley evangélica por Nuestro Señor instituído é verdaderamente consagrado.

CAPÍTULO XX

De lo que representa la inclinación del diácono ó del preste ante que diga el evangelio.

Después desto, el diácono se inclina ante el sacerdote, del cual demanda y rescibe bendición para cantar el evangelio; dando á entender que nuestro Redemptor, dando visiblemente el Espíritu Santo á sus discípulos, los envió á predicar su santo evangelio, el cual Espíritu no recibieron los profetas así visiblemente, é por eso no demandó bendición el subdiácono que los representa.

Esta misma inclinación é demanda de bendición para decir el santo evangelio hace el sacerdote ante el altar cuando no hay diácono. En tanto demandemos nos atención para devidamente oir el santo evangelio.

CAPÍTULO XXI

De la inclinación que primero hace el que ha de decir el evangelio.

Para decir el evangelio encienden cirios, que representan la claridad é luz de la santa doctrina que en él se contiene, ca no es así obscuro como la ley de Moisés é profecías, entendidas por la epístola; é por esta razón no se encienden á la epístola.

Pasa el sacerdote ó el diácono á decir el evangelio á la parte izquierda del altar, por representar que del pueblo gentil, por la parte izquierda entendido, muchas más personas sin comparación rescibieron la doctrina y fe de Jesucristo en el evangelio contenida que no del pueblo judiego.

Item, á dar á entender que mediante la virtud del evangelio el poder del diablo fué quebrantado, el cual es dicho tener su silla é señorío hacia la parte del mundo de que viene el viento cierzo.

Por qué dice Dominus vobiscum.

Saluda el diácono ó sacerdote al pueblo, primero que comience el evangelio, porque le oya con devoción; é así se debe oir estando levantados é no arrimados, las cabezas descubiertas é un poco inclinadas al hombro derecho.

Por qué hace cruz en el libro.

Signa el libro, significando que se hace allí mención de aquel que por nos fué crucificado,

y signa luego á sí mismo. Y dévense signar todos los que lo oyen, porque el enemigo del linaje humanal no estorve de lo decir é oir debidamente. E responde el pueblo dando gloria al Señor por tan grande beneficio, á cuya gloria eso mismo desean que el evangelio sea dicho.

Del enciense que echan hacia el libro.

Entonces los días de fiestas enciensan un poco al comienzo, representando el buen olor é fama de aquellas sanctas palabras de nuestro Redemptor. E por dar á entender que devemos entonces de todos cuidados terrenales é bajos levantar al Señor nuestro corazón.

Por qué se santiguan cuando es dicho el evangelio.

Acabado el evangelio, santíguase el que lo dijo é todos los que lo oyeron, porque el Señor conserve en sus corazones aquellas sanctas palabras que oyeron para las poner en obra. Y besa luego el preste el evangelio, dando á entender que en nombre de Nuestro Señor aprueba todo lo que ende fué dicho.

Item, que aquesto rescibe el Señor, para dar por ello galardón que de él procedió. Así que porque el dió bendición para decir el evangelio, rescibe con mucho amor esa mesma obra; lo cual no se hizo en la epístola. Y así devemos nos rogar entonces al Señor que nos ayude para que todas nuestras obras sean hechas á gloria suya é por su amor, porque merezcan ser á él aceptas é dignas de galardón, y trabajemos por lo así decir é así pensar al comienzo de cualquier obra que hiciéremos, si queremos merescer gloria por ella.

CAPÍTULO XXII

Del credo.

En los días de domingos é fiestas principales, como de Nuestro Señor é de su bendita Madre é de los santos Apóstoles que lo compusieron, porque en tales días es presente á la misa el pueblo, luego el sacerdote dice el credo, é ayúdale el pueblo confesando por la boca aquella sancta fe que mediante el sancto evangelio concebieron en sus corazones. Lo cual representa la fe é confesión de los que veyendo los grandes miraglos que hacía el Salvador, contenidos é recontados en el sancto evangelio, creían en él, y especialmente la confesión de Sant Pedro cuando por sí y en nombre de los otros respondió: Tú eres Jesucristo, hijo de Dios bivo.

CAPÍTULO XXIII

Del cántico llamado ofrenda.

Acabado el credo, vuélvese el sacerdote é saluda al pueblo, representando lo que de suso fué dicho; é tornado al altar, dice un cántico, el cual eso mesmo cantan entonces en la tribuna ó en el coro; y es cántico, según su asonada y letra, de alguna alegría. Y en tanto que lo cantan el sacerdote ofrece é pone sobre el ara la hostia é cálice que ya tenía aparejados representando la religión é humildad con que la bendita Virgen ofresció al Redemptor Nuestro, hijo suyo, en el templo al sancto Simeón. E cubre el cálice porque ninguna cosa sucia caya en él, é por representar que el Señor estuvo encubierto hasta que se acercó el tiempo de su predicación é pasión.

CAPÍTULO XXIV

De cómo deve ofrescer el pueblo.

Buélvese luego el sacerdote al pueblo, y ofrece el pueblo reconociendo por obra que aquel es su verdadero Señor, cuya fe recibió oyendo el evangelio é confesó rezando el credo. E nos debemos allí ofrescer alguna cosa humillándonos allí ante el Señor é Redemptor Nuestro, presentándole algo como á nuestro Rey é Señor, y esto con alegría de corazón; ca por eso cantan entretanto cántico alegre. E devemos nos acordar entonces de la devoción é reverencia con que los tres sanctos reyes magos, de tan remotas partes venidos, ofrescieron sus dones.

CAPÍTULO XXV

De cómo el sacerdote enciensa el altar después de ofrescer ó antes.

Luego el sacerdote enciensa el altar en los días de las fiestas, representando la mirra y encienso que los dichos reyes ofrescieron, y enciensan á cada fiel, porque alce su corazón al Señor como aquel humo sube arriba; y así dicen y han de decir los que reciben el encienso aquel verso: Sea, Señor, enderezada mi oración á ti, como lo es el humo deste encienso.

CAPÍTULO XXVI

De lo que devemos entender y demandar á Dios cuando lava las manos.

Lávase luego el sacerdote las manos por más limpiamente tratar aquel santo sacramento. E por representar cómo Nuestro Redemptor ante que su precioso cuerpo consagrase é diese á los discípulos, les lavó los pies, donde se representa eso mesmo cómo á los treinta años fué baptizado. Entonces le demandemos que nos lave é alimpie de toda afección carnal é mancha de pecado, é limpie entonces nuestro corazón de todo pensamiento vano é mundano que nos estorve de contemplar aquel santo misterio de su sagrada pasión que allí quieren consagrar.

CAPÍTULO XXVII

De la inclinación que hace luego al medio del altar, é de cómo se buelve callando.

Humíllase luego al medio del altar, representando la humildad con que el Señor, después que hovo resuscitado á Lázaro, se ascondió é salió del templo no queriendo ser apedreado, é se volvió cuasi secretamente para Betania; en la cual estuvo como secreto hasta que entró en Jerusalem cavallero en la asna; lo cual todo representa el sacerdote bolviéndose cuasi con silencio é rezando secreto ciertas oraciones; é cuando se buelve, ruega á los fieles presentes que rueguen al Señor que pueda ofrescer sacrificio á su Majestad acepto. En lo cual representa la exortación que Nuestro Señor hizo á sus discípulos cuando quiso bolver á Jerusalem el domingo de Ramos. Recordemos nos entonces esto mesmo y respondamos al sacerdote: Acuérdese el Señor de tu sacrificio é sea la tu ofrenda aplacible á él.

CAPÍTULO XXVIII

Del prefacio.

Comienza después desto el sacerdote el prefacio públicamente, representando los loores é solemnidad con que manifiestamente el Señor el día de Ramos, acercándose ya el tiempo de padescer, entró en Jerusalem, y demándanos el sacerdote que demandemos al Señor devoción para dignamente le ofrescer é celebrar tan alto sacrificio é tan profundo misterio, levantando los corazones á él. Lo cual nos amonesta diciendo: *Sursum corda*, é que le hagamos nos gracias como á Nuestro Dios, á lo cual respondemos diciendo, que ya tenemos los corazones levantados á él y que es justa cosa que asi se haga. Ruega luego el sacerdote á Nuestro Señor que resciba nuestros loores é sacrificio como rescibe los loores de los ángeles é arcángeles, querubines y serafines, etc. En lo cual representa las oraciones que el Redemptor al Padre hacía al tiempo que havía de padescer, por más dignamente lo hacer.

CAPÍTULO XXIX

De Sanctus, sanctus.

Acaba el sacerdote diciendo: *Sanctus, sanctus, sanctus*, etc. Lo cual, segund dice Isaías, cantan los ángeles en el cielo; é dice sanctus tres veces á honor de las tres personas de la Sanctísima Trinidad, que son Padre, Hijo é Espíritu Sancto. E dice Señor Dios, porque son un Dios é un Señor é no tres. E dice que son llenos los cielos é la tierra de su gloria, porque en todas las criaturas reluce el misterio de la Sancta Trinidad. E junta luego: Bendito el que viene en nombre del Señor. Lo cual cantaban los niños é simples judíos cuando entró el Señor en Jerusalem confesando el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Y en lo uno y en lo otro dice *Hosanna in excelsis*, que quiere decir: sálvanos, Señor, levándonos al cielo, porque es necesario que creamos é confesemos ambas cosas para que seamos salvos. Diciendo sanctus, devemos herir nuestros pechos, conosciéndonos pecadores é indignos para conoscer é loar tan alto misterio. E para entonces esta es buena oración.

CAPÍTULO XXX

De lo que el sacerdote hace desque dijo los sanctus hasta haver alzado.

Después desto humíllase, representando la humildad del Redemptor, y dende hace ciertas cruces santiguando sobre la hostia é sobre el cálice, las cuales cruces significan las personas que al Redemptor trajieron á muerte é las personas á quien fué traído é otras cosas que no son para aquí. Pónese luego en oración secreta, todo cogido, significando el encogimiento y secreto con que Nuestro Señor

ante sus discípulos celebró este santo sacramento.

Dende viene á la consagración. E invocada primero la ayuda de Nuestra Señora la Virgen María y de los sanctos Apóstoles é de los otros Sanctos, alza las manos é los ojos al cielo, representando cómo el Redemptor los alzava é hacía gracias al Padre suyo en comienzo de toda obra. Luego toma en sus manos la hostia como la él tomó, é dice las virtuosas palabras de la consecración que él dijo, por las cuales la substancia de aquel pan se luego mudaba en su precioso cuerpo. E alza luego la hostia, y dánosla á ver y adorar como el Señor lo dió entonces á sus discípulos á comer; y hace otro tanto al cálice, descubriéndolo primero que diga encima dél aquellas santas palabras, porque mejor entendamos que se junta la palabra con el elemento; y resulta luego el sacramento. Y cúbrelo después porque ni polvo ni otra cosa caya en él, é por representar que cubrían é descubrían la cara de Nuestro Señor cuando lo abofetearan, deciendo que profetizase quién lo hería. Representando otrosí que los judíos en casa de Pilatos le despojaron la vestidura blanca de que Herodes escarneciendo dél le vestiera, é por le más escarnecer le vestieron otra vermeja.

Item, representando que cuando el Señor hovo de dar este preciosísimo sacramento á sus discípulos quitó de sí el manto para les lavar los pies y después se cubrió para ge lo dar. Pensemos nos con cuánta pureza de corazón é devoción se deve acatar este sancto sacramento; que cuando nos lo muestran para adorar, paresce que en alguna manera nos lo dan á comunicar.

CAPÍTULO XXXI

De lo que representan los cirios que encienden é las campanillas que tañen y encesar cuando alzan.

En tanto que el sacerdote hace lo que dicho es, encienden cirios que nos dan á entender que es allí la luz verdadera, é que representan las linternas que levavan los gentiles é los judíos cuando al Señor prendieron. E tañen campanillas que remiembran las trompetas, boces é alaridos que entonces sonavan; é échanle encienso porque es allí Dios verdadero, al cual sólo es devido el encienso; é porque representa los piadosos ungüentos, con que los santos varones Nicodemus é Joseph ungieron su precioso cuerpo, é los que las sanctas dueñas compraron para lo ungir en el momento; é porque todo aquello, cirios, campanillas y enciensos arroben en aquel tiempo nuestros corazones en el cielo.

CAPÍTULO XXXII

De lo que el sacerdote representa desque alzó hasta que hiere los pechos.

Tornadas la sancta hostia con el cálice precioso al altar, extiende el sacerdote los brazos representando cómo los brazos del Redemptor Nuestro fueron crudamente extendidos en la cruz, é hace ciertas cruces que significan algunos misterios de su sancta Pasión. Pónese en oración secreta por los defuntos, cogido como primero, significando la oración secreta que, apartado de sus discípulos, hizo en el huerto al tiempo de su prisión, y la que hizo en la cruz después que dijo: *Heli, Heli,* hasta que dijo: *In manus tuas, Domine.* Y representando otrosí el silencio con que el Señor sufría aquellos vituperios é tormentos.

CAPÍTULO XXXIII

De lo que representa el herir de los pechos del sacerdote cuando quiere hacer los signos.

Después hiere sus pechos rogando al Señor que perdone nuestros pecados é nos dé compañía é morada con sus sanctos. En lo cual representan las bofetadas é golpes que el Redemptor rescibió, é los llantos que las devotas dueñas de Jerusalem hacían cuando lo levavan á crucificar, é aún el conoscimento é arrepentimiento que Centurio hovo é los que con él estavan cuando veyendo las maravillas que en su tan áspera pasión é cruel muerte acaescían, hiriendo sus pechos, dijo: Verdaderamente Hijo de Dios era éste.

CAPÍTULO XXXIV

De lo que representan los signos y el apagar de los cirios.

Después descubre el cálice, que representa cómo el Señor fué despojado. Sube la santa hostia encima dél, é hace con ella cinco cruces, significando las cinco llagas que nuestro Redemptor en la santa cruz rescibió, en memoria de las cuales nos entonces nos signa-

mos é santiguamos; y hace las dos cruces postreras fuera del cálice, porque entendamos que en la cruz se apartó su preciosa sangre de su precioso cuerpo, é su santa alma así mesmo. E cuando desciende la hostia de sobre el cálice é la repone en el altar, remiembra cómo Nuestro Señor fué descendido de la vera cruz y puesto en el santo sepulcro. Algunos apagan los cirios que al tiempo del alzar encendieron, por representar las tinieblas que entonces fueron hechas por tres horas é más en toda la tierra, poniéndose la luna delante del sol contra todo curso de naturaleza, porque padescía é moría el verdadero sol de justicia, Jesucristo Nuestro Señor.

CAPÍTULO XXXV

De lo que significa decir el Pater noster.

Luego comienza é dice el *Pater noster*, demandando aquellas siete peticiones muy santas, provechosas é necesarias que en él son contenidas. El cual debemos entonces devotamente oir ó rezar, é ninguna oración podemos hacer en ningund tiempo, pero especialmente en ése, más aplacible á Nuestro Señor. Por la cual representa las siete palabras é oraciones que Nuestro Señor dijo en la santa cruz; é representa otrosí la oración que el buen ladrón hizo en la cruz, por la cual meresció ser ese día en paraíso.

CAPÍTULO XXXVI

De alzar la patena.

Acabado el *Pater noster*, alza el sacerdote la patena, que representa la paz que entre las personas dichas fué entonces perfectamente confirmada. Representa otrosí los santos discípulos que comenzaron á parescer é bullir, desque oyeron que el Señor había resuscitado; la cual resurrección luego el sacerdote comienza á representar; é porque los discípulos hasta entonces estovieron mucho escondidos, el subdiácono la tiene todo aquel tiempo que la pasión é muerte del Redemptor se representa cubierta con un velo, ó la tiene el preste cubierta en el altar; bésala el sacerdote representando que las santas dueñas besaron los pies á Nuestro Señor, y los discípulos palparon su precioso cuerpo y escodriñaron sus llagas. Representa otrosí la patena que todos los misterios de la pasión é muerte del Redemptor, que en la ley vieja estovieron cubiertos de muchas figuras, fueron entonces manifestados. En señal de lo cual el velo del templo, en el cual templo estava la ley, fué entonces rasgado y partido por medio. E por eso acabada de representar la pasión sacan la patena de so el velo.

CAPÍTULO XXXVII

De la división de la hostia é de Pax Domini.

Luego el sacerdote quiere representar la resurrección del Salvador, é para esto descubre el cálice, representando cómo el ángel quitó la piedra de la puerta del monumento, cuando el Redemptor hovo resuscitado. E así mesmo le descubre, porque si al partir de la santa hostia, algunas reliquias saltaren ó desgranaren, cayan dentro en el cálice. La cual divide sobre el cálice por representar el partimiento que el Señor hizo del su cuerpo consagrado, cuando lo dió á los discípulos, é la división é quebrantamiento que el sagrado cuerpo de Jesucristo padesció cuando sus tiernos miembros en la cruz fueron descoyuntados. E por dar á entender cómo el efecto de su preciosa pasión se extendió á muchas partes, conviene á saber, al cielo é á la tierra é al infierno, algunos ponen las dos partes en la patena, que, como dicho es, significa los discípulos en que desde la resurrección adelante estovo firme y asentada la fe del Redemptor. Con una parte hace tres cruces sobre el cálice, dando á entender la resurrección del Señor ser hecha al tercero día por virtud de la Santa Trinidad; en la cual resurrección se juntó su preciosa sangre con su sagrado cuerpo, del cual fuera derramada, é por significar este ayuntamiento se hace sobre el cálice, y por eso echa esa mesma parte dentro. Haciendo aquellas cruces, dice: la paz del Señor sea siempre con vos. Lo cual representa las tres veces que Nuestro Redemptor dijo á sus discípulos: Paz sea á vos, el día que resurgió. Nos estonces con mucha devoción le supliquemos esta paz, diciendo: *Da pacem, Domine, in diebus nostris*, etc. Que quiere decir: Da paz, Señor, en nuestros días, que no hay otro que complidamente nos la pueda dar, sino tú, Dios nuestro.

CAPÍTULO XXXVIII

De Agnus Dei.

Humíllase luego é dice: *Agnus Dei*, en que representa el conoscimiento de su culpa que los discípulos hovieron de le haver así desamparado en tan cruel pasión, y en h ber tardado de creer su gloriosa resurrección, demandándole perdón é confesando que muy verdaderamente Sant Juan Baptista dijiera dél ante de su pasión: Este es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo. No podemos entonces hacer mejor oración, ca demandamos al Señor que haya merced de nos cuanto al ánima é cuanto al cuerpo; é lo tercero cuanto á nuestro estado, otorgándonos paz con nuestros prójimos.

CAPÍTULO XXXIX

De lo que representa el dar la paz, que se deve tomar con devoción.

Dan luego paz, que demuestra que todos sus buenos discípulos se tornaron á Nuestro Redemptor después de su resurrección. Representa otrosí que les encomendó mucho la paz ante su pasión é ascensión. Devémosla nos tomar con mucha devoción, proponiendo firmemente de confesar y emendar todo pecado y error é quitando de nuestro corazón todo odio, ira y rencor, ca el tomar de la paz es una manera de comunión que se debe hacer con grande pureza de corazón.

CAPÍTULO XL

Del pan bendito.

Dan otrosí entonces el pan bendito en los domingos, que representa las veces que el Redemptor Nuestro de poquitos panes hartó muchas compañas en el desierto, de lo cual hace mención cuando lo bendice. E porque lo tomemos é lo gustemos con devoción, es de saber que cuando lo bendicen ruega el sacerdote á Nuestro Señor que todos los que dello gustaren reciban sanidad del ánima é del cuerpo. Representa eso mesmo la comunión cotidiana; é después de domingo á domingo, que en el comienzo de la fe cristiana los fieles rescibían. Nos entonces roguemos á Nuestro Señor que de sí mesmo, que es pan bivo é celestial, nos quiera por siempre en su gloria hartar.

CAPÍTULO XLI

De las oraciones que el sacerdote entonces reza.

Reza entre tanto el sacerdote ciertas oraciones que representan las fablas y conversación que el Señor hovo con sus discípulos solamente después de su gloriosa resurrección.

CAPÍTULO XLII

De lo que significa herir en sus pechos.

Finalmente el sacerdote hiere sus pechos é conóscese pecador, representando cómo aquel cavallero gentil Centurio no se hallava digno de rescebir en su casa á Nuestro Señor. Lo cual nos devemos hacer, pues comulga luego y rescibe aquél sanctísimo sacramento por sí é por nos, ca él lo recibe sacramentalmente y nos lo recebimos spiritualmente.

CAPÍTULO XLIII

De lo que representa el consumir.

Consume luego y recibe aquel muy sagrado cuerpo y aquella muy preciosa sangre, representando, aunque paresce que viene tarde, la comunión que los discipulos hicieron el jueves de la cena, cuando este santo sacramento ordenó Nuestro Señor Jesucristo, Dios é hombre verdadero.

Item, significa los convites que con ellos tomó después de su resurrección, y especialmente aquel convite que tomó con ellos cuando subió á los cielos. Y representa entonces el sacerdote la nube que al Señor recibió, la cual apartó su presencia corporal de los ojos de sus discípulos. Supliquémosle nos que nunca nos deje apartar de su gracia.

CAPÍTULO XLIV

Del cántico llamado comunión, que cantan acabado de consumir.

Cantan luego en la tribuna ó en el coro, é dícelo también el sacerdote, un cántico que comúnmente es sacado del evangelio, que representa la predicación manifiesta que los

discípulos después hicieron. E representa la predicación del evangelio, que á la fin del mundo Enoc é Jelías han de hacer, por la cual los judíos que entonces fueren se convertirán. E por esto ya el sacerdote es tornado á la parte derecha del altar, que, como dicho es, representa al pueblo judiego. Nos entonces le demandemos que nos deje santamente acabar, creyendo siempre firmemente y teniendo su santa fe con caridad.

CAPÍTULO XLV

De lo que representan las oraciones que el sacerdote torna á decir á la parte derecha del altar.

En esa mesma parte derecha dice el sacerdote ciertas ora.iones como hizo al comienzo de la misa, las cuales son gracias que hace al Señor en nombre del pueblo por tan grande beneficio. Las cuales representan las oraciones y gracias que los judíos harán cuando por la dicha predicación se verán alumbrados y desengañados de la burla y engaño del antecristo.

Item, representa las oraciones en que los discípulos perseveravan juntamente después de la ascensión del Señor hasta que les fué enviado el Espíritu Sancto. Devémonos levantar en tanto que las dice, y oirlas con devoción como las primeras, diciendo amén cuando las acabaren.

CAPÍTULO XLVI

De Ite, missa est.

Postrimeramente, el sacerdote dice: *Ite, missa est.* Que quiere decir: Id vos ya en paz, que el nuestro sacrificio hecho es é recebido en el cielo. Por el cual el pueblo responde: Gracias á Dios. Entonces el sacerdote representa á los dos sanctos ángeles que, acabada la ascensión del Señor, dijeron á los discípulos que se fuesen en paz, ca estavan maravillados en el monte Olivete de donde subió al cielo; y nos entonces demos gracias al Señor.

CAPÍTULO XLVII

De la bendición que da el sacerdote acabada la misa.

Bendice luego el sacerdote al pueblo, la cual bendición nos debemos recebir devotamente, inclinada la cabeza ó hincando las rodillas; é rogar al Señor que merezcamos oir aquella preciosa palabra y singular bendición que Nuestro Redemptor Jesucristo, Rey é Señor de toda criatura, dará á sus escogidos el día del juicio, diciendo: Venid, benditos del mi Padre, á poseer el reino perdurable que desde el comienzo del mundo vos está aparejado; el cual á mí é á todos los que esto leen él quiera otorgar. Amén.

CAPÍTULO XLVIII

Del agua bendicta.

Derrama luego el sacerdote el agua bendita sobre el pueblo, la cual se ha de rescebir con devoción, así al comienzo de la misa como estonces, porque nos guarde el Señor é defienda de toda tentación de Satanás; contra la cual aprovecha mucho tomada con devoción, segund paresce por las santas oraciones con que la bendicen. La cual al comienzo de la misa representa el baptismo de penitencia que el glorioso Sant Juan Baptista predicava, é con que al pueblo disponía para rescebir al Redemptor. E al fin de la misa significa el baptismo con que cinco mil personas el primero día, é tres mil el segundo, fueron baptizadas del pueblo judiego, comenzando Sant Pedro á predicar en el templo de Jerusalem. El cual baptismo encomendó el Señor el día de su maravillosa ascensión. Y por representar la limpieza del baptismo, el sacerdote al comienzo de la misa é asi al cabo derrama aquella agua bendita, puesto en el alva, y en algunas iglesias con capa, que representa la vestidura áspera é liviana de Sant Juan Baptista.

CAPÍTULO XLIX

Que no son representadas en la misa algunas cosas según la orden en que fueron hechas.

Ninguno se meraville porque estos sagrados misterios que en la misa se representan no van segund la orden del tiempo en que aeaescieron, ca en las relaciones y representaciones de cualesquier historias y negocios así se suele hacer, que nunca ó pocas veces se dicen nin recuentan segund la orden en que acaescieron. Nin sería de personas mucho discretas así los reiatar, cuanto más lo que el Espíritu Santo inspiró.

Verdad es que algo se podría interpretar y declarar de otra manera; pero esto que aquí escribí me paresció más conforme á lo que los santos dotores desta materia escribieron. Muchas cosas menudas dejo de declarar porque aquéllas no siente sino el sacerdote.

CAPÍTULO L

Que con mucha diligencia se deve procurar que sea decente y neto todo lo que sirve para este santo misterio.

Una cosa mucho encomiendo: que pues tan santa cosa es el altar con sus vestiduras, y no menos las del sacerdote, todos tengan y tengamos estudio en proveer que lo uno y lo ál sea cual pertenesce, y eso mesmo de los otros instrumentos, como son candeleros, cálice y vinajeras y encensario y corporales, etc.; ca mal paresce el cálice de plomo, y los candeleros de hierro ó de madera y la sávana rota en el altar, y en la mesa y cámara del obispo ó del cavallero y del sacerdote y del escudero, y aun en la del labrador y en la del oficial, todo esto de oro ó de plata y de lienzo limpio y precioso.

Otrosí se deve catar harina escogida y el mejor vino que podiere sea havido de que se consagre aquel santo sacramento.

Finalmente, lo que aquí fué menos bien sentido y escripto sea imputado á mi rudeza y poco estudio, que no miró en ello como devía.

DEO GRATIAS

DE CÓMO SE HA DE ORDENAR EL TIEMPO

PARA QUE SEA BIEN EXPENDIDO

AVISACION

Á LA VIRTUOSA É MUY NOBLE SEÑORA DOÑA MARÍA PACHECO, CONDESA DE BENAVENTE, DE CÓMO SE DEVE CADA DÍA ORDENAR É OCUPAR PARA QUE EXPIENDA BIEN SU TIEMPO

HECHA A SU INSTANCIA Y PETICIÓN POR EL LICENCIADO

FRAY HERNANDO DE TALAVERA

INDIGNO PRIOR ENTONCES DEL MONESTERIO DE SANTA MARÍA DE PRADO Y SU CONFESOR, Y DESPUÉS OBISPO DE ÁVILA, Y AUN DESPUÉS PRIMERO ARZOBISPO DE GRANADA

CAPÍTULO PRIMERO

Demuestra que la petición desta muy noble señora es devota, necesaria é provechosa, porque el tiempo es cosa muy preciosa.

Querés saber, muy noble señora, en qué manera devéis cada día expender el tiempo ó en qué manera vos devés ordenar y ocupar para que vuestro tiempo sea bien expendido. Hago yo muchas gracias á Nuestro Señor, que quiere acrescentar é sacar fruto de la simiente de su santa palabra que este su siervo sin provecho ha sembrado y plantado en la buena tierra de vuestra noble ánima, y regado con agua de saludables consejos é sanctas doctrinas de su sagrada Escriptura. E confie-

so que es gran cosa, necesaria é muy provechosa, esta que vuestra muy noble devoción quiere y demanda, porque ninguna cosa tenemos después de las espirituales que más nin que tanto valga.

La facienda, la honra, el linaje, la hermosura y la salud aprovecha nada ó muy poco si no hay tiempo para usar bien dello; mas el tiempo por sí solo es y puede ser provechoso, ca con él y en él se puede ganar la hacienda y todo lo otro, como paresce claramente en el santo Job, que, aunque perdió todo aquello y aun los amigos con ello, mas quedándole salva la vida, que era su tiempo, todo lo cobró. E por eso dijo Nuestro Señor á Satán cuando le dió licencia para le temptar, que no le tocase en el ánima, esto es en la vida; por lo cual dicía ese mesmo adversario que de buena voluntad da el hombre todo lo que tiene. Y aun digo más, que la virtud, tan bien la teologal como la moral, ha menester tiempo para que se puedan en él acrescentar, y con ellas acrescentadas merescer y alcanzar mucha gloria. Y es verdad que aquellas cosas aunque se pierdan puédense cobrar; mas no el tiempo cuanto á todo lo que en él se pudiera ganar; é digo cuanto á todo, porque con el rato acuciado se repara é cobra en alguna manera el día engorrado, é porque haciendo en algund tiempo más bien de lo que somos obligados, suplimos é reparamos algunos tiempos que pasaron baldados. Pero en esta manera nunca llegamos á merescer la gloria que meresciéramos si lo pasado expendiéramos tan bien como lo presente. E por esto decía Séneca, católico filósofo, que ninguno puede poner precio al tiempo, y que no hay mayor pérdida ni peor que la del tiempo. Más dijo de lo que por ventura supo. Porque el tiempo bien gastado, cuando es prolongado, hace á los hombres merescer y alcanzar mayor gloria que la que tienen muchos de los ángeles, ca merescen los hombres justos é virtuosos en luengo tiempo lo que muchos ángeles no pudieron merescer en aquel breve momento que hovo desde su creación á su glorificación, y para esto é no para ál aprovecha vevir luengo tiempo.

Y por eso lo quiso Nuestro Señor prolongar á los que El quiso y quiere hacer gracia especial, como al buen rey Ecequías, que se quejaba que iva al purgatorio, que es á la puerta del infierno, en medio de sus días. E así lo alargó á otros muchos grandes amigos suyos del viejo y del nuevo Testamento. E por el contrario, le abrevia é acorta á los malos, que todo le expienden en pecados, ca escripto es en los psalmos que los varones malos é dados á pecados no demediaran sus días. E así Nuestro Señor lleva desta presente vida en las primeras edades á algunos amigos suyos como llevó á los niños inocentes que por su precioso Hijo padescieron martirio; y al santo Abel é á los santos mozos macabeos, á Sant Quirce, á Sant Celso y otros muchos. Esto es, ó porque aquellos, como dice el sabio, en breve tiempo hovieron complido merescimiento, ó porque la malicia del pecado, llegados á mayor edad, no corrompiese su alma ni mudase su entendimiento.

Aún paresce la excelencia é dignidad de tiempo en haverle Nuestro Señor criado con las primeras é más excelentes criaturas, que son los ángeles y el cielo empíreo, que es aquel soberano y esmerado lugar que dicen que crió juntamente con aquellas tres cosas. La primera materia, que es la más baja de todas las criaturas, porque de sí mesma es poco más que nada, mas aún ésta tiene gran dignidad en ser madre de todas las cosas materiales, é por eso [es] llamada materia como madre de todas ellas. Lo cual paresce por la honra que los antiguos hacían á los elementos, que son los principios primeros materiales, ca como diosa adoravan la tierra. Porque todas las cosas paresce que nascen della; é como diosa al agua, porque con ella se crían y se conservan; é así adoraban al aire y al fuego; é aun á los átomos del sol honravan é adoravan, porque pensavan que nuestros cuerpos é todas las cosas eran compuestas de aquellos.

Es tan precioso el tiempo, que paresce que crió Nuestro Señor al sol y á la luna y otras estrellas para que por ellas pudiésemos conoscer sus diferencias; ca el sol hace el día natural y el artificial, é la luna meses manifiestos, é las estrellas septentrionales que cercan el polo ártico, que vulgarmente es llamado norte, dan á conoscer las horas de la noche; y el sol y la luna con los otros planetas y algunos signos y estrellas con sus diversos movimientos hacen meses é años y otras diversidades de tiempos.

El tiempo halló é halla las artes mecánicas é liberales. El tiempo vence lo que la razón

ni la fuerza no puede: experiencia sin la cual no hay esciencia ni perfecta prudencia.

Veyendo el sancto apóstol cuán preciosa cosa es el tiempo, nos amonesta que le redimamos, esto es que demos é perdamos cuando no pudiésemos hacer menos las cosas temporales porque el tiempo no perdamos. Y Nuestro Redemptor, maestro de los maestros é maestro sin defecto, desto nos amenaza: que de toda palabra ociosa daremos cuenta y razón en aquel espantoso día é mucho temeroso del juicio universal ó del juicio particular, que es cuando cada uno muere. Quiere decir de todo tiempo expendido en decir palabras sin provecho. Pues ¿qué será si dijéremos palabras dañosas, ó si hiciéremos malas obras, si tal cuenta havemos á dar del tiempo que expendemos y gastamos en decir ó oir palabras ociosas?

Quéjase Nuestro Señor de los que por su benignidad son esperados, y resciben tiempo para hacer penitencia, y ellos gástanlo en obras de sobervia, que es madre de todos los pecados. Y quéjase que el cernícalo, la cigüeña, la tórtola y la golondrina conozcan el tiempo en que han de anidar y sacar sus pollos, y que muchos hombres no conozcan ni entiendan la diferencia de los tiempos ni cómo de ellos se han de aprovechar. Destos dice el psalmo que fallecen en vanidad sus días y que pasan sus años apriesa.

Denuesta el santo evangelio á los que en la disposición del cielo saben conoscer qué tiempo ha de hacer y no saben discernir las diferencias de los tiempos que para su salvación han mucho menester.

Item denostava á Jerusalem porque no conoscia el tiempo de su visitación.

Pues digo, y es verdad, que vos, muy noble señora, demandáis grand cosa, necesaria é muy provechosa.

CAPÍTULO II

Que es cosa muy dificile tener vida concertada é tiempo bien ordenado entre gente desordenada; y que de la desorden del tiempo resultan muchos males, especialmente en las casas de muchos grandes.

Mas cómo arderá el fuego en medio del agua? Cómo terná frescura y verdura en tierra muy seca la juncia, el carrizo, el plátano y la espadaña? Cómo vivirá el cordero entre los lobos, la colmena entre los osos? Cómo vivirá la garza entre los alcones? Cómo será segura la perdiz entre los azores, la liebre entre los galgos, el mur entre los gatos? Cosa es que no puede ser, que los contrarios estén en uno, y que un mesmo paño sea prieto y sea blanco, salvo si lo entendemos é tomamos espiritualmente, como dice Isaías que había de acaescer, é como acaeció y de cada día acaece, venido ya el Mesías. Cada día por la bondad de Nuestro Señor en la santa religión moran en uno el lobo y el cordero, el león y el becerro, la onza y el cabrito, y los guarda ý apacienta un pequeño pastorcillo; porque es así la verdad, que biven en comunidad y en una igualdad el rico y el pobre, el villano y el noble, el señor y el siervo, el flaco y el recio, el sabio y el nescio, el clérigo y el lego, el judío y el griego, é visten de un paño, é comen de una vianda, é duermen en semejante cama, é obedescen á un pobre é simple prelado en todo lo que les es mandado. En figura de lo cual, por miraglo especial, contrarios animales estovieron en uno en la arca con Noé al tiempo del diluvio y comieron de un manjar.

Pues así creed, noble señora, que no podrán luengo tiempo durar en uno la orden y la desorden, ni se puede bien cantar el cántico de Nuestro Señor en la cibdad de Babilón, que quiere decir desorden ó confusión. E como vuestra habitación é continua conversación sea con los que moran en Cedar con el pueblo, gente é familia desordenada, como podrés tener vida concertada?

Es cierto que muchos de vuestro estado hacen del día noche y de la noche día; y el día dado para negociar y para usar de misericordia, como dice el profeta en los psalmos, expiéndenlo en dormir y en recrear y en mucha covardía; é la noche, que á los hombres señaladamente y á todos los animales que no biven de rapiña fué dada para reposar é para alabar á Dios, ocupan en negociar y en le ofender é blasfemar, manifestando por obra, aunque lo nieguen por la boca, que sus obras no son buenas; pues, como dice el santo evangelio, huyen la luz y aman las tinieblas.

Oh quién pudiese decir y escrevir por menudo cuántos y cuántos pecados é males se cometen á esta causa en los palacios é casas de muchos grandes! Oh cuántas lujurias, cuántas palabras é obras disolutas! Oh cuántos

pecados cometen los rapaces guardando de noche á las puertas de los grandes las mulas ó los caballos! Oh cuántos pecados é cuántas disoluciones los pajes esperando con las hachas! Oh cuántas son las parlas demasiadas, murmuraciones, juicios é maldiciones que hacen é dicen los otros que están aguardando! Cuántas querellas é aflicciones de los que andan librando! Cuántas fatigas y enojos de los huéspedes que están esperando! Oh gastos demasiados de velas, blandones y hachas, y de leña en invierno y de otras muchas cosas! Qué diré, sino que con mucha razón maldice el profeta Isaías á los que los días hacen noches y las noches hacen días?

Pues otra vez digo, que morando vos, noble y devota señora, y conversando con gente tan desordenada, cómo pensáis hacer y tener vida concertada? Pensáis por ventura tener tanta virtud como el santo Job, que en tierra de Hus, que era de malos hombres poblada, fué varón simple y derecho y temiente á Dios é quito de todo mal? O por ventura pensáis ser mejor ó mayor que ese mesmo Dios Nuestro Señor, que, como dice el psalmo, con los perversos es perverso é con los santos es santo? No puede faltar la Santa Escriptura, que dice y afirma que es tal cada uno cual tiene la compañía.

CAPÍTULO III

Que tener la dicha orden es más grave á las dueñas casadas, porque no tienen libertad para hacer su voluntad; mas hanse de conformar al buen querer de sus maridos.

Aún devéis mirar, noble señora, que no sois libre para hacer vuestra voluntad; ca el día que fuistes ayuntada al marido en el estado matrimonial, ese día perdiste vuestra libertad. Porque no solamente tomó el marido el señorío de vuestro cuerpo, como vos tomastes del suyo, mas sois subjeta á él y obligada á vos conformar con su voluntad en todo lo que no fuere pecado mortal ó venial. Por manera que ni rezar, ni ayunar, ni aun hacer limosna en gran cuantidad no podéis contra su querer é voluntad; salvo si sois muy hacendosa ó si tenèis algund parafrenal, que es alguna hacienda de más de la que vos dieron dote. Y si esto vos paresce grave, quejadvos de la primera madre que para toda su posteridad meresció esta subjeción por su grande liviandad; ca creyó muy de ligero las mentiras de Satanás y no esperó el consejo de su buen marido Adán; antes ella le fué á consejar que comiese del fruto vedado, etc. Y aunque no hoviera pecado, era cosa natural y mucho razonable que la mujer, que comúnmente, como tiene flaco el cuerpo y mucho menor el esfuerzo, así no tiene tan complida discreción, sigua y obedesca el seso y querer del varón, que en todo es más perfecto; ca es ley general que todas las cosas inferiores é menores sean movidas é regidas por los superiores é mayores, como lo son los hombres por los buenos ángeles, é los elementos, é cosas elementadas por los cuerpos celestiales. Pues cómo podréis vos, virtuosa señora, seguir vuestra orden y regla, seyendo obligada á seguir y obedescer la voluntad agena? Cómo podréis velar si vuestro marido quiere que durmáis? O cómo podréis dormir si quiere que veléis? Cómo podréis rezar si quiere que habléis? Cómo podréis obrar de manos si quiere que holguéis? O cómo podréis recrear si quiere que trabajéis?

CAPÍTULO IV

Que querer saber esto paresce tentación, porque quien sabe el bien é no lo hace más peca que el que no lo sabe.

De lo que agora es dicho se podría prima facie sospechar que este vuestro deseo más sea tentación que piadosa intención. Porque dice el sancto evangelio que el siervo ó familiar que sabe la voluntad de su señor, y cómo le ha de agradar y servir, será y debe ser gravemente penado si no se esfuerza á lo complir. E así dice Santiago, que el que sabe lo bueno é no lo hace, peca más que el que no lo sabe. E también dice Sant Pedro, que era ó sería mejor no conoscer cómo se ha de obrar la justicia que conoscerla y no hacerla. E Sant Pablo dice que por eso alcanzó misericordia de Dios é fué perdonado, porque no pecó á sabiendas, mas por ignorancia engañado. Y es muy gran razón que así sea, porque ninguna cosa es pecado si no procede de voluntad; y tanto es más pecado cuanto es más voluntario. Pues como la ignorancia, tan bien como la fuerza quite la voluntad, ca no puede hombre querer lo que en ninguna manera puede conoscer, hace que el que yerra por ella meresca ser perdonado. E por el contrario, el saber que acrescienta la volun-

tad acrescienta el pecado; pues, como sea cosa grave é mucho dificultosa guardar y poner en obra la orden que vuestra noble devoción demanda, paresce que es tentación saberla y más dañoso que provechoso ser dello avisada.

CAPÍTULO V

Cuál ignorancia é no saber amengua el pecado y cuál lo acrescienta.

Es la verdad, magnífica señora, y es mucho de notar, que no toda ignorancia excusa todo el pecado; mas aquella solamente que no se puede vencer, ó cuando hombre yerra en lo que no es obligado á saber; ca querer hombre no saber lo que puede y deve saber no excusa, antes acusa y agravia mucho el pecado; porque tal ignorancia afectada no quita ni amengua la voluntad de hacer mal, antes la suele acrescentar. Menos mal es por cierto saber lo bueno é no hacerlo que querer no lo saber, porque no se haya de hacer; ca el que lo sabe, si no lo hace en esta hora, quizá lo hará en otra; mas el que no lo quiere saber, cómo lo podrá nunca hacer? A los tales ignorantes denuesta mucho el profeta, diciendo que no quieren entender cómo hagan bien. Y destos dice el apóstol que serán de Dios ignorados, porque quisieron ignorar. Destos dice otro profeta que desecha Dios su sacrificio y no acepta su servicio ni su ofrenda, porque desecharon ellos la esciencia; y en otro lugar dice ese mesmo apóstol que desprecia Dios los tiempos de ignorancia, quiere decir nesciamente gastados.

Pues no creamos ni temamos que este vuestro deseo de saber bien ordenar é bien expender vuestro tiempo sea tentación ni dañoso, aunque sea, como es dicho, grave la ejecución dello é mucho dificultosa; antes tengamos y creamos que lo inspira el Espíritu Santo, sembrador y amador de todo buen pensamiento.

Y que así es meritorio y loable á vos, noble señora, desear y saber aquesta orden que demandáis como era cosa santa y de loar en el sancto rey é profeta David que su ánima cobdiciase desear las justificaciones de Dios en todo tiempo; en lo cual da á entender que no las tenía ni las hacía toda hora; porque lo que hombre desea no lo tiene, y menos tiene lo que cobdicia desear, como el que ha gana de comer ó de dormir aún no come ni duerme, y mucho menos el que quería haver la tal gana.

Y aun Dios Nuestro Señor favoresce este deseo cuando en el Testamento Viejo é Nuevo nos dió mandamiento que no podemos complir biviendo en este destierro. Amarás, dice, á tu Señor Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu inteligencia, y de todas tus fuerzas, etc., que quiere brevemente decir: que ni pensemos, ni digamos, ni menos hagamos cosa que no sea á loor é servicio de Nuestro Señor. E aun no solamente esto, mas que actualmente nos expendamos é siempre ocupemos en su servicio é loor; lo cual ninguna criatura pudo enteramente complir en aquesta presente vida, sino sola la Virgen sagrada, que fué toda limpia é pura. Pues para qué nos mandó Nuestro Señor y enseñó lo que no podiemos complir, sino para que lo tengamos en deseo y sepamos cómo le devríamos servir si bastásemos para ello, é para que gimamos porque no hacemos ni podemos todo lo que devríamos? Pues ayudados de su gracia, por los méritos é intercesión de aquella que nunca perdió tiempo, satisfagamos como pudiéremos á vuestra muy noble devoción.

CAPÍTULO VI

Que todos los bienes que tenemos habemos de comunicar y repartir á Dios y á nos é á los prójimos; por consiguiente, el tiempo como principal entre ellos.

Todas las cosas, muy noble señora, que tenemos, debemos partir en tres partes: una para Nuestro Señor Dios, y otra para nos, y la tercera para los prójimos; ca así nos es mandado por ese mismo Señor Dios Nuestro que amemos á él primeramente, y después á nuestros prójimos por su amor, así como á nos mesmos. En lo cual se da á entender que habemos de amar á nos primero que á ellos; pues que el amor é caridad que á nos havemos ha de ser regla que nos enseñe cómo havemos de amar á ellos. Y haués de saber no es otra cosa amar sino querer bien é facer bien á la persona que amamos cada que hoviere para ello oportunidad. Pues cómo nos sea mandado que amemos á Dios y á nos y á los prójimos, debemos querer y comunicar el bien que tenemos á Dios y á nos é á ellos. Y como quier que todo lo que tenemos sea devido á Nuestro Señor, de cuya mano procede

todo bien; pero él es contento que se haga partes dello, tanto que todo se haga por su amor; y aun en esto paresce su mayor liberalidad y franqueza, que no quiere para sí la mayor parte, antes se contenta con la décima.

Verdad es que todo lo que por su amor á nos y á los prójimos comunicamos, á él en alguna manera lo damos. Mas porque no lo ofrescemos á él solamente paresce que no le damos sino parte.

La ley y medida que nos puso en lo que á nos y á los prójimos havemos á dar es ésta: que tomado para nos lo necesario, segund nuestra manera y estado demos á los menesterosos lo demás. O benignidad infinita, sabia é suave moderación, que á ninguno hace fuerza ni quita su consolación! En esta manera leemos de señora santa Ana, madre sagrada de Nuestra Señora la Virgen María y vuestra especial devota y abogada, que partía en tres partes sus frutos y rentas de cada un año. Pues como el tiempo, según dicho es, ó el bivir, que todo es cuasi uno, sea de las principales é más preciosas cosas que tenemos, esto se deve repartir haciendo parte dél á Nuestro Señor, parte á nos é parte á los prójimos. Y en aquesta manera devéis vos, muy noble Señora, é las personas de vuestro estado, gastar é consumir el día, la semana, el mes y el año.

CAPÍTULO VII

Cuánta y cuál parte de tiempo havemos de ofrescer á Nuestro Señor Dios y en qué se ha de emplear.

Son, magnífica señora, en cada un día natural comúnmente veinte y cuatro horas, é cuasi todas iguales, porque, aunque es verdad que son unas mayores é otras menores, que hacen en los días alguna diversidad, pero es la diferencia tan pequeña, que no es de hacer aquí cuenta della. Destas se deve dar el diezmo á Nuestro Señor, que son dos horas é cuasi media, y deven ser expendidas en su servicio é loor. Conviene á saber, en oración vocal ó mental y en la reverencia y adoración del santísimo sacrificio del altar, que es la santa misa. Pero cuales horas devan ser éstas, y si se le deven ofrescer juntas ó repartidas, es de saber que, aunque Nuestro Señor, como ya fué dicho, no quiera de las cosas la parte mayor, pero quiere la primera y la mejor, ca se quejava por el profeta Malaquías de los que guardavan para sí los corderos gordos é sanos, é ofrescían á él los cojos é los magros. Por esto le aplugo Abel y le desplugo Caín, porque Abel, que era pastor, le ofresció sacrificio de los corderos más gruesos y mejores; y Caín, que era labrador, de las mieses más menudas y peores. Y es muy grand razón que aquel que es dador y Señor de todo quiera é lieve lo mejor.

Quiere otrosí las primeras, segund paresce en la ley que dió al pueblo de Israel cuando lo sacó de Egipto. La cual queriendo complir Nuestra Señora, ofresció en el tiemplo á Nuestro Señor y Redemptor su sagrado primogénito á los cuarenta días de su santo é maravilloso nascimiento.

Paresce otrosí en el sacrificio que le era ofrescido en el primero día de cada mes, que era el primero día de la luna nueva, que se llamaba y hoy se llama kalendas ó neomenia; y en la pascua de siete días que mandava celebrar en el mes de setiembre, que era entonces primero mes del año, y en que el mundo fué criado; y aunque aquellas cabañas ó chozas en que el pueblo havía de estar aquellos siete días representavan cómo estovieron luengo tiempo en chozas en el desierto cuando salieron de Egipto, también representavan la amenidad y verdura del paraíso terrenal, en el cual al comienzo del mundo los primeros padres fueron puestos.

Verdad es que el mes de marzo, dice Nuestro Señor é dice el texto que era primero en los meses del año, mas aquello es cuanto á las pascuas é solemnidades que se habían de celebrar. Es en este tiempo el primero el mes de enero, porque en aquel hovo comienzo el misterio de nuestra redempción, comenzando Nuestro Señor á derramar su preciosa sangre, que fué el precioso precio della, en el día de su santa circuncisión. E como quiere Nuestro Señor lo primero, así lo postrimero, ca mandava que le ofresciesen y que deputasen para él la cola del carnero. Dava en todo esto á entender á aquel pueblo carnal y rudo, y á todos nos en él, que él es alpha y omega, que son primera é postrimera letras del alfabeto griego: principio quiere decir sin principio é fin sin fin de cuantas cosas en el mundo son y pueden ser. A esta causa é á este fin quiso que le ofresciesen cada día sacrificio á la tar-

de, que es llamado vespertino, y sacrificio á la mañana, que es dicho matutino, ca la víspera es fin del día é comienzo de la noche, y la mañana fin de la noche y comienzo del día. Y esta pudo ser causa que no tomó siempre por reyes los hijos primogénitos, mas á las veces los postrimeros, como paresce en el rey David y en el rey Salomón, que fueron los menores de sus hermanos. También lo pudo hacer por nos dar á entender que los que son grandes ó mayores, si se tienen por tales, no aplacen á Nuestro Señor, mas los que son pequeños en sus ojos é humildes de corazón. Y así decia el santo rey é psalmista David: *Neque ambulavi in magnis, neque in mirabilibus super me, si non humiliter sentiebam*, etc.

Aún quiso Nuestro Señor parte de lo de en medio, queriendo para sí el redaño del animal y la espalda y pecho, dándonos á entender que no solamente era y es criador de todas las cosas, comienzo é fin dellas, mas que él mesmo es el medio que las sostiene é govierna para que puedan conseguir su fin; e lo que más es de maravillar é mucho de notar para lo servir y agradescer, que en la persona de Hijo se hizo nuestro medianero para redemir é salvar al linaje humanal. Oh misericordia no asmable! Oh amor inestimable! Oh sabiduría inefable, que tantas y tales maneras sabe para comunicar su soberana bondad!

Pues síguese de lo dicho que en tres tiempos del dia quiere Nuestro Señor ser rogado é alabado, conviene á saber: á la mañana, al medio día y al cabo. E si el santo profeta dice que le loava siete veces en el día, y que se levantava á la media noche á le alabar y á contemplar sus juicios, aquello es para los eclesiásticos, mas no para vuestro estado. Y aún es cosa razonable y cuasi necesaria que la oración no se haga toda junta, porque la atención y devoción, que son mucho provechosas y necesarias en la oración, piérdense cuando es mucho prolongada. Por lo cual nos aconsejan los santos que nuestras oraciones sean espesas y breves, é por consiguiente repartidas en veces é no juntas en un tiempo; aunque es cierto que el romero hito, saca zatico; y que como el santo evangelio dice: abren por importunidad la puerta al que persevera é no se enoja de llamar. Y esto sea brevemente dicho de la cuantidad é cualidad del tiempo que á Nuestro Señor se deve dar.

CAPÍTULO VIII

Cuánto tiempo havemos para nos de tomar y en qué lo havemos de gastar.

Para vos, noble señora, havéis de tomar el tiempo necesario á vuestra sustentación y á vuestra avisación y para alguna recreación. Para vuestra sustentación havéis de tomar el tiempo què es necesario para dormir y para vuestro comer. Para vuestra avisación devéis expender algo en leer ó en oir, y en comunicar algunas veces con personas sabias é espirituales que vos puedan avisar é informar de cómo vos havéis de salvar. Para vuestra recreación se deve algo gastar en algunos pasatiempos honestos, que así recreen y esfuercen la carne que el alma no pierda nada.

Item, en alguna obra de manos, la cual á vos ha de ser recreación é no trabajo, como fué á nuestro primero padre dada la labor y guarda del paraíso terrenal antes que pecase. E así aprovechará la obra de las manos para evitar la ociosidad, que, como dice el Sabio y después nuestro glorioso padre Sant Jerónimo, es madre y maestra de mucho mal. Y para conservar y acrescentar la salud y buena disposición corporal, é para tomar nuevo sabor en las obras espirituales y de devoción. Y especialmente creo que aproveche para impedir é minuir la reuma de vuestra garganta. E así también podría aprovechar para dar limosna á los pobres y para honrar el altar; é si tanta podiese ser la obra de las manos que della vos pudiésedes mantener, seríades, como dice el psalmo, bienaventurada, segund leemos que lo fué la Virgen gloriosa Nuestra Señora Santa María, y como á la letra lo dice Salomón de la mujer fuerte y virtuosa; ca no hay cosa tan miserable como ser hombre sostenido del sudor é trabajo ajeno, si se puede sostener de suyo mesmo.

En tanto es esto verdad, que aun los pobres que no pueden ganar por sus manos el mantenimiento é por fuerza han de mendigar las limosnas, son obligados á las pagar en oraciones por aquellos que se las dan. El hombre dice Job que es nascido para trabajar, como la ave para bolar, y por eso dice el apóstol que dicía Nuestro Señor que es cosa más bien aventurada dar que tomar. Y es así la verdad; porque dar es hacer y obra de

perfección; tomar es padecer y cosa de imperfección. Propio es de la forma, que es perfección, dar ser; é propio de la materia, que es la cosa del mundo más imperfecta, recebirlo. Porque Nuestro Señor Dios es lleno y perfecto, como dice por Isaías, no ha menester nuestros bienes, segund dice el psalmo.

No quiero yo decir que con trabajos corporales y con artes mecánicas han todas las personas de ganar y merescer las cosas necesarias, ca el que obra con el entendimiento, como dice Aristótiles, más hace que el que trabaja con el cuerpo. Y más hacía María á los pies de Nuestro Redentor asentada, oyendo su santa palabra, que Marta, su hermana, solícita en ministrar é mucho ocupada. Y más ese mesmo Redentor velando y orando y andando de lugar en lugar dotrinando, que los que de sol á sol andan arando é cavando. Y más hacen los reyes, príncipes é señores y prelados é cualesquier regidores eclesiásticos ó seglares en bien ministrar y en bien regir sus oficios é pueblos á ellos encomendados, que los vasallos é súbditos que en obras corporales son más ocupados. Pues no quiero decir aquello; más digo y aquesta es mi intención, que yerra gravemente é tiene vida muy mísera el que en burlas y en cosas sin provecho gasta é pierde el tiempo é quiere vevir del afán é sudor ajeno. Y que algund grano de sal de ocupación y ejercicio corporal todo hombre puede aprovechar ó á nadie puede dañar. Y esto sea cuanto á las cosas necesarias para vuestra noble persona, en que se deve expender la segunda parte del tiempo.

CAPÍTULO IX

Cómo se ha de expender el tiempo que havemos de dar á los prójimos.

Tres maneras son de prójimos, generosa señora, á los cuales ha de ser dada la tercera parte del tiempo: superiores ó mayores, iguales y menores. Superiores vuestros son todos los que tienen sobre vos jurisdicción, é los parientes é afines de mayor edad, agora sean eclesiásticos, agora seglares; y entre estos es mucho principal el magnífico señor conde, vuestro marido, cuya voluntad y querer ha de ser continua ley, como arriba fué dicho, en lo que no fuere contra el rey ni contra vuestro perlado. A los superiores é mayores es devida reverencia é obediencia é aún servicio con la persona é con la hacienda, cada que fuere menester.

En este propósito en que hablamos son iguales vuestros todos los que no son á vos subjetos. A éstos es debida igualdad de justicia en los contractos voluntarios ó involuntarios, corrección fraterna é liberalidad, humanidad é socorro en su necesidad espiritual é corporal.

Menores son: vuestros hijos, parientes é afines de menor edad, vuestros familiares é servidores, mujeres é varones, é todos vuestros vasallos. A éstos es devida corrección é buena crianza é suficiente provisión de lo necesario, remuneración de los servicios. A los vasallos en especial, complimiento de justicia civil é criminal.

Pues la tercera parte del tiempo ha de ser expendido en dar é proveer cómo se dé á todos éstos lo que á cada uno es devido. Muy grave cosa es, yo así lo confieso y de muy pocos temida, mas esta es la verdad: que aquel sólo es fiel é buen despensero, como dice el sancto evangelio, que á cada uno da su medida. Quién será éste, como dice el Sabio, y alabarle hemos, especialmente en las mujeres, que son naturalmente hechas para ser regidas é subjetas? Respondo que quien no procura la prelación ni el estado, y el que lo toma porque le es mandado é pone toda diligencia en dar dello buen recabdo. Ni vos, noble señora, devéis desesperar, pues sois hija de madre que tuvo mayor estado é manera, y creen los que la conoscieron que á Dios y al mundo dió dello buena cuenta.

CAPÍTULO X

Que como las doctrinas particulares son mucho provechosas, así son graves de dar y de tomar é mucho dificultosas.

Todo lo dicho, mi noble señora, vos parescerá bien dicho, mas no vos contentará ni lo havéis por doctrina complida si no escrivo por menudo cómo vos havéis de haver en cada hora del día. Bien veo yo que tenéis razón de lo así querer y pedir. Porque aunque sean muy buenas las doctrinas é reglas universales, no son tan provechosas, segund dice Aristótiles, como las particulares. Pero él mesmo dice que así como son provechosas, así son mucho dificultosas. E si el médico ha por grave regir los cuerpos humanales, con-

siderando las mudanzas de los tiempos, de los lugares, de los oficios ó ejercicios y de las edades, cuánto será más grave regir complidamente las almas é voluntades, que no solamente son tan diversas como los cuerpos, mas aún más sotiles, más ocultas é más variables! Oh cuán temerosos, como dice el Sabio, nuestros pensamientos, é nuestros propósitos cuán inciertos! Nunca, como dice el sancto Job, en un estado permanescemos, aun los que paresce que estamos apartados de los movimientos; henos enfermos, henos sanos; henos recios, henos cansados; henos fervientes, henos resfriados; henos devotos, henos atibiados. En la hora de dormir, altérase el sueño. En la hora de velar, viene de ligero. En la hora de rezar, acaescen los debates. En la hora de librar y de despachar á los librantes, vienen tales personas y de tanto acatamiento á vos ver é visitar, que es forzado de las recebir, ver y hablar. Quién podrá dar ni tomar ley cierta en humanidad subjeta á tanta diversidad? Difícile es por cierto de la dar y más difícile de la guardar. Mas con todo eso, como el mesmo filósofo dice, devemos tentar si podrá algo aprovechar.

CAPÍTULO XI

Cómo se ha de expender el tiempo en cada hora é momento desde la mañana hasta el medio día.

Pues cogiendo, virtuosa señora, más en particular la manera que devéis tener en expender cada hora, comencemos de la mañana segund la orden del santo evangelio, y asentemos que en el tiempo del invierno vos devéis levantar á las ocho, que son ya dos horas del día, signándovos é santiguando é diciendo: *Credo in Deum, Pater noster* y *Ave María* y otras oraciones en tanto que vos vestís. Ataviada vuestra persona, vuestra primera ocupación sea rezar Prima, Tercia, Sexta y Nona de las horas de Nuestra Señora, que sin gran necesidad nunca las devéis dejar. Aparejen entre tanto el altar y lo necesario, para que en dando las nueve vos comiencen decir misa. Esta oid con mucha atención, dejado todo cuidado é toda otra ocupación. Nin llegue secretario, nin paje, nin doncella, nin pariente, nin dueña á vos hablar ni una palabra, si no fuése muy necesaria, ca devé estar cogido allí todo el entendimiento, y aun tan buen día que baste para flacamente honrar aquel sagrado misterio. En tanto que se dice podréis rezar la misa de Nuestra Señora é los psalmos penitenciales, salvo que el santo evangelio oyáis con todo silencio. E deve uno tener cargo mucho encargado de curar é procurar que en vuestra casa ni al derredor della no hay hablas ni ruido en tanto que se ofrece aquel muy santo sacrificio. Si quisiéredes algunas veces mirar é contemplar los misterios de aquellas santas cerimonias, quizá valdria tanto ó más que el rezar.

Acabada la misa é quitado el altar, devéis dar audiencia á los que quieren librar, é oir primero á los pobres, que no tienen que gastar. Buscado en esta manera el reino de Dios y la su justicia, que, como dice el santo evangelio, es y ha de ser lo primero, devéis, muy noble Señora, dar una vista á todo vuestro aposentamiento, mirando con diligencia lo que cada una hace y cómo están ocupadas; é si está todo limpio, compuesto é ataviado, é, si están algunas enfermas, cómo son proveídas é consoladas. Este es piadoso é provechoso ejercicio para el ánima é para el cuerpo, para la honra é para la hacienda.

CAPÍTULO XII

De cómo se expenderá el tiempo desde el medio día hasta la cena.

Visitada vuestra casa y tornada á vuestro estrado, denvos de comer, y esté todo aparejado que será cuasi al medio día; y ved que no comáis sola vuestro bocado, mas que lo partáis con los pobres, como lo hacía el santo Job, é primero el santo patriarca é padre de nuestra fe Abraham, y después el santo viejo Tobías, y en el Testamento Nuevo las santas dueñas Marta, Tabita é Drusiana.

Levantada ya la mesa y hecha oración también al comienzo como al cabo, podéis entonces pasar tiempo, cuanto media hora, en alguna recreación, ó de honesta é provechosa habla con algunas buenas personas, ó de alguna honesta música, ó de alguna buena lección; y esto sería lo mejor, aunque no para la digestión. Y podrés luego, si querés, reposar é dormir cuanto otra media hora.

Despertada del sueño á las dos, después de medio día, devéis luego rezar vísperas é completas de Nuestra Señora é las horas de defuntis, si bastare la devoción. Todo esto en

un retrete el más quito de ruido que pudiéredes haver, en el cual esté nuestro oratorio tan limpio é tan compuesto, que cada que en él estáredes vos dé consolación é vos convide á devoción. Tardaréis en poco más de media hora, por manêra que á las tres horas después de medio día tomáis alguna labor en las manos, ó de palios para altares, ó de cordones y trenzas para registros á los misales, ó de franjas y flocaduras para poner á los frontales é á las santas vestiduras, ó de coser y remendar sábanas é cosas de lienzo para los pobres hospitales ó para algunas pobres personas. Yo leí, oí é ví grandes señoras hilar por sus manos el paño para vestir á los pobres é hacer la cera para los escadales. Expendido un rato en esto, que sea cuanto una hora ó cuanto ser dos horas cuando más, deven ser luego despachados los que algo querrán librar, porque no los tome ahí la noche, aunque mejor sería que los tales fuesen despachados cada que llegasen. Y después sería bien praticar un rato con vuestro mayordomo de lo que conviene al buen regimiento é provisión de vuestra familia é hacienda; y ver qué tenéis y qué devéis, y después ver qué ha obrado cada doncella é si cumplió su tarea, andando un poco por casa, porque aprovecha mucho para la salud corporal. Dénde ver vuestros hijos é haver con ellos consolación, é darles alguna dotrina buena que mamen en la leche y se críen y crescan con ella.

CAPÍTULO XIII

Cómo se gastará el tiempo desde la cena hasta el costar, y de cómo en las fiestas de guardar algo se ha de mudar é algo del invierno al verano y en el medio tiempo.

Sea vuestra cena á las siete ó á las ocho cuando más. Y antes media hora vos retraed al oratorio á rezar los maitines é laudes de Nuestra Señora. Hecha la cena podéis recrear hasta que sean las diez, y luego vos acostad rezando primero de rodillas el Credo, Pater Noster, Ave María. E procurad de vos dormir leyendo é oyendo buena lección que vos dé espiritual alegría. Esto haved por cierto que hace grand daño: acostar y levantar parlando.

Aún primero que durmáis devéis bien pensar cómo vos hovistes en este día y en qué havéis ofendido, hiriendo vuestros pechos con mucha contricción por cada ofensa, demandando perdón á Dios Nuestro Señor, con firme propósito de lo enmendar.

Esta manera, muy noble señora, paresce asaz humana para expender cada un día de los de entre semana. Mas en los domingos é fiestas de guardar otra manera se deve en algo tener, como vuestra noble discreción puede bien entender sin que ninguno ge lo diga. Especialmente vos devríades esforzar á oir misa mayor y sermón en algún devoto monasterio en los tales días. Y aun sería santa cosa que fuésedes á vísperas. Verdad es que las dueñas salen con tanta pompa é con tanto aparato, que no sé si sería mejor todos días oir en casa los oficios.

Todo lo del invierno se ha de guardar en el verano, anticipando las horas de levantar é acostar, é así de todo lo ál por dos horas á lo menos, y reposando mayor rato después del ayantar, porque la falta de la noche se suple en el día. Entre verano é invierno dévese tener el medio. La cuaresma ella se ordena.

CAPÍTULO XIV

Desta fin, exhortando á la ejecución desta avisación, aunque sea trabajosa, especialmente al comienzo, pues que es necesaria é mucho provechosa.

Esto es, magnífica señora, lo que mi pobre entender pudo alcanzar para satisfacer á vuestra noble y devota petición, así en general como en particular. Recebid la voluntad, que sabéis que es entera para vuestra consolación. Rogad y mucho roguemos á Dios Nuestro Señor que, pues tanto vale el tiempo é tan bien deve ser gastado, que á vos y á nos dé gracia que con mucho vero é con mucho tiento sea todo empleado. Esforzad vos, noble señora, á poner por obra siquiera alguna parte, y veréis cómo Nuestro Señor ayudará cada día más para todo lo restante; esto haved por cierto que es duro é trabajoso todo buen comienzo. Mas puede tanto la costumbre, que lo grave torna dulce. Sed constante é perseverante, ca, como dice el santo evangelio, el que perseverare hasta la fin será salvo.

Nuestro Señor salve á vos y á nos por su gran misericordia Amén. Y vos, noble señora, rogadle siempre por mi, siervo suyo sin provecho é continuo capellán vuestro.

FINIS

AGONÍA DEL TRÁNSITO DE LA MUERTE

CON LOS AVISOS Y CONSUELOS QUE CERCA DELLA SON PROVECHOSOS

DIRIGIDA Á LA MUY ILUSTRE SEÑORA DOÑA ANA DE LA CERDA, CONDESA DE MÉLITO, ETC.

AUTOR

EL MAESTRO ALEXIO VENEGAS

El primer punto de los seis en que se divide la obra es que la vida del buen cristiano es un prolongado martirio. El segundo trata del aparejo y testamento de la buena muerte. El tercero, cómo se avrá el agonizante contra los recuentros del enemigo. El cuarto, de los cuatro lugares de las ánimas y la habla y comunicación dellas. El quinto, del valor de los sufragios, misas y bulas y lo demás. El sexto, del consuelo de los bivos por la muerte de sus defuntos. Al fin va la glosa de los vocablos oscuros.

Impreso en Alcalá, con licencia.—Año de MDLXV.

LICENCIA

Don Felipe por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdova, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar; duque de Milán, conde de Flandes y del Tirol, etc. Por cuanto por parte de vos, Diego de Santa Cruz, librero, vecino de la ciudad de Toledo, nos fué hecha relación diciendo que vos teníades un libro en romance, que se intitula *Tránsito y agonía de la muerte*, el cual compuso el maestro Alexio de Venegas, el cual era muy útil y provechoso; y nos suplicastes os diésemos licencia y facultad para que le pudiésedes imprimir y vender; mandando que por el tiempo que vuestra merced y voluntad fuese, otra persona alguna no lo pudiese imprimir ni vender, ó como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, se hicieron las diligencias que la pregmática sobrellos por nos nuevamente hecha dispone; y fué acordado que devíamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón, y nos tomámoslo por bien; y por la presente damos licencia y facultad á cualquier impresor de nuestros reinos para que pueda imprimir el dicho libro, sin que por ello caiga ni incurra en pena alguna, con que después de impreso no se pueda vender, ni venda, sin que primero se traiga al nuestro Consejo, juntamente con el original que en él se vió, que va rubricado de Domingo de Zavala, nuestro escrivano de Cámara, de los que residen en nuestro Consejo, para que se vea si la dicha impresión está conforme al original, y se os dé licencia para lo poder vender, y se tase el precio que por cada volumen hoviéredes de haver, so pena de caer y incurrir en las penas contenidas en la dicha pregmática y leyes de nuestros reinos. Dada en Madrid á

diez y siete días del mes de Abril de mil y quinientos y sesenta y cinco años.—*Juan de Figueroa. El doctor Diego Gasca. El licenciado Atienza. El doctor Durango. El doctor Suárez de Toledo. Yo Domingo de Zavala,* Escrivano de Cámara de su Magestad, la fice escrivir por su mandado con acuerdo de lo de su Consejo.—Registrada, *Martín de Vergara.*—Por Chanciller, *Martín de Vergara.*

COMENDACIÓN DE LA OBRA

Pues la muerte está tan cierta
cuan incierto está su plazo,
para tan cruel reyerta
cada cual esté ojo alerta
cómo no caiga en el lazo.
Y si el mundo trastornamos
para un momento de vida,
tierras y mares andamos
y en todo devaneamos
la muerte porque se olvida.
Y pues para la esperar,
y esperando no temella,
y no temida acertar,
y acertando, así alcanzar
la gloria por medio della;
este libro es medicina
y antídoto provechoso:
léase, que es cosa digna
de ejecutar su doctrina
con atención y reposo.
La muerte á mozos acecha
y á los viejos da aldavadas,
y su guerra es cosa estrecha;
pues al rey con el que pecha
lleva por unas pisadas:
no emperece de pasar
hombre que con él se tope;
que es lectura singular,
pues está cierto el purgar
prevenga con el jarope.
El que su fin premedita,
Salomón nos ha avisado
que todo pecado evita;
y en lo así hacer, imita
al Yerónimo sagrado,
que á todo tiempo y sazón
cuenta que como en presencia
á su oreja oye el pregón:
venid muertos, dad razón
en la estrecha residencia.
Quién será tan descuidado
en cosa que tanto va,
que no ame ser avisado
como estará aparejado
cuando su muerte será?
Y pues que la obra presente
te enseña cómo te avrás
en combate tan valiente,
do no hay padre ni pariente
de quien valer te podrás,
abre el ojo y con cuidado
atiende lo que aquí está,
pues que lo que otro ha sudado
se te da en breve apurado
sin buscar acá ni allá.
Eres en obligación
á quien te mostró el atajo,
que en breve composición
sus letras y erudición
te quitaron de trabajo.

EL MAESTRO ALONSO CEDILLO, RACIONERO EN LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO Y CATEDRÁTICO EN EL ESTUDIO Y UNIVERSIDAD DE LA MISMA CIUDAD, AL BENÉVOLO Y PÍO LECTOR.

Cuando alguna obra de sí es buena, y el autor della es por la honestidad de su vida y singular erudición estimado, poca necesidad hay de gastar palabras para encomendarla, pues que ella se trae consigo la loa. Especialmente si la materia de que trata es á todo estado y condición de hombres muy provechosa, como conocerán ser la presente los que con sana voluntad y atención la leyeren. Y á esta causa puedo yo con justo título excusarme de loar cosa de tanto fruto y tan digna de ser de varones muy doctos alabada.

Bien podría y con verdad decir del maestro Alexio Venegas, autor de la obra presente, ser varón de mucha valía y copiosa doctrina, por haver, como ha, leído gran número de autores de diversas facultades, de lo cual puedo yo testificar, como testigo de vista, por el discurso de muchos años que havemos tenido estrecha amistad y conversación. Y dejando á parte sus muchas y buenas letras y dignas de ser estimadas, he bien conocido en él mucha perfección en honestidad de vida, costumbres y obras de verdadero cristiano. De donde podrá conocer el piadoso lector el libro hecho de persona de tanta virtud y nobleza,

de tan muchas y buenas letras, ser tal que, viendo el gran provecho que en él hay, holgara de leerle no una sino muchas veces, y cada vez con mayor gusto.

Y puesto quel maestro Venegas sea muy celoso del provecho del prójimo y muy recatado para no escrevir cosa que no sea muy sana y católica, demás de cumplir con la muy loable institución, poniendo su obra á la censura de los mayores, quiso tomar el parecer de personas tan eminentes y de tanta autoridad, que no se escapase de ignorante ó de malicioso el que quisiese detraer una obra tan buena y tan provechosa y tan autorizada de tantos y tan señaladas razones. En esto no quiero más decir porque no piensen algunos que por haver sido el maestro Venegas mi discípulo hablo con afición. Mas como sea grande la fuerza de la verdad, á ésta se dará más crédito que á los detractores que suelen hacer su caudal de lo que, so color de censores, quieren quitar á los otros.

Al muy noble señor el Maestro Alexio Venegas, varón en toda facultad erudítísimo, el Obispo Campo, Canónigo de Toledo, indigno Profesor en la Sacra Teología, salud y gracia en Cristo Jesús, que es su única salud.

Aunque á todo cristiano conviene, muy noble señor, imitar de corazón la humildad que el Redemptor enseñó, mucho más obliga á las personas que dan su doctrina ó por palabra ó por escrito. Esta imita V. M. hoy en pedirme con tan cumplida humildad que yo lea y aprueve este tratado, que se intitula *Agonía y tránsito de la muerte:* cosa por cierto que deve ser para mí muy ajena, pues tengo de seguir la doctrina del Redemptor que he dicho; porque no haría poco en entenderlo según su grande erudición, cuanto más de juzgarlo. Y por tanto este oficio de aprovarlo remito yo á personas doctísimas, cuyo es, que lo sabrán juzgar y aprovar, y su juicio será estimado. Especialmente al muy reverendo Señor Maestro fray Dionisio, á quien V. M. dice que lo tiene enviado y consultado para que lo vea, cuya censura será de muy grande valor, pues es persona á quien en esta edad, allende de otras muchas y grandes doctrinas, ha dado Nuestro Señor especial don de exponer las sanctas escripturas que llama el apóstol: *interpretatio sermonum.* A mí solamente me resta, como á uno del pueblo, estimar el celo con que en este volumen á todos nos havéis despertado y dado aviso para saber bien morir, que es cosa que mucho importa á todo cristiano; es ciencia por cierto muy necesaria, aunque sabida de pocos; pues la buena muerte, demás que es grande argumento de la vida eterna, encubre y aun honra la vida pasada, según lo que dice un común prouerbio: que el buen morir toda la vida honora.

Acuérdome que muchas veces este invierno pasado, en nuestros particulares coloquios, dando cuenta uno á otro de nuestros estudios, culpávamos gravísimamente el gran descuido que en esta era hay en muchos de los cristianos cerca de proveer y prevenir el buen morir. Y decíamos que por qué causa, siendo la muerte jornada tan inevitable y tan grave é yugo tan necesario sobre todos los hijos de Adam, la tenemos tan olvidada? Pues que para partir un breve camino, que está en nuestra mano dejarlo, nos pertrechamos de todo aparejo, y para un camino tan necesario, tan arduo, tan largo y peligroso, estamos tan descuidados? Sabiendo por muy cierto que, por muy tarde que nos venga, será muy presto, y, por grande estruendo que traiga, será repentino.

Todo esto reprehende sabiamente el presente tractado, y nos enseña y avisa con muy sana y católica doctrina con escripturas sanctas bien declaradas, con aprovación de sacros doctores, con resoluciones de doctísimos teólogos puestas en estilo claro y breve, y con muchas antigüedades, según la grande erudición y mucha lectura que siempre en V. M. conoscí. Por tanto, yo consejo á quien devo y requiero á todo cristiano en Cristo Jesús lea una y muchas veces este tractado, del cual con el favor divino sacará grande utilidad, ansí para enmendar la vida como para disponer la buena muerte. Y á V. M. ruego y con instancia pido que, no obstante sus ordinarios y continuos trabajos y estudios, emplee su tiempo en estos y otros tales ejercicios, que dellos Nuestro Señor es servido, los sabios se despiertan y los ignorantes se avisan.

En Toledo, veinte días de febrero de mil quinientos treinta y siete.

Al doctísimo y muy noble señor Alexio Venegas, Maestro muy eminente en las artes liberales, Fray Dionisio Vázquez, indigno Capellán y Predicador de Su Santidad y de Sus Majestades, salud en Nuestro Señor Jesucristo.

Quisiera yo, muy noble señor, estar sano como me conoció V. M. otro tiempo, ó menos enfermo de la enfermedad que tengo, que de pocos días acá se me ha agraviado tanto que apenas me basta todo el día para rezar el oficio divino, sin hacer otra cosa, ni estudiar ni leer ni escrebir, que apenas puedo firmar mi nombre, según estoy de pies y manos y lengua impedido, para poder dar testimonio de la mucha y buena y católica y eminente doctrina que conjeturé que se encerrava en el tratado que V. M. me envió que viese, por lo que barrunté de lo poco que en él pude leer· Y esto no para aprovarle yo, que este oficio me viene muy ancho, especialmente haviendo puesto mano en él el muy magnífico señor obispo Campo, que según las muy grandes letras y autoridad de su señoría, sería grande atrevimiento mío osar ser su compañero en este oficio. Mas viérale yo de muy buena gana y con mucha diligencia si tuviera salud, no para dar decreto en él, sino para rescebir provecho dél; que según el gran ingenio y eminente erudición y savia doct ina que siempre conocí en su autor, no fuera pequeño el fruto que dél se me siguiera.

Y con tal pronóstico y expectación que siempre dél tuve, en lugar de aprovación de persona que le haya visto y leido todo, *quod mihi per valetudinem non licuit*, aconsejo á todos los lectores dél que con mucha devoción y reverencia y atención noten las grandezas que en él conjeturo se encierran, por lo que olí de un poco que en él pude leer. De las cuales yo con mi poquedad é salgo por fiador, según la cristiandad y nobleza, habilidad y letras que siempre conocí de su autor; y si Dios me da salud, tengo voluntad de ser uno de los compañeros que ternán en leerle con mucho estudio. En Alcalá de Henares veinte y seis de febrero de mil y quinientos y treinta y siete. A servicio de V. M., *Fray Dionisio.*

Aprobación del doctísimo y profundo teólogo el Muy Reverendo Padre Fray Toribio de Becerril, Prior en Nuestra Señora de Atocha en Madrid, sobre el tratado del «Tránsito de la muerte», que escribió el Maestro Alexio Venegas, que el Muy Reverendo Señor el Doctor Blas Ortiz, Vicario General de Toledo y su Arzobispado por comisión y mandato de su Ilustrísima Señoría, le cometió.

Fray Toribio de Becerril, prior de Nuestra Señora de Atocha, al pío lector.

A cualquiera que con cristiana consideración mirare el fin de los bien empleados estudios del maestro Venegas, no puede no ser agradable su sancto celo y gratificado su fructuoso trabajo. Y si en el mundo reinase tan mal conoscimiento que causase ingratitud de obra digna de tan gran renumeración, no por eso su auctor deve descaecer en llevar adelante ejercicio que tan animosamente emprendió y tan prósperamente comenzó. Que de tan útiles principios no se esperan sino fines gloriosos, y en el cielo reina quien ningún servicio deja sin premio grande. Y si dél ningún otro se esperase, bastan por galardón de cualesquier humanos trabajos ofrecerlos á aquel en quien son tan bien empleados: que con solo quererlos rescebir, sobradamente los paga. Bienaventuradas aquellas fatigas que se sufren por tal Dios, que la dignidad de la causa quita el sinsabor de la obra y aun el nombre de la pena, y sobre esto su fin es paz y perdurable gloria. Y pues el principal intento en este sancto tratado fué Dios y el deseo de su servicio, díchosas ocupaciones, pues gozan del más alto fin que pueden tener, y pnes hallaron tan proporcionados medios para conseguirlo y para enseñar á todos cómo lo puedan alcanzar.

Con diligencia he mirado esta presente obra como me fué encomendado; y lo que della siento es que en lo que sé que pretendió su auctor ofresció á Dios no pequeño servicio, y con lo que tan atinadamente escribió, hizo al mundo singular beneficio y provecho.

Es doctrina católica, cristiana, y no solamente segura, mas aún necesaria; pues en ella

tan altamente se enseña ser nuestra vida un martirio prolongado, que al nascer comienza y fenesce el penar al morir y no el gozar al acabar, si con paciencia fueren sufrido los tormentos que nuestra vida de tantas partes cercan y rodean. Tiene otros excelentes avisos, conviene á saber: de cómo en vida se ha de disponer el mortal para bien morir, y de las ilusiones quel adversario de nuestro bien en tal trance nos ofresce, y de los reparos que contra sus tales tentaciones se deven procurar, y muchas otras cosas dignas de ser con gran cuidado vistas, pues son de cosas tan importantes por las cuales más presto que pensamos por ventura pasaremos.

Agrádame por extremo ser toda esta doctrina tan conforme á la de nuestros mayores, que fueron columnas de la Iglesia, que paresce ser toda una, como á la verdad lo es. Lo cual no amengua la alabanza del auctor, mas antes en gran grado la engrandece; pues con tan singular artíficio, como abeja artificiosa, de las flores de la sagrada escriptura y antiguos y sanctos doctores sacó tanta dulzura, que cualquier palabra de esta colmena (que así puede bien llamar) sabe á dulcísima miel; para lo cual no se requiere menor ingenio que para fabricar algo de nuevo, ni meresce menos galardón, pues no fué menor el trabajo, y se descubre más el valor de su cristiano é humilde juicio; porque así como no menos aprovechan á la república los plateros que perficionan y dan lustres y matices al oro y plata y otros preciosos metales que los que los sacaron del venero cavando, antes el de los segundos se tiene por más primo oficio que no el de aquellos que primero lo descubrieron; así no se debe menor loor y premio á los que con sus vivos juicios supieron poner en nuevo estilo é primor y perfección conveniente á nuestros presentes siglos lo que los antiguos de nuevo hallaron no tan adelgazado ni polido, aunque bastante para las gentes que en aquella edad se hallavan.

Sepamos, pues, estimar lo que no tiene precio por tenerlo tan sobrado, y despreciando algunas otras doctrinas sospechosas de auctores ya notadas y más atrevidos que convenía, mayormente para tan peligrosos tiempos como los de ahora. Esta leamos, ésta tratemos y ésta preciemos; pues es abonada con testimonios de tan ilustres doctores, como tan á menudo allega, y no reprovada con sospecha que de poca fidelidad del auctor se tenga, de lo cual nos asegura su firme doctrina y su bondad y antigua nobleza. Vale.

Al muy magnífico señor Don Pedro de Campo, Obispo de Utica, Canónigo en la Santa Iglesia de Toledo, Doctor en Sacra Teología, etc., mi señor, el Maestro Alexo Vanegas, salud en Nuestro Señor Jesucristo.

Sí, conforme al precepto de Horacio, los que hoy escriven, muy magnífico señor, huviesen de retener por espacio de nueve años sus obras, creo yo que, juntamente con el olvido de la nueva invención, se les remitiría la voluntad de sacarlas á luz; y cuando al cabo quisiesen salir en público con su talento, no le sacarían en más perfección que cuando al principio le sepultaron en el olvido. Por lo cual me paresce á mí que se haga de nueve días equivalencia de nueve años; por tanto, como yo me determinase estos días pasados á escrevir el *Tránsito del agonía de la muerte*, tomando materia propincua de la muerte del muy ilustre señor don Diego de Mendoza, mi señor, que sea en gloria, no osé salir con mis papeles á plaza sin que V. S. me hiciese las mercedes acostumbradas y viese este breve tratado, interponiendo en él su decreto, para que si en alguna manera fuese provechoso para algunas personas que no entienden latín, V. S. hiciese servicio á Nuestro Señor, y á mi muy señalada merced, favoresciéndole con algo de lo mucho que de su muy grande auctoridad sobreabunda. Y si es verdad que nunca V. S negó este socorro al que con él se quiso amparar, algún derecho particular tengo yo á pedir el favor de V. S., porque soy uno de los discípulos de V. S., que allende de lo que según la capacidad de mi ingenio he sacado de los muchos profundos y claros sermones de V. S., en muchas pláticas y conversaciones particulares he aprovechado mucho de las determinaciones de las materias que incidentalmente venían en habla; si mucho se puede decir que tiene el que tiene deseo de comenzar á saber, y en aqnel deseo se le pasa la vida.

Mas dejando todo esto aparte, tengo especial derecho á pedir su acostumbrado oficio, pues V. S. es el decano de la facultad de la

teología en esta Universidad de Toledo; é yo, aunque sea el menor de todo el claustro, no pierdo el derecho que tengo de acogerme á mi capitán, como el dedo meñique del pie no tiene el derecho que tiene de ser amparado de su cabeza; por tanto suplico á V. S. haga su oficio, y torne por el menor hijo de la Universidad, donde V. S. tiene el primado y dé su parescer y ponga su lima en la obra presente, para que si fuere lectura sana y católica, se imprima y venga en noticia de los que della se quisieren aprovechar. De Toledo diez y ocho de febrero de mil quinientos treinta y siete.

Humilde discípulo de V. S., *El Maestro Vanegas.*

Al Muy Reverendo Señor el Maestro Fray Dionisio, Doctor en Sacra Teología, Predicador y Capellán de la Sede Apostólica y del Emperador nuestro señor, Catedrático de la Sacra Escriptura en la Universidad de Alcalá, el Maestro Alexo Vanegas, salud en Nuestro Señor Jesucristo.

Sabiendo yo, muy Reverendo Señor, que la caridad evangélica que vuestra paternidad siempre profesa es el caudal y el fin de todas sus obras, no curé de pedir el favor de vuestra paternidad por vía del favor, que para con vuestra paternidad tenía muy á las manos. Mas solamente por el derecho que de partes de la caridad tengo á ser amparado de vuestra paternidad, humildemente le pido me haga las mercedes de que al presente tengo necesidad, las cuales en tanto serán mayores en cuanto es mayor la necesidad que yo tengo dellas. Las cuales, como si ya las tuviese por ciertas, me dan osadía á suplicar á vuestra paternidad que entresaque un poquito de tiempo de sus altos y profundos estudios, é mire ese breve tratado que ahí le envío, que trata de la agonía de la muerte. Porque aunque el muy magnífico Señor Obispo Campo me haga estas mercedes entre las muchas que siempre me hace, tendré en mucho precio el parescer de vuestua paternidad junto con el parescer de su Señoría; pues es verdad que en la boca de dos ó tres está la determinación de la cosa. Por tanto, suplico á vuestra paternidad que si este libro llevare algunos siniestros, vuestra paternidad le castigüe; porque apenas es bueno para embrión y presume de antes con antes salir en pública plaza. No mira que aún no es cumplido el tiempo del parto, y rebienta por abortar; porque en verdad el primero día de junio del año pasado de mil y quinientos y treinta y seis fué el primer día que se comenzó á concebir, tomando argumento de la muerte del muy ilustre Señor Don Diego de Mendoza, mi Señor, que en gloria sea.

Y demás de la brevedad deste tiempo, tiene otra osadía no menor que el antuviarse á salir; que como al auctor le faltase el tiempo diurno por las ordinarias lecciones de que abundava, fué organizado en las horas devidas al sueño. Por lo cual, ya que saliese, no havía de tener cara para osar volar entre las aves del día; por lo cual, en pena de sus grandes atrevimientos, vuestra paternidad le ponga las manos, y le dé tal castigo que cuando de sus manos se escape no le conozca su dueño, viendo que salió de su casa murciélago y de las manos de tal censor volvió á su casa borni. Y porque esto pido á vuestra paternidad de parte de la caridad evangélica, soy cierto que no me lo negará, y hago cuenta que han pasado diez años por el libro que vuestra paternidad emendare.

Nuestro Señor la muy reverenda persona y vida de vuestra paternidad nos guarde y augmente por muchos años, para que seamos siempre discípulos de quien podemos aprender. Vale. De Toledo diez y seis de febrero de mil y quinientos y treinta y siete años.

Lucas Cedillos presbiter ad lectorem.

Normam si cupias moriendi discere recte,
Hoc, lector, placidum perlege mortis opus.
Hoc docet ut pateant cœlestia regna fideli,
Omnes cum retegat dœmonis insidias.
Pagina nec parva est nec parvo parta labore,
Quam sapiens pariter vulgus et omne legat.
Si liber hic stigios cogit properare dracones
Quo secedentes in sua tecta ruant,
Hunc eme quisquis ades: qui te comitetur euntem.
Clausaque perstringat dœmonis ora trucis.
Hunc tibi pernoctans clara de stirpe Vanegas
Progenitus scripsit: quo vigil exsequeas.

Ad Sanctam Ecglesiam Catholicam.

Accipias humilem librum, sanctissima Mater;
Omnia judicio subjicit ipse tuo.

Alexius Vanegas.

AGONÍA DEL TRÁNSITO DE LA MUERTE

CON LOS AVISOS Y CONSUELOS QUE CERCA DELLA SON PROVECHOSOS

AGORA NUEVAMENTE ESCRIPTA POR

EL MAESTRO ALEXO VANEGAS

DIRIGIDA Á LA MUY ILUSTRE SEÑORA DOÑA ANA DE LA CERDA, CONDESA DE MÉLITO, SEÑORA DE LA CIUDAD DE RAPOLLA É SUS BARONÍAS, ETC., S. S.

PRÓLOGO

Entre otras exhortaciones que á los tesalonicenses escrive el apóstol (I Thesal., I. IV), muy ilustre Señora, es ésta una, *Nolumus vos ignarare de dormientibus, ut non contristemini sicut et cœteri qui spem non habent:* No queremos, hermanos, que tengáis ignorancia de los que duermen, porque no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza de resurrección. Cuyo entendimiento no es ajeno de V. S., así por ser substancial en la fe católica, como por ser muy conforme á toda buena razón é juicio muy claro, de que Nuestro Señor (como á todos es manifiesto) entre otras preeminencias no menos que ésta á V. S. quiso dotar. Mas porque la condición de la humana naturaleza es de tal suerte, que juntamente no puede estar muy atenta á cosas diversas sin que la intensa afición lleve su caudal á las otras, no tengo por menoscabo que V. S. tenga necesidad de consuelos extraños en un trance tan grande, que suele sacar á las veces de quicios á la razón. Por lo cual, como en el mismo lugar dice el mismo San Pablo: *Invicem consolamini in verbis istis:* consolaos unos á otros en estas palabras, yo, uno de los siervos é familiares de V. S., no como más sabido que todos los otros, sino como más atrevido, acordé de acordar á V. S. lo que V. S. se sabe tan de caudal, que no será otro mi oficio sino traer á la memoria lo que V. S. con su entendimiento ha imaginado, y con la fe informada de caridad tiene admitido. Lo cual con toda la brevedad que pudiere, guiándolo Nuestro Señor, irá sumado en seis puntos.

En el primero diremos cómo la vida del cristiano, recebida en paciencia, es un largo martirio que se acaba en la muerte, aceptado de voluntad.

En el segundo, el apercebimiento que para la tal muerte se deve hacer.

En el tercero se dirán los rencuentros espirituales que pasan entre el agonista y el diablo en el punto del agonía, que se dice tránsito de la vida, juntamente con lo que los circunstantes deven hacer para ayudar al paciente contra las ilusiones notables del enemigo invisible.

En el cuarto diremos los lugares y la inteligencia é conversación de las ánimas después de salidas de los cuerpos humanos.

En el quinto se dirán los sufragios con que los vivientes han de ayudar á las ánimas de sus fieles defunctos, así para aliviarlos de las penas de purgatorio, como para el gozo accidental de la gloria si están en el cielo.

En el sexto é último punto diremos el consuelo que los vivos deven tener por la muerte de aquellos que en esta vida mortal mucho quisieron. En el cual se espaciará V. S. é verá claramente cuántas más causas tiene de tener placer en la razón por el ausencia temporal del muy ilustre Señor Don Diego de Mendoza, mi Señor, que de tener pena en la sensualidad por haber salido de la tormenta en el puerto y del destierro en su tierra y del tránsito de la muerte á la vida perpetua.

FIN DEL PRÓLOGO

COMIENZA EL PRIMER PUNTO

CAPÍTULO PRIMERO

En que se da la definición del cristiano.

Para declaración del primer punto, en que dijimos que la vida del cristiano recebida en paciencia es un largo martirio que se acaba en la muerte, es de saber que la imposición de los nombres con que se nombran las cosas no es sino una medida con que en breve se traza el significado de la cosa; de la cual, allende que en las letras profanas se hace mucha mención, en la escriptura sagrada se tiene en tanto, como en muchos lugares della paresce, que no solamente hombres é ángeles entendieron sobre acuerdo en la imposición de los nombres, mas el mismo Dios quiso poner su decreto, no solamente en los nombres enteros, mas aun en las letras y sílabas dellos, como paresce en Abraham é Sara (Gén., XVII), que al primero añadió una sílaba é al segundo se la quitó.

Viniendo, pues, al propósito, no es otra cosa cristiano sino el hombre que en esta vida mortal, guiado con fe, esperanza y caridad, imita en cuanto puede la vida de Nuestro Redemptor Jesucristo, de cuyo nombre se dice cristiano. De donde dice Sant Agustín (Augustin, in multis locis): Si te place por ser cristiano, muéstralo por las obras que sean conformes al nombre que tienes; esto es, porque, dice Sant Juan (S. Joan., II), el que dice que como conosce á Dios y no guarda sus mandamientos, éste tal no se escapa de mentiroso, porque no conforman las obras con lo que dice. Digamos, pues, que aquel se dirá verdaderamente cristiano que en cuanto puede cuide las obras con la significación del nombre que tiene.

CAPÍTULO II

De las obras del cristiano: que son carga liviana.

Las obras del cristiano más son trabajo de nombre que carga de gravedad, porque á la verdad, tomados de voluntad, son muy ligeros de soportar. De los cuales dice Nuestro Redemptor (Mat., XI): *Iugum meum suave est, et onus meum leve*: La premia que os pongo es muy suave y la carga liviana de soportar. Por esto dijo el psalmista (Psal. XCIII): *Qui fingis laborem in præcepto*: Que Dios Nuestro Señor puso nombre de trabajo al precepto, porque parezca que hacemos algo cuando cumplimos su mandamiento; el cual es de suyo de tanta suavidad que nosotros de nuestro, sin ser mandados, le habíamos de hacer; porque no hay cosa en el mundo que tan bien arme al cuerpo é al alma, al niño é al viejo, al pobre é al rico, al siervo é al señor, al vasallo é al príncipe, al lego y al sacerdote, al secular é al religioso, como el mandamiento de Dios que es un sí cumplido de todas partes sin tener un si no; que ama sin pena de pesadumbre é sin falta que haya mengua. De suerte que aunque no miremos lo mucho que por el trabajo destos mandamientos se nos promete, que es la gloria, por cuyo respecto el purgatorio es pena liviana, aunque no miremos que la ley evangélica se llama yugo; por donde paresce que son dos los que obran, el principal de los cuales es Dios y el hombre es el instrumento en quien y con quien Dios hace las buenas obras; ellos en sí son trabajos livianos, ó por mejor decir golosinas del alma; la cual, pues no puede estar ociosa y de necesidad se ha de emplear en alguna hacienda, no puede hallar cosa que tan á sabor de paladar le venga como son los mandamientos de Dios. Especialmente que por ser trabajo de yugo no los hace el hombre á sus solas, sin que principal é juntamente los haga Dios en el hombre é sostenga al hombre con ellos, como el padre que mandase á su hijo que le trujese una cosa, no por necesidad que della tuviese, sino por hacer al hijo obediente; y el hijo, por ser muy chiquito, no pudiese andar con la carga que tomó en sus haldillas, el padre, viendo la diligencia que el hijo ponía en vano, solamente por la buena voluntad con que se movió á traer lo que el padre pidió, tomara en sus brazos al hijo juntamente con la carga que el niño quería llevar á fuerza de brazos, hasta llevarle al lugar diputado.

Desta manera se ha Dios con los hombres en todas las cosas que les manda que hagan, porque no tienen fuerzas para hacer nada de suyo, si Dios no obra juntamente con ellos. De donde dice el apóstol (Corint., XII): Hay diferentes maneras de obrar, mas un mismo Dios es el que en todos las obra. Y así como sería ignorancia del niño que pensase que por

haver llevado la carga en sus haldillas se atribuyese el porte á sí mismo, así es ignorancia culpable del hombre que por haber sido instrumento en quien Dios hizo sus obras, se quisiese atribuir á sí mismo la loa que se sigue de las cosas bien hechas. Por lo cual dijo David (Psalm. CXIII): no á nosotros los hombres, no á nosotros, Señor; mas dad á vuestro nombre la gloria, que es la loa que se sigue de las obras que en nosotros hacéis. Con esto conforma la sentencia de Nuestro Salvador Jesucristo (Luc., XVII): cuando todo lo que yo os he mandado de todo punto hoviéredes cumplido, decid que sois siervos inútiles é sin provecho para haverlo hecho de vuestro caudal y cosecha, si yo principalmente no os ayudara.

CAPÍTULO III

Cuántas maneras hay de obrar y cuáles son las que ha de hacer el cristiano.

Presupuesto ya que las obras del cristiano son los mandamientos de Dios y Cristo Nuestro Redemptor é Maestro es Dios y hombre verdadero, y las acciones de Cristo nuestro Maestro son instrucciones de la vida cristiana, la cual consiste en seguir las pisadas de su Redemptor é Maestro, veamos qué son las cosas que Nuestro Redemptor nos manda hacer cuando dice (Math., XVI): Si alguno quisiere venir donde yo voy, niegue los apetitos de la sensualidad y sufra sus tormentos de voluntad, é vaya por las estaciones de penalidades que yo.

Dice si alguno quisiere; porque la ley evangélica no fuerza á los infieles á ser cristianos, mas amorosamente les persuade el camino de la verdad. Dice venir; porque no ha de parar, que como dice Sant Bernardo (Bernar., in sermo. de tribu): El solo parar en el camino de Dios es tornar atrás. Por eso dijo el psalmista (Psal. CXXV): Los que van por el camino de Dios irán yendo sin detenerse, sembrando las buenas obras que fructifican grados de gloria. Dice más Nuestro Redemptor: *post me*; porque ninguno presuma por su propia virtud entrar en el cielo ó por otros caminos, fuera del fundamento ya echado por Cristo. Por donde no carescen de gran culpa los que dejando el camino de las virtudes teológicas, que Nuestro Maestro nos enseñó, hacen fundamento é caudal de linaje; los que confían en la santidad de sus obras sin referillas á Dios que en ellos las hace; item, los que dejan de rezar al Santísimo Sacramento y encomendarse á él en sus necesidades, toman unas devociones hechas en cierta manera, así y no así á manera del rito gentílico, que debajo de título de devoción son puras supersticiones. Finalmente, los que dejan el camino real por donde camina la santa madre Iglesia y caminaron todos los santos y escogen unas singularidades, por ser señalados entre todos, que no solamente no les descubran el camino, mas sean instrumentos para ayudalles á cegar.

Todos estos emboscados, por ignorancia ó por presunción, pierden el camino de Dios, porque no se contentan de seguir las pisadas de su maestro como los otros; mas porque se tengan en cuenta y estima, presumen ir adelante como nuevos descubridores de nuevo camino, por donde piensan llevar á todos los amadores de novedad.

Dice más adelante: *Abneget semetipsum*, niegue sus apetitos, porque en pago del pecado original quedó la rebelión de la carne contra el espíritu; aunque desta pena se saca ganancia, que resistiendo varonilmente á la sensualidad se gana la victoria, á la cual corresponde corona de gloria. Hase, pues, de negar el hombre á sí mismo por cumplir primero con Dios, en cuyo ser ejemplar tiene más ser y está por mejor manera que en sí mismo, como el arroyo deve más á su fuente de donde procede, que á sí mismo no se puede conservar sin su fuente.

Dice más adelante: *Tollat crucem*, que alce la cruz, porque los tormentos y pasiones que le vinieren, significados por la cruz, los tome de voluntad. Y esto es llevar la cruz alta, porque no hay hombre en el mundo que se escape de cruz, que son los trabajos y penalidades deste valle de lágrimas; mas los que no van por el camino de Dios, llevan la cruz arrastrando. Llevan los tormentos, mas llévanlos á más no poder, llévanlos á regañadientes, y si pudiesen los convertirían en sus deleites y pasatiempos. Finalmente, pésales, porque no se pueden eximir de pasiones y rencuentros de adversidad que repugnan á su apetito, el cual por la rebelión y complacencia desordenada, por la carencia de la justicia original, está tan desconcertado, que, si no se refrena con la regla de la razón, no quiere

parar hasta que como furioso león haga riza, no solamente de la razón natural, mas aún posponga los mandamientos divinos al cumplimiento de sus deseos; los cuales si una vez empiezan á descender por la cuesta abajo, no hay quien los haga parar, cuanto menos será bastante para hacellos tornar atrás, si la gracia de Dios no les ayuda; la cual es de tanto poder, que no hay tentación ni natural apetito que no pueda vencer el hombre que confiando en el socorro divino se hiciere fuerte en la confianza que tiene de Dios. Que (como dice el apóstol) no consentirá que sea tentado más de lo que buenamente, haciendo lo que es en sí, pudiere sufrir.

Esfuércese luego el cristiano, é sepa que á un tanto que de resistencia pusiere le ayudará Dios con cien tanto favor é socorro. Dice más adelante *suam*, porque no se descuide en la vida é pierda, confiando solamente en la cruz de su Redemptor; la cual, aunque es el caudal de la salvación del cristiano, requiere las cruces particulares para apreciallas en sí y hacellas merescedoras de gloria; que aunque por sí solas no tienen acción al menor grado de gloria, como dice el apóstol (Rom., VIII): *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam*, incorporadas en la cruz de Nuestro Redemptor Jesucristo se hacen tan meritorias, que cada uno podrá decir con el psalmista, confiando en la pasión de Nuestro Redemptor: Abridme las puertas de la justicia que se hizo en Jerusalem (Psal. CXVII). Cuyo valor me da autoridad á pedir osadamente por justicia la gloria que por aquella justicia ganó para mí mi Señor é Redemptor Jesucristo.

Dice lo último: *et sequatur me*, sígame; que cada uno le imite no solamente en su pasión sacratísima, mas aún en todo el discurso de su vida; que empiece en el pesebre de Bethleem y acabe en *consummatum est*, porque á la imitación de la vida siga la resurrección de la gloria. Deve, pues, seguir el cristiano á su capitán, conformando su vida en lo más que pudiere con la vida de su Maestro.

Mas ha de mirar que en Cristo se consideran dos maneras de obras: unas se dicen *opera virtutum*, que son obras de virtudes, y éstas son las que el cristiano deve imitar. Déstas dijo Nuestro Redemptor: *et sequatur me*. Désta dijo en otro lugar (Joan., XIII): *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis*; Ejemplo os he dado que así lo hagáis vosotros como á mí me havéis visto hacer.

Otras obras hizo Nuestro Redemptor que se dicen *opera potentiæ*, que son obras de poderío. La imitación destas obras no solamente no es meritoria, mas sería pecado mortal; porque éstas solamente fueron menester en la persona de Cristo, para que con ellas junto con las otras fundase su Iglesia. Y fueron hechas á tiempo y sazón, sin punta de curiosidad, y por razón de la unión hipostática tuvo autoridad para hacellas. Destas obras fué el andar por la mar á pie enjuto (Math., XIIII). El que en esta obra le quisiese imitar pecaría mortalmente, porque sería tentar á Dios. Cristo Nuestro Redemptor fué al desierto para ser tentado del diablo (Marc., VI); y el que se ofreciese á la tentación pecaría como hombre que se ponía á manifiesto peligro. Cristo ayunó cuarenta días y cuarenta noches sin comer nada (Mat., IIII); y el que hiciese otro tanto, sin especial dispensación que para ello tuviese de Dios, pecaría mortalmente, porque se ponía en peligro de muerte tomada por su propria autoridad, sin tener mandamiento de Dios. Porque es una regla magistral de teólogos que ninguno se deve poner en trance de tan manifiesto peligro, que sin milagro no pueda escapar con la vida; mas si estuviese en tal estado que hoviese de hacer una de dos: ó esperar milagro ó pecar mortalmente, en tal caso es obligado á esperar que Dios haga milagro antes que pecar mortalmente. Concluyendo, pues, en este capítulo, digo que el cristiano deve seguir las obras de Nuestro Redemptor Jesucristo que conciernen á las virtudes, porque entonces se diga dél lo que dice Isaías (Esa., IIII): *Apprehendent septem mulieres virum unum in die illa*; Que en el tiempo que se empleare el cristiano en la imitación de Nuestro Redemptor, siete hembras, que son siete virtudes ya dichas, le cercarán para defenderle de sus enemigos. Y deje las obras de potencia á solo Dios, que las obra cuando á él le place en sus siervos (Psal. LXVII); porque es maravilloso en sus santos, especialmente las obras cuando no son demandadas por una curiosidad humana, como Herodes las demandó; por lo cual fué justamente privado de ver tales obras.

CAPÍTULO IV

Que en alguna manera se puede decir que la vida del cristiano es toda milagros, tomando milagro extendidamente por dón sobrenatural.

Aunque sea verdad que ninguno se deve poner á esperar milagro curioso, no por eso se niega que la vida del cristiano es cuasi toda milagros, tomando milagro no estrechamente por obra divina, heçha raramente, mas en todo lo que el vocablo significa, que quiere decir obra de admiración que humanamente no se puede hacer. Y desta manera diremos que la vida del cristiano es de milagros; porque el cristiano se mantiene de dones sobrenaturales con que vive la vida de gracia. En el baptismo rescibe el cristiano fe, esperanza y caridad, milagrosamente infundidas por Dios en el alma del baptizado, las cuales virtudes tiene habitualmente el cristiano hasta los años de discreción ó, según Santo Tomás (Tho., l. II, q. XXXIX, artículo último), hasta el tiempo de las inducias ó treguas que hay entre el baptismo y el primer punto en que Dios le obligó á poner en ejecución actualmente los hábitos de las virtudes infusas en el baptismo, las cuales llevan siempre adelante en aumento al que acude al reclamo de la gracia; y si llegado el hombre á aquel punto no hace lo que es en sí, peca por omisión dejando de hacer lo que es obligado.

Viene luego la confirmación, en que también se da gracia sobrenatural; y la penitencia, que se dice segunda tabla después del naufragio, porque el baptismo es la primera después que se perdió la inocencia.

Síguese el sacramento de la Eucaristía, que por excelencia se dice el santísimo sacramento, en el cual también se da dón sobrenatural al cristiano, con que el cristiano se hace particionero de los méritos de la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo, y por consiguiente se hace hábil heredero del cielo.

Dase asimismo gracia sobrenatural en la la extremaunción con que se quitan los pecados veniales.

Y á estos milagros de que se mantiene el cristiano en la vida suceden otros que recibe en el cielo; que cuando sale de la vida presente con las virtudes que recibió en el baptismo, recibe en el cielo un dón sobrenatural que se dice *lumen gloriæ*, con el cual siendo el alma del cristiano ilustrada, se hace hábil para poder ver á Dios.

A éstos se añaden otros dos sacramentos, que son orden sacerdotal y matrimonio; en los cuales también se da gracia, á la cual corresponde la gloria, tan sobrenatural como la gracia, que es su medida, por donde paresce claro el título deste capítulo.

CAPÍTULO V

Cómo todos estos milagros tienen su fundamento en la fe de que vive el cristiano.

Todos estos milagros y dones sobrenaturales, con otros muchos extraordinarios que Dios obra en sus santos, tienen su fundamento en la fe, sin la cual como dice el apóstol es imposible agradar á Dios, de la cual, como en otro lugar trae el mismo apóstol del profeta Abacuch, vive el que es justo. La cual es de tanta virtud que, informada de caridad, alcanza todo lo que se pide en el nombre de Nuestro Redemptor Jesucristo; y todo lo que no se alcanza pedido desta manera, es ó porque ello es injusto ó porque conosce Dios que después de alcanzado ni ha de ser en provecho del prójimo ni en servicio de Dios. Por lo cual no es justo que conceda Dios por merced lo que, después de alcanzado, ha de ser más en daño que en provecho del que lo pide. Y el que así fuere privado de su petición, tenga fe que aquello es por mejor; pues sabe por fe que Dios le oye, y es más poderoso para hacerle mercedes, si viese que le cumplían, que él para recebirlas. Y porque la virtud de la fe está en el firmemente creer lo que Dios y la Iglesia en su nombre le manda, ha de saber cualquier cristiano que así como la fe es como una recepta de la vida eterna que contiene las cosas sobrenaturales, así su creer ha de ser sobre todo lo natural y dejarse de toda razón humana; en que muchas veces suele plantar el diablo sus ilusiones ocultas, entre las cuales suele enjerir unas curiosas demandas. Para evasión de las cuales sabrá el verdadero cristiano que no solamente no quiere Dios impedir el libre alvedrío del hombre, mas aún no quiere suspender ni estorvar las acciones naturales é acontescimientos que naturalmente pueden acaescer, porque la naturaleza de las cosas criadas es una

regla que Dios tiene puesta en este mundo visible, y por eso deja que obren según la virtud que al principio les dió.

Finalmente, que deja Dios hacer á las naturales acciones é acontescimientos, é sírvese dellos como de cortinas de sacramentos, debajo de las cuales cortinas está lo que se cree por fe. Ejemplo desto paresce en cualquier sacramento; entre los cuales si tomamos el santísimo sacramento de la Eucaristía, creemos que debajo de accidentes de pan é vino está el verdadero cuerpo é sangre de Nuestro Redemptor Jesucristo. Y porque esta fe que creemos no se nos menoscabe si en estos accidentes viésemos algún milagro exterior, acordó Dios de no suspender ni impedir las acciones naturales y todo lo que naturalmente podría acontescer sobre aquellos accidentes ó cortinas del sacramento antes de la consecración, permite que después de la consecración acontezca. De adonde si la hostia antes de la consecración está subjeta á que se la lleve el viento, é á que se asienten sobre ella las moscas; item, á pegarse al paladar de que se toma seca la boca, permite Dios que después de consagrada estén los accidentes subjetos al viento é al calor é á todas las cosas que los accidentes naturalmente pueden en sí recebir; porque á no llevársela dándole aire, sería manifiesto milagro é sería poco ó ninguno el mérito de la fe del que creyese que estava allí Dios verdadero, pues por milagro patentemente veía que el viento no osava llegar á las cortinas de su criador. Y desta manera podemos decir á todas las otras cosas que en los accidentes del sacramento pudiesen acontescer, que no los impide Dios porque no se nos disminuya el mérito de la fe; la cual consiste en ser toda creída sin que prueva ó razón humana la ayude á creer.

Desta manera se podrían traher ejemplos en todos los sacramentos y artículos de la fe; el mérito de la cual, como ya dijimos, consiste en creer firmemente todo lo que Dios ha revelado á su Iglesia. La cual revelación, como sea sobrenatural, no basta razón natural ni ingenios humanos por subtiles que sean á hacerla evidente; cuya razón, si naturalmente se pudiera alcanzar por razón natural, nunca Dios la mandara creer, mas dejara su prueva al entendimiento del hombre si en esta vida se pudiera extender, hasta tanto cuanto la fe nos manda creer, que es el conocimiento que de Dios é sus altos misterios havemos de tener en el cielo.

CAPÍTULO VI

Que aunque la fe no se pueda provar por razón natural, no se sigue que es contra razón, ni excluye las conformidades que en la razón se pueden hallar.

Aunque es verdad que la fe con que los cristianos caminamos al cielo no se puede provar por razón natural, porque es dón dado sobrenaturalmente, no por eso se excluyen della las persuasiones y conformidades con las cuales parece que la fe no tiene contradicción, considerada la omnipotencia divina, á cuyo poder ninguna cosa resiste. Antes, como dice el psalmista: *Omnia quœcumque voluit, fecit;* Todo lo que Dios quiso, luego lo puso en obra. Ejemplo: El vinagre naturalmente no puede tornar á ser vino, ni el cuerpo hecho polvos puede tornar por su propria natura á ser cuerpo vivo con alma; mas Dios con su omnipotencia puede hacer lo uno é lo otro, que más es hacer algo de nada que un algo de otro. Pues confesamos por fe que Dios crió el mundo de nada (Gén., 1), qué repugnancia tiene decir que de polvos puede hacer cuerpo vivo? Y desta manera podremos decir á todo lo que la fe nos manda cree.

Y porque tomamos el artículo de la creación para inducir á las otras conformidades ó persuasiones, que no menoscaban la fe porque se compadescen con ella, no pienso que daré fastidio á V. S. si, antes de cerrar este punto primero, pusiéremos la conformidad de la creación junto con dos ó tres de las otras que son conformes á nuestro propósito.

CAPÍTULO VII

De la conformidad de la creación de las criaturas.

Artículo de fe é suma verdad revelada es que Dios crió todas las cosas visibles é invisibles de nada. La conformidad desta fe es que esto no repugna á la omnipotencia divina, que es poderosísima para hacer algo de nada. Conformidad de parte de lo criado es que este mundo visible no es eterno, porque tuvo principio, que si no tuviera principio fuera eterno; pues que fuera efecto, coeterno á su causa, no se puede entender sin que se en-

tienda divino, siquiera por la duración anterior eternal. Lo cual estante, no havía de ser variable ni corruptible en sus partes, porque lo que es eterno no se puede alterar ni puede recebir menoscabo que lo mude del ser eterno que tiene. Y vemos que este mundo está en movimiento continuo cuanto á la región celestial de los orbes, y en alteración y corrupción ordinaria cuanto á la región elemental de acá bajo. Luego conforme es decir que fué hecho y que tuvo principio, antes del cual era nada.

Y si alguno dijese que Dios hizo este mundo, mas que le hizo de algo, conviene á saber, de alguna materia, tornaríamos á la primera razón, que diríamos que aquella materia de que Dios hizo el mundo, ó fué eterna, ó tuvo principio. Si dijéremos lo primero: que aquella materia fué eterna y no empezó á ser, diríamos que en sólo ser eterna y sin principio de tiempo sería divina, como dijimos del mundo; y por consiguiente sería inalterable. Y si dijéremos lo segundo: que empezó á ser en tiempo, de fuerza concederemos que es hecha de nada, porque si fuera de algo pidiéramos la misma cuestión de aquel algo donde aquella materia se hizo. Y ansí de todos, hasta venir á parar en el *nihil*, que es la nada de que Dios crió todas las cosas, como nos lo enseña la fe.

CAPÍTULO VIII

De la conformidad que Dios hizo todas las cosas por sí mismo.

También es artículo de fe é suma verdad que Dios hizo todas las cosas por sí mismo como paresce en aquello que dice el sabio (Prov., XVI): Por respeto de sí mismo hizo Dios todas las cosas. La conformidad desta verdad se persuade que de parte de Dios es conforme, que el mundo que tuvo y tiene Dios en su mente divina conosciéndole eternamente é pudiéndole producir por exterior creación, fué cosa decente que le criase conforme á la traza que tiene en su mente divina. Conformidad ó persuasión de parte de lo criado es que todo lo que Dios hace lo hace con suma sabiduría é razón, la cual no caresce de causa, porque de hombre imprudente es hacer algo sin causa. Luego havemos de decir que por alguna causa crió Dios este mundo; lo cual concedido, diremos que esta causa por que Dios crió el mundo no puede ser sino una de dos: que ó está en el mismo Dios ó fuera de Dios.

Lo postrero no es de decir, porque si la causa por que Dios crió el mundo estava fuera de Dios, síguese que era criatura; y sería decir que Dios crió criaturas por un respecto que tuvo á una criatura. Y esto sería decir que Dios se moviese á hacer algo por cosa que estuviese fuera de sí, lo cual es cosa fuera de toda razón divina é humana: que críe Dios criaturas por respecto que hoviese tenido á alguna de las criaturas que havía de criar.

Item, no era razón que cosa que estuviera fuera de Dios fuese bastante para mover á Dios á hacer lo que por sí no hiciera, como diga él mismo de sí (Mala., III): Yo soy el Señor que nunca hago mudanza, ni me muevo por cosa alguna. Luego concluiremos con lo primero: que Dios hizo todas las cosas por sí, porque ninguno le pudo forzar ni inducir por razones á que quisiese criar por otro lo que por sí no hiciera. Luego sola su libre bondad fué causa de las criaturas; é aunque digamos que unas están ordenadas á otras, en fin todas paran en Dios, por cuya bondad fueron hechas.

CAPÍTULO IX

Cómo todas las cosas que Dios hizo las abrevió en el hombre como en cuenta de suma en cuya unión hipostática recibió todas las cosas en sí.

Sabido que Dios hizo todas las cosas por sí mismo, es de saber en qué se sirve de las cosas que hizo, pues no las hizo en balde, ni las hizo por otro, sino por sí. Esto tenemos por fe en aquello que dice Sant Lucas (Act., XVII): En Dios vivimos é nos movemos é somos. Por eso dijo la Iglesia: Venid, hermanos consiervos, adoremos al Rey eterno, á quien todas las cosas le viven, y nada se le muere de todo cuanto tiene criado; porque es un Señor tan Señor de la vida, que aunque la cosa muera á sí mismo é á su dueño temporal, en Dios tiene vida á do quiera que vaya por el conoscimiento que della tiene y tenía antes que la tal cosa fuese.

La conformidad desto es que, pues Dios hizo todas las cosas por sí, que se sirva dellas en algo; que aunque, por ser sumo bien infinito, no tiene necesidad de nuestro servi-

cio, quiere que todas las cosas, cada una en su manera, le reconozcan por Señor y por dador de los bienes, y le bendigan y loen como paresce en aquel psalmo (Psal. CXLVIII) en donde manda y exhorta á todas las criaturas que hagan homenaje y reverencia con bendiciones y loas á Dios,

Conformidad desto de parte de lo criado es que agradezcan el bien recebido, ya que por ninguna vía lo pueden pagar; que aunque se den á sí mismos la primacía con que Dios previno á la criatura, quedará siempre de parte de Dios. Y este agradescimiento de loas y bendiciones no ha de ser temporal; que así como Dios no pasa, todo lo que en Dios se funda permanesce para siempre jamás. De donde dice el proverbio común: *Omnia præter-eunt præter amare Deum.* Quiere decir: que el amor verdadero con que la criatura fielmente ama á su Dios no se envejece, así como Dios, en quien tal amor se puso, es inmutable y no pasa. Pues que Dios crió para sí mismo todas las cosas, no es razón que consienta que pasen sin permanencia, las cuales pasarían de paso si no las criara más de para que en cierta temporada y duración de siglos le agradecieran el beneficio del ser que les dió con loas é bendiciones, y á cabo de muchos años se tornaran á su origen primera, que es el *nihil* y nada de donde Dios por su liberalidad las sacó. Estos años, por muchos que fueran, si con fin se havían de acabar, delante de la eternidad no fueran más que si no huvieran sido; por lo cual es conformidad, de lo que tenemos por fe, que estas cosas que Dios crió por causa de sí las sustente para siempre sin fin, y siempre sin fin le agradezcan la criación con todo lo que á ella se añade, y no se le pierda nada, pues que es un rey por quien todas las cosas viven.

Y porque la muchedumbre suele parir confusión é arguye impotencia y la vanidad conserva é congrega lo derramado, quiso Dios sumar todas las criaturas en sola una pieza, que es el hombre, que tiene el ser de las piedras y el crescer de las yerbas y árboles, y el sentir de los brutos, y el entender de los ángeles; y así participa de todas y todas participan en él, como en cuenta de suma participan los números inferiores. Y no hay virtud de cosa criada que virtualmente no esté en alguna partecica del hombre; mas, entre otras penas del pecado del primer hombre, fué que, en lugar de la esciencia que pretendió, cayesen los hombres en ignorancia, no solamente de los particulares, mas aun de la cuenta de suma; por donde ignora las virtudes que tienen las criaturas en él, porque no ponga luego el remedio á los males que justamente por el pecado le vienen. Luego queda que, pues el hombre es suma de todas las criaturas, que tomando Dios la humana naturaleza en unidad de persona, toma todas las criaturas en sí aunadas virtualmente en el hombre, porque se cumpla lo que él mismo dice de sí (Joan., XII): Si yo fuere ensalzado de la tierra, todas las cosas traeré hacia mí. La cual exaltación, aunque se entienda de la crucifixión, como declara el mismo Sant Juan, no se niega que aquellas palabras: *Omnia traham ad me ipsum,* Todas las cosas traeré á mí mismo, no se puedan entender desta manera que havemos dicho; que aunque del primer instante de su concepción sacratísima tenía todas las cosas traídas á sí por virtud de la unión hipostática, porque esta crucifixión se consumó y se acabó de pagar el precio que las detenía en el suelo, no se tuerce la letra si decimos que por una figura, que se dice antonomasia, por excelencia, se diga que entonces traerá Cristo Nuestro Redemptor todas las cosas á sí, cuando se acabare de pagar la deuda que el hombre, en quien todas estavan, devía. Y así quedaron libres de la prisión en que estavan penadas, cuando por la exaltación del Señor, que en su humanidad sacratísima las tomó, quedaron sublimadas en todo el valor que pudieron tener.

CAPÍTULO X

Cómo el cristiano, unido por gracia en Cristo Nuestro Redemptor, se deve conformar en cuanto pudiere con su cabeza.

Havemos dicho de la unión hipostática que es la unión personal con que el Verbo divino tomó nuestra humanidad, quedándose una persona divina tan sencilla sin doble como antes que de nuestra humanidad se vistiese. Queda que digamos de la unión que es gracia con que cualquier cristiano en el baptismo se hace miembro fiel de la cabeza, que es Cristo Nuestro Redemptor, capitán é Maestro así de la Iglesia militante de acá como de la triunfante del cielo, en la cual Iglesia de gloria se trasladará el cristiano que de la

Iglesia de acá se partiere con gracia. La cual nunca se niega al que se quiere conformar en la vida en todo lo que pudiere con la vida de Nuestro Redemptor Jesucristo, cabeza de toda la Iglesia. La cual conformidad, como dijimos en el capítulo tercero, consiste en que el cristiano tome su cruz á cuestas, y siga los pasos de Nuestro Redemptor, así en el discurso de su sagrada pasión como en el de toda su vida; porque, como él mismo dice (Luc. XIII): El que no toma su cruz á cuestas y sigue mis pasos no puede ser mi discípulo. No digo que pase por todos, que esto es imposible; porque él dice por Jeremías (Jerem., I): Vosotros los que pasáis por la vía de mis pasiones, atended y mirad si hallaréis dolor que se iguale con mi tormento; mas digo que sufra de voluntad todos aquellos pasos que en la vía se le ofrescieren. Ni tampoco digo que los reciba sin consuelo con sequedad é desabrimiento, como Cristo los padesció, que también es esto imposible. Mas digo que espere en el socorro divino, cuando le paresciere que está más desamparado; y si no le acudiere la divina misericordia con los alivios y consuelos que él querría para poder pasar las angustias, no tenga en poca merced de Dios que le deja padescer sin consuelo; que entonces podrá decir lo que el profeta dice en persona de Cristo: El consuelo de mi esfuerzo quedó desabrido y seco como una teja. Lo cual el que bien quisiere considerar, no tendrá pequeño consuelo viendo que le hace Dios tantos favores qne le deja padescer secamente; porque aun hasta el modo de padescer sin consuelo le da fuerzas con que se anime á padescer, como él quiso que padesciese su unigénito hijo.

De cuya pasión acerbísima diremos en dos capítulos nono y décimo del sexto punto de la obra presente, de los cuales no menos se aprovechará en este punto que allí, porque son capítulos que hacen á entrambas partes, aunque allí se ponen para consuelo de penas; porque todas las penas que los hombres pueden tener delante de aquella incomparable pasión, son cuasi como si fuesen pintadas. Y aquí se han de leer tras este capítulo, para ver que el mérito de las obras está en la aceptación con que el verdadero cristiano acepta de voluntad los trabajos diversos que por diversas partes le saltean en el camino y están en celada para tomarle por el portillo de la seguridad, si no anduviere sobre el aviso, recelándose no menos de la seguridad que del encubierto enemigo. Y si la carne estuviere enferma para los rencuentros, esté prompto el espíritu y como quien saca fuerzas de flaqueza, como dice el apóstol (II Cor., VI). Pasemos como buenos siervos de Dios esta jornada mortal en mucha paciencia, en tribulaciones y necesidades, en angustias y afligimientos, en cárceles y en alborotos, en trabajos, vigilias y ayunos, en castidad y en erudición, en longanimidad y en suavidad, en espíritu santo y en caridad no fingida, en la palabra de la verdad y en la virtud de Dios por las armas de la justicia á una mano y á otra, por claridad é por obscuridad de persona, por la deshonra y por buena fama, como seductores y verdaderos, como incógnitos y cognoscidos, como muertos al mundo y vivientes al servicio de Dios, como castigados y no amortiguados, como tristes y siempre gozosos, como necesitados y enriquescedores de muchos, como hombres desposeídos, y por otra parte como si tuviésemos todas las cosas del mundo; porque desta manera, recibiendo en paciencia la vida, que con más proprio vocablo se dice muerte prolija, se acabe el martirio que empezó en el baptismo y acaba con la perfección de la perseverancia. La cual perfección, como dice el apóstol Santiago (Jacob, XI), nasce de la paciencia, cual tiene su fundamento en la caridad de Nuestro Redemptor Jesucristo. De la cual, como dice el apóstol (Rom., VIII), quién será bastante para quitarnos? Por ventura desmayaremos viéndonos acosados de la tribulación? Bastarán las angustias? Será parte la hambre ó el corrimiento de la desnudez? Espantarnos han los peligros, la tribulación y el espada? Como está escripto por el profeta David: Porque, Señor, andamos amortiguados todo el tiempo de nuestra vida por vuestro servicio; tuviéronnos por ovejas puestas al matadero.

No solamente no serán parte estas cosas para quitarnos de la caridad de Nuestro Redemptor Jesucristo, mas aun en virtud de aquél que por amarnos puso su vida por librarnos de la servidumbre perpetua, reportaremos triunfo de la victoria; porque es de tanta eficacia el amor verdadero de Dios, que al que verdaderamente le tiene le hace cierto que ni muerte, ni vida, ni los ángeles de Dios

(si por caso imposible lo quisiesen hacer), ni los principados, ni las virtudes del cielo, ni las cosas presentes, ni las que están por venir, ni la fortaleza, ni altura, ni profundidad, ni otra criatura cualquiera será bastante para quitarle de la caridad de Dios que está en Nuestro Redemptor Jesucristo, del cual participarán en la gloria los verdaderos cristianos que recibieren en paciencia el prolijo martirio de la vida presente.

FIN DEL PRIMER PUNTO

COMIENZA EL SEGUNDO PUNTO

QUE TRATA DE LA PREPARACIÓN QUE DEVE HACER EL CRISTIANO A LA MUERTE

CAPÍTULO PRIMERO

De la aceptación de la muerte.

En el primer punto está declarado que la vida del verdadero cristiano, recebida en paciencia, es un largo martirio que se acaba en la muerte. Queda que digamos en este punto segundo la preparación y apercebimiento que el verdadero cristiano deve hacer para proveerse del viático é provisión que para un paso tan espantable y tan peligroso como es la muerte de necesidad se requiere. Para declaración de lo cual havemos de saber que la muerte fué introducida en el mundo por el pecado de Adam, como dice el apóstol: *Per unum hominem in hunc mundum intravit peccatum, et per peccatum mors;* Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte. Por donde paresce que, pues la muerte es dada por culpa hecha, que el que muere no gana cosa por ello, pues quiera ó no quiera ha de morir en pena de pecado, que primeramente pecó en Adam, y después particularmante en su propria persona.

Aunque Santo Tomás dice que la muerte no vino derechamente por el pecado, mas accidentalmente (Tho., l. 2, q. LXXV, ar. V); porque todo lo que es compuesto de contrarios naturalmente es corruptible, y todo lo corruptible, como dice el Eclesiástico (Eclc., XIIII), en el fin desfallece, mas fué desta manera por el pecado introducida la muerte: Adam tenía la justicia original con que Dios le crió, que era una orden espiritual con que las potencias inferiores sin pesadumbre ni rebelión estavan subjectas á la porción superior que es la razón. Lo cual estante, gratuitamente, por virtud desta justicia, se perpetuara la vida del hombre sin muerte; mas después que por el pecado perdió la justicia, quedó obligado á la ley natural, que es que todo lo que está compuesto de cosas contrarias, en algún tiempo se disuelva en aquellas partes de quien se compone; de suerte que lo que tenía por privilegio sobre naturaleza perdiólo por el pecado y quedó el cuerpo naturalmente subjecto á aquella corrupción de que por privilegio gratuito se preservara si Adam no pecara.

Mas, entre otros beneficios señalados que por la redención de Nuestro Redemptor Jesucristo ganamos, fué éste: Que con su muerte destruyó nuestra muerte, de tal manera que incorporándonos, como miembros conformes á tal cabeza, en su sacratísima muerte, recebida de su voluntad, ofrescida al Padre eterno por los pecados de todos los hombres, quedamos libres, no de la muerte corporal, pues que murió él y nosotros havemos de morir con él para ser particioneros de los méritos de su sacratísima muerte; mas la libertad que por tal muerte ganamos, es que aquella muerte que se dió en pena del pecado, por estar ya redimidos, acepta Dios en tal grado, cuando por su amor morimos de voluntad, como si no hoviéramos de morir. Y de nuestra propria voluntad le sacrificamos nuestra vida, que es el mayor servicio que el hombre puede hacer á Dios, según aquello que dice Nuestro Redemptor (Joan., XV): Ninguno tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos. Desta manera el cristiano que vive conforme al nombre que tiene y muere de voluntad cuando Dios quiere que muera, acaba y perficiona el martirio que dende el baptismo empezó.

CAPÍTULO II

Por qué no se vuelve en el baptismo el privilegio de la inmortalidad del cuerpo.

Pues es fe católica que en el baptismo se da gracia, que es un dón muy más excelente que fué la justicia original, podría alguno pedir qué es la causa por que no se restituye la inmortalidad de los cuerpos, que por virtud de la

justicia original tuvieran los hombres si Adam no la perdiera por el pecado. Especialmente, que si la muerte, como ya dijimos, es una de las penas que acarreó el pecado de Adam, quitada la causa, que es el pecado, se havíe de quitar la pena, que es la muerte que dijimos que del pecado, como efecto de su causa, procede.

A esto respondemos en breve: que después del juicio universal cobrarán los cuerpos glorificados en el cielo la justicia original; mas entre tanto quiso Dios que no se cobrase en el baptismo por algunas razones; entre las cuales son dos que concluyen: La primera es, porque si en el baptismo se cobrara la inmortalidad no pudieran padescer los hombres, é por consiguiente no merescieran, porque, como dice el Apóstol (II Tim., II): No se dará la corona sino al que varonilmente venciere en el agonía, que es el curso de toda la vida.

La segunda, que si los baptizados nunca muriesen, tendrían experiencia de la inmortalidad que se les dió en el baptismo, y por aquella certeza infalible sacarían otras verdades que la fe les manda creer; é así les menoscabaría la fe en esta vida en alguna manera, la cual se requiere de necesidad para caminar á la otra vida perpetua; por lo cual fué muy misericordiosamente ordenado que en el baptismo, no solamente no se cobrase la inmortalidad de los cuerpos, mas aún que se quedase la rebelión de la carne, porque sea instrumento de merescer y quede entera la fe; la cual se minuiría en el hombre que en el baptismo experimentase la súbita mutación de sus concupiscencias en una serenidad y paz agradable, sin tener cosa que de partes de dentro de su persona le inclinase á desorden.

CAPÍTULO III

De la definición de la muerte.

La muerte no es otra cosa sino un apartamiento del cuerpo y del alma. De manera que la muerte no es algún sér positivo que haya en el número de las criaturas, mas es una privación con que se acaba la vida mortal; como el que quitase la lumbre que alanza las tinieblas en sólo quitar la candela sin poner algo de nuevo, queda la obscuridad, y así queda la muerte en el cuerpo cuando el ánima deja de vivificar aquel cuerpo que antes con su presencia animava; y porque, como ya dijimos, *opus corruptibile in fine deficiet*, esta muerte vendrá por todos los hombres.

Como las estrellas que dende Oriente proceden al Occidente, según diversos círculos, unas tarde, otras temprano, en fin, todas se ponen; así los hombres dende el Oriente, que es el día del nascimiento, hacen su curso por este mundo, y aunque unos tarde é otros temprano, en fin todos van aguijando al Poniente, que es la muerte, que da fin á la vida mortal, aunque no mata las partes, porque el ánima es inmortal. Y el cuerpo, aunque queda en forma y manera de tierra y de polvos, no se aniquila, que el día del juicio se ha de levantar con la misma ánima que le informava. Entre tanto corren los hombres al término de que huyen; que mientras más se alejan del día del nascimiento, más se acercan al término é fin de la vida: y de todo no tienen más del punto presente, que de lo pasado no tienen nada, de lo por venir no están seguros, y por sólo un punto presente se ponen los amadores de sí á perder la vida perpetua. Y aún, si bien queremos mirar, anteponen la muerte á la vida, que, según dice Séneca (Sen., Epístola CI, liber XVII): No es otra cosa la vida sino un largo tormento de muerte; porque como el mismo dice en otro lugar (Epístola XIIII, liber III): Cada día morimos, porque cada día quitamos alguna parte de nuestra vida; en tanto, que cuando crescemos descrece la vida. De aquí preguntado un sabio, que pasava de cient años, cuántos años havía, respondió que no havía más de un instante, que es un punto presente. Y como le replicasen que era fama que pasava de cient años, dijo: Pues esos cient años no he, porque ya pasé dellos, de los cuales ni un solo día me queda que no sea muerto en mi vida; que no se me da más que á mí me hayan muerto mis años, que yo me haya muerto á ellos, pues ninguno dellos me queda; como el que se aleja de la ribera por el movimiento de la nao ó del barco, no deja de alongarse de la tierra aunque ella esté queda.

Concluyamos, pues, que la muerte no se deve poner entre los males, porque la muerte de los que mueren en gracia no es otra cosa sino una salida de cárcel, un fin del destierro, un remate de los trabajos del cuerpo, un puerto de tempestades, un término del viaje, un dejo de la carga pesada, una salida del caedizo edificio, una evasión de peligros, una

exclusión de todos los males, una paga de la deuda que á naturaleza se deve, un caminar á la patria, y finalmente, un recebimiento y entrada en la gloria.

CAPÍTULO IV

De la división de la muerte.

Dice el Filósofo que de las cosas contrarias una misma es la esciencia que las enseña; que no puedo yo entender qué sea verdad si no sé qué cosa es la mentira; no puedo entender qué cosa es muerte si no sé qué cosa es vida. Luego para saber que la muerte es privación de la vida tengo de saber que la vida es un acto que conserva en su ser individual al que vive.

Desta manera no sabré yo cuántas maneras hay de muerte si no sé cuántas diferencias hay de la vida, cuya privación es la muerte. Digo, pues, que hay tres maneras de vida: una se dice vida de naturaleza, y á esta se contrapone la muerte del cuerpo, que es cesación de la animación.

La segunda vida se dice vida de gracia, con que el ánima se hace agradable á Dios, y á esta vida se contrapone la segunda muerte espiritual, que es el pecado mortal, por el cual el ánima queda privada de gracia y, por consiguiente, queda muerta desta muerte segunda.

La tercera vida es vida de gloria, á la cual se contrapone la muerte de la gehenna ó del infierno, que es la carencia perpetua de la divina visión; á la cual muerte acompaña la pena sensual y el tormento de ánima en los hombres adultos.

La muerte primera no es mala. La segunda, aunque es mala durante la vida primera, puédese remediar por la penitencia. La tercera, porque es consiguiente de la segunda, es tan pésima que no tiene redempción. De la primera, acompañada de la vida segunda de gracia, dice el Apocalipsis (Apoc., XIIII): Bienaventurados son los muertos que mueren en el Señor. De la tercera, acompañada de la muerte segunda, dice David (Psal. XXXVI): que la muerte de los pecadores es la pésima de las muertes.

Estas tres muertes se reducen á dos: que es muerte del cuerpo y muerte del ánima; porque á la muerte segunda sigue la muerte tercera, así como á la vida de gracia consigue la vida de gloria.

CAPÍTULO V

Quel verdadero cristiano lícitamente puede desear la muerte del cuerpo.

Aunque la vida y la muerte se contradigan y no se puedan compadescer en respecto de una misma razón, pueden estar en un mismo subjeto respecto de diversas razones; que cierto es que se compadescen en una mésma persona muerte del cuerpo y vida de gracia. Como, por el contrario, se compadescen muerte de gracia é vida de cuerpo, y porque á la vida de gracia se sigue la vida de gloria, y ésta no se alcanza según la ley ordenada sino por la muerte del cuerpo, síguese que el verdadero cristiano puede decir con el Apóstol (Philip., I): Cobdicio ser desatado desta vida mortal y estar en el cielo con mi Señor Jesucristo. De aquí dice Sant Cibrian: (Ciprian., in sermone de mortalitate): Quién es el que está congojoso de salir desta vida, sino el que está dudoso en la fe y vacío de la esperanza? De aquél es temer la muerte que no quiere la compañía de Cristo, y de aquél es rehusar tal compañía que no cree que ha de reinar con Cristo. Porque, como dice el profeta Abacuc (Abacuc, II : El justo vive de la fe; la cual estante no puede desertar en la vida; que lo que le faltase de obras, ganaría con la firme esperanza que firmemente pusiese en la pasión de su Redemptor, que suple las faltas de todos aquellos que con fe y esperanza y caridad se encomiendan á él. Quién es tan loco que quiere pasar mucho tiempo en batalla dudosa? Pues que es verdad aquello que dice Job (Job, X): La vida del hombre es batalla sobre la tierra, quién es tan varonil que desee vivir por durar más y merescer en esta batalla? En la cual no se corona el que no peleare legítimamente; aunque este deseo sería muy osado, no dejaría de ser virtuoso, con tal que este esfuerzo fundase en el socorro divino y en él se emplease. Como se lee de Sant Martín, que dijo: Si soy, Señor, necesario á vuestra Iglesia, no rehuso el trabajo que por vivir más pasare. Mas si desear vivir no es por más de alongar la vida, allende que es deseo común con las bestias que tienen la vida por vida, es impío y no de cristiano, que ninguna cosa es fin de sí sino Dios, que es su principio y su fin. Todas las otras cosas tienen el fin porque son fuera de sí. Ejemplo: el que come por comer y duerme

por dormir, come y duerme como la bestia, que no tiene otro fin. Desta manera el que vive por vivir, vive mal; mas ha de comer por vivir y vivir por servir á Dios, porque es digno de ser amado.

De suerte que del principio al fin todas las cosas del hombre se han de enderezar al servicio de Dios, que sin causa exterior es de sí mismo muy digno de ser amado, porque es sumo bien, sobre el cual no hay entendimiento ni imaginación que transcienda. Junto con este fin principal, accesoriamente se allega el premio, de quien dice el psalmista (Psal. CXVIII): Incliné mi corazón á hacer tus justificaciones para siempre por la retribución. Por donde erraron los que quisieron tener que no se havía Dios de amar por el premio, y no miraron que era aqueste amor añadido al principal, que es amar á Dios por sí mesmo; mas estotro no solamente no es malo, mas hacer el contrario sería pecado de menosprecio y de ingratitud, si el hombre no hiciese reconocimiento á Dios, agradesciéndole, no solamente las mercedes que dél recibió, mas aun todas las que espera, y con ellas la gloria del cielo; que no es razón que las mercedes que Dios hace al hombre se tengan en poco, lo cual se haría si por ellas no respondiese á Dios con amor. Luego, pues el fin no se alcanza sin medios, y el medio que Dios ordenó para que el hombre alcance su fin es la muerte del cuerpo, síguese que ningún verdadero cristiano deve cobdiciar absolutamente la vida, si no fuere para servir á Dios con ella, y por medio de buena muerte, que á la buena vida se sigue, pasar su jornada con deseo del cielo, como el caminante que desea llegar á la ciudad donde va y se le hace largo el camino por donde pasa; como lo prueba claramente Sant Ambrosio en el libro que hizo *De bono mortis,* que por eso es muy buena, pues por ella se alcanza la gloria, que es ver á Dios para siempre sin fin.

Y si nuestro Señor lloró la muerte de Sant Lázaro, no fué sino por acordarse de la muerte del pecado, por la cual vino la muerte del cuerpo, á la cual precedió la muerte del ánima; la cual lloró Nuestro Redemptor. Mas la muerte del cuerpo es tan buena, que aun á los malos se puede decir que hace gran bien, porque da fin á las maldades en que estavan envueltos y estorva las que adelante hicieran si más les durara la vida; por las cuales, si la muerte no se las atajara, havían de penar más gravemente en la pena perpetua. Y no obsta lo que dice David (Psal., LIIII): *Viri sanguinum et dolosi non dimidiabunt dies suos;* Los hombres violentos y engañadores no demediarán sus días. Por donde paresce que en pena de sus pecados se les acortará el tiempo que havían de vivir, y por consiguiente la muerte no les acarrearía provecho, pues que se dice que en pena de sus maldades se ha de antuviar; mas no se entiende allí que no mediarán los días que Dios les determinó de la vida, porque éstos todos los días cumplirán según que eternalmente están determinados por Dios. Mas entiéndese que no mediarían sus días, que son los días que ellos con esperanza de larga vida falsamente se prometieron, al fin de los cuales propusieron en su corazón hacer penitencia de las maldades que entonces quieren hacer, no estando ciertos de la hora primera siguiente á su vana esperanza. Destos tales días que así pensaron vivir no cumplirán la mitad, porque á estos tales suele tomar la muerte cuando están más seguros y descuidados del fin á que tiran, y más solícitos y congojosos de los respectos del mundo, y más cuidadosos de sus grangerías.

De manera que diremos que Dios, *cui proprium est misereri semper et parcere,* á los malos en esta vida con la muerte del cuerpo les quita la ocasión de pecar, y por consiguiente la gravedad de la pena, que por la obstinación de los pecados que viviendo hicieran, havien de penar. Y por eso dice el Eclesiastés (Eccles., VII): Que es mejor el día de la muerte que el día del nascimiento, porque el nascimiento es puerta de la muerte y la muerte es puerta de la vida que nunca se acaba.

CAPÍTULO VI

Por qué la hora de la muerte es incierta y su tránsito espantoso y horrible.

La muerte corporal, entre otros provechos que trae consigo, es ser incierta; que ni se sepa el día ni la hora que ha de venir, como dice nuestro Redemptor: Estad aparejados, que ni sabéis el día ni la hora en que el hijo de la virgen vendrá á tomar cuentas en vuestras muertes particulares. Esto, aunque paresce rigor de justicia, es privilegio de grande mi-

sericordia, porque si los hombres tuvieran certidumbre de la hora de su muerte, esta certinidad, ó havía de ser por fe revelada ó por evidencia de experiencia que á ninguno faltase. Si fuera la hora de la muerte revelada por fe, siguiérase que no partieran los hombres deste mundo con fe; que viendo que al punto de la revelación cada uno partía desta vida presente, vieran claramente ser verdad lo que la fe les mandava creer; y por aquella ordinaria verdad, por discurso sacaran la provación evidente de las otras verdades, como manantes de una misma fuente de revelación, de la cual manava la verdad de la hora de la muerte; y desta manera creyeran los otros artículos por inducción sacada de demostración de experiencia y no por fe, cuyo mérito está, como ya havemos dicho, en ser todo creído sin demostración ó natural experiencia. Esto fuera inconveniente; luego sigue que ya que la hora de la muerte hoviera de ser cierta, no lo havía de ser por revelación, como son los artículos.

Decimos pues que si la hora de la muerte fuera sabida por evidencia, apenas se salvaran dos entre diez, porque gastaran el tiempo intermedio en sus placeres é vicios, y el postrer año, ó por mejor decir el postrer mes, ó por más acertar la postrera semana, si no fuera el postrero día, dedicaran el servicio de Dios; y todo el tiempo pasado hicieran dioses de sí mismos á los hombres, pues por complir con sus apetitos se atrevieran á dejar los mandamientos de Dios; y el servicio que á la postre hicieran nasciera de un temor servil antes que de amor filial, de lo cual diera testimonio el tiempo pasado empleado en sus apetitos mundanos. El cual temor, para añadido al temor filial es bueno, mas para caudal no es bastante, antes de que va solo es malo; y de aquesta manera amaran á Dios los más de los hombres, si el día de la muerte fuera ciertamente sabido ó revelado por fe. Luego síguese que es grande misericordia que ninguno sepa la hora de su muerte, porque todo el tiempo de la vida esté sobre el aviso y no se descuide, como aquel que sabe que le han de llamar y no sabe el cuando.

La latitud del cuando viene la muerte se extiende dende el primero punto de la animación hasta años sin cuenta. Como paresce en Adam, que vivió novecientos y treinta años, y en Matusalem, que vivió treinta y nueve años sobre los años de Adam, y en muchos que aun después del diluvio en la segunda edad ordinariamente pasavan de docientos años, en lo cual se engañó Pedro Aponense, el conciliador de los médicos, por aquello que dice Dios (Gén., VI): Serán los días del hombre ciento y veinte años; adonde pensó que no podían pasar los hombres de aquel número, como después del diluvio vivieron muchos más de docientos años, como paresce en el capítulo once del Génesis (Gén., XI). y el mismo Noé después del diluvio vivió trecientos é cincuenta años. Luego no dixo Dios que los días del hombre no podian pasar de ciento y veinte años, mas quiso decir que los hombres que entonces estaban sobre la tierra no pasarian de aquel número, porque el diluvio los havía de acabar; é así fué, que este número de años pasó dende que Dios mandó hacer el arca á Noé hasta que envió el diluvio sobre la tierra. Luego así está incierto el día de la muerte de parte de sí como de parte del término, porque por ninguna vía estén los hombres seguros y se descuiden; lo cual en alguna manera pudieran hacer si tuvieran certeza á lo menos del término de que no pudieran pasar; que viendo que se allegava aquel término, por ventura hicieran por temor lo que havíen de hacer por amor, é aunque aquel término de ciento y veinte años no puede dañar á los hombres de agora, si fuera lo que dice el Conciliador, pudiera dañar á los hombres de la segunda y tercera edad, porque ordinariamente eran mancebos los hombres de aquellos años.

También es misericordia de Dios que la muerte sea la última de las cosas terribles que hay en la vida mortal, porque aprovecha á todos los que mueren. Primeramente aprovecha á todos en general, porque si fuera la muerte un trance liviano é muy hacedero, muchos hombres se osarían matar con título de evadir el angustia ó aprieto que mucho les acosara, é así fueran homicidas de sí, cuya vida según la orden de caridad son más obligados á guardar que la vida del prójimo. Aprovecha la terribilidad en el mismo paso del tránsito: á los buenos para en parte de purgatorio; á los malos porque les acaba más presto el tiempo de la culpa en que mueren, y así accidentalmente les hace provecho.

Y puede ser que Dios, que en todo tiempo

suele hacer hijos creyentes de piedras, mueva el corazón del empedernido é obstinado paciente con la terribilidad de la muerte; por donde aquella terribilidad puede ser instrumento para mudar el temor servil en amor filial; porque durante la vida tiene el hombre regreso al perdón, que por el verdadero arrepentimiento puede alcanzar, é ya que por su culpa hayan de acabar en pecado mortal, viéneles bien acabar presto, como dijimos, porque no penaran por los pecados que si más les durara la vida hicieran. Queda luego que es misericordia de Dios ser incierta la hora de la muerte y espantoso su paso.

CAPÍTULO VII

De la preparación á la muerte.

Visto que es misericordia ser incierta la hora de la muerte, es bien que sepamos qué vigilancia se deve tener para esperar la muerte, porque no nos tome desacordados de su venida. Para ejecución de lo cual pondremos delante de los ojos del ánima que vamos camino, y que las casas en que moramos son mesones ó ventas donde anoschecimos; según aquello del apóstol (II Cor., V): No tenemos en esta vida casa hecha de mano de hombres, mas nuestra morada es eterna en el cielo. Y en el mismo lugar dice que todo el tiempo que vivimos en este cuerpo estamos como peregrinos alongados de nuestra tierra. Por donde nuestro camino se compara á camino de romería que no hace parada, según aquello que dice David: *Euntes ibant et flebant mittentes semina sua;* Los peregrinos del cielo yendo ivan é lloravan sembrando sus buenas obras. Dice que caminavan andando, porque no hay ninguno que deje de caminar á la muerte; mas el que pone su afición en la tierra, camina quedándose en el cumplimiento de sus apetitos. Mas el verdadero cristiano, que sabe que tiene la vida, no para gozar della, sino para ensayarse en hacerse vecino del cielo, tiene siempre delante de sí el blanco á que tira. Por no perder aquel blanco, no hay trance ni riesgo que varonilmente no sufra; y hace su cuenta que día vendrá que, amanescido, no le anochezca, ó anochescido, no le amanezca, y que este día no puede tardar, pues que en fin ha de venir.

Demás desto, como dice Séneca (Séneca, VIII libro, epi.), deve hacer de cada día toda una vida complida, y que haga cuenta que no tiene más de aquel día que tiene en presencia, que los pasados ya no los tiene, de los por venir no tiene seguridad. Resta que se aproveche del que tiene presente, é no dilate de hoy para mañana; porque, según dice Ovidio (Ovid., II de Séneca): El que hoy no se apareja, más pereza tendrá mañana que hoy. Esto es porque así como el acto de la virtud es causa de su augmentación, así el vicio se augmenta por la duración actual. Y si la diligencia que hoy tengo me hace cada hora más diligente, por la misma razón pereza de hoy se me augmenta mañana con nueva pereza.

De aquí se arguye el yerro de aquellos que en la juventud proponen de hacer penitencia en la vejez, como sea verdad que ó lo dejan por pereza, ó por estorvo aparente, ó por esperanza de larga vida, ó por confiar en la misericordia divina que les dará tiempo de penitencia, ó finalmente por no querer. Por cualquier destas causas que dejen de hacer penitencia en presente, mientra más anda el tiempo, les cresce más esta causa, y se les torna el parto del erizo, que mientra más se dilata es peor á la madre, á causa de las púas de su hijuelo, que cada día más se le paran más duras; y tanto se puede dilatar el parto, que mate á la madre. Desta misma manera los buenos propósitos dilatados, como la dilación sea causa de peoridad, abortan las animas al infierno, el cual está lleno de hombres que tuvieron buenos propósitos, é con la dilación ordinaria nunca los sacaron á luz.

De aquí paresce la gravedad del pecado de la pereza, en la cual se encastilla el diablo para hacer guerra ordinaria á los hombres; y aunque entre los pecados mortales se pone á la postre, no fué porque sea menor que los otros; mas pónese porque es la retaguarda de todos los vicios, así como la sobervia se pone en la delantera, porque [es] la vanguarda del escuadrón, entre los cuales dos discurren todos los vicios. Y pienso yo que, aunque en la gravedad es mayor el pecado de la sobervia, en extensión abarca más la pereza, porque muchos se libran de la sobervia, como son los niños en tiempo de su niñez, como son los verdaderos religiosos y los verdaderos cristianos que fundan sus obras en humildad. E aún de los mundanos sacaremos muchos ratos, cuando vueltos á sí mismos hablan con sus consciencias y consideran sus faltas natu-

rales y personales, á las cuales naturalmente se ven subjetos; y á lo menos por estos ratos abajan el cerviguillo entre sí, aunque por cumplir con el mundo muestren otra cosa de fuera. Mas la pereza es tan cosaria que saltea por todas las edades, descuida á los singulares cuasi por todas las horas; y el mayor anzuelo con que la pereza pesca las ánimas descuidadas es el color de la recreación, con el escudo de la cual osa poner su brazo en las altas vigilias de los varones perfectos. Y como hoy entra por poco, cresce mañana, y esotro día hace un portillo, hasta que de poco en poco se empodera en la torre del homenaje y pone en descuido las buenas costumbres, y sepulta la diligencia en el río Letheo, que es el olvido de la continuación y perseverancia de las virtudes.

Compárase esta pereza á un pececillo que es á manera de anguilla, que los griegos llaman echeneis, y rémora los latinos, el cual en cuerpo tan pequeñueio tiene tanta virtud como todos los naturales escriven y los marineros experimentan, que si viene á tocar una nao, por impetuosa que vaya, le hace parar en meitad de las aguas. Desta manera la pereza, que es la misma que rémora, porque detarda el curso de los buenos propósitos, hace parar no solamente á los novicios que no se ensayaron en los ejercicios de la virtud, mas aún á los ancianos de la milicia cristiana hace tornar atrás de su largo camino.

Por esta rémora veréis misas, oraciones, visitaciones, limosnas, ayunos, consuelos, consejos y otras muchas obras de caridad de poco en poco dejadas y sepultadas en el olvido.

Por esta rémora veréis apostatar: á los niños, de la señal de virtud; á los muchachos crescidos, de la obediencia; á los estudiantes, del silencio; á los mancebos, de los consejos; á los hombres, de la prudencia; á los viejos, de la franqueza.

Por esta rémora veréis apostatar: á los aguaciles, del celo; á los alcaldes, de la justicia; á los jurados, del juramento; á los regidores, de la república.

Por esta rémora veréis apostatar: á los barones, de los amparos; á los mariscales, del buen asiento; á los condes, del acompañamiento; á los marqueses, de la guarnición de las rayas; á los duques, de la guía segura; á los reyes, de la conservación de la paz; á los emperadores, de la concordia del mundo.

Por esta rémora veréis apostatar: á los casados, de los trabajos del matrimonio; á los clérigos, del hábito clerical; á los frailes, del monesterio; á las monjas, del menosprecio del mundo que de boca dejaron; á los curas, de sus parroquias; á los obispos, de sus apriscos; á los cardenales, de la coadjutoría apostólica, á los patriarcas, de la promulgación apostólica; á los papas, del báculo pastoral.

Y desta manera se encastilla el diablo en la rémora para saltar dende allí á todos los estados del mundo; de la cual seremos seguros con la vigilia que Nuestro Redemptor Jesucristo con grande instancia nos amonesta, pues que no sabemos el día y la hora en que la muerte nos tomará.

CAPÍTULO VIII

De la locura que impide la preparación de la muerte.

Dice el Eclesiastés (Ecles., 1), que el número de los locos no tiene cuento, porque de una ó de otra manera no hay quien se escape de su locura, si no fuese preservado ó confirmado por especial previlegio de Dios. Mas de los otros no hay ninguno tan santo que no pueda caer en pecado, que es la mayor locura que puede hacer. Y así el mismo Salomón más adelante dice (Eccles., III): *Quis novit si spiritus filiorum Adæ ascendat sursum, et spiritus iumentorum descendat deorsum?* Quiere decir, como declara Salonio, obispo que fué de Viena: Quién sabe si el espíritu de los contemplativos espirituales perderán la caridad en que están elevados, y así se condenen, y el espíritu de los hombres bestiales que viven á la bestial, á los cuales la escriptura sagrada llama jumentos; quién sabe si el espíritu destos hombres bestiales se mudará de sus fieras costumbres, y convertidos á Dios no descenderán en su muerte al infierno; quién es el que lo sabe? como si dijese: Ninguno por cierto; porque poderoso es Dios de hacer de los corazones empedernidos hijos creyentes; y muy ligeros son de caer en pecado los justos que se descuidan de agradescer las mercedes que reciben de Dios, y con ellas se hacen guerra contentándose de sus personas, como si de herencia natural les viniese ser legítimos herederos del cielo. Por eso dice Sant Pablo: Pare mientes el justo, no se descuide y caiga en pecado, con la mayor locura y

el mayor atrevimiento que el hombre puede hacer; que en verdad, poniendo todos los locos naturales en una balanza no pesan tanto las locuras de todos juntos cuanto la de sólo un pecador que se atreve á vivir en el estado en que no querría morir. Ninguno querría morir sobervio, y atrévese á mantener pompa mundana y querer que todos le acaten y le tengan en más que á todos los de su estado. Ninguno querría morir rico, é mueren por no ser pobres, y por tener más que otro no hay qué no hagan, aunque sea contra precepto divino. Ninguno querría morir en el golfo de la lujuria, y no hay cosquilla de sensualidad que no la previene, y muchas con peligro de vida, por cumplir con la sentencia que dice Ausonio (Auson., in epist.): *Hanc volo quæ non vult: illam quæ vult ego nolo; vincere vult animus non saciare venus.* Ninguno querría morir con odio, y protestan los vandos hasta la muerte, y empiezan acá los pleitos y proceden los procesos hasta el infierno. Ninguno querría morir como el rico Epulón sin partir sus migajas con Lázaro, y gastan en la vida epicúrea toda su renta ó hacienda, comiendo el pan de los pobres. Ninguno querría morir con descuido de su conciencia sin encomendarse á Dios y á los méritos de su sagrada pasión, y pasan toda la vida en tanta seguridad como si nunca hoviese de dejar de amanecer para ellos.

Queda luego concluso que no hay mayor locura que querer los hombres vivir en el estado en que no querrían morir, á la cual socorre la preparación de la muerte.

CAPÍTULO IX

En que se pondera la gravedad del pecado.

Aunque la concupiscencia de cada uno (que es el que dicen los teólogos *fomes peccati*) es la raíz de poder caer en la culpa, y en especial el descuido que ya dijimos, muy gran parte deste descuido nasce de no considerar los hombres la gravedad del pecado; que en verdad que cuando nos tienta el diablo con desabrimiento y tristeza de falsos temores, y el mundo con engreimientos y pompas, y la carne con lascivia y retozo, si viésemos intuitiva y claramente á ojos vistas cuánta es la fealdad del pecado, no pienso que seríamos tan malos que no aborresciésemos la abominación de la culpa, ni tan locos que nos pusiésemos á pagar escote tan caro por un tan liviano bien aparente, porque el mal nunca le elegiríamos debajo de respecto de mal, si no fuese por el color que tiene de bien que por de fuera le dora, y con tal color escogemos el pecado los que nos atrevemos á pecar.

Digo, pues, que el pecado no es otra cosa sino una carencia de la rectitud é justicia, la cual rectitud la criatura racional es obligada á tener en sus hechos y dichos y pensamientos. Por esto no peca el que se estima, confiado en el socorro divino de la suerte que el apóstol Sant Pablo se gloría en la segunda carta que escrivió á los de Corinto con título que hiciesen fe sus palabras, porque no las menospreciasen, si á él le tuvieran en poco. No peca el que cobdicia tener renta ó hacienda para gastarla en servicio de Dios y mantener su familia. No peca el que con legítimo matrimonio mata los instímulos de la carne. No peca el juez que ahorca al ladrón y homicida. Ni pecó Sansón por matar los idólatras, aunque se mató á sí junto con ellos, porque lo hizo por divina dispensación. No peca el que come más de su ordinario en las bodas que por honrar el sacramento del matrimonio acompaña. No peca el que tiene celo y envidia porque él no alcanza á los que van adelante dél en el camino de Dios, no pesándole de la diligencia de los delanteros, sino de la tardanza que á él le estorva la presteza en las obras. No peca el que tiene pereza de poner en ejecución la obra que su consciencia no le dicta ser buena, aunque ella sea buena de su linage, hasta que con prudente juicio, *Cum omnia probarit, quod bonum est teneat:* probando todas las cosas, no con la ejecución, mas con el juicio reglado y el parescer de los sabios, tenga lo que escogiere. Porque en todos estos actos y sus semejantes hay rectitud y justicia que se requiere; la cual cuando está absente del hecho es el pecado tan grave y tan sin medida, que es causa bastante de una perpetua condenación para siempre sin fin.

Lo cual, porque en alguna manera parezca, digo que el que peca mortalmente, en cuanto es de su parte, quiere destruir la justicia de Dios, si fuese capaz de lisión, y junto con esto interpretativamente hace Dios de sí mesmo todo el tiempo que está en el pecado; quiero decir que hace la más alta injuria y afrenta á la divina Majestad que se puede pensar, si la divina Majestad fuese capaz de recebir algún daño; como si uno se atreviese

á su rey ó á su padre, y hiciese el tiro baldío por el arnés en que se detuvo la espada, aunque no le hirió en la persona, en cuanto fué de su parte cayó en pecado de grande traición.

Item, el pecador hace Dios de sí mismo interpretativamente, que es estimar en más cumplir con sus apetitos que con el mandamiento de Dios, pues que todo aquel tiempo que está pecando se conhorta á posponer el mandamiento de Dios al cumplimiento de su voluntad, de la cual hace su Dios por entonces, porque la ama sobre todas las cosas, pues á todas las deja por sólo cumplir con ella. Y desta manera se toma lo que dice el apóstol hablando de los golosos tragones (Philip., III): *Quorum deus venter est;* Que los golosos hacen dios de su vientre. Y desta manera tenían los gentiles que sólo el dios Genio, que llamavan el dios de la naturaleza de cada uno, era el dios de los hombres. De aquí dijo Eurialo vergiliano, hablando con Niso su compañero (Enei., IX): *Et sua cuique deus fit diva cupido;* Por ventura es dios de cada uno su cruel apetito. Lo cual afirmó la Scilla Ovidiana (Meta., VIII): *Sibi quisque profecto est deus.* Ciertamente (dice ésta queriendo dar la ciudad de Megara al rey Minas), cada uno es dios de sí mesmo. Eso quiso significar Fedra escriviendo á Hipólito su alnado (Ovid., epist): *Jam mihi prima dea est arcu prœsignis adunco. Delia, judicium subsequar ipsa tuum:* Ya quiero (dice), oh Hipólito, ser de tu vando y tener por mi diosa la caza á que tú tanto te das. Filis, también reina de Tracia, dice (Ad Demoph.): *Et quœqunque procul venientia lintea vidi; protinus illa meos auguror esse deos;* Cualquiera nao que vi venir desde lejos pensava que en ella venía mi dios Demophon. Finalmente, que los gentiles aquella cosa tenían por su dios principal á que más se inclinavan. E de aquí salió la multiplicación de los dioses, que eran tantos y tan diversos cuantos y cuan diversos eran los apetitos de los gentilas, de que hace mención Hesiodo en la *Theogonía,* Phorunto en la *Genealogía,* Palephato en el libro *De non credendis historiis,* Albrico *De imaginibus deorum,* Marco Tulio en el *De natura deorum,* Sant Clemente en su *Itinerario,* Tertuliano en el *Apologeticon contra gentiles,* Lactancio en las *Divinas instituciones,* Sant Agustín en el *De civitate Dei,* Fulgencio en la *Mitología,* Sancto Tomás en la *Summa contra gentes,* Juan Bocacio en la *Genealogía deorum,* y otros muchos que después escrivieron, como son Pictorio Vill en su *Mitología* y Boemo Aubano en el *De diversis omnium gentium moribus.*

De suerte que cuando uno peca por amor que tiene de sí sobre todas las cosas, pues á todas pospone por complir con sus apetitos, con intención material equivalente á la más alta blasfemia que podríe imaginar, si actualmente parase mientes en lo formal del pecado que hace, interpretativamente hace Dios de sí mismo; porque cuando se atreve al pecado querría, si estuviese en su mano, que no supiese Dios el pecado que hace, ó, si le supiese, que no fuese poderoso para castigarle con pena eterna, é si fuese poderoso para castigarle, querría que lo disimulase y se estuviese en su casa, que ansí entiende él de hacer en la suya: y si de fuerza se hoviese de haver con él la justicia, que por ninguna vía se pudiese escapar de sus manos, entonces querría el que se determina á pecar que no hoviese Dios, solamente porque no hoviese quien le fuese á la mano y de hecho le hoviese de pedir cuenta de todo lo que hacía. Porque si como Dios le deja que haga lo que quisiere según su alvedrío, así le dejase á su antojo el reconocimiento de su persona y el dar de la cuenta, créese que nunca se convidaría á darla de cortesía el que se atreve á pecar, si así le dejasen en su mano y libre alvedrío dar ó no dar la cuenta de todas sus obras, como le dejan que haga lo que quisiere; según aquello que el Eclesiástico dice del alvedrío (Eccles., XV): Dios dende el principio constituyó el hombre, y dejólo en el arbitrio de su consejo; é un poco más bajo: púsole delante el agua y el fuego para que eche la mano á lo que más le agradare.

Si este discurso se parase á hacer el que peca y ponderase é todo lo que interpretativa y cerradamente hace en consentir el pecado, pecaría tan gravemente como el diablo pecó cuando quiso tener el ser bienaventurado de sí mismo sin reconocer superior; quiso vivir por su pico ó se abstendría de una blasfemia tan abominable, como es el ser formal del pecado. De donde, como dije al principio, un abismo infinito de abominación se colige, para imitación de lo cual será buen consejo que, pues no escarmentamos en cabeza ajena, que descendamos en vida al infierno con la imaginación, y nos pasemos por las penas de allá

con el entendimiento, y hagamos cuenta que por cada pecado que cometimos nos llevaron los alguaciles de aquella cárcel perpetua; y que por misericordia de Dios se nos hizo nueva merced de la vida, para que hiciésemos penitencia de nuestros pecados, dando fin á los presentes, no solamente quitando la causa, mas echando de casa por mandamiento de Dios al hijo de Agar (Gén., XVII), que es la ocasión y avenenteza de fácilmente tornar á pecar, y proponiendo en lo porvenir; de modo que sin pena podamos esperar á la muerte y tomalla de voluntad, cuando nos mandare Dios partir desta vida mortal para llevarnos á la vida perpetua del cielo.

CAPÍTULO X

Del testamento con que el verdadero cristiano se descarna de todas las afecciones que traen consigo el temor de la muerte con deseo de larga vida.

Toda partida de largo camino suele ser muy penosa, así para el que parte, por los peligros á que se pone y las familiaridades que por algún tiempo ha de dejar, como á los que quedan solícitos de la salud é buen viaje del que se parte, si con afecto le aman.

A esta solicitud de la partida deste mundo se suele socorrer principalmente con la perseverancia de la buena vida; lo segundo, con la preparación del testamento, que es la última voluntad del hombre que parte y se descarna de todos los afectos que suelen congojar al tiempo de la partida, porque no es otra cosa hacer testamento sino una protestación de justicia con que el hombre se apareja á dar á cada uno lo suyo, cada cuando que el tiempo determinado por Dios fuere complido. Porque aunque una deuda, en cuanto deuda, se deva, suele tener dilación de tiempo; la cual durante relieva al deudor de la paga, como paresce en la deuda que el hombre tiene á la muerte por el pecado, la cual no es obligado á pagar por su propria autoridad, hasta que según la presciencia divina se cumpla el término de la paga y sea requerido á morir, ó por enfermedad que Dios le da ó por muerte violenta en que Dios le permite que muera.

En la cual muerte, así natural como violenta ó acelerada, no se hallará nuevo en morir el que con buen testamento, derechamente ordenado, hoviere prevenido á la muerte; que mucha razón es que el que vivió muriendo, teniendo delante la muerte en todos sus hechos, que este tal muera viviendo; que no se haga nuevo en la muerte el que en la vida se quiso ensayar á morir, descarnándose y desarraigándose de todo lo que dejado en la mnerte suele dar pena; porque cuando de hecho lo dejare, no le dé pena de nuevo, como aquel que con buen juicio tiene tragadas todas las penas que le pueden venir, tanteando la poca pérdida de todo cuanto puede perder con la mucha ganancia que gana en conformarse en todo y por todo con la voluntad divina, que lo que en algún tiempo se ha de pagar quiere que entonces se pague. Luego no es de tener en poco la preparación del testamento, pues que tanto bien acarrea que allende que ensaya á morir y hace liviana la muerte previsa, y con el entendimiento considerada, y con la voluntad aceptada, con la memoria pone rienda á los vicios y da fin é quito á los malos afectos y diminuye los naturales, que son unos casamientos ó ligamientos que tienen al hombre travado y arraigado en las cosas de acá, mientras no tiene presente memoria del camino que anda.

Destos impedimentos suele aliviar el buen testamento, que es el que se determina de dar á cada uno lo suyo, que es la hacienda á los otros herederos y el cuerpo á la tierra y el alma á Dios que lo crió de nonada. Fácilmente se descarnará de las amistades y naturales pasiones, sojuzgándolas á la razón; conhortarse ha del absencia de la mujer y los hijos y los amigos, pues todos juntos no son bastantes á librarle del estrecho juicio, si sus buenas obras, incorporadas en la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo, por cuya virtud infinita se hacen merecedoras de gloria, no van delante acompañándole hasta el tribunal de justicia.

Lo cual, como considera el testador, fácilmente se descarna de la afición que tiene á la mujer, el amor paternal que tiene á los hijos y de las familiaridades de sus amigos. No porque se le diminuya este amor, que como se presume que está en buen estado el que hace testamento, pues hace obra de justicia, antes se le aumenta y sube en grado de mayor perfección; mas descárnase de la afección extraña con que sin orden es posible que ame á toda su casa y á sus amigos, y

convierte aquella afección que les tiene en amor y caridad, que es un vínculo y atadura con que todos los fieles se unen en Cristo, en el cual y por el cual se aman la mujer y los hijos y los amigos y todos los prójimos muy más perfectamente que con solo título de mujer y de hijos y prójimos. E desta manera fácilmente se regla el amor natural á no tener pena por el absencia de todos los suyos, porque sabe trocar afección por razón, el cuerpo por el espíritu, terreno por celestial, temporal por eterno. Lo cual bien considerado hace cuenta el testador que á él se dice lo que por el profeta Isaías dijo Dios al rey Ecequías: (III Reg., XX); *Dispone domui tuæ, quia morieris et non vives;* Dispón de tu casa, porque se acerca la muerte y morirás.

La cosa de que ha de disponer es primero de su consciencia, á la que se sigue la buena disposición de la casa, que es hacienda bien distribuída: primero en los acreedores, no menos secretos que líquidos y patentes, y después en las obras pías y el resto en los herederos que por natural descendencia suceden en la hacienda.

El tiempo del testamento es todo el tiempo de la vida, aunque siempre es mejor el que previene á la enfermedad ó á la brevedad que violentamente mata de presto. Hase, pues, de hacer el testamento en sano juicio, porque después, ó no habrá lugar de hacerse, ó si se hace más será deliramento que testamento; porque si el hombre, por dilatar hasta la muerte su testamento, no le pudiese hacer muy acosado de la aguda enfermedad ó de la violencia, primeramente deja ocasión de pleitos y de revueltas, que los herederos suelen mover cuando no están limitados por cierta voluntad del que murió abintestato. Y de todas aquellas revueltas y odios que entre los herederos se levantaren ha de dar cuenta, porque por su negligencia dejó materia de ofensas, allende de las deudas, que por bien que libre pagará en purgatorio hasta el último cuarto. Lo segundo, que es hacer testamento en el agonía, ya que le excuse en alguna manera, que se excusará de muchas negligencias que entonces no podía discutir, y de muchas sinrazones que, aunque no se hagan adrede, acosado del agonía hará.

De manera que más seguro es hacer testamento en sanidad, con reposo, que en enfermedad, con apresuramiento, pues que la herencia se parte en doce partes iguales, porque no espere nadie á ver la suma de su hacienda para mandarla por piezas é alhajas. Especialmente que todos los codicilos fácilmente se hacen con que se enmienda y corrige la última voluntad del testador.

CAPÍTULO XI

De la fuerza del testamento.

El testamento es un decreto particular, cuya fuerza se funda en el dominio que el testador tiene sobre toda la hacienda que justamente posee; porque cierto es que ninguno puede mandar lo ajeno, sin que de su hacienda mande pagar la equivalencia de lo ajeno que manda, así como no lo puede tomar para sí sin cargo de su consciencia. Este dominio, como no es absoluto, termínase con la vida, la cual acabada acaba el dominio; porque la hacienda que era de Ticio, ni será del alma sola, ni de solo el cuerpo de Ticio, ni aun de todo el Ticio entero, aunque resucitase como Sant Lázaro, porque no le dieron el dominio por más tiempo de cuanto le durase la vida.

Siendo esto así, es razón de inquirir en qué se funda la fuerza del testamento. Si decimos que en la voluntad del testador, replicaremos que esa voluntad no pudo pasar de la muerte adelante, pues que es verdad que con la vida se termina el dominio de la hacienda; y la manda, para ser valedera, se funda en aquel dominio. E hay una regla que dice: *Paria esse censentur, quidquam fieri tempore inhabili vel quod eius effectus reducatur ad tempus inhabile;* Que igual valor tiene lo que se hace en tiempo que no se puede hacer de derecho, ó que el efecto se ponga en obra en tiempo inhábil, cuando no tiene fuerza y valor. El texto desto está en la ley *Quod sponsæ*, c. *de dona. ante nup.* Por esta regla no puede el papa en su vida elegir sucesor que después de sus días le suceda en el pontificado. Por esta misma regla, aunque el prelado en la vida puede dar de los bienes eclesiásticos, no los puede mandar para después de su muerte, como paresce *in extr. nom. in. c. cæterum de dona.* E dice Bártulo *(in. d. l. quod sponse),* que nunca falta esta regla. Mas á todo esto responde el Abad en la rúbrica extravagante *De testamentis:* Que la ley hace gracia al testador para que así

pueda mandar como si después de muerto hoviese de ser señor de los bienes que manda en la vida. Esto se entiende especialmente en las mandas pías y en aquellas que al derecho dispone, que en las de obligación, como son deudas líquidas ó hurtos secretos, lo más seguro es pagarlas de presente, aunque, si la enfermedad es tan aguda que no da lugar juntamente á la vida activa y contemplativa, quiero decir, que al parescer paresce que le quedó tan poco tiempo de vída que todo lo ha menester para recogerse y ponerse con Dios, y pedir perdón de sus culpas, entonces Dios suple las faltas de la vida activa del que en aquel paso se arrepiente de buen corazón y pide perdón de la retención de los bienes que contra la voluntad de su dueño hasta aquel paso retuvo, ó por la negligencia que tuvo en pagarlos, sabiendo que el dueño le espera por ellos á más no poder, con tal que confiese su culpa, y pida della perdón y mande restituir lo que deve; porque, como Dios sea Señor absoluto de todas las cosas que son, en tiempo de tal estrecho no ha de esperar á que el deudor cumpla actualmente con la parte, y como quien está pendiente de otro para hacer mercedes de mancomún y no las pudiese hacer *in solidum*, por sí solo. Mas el que viéndose en estrecho de tiempo acosado de la enfermedad aguda, se vuelve á Dios y pide perdón de sus culpas y de las retenciones de los bienes ajenos, y le pesa de corazón, y suplica á Dios le perdone, no hay dubda sino que Dios le perdona y la manda de restitución que este tal hace es valedera después de sus días, porque el pecado no está en la hacienda. La causa es, porque si más vale una alma que todo el mundo visible, no es bastante ninguna deuda á llevar una alma al infierno. Mas el pecado está en la retención de la deuda contra el mandamiento de Dios, el traspasamiento del cual, como en la verdadera contrición, se perdona.

Queda claro que la manda de restitución hecha, como dije, en tiempo estrechísimo, precediendo ó concomitando la contrición á la manda, es valedera y cumple para con Dios; porque, según aquello que Nuestro Redemptor Jesucristo dice (Luc., X): *Porro unum est necessarium;* que de dos cosas, la una es necesaria; necesario es que en tiempo de tal estrecho dejemos la vida activa de la restitución y tomemos la vida contemplativa, que es, en aquel poco de tiempo que al parescer queda de nuestra vida, recojamos todos nuestros pensamientos á la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo y á la gloria que por ella ganamos, porque no es obligado á ir al infierno por nadie el que cumple con Dios, el que en tiempo de tanta necesidad hace lo que es en sí, que es arrepentirse de sus pecados y acogerse á los méritos infinitos de la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo, que es entonces tan poderoso para perdonarle sus culpas y darle la gloria como cuando dijo al buen ladrón (Luc., XXXIII): *Hodie mecum eris in paradiso.* E como absoluto Señor, al fin de la vida le hizo mercedes de todos los hurtos que havía cometido en su vida, porque no estava en tiempo de restituirlos, aunque tuviera de qué disponer.

CAPÍTULO XII

Del testamento práctico.

Aunque el testamento teórico, que es el que en escripto se manda, tiene gran fuerza y es valedero, no se deve ninguno descuidar y atenerse á este solo. Lo uno, porque, como dice el proverbio común, el que tiempo tiene y tiempo atiende, tiempo viene que se arrepiente: y no sabe nadie si le darán el tiempo de penitencia que con mucha seguridad se promete, pues aún no está seguro si vendrá mañana por él.

Lo otro, porque así como ninguno puede pecar por otro ni merescer infierno por otro, así ninguno se puede arrepentir por otro ni merescer la gloria por otro. Por lo cual será eficacísimo testamento el testamento práctico, que es el que cumple cada uno por sí durante la vida, porque el testamento teórico, que es de mandas escriptas, aprovecha al que está en purgatorio, así para la remisión de la pena como para augmento de gloria cuando de la pena saliere, no por la obra del albacea ó heredero que cumple el testamento, mas por la caridad en que estava el testador al tiempo que ordenó el testamento, y por esta caridad que tuvo en la vida meresció el efecto eficaz del testamento en caridad ordenado; y por esta misma caridad en que estava meresció los sufragios que después le hicieron, así de la parte de las mismas obras como de parte

del ministro obrador, que por obrarlas en gracia aprovecharán más al testador que si las obrase el ministro en pecado. De aquí paresce que, si por sólo mandarlas en gracia meresce remisión de pena y augmento de gloria, que por hacerlas ante mano por su misma persona, con tal que sea en gracia, meresceráá más que en hacerlas por mano de otro.

Demás desto, más agradable es á Dios gastar la hacienda en usos pios, al tiempo que es uno señor de la hacienda que gasta, que mandar que se gaste en el tiempo que no será señor della sino por gracia especial que della le hace la ley, como ya dijimos. De aquí decía Sancta Lucía á su madre, que no quería hacer nada en su vida, sino mandarlo en la muerte: Por eso lo dais, porque no lo podéis llevar al otro mundo con vos. De aquí dice Sant Isidoro (Isido. III, lib. suarum senten., c. LXIIII): Las cosas terrenas guardadas se pierden, y dadas se guardan. El patrimonio retenido peresce y bien gastado se guarda. De aquí nos amonesta el Eclesiástico (Eccles., XIIII): Antes que te tome la muerte, haz bien al amigo, y según tus fuerzas haz bien al pobre. Allende de todo esto muy pocas veces se hallan fieles los albaceas y herederos para complir las mandas del testador, é ya que las cumplan, tarde y con mal y á poder de excomuniones, no se cumplen en el modo y manera que mandò el testador. Y hácense sordas las orejas de los herederos á las voces del testador, que dende las penas de purgatorio con quejas muy lastimeras, acosado de los tormentos, dice (Job, XIX): *Miseremini mei: miseremini mei saltem vos, amici mei, quia manus Domite tetigit me: quare persequimini me sicut Deus, et carnibus meis saturamini?* Haved compasión de mí siquiera vosotros mis albaceas y mis herederos, que la justicia divina me hace padescer por entero las penas que con sufragios y restituciones que vosotros hiciésedes se mitigarían. Por qué vosotros me perseguís tan por entero como el rigor de la divina justicia y os hartáis de mis carnes? Qué son las riquezas que mal gastais habiéndolas de gastar en trueco de las penas que afligen mi espíritu? Por eso dice Sant Jerónimo (Hieron., super Lucam): Ninguno es más fiel despensero de la hacienda que poseemos que nosotros mismos. Y esto es tan claro, que no hay nadie tan ciego que no juzgue que tiene su pago el que de su vida se olvida y quiere que otro se acuerde dél, siendo de tan mala memoria que se olvidó de sí mesmo; sabiendo que, pues le es forzado pasar un camino muy largo y escuro, le valdrá más la candela que llevare delante y e libre del hoyo que no las muchas antorchas que después de caído en el hoyo acudieren; que por presto que vengan á las espaldas, é por mucho que alumbren, echan la sombra adelante.

CAPÍTULO XIII

Del testamento teórico.

Aunque sea verdad que el testamento práctico que el buen cristiano cumple en su vida por sí es más eficaz y de más mérito que el teórico que manda cumplir después de sus días, no por eso se quita que el buen cristiano, aunque haya complido con el testamento práctico que ya precedió, deje de hacer el testamento teórico, para que se cumpla después de sus días; que, como ya dijimos, Dios mandó al rey Ecequias (Esai., XXXVIII) que dispusiese de su casa, que fué tanto como si le dijera: haz testamento y ordena todas tus cosas para después de tus días; que por eso le dijo: *Quia morieris.* Como si le dijera: viviendo, goviernas tu casa; después de muerto no la podrás governar, si no dejas la regla por donde los tuyos se rijan, y tu ánima, estando allá, goce del bien que resulta de lo que bien ordenaste. Que aunque por el testamento no se ganase otra cosa, después que el buen cristiano cumplió con su ánima en la vida, sino la pacificación y concordia de los herederos que quedan atados á raya por las cláusulas del testamento, es un gran alivio para el testador, que por su testamento excusa los pleitos y rebueltas que sobre las haciendas de los que mueren sin hacer testamento vemos que cada día acaescen; cuanto más que, por mucho que en la vida se haga, siempre queda que hacer en la muerte; que por mucho que el buen cristiano quiera hacer, siempre queda con alhajas tocantes á su sola persona, las cuales es muy gran razón que se gasten por el ánima de aquél á cuyo cuerpo sirvieron.

Demás desto, hay un punto en el testamento que muchos ignoran, el cual es que mucho más se gana delante de Dios, así para remi-

sión de las penas como para augmento de gloria, por los sufragios que el testador manda que hagan después de sus días que por los mismos hechos por voluntad de los herederos, con tal que el testamento se haga en gracia, siendo todas las cosas iguales. Lo uno, porque por la tal ordenación que de gracia procede conseguirá el testador el premio esencial de la gracia, á la cual responde premio esencial de la gloria; el cual premio no le puede merescer por mérito y ordenación de otro ninguno. Lo segundo, porque el que ordena en gracia su testamento consigue la remisión de la pena, cuando se cumple la ejecución de los sufragios que manda, ahora los ministros de los tales sufragios estén en gracia ó en pecado mortal. La cual remisión no conseguiría si él no los ordenase, aunque sus herederos los hiciesen hacer de caridad, por ministros que no estuviesen en gracia.

De manera que en la negligencia del testamento se perderían dos cosas: remisión de la pena y aumento de la gloria esencial, que proceden de la caridad con que el buen cristiano ordenó su testamento; que así como acá se le aumenta la gracia haciéndole en gracia, por la buena obra que hace, así allá se le aumenta la gloria.

CAPÍTULO XIV

De los avisos que ha de tener el cristiano cuando ordena su testamento.

Pues havemos visto cuánto se gana por el testamento bien ordenado, veamos qué se deve hacer para que por él se consiga el efecto á que el buen cristiano endereza el fin de su testamento. Lo primero y principal es que quien quisiere ordenar testamento por sí ó por otro, ó dar limosnas á pobres, ó hacer donación á la Iglesia, ó instituir capellanías ó fiestas pertenescientes al culto divino, trabaje primero que ponga mano en el testamento de reconciliarse con Dios y alimpiar su conciencia por el sacramento de la penitencia y proponer de vivir y morir en la santa fe católica y en la obediencia de la santa madre Iglesia; y en esta fe y creencia esté aparejado á morir, si necesaria fuese su muerte.

Y desta manera, para honra del culto divino ordene su testamento, en que mande obras pías allende de las necesarias. Las obras pías serán dotación de capellanías, institución de fiestas solemnes, ornamentos, cera y aceite y otras cosas necesarias al culto divino. Item, limosnas á pobres vergonzantes, como son biudas y huérfanas y escuderos pobres, y otros géneros de personas semejantes á éstos. Finalmente, cualquier obra que sale de caridad hecha en el servicio de Dios y provecho del prójimo. Y desta manera, allende del mérito del premio esencial que por tal ordenación hecha en gracia consigue, está cierto que la ejecución de sus mandas le serán para provecho y liberación de las penas de purgatorio.

Lo segundo que el buen cristiano ha de hacer es que todas las veces que se viere en buena disposición y en señales de gracia, con su consentimiento ratifique y tenga por bueno y renueve su testamento en la voluntad, diciendo que le place por lo que allí ordenó; é que si acaso no estava entonces en estado de gracia, que entonces le hace de nuevo y le place; porque hace obra que sea en servicio de Dios y provecho del prójimo, y que da por firme é valedero, no solamente aquello que tiene ordenado, mas aún todo lo que demás de semejantes obras pías hicieren por él sus herederos; y suplique á Dios con la más devoción que pudiere que acepte dende entonces todas las oraciones y buenas plegarias que los que oyeren ó supieren su muerte rogaren por él. Esta ratificación y confirmación de su testamento hará el buen cristiano todas las veces que estuviere quieto y contemplare en la vida que espera, y se viere que no le acusa cosa de pecado mortal, que es una verisímile probabilidad de estado de gracia; porque entre tantas veces no faltará que en alguna no acierte á estar en estado de gracia; allende que todas las veces que lo ratificare puede poner nuevo conato y nuevo fervor de caridad, al cual corresponderá nuevo grado de gloria esencial; é aunque esta ratificación haya de hacer todas las veces que en oportunidad se hallare, principalmente y con mayor conato de voluntad y aprobación la hará después qne en lo postrero de sus días hoviere recebido los sacramentos, como hombre que ya está de camino, y determinadamente quiere todo aquello que toca al servicio divino, con todo lo demás que por codicillos quisiere añadir ó trocar ó mudar.

Finalmente, que aquel conato de voluntad

que entonçes quisiere, le será tan meritorio como si entonces hiciera el testamento de nuevo, y nunca antes hoviera merescido en el hacer y en el ratificar el testamento ya hecho; y dado caso que el testamento fuera hecho en pecado, por este nuevo consentimiento (en que se presume que estará el cristiano en gracia por la conformidad que entonces tiene con Dios) se hace tan meritorio como si entonces le empezara á hacer. Y no se le quitan todos los méritos de los consentimientos con que en gracia le aprovó. Y así queda provado cuánta materia de merescer dió Dios al hombre, pues hasta [en] los testamentos que parescen descuidados de vida se extendió la divina misericordia.

CAPÍTULO XV

De las mandas pías.

Presupuesto que las mandas necesarias han de ser las primeras y principales del testamento, como son las deudas líquidas y restituciones ocultas, con cláusula de lo que no sabe, si alguno mostrare serle devido de cierta cuantía abajo, para que se lo paguen, es bien que hablemos en lo que toca á las mandas pías, en las cuales, según derecho, aunque tenga herederos forzosos, puede el testador emplear el quinto de su hacienda, así en limosnas que se den á los pobres legítimos como en ofrendas y sacrificios, no tanto enderezados al bien particular de su alma cuanto dirigidos al culto divino, que tales sacrificios se augmenta. En los cuales se podría dubdar cuál es mejor, dejar capellanías perpetuas de misas ó toda la limosna que montaría la renta de las tales capellanías hacerla decir de misas que se digan en breve tiempo.

A esta pregunta responde Gabriel Biel (Lect. LVIII, sup. cano): Que si con igual voluntad de caridad hace lo uno y lo otro, cuanto al premio esencial es igual el mérito que por aquel conato de voluntad meresce, ahora sean aniversarios perpetuos, ahora sacrificios temporales hechos todos juntos en brevedad, porque en este mérito no se atiende el hecho, sino el afecto y voluntad donde el tal procede; como paresce por la biuda, que porque echó dos cornados en el cepo del templo fué antepuesta por Cristo Nuestro Redemptor á todos los otros que ofrecían grandes riquezas (Marc., XII., et Luc., XII). Mas si tenemos respecto al premio accidental, que es la remisión de la pena de purgatorio, distinguiremos en este caso, que ó el instituidor de capellanías é limosnas perpetuas tiene respecto al culto divino principalmente, y al provecho del prójimo, ó tiene ojo y atención á satisfacer por los pecados proprios que cometió. Si endereza su intención á la ampliación del culto divino é á la edificación del prójimo, más aprovecha instituir sacrificios perpetuos y limosnas perpetuas para la remisión de la pena, que temporales, porque proceden de caridad más intensa; é por consiguiente son más satisfactorios los sufragios perpetuos, porque les corresponde más premio esencial, porque no sería razón que el que prepone la honra divina á su propio provecho sienta pérdida y menoscabo del valor de la buena obra.

Mas si el instituidor solamente tuviese respecto á su proprio provecho, con tal que no tuviese menosprecio del culto divino, podríase decir que más le aprovechan los sufragios hechos en breve que no en largo tiempo cuanto á la remisión de la pena, porque el mérito de la obra obrada aprovecha cuando se obra. E así aquel mérito, obrado de presto, aprovecharía presto á la remisión de la pena de aquel por quien el tal sufragio se obrase; aunque se podría dubdar si estos tales sufragios, aunque fuesen hechos en caridad, porque no proceden de caridad, son valederos para el premio esencial; porque mirando principalmente al proprio provecho, falta la circunstancia del último fin, la cual se requiere para que la obra sea meritoria de premio esencial. Mas como el premio esencial sea de más precio que el accidental, queda que es mejor dejar sufragios teniendo principal intención á la ampliación del culto divino que no á la satisfacción de solamente pagar la deuda que debe; la cual deve ser la segunda intención, después de la principal, que es ampliar el culto divino y edificar á los prójimos. E porque el culto divino se amplía más con sufragios perpetuos que temporales, queda que es mejor dejar sacrificios ó limosnas perpetuas que no temporales; aunque el que no puede dejar renta perpetua en la limosna y en los sacrificios temporales, puede enderezar su intención principalmente al culto divino y luego á la satisfacción de sus proprios pecados.

CAPÍTULO XVI

De los albaceas que dejará el testador, así para que cumplan con diligencia como para quitarles la materia de la cobdicia.

Los albaceas, que en otra parte se dicen cabezaleros ó ejecutores de testamento, aunque no sean de esencia para la salvación del ánima, no dejan de ser gran parte, así para la minución de la pena de purgatorio como para augmento de la gloria accidental del testador. El número de los cuales, así como no puede bajar de uno, así es bien que no suba de tres, no tanto por ser malos de juntar, cuanto porque de tres arriba no pueden parir sino confusión. Especialmente que, como dijo el apóstol (II Corint., XIII): En la boca de dos ó tres está la determinación de toda verdad. Cuál destos números sea mejor no es fácil de determinar, porque la unidad es la que vence á todos los números, á cuya virtud no hay quien resista, porque trasciende á todas las cosas. Por lo cual, si fuese el albacea de tanta prudencia é justicia y buena consciencia que pospusiese su interese y pereza á la liberalidad y diligencia que la extrema necesidad del ánima del prójimo requiere, más vale un tal albacea solo que muchos. Mas si tal no se presumiere, será bien colegir del parescer y consciencia de dos ó tres lo que no se piensa hallar en cada uno por sí. E ninguno piense que la suficiencia del albacea nasce de la amistad que entre él y el testador intercede, porque aunque esta amistad es buena para añadida al oficio del albacea, es dañosa para caudal, porque muchas veces havemos visto acabarse el amistad con la vida y empezar la cobdicia y rapiña y solapamiento con el primer *Requiescat in pace.*

El estado y condición no se puede limitar, porque aunque un estado arguya perfección de vida sobre otro, no prueva la fidelidad de las personas particulares. Parésceme á mí que un clérigo honesto y de consciencia, junto con un buen casado, que ni sea muy rico ni pobre, de los cuales no se haya dicho vileza ni cosa que menoscabe su fama, porque se presumen ser temerosos de Dios, serán buenos para albaceas, especialmente que el oficio del albacea es tractar de las albaquías, que son las alhajas de casa; para el cual oficio se requiere más la bondad con mediana prudencia que grandes letras y astucias de pujadores; porque á la mayor parte la consciencia se suele ensanchar con la esciencia de que se usa mal della, porque suele desterrar los escrúpulos, que son cuasi necesarios al oficio del albacea.

CAPÍTULO XVII

De la admonición de los médicos.

Tanto mayor cuidado se ha de tener del alma que del cuerpo, cuanto es más noble y más excelente el espíritu inmortal que el cuerpo mortal; por lo cual será consejo muy saludable que si el paciente no tiene cuidado de confesar, que los amigos se lo aconsejen; que mucha razón es que se llame primero el médico espiritual que el del cuerpo. No sea como aquel de quien dice Horacio (Horac., II epíst., lib. I): *Quæ lædunt oculos festinas demere: si quod est animum, differs curandi tempus in annum;* Si tienes enfermedad en los ojos, luego llamas al médico, é la cura del ánima dilatas por un año. Luego es bien que los amigos socorran á un descuido tan ordinario, y en esto no se debe alterar el paciente; pues tenemos texto evangélico que las enfermedades del alma son causa de las del cuerpo; como paresce en el paralítico, al cual primero dijo Nuestro Redemptor (Math., IX; Marc., II; Lucae, V; Joan., V): Hijo, perdonados te son tus pecados; y luego le dijo: Anda y no quieras más pecar, no te venga otra enfermedad peor. De adonde paresce que los pecados eran las causas de las enfermedades.

Esto mismo confirma Inocencio tercero en un general concilio (cap. *Cum infirmitas*, titulo *De pe. et re.)*, adonde estatuye que los médicos corporales, antes que hagan cosa alguna, amonesten á los pacientes á que se confiesen. Lo cual como sea por mandamiento del decreto apostólico, no será causa que el paciente se altere é incurra en peligro de muerte; pues tendrá por cierto que no hace aquéllo el médico por peligro ó pronóstico de la muerte, sino porque lo tiene de mandamiento especial de la Iglesia. Lo cual, si los médicos, como son obligados, ordinariamente hiciesen, allende de la salud de las ánimas sanarían muchas enfermedades, y no se alteraría el paciente viendo que la cosa se hacía más por oficio ordinario que por necesidad urgente que el médico hoviese pronosticado.

CAPÍTULO XVIII

Del Sanctísimo Sacramento y la Extremaunción.

El testamento ordenado y la confesión hecha, queda recebir el sanctísimo sacramento de la Eucaristía, que es el viático, que dignamente recibido, no solamente libra de las penas perpetuas, mas aún mitiga las penas del purgatorio y da augmento de gloria esencial, con tal de que haya precedido verdadera contrición y confesión de las proprias culpas, cuya dilación es peligrosa si se dilata hasta el artículo de la muerte. Por lo cual dijo el Eclesiástico (Eccles., XVII): Antes de la muerte confiesa tus culpas, porque la confesión del que está más muerto que vivo es como si fuese ninguna. Esto dice el Eclesiástico porque no se dilate la confesión con falsa esperanza de larga vida hasta el artículo de la muerte, que entonces está el ánima tan turbada que su confesión procede más de temor de la pena que del amor gratuito é filial con que es obligado á amar á Dios más que á sí mismo; mas no por eso se quita que no sea valedera la confesión hecha en el artículo de la muerte, que en todo tiempo está Dios aparejado á perdonar al penitente que hiciere lo que en sí. Esto digo no por dar alas á que se atreva alguno á esperar aquel punto para hacer penitencia, porque es ponerse á un manifiesto peligro; mas si acaso se hallare el pecador en él, para que no desespere; que más pecó Caín en desesperar de la misericordia divina que en matar á su hermano Abel. Luego conviene que la confesión se haga en tiempo que proceda más de verdadera caridad que de temor de la pena.

Mas si acaso por pereza ó descuido, finalmente por no querer, se ha dilatado la confesión, no desespere el que así la dilató y piense en aquel dicho que dice Dios por Ecequiel (Ece., XVIII): No quiero la muerte del que se muere. Especialmente que, como dice Nuestro Redemptor (Math., XI; Luc., V): No vine á llamar á los justos, sino á los pecadores. Pecador es el que hasta aquel punto dilató la confesión: esfuércese en Dios, que es uno de aquellos á quien vino Dios á llamar, y no desespere por responder al postrero día; que, como dice Dios por el mismo Ecequiel (Ece., XXXIII): La iniquidad del malo no le dañará en cualquier día que se convirtiere á Dios.

Demás desto, sepa esta regla: que así como está subjecto á perder por parte de nuevo pecado que en aquel artículo de la muerte cometiese, conviene á saber, si desesperase de la divina misericordia, desa misma manera, por el contrario, es hábil y capaz para alcanzar misericordia, porque nunca permitió la misericordia de Dios que tuviese uno tiempo para desmerecer sin que en el mismo tiempo, cuanto es de parte de Dios, pudiese ganar, y merescer de nuevo todo lo contrario á la culpa por la cual desmerece, si no quedare por su culpa, por la cual acontesce que le deje Dios en sus pecados y le castigue por ellos. Luego no desespere nadie por haber dilatado la confesión hasta la hora postrera; porque si el diablo procura de hacer desesperar al enfermo, bien paresce que procura de sacar nuevo pecado por el cual se condene el pecador más gravemente. Por esta misma razón está hábil á poder nuevamente confiarse de Dios y encomendarse á los méritos de su sagrada pasión, en virtud de la cual se puede nuevamente salvar, aunque hasta aquel punto huviera sido el mayor pecador que huviera en el mundo. Y con esta esperanza y fe informada de caridad se esforzará lo más que pudiere, y confíe que, pues Dios Nuestro Señor le viene á ver á su casa, que no havrá enemigo que sea bastante á hacerle caer; pues funda en un inexpugnable castillo, que es la fe, esperanza y caridad que tiene en los méritos de la sagrada pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo, la cual es más poderosa para perdonar todas las culpas que las culpas para llevar al infierno.

Al tiempo de recebir el santísimo sacramento dirá las oraciones y devociones católicas que supiere, con otras que el sacerdote le ayudará; y tenga firme esperanza que Dios que le viene á ver le ha de dar todo lo que para su salvación se requiere, si él se dispusiere á hacer todo lo que es en sí.

Considere lo primero que este sanctísimo sacramento es principio de vida, por lo cual vivifica el ánima del que dignamente, según su posibilidad, le recibe. Es memorial de la pasión sacratísima; por lo cual inflama el ánima del verdadero cristiano, é juntamente le

da virtud de paciencia. Es espiritual mantenimiento del ánima, y por eso convierte en sí al que le recibe. Tómase debajo de especie de pan y vino, y por eso hace al verdadero recipiente por la unión muy íntimo á Cristo, y por la comunión le hace concordar con el prójimo. Y porque es antídoto medicinal, por eso sana de la enfermedad é conserva en la sanidad. Y porque es el viático ó bastimento del camino que vamos, por eso da esfuerzo al caminante y le guía por camino seguro hasta llevarle á la bienaventuranza del cielo. Y porque este camino es temeroso, por eso se da como viático, quiere decir guía contra las asechanzas de Satanás. De adonde dice el psalmista (Psal. CXII): En el camino que andava me ascondieron los demonios un lazo para tornarme. Porque es largo el camino, dase para refección y hartura del ánima, lo cual se figuró en aquello que dijo el ángel á Elías (III Reg., XIX): Levántate y come, que te queda largo camino que andar. Y porque este camino es peligroso se da como amparador, como dice Job (Job, XVII): Ponedme, Señor, cabe vos, é cualquier ejército pelee contra mí. Y porque este camino es muy escuro, por eso se da como luz, de la cual dice el mismo Dios por Sant Juan (Joan., VIII): Yo soy la luz que alumbró á los hombres del mundo.

La extremaunción se ha de dar cuando ya la vida fuere en declinación, y según regla de medicina al parescer de los médicos según curso natural es incurable; porque si esperan el último punto del ánima, el paciente no puede atender con las fuerzas que ya están cuasi desfallecidas; por donde no tienen promptitud á poderse levantar á contemplar los beneficios de Dios, lo cual es gran parte para alcanzar la gracia cumplida del sacramento. Demás desto es peligro, si la extremaunción se dilata, que no se muera el enfermo entre las manos antes que acabe de recebir el sacramento de la unción. Lo cual si acaesciese, según sentencia de muchos teólogos, se havía de dejar acabar, porque los sacramentos eclesiásticos son de los vivos y no de los muertos; luego hanse de administrar durante la vida. Y esto paresce por aquello que el apóstol Santiago dijo: Si alguno cayere enfermo entre vosotros, haga llamar á los presbíteros de la Iglesia, y rueguen sobre él ungiéndole con el olio sancto en el nombre del Señor.

CAPÍTULO XIX

De lo que los circunstantes harán antes del tránsito de la muerte y en la mesma agonía.

Todo lo sobredicho pertenesce á la diligencia y cuidado del enfermo que está de partida. Queda agora de saber qué será el oficio y el beneficio de los circunstantes que suelen y deven acompañar al enfermo; porque es gran crueldad dejar los amigos que padezcan solo en la muerte al que los extraños en mediano peligro se convidarían á socorrer en la vida. E si los miembros del cuerpo humano se prestan las veces y se ayudan unos á otros, mucha más razón es que los miembros espirituales en Cristo se ayuden unos á otros. Y si en todo tiempo corre esta obligación, en la muerte se dobla; porque los que están en purgatorio, aunque tienen necesidad de nuestros sufragios, por estar seguros y ciertos de su salvación, no están tan ansiosos esperando nuestro socorro como los que están en el artículo de la muerte, que con la opresión de las tentaciones están en las mayores ansias del mundo.

Demás desto, mayor propincuidad hay de vivos á vivos que de vivos á muertos; por lo cual ordenó la Iglesia que primero se hiciese en la misa el Memento de los vivos que el de los muertos. Luego cuasi necesario es que tenga el agonista amigos que le ayuden en sus grandes trabajos, quien en alguna manera pueda decir: Vosotros havéis sido los que permanecistes conmigo en mis tentaciones (Luc., XXII). Estos amigos no se entiende que sean la mujer y los hijos é familiares, ni padre ni madre, porque éstos no solamente muchas veces no ayudan á quitar las tentaciones, mas aun con la pasión que toman con la presencia de los que han de dejar se urde materia para augmentar las pasiones del agonía. De donde dicen los doctores contemplativos que una de las grandes pasiones de Cristo Nuestro Redemptor fué ver á Nuestra Señora al pie de la cruz, cuando dijo: (Joan., XIX): *Mulier, ecce filius tuus;* porque si la llamara madre, allende que pudiera ser excesiva el angustia de la sacratísima madre por el afecto que resultara del nombre tierno de madre; si la llamara madre, fuera cuasi bastante materia para acabar él de espirar en la cruz con el afecto filial con que llamara á su sacratísima

madre. Y no convenía que ni en todo ni en parte muriese por pasión y congoja particular el que moría universalmente por todos los pecados del mundo. Conviene luego que todos aquellos á quien mucho ama el enfermo se quiten delante, por el peligro que de la presencia dellos se le puede recrescer. Y si esto se hace con la mujer é hijos legítimos, cuánta mayor diligencia se debe poner en quitar delante al paciente los hijos adulterinos, é sobre todo á sus madres? En lugar de todos éstos, que se deven quitar delante, le traerán dos ó tres amigos muy católicos y discretos y caritativos, que le amonesten cuando está en seso que se disponga á morir y que haga testamento y se confiese é reciba los sacramentos. Y sobre todo, de que vieren que de su salud desconfían los médicos, le quiten la esperanza de la vida corporal, porque dar esperanza de vida, cuando los médicos pronostican la muerte, es un consuelo muy peligroso; porque con la falsedad con que por una cortesía muy necia todos á una mano le encubren la muerte pronosticada, viene el enfermo en descuido de aparejar la vida del alma. Y por una salutación y esperanza afeitada, que so color de no poner mal corazón al enfermo introdujo el diablo en los hombres, corren muchos peligro de perder la vida perpetua. Por lo cual los amigos le dirán á la clara: *Dispone domui tuæ, quia morieris tu et non vives* (Esaie, XXXVIII). Mirad, amigo, disponed de vuestra familia y curad de vuestra ánima, porque sabed que havéis de morir y desta hecha no viviréis.

Demás desto le traigan á la memoria los insultos y ardides de Satanas, los cuales diremos luego en el tercero punto, porque no se halle novicio en la nueva pelea, y sobre todo le amonestarán muchas veces una regla que allí diremos: Que en ninguna manera, so pena de ser vencido, se tome disputar con el diablo; mas á todo cuanto delante le pusiere, cierre firmemente en las tres virtudes: fe, esperanza y caridad, como allí más largamente lo especificaremos. Y guárdese por ninguna via se tome á brazo partido con el diablo, lo cual haría si estuviese con él á demanda y respuesta.

Luego díganle que tenga firme en la fe viva, é crea que Dios le ayuda si con voluntad eficaz él quiere ser ayudado y tuviere firme esperanza en la misericordia divina y en los méritos de su sagrada pasión, junto con la caridad con que de razón debe amar al mayor bien de todos los bienes con el amor que suba sobre todas las cosas. Allende desto, le digan que reciba de voluntad lo que ha de venir fuerza, que es la muerte del cuerpo cuando Dios quiere que muera. Item, le dirán que dende entonces suplique á la divina Majestad, con la mayor devoción que pudiere, que acepte las oraciones que sus amigos y prójimos nicieren por él, así en el tiempo del agonía como después, para remisión de la pena de purgatorio.

Y esta plegaria es muy provechosa é substancial, porque en ella pretendió el mérito antemano de todos los sufragios que en tiempo de necesidad hicieren sus amigos por él, como en el quinto punto diremos hablando de los sufragios. Porque llevando de antemano la raíz de poder merescer por la plegaria que en gracia hace á la misericordia divina, todo lo que por él en caridad rogaren á Dios sus amigos, lo alcanzará cuasi como si estuviese en tiempo de merescer y él lo rogase. Y no se ponga esto en olvido, porque demás que le aprovechará mucho para la remisión de las penas de purgatorio, seràle muy grande alivio para vencer fácilmente con la plegaria de muchos las recias tentaciones del enemigo, que en celada le están aguardando á la puerta. Y sobre todo procure el enfermo de arrepentirse lo más que pudiere de sus pecados, que ya confesó, y en general de todas aquellos que no se acordare; teniendo firme confianza en la misericordia inmensa de Dios y en la justicia y merescimientos de su pasión sacratísima, á cuya redempción copiosa dende entonces se acoge, y con ella cierra á todas las acusaciones y embaucos que Satanás le pusiere en el agonía que ya se apareja.

CAPÍTULO XX

De las oraciones y socorros espirituales con que socorrerán los ministros eclesiásticos y los amigos y todos los circunstantes en el agonista.

Asi como el diablo no deja de su parte lugar ni argumento que para traer á perdición á los hombres no mueva, así el buen cristiano que tiene tiempo para morir no deve dejar

vía por donde piense ganar la gracia de Dios y reconciliación de los santos. Por lo cual no dejará el remedio postrero, aunque por su buena vida parezca que le bastan los sobredichos. Y tome ejemplo en los hombres curiales, que por haver una honrilla ó rentilla, que ni la una ni la otra le sacará de la laceria, se ponen á un hercúleo trabajo, que sería bastante para comprar la dictadura ó monarquía del mundo. Esto es porque viven, no en la razón, mas vive en ellos la ley de la esclavonía, que están embelesados, colgados de los respectos del mundo, que más paresce que viven en su dibujo que en sus proprias personas.

Dejo aquí de decir las diligencias y solicitudines extrañas que los antiguos ponían para alcanzar un magistrado, que era una honrilla de un año; como largamente paresce en la exhortación que Q. Cicerón hace á su hermano Tulio: y vengamos á nuestros magistrados y sacerdocios, é veremos cuán varia é cuasi imposible solicitud se pone en alcanzar un oficio ó beneficio que viene por los tejados. De todo esto sacaremos espuelas para que pongamos, como dice el refrán, cuero y correas para alcanzar una cosa en que tanto nos va, como es la vida que ha de durar para siempre. Luego el verdadero cristiano, al cabo de todas sus diligencias, mandará que dos ó tres sacerdotes de buena vida y consciencia estén rezando en la pieza en que él estuviere todo el tiempo del pasamiento. E aunque este oficio le empiecen antes que pierda el agonista el uso de los sentidos, ellos doblarán su caridad y él alcanzará doblado provecho con que haga la regla que dijimos: que suplique á Dios con instancia de corazón que acepte dende entonces las oraciones de sus ministros, porque la raíz de nuestro merescer ha de anteceder en la vida, para que lo que por nosotros se hiciere nos aproveche en el tránsito y después en el purgatorio. Que aunque por morir en gracia se aprovecha de los sufragios, muy más derechamente los goza el que los pretendió con la diligencia que en gracia puso, que no el que virtualmente los gana en virtud de las obras de caridad que en gracia hizo en su vida.

Demás desto, si el paciente estuviere en pecados, por la intercesión de las oraciones de los ministros de Dios se le perdonarán; y esto es lo que el apóstol Santiago dice, como ya trajimos en el décimo octavo capítulo: «Si alguno cayere malo en vosotros, haga llamar á los ministros de la Iglesia, y rueguen á Dios por él, ungiéndole con el olio en el nombre del Señor, y la plegaria é rogativa hecha en fe salvará al enfermo, y aliviarle ha el Señor, é si estuviere en pecados, le serán perdonados.» Por las cuales palabras vemos cuánto provecho sea recurrir á los ministros de Dios, pues por su intercesión se nos perdonarán los pecados, y hase de entender precediendo la confesión; y más los que el diablo le ofreciese para hacerle desesperar, pues entonces en el tiempo del agonía, por no tener uso de los sentidos, no tiene copia de confesarlos.

El principal destos ministros tendrá cuidado, antes que entre en el agonía, de amonestarle una y muchas veces que no desmaye en la pelea que se le va aparejando; que tenga confianza en la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo; la cual, si fuere persona que entiende latín, se la leerá, y si no se la cuente por todos sus pasos para que el paciente se embeva en aquella y haga hábito y costumbre de recorrer á ella como al blanco que ha de ser el remate de sus angustias en todos los rencuentros que el demonio le pondrá dende á poco; y entre todos los pasos escoja uno especial el paciente, en que él tuviere mayor devoción, y hágale como recurso de sus congojas y el verdadero blanco á quien enderesce los ojos del alma, para que siempre que le acosare el diablo sepa que allí hallará remedio. Y traiga á la memoria aquello que Nuestro Redemptor dijo: «Venid á mí los trabajados y cargados de pesadumbre, que yo os daré refrigerio». Item, le diga que tenga siempre en la intención estos dos nombres: Jesús, Santa María, á cuya pronunciación, hecha con eficacia, así huye el diablo como se esparce el humo del viento.

Mientras estas y otras amonestaciones hiciere, unos rezarán los otros psalmos que provocan al pecador á esperanza y misericordia, como son: *Miserere mei, Deus: In te, Domine, speravi: Dominus, illuminatio mea: Quemadmodum desiderat cervus: De profundis clamavi*, y otros muchos que ellos tendrán á manos, aunque sería mejor rezarlos por libros que no de coro.

Demás de los clérigos y los otros circunstantes que le dirán una letanía en el tiempo del

tránsito, harán á todos los niños que estuvieren en casa ó fueren llamados de los vecinos que también ellos se pongan en oración, porque es muy acepta á Dios aquella baptismal inocencia que tienen; que aunque, por no tener el uso de la razón, no hacen obras de merecer; congruente cosa es, y de la inmensa bondad de Dios es dón y merced copiosa, que Dios oiga la plegaria de aquellos niños, siquiera por el estado de gracia en que están. E de aquí dice el profeta David (Psal. VIII): De la boca de los niños y los que maman cumplistes, Señor, la perfección de las loas contra vuestros enemigos, para destruir con la inocencia de los niños al enemigo y vengador, que presume vengar su saña en los apriscos de vuestros fieles que vuestro nombre confiesan.

Desta manera, ayudando al paciente, rezando unos los psalmos y otros la letanía, otros el credo, otros el *Quicunque vult*, otros el *Te, Deum, laudamus,* y otros otras oraciones, y los niños las que supieren, todos á una mano encomendándole á Dios y llamando el favor de su sacratísima Madre, el socorro del ángel de la custodia, la presidencia del Señor Sant Miguel, las prerrogativas y patrocinios de los santos en quien el agonista tuvo especial devoción y en los que la tienen los circunstantes que lo piden, é juntamente invocando la sacrosanta unión de la santa madre Iglesia católica militante, es verisímile que delante de tantos socorros no pasará el diablo, ó si parase será para su confusión y triunfo del agonista, con que por la misericordia divina triunfará del diablo; porque se cumpla lo del apóstol (II Tim., II): No recebirá corona de gloria sino el que en la pelea espiritual contendiere varonilmente contra todos sus adversarios. Y así como por la oración de la Iglesia se libró Sant Pedro de las cadenas de Herodes (Act., XII), así por la intercesión de aquella congregación particular que en nombre de Dios está allí juntada, rogando á Dios sin intermisión por el que padesce, querrá Nuestro Dios benignísimo usar de su misericordia y librar aquel que padesce de los lazos de Satanás, y por los méritos de su sagrada pasión en su justicia tendrá por bien de llevarle á su gloria (Psal. XXV).

FIN DEL SEGUNDO PUNTO

EMPIEZA EL TERCER PUNTO

QUE TRATA DE LOS RENCUENTROS E ARDIDES DE SATANÁS, CON QUE PROCURA DERRIBAR AL PACIENTE, ESPECIALMENTE EN EL TIEMPO DEL PASAMIENTO QUE SE DICE AGONÍA.

CAPÍTULO PRIMERO

De la definición de la agonía de la muerte.

Presupuesto ya que el enfermo ha hecho sus apercibimientos y preparaciones que son necesarias para la contienda que se le apareja, antes que vamos adelante en este tercero punto, es bien que sepamos qué cosa es agonía. Agonía es un vocablo griego que quiere decir contienda, no tanto porque en tiempo del pasamiento es la contienda de la disolución de las partes que la persona constituyen, cuanto porque entonces entra el hombre en la mayor contienda y batalla que ha tenido en toda su vida. Y porque esta batalla espiritual no se hace sin gran solicitud y congoja, tómase este nombre agonía por cualquiera congoja y angustia con que el alma se aflige.

Desta manera diremos que aquel espacio de tiempo que pasa dende que los cinco sentidos se empiezan á perturbar hasta á punto que el alma se despide del cuerpo se dice agonía, que el vulgo suele llamar pasamiento; porque á la verdad es aquel paso de tanta congoja y angustia, que todos los afligimientos de toda la vida pasada no le fueron tan duros de soportar como es sólo aquel paso. Que antes que los cinco sentidos se pierdan, aunque tiene fatiga el enfermo, no le aprieta tanto el diablo como en sólo aquel tiempo de agonía después de privado de uno de los cinco sentidos, así porque ve el diablo que ya se le acaba al paciente el húmido radical y no le queda más tiempo en que le pueda ganar, como porque entonces le ve desamparado de los instrumentos, que son los cinco sentidos, con que dél se podría defender; pues sabe él muy bien que para eso se lo dieron, para que por medio dellos venciese al diablo y ganase la gloria subjetándolos á la razón y apartándolos de los vicios. Síguese luego que entonces aprieta más el diablo cuando ve que se

acaba la vida y ve menos habilidad en el paciente para resistir á sus armas ocultas y colorados ardides.

Para declaración de lo cual se tome la regla que ya dijimos: Que nunca el diablo tentaría al hombre en el agonía de la muerte si no pensase hacerle pecar de nuevo, demás de todos los que le ha persuadido en la vida; ó ya que otro pecado no saque de allí, procurará atraerle á tal indisposición que no se arrepienta, ó si se arrepintiere que sea por el temor de la pena y no por la detestación del pecado que nasce de la caridad verdadera. Que si él tuviese por cierto que está ya sentenciado y no pudiese pecar después que entró en aquel paso de la agonía, es cierto que nunca le tentaría en aquel punto, como aquel que supiese que no havía de sacar ganancia en todo aquel espacio de tiempo y que su tentación sería por demás; por donde le sería á él mejor emplear aquel tiempo en los hombres que usan de los sentidos, si fuese verdad que el que pierde el uso de los sentidos no pudiese ya más pecar. Luego por eso tienta: porque piensa ganar y granjear algunos pecados con que acabe la vida el paciente y se le lleve al infierno.

De aquí se sigue otra conclusión: que aunque los cinco sentidos están turbados, no por eso se sigue que el juicio del ánima está depravado y ajeno de la razón, antes en aquel punto está el ánima más viva y más cuadrada que estuvo en todo el tiempo pasado. Esta conclusión tiene Platón en el *Diálogo de Rep.*, y Quinto Cicerón en el primero libro *De Divinatione* y Aristóteles en sus *Problemas*. Mas no hagamos aquí caudal del dicho destos filósofos, porque como algunos dellos ignoraron la creación del ánima racional, no pudieron trazar bien su sér, sino rastrear y sacar la nuturaleza del ánima por los efectos que en ella parescen. Mas nosotros, que por fe tenemos ser el alma criada, y por consiguiente inmortal, formemos esta razón: El ánima está inmersa y embevida en el cuerpo, y entiende en animar é vivificar el cuerpo en quien aposenta; y como su virtud sea finita, no está tan viva ni tan cendrada cuando está arraigada en el cuerpo como cuando está fuera dél; porque entonces no se emplea en animar ni dar vida á cuerpo mortal, mas está toda recogida en sí; por lo cual entiende cuán agudamente puede entender, según la manera de la capacidad que Dios le dió en su ser individual y específico, como más extendidamente diremos en el cuarto punto. Luego síguese que cuando menos entiende es en el cuerpo, así porque se emplea en animarle, como porque entiende con ayuda de los cinco sentidos, por medio de los cuales puede entender las substancias de las cosas, ayudadas de los accidentes; como son colores, cuantidades, figuras, sonidos, olores, sabores, frío, caliente, aspereza, ternura, dureza y blandura. Mas después de salida del cuerpo entiende las substancias en su propria substancia, sin andar mendigando padrinos que se las ayuden á entender.

Entre estos dos extremos ponemos un medio, en que el ánima entiende de media manera; porque ni es tanto como después de salida del cuerpo, ni tan poco como cuando con ayuda de vecinos, que son los cinco sentidos, entiende los accidentes; porque entre los extremos siempre ó por la mayor parte ponemos un medio que diste de entrambas partes, según aquel dicho común que dice: Que en el medio consiste la virtud. No porque sea virtud el medio en esta manera de entender en el tiempo del agonía, mas dícese medio porque participa de los extremos. Este medio es el agonía ó el pasamiento de la muerte, que cierto es que mientras el ánima se va más desarraigando del cuerpo, se va más recogiendo y apurando en su esencia y ser natural, y por consiguiente entiende más vivamente; mientras más se descarna de oir, ver, oler, gustar y palpar, más se anima en si misma é se afina más en sus esenciales operaciónes, que son memorar, entender y querer, que son las tres potencias con las cuales representa las tres personas divinas en una esencia; por lo cual se dice ser el hombre hecho á imagen é semejante de Dios (Gén., I).

Por esta razón paresce que aunque el hombre está privado de los cinco sentidos, el ánima no está privada de su juicio, antes está más viva en sí que hasta entonces estuvo. E aunque dijo el psalmista (Psal. LIIII): Mi corazón se turbó en mí y el temor de la muerte descendió sobre mí, no quiso decir que, aunque el ánima esté turbada por el temor de la muerte, por eso esté fuera de su juicio como están los sentidos. Que bien conceden los filósofos y teólogos que puede estar el ánima turbada y usar de razón, como el hombre

que está acosado de grandes dolores é turbado de grandes congojas y por eso no deja de estar en su seso y entender qué es lo que le atormenta y tantear el placer que le podría sacar de la pena en que está. Así en el agonía está el ánima turbada: por una parte acosada de los dolores, que aunque está de camino no deja de sentirlos mientras anima las carnes; por otra parte de las angustias y tristezas que el diablo le ofrece para hacerla desesperar. Mas no por eso pierde la distinta noticia que tiene, si no de los objetos presentes, porque ya no ve ni oye, á lo menos de las especies é los hábitos que adquirió cuando usaba de los sentidos. Y en esta batalla está puesta hasta que acabándose el húmido radical. se hace fuerte en el corazón, é con dolor se despide del cuerpo; cuya victoria, como dijimos, consiste en la firmeza de las tres virtudes teológicas, con las cuales es poderosa, si tuviere firme con ellas, para vencer todos los engaños y ardides de Satanás. Porque como aquí dijimos y en el capítulo décimo octavo del segundo punto: Así como está subjeta á pecar, así está hábil y en tiempo de poder merescer, porque nunca determinó la justicia divina que se pusiese el hombre á la pérdida, sin que la misericordia infinita juntamente le pusiese á ganancia, si no quedare por culpa suya, por la cual meresce ser castigada.

Esta regla por eso se dice tantas veces, porque nunca se aparte el paciente de la esperanza, aunque más pecados le acuerde el diablo para hacerle caer en desesperación; é leyéndola muchas veces, hará un hábito fácil, con que fácilmente se acuerde á esperar en la misericordia divina, que no desampara, como dice el profeta (Psal. XXI, é XXX, é XXXI, é XXXVI, é XC), á los que á ella se acogen.

CAPÍTULO II

De un aviso general contra los insultos y ardides de Satanás que pone en el agonía.

Porque la batalla del agonía, como havemos ya dicho, es la más fuerte de todas, es necesario que los remedios de la victoria sean más fuertes, como aquellos con que se ha de dar fin y quito á todos los engaños de Satanás. El cual en este punto tira la barra todo lo que la puede tirar, arguyendo contra el paciente con razones y auctoridades, tan firmes al parescer, que no hay juicio tan claro de hombre que puesto con el diablo á demanda y respuesta no quede vencido, si no tuviese especial socorro de Dios. Por lo cual se ha de tener una regla muy en la memoria, y en la vida se haga mucho hábito en ella para que se tenga en la muerte á las manos.

La regla es ésta: Que por ninguna vía, en ninguna manera, ni por pensamiento, so pena de ser vencido, se tome el hombre con el diablo á demanda y respuesta, ni salga con él al coso, pues él no es poderoso para sacar de barrera al que no quiere ser sacado. Antes como el jugador de ajedrez que conosce la gran ventaja de su contrario en juego que va la vida, si está en su mano hacer maña al juego, suya sería la culpa si saliese de sus casillas á campo raso con el contrario que le llevase conoscida ventaja.

Digo, pues, por tornar á mi regla tan importante, que aunque claramente conozca el paciente que muy fácilmente puede responder á las preguntas que el diablo le hace, que no le responda palabra, ni salga de sus casillas adonde tiene hecha la maña. Que ninguno será tan loco que presuma de más sabio que Adam (Gén., III); el cual, porque salió al coso con el diablo, consintiendo con la pregunta que hizo á Eva, nos paró tales que de rigor de justicia nos podría decir Dios: *Amen dico vobis, nescio vos;* En verdad que yo no os apruevo (Math., XV). Luego torno á mi regla: que pues por cuestiones y preguntas venció el diablo á nuestros primeros padres, siendo tan sabios, no sean tan atrevidos los hijos que piensen que á brazo partido y taz por taz pueden triunfar del diablo. Especialmente en paso de tanta aflicción, adonde, como dice Ovidio (Ovi., lib. IIII de Pon. Cle. XII): *Crede mihi: miseros prudentia prima reliquit, et sensus cum re consiliumque fugit;* Ten por averiguado que á los afligidos ordinariamente les falta el primer grado de la prudencia, y con la privación de las cosas huye el sentido junto con el consejo; y si la Iglesia nos manda que no disputemos con los herejes, muy menos havemos de disputar con el diablo, que es el primer hereje, hablando largamente de herejía que huvo en el mundo, y el padre de todas las herejías é idolatrías que se han levantado en el mundo, porque los herejes que viven tienen regreso al perdón durante la vida, y con título de convertirlos é persuadir-

los no sería malo disputar con los herejes. Y de aquí dice el apóstol: *Hæreticum hominem post unam et secundam correctionem devita;* Huye del hombre hereje después que una y dos veces le huvieres corregido y estuviere en su pertinacia. Mas el diablo es hereje obstinado sin redención, que todo lo que habla es conocidamente para engañar. E por eso dice el sabio (Prov., XIIII): No te tomes á disputa con los pésimos adversarios Pues es cierto que por ser pésimos no pueden tener caridad, que nunca anda el diablo sino trampeando cómo hará real de su banca, y nunca da aguja sin que piense baratar con ella una reja y hacer quintal de un adarme. Por éste se dijo (Ecles., XXXVII): El que habla sofística y engañosamente para tomar palabras es aborrescido delante de Dios.

Tornando, pues, á mi regla para hacer hábito en la memoria, digo que ni con habla, ni con el pensamiento, ni sano, ni enfermo, ni sabio, ni necio, ni en vida, ni en la muerte tengo de disputar ni salir á coso con el diablo, pues que tengo fortalezas y casas de maña en que puedo vencer. Estas son tan fuertes y tan poderosas, que no son parte todos los diablos que estén de una parte para minarlas. Digo más: que el pecado mortal es peor que el diablo, y todos los pecados mortales que se han hecho en el mundo no son parte para combatir estas casas en que tengo yo mi juego seguro. Estas casas ó fortalezas son las tres virtudes teológicas: fe, esperanza y caridad; virtudes de tanta potencia que el que firmemente en ellas se encastillare, de flaco se hará fuerte, de medroso será seguro, de pecador será justo, de deudor quedará premiado, y de terreno celestial.

La primera es fe, la cual, como dice el apóstol (Hebr., XI), es un fundamento de las cosas que se han de esperar é un argumento de cosas que no parescen. Luego á todas las razones que el diablo hiciere en contra se acogerá el buen cristiano á la fe, la cual consiste en ser toda creída, porque toda es revelada, y por eso fué revelada, porque es de cosas tan altas que transcienden á la razón, las cuales fueran cosas pequeñas si en el entendimiento cupieran, y si en el entendimiento cupieran nunca Dios las mandara creer. Luego si la fe se deve creer, no recibe disputa, porque la disputa tomada sola por sí engendra opinión, y la opinión no se halla sin dubda, la cual quitaría todo el mérito de la fe, que consiste en la firmeza de la creencia.

Demás desto, si yo fuí reengendrado en la fe infusa que en el baptismo me dijeron, y creí habitualmente, sin que me diesen razón de lo que creía, y actualmente creyeron mis padrinos por mí hasta el tiempo de las inducias, que son los años de discreción, sin pedir razón dello creían por mí mis padrinos. Luego si es así que todo el tiempo de mi vida creí sin pedir razón de lo que creí; por qué seré tan sobre necio, antimirado ó tan sobre agudo tard o, que lo que no pedí en mi vida quiera saber en mi muerte? Por lo cual dende ahora para entonces digo que en fe fuí reengendrado cuando me baptizaron, y en fe he vivido hasta el punto de hoy; en fe quiero vivir todo lo que me queda, y en fe quiero partir desta vida. Y así como en la vida cristiana entré por fe, así quiero partir della con fe. E así como á la entrada me ayudaron á creer mis padrinos, porque no tenía el uso de la razón, así suplico á mi Señor Jesucristo que á la salida me ayuden á creer todos los circunstantes, porque no estaré á la salida menos privado del uso de los sentidos que estuve á la entrada del uso de la razón.

La segunda virtud es la esperanza, contra la cual pone el diablo la muchedumbre de los pecados, el daño del mal ejemplo, los pecados no confesados, las deudas no pagadas, los hurtos no restituídos, y al cabo la justicia divina inmutable. A toda esta batería resiste la firme esperanza de la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo, en cuyos méritos entra de rendón la virtud de la firme esperanza. Y la fe que acude con ella de mancomún, que le dice que no está la vida eterna en cosa que sea menos que Dios, y en lo que toca al abrir ó cerrar las puertas del cielo, sólo Dios ó quien tiene sus veces es parte bastante; y que las deudas que Dios suelta, por ser Señor absoluto, al que está en pasamiento que no tiene uso de los sentidos, son sueltas sin que entrevenga segundo señor. Y crea el que está en pasamiento, á quien el diablo ofrece deudas ó hurtos, que fácilmente soltará Dios deuda de pena; pues por la contrición le soltó lo más, que son las deudas de culpa.

A esta confortación acude ligeramente la

caridad, é dice que un Señor tan magnífico y liberal, que es digno de ser amado; é si la virtud es premio del que la hace, cuánto más Dios es bastantísimo premio del que le ama! y con estas tres virtudes que andan á una al tiempo del pasamiento, resiste el paciente al diablo, que por temor de la pena quería inducir al ánima á tener odio interpretativo de la justicia divina, poniéndole delante que, si no fuera inmutable, pudiérase renovar para mudar la sentencia que falsamente con embaucamientos quiere provar el diablo que es dada; diciendo Sant Augustín: O pecador, si no estás predestinado, haz obras para que dende agora te sigan al cielo.

Concluyo, pues, con mi regla, digna de ser escripta en los corazones: que nunca nos acontezca entrar en disputa con el diablo, pues la fe, esperanza y caridad son los castillos roqueros en que la Iglesia y sus miembros se fortalescen para vencer á todos sus enemigos.

CAPÍTULO III

Si es bien responder al diablo solamente con auctoridades tocantes á estas tres virtudes teológicas.

Podría dubdar alguno si es bien responder al diablo á lo menos con auctoridades sagradas pertenescientes á las tres virtudes teoló gicas. Especialmente que, pues las obras de Cristo son nuestra instrucción é doctrina, ejemplo y regla de nuestras obras, paresce que tenemos osadía de responder á las preguntas de Satanás; pues vemos que Cristo Nuestro Redemptor le respondió con auctoridades de la escriptura sagrada, diciendo (Math., LIII): *Scriptum est*, etc. Mas si bien miramos la persona y el tiempo y la razón, hallaremos que aquella manera de responder, ni es para todos, ni para el artículo de la muerte.

Lo primero paresce por la persona tentada, que es Cristo, cuyas solas palabras bastavan á confundir todo el infierno. De adonde paresce que ha de ser varón perfecto el que huviere de responder al diablo con auctoridades sagradas.

Lo segundo, está claro que aquella tentación fué hecha en la vida y no en el tiempo de la agonía. De donde se infiere que, ya que hayamos de responder al diablo con auctoridades, le respondamos en sanidad y con entero juicio, que no esté acosado de los dolores de las enfermedades agudas. Mas en el artículo de la muerte, ni por pensamiento se ha de responder al diablo; mas de como quien habla consigo mismo diga: creo firmemente todo lo que cree la santa madre Iglesia, así como se contiene en el Credo, para la inteligencia del cual me remito á la inteligencia que la sancta madre Iglesia le da, y aquélla tengo y profeso, y en aquélla bivo, y en aquélla quiero morir. Y á las auctoridades que al parescer suenan en contrario de aquello digo que las entiendo de la manera que la Iglesia católica las entiende. Y esto me basta sin más inquirir, y con esta fe y creencia concluyo contra el diablo, y allegue él cuanto quisiere que no llegará contra mí. Que sobre esta fe no tengo más que buscar; pues esta sola, acompañada de la esperanza é informada de la caridad, basta para ser fiel siervo de Dios, al cual tengo de contentar con simplicidad de corazón y no con cautelas sofísticas, las cuales, como dice la Escriptura sagrada, son aborrecidas delante de Dios.

De manera que, tornando á mi regla, por hacer hábito en ella, digo que por ninguna vía se ha de tomar el hombre con el diablo á brazo partido, ni respondiendo á sus razones ni á las auctoridades que, como heresiarca, en sentido falso suele alegar (Ecles., 37). Esta regla no contradice á que el buen cristiano deje de hacer hábito en el Credo, y en algunas auctoridades, como son: *Verbum caro factum est: In te, Domine, speravi, non confundar in æternum: Illumina oculos meos ne unquan obdormiam in morte: Dominus, illuminatio mea, quem timebo? Viriliter age, conforta cor tuum et sustine Dominum: Domine, non secundum peccata nostra facias nobis: Miserere mei, Domine, secundum magnam misericordiam tuam: Dixi: confitebor adversum me, et tu remisisti iniquitatem peccati mei: Deus, cui propium est misereri semper et parcere: In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum;* y otras auctoridades y devociones semejantes á éstas, para que haviendo hecho hábito en ellas durante la vida, las tenga á las manos al tiempo del agonía, no para responder al diablo, al cual ninguna respuesta se deve, sino para que haga el cristiano lo que es obligado, que es encomendarse á Dios, á quien todo se deve.

CAPÍTULO IV

Que trata de los insultos secretos de Satanás.

Presupuesto ya el testamento, la confesión y el rescebir del santísimo sacramento, entra la batalla campal que pasa entre el diablo y el alma del enfermo al tiempo que se le va acabar el húmido radical. A la que cual se deve aparejar el verdadero cristiano y pensar que Cristo Nuestro Redemptor quiso ser tentado para darnos ejemplo de confianza, para que confiásemos que de su parte somos tan poderosos, que junto el infierno no es parte para el menor siervo de Dios que confiase en el socorro divino, é para que nosotros no desesperemos viéndonos acosados de los insultos y acometimientos de Satanás, que aunque en toda la vida tiente por muchas vías, no tiene tantos ardides ni tantas celadas cuantas parescen y muestra en el artículo de la muerte. Porque él ve claramente que si de aquel punto queda vencido, no le queda tiempo en que pueda granjear el ánima por quien tantas asechanzas ha hecho; y es tanto el conato y mañas que en aquel paso pone al enfermo, que todo lo hecho en comparación desta tentación es tan liviano y de tan bajos quilates, que cuasi se pasó como sueño; y aun las letras divinas, no haciendo mucha mención del discurso de la vida, dicen á la serpiente que pondrá asechanzas al término de la vida del hombre; las cuales asechanzas son tan secretas y fuertes, que en comparación destas las antepasadas se tienen por muy ligeras de resistir, así porque al hombre, ya que sea vencido en la vida, le quede regreso á penitencia, como porque entonces se ven cuasi claramente las asechanzas y se tienen por tales. Y el que peca claramente ve lo que hace, y atrévese á pecar con título que tendrá regreso á la misericordia divina, que se promete. Mas en el agonía, con las muchas pasiones y tristezas y penas que de muchas partes le cercan, está el ánima tan turbada que apenas siente si lo que el diablo le ofrece es bueno y según consciencia ó si son insultos y asechanzas de Satanás. Por lo cual conviene hacer callo en saber cuáles son lazos y redes de que usa el diablo en tal tiempo; porque cuando los viéremos no nos hallemos novicios y principiantes para resistirlos, porque el primer grado de la victoria es conoscer el engaño.

CAPÍTULO V

Del primer insulto de Satanás, que es deseo de larga vida.

El primer insulto y ardid que hace el diablo al enfermo es el deseo de larga vida, con el cual le hace que repugne á la voluntad divina, para que, como el mal criado, cuando su señor le manda que vaya, va rezonglando y de mala gana y á mas no poder, así vaya él á la muerte por fuerza. El cual servicio si viniese en noticia del amo, no se le agradecería; desta manera no meresce el que muere, si muere á más no poder, porque la voluntad es la regla justísima de las obras.

Contra este deseo deve pensar el verdadero cristiano que no es ir de la vida á la muerte, sino de la muerte á la vida. El cual tiene por fe que es esta vida destierro y ensayo de gloria, que nunca falta Dios al que se esfuerza con todas sus fuerzas á confiar en su pasión sacratísima, en cuya virtud confía que alcanzará perdón de todos sus pecados de que buenamente se huviere arrepentido ó entonces se arrepintiere. El que esto considerare, dirá con el apóstol (Phil., I): Querría ser ya suelto desta cárcel mortal y estar en la gloria con mi Señor Jesucristo.

CAPÍTULO VI

Del segundo insulto de la impaciencia.

De que el diablo ve que el paciente conforma su voluntad contra la divina, tiéntale por vía de impaciencia, y procura que el enfermo, acosado de grandes dolores, ya que no rechace la muerte, tenga desabrimiento en el modo de la muerte; y desta manera se desvíe del mandamiento de Dios, como el mal siervo que ya que hace el mandado de su señor pésale por el modo que quisiera él que fuera más sin pena y sin trabajo, pues que estaba en manos del señor que le manda.

A esta tentación estará avisado de la virtud de la paciencia, según aquello de Sant Lucas (Luc., XXI): En vuestra paciencia poseeréis vuestras ánimas, y sobre todo pondrá delante de los ojos de la memoria la acerbísima y excesiva pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo, contemplándola por los pasos y calles de Jerusalem, y embevido algo en la compasión, no sentirá tanto la pasión que le atormenta. E

sepa que la virtud, como dice el apóstol (II Cor., XII), en la enfermedad tiene su perfección. Especialmente que es la misericordia de Dios tan grande, que aquellos dolores que da tienen las veces de purgatorio, y valen más, rescebidos de voluntad, que muchos días de purgatorio rescebidos por sentencia definitiva; por lo cual decía Sant Augustín: Señor, abrasadme en esta vida y dadme cauterios, por que me perdonéis en la otra; pues que es muy gran verdad lo que dice el apóstol (Hebr., XII): Al que ama el Señor, le castiga. Especialmente que delante de los ojos tendremos vecinos que tengan mayores y más largas dolencias, en cuyo respecto nuestro dolor es liviano. De donde dice Ovidio: *Neque enim fortuna ferenda sola tua est, similes aliorum respice casus, mitius ista feres;* No solamente mires tus afligimientos, mas mira los desastres de tus vecinos, é sufrirás mansamente los tuyos.

CAPÍTULO VII

Del tercero insulto de honra y de cobdicia.

Cuando ve que por impaciencia no puede derribar al paciente, pónele delante las honras que tuvo entre todos. Pónele la hacienda, que está en lo mejor de su granjería. Pónele entonces que fabricava grandes cosas, como son mayorazgos, hospitales ó monesterios que en aquellos días havía propuesto en su corazón de hacer; é viendo que se le acorta la vida, ve que no puede ejecutar su intencion; y con título que era empleada en servicio de Dios, le pone, ya que no rehuse la muerte ni el modo de los dolores, un deseo de dilación, siquiera hasta cumplir su propósito.

A esto se responde que el mayor sacrificio que el hombre puede hacer á Dios es el sacrificio del corazón entero y determinado sin sacar condición: Que si es buena obra dejar hospital ó cosa semejante, más deja el que deja su voluntad en las manos de Dios que el que todo el resto dejase sin ella.

En lo que toca á la pena del dejar la hacienda cuando cumplidamente, á cabo de muchos sudores y días, la empezava á gozar, no tendrá mucha pena de dejar el mesón alquilado el que por cumplir con el mandamiento de Dios se conortare á dejar la vida en manos de quien le daría cien tanto y más la vida perpetua. Especialmente que si desnudo salió del vientre de su madre, justo es que buelva desnudo de la voluntad de las posesiones (Job., I). Que á la verdad no fueron tan suyas, que como arrendador no las haya tenido á renta de la mano de Dios, al cual como á Señor absoluto ha de dar cuenta de la vilicación ó mayordomía cuando le fuere pedida (Luc., XVI); y está cierto que no le darán más tiempo para que con la diligencia pueda surcir todos los descuidos pasados.

CAPÍTULO VIII

Del cuarto insulto contra la mujer y los hijos.

El cuarto insulto con que el diablo tienta al enfermo es poniéndole delante la mujer y los hijos y toda la hueste de sus parientes, especial si son pobres, junto con sus amigos y familiares. Pónele delante qué hará su mujer, con quién se consolará si es vieja, qué dispondrá de su vida si es moza. Luego le ofresce al pensamiento los hijos y las hijas, cómo quedarán huérfanos de padre. Para lo cual le mueve el afecto paternal con que los ama, por donde le pone afición, si quedan pobres y descarriados, que no tendrán quien los ampare. Y engéndrase deste afecto una tristeza no menos recia que las pasadas, porque cresce tanto el afecto conyugal y el amor paternal, que apenas le dejan libre sin que entre sí diga: Si yo viviera más, pudiera os dejar en estado de vida por donde partiera sin pena desta vida mortal; mas viendo que os dejo así sin oficio y sin beneficio, no puedo dejar de sentir la partida; é otras muchas cosas semejantes á estas, que á manojos le ingiere el diablo sólo por sacar dél un sinsabor en la muerte, como es obligado.

A todos estos insultos acorre la virtud de la esperanza con que confía en Dios que él será su verdadero tutor. Y tenga por fe que no falta nadie á quien Dios le queda. Tenga por fe que la confianza que se tiene de Dios no puede faltar si fuese de cosas justas, si no falta por el que tibiamente confía. Y tenga por fe que el que parte desta vida con entera confianza de Dios, que el efecto de aquella confianza se le ha de cumplir sin falta ninguna. La razón está clara, porque de partes de Dios no hay dubda, porque él mismo dice (Math., VII; Luc., XI): Pedid y daros han lo que pidiéredes justamente. Y antes pasará el

cielo y la tierra que falten las palabras de Dios. Luego el que confia en el artículo de la muerte con entera esperanza, ayudada de fe informada de caridad, cierto está que de parte de Dios no havrá falta en esta esperanza.

Ni tampoco la podrá haver de parte del que confía, presumiéndose que al tiempo que tiene esta confianza está en estado de gracia; porque hace todo lo que es en sí, y se conforma con la voluntad de Dios, y parte desta vida con la tal confianza, es cierto que ya no puede perder la claridad con que desta vida partió, porque con la vida se le acabó el tiempo de poder pecar, así como se le acabó el tiempo de poder merescer. Luego se sigue que no podrá poner obstáculo al efecto que meresció por la gracia en que partió desta vida; y por consiguiente, está cierto que Dios será el verdadero tutor de sus hijos con todo el resto de su familia. Y que El sabe el cómo y el cuándo y por qué vías les ha de ayudar, porque sola la gracia y la gloria se ha de pedir á Dios sin condición é sin tantearle el cómo y el cuándo. Desta manera partirá seguro el verdadero cristiano, como aquel que deja certísimo mayorazgo á todos sus hijos; pues les queda Dios por su verdadero tutor, en quien todo lo que se confía queda fijo y cierto para siempre jamás, sin que péñola de escrivano entrevenga para dar testimonio del depósito que en las manos de Dios se depone.

Finalmente si, como ya dijimos, las acciones de Nuestro Redemptor Jesucristo son para nuestra instrucción, es mucha razón que al tiempo de nuestra partida encomendemos á Dios los nuestros, de quien tuvimos cargo en la vida, como hizo Nuestro Maestro y Redemptor Jesucristo cuando dijo (Joan., XVII): Padre celestial, cuando yo estava con los mios, que vos me distes, en vuestro nombre yo los guardava; mas ahora que dellos me aparto para venir á vos, no os suplico, Señor, que los llevéis deste mundo, mas que los libréis de todo el mal en que sin vuestro socorro podrían caer. Con tal ejemplo como éste estará seguro el verdadero cristiano que no hará falta á su mujer ni á sus hijos, á los cuales, en virtud de la verdadera confianza que de Dios tiene, sabe que no les puede faltar el socorro divino, el cual es solo bastante para quitar toda la pena que cerca deste punto suele afligir al enfermo.

CAPÍTULO IX

Del segundo género de insultos con que tienta el diablo, que son unas veces por temor y otras por falsa seguridad y confianza que el enfermo tenga de sí.

Allende destos cuatro insultos con que livianamente tienta el diablo al enfermo, cuando ve que el húmido radical se le acaba y se va ya privando del uso de los sentidos, acude con otra manera de tentaciones muy más recias que las pasadas, las cuales comprehendió el psalmista en un verso que hablando con el siervo de Dios dice (Psal. XC): *Non timebit a timore nocturno, a sagitta volante in die, a negotio perambulante in tenebris, ab incursu et dœmonio meridiano.* En el cual verso la primera tentación se dice el temor de la noche, porque teme el hombre entrar las vías del otro siglo; porque no sabe adonde tendrá la primera posada cuando ya el ánima empieza á desatarse de las cadenas de la cárcel mortal; antes está entre dos paredes, como Balaam, que no podía pasar por el ángel que le aguardava al cabo de aquellas paredes (Num., XXII); así el ánima está entre dos paredes, que son la vida presente y el siglo futuro, temiendo la justicia de Dios y al ángel percuciente que la están aguardando; como lo dice Jeremías (Hierem., I): Todos sus enemigos la engarrafaron en los estrechos, que son las agonías del artículo de la muerte, que es el estrecho lugar que media entre esta vida y la otra. Allí le pone delante todos los pecados que ha hecho en su vida y muchos que ha confesado, con título que no los ha confesado. Tras esto le representa la justicia divina, que ha de juzgar justamente. Alégale auctoridades concernientes á la inmutabilidad de la justicia divina; é finalmente, tráele á la memoria todos los modos é vías que suelen traer á desesperación, como se escrive en el Deutoronomio (Deut., XXXI): Ocurriros han los males que hoviéredes hecho en los postrimeros de vuestros días, porque hecistes mal en el acatamiento de Dios.

Para resistir á este rencuentro con todos los siguientes no se puede hallar mejor medio que es el de la firme esperanza en Dios. E acuérdese el paciente de la regla que ya dijimos: Que por ninguna vía se tome con el diablo á disputa, porque es tan sutil que, si

pasa con él á demanda y respuesta, no le podrá resistir. Luego á todos los argumentos que en este punto del temor de la noche que trae á desesperación le hiciere el diablo, acuda con la virtud de la firme esperanza, y tenga por fe que nunca Dios desampara al que firmemente esperare en él y se encomendare á los méritos de su sagrada pasión. E á los pecados no confesados que le ofreciere el diablo, pues él está en pasamiento y no tiene facultad para confesarlos, porque ya no usa de los cinco sentidos, sepa que arrepintiéndose interiormente hace todo lo que es en sí, y que Dios no le pedirá confesión vocal de lo que, hecha su diligencia, no se acordó. E que en aquel tiempo no le pedirá que se confiese, pues tiene impedida la lengua con el trance del agonía. Y pues el diablo á tal tiempo se los ofresce, no lo hace de caridad, sino por traerle á desesperación. E como es el padre de la mentira, créese que los pecados que ofresce, ó están ya perdonados, porque están confesados, ó si fuese así que no los hoviese confesado, en su vida, á lo menos miente el diablo en dos cosas: La una es que dice que no están perdonados; y miente que, hecha la diligencia devida, los pecados que se olvidaren de confesar se perdonan en la contrición general.

La segunda mentira es que le hace encreyente al agonizante, que es obligado á la confesión dellos, so pena de no salvarse; lo cual es gran falsedad, que nunca Dios obligó á nadie á lo que no pudiese hacer. Allende que no está Dios atenido para salvar por medio de sacramentos: que aunque el que tiene tiempo y facultad es obligado á aprovecharse dellos á sus tiempos, no por eso se sigue que en un caso de tan estrecha necesidad, como es el agonía de la muerte, adonde mientras menos usa el hombre de los sentidos más viva y más cendrada está el ánima, haya de desesperar por no confesar vocalmente los pecados de que el diablo le acusa; que ya que esté tan embaucado que piense que no los ha confesado, entre sí puede pedir perdón á Dios dellos, y arrepentirse dellos interiormente; porque se cumpla entonces en él lo que dice el apóstol (Rom., VIII): A los que aman á Dios todas las cosas les salen á bien.

Entre las cuales el diablo, que presumía derrocarle por desesperación, le saldrá á bien; porque interiormente se puede arrepentir de los pecados de que el diablo le acuerda, ya que fuese así que no los huviese confesado en su vida, pues ya no está en tiempo que pueda usar de la lengua para poderlos confesar vocalmente. Que no se le acabó el tiempo del merescer, aunque se le acabó el tiempo que pueda usar de la lengua para poderlos confesar vocalmente. Que no se le acabó el tiempo de merescer, aunque se le acabó el tiempo de hablar con la lengua. Luego puédese arrepentir dentro de sí, porque nunca Dios falta á las lágrimas del corazón, con las cuales dirá el agonista á su alma aquel verso del Psalmo (Psal. XII): Alma mía, ten esperanza en Dios; que yo aun hasta este punto que me queda de vida puedo confesar su santísimo nombre, y encomendarme á su sagrada pasión, tan poderosa para salvarme en la hora postrera, como salvó al buen ladrón, que en el fin de su vida, por sólo encomendarse á aquella pasión santísima, ganó la indulgencia plenaria y absolución de todas sus culpas. E si los demonios dicen al alma del agonista: no tiene remedio ni salud en su Dios, dirá lo que dice el mesmo David en otra parte (Psal. III): Tomad, Señor, vuestras armas, que son vuestra divinidad é humanidad sacratísima, y socorredme, Señor, y venid en mi ayuda. Conducidlos, Señor, por que vean mis enemigos que libráis á los que confían en vuestro socorro (Psal. XXXIV). E si con la boca no os puedo, Señor, confesar, diré con vuestro profeta (Psal. XII): Mentalmente acerca de mí haré yo la oración á mi Dios por la salud de mi alma, é diré yo á mi Dios en mi corazón: Vos, Señor, sois mi tutor, que me havéis de recebir en la tribulación. Por qué, Señor, os olvidáis de mí? Por qué me dejáis en tanta tristeza, mientras me acosa el diablo, queriéndome traer á desesperación?

Demás desto, dice Sant Gregorio (Gre., lib. XXII, mo.): Que así como durante la vida havemos de quitar de la memoria los bienes que havemos hecho, así en el fin de la vida, para ayudar á esforzar la esperanza, es saludable consejo traer todas nuestras buenas obras á la memoria. Como decía el rey Ecequías (Esaie, XXVIII): Acordaos, Señor, que anduve delante de vuestra Majestad en corazón perfecto. Estas buenas obras referidas al sello de la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo son merescedoras de gloria, y no ensobervescen al que las hizo por

traerlas á la memoria, pues refiriéndolas á aquella pasión sacratísima conosce que de allí les viene el valor que se premia con gloria. En lo cual no solamente no se engríe en sobervia, mas aún merece de nuevo; porque se hace grato á los beneficios recibidos de la mano de Dios, al cual atribuye la gloria de todas las buenas obras que ha hecho; según aquello que dice el psalmista (Psal. CXIIII): No á nosotros, Señor, que somos los instrumentos y siervos inútiles; mas dad á vuestro nombre la gloria de todas las obras que por hacernos señaladas mercedes en nosotros hecistes. Y pues vuestro profeta Zacarías nos dice que cobremos salud de nuestros enemigos, y vuestro siervo Augustino dice: (Augus., II de do ch.): Que la verdad á doquiera que se hallare procede de vuestra Majestad sacratísima, quiérome agora aprovechar de aquellas verdades que dijo un ingenioso poeta (Ovid., II lib de pon.): *Confugit interdum templi violator ad aram, nec petere offensi numinis horıet opem;* Muchas veces el violador del templo se acoge al altar y tiene alas para pedir el socorro de la deidad que ofendió. En la misma obra dice el mismo poeta (pri. lib. de pont. Cl. XII): *Carcere dicuntur clausi sperare salutem, atque aliquis pendens in cruce vota facit;* Los prisioneros esperan salud en la cárcel, y aun el que está pendiente en la cruz hace plegarias á Dios. Esto se verificó en el buen ladrón, que se acogió á vuestra sacratísima Majestad. Y en otra parle dice el mismo poeta (II lib. Cl.; lib. I de Pont. Cl. VII): *Ipse licet sperare; bene speravimus ipsi. Hoc unum fieri te prohibente potest;* Aunque, Señor, me mandéis que no tenga en vos confianza, no la dejaré de tener; que aquesto sólo puedo hacer, aunque tenga mandamiento en contrario; porque, como este mismo poeta dice: *Quamvis est igitur mentis indebita nostris, magna tamen spes est in bonitate Dei;* Aunque yo por mis culpas no merezco tener esperanza, no la puedo dejar de tener confiando en la bondad de Dios. Las cuales verdades, si las alcanzó un hombre gentil como Ovidio, por qué desesperaré yo que tengo por fe lo que dice vuestro profeta David (Psal. XC): Libraré yo al hombre que puso en mí su esperanza, y ampararle he, porque de mi nombre tuvo conocimiento? Tengo por fe lo que dice vuestro Eclesiástico (Eccles., II): Ninguno puso en el Señor su esperanza que quedase confuso; con esta fe y creencia me acojo, Señor, á vuestra misericordia, y pues veniste á llamar á los pecadores (Math., IX; Luc., V), quiero tener una noble osadía é responder á vuestro misericordiosísimo llamamiento, pues soy uno de los pecadores llamados.

CAPÍTULO X

De la segunda tentación del segundo género, que es de la vanagloria.

Como sea regla verdadera que la virtud consiste en el medio, síguese que los vicios son los extremos, por los cuales anda el diablo sin pasar por el medio. Como paresce en esta segunda tentación, con la cual en especial suele tentar á los hombres de buena vida, porque no tiene tan abierta entrada á la desesperación, con la cual se atrevió á derrocar á los que gastaron su vida en pecados. Aunque, como las obras del diablo son la misma desorden, busca muchas veces entradas de desesperación á los buenos y engreimientos de vanagloria á los malos, como aquí lo veremos más ordinariamente (si orden se puede decir el astucia del enemigo): á los que vivieron según la ley evangélica, no les pone en menor estrecho de poderse perder por la vanagloria que á los malos por la desesperación; porque les pone delante todas las buenas obras que han hecho en su vida con celo de caridad, los pasos de romería, los oficios que limpiamente administraron, los favores que hicieron á los que tenían necesidad de su amparo, las limosnas y emprestidos que hicieron. Alégales aquel verso que dice David (Psal. CXI): Agradable es el hombre que hace limosma y empresta, porque el tal dispone y ordena las respuestas que ha de dar cuando le tomaren cuenta en el riguroso juicio cuando muriere. Alégales otro verso del mismo profeta (Psal. XI): Bienaventurado es el hombre que tiene cuidado del necesitado y del pobre, porque este tal en el día malo, que es el día del riguroso juicio, será librado por el Señor. Item, el verso sobre que funda las tentaciones segundas: No temerás del temor de la noche, que es la muerte perpetua, etcétera.

Con estas y otras muchas semejantes auctoridades procura el diablo engreir al paciente para que se descuide de encomendarse á los vientos de la pasión sacratísima de Nues-

tro Redemptor Jesucristo, en cuya virtud tienen valor todas las obras hechas en caridad para que sean dignas de la gloria del cielo. Tráele también al pensamiento que ha sufrido las adversidades y enfermedades con grande paciencia. E aquí ha de tener aviso el paciente, porque le hace que piense de sí que en aquella enfermedad tiene paciencia y que se conforma con todo lo que Dios quiere, y que Dios no le pide más; luego que no tenga pena, que ya hace todo lo que deve en tener paciencia y recebir la muerte de voluntad. Esta tentación tanto es más peligrosa cuanto es más colorada. Que á la verdad, mucho hace el que tiene paciencia y recibe la muerte de voluntad; mas ha de saber el verdadero cristiano que la paciencia de los trabajos y la conformidad que con la voluntad divina se tiene en la muerte no sería de merescimiento de vida eterna si se tomasen por su proprio y solo valor, mas requiérese que sean aceptados por Dios y incorporados en su sagrada pasión; é Dios no acepta el servicio del que se engríe y se estima en su pensamiento, haciendo caudal de sus buenos servicios. Como sea muy gran verdad lo que dice el apóstol (Tit., III): No por las obras de nuestra justicia, mas por su misericordia nos hizo salvos. Que, á la verdad, no es razón que por un limitado trabajo, que por grande que sea en fin fin se acaba, se dé premio de gloria. Luego, pues que Dios no es menos justo que misericordioso, havemos de confesar que por su misericordia nos salva y por su justicia nos libra; por su misericordia nos hizo particioneros de su pasión, y por la justicia muy rigurosa que dél se hizo en Jerusalem, por tela de rigor de justicia nos libró de captiverio perpetuo (Psal. III; Col., II). De manera que en tanto nuestras obras son justas en cuanto participan y se encorporan en la justicia divina, que por su misericordia infinita justifica á los pecadores que á ella con verdadera humildad se acogieren; y el que fuera desta justicia pensare que por sus buenas obras ha ganado la gloria, será abatido del pináculo de las obras en que subió á manera de fariseo, que hacía caudal de sus obras y se quería justificar delante del acatamiento de Dios (Luc., VIII).

Deve luego el cristiano acudir con todos los dones á Dios, de cuya mano recibió no menos á ellos que á sí. E si sufre en paciencia la enfermedad, es merced que Dios le hace muy señalada, por la cual se le deve servicio y agradescimiento: qué pecado cometerá el que en lugar del servicio se quiere alzar á mayores y tener presunción de allí de donde se havíe de humillar? Que aun el fariseo, por engreído y sobervio que era, no dejó de hacerle gracias, como hombre que conoscidamente havía recebido mercedes. Mire, pues, el cristiano la astucia del enemigo, que debajo de un dar gracias de boca encubre la sobervia en el corazón.

Con estos y otros ardides procura el diablo engreir al paciente que ha vivido en justicia, hasta subirle en el pináculo alto del templo para decirle en el pensamiento (Math., IV): *Mitte te deorsum. Angelis suis mandavit de te, et in manibus tollent te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum;* Echate de ahí abajo y ten confianza en tu Dios, que tiene mandado á sus ángeles que te guarden de todos peligros, porque ni aun en el pie (que la cabeza segura está) recibas alguna lisión, topando en alguna piedra. Quiere decir el diablo al paciente que no está sobre el aviso: Considera y pon tu pensamiento en los hombres que están abajo de ti y de tus obras, para que claramente veas en lo mucho que les exceden y digas (Luc., XVIII): *Non sum sicut cœteri hominum.* Bendito sea Dios que no soy yo como los otros, que yo conozco tahures, blasfemos, avarientos, adúlteros, homicidas, detractores y perezosos; y si éstos piensan de ir á la gloria y tienen esperanza del cielo, cuánto mayor la devo yo de tener?

Acude luego el diablo con todas las buenas obras que ha hecho, diciéndole que no tiene por qué desmayar, antes deve estar muy seguro; pues en todas sus vias y pensamientos para cumplir los mandamientos de Dios le guiaron los ángeles con tanta vigilancia y custodia, que aunque en el pie, que es el primer movimiento de las obras que hace y ha hecho, no tropiece en la piedra, que es no resistir al primer llamamiento de Dios. Por lo cual le hace encreyente que no deve temer, sino echarse con seguridad del pináculo abajo, conviene á saber: mirando el altura de las obras en que demasiadamente confía, y dende aquélla bajar con el pesamiento á todos los males y vicios de la ciudad. Y deje de mirar á las nubes, porque viendo las obras de los santos contemplativos podría ser que desconfiase en sus obras. Por eso no le dice el dia-

blo: Vuela sobre las nubes; mas dícele que se eche con seguridad de allí abajo.

Para lo cual pone delante los públicos pecadores, que públicamente dan mal ejemplo de sí, demás de los maleficios que hacen, delante de los cuales son tan subidas sus obras, que como hombre regostado á volar que le va bien del vuelo, no solamente se levantó de la consideración de los pecados ajenos, hasta tornar al pináculo de sus obras, de donde dió el primer vuelo, mas aún por el gran restribo que dió de lo bajo quiso volar *super pennas ventorum*, y pensar que si hombres tan malos como se hallan en la ciudad caben en la Iglesia de Dios, y piensan de entrar en el cielo, que se le haría á él muy gran sin razón si se le negase la gloria: pues, como ó él le paresce, por su buena lanza la tiene ganada.

Con esta tentación se engríe tanto el agonista, que del temor que antes tenía, por la comparación que el diablo le puso delante entre sus obras y los pecados ajenos, se levanta en tanta sobervia, que no solamente con mucha seguridad se promete la gloria, mas aún estaría en puntos de murmurar contra el Señor de la viña (Math., XX) si pensase que alguno de aquellos que, por presto que arremanguen, no trabajaran más de una hora le hubiesen de dar el dinero de su jornal tan por entero como á él, que trabajó todo el día. Junto con esto le pone delante aquella sentencia que dijo Nuestro Redemptor á sus sagrados discípulos (Math., V; Luc., VI): Gozáos y y alegraos, que el premio de vuestro trabajo está copioso en el cielo. Y ciégale que no mire que aquel premio tiene la raíz en el merescimiento que Cristo Nuestro Redemptor meresció por nosotros. Ciégale también que ninguno se deve pagar á sí mismo; mas deve esperar que como los trabajadores de la viña esperaron á que les pague el mayordomo que tiene el dinero y el poder para pagar los jornales de todos.

Esta tentación segunda se toca en la segunda parte del verso que dice: No temerás de la saeta que vuela en el día; por la cual se entiende la vanagloria. Dícele vana, porque es falsa y aparente y no verdadera; porque la verdad es que no se deve la loa de la cosa bien hecha al instrumento, sino al que principalmente la hace. Que el instrumento no se movería de sí si no le moviese el maestro, cuánto menos haría cosa que fuese de ver, y cuánto muy menos se havíe de engreir sobre el maestro que le rigiese queriéndose tomar en competencia con él? Esto quiso decir Isaías cuando dijo: Por ventura tendrá tanta osadía al destral que se atreva á tener competencia contra el que corta con él? Engreirse ha la sierra contra el maestro que asierra con ella? No menos por cierto peca el hombre que sabe que es causa segunda, con quien Dios hace las buenas obras, y tiene osadía á ponerse en competencia con Dios; y en lugar de darle gracias por las muchas mercedes que recibió de la mano divina, se hace cosario ladrón, atribuyendo á sí la loa de las buenas obras que principalmente Dios obró en él. Como sea muy gran verdad lo que dice el apóstol (II Cor., III): No somos bastantes á pensar algo de nosotros que nazca de nuestra cosecha, mas todo nuestro cumplimiento nos viene de la mano de Dios. Esta vana gloria es una carcoma tan grande y tan ordinaria de las buenas obras, que es el mayor castillo roquero que tiene el diablo para hacer guerra á los justos. Por tanto ha de haver gran vigilancia y gran miramiento contra el apetito de la loa vana, que es el borrón con que no solamente las obras presentes, más aun las pasadas se borran.

A esta saeta que vuela por las bocas de todos en el día delante de los ojos de todos, se socorre con la verdad entendida, de la cual nace la humildad verdadera del corazón, para la cual debe considerar el cristiano que no hay arroyo sin fuente; y pues el arroyo recibe su agua de la fuente, no es cosa justa que sea ingrato á su fuente á quien todo se deve; así no hay bien en el hombre que no sea derivado de la fuente que es Dios, como Santiago lo dijo (Jac., I): Todo bien dado y cualquier don perfecto desciende de arriba, del Padre de las iluminaciones é gracias que difunde en sus criaturas.

También es verdad que el que más recibe más deve. De adonde se sigue que mientras uno es más justo y más bueno, es más deudor, como aquel que recibió dón de justicia de la fuente, que es Dios, y es mucha razón que como criado privado de Dios, que ha recebido especiales mercedes sobre los otros, esté más sobre el aviso, así para agradecer á Dios el bien recebido, como para no ofenderle; que mientras más recibió, es obligado á mostrarse más grato y menos ofende-

dor. Que no es razón que mueva guerra contra el Señor de cuya mano recibió las mercedes, y entre ellas las armas con que le hace la guerra, haviéndolas recebido para defenderse con ellas de las manos de sus enemigos. Y sepa que más gravemente ofende á su rey el que con las mercedes que el rey le ha hecho se atreve á hacer la guerra, que el extraño que con sus proprios dineros le hiciese la guerra.

De esta manera, mientras uno es más amador de los mandamientos de Dios, mientras da más limosnas á pobres, mientras más devotamente reza sus oraciones, mientras con mayor voluntad ayuna lo que es obligado, mientras más visita hospitales, mientras menos maldice del prójimo, mientras con mayor contrición te arrepientes, mientras mayor fervor pone en el servicio de Dios, es muy más obligado á estar sobre el aviso para agradecer todas aquellas mercedes á Dios, que el pecador ordinario que no recibió especiales mercedes, fuera de las generales con que Dios á todos convida.

De aquí se puede sacar que la sobervia del malo no es tan grave como es la del hombre que se acostumbra á las obras de hombre justo; lo uno, porque el pecado venial del hombre extraño y no conoscido cresce y se hace grave en el siervo privado. Lo segundo, porque el extraño hace la guerra con sus proprios dineros, que son las carencias y poquedades que tiene de su propria cosecha; mas el justo hace la guerra á su Señor con los dineros que dél recibió, que son los beneficios y las virtudes con que se han de vencer los tres enemigos, las cuales son las monedas que corren hasta la puerta del cielo y son el cien tanto con que se gana la gloria. Pues el justo que en lugar de agradescimiento se ensobervece, y por verse con buenas obras no solamente piensa que no deve nada, mas está por pensar que le queda Dios á dever, y que entonces le pagará cuando le lleve á la gloria, no os parece que por este tal pudiera decir Nuestro Redemptor en las de Jerusalem: *Heu patior telis vulnera facta meis* (Ovid. in Iide). O hombre desagradescido, perfeccioné yo tus obras en mi pasión, hícelas merecedoras de gloria, dite poder para vencer al diablo é hícete señaladas mercedes, y tú no solamente me sales ingrato á tantas mercedes, mas piensas en tu corazón que te quedo á dever por justicia la gloria que por mi suma liberalidad y redempción copiosa te quiero dar? Por cierto que padezco dolores no tenidos de la liberalidad de mis beneficios; que entre las culpas ajenas por que padezco se me allegan los desagradecimientos y engreimientos que de los beneficios se me representa que has de tener.

Es tan grande este pecado de vanagloria, que permite Dios que por éste se vaya al infierno el que en las obras exteriores siguió los mandamientos de Dios, las cuales inficionadas desta carcoma son como manzanas que están por de fuera muy lindas y por de dentro podridas ó llenas del hollín que dice Solino (Soli., cap. XLIIII Pol., IX. pun., II par.) que tienen las manzanas del Mar Muerto, que está junto á Sodoma. Por esto fué lo que dijo pienso que Sant Gregorio, según que dél se allega en la canonización de Sant Buenaventura: Muchos cuerpos de hombres que el vulgo, por las buenas obras exteriores que en ellos vido, tiene por santos, son estimados en la opinión de los hombres sobre la tierra, cuyas ánimas padescen tormentos en los infiernos. Quiere decir que muchos hombres vieron al parecer santamente, é los que los miravan los tenían por santos, y en todas sus hablas hablavan dellos como de santos; y porque interiormente se vanagloriaron en sí y pensaron que les quedava Dios á dever más que á los otros, porque se veían mejores que todos los otros, no atribuyeron sus obras á Dios, que en ellos principalmente las hizo; por eso las ánimas destos tales, que el vulgo por las obras exteriores tenía por santos, por justo juicio de Dios arden en el infierno, porque mayor fué su caída cuanto de más alto cayeron.

Por eso dice el apóstol (I Cor., X): El que piensa que está en pie, conviene á saber en gracia, guárdese de la caída, que así como el muy pecador tiene regreso al perdón, aunque sea en el fin de la vida, si se arrepiente de corazón, así el muy justo puede caer de lo alto de su justicia en pecado, si no estuviere sobre el aviso en temor santo, diciendo con el apóstol (I Cor., XII): No hallo cosa en mi consciencia que de pecado me acuse, mas no por eso se sigue que quedo justificado, porque es gran verdad lo que el eclesiástico dice (Eccles., IX): No sabe el hombre si está en gracia de Dios ó en odio. Esto dice porque

muchos piensan que hacen obsequio y servicio á Dios en sus obras, y Dios no solamente no acepta los tales servicios, mas antes da castigo por ellos; como paresce en el sacrificio de Caín (Gen., IIII), y en los hijos de Aarón (Leví., X), cuando tomaron los incensarios para hacer sacrificio á Dios; y en Saul (I Reg., XIII), que sacrificava las bestias; y en el rey Osías (II Paral., XXVI), cuando quemava el thymiama en sacrificio. Los cuales serán para ejemplo del que piensa ser justo, para que así como éstos pensavan que hacían sacrificio y obsequio á Dios, y Dios no le aceptó por tal, así piensen ellos con un sancto temor que es posible que sus servicios sean ofensas; por lo cual deven estar desconfiados de sí y sustentados en la esperanza, suplicando á Nuestro Señor que acepte sus obras y los conserve en su gracia, y que no permita que caigan en un cáncer tan grande como es la vanagloria, carcoma de todas las buenas obras, por que no sean de los sanctos de nombre de que hace mención Paulino escriviendo á Sant Augustín (Paul., ep. LVIII). Y sepan que así como la provisión de las mercedes del rey, aunque vaya de muy buena letra, si no va firmada y sellada de la firma y sello real no se recibe en el reino, así las buenas otras no se reciben á la puerta del cielo si no van referendadas y selladas de los méritos de la pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo. E más vale decir un Dios valme, sellado de aquella pasión, que el resto de todas las obras sin ella.

Demás de todo lo sobredicho, es gran verdad que á ninguno por derecho ninguno le viene que en su propria causa se haga juez, para señalarse á sí mesmo el premio de su victoria; y porque es gran verdad que Cristo Nuestro Redemptor es constituído por el Padre Eterno juez universal de los vivos y de los muertos, y así mandó que lo predicasen, como dice el apóstol Sant Pedro (Act., X), y Sant Pablo dice (I Cor., IIII): El que me juzga, es mi señor, quién será tan atrevido y antuviado que ose quitar el oficio á su proprio juez, y antes que entre en juicio con él se antuvie á tomar la sentencia é juzgarse por heredero legítimo de la gloria? Como si no huviese visto muchas veces vencer el cuasi vencido, solamente por el descuido y menosprecio del vencedor, como (por poner ejemplo) muchas veces parece en el juego del ajedrez, en el cual vemos que el cargado de muchas piezas, por menospreciar al contrario, que está cuasi robado, recibe un mate nunca temido en mitad del tablero, é la gente en quien confiaba le fué ocasión de la pérdida, porque le ocuparon las casas en que el rey se pudiera acoger si las hallara vacías. Así cuando el diablo da jaques á la intención del hombre que confía en la multitud de sus obras y en las piezas gruesas que tiene, en lugar de entrar el hombre á quien el diablo da jaques en casa vacía, que es la humildad y el conocimiento que tiene de su propria cosecha, que es nada para escaparse de mate, echa el hombre los ojos á la casa primera y hállala ocupada y llena de pobreza de espíritu (Math., V).

Pasa adelante y echa los ojos en otra, y hállala ocupada de la mansedumbre de corazón con que sufrió las injurias. Quiere mudarse á otra parte para tener temor del juicio de Dios, y halla la casa ocupada de muchos lloros é afligimientos, sin que un placer los aguase. Quiere mudarse á la cuarta, y hállala ocupada de hambre y sed de justicia. Quiere mudarse á la quinta, y hállala ocupada de simplicidad de corazón. La séptima halla llena de la concordia y paz evangélica. Pues la última que le queda para guardarse del mate hállala llena de persecuciones y levantamientos que por defender la justicia con paciencia sufrió. De suerte que como no tiene casa vacía para asentar su intención, quédase en la casa de *merces vestra copiosa est in cœlis*. El premio de vuestro trabajo está muy copioso en el cielo, á donde primero se estava, haciéndose juez en su propria causa, y atribuyéndose la corona de su propria autoridad, antes que la pelea se acabe; como si la nao que llega á vista de tierra estuviese ya muy segura de entrar en el puerto y no se pudiese anegar en la costa. Esta casa á que se acoge es muy buena tomada en tiempo y sazón, que es cuando refiere todas sus obras á la gloria de Dios, y el premio que por ellas se le promete á los méritos infinitos de la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo.

Mas si confía tanto en sus obras que en solas ellas se hace fuerte y por ellas solas se entra en la casa que dije, sin que la principal intención refiera á Dios, que en él como en instrumento las hizo, por cuya aceptación se hacen merecedoras del premio que está

copioso en el cielo, cierto es que el hombre que tiene tal intención, que atribuye á sus obras la gloria de Dios, no está seguro del mate con que al cabo de muchos jaques acude el diablo y mátale el alma y á él y á sus obras lleva al infierno (Apoc., XIIII); porque á cada uno siguen sus obras como la sombra sigue á su cuerpo (hom. IIII Dom. I Adv.). Por eso Sant Gregorio amonesta á los justos diciendo: Hermanos, cuando hiciésedes bien traed á la memoria las culpas pasadas, porque conosciendo vuestra poquedad en las culpas, no os engriáis en la buena obra. E un poco más abajo dice: Cuanto quiera que sean buenas las obras, son de ningún valor si no están adornadas con humildad; porque la obra, aunque sea digna de admiración, si funda en sobervia, no alivia al que la hace, mas con gravedad le hace caer.

Por todo lo sobredicho queda provada la conclusión que dijimos: Que la verdad es verdadera medida de la humildad verdadera de corazón, á la cual no puede contradecir el entendimiento; é aunque las razones que aquí havemos dicho bastarían á persuadir que el bien del arroyo se deve á la fuente de donde desciende, no seré largo en este capítulo si trajere algunas autoridades sagradas que confirmen esta verdad.

La primera es de Sant Lucas (Luc., XVII): Sólo Dios es bueno, y fuera dél no hay otro bueno. La segunda es del apóstol (I Cor., IIII): Qué tienes, hombre, que no recebiste? Y si lo recebiste, de qué te engríes como si no lo recibieras? La tercera es del Eclesiastés (Ecles., VII): No quieras ser muy justo acerca de ti, ni quieras saber más de lo necesario. La cuarta es de David (Psal. CXLIII): No entréis, Señor, en tela é rigor de juicio con vuestro siervo, porque ningún vivente delante de vuestro acatamiento será justo. Adonde se nota que, si el siervo de Dios rehusa el juicio, con qué título le pedirá el que lleva manchadas las obras? Como dice Isaías (Esa., LXIIII), y sea la quinta: Todas nuestras justicias son como el paño mancillado de la regla de la mujer. La sexta es del apóstol (Rom., VIII): No tienen proporción las pasiones deste siglo á la gloria perpetua del otro. La séptima es del mismo apóstol (Tit., III): No por la virtud de nuestras obras, mas por su misericordia nos hizo salvos. La octava es del Eclesiástico (Eccles., V): Del pecado ya perdonado no quieras estar sin temor, no servil, sino inicial por referencia de Dios, delante del cual le heciste. La nona es de Job (Job, IX): Si tuviere alguna justicia, no responderé, mas rogaré á mi juez. E un poco más bajo: Si quisiere yo en mí justificarme, mi boca me condenará; si quisiere mostrarme inocente, mi boca probará que soy malo, y si fuere simple durante la vida, no tendrá desto cierta esciencia mi alma. La décima es del sabio (Prov., XIIII): Hay un camino que al hombre paresce justo, y lo postrero deste camino lleva á la muerte. La undécima es de Sant Juan (Joan, XV): No podéis hacer (dice Dios) cosa buena sin mí. La duodécima es de Sant Lucas (Luc., XVII): Cuando huviéredes hecho (dice Nuestro Redemptor) todas las cosas que yo os os he mandado, decid: siervos inútiles somos. La última es de David (Psal. XLIIII): Cuando tomare yo el tiempo (dice Dios), yo tomaré cuenta de las justicias. Dice de las justicias, porque en los pecados no hay que juzgar, porque juzgado se está; que el que hace pecado mortal se obliga á la pena perpetua. Mas dice el soberano juez que juzgará las justicias, para que claramente parezca la carcoma que estava escondida en las buenas obras.

Allí se juzgarán las primas y las completas, con qué intención se dijeron. Allí se discutirán los ayunos, con qué título se ayunaron. Allí se verá si las colaciones de unos fueran legítimas cenas de otros. Allí se verán las limosnas, si se dieron con título de caridad ó por sonete de magnificencia y liberalidad. Allí se verá el casar de las huérfanas, si fué con entrañas de caridad ó por zurcir el daño pasado. Allí se verá la fábrica de hospitales, si nasció del socorro de pobres ó de haverlos hecho primero. Allí verán los altos y los buenos sermones, si fueron sembrados en la viña de Dios ó fueron echadizos para plantar en la propria heredad de la estima. Allí se verá si el hábito hizo á los monjes ó los monjes al hábito. Allí se verá si la persona hizo al oficio ó el oficio autorizó á la persona. Allí se verá si los magistrados y sacerdocios con celo evangélico aprovecharon á sus súbditos conciudadanos, ó si por punto de honra se encastillaron en sus oficios para enseñorearse de los menudos, y desde el oficio de la administración hacer guerra á sus émulos y competidores, presumiendo vengar las proprias pasiones con auctoridad colora-

da del público oficio. Finalmente, en aquel justo juicio se juzgarán las justicias, que en los pecados líquidos y patentes clara está la sentencia. Porque así como el que no cree ya está juzgado, así el que muere en manifiesto ó encubierto pecado mortal consigo lleva la condenación.

Para excitación de lo cual conviene que el verdadero cristiano se funde en el temor filial de Dios; porque, como dice el sabio (Prov., XLII): Por temor del Señor se libra todo hombre de mal; y el Eclesiástico dice (Eccle., XXVII): Si no hicieres tu fundamento en el temor del Señor, presto caerá tu casa, que es la fábrica de las virtudes que havéis allegado. Diga, pues, en el temor filial: yo tengo mi confianza en Dios, y lo que dice en otra parte el mismo profeta (Psal. X et Psal. VII): Señor, libradme en vuestra justicia. E buelto á su ánima, diga lo del mesmo David (Psal. CXIIII): O ánima mía, vuélvete á Dios, que es tu holganza y te ha hecho muchas mercedes. Con esta confianza, como dijimos en el capítulo precedente, bien será que el paciente traiga á la memoria los bienes que ha hecho, para que, á ejemplo del rey Ecequías, los agradezca como señaladas mercedes recebidas de la mano de Dios.

En esta comemoración se ganan dos cosas: La una es que da alas al hombre para que se esfuerce á encomendarse á la inmensa misericordia de Dios; que sobre poquito que nosotros de nuestro pongamos, aunque esto también no lo podríamos hacer sin ayuda, pone él todo el resto que falta, que es mucho más sin comparación. La otra es, que pues la gloria é loa de las buenas obras es enteramente de Dios, no es razón que se calle y se esconda en la tierra, como ascondió el mal siervo el talento con que era obligado tratar. Pues con derecha intención, reconociendo el bien recebido, saca ganancia de agradescimiento de acordarse de las obras que Dios, que es maravilloso en sus sanctos, le ha hecho. Por eso es cosa muy pía que dé gracias á Dios por tantas mercedes como le ha hecho, que es haverle dado materia de merecer y haverle guiado por el camino que quiere que vayan sus siervos. Y con título de agradescer el hombre y estimar las mercedes de Dios, es muy bien que se acuerde de todas las buenas obras que ha hecho, ó por mejor decir que Dios hizo en él. Por tanto, con todo el bien que hasta allí huviere hecho, acuda con ello á su principal hacedor á quien todo con todos sus adherentes por ley positiva, natural y divina se deve. Y esto basta cuanto á la vanagloria que carcome las buenas obras de los que bien han vivido.

Quedá aquí de decir qué es la vanagloria con que acomete á los malos que gastaron en vicios la vida. Después que tuvieron tan fuertes en la esperanza que no los pudo derrocar con la desesperación, tráeles á la memoria si han hecho alguna fiesta á algún sancto, si han tocado algunas reliquias, si han andado estaciones adonde dicen que hay indulgencias, si han tomado muchas bulas, y otras cosas semejantes á éstas. E háceles que pongan allí su esperanza; que en fin fin, pues que Dios es misericordioso, contentarse ha con que hayan hecho estas obras; y por eso les dice el pensamiento que no teman, sino que mueran seguros que estas obras son de cristiano, y que no mira Dios la cuantidad, sino la voluntad. E los simples que resistieron con la esperanza, caen en el contrario de la desesperación, que es la presunción de las obras; é no paran mientes si cuando hacían la fiesta á los santos fueron ingratos á Dios. Allende que pudo ser que el gasto de aquellas fiestas, que á su misión se celebraron, no fué dado de gracia, sino en buena feria vendido, porque por ventura con ello pagara alguna promesa que por alguna sanidad pudiera hacer, ó con ello pensaron granjear algún cumplimiento de sus deseos. E ya que esto no sea, compraron por aquellas fiestas renombres de honradores de santos, demás de las muchas Ave Marías que por los celebradores al fin del sermón se suelen encomendar; é finalmente, con una fiesta que hacen al año granjean título de cristianos por todos los doce meses, y acabada la fiesta tornan á sus trapazas. Mantienen tablajerías á quien blasfeme el nombre de Dios; en los truecos de cosas hacen de sus veinte maravedís real castellano; conciértanse con el carnicero para que deje los huesos á los menudos y ellos se lleven las piezas que según buena razón se havían de repartir por toda la gente pobre; ensilan el trigo, que si como deve anduviese en torno, no subiría con daño de la república; dicen que lo guardan para el tiempo de la necesidad, y no miran que ellos hacen la necesidad, haciendo parar el mantenimiento que havía de andar

como en rueda. En esta manera de vida llégase otro año y tornan á hacer la fiesta de Sant Roberto, porque son devotos de la cueva de Sant Patricio que está en la isla de Ibernia; é con gastar seis ó siete reales que de Ave Marías los llevan en el sermón, piensan que tienen buen título de tornar á los tractos de su Sant Simón que profesan y á los cambalaches de la señora de Santa Mamona, que por tener á marido y mujer de su vando en el martilogio de sus trapazas y solapados engaños canonizaron. Especialmente que piensan de componerse con la cruzada, aunque sus deudas sean muy líquidas y conoscidas; porque ya que se disponen á engañar á sus pueblos, no piensan que será muy gran cargo, si con sus ordinarias mentiras quisieran también engañar á los comisarios y decir que son deudas inciertas los engaños ocultos con que defraudaron á los compradores sencillos; demás de la dificultad que dicen que tendrían en buscar las personas particulares; porque después de pagar la sal y pimienta, chancillaron los cartapacios en que estavan las ditas, y pasaron los nombres de las personas salpimentadas á ser capelladas de los chapines. Y con todo esto piensan que será una ignorancia invencible saber á quién engañaron, aunque sobre acuerdo quieran corregir su memoria.

Allégase junto con esto que dicen que tienen bulas de más de diez años; que cada una les da indulgencia plenaria *toties quoties*, con que mueran con señal de cristianos. Demás de todo lo sobredicho, han hecho decir las misas de Sant Amador y de las once mil vírgenes, con todo el número de candelas que estatuyó su padre Marfodio refrendadas en Monte Caballi. Allégase á todo esto que han rezado tantos años la oración del conde y la oración de la emparedada. Item, traen consigo una nómina con un escripto que dice: *Si ergo me quœritis*, junto con ciertas reliquias que dicen que son parte de una muela del robusto Sansón, con un poco de malla de los armados que guardaron el sancto sepulcro. Demás de lo sobredicho, tienen unas cuentas que no quedó pared en Sant Juan de Letrán á que no llegárase, con todas las grutas del Panteón, en las cuales han hecho rezar á ciertos ciegos que tienen salariados, porque cada mañana les recen á la puerta. Y sobre todo han oído siete misas nuevas, que dicen que el que las oye no puede ser perdido. Con éstas y otras perdonanzas que han ganado en su vida, según su cuenta, tienen ganados todos los años de purgatorio, porque sumados pasan de más de diez mil cuarentenas. Por donde piensan que les pueden sobrar perdonanzas de que pueden hacer mercedes á sus amigos por vía de traspaso, y entretanto que se haga el descargo por vía de expectativa.

Estas y otras semejantes á estas son las ilusiones con que embauca el diablo á los que tienen la vida enredada y ve que se acogen á la virtud de la esperanza, á la cual como muy astuto acude so color de esforzarlos, para que, de que los tenga enristrados en el esfuerzo de la esperanza, los despeñe por la falsa esperanza, que so color de virtud es una presunción muy dañosa; porque con ella procura el diablo que estriben los hombres en sólo los hechos exteriores, no curando de la intención de las obras; la cual es la que hace que la obra de fuera sea buena, si procede de buena y sancta intención, y por el contrario, se la cuenta entre las malas obras que hizo si procede de hipocresía ó de otra cualquiera mala y dañada intención. E por eso en semejante ilusión los embaucó el diablo para que no vean que las misas, y las bulas, y las cuentas benditas, y las oraciones, y las reliquias, y todas las otras cosas que de sí son sanctas y buenas, solamente aprovechan á los que las obran en gracia de Dios y no á los que están en pecado mortal cuanto al premio de vida eterna; aunque pueden aprovechar á los que están en pecado mortal para ayudarles á salir presto del pecado, y para los bienes temporales, con tal que en sus pecados no estriben en la misericordia de Dios, diciendo en su corazón lo que el Eclesiástico dice que dicen los malos (Eccles., V): La misericordia del Señor es muy grande, y havrá misericordia de la muchedumbre de mis pecados; porque en el mismo capítulo dice el mismo Eclesiástico: La misericordia y la ira muy presto vienen, y la ira vendrá sobre los pecadores. Y en otro lugar dice el mismo Eclesiástico (Eccles., VII): No digas Dios tendrá miramiento á la muchedumbre de mis ofrendas y sacrificios, porque, como él dice por Isaías (Isa.. LXI): Yo soy el Señor que aborrezco el sacrificio hecho de los robos y malos tratos. E si esto es así, qué tan grave será el pecado de los que toman alas de

pecar confiando en el servicio que han hecho? y en el que de ahí adelante entienden hacer? Por el cual dicen entre sí que no es mucho que Dios disimule con ellos, pues entienden de recompensar el mal trato de su vivir con ciertas parias que á Dios darán entre año, además de las extraordinarias limosnas que algunas veces se ofrescen.

Deve, pues, el cristiano á quien semejantes ilusiones y embaucos ofresciere el diablo, dicir (Psal. XXX): *In te, Domine, speravi, non confundar in œternum;* En vos, Señor, pongo yo mi esperanza, por la cual no seré confundido ni condenado al infierno. Y pues, Señor, venistes á llamar á los pobres pecadores, acogedme, Señor, que en mí hallastes lo que buscávades. Si, Señor, buscárades justos, dijera yo con razón lo que dijo vuestro discípulo (Math., IX): *Exi a me, quia homo peccator sum;* Apartaos de mí, Señor mío, que soy hombre muy pecador. Mas, pues venís á los pecadores, yo soy uno del número de los que por vos deven de ser llamados, y tanto más que otro, cuanto más pecador que otro. Pues si por pecadores lo haveis, qué más pecador que yo? En mí, Señor, hallaréis la materia que fué la causa de vuestra venida; que no es de creer, Señor, que os espanta la enfermedad, que es cierto que venís á curarla. Tampoco no es de creer que solamente curáis á las llagas pequeñas, y os dejéis por curar las grandes; antes creo, Señor, que con mayor misericordia acudís á las partes donde más estrago halláis (Psal. XXXVII), pues bien creo yo, Señor, que no hay sanidad en mi carne ni hay concierto en mis huesos. Por lo cual como gran pecador digno de ser llamado (porque á los pecadores venistes) humilmente suplico á vuestra sacratísima Majestad que sanéis, Señor, mis huesos que están todos turbados é mi alma confusa (Psal. VI et CXI). E si de nuevo me hoviérades de comprar, tuviera alas para suplicar á tan gran Majestad, cuánto mayor razón es que ahora las tenga, pues que ya me havéis redimido? Por mí venistes, ya me hallastes y redemistes: no me queda otra cosa sino decir que en vuestras manos encomiendo mi espíritu (Luc., XIII). Pues es gran verdad lo que, Señor, dijo nuestro profeta (Psal. XXX): Cuando estuviéredes airado, soy cierto que os acordaréis de vuestra misericordia (Aba., III), la cual ni se termina con tiempo ni se impide por número de pecados. Y desto soy cierto y con esta fe y confianza quiero pasar desta vida presente, pues que tengo por cosa muy cierta que pecó más Caín en desesperar de vuestra misericordia que en matar á su hermano; y con esta firme esperanza cierro contra el diablo, porque haciendo lo que es en mí, que es encomendarme á la misericordia de mi Redemptor, que no desampara á los que de corazón á ella se acogen, no me queda más que alegar contra todo lo que el diablo falsamente quisiere argüir.

CAPÍTULO XI

De la tercera tentación del segundo género, que es la fe.

La tercera vía por donde acomete el diablo es por los contrarios de la fe, que de una parte tiene á la infidelidad y de la otra tiene á la superstición. Esta tentación se toca en el tercero punto del verso alegado, donde dice: *A negocio perambulante in tenebris;* No temerás, dice el profefa, oh siervo fiel, del negocio que anda entre las tinieblas. Y por eso esta tentación se dice negocio que anda en tinieblas, porque por esta vía procura el diablo y negocia traer al hombre en las tinieblas de infidelidad, poniéndole delante la dificultad de los divinos misterios de la Sanctísima Trinidad, de la Encarnación del Hijo de Dios, del sanctísimo sacramento, de la predestinación con todos sus adherentes. Especialmente en aquellas cosas en que ve él que viviendo hicieron más hábito, como son inquisiciones futuras pronosticadas con astrología, ó por la esciencia sin fundamento de la quiromancia.

Y esto pone á tres géneros de personas: Los primeros son los que en esta vida tuvieron muy poca fe y se dieron á sortilegios y encantamientos y hechicerías y otras esciencias vanas, como son miramientos de caso, haciendo ley y regla de las cosas que acaso acontescen; porque como hombres habituados en vanidades, le parece á él que son fáciles de subvertir.

Los segundos son los hombres doctos que de costumbre han ejercitado el arte de la sofistería y arte de argumentar; porque, confiados en aquélla, piensan que sabrán responder al diablo, como un doctor de quien dice Sant Antonio de Florencia (Anton., tit. V, cap. II,

pri. par.), que presumiendo de salir á plaza con el diablo, en fin de la disputa desesperó de la fe, viendo que no la podía defender por razón. A estos tales que presumen por la sofistería tomarse con el diablo, les suele alegar el diablo muchas auctoridades en falso sentido tomadas; como es una del psalmista (Psal. VI): *Quoniam non est in morte qui memor sit tui;* Que no hay en la muerte quien se acuerde de Dios; y embaucándoles el juicio, para que no entiendan el verdadero sentido, que viendo ellos que en la muerte se acuerdan de Dios, piensan que su memoria va contra el verdadero sentido desta auctoridad, é por consiguiente piensan que así será en las otras auctoridades.

Ciégales, como digo, el verdadero sentido, que es que en la muerte del pecado ninguno tiene virtud natural para acordarse de Dios á pedir perdón de sus culpas, si Dios por su misericordia no previene á levantarles la memoria para que se acuerden de Dios á pedirle perdón; según aquello que dijo Nuestro Redemptor (Joan., VI): Ninguno puede venir á mi gracia si mi Padre celestial no le trujere. Por eso dijo el psalmista (Psal. XXVII): El espíritu que va, conviene á saber, cuando la voluntad del hombre se acuesta á la parte del pecado, no vuelve; conviene á saber, no es poderoso para volver á la gracia de su propia naturaleza, si Dios por su infinita misericordia no le saca del pecado, y le ilustra con gracia, que cría de nuevo, para hacerle siervo agradable.

Tráele por otra parte aquello de Job (Job, XXII): Ándase Dios por los quiciales del cielo, y no tiene cuidado de las cosas que pasan entre nosotros. Ciégale el diablo el entendimiento para que no vea que aquella sentencia no la dice Job en su propia persona; mas dícela en persona de los impíos, que negavan la providencia divina.

Tráele eso mismo aquello del Eclesiastés (Eccles., III): *Idem est interitus hominis et jumentorum et œqua utriusque conditio; sicut moritur homo, sic et illa moriuntur.* E ciégale que no entienda lo qne Sant Gregorio en este lugar declara (Greg. IIII Dial.): Que lo dijo Salomón, no en su persona, mas en persona de los malos que pensavan que el hombre tenía el fin de la bestia. O lo que sobre aquel capítulo expone Salonio, obispo de Viena, que por decir Salomón: *Sub sole*, debajo del sol, entendió el sabio cuanto á la vilidad de los cuerpos que están debajo del sol; por lo cual no se escapan de ser mortales. Mas el ánima, porque es inmortal, no está debajo del sol, porque no está subjeta á la influencia de las estrellas, como lo están todos los cuerpos inferiores, que en fin fin, por mucho que duren, por estar debajo del sol, se han de disolver en las partes contrarias de que se componen. Y en esta manera: *Æqua est utriusque conditio;* Que también vendrá la muerte por el cuerpo mortal del hombre como vendrá por las bestias. Y si el cuerpo del hombre se ha de tornar á juntar con su alma y permanescer para siempre con ella, no será esto de parte del sol, que no tiene poder para ello; mas será de parte un dón de Dios sobrenatural, que hará que sea una misma persona permaneciente, la que por estar debajo del sol, cuanto al cuerpo, se disolvió con la muerte, que naturalmente corre sobre todas las cosas que están debajo del sol, de la mutación y vanidad de las cuales entendió Salomón, porque él dice (Eccles., I): *Vidi quœ fiunt cuncta sub sole;* Vi todas las cosas que se hacen debajo del sol, y todas son vanidad. Con estas y con semejantes auctoridades negocia el diablo en las tinieblas (como dijimos al principio deste capítulo) que se ciegue el entendimiento de los que presumen medir por razón y defender por disputa los altos y profundos misterios de la fe.

Los terceros hombres á quien por esta vía tienta el diablo son los escrupulosos, que hacen elefantes de los mosquitos, é de unas nonadillas se cargan como si llevasen montes á cuestas. A esto induce el espíritu de blasfemia á pensar que es la razón que tiene lo que dice el diablo; y con sola dubda en que estén, son fáciles de engañar; como Eva, que puso dubda en la sentencia definitiva de Dios cuando dijo (Gén., III): *Ne forte moriamur;* dubdó con este adverbio *forte* en la muerte en que determinadamente le dijo Dios que caerían si comiesen del árbol vedado. Póneles también el diablo delante el gran número de los innumerables que se condenan, que no es razón de creer que consienta Dios que tanta gente se pierda; porque más poderoso es el bien infinito para hacer bien y salvar, que todos los demonios para inducir á los hombres al mal. Díceles luego que, siendo esto así, si Dios tiene providencia de las cosas de

acá, por qué es tan descuidado que baste la malicia de los demonios á sacarle dentre las manos tanto número de naciones? é aun de los cristianos que le quedan en la Europa, que es la menor de las tres partes del mundo, es tan osado el diablo que haga su asiento en la Turquía, que es buena parte de Europa, y de las otras naciones que quedan, presume de entresacar la mitad? E para esto les alega la parábola de las diez vírgenes (Math., XXV), en la cual por pereza se entienden las almas de los cristianos; porque solos los cristianos son los que están en el reino de los cielos, que es el reino de la sancta Iglesia católica militante; en la cual parábola parece que de diez las cinco van condenadas por locas que fueron embaucadas por la malicia y ardides de Satanás.

Item, alégales que Satanás es el príncipe deste mundo, y para esto les alega los lugares del Evangelio en que Nuestro Redemptor le llamó príncipe deste mundo; de las cuales auctoridades presumen argüir que este mundo visible es un reino, y que Dios no tiene parte en él; que él mismo dice (Joan., XII et XIII, et XVI; Joan., VIII): Mi reino no es deste mundo.

Con estas alegaciones, falsamente entendidas, le quiere hacer encreyente que se despide de creer otra cosa, y pues este es su reino, que se fíe del príncipe del reino en que está, pues otros lo han hecho asi, demás del gran número de los infieles que de hecho tiene á su mando. A ejemplo de los cuales, si él quisiere hacer lo mismo, no tendrá que temer la muerte; que acaba todo el sentido; que traslación no la espere; que no se pasan los reinos ni tiene que ver el reino de Dios con este mundo visible.

Acude por esta vía con las falsas razones de Maniqueo, para que por todas las vías que pudiere le colore la falsedad de sus ardides, y de dubda en dubda é perplejidad en perplejidad le haga formar una consciencia errónea, y de ahí le traiga por despeñaderos hasta hacerle que tenga opinión de los misterios de la fe, tan profundamente profundos que de profundos no se dejan tomar del entendimiento soltero.

Con estos embaucos le trae tan afligido de consciencias erróneas, que falsamente le hace formar, que si la gracia de Dios no le socorre con ayuda especial, fácilmente le traerá de un extremo en otro, y del demasiado creer, por aquellas consciencias erróneas que forma, le quiere hacer pasar á descreer todo lo que en su vida creyó.

Primeramente, ciégale el entendimiento con los temores falsos con que le hace falsamente temer, para que no entienda que es obligado á captivar todo su entendimiento á la fe, como dice el apóstol (II Cor., X). En reconocimiento del servicio que deve á Nuestro Redemptor Jesucristo, cuando le dice el gran número de los infieles que se condenan para que piense que sería mala granjería del mercader que entre diez perdiese los nueve; del hortelano que de cien árboles le faltasen los noventa que no prendiesen dentro del circuito de su vergel, y de los diez que prendiesen, al mejor tiempo se le secasen los cinco. Y con este embauco le turba la memoria para que no se acuerde de la libertad del libre alvedrío del hombre, al cual por el Eclesiástico dijo Dios (Ecles., XV): Cata ahí te puse delante el agua y el fuego; extiende la mano á lo que más dello quisieres; y en este mismo lugar dice luego: Delante del hombre está la vida y la muerte, y lo bueno y lo malo; darle han lo que más le agradare, porque es mucho el saber de Dios y es fuerte en el poderío que ve á todos sin intermisión. Quítale del entendimiento que sería siervo muy desleal el que procurase de abrir la carta cerrada y sellada con el sello del Señor para leer los secretos que se contienen en ella. E así será tenido por siervo infiel el que quisiese inquirir por razón natural los misterios altos de Dios que en la carta de fe que nos dió se contienen, los cuales quiere Dios que ninguno de los vivientes lo sepa; como lo dice por Isasías (Esa., XXIV): Mi secreto mío á mí. Mi secreto mío á mí. Repítese dos veces, porque es frasis y modo de hablar en la lengua hebrea doblar las palabras en que se pide y se requiere atención.

Quítale de la memoria y del entendimiento lo que dice David (Psal. XXXV): Los juicios del Señor son unos grandes abismos, de los cuales no podemos alcanzar otra cosa sino que son verdaderos, porque son revelados de la fuente de la verdad. Sabemos también que si perteneciera á nuestra salvación saber la profundidad destos altos secretos; que así como nos reveló las verdades dellos, así nos revelara la razón de todo lo que en

ellos se pudiera pedir, como nos lo revelará en el cielo, porque pertenece á la bienaventuranza no ignorar lo que desea saber el entendimiento; por eso en los libros que Sant Ambrosio escrivió *De vocatione gentium*, á cabo de muchas razones y auctoridades que trae para satisfacer á esta demanda: Por qué Dios permite que se pierdan tantas naciones dice que es uno de los casos reservados á Dios? y que no conviene á los hombres inquirir la razón. De manera que en las cosas que tocan á la fe, ni en vida ni en muerte se han de poner en disputa, especialmente con el diablo, á quien respuesta ninguna se deve de todo lo que pidiere. Que si, como dijo Sant Bernabé á un curioso romano (Cle. pri., lib. XIII): Que las demandas curiosas no son dignas de respuesta, muy menos se deve responder al diablo; porque allende que pide curiosas preguntas, son manifiestos engaños, aunque vienen enmascarados según aquello que dice Sant Pablo (II Cor., XI): Muchas veces toma el diablo aparencia de ángel de luz, procurando de entrar con la nuestra para salir con la suya; aunque, por ser el padre de las mentiras, aquella nuestra con que presume de entrarnos con el sentido falso en que por entonces la toma se le contará por tan suya como es la suya con que presume salir. Y así parece cuando quiso alegar que era este mundo su reino porque en algunos lugares le llamó Cristo Nuestro Redemptor príncipe deste mundo, é juega el falsario con el vocablo de príncipe que le alega en el sentido vulgar, en que le toman los ignorantes por príncipe de dominio, como quien dijese príncipe heredero de reino, como á la verdad sabe él muy bien que no significa dominio que alguno tenga con este nombre sobre aquellos entre los cuales se dice príncipe; mas no significa más príncipe en latin que el principal en romance. Y desta manera suelen decir los latinos *princeps civitatis*, príncipe de la ciudad, al hombre que es principal entre todos sus concibdadanos, entre los cuales no tiene más señorío para poder mandar que el que menos; y aunque se dice príncipe de la ciudad, no quiere decir que la ciudad es la posesión de aquel príncipe, mas que es el más poderoso arrentado de todos cuantos moran en la ciudad. Y desta manera se entiende que el diablo es el príncipe deste mundo, no por señorío que tenga en él, porque aqueste mundo es de Dios, mas dícese príncipe porque es el principal de todos los que hay en el mundo, no en excelencia de virtudes, que no las tiene, mas por excelencia de su naturaleza, con la cual excede á todos los hombres, demás del gran poder que tiene en comparación de los que contra él por solas fuerzas humanas pueden los hombres hacer. De cuyo poder natural, después que ha dicho Job todo lo que puede hacer, dice (Job, XII): Que no hay poder sobre la tierra que se le pare delante, porque es hecho de tal manera que no tiene temor de nadie. Qué más diré de lo que dice Sant Judas Tadeo, *in canon.*, que el arcángel Sant Miguel altercando con Satanás, no quiso tomarse con él á fuerzas, ni mandarle como á menor; mas solamente le dijo: Mándete Dios que tiene el poder. Luego con razón se dice que es el principal deste mundo, no por dominio que tenga sobre él, sino porque su poder natural es más poderoso que ninguno de cuantos hay en el mundo. E si Dios le dejase á su voluntad todo cuanto del poder natural que tiene puede hacer, haría lo que dice Job dél en el capítulo cuarenta y uno.

A lo que alegó que el reino de Cristo Nuestro Redemptor que no es deste mundo, también tomó falsamente este vocablo mundo, porque no quiere decir allí este mundo criado; mas tómase por manera y forma mundana con que los mundanos viven al mundo, de suerte que el hombre apartado de la común conversación de los hombres decimos que no es deste mundo, porque no vive conforme á leyes y respectos del mundo. Luego bien se dice que el reino de Cristo Nuestro Redemptor no es deste mundo, aunque es en este mundo; mas no es deste mundo, porque no es de la hechura y respecto de los hombres mundanos, que viven en el mundo por contentar al mundo, embevidos en este mundo, y deste tal mundo dice Sant Joan (Joan., I): *Et mundus eum non cognovit;* Que los hombres mundanos que viven al mundo no conoscieron á Nuestro Redemptor encarnado, porque el reino suyo no es del metal del reino del mundo. Digo, pues, por tornar á la regla que por hacer hábito en ella muchas veces havemos dicho: Que en ninguna manera se tome el cristiano á disputa con el diablo, ni salga con él á raso; mas tenga firme en la fe, que en esto le va la vida, y haga cuenta que allí tiene una fortaleza muy torreada y

muy abastecida, que no haya quien se la quite si él no quisiere bajarse della y dar la puerta á los enemigos. Por lo cual, como aquel que se hace fuerte, varonilmente profese de tener y creer todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia, así como se contiene en el Credo; el cual rece muchas veces, mientras tuviere el uso de habla, y proteste que en aquella creencia quiere morir; é si en algún embauco le pusiere el diablo, diga que dende entonces le da por ninguno, y que su intención es de conformar su creencia con la fe universal de la Iglesia santa católica. Así mesmo deje mandado que en entrando que él entre en el pasamiento, que los circunstantes recen el Credo, demás de las otras cosas que ya dijimos; y récele con la voz clara é afectuosa, porque se excite la devoción con la afectuosa pronunciación, allende que no puede parar el diablo adonde se rezan las palabras con que él fué vencido. E de aquí quedó la costumbre en muchos lugares de nuestra Europa, de que uno está en pasamiento, hacer cierta señal con la campana, á la cual acude la gente para decir á voces el Credo, para auyentar los diablos, que no están menos asobrunados sobre el cuerpo del agonista que enjambre sobre colmena.

Demás de todos estos socorros, antes que se le quite la habla pida el enfermo á Nuestro Redemptor Jesucristo lo que sus discípulos le pidieron cuando dijeron (Luc., XVII): *Adauge nobis fidem;* Augmentadnos, Señor, la fe; porque á la verdad, como sea un dón sobrenatural, es menester pedirse. A ejemplo también del padre del muchacho lunático, dirá (Mar., VI): Ayudad, Señor, á la imperfección de mi fe, y ayudadme á creer. Por los cuales ejemplos pedirá con la mayor instancia de corazón que pudiere que Dios le augmente y conserve su fe, para que crea firmemente lo que el entendimiento humano no alcanza, el cual si quisiese escudriñar los secretos altos de la Majestad divina, sería, como dice el sabio (Prov., XXV), embarazado y oprimido de la luz de la gloria, que no podrá soportar. Por eso dijo el Eclesiástico (Eccles., III): No seas curioso en muchas obras de Dios, porque no te conviene á ti ver con tus proprios ojos de tu razón las cosas que él ascondió.

De todo esto se sigue que ha de tener firme en la fe el que quiere vencer todos los engaños de Satanás; porque él no tiene poder para entrar en el castillo de los que firmemente creyeron, si ellos de su descuido ó por su curiosidad no quieren salir á campo raso con él. Para esto aprovecha mucho la buena vida pasada de aquéllos, de cuya entrada por el baptismo en la Iglesia y salida en la muerte, como dice el profeta (Psal. CXX), fuerte guarda el Señor. De cada uno de los cuales dice el mismo David (Psal. CXXVI): Que no se confundirá cuando hablare con sus enemigos á la puerta; que es cuando hablare con los demonios en el artículo de la muerte, que es la puerta por donde salen los fieles cristianos desta vida mortal á la eterna.

Y porque dice Santiago (Jacob., V): Rogad á veces unos por otros, es consejo muy saludable que, como ya dijimos, hombres de buena vida rueguen á Dios por el paciente que está en pasamiento, suplicándole con instancia que le guarde la fe y le tenga de su mano, por que no le embauque el diablo; que no permita que le saque de su firmeza, como á muchos suele sacar que, presumiendo de responder á sus coloradas preguntas, salen á campo raso con él; como hizo un doctor de quien escribe Sant Antonio de Florencia: Que por presumir de su ingenio le sacó el diablo de su firmeza, por donde se condenó. Rueguen luego los circunstantes que Dios Nuestro Señor quiera librar al paciente de los engaños muy afeitados de Satanás; que le libre de los escrúpulos que le pusiere, y que le libre de la prolijidad con que le quisiere el diablo enredar, haciéndole formar consciencias erróneas y obligaciones fingidas ó absolutamente no necesarias, por las cuales le arguye que se despida del cielo, pues no las cumplió durante la vida.

Suplique también que Dios le alumbre los ojos del alma, para que no duerman en la muerte, con que se engría el diablo diciendo (Psal. XII): Más he podido yo contra el paciente con mis engaños que todos los que rogavan por él; antes se cumpla en el agonista lo que en el mismo psalmo dice el mismo profeta: Yo en vuestra misericordia, Señor, esperé, por lo cual confío que en vuestra salud se alegrará mi corazón; porque, como dice el apóstol (I Cor., X): Nuestro benignísimo Dios es tan fiel Señor á sus siervos, que no consentirá que sean tentados más de lo que ellos buenamente pudieren sufrir, antes de la misma tentación sacarán ganancia,

porque donde pensava el diablo granjear la incredulidad del tentador, quedará confuso por la firmeza de la fe en que con todas sus fuerzas se hiciere fuerte el paciente.

CAPÍTULO XII

De la cuarta tentación del segundo género, que nasce de los contrarios á la caridad.

La cuarta tentación es de los contrarios á la caridad, que por una parte tiene el amor de sí mismo con odio interpretativo de la ley divina y por otra el puro amor mercenario. Aunque tomando contrarios en el rigor del vocablo, sola la malicia ó el odio repugna á la virtud de la caridad, de suerte que el amor de sí mismo y el amor mercenario con que uno ama á Dios, solamente por el premio que dél espera, no son tan contrarios como son los contrarios de la esperanza y la fe. Mas tomando extendidamente los contrarios por cosas diversas, decimos que éstos son los extremos de la caridad por los cuales discurre el diablo, los cuales son denotados en la cuarta parte del verso alegado, sobre el cual dijimos que funda el diablo el segundo género de tentaciones de las cuales aquí hablamos.

La parte en que esta tentación se denota se dice *incursus,* porque como el cristiano deva poner y fijar su amor en Dios, á quien todo con todo lo que tiene se deve, discurre por la ilusión del diablo que con los temores que le pone delante le hace vacilar y andar discurriendo de una parte á otra, conviene á saber, del amor de sí mismo al amor mercenario de Dios, el cual nasce del temor de la pena. Y teniéndole aquí le hace dar vueltas para que ponga los ojos en el amor de sí mismo, porque poniéndole delante la pena que por sus culpas merece, le hace que aborrezca las penas con que ordenó Dios que se ordenasen las culpas, y de allí le trae en un descontento de la ley que Dios tiene puesta para castigar el pecado, y por consiguiente le trae el diablo en odio interpretativo de Dios, haciéndole increyente que, por la inmutabilidad de la justicia divina, no se puede escapar del infierno, para el cual le quiere hacer increyente que está sentenciado por sentencia definitiva de Dios. Y desta manera se hace discurrír para que ponga su amor en cosas movibles, que son el amor que tiene de sí con el temor de la pena; y porque este amor es movible, porque se funda en criaturas movibles, por eso se dice incurso ó atropellamiento con que el diablo procura de atropellar la intención que havía de estar sita en el amor verdadero de Dios, el cual se dice amor fijo; porque así como Dios permanece y es inmutable, así el amor que se pone en Dios permanesce. Por lo cual dice el proverbio común: *Omnia prœtereunt prœter amare Deum;* Todas las cosas pasan, y el amar á Dios no peresce. Que por eso este amor no pasa, porque Dios, en quien se pone, no pasa. Por eso procura el diablo en esta tentación de desquiciar la intención del cristiano del amor verdadero de Dios, y hacerla que discurra por los extremos para que del temor de la pena venga en el amor de sí mismo, y del amor de sí mismo torne al temor de la pena, de los cuales dos presume traer el diablo al paciente para que venga en descontentamiento de la justicia divina, y por consiguiente en odio interpretativo de Dios, pesándole que haya tan sabio juez que ordene pena perpetua por la culpa que en breve se hizo, y que sea tan poderoso que pueda todo lo que ordenare.

Digo, pues, que en esta cuarta tentación del incurso pone el diablo delante al paciente todos los pecados que ha hecho. Pónele el riguroso juicio de Dios, en el acatamiento del cual, como dice Job (Job, XV é XXV), los cielos y las estrellas, por quien se entienden los sanctos y sus virtudes, no están sin la mácula que tienen de sí, cuanto más el hombre abominable y sin provecho, pudrición y gusano, que en fin es hijo de hombre, especialmente en el tiempo de la venganza, en el cual dice el sabio (Prov., VI): Que no perdonará el juez soberano, ni condescenderá á ruegos de nadie, ni bastarán presentes para el rescate de la sentencia. Esto es porque aun los mismos justos, como dice David (Psal. II), no estarán sin temor, cuanto menos tendrán osadía de rogar á Dios por el malo; antes, como en el mismo verso dice el mismo profeta, tendrán gran placer de la sentencia justísima del justo juez; y viendo al malo dirán: Miralde, que este es el hombre que no puso su confianza en el ayuda de Dios. E aunque, como en otro psalmo dice el mismo David (Psal. XXXI): Que por la impiedad del pecado rogarán á Dios todos los sanctos que la perdone. Declárase el profeta, porque dice que se lo suplicarán en tiempo oportuno, que es el tiempo de la

vida, en la cual, como en el mismo psalmo paresce, instruye Dios á sus siervos para que firmemente pasen la vida de la jornada que andan. Mas después de pasado aquel tiempo oportuno dice luego en el verso siguiente: *Veruntamen in diluvio aquarum multarum ad eum non approximabunt;* En el diluvio de las muchas aguas no se llegarán á rogar por nadie, porque como parece en el libro de los Jueces (Judic., VII): En las aguas quiso provar Dios los que havíen de ser de su parte, y debajo de las muchas aguas dice Job (Job, VI) que gimen los gigantes, que son los soberbios. Por eso dijo el psalmista (Psal. CXLIIII): Escapadme, Señor, é libradme de las muchas aguas.

Qué sean estas aguas decláralo el ángel á Sant Juan en el Apocalipsi, adonde le dice (Apocal., XVII): Que las aguas que vido sobre que estava la ramera asentada son los pueblos y las naciones y lenguas que fornicaron del amor gratuito con que devían amar á Dios sobre todas las cosas, y se convirtieron al amor de sí mismo. Con estas y otras semejantes auctoridades pregunta el diablo en el pensamiento al paciente si quería vivir con título de hacer penitencia de tantos pecados de cuantos en aquel tiempo le argulle. E de que el enfermo consiente con la pregunta, le dice que naturalmente no puede escapar la vida. E pues que por aquella vía no se puede remediar, que tiente otro vado, el cual él tiene muy á las manos: Que luego le pone en el pensamiento, pues le es forzado morir; y según la consciencia que forma de sus pecados, parece que desespera de la misericordia divina, con el embauco que el diablo le hace haciéndole increyente, que ya está sentenciado para el infierno. Así por aparentes razones que le hace, como por auctoridades que él á su sentido engañoso agudamente suele torcer, dícele que, pues conosce ya sus pecados y sabe que la justicia divina ha ordenado que por el pecado mortal se vaya el hombre al infierno, si querría él que se mudase la ley ordenada, ó que á lo menos le tuviese respecto dél; y que porque él no penase se quebrase en él la ley ordenada, para que en fin por justicia ó por privilegio, ó cuando todo faltase por quebramiento de la ley, se le hiciese á el buen tratamiento; especialmente que se le hace muy cuesta arriba de consentir con la justicia que por un breve deleite y cumplimiento de voluntad condena á pena perpetua.

Añádele á este pensamiento, que cada uno naturalmente desea conservar su ser y el buen tratamiento de su persona, por donde le quiere colorear el pecado que hace. E antes que el paciente se determine, porque está en el incurso vacilando de acá para allá, acude luego el diablo con otra celada, y pregúntale en el pensamiento: Si huviese quien te alargase la vida por veinte ó treinta años, y demás te diese diez cuentos de renta, qué tanto darías? El paciente, aunque ve que aquella pregunta es por demás, porque el diablo juega con él de acá para allá, no deja de decir entre sí: excusado es pensar de vivir; mas si fuese posible, mucha cosa daría. En este paso le descubre el diablo muchos secretos del arte mágica, y no dubda de abiertamente hablarle y mostrarle fantásticamente por la imaginación los reinos del mundo y su gloria, con que embelesa la imaginación del paciente. Y atrévese á decirle (Math. IIII): *Hœc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me;* Todas estas cosas te daré, si cayeres del homenaje que deves á tu Dios, que ya ves claramente que te desampara, y me dieres á mí la obediencia. Aquí se descubre todo el poder que tiene, y aun es de pensar que haga algunas señales que exteriormente parezcan milagros; para que junto con el principado, que en el capítulo precedente vimos que falsamente alegó, entre ojos y cara se quiera hacer príncipe deste mundo.

Alégale los motivos con que él indujo al Maniqueo para que con muchos embaucos consienta el paciente en alguna manera con el diablo; y aunque no saque dél que le adore, á lo menos presumirá de sacar que siquiera confíe en su favor por entonces, que él le promete por virtud del poder que falsa y fantásticamente le amuestra, para alargarle la vida. Y porque al paciente no se le haga de mal, prométele tiempo para que el paciente haga su cuenta entre sí: en fin fin, si vivo podré hacer penitencia, y Dios me perdonará este pecado entre todos los otros. Y con este discurso á cabo de sus embaucos hace que el paciente á lo menos venga en esta intención, é diga entre sí: Todo esto que agora yo pienso ó se me ofresce bien veo que deve ser burla; mas si por alguna potencia divina, humana ó angélica, fuese posible que yo esca-

pase de muerte, no quedaría por mí que no hiciese cuanto pudiese por escapar con la vida. Cuando en este punto le tiene, acude luego á ponerle en el pensamiento si querría ser ayudado, siquiera por arte mágica que le prolongase la vida: Que aunque el diablo fuese el ministro de tal efecto, no tenga pena por ello; que con título de hacer penitencia puede desear vivir y ayudarse de todas las criaturas. En este punto se hace predicador el diablo y toma por tema (Psal. VIII); *Omnia subiecisti sub pedibus eius;* Que puso Dios todas las cosas criadas debajo del poder del hombre. E aunque él sea espíritu, que hablando la verdad él no lo quisiera; mas pues no le aprovecha querer otra cosa, que también él está subjeto al mandamiento del hombre, como lo cuenta Sant Lucas en dos lugares (Luc., IX é X): Que los discípulos tenían potestad sobre los diablos.

Alégale más que el mismo Dios se aprovecha dellos, que los manda, como dice Sant Marcos (Mar., I), y obedescen su mandamiento. Alégale lo que dice Sant Mateo (Math., IIII): *Assumpsit eum diabolus;* Que se dejó Cristo Nuestro Redemptor á la virtud natural del diablo, para que á su voluntad ya le pusiese en el pináculo alto del templo, ya le subiese sobre la cumbre del monte. De donde le arguye, que pues la cabeza se quiso servir del diablo, que no tenga por inconveniente que sus miembros se sirvan dél. Por eso que vea lo que quisiere; que él presto y aparejado está para usar de todas sus artes y prolongarle la vida. Que él tiene muy entero conoscimiento de las yervas y piedras, con todo el resto de lo criado, y sabe muy bien curar las enfermedades, entre las cuales es una aquella del cual está acosado el paciente; que no piense que es mal de muerte natural, sino enfermedad recia, que tiene fácil remedio, del cual se dice y profesa que es el mejor maestro del mundo. Aquí es verisímile que acuda con alguna experiencia sofística, con que se embauque el enfermo; y como la centella que se va á morir resplandece en lo exterior, porque ya va á salir la llama que estava dentro, así el paciente parece que tiene un poco de más sentimiento cuanto se le acaba la vida, porque el ánima, que se hace fuerte en el corazón, por estar allí recogida, al parecer del paciente está más viva que hasta entonces; y sobre todo acude el diablo, para que piense el paciente que la vida que se promete no es de todo punto imposible, para que por una vía ó por otra ó por todas juntamente tomadas le saque un pecado mortal, de querer ser ayudado por el diablo.

Mas el verdadero cristiano, que ama más á Dios que á sí mismo, por el resto de lo criado no ha de consentir por ninguna vía con el pecado; porque, qué le aprovecha al hombre, que tenga el señorío del mundo, si ha de padescer perpetuo detrimento del ánima? (Math., XVI; Mar., VIII; Luc., IX). Más cierto está ser la ganancia cierta de parte de Dios, aunque en aquel punto no le prometa cosa, que la seguridad del diablo, cuya palabra no es cumplir lo que pone y cuya verdad es el natural dechado de la mentira. Tenga luego fuerte el cristiano con Dios, que en más estimará Dios aquel poquito de tiempo, en que voronilmente se defendió de las celadas y descubiertas mañas de Satanás, que en un año de penitencia remisa; Que no consentirá Dios que se pierda el que no quiso darse á partido á sus enemigos; Que cierto es que si un vasallo huviese ofendido á su rey, y huviese estado algunos años en su desgracia, é viese el ofendedor que los enemigos de su rey le combatiesen la mejor fortaleza que el rey tenía; y reconosciendo sus ofensas se determinase á servir al rey, y se entrase en la fortaleza, y con esfuerzo y firmeza de corazón se diese tan buena maña que defendiese la fortaleza del combate de los contrarios, verisímile cosa es que, no solamente el rey le perdonaría las ofensas pasadas, mas aún le haría mercedes por su buen comedimiento y esfuerzo con que le defendió la mejor pieza que tenía en su reino.

Desta misma manera quieren combatir los demonios al alma del hombre, que es la mejor pieza que tiene Dios acá bajo; torna en sí el pecador, y entra dentro de su morada, y súbese á la torre del homenaje que hizo á Dios cuando le baptizaron; acuérdase de la fe, esperanza y caridad que en el baptismo actualmente le dieron; reconoce á Dios por Señor; hácese fuerte en la confianza que de Dios tiene; pelea varonilmente; defiende su castillo con la fe divina que tiene, con la esperanza que le da alas de generosa osadía, con la caridad ordenada con que primero ama á la fuente del ser que tiene y después

se quiere á sí mismo, no en sí, porque no es fin de sí mismo, mas en su fuente, que termina todo su amor, por ser infinito fin que abarca todas las causas. Conosce lo que dice Sant Augustín (Aug., de vera rel.): Que la medicina del alma se parte en auctoridad y en razón. La auctoridad pide fe y la razón guia al entendimiento, aunque á la auctoridad no alcanza de todo punto la razón. En este discurso entra el que se recoge en su alma, queriendo hacer reconocimiento á Dios de todo cuanto le deve; sale del atropellamiento é mal incurso, con que le traía acosado el diablo, y entra en el discurso católico y piensa entre sí que es cosa muy justa que se ame más en Dios que en sí mismo, porque en Dios está por mejor manera que en sí. Así como el accidente se deve más amar en la substancia que en sí, y los ojos más se deven amar en su cabeza que fuera della, sin la cual, por estar privados de la potencia visiva, no son más ojos que piedras. Item, el agua del arroyo es gran razón que se ame más en su fuente que en sí. De esta manera el hombre aunque Dios no se lo mandara, es más obligado de amar á Dios que á sí mismo, porque está en Dios por eminente manera muy más excelente que en sí; pues es cierto que todas las cosas criadas tienen vida en la mente divina, y según la razón ejemplar en ella fueron y son y serán para siempre sin fin, como lo declara Sant Juan cuando dice (Joan., I): *Quod factum est in ipso vita erat;* Todo lo criado eternalmente tenía vida en su criador antes que se criase, y dél, según la razón ideal y ejemplar, salió en este mundo criado por la exterior creación, aunque según la materia é la forma fué criado de nada.

Queda luego muy claro que el hombre se deve amar más en Dios, en quien tiene vida permaneciente, que en sí mismo; porque aunque muera en sí cuanto al cuerpo mortal, muere la vida mortal en sí, mas no muere á Dios, al cual, como dice la Iglesia, todas las cosas viven, según aquello que dice Sant Pablo informando á los areopagistas (Act., XVII): *In ipso vivimus et movemur et sumus;* Que en Dios vivimos y en Dios nos movemos y somos Es como si dijera: De Dios y en Dios y por Dios tenemos la vida que nos da vida, y la virtud que nos mueve, y la fuente de nuestro ser, sin la cual en ninguna manera seríamos. Luego, como dice Sant Lucas (Luc., XX): Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Y Isaías dice: Que los muertos, por muertos que estén, vivirán en Dios. De todo esto paresce cuán de suyo era obligado el hombre que tiene razón de amar á Dios más que á sí mismo; aunque, como digo, Dios no se lo huviera mandado; mas porque el amor gratuito con que Dios se ha de amar sobre todas las cosas es dón sobrenatural, es mucha razón que el buen cristiano le pida y suplique instantísimamente á Dios que le haga las mercedes cumplidas, y le infunda el amor gratuito con que él quiere y deve ser amado: supliquele que le adobe la voluntad, que con los temores que el diablo le pone la tiene dañada y embarazada con el amor mercenario. También le pedirá que le aclare el entendimiento con la verdad, que es la verdadera medida de la necesidad verdadera; la memoria de los beneficios que de su mano ha recebido, entre los cuales es la creación y la redempción, junto con la justificación, de la cual por virtud de la redempción le suplica que le haga nueva merced, pues ya está el precio pagado.

Junto con esta plegaria hará lo que es en sí el buen cristiano; y pensará entre sí que es mucha razón responder á Dios en la manera de amor con que nos ama, que así como él nos ama con amor gratuito, sin interese que de nosotros espere, así nosotros debemos amar á Dios gratuitamente, sin que pongamos principalmente los ojos á nuestro provecho. Que así como dice Silio Itálico (Silius, lib. XIII): *Ipsa quidem virtus sibimet pulcherrima merces;* Que la virtud es el premio del que la obra; Dios, que es la fuente manantial de virtud infinita, por sola su esencia divina es digno de ser amado; que si la causa por que alguno se mueve á amar á Dios está fuera de Dios, no se escapa de criatura. Pues qué cosa tan fuera de toda razón se podrá imaginar como poner el hombre su voluntad é su amor en Dios, y buscar el precio y remuneración de su amor es cosa que esté fuera de Dios? Pues es gran verdad lo que dice Isaías (Esa., XI): Todas las gentes puestas delante de Dios son como si no fuesen y por nada son reputadas; porque, como dice el apóstol (Rom., IIII.): Dios igualmente manda á las cosas que no son como á las que son. Esto dice él, porque es tanta la Majestad infinita de Dios, que en respecto della tanta proporción

tienen las cosas sin ser como las criaturas que son, porque entramas distan de Dios por infinita distancia. Por lo cual, aunque no pecase de malo, no se escaparía de necio y de cambiador ignorante el que amase á Dios de amor principal por cosa que no fuese Dios, si pudiendo tener á Dios por el premio del amor principal que en él puso, le trocase por una cosa tan inútil como es la criatura tomada y considerada fuera de Dios. Y diciendo Dios á cada uno de nosotros lo que dijo á Abraham (Gén., XV.): Yo soy tu defensor, y el gran premio de tu servicio; quién estará tan fuera de sí, que ame á Dios á jornal ó á destajo con principal amor mercenario, teniendo ojo á sí mesmo, por sólo el bien que de Dios espera? Porque allende que él no se basta si Dios no le basta, es más hábil para ser premiado del bien que hiciere que para hacerse premio y fin de sí mesmo, como el diablo que quiso vivir por su pico y ser bienaventurado en su esencia y amarse en si mismo, sin hacer principal reconoscimiento á la fuente donde manava el arroyo de todo el sér que él tenía.

Conosciendo aquesto el verdadero cristiano, ha de suplicar instantísimamente á la divina Majestad que le adobe la voluntad y le haga merced que le dé este amor principal gratuíto, que junto con éste que vaya delante de principal intención, bien se compadesce el amor accesorio, que es amar á Dios por las mercedes que hace, por la creación, redempción é justificación, por los temporales que envía, por los dones de las virtudes, prudencia, justicia, fortaleza y templanza con toda su compañía; por las tres teológicas de que vive el cristiano: fe viva, esperanza firme, caridad ordenada, y finalmente, por la gloria que le dará cuando desta vida partiere en su gracia; porque es cosa muy justa que responda el hombre con agradescimiento á las mercedes que recibe de la mano de Dios. Por eso dijo el psalmista (Psal. CXVIII): Incliné mi corazón á hacer siempre vuestras justificaciones, Señor, por la retribución y el premio que al buen servicio se sigue. Y el mismo profeta dice en otro psalmo (Psal. LXI): Que Dios premiará á cada uno según sus obras.

De todo se sigue que el amor que el diablo arguye que es necesario cuando se ama á Dios por el premio de que va añadido el amor principal gratuito no solamente es bueno; mas el que tal amor no tuviese, después del amor principal, pecaría con pecado de ingratitud y de menosprecio, que sin este segundo amor tendría de las mercedes recebidas de la mano de Dios. Puesto el cristiano en esta consideración, está aparejado para que le visite Nuestro Señor con su gracia y le convierta el amor mercenario servil que nasce del temor de la pena en el amor filial y reverencial con que Dios se deve de amar, para el cual podrá considerar y decir entre sí (Psal. CXIII): *Non mortui laudabunt te, Domine, neque omnes qui descendunt in infernum;* No os loarán los muertos, Señor, ni ninguno de los que van al infierno, junto con lo que dice el mismo profeta (Psal. VI): Porque soy cierto, Señor, que no confiesan vuestro nombre los del infierno, y soy cierto que los que piden mercedes á vuestra sacratísima Majestad recibe vuestra Majestad su demanda en lugar de servicio. Y pues él mismo nos manda pedir y nos promete que nos dará lo que justamente pidiéremos (Math., VII; Luc., XI), pídale que no le niegue su Majestad las entrañas de su misericordia: *in quibus visitavit nos oriens ex alto.* En las cuales, por visitar á sus criaturas, determinó de venir del cielo á la tierra.

Con esta ó semejante plegaria havrá el paciente la voluntad para hacerse capaz de las mercedes que Dios le quiere hacer, las cuales difunde Dios sobre los hombres más magníficamente y á manos más llenas que el sol difunde sus rayos. Y si el sol no niega su claridad á las ventanas abiertas, muy menos negará Dios la gracia á los que con fe y firme esperanza le abrieren las puertas de la voluntad para recebir la gracia divina, porque es imposible bien creer é bien esperar sin que juntamente se halle la caridad á donde se halla la viva fe con la firme esperanza; porque estas tres virtudes son tan hermanas, que ó no va ninguna ó van todas tres adonde meritoriamente acude la una.

CAPÍTULO XIII

De la quinta tentación del segundo género, la cual es del demonio meridiano, que es el diablo patente que claramente aparece.

La última vía con que en este género segundo tienta el diablo, es la obstinación del pecado; la cual, aunque parece la misma que la desesperación, difiere della, porque es de pecados reflejos, que son los que á sabiendas

y adrede se hacen contra el Espíritu Sancto; la cual se entiende por la última parte del verso que es el demonio meridiano. Que es como si dijese el profeta hablando con el fiel siervo de Dios: No temerás de la obstinación con que claramente é á ojos vistos te quisiere obstinar el diablo; el cual por eso se dice diablo del medio día, porque en esta tentación de obstinación no tienta por vías ocultas, como en las pasadas, mas abiertamente le dice: que dende entonces se conhorte y haga buena cara á los tormentos perpetuos, que según la presciencia divina sepa que está diputado para el infierno.

Alégale todas las señales que los teólogos ponen de los prescitos para el infierno, y que todas han pasado por él; por eso que se despida del cielo, que no suele Dios mudar la sentencia, la cual por falsas y aparentes razones le quiere hacer increyente que es dada. Alégale que tuvo desabrimiento en cumplir los mandamientos de Dios; que esos pocos de sermones que oyó más los oyo por curiosidad, y por tomar á palabras á manera de los fariseos, que por devoción que en ellos haya tenido; y si algunos oyó para tomar buena doctrina, que aquellos son para su mayor condenación, por no haber puesto por obra lo que oyó en el sermón; por donde se le cometió en su daño, así como la flor que come el araña se le convierte en ponzoña. Alégale que resurtía con injurias á las correcciones fraternas de sus amigos, que le pesava de las reprehensiones, siendo obligado á desear que Dios dejase quien le corrija de todos sus vicios. Alégale que tuvo invidia de los bienes espirituales de sus prójimos, especialmente de sus enemigos. Alégale que se entristecía demasiadamente por acordarse que havía de morir; por donde le arguye el diablo, ó que no sintió bien de la fe, ó si la creyó tibiamente, abscondió el talento en la tierra (Math., XXV); por donde no granjeó buenamente, como era obligado, con la aspereza y trabajo que rehusó en toda su vida; de lo cual darán testimonio los regalos á que se dió, enterrando el talento de su merecer en los apetitos y respectos terrenos, y que bien parecía que él era natural de la tierra en sus hablas; que todos sus hechos y dichos salien de la tierra y en la tierra paravan (Joan., III). Por lo cual es mucha razón que se quede en la tierra, después de la muerte, el que en la vida vivió de la tierra, y el fin de todas sus obras no subió de la tierra. Alégale que fué amonestado que confesase, y no lo quiso hacer. Alégale que fué amonestado que hiciese consciencia de muchas cosas, no menos eclesiásticas que seglares, que tenie mal ganadas y contra razón y derecho; y que á todo respondió, que si las cautelas de Cepola se admiten en los juicios exteriores, seguro estava de consciencia, que por tela de buen juicio teníe derecho á sus prosesiones, que de cansados, ó por mejor decir de gastados, ya no le hacien pleito sus adversarios. Alégale que muchas veces le rogaron que perdonase á sus enemigos, y que no lo quiso hacer, ó si lo hizo, que los perdonó por dinero. Alégale que nunca quiso tomar el consejo de sus amigos. Alégale, finalmente, con estas cosas, todas las auctoridades que consuenan á la sentencia definitiva (*Ex symbolo ath.)*, como son los que bien obraron, irán á la vida eterna, y los que mal, al fuego perpetuo. Item: por la medida que hoviéredes medido á los otros, por esa misma os medirán á vosotros (Math., VII; Mar., IV), é otras muchas semejantes á éstas, por las cuales le arguye que pues en toda la vida se determinó á hacer mal á sabiendas, que sepa que es el diablo con quien travó compañía; que no piense que se ha de mudar la sentencia que, por sus malas obras en que ha gastado la vida, eternalmente está dada.

De creer es que en este artículo de tentación le da á entender los argumentos que de la presciencia y predestinación se suelen hacer, con otros muchos que él sabrá forgicar tan por arte, que aunque ellos se puedan soltar, al hombre embaucado y atemorizado parecerán insolubles. Añádele que si huviera pecado por flaquezas humanas contra la persona del Padre, ó por ignorancias contra la persona del Hijo, que tuviera cara para acogerse á la misericordia de Dios; mas pues se determinó á pecar á sabiendas y por obstinación contra la persona del Espíritu Sancto, que se despida de alcanzar perdón de su obstinación en que él se quiso obstinar, por darse buen verde en la vida y vivir á sus anchuras y pasatiempos. Para confirmación de lo cual le alega aquella auctoridad que dijo Nuestro Redemptor Jesucristo (Math., XII): El que pecare contra el Espíritu Sancto, ni se le perdonará en este siglo ni en el venidero.

A esta auctoridad, que él le declara muy

á la letra, alega él todas las razones que puede para que desespere el paciente, así como lo procuró en la primera tentación del temor de la noche; por donde, como el que derechamente presume que ha concluído, le dice que se dé por vecino y morador del infierno. E por que el paciente no tenga alguna confianza de la confesión que hizo antes del agonía, argúyele que la confesión hecha no es valedera ni satisfactoria; que si la hizo fué á poder de consejos y importunaciones de sus amigos, porque le desahuciaron los médicos. Por donde le arguye que fué confesión sacada más por miedo de pena, como quien confiesa puesto á cuistión de tormento, que hecha de voluntad; lo cual de necesidad se requiere para que la confesión sea satisfactoria. La cual le arguye que él no pudo hacer por estar obstinado en el discurso de toda su vida, como uno de los del número de los que dice Isaías (Esa., XXVIII): *Percussimus fœdus cum morte, et cum inferno fecimus pactum;* Travamos amistad con la muerte, y con el infierno hicimos concierto. Tráele junto con esto lo que el Eclesiástico dice (Eccles., III): El corazón obstinado havráse muy mal en lo último de sus días.

En esta última tentación es verisímile que se parece el diablo, porque ya no tienta por vías ocultas, mas patente y abiertamente le dice que es el diablo, que viene por su derecho; porque con las razones que le ha hecho y las auctoridades que le ha traído le haga fe con su vista, para que de hecho piense que es verdad todo lo que le ha dicho, y que ya no puede escapar del infierno, é acabe en aquel temor sin recogerse á la misericordia divina, y así se le lleve de hecho al infierno.

Esta última tentación es tan recia y tan horrible de soportar, si es verdad que ha precedido la obstinación de la vida, que humanamente no se halla remedio para resistirla, si no procede singularmente de la inmensa misericordia de Dios; el cual, como dice el apóstol (Rom., IX): De quien él quiere tiene misericordia, y al que quiere, enduresce; porque, como en el mismo capítulo dice el mismo Sant Pablo: No está la suficiencia del mérito en la voluntad del que quiere y corre, aunque sea en el camino derecho; mas está en la misericordia de Dios, sin la cual todas las obras serían como pintadas en respecto del menor grado de gloria que, según la aceptación divina, por ellas se da. Porque, como dice el apóstol: El caudal y la suficiencia de nuestros merescimientos nos viene de las manos de Dios. Y para que el cristiano alcance esta misericordia, es menester que funde en una fe viva que tenga que Dios le oye, é que no tiene otro socorro sino á Él y que en tiempo de tanta necesidad le suplica, con todas las más fuerzas que tiene al presente, que se acuerde que vino á llamar á los pecadores y no á los justos (Math., IX; Luc., V).

A esta plegaria aprovecharán mucho los circunstantes y buenas personas que supliquen á los santos que intercedan por el que está en estado que aun para pedir ayuda y socorro está cuasi inhábil, cuánto menos idóneo estará para sacar fuerzas de flaqueza, y ayudarse por sí viéndose no menos cercado de angustias que de visiones horribles de Satanás.

Por eso, si antes que entrase en el agonía fuere informado de los circunstantes, entre otros consuelos encomendará á la memoria tres reglas.

La primera, ya dicha, es que, pues el diablo le tienta y le pone delante las causas de la obstinación para que desespere, que piensa el diablo sacar algo de aquella tentación; que si él pensase que por ninguna manera le havía de sacar más pecados de los sacados, nunca le tentaría, antes gastaría aquel tiempo en tentar á los sanos. La segunda regla es, que si el obstinado puede pecar mientras tuviere el ánima en el cuerpo, desesperando de la misericordia divina, que la misma razón, como ya havemos dicho y repetímoslo aquí por ser aquí necesario, está en tiempo de merecer de parte de la misericordia divina. La tercera también está dicha: que hace injuria al juez, el que quita la sentencia de las manos del proprio juez y se antuvia á sentenciar lo que ha de sentenciar el juez; é si pecaría en atribuirse la gloria, estrivando en solos sus méritos, sin tener respecto á la justicia divina, así pecaría en sentenciarse para el infierno acosado de sus pecados, sin hacer caudal y recurso á la misericordia de Dios. Que aunque es verdad que los pecados mortales son dignos de ser castigados con pena de infierno, no es verdad que antes que se le acabe la vida se le acabe el tiempo de merescer; porque en un punto que de corazón se arrepiente é pidiere perdón con firme esperanza, cre-

yendo verdaderamente que Dios le oye y que es poderoso para perdonarle todas sus culpas, y esforzándose lo más que pudiere á amar á Dios con amor filial, contemplando todas las mercedes que dél recibió, y las que espera que le hará, y haciéndose fuerte en esta contemplación, tenga por fe que el que esto hiciere, que aunque más pecados le ofrezca el diablo, y aunque con más visajes horribles se le aparezca, no tiene cerrada la puerta de la misericordia; la cual, como dice David (Psal. XXXI), abraza á todos los que verdaderamente esperan en Dios.

E no se perturbe por visiones horribles en este paso, porque allende que de muchos sanctos leemos que vieron diablos en sus pasamientos, no se arguye la condenación del paciente de la visión del demonio.

CAPÍTULO XIV

De las horribles visiones con que el diablo aparesce al paciente al tiempo del pasamiento.

La visión del diablo no es tentación distincta de las que aquí havemos dicho, porque nunca tienta con sola su vista, sin que ponga delante del paciente alguna de las tentaciones pasadas, especialmente de la que agora dijimos del demonio meridiano, en la cual tienta de la obstinación; créese que en ella forma todos los ardides y mañas y colorados engaños que supiere y pudiere. De modo que aunque es verisímile que se aparezca en las otras, es muy anexo al arte y astucias de sus engaños que en la tentación de la obstinación se aparezca en espantables visajes; porque ésta es la más recia batería con que presume tomar á partido los fuertes encastillados, cuanto más á los flacos campíos. Especialmente, que están puestos en lo profundo de la desesperación, viéndose por una parte cercados de los pecados que les ofresce el diablo y por otra de muchas y muy espantables figuras de muchos diablos. Y para que esto se entienda, veamos si es posible aparecerse el diablo á los que están en el agonía.

A esta pregunta se responde que sí; porque allende de muchos que visiblemente se les aparesció el diablo en su muerte, pruévase por esta razón: El agonía es el medio tiempo que media entre esta vida y la otra; es comparada al tiempo del dilúculo, que los vulgares dicen el alva, la cual ni es tan obscura como la noche pasada ni tan clara como el día que viene; así esta agonía ó pasamiento no es tan obscuro como la vida, que en respecto de la otra se compara á la noche, ni tan claro como la vida que recibe á las ánimas después de salidas del cuerpo. Luego síguese que en aquel medio espacio en que está el ánima de partida, como cosa que está descarnalizada, tiene habilidad natural para poder ver lo que inmersa y embevida en animar todo el cuerpo no pudo.

Item, de parte de la divina justicia es mucha razón que las ánimas, así las buenas como las malas, vean los demonios al tiempo de su partida; que los malos que por su culpa han de ser condenados los vean es claro, que pues por estar el ánima de arrancada cuasi ya recogida en su ser, por estar cuasi desmaterializada del cuerpo, tiene habilidad natural para ver los espíritus é las cosas del otro siglo, á la puerta del cual está en aquel punto, es conforme á la justicia divina dejar á los que menospreciaron su ley en las manos de aquellos por cuya amistad pospusieron sus mandamientos en toda la vida. Esto es lo que dijo el sabio (Prov., I): Vosotros, malventurados, menospreciastes todo el consejo que os di, y tuvistes en poco mis reprehensiones; yo haré de la misma manera, que en vuestra muerte me reiré de vosotros, cuando os viniere lo que teníades; y cuando viniere la súbita desventura sobre vosotros, y el trance de la muerte viniere como tempestad sobre vosotros, cuando vinieren sobre vosotros tribulaciones y angustias, entonces me llamarán y no les escucharé, porque aborrescieron la doctrina y no tuvieron temor del Señor.

Por estas palabras claramente parece que los que han de ser condenados porque menospreciaron los mandamientos de Dios, no es razón de quitarles por un punto la compañía que han de tener para siempre. E así queda conforme á razón, así de parte de la habilidad natural del ánima, como de parte de la justicia divina, que á los malos no les impida cosa que en aquel paso no hayan, á lo menos no puedan ver los malignos espíritus. Los buenos también es razón que lo vean, aunque no para su confusión, porque, como dice el profeta (Psal. CXXVI): No se confundirá el bueno que cumplió su deseo de las saetas del amor de Dios cuando hablare con sus enemigos á la puerta. Que es como si dijera: No re-

cibirá confusión cuando hablare con los demonios en el artículo de la muerte. Y en otra parte dice (Psal. XXXVI): Que no se confundirán los siervos de Dios en el tiempo malo, que es el tiempo del mayor estrecho, en el tiempo del pasamiento; dado caso que el diablo los tiente, pensando derribarlos con desesperación. Mas por eso permite Dios que se aparezca el diablo á los buenos, por que vean de quién se libraron por la misericordia divina y tengan en mucho la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo, pues por los méritos della se escaparon de tan malas visiones. Que cierto es que si viniese noticia de mis amigos que yo havía de pasar por un estrecho lugar, en que estuviesen salteadores secretos, en más les tendría si, puestos en celada, al tiempo del salto patente saliesen y me librasen de mano de mis enemigos, que si se antuviasen delante á quitarme los enemigos y escombrarme el camino, para que pasase seguro; que aunque después me contasen el beneficio que sin decirme nada hicieron por mí, no tendría tanto placer de verme librado en el pensamiento de los enemigos imaginado, cuanto viéndome libre de entre sus manos en que de hecho caí; y tanto más el placer de escaparme del peligro real, que del peligro pensado en el pensamiento, cuanto es más la cosa que pasa en verdad que la imaginación que finge el entendimiento.

Desta manera con mayor afición agradescen los buenos á Dios los beneficios que les hace en librarlos visiblemente de las visiones espantables de los enemigos que tienen delante, que si les escombrase el camino y pasasen desta vida á la otra sin ver la horribilidad del diablo. Especialmente que, como Dios no permite que sea ninguno tentado más de lo que pudiere resistir buenamente (I Cor., X), desta tentación sacarán provecho y ganancia los buenos. Por lo cual ninguno se deve turbar ni desesperar por que vea visajes horribles del diablo; pues está claro que muchos sanctos vieron al diablo en sus muertes, agora sea por la causa ya dicha, agora por juicio secreto de Dios, como leemos de Santa Marta y de Sant Martín, que al tiempo de sus tránsitos vieron visiblemente en figuras espantables á los demonios. Que más diré de lo que dice Sant Gregorio, exponiendo la entrada que Cristo Nuestro Redemptor hizo en Jerusalem (Supra Lucam., XIX): Que el príncipe deste mundo, que es el diablo, de la manera que ya declaramos en el capítulo once, hasta la muerte siguió á Nuestro Redemptor, por ver si hallase en él cosa que por suya propria pudiese tomar.

De aquí sacará esfuerzo el paciente á quien se le aparesciere el diablo para que no desmaye, pensando que cierta es su condenación; pues el diablo le está aguardando á la puerta, que aunque Dios le deje por algún espacio de tiempo, no por eso se sigue que le ha desamparado del todo; pues, como ya dijimos, no solamente permitió que se apareciese á sus sanctos, mas él mismo quiso ser tentado, porque no pensásemos que la tentación era señal y argumento de condenación. Por lo cual es de creer que acude con su misericordia, mandando á los ángeles, y en especial al ángel de la custodia, que esfuerce al paciente contra las tentaciones y visiones horribles, como los amigos que salen de la celada en que estavan á librar al amigo que le ven caído en mano de los salteadores.

Mas es aquí de saber que no á todos los que mueren aparece el diablo, como son los que mueren muertes arrebatadas, porque no tienen conflicto en el despedirse el alma del cuerpo, por el súbito caso con que mueren; también es de saber que no cualquier movimiento de sombras es la visión del diablo, porque, según regla de perspectiva, muchas sombras de los cuerpos que el sol alumbra suelen entrar por los agujeros pequeños ó hendeduras por donde entra el rayo del sol. E aunque no entre el sol por los tales lugares, basta que entre su resplandor, con el cual entran las sombras de las aves que vuelan y de los gatos que andan por los tejados, y aun de los hombres que andan á raíz de las puertas juntadas, cuyas sombras parecen los pies hacia arriba, como parecen las imágenes vueltas de abajo arriba, que representan los espejos que tienen las lunas cóncavas y hundidas adentro; y porque las sombras de aquestos cuerpos que el sol ó su resplandor oblicuo alumbra de fuera se repercuten en las sargas ó en las cercaduras de cama ó en las paredes de la pieza en que está el enfermo, piensan no menos el paciente que algunos de los simples que están con él que es el demonio que visiblemente viene á tentar al paciente, y él se turba y ellos con sus simples admiraciones le augmentan la ocasión que tuvo de perturbarse.

Mas porque se ponga todo el socorro que humanamente se puede poner y la Iglesia pide mercedes á Dios por la intercesión de los intercesores multiplicados, será buen consejo que antes que entre el enfermo en el tránsito haga él mismo algunas limosnas presentes, demás de las que en el testamento mandare, y aun tendré por mejor que él mismo las dé por su mano á los pobres legítimos que á él paresciere. Y les ruegue que estén con él al tiempo del pasamiento, para que, allende de las oraciones que dijimos que harán los ministros eclesiásticos, estos pobres se pongan en oración, porque multiplicados los intercesores, conceda Nuestro Señor la abundancia de su propiciación y acelere el socorro de que tiene extrema necesidad el paciente.

Allende destas limosnas emprestará á sus vecinos, los más necesitados que tuvieren más hijos y menos pan, algunos dineros, con que al presente remedien algunas necesidades que en las tales cosas suelen ser ordinarias. Y dejará mandado á sus herederos que sobrelleven aquellas deudas, esperando á que poco á poco las paguen. En eso se cumplirá lo que dice el profeta David (Psal. CXI): Agradable es el hombre que hace misericordia y empresta, por que en esto se apercibe para responder al dar de la cuenta en el riguroso juicio. Y en otro psalmo dice (Psal. XI): Bienaventurado es el varón que tiene cuidado del necesitado y el pobre, porque en el día malo, que es el día de la tentación insufrible, con solas fuerzas humanas y la postrera de todas las tentaciones será librado de sus enemigos con el socorro divino. Luego estos pobres que al tránsito del paciente estuvieren rezarán muchas veces el Pater noster con el Ave María y el Credo é la Salve Regina; porque hay género de demonios que se alcanzan con oraciones, como lo dijo Nuestro Redemptor cuando echó el demonio mudo del lunático (Math., IX). Y así será aquí, que el demonio mudo, que con sola su vista presume derribar en desesperación al paciente, por las oraciones de muchos será alcanzado, no solamente de la imaginación del paciente, mas aun de toda la pieza y aun de toda la casa. Y entre otras oraciones dirán todo aquel psalmo que comienza (psalmo XXXI): *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.* Porque allende que es este psalmo de muy gran virtud, está como diputado para el tránsito de la muerte, porque Cristo Nuestro Redemptor le dijo en la cruz. De adonde es de creer que se le pegó alguna virtud apropriada para aquel paso, demás de la que él se tiene.

Junto con éste hará también que le rece el psalmo que empieza (Psal. XC): *Qui habitat in adjutorio Altissimi.* Y el mismo paciente, si los supiere de coro, los rezará antes que entre en el agonía; y si no basta, que se los recen con devoción en su tránsito. Y aunque algo desto se dijo al fin del segundo punto, es esta tentación del demonio meridiano tan recia, que es menester que se diga esto muchas veces, por que no se ponga en olvido. Allende de todo esto, abrazarse ha con la cruz, y en ella contemple á Nuestro Redemptor Jesucristo crucificado en el monte Calvario. Y encomiéndese á aquella pasión y pida la intercesión de Nuestra Señora que le ayude con su favor, que pues quebró la cabeza al diablo y tiene mando sobre él, que le quiebre lo que le queda de presunción, con que presume hacer guerra á los que confiesan el nombre de Dios. E pues es *advocata nostra,* es cierto que le dió Dios todo cuanto ella pudo recebir, y entre otros privilegios que recibió de la mano de Dios, es este uno que fuese *advocata nostra* para que intercediese por todos aquellos que en sus tribulaciones y angustias la llamasen. Especialmente que entre otros muchos oficios que tiene en el cielo, no es el postrero el oficio que tiene de rogar á Dios por los pecadores (Luc., XVIII), que á manera del publicano no osan alzar la cabeza para entrar de rendón en el consistorio de la Sanctísima Trinidad; mas á ella, como á madre pientísima, con una humilde osadía se atreven á pedir que cumpla con ellos su oficio, y en nombre de la Iglesia le dicen: *Monstra te esse matrem, sumat per te preces, qui pro nobis natus tulit esse tuus;* Mostraos ser madre en oficio y rogad por nos y haced plegarias, Señora Nuestra, al omnipotente y piadoso Señor, que por remediarnos del captiverio quiso nacer por nosotros, y por fin de nuestro remedio quiso ser vuestro hijo.

Con ésta juntará las oraciones y antífonas que della canta la Iglesia, como son: *Sub tuum præsidium confugimus, Sancta Dei Genitrix, Virgo,* etc. Item: *Maria, Mater gratiæ, Mater Misericordiæ.* La Salve Regina que compuso D. Pedro Compostelano, arzobispo de Santiago (Durantus li., IIII. ratio. cap. XXII),

es una oración tan adaptada al oficio de Nuestra Señora, que no usa la Iglesia universal de otro panegírico ó suma de ditados y loas tan ordinaria é continuamente como desta oración; la cual no se debe tener en poco, por ser común, antes, si bien se mira por pasos, hallarán en ella los que bien contemplaren la suma de las gracias y privilegios y oficios de la sacratísima Virgen Nuestra Señora; y pienso yo que el que devotamente se parare á contemplar las palabras y lo que por ellas pide á Nuestra Señora, aprovechará tanto en la devoción y en el fervor del pedir, que alcance lo que justamente pidiere.

Después de Nuestra Señora, es mucha razón que acuda al Angel de la custodia, que pues en la vida le ha sido guarda y ve la necesidad que se le apareja, razón es que entonces use más de su oficio y le guarde de las asechanzas de Satanás, que aunque mientras el diablo se manifiesta paresce que no está allí el ángel de la custodia, no se parte del hombre hasta que se despide el alma del cuerpo; y si no se descubre visiblemente, es porque así conviene, según el justo juicio de Dios, ó para más mérito del paciente, ó para descuento de sus pecados, ó porque finalmente se ejecuta en él la pena del talión que dice: que á cada uno medirán por la medida que él huviere medido á los otros (Math., VII). Y bien se puede pensar que en el discurso de su vida havrá hecho por donde merezca estar por un rato peleando sin compañía, pues que más de dos veces havrá él privado de su socorro á los que en tiempo de necesidad con angustia se le pidieron, ó finalmente, por otras causas que la suma sabiduría de Dios reservó para su juicio; mas no por eso deje el paciente de encomendarse después de Dios y Nuestra Señora al ángel de su custodia, porque dicho está por el profeta David (Psal. III): Vendrá el ángel del Señor, y estará alrededor de los que temen á Dios, y librarlos ha del diablo; é si el ángel por cumplir con su oficio no quiso faltar al que no tuvo necesidad dél, no es razón que falte con su presencia á los que dél tienen extrema necesidad; pues por cumplir con su oficio vino al huerto al tiempo del agonía á confortar á Nuestro Redemptor (Lucas, XX), fortaleza de todos los mártires que huvo é havía de haver en el mundo, no es razón que falte á sus miembros, que por la unión de la gracia participan de aquella agonía, porque como fieles miembros se conformen en todo con su cabeza. Diga lo que dijo Tobías el junior al ángel Sant Rafael (Tob., VI): *Domine, invadit me;* Señor, libradme desta gran bestia que me quiere tragar.

Junto con esto pedirá el socorro de los santos, en especial el sancto de su nombre y el sancto de su perroquia, con todos los otros en quien él tuvo especial devoción, según aquello de Job (Job, V): Llama si hay quien te responda, y vuélvete á alguno de los sanctos que interceda por ti. Porque, según dice el sabio (Proverbios, XV.): Dios oirá las plegarias de los justos, que son los sanctos. Y pues el santo de los santos, como dice el apóstol (Rom., VIII), está á la diestra del Padre, que también quiere usar de oficio de intercesor, según su sacratísima humanidad, qué santo quedará en todo el cielo que á la demanda de su poderosísimo capitán no acuda con sus particulares plegarias para que á la intercesión de todos los santos de la corte del cielo la divina Majestad nos conceda las mercedes que pudieran impedir nuestras culpas? Y porque la oración breve dicen que penetra los cielos, según aquello que Nuestro Redemptor dijo (Math., VI): Cuando rezáredes, no queráis hablar mucho, como hacen los paganos, que piensan que por su prolija y larga plegaria han de ser escuchados, no me parece que iré fuera de mi propósito si sumare en breves palabras las devociones que se suelen extender en muchas y prolijas oraciones, que algunos suelen rezar después de haber cumplido con las cuatro oraciones que son obligados á rezar los fieles cristianos, que son: Ave María, Pater noster, Credo, Salve Regina; después de las cuales suelo yo rezar esta breve oración, la cual si pareciere al paciente podrá decir en el fin de sus oraciones. La oración es la que se sigue:

Yo me encomiendo á la Sanctísima Trinidad, que es una esencia divina, y á los méritos copiosísimos de la sacratísima pasión de mi Señor Jesucristo, y á la intercesión de la pientísima Virgen María con todos los sanctos de la corte del cielo, y á la sacrosanta unión de la santa madre Iglesia católica militante, y á las santas inspiraciones del ángel de mi custodia, con la presidencia del Señor Sant Miguel, y á las prerrogativas y patrocinios del señor Sant Alejo, Santo Tomé y Sant

Basilio, á los cuales todos juntos é cada uno por sí humildemente suplico que supliquen á la divina Majestad que me libre y me guarde de todos los engaños é peligros y falsos testimonios de todos mis enemigos. Y me dé gracia para que sufra con verdadera paciencia las injurias que me hicieren, y que depare quien me corrija de mis errores y me diga mis ignorancias, y que él por su infinita bondad me quite la presunción de juzgar los corazones ajenos, y me libre de perplejos escrúpulos, y me libre del espíritu de ingratitud y del espíritu de blasfemia y de la dilación de los buenos propósitos, y en especial de la dilación de la confesión de mis culpas, y que me dé gracia para que no haga mal á mi prójimo; y sobre todo me augmente y conserve el dón de la fe, la esperanza y la caridad, de las cuales, siendo ayudado por su infinita misericordia, esperaré lo que creo y amaré lo que espero en esta vida presente, para que por la misma misericordia, acabado el destierro, le ame para siempre jamás en la otra.

En esta oración podrá mudar los sanctos nombrados en sus desvelos, y añadir lo más que quisiere y quitar lo que le paresciere superfluo; porque solo Dios y la determinación de su Iglesia en su nombre ayuntada, así como no tienen de qué hacer residencia, así no reciben lima. Todo lo demás es capaz de censuras, verulos y asteriscos, que son las señales de las enmiendas, por el derecho que (según los antiguos poetas) tiene el Momo (que los gentiles decían el Dios de las tachas) á la ignorancia, que es muy aneja á los hombres. Nosotros le nombraremos con nombres diversos; lo que en unos es celo, en otros es detracción, y en todos juntos será libertad de la lengua.

CAPÍTULO XV

Del tercero género de tentaciones, que son de los vicios particulares y proprios de las provincias.

Las tentaciones que hasta aquí havemos dicho son tentaciones universales, con que el diablo universalmente procura tentar al cristiano. Mas no contento con solas éstas, no deja vado ni portillo particular por donde no presume meter su bandera; no porque tiente él con esta manera en el tercero lugar de sus tentaciones, mas pónense aquí porque son las terceras en orden, aunque, como después del pecado el diablo sea la suma desorden, entromete otras con éstas y éstas con otras, y hace una ensalada de todas para embaucar y confundir al paciente. Luego, como sabe él muy bien que Dios difunde su saña sobre las provincias que no invocaron su nombre, como dice Jeremías (Hierem., X): Sabed que puso Dios gran espanto sobre todos los reinos del mundo; como se cuenta en el Paralipómenon (II Paral., XX): Sabe que Dios difunde su ira sobre las gentes y reinos que no invocaron su nombre; como lo dice David (Psal. LXXVIII). Con estas ocasiones tiene alas para sembrar vicios predominantes y proprios en las provincias; pues la principal de las provincias, como dice Jeremías (Hierem. thre. I), le paga tributo, no quiere perder el tributo que de las otras provincias menores espera ganar. Especialmente que sabe que tiene facultad de dañar, según que el ángel lo dijo á Sant Juan (Apocalip., XXII): El que daña y empece, empezca más adelante, y el que está en suciedades, ensúciese más.

E si en todos los reinos y provincias tiene esta facultad el diablo, usa della como si la tuviese hereditaria en España, según aquella figura que está en el libro de Judith (Judit, II), cuando Nabucodonosor, hablando con el capitán de su milicia, Holofernes, le dijo: Sal contra todos los reinos del occidente; y un poco más bajo le dice: Mira que no perdone tu ojo á reino ninguno. Por esta figura y las auctoridades sobredichas parece que el diablo siembra y reparte sus vicios por diversas provincias del mundo, unos en unas partes y otros en otras, según la inclinación y aparejos que halla en los sitios y en las gentes donde saltea.

Y porque este presente tratado es para nuestra gente española, y los particulares vicios de las naciones demandan libro por sí, solamente diremos aquí los proprios vicios de España, de los cuales tienta el diablo á los nuestros; porque decir de todos los vicios de todas las provincias del mundo sería trasladar á Julio Materno y al Quadripartito de Ptolomeo; demás de lo que historiadores particulares escrivieron de las costumbres de diversas provincias, las cuales agora nuevamente recopiló Boemo Aubano. Para que esto se entienda, digo que vicio particular y proprio de la nación es el vicio de la gente na-

cional ó provincial que no comunica con el vicio de las otras naciones. De aquí se saca que robar, adulterar y matar, y otros semejantes á éstos, no serán vicios de la nación española, porque son comunes con todas las naciones del mundo. Luego los vicios proprios de España, de los cuales tienta el diablo é los españoles, ni han de pasar del monte Pireneo adelante ni del estrecho de Gibraltar.

Estos son á mi ver cuatro: El primero es el exceso de los trajes, los cuales, por exceder extraordinariamente al caudal ordinario de la renta ó hacienda, engendran ordinarias trapazas y pleitos, por cuya causa están las ciudades afianzadas; y eso poco de la hacienda que havíe de andar como en rueda del mantenimiento de casa, se va en las audiencias.

El segundo vicio es que en sola España se tiene por deshonra el oficio mecánico, por cuya causa hay abundancia de holgazanes y malas mujeres, demás de los vicios que á la ociosidad acompañan, con toda la cofradía del número; de quien dice Horacio (Hor., lib. I, ep. II): *Nos numerus sumus, fruges consumere nati;* No somos para más los baldíos de para augmentar el número de los hombres y comer pan de balde. Los cuales si no tuviesen por deshonra el oficio de mecánico, allende que represarían el dinero en su tierra que para comprar las industrias de las otras naciones se saca, excusarían muchos pecados, que ordinariamente suelen nascer de la ociosidad.

El tercero vicio nasce de las alcuñas de los linages, el cual, aunque paresce común con las otras naciones, en esto es proprio de España que se da por afrenta la novedad de familia, si no se deriva de la tierra de Scanzia, ó según Jacob Ziglero Schondia, de donde dice Jornandi (Jorn. div. rom. II) que salieron los godos; y aunque dice el apóstol (Gala., I; Ephes., VI; Colo., III; Act., X), que Dios no es aceptador de personas, piensan los que en España se cevan de las alcuñas, que de los antiguos blasones tienen facultad para blasonar de los otros; y á los que Dios ayuntó en una iglesia, quiere desapriscar el retinte de las hazañas de los antepasados; como diga la escriptura divina (Prov., VI): *Sex sunt quæ odit Dominus, et septimum detestatur anima eius, occulos sublimes, linguam mendacem, manus effundentes innoxium sanguinem, cor machinans cogitationes pessimas, pedes veloces ad currendum in malum, proferentem mendacia, testem fallacem et eum qui seminat inter frates discordias.* De aquí paresce cuán detestable sea delante de Dios el que deja la confederación de la gracia que recibió en el sacro baptismo y estriba en el rancio apulillado de Babilonia, cuando los nembrothistas (Génesis, XI) quisieron celebrar su renombre con el blasón de la torre.

El cuarto vicio es que la gente española ni sabe ni quiere saber; por el cual vicio no solamente no buscan quien les aconseje lo que les cumple, mas al que por caridad quiere dar consejo de suyo, movido por lo que el Eclesiástico dice (Ecles., XVII): á cada uno mandó Dios que tuviese cuidado sobre su prójimo, en lugar de agradecimiento le dicen que mire sus duelos y no se cure de los ajenos, como si fuesen ajenos al pie los males de la cabeza. Deste vicio nasció un refrán castellano, que en ninguna lengua del mundo se halla, sino en la española, en donde solamente se usa, que dice: Dadme dineros y no consejo; por donde nascen muchas ocasiones de muchos y grandes penados.

Al primer vicio déstos socorrieron los romanos antiguos con la ley vestiaria, que era una ley con que los censores ó visitadores del pueblo tanteavan el paño y la hechura de los vestidos y el número de las vestiduras, según el estado y la cuantidad de la hacienda que poseía cada uno. Mas en España sacan tantas ropas y ropas, que allende que hacen devanecer á los sastres, porque ninguno corta las ropas en que se examinó de maestro, creo yo que ni tuviera habilidad ni memoria Lázaro Baifio á que no se le fueran de número y nombre en el libro que escrivió *De re vestiaria.*

Al segundo vicio proveía una ley que dice Diódoro Sículo (Dio., lib. II biol.) que teníen los egipcios, que ni hoviese hombre sin oficio en Egipto ni hoviese hombre con dos, porque no parasen los holgazanes por toda la tierra, y el oficial fuese primo en su oficio y no remendón en dos.

Contra el tercero provee toda la ley evangélica, y en especial el mandamiento de la partida, cuando Nuestro Redemptor dijo á sus sagrados discípulos: *Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem.* E un poco mas bajo (Joan., XIII): *In hoc cognoscent omnes quia*

disciputi mei estis si dilectionem habueritis ad invicem: Déjoos un nuevo mandamiento, que os améis unos á otros, y en esto conoscerán todos si sois mis discípulos, si os amáredes en retorno unos á otros.

Al último vicio socorrerá el natural apetito, por el cual dijo el filósofo (Meta., I): Que todos los hombres naturalmente desean saber.

Destos cuatro vicios tienta el diablo al cristiano español, demás de los otros que son generales á todos los hombres.

En el primero le pone delante á sí la vanagloria de los vestidos, como la falta que por ellos hizo en su casa, así en quitar de la comida ordinaria á su familia, como por la ocasión que dió á la mujer y á las hijas de malos reveses por matar la hambre, que la mala comida ordinaria no les pudo apagar. Item, póneles delante que por ocasión de los demasiados vestidos enredó muchos pleitos, y los enojos y palabras injuriosas que dellos nascieron. Póneles, en fin, una selva de males, que del demasiado aparato de vestiduras suelen á veces acaescer. A los eclesiásticos les pone delante el capítulo de la honestidad del hábito clerical; acuérdales de las intenciones con que los trujeron. Tráeles muchas auctoridades de sanctos que detestan y abominan el traje mundano que excede los limites de la razón.

En el segundo vicio pone delante la fantasía con que menospreciaron ser oficiales, y que por cumplir con los ojos mundanos, porque no los tuviesen en poco, se determinaron á vivir en ociosidad, que es la fuente manantial de los pecados; por donde tomaron ocasión de vivir y comer de pecados ajenos. De aquí los encarama que vean cuántos males hicieron por estar sin oficio, que unos mantienen tablajerías, otros favorecen á los caudillos de los alborotos, otros son carcoma de los mayores, aprovando sus dichos y hechos; otros se tornan truhanes, ó á lo menos muy hablistanes, con que muchas veces en son de donaire dicen de muchos las cosas que ellos no quisieran oir de sí ni en burlas ni en veras; otros, en fin, son ladrones y comen de los sudores ajenos.

A los del tercero vicio pone delante cómo por la vanidad de linajes hicieron schismas en la república, que havía de estar unida en un cuerpo con caridad; por donde les arguye que, pues en la vida fueron como miembros cortados, haciendo caudal de la sangre que antecedió al sagrado baptismo, y no tuvieron respecto á la gracia de Dios, con la cual los verdaderos cristianos se hacen hijos adoptivos de Dios, que se despidan de querer al fin de la vida por temor de la pena lo que no quisieron aceptar en la vida por caridad; que se vayan con aquel en la muerte de que hicieron su Dios principal en la vida, que es la carne y la sangre, debajo de cuya vandera vanderizaron y escandalizaron á los mínimos alongados del fundamento de que ellos hicieron tanto caudal, pues no cupieron en sus corazones los que cupieron en la Iglesia de Dios.

A los del último vicio los pone delante todos los buenos consejos que oyeron en los sermones, y no los quisieron obrar; todas las amonestaciones de sus amigos, todas las reprehensiones de sus mayores, todos los castigos que dió la justicia á los malos, y no quisieron tomar ejemplo para escarmentar en cabeza ajena; y con todo esto no se emendaron, antes, por el contrario, se endurecieron á manera de Faraón (Exo., VII y VIII) y hicieron tales y tales pecados, de que entonces les acuerda el diablo, para que desesperen de la misericordia divina. A todos estos insultos é á todos los que más pusiere, como ya havemos dicho, no ha de responder el paciente al diablo; mas sepa que el caudal de su salvación no le tiene muy lejos, que dentro de sí tiene el instrumento de la satisfacción de todos los males de que el diablo le acusa, dentro de sí tiene la voluntad y la llave para que pueda abrir y cerrar por virtud del libre alvedrío que Dios le dió.

Con esta voluntad se puede encomendar á Dios y á los méritos de su sagrada pasión. Con esta voluntad puede pedir á Dios que le haga mercedes de darle los dones sobrenaturales de la fe viva y firme esperanza y caridad ordenada, las cuales como se aposenten en el alma, por ser espirituales, no tiene que buscar en lugar extraño; mas de interiormente suplicar á Dios que le haga señaladas mercedes y se acuerde de los operarios que vinieron á la hora postrera (Math., XX); que con aquel la misericordia liberalísima le haga mercedes á él del denario, que es la gloria que ha de corresponder á la gracia que entonces le pide. Y sepa esta regla el paciente: que aquellas cosas que, así de

pecados no confesados como de restituciones, se le ofrecen al último trance y en la mayor angustia del agonía; si fueran de parte de Dios, él se las acordara en tiempo oportuno para que si de hecho no las huviera confesado, las confesara en tiempo. Mas, pues á tal tiempo se le ofrecen, que no tiene sentidos para confesarlas, aunque interiormente, como dijimos, las pueda entender; crea que se las ofresce el diablo para hacerle desesperar, que cierto es que no lo hace de caridad. E pues en las confesiones pasadas escrudriñó su consciencia haciendo lo que era en sí, confíe en Dios que le ha perdonado los pecados de que, hecha su diligencia, no se acordó; porque nunca obligó Dios al hombre á la memoria singular de sus culpas, después que hiciere lo que en sí fuere; lo cual si Dios quisiera hacer, le diera la llave de la memoria para que se acordara cuando quisiera, como le hizo merced de la llave de la voluntad para que abriese y cerrase cuando quisiese. E si por su ocasión han pecado los otros, ó ya lo havrán confesado, ó si no lo especificó haciendo su diligencia devida, crea que en la contrición general le serán perdonados. Mas si uno falta en su diligencia, no tiene otro remedio sino acogerse á Dios entre sí y decir con David (Psal., XVIII): *Ab occultis meis munda me, Domine, et ab alienis parce servo tuo.* Limpiadme, Señor, de mis pecados ocultos, que son las ofensas que al tiempo que las hacía no las tuve por tales, ó las que tuve por culpas y se me han olvidado; y perdonadme, Señor, de los pecados ajenos, que son los que por mi mal ejemplo hicieron los otros, ó de los que por quitarme de pena disimulé su castigo, siendo parte para ponerlos en orden; y haré, como dice David (Psal. XII), la oración de mi vida á mi Dios en mi corazón, y pues no tengo el uso de los sentidos entre mí, me confieso á mi Dios, que nunca desampara á los que de corazón á él se encomiendan.

CAPÍTULO XVI

Del cuarto género de tentaciones, que nacen de la diferencia de los estados.

No contento el diablo con las diligencias pasadas, entra por los cuartos portillos, que son de los estados de las personas. A los eclesiásticos, si son perlados, les alega aquello de Ecequiel (Ecech., III é XXXIII): Hijo del hombre, mira que te he puesto por atalayador de la familia de mis fieles.' El alma que pecare, ella lo pagará con pena de muerte de culpa y de pena perpetua, si en su pecado acabare; mas sábete que tú me has de dar la cuenta del que pecare por no usar bien de tu oficio, y exagerarle que esta amenaza le dijo Dios dos veces por unas mismas palabras de un mismo profeta. Póneles delante todos los males que por sus absencias y negligencias en sus iglesias se han hecho. Díceles que convertieron la renta de pobres en vanquetes y platos que hicieron en cortes. Y que si hicieron algunas, que no confíen en ellas, porque quedaron á dever el resto de lo que les sobrava fuera de lo necesario al estado. Díceles que convertieron el nombre de carga en estado de honra mundana. Póneles los muchos agravios que sus arrendadores, por no ser cilleros ó cogedores, hicieron á muchos pobres sobre la fianza de sus esquilmos. Finalmente, les dice que usaron mal de su nombre, que de miradores y pastores se tornaron mirados y repastados.

A los curas de las iglesias les dice que comieron del sudor de manos ajenas, que es justicia que al que bastava para la governación de las ánimas le bastasen para governación de su cuerpo. Si lo segundo, no descargaron su consciencia, si estava cargada de diez, con hombre que no pudiese llevar más de cuatro, demás de la poca auctoridad que tendrían sus tenientes, así por ser idiotas como por ser hombres pobres; por lo cual estava claro que no havían de tener osadía de reprehender á los lobos que repastasen en los apríscos, de adonde se siguió el menosprecio por cuyo portillo entraron á hacer rizas los lobos en sus corrales, y ellos muy muy espalditendidos refunfuñando, porque no les traen sus tenientes los pies en las manos del pie de altar. Póneles que allende que á sus tenientes no les queda de que puedan hacer caridad á los pobres de las iglesias que á destajo tomaron, por mantener sus personas se hacen granjeros con tratos ilícitos, de donde saca el diablo el mal ejemplo que toman los inferiores de hacer cambalaches ilícitos, que arguyen ser buenos, pues el teniente pastor públicamente los hace. Póneles delante las entradas por donde entraron en la governación de las ánimas, si les podrá decir Dios (Joan., XV): *Non vos elegistis me, sed ego*

elegi vos. O si entraron por los tejados con espuela ligera, servicio presente y firma mayor, y si tienen hijos, les pone delante cuanto quitaron de lo que devían á los pobres, por cumplir con las demasías de sus hijos y nietos. A los tenientes pone delante el oficio hecho á jornal. A los predicadores les pone delante las subtilezas que dijeron en sus sermones, no para edificar los oyentes, mas para granjear nombre y estima; por donde les arguye que no cavaron en la viña de Dios, antes fueron á unos piedra de escándalo y á otros que durmieron despertaron con sus demandas curiosas, por donde les arguye que les ha de decir Dios lo que dijo á las vírgenes locas: En verdad que no os apruevo para vecinos del cielo. A los catedráticos les dice que leyeron á pompa y no á provecho de los discípulos, que á manera de mercenarios, exteriormente cumpliendo con sus oficios, no pusieron el afecto caritativo que de ley evangélica devieron poner. Añádeles que no tuvieron respecto á los pobres en las lecciones, porque ó davan poco ó nada. Póneles todas aquellas cosas que por su descuido entre los discípulos suelen acaecer. A los religiosos les pone delante si entraron en religión, no por desprecio del mundo, sino á más no poder, por tener segura la costa ó porque no les sucedían bien las cosas del mundo. Si han estado arrepisos, y si se huvieran salido del monesterio si estuviera en su mano. A los exentos de la clausura díceles que hicieron falsa relación al Pontífice. Alégales una glosa de Bernardo, glosador del derecho canónico, que dice: *Non est tutus semper quoad Deum is cum quo papa sine causa dispensat.* Esta mesma regla alega á todos aquellos que pidieron gracias al Papa contra el derecho común con solos títulos colorados y no verdaderos, por donde fueron escándalo á los miradores, porque pidieron dispensaciones con relaciones falsas, que hicieron al Sumo Pontífice.

A las religiosas les pone delante la clausura con descontento que muchos años tuvieron, las confesiones que muchas veces hicieron con desabrimientos, solamente por cumplir con la regla. como quien á más no poder cumple con el servicio, de que se querría eximir si pudiese. Tráeles á la memoria que muchas destas confesiones hicieron más por descansar de sus penas con el confesor que por descargar sus consciencias; y muchas dellas hicieron con título de confesion para descubrir sus necesidades, para que por vías oblicuas vengan en noticia de los que las suelen ó deven zurcir. Otras veces les dice que confesaron más por el contento y quietud de los escrúpulos que las atormentavan que por amor de hacer en ello servicio y reconocimiento á Dios, acusando sus culpas con dolor de la ofensa; con que según la consciencia que les agravia el diablo, ofendieron á Dios, lo cual se requiere para que la confesión sea valedera y fructuosa. Póneles los vados de los linages y dotes que á la casa trujeron, con que se atrevieron á tener menosprecio de las inferiores á su familia y hacienda. Y finalmente, les pone delante el mundo abreviado que detrás de las redes metieron; del cual en aquel paso les arguye, que pues estavan amortajadas con los velos al mundo, aunque huyeron del mundo, les dice que hicieron mal en vivir á leyes de mundo, por donde las quiere embaucar; que pues el hábito no hace al monje, qué hicieron ellas del velo con que según la regla de la religión que libremente votaron se havíen de enterrar en vida en el olvido perpetuo de los respetos y miramientos, de las hablas retóricas vanas y las estimas del mundo?

A los reyes y príncipes y grandes señores les pone delante el tratamiento de sus vasallos, si fué con celo de caridad, para conservarlos en paz ó por cumplir con sus faustos no necesarios los hicieron venir en pobreza. Si vendieron los oficios de governación, ó los dieron en pago de servicios, ó con solo título de amistad, ó por solos ruegos y cartas, los cuales se havían de dar por habilidad de personas, proveyendo al oficio que saca y no á la persona, para honrarla ó mantenerla con el oficio que vaca. Póneles también las magnificencias y los aparatos que con intención de ser magnificados hicieron en corte, especialmente si en los platos que hicieron indiferentes dieron á cenar los días de ayuno, que por no cobrar nombre de hipócrita ó de escasos, se atrevieron á hacer quebrantar con el señuelo de su vana magnificencia. Póneles delante el poco cuidado que han tenido de su familia porque no se disminuyese su autoridad, si proveyese en que no hoviese juegos públicos en sus casas, en que ayunasen los días que manda la Iglesia, en que se confesasen á lo menos una vez en el año, en que los

domingos y fiestas oyesen la misa entera. E finalmente, acúsales gravemente que por henchir el estado, viendo no veían y oyendo no oían (Psal. XIII et CXXXIIII; Math., XIII) las cosas que se hacien é dec'en en sus casas, como si no fueran sus palacios palacios ni se conosciera Dios en sus casas. En lo que toca á las pagas tardías y al cabo libradas, en quien carga más la consciencia, que los paños que da por ella á bulto las ofrece el diablo en el punto del agonía, porque son tantas y en algunos tan ordinarias, que también se pierde el diablo de cuenta; como los que por extender su nombre con los extraños se encogieron entre los suyos. Póneles otra parte delante las veces que entraron en los sermones sobre la gente, porque pensaron que era autoridad y grandeza entrar á vista de todos, con tal tropel de vanguarda que haya de entreparar el sermón. Póneles delante todos los malos empleos en que emplearon todas sus rentas, haviendo de acudir con ellas al servicio de Dios y á la edificación de los prójimos.

A los governadores y oficiales de la justicia les pone delante si disimularon pecados vedados por leyes por respeto de amistad ó porque les untaron las manos. Item, si se gozaron por hallar materia de vicios de que ellos eran jueces ó prendedores, por intento de la ganancia que de allí se les suele pegar á las manos. Si agravaron el pecado del hombre donde esperavan dineros, y disimularon el maleficio de los hombres poderosos, ó por miedo ó por amistad. Finalmente, todos los actos de justicia que por temor ó esperanza mal hicieron ó solaparon les ofrece el diablo en el agonía.

A los letrados, escrivanos y procuradores les dice que qué cuenta darán de su vida, pues toda la vida emplearon en vidas ajenas. Póneles delante los pleitos injustos que defendieron, las dilaciones que contra los pobres hicieron, los precios desordenados que contra la tasa de los aranceles llevaron, las acusaciones y envelesamientos en que vivieron, no con celo de la justicia, que con cautelas sofísticas entricaron, mas con fin desordenado de adquirir más de lo honesto por colocar sus hijas en alto y dejar á los hijos en la cofradía de Bontemps y de Sant Epicuro.

A los médicos, cirujanos y boticarios les dice que les plugo de hallar materia en que ejercitasen su oficio; la dilación de las curas en donde esperavan ganancia; el tentar de los vados, é no menos á costa de las vidas que de dineros ajenos; el contar de los acertamientos de sanidad por industria de sus primores; las medicinas sofísticas, la intrincación de los nombres, la ignorancia de las especies, la determinación de lo incierto, la venta de la opinión.

A los hombres de guerra pone delante que no se tuvieron por esforzados y hombres valientes sino cuando renegavan y descreían del que los hizo, porque el juramento que de allí baja, según sus malas costumbres, piensan que es de hombre cobarde; como si la victoria estuviese en ofender á porfía al que les ha de dar la victoria. E para agraviarlos más de pecado, porque no cobren alas diciendo que pelearon contra infieles, en defensa de la sancta fe católica, les trae á la memoria lo que mandó Dios á Gedeón (Judic, VII): que provase en el bever de las aguas los que havían de pelear de su parte y en su servicio. Por donde les arguye, como allí cuenta el texto, que bevieron ellos las aguas á manera de perros; por lo cual no tienen por qué contarse en la milicia cristiana, pues á manera de perros usaron de los dones de las aguas del sacro baptismo. Esto parece claro, pues blasfemaron como raviosos del Señor que les dió las aguas; y pensaron tener victoria, no por bever las águas con humildad, sino confiados en el número de la gente y en la virtud de sus fuerzas, como si en su propria virtud bastaran para vencer á los enemigos.

Para agravarles más su pecado, les alega que se juntó el pueblo de Israel contra el tribu de Benjamín; é aunque por mandamiento de Dios, que le mandó pelear dos veces, fué vencido dos veces; solamente, como dice allí en el texto (Judic., XX) porque confiava Israel en la fortaleza y en el número de su gente, hasta que ya la tercera vez puso en Dios su esperanza, y venció á todos sus enemigos, no menos del tribu de Benjamín que de la ciudad de Gabaa con todos sus alrededores. Tráeles á la memoria el gran pecado que hizo David (Reg., XXIIII) en contar la gente de guerra; porque viéndose con tanto número, ponía su seguridad en la gente; por lo cual le envió Dios á decir que en pena de su pecado escogiese una de tres: ó siete años de hambre, ó que le persiguiesen tres meses sus enemigos, ó pestilencia de tres días. El

cual como escogiese la pestilencia, la llevó setenta mil hombres, por que viese en quién confiava. Todo esto les encarama el diablo para que desesperen viendo la gravedad del pecado que cometen los que piensan que la victoria está en sus fuerzas y no en el ayuda de Dios; de lo cual dan buen testimonio los ordinarios blasfemos que suele haber en las guerras.

Póneles delante los robos y saqueamientos, y díceles que, aunque sea guerra contra infieles, no habían de tomar ellos por su auctoridad todo lo que pudiesen robar, para lo cual les alega que mandó Dios á Moisés (Num., XXXI) que repartiese el despojo de los enemigos entre los suyos por partes iguales. E aunque dice al fin del capítulo que era de cada uno lo que tomó para sí, dice que lo ofreció en el tabernáculo del testimonio. Luego no solamente les arguye de los robos que á los cristianos hicieron, mas aun de los que por su propria auctoridad entre enemigos infieles hicieron, haviéndolo de traer delante del dictador que con justo título por derecho bélico saqueó la ciudad. Tráeles también á la memoria los desfloramientos de vírgenes, los desafíos y vanaglorias que de sus valentías fingidas contaron; finalmente, la vida tan pecadora, que no era sino una sementera de vicios y menosprecio de religión.

A los ricos les pone delante que todo el tiempo que retuvieron riquezas, haviendo pobres legítimos, que hagan cuenta que las hurtaron. Alégales que han caído en el lazo que dice el apóstol (I Tim., VI): Los que quieren hacerse ricos, caen en la tentación y en el lazo del diablo; en el cual les arguye que están ya caídos y que no pueden escapar, y por hacerles fe, les acude con otra auctoridad de Nuestro Redemptor Jesucristo cuando dijo: Ay de vosotros los ricos, que tenéis consolación acá en este mundo que pasa.

A los pobres holgazanes, que pudiendo trabajar ó servir se andan de puerta en puerta, les arguye de dos pecados que ordinariamente comenten. El uno es la pereza que tienen de no trabajar; y este es un pecado grave, porque son obligados los hombres á hacer lo que es en sí buenamente para el mantenimiento de sus personas y casa. El segundo pecado es un manifiesto hurto, que la limosna que estos holgazanes se llevan havía de ser de los pobres legítimos que no pueden trabajar, ó por defectos naturales que tienen ó por enfermedades (Luc., VI). Alégales también que no solamente nunca oyen misa á derechas, mas que son tantas sus importunas demandas y sus conoscimientos fingidos, sus voces desquiciadas del natural y envestidas en lástimas coloradas, que estorvan la intención de los que las oyen. Alégales que en todo el tiempo de su hobachonería ni conoscieron cura de su parroquia ni perlado de su diócesis, ni Papa en toda la Iglesia, ni á Dios en el cielo ni en la tierra. A muchos dellos alega las llagas hechizas de bofes ensevados y ensangrentados que á las piernas ataron. A otros la guarda de los zapatos y las camisas que se tiranizaron con frío, por pescar con su desnudez voluntaria las camisas y los zapatos que havían de ser de los vergonzantes verdaderamente desnudos. A los otros les pone delante la curiosidad de la vida, que dejan mujer é hijos por andarse de tierra en tierra comiendo el pan de los pobres. Y entre éstos arguye á muchos que en són de romerías son solapadas espías que vienen á coger las hablas y las opiniones y respecto de los pueblos, las necesidades y bastimientos de los reyes y señores. Finalmente, les arguye que por su causa y relación se suelen travar muchas veces las guerras. Finalmente, á todos estos pobres arguye que han gastado toda su vida en ordinarios pecados, por lo cual les dice que se despidan del cielo, que con la vida contradijeron.

A los casados les pone delante que se casaron más por cumplir su afición que por intento del sacramento del matrimonio. Póneles delante si pervertieron la intención conyugal en el mental adulterio; si malgastaron con otros el pan de sus mujeres y de sus hijos; si dieron ocasión que viniesen sus mujeres en descontento; si les dieron ocasión de pecar, ó por traerlas muy demasiadamente vestidas ó muy desnudas y muy hambrientas; si dieron mala crianza á sus hijos, no poniéndoles á letras ó á oficio; si los pusieron dende pequeños en cosas de fantasía, por donde hicieron hábito en los miramientos y respectos del mundo; si los dejaron andar por las plazuelas tributarias á las picotas gastando el tiempo en balde; si no tuvieron, finalmente, cuidado de todos los de su casa, no haciéndoles oír misas los domingos y fiestas, ni haciéndoles ayunar los días que manda la Igle-

sia, ni haciéndoles confesar y comulgar á sus tiempos. Encaréceles todos los daños que por su pereza ó negligencia hicieron los de su casa. Y sobre todo si jugaron, ó adulteraron, ó hurtaron, ó hicieron otro cualquier maleficio delante de sus hijos y su familia, por el mal ejemplo que dieron. Acúsales eso mismo, si por dejar mayorazgo á sus hijos se atrevieron á sus consciencias, demás del mal que les encarece que de las riquezas se sigue á los hijos. Díceles que en ellas les deja argumento y materia para vivir la vida epicúrea; porque como no puedan estar ociosos, y confiando en la renta y hacienda no se den al trabajo, han de gastar su vida en ordinarios placeres, en mofar de los mal vestidos, en detraer de los otros sus émulos, en disfamar á las otras, en alabarse de los pecados, en contar sus vanos requiebros, que después de bien ahechados quedan necedades en sucio. E finalmente, agravia á los padres todas las ocasiones del mal que con las desordenadas riquezas murieron por dejar á sus hijos.

A las madres les pone delante los ordinarios regalos, que son portillos de desvergüenza, con que regalaron demasiadamente á sus hijos; por donde les dieron larga materia de desvergüenza y desobediencia, en que dende chicos se apoderaron. Póneles que no solamente no quisieron castigarles los vicios, mas que los encubrieron que no los supiesen los padres. E si alguna vez acaso cayeron en las manos de los padres con el vicio en que les tomaron, allí repiten su casamiento y maldicen al paraninfo y á todos los que con él entendieron, porque las juntaron con ellos. Agráviales todas las maldiciones que les echaron, encomendándolos á quien no se puede valer á sí, que es el mismo diablo que las acusa, al cual trujeron siempre en la boca; por lo cual les dice, en pago de la memoria que dél tuvieron en vida, las viene á visitar en la muerte. Especialmente que impusieron de tal manera sus hijas, que en cada una tuvo él un teniente cura de cevo, con que dende las ventanas andava pescando los ojos de los atónitos pasmados encandilados, porque se cumpla lo que dice Jeremías (Hierem., IX): Por las ventanas entró la muerte.

A las suegras les agravia todos los desabrimientos y aburrimientos que por sus ordinarias acusaciones é acosamientos tienen sus nueras.

Finalmente, que como el diablo sabe las obligaciones de los estados y pecados que son cuasi ordinarios en ellos, á los cuales él los comueve para que en el tiempo del pasamiento les arguya de pecado é justicia é juicio, no deja rincón que no barra, ó por mejor decir, borra para embaucar á los agonistas, en el cual paso les dice: Que quien bien cree, bien obra, y pues ellos han hecho el contrario de sus estados y oficios, que no piensen que al fin serán miembros fieles; pues fueron tan desleales en toda la negociación de la vida, como el mal siervo que abscondió en tierra el talento que le dieron para ganancia (Math., XXV). Así ellos el oficio ó el estado, que es el talento con que se havía de granjear la vida de gloria, le abscondieron en tierra, empleando la auctoridad de su oficio y la dignidad y excelencia de estado en la tierra, que es en los respectos y miramientos mundanos que no suben de la tierra.

A todos estos rencuentros, como havemos ya dicho, no responderá el buen cristiano al diablo; mas solamente se abrazará con la fe viva y esperanza firmísima y caridad ordenada; la cual se le augmentará si empleare todo su pensamiento en la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo, y ésta le ocurrirá fácilmente si pusiere su pensamiento en las calles de Jerusalem, contemplando las entrañas de caridad infinita con que Nuestro Redemptor se ofreció á la muerte por él. De modo que los remedios de todas las tentaciones con que el diablo tienta al paciente por vía de los estados y oficios no son otros que los pasados, que ya pusimos en los capítulos precedentes. Mas pónese aquí los diversos insultos de Satanás, porque el paciente no se halle novicio al tiempo de la pelea, lo cual sería si no entendiese las vías por donde le quiere saltear el diablo.

CAPÍTULO XVII

Del quinto género de tentaciones con que tienta el diablo por vía de oficios mecánicos y granjerías y tratos de la república.

Es tan grande la envidia que tiene el diablo de la felicidad de los hombres, que no deja piedra que no tiente para hacerles portillos y muescas por donde él tenga entrada y salida, porque no puede él hacer tanto daño por sí cuanto hace encastillado en los hombres;

como la llama de fuego, que no quema tanto por sí cuanto quema encastillada en carbón y mucho más en el hierro. Luego encastíllase el diablo en una persona baja para arrevolver con ella un corrillo. Encastíllase en una Flora ó mala mujer para hacer guerra á toda una población, de manera que no quiere perder punto donde piense hallar ganancia. Y porque los oficiales y los granjeros son las despensas y recámaras de los pueblos, enrédales en la vida para argüirlos de pecado de infidelidad en la muerte. Póneles delante las tachas solapadas con que vendieron sus mercaderías, los juramentos que juraron á una intención fuera de lo que de fuera sonava lo que decían. Argúyeles de infidelidad, porque, si bien creyeran, ó bien juraran ó no juraran. Tráeles á la memoria las tachas encubiertas, con que vendieron la opinión de la estima, demás de los precios demasiadamente subidos que con título de la ganancia que dicen que con su trato ganaran, suben en lo fiado. Póneles delante los monipodios que, juntándose dos ó tres á comprar por junto toda la mercaduría que muchos habíen de comprar, con daño de la pobre gente hicieron.

A los oficiales arguye de la alianza que de los precios han hecho entre sí; y tanto es más grave, cuanto con mejor título lo coloran, porque so color de hermandades y cofradías, que son muy santas, se pueden comunicar todos juntos y hacerse jueces de las tasas que les paresce, las cuales les arguye el diablo que son robos hechos en público, pues que públicamente los hacen en gran daño de la república.

A los mesoneros y bodegoneros arguye de poca fe; pues que no solamente se dispusieron á dar naipes y dados con que se blasfeme el nombre de Dios, con tal de vender su vino y despensa, mas aún tuviéronse por granjería de tener en sus casas deshonestas mujeres para señuelos de huéspedes. E con tal que vengan y consigo traigan á otros á comer y á posar en sus casas, pospusieron el mandamiento de Dios, porque dieron ocasión de tropiezos en sus posadas. Alégales que mandó Dios á cada uno que no pusiese tropiezos delante del ciego (Levi., XIX). Y tráeles lo de Isaías, que dice (Esa., LVII): Quitad los tropiezos del camino por donde pasan. Conforme con lo que dice el apóstol, que dice (Rom., XIIII): Catad que no pongáis tropiezos al prójimo; y ellos á los que vienen ciegos, que no han visto por el camino cosa que les dé pena, ofréscenles en su casa un tan gran ofendículo, que ha de ser muy perfecto, aunque tenga la vista más aguda que borní, el que se escape del tropiezo de la ocasión é avinenteza que halla.

A los carniceros, allende de los contrapesos del dedo que ordinariamente suelen hacer, agráviales el gran pecado con que defraudaron á los menudos, porque ó por amistad ó por temor repartieron la buena carne á los mayorales de la república, como son: regidores, jurados, alcaldes, escrivanos, alguaciles y procuradores, por comprar de los unos favor y de los otros el miedo. Eso poco que queda de buena carne lo meten en el cajón para dar á tres taberneros y dos pasteleros, con quien es posible que están concertados á discreción por dos ó tres jiras que les hacen al mes. Por eso, cuando llega el desamparado y despreciado á comprar, dale tan buen mercado que, conforme á lo que le da, le podría decir (Job, X): *Ossibus et nervis compegisti me;* Havéisme embutido asaz de huesos y nervios demás de los que yo tengo. Mas suéldalo luego el buen hombre con que otro día, en son de roedero, le da un tal quiebradientes por añadidura, que para caudal era grande. Y la pecadora de la viuda, que tiene quebrados los huesos al torno para acaudalar una libra de vaca, ó el triste del cavador que con su azadón ha de mantener sus hijuelos deshambrillos, de que no tienen por donde cortar, pasáseles por comida decir (Génes.): *Hoc nunc os ex ossibus meis.* Porque á poder debrumarse con el continuo trabajo, sacaron de su brumamiento aquel hueso.

A los molineros pone delante cuántas veces entremetieron arija para suplir la falta que ellos hicieron.

A las tenderas, la mala gracia con que se han con todos, demás de las buenas muestras que ponen en la frontera de sus tabaques, para vender por señuelo la maletía que dentro cubren; como el que pregona vino y según dice el refrán vende vinagre.

Desta manera anda por todos los oficios y granjerías mecánicas el diablo, para tentarlos en el artículo de la muerte. El remedio de los cuales está ya dicho que está puesto en la firmeza de las tres virtudes teológicas y en la contemplación de la abundantísima pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo. Y sepa que

sola la culpa es la que lleva al hombre al infierno, y que la culpa se quita con sola la contrición, con el propósito de confesarla haviendo oportunidad, porque no hay uso de lengua; síguese que sola la contrición hecha derechamente, que es aborrecer el pecado por la ofensa que á Dios se hizo con él, es bastante para alcanzar el perdón de Dios de todas las culpas que le ofreciere el diablo. Que cierto es que la obligación de la vocal confesión cesó juntamente cuando cesó la potencia con que humanamente no se pudo hacer.

En lo que toca á la restitución que en aquel paso ofrece el diablo, ya dijimos que Dios, que es el Señor absoluto de todas las cosas, perdonará la deuda temporal del que no está en tiempo de restituir; que pues por la contrición le perdona la culpa, no le condenará eternamente por sólo lo temporal, si con ello no hubiese culpa, la cual es cierto que con la verdadera contrición se perdona.

CAPÍTULO XVIII

Del sexto género de tentaciones, que nascen de las ocasiones.

Los sextos portillos por donde acomete el diablo nascen de las ocasiones, así dadas como ofrecidas; porque no solamente es uno obligado á quitar la causa de los pecados, mas también la ocasión propincua, en cuanto entiende ó barrunta que aquella ocasión puede ser señuelo de maleficios. Por lo cual dijo el apóstol (II Cor., XI) que quería quitar la ocasión de la jactancia que podían usurpar los falsos discípulos. Y el mismo apóstol en otra parte dice (I Tim., V): que se casen las viudas mozas por no dar ocasión á los que dellas podrían decir. Y de aquí es que no solamente mandó Dios á Abraham por boca de Sara que echase la esclava de casa, que era la Agar (Génes., XXI), mas que juntamente echase á su hijo Ismael, por el cual se entiende la ocasión del pecado; que cierto es que si quedara Ismael fuera ocasión para inducir á Isaac á malos siniestros, demás del enojo que S ra tomara viendo venir á su casa á su criada, que por la preñez la havía menospreciado; allende también que, entrando y saliendo en achaque de ver á su hijo, pudiera inducir á Abraham en las amistades primeras.

Por no quitar los hombres esta ocasión dan ocasión que temerariamente juzguen los hombres. Luego la ocasión es materia bastante de donde el diablo saque pecados; por eso le ofresce al paciente cuantas veces fué ocasión de pecados. A los que dieron facultad de correr toros les pone delante todos los males que de allí procedieron, como son cuchilladas, que por maravilla faltan, meriendas y colaciones hechas á mala parte. Allí se traman los adulterios, de allí nascen las competencias, allende de los juramentos que pasan de cuenta y puñadas de muchachos que son muy anejas al correr de los toros; demás de los que no volvieron á casa, porque fueron tributarios al coso.

Por otra parte les ofrece todos los males anejos á los banquetes, como son gulas y glotonerías y detracciones y quemazones, y dende allí los desafíos y puñadas que nascen del largo vino. Ofréceles los males que se suelen seguir de las viñas, huertas y pasatiempos de campo; los anejos y consiguientes de las farsas que en sus casas se representan. Item, los males muy extendidos que en lo entredicho de que fueron causa acaescieron. Agrávales la ocasión de las irregularidades, de las censuras eclesiásticas de los tales entredichos, ó por las ocasiones que estando en su mano no las quitaron.

Por otra parte, les acude con los temporales adversos que fueron ocasión para que ellos tuviesen desabrimiento de las cosas de Dios, siendo obligados á darle gracias por todo lo que á él le place hacer. Por lo cual les ofrece que tomaron ocasión de pecar por el agua (Ecles., XXXIX), cuando les pesó determinadamente en la voluntad, porque llovió en tiempo de toros ó de otros públicos juegos que ellos fueron á ver, ó cuando iban camino, diciendo entre sí que si estuviera en su mano por entonces suspenderían el agua, ó cuando llovía tanto que se echavan los panes é se les llovían las casas.

Item, del aire tomaron materia de pecados, repugnando á la voluntad divina que le enviava, á ellos les pesava en la voluntad por el aire cuando caminavan con viento ó cuando hacía temblar las paredes, ó cuando durava por muchos días, y así ofresce de todos los temporales que Dios envía.

Por otra parte, arguye á los que andavan de noche por calles sospechosas, por el juicio que dieron de sí. Item, aunque el marido vaya con su mujer, si es de noche y no lleva hacha

ó vela, argúyele que dió ocasión que los que le viesen pensasen mal de la compañía. A los no casados arguye de las amas mozas que tuvieron en casa, estando mandado en concilio general (Concil. tolet.) que ni aun las parientas de que se pueda presumir mal cohabiten en una morada. E finalmente, hace discurso por todas las ocasiones que dieron de mal, así sobre acuerdo como de las que de través se ofrecieron.

A todas estas no responderán más que á las pasadas con la fe, esperanza y caridad, que han de ser el caudal de la vida cristiana, de las cuales por poquito que se desvíen darán ocasión al diablo que les traiga á desesperación; á la cual no hay quien socorra, si no es la firme esperanza con que el verdadero cristiano se confía en las manos de Dios, y en todos sus rencuentros no tiene otro socorro sino acogerse á su pasión sacratísima, bastantísimo precio y rescate para quitar todos los pecados del mundo.

CAPÍTULO XIX

Del séptimo é último género de tentaciones que nascen de las complexiones particulares de cada uno.

No contento el diablo de todas las vías con que saltea las ánimas de los hombres en el último paso del agonía, no deja los portillos particulares por donde piensa de entrarles; antes se piensa que hace déstos tanto caudal el diablo, que por ellos entra primero. Mas aquí se ponen á la postre de todos porque la esciencia es de las cosas universales, que los retóricos llaman lugares comunes, y los particulares se vienen á conocer después de la universalidad de las cosas. Por eso pusimos á la postre las tentaciones que nascen de las complexiones particulares de cada uno, porque las pasadas son cuasi generales á todos, mas éstas son de hombres y tiempos particulares. Y como tenga el diablo muy entera noticia de las complexiones, sabe muy bien los saltos que por ellas ha de hacer; porque sabe muy bien de qué pie coxquean, y á qué són son más inclinados los hombres que son de tal complexión. En especial, si mueren en el tiempo que reina el humor predominante que tienen, como si muriesen los coléricos en estío, los melancólicos en otoño, los sanguinos en el verano, los flemáticos en invierno, dales tan recios rencuentros, que es menester tener fuertemente, como quien tiene á porfía, y confiar en el socorro divino, que á la verdad es menester especial para resistir al embauco que pone el diablo encastillado en el humor de la complexión; especial si el complexionado muere en tiempo en que predomina su humor, porque si una vez les entra el diablo por el humor, les hace concebir una errónea y un escrúpulo contra lo que la consciencia errónea les dicta con tan firme consentimiento, que es menester especial socorro de Dios para sacarles de aquellos falsos concebimientos en que una vez han caído.

E para que esta materia en alguna manera se explique, havemos de saber lo que dice Galeno (Gal., lib. II De animo), donde habla de la conformidad que hay de los ánimos á la diversidad de las complexiones. Adonde quiere provar que las costumbres del ánimo siguen á la complexión del cuerpo. Adonde no entenderemos que quiso sentir Galeno que la proporción de la complexión de los elementos forzase al ánimo libre del hombre; mas dice que son unas inclinaciones con que se inclinan los ánimos más á unas cosas que á otras, según la diversidad de los elementos que en diversos pesos y en diversas medidas y cualidades se ayuntaron en la organización de los cuerpos; mas no quiso decir que estas complexiones pusiesen fuerza á los ánimos, sino que amorosamente siguen las costumbres del ánimo á la temperatura del cuerpo.

Esta inclinación havemos de entender que sea á buena fin; que no es razón que digamos que los elementos que Dios crió para servicio del hombre le sean ofendículo en que tropiece, diciendo la sacra Escriptura: *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona* (Gen., I); Que Dios vió todas las cosas que crió, y todas eran muy buenas. Luego en buena conformidad se puede decir que los elementos unidos en el cuerpo del hombre, no solamente no inclinan al mal; mas ellos y los cielos, á quien están subjetos, inclinan el ánimo al bien. Porque, como dice Sant Pablo (Rom., I): Conosce el hombre las cosas invisibles de Dios por las cosas visibles que ve, cada una de las cuales es un verdadero antecedente de muchas conclusiones, cuales son éstas: Dios es, todopoderoso es, bueno es, justo es, misericordioso es, providente es, y de otras muchas semejantes á éstas.

De aquí se sigue por inducción que ni los elementos que en mi complexión se juntaron, ni el cielo que influye sobre ellos, son las causas movedoras de la tentación con que por la complexión tienta el diablo. Mas, como dice Santiago (Jacob., I): Cada uno es tentado, apartado y atraído de su concupiscencia, que es la sensualidad; en la cual, por la rebelión que quedó por la privación de la justicia original, halló buen asiento la tentación. Luego el que por esta vía fuere tentado, no diga, como demuestra el mismo apóstol, que Dios le tienta, porque Dios nunca tienta para traer á mal fin. Y de punto en punto, aquel parecería atribuir á Dios la causa de su tentación y de su concupiscencia, que la atribuye á la proporción de los elementos que en la organización de su cuerpo se ajuntaron; porque aquella conjunción de los elementos de que el cuerpo resulta está debajo del movimiento del cielo, del cual recibe las influencias; y el movimiento está registrado por la inteligencia ó ángel que regularmente le mueve, y la inteligencia está ordenada en su virtud motiva por Dios, y Dios no tienta á nadie para hacerle caer en mal. Luego síguese que la complexión no es la causa con que tienta el diablo, aunque usa della como de instrumento para tentar, porque sabe él que, en pena del pecado de Adam, quedó la naturaleza humana corrupta. Por lo cual no huvo en el mundo otros cuerpos regular y proporcionalmente templados, que los médicos dicen eucráticos, sino el de Cristo Nuestro Redemptor y el de Nuestra Señora. Y aunque el baptismo quita el pecado, no quita el fomes, que es la inclinación del mal por la corrupción de la naturaleza humana en Adam, por la causa que en el primer punto dijimos.

Este fomes ó astilla ó rastro ó reliquia de la humana naturaleza es la silla donde asienta la concupiscencia de cada uno que se atreve á pecar; mas no por eso decimos que este fomes sea la primera raíz del pecado, porque si ésta fuera, no pecara Adam, porque en el estado de la inocencia estuvo sin ella. Luego la concupiscencia está en el libre alvedrío, depravado con ignorancia y engañado so color de bien aparente. Y porque, como dice Galeno (Gal., lib. III de ani. mori), el principio de la cura es conoscer el hombre la enfermedad, es bien que sepamos las señales de las complexiones, las cuales por ser naturales y provadas por experiencia no pueden engañar.

El hombre sanguino es blanco, colorado y carnoso; cuando abunda su humor tiene alguna comezón en el cuerpo y siente cosquillas en los lugares donde suele ser sangrado. Cuando abunda la sangre, siente pesadumbre en el cuerpo y en los ojos y cabeza; y muchas veces le corre sangre de las narices, y es de buena habitud. Siente dulzor en la boca, tiene la orina bermeja y espesa, y tiene la voz aguda; deléitase con la música, é naturalmente [es] inclinado á ser liberal y gastador, y de andar en placeres y preciase de enamorado. Y es amigo de comer y bever; es amigo de nuevas y ordinariamente es muy risueño.

El colérico tiene el color cetrino de color de cidra; tiene la boca amarga y áspera la garganta; tiene mucha sed y poca saliva, la lengua seca y áspera; tiene muchas veces dolor de cabeza; tiene la orina sutil de color de flama y clara; vela mucho, porque es de poco dormir. Finalmente, es cálido y seco; es inclinado á sobervia y airado; es esforzado y osado; es veloz en sus movimientos; aírase presto y reconcíliase presto; es ingenioso, fiel, pródigo, celoso amador de justicia; es apresurado en la lengua; no es de muchas carnes; es amigo de intentar grandes cosas.

El melancólico es de un color hosco; tiene la sangre negra y espesa; es de pocas carnes; la orina tira á color verde escuro; el cuerpo en el tacto se siente frío; los pies tiene fríos; es boto y rudo para trabajo; es triste, é ríe muy poco; es sospechoso y amador de soledad; es tocado de envidia; teme donde no hay que temer y llora si se emborracha; es tenaz de lo suyo; es amigo de perseverar en sus opiniones y penas; es cauteloso y engañoso, y sobre todo es muy temeroso y de muy poca vida. Cuando duerme profundamente, sueña que se ensucia en la cama, que le toma el diablo. Finalmente, es frío y seco de complexión. Y esto es muy ordinario en el melancólico, que sabe más cuando mozo que cuando viejo, porque con el tiempo se le menoscaba la habilidad.

El flemático es blanco en el color; abunda de mucha saliva; tiene poca sed; pocas veces beve fuera de comer y cenar; tiene blanda la garganta y la lengua; tiene la orina blanca. Es perezoso en el movimiento; es débil en el trabajo; abunda de reuma por las narices y por

la boca; tiene cargazón en los ojos; es hombre muy dormilón; es malicioso y es amigo de mucho holgar; no es inclinado á mujeres; crésceule mucho los pelos y las uñas; finalmente, es húmido y frío, frio en todas sus cosas.

Presupuestas estas señales de Michael Escoto é Joannes de Indagine, es conclusión en que todos conforman los que hablan desta materia, que el diablo tienta á los sanguíneos con ira, á los coléricos con sobervia, á los flemáticos con pereza, á los melancólicos con envidia. Luego á los sanguíneos, que son por su concupiscencia inclinados á ira, póneles delante que fueron salteados de la muerte antes de tiempo, é ya que sea con tiempo, que no los tomó apercebidos; y que se mueren por algunos enojos que de tales personas recebieron, ó por mal servicio que les han hecho en su casa, ó por la mala cura del médico, ó por la falsedad de las medicinas, ó finalmente por alguna causa extraña al curso natural de su vida. Póneles delante el gran peligro en que están sus consciencias; y luego les acude con las personas que fueron ó dieron aquella extraña causa de la muerte que ven á las manos, y háceles concebir una ira que, por mucho que la quieran reglar, no la refrenan de caridad, mas solamente porque ven de necesidad han de morir; por donde se puede creer que si tuviesen cierta esperanza de vida, por solo el estrecho en que llegaron, se airarían de hecho contra aquellos de cuyos enojos concibieron la imaginación de la enfermedad. Ya que todo esto cese, y que naturalmente se les llegue su término, porque no halla ocasión á que puedan echar la culpa de su muerte, levántales el diablo una impaciencia de los dolores que le atormentan, según aquello que dice David (Psal. CXIV): Cercáronme los dolores de la muerte, y los peligros del infierno me han salteado. Cuando les tiene en esta impaciencia, síguelles con la fuerte imaginación, con la cual cada hora les cresce el humor en tanta manera, que son menester las plegarias de los circunstantes para que Dios les saque de aquella imaginación que del humor que les cresce nasció.

A los coléricos les arma un castillo de vanagloria, en que les pone delante el nombre de su familia, que no menos en vandos que en el servicio de la corona real ha sido señalada entre las otras. Acúdeles con el apetito de la memoria que quede dél después de sus días, y consúelale que ya dejó mandado que le trazasen armado en su sepultura con cuatro leones á la cabecera y un lebrel á los pies, para que los que entrasen en su capilla lean su nombre y tengan en estima las letras que componen su nombre. Que en lo que toca á la vida del cielo, póneles una seguridad; porque les acuerda que oyeron misas las principales fiestas del año, y que mandaron dar tantas blancas á tantos pobres, y ayudaron para ayudar á comprar ciertos habiticos de Sant Francisco, porque según dicen, no son de virtud si no se piden por Dios los dineros con que se han de comprar; que ya rezaron sus devociones registradas por un cierto hermitaño de buena vida; que ya ayunaron algunos días cuando lo pudieron sufrir. En lo demás, que hombres fueron como los otros y hicieron como les vieron hacer. Y pues Dios es justo y ellos son baptizados y han hecho tan sanctas obras, que no tienen dubda sino que, conforme á la ley que Dios tiene puesta, en pago de aquellas obras los ha de llevar á la gloria, junto con la cual no quieren perder la gloria del mundo; pues, según sus reglas que ellos ponen, no contradice á la gloria del cielo, por lo cual en la muerte quieren gozar desta gloria del mundo. Y dende entonces quieren gozar de las almonedas, que así lo dejaron mandado: que sacasen al patio de sus casas toda su tapicería y recámara, por la cual le juzgaron por magnífico cavallero; pues en ella verán cosas extrañas inusitadas á las alhajas de la canalla común de la gente. Demás desto, le dice que se consuele por la fama que le quedará, la cual él bien tiene tramada en su vida; porque á do quiera que fué, quiso ser conoscido y de hecho lo fué.

Si es persona baja en linaje y hacienda, pónele un deseo de posteridad, á lo menos en la memoria que dél tengan sus parientes y amigos y todos los de su barrio, ya que no espere ser sonado por la ciudad. E para colorear este apetito les pone delante las buenas obras que han hecho, y lo que en aquella agonía han peleado; pues á todos los rencuentros que les ha hecho el diablo han sido vencedores. Mas no miran que esto hace el diablo adrede, que no les quiere seguir, como dicen, hasta la mata, porque piense de sí el paciente que ya tiene el camino seguro y se

descuide de la celada de la vanagloria, con que le hace confiar en las obras pasadas y en el esfuerzo que le paresce á él que tiene al presente. Ciégale que no mire que el caudal de la salvación no está en el número ni en la cuantidad de las obras, mas principalmente está en la aceptación de la misericordia divina, que acepta las obras para premiarlas con gloria. Ciégale que no mire, como dijimos, cuán castigado fué David en el número de la gente en quien confiava, haviendo de poner en Dios toda su principal confianza. No mira que desta manera será castigado el que hiciere caudal del número de sus obras pensando que tiene copia de buenas obras, para dar guerra á todo el infierno. Luego deve estar en aviso el paciente, viendo que vence la tentación ligeramente, la cual no hace más de asomar el diablo, porque le haga bolver sobre sus obras, y decir lo que el fariseo (Luc., XVIII), que se quiso canonizar por justo en el acatamiento de Dios.

Por eso tenga aviso el paciente, que así como se acordare de las buenas obras que ha hecho, luego acuda con ellas á Dios y diga con el apóstol: No son merecedoras del cielo las obras desta vida mortal. E si venciere al diablo, no por eso piense virtud ni fortaleza de sí, antes piense en aquello que Nuestro Redemptor dijo á sus discípulos, que se tenían en mucho porque podían más que el diablo: No os queráis estimar, porque los espíritus están á vuestro mandado. Luego toda la confianza del verdadero cristiano ha de estar en la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor y decir con el apóstol (Gala., VI): Nunca Dios quiera que yo me glorie sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

A los melancólicos tienta por envidia, en la cual está el mismo diablo muy melancólico, según aquello que dice la Sapiencia (Sap., II): Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y todos sus secuaces le imitan en ella. Y es verisímile que el que hizo hábitos de envidia en la vida los tenga en su muerte. En los cuales encastillado el diablo, les pone delante las mercedes que Dios ha hecho á los otros, así temporales como espirituales, é en especial á los que en la vida fueron sus enemigos; de cuya prosperidad y letras y buena andanza y estimación y estima tuvo envidia. Díceles que aquellos son estimados entre la gente, é juntamente son agradables á Dios. Tráeles del Eclesiástico (Eccles., XIV): El siervo de Dios es amado de Dios y los hombres, cuya memoria es llena de bendición. Póneles delante lo poco que trabajaron en la viña de Dios, y el premio que por aquel trabajo alcanzaron; alégales el dicho de Nuestro Redemptor (Math., XX): Los postreros serán primeros y los primeros postreros. Y porque no se le haga de mal tener envidia en el punto postrero de su vida, coloréasela con muchas emulaciones que huvo entre muchos sanctos varones, como fueron las que María y Aarón tuvieron contra su hermano Moisés (Núm., XII); los discípulos de Sant Juan Baptista con los de Nuestro Redemptor (Mat., X), y aun con el baptismo del Redemptor (Joan., IIII); la emulación de Sant Pablo con Sant Pedro (Gala., II), cuando le reprehendió de la circuncisión. Item, la emulación de Sant Poricio contra Sant Martín, la de Rufino contra Sant Jerónimo. Con la autoridad de los cuales varones hace encreyente el diablo al melancólico que le mueve el humor de la envidia, que lícitamente puede tener algunas respuestas.

Quiérolo confirmar con el texto evangélico cuando murmuraban los operarios ancianos contra el padre de las familias porque dió tanto á los postreros como á ellos que havían venido primero y havían pasado el trabajo del dia. La cual paga, como se entiende, en el cielo, aquella murmuración se ha de entender que se hizo en la gloria siguiendo el sentido anagógico, que es el que se refiere á la Iglesia triunfante del cielo; por la cual murmuración le embauca el diablo para que no tenga por mala la envidia que de sus émulos le ofreció corroborada en el humor melancólico, pues en el cielo creció en el ojo de unos la gloria, que al parecer de los hombres fué mayor que el trabajo con que la gloria ganaron. Y persuade que mate á su hermano en pensamiento en pesarle á manera de Caín (Gén., IIII) porque sus servicios y sacrificios no fueron tan aceptos á Dios como los de los otros de quien él tiene envidia. Esta envidia, si se junta con desesperación, enciéndese como fuego en espinas (Psalmo CXVII); para lo cual tiene esta astucia el diablo, que no ofresce un solo pecado sin que con él ofrezca todos los que sabe que estando juntos suelen revolver la consciencia, como

medicina compuesta que revuelve el estómago.

A los flemáticos, que son los postreros, tienta con la pereza, porque el humor flemático trae consigo una cargazón de los ojos, junto con un sueño pesado, del cual toma ocasión para acudirles con un descuido tan grande, como si aquel sueño que les viene no fuese sueño de muerte, sino sueño de cansancio y brumamiento. Mas es de saber que antes que este sueño mortal les agravie les acuerda el diablo de pecados no confesados, ó si están confesados les dice que no los han confesado, para que formen dellos consciencias erróneas y se den por culpados. E aun puede ser que verdaderamente lo sean; lo cual estante, acude el diablo con la pereza del humor flemático y tráeles un sueño tan grande que apenas le pueden vencer; y pensando que es un sueño natural atrévense á quererle quebrantar, proponiendo entre sí que luego en despertando dél se recogerán á sus consciencias y arrepentirse de todo cuanto les acusa el diablo á la entrada del sueño. Mas porque es el sueño de postre, mientras más piensan de quebrantar le hacen más hábito en él y fortifícase más; porque á la resolución de la complexión que poco á poco se va haciendo, cada hora redunda más el humor, y por consiguiente hace más cargazón en los ojos; á la cual se sigue el sueño profundo, por el cual queda inhábil para tener verdadero arrepentimiento de todo lo que le dictó la consciencia y la ilusión del diablo; porque de hecho mientras más entra en el sueño se acerca más á la muerte y se muere durmiendo. E los dolores que tiene, no solamente no dan vigilia, mas acarrea más sueño, como lo dice Isaías (Isa., L): Dormiréis acosados de los dolores.

Allende desta pereza le acosa el diablo con todas las perezas que ha hecho y las negligencias que en los preceptos de obligación ha tenido. Item, le ofresce que por pereza de no poner en obra las cosas que pertenescían á su cuidado y oficio, le pesava que viniesen á su noticia. Ofrécele las ignorancias que deseó, por no hacer lo que la consciencia le dictava. Mas aquesta ignorancia, no solamente no le excusa, mas augmenta el pecado feo de confesar haciendo su cuenta, que pues Dios perdona los pecados olvidados en confesión, que por aquel rasero le perdonará aquel feo pecado, y él piensa que quedará horro de la vergüenza que havía de pasar en confesar tan feo pecado. Y con este engaño piensa que queda libre, y no mira que en sólo desear que se le olvide el pecado hace nuevo pecado, porque desea olvido de lo que es obligado á querer acordarse. Finalmente, que todas las obras pías que dejó por pereza le acuerda el diablo junto con las omisiones de los preceptos que era obligado á cumplir.

Junto con esto acude con los pecados que ayudan á tener seguridad, para que con título de quebrantar el sueño, que mucho le aprieta, se deje el paciente de arrepentirse y acogerse en presencia á las tres virtudes teológicas, con que mediante la divina gracia es poderoso para vencer al diablo. Mas de que ve que el paciente saca fuerzas de flaqueza y tiene aliento para no dilatar la diligencia en que le va la vida perpetua, claramente le dice que sepa que actualmente se muere, y que ya no tiene tiempo de arrepentirse de tantos pecados de que entonces le acuerda y le arguye, especialmente de la pereza en que tantos hábitos hizo. Por eso, que se despida de entrar en el cielo, porque se ha de contar entre las vírgenes locas que dormieron á su placer sin cuidado, y cuando vino el esposo se hallaron á escuras (Math., XXV); y mientras fueron á comprar el aceite á la plaza, que es la caridad mercenaria comprada por el temor de la pena, dijeron á Dios que les abriese las puertas del cielo, y respondióles el Esposo: En verdad os digo que no os apruevo para que entréis en mi casa. Con el sentido desta parábola quiere el diablo hacer desesperar al flemático, porque él le sabe muy bien encarecer y dársele á entender al paciente. Luego cierto es que les encarecerá las palabras del texto evangélico que dice: *Lampades nostræ extinguuntur.* Adonde les dice que no estavan de todo punto muertas las lámparas, sino que ya se apagavan. El cual apagamiento interpreta él por el agonía de la muerte, en la cual los que han dormido con pereza en el servicio de Dios les dice que van á comprar el amor á los vencedores, que son los naturales afectos, de los cuales no pueden comprar dón sobrenatural, cual es el amor gratuito acompañado de fe y esperanza. E díceles que por eso Nuestro Redemptor concluyó esta parábola con: *Vigilate; quia nescitis diem neque horam;* Velad, porque ni sabéis

el día ni la hora en que os han de llamar. Eso mesmo quiso significar cuando dijo (Math., XXIIII): Si supiese el padre de las compañas (por quien se entienden los cinco sentidos que sostienen la carne) cuándo ha de venir el ladrón, que es el tránsito de la muerte, por cierto que velaría.

Y que por el ladrón se entiende la muerte en la cual vendrá el Juez á tomar cuenta de la vida pasada, declara Sant Pablo, cuando dice (I Thes., V): El día del Señor (conviene á saber, el día de la muerte de cada uno) así vendrá sin pensar á deshora, como el ladrón que viene de noche. Lo mismo dijo San Pedro (II Pet., III): El día en que el Señor ha de tomar la cuenta, vendrá secreto como ladrón. Y porque aquella vigilia no pensase alguno que solamente es mandada á los perlados y curas de ánimas, que por los discípulos se entienden, declaróse Nuestro Redemptor cuando dijo (Mar., XIII): Lo que digo á vosotros, á todos lo digo, que es: que veléis. De manera que con estas y semejantes auctoridades procura el diablo traer á desesperación al que no pudo inducir á sueño con el humor flemático.

Mas es aquí de notar que, así como hay complexiones mixtas, como son colérico, sanguino, etc., así hay tentaciones mixtas. Mas el que bien supiere las simples, fácilmente vendrá en la noticia de las compuestas. Esto digo porque el diablo no se contenta de seguir al paciente por sólo un humor, mas síguele por todos aquellos en que ve que predomina la complexión del paciente.

A los cuales insultos no havemos de responder más que á las ilusiones pasadas; aunque mientras el paciente está en su juicio, y usa de habla, los amigos le deben consolar; y al que conoscieran por las señales ya dichas ó por otras causas exteriores que es sanguino de complexión, le dirán que no tenga ira con nadie; que ninguno fué poderoso para darle la muerte, porque todo el mal de la pena le envía Dios, como lo dice el profeta Amós (Amos, III): Que el prójimo es instrumento de que Dios quiere usar para pena y castigo de muchos; é que no se han más de enojar con el hombre con que Dios hizo el mal de la pena al que la tenía bien merescida que con el palo con que le diesen de palos.

A la muerte temprana socorre la inmortalidad del ánima, que sale de su destierro, en salir del cuerpo mortal; y en prendas desta verdad le digan que tenga la fe, que es la más cierta prenda que en esta vida puede tener. A los que conoscieren clérigos, les dirán que todo lo que no es de Dios ó no participa de Dios no es sino una gran vanidad; que la memoria del hombre no es de tanto valor como es su persona; por eso que no es razón que por dejar memoria de sí ponga su persona en peligro. Especialmente, que no quedará la figura de su persona supositada en las letras que componen su nombre, é aunque quedase no quedava en el diezmo del mundo; é ya que esto fuese, el olvido de cincuenta años puede sepultar su memoria á que della no quede rastro en parte del mundo; y el nombre que queda no le armará más á él, que verdaderamente así se llamó, que al hombre más obscuro de la canalla. No en valde dijo el profeta David (Psal. CXIII): *Collocavit me in obscuris sicut mortuos sæculi;* El enemigo, que es la muerte, me zahurdó en las obscuridades, como á los muertos del siglo, cuya memoria prescrivió en el olvido.

A los que conoscieren ser melancólicos, les dirán que la caridad es el vínculo con que en esta Iglesia militante travan unos de otros con travazón muy más noble y más excelente que la corporal con que en el cuerpo humano travan unos miembros de otros. E si en el cuerpo se halla la unidad de concordia con que tienen los miembros amistad entre sí, más razón es que los cristianos sean concordes y se amen á veces en Cristo Nuestro Redemptor, que es nuestra cabeza.

Demás desto, aquellas personas de quien yo tengo invidia, ó han de ser salvos ó condenados. Si lo primero, no es razón que tenga odio en la vida de aquellos de cuya compañía espero en Dios de gozarme en el cielo; é si por sus pecados se han de perder, quédales tanta malaventura que son más dignos de compasión y de lástima que dellos se tenga que de emulación y de invidia. Allende de todo esto, es ordinaria y estrecha el amistad de los que son de una tierra, cuando se encuentran en tierras longincuas muy lejos de su nación; así los hombres que estamos en este destierro nos havíamos de tener estrecha amistad, por estar muy alongados de la tierra para que fuimos criados, que es el cielo, tierra de los moradores que viven y vivirán para siempre.

A los que conosciesen flemáticos, les dirán que toda la dilación es dañosa; por eso, pues están ya á la puerta para poder ver á Dios si hicieren lo que es en sí, no es razón que se duerman; que si la granjería de la hacienda suele quitar el sueño, más razón es que la importancia del cielo le alcance. Especial, que no tiene seguridad del rato que cuando le tomare el sueño se prometerá; porque como se va gastando el húmido radical en que funda la vida, se va disolviendo el armonía de los cuatro elementos de que está el cuerpo compuesto, y, por consiguiente, crescen más los humores y el predominante abunda muy más que todos, del cual cresce mucho al flemático la cargazón de los ojos. De allí se van ahogando los espíritus vitales, de los cuales se sigue el cansancio, y del cansancio el deseo de reposar; y al reposo que viene desta manera, sucesivamente sigue la muerte. Por lo cual la dilación deste paso es como el parto del erizo, que mientras más se dilata más presto mata á la madre. E porque este sueño profundo, que los médicos llaman Jubet, puede ser tan grande y profundo que no le pueda el paciente vencer, no sería mal consejo que los circunstantes le ayudasen con beneficios exteriores, como son atar fuertemente con unas vendas los muslos, y dende á poco abajar las ataduras á las pantorrillas y fregarle las piernas con sal y vinagre, y ponerle á las narices ruda y mostaza molida. Echarle á cucharadas por la boca euforbio trociscado, que tienen los boticarios; é por no dejar remedio alguno, travarán un lechón de la oreja, para que gruña á los oídos del flemático soñoliento, con otros muchos remedios que los médicos suelen dar para despertar del sueño profundo. E sobre todos los remedios suplicarán á Dios con instancia que no niegue su amparo al que en aquel trance padece á sus solas, si él por su infinita misericordia no le ayudare.

CAPÍTULO XX

Del esfuerzo que ha de tener el paciente contra el temor de la muerte y la pena del infierno.

Demás de las tentaciones con que el diablo tienta al paciente, no deja la carne de tentar con las suyas; la cual no solamente tienta con cosquillas lascivas, mas también con el temor de la pena en que piensa caer. E como todo animal desee naturalmente la conservación de la vida, es verdad lo que dice Aristóteles (Aristot., Ethi. lib.): Que la muerte es la más temerosa de todas las cosas que al cuerpo pueden acontescer. De adonde vemos que la carne hace su oficio; é aunque el espíritu esté pronto y aparejado, no excluye la enfermedad de la carne, que naturalmente aborrece lo que daña, y sobre todo la muerte, porque tiene unas leyes que repugnan á la ley del espíritu (Rom. VII).

A este temor de la muerte sigue luego el temor del infierno, porque como no sabe cómo se havrá en la justa sentencia del justo juicio de Dios, que justamente sabe que le ha de juzgar, é aunque estos temores sean de la carne que rehusa la muerte, no deja el diablo de atizar por su parte y ponerles delante una traza fantástica de las penas que en el infierno se pasan. Alégales muchas auctoridades de la escriptura sagrada, en que se pondera la gravedad de la pena infernal. Alégales otras por otra vía para traerlos á desesperación, como es aquella del Eclesiastés (Ecles., IX): En cualquier lugar que cayere el madero austro (conviene á saber con el ardor de la caridad) ó al aquilón (conviene á saber con el resfriamiento de la malicia), allí quedará. Acude con la de David (Psal. LXXVII): El espíritu que se acostó é determinó á la culpa no puede volver á la gracia por sí. Alégales otra más recia del apóstol Sant Pablo (Heb., VI): Imposible es que aquellos que fueron una vez iluminados y gustaron el dón celestial y fueron partícipes del Espíritu Santo y gustaron la buena palabra de Dios y las virtudes del siglo que ha de venir y sobre todo cayeron; es imposible que estos tales renueven á la penitencia, y ciégales el verdadero sentido, que es de la primera auctoridad: que el hombre, después de la muerte, quedará para siempre á la parte de la virtud ó del vicio en que le tomare la muerte.

De la segunda es que el espíritu que se acuesta á una parte no vuelve. Quiere decir que la natura angélica no vuelve de su primera elección, porque como sea siempre substancia, no tiene cosa que le ayude, á pesar de lo que una vez escogió. O si se entiende del ánima, quiere decir que el hombre que cae en pecado no tiene potestad de levantarse á la gracia por su propria naturaleza, si Dios no le

ayuda con la gracia preveniente y después con la gracia que le hace agradable.

El sentido de la tercera se entiende, como lo glosa Sedulio (Sedul., supra Paulum.): Que es imposible levantarse á la gracia después de una vez perdonado el pecado. Entiéndese por la reiteración del baptismo, del cual va hablando el apóstol, porque no pensase alguno que, pues el baptismo quita el pecado, que cada vez que pecase havía de tener recurso al baptismo. A lo cual socorriendo el apóstol dice: Que es imposible por esta vía tornar el hombre á levantarse á la gracia, siendo una vez perdonado. Luego, como dice este doctor (que glosó todas las epístolas de Sant Pablo), no quita el apóstol la reiteración de la penitencia, mas solamente quita la reiteración del baptismo.

Luego sepa el cristiano que nunca alega el diablo auctoridad en el verdadero sentido que trae arrastrado de los cabellos, para que con diligencia aparente venga á encajarla contra el paciente; y todo lo que falta de las palabras suple él de unos colorados embaucos, como albañil remendón que quiere atapar agujero cuadrado con piedra de tres esquinas, y lo que le falta hinche de barro. Luego el verdadero cristiano, al temor de la muerte socorrerá con la virtud de la fe, por la cual firme y verdaderamente tendrá que aunque el cuerpo se muera el ánima es inmortal, lo cual firmemente creído basta para consolar la muerte del cuerpo. E si teme la soledad del camino, sepa lo que dice Sant Juan en el Apocalipsis (Apocal., XIIII): Que las obras siguen á cada uno, y de buena compañía y hartas obras se puede pensar que va acompañado el que con fe, esperanza y caridad partiere de aqueste destierro, con las cuales vencerá el temor del infierno. Mas será buen consejo que no gaste el paciente todo el tiempo del tránsito en aquellos temores, que con una sancta y humilde osadía, después que huviere invocado la misericordia divina, volverá su imaginación á la gloria del cielo é contemplará lo mejor que pudiere aquella bienaventuranza en que reposan los siervos de Dios; contemplará la Majestad divina, que es todas las cosas á todos; luego Nuestra Señora, ensalzada sobre todas las puras criaturas; descenderá luego por los coros de los espíritus: serafines, querubines, tronos, dominaciones, principados, potestades, virtudes, arcángeles, ángeles, é entre los cuales están los sanctos, cada uno en el lugar que según los méritos de sus obras la aceptación divina les dió. Allí contemplará, como dice Sant Cebrián (Cipria., Sermo. de mortalitate), el glorioso coro de los apóstoles; allí el número de los profetas; allí la muchedumbre sin cuenta de mártires; allí las vírgenes que triunfaron de la concupiscencia de los tiranos; allí los misericordiosos que socorrieron á las necesidades de los pobres de Cristo; allí el infinito número de los confesores; allí toda la gente que de todas las naciones subieron al cielo, el número del cual, como dice Sant Juan (Apocal., VII), ninguno puede contar, sino sólo aquel que cuenta el número de las estrellas. Estas y otras cosas semejantes contemplará el que fuere acosado del temor del infierno, porque en esta contemplación se eleva el ánimo del paciente al amor divino, en que está el caudal de la vida perpetua (Psal. CXVI).

CAPÍTULO XXII

De la desorden y confusión con que tienta el diablo.

En veinte capítulos pasados havemos dicho la orden natural de las tentaciones; digo natural, que de buena razón, así como están puestas por orden, así havía de tentar el diablo con ellas si el diablo fuese ordenado y quisiese seguir razón para saltear á todos los pasajeros que partan desta vida á la otra. Mas porque es él la suma malicia y la misma desorden, bien se puede creer dél que ni deja vado ni portillo ni piedra que no mueva para turbar al agonista. Para lo cual, pues en el infierno no se guarda, como dice Job (Job, X) la orden de la naturaleza, es verisímile que su morador siga la confusión babilónica (Génesis, XI) y confunda las tentaciones y anteponga y posponga y girone y remiende y edifique y destruya y trueque, como dice Horacio (Horac., lib. I), cuadrado con lo redondo, é como orgulloso sofista presuma hacer del cielo cebolla y vuelva en blanco lo negro, como el alguacil de moscas, que con las barbas blancas que muestra de fuera encubre los hábitos negros que tiene de dentro, con que prende las moscas. E si para la mosca, que, según dice Plinio (Plin., lib. XXIX, capítulo VI), es el animal más inhábil y tonto de

los animales, proveyó la naturaleza de un alguacil de seis ojos, ¿qué vigilancia y astucia se podrá barruntar que tendrá el diablo, que es alguacil de todos los descuidados? Por esto estará avisado el diablo, pues tiene el juego ganado con la maña que dijimos que le puede hacer, estando firme en las casas que dijimos de las tres virtudes teológicas, con las cuales dirá entre sí con todas sus fuerzas:

Creo firmemente todo lo que tiene y cree la sancta madre Iglesia, y espero en los méritos de la sacratísima y copiosísima pasión de mi Señor Jesucristo, y á él, que es Señor nuestro por la creación y Redemptor nuestro por la redempción, y remunerador nuestro por la glorificación, me encomiendo y ofrezco y humildemente suplico que no consienta que yo me aparte de su amor, ni por ilusiones del diablo ni por el temor de la pena, pues él solo es digno de ser amado sobre todas las cosas para sæcula sæculorum sin fin.

EMPIEZA EL CUARTO PUNTO

EN QUE SE TRATA DEL ÁNIMA DEL HOMBRE DESPUÉS DE SALIDA DEL CUERPO

En el primero punto dijimos que la vida del cristiano recebida con paciencia es un largo martirio que se acaba en la muerte. En el segundo, la preparación de la muerte. En el tercero, la batalla espiritual que pasa entre el diablo y el agonista. En este cuarto punto diremos de la esencia espiritual de las ánimas y en qué lugares están, y cómo se miden, no por tiempo, sino por la duración, que dicen los teólogos *ævum;* y qué inteligencia tienen ellas consigo y qué comunicación tienen con los vivos que viven en este mundo, é si andan entre ellos ó no; y porque todo esto se funda sobre la inmortalidad del ánima racional, que por fe se ha de creer ser inmortal, no dejaremos de traer algunas persuasiones ó conformidades que inducen á esto, las cuales no contradicen al mérito de la fe, pues no son demostraciones que concluyan de necesidad, mas son unas congruencias que guían en alguna manera á la razón natural á lo que la fe nos manda creer.

CAPÍTULO PRIMERO

Que el hombre es medio entre ángeles y brutos.

Como Dios sea magnificentísimo en todas sus obras y ordenatísimo en la orden de criar, no quiso dejar algún vaco entre los extremos de las criaturas, sin que hinchese aquel vaco con algún medio que participase de los extremos; por lo cual crió al hombre, compuesto de substancia espiritual y corporal, que ocupase el medio lugar que está entre los ángeles y los brutos; y de parte del ánima fuese inmortal como el ángel, y de parte del cuerpo estuviese subjecto á la muerte como el bruto, aunque por la virtud divina el cuerpo mortal, después de tornado á unir con su alma en el juicio universal, tendrá vida inmortal para siempre.

Esta verdad y conformidad se persuade por muchas razones, en especial por la inclinación de abajar, y lo liviano, como es el fuego y el humo, tiene inclinación á subir. Desta manera vemos que el hombre tiene inclinación natural á cosa que sea más que esta vida que vive sobre la tierra; pues es verdad que ningún hombre del mundo halló entero contentamiento en este destierro, que nunca le veremos tan rico que no quiera más, nunca tan sano que esté sin dolor, nunca tan sabio que esté sin ignorancia de lo que querría saber, nunca tan poderoso que no desee grado más alto. Finalmente, que el hombre en esta vida mortal es una balsa sin suelo de deseos de todo lo que le falta y desea tener. Y vemos que sin el cumplimiento destos deseos se muere, y ninguno vivió tanto tiempo que dellos tuviese entero contentamiento. Luego síguese que este hombre no está en su tierra, sino que va de camino, y que no se contentará, como dice el profeta (Psal. XVI), hasta que goce de Dios en la gloria, que es el fin verdadero para el cual fué criado. Porque no habrá un hombre por necio y perverso que sea que niegue la providencia de Dios; pues hasta los hombres gentiles la confesaron, como es Marco Tulio (II lib. de nat. deor.), que por muchas razones la persuade. Lo cual estante, havemos de decir que tuvo Dios suma orden y providencia en el criar de las criaturas; é pues de la orden se arguye la causa, no se deve decir que criase Dios al hombre sin causa y sin fin. Especialmente que, como en el pri-

mer punto dijimos, es la suma de todo lo que Dios ha criado. E si á cada cosa por sí crió con orden y fin, no es razón de pensar que al hombre, por quien hizo todas las cosas, le criase sin causa y sin fin.

De aquí se saca que, pues el hombre no alcanza su fin en esta vida presente, havemos de confesar que el ánima es inmortal para que no se prive de su fin sin que en algún tiempo y lugar se haya de alcanzar, pues no es el hombre criado sin fin. E pues parten desta vida todos los hombres sin alcanzar este fin, síguese que en la otra le han de tener, y por consiguiente se sigue que el ánima es inmortal. El cuerpo de que ha hambre ó sed, poco le basta para hartarle; mas, quién será el que presuma hartar el alma del hombre más apocado del mundo? Por cierto que no será otro que Dios. Por esto paresce que el hombre mientras está en esta vida va de camino adonde piensa hartarse, que es á la gloria, para la cual fué criado.

Por aquesta falta de contentamientos que tienen los hombres en esta vida decían los filósofos de los gentiles (Plin., lib. VII) que naturaleza era madrastra de hombres y madre de brutos; porque dava á los brutos todo lo que havían menester, y al hombre trataba tan mal, que demás de no darle contentamiento, le dejava ignorante hasta que á poder de maestros y de experiencias aprendiese lo que le cumple, é con todo esto nunca le quiso cumplir sus deseos. Mas estos filósofos, como no tuvieron por fe que la propria tierra del hombre es el cielo, para que allí gozase de Dios, que es el fin para que fué criado, no cayeron en esta razón: que con mucha razón la naturaleza se ha bien con los brutos, porque son sus hijos legítimos; por lo cual se huvo tan bien con ellos, que naturalmente les enseñó lo que havían menester, sin tener ayo que los guiase, y les vistió de plumas y pelos y escamas, que son naturales vestidos que les sacó de su tienda medidos al justo; mas á los hombres trató á manera de alnados, ojeándolos de sí cuanto pudo con ignorancia y debilidad con larga materia de lloros, y sobre todo con un descontentamiento tan ordinario que siempre tuviesen mientras en su casa morasen, porque á ella dejasen criar sus hijos legítimos y ellos se fuesen con su legítima madre.

Y este mal tratamiento con que tan ásperamente se ha con los hombres no le hace por mal que les quiera, mas por desviarlos desta manera de las importunas demandas y quejas con que cada día le fueran, si así los regalara como á sus legítimos hijos. Si aun así, con todos estos mal tratamientos, no le faltarán Epicuros rehacios que se contentarán de comer á su mesa, qué hiciera si los peinara y les limpiara las lágrimas, y les dijera: no haya más, no haya más? Luego no fué sin suma providencia de Dios que la naturaleza se amostrase madrastra á los hombres, porque, acosado de los empellones y puntilladas que á cada paso les diese, huyesen como quien se va de su amo á casa de sus padres, é como el hijo pródigo conosciesen cuán mejor es comer el vítulo saginado en casa de su padre que gastar la hacienda de los cinco sentidos con la madrastra, deseando siquiera hartarse de las algarrovas que comían los puercos, que en pago de su servicio le vista de desnudez y le mate la hambre.

De todo esto se persuade esta conformidad por razón natural: que la ánima del hombre es inmortal, porque el hombre no sea privado del fin, el cual ni halló ni pudo tener en esta vida mortal. Luego razón es que no se acabe en la muerte, porque sería desorden si nunca llegase al fin para que fué criado. Esta conformidad no contradice á la fe, que nos manda creer que el ánima del hombre es inmortal.

CAPÍTULO II

Definición del ánima en general, tomando ánima por todo acto vivífico con que en alguna manera viven los cuerpos.

Este nombre de ánima es nombre tan general, que se extiende al ánima vegetativa, que hace crescer á las yervas y árboles; extiéndese á la ánima sensitiva, que hace sentir á los brutos; extiéndese el ánima racional, con que el hombre entiende las cosas de Dios. Y en estos tres significados la tomó Aristóteles cuando dijo (Arist., II lib. de ánima): *Anima est actus primus corporis physici organici in potentia vitam habentis.* Quiere decir que el ánima, en general tomada, es una primera actividad, que es la perfección del cuerpo natural organizado, el cual cuerpo tiene vida en potencia. Para declaración de la cual definición es de saber que *actus* quiere decir perfección, la cual es en dos maneras: la una es perfección se-

gún hábito, como decimos que el niño es perfecto por la racionabilidad que tiene; y esta perfección se dice acto primero. Otra perfección se dice perfección según uso, como decimos que el varón es perfecto por la racionabilidad, porque puede usar de razón. Y esta perfección, que es usar de razón, se dice acto segundo. Desto dice Aristóteles (II de ánima) que el acto es como esciencia y el segundo es como considerar.

Dice en la definición, que es de cuerpo natural, á diferencia del cuerpo artificial, como la casa y la estatua. Dícese orgánico, á diferencia de la simiente ó del parto no formado, el cual, aunque sea cuerpo natural y tenga alma en potencia, no está organizado. E aunque órgano en griego quiere decir tanto como instrumento en latín, hay diferencia, que órgano es el instrumento que tiene movedor que le mueva de partes de dentro, connatural al mismo órgano; como el ojo, la mano y el pie, que tienen connatural interior movedor, que es la virtud visiva del ojo, la operativa de la mano, la progresiva del pie. Mas el instrumento es el que tiene la virtud motiva de fuera, como el báculo y el cuchillo, que tienen por virtud motiva la mano, que de partes de fuera los mueve. Dice más adelante que este cuerpo tiene vida en potencia natural, á diferencia del cuerpo muerto, que naturalmente no tiene potencia de vida, si sobrenaturalmente no se la dan.

Esta definición abraza á todas maneras é diferencias de ánima. Mas si queremos solamente saber la definición del ánima racional de la cual queremos aquí tractar, hallarla hemos en Aristóteles, aunque habló tan obscuro que apenas se puede entender, como lo dice su discípulo Themistio, y Galeno, y el mismo Aristóteles en una carta que escrivió al Rey Alejandro (Gell., lib. XIX, cap. XIIII), en donde le escribe que no tenga pena porque los físicos que oyeron dél sus discípulos estavan ya divulgados, que haga cuenta que no havíen salido á la luz, porque estavan tan obscuros, que no tenía temor que los entendiesen otros sino los que dél vocalmente los huviesen oído. Esto decía porque el rey Alexandre quería ser en todo tan singular, que quería que no supiesen los otros lo que él aprendía.

E si en toda la filosofía fué tan obscuro, así por contentar al rey Alexandre como por no dar á entender por entero sus conceptos particulares, porque dellos no le arguyesen de falsedad, como él havía hecho á todos los filósofos que reprehende, fué casi forzado de hablar obscuramente en los libros *de ánima*, porque es la materia más obscura y dificultosa que en toda la filosofía se tracta, y en esta el ánima racional es la cosa más difícil que por sola filosofía se pueda alcanzar. Que aunque muchos filósofos dijeron afirmativamente que el ánima racional es inmortal, no todos afirmaron esto por esciencia ni lo alcanzaron por fe; porque no se sabe que ellos hayan tenido fe de las verdades católicas, que fundan en la revelación divina. Luego síguese que si dijeron ser el ánima racional inmortal, que lo tuvieron por una firme opinión, pues no lo tuvieron por fe ni evidencia.

Luego dejando el parecer destos filósofos y siguiendo la verdad católica, que no es opinión sino fe muy certísima, el ánima racional es una forma substancial que informa el cuerpo del hombre, con el cual compone el mismo hombre; que aunque es compuesto de dos substancias diversas, es una sola persona.

Esta ánima ni es generable ni corruptible, porque es criada de nada, y no es sacada de la potencia de la materia. Es indivisible, toda en todo y toda en cada parte del cuerpo. Esta ánima tiene tres potencias aplicadas á las divinas Personas: la memoria al Padre, el entendimiento al Hijo, la voluntad al Espíritu Sancto; y esto es ser el hombre hecho á imagen y semejanza de Dios (Génes., I). Y aunque tenga el ventrículo ó celdilla ó asiento anterior del celebro por órgano cuanto á la parte sensitiva, y el posterior por órgano de la memoria, y el corazón por órgano de la voluntad, no por eso se sigue que después de salida del cuerpo carece destas operaciones por carescer de los órganos dellas; antes las tiene más vivas y más perfectas; porque teológicamente hablando, pues el hombre de partes del ánima representa á la Santísima Trinidad, síguese que á do quiera que vaya el ánima no dejará de representar las tres personas divinas, las cuales no representaría si después de salida del cuerpo careciese de las operaciones de sus potencias. Y si estuviese atenida á mendigarlas de la unión de su cuerpo, diríamos que el remate y la esencial perfección del ánima estaría pendiente del cuerpo. Lo cual, si así fuese, se atribuiría

toda la armonía y ser natural del ánima al cuerpo. Allende que podríamos también inferir que no bastava un espíritu criado á representar las personas de la Esencia divina, sino con ayuda de vecinos, que son los órganos corporales; lo cual es contra buena razón, que dice que la substancia inferior no es razón que sea el caudal de donde dependa el ser substancial del espíritu.

Luego digamos que el ánima racional después de salida del cuerpo tiene las tres potencias con que representa las tres divinas personas. E no obsta lo que dice el filósofo (I de sen., III de anima): Que no hay cosa en el entendimiento que primero no haya estado en algunos de los cinco sentidos. Y en otra parte dice: Necesaria cosa es que el que entiende entienda por imaginaciones, como quien ve por espejo, porque no entendió el filósofo del ánima separada del cuerpo, sino de la conjuncta á su cuerpo; cuanto más que aún no tuvo él entera noticia de lo que el ánima puede entender en el cuerpo. Porque si se diese un hombre privado de los actos de todos los cinco sentidos, como se da en lo último de la agonía de la muerte, no podría probar Aristóteles que entonces está ociosa el ánima; y es cierto que entonces el cuerpo no carece de ánima racional, antes, como dice Sant Augustín (Aug., lib. XII sup. gene. ad lite.), en el tiempo del agonía ve el ánima cosas que nunca vido en su vida.

Digamos, pues, que el ánima salida del cuerpo usa de sus potencias, y así por las especies ó imaginaciones inteligibles con que entendió estando en el cuerpo, que después de salida del cuerpo le quedan, no por las especies que recibe infusas en saliendo de las carnes, es conforme á buena razón decir que las ánimas se acuerdan y entienden y quieren muy más subtilmente que cuando estavan unidas al cuerpo.

CAPÍTULO III

De los diversos nombres del ánima racional.

Aunque sea verdad que el ánima racional es una substancia indivisible, según diversas razones y operaciones tiene diversos nombres, como si un hombre se llamase padre en cuanto tiene hijo é hijo en cuanto tiene padre, y señor en cuanto tiene siervo ó posesión y siervo en cuanto tiene señor.

Desta manera el ánima, siendo una, se dice entendimiento, en cuanto tiene oficio de comprehender. Dícese memoria, en cuanto tiene oficio de conservar lo que entiende. Dícese voluntad, en cuanto apetece y cobdicia. Item, dícese razón, en cuanto discierne. Dícese ingenio, en cuanto investiga é rastrea las cosas. Dícese libre alvedrío, en cuanto escoge á su voluntad lo que quiere. Mas ella siempre es una substancia indivisible; que de tal manera está toda en todo el cuerpo, que toda está en cada parte; así como la voz que uno pronuncia está toda en todo el circuito en que notablemente se oye, y la misma voz está toda entera en cada parte de aquel circuito del aire. Esto paresce, porque si todo aquel circuito estuviese lleno de orejas, no estaría una sílaba de la voz pronunciada en una oreja, y otra en otra, mas toda la voz entera estaría en cada oreja por sí. Y si en la voz, que es divisible, se halla este primor que toda esté en cada parte del todo, muy más conforme á razón es que el ánima, que es indivisible, esté toda en el todo y toda en cada parte del cuerpo.

Mas no havemos de entender gruesamente que está el ánima en el euerpo ocupando lugar, como la voz ocupa el circuito del aire; porque así como las cosas que propriamente se allegan al ánima no ocupan lugar, así el ánima, por ser espiritual é incorpórea, no le puede ocupar. Ejemplo desto paresce en las semejanzas de las cosas que están representadas en el ánima como en el espejo. Vemos que tiene uno en su ánima la propria figura de muchas ciudades y poblaciones, de muchos montes é ríos, de muchas vegas y campos, de muchas plazas y calles, de muchas iglesias y monesterios, de muchos edificios y casas, de muchos aspectos y rostros, y de todas las otras cosas que hay en el mundo, y todo le cabe y todo paresce que lo tiene presente cuando en ello pone su pensamiento. Demás destas similitudines, tiene mil maneras de voluntades, y otras tantas de negociaciones, con un millón de deseos de todo lo que le falta, y todo le cabe, no por más sino por ser cosa espiritual que no ocupa lugar, así como el ánima en quien se aposenta.

Havemos, pues, de entender que el ánima está cuasi como extendida en el cuerpo; no de su propria naturaleza, porque, como sea indivisible, no tiene partes; mas esta cuasi exten-

sión recibe de partes del cuerpo extendido, como el agua caliente que cuece la carne no de parte de su naturaleza, que es fría, mas de parte del fuego, por el cual de fría se hizo caliente. Así, el ánima de parte del cuerpo que informa de indivisible parece que tiene esta cuasi extensión, y de parte suya está toda en cada parte del cuerpo; aunque, porque tiene necesidad de órganos determinados, tiene mayor virtud en un miembro que en otro, como el sentido común tiene mayor virtud en la mano que en el pie; mas no deja de estar toda en cada parte, como vemos que la memoria del celebro se halla en el corazón virtualmente; de donde tuvo origen la frasis castellana con que decimos tomar de coro, por decir tomar de corde ó de corazón, el cual es oficio del vasillo de la memoria, que está en el colodrillo de la cabeza. Desta manera decimos que en cada parte de leche está queso y manteca en potencia.

De lo sobredicho sacamos que, cuando el ánima se mueve de un tiempo en otro, ó de un lugar en otro, no se mueve de su propria naturaleza, mas tiénelo de la parte del cuerpo con quien hace una persona; porque ella fué criada en un instante, en el cual está siempre de partes de su propria naturaleza; que ni para ella pasan horas ni días ni años; que si tiempo pasase por el ánima racional, diríamos que sería divisible, á lo menos cuanto á la sucesión del tiempo. Ni tampoco puede pasar de un lugar en otro por su propria naturaleza, porque no podría pasar sin pasar por el medio; lo cual conviene á solo el cuerpo que ocupa el lugar. Mas el espíritu no tiene necesidad de estar en lugar, porque ni es largo, ni ancho, ni profundo; lo cual se requiere para ser contenido en lugar. E por esto, para la sucesión del tiempo y el pasar de un lugar en otro, tiene necesidad del cuerpo que informa, como dijimos, que tiene la cuasi extensión, la cual no puede tener fuera del cuerpo, porque entonces ni se mide por tiempo ni se comprehende en lugar.

Lo primero parece, porque el movimiento del cielo, que es la medida del tiempo, no tiene dominio sobre el espíritu, que no tiene partes, en que por sucesión de partes se hubiese de corromper. Así como el cielo empíreo no se mide por tiempo, aunque es corpóreo, porque él no se mueve, ni el sol se mide por días y noches.

Lo segundo está claro, porque no abraza el lugar, sino lo que tiene medida larga ó ancha ó profunda, de las cuales carece el espíritu. Mas no por eso se sigue que está el ánima fuera del mundo, porque no ocupa parte del mundo; porque, aunque no esté por vía de ocupación, está por vía de presencia y aplicación, así como está en su cuerpo por vía de animación. E así como está cuanto á su naturaleza en el instante en que fué criada, así definitiva ó limitativamente decimos que está en tal ó en tal lugar; porque así como fué criada en un instante, así fué criada en lugar, en el cual puede estar por vía de definición ó limitación, que de tal manera limita á la presencia del ánima, que juntamente no puede estar en otro lugar fuera del circuito en que con su presencia preside limitadamente por ser criatura y criada en lugar. Mas en alguna manera decimos que ocupa lugar, cuando en su proprio cuerpo impide que otra ánima de su especie no pueda ni tenga lugar de informar aquel cuerpo; así como decimos que la gracia al pecado, porque no se puede compadescer con él en un alma, y el calor alanza á la frialdad. E parece su limitación en que un ánima no puede por su presencia dar vida á dos cuerpos, como una gracia numérica no puede hacer juntamente dos almas agradables á Dios.

Queda luego provado que el ánima es una substancia indivisible, aunque por diversos efectos la llamamos con nombres diversos.

CAPÍTULO IV

Que declara por qué parte del cuerpo sale el ánima cuando el hombre se muere.

Vista ya que el ánima es incorpórea é indivisible, que no tiene partes, queda de saber por qué parte sale cuando se aparta del cuerpo. Porque así como de parte del cuerpo en que está tiene la cuasi extensión que dijimos y de parte del cuerpo sucede de un tiempo en otro, y pasa de un lugar á otro, como sucede y pasa el cuerpo en que está, así de parte del mismo cuerpo, que sucesivamente por partes se va muriendo, parece que tiene sucesión de dejar de animar las partes que van muriendo en el cuerpo, y salga por la postrera, que es la parte que muere á la postre. Mas como unas partes del cuerpo no están en otras, como la mano que no está en el pie, y

el ánima esté toda en cada parte del cuerpo, no puede tener lugar especial por donde salga del cuerpo; mas según su substancia indivisible, en un instante acaba de salir de todo el cuerpo, aunque, porque el corazón no tiene vida sin el hálito ó resuello con que le refocilla el pulmón, diremos que el ánima sale por la boca, ó por las narices, con el último resuello que sale por ellas. No porque el ánima vaya encastillada en aquel resuello, mas porque después del último resuello no respira el pulmón, y por consiguiente no queda vida en el cuerpo.

Finalmente, no es otra cosa salir el alma del cuerpo sino la operación natural con que el ánima vivifica el cuerpo apartarse del cuerpo, que por estar compuesto de partes contrarias se acaba de corromper el armonía que bastó á tenerlas en paz. A cuya corrupción ultimada se sigue naturalmente el apartamiento del alma, como el licor que no puede estar en el vaso después de hecho pedazos. Y en el mismo instante que sale del cuerpo, sin que haya punto de tiempo entremedias, está en uno de cuatro lugares, que son cielo, purgatorio, ó limbo, ó infierno; porque no participando de cuerpo, no tiene que ver con movimiento corpóreo, y por consiguiente no tiene tardanza de tiempo.

CAPÍTULO V

En que se persuade el ánima ser criada y no engendrada, á la cual creación se sigue la inmortalidad.

Aunque firmemente creemos por fe que el ánima es inmortal, no repugna á esta verdad católica que la conformidad deste artículo se pueda persuadir por inducción sacada de la creación del ánima. Para declaración de lo cual es de saber que engendrar es producirse un algo de otro y criar es hacer algo de nada.

Item, todo lo engendrado vuelve á resolverse en las partes de que se compone, y lo criado naturalmente no puede volver á la nada de que fué criado; porque así como no se hizo naturalmente, así no se puede volver en nada naturalmente si el Criador tan sobrenaturalmente no lo deshace en nada cuan sobrenaturalmente lo sacó de la nada, de que crió el cielo y tierra, y cada cría almas racionales en los cuerpos naturalmente engendrados.

La razón desto es, porque lo engendrado de cualidades contrarias no puede durar mucho tiempo sin alteración, la cual es causa de corrupción, y por consiguiente de muerte. Mas lo criado, como es hecho de nada, no tiene cualidades contrarias por cuya discordia se haya de corromper, no por más sino por ser hecha de nada; é así naturaleza no es parte para resolverlo en las partes que nunca tuvo; pues de parte de Dios segura está la cosa criada que no se aniquilará, porque es tan magnífico que nunca quita lo que una vez da: si no quedare por la parte del que recibe, nunca Dios quitará lo que una vez diere. Síguese luego que si el ánima racional es criada, que es inmortal y que vivirá para siempre sin fin.

Queda de persuadir por inducción que el ánima sea criada y no engendrada. Persuádese desta manera: El ánima racional es libre en sus obras, luego es criada; porque si fuese engendrada, naturalmente se havría con los objectos que tuviese delante; así como los ojos abiertos no pueden dejar de ver la color, ni las orejas del que vela, si no es sordo, pueden dejar de oir el sonido, ni la lengua puede dejar de sentir el sabor ó el sensible mayor en que el sabor se abscondiere, como el quemar de la miel ardiente, que por su pujanza absconde el dulzor, esto es, porque son órganos engendrados, y por eso mortales; mas el ánima es tan libre, que quiere lo que quiere, y no quiere lo que no quiere, á pesar del objeto que tiene delante.

Item, si el ánima fuera engendrada, envejeciera por discurso de tiempo, como envejescen todas las cosas que son engendradas, y vemos que el ánima tiene más vigor en el viejo que en el hombre mozo; luego no es engendrada.

Item, si el ánima fuera engendrada y no criada, todas sus obras fueran naturales y no pudieran tener obra moral de virtud, como es prudencia, justicia, fortaleza, templanza, las cuales no se adquieren por el curso natural; porque si se adquisiesen, el padre engendraría al hijo con todas las virtudes que tuviese, como le engendra con color y con huesos y todo lo que el cuerpo acompaña; y vemos que hombres prudentes y sabios tienen muchas veces los hijos nescios, y, al contrario, de padres nescios salen excelentes varones; luego estas obras no se adquieren por curso natu-

ral, y por consiguiente el ánima no es engendrada.

Demás desto, si el ánima fuese engendrada tendría padre, al cual naturalmente no podría aborrescer, como aborresce á sí misma, é no podría amar á otros más que á sus padres cuyo contrario muchas veces paresce.

Allende desto, si fuese engendrada, siempre amaría más á sus perfecciones que á las perfecciones corporales, y vemos que muchas ánimas aman más las perfecciones del cuerpo que á las suyas proprias. Luego síguese que son libres.

E finalmente, si el ánima racional fuera engendrada y no criada, no pudiera vivir sin mantenimiento espiritual que le viniera de fuera, así como el cuerpo no puede vivir sin comer y bever.

Por estas y otras muchas conformidades que aquí se podrían traer se persuade esta verdad católica: que el ánima racional es criada, é por consiguiente inmortal.

CAPÍTULO VI

En que se persuade de la inmortalidad del ánima racional por parte de la justicia de Dios.

Demás de las razones ya dichas, se persuade la inmortalidad del ánima por parte de la justicia divina, la cual ha de dar á cada uno según sus obras, como dice el apóstol (II Cor., V), bien por bien y pena por culpa. De adonde se colige que el juicio ha de ser después de la muerte, según que dice el psalmista (Psal. LXXIIII): Cuando yo tomare el tiempo juzgaré las justicias.

De aquí y de otros muchos lugares se saca que el juicio de cada uno se ha de hacer después de la muerte de cada uno, y después juntamente en el juicio universal que se hará después de la fin del mundo. Esta verdad católica, aunque se tiene así por fe, no excluye la persuasión que de parte de la justicia divina se puede hacer, la cual es ésta: Dios es justo y hace justicia; luego síguese que dará premio á los virtuosos que guardaron sus mandamientos y pena á los malos perversos que los quebrantaron. E vemos que por la mayor parte los buenos son perseguidos y acosados de los malos en este mundo; y vemos que los malos y perseguidores son muy favorescidos, y que todas las cosas se les hacen á su sabor. E junto con esto vemos que así los malos por la mayor parte acaban en prosperidad y buena andanza de los bienes temporales, como los buenos vemos que acaban por la mayor parte en persecuciones y afligimientos y corrimientos. Y en esta vida vemos que ni el malo recibe toda la pena que merece por cuantos males ha hecho, ni el bueno el premio esencial de las obras que hizo en caridad por el servicio de Dios. Luego es mucha razón y muy conforme á la justicia divina que el ánima sea inmortal, para que en la otra vida se haga esta igualdad y justicia, que es dar la pena que mereció la culpa de los que aquí fueron malos y el premio de las obras que aceptó la divina misericordia de los que en esta vida cumplieron los mandamientos de Dios Pues es claro que si el ánima no fuese inmortal, que no se podría hacer esta justicia en esta vida presente con prosperidad de los malos y perseverancia de los buenos.

Luego por esta persuasión quedará conforme á la justicia divina que sea el ánima inmortal, para que se pene la culpa mortal infinita con pena infinita cuanto á la duración posterior, y la caridad aceptada de la misericordia divina infinita se premie con la gloria perpetua.

CAPÍTULO VII

De las penas que puede recebir el alma sin cuerpo, y el fuego perpetuo que quemará al cuerpo sin consumirle.

Vista ya la inmortalidad del ánima racional, queda de ver cuántas maneras hay de penas que atormenten las ánimas y en qué manera puede recebir el ánima desnuda del cuerpo las penas del fuego corpóreo. Para lo cual es de saber que cualquiera ánima racional es capaz, no solamente de toda la pena criada, mas aún de toda la que se pueda criar. Lo uno, porque es inmortal y no basta pena que la pueda matar. Lo segundo, porque así como tiene grandeza de capacidad con que es capaz de Dios, que es infinito, así es hábil en su naturaleza para ser capaz de cualquiera pena, no solamente cuanto á la duración posterior eterna, mas aun cuanto á la intensión y gravedad de la pena es capaz para recebir pasivamente toda la pena. Aunque, según una regla magistral de teólogos, Dios premia al bueno más de lo que de congruo mereció por sus buenas

obras, y castiga con menor gravedad de pena que merece la culpa, si de rigor de justicia se huviese de castigar. Esta regla parece en aquello que dice David (Psal. LXXVI): Por ventura olvidarse ha Dios de haver misericordia y encerrará en su ira sus misericordias? Mas no por eso se sigue que haga Dios injusticia, porque este augmento de premio y esta diminución de la pena de partes de Dios es muy justísima, porque sola la aceptación divina es la suma regla de la suma justicia.

No obsta lo que Santiago dice (Jacob., II): Hacerse ha juicio sin misericordia contra aquel que no hizo misericordia; porque allí se entiende que el que no hace misericordia con el prójimo, que será juzgado sin misericordia cuanto á la remisión de la culpa; mas no será sin relevante misericordia cuanto á la remisión y relevación de la gravedad de la pena. Que aunque, como dice Job (Job, X), no hay orden en el infierno, no se quita que la divina justicia no mida y tase las penas que atormentan á los dañados. No hay orden de naturaleza, más bien hay orden de la divina justicia. No hay orden de la naturaleza, porque no bastaría el fuego corpóreo á quemar el espíritu que naturalmente no toca, más bien hay orden de la divina justicia, que quiere que, así como estando el alma en el cuerpo siente las pasiones del cuerpo, así quiere que un mismo fuego sea tormento del ánima, y juntamente sea el instrumento con que el ánima, que suele padecer por medio de cuerpo, padezca por medio de aquel fuego corpóreo. Especialmente que crió Dios al alma con proporción y concordancia del cielo empíreo y de su claror, cuyo contrario es el lugar del infierno y el fuego sin luz que hay en él.

Luego así es el infierno y su fuego, contra la proporción del ánima racional para darle tormento, como es la proporción del cielo empíreo y de su claror, á cuya proporción fué criada, para darle descanso accidental; porque así como en ver á Dios claramente consiste la gloria esencial y la mayor que el alma puede tener, así el carecer desta vista y fruición beatifica es la pena del mayor daño esencial que el alma padesce.

Digo, pues, que no hay orden de naturaleza en el infierno, porque el fuego naturalmente consumiría los cuerpos de los dañados, mas hay orden de la divina justicia que para siempre se quemen y no se consuman. Y aunque podríamos aquí decir aquello que dice el poeta (Ene., VI): *Non mihi si linguæ centum sint oraque centum, ferrea vox, omnes scelerum comprehendere formas omnia peñarum percurrere nomina possem*. Aunque tuviese mil bocas y lenguas y la voz fuese de hierro, no podría comprehender las formas y nombres de penas que hay en el infierno.

De todas sacaremos solas veinte, las diez tocantes al cuerpo y las otras al alma.

La primera se dice fuego, del cual dijo Nuestro Redemptor (Math., V): Id, malditos, al fuego eternal. La segunda se dice frío acutísimo, del cual dijo Nuestro Redemptor (Math., XIII): Allí será el lloro y el rechinar de los dientes; lo cual será para mayor pena, porque pelearon dos contrarios en un subjecto, como lo experimentan las lavanderas cuando en el invierno se calientan las uñas mojadas. La tercera es un aullido ordinario del gran dolor sin cesación, del cual dice Isaías (Isa., LXV): Vosotros los dañados daréis voces por el dolor del corazón, y por el angustia del espíritu aullaréis. La cuarta pena será la espesura del humo, del cual dice el Apocalipsis (Apocal., IX): Obscurecióse el aire del humo del pozo infernal. La quinta pena es el hedor intolerable, del cual dice Isaías (Esa., III): Tendrán en lugar de suave olor hidiondez. La sexta pena es la perpetua visión de los demonios y de los mismos dañados, que unos serán espanto de otros; de las cuales visiones dice Job (Job, XX): Irán y vendrán sobre los malos espantables visiones. La séptima será una hambre cruel. Desta dice Isaías: Mis siervos fieles comerán, y vosotros, dañados, tendréis hambre perpetua. La octava será una sed intolerable, de la cual dice Isaías en el mismo lugar: Catad que mis siervos beverán y vosotros tendréis sed que os aflija. La nona pena será la vergüenza y confusión que tendrán de verse desnudos y vilmente tratados. Destos dice el profeta Naum (Naum., III): Yo, Nínive, dice Dios, descubriré tus vergüenzas delante de ti, y amostraré á las gentes su desnudez, y á los reinos (por quien se entiende los justos que estarán en el cielo) amostraré tu deshonra. La décima será del apretamiento que tendrán entre sí. Deste dijo Job (Job, XX): Será estrechado en aprieto, y sudará y descendirá sobre él todo el dolor.

La primera pena de las otras diez que con-

ciernen al alma es la pena de daño, que es privación de la vista divina. Esta es la mayor de todas, porque si todas las cosas desean llegar á su fin, no se puede imaginar una sed tan grande como es la sed que el alma tiene de Dios. Desta dice Isaías (Esa., XXVI): Quítese el impío de en medio, porque no vea la gloria de Dios.

La segunda pena será el remordimiento de la consciencia. Deste dice el mismo Isaías (Esa., VIII): El remordimiento que tendrán de los males que han hecho no perecerá para siempre.

La tercera será el rencor de la ira, de la cual dice el psalmista (Psal. CXI): Verá el pecador el buen tratamiento que hace Dios á sus siervos y airarse ha contra ellos.

La cuarta será el tormento de la sobervia con que les desplace el dominio y señorío de la justicia de Nuestro Redemptor. Desta dijo el mismo psalmista (Psal. LXXIII): La sobervia de los que, Señor, os aborrescen crece contino. Y esta será causa de grande tormento, viéndose en el estado más abatido que se puede pensar, creciéndoles la sobervia, con que no solamente aborrescen la subjeción, mas aun que querrían ser tan mandones como en la vida.

La quinta es de la envidia, de la cual dice el mismo profeta (Psal. CXI): El pecador se derritirá de envidia, viendo la gloria de los bienaventurados del cielo.

La sexta será el temor intenso, que es distincto del pavor corporal; con el temor temerán al juez supremo, temerán la compañía de los otros dañados, la subjeción que tendrán los diablos, y tendrán temor de la pena que padescieren. Desto dice Job (Job, X): Que no hay orden en el infierno, conviene á saber, orden de naturaleza, porque juntamente tendrán temor de la cosa de la cual tengan dolor; lo cual no se halla en ley de naturaleza, por lo cual havrá un horror espantable, que dure para siempre jamás.

La séptima pena es la certidumbre que tendrán de su perpetua damnación, como parece en todo el LI capítulo de Jeremías, y especialmente en la piedra que echó Sarayas atada al libro que leyó de la condenación de Babilonia, diciendo estas palabras: Así será hundida Babilonia, y no se levantará de la aflicción que justamente por sus pecados le dí.

La octava pena es la falta de consolación. Desta dice Job (Job, XV): De la casa de su tabernáculo (que es el infierno) se quitará toda esperanza de confianza.

La nona pena será el deseo perpetuo que tendrán de morir. Deste dice el Apocalipsis (Apoc., IX); Desearán los dañados morir, y la muerte huirá dellos.

La décima pena será la vergüenza que tendrán de todos los pecados que en su vida hicieron, porque serán manifiestos á todos. Desta dice Jeremías (Hier., XVII): Señor, todos los que desampararon vuestro camino serán confundidos con grande vergüenza, que tendrán de saber que Dios y sus sanctos y los otros dañados verán claramente sus sobervias y vanaglorias, sus hipocresías y sanctidades fingidas, sus avaricias y sus lujurias, sus envidias y gulas, sus iras y negligencias. Y estos vicios no se acaban en el infierno, antes así como en el cielo se perfecciona la caridad, así en los dañados permanecerá la malicia, de la cual ni tienen ni tendrán arrepentimiento. Que lo que dice la Sapiencia (Sap., V): que los malos, viendo la gloria de los justos que en la vida tiranizaron y persiguieron, harán penitencia con gemido de espíritu, no quiere decir que se arrepentirán con la virtud de la penitencia, porque no les pesará de los pecados que han cometido por razón de pecados con que se ofendió la Majestad divina; mas pesarles ha de los pecados por razón y respecto que tendrán á las penas con que justamente por haver caído en pecados serán castigados; y esta tal penitencia tendrán para siempre, la cual por eso será infructuosa é sin provecho, porque no nascerá del odio con que se aborresce la culpa por el amor con que se ama á Dios sobre todas las cosas; mas este tal amor solamente les nascerá del temor de la pena que nace del amor de sí mismo, porque verán los malos que por haver caído en pecados serán atormentados para siempre jamás.

Demás destas veinte maneras de penas se podrían poner otras muchas, con todas las circunstancias que agravian las penas; mas pusimos éstas para dar una muestra de la mala vida que en el infierno se pasa. Cada uno podrá sacar por la cantidad de la uña la grandeza de todo el león. Podrá imaginar, si quisiere, que un muchacho medroso querría más sufrir una docena de azotes que no ir á media noche solo por calles angostas de-

siertas de moradores. A donde podrá imaginar qué tal será el temor del infierno, adonde la compañía no solamente no le aliviaría del temor, mas los mismos dañados le serán espanto, de cuya vista no querría menos huir, si pudiese, que de los visajes horribles de los demonios.

Item, para imaginar cuánta sea la horribilidad de la espantable compañía de los diablos, podrá imaginar una muy delicada doncella, que sufriría antes que la mordiese un perro en la mano que no tener una lagartija entre la camisa y las carnes. Pues qué espeluzamiento y horror tendría esta delicada doncella si tuviese todo el cuerpo lleno de lagartos, culebras y salamanquesas, que á bocados se la comiesen, y por estar vestida no tuviese lugar de quitarse ninguna? Imagine más adelante si junto con esto se le entrasen por la boca y las sintiese andar dentro en el cuerpo, qué tan grande sería el horror que tendría esta doncella tan delicada; pues muy más delicada es el alma del hombre más zafio que el cuerpo de la doncella más delicada del mundo. Y más diablos la tienen engarrafada, si está en el infierno, que salamanquesas le podrían caber en el cuerpo, y por ser espíritu entrañablemente se havrían con él; porque los cuerpos no pueden hacer más de tocarse muy juntos, mas los espíritus estarán unos más dentro de otros y más entrañados que está lo blanco en la leche y lo dulce en la miel. Cumpliráse lo que dice el Deuteronomio (Deuter., XXXIII): Atormentarles ha el cuchillo de fuera y el temor por de dentro. Por estos ejemplos podremos considerar todos los otros que son verisímiles en la casa de las penas perpetuas.

Concluyamos, pues, que aunque el ánima es inmortal, es capaz de toda la pena que se puede criar, no por orden de la naturaleza, que no extiende sus leyes en el infierno, porque el fuego quemará sin dar luz y el fuego que acá resuelve los malos olores allí los aumenta. Juntamente estará el frío intolerable de soportar con el fuego vivísimo; juntarse ha el temor y el dolor de una misma cosa que no se sufre en ley de naturaleza; mas havrá orden de la divina justicia que no tendrá el fuego poder de quemar más ni el diablo de hacer más visajes de lo que merece la culpa de cada uno. Juntarse han sobervios con sobervios, avarientos con avarientos y lujuriosos con lujuriosos, y así de todos los otros.

Item, por aquella parte serán más penados por la que más pecaron, como parece en el rico Epulón (Luc., XVII), el cual pedía más refrigerio para la lengua que para otro miembro ninguno. Conforma con lo de Salomón (Sap., XI): *Per quæ quis peccat, per hæc torquetur.* Peca el hombre por las criaturas á quien se convierte; es justicia divina que las criaturas le den su pago. De la manera que las ánimas de los dañados pueden recebir pena, desa misma manera la pueden recebir las ánimas de purgatorio, salvo que, por estar en caridad y muy ciertas de su salvación, no tienen que ver con el diablo ni con temor que les quite la esperanza del cielo, é por consiguiente con todo lo que á estas dos cosas se allega, como parece en aquello que dice David (Psal. LXXIII): *Ne tradas bestiis animas confitentes tibi;* No permitáis, Señor, que los diablos tengan que ver con las ánimas de vuestros fieles. E la Iglesia en el Memento de los fieles defunctos dice: *Memento, Domine,* etc.; Acordaos, Señor, de las ánimas de vuestros fieles que nos precedieron y durmieron en sueño de paz. Por donde se entiende que no fuera sueño de paz si tuvieran temor, y no tuvieran seguridad de su salvación si las molestaran los demonios con sus visajes, como atemorizan á las ánimas del infierno con guerra perpetua.

CAPÍTULO VIII

De los cuatro lugares del alma, que son cielo, purgatorio, y limbo, é infierno.

Los lugares en que el ánima ha de estar para siempre son tres: cielo, infierno y limbo, porque el purgatorio es lugar temporal que se acabará el día del juicio universal. El primero es la morada en que para siempre estarán los buenos gozando de Dios. El infierno es el lugar en que estarán los dañados tan para siempre sin fin como los buenos estarán en el cielo. El limbo de los niños es el lugar donde estarán, también para siempre, todas las ánimas de los niños no baptizados que murieron antes de los años de discreción, porque solamente llevan el pecado original, al cual determinó la divina misericordia de penarle con pena de daño, que es la privación de la fruición beatífica de Dios, y no con pena de sentido que los huviese de atormen-

tar como atormenta á los que murieron en el pecado mortal que actualmente hicieron. El purgatorio es el lugar temporal en que se purgan los pecados veniales y la pena temporal de los mortales ya confesados, cuya plenaria satisfación no se acabó de cumplir en la vida con toda la contrición ó penitencia devida.

Estos cuatro lugares son para cuatro diferentes estados de ánimas que deste mundo se parten al otro. Las que parten en gracia sin deuda de pena temporal, porque tuvieron la confesión, contrición y satisfacción, según la aceptación divina congruentes y satisfactorias al demérito de las culpas, en el instante que salen del cuerpo están en el cielo. Las que parten en pecado mortal, en el mismo instante se hallan en el infierno. Las que parten con sólo el pecado original, en el mismo instante se hallan en el limbo de los niños, que es un seno que está junto al infierno. Las que parten en gracia, mas con deuda temporal de pecados veniales ó de la satisfacción de los mortales ya confesados y perdonados cuanto á la culpa, cuya satisfacción no acabaron de cumplir en la vida, en el mismo punto que salen se hallan en purgatorio; porque el juicio particular que de cada uno se hace, en el mismo instante que el alma sale del cuerpo se hace.

Para entender el sitio destos lugares, es de saber que este mundo visible que Dios crió es tan redondo como una bola redonda; así es el mundo redondo y macizo sin vacuo, que el aire, aunque no se ve ni se palpa, no caresce de cuerpo como paresce en el sonido que oimos cuando herimos el aire con una vara , y en el cuero, que no cabe más de que está lleno de aire, el cual si no fuera cuerpo nunca pudiera hendir el cuero vacío. También es de saber que lo más bajo desta bola es el centro, que es el punto de en medio.

Esto así imaginado, decimos que el punto de en medio, que es el centro del mundo, es el infierno, y en la sobrehaz desta bola imaginamos el cielo. No digo que el cielo esté pegado á la haz de la tierra, sino sobre ella; y el purgatorio está en medio del cielo y del infierno; no quiero decir que está tan distante del infierno como del cielo, porque está junto al infierno, sino que está en medio de los dos extremos, cielo é infierno. Cielo quiere decir cosa que cubre, é desta manera cada elemento que cubre á otro se llamará cielo, como parece en los poetas, que al aire y al fuego le dan nombre de cielo. E aun cuando dijo Sant Pablo (II Cor., XII) que fué arrebatado hasta el tercero cielo, no entendió hasta el cielo donde anda el lucero, sino entendió hasta la divinidad, por lo cual se ha de entender que Sant Pablo entendió por primero cielo á toda la región elemental de acá bajo, y por segundo á toda la región celestial, que se compone de diez cielos movibles y del empíreo que nunca se mueve, sobre el cual entendió el cielo de la Sanctísima Trinidad, que abarca todas las cosas.

El cielo empíreo es lugar transmundano, porque está fuera del mundo, y no pasa tiempo por él, porque en él es un día perpetuo. De aquí dijo el psalmista (Psal. LXXIII): Más vale un día en los palacios de Dios que millares en otra parte. De aquí podremos decir qne los que se salvan van fuera del mundo, y los que se condenan se quedan en el mundo que amaron, porque quedan en el corazón del mundo, que es el infierno. E aunque Cristo Nuestro Redemptor llamó tinieblas exteriores las del infierno (Math., VIII é XXII), no quiere decir que están fuera del mundo; mas díjolas exteriores porque son tinieblas que ofuscan al sentido exterior de la vista: que las interiores, que son las del alma, consigo las lleva el que muere en pecado mortal.

El modo como los buenos estarán en el cielo será que con sus cuerpos, aunque estarán glorificados, henchirán tanto lugar como si estuviesen acá. Mas el cielo empíreo les cederá y hará tan fácilmente lugar como si no tuviesen cuantidad de dimensiones, muy más fácilmente sin comparación que hace á los pesces el agua y el aire á las aves. Finalmente, que no havemos de imaginar que los cuerpos de los sanctos después del juicio universal estarán sobre la haz del cielo, como acá estavan sobre la haz de la tierra; porque dende la del cielo empíreo arriba no hay cosa criada, ni lugar en que puedan estar los cuerpos que realmente con repleción de lugar han de tener henchiendo sus lugares con ellos. Luego síguese que en la misma cuantidad y grosicie del cielo empíreo estarán los cuerpos glorificados sin dividir el cielo; porque aunque el dote de la subtileza les da que penetren todo lugar, no les concede que no hinchan el lugar en que realmente estuvieren, como si fuesen puros espíritus, y porque el

mejor de los estados y posiciones y maneras del cuerpo es el derecho estarán todos en pie. E no por eso se cansarán, porque no puede haver cansancio en la suma holganza. Aquí paresce lo que dice el psalmista (Psal. XXI): *Stantes erant pedes nostri in atriis tuis Hierusalem.* Quiere decir, que los sanctos están en pie estando en la gloria. Y en todos los lugares de la sagrada escriptura adonde se halla este verbo, *sedeo*, que quiere decir asentar, si se refiere á la gloria, se toma por este verbo, *quiesco*, que quiere decir sosegar y reposar en descanso.

El infierno, como dijimos, está en el corazón de la tierra, cuya distancia hasta la haz se puede sacar por una regla de geometría, que dice que para sacar el diámetro (que es la traviesa de toda cosa redonda) se mida el circuito de la tal bola ó cosa redonda y se divida en veinte y dos partes iguales, de las cuales se quite una, y la tercera parte del resto, que son siete partes de las veinte y una que quedan, es la traviesa de cualquier cosa redonda. Por esta cuenta se saca que, pues por la medida de los grados del cielo tiene la tierra siete mil y quinientas leguas alrededor, repartidas en veinte y dos partes, que es la vigésimasegunda parte de las veinte y dos que dijimos, quedarán por tercera parte del resto dos mil y trecientas y ochenta y seis leguas, que es el diámetro ó la traviesa de la cuantidad y gordor de la tierra; la mitad de la cual parte es mil é ciento y noventa y tres leguas, á donde dicen los teólogos que es el lugar del infierno. De suerte que desde la haz de la tierra hasta el infierno, según esta cuenta geométrica, diremos que hay mil y ciento é noventa y tres leguas. Este lugar, aunque ahora es muy ancho, es verisímile que después del juicio universal se ha de ensanchar, porque han de caber juntamente todos los cuerpos de los dañados.

Junto con este seno del infierno está otro que se llega más á la haz, que se dice el limbo de los niños que mueren sin recebir el sacro baptismo antes de los años de discreción. En el tercero lugar más arriba está el limbo ó seno de purgatorio, encima del cual está vacío sin moradores el limbo, que la Escriptura sagrada llama el seno de Abraham, adonde ivan los sanctos padres que con fe del Mediador partieron en ley de natura y en ley de Escriptura. Y después que Cristo Nuestro Redemptor sacó de allí las ánimas de los sanctos padres, quedó despoblado este seno.

Tornando al purgatorio, digo que este seno no es necesario ser grande: Que aunque, según sentencia de doctores teólogos, de la mesma especie esencial que es el fuego del infierno es el fuego de purgatorio, por ser este seno de ánimas solas, cualquier cuantidad de fuego bastará para atormentar todas las ánimas de purgatorio; en el cual la mayor pena es la pena de daño, que es el carecer por entonces la vista beatífica de Dios. Mas porque están ciertos de su salvación, sufren esta pena más fácilmente que los dañados, porque esperan que en acabándoseles aquella pena temporal irán á gozar de Dios para siempre sin fin.

CAPÍTULO IX

Si salen las ánimas destos lugares para comunicar con los viuos, ó para notificarles lo que convenga á ellas ó á ellos.

Sabidos ya los lugares en que están ó se detienen las ánimas, queda de saber una pregunta teológica: si es verdad lo que muchos quieren decir que salen las ánimas de sus lugares y se aparecen á personas con quien en la vida comunicaron.

A esta pregunta no se puede responder sencillamente, diciendo que si ó que no. Porque si miramos lo que ellos pueden hacer de su propria natura, vemos que son espíritus; por lo cual en el lugar del cual se acordaren, con tal que no sean impedidas por superior potestad, no tienen otra necesidad sino, si Dios les diese licencia, aplicar su inteligencia con firme atención al lugar donde quisiesen aparescer, tomando cuerpo del aire para poder ser vistas de los ojos corpóreos, como vemos que, estando en los cuerpos, vuelan con el pensamiento al cabo del mundo. Mas si consideramos que están debajo de ajena jurisdicción, que, aunque tienen libre alvedrío, por ser impedidas no pueden todo lo que naturalmente pudieran hacer si no estuvieran detenidas en cárcel, ó si no estuvieran conformes con la divina voluntad en el cielo, diremos que ni salen ni se pueden aparescer á los vivos sin que para ello tengan dispensación especial, con que Dios por su misericordia quiere proveer á ellas ó á los vivientes á quien se aparecen. Y desta manera cuenta

Sant Gregorio muchos ejemplos cuasi en todo el cuarto libro de sus diálogos.

Aunque la mayor parte de estas apariciones son de ángeles ó de demonios, los buenos por su natural potestad ó especial previlegio que hace Dios á los hombres, los malos por permisión divina, según dice Sant Agustín (Augu, V de cura pro mortuis), que aparecen, de los cuales los diablos no quieren perder vía, de donde piensan sacar alguna ganancia para ayuda á hartar su malicia. E con tal que les den crédito los hombres á quien aparescen, no tienen por inconveniente á su dañada ntención decirles que digan misas por tal ó tal persona de quien se fingen ser almas; porque más les importa á ellos que por su mandamiento se digan las misas que gana el que por tal vía y relación las hace decir, sabiendo ó sospechando que es demonio el que aquello le dice. E porque es el padre de la mentira, si dice alguna verdad, porque la dice con título de parar en mentira, se le cuenta aquella verdad por mentira; porque se nombra de la mala intención con que dice aquella verdad, que es colorear la mentira que con el cevo de aquella verdad piensa sacar. Dice que es el ánima de fulano; ya miente. Dice que anda en pena de purgatorio; también miente, porque la pena que tiene no es purgatoria, sino pena eternal que le ha de durar para siempre. Dice que deve ciertos dineros á tales ó tales personas; también miente en esto, aunque pueda ser verdad que aquellos dineros se devan á las personas que dice. Dice más: que en tal ó tal parte dejó enterrados ciertos dineros, ó ciertas piezas de oro ó plata; también miente en esto, aunque sea verdad que aquel cuya ánima se finge dejase aquello que dice el diablo. Los simples, hallando lo que el diablo les dice, piensan por aquella verdad que hallaron que todo el resto que el diablo les dice es verdad. Y esto es lo que quiere granjear el diablo para llevarlos de allí poco á poco á que á lo menos tácitamente con pacto oculto en sus necesidades quieran ser librados por el diablo, haviendo dicho Sant Pablo: Que si el ángel del cielo viniese á decir algo fuera de lo revelado en la escriptura sagrada, que sea maldito y anatematizado. Por tanto, si queremos sacar por testimonios de la Escriptura sagrada si salen las ánimas de sus lugares para comunicar con los vivos, hallaremos en dos lugares de Sant Mateo (Math., V é XVIII) que el siervo que no se compuso con su siervo y no quiso soltar la deuda que el señor le havía perdonado á él, le mandó echar el juez en la cárcel y le dijo que no saliese de allí hasta que pagase el último cuarto de toda la deuda. Lo mismo dice Sant Lucas (Luc., XII). Por donde parece que agora sea aquella cárcel perpetua del infierno, agora sea temporal purgatorio, que el que una vez en ellas entrare no ha de salir hasta que pague el último cuarto de toda la deuda.

Esto se entiende de los que están detenidos por deuda; mas los que están en el cielo no tienen esta precisa, porque líbremente pueden venir acá por dispensación especial que Dios les dará todas las veces que de sus venidas pueda resultar algún provecho en la Iglesia ó en particulares personas que tienen á los sanctos por patronos, abogados y fautores en la corte del cielo; así como leemos que del seno de Abraham salió Moisés para servir de testigo en la transfiguración del Señor (Math., XVII). Item, leemos en el mismo Sant Mateo (Math., XXVII), que muchos sanctos resuscitaron é vivieron en Jerusalem, y aparescieron á muchos. Y en muertes de muchos particulares leemos que muchos sanctos les aparescieron en el artículo de la muerte. Esto es porque el cielo es lugar libre y no lugar de detenimiento forzoso. Especialmente que á do quiera que vayan los sanctos, no dejan de ver á Dios, así como los ángeles custodios de cada uno de nosotros no se apartan de la fruición beatífica, aunque están en esta región elemental de acá bajo, como dijo Nuestro Redemptor Jesucristo (Math., XVII); mas los que están detenidos pòr sentencia definitiva, ni tienen aquella potestad de salir ni aunque la pidan se les dará.

Demás desto, en lo que dice Sant Lucas (Luc., XVI) del rico Epulón, que rogava á Abraham que enviase á Lázaro á casa de su padre, parece claramente que no hay necesidad que las ánimas vengan á informar á los vivos lo que han de hacer. Adonde se ha de notar que este rico no tenía caridad con sus hermanos; mas decía que enviase á Lázaro á casa de su padre, porque él havía dado á sus hermanos muy mal ejemplo de vida y de malas costumbres, y sabía él que por la condenación de sus hermanos se le havía á él de agraviar la pena por el mal ejemplo que en la vida les dió. Y respondióle Abraham: Allá tienen á

Moisés y á los otros profetas: óiganlos y hagan lo que ellos en sus escripturas les amonestaron. Dijo el rico Epulón: No lo harán, padre Abraham; mas si alguno de los muertos fuere allá, harán penitencia. Respondióle Abraham: Si no quieren escuchar á Moisés y á los profetas para hacer lo que dicen, aunque alguno de los muertos resucite, no creerán que es verdad lo que dice.

Aquí se nota que nunca pidió el rico que le dejasen salir para hacer aquella monición á sus proprios hermanos, que por conocerle de rostro la tomaran por más verdadera; porque estava cierto que los que van al infierno no vuelven, según parece por lo que dice Job (Job, X): que le deje Dios un poco de tiempo para hacer penitencia, antes que vaya y no vuelva á la tierra de la obscuridad, cubierta con la obscuridad de la muerte; mas rogava á Abraham que, ya que él no podía salir, que enviase á Lázaro, como aquel que estaba en lugar, no de cárcel, sino de morada emprestada, mientras se abriesen las puertas del cielo. E pues Abraham estava en caridad, argumento es que si pensara de aprovechar por aquella vía á los vivos, que no dejara de hacer todo lo que fuera en su mano. Especialmente que tenía promisión que havía de ser padre de muchas gentes (Gén., XVII), por lo cual fuera razón que todas las vías que pudiera ganar hijos creyentes no las dejara. Mas porque savía de cierto que no se engendra la fe por la resurrección de los muertos, dijo: Aunque resucite alguno de los muertos, no creerán por su dicho. Y es de notar que dice: *Resurrexit*, si resucitare, que es mucho más que si dijera: aunque alguno de los muertos les aparezca en cuerpo fantástico; porque la resurrección da testimonio de la persona que claramente se ve y se conosce, mas la aparición puede engañar como cosa que distintamente no se conosce.

De aquí se hace un argumento Pedro de Palude (Petrus de Pal., lib. IIII senten.): Los muertos, ó resucitan de tarde en tarde ó muy á menudo. Si lo primero, pongamos que sea de ciento en ciento años, ó de cincuenta en cincuenta. Los hombres que vivieren y murieren en medio destos dos extremos quedarán sin ver resurrección de muertos, y por consiguiente carecerán deste medio, si fuese necesario ó saludable que ayudase á la fe. Si es lo segundo, que resucitasen á menudo los muertos, para que todos los viesen y gozasen deste medio que les ayudase á creer, tendríase la resurrección de los muertos por tan natural como se tiene el morir, y por consiguiente no se tendría por fe. Demás desto, minuiríase el mérito de la fe, cuando la razón humana no pudiese negar la ordinaria experiencia de la resurrección de los muertos.

Queda luego que digamos que, pues del infierno y del purgatorio no hay salida hasta que se pague el último cuarto, y en el infierno nunca se acabará de pagar, del seno de la holganza no convino que saliese Lázaro á la casa, que bien sabía del cielo no salen por curiosidad ni espantar á los vivos: que todas las apariciones que consigo traen en espanto y dubda y temor y sospecha son ilusiones y encubiertos engaños que hace el diablo para engañar á los simples para que dejen de creer lo que les manda Dios y la Iglesia en su nombre y tomen el decreto de Satanás por última decisión de todas sus deudas, como lo hizo el rey Saúl (I Reg., XVIII) cuando se fué á la mujer Pitonisa, á la cual por el pacto que tenía con el diablo le pidió que le resucitase al profeta Samuel; el cual, aunque le dijo palabras al principio buenas, diciendo: Para qué me preguntas á mí, pues que Dios se apartó de tu ayuda? no havemos de entender que era el profeta Samuel; mas como dice Sant Agustín (Aug., Est. ve te., q. XXVIII, cau. XXII) era el diablo en figura de Samuel para hacer desesperar á Saúl. Lo mismo dice el decreto. E no obsta lo que el Eclesiástico dice (Ecles., XLVI): Que el profeta Samuel después de muerto aparesció al rey Saúl y le mostró el fin de su vida; porque así como el texto del libro de los Reyes dijo que Samuel aparesció á Saul, así lo alega el Eclesiástico, no glosando si era Samuel en persona ó debajo de nombre de Samuel era el diablo. A esta causa es vedada el arte de Necromancia, porque sabe de cierto que no está en poder de los necrománticos hacer venir á los muertos á su mandar, y que notablemente es diablo el que acude al cerco mágico que el necromántico hace. De aquí dice el Deuteronomio: Ninguno acuda á los nigrománticos ni adivinos, ni pida la verdad á los muertos.

De aquí se arguye la supersticiosa credulidad de los que dicen que ven las almas que andan en pena; porque allende que, como havemos dicho, son ilusiones que hace el diablo to-

das las veces que ve materia oportuna y ve dispuesta la opinión y curiosidad de los hombres, conforme á lo que ellos pueden decir ó á lo menos pensar, para que fuera de lo que por las verdades católicas creen tengan alguna creencia de su decreto, gana por otra vía la disfamia que de los muertos se dice; porque no es menos pecado levantar falso testimonio á los muertos que levantarle á los vivos, pues que, muriendo en la haz de la Iglesia, no dejan de ser nuestros prójimos. Y porque ellos no pueden responder y defender su inocencia, es más grave la falsa acusación que se hace á los muertos que la que se hace á los vivos; porque los vivos ó con obras ó con justas respuestas pueden responder á las acusaciones y falsa opinión de los hombres, mas los muertos no tienen copia de responder á las falsas acusaciones que muchas veces suelen nascer de la falsa opinión de los maliciosos y detractores y otras veces de la curiosidad de los fanfarrones, que suelen contar sus esfuerzos fingidos, con los encuentros que por ser medrosos en la imaginación concibieron, ó por los que vanilocuamente fingieron, porque los tuviesen por esforzados; ó finalmente, sería posible que las fingidas apariciones de muertos fuesen adrede echadizas para granjear algunas limosnas de los sufragios.

En este pecado de detracción y en la disfamia con que se menoscaba la fama de los fieles defuntos, no solamente pecan los primeros levantadores de las falsas apariciones, mas aun todos aquellos que lo publican de oídas y lo llevan de boca en boca; como pecarían los que ayudasen á llevar á trechos las cosas que supiesen ó barruntasen con firme sospecha que eran hurtadas.

Finalmente, que así como hace mal el que ayuda á extender la infamia que divulga del prójimo vivo, así no carece de toda culpa el que publica la infamia del prójimo muerto; especialmente creida del dicho de los envidiosos ó medrosos desalmados, que de semejantes cosas se suelen cevar.

CAPÍTULO X

Del conocimiento que tienen las ánimas de los que están en el otro siglo y de los que viven en este mundo.

Las ánimas apartadas de sus cuerpos, si están en el cielo, conocen en el Verbo divino, con un conocimiento que los teólogos dicen matutino, de las cosas que acá bajo pasan todo lo que Dios quiere que conozcan y lo que, después de conocido, les ha de dar gloria accidental. Conoscen también las peticiones que sus devotos hacen á Dios, especialmente si ponen á ellos por intercesores. Aunque no todas veces que aquellas peticiones que, ó no son justas, ó ya que lo sean alcanzadas traerían más daño que provecho, es verisímile que no se las revela Dios en el Verbo, pues no ha de conceder lo que por ellas se pide.

Mas con el conocimiento que se dice vespertino no conoscen las cosas en su proprio género y substancia, si no estuvieren en devida distancia y no fueren impedidas. Con este conocimiento segundo á manera de los ángeles, que mentalmente hablan en el pensamiento, pueden conocer los secretos del corazón, según sentencia de algunos doctores. No obstante que se dice en el Paralipómenon (II Paralip., VI): Que sólo Dios conosce los pensamientos y secretos del corazón, porque allí se entiende que necesariamente es imposible que haya impedimento á que Dios no conozca los secretos de los corazones de todos por su propria esencia; mas el ánima beata puede ver el corazón de uno, si está en devida distancia, mas no los de todos; y esto que en los corazones ve, no lo ve necesariamente, porque puede ser impedida; y también porque no le puede ver por sí misma sin que para verlo concurra juntamente el objecto del secreto que viere, é juntamente concurra la general influencia de Dios. Porque si sólo Dios es el que conoce los corazones y ninguno otro, seguiríase que ninguno pudiese conoscer lo que piensa. Item, que los ángeles custodios no viesen las oraciones mentales que se hacen solamente en el pensamiento, las cuales ellos presentan á Dios, como paresce en aquello que dice el ángel Sant Rafael á Tobías (Tob., XII), que ofrecía en el acatamiento de Dios las oraciones que hacía Tobías.

Mas dícese que sólo Dios conosce los corazones de los hombres, porque Él solo necesariamente los conosce sin ser impedido. Item, conóscelos por sí mismo, sin que para ello concurra el objecto del pensamiento, y desta manera se entiende quo sólo Dios conoce los pensamientos de os hombres. Mas, como havemos dicho del conoscimiento vespertino

que es en el objecto ó presencia de las cosas que en su misma especie se conoscen, no suspendiendo Dios la influencia general del ángel ó del ánima beata en devida distancia, puede conoscer el pensamiento del corazón de aquel á quien tuviere alguna aproximación ó respecto, ó de cuyo conoscimiento resultara al ánima beata alguna gloria accidental ó provecho de aquel cuyo pensamiento conosce. No obstante esto que dicho es, es la verdad y lo conforme á la escriptura sagrada es: Que ni los ángeles ni las almas conoscen los pensamientos, como lo prueba Sancto Tomás (prim. par., quest. LVII, artículo IIII), é también en el *De veritate* (ques. VIII, art. XIII), y en el *De malo* (quest. XVI, art. VIII), é Sant Jerónimo sobre Sant Mateo. Item, esto mismo está determinado en el libro *De ecclesiasticis dogmatibus:* que no solamente no conoscen, mas aun que no pueden conoscer los pensamientos de otros.

Las ánimas de purgatorio conoscen lo que acá hacen sus deudos y amigos, no en el Verbo divino, porque aún no gozan dél, ni tampoco del conocimiento vespertino, porque no los tienen en debida distancia, como paresce en aquello que dice Isaías (Esaie, XXXVI): Abraham no tuvo conoscimiento de nosotros; y tráelo Sant Augustín (Aug., de cura pro mort.) para provar que si tan gran patriarca como Abraham no conosció las cosas que en su pueblo pasavan, los que están en purgatorio cómo podrán conoscer lo que hacen acá sus parientes y amigos? Mas como en este mismo lugar dice Sant Augustín, conoscen las ánimas lo que hacen sus parientes y bienhechores por relación de los ángeles que las consuelan en las penas, y por relación también de otras ánimas que parten de acá.

Las ánimas del infierno, allende del conoscimiento que tienen de los diablos y de las ánimas que van allá de refresco, tienen otro conoscimiento, que es el de los hábitos que llevaron de acá, como paresce en lo que dijo Abraham al rico Epulón: Acuérdate que recebiste bienes en tu vida, y Lázaro recibió males; lo cual nunca dijera Abraham si no pudieran los dañados tener memoria de lo pasado, no solamente de lo que uno pasó en su propria persona, mas aun de lo que otros que conocieron pasaron. E así le dijo que se acordase que Lázaro havía recebido males de pena, de los cuales fué sabidor este rico en la vida.

Deste mismo lugar se saca que pues haviendo un caos, que es una muralla impenetrable entre el infierno y seno de la holganza, alzando los ojos este rico Epulón, vido lejos en gran distancia á Abraham y á Lázaro, y así como conoció á Abraham, que en su vida no havía visto, como á Lázaro, que bien conosció en la vida, síguese que de buena razón conoscerán los dañados á los que están en el purgatorio; así porque este seno está más propincuo del infierno que del seno de Abraham, como porque entremedias no hay tan gran caos, pues es de una misma especie de fuego que atormenta á los dañados y á las ánimas de purgatorio; aunque por la caridad y la esperanza en que están los de purgatorio se les mitiga la gravedad de la pena que de lleno atormenta á los dañados sin esperanza.

Digo más: que no solamente ven á los del purgatorio, mas aun á los sanctos del cielo, como dice David (Psal., CXXI): Verá el pecador la gloria de los sanctos bienaventurados, y regañará con sus dientes y carcomerse ha de envidia. Lo mesmo parece en aquello que dice la Sapiencia (Sapien., V): Viendo los dañados á los justos, turbarse han con horrible temor. E un poco más bajo: Mirad (dicen los dañados) cómo éstos de quien en la vida hicimos escarnio son contados entre los hijos de Dios y la dignidad de su estado está establescida entre los sanctos. E porque no dubdemos en dónde estavan los pecadores desesperados que esto decían, dice el mismo Salomón en este mismo capítulo: Tales cosas como estas dijeron en el infierno los pecadores.

Finalmente, que todo este capítulo quinto de la Sapiencia tracta de la noticia que tienen los dañados en el infierno de los sanctos del cielo; por donde parece que, para mayor pena de los dañados, para que vean lo que perdieron, ya que no son hábiles para ver la divinidad, quiere Dios que vean á los sanctos, en cuya gloria puedan tantear la gloria que ellos por sus proprias culpas perdieron.

Déjome aquí de decir la diferencia que los filósofos y teólogos ponen entre el entendimiento posible, que es una posibilidad con que el ánima puede entender, y el entendimiento agente, que es efecto de la posibilidad que tiene el entendimiento posible. Y que este entendimiento agente no esté apartado de la substancia del alma, parece por lo que dice el psalmo (Psal. IIII): Señalastes, Señor, la lum-

bre de vuestro rostro sobre nosotros. Esta lumbre, que es el entendimiento agente, está impresa en el alma dende el instante de su criación, para que el alma por sí, sin ayuda de lumbre exterior, pueda conoscer todas las cosas inteligibles. Y si vemos que el ojo del gato y de la lechuza tiene lumbre connatural para poder ver en la obscuridad, sin que haya lumbre extraña que le alumbre en medio por donde vea, mucha más razón es que los ojos intelectuales del alma vean y entiendan las cosas inteligibles con la lumbre connatural con que Dios la crió; porque si el entender, en cuanto es entender, no se puede hacer sin órgano corpóreo, seguiríase que los ángeles no pudiesen entender, porque carecen del instrumento del cuerpo.

Queda luego que digamos que, ofrecido el objeto, que es la cosa que ha de ser entendida á los sentidos, y juntamente concurriendo el entendimiento agente, que es la lumbre connatural que dijimos, que luego se imprime del objecto su semejanza en el entendimiento posible. Y desta manera, en cualquier lugar que esté el alma puede entender lo que tuviere presente; porque el entendimiento agente, que es la lumbre connatural, por ser connatural á su esencia, no la puede perder; con la cual sola, aunque no sea hábil para ver la divinidad sin otra lumbre que los teólogos dicen lumbre de gloria, á lo menos es bastante para entender los espíritus que tuviere cerca de sí, é para entender todas las cosas corpóreas que en conveniente distancia se le acercaren, ó por la relación ó por comunicación del ángel ó ánima que tuviere presente.

CAPÍTULO XI

Del agradecimiento que tienen las ánimas á todos sus bienhechores.

Aunque sea verdad que el bien se ha de hacer por caridad, sin tener respecto ultimadamente á la remuneración, no se quita que, pues consecutivamente inclinamos nuestro corazón á las justificaciones divinas por la retribución de la gloria que es causa motiva que hagamos bien á las ánimas de los defunctos (Psal. CXVIII), allende de la caridad, que principalmente nos ha de mover, por la obligación y cargo que les echamos á que ellos, cuando estuvieren en el cielo, nos alcancen de la divina Majestad el favor y socorro que nos ayuden á pasar los trabajos y adversidades y trances que en el discurso de la vida nos podrán ocurrir y ponernos en cuento de poder perder la vida perpetua. Porque cierto es que, aunque con la vida se les acabó el tiempo de merecer para sus proprias personas, no se les acabó el tiempo de interceder y rogar por los que tienen necesidad de sus patrocinios: Que así como Cristo Nuestro Redemptor, como dice el apóstol (Rom., VIII; Heb., VII), en cuanto hombre siempre ruega al Padre eterno por sus miembros fieles, así los sanctos que por la gracia consumada por participación son un espíritu, con él tienen como buenos miembros el oficio de su cabeza. E por imitarle también en el cielo como en la tierra, no cesan de rogar á la divina Majestad que guarde y libre de tentaciones y de todos peligros espirituales y temporales á todos los fieles cristianos, y en especial á todos aquellos que especial mención é servicio dellos hicieron. Porque no es otra cosa invocar á los sanctos sino honrar á Dios, que es maravilloso en sus sanctos, por intercesión de los cuales hace Dios muchas mercedes sobre las ordinarias, con que universalmente visita á todos los hombres.

Esto parece en la oración que hacía Moisés cuando decía (Exo., XXII): Acordaos, Señor, de Abraham, Isaac é Israel, vuestros siervos; y luego se sigue en el mismo texto: Aplacóse el Señor. Item, cuando Ecequías demandava el socorro divino le dijo Dios (IIII Reg., XIX): Yo defenderé esta ciudad por mí mismo y por mi siervo David. Lo mismo parece por lo que se dice en el libro de los Macabeos del profeta Jeremías (II Machac., cap. últ.): Este es, dice Onías, amador de sus hermanos y del pueblo de Israel; este es el profeta Jeremías, varón de Dios, que ruega mucho por el pueblo israelítico y por toda la sancta ciudad de Jerusalem. Y Sant Juan dice (Apoc., V é VIII): Que los olores de las phíalas de los sanctos son las oraciones de los sanctos. Y en el mismo Apocalipsis dice: Que subió el humo de los sacrificios de las oraciones de los sanctos. En los cuales lugares notablemente habla Sanct Juan de los sanctos que están en el cielo, los cuales no harían plegarias á Dios si viesen ó supiesen que no podían aprovechar á los fieles que en este mundo caminan para alcanzar la gloria que ellos poseen. Luego síguese que, pues ruegan, que no ruegan en valde.

Esto también es conforme á razón, que mientras uno más está en caridad, tanto más desea la salvación de su prójimo. E los sanctos en el cielo tienen la caridad consumada, según aquello que dice Isaías (Esa., XXXII): Que el fuego del Señor está en Sión, conviene á saber, en la Iglesia militante de acá; é la casa del fuego está en Jerusalem, conviene á saber, en la Iglesia triunfante del cielo.

De aquí se sigue que los que están en la gloria tienen más deseo de la salvación de sus prójimos que los que están en la tierra, y no es razón decir que sea en valde este deseo; luego havemos de decir que siempre que en la tierra haya materia en que se emplee este deseo caritativo que tienen los sanctos que por intercesión de los sanctos hará Dios mercedes á los fieles cristianos. Y no se quita por eso que sea Dios la principal causa deste socorro, porque de su liberalísima misericordia quiso que sus criaturas concurriesen en muchas acciones y operaciones que él por sí solo pudiera muy bien hacer si quisiera. Entre las cuales cosas quiere que la sacratísima reina del cielo, Señora Nuestra, y los sanctos y los ángeles concurran á pedir mercedes para los necesitados. A cuyas plegarias eternalmente determinó conceder lo que justamente fuese pedido.

De adonde se sigue que aunque estén los sanctos en término de no poder más merecer para sí que merecieron estando en la vida, que en sus plegarias difundiese Dios grandes mercedes á los hombres viadores. Porque así como todo lo que Cristo Nuestro Redemptor mereció lo mereció para otros, así que todos los sanctos que participaron de su pasión sacratísima, allende del mérito que para sí merecieron en ella, merezcan en sobreabundancia para todos sus prójimos, en especial para aquellos que demandaren su intercesión y su patrocinio. Porque así como en la tierra tuvieron diversos oficios y privilegios de gracias, como dice el apóstol (I Cor., XII é VII): Que las gracias están divididas, aunque es uno el Espíritu Sancto que las da; y en el mismo lugar: Cada uno tiene su dón de la mano de Dios, uno de una manera y otro de otra. Así en el cielo, como dice Juan Gerson (Ger., tracta. de oratione), son especiales y previlegiados patronos de los prójimos viadores que viven en este destierro desta vida mortal, en aquellas gracias que en esta vida tuvieron. Esto significó Nuestro Redemptor cuando dijo (Joan., XIII): En la casa de mi padre hay muchas moradas, conviene á saber, distinctos premios, distintos previlegios de merescimientos. Por lo cual de diversos sanctos canta la Iglesia: No se halló otro semejante á este sancto, conviene á saber, en tal ó en tal gracia especial que guardase la ley del muy alto.

De aquí se puede sacar que, pues las cosas de Dios, como dice el apóstol (Rom., XIII), son ordenadas, orden es que, pues él sólo tiene todas las gracias, que diversos sanctos tuviesen gracias diversas y privilegios, así para sí mesmos como para socorro de los viadores fieles. Y esto se puede pensar que es cuanto á diversos lugares y tiempos y personas particulares. Unos son patronos y defensores de ciertas provincias; otros de ciertas ciudades; otros de ciertas personas que los tienen por abogados; otros son más propicios en un lugar que en otro, y en un tiempo alcanzan lo que no alcanzan en otro, porque de solo Dios es conoscer los tiempos y las razones de la cosa pedida, por lo cual no le place obrar todo género de milagros en la tierra por cada uno de los sanctos. E así hallamos que unos tuvieron gracia de alanzar diablos, como leemos de Sant Ciriaco; otros de cobrar vista para los ciegos, como leemos del bienaventurado Sant Lorenzo; otros para amansar la tempestad de la mar, como leemos de Sant Martín y de Sant Nicolás; otros de sanar á los animales brutos, como leemos del bienaventurado Sant Jerónimo y de Sant Blas, é otras muchas enfermedades; otro leemos ser patronos contra diversos vicios, como el bienaventurado apóstol Sant Andrés é Sancta Inés, San Jerónimo y Sant Nicolás contra la tentación de la carne. Para alcanzar dones: San Pedro para el dón de la obediencia; Sant Pablo para el dón de la ilustración del entendimiento; para el dón de la caridad Sant Juan, é así de los otros sanctos. Mas no por eso se quita que no sea hábil cualquier sancto para alcanzar cualquier dón y gracia y privilegio. Que, aunque en una virtud fué excelente, no por eso se quita que no haya tenido otras muchas.

Del patrocinio con que ayudan á personas particulares no es de dubdar, porque así como ciertos ángeles son deputados para guarda de ciertas personas, así puede ser que Dios ordene que ciertos santos sean patronos de

ciertas personas. Aunque, así como el ángel custodio de uno es verisímile que ayude á la guarda del ángel custodio de otro en tiempo y sazón, así se puede pensar que un santo, no solamente sea defensor de su cliente que en sus necesidades le llama, mas de todos aquellos que ó estuvieren en su compañía de aquel, ó que se llamaren de su nombre, ó finalmente de los parroquianos que están debajo de la advocación de su Iglesia.

Cuanto á ciertos tiempos, paresce por muchos que en el día que la Iglesia celebra sus fiestas muestran milagros. Cuanto á los lugares, vese por experiencia que un sancto hace milagros en un lugar y no en otro, pues cierto es que no está la virtud del milagro en el lugar é á do quiera que está la imagen del sancto representa un mismo sancto; luego diremos que aplace á Dios mostrar milagros por sus sanctos, más en unos lugares que en otros. Cuya razón se absconde á los hombres, viendo que en Africa, que estava llena de mártires, no se hacen milagros, y en otras partes, adonde no hovo mártir, no se acaban de contar los milagros; sobre todo se ha de mirar que el culto de los sanctos sea discreto, conforme á lo que la Iglesia de tal sancto predica. De aquí se arguyen las contenciones y temeridades de los que quieren poner schisma en el cielo y quitar un sancto para poner en otro y atribuirle milagros que no hizo. Y porque en los sanctos se honra Dios, no tiene Dios necesidad de la mentira de los hombres, como dice Job á sus falsos consoladores (Job, XIII): Por ventura tiene Dios necesidad de vuestra mentira para que habléis con engaños en su favor? Estos tales no honran á Dios de la manera que son obligados, como lo dijo Nuestro Redemptor (Mar., XV): *Sine causa colunt me;* Dejan la causa legítima y quiérenme honrar en sus falsedades.

Queda luego que los sanctos se deven honrar conforme al estatuto y determinación de la Iglesia, que en loar las virtudes que en los sanctos relucen honra á Dios en los sanctos y á los sanctos en Dios. Luego así como la Iglesia en los sanctos engrandece y loa las virtudes de Dios que en sus sanctos resplandecieron, propone las doctrinas y buenos ejemplos que dieron para imitación de la vida cristiana, y pide el socorro é intercesión para evadir las adversidades y olas que quieren combatir á la nave en que va. Pide augmento de las virtudes y conservación de la religión cristiana; finalmente imitación del camino por donde caminaron al cielo. Así cada uno estime las virtudes que en los sanctos resplandecen; imite la doctrina y el ejemplo de vida que dieron, y pídales el socorro universal de la Iglesia católica y después el suyo particular. Y desta manera se honran los sanctos en Dios, que no vanderizándolos, como hacen los paniaguados de los señores que viven á los respectos y á los puntos del mundo.

Todo esto se ha dicho de los sanctos por las ánimas de purgatorio, las cuales están ciertas de venir á estado de sanctos, cuando acabadas las penas de purgatorio subieren al cielo, en donde nos pagarán muy por entero todo lo que hiciéremos en esta vida por ellas, allende de las ordinarias plegarias que en las penas de purgatorio hacen por todos sus bienhechores. E si las ánimas están en el cielo al tiempo que hacemos por ellas los tales sufragios, ellas se gozan accidentalmente por los tales sufragios é tienen mucho cuidado de recompensar nuestra buena obra con sus oraciones, que por nosotros hacen á Dios. E las ánimas que entonces están en purgatorio gozan realmente de aquellos sufragios y quedan en la misma obligación de caridad que las otras ánimas por quienes los tales sufragios hicimos; é si acaso las tales ánimas estuviesen en el infierno, los sufragios se quedan en purgatorio cuanto á la satisfacción de la pena, y el mérito esencial de las buenas obras se vuelve á nosotros cuando en caridad las hicimos.

Luego mucha razón es que á gente tan agradecida, que paga tan bien á sus acreedores, que les confiemos parte de nuestras oraciones é ayunos con parte de las limosnas que en sacrificios y obras pías ofrezcamos á Dios por la satisfacción de las deudas de tiempo y de pena que por entero havían de pagar en el purgatorio. De aquí dice el apóstol: Hermanos, vuestra abundancia supla la falta de los necesitados, porque la abundancia espiritual dellos supla la falta que vosotros tenéis. Luego, como dice el libro de los Macabeos (II Mach., XII): Sancta y saludable intención es rogar por los muertos, para que sean absueltos de las penas que por los pecados padescen. E aun si miramos lo que el Eclesiástico dice (Eclcs., XVII): Que á cada uno mandó Dios que tuviese cuidado de su prójimo, ninguno se puede eximir ni exceptar

de socorrer á las ánimas de purgatorio, pues por estar en caridad no dejàn de ser nuestros prójimos, y por consiguiente nos podrian demandar el socorro que por vía de caridad projimal le devemos. Que á lo menos, ya que otra cosa no podamos hacer, no tendremos título de excusarnos de no rogar por ellas á Dios, sin que caigamos en la condenación que dice la Sapiencia (Sap., LIIII): que el justo que murió en gracia condena á los vivos que con impiedad dejan de hacer caridad á los muertos. Por lo cual dijo el Eclesiástico (Eclesiástico, VII): no quites el favor á los muertos.

Añádese que, allende que los vivos harán lo que son obligados en hacer por los muertos, alcanzarán la bendición del Señor, como parece en aquello que, hablando de Booz, dijo á su nuera Ruth Noemi (Ruth, II): bendito sea de Dios, porque el mesmo favor que Dios á los vivos, le conservó con los muertos. Especialmente que los muertos que desta vida partieron en gracia, dende luego nos empiezan á pagar lo que siempre nos han de agradecer. Esto parece en lo que dice el profeta Baruch (Baruch, III): Oh, Señor todopoderoso, Dios de Israel, oid ahora; como quien dice: dende ahora oid, Señor, su plegaria. Los cuales como estén en la caridad en que desta vida partieron, es cierto que harán lo que dice Santiago (Jacob., V): rogad á veces unos por otros. Y porque el ruego ha de ser para la salvación y las ánimas de purgatorio están muy seguras de la suya y solícitas de la nuestra, es verisímile que mayor será el conato y fervor de la oración que ellas harán por nosotros que el que hiciéremos nosotros por ellas; de suerte que con tal cambio, por mucho que por ellas hagamos, les quedaremos siempre á dever.

FIN DEL CUARTO PUNTO

EMPIEZA EL QUINTO PUNTO

QUE TRACTA DE LOS SUFRAGIOS QUE POR LOS FIELES DEFUNCTOS SE DEBEN HACER

CAPÍTULO PRIMERO

De la definición del sufragio.

Sabido es que las ánimas del purgatorio, por ser nuestros prójimos en la caridad, con que comunican con los que viven en caridad en la via, pueden ser socorridas por los sufragios que los vivientes hicieren por ellas, queda de saber qué cosa es sufragio y cuántas maneras hay de sufragios, y cuáles se anteponen á cuáles, é quién son los ministros idóneos destos sufragios.

Cuanto á lo primero, sufragio es obra de uno ó de muchos hecha de caridad, ó á lo menos que ella tenga gracia de suyo para paga ó parte de paga de la deuda del prójimo. Dícese obra no solamente la exterior, que por de fuera parece, mas aun la interior, que es el afecto y deseo mental de socorrer al prójimo que padesce con deseo de ser socorrido. Dícese que esta obra ha de ser hecha de uno ó de muchos, porque para ser sufragio no basta que sea pensada, si no fuese determinada en la voluntad. Dícese en caridad, porque la caridad es la forma de las virtudes sin la cual ninguna obra es meritoria de gloria. Dícese ó que á lo menos ella tenga gracia de suyo, por los sacramentos que tienen gracia de suyo, sin que la gracia les venga de fuera de parte de los ministros. Dícese para paga ó parte de paga de la deuda, porque el que no deve no tiene necesidad de sufragios. Dícese lo último del prójimo, porque la obra caritativa que cada uno hace por sí no se dirá sufragio, sino paga propria de la deuda que por sus propios pecados es obligado á pagar.

CAPÍTULO II

De la diferencia que hay de sufragios con que unos pagan por otros.

Dice Sant Gregorio (Gre. ad Bonifa. XIII, q. II), é recítase en el decreto, que cuatro maneras hay de sufragios con que se socorren las ánimas de purgatorio: el sacrificio de la eucaristía, plegarias de santos é justos, limosnas de bienhechores y ayunos de los propincuos y parientes.

El primero es el sacrificio de la misa. El segundo es la oración del que está en caridad. El tercero es la limosna que el verdadero prójimo hace en nombre del que está en penas de purgatorio. El cuarto es el ayuno que hace al pariente ó amigo, que hace más caudal de parentesco espiritual que de la línea de sangre.

Estos cuatro géneros son cuatro fuentes caudales, de las cuales se derivan muchos arroyos, como vemos que al sacrificio de la

misa se allega cualquier cosa que es dedicada al culto divino, así como son fábricas de iglesias, ornamentos, cera, aceite y otras cosas semejantes á éstas. A la oración se allegan todos los buenos deseos y acciones de gracias y buenas contemplaciones, y el estudio de la teología, é finalmente todos los ejercicios espirituales. Al tercero se reducen todas las obras de misericordia. Al cuarto se reducen todas las aflicciones que dan pena al cuerpo, como son aspereza del vestido, disciplinas, peregrinaciones é trabajo corporal tomado con título de pagar penalmente por la deuda de pena que el ánima deve, por cuyo respecto se toman las aflicciones penales. Finalmente, que, según dice Sancto Tomas (Scrip. IIII. d. XLV, art. VI), los sufragios de los vivos aprovechan á los muertos, según que están unidos en caridad con los vivos, ó según que la intención de los vivos que hacen los tales sufragios va enderezada á que los reciba por los muertos.

De adonde se saca, que todas las obras que pertenecen á la comunicación de la caridad pueden aprovechar á los muertos, ó las obras cuya intención se endereza á los muertos. Y es cierto que á la comunicación de la caridad pertenecen la misa y la limosna, y á la intención pertenecen la oración y el ayuno; luego queda que estas cuatro maneras de sufragios, con todos sus adherentes, pueden aprovechar á los muertos.

CAPÍTULO III

Qué son los sufragios que más aprovechan á los fieles defunctos.

Sabido cuántas maneras hay de sufragios, es bien que sepamos cuál destos es el que más aprovecha á las ánimas de los defunctos.

A esta cuestión se responde con distinción, porque los sufragios aprovechan en tres maneras: La primera es cuando el sufragio aprovecha de suyo por la gracia que tiene de sí, que los teólogos dicen *ex opere operato,* que quiere decir: que la obra es de tanta virtud que trae consigo la gracia, que aprovecha al defuncto ó al vivo por quien tal obra se hace. La segunda manera es cuando el sufragio no tiene gracia de suyo, sino que le viene de fuera, conviene á saber, de la caridad con que el ministro le hace. A éste llaman los teólogos sufragio que aprovecha *ex opere operante,* que quiere decir socorro que aprovecha, no de su linaje y de su propria cosecha, sino de la caridad é virtud que se le pega de partes del que la tal obra hace. La tercera manera es la mejor, porque juntamente abraza á estas dos, que es cuando el sufragio tiene gracia de suyo y el ministro que le hace está en caridad. De la cual caridad se le pega otra manera de mérito, que junto con la gracia que tiene de suyo ayuda al defuncto, ó al vivo por quien se hace, en todo lo que de ley ordenada puede ser socorrido; tanto más ó menos, cuanto más ó menos causas de méritos y caridad más intensa ó remisa concurrieren en el sufragio

Los sufragios que por tener gracia de suyo aprovechan por sola operación de la obra son los siete sacramentos de la Iglesia, los cuales todos y cada uno de ellos tienen virtud de gracia del instituidor, que es Cristo Nuestro Redemptor. Entre los cuales el sacramento de la eucaristía es el que más aprovecha á la persona por quien se hace. Item, como dice Juan Gerson, cualquiera hora canónica aprovecha de suyo, porque tiene virtud de parte de la institución de la Iglesia. Por lo cual se dice que cualquier hora canónica es obra privilegiada. También la oración del Pater noster, por ser instituída por Cristo Nuestro Redemptor, aprovecha de suyo; mas esto se entiende con tal que el que rezare la tal oración dominica ó las tales horas canónicas pretendan hacer lo que la institución divina ó eclesiástica pretendió. Esto digo porque con tal intención, aunque el ministro estuviese en pecado, los tales sufragios aprovecharían á los defunctos, haciéndolos en nombre de la Iglesia universal, que es la que principalmente ora.

Otras obras hay que de previlegio tienen su efecto por sola la obra, como son las indulgencias que el Papa concede por los muertos. Otras obras hay que aprovechan de suyo, no en sí como los sacramentos, mas aprovechan en sus efectos, como es la limosna que se da en nombre de los defunctos, la cual, aunque el que la da estuviese en pecado, aprovecha en su efecto é cuanto el pobre que la rescibe ruega á Dios por el alma de aquel por quien la recibe. Mas si también el pobre que reza, como el que le dió la limosna, es del segundo género de sufragios, los cuales se llaman, como dijimos, *ex opere ope-*

rante, que no tienen gracia en sí, mas alcanzan el mérito por la disposición ó intención del que los hace, como eran los sacrificios de la ley vieja, y agora son las oraciones no previlegiadas y otras obras de caridad, como son las limosnas, ayunos y disciplinas y otras semejantes á éstas, que aprovechan tanto al defuncto cuanto mayor fervor y atención tuviere el que en caridad las obrare.

Los sufragios del tercer género son cuando los sufragios del primer género, que son sacramentos y horas canónicas y previlegiadas é indulgencias, fueren hechos por ministros que estuvieren en gracia y en caridad.

CAPÍTULO IV

Del mérito finito de la misa que contiene cosa infinita.

Porque el provecho de los defuntos es el mérito de los sufragios, decimos, en breve, que no es otra cosa mérito sino un acto interior ó exterior hecho de voluntad, aceptado por Dios para premiarle con gloria. Dícese interior, porque éste es el que es formalmente meritorio. Dícese hecho de voluntad, porque si es natural no es digno que se premie con gloria; porque, según Aristóteles, por las cosas que naturalmente tenemos, ni somos dignos de loa ni de vituperio. Dícese que sea aceptado por Dios, por las virtudes morales que se pueden hacer en pecado mortal, é por consiguiente no son meritorias de gloria. Mas el acto que Dios acepta no se puede compadescer con pecado mortal. E porque al sacrificio mayor se sigue gracia mayor, podríase dubdar si el mérito de la misa es de finito ó infinito valor, pues es una divina representación de la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo.

A esta pregunta se responde en breve: que por la misa ganan así los vivos como los defunctos, es de finito valor; porque aunque la misa equivalga á la pasión de Nuestro Redemptor, que fué de infinito valor, decimos que equivale cuanto á la significación; mas no por eso se sigue que ha de equivaler cuanto á igual mérito, como el virrey que en significación denota la persona real, y no es de tanto merescimiento como la persona real que denota. Aunque esta comparación no cuadra de todo punto, porque en la misa está el mesmo Dios verdadero, que padesció la pasión que denota la misa, y en el virrey no está el mismo rey que denota. Mas dícese que es comparada al virrey, porque representa todo lo que realmente pasó en la pasión; é no por eso se sigue que sea de tan infinito valor de cuanto fué la pasión sacratísima que enteramente representa, porque el valor de todos los méritos que son meritorios de gloria no se conosce por la cuantidad ó cualidad de la obra meritoria; mas el valor depende de la justicia distributiva de Dios, con que acepta tal y tal obra á tal ó tal mérito, para premiarle con tal ó tal grado de gloria. E Dios que aceptó su pasión sacratísima para premio de valor infinito, limitó el valor de la misa, que realmente contiene cosa infinita, que es Dios, premio de todos sus siervos fieles.

De suerte que diremos que de parte de lo contenido es infinita la misa, y de parte de la justicia distributiva, con que Dios limitó el fructo que de la misa ganamos, es de finito valor. Esto está claro, que si miramos el mérito personal del ministro, ó el principal de la Iglesia, en cuyo nombre dice *Oremus* el sacerdote, hallaremos que estos méritos son de finito y limitado valor. Pues si miramos el mérito de la misa por razón de lo que es contenido en ella, hallaremos que en el sacramento de la Eucaristía está el cumplimiento de toda la gracia, porque en ella se contiene el dador de la gracia. Mas no por eso se sigue que no limitase Dios en número y peso y medida el fructo que de la tal misa se nos havía de seguir, así para la satisfacción de la deuda como para la colación del bien gratuito; porque aunque la misa representa entera y cumplidamente la pasión de valor infinito, no la representa por repetición de la misma pasión y muerte, porque ni torna á padecer ni torna á morir Cristo Nuestro Redemptor en la misa; porque después de la resurrección sacratísima quedó su cuerpo inmortal é impasible. Mas repítese aquella pasión, no con nueva pasibilidad, sino con nueva memoria de la pasión y de la muerte que Nuestro Redemptor una vez padeció por redimir á los pecadores. E quién dubda que fué de mayor eficacia la muerte que Nuestro Redemptor aceptó por los pecadores, con los dolores acerbísimos y excesivos tormentos, que la memoria que desta muerte acerbísima se hace en la misa? La cual por eso se representa, porque agradezcamos tan gran bien á Dios cuanto por aque-

lla pasión sacratísima ganamos los pecadores. Por eso dijo Cristo Nuestro Redemptor á sus sagrados discípulos (Luc., XXII): Que celebrasen el sacrificio de la Eucaristía en memoria de su pasión sacratísima; porque el hombre que tiene agradescimiento del bien recebido hácese hábil é idóneo para recebir mucho más.

Luego digamos que, aunque lo que significa y rememora la misa sea de valor infinito, el fructo de la misa es limitado á cierto merescimiento, y por consiguiente á cierto grado de gloria, porque de otra manera á ser aceptada de Dios por de tan infinito premio como la pasión de infinita virtud, la cual representa, no se havía de decir más de una misa en el mundo, para despojar todo el purgatorio; así como Nuestro Redemptor no padeció más de una vez para quitar los pecados del mundo, é aunque cuanto á la eficacia aprovechó aquella pasión á solos los siervos fieles que son verdaderos cristíanos; cuanto á la suficiencia y grandeza fué bastantísima para redimir todos los pecados, no solamente hechos y por hacer; mas aún quiso Dios limitar en la misa y por eso hay tanto número de sacerdotes, y cada uno dice tantas misas, las cuales serían excusadas si una bastase por todas.

De todo esto sacamos que, pues lo limitado es menos en cada parte que en el todo donde está todo junto, que la misa dicha por uno ó por pocos, aprovecha más á uno ó á pocos, que si dijese por muchos; porque el fructo limitado repartido por muchos, menos cabrá á cada uno que si se dijera por uno á quien por entero todo el mérito le cupiera; y esto tanto para la remisión de la pena, cuanto para la colación y concesión del bien gratuito que por la misa se da.

CAPÍTULO V

Cómo el mérito del fructo de la misa, aunque sea finito y limitado, en alguna manera se extiende á todo el purgatorio y aun á todos los que viven en caridad.

Como sea artículo de fe la comunión de los justos y sanctos, que es la conformidad que entre sí tienen, refiriendo todas sus cosas á Dios que en ellos principalmente las obra, es de saber si el sacrificio de la misa aprovecha solamente á aquel ó aquellos por quien se celebra, ó comúnmente á todos los que están en caridad, según aquello que dice David (Psal. CXVIII): Particionero soy yo, Señor, de todos los que con temor reverencial os acatan.

A esta cuestión responde Escoto (Scot., qu., lib. I) que el mérito del sufragio aprovecha en una de tres maneras: Una se dice especialísima, otra generalísima y la tercera se dice especial. En la primera, que se dice especialísima, el mérito de la misa siempre aprovecha al sacerdote que la celebra, si está en gracia, aunque la celebre por otro; porque él tiene buen movimiento del ánimo y hace obra que es buena de su linaje, á la cual por ser hecha en caridad, de mérito congruo se deve premio. El cual buen movimiento de la buena intención caritativa con que hace la tal buena obra, no puede ser de aquel por quien celebra la misa; porque la caridad ordenada empieza de sí, después que ha cumplido con Dios.

La segunda manera, que es la generalísima, es aquella con la cual el mérito de la misa aprovecha á toda la Iglesia. Y en este mérito no ha de excluir el ministro á ningún miembro de toda la Iglesia, porque en persona de toda la Iglesia dice *Oremus*, que quiere decir: supliquemos á Dios. Luego en esta segunda manera, aunque actualmente no pueda, con habitual intención ha de meter á todos los miembros de toda la Iglesia sancta católica. Y desta segunda manera no solamente aprovecha la misa á la Iglesia militante, mas aun aprovecha á las ánimas de purgatorio por la caridad que les une con los vivos que están en gracia.

En la tercera manera, que es la especial, vale el mérito de la misa por aquel ó aquellos por quien en especial se celebra. E porque esta tercera manera es la que más socorre á las ánimas, es cosa provechosa que cada uno instituya que le digan misas especiales; porque, aunque por la institución de los albaceas ó de los que con caridad se movieron á hacerlas decir, se aprovecha del mérito especial de las misas, mucho más le aprovechan las que él en caridad ordenó ó hizo decir por su alma. Y no por eso se deja de cumplir con el amor del prójimo, aunque el testador ó el aplicador de la misa se determine á cierta persona. Porque el mérito de la misa, ó se considera cuanto á la satisfacción de la pena que por

los pecados se deve, ó se considera cuanto es sacrificio para alcanzar por virtud dél algún dón de gracia. Por ninguna vía destas se defrauda la caridad del prójimo, así como en la vía no hace contra caridad si de sus proprios dineros restituye sus deudas, ó de la limosna que hace alcanza alguna gracia del Papa, y aunque le sobren dineros no es obligado por vida de caridad projimal á pagar las deudas del prójimo ó á dar limosna para alcanzarle gracias y previlegios del Sumo Pontífice; porque si en esto estuviese la caridad con que amamos al prójimo, sería una perplejidad tan intrincada, que ni esciencia ni hacienda bastase para vencerla.

Desta manera no está la caridad projimal en comunicar la especialidad del mérito de la misa á todos en general; mas está la caridad del prójimo en que queramos que tenga nuestro prójimo amor gratuito de Dios; que ame á Dios por Dios y no le ame á jornal, teniendo sólo ó principalmente el ojo á la paga. Desear que se salve, é si estuviese su salvación en nuestra mano, estar aparejados para poner todo lo que humanamente se pudiese hacer sin pecado. Con estos y otros semejantes buenos deseos y buenos propósitos amamos al prójimo como á nosotros, porque no le podemos desear mayor bien que es desear que cumpla aquello con que, según la justicia ordenada, se alcanza la gloria.

Queda luego que, pues instituir misas particulares en el valor especial, así para la remisión de la pena como para la colación de la gracia, no es contra la caridad projimal, digamos que es sancta y saludable cosa y cuasi necesaria instituir misas especiales, si para ello hay facultad y tiempo; que los albaceas las hagan decir por las ánimas de sus depositores, pues es el sufragio que vale más sin los otros que todos los otros sin él, pues así como el holocausto encierra en sí todos los otros y todos ellos valen por él.

CAPÍTULO VI

Si el mérito de la misa es más en un tiempo que en otro, y por un ministro más que por otro.

Habiendo dicho que el mérito de la misa es limitado según la justicia distributiva de Dios, que reparte según la devoción de los que ofrecen el sacrificio, queda de saber si puede recebir augmento y diminución, no de parte de la obra, sino de parte del ofrecedor y del tiempo en que tal sacrificio se hace.

A esto respondemos que en la misa hay dos ofrecedores: Uno es el ofrescedor personal, conjuncto á la misa, sin medio. Otro es el ofrescedor principal que ofresce, no en sí, mas por medio del ministro, que es el órgano y el instrumento por medio del cual principalmente ofrece su sacrificio. De parte del ministro cierto es que si está en gracia, crece el mérito de la Misa; de parte del cual sería ninguno si celebrase en pecado mortal. E así como celebrándola en gracia gana mérito para el ánima de aquel por quien ofresce la misa, así defrauda en cuanto es de su parte al ánima por quien ofrece la misa, si está en pecado mortal.

El segundo ofrecedor, que es el principal, es la Iglesia universal; y cierto es que de partes de la Iglesia, que por medio del sacerdote ofresce la misa, siempre redunda el mérito de la misa en provecho de aquel por quien se celebra. Este segundo mérito, aunque no se puede quitar de todo, porque no pueden faltar justos en la Iglesia de Dios, según la justicia retributiva que paga más al mérito mayor que al menor, se varía de más á menos según que más ó menos justos hay en la Iglesia, en cuya persona principalmente se ofresce este sacrificio.

De aquí se infiere que las misas que se celebran en tiempo que están los cristianos más recogidos á sus consciencias, aprovechan más y acéptalas Dios para conceder más por ellas que las que dicen en tiempo de disolución. Ejemplo desto parece en la semana sancta y en la semana de carnestollendas, porque en la una por el extraordinario comer y campos y huertas suelen hacer los diablos antipodio y convite de las consciencias de muchos, y en la otra parte por el ayuno ordinario y las confesiones y limosnas y pasos de romerías se gozan los ángeles en el cielo por los pecadores que con la enmienda de la vida se vuelven á Dios. Pues quién dubda que la misa dicha en tiempo sancto, cuando hay en la Iglesia más justos y más recogidos, es más acepta á Dios que la que se celebra en tiempo tan disoluto, cuando los más de los hombres tienen más cuidado de regalar á los cuerpos que de la salud de sus almas?

De todo esto se saca, que aprovecha más la misa que celebra el honesto y recogido sacerdote que el disoluto. No digo cuanto al mérito esencial de la misa, porque este siempre es uno que le trae de partes de la institución divina, del cual dice Sant Augustín (Aug., lib. de con. et san. domini.): En los misterios de la misa no hay más virtud por ser celebrada de buen sacerdote, ni hay menos por ser celebrada de malo. Luego de partes de la gracia y caridad con que el buen sacerdote celebra la misa está el más ó menos, que no de parte del mérito esencial de la misa.

Item, se saca que de partes del recogimiento del tiempo y la sanctidad de los hombres es de más valor el mérito de la misa que la que se celebra en tiempo contrario, en el cual, aunque por la promesa de Cristo Nuestro Redemptor no pueden faltar justos (Math., VIII), no hay tantos ni tan enteros, cuando se resfría la caridad, cuantos y cuan encumbrados están en el tiempo en que, ó por la santa costumbre ó por la extraordinaria necesidad cuando hay jubileos, suelen y deven los hombres recogerse á guardar los mandamientos de Dios, ó á pedir con pía afección las cosas de que se ven claramente necesitados.

Concluyamos, pues, que en la misa hay tres méritos. El primero y menor proviene de partes del sacerdote que celebra en gracia la misa. El segundo y mediano proviene de partes de la universal Iglesia, en cuyo nombre principalmente se ofrece la misa. El tercero, que va subiendo como por grados, es el mérito esencial, que proviene de parte del instituidor, que es Cristo Nuestro Redemptor. E todos estos tres están registrados y refrendados en la aceptación divina, que es la justísima regla de todo el valor de todas las cosas.

El primero mérito, que proviene de parte del sacerdote, se puede augmentar y minuir en tanto hasta que dél no quede nada en la misa. El segundo, aunque se puede augmentar y minuir según que más ó menos justos huviere en la Iglesia, no puede faltar del todo, así como no pueden faltar justos en la Iglesia de Dios. El tercero es siempre constante, que nunca se muda; porque en todas las misas y en todos los tiempos y en todos los sacerdotes es uno inmutable, así como es inmutable la aceptación divina de donde procede el tal mérito.

CAPÍTULO VII

Sí aprovecha tanto al defuncto la misa de Dominica ó de fiesta como la misa de Requiem.

Podría alguno dubdar si vale al defuncto la misa de Dominica, ó de Nuestra Señora ó de otro sancto, tanto como la de Requiem, la cual es aplicada para los defunctos. A esta dubda se responde que en la misa se consideran dos cosas: la una es el sacrificio, y la otra son las oraciones. Cuanto al sacrificio, igualmente aprovecha cualquier misa, porque es uno en todas. Cuanto á las oraciones, aquellas aprovechan más que más excitan la devoción del que ora, ó aquellas cuya intención se endereza á aquellos por quien las tales oraciones se hacen. Por lo cual, si miramos al enderezar la intención, vemos que las oraciones de Requiem suena el socorro de los defunctos; y así cuanto á este punto diremos que aprovechan más que las otras. Mas si miramos al excitar de la devoción ó la intercesión del sancto en cuya memoria se celebra misa, es cierto que más aprovechará al defuncto una misa de pasión que de Requiem. E la misa del sancto, por razón de la intercesión que en ella se pide para socorro del defuncto, aprovecha más que la misa de Requiem. No porque las misas de Requiem no sean propriamente aplicadas para los defunctos, cuyo oficio celebra la Iglesia en el segundo día del mes de noviembre, mas, como dije, por razón de la devoción que excita en la misa de passión ó de Dominica, ó por razón de la intercesión del sancto que en la misa se pide, para el defuncto aprovecha más que la misa de Requiem.

Esto es lo que en esta dubda responde Gabriel Biel en el canon de la misa (Gra. lect., LVII cano.): é si en cualquier día feriado es esto verdad, más fuerza tiene en el día de Dominica ó de fiesta, en los cuales días sería muy loable costumbre que el particular testador que deja capellanías se conformase con su Iglesia diocesana y mandase celebrar las misas en domingos é fiestas del oficio que reza su Iglesia metropolitana; porque demás de lo que él ganaría, quitaría la ocasión á muchos que no saliesen de la misa, viendo el oficio de Requiem en día de Dominica ó de fiesta; é los que quedasen gozarían de la

misa del día, conforme á la regla de su diócesis.

CAPÍTULO VIII

Del segundo sufragio, que es de las indulgencias

Allende de la misa, hay otro sufragio, que en latín se dice indulgencia y en romance vulgar se dice bula, porque el sello plomado que se da en el original de la indulgencia se dice *bula* en lengua latina. Esta indulgencia, conforme á todos los doctores, así teólogos como canonistas, aprovecha á las ánimas de purgatorio por vía de sufragio. Quiero decir que el sumo Pontífice, como cabeza de la Iglesia militante, no solamente tiene poder sobre los vivos, mas aun, por virtud de las veces de Cristo que tiene en la tierra, puede por vía de sufragio relajar las penas de purgatorio; porque es un mayordomo y despensero mayor del sobreabundante tesoro de la redempción copiosa de Nuestro Redemptor Jesucristo, el cual puede distribuir, no solamente á los vivos que están debajo de su jurisdicción, mas aun sobre los fieles defunctos, mientras están en la vía y no han llegado á la patria que es la gloria, fin ultimado de su camino. Y esta sentencia certísima confirma por muchas razones y auctoridades Alexandre de Ales, Sant Buenaventura, Sancto Tomás, Egidio, Durando, Pedro de Tarantasia, Ricardo de Mediovilla, Tomás de Argentina y otros muchos doctores. E sobre todo ésta de los sumos Pontífices, así antiguos como modernos; aunque cerca de los antiguos no fué tan continua la concesión de las indulgencias como es ahora; porque la Iglesia, que tiene el espíritu de su esposo Cristo Nuestro Redemptor y maestro, con el cual no puede errar, destribuye y ordena cada cosa en su tiempo, según que de la tal cosa hay necesidad en sus miembros. E pues sabemos que en la primitiva Iglesia era tanto el hervor de la caridad en que vivían los hombres tan bien, zurcían con gran penitencia las fragilidades humanas en que caían (porque según la predicación de Sant Juan Baptista (Joan., I), hacían fructos dignos de penitencia), no havían menester lo que en los tiempos postreros; en los cuales, como dice Nuestro Redemptor (Math., XI), vemos que está resfriada la caridad, porque abunda la iniquidad de los hombres. Por lo cual son muy necesarias las indulgencias para que suplan los tesoros copiosísimos de la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo las muchas y grandes faltas que por falta de caridad cometemos. El cual socorro, como dice Alexandre de Ales (Alex., part. IIII, quest. LXXXIIII, memb. V), pues que se dió para los vivos, que por su penitencia tienen facultad para ser ayudados por sí, muy conforme es á la divina misericordia que quisiese que los tesoros copiosísimos de su sagrada pasión se extendiesen también hasta sus miembros fieles de purgatorio, que no están en tiempo de poderse ayudar por sí mismos, si no les viene el socorro de fuera. Especialmente que, como no haya más de dos Iglesias, militante de acá y triunfante del cielo, pues los de purgatorio aún no están en la triunfante, síguese que son de la militante, y por consiguiente se pueden aprovechar de todos los beneficios de la Iglesia en que están, cuanto á poder ser relevados, por ser medios entre los del cielo y los que viven acá; porque el sumo Pontífice puede absolver y ligar á los que están en el cielo. El medio destos poderes es el purgatorio; y así les puede absolver á manera de la Iglesia militante, y no los puede ligar, como no puede ligar á los que están en el cielo. E así paresce que el purgatorio en todo es medio entre el cielo y la Iglesia militante; y en cuanto no pueden pecar, comunican con los del cielo; y con el vínculo de la caridad comunican con entramas Iglesias, triunfante del cielo y militante de acá.

Añádese á esto que el Papa no comunica directamente el tesoro de la Iglesia á los defunctos, porque ellos no pueden hacer la obra por la cual el Papa concede los perdones ó la indulgencia, así como es visitar iglesias, rezar, dar limosna, ayunar, peregrinar ó cosas semejantes á estas obras pías. Mas dalos directamente á los vivos, por cuyas obras oblicua ó indirectamente recuden á los defunctos cuando el Papa otorga que tal ó tal obra se haga; porque la unión de la caridad requiere que el miembro sano y fuerte ayude y sustente en cuanto buenamente pudiere al miembro flaco que no tiene virtud natural para poderse ayudar de sus fuerzas. E pues todos los cristianos somos miembros místicos de una cabeza, que es Cristo, como lo dice el apóstol (Rom., XII; Ephe., V; Gala., VI), y conforme á la ley de Cristo que el mismo apóstol dice que cumpliremos, nos manda que

unos llevemos las cargas de otros, es oficio del verdadero cristiano socorrer con su ayuda y trabajo á los prójimos que dél tuvieren necesidad. Y pues los que están en purgatorio son prójimos y necesitados que no tienen facultad para ayudarse de suyo, síguese que es conforme á la caridad evangélica que el sumo Pontífice les socorra con los copiosos tesoros que tiene la Iglesia, y los miembros inferiores hagan por ellos lo que ellos desearían que hiciesen los vivos por ellos cuando ellos estuviesen en purgatorio, pues están en tiempo y razón de poder ser ayudados con los sufragios de los que viven; pues es verdad que puede haber relajación en el purgatorio, la cual se puede muy bien entender en lo que dijo Nuestro Redemptor (Math., XII): El que hablare blasfemia contra el Espíritu Sancto, no se le perdonará ni en este siglo ni en el otro.

De aquí parece que, si absolutamente no huviere remisión de la pena en el otro siglo, nunca Cristo Nuestro Redemptor encareciera la gravedad del pecado hecho contra el Espíritu Sancto; con decir es de toda malicia, que ni aun en el otro siglo no se remitirá la pena que por él se deve pagar; mas solamente dijera: El que pecare contra el Espíritu Sancto no se le perdonará la pena del tal pecado en este siglo, ó absolutamente dijera: no se le remitirá. Mas, pues añadió ni este siglo ni en el futuro, bien dió á entender que así como en este siglo hay remisiones de algunos pecados, así la hay en el otro. En el cual dice que tampoco se remitirá la pena que por la blasfemia hecha contra el Espíritu Sancto se deve, como no se remitirá en esta vida presente sin que pague por entero de su gran maleficio, ahora sea con la contrición muy plenaria, ahora sea en purgatorio con la pena enteramente pagada, sin que della le suelten punto, ahora sea en el infierno con la pena perpetua si muriere en pecado mortal.

Por esta inducción claramente paresce que hay remisión de pena en el purgatorio, pues de la remisión de la pena solamente se excepta el pecado hecho contra el Espíritu Sancto, el cual por ser pecado de mucha malicia se pagará con pena para siempre.

Queda luego que es oficio de caridad que los miembros fuertes y sanos ayuden á los débiles que no tienen facultad para ayudarse de suyo.

CAPÍTULO IX

Que declara si es bien tomar muchas bulas por una misma alma, trayendo cada una dellas indulgencia plenaría.

Sabido que hay remisión de pena en el purgatorio, queda que sepamos si se disminuye la confianza que de la bula se ha de tener por tomar muchas bulas por una misma persona, si cada una dellas trae indulgencia plenaria, con la cual es cierto que se quita toda la deuda de aquel por cuya alma se toma la bula, demás de la bula ó bulas que el defuncto tendría con cláusulas que consiguiese indulgencia plenaria en el verdadero artículo de la muerte.

A esta dubda decimos en breve que es muy bien que, no obstante las bulas que el defuncto tomó en su vida, los albaceas ó amigos ó todos juntos le tomen todas las que buenamente pudiesen. E no por eso se sigue que se menoscaba la confianza que de la bula se ha de tener; porque como el fructo de la bula está en tres cosas: que sea concedida de quien tiene autoridad y poder, y que sea concedida con causa pía ó título racionabile, é que el que la ha de gozar esté dispuesto y no tenga de su parte ó ponga obstáculo con que justamente sea privado del beneficio de la indulgencia, aunque no es de pensar que haya falta en las dos condiciones primeras, quién será el que estará seguro de sí mismo, diciendo el apóstol (I Cor., IIII): No hallo cosa de que la consciencia me acuse, mas no se sigue por eso que ya soy justo? Luego conosciendo el hombre su propria fragilidad, conosciendo lo que Eclesiastés dice (Eccles., IX): Que no sabe el hombre si está en gracia de Dios ó en aborrecimiento; por qué se descuidará en tomar sola una bula, como si ya estuviese muy seguro de su consciencia, no acatando si al tiempo que tomó la tal indulgencia estuvo rehacio en su pecado mortal, é ya que no lo estuviera pudo ser que no haya hecho lo que el Papa le mandava en la bula? Luego siempre es bien tomar bulas, así los vivos para sí como para los fieles defunctos; que, pues ningún bien queda sin remuneración, parésceme que aunque estuviese cierto que el ánima de aquel por quien toma las bulas estuviese en el cielo, no dejaría de hacer obra de caridad se tomase las bulas que de defunctos vi-

niesen, cuánta más razón es que las tome por el alma de aquel de cuya liberación no está seguro? Cuanto más que ya que estuviese en el cielo, gozárase accidentalmente; y el que la toma con caridad de hacer bien al prójimo, conseguirá el premio esencial que á cualquier obra caritativa hecha por Dios corresponde. Allende que la bula no se perderá, porque el fructo della se tornará á repositar con el tesoro de la Iglesia, para ayudar con él á las ánimas que en purgatorio son más propincuas del que toma la bula, ó á las que tuviesen más necesidad, según la misericordia divina lo distribuyere, ó según que el que toma la bula lo suplicare á Dios; que si el ánima de fulano no tuviere necesidad de aquella indulgencia, que le haga mercedes de sacar otra ánima que él nombrare, ó, si no, al ánima á quien más es en cargo, ó al ánima que mayor necesidad tuviere de aquel sufragio. De manera que nunca se perderá el fructo que por la bula se gana.

Mas es aquí de saber, si uno muere contrito y satisfecho y absuelto con la bula que trae indulgencia plenaria, si en este caso será bien tomar otras bulas por el ánima deste que así muere. A esto decimos que es muy bien que se tomen, porque no estamos ciertos que el sacerdote le haya absuelto por virtud de la bula. Item, no estamos ciertos si guardó la orden y forma que en las tales absoluciones manda el Pontífice. E ya que no haya falta en esto, puede ser que después de absuelto por la indulgencia haya pecado mortal, ó venialmente á lo menos; porque aunque confiese después el tal pecado, queda obligado á la pena de purgatorio; por lo cual es gran caridad que tantas cuantas veces vinieren bulas de defunctos se tomen. E aun sería muy gran provecho al defuncto que lo deje él mandado en su testamento, porque el premio esencial ninguno le puede merescer por otro sino por sí. Por donde llevará delante la buena obra de la caridad con que se movió á querer y ordenar obras pías referidas á los méritos copiosísimos de la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo.

Finalmente, como dice Gabriel Biel (Gabriel, lec. LVII), si la Iglesia estableció celebrar oficios por los niños baptizados que mueren antes de los años de discreción, más razón es que se hagan por los defunctos que pasan de aquellos años todos los sufragios que buenamente se pueden hacer; pues no se puede tener dellos tanta seguridad como de los niños baptizados que mueren antes que tengan uso de la razón, los cuales por morir en el estado de la baptismal inocencia es fe certísima que en muriendo suben al cielo, y por consiguiente no tienen que ver con las penas de purgatorio.

CAPÍTULO X

De la diferencia y grados que hay en las indulgencias.

Indulgencia en latín significa tanto como regalo ó relajación ó suelta ó perdón en romance, en la cual hay diferencias de grados. E aunque unos ponen más y otros ponen menos, otros dicen que los nombres de las indulgencias son sinónimos, que quiere decir nombres diversos que todos significan una misma cosa. No derogando á la auctoridad de algunos doctores, que no pusieron diferencias de grados, nosotros diremos que hay cinco grados ó diferencias de indulgencia.

La primera diferencia se dice indulgencia de limitados perdones; así como son tantos años, ó tantas cuarentenas, ó tantos días de perdón, ó la tercera ó otra cualquier parte de la pena de los pecados contritos y confesados. Dícese primera diferencia, que por ser limitada es la menor de todas. Para inteligencia de la cual es de saber que los perdones que se señalan por tiempo quieren decir que tanto tiempo les hace de suelta el sumo Pontífice cuanto ganaran viviendo si hicieran la penitencia que por los pecados confesados les impusiera el sacerdote que los absolviera, ó tanto tiempo les hace de suelta en el purgatorio cuanto havíen de penar en la vida con la penitencia que no siendo arbitraria de derecho havíen de pasar.

La segunda diferencia se dice indulgencia plena ó plenaria; y ésta dice Pedro de Palude (Petrus, di. XX, lib. IIII, sen.), que es remisión ó suelta de la pena que á los pecados mortales confesados se deve.

La tercera se dice plenior, la cual, según este mismo doctor en el mismo lugar, es relajación de la pena debida por los pecados mortales é juntamente los veniales.

La cuarta se dice plenísima, la cual, según este mismo doctor, se dice plenísima respecto de la culpa de los pecados veniales; por-

que, según dice este mismo doctor, puédese remitir ó soltar la pena devida al pecado mortal confesado, no remitiendo la pena debida al pecado venial, ni la culpa; y puédese por la indulgencia plenísima en cuanto tiene razón de alguna solución, según este mismo doctor, perdonarse el pecado venial cuanto á culpa, como se perdona por la confesión general que no es sacramental; aunque para que se perdone la culpa del venial por esta vía se requiere contrición.

Estas son las palabras que este sobredicho doctor dice en el lugar alegado.

El jubileo es el último y supremo grado de todas las indulgencias, aunque Juan de Anania (Joan de Anania., rub. de sor. extra.) no quiso afirmar ganarse en el jubileo más que en la indulgencia plenaria; porque, dejando aparte el concepto común de todos, que ponen mayor conato y diligencia para ganar el jubileo que para la indulgencia plenaria, el mesmo nombre de jubileo, que quiere decir el año de la libertad, parece que trae consigo cosa más que todas las otras indulgencias; porque en él no solamente se suelta la deuda, mas queda tan libre el que le gana como si nunca la huviera devido; porque por parte de ser figurado en la libertación quincuagenaria que se hacía de cincuenta en cincuenta años, como parece en Levítico (Levi., XXV et XXVII) y en los Números (Núm., XXVI), parece que reduce al hombre virtualmente al estado de la inocencia; así como el jubileo antiguo, en quien éste se figuró, reducía los poseedores antiguos en sus posesiones antiguas.

El nombre desta indulgencia no se deriva de júbilo, que quiere decir alegría, sino de jobel, nombre hebreo que quiere decir bocina, porque en el año del jubileo era muy ordinario tañer bocinas por todas las calles y los caminos, cuyo uso, como se dice en el libro de Josué (Josué, VI), era en el año del jubileo.

Esto es lo que en suma se saca de la diferencia de las indulgencias. Mas como en esto haya opiniones de doctores, lo más seguro es allegarse á la más común: que tienen las indulgencias nombres diversos por diversas razones, y significan una mesma cosa; así como un mismo hombre se llama bachiller, licenciado y doctor, y en cualquier grado destos tuvo plenaria potestad de ejercitar la profesión de su oficio; sino decimos que por la borla ganó la franqueza que no ganó por los dos grados primeros, é así por el jubileo ganó la libertad figurada en el jubileo quincuagenario. Por eso no faltó quien quisiese poner diferencia, aunque por no llevar fundamento más creo que es sofística y aparente que verdadera.

La posición desta diferencia compara al que está en purgatorio á un preso que está en la cárcel; al cual en tres maneras se le podrá hacer gracia muy especial de la deuda por la cual está preso. La primera es soltándole la deuda sencillamente, que es el caudal, no teniendo respecto á soltarle las costas que por la principal deuda ha hecho. La segunda sería, si junto con el caudal juntamente se le pagasen las costas que ha hecho, así por la tardanza del pagar como por haver entrado en la cárcel por su culpa. La tercera es, si demás de soltarle el caudal y pagarle las costas, le hiciésemos gracia de darle dineros para su camino. Desta manera imagina esta posición aparente que la indulgencia plenaria es soltar el caudal de la pena que por su cabal el ánima havía de pagar por entero. La plenísima dice que es pagarle las costas demás de la suelta principal; é las costas dice que son las escorias ó rastros ó las inclinaciones que se contrujeron por el pecado; así como vemos en los vivos, que después que un mismo pecado pecaron dos ó tres veces, aunque de corazón se arrepientan, por lo cual se les perdona el pecado, quédales un hábito y una inclinación de aquel pecado, en que dos ó tres veces cayeron, la cual inclinación se ha de quitar con el hábito de la virtud contraria al vicio en que se habituaron, y este hábito se adquiere por discurso de tiempo. E aunque la tal inclinación no sea culpa sino pena del pecado en que tantas veces cayeron, dice esta posición que la tal inclinación se purga, no con pena sensible, sino con sola la tardanza; porque cuando el ánima salga del purgatorio, no solamente no lleve culpa, mas aún ni rastro ni inclinación del mal que purgó; y esta tardanza dice que son las escorias ó las costas del carcelaje. El jubileo dice que, demás de todo esto, le concede algún grado de merecimiento por parte de ser figurado en la libertación, en que volvían las posesiones vendidas á cabo de cincuenta años. Esta posición, como dije, por no tener proporción en carcelaje de acá con el purgatorio, más se tiene por aparente que por verdadera.

En esta materia puede ocurrir una duda: cómo se compadece que el Papa conceda indulgencia plenaria, é junto con ésta conceda perdón de la tercera ó cuarta ó otra cualquiera parte de los pecados, como cada día leemos en muchas gracias é previlegios que los Pontífices concedieron á hospitales y monesterios? A esto se responde que un mismo Pontífice no concedió á una mesma persona estas dos cosas; mas uno concedió perdón de cierto número de pecados, y otro que quiso añadir concedió indulgencia plenaria. E la casa que alcanzó los perdones, hace publicación de todas las concesiones, salvo si la parte no es de las penitencias injunctas por los confesores, ó las que se devían por derecho poner, porque desta manera un mismo Pontífice lo acostumbra á hacer.

CAPÍTULO XI

De la comparación de las indulgencias á la misa y á los otros sufragios.

Supuesto que la misa, aunque cuanto á la significación sea de infinito valor, y cuanto al premio que por ella se da sea de valor limitado, suélese preguntar cuál es mejor hacer, decir misas por los defunctos ó tomarles bula con que sin tardanza salgan del purgatorio; pues es cierto que, así como por virtud de las llaves que tiene el Pontífice, con un Avemaría puede relaxar la pena que á los pecados confesados se deve, por la mesma virtud, con la mesma Avemaría puede relajar, por vía de sufragio ó ayuda, presupuesto que haya causa, toda la pena de purgatorio; pues tan de justicia ordenada es obligado el viviente á penar por el pecado, como el que está en purgatorio. Esto así presupuesto, es de saber: cuál es el mejor, tomar una bula de defunctos con que el defuncto salga del purgatorio, ó aquella cuantía que en limosna se da por la bula darla en limosna para que se diga de misas?

Aquí se responde que lo mejor es hacer juntamente lo uno y lo otro, pues no puede ser uno tan pobre que á lo menos de sus vestidos no haya para misas y para bulas. Mas si todavía queremos saber cuál destas dos cosas aprovecha más al defuncto, responderé que las indulgencias solamente libran de la pena, mas nunca libran de la culpa, si no fuere venial, como lo trujimos de Pedro de Palude, porque la culpa se quita con la contrición y con la confesión verdadera. De adonde se sigue que las indulgencias de suyo no tienen gracia como la tienen los sacramentos eclesiásticos, porque solamente absuelven de la pena.

De aquí se sigue otra conclusión: que no solamente la misa, mas aun cualquier oración y cualquier limosna y cualquier obra de misericordia, con tal que se haga en caridad, vale más que todas las indulgencias del mundo· Esto digo con que en la indulgencia no haya otra cosa más del título de sola indulgencia, sin que del que la toma se le pegue algún merecimiento por parte de la caridad con que la toma. Esto es, porque las indulgencias sueltan la pena, mas no dan grado de gloria. Quiero decir, que por virtud de sola la indulgencia ahorrarse [ha] uno de ciento ó de mil años que por justicia ordenada huviese de estar en el purgatorio; mas no por eso se le añade algún grado de merescimiento, al cual corresponda nuevo grado de gloria, demás de la que se le dará correspondiente á los méritos de su vida ó á la buena intención con que él en su vida ordenó que le tomasen la bula, ó lo que se le pega de la caridad con que sus albaceas ó amigos se la tomaron. Mas las obras de misericordia hechas en caridad, no solamente relajan la pena, mas aun, por virtud de la gracia con que se hacen congruamente, son merecedoras de algún grado de gloria, puesto que la gloria esencial ninguno la puede merecer por otro, así como el infierno no le merece por culpa de otro.

Demás desto, los sufragios de misas, oraciones, limosnas y ayunos en alguna manera aprovechan á todas las ánimas de la universal intención con que están unidas en caridad; mas las indulgencias, como no sean, en cuanto indulgencias, meritorias de grado de gloria, porque solamente se extiende á la relaxación de la pena, de la cual no participan todos los miembros del cuerpo místico, así como en el cuerpo humano parece que deja de doler en el uno y quédase el otro con su dolor. Desta manera la indulgencia no se extiende á todas las ánimas, é así es que sola el ánima de aquel por quien se toma la bula sale de las penas del purgatorio. Luego si el bien en tanto es más bien en cuanto es más comunicado, y el sufragio que socorre á las culpas se extiende por todos los miembros del cuerpo místico,

síguese que es de mayor valor cualquier obra que en caridad se hace que todas las indulgencias en cuanto á indulgencias; porque la obra de caridad se extiende á todos aquellos que une la caridad, así como el ánima racional se extiende á todos aquellos miembros que están unidos al cuerpo; mas la indulgencia es un bien particular, que no se extiende sino á particulares personas, así como el dolor de un miembro del cuerpo no duele á todos los miembros; mas cuando aquel dolor se relaja sienten alivio los miembros, porque aquel dolor se quitó de todo el hombre, así las ánimas sienten alivio accidental de ver que una sale de pena, aunque no deje cada una de tener su pena cumplida; como vemos que de que duele á un miembro no recibe alivio el dolor de otra parte; mas no por eso se sigue que no se goce un miembro con el bien de aquel á quien está unido por caridad.

CAPÍTULO XII

Del ministro de los sufragios.

Ya que los sufragios están declarados, queda la elección de los ministros que han de ofrecer á Dios los sufragios; pues es cosa manifiesta que el que ha de ser embajador ó medianero entre algunas personas ha de tener alguna similitud con las partes: que cierto es que no entrevendrá entre Castilla y Vizcaya el nascido y criado en Bohemia; no entrevendrá entre el señor y los siervos el común enemigo de entramos. Desta manera, muy mal medianero y entrevenidor de conciertos será el que vive en ofensa de Dios y en escándalo de los hombres. De aquí dice Sant Gregorio: Si el que ofende es entrevenidor, el ánimo del airado se incita á mayor ira que la que antes tenía. Luego es consejo muy saludable que, si se puede hacer sin escándalo ó rencor ó sin dar que decir ni pensar á los circunstantes, que escojamos al ministro que más se allegare en vida y en doctrina á la orden sacerdotal, porque el mérito que proviene de parte del ministro de tal sufragio sería de ningún valor si el tal ministro estuviese en pecado mortal. Por lo cual la Iglesia prohibe á los malos ministros de la administración de los sacramentos, y en especial del santísimo sacramento de la Eucaristía, al cual derechamente repugna la malicia del mal sacerdote. Por lo cual, porque este santísimo sacramento es sacramento de fe, la Iglesia prohibe y suspende á los heréticos de la celebración dél; é porque es vínculo de caridad, por eso suspende á los scismáticos, que quieren romper la unidad de la Iglesia; é porque es vaso de gracia, por eso alanza á los simoníacos, que quieren comprar y vender la gracia de Dios; y porque es sacramento de unión, por eso excluye la Iglesia á los descomulgados; y porque es sacramento de dignidad son alanzados dél los que están degradados, privados de toda eclesiástica dignidad; é porque es sacramento de virtud perfectiva, por eso repele la Iglesia á los suspensos y á los irregulares, que tienen las manos ligadas; y porque este sacramento es elevación del ánima en Dios, por eso son alanzados dél los fornicarios; porque de todos éstos se podrá decir lo que dice el apóstol: *Animalis homo non percipit ea quœ sunt Spiritus Dei;* El hombre que vive á la bestial á manera de bruto, no entiende las cosas de Dios. Mas porque hay doce horas en el día, y en cada una dellas se puede levantar e[l] pecador del pecado, no se ha de tener por malo cualquier ministro por cualquier cosa liviana. Especialmente, que la conversión interior es oculta á nosotros, por lo cual no se debe hacer escándalo en la elección del ministro, si la cosa no fuere tan manifiesta que no se pueda encubrir. E lo que de la misa decimos se entienda en la administración de los otros sufragios, aunque no se requiere tanta examinación del ministro, por ser sufragios inferiores á la dignidad de la misa.

CAPÍTULO XIII

De los otros sufragios.

Aunque sea verdad que el sacrificio de la misa es el que corresponde al holocausto, que era el sacrificio mayor en que virtualmente se encerravan todos los sacrificios menores, no por eso se sigue que se han de dejar los otros sufragios menores; así como no se dejavan los sacrificios menores de que se hace mención casi en todo el libro del Levítico. Luego al mismo ejemplo no dejaremos nosotros los sufragios menores, como son las horas canónicas, las oraciones privilegiadas, las oraciones devotas de santos, y, finalmente, cualquier meditación ó ejercicio espiritual que se

endereza al sufragio para ayuda de los fieles defunctos, como son predicaciones, estudio de teología, participación de los sacramentos y otras cualesquier obras de caridad, que cada uno puede aplicar á la satisfacción de los fieles defunctos; item, limosnas, ayunos, disciplinas, romerías y cualquier trabajo espiritual y corpóreo referido á la satisfacción de las de purgatorio. Cada cosa destas es meritoria para relajación de las penas que de justicia ordenada las ánimas havían de acabar de pagar.

Demás de todo esto, todo lo que acompaña al sacrificio de la misa aprovecha mucho á las ánimas, así como son ornamentos, cera y aceite. E las hachas que arden en las sepulturas de los defunctos aprovechan, porque, como dice Sant Juan Damasceno: Los cirios que arden en persona de los defunctos representan á Cristo Nuestro Redemptor, que es la verdadera lumbre; representan su fe sacratísima, que es la lumbre del entendimiento con que los fieles caminan al cielo. El encienso representa el culto divino con que en persona de los defunctos los vivos adoran á un solo Dios en esencia y trino en personas. El pan y el vino y los dineros que en limosna se dan á los sacerdotes también relajan las penas de los fieles defunctos, como parece en el libro de los Macabeos, cuando Judas Macabeo mandó llevar á Jerusalem gran suma de dineros para que se ofreciesen por los pecados de los defunctos.

Concluyamos, pues, que no se deven dejar los sufragios menores, aunque en la misa virtualmente se encierren; porque más especialmente aprovechan puestos en obra que cuando generalmente en equivalencia se encierran en otro; porque entonces en cada uno dellos aprovecha por sí, aplicando la intención á ayudar con ellos á los defunctos así como á miembros de un mismo cuerpo que están en estado de gracia.

CAPÍTULO XIV

De la diligencia de los albaceas y testamentarios.

En el capítulo quince del segundo punto dijimos la diligencia que el testador ha de tener en instituir albaceas diligentes y caritativos; agora diremos de la diligencia que los albaceas deben tener en cumplir los descargos y mandas del testador, porque va mucho en su diligencia; porque aunque no sean parte para estorvar el premio esencial, que es la gracia y la gloria que ganó el testador que ordenó su testamento en caridad por la buena obra que en ello hizo, á lo menos pueden ser ocasión para que la aliviación y relajación de la pena purgatoria y la presteza de la salida, ó tarde ó nunca la ganen los testadores por la negligencia de sus testamentarios, porque, como dice Ricardo (XIV dis., q. V, lib. IIII), la ordenación del descargar y restituir es condicional; quiere decir, que la tal ordenación puesta en obra alcanza luego su efecto; e si tarde se pone, tarde le alcanza, é si nunca se pone, nunca le alcanza; quiero decir el efecto del premio accidental; que el efecto del premio esencial, que es la gracia que gana el que ordenó en caridad su testamento, y la gloria que le corresponde en el cielo, nunca se pierde por negligencia del testamentario, porque ninguno puede ser defraudado de los bienes eternos sino por su propria culpa; mas cuanto al premio accidental que por su obra meresció, que es el alivio de la pena del purgatorio y la presteza de la salida, como ya dije, puede ser que se dilate tanto que cuando le empiece á cumplir esté ya purgado y haya salido por su cabal el que ordenó el testamento; por donde ya no tendrá necesidad del socorro que llegó fuera de tiempo, cuando ya estava satisfecha la deuda. Por lo cual será buen consejo hacer lo que dice el Eclesiástico (Eccles., XIIII): antes de tu muerte haz bien á tu amigo, y según tus fuerzas reparte á los pobres. Y según el mismo en otro lugar (Eccles., XXX): ten compasión de tu ánima agradando á Dios; conviene á saber, haciendo en tu vida lo que deseas que hiciese otro por ti después de tu muerte.

Tornando á los albaceas y testamentarios, deven cumplir muy prestamente los testamentos, porque allende que por el Concilio cartaginense, varense y agathense, como parece *decima tertia quæstione 2*, se han de descomulgar los que retienen las mandas de los testadores, es cosa cierta que por la misma medida le han de medir después de sus días, como lo dice el sacro Evangelio (Math., VII; Mar., IIII): Sabed que por la medida que á otros midiéredes, por esa os han de medir á vosotros. Y aunque se escapen de la pena presente, no estarán seguros de la futura.

Deverían los albaceas acordarse de un ejemplo muy verdadero que de hecho aconteció en la ciudad de Bayona, que es en Francia, cerca de Fuenteravia, el cual cuenta Sant Antonio de Florencia, diciendo (II par. hi., título XIIII, cap. IIII): Que uno que se decía Romarico dejó por albacea á un pariente suyo, y mandóle que vendiese un cavallo que dejava y lo repartiese á los pobres; el cual como el albacea gastase en sus proprios usos, á cabo de treinta noches le apareció el Romarico diciendo: Sábete que por la penitencia me perdonó Dios mis pecados, mas porque tú retuviste la satisfacción de mi pena, yo he pasado grandes tormentos, y sábete que mañana descenderás al infierno. La cual visión como él la contase á sus amigos, á vista de todos fué arrebatado en el aire de los diablos; y á cabo de doce días fué hallado su cuerpo en un monte muy alto hecho cuasi pedazos. Esto dió gran temor á todos los albaceas que oyeron este justo castigo.

FIN DEL QUINTO PUNTO

COMIENZA LA SEXTA É ÚLTIMA PARTE

EN QUE SE CONSUELAN LOS VIVOS POR LA MUERTE DE SUS DEFUNCTOS

Todo lo que hasta aquí se ha dicho con el socorro divino, va enderezado al provecho y socorro de los fieles defunctos; ahora, con el mismo socorro, es bien que digamos un poco para los vivos que quedan, con que tengan algún consuelo y reciban con paciencia el ausencia temporal de sus propincuos y amigos. La cual ausencia, si se aposenta en la sensualidad, es muy dificultosa de despedir; mas si se mide con la razón, es muy fácil de soportar. E porque según dice Ovidio, suele desamparar la razón á todos los afligidos, es bien que dende ahora se acostumbre á soportar poco á poco lo que por mucho y mucho que tarde, en fin fin no puede dejar de ser, porque no hay ninguno que muera tan solo que no deje alguno que de su muerte se duela, ahora sea en presencia, ahora en absencia, cuando quiera que la muerte de su pariente ó amigo tarde ó temprano á su noticia viniere. Por lo cual no pienso que haré fuera de mi propósito si trujere aquí algunos consuelos que, si no quitaren del todo la pena, á lo menos la puedan hacer liviana y ligera de soportar.

CAPÍTULO PRIMERO

De la contienda que hay entre la razón y la sensualidad.

Sentencia común es, así de filósofos como de teólogos, que cada persona humana contiene dos hombres: uno se dice hombre interior, que es la razón, y otro se dice el hombre exterior, que es la sensualidad; los cuales dos hombres, como sean diferentes en la substancia, no pueden ser muy conformes en amistad, sin que ordinariamente tengan batalla campal, tan á mía sobre tuya, como dos enemigos tan enemigos, que no basta conversación á tener amistad, sin que de la una parte haya subjeción y de la otra triunfo. E á esta causa nos amonesta la filosofía que nos templemos á nosotros mismos; de suerte que el consejo refrene á los apetitos y á la locura, é la razón á los desatinos, los cuales como cavallos desenfrenados quieren sojuzgar á la razón.

Esto es lo que dice el apóstol (Rom., VII): Siento otra natural inclinación, que repugna y rebela contra la ley del espíritu. Y esta repugnancia, no solamente vino del pecado original, como parece en todos los hombres, mas aun (si repugnancia se puede decir el rehusar de la carne lo que acepta el espíritu) diremos que de la naturaleza y condición de la persona proviene. La cual, por ser compuesta de dos substancias tan diferentes como son cuerpo y espíritu, no están tan conformes que no tengan los afectos contrarios. Por donde para conformarlos fué menester la justicia original, por cuya absencia y privación los vemos en ordinaria pelea.

Demás desto, diremos que, aunque estuvieran ordenados los apetitos por la justicia original, no dejará de haver esta diferencia de los afectos de la sensualidad y de la razón, aunque no actualmente, al menos virtualmente, como parece en aquello que Cristo Nuestro Redemptor dijo en el agonía (Math., XXVI): El espíritu está muy aparejado, mas la carne hace su oficio, que es rehusar el trabajo y la muerte; dado que en aquel estado la voluntad no quisiera cosa actualmente, que la sensualidad no quisiera. De aquí se sigue, que

durante la vida, ha de durar la batalla, la cual, aunque no sea siempre nacida de rebelión ó de rebeldía, no se excusa que no provenga á lo menos por la disolución de las partes de todo el hombre compuesto de cuerpo y espíritu, que naturalmente quieren estar conjuntos en unidad de una persona; porque aunque son distintas las partes, después que se hallaron juntas en una persona son tan difíciles de ser apartadas, como la unidad para deshacerse en menos que una. Y es tan imposible que por sólo natural apetito quiera el hombre morirse, cuan imposible es darse la unidad dividida en dos medias sin que cada media haga unidad entera por sí; la cual, aunque en respecto del todo se diga media, en respecto del número no puede dejar de ser una, porque el número, en cuanto número, no puede recibir quiebra que sea menos que una.

CAPÍTULO II

Que la razón deve y puede subjectar á sí á la sensualidad.

Como sea suma verdad que todo reino en sí dividido ha de ser asolado (Math., XII), es verdad que la república que en el cuerpo humano se halla no puede conservarse sin la unidad, y la unidad no se puede hallar sin orden, y la orden no se halla sin obediencia, y la obediencia no consiste sin la razón, y la razón es la buena cuenta que coloca y dispone las cosas en sus lugares, conforme á la ley de la orden, de aquí se sigue que para que el hombre viva como hombre ha de tener cuenta con todas las cosas que le componen; conviene á saber, cuerpo y alma, para que ponga y emplee cada cosa de las que en sí hallare en el lugar que más conviniere para la conservación de todo el compuesto.

Pongamos ejemplo en el cuerpo: Cierto es que no tendría buena cuenta el que por tener en cobro los pies quisiese poner las manos del lodo. Mala cuenta dará de sí el que por poner en salvo las manos se escudase con la cabeza. Desta mesma suerte sería mal contador el que por contentar al entendimiento dañase la voluntad, é por libertar al apetito del cuerpo subjectase el alma al diablo. Mala cuenta tendría el que la subjeción del cuerpo al alma tuviese por cautiverio, siendo virtud de obediencia, y la subjeción del alma al diablo, que es la vilísima esclavonía, tuviese por libertad. Fuera de buena cuenta estaría el que por componer la captiva se dejase á la señora desnuda; mas buena cuenta tendría el que, bien consideradas sus partes, tuviese al cuerpo por cuerpo y al espíritu por espíritu, al cuerpo por corruptible y al espíritu, que es el alma, por inmortal. Esto hará fácilmente el que claramente contare la grandeza y excelencia del alma contra la gran poquedad y grande abatimiento del cuerpo. E contará claramente el que considerase que dos libras de pan é vianda con media azumbre de vino ó de agua, con siete horas de sueño, son el cuasi ordinario refectorio para librar el cuerpo apocado de hambre, sed y cansancio, si no estuviese enfermo, e no basta toda la historia del mundo para cumplir con la memoria del alma; no basta esciencia inventada ni nuevamente traída á hartar el entendimiento; no basta todo el mando del mundo con todos los haveres que tiene para hartar á la voluntad. De adonde arguye el alma tanta grandeza que no ha de ser cosa criada la que cumpla con su medida. De aquí parece la mala cuenta que cuentan los que emplean el valor de una joya tan grande, como es el alma del hombre, por causa de una cosa tan vil como es el cuerpo. Por cierto que son muy peores granjeros y contadores que los que para buscar una blanca de noche gastasen una hacha de cera. Que no serían menos dignos de reprehensión que los que en tiempo del saco, por socorrer á los cachivaches del ímpetu de los soldados, se olvidasen de la bajilla; ó si quemándoseles la casa, por guarecer las esteras dejasen arder los doseles con toda otra tapicería.

Desta mesma manera sería mal contador y granjero de mala cuenta el que por cumplir con las esclavas y carnales inclinaciones del cuerpo vendiese las libres virtudes del alma, y trocase la prudencia por ignorancia, la justicia por tiranía, la fortaleza por el temor, la templanza por demasía y exceso. E si el cambio pasa adelante, daría muy peor cuenta de sí el que trocase la fe por la perfidia, la esperanza por desconsuelo y la caridad por malicia. Pues no podrá decir el que así mal contare que no está más en su mano; porque, como dice el apóstol (I Cor., X): Fiel es Dios á sus siervos, que no permitirá que sean tentados más de lo que ellos buenamente pudieren sufrir.

CAPÍTULO III

Que la voluntad divina ha de ser la regla de la razón.

Así como es razón que la sensualidad se regle por la razón, así es muy gran razón que la razón se registre por la voluntad divina; la cual por ser razón inmutable, recta y eterna, es razón que sea el metro y la medida de todas las cosas que conformes á la razón se han de pensar, decir ó hacer; porque según regla de filosofía (Arist., Ph. VIII), todo lo que se mueve, se mueve por otro. Es cierto que en los movimientos havemos de parar en un primer movedor que mueva sin ser movido de sí ni de otro; y este es Dios, á cuya determinación se han de mover todas las cosas para que sean bien registradas; porque así como las cosas no pudieron criarse á sí mismas, así como tienen el ser dependiente, porque no le tienen de sí, así no pueden tener de sí el regimiento, si no le tienen de aquel de quien tienen el ser. E por consiguiente, no pueden tener de sí la regla de su regimiento. E aunque unas sean registradas por otras, en fin todas van á parar á Dios, que no menos es el principal movedor de todas que hacedor dellas; por eso es razón que la sensualidad sea movida y registrada por Dios, al cual entre otras peticiones cada día pedimos: *Fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra;* Hágase, Señor, vuestra voluntad, no menos en los hombres que están en la tierra que se hace en los ángeles que están en el cielo. Adonde no pedimos á Dios que haga Él á su voluntad, que esta demanda, allende que sería superflua, porque Él se lo tiene determinado, sería demandar por plegaria lo que necesariamente, pídase ó no se pida, no se puede dejar de hacer; porque á la voluntad eficaz de Dios no estorva más lo criado que resiste lo por criar. Mas lo que en esta plegaria pedimos es que nos haga mercedes que se cumpla su voluntad en nosotros; porque como nuestra voluntad sea libre, sabemos de cierto que Dios no quiere forzarla. E que de la voluntad que los teólogos dicen de beneplácito consecuente, sabemos que quiere Dios que queramos nosotros lo que queremos. De suerte que queramos mal, que queramos bien, no nos quiere forzar; sino dejarnos en nuestro libre alvedrío. E no por eso se sigue que resistimos á la voluntad omnipotente de Dios, porque de la voluntad que consigue á nuestro querer, quiere con nosotros todo lo que queremos, aunque por parte suya es siempre muy bien querido, y de parte nuestra muchas veces suele faltar, así por nuestra mala inclinación que heredamos de Adán, como por las sugestiones ocultas y patentes engaños de Satanás.

Por lo cual suplicamos á Dios que nos haga merced que en nosotros se cumpla su voluntad, que es hacernos querer lo que Él quiere que nosotros queramos, que es lo que en la Escriptura divina nos ha revelado. La cual Escriptura los teólogos llaman voluntad de señal, porque en ella nos da Dios señal de la voluntad que tiene de hacernos mercedes, si nosotros eficazmente las quisiéremos recebir. Y es cosa clara que no las quiere el que quiere hacer regla y medida de su querer al apetito de la sensualidad, la cual por falta de la justicia original se hizo traidora; e quiere tomar á traición lo que por razón no le viene; y á escala vista se vanderiza contra su reina por tomarle la torre del homenaje y encarnizarse contra las damas que son las virtudes que acompañan á la razón; la cual no tiene otro remedio para tornar á cobrar su fortaleza y su gente sino acudir á su regla, que es Dios é querer todo lo que Dios quiere que quiera, y venga lo que viniere, y pase lo que pasare; que mientras Dios le quedare, ninguno le hará falta.

CAPÍTULO IV

En que se declara por ejemplo la conformidad de la razón con la voluntad divina.

Havemos dicho, como es mucha razón, que la razón humana sea registrada por la razón divina, que es la verdadera regla de todas las cosas; queda de saber que esta conformidad ha de ser en todos los males de pena, de los cuales dice el profeta Amós (Amós, III): Mirad si hay mal en la ciudad (conviene a saber de pena) que Dios no le haga.

De aquí se sigue que no me ha de pesar en la razón por los males temporales que Dios envía, por los incendios de los edificios y de haciendas después de pasados, por combates de pueblos y captiverios de personas; porque éstos no son males de culpa, sino males de pena. No digo que al tiempo que estos ó otros semejantes males se hacen ha el hom-

bre de quitar su socorro, así espiritual con oraciones, como temporal con obras del cuerpo; porque no sabe hasta qué tanto querrá Dios que se extienda aquel mal, que por ventura quiere Dios que á las plegarias del justo ó al socorro del prójimo que se mueve con caridad, quiere que cese después de empezado; mas después que el mal de pena de hecho pasó adelante y se acabó de hacer, es cierto que Dios lo quiso y el hombre lo ha de querer para ir con la regla divina. No quiero decir que sea obligado á sentir placer en la sensualidad, porque no demanda Dios esto, mas digo que con la pena de la sensualidad vaya el placer de la razón, diciendo que á ella le place con todo lo que Dios hace; pues que es verdad que se compadesce placer de razón con pena de sensualidad, como paresce en el hombre que ayuna con pena del cuerpo y placer de la voluntad. E si como le da pena la hambre, así le pesase por el ayuno, demás de no merescer por el tal ayuno, no carescería de pecado, por pesarle de la obra de obligación ó vía de voluntad elegida.

Subamos más adelante. Cierto es que la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo da mucha pena de compasión á los fieles cristianos, y con mucha razón se condolescen de aquella pasión acerbísima, mas no les pesa en la voluntad, deseando que Jesucristo Nuestro Redemptor no huviera padescido aquella pasión; porque esto sería contrariar á la ordenación divina, que ordenó y determinó que Cristo Nuestro Redemptor padesciese por redimir á los pecadores. Esto paresce claramente en la justa reprehensión con que Cristo Nuestro Redemptor reprehendió á Sant Pedro, después que havía dado las llaves del cielo, porque le dijo Sant Pedro: Nunca se permita que vos, Señor, vayáis á Jerusalem á recebir tal pasión y tal muerte. Díjole Nuestro Redemptor Jesucristo: Vete de mí, Satanás, que me eres estorvo, porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres (Math., XVI).

Aquí es de notar que Cristo Nuestro Redemptor miró con ojos de piedad á Sant Pedro después de que le havía negado tres veces; y antes, porque, movido de una piedad humana y compasión, le quería estorbar la ida de Jerusalem le llamó Satanás. Por donde paresce que el pecado que se hace por flaqueza y por temor no es tan grave como es el que se dice contra la divina determinación. Esto digo porque vean los que se nombran siervos de Dios qué tal servicio le hacen; pues que no solamente con dichos, mas aun de hecho, se quieren poner contra el consejo de Dios, mostrando por obra el pesar que conciben de las cosas que Dios ordena, cuya materia, aunque muchas veces se ofrece en pérdidas de hacienda, en compras ingratas, en temporales adversos, en casamientos ocultos, cuasi ordinariamente suele acontecer en las muertes de los parientes y amigos, en las cuales, á las veces con título de piedad, se dicen materiales blasfemias, que claramente parece ser dichas contra la voluntad omnipotente de Dios.

Devrían, por cierto, de mirar el ejemplo que para semejantes casos nos dejó el profeta David (II Reg., XVIII): que estando su hijo á la muerte, desahuciado de los médicos, ayunó y derramó muchas lágrimas y echóse sobre la tierra, suplicando á Dios le diese vida. E hizo toda la aspereza de penitencia que pudo por la salud del muchacho, é no escuchava razón ni consuelo de nadie que entrase á hablarle. E cuando ya murió el niño, no osavan los suyos decírselo, porque viendo lo que por la enfermedad havía hecho, pensavan que por la muerte del hijo se dejara morir. Mas él, como entendiese la muerte por lo que entre sí decían los siervos, después que se informó que ya era muerto su hijo, dejó las vestiduras de luto y lavóse y ungió su cabeza y fuese al templo á hacer oración. Y volviendo á su casa, mandó que le pusiesen la mesa y comió á su placer. Los siervos, espantados de lo pasado y de lo que entonces veían, preguntáronle qué era la causa de tanta alegría sobre tanta tristeza. Respondió David: Cuando vivía mi hijo ayunava y orava, porque decía entre mí: por ventura me hará Dios esta merced, que me deje mi hijo; mas ya claramente conoscí que la voluntad de Dios fué que muriese, para qué tengo de matarme, pues que estoy cierto que antes iré yo adonde él está que él buelva adonde yo estoy? Pues conocidamente sé que quiso Dios que muriese, pues que murió.

De aquí se arguye la ofensa que hacen los que sienten demasiadamente con sentimientos excesivos las muertes de sus parientes y amigos. Es tan grande la ofensa que hacen á Dios en el exceso del lloro y el sentimiento,

que afirma Sant Cebrian (Sermo de mortali.) que de partes de Dios le fué revelado que predicase públicamente que en ninguna manera se llorasen los fieles defunctos que por la vocación divina salen desta vida mortal; pues que no se acaban con la muerte, mas su morir es madrugar á tomar la verdadera posada de la vida perpetua. Por donde, como en este mesmo lugar dice el mesmo doctor (Poli. lib.): No es razón que los cristianos den ocasión de escándalo á los gentiles, porque lloran las muertes de aquéllos que por la fe confiesan que viven.

Túvose por cosa tan disconveniente acerca de los gentiles llorar á los muertos, que proveyeron los Licios por ley (Alexander in genial): que ninguno fuese osado á llorar á sus muertos, si no se vistiese de hábito de mujer, que era la mayor pena que acerca de los Licios se dava, que son unos pueblos de Asia la Menor, cuasi enfrente de la isla de Rodas. Pues si unos gentiles, caresciendo de fe, no esperando resurrección de sus muertos, tenían por cosa tan exhorbitante llorar á los muertos, que ponían al transgresor la mayor pena que entre ellos se usava, por qué á los cristianos, que van de camino á su tierra, les pesará porque su pariente ó amigo madrugó y tomó la mañana, y se adelantó unos pocos de días á tomar la posada que la fe en que partió le asegura? Que aunque se tarde en la venta de purgatorio, en fin, si partió con gracia de Dios desta vida, está muy cierto que llegará presto á su tierra, que es el cielo, morada de todos los que fielmente sirvieren á Dios. Luego la muerte no se deve contar entre las pérdidas, sino entre las ganancias, como dice el apóstol (Gal., I): Mi vida es Jesucristo, y mi ganancia la muerte. Esto dice el apóstol, porque por la muerte se aparta el hombre de toda la pérdida en que por el consentimiento de la culpa puede caer. E pues la muerte libra de la sujeción de poder caer en pecados, y los pecados son las puertas por donde van al infierno, con razón se deve tener por ganancia la muerte. Que allende que libra al hombre de la sujeción del pecado, es la puente forzosa por donde ha de pasar á la gloria. E si convino que Cristro Nuestro Redemptor padeciese para entrar en su gloria (Luc., XXIII), por qué querrá el siervo entrar en la gloria de su señor sin pasar por el tránsito de la muerte? La cual, pues no se puede excusar por la ley que Dios tiene puesta á los hombres, quién se quejará de su venida temprana; pues respecto de la vida perpetua, por tarde que venga, viene muy presto? E por presto que venga, se le hace muy tarde al verdadero cristiano, que dice con el profeta David (Psal. CXIX): Ay de mí, que se prolongó mi destierro en la morada de las tinieblas, en cuya vecindad me espanto! Cómo ha podido permanecer tanto mi alma! Porque de razón havía de decir lo que dice el apóstol: Deseo ser ya desatado desta cárcel mortal, y estar en el cielo con mi Señor Jesucristo.

CAPÍTULO V

En que se demuestra que llorar á los muertos no nasce de nuestra propria naturaleza, sino de la opinión del oficio.

Alguna excusa tendría llorar por los muertos, si el tal lloro procediese naturalmente de la absencia de los que mueren; mas, como se funde en la opinión de los hombres, no carece de reprehensión, de que el lloro es demasiado fuera de la compasión humana que á todos es natural. La cual, por ser natural, nunca deja al hombre que halla dispuesto, sin que le haga tener compasión de todos aquellos que ve estar en angustias, de las cuales como la muerte sea más extremada, suele traer consigo mayor compasión. Mas ésta no va fuera de la razón, porque tasa la cualidad de la pérdida é limítale el tiempo presente, y en todo se conforma con la razón. Mas el exceso de lágrimas, la tristeza de los suspiros, la dilación del comer, la continuación de vigilias, el rehusar los consuelos, el estar pensativos, si la opinión se quita de en medio, no será otra cosa el excesivo aparato que á los muertos se hace sino un presonaje sin son; pues todo el sonsonante desta tragedia y llanto continuado se funda en un qué dirán los que me viesen sin pena, sin hacer el sentimiento devido? cuya medida está en la dignidad de la persona que muere; mas el que bien mirare la cosa, hallará que no hay razon natural ni ley de amistad que defienda el sentimiento excesivo; porque no se puede escapar de una de tres el que llora el absencia del muerto: ó lo hace por sola su causa, por la falta que el muerto le hace; ó por sola causa del muerto, sin tener respecto á su pérdida; ó lo hace por causa de

entramos, así por el amistad que tuvo al muerto, como por la falta que con su muerte le viene.

Si es lo primero, que solamente llora por la falta que el muerto le hace, allende que es una sola culpa contra la razón natural, peca gravemente contra la providencia divina. Lo primero está claro, que quien mucho se ama, con tal de cumplir con su amor no guardará ley de amistad ni justicia á su prójimo; porque irá embriagado del amor de sí mesmo contra aquel precepto de ley natural que dice: lo que no quieres para ti, no lo hagas á tu vecino. Lo segundo también está claro, porque comete una casi blasfemia contra la providencia divina, porque interpretativamente parece que se deshace de la esperanza, como si se cerrase la mano de Dios por la muerte del que bien le hacía; como si para hacer mercedes estuviese Dios pendiente de la vida de alguno, y no fuese maldito el hombre, como dice el profeta (Hier., XVII), que confía en otro hombre, y sobre la carne arma su fortaleza. Antes vemos, por el contrario, que después de la muerte de muchos que hacían bien en la vida, sucedió muy mejor á los paniaguados de aquellos que mientras vivieron sus bienhechores les fué. Esto hace Dios, porque conozcan los hombres que no sólo de pan vive el hombre (Math., IIII), aunque es lo principal de la vida humana, mas puédese substentar con cualquier cosa que á Dios aplaciere; que como señor absoluto, por vías extraordinarias podrá mantener á quien á él se acogiere; como dice el profeta (Psal., LIIII): pon tu pensamiento en las cosas de Dios, y él te dará de comer. Concluyamos, pues, esto primero: que ninguno hace falta á otro, teniendo á Dios por amparador.

Si es lo segundo, que llora por sola causa del muerto, qué razón hay para llorar al que sale de la pasión? Qué razón hay para llorar al que acaba de morir la vida que hasta entonces estava muriendo por partes, y empieza nueva vida sin mezcla de muerte? Qué razon hay para desesperar de la vida de aquel que confesó sus pecados, y pidió perdón dellos á Dios, y partió con el viático del sanctísimo sacramento? Por cierto ninguna. Antes es mucha razón confiar en la misericordia divina, que nunca faltó á quien en ella tuvo firme esperanza. Por donde, pues el defuncto hizo lo que es en sí, no es de pensar que esté en mal lugar para que hayamos de tener pena de su salvación.

Pues si llora por causa de entramos, cometerá dos maleficios: el uno, que ya dijimos, que confía en el hombre limitando las mercedes que Dios le ha de hacer, pensando que juntamente se acaban con la vida del hombre. El otro maleficio es, que con la fe confiesa ser la muerte remate de males, ó á lo menos puerto de abonanza y seguridad para los que parten desta vida mortal con el manjar de la vida; y con el lloro demasiado paresce que se duele dél, como de hombre privado del bien que por medio de la muerte le viene; pues juzga por bien el vivir desta vida mortal, que no es sino un afeitado placer, é tiene por mal estar el ánima suelta de su mazmorra.

De todo esto se sigue que el lloro demasiado se funda más en la opinión de los hombres, de donde las endechas tuvieron origen, que en la razón natural; porque ningún tiempo muda lo natural, y vemos que no solamente el tiempo suele poner fin á las lágrimas, mas muchas veces la herencia y la libertad suelen prevenir á la pena de los que quedan. Por lo cual es mucha razón que acabe la razón lo que el tiempo suele acabar, que es mitigar la pasión y cercenar todas las circunstancias que suelen traer tristeza demasiada; lo cual, si havía á tomar asiento y á arraigarse en el ánima, pasa en enfermedades agrestes, que no baste la labranza de la razón á quitarlas, para que no vayan por el callo que en mucho tiempo hicieron, y de voluntarias pasen en naturales.

Demás de la opinión donde nasce el lloro demasiado, tiene unos colaterales atizadores, que con título de consolar entristecen más al que llora; los cuales si viniesen á socorrer al fuego con que se quema la casa, no harían de su oficio si por echar agua echasen aceite; y cuando vienen á socorrer al dueño de la casa que padece tristeza, demás de los lutos y suspiros acompañados de lágrimas, como si fuesen llamados para dar materia de lloro, todas sus consolaciones son decir las loas del muerto, para que el corazón se lastime en las endechas y loas del atizador. Por cierto que cumpliría muy mejor su oficio si le trujese á la memoria el camino que vamos, y que tantas veces sacrifica su corazón cuantas veces rescibe con paciencia la muerte de sus parientes y amigos.

Item, le havía de decir que esto es dejar padre y madre y hermanos y amigos por Dios (Math., XIX), si se reciben en paciencia sus muertes, para lo cual devían los que lloran convertir en voluntad la necesidad del morir, y holgarse con todo lo que Dios hace; pues allende que Dios recibe esto en servicio y lo quiere pagar con gloria en el cielo, es cierto que aquí en este siglo, como dice Sant Marcos (Mar., X), recibirá cien padres y madres y hermanos y cien mujeres el que por su nombre dejare padre y madre ó hermanos. E así como no ha de dejar estos en su propria persona, quitándoles el consejo y socorro con que les puede ayudar, mas halos de dejar en la voluntad, no pesándoles por su absencia ó por su muerte, cuando Dios quiere que mueran; así los cien tantos que por dejar estos aquí recibiere, no serán parientes en la persona, mas proveerá Dios que le sean más que parientes en el oficio y que hagan más por él y le quieran más que sus proprios parientes hicieran.

CAPÍTULO VI

Que el lloro templado que nace de la pía afección que da testimonio de la caridad no se veda al cristiano.

Aunque sea verdad que el lloro demasiado con que se lloran los muertos nace más de la opinión de los hombres que de la razón natural, no por eso se sigue que no hayamos de hacer sentimiento de la muerte de nuestros propincuos; que pues la virtud consiste en el medio, no es razón que por huir de un extremo caigamos en otro, no mostrando señal de la piedad que á los defunctos tuvimos; por lo cual no carecerían de reprehensión los que quisiesen ser tan filósofos estoicos, que con dureza de corazón quisiesen disimular la indolencia de las pasiones; porque al cristiano lícito es llorar lágrimas de piedad y consolación, que sean testimonio del amor que tuvo á los muertos en la vida. Pues es cosa muy clara que el pueblo israelítico en testimonio de amor lloró la muerte de Aarón (Núm., XX) y la de Moisés (Deute., XXXIV) y la de Judit. E de aquí dice el Eclesiástico (Ecles., XXII): Llora poco sobre el muerto, porque descanse del trabajo: el lloro del muerto, lloro de seis días. Por este ejemplo parece que el llorar moderadamente, en testimonio de caridad y benevolencia, no solamente no es reprehensible, mas es oficio de caridad.

Mas dejemos á todos estos adonde Cristo Nuestro Redemptor, absolutísimo ejemplo de las virtudes, cuya acción fué nuestra doctrina, lloró lágrimas de piedad sobre la muerte de Lázaro. Por donde se nos da ejemplo que, con título de dar testimonio del amor que á los muertos tuvimos en vida, podemos llorar; mas, como digo, templadamente, y lo demás pagarlo con hacer bien por sus almas.

Item, loar sus buenos consejos y buenas obras, para incitar á otros á ellas, y proponer delante la virtud en que más se emplearon, para que della tomen los hijos y la familia ejemplo de imitación. Y esta es la verdadera memoria que de los muertos se deve tener, y de la que más ellos se huelgan; porque de los lloros no solamente no reciben placer; mas si en el cielo cupiese alguna sombra de pena, no havría cosa que más les penase que ver ó saber ó barruntar que sus parientes ó amigos lloravan acá por ellos; porque allende que por estar conjuntos á la divina voluntad reciben placer las penas del purgatorio si están en él, verían en unos cumplirse el refrán que dice: *Heredis fletus sub persona risus est;* El lloro de los que heredan, es risa debajo de máscara. Y en otros verían cumplir lo que del lloro cuenta en un apólogo Esopo: Que cuando Júpiter distribuyó los dones y los oficios, allegóse el planto muy lloroso á la postre de todos á pedir mercedes como los otros; mas, como Júpiter las hubiese ya repartido y no le quedase ninguna, por no enviarle desconsolado le dijo: todo el mundo está repartido y no me queda palmo de tierra que darte; mas tú tienes una divisa de aparente color con que embaucarás de tal manera á los hombres, que te llamen de voluntad y te aposenten en lo mejor de su casa; adonde te doy por oficio que tanto tiempo les llores de balde cuanto ellos quisieren surcir en balde la falta con la presencia. Luego no es razón que lloren los vivos en balde por la cosa de que los muertos reciben placer, que es conformarse con la voluntad de Dios, que quiso que en tal tiempo y á tal sazón pasasen de esta vida á la otra. E si en el cielo fuesen capaces de pena, tendrían una vergüenza que les atormentase viendo ó sabiendo que de su muerte sacaban los suyos ocasión con que Dios se ofendiese. Que no es de creer que querrán ellos que hagan los su-

yos lo que de Solón Salamino dice Marco Tulio (J., lib. tuscu.), que dijo: *Mors mea ne careat lachrimis, linquamus amicis mærorem, ut celebrent funera cum gemitu;* Yo haré de manera que no carezca mi muerte de lágrimas, porque dejaré á mis amigos materia de tanto lloro que con gemidos celebren mi enterramiento.

Lo mismo, aunque por otra vía, quiso hacer Herodes, como cuenta Josefo (Jose., I) y Egesipo (Ege., V): que viendo que carecía su muerte de lágrimas, no contento con la muerte de los inocentes, mandó prender á todos los hijos de los nobles de toda Judea y encerrólos en un lugar que se decía el Hipódromo, y llamó á su hermana Salomé é á su cuñado Alexandre, é díjoles: Yo sé que me quieren tan mal los judíos que celebrarán mi muerte, que ya se acerca, con fiestas, por lo cual os mando que así como yo muriere mandéis degollar á todos esos hijos de cavalleros que tengo presos en el Hipódromo, porque sea el plancto común y sea bien llorada mi muerte. Mas como Alexandre y Salomé soltasen á los cavalleros después de la muerte de Herodes, doblóse el gozo de los judíos, así por la muerte de tan mal tirano, como por la absolución de los cavalleros; y donde pensó granjear magnífico aparato de muerte, dejó ocasión de convites de gran placer á los vivos, y en el ínfierno hizo de su alma plato al diablo. El cual no están muy seguros de rehacer los que saborean en vida el sentimiento y el aparato que desean que se les haga en la muerte; locura por cierto digna de ser llorada, porque allende que no sintió más placer Efestión por el excesivo aparato que el rey Alexandre le hizo (Diod., lib. de gestis Alexan.), que el que tiene el cielo por cobertor de su sepultura pónese á gran peligro, el que no quiere partir deste mundo sin llevarle consigo en el seno, porque cuando le preguntaren en el juicio (Math., XXII; Mar., XII): *Cuius est imago hæc?* si no pudiere negar el sello del mundo, queda lo que le hará quedar para siempre, si con tiempo no se apercibe de la inocencia de manos y limpieza del corazón que es la verdadera moneda con que se cambia el reino del cielo.

CAPÍTULO VII

Que trata del aparato del enterramiento.

Dijimos en el punto precedente que no es razón que el aparato del enterramiento sea ordenado é saboreado por el testador, porque no es razón que el que parte del mundo quiera ser honrado según el fuero de las leyes del mundo. No digo yo que no lo pueda hacer con derecho; mas digo que así como deja el mundo el que muere, así es razón que deje sus leyes y fueros, y se deje, en lo que toca al modo y pompas y sentimientos, al arbitrio y ordenación de los suyos. Los cuales, según la cualidad de la persona, deven hacer el aparato; el cual si no nace de contención y sobre porfía de los émulos competidores, no solamente recebirá placer el defuncto, que como persona que está fuera del mundo no se quiere preciar del fuero mundano, mas aun con la moderación del enterramiento se quitará la ocasión de murmurar de las gentes, las cuales sobre pequeño cimiento suelen armar una torre de mejorías. Unos dicen que fuera mejor aquel gasto para casamientos de huérfanas; otros, para repartir á los pobres de la parroquia; otros dicen que, ya que se gasta, que más le aprovechará de misas que de grandes andamios; é finalmente, la lengua maldica, que á ninguno perdona, desdora lo que es bueno de su linage y acuesta lo indiferente á la peor intención; por lo cual creo que no saldremos de nuestro propósito si trujéremos aquí la origen de los enterramientos y aparatos y sepulturas.

Cuenta Diódoro Síículo (Dio., lib. I) que la magnificencia de los sepulcros nasció de los egipcios, los cuales llaman á las casas de los vivientes mesones alquilados de caminantes y á las sepulturas dicen que son casas proprias perpetuas. Esto dicen ellos porque duran los hombres poco tiempo en la vida, y después de la muerte (aunque gentiles) tenían que habían de durar para siempre. Y esta fué la causa, como dice este historiador, que el cuidado que otras naciones suelen poner en los edificios de casas, ponían los egipcianos en sumptuosidad de sepulcros, como hombres que querían poner perpetuidad de edificios en donde pensaban vivir para siempre. Y de aquí tuvieron origen las pirámides, donde se enterraban los reyes de Egipto, que eran unas torres ahusadas á manera de pilones de azúcar, las cuales se contaban entre las siete maravillas del mundo.

Fué tanto el exceso que los antiguos hacían en los sepulcros, pensando que labravan casas perpetuas, que fué menester que se pusiese

tasa en la sumptuosidad de las sepulturas. E así dice M. Tulio (Cic., lib. II de legio.) que se proveyó por ley que ninguno pudiese hacer sepulcro de más obra de la que diez hombres pudiesen hacer en tres días, aunque demás de la tierra que ocupava el sepulcro señalaban cierto espacio de tierra vacua, dentro del cual no se podía hacer otro sepulcro. Y este espacio tenía más de tres tanto en ancho que en largo, como dice Horacio (Odas sati., lib. I), hablando del espacio que ocupaba un truhán que se decía Pantalabo: El espacio vaco de la sepultura, dice que tenía mil pies en la frontera, que era lo ancho, y trescientos en campo. Señalavan así este espacio, pensando que las ánimas havían de pasearse por él, á las cuales pensavan que les estava mejor pasearse de mano á mano, cuasi alderedor de los pueblos, que si se pasearan de largo desviándose dellos. Finalmente, aunque gentiles, teníau por opinión lo que no alcanzavan por fe: que las ánimas havían de durar para siempre; y á esta causa les querían hacer firme y sumptuosa morada; y lo que havían de echar en edificios de casas lo querían emplear en los sepulcros, de los cuales, según su opinión, havían de gozar como de perpetuas moradas. E aun, según el psalmista, que dice (Psal. XLVIII): las sepulturas dellos (conviene á saber, de los malos) serán sus casas perpetuas.

Demás deste gasto excesivo gastavan muchos dineros en bálsamos y otros arómatos, con que pensavan librar sus cuerpos de corrupción; porque, como dice Servio (Serv., super V. Eneid.), los que no concedían la inmortalidad de las ánimas decían que tanto tiempo havían de durar cuanto durasen las reliquias de los cuerpos. E así en nuestros tiempos, en el pontificado del papa Sixto cuarto, dice Celio Rodegino (Cel., XVIII cap., lib. Ii) que se halló en Roma el cuerpo de Tuliola tan entero y tan fresco como en el día que la balsamaron; é no solamente el bálsamo conservó la carne de corrupción cuasi mil y quinientos años, mas aun la ropa que tenía vestida. Verdad es que dende Lucio Sila acostumbraron en Roma á quemar los cuerpos de los defunctos, que sería ochenta años antes del advenimiento de Nuestro Redemptor Jesucristo; porque lo quemado dura más tiempo, como parece en el carbón, que nunca se corrompe debajo de tierra; por lo cual los que enterraron tesoros pusieron por señal carbones, porque dentro de tantos pies atinasen al tesoro enterrado. Mas Plinio dice (Plin., lib. VII) que por eso mandó Sila que quemasen su cuerpo, porque temió no le desenterrasen sus enemigos, como él havía hecho al cuerpo de Mario.

Mas, pues en todas las cosas que son podemos sacar algunos misterios, no creo que saldremos fuera de la pía afección si decimos que por eso permitió Dios que fuese Lucio Sila el primer hombre quemado; porque, como cuenta Egisipo (Ege., lib. I, cap. VI), fué el primer hombre que hizo desacato al templo de Dios. Que aunque Alejandro Magno entró en Jerusalem primero que Sila, entró con gran reverencia en el templo; é, como en su vida, cuenta Diódoro Sículo (Diodo. de gest. Phi. et Alexan.), humillóse al gran sacerdote, y mandó que ninguno fuese osado de tocar en el templo de Dios. Mas Sila hizo tal estrago, que no perdonó dos sacerdotes que estaban sacrificando; por lo cual, según la sentencia del verdadero juez, todo árbol que no llevare buen fructo se ha de cortar, para que sirva en el fuego; mucha razón fué que hombre tan malo como Lucio Sila fuese pasado en el fuego, y lo que él escogió por seguridad fuese lo que había de venir por justicia; porque, según Vellejo Patérculo, la mucha seguridad es principio de perdición.

Tornando al propósito del cuidado que los gentiles tenían acerca de los sepulcros, si, como ya dijimos, se les puso tasa en el gasto, qué vanidad se notará en los cristianos, que quieren quimerizar al romano las vaseras de su corrupción?

Déjome aquí de decir de las armas que los vivos quieren atribuir á los muertos, como si los muertos entrasen en campo de desafíos y contendiesen de los blasones, como si no estuviesen muy más desnudos de los respetos y engreimientos de acá que de sus legítimos cuerpos. Mas nosotros, porque solemos hacer un oficio á los muertos que se dice las honras, pensamos que no serían bien empleadas las honras si no entremetemos en ellas el arte heráldico, que trata de los blasones y de las armas; los cuales, como dice Guillermo Budeo (Bud., l. II, de ori. iur.), sucedieron al uso de las imágenes, que eran unas estatuas de metal, ó piedra, ó madera, ó yeso, ó cera, de todos los mayores de aquel en cuya casa es-

tavan aquellas imágenes, las cuales todas se llevavan en procesión en el enterramiento de aquel que en el azaguán de su casa tenía las imágenes de sus antepasados.

Esta costumbre de llevar las imágenes delante del cuerpo muerto, declara M. Tulio (Lib. II, de orato) hablando del enterramiento de Junia, parienta de Bruto, adonde se ha de entender que las imágenes precedían á las andas y las andas precedían á toda la gente, al contrario del uso de agora; porque los gentiles miravan la orden de natura, y por eso ponían las imágenes á la delantera y el muerto tras ellas, y los vivos, como hombres que havían de seguir al muerto en la muerte, ir detrás, los cuales llevavan unas hachas, las cuales, porque cuasi todas eran pávilo, á manera de hachones de pez, y en latín se dice *funis* aquel pavilo, por eso el enterramiento se dijo *funus*, por la gran copia que havía de aquellos hachones en los enterramientos, porque tenían más pavilo que cera.

Este oficio de enterrar á los muertos, allende que se dice *funus*, también tiene nombre de *exequias*, deste verbo *exequor*, porque la gente sigue al enterramiento, como lo declara Donato sobre aquello que dice Terencio: *Funus interim prœcedit, nos sequimur;* En este espacio, dice, de tiempo van delante las andas y nosotros las acompañamos detrás.

Mas es aquí de saber que no solamente se llaman exequias los enterramientos, mas aun las fiestas que á los muertos hacían, que los antiguos llamavan parentaciones; de las cuales unas se decían novendiales, porque se hacen al nono día del enterramiento; otras se llaman tricenari, que son treintanarios, los cuales se usan hoy en Inglaterra; otras parentaciones se hacen cada año, por lo cual se llaman aniversarias. De las parentaciones novendiales quitó la iglesia dos días, y por eso se celebran las honras al séptimo día, como parece en el capítulo *Nullus presbyterorum*, dist. LIIII. Adonde dice el decreto, que el clérigo que fuere llamado para celebrar las honras en el séptimo día, que no beva demasiado por que no se embriague. Esto dice el decreto, porque se davan grandes comidas en las honras de los defunctos, á las cuales sucedieron las ofrendas de pan é vino que ahora se dan.

El primero que ordenó exequias de los defunctos fué el papa Pelagio, primero deste nombre, que fué el Pontífice sesenta y dos, contando dende Sant Pedro. El que instituyó el aniversario de los defunctos fué Sant Odilo, abad cluniacense en el pontificado del papa Juan décimo, octavo deste nombre, é ciento y cuarenta y ocho contando dende Sant Pedro. Estando un día este santo varón en Sicilia oyendo grandes gemidos en el monte Etna, que ahora se dice el volcán, acordándose de las penas que las ánimas del purgatorio padescían, concertó con sus monjes que el segundo día de Noviembre, después de la fiesta de todos los sanctos, se celebrase la fiesta de todos los defunctos que estavan en purgatorio; la cual institución, como llena de piedad, aprovó la Iglesia en el año del nascimiento de Nuestro Redemptor Jesucristo que se contó mil é dos. Las exequias que antes se hacían no eran fuera del enterramiento, el cual se hacía fuera de los pueblos hasta que el papa Calixto, primero deste nombre, que fué el décimo séptimo Pontífice, contando dende Sant Pedro, instituyó que se enterrasen los cristianos dentro en los pueblos junto con las iglesias. E á estos lugares de enterramientos llamó cimenterios, que quiere decir dormitorios; é así en el discurso de la escriptura sagrada, cuando alguno enterravan, se dice que durmió con sus padres. E Job dice (Job, XVII): *Ecce nunc in pulvere dormiam;* Será el polvo mi sepultura. E David dice: Los muertos como heridos duermen en los sepulcros. De los cimenterios (porque fuesen las honras bien cumplidas) con la dignidad del lugar subieron á los cuerpos de las iglesias; é de ahí por subir en la su honra con enterramientos particulares entraron los muertos en las capillas; é de allí por la ambición de los vivos subieron al coro; é si mucho dura el siglo, los sepulcros vendrán á ser los altares, como si aquél fuese más vecino del cielo cuya sepultura está más vecina al altar.

Mas porque todo este aparato es más consuelo de los que quedan, como dice Sant Augustín (Augu., de cura pro mor.), que sufragios de muertos, según la sentencia de Nuestro Redemptor Jesucristo: dejemos á los muertos que entierren sus muertos (Math., VIII; Luc., XI; Joan., XVIII); y nosotros, según la misma sentencia, anunciemos el reino de Dios, el cual, como el mismo Dios dice, no es deste mundo.

Todo esto se ha dicho aquí para ver á qué ha venido la ambición de los hombres, que han querido medir las honras espirituales con los respectos del mundo; aunque la moderación de la pompa conforme á la dignidad del defuncto, no solamente es digna de reprehensión, mas es piedad muy loable, como parece en muchos lugares de la escriptura sagrada, los cuales por no ser prolijo no alego. Solamente diré una cosa: que pues la muerte de uno es aldavada de muchos, y la sepultura se dice monimento, que quiere decir memoria y recordación, que allende que las oraciones de muchos justos en nombre de Dios son oídas, la pompa y la sepultura que suelen dar pregón de la muerte mientras fueren más extendidas y ocurrieren más presto á la vista, más extendidamente y más presto traerán á la memoria la muerte, cuya continua recordación suele ser remate y el freno de los pecados.

Creo que á esta causa se permitió que se hiciesen los enterramientos en las iglesias, porque las sepulturas nos traigan á la memoria la muerte, que también vendrá por nosotros como vino por aquellos cuyas sepulturas pisamos; pues es verdad que, por mucho que tarde, no tarda lo que ha de venir, y por largo que sea el tiempo, no es largo, pues que se acaba, y por tarde que acabe, acaba presto, pues tiene fin.

CAPÍTULO VIII

De la comparación de los males.

Havemos dicho que las sepulturas se dicen monumentos, que quieren decir memorias, porque traen á la memoria la muerte. Queda aquí de decir que la muerte de nuestros propincuos deve ser bien recebida, porque si la muerte propria recebiríamos de voluntad sabiendo que Dios la envía, qué razón hay para tener pena y dolor de la muerte que, en fin fin, por cercana que sea, no se escapa de ser ajena? No otra por cierto sino la que coloradamente haría sentimiento por la pérdida de los guantes y se riese y disimulase si le cortasen las manos. Ni más ni menos caresce de buen juicio el que hiciese á Dios sacrificio de su corazón, convertiendo la necesidad del morir en voluntad de conformidad, y en la muerte de sus parientes ó amigos fuese tan embaucado que diese quejas á Dios. Luego si queremos usar de razón, conviene que primero que nos dolamos del mal apreciemos el daño que por el tal mal nos viene; porque así como no sentir nada arguye dureza de piedra, así hacer mayor sentimiento que monta el daño del mal arguye pusilanimidad y abatimiento de corazón; por lo cual será proprio oficio del hombre, no solamente tasar las penas conforme á la cualidad y cantidad de los daños, mas aun disimular la pena del daño que no tiene medio que le pueda surcir.

Y porque no hay peso de una balanza, y se ha de pesar el mal para que sea bien apreciado, será la primera regla que pesemos unos males con otros para que delante del daño mayor y más cualificado, si no cesare del todo, á lo menos será tolerable el daño menor, y cuasi se absconderá en la grandeza de aquel grande mal á quien se compara. El cual mal, ó será uno de los que han acaescido á nuestros vecinos ó conoscidos, ó será mal que imaginariamente nos puede venir, no menos de ánimo que mal de persona ó hacienda. Y pues el tal mal que así imaginamos no nos ha venido, y es posible que como á muchos nos venga, demos gracias á Dios, que carescemos de aquel grande mal de afrenta ó de hacienda ó de daño de la persona, con los cuales males vemos afligidos y penados á muchos; pues por experiencia se ve claramente que se absconde un mal pequeño delante de un grande.

La segunda regla será que pesemos un mal con un bien ó con muchos, delante de los cuales el mal verdadero no pesará más que pesa la balanza de la sombra contra la balanza del cuerpo. Desta manera pesaba Safo, que fué una mujer poetisa de la isla de Lesbos, los daños de su persona con los bienes que tenía del ánimo, cuando dijo: *Ingenio formæ damna rependo meæ;* Peso los daños de mi pequeña estatura con el don de mi ingenio.

Conforme á esta regla nos desnudaremos en la imaginación de todo lo que tenemos; y como quien sube por grados, iremos pesando los bienes extraños y los naturales hasta que subamos á los bienes del ánimo. Primeramente apreciaremos hacienda, mando y amigos con todo lo que á esto acompaña. Subiremos á los segundos y apreciaremos el bien del sér, cuánto difiere de todo lo que no es. Subiremos al vegetable, que es más noble que el sér de la piedra. Subiremos al sér animado, que es

más excelente que el sér que no siente. Más adelante pesaremos el sér racional, que sin comparación excede al sér que tienen las bestias. Añadiremos que este sér nos le dió Dios en el tiempo de las misericordias, que fué después de su sagrada pasión. Subiremos la tecla, y ponderaremos que nos le dió entre cristianos y de padres cristianos. Por añadidura pondremos las habilidades y gracias que acompañan al cuerpo. Subiendo al grado más alto, á los bienes del ánimo, ponderaremos la prudencia, fortaleza, justicia y templanza, que son las virtudes de la contratación de los hombres. Y luego subiremos á la cumbre del chapitel y espaciarnos hemos por los bienes de nuestro caudal: comenzaremos en la fe, mediaremos en la esperanza y permanesceremos en la caridad, con las cuales virtudes, fundadas en los méritos de la sacratísima pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo, adquiriremos derecho á la gloria, delante de la cual no hay daño que contrapese en el mundo, porque al que Dios le queda ninguna cosa le falta.

CAPÍTULO IX

En que se pondera la pasión humana con la divina, delante de la cual la humana se torna punto, porque es como si no fuese.

Havemos dicho que un dolor pequeño se absconde en un grande, y una pasión pequeña en otra mayor; por esto me paresce que, pues no hay cosa en el mundo de mayor pasión que fué la pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo, que la pongamos delante de nuestras pasiones y angustias; porque verdaderamente considerada, no solamente mitiga las pasiones humanas, mas aun las hace dulces y suaves de soportar; por lo cual en lo más breve que pudiéremos explicaremos algo de la grandeza de la pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo; é lo demás concebirá cada uno según que Nuestro Redemptor que lo padesció se lo diere á entender en el corazón, porque es un misterio tan alto, que mejor se alcanza con la devoción del corazón humilde que con palabras de hombre: cuánto menos se podrá dar á entender con la pluma! Mas no por eso cesaremos de nuestro propósito, que es poner en alguna manera delante de nuestras penas la pasión tan grande y tan sin medida, cuan sin medida es la pasión divina, que siendo Dios hombre, por nosotros los hombres la padesció. Porque en cuanto pudiéremos nos conformemos, como miembros fieles, con nuestra cabeza y participemos de su sagrada pasión, la cual es tan manifiesta que no hay cosa en el mundo tan pregonada y tan sabida de todas las generaciones y todas las edades y estados de gentes; aunque el modo y aspereza desta pasión sacratísima no le ponderan los que no miran más adelante de unas lástimas humanas y afectos que naturalmente suelen traer compasión de los afligidos, los cuales afectos, aunque son muy buenos y santos, no son solos ni los principales que en tan alta pasión se deven considerar.

CAPÍTULO X

De la pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo, delante de la cual se mitiga toda pasión humana.

La pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo, con que el cristiano se deve conformar, así para ser miembro fiel como para consolar sus pasiones con ella, es tan manifiesta que no hay cosa en el mundo tan pregonada como esta verdad, aunque el modo de la aspereza no le ponderan los que no miran más de unas lástimas humanas, que en los ánimos de los hombres suelen poner compasión, y no miran que sola la persona de Cristo recibió mayores tormentos y más sin consuelo que todos los mártires en quien se juntaran todos los géneros de martirios que todos los tiranos pudieran imaginar.

Lo primero está claro, teniendo respecto á la eucrática complexión de Nuestro Redemptor Jesucristo; en la cual, por ser inocentísima y delicatísima, más entrañablemente sintió el menor tocamiento que un hombre robusto sintiera la muerte. Todo fué porque el que havía de pagar por todos intensamente, en virtud y gravedad de dolor penase todo lo que todos pudieran penar.

Lo segundo, que es padescer sin consuelo, también está claro, que él mismo lo dice (Math., XXVII): *Deus, Deus meus, ut quid dereliquiste me?* que es tanto como si dijera: O divinidad sacratísima, por qué havéis dejado á esta mi humanidad padescer secamente sin consuelo interior que pudiera mitigar los excesivos tormentos? Esto convino que fuese así por muchas razones: La una, porque su sacratísima pasión fuese redempción copiosí-

sima en abundancia. La otra, porque fuese agradescida de partes del linaje humano; la cual no fuera estimada en tanto si, redundando en consuelo del alma sobre el cuerpo que padescía, se disimulara el dolor de los grandes tormentos, y desta manera pudieran pensar los hombres que no havía Dios hecho mucho por ellos en tomar carne humana, si la muerte con que se havían de perdonar las culpas hechas contra la divina Majestad fuera tan insensible que debajo del consuelo de la divinidad se abscondiera. Por lo cual fué menester que dentro del alma se representase todo el consuelo que le pudiera dar alivio y padesciese tan secamente que dijese por el profeta (Psal. XII): *Tanquam testa aruit virtus mea;* la virtnd de mi esfuerzo en los grandes tormentos que por los hombres quise pasar quedó tan fuera de todo consuelo y tan seca como la teja, que no tiene humor que mitigue la sequedad. Tanto, que verdaderamente dijo (Math., XXVI): triste es mi ánima hasta la muerte. Quiso decir que su tristeza era tanta (porque carescía de todo consuelo), que ella sola fuera bastante sin que le dieran otro tormento para dalle la muerte. Fué tanta esta agonía, que el sudor, que en los otros es el agua de la sangre destilada que sale por los poros de todo el cuerpo, en él fué sangre, que por la presteza con que salió no vino á destilarse, porque súbitamente, por la suma tristeza y angustia, se le abrieron los poros, y así quedó su cuerpo bañado de sangre como si estuviera todo sajado. Fué tanta esta agonía, que fué menester un ángel que exteriormente le confortase; pues que la divinidad havía determinado de dejarle padescer secamente, como aquel que havía de satisfacer á todos los pecados que todos los hombres hasta allí huviesen hecho y de allí adelante hubiesen y pudiesen hacer.

Adonde se ha de notar que cada uno de nosotros iva incorporado en aquel sacratísimo cuerpo de Nuestro Redemptor Jesucristo, y en aquél pagava todo lo que á la Majestad divina devía. Para lo cual havemos de notar que por eso se represó el consuelo que de la divinidad pudiera redundar en el cuerpo sacratísimo de Nuestro Redemptor Jesucristo; porque la redención hecha por tal pasión fuese muy copiosa y agradescida de partes de los redimidos. Que cierto es que por cualquier acto de Cristo, por razón de la unión hipostática con que las obras de la humanidad sacratísima son de infinito valor, fuera la redención suficiente. Mas para ser copiosa, como dice el profeta (Psal. CXXIX), fué menester aquel exceso de dolor y tormento intolerable á persona que no fuera á Dios, con el cual en sobreabundancia se pagó la deuda de nuestros pecados con mayor aceptación de la divina justicia, para darse por contenta de Adam y de todos sus descendientes que della se quisiesen aprovechar, que fué el deservicio y desobediencia que Adam y todos en él hecimos á Dios.

Lo segundo está claro: que viendo y sabiendo los hombres que el exceso de la pasión fué tan grande que aun del pensamiento no se deja tomar, levantarse han en compasión meritoria, con que no solamente por la pía afección agradezcan á Dios un tan inmenso y tan necesario beneficio, mas aun quedarán obligados, no solamente á no ofender al Señor de quien tantas y tan señaladas mercedes recibieron, mas aun, por leyes de buena amistad, á poner la vida mortal por quien puso la suya por ellos, aunque este trueco es tan diferente cuanto Dios dista del hombre. Allende de lo cual se ha de considerar que la muerte y pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo fué sin comparación excesiva sobre la muerte de todos los mártires; porque aquella fué desnuda de todo consuelo y acompañada de tanta tristeza y agonía en el natural y sensitivo apetito, que aunque otro tormento no dieran al más esforzadísimo hombre del mundo sino aquella tristeza, le bastara para dalle la muerte.

Aquí se responde á una cuestión que pide: por qué los mártires, que vencieron á los tiranos, sufrieron con alegría y grande ánimo diversísimos géneros de tormentos, é Cristo, capitán y corona de todos ellos y puente de esfuerzo con que se esfuerzan los que padescen, acosado de tanta tristeza rehusava en alguna manera la muerte diciendo (Math., XXVI): *Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste;* con otras muchas cosas conformes á esta sentencia? Cuyo sentido está claro al que mira la fortaleza de los que padescen; que cierto es que porque Nuestro Redemptor en cuanto hombre, por razón de la unión personal con el Verbo divino, de su propria virtud tuvo fuerzas bastantísimas á toda la imaginaria intensión de tormentos, cuánto más á

los que realmente padesció? Por eso el Padre eterno acordó de dejarle sin que del alma beatífica redundase consuelo en la humanidad desamparada, no del Verbo divino, mas de todos los rayos de los cuatro dotes del cuerpo, con que, ya que no quisiera mitigar los dolores en todo, á lo menos en parte los abscondiera en el piélago de la fruición divina, de que entonces su alma sacratísima estava gozando.

No obstante la gloria del alma, en aquel tiempo de la pasión estuvo el sacratísimo cuerpo tan solo y tan desnudo de todo socorre que le ayudase á pasar el juicio del mundo que en él se hacía, que como si no tuviera cuenta con su alma sacratísima, la cual estava gozando de Dios, en el cual sabía todas las cosas; y como si estuviera desnudo de saber la razón por la cual convenía que así padesciese, dijo al Padre eterno (Math., XXVII): *Heli, heli, lammazabathani;* Dios mío Dios mío, qué es la causa porque en agonía y angustia tan grande me habéis dejado padescer sin consuelo?

Los mártires, porque tenían la virtud así natural como adquisita muy limitada, fueron socorridos de Dios en tanta manera que á un adarme de tormento les acudía Dios con un quintal de consuelo, con un exceso de esfuerzo, que no solamente muchos dellos sufrieron con buen esfuerzo los tormentos de sus martirios, mas con grande alegría se ofrecían á los tormentos. Mas el esfuerzo déstos se deve á la pasión de su capitán y Redemptor Nuestro, que no solamente ganó en su pasión la absolución de nuestros pecados, mas aun con su tristeza ganó nuestra alegría, con su tormento nuestro descanso, con la ignominia nuestra gloria é ufanidad; con su muerte ganó nuestra vida y todas las virtudes anejas al mérito de la gloria del cielo, que es el cien tanto de todo lo que dejaremos en esta vida presente. Que aunque por eso se nos promete la gloria, Sant Marcos dice (Mar., I): que aquí en esta vida mortal se nos dará cien tanto de todo lo que dejáremos por seguir las pisadas de nuestro Redemptor Jesucristo, cuyo precio se aprecia en los trabajos y ansias tomadas de voluntad en este valle de lágrimas, que es la moneda que corre hasta la puerta del cielo, sin la cual no se compra la gloria; y por eso se dice que Dios castiga á los que bien quiere (Heb., XII); porque el castigo es el cien tanto que prometió al que dejare por él la voluntad de poseer los bienes terrenos; por lo cual el que dejare un grado de voluntad del amor terrenal recibirá cien tanto de angustias é sinsabores y desabrimientos en la sensualidad; é aceptados en la razón, á cuya medida se sigue la gracia que hace agradables á Dios á los que la tienen, y á la gracia corresponde la gloria. Y desta manera diremos que las tribulaciones y angustias recibidas de la mano de Dios son las monedas que corren en los cambios del cielo; lo cual estava tan abscondido antes del advenimiento de Nuestro Redemptor Jesucristo, que casi lo ignoró el profeta David cuando dijo (Psal., XXII): *Mei pene moti sunt pedes,* etc.; Estuve en punto de declarar, dice el profeta, á pensar que no había providencia divina en la república de los hombres, envidiando la paz y sosiego de los pecadores. Como si dijese: estuve en puntos de carcomerme de celos y envidia de los bienes de los pecadores, viéndolos prevalecer en paz y sosiego y contentamiento sobre los justos; aunque en la verdad no lo ignoró, como lo prueva largamente el mismo psalmo.

Mas después que supimos que convino que Cristo Nuestro Redemptor padeciese é así entrase en su gloria (Luc., XXIV), conocemos clarísimamente que las persecuciones y angustias del justo son el tesoro con que Dios ordenó que se comparase la gloria, á la cual contradice la culpa, que con la pena se deve ordenar y tornar á su quicio, de donde por la suma desorden salió. Síguese luego lo que Alcinoo filósofo afirma: *Pœna est medella peccati.* Qué es otra cosa la pena, sino una medicina con que se cura la culpa y, por consiguiente, con que se gana la gloria?

CAPÍTULO XI

De la compasión que nace de la pasión.

Ya havemos visto cómo el verdadero cristiano se deve conformar en la vida, en cuanto buenamente pudiere, con la vida de Nuestro Maestro y Redemptor Jesucristo, porque no sería buen miembro el que no guardase alguna proporción con su cabeza. Pues quién es tan fuera de juicio que sin conformarse con su cabeza, que es Cristo Nuestro Redemptor, en cuya virtud está principalmente la salud de las almas, piense que se puede salvar? E viendo que los méritos de todos los hombres

no son bastantes para el menor grado de gloria, presumiese de hacer nuevo camino del cielo? Como si fuera de la imitación con que nos incorporamos en Cristo huviese costumbre ó artificio humano ó angélico con que se ganase el reino del cielo. Conviene luego que cada uno que quiere gozar del fructo de la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo, no solamente acuda con su pasión, que es su cruz, para incorporalla en la verdadera pasión, en donde se hace digno de gloria, mas aun le conviene que imite la compasión de su Redemptor en el grado que cada uno pudiere. Para lo cual es de notar que mayor fué la compasión que tuvo Nuestro Redemptor Jesucristo que la pasión que pasó; la cual se pondera en muchas cosas, como son la ternura de su sacratísimo cuerpo, el vigor de su edad, la armonía de su complexión, el género de la muerte, que entonces era la más abatida del mundo; item, la dignidad de su persona, la vileza de los atormentadores, y en otras muchas cosas extrínsecas é intrínsecas que los teólogos en este artículo dicen. Mas la compasión que tuvo de las culpas ajenas excede mucho á los tormentos de su pasión; porque él, con rigurosa justicia, sin que por misericordia le soltasen un punto, pagava por todos, y en sí tomó el escote de todas nuestras maldades, de las cuales en particular así se dolió de enterísimo corazón como si él fuera el que las huviera cometido contra la divina Majestad. Y este dolor de las culpas ajenas, por las cuales él pagava, fué tan subido en quilates, así por la clara noticia y conoscimiento que tenía de la grandeza de la culpa, como por el sumo amor con que quería entera y cumplidamente satisfacer á las ofensas que los hombres havían hecho á Dios, que le acarreó tanta tristeza y tanto pavor de la muerte que, como si le rasgaran las venas, realmente sudó gotas de sangre.

Y es de creer que si por ventura ó por providencia divina la pasión sacratísima fuera una muerte particularmente en que no se pagaran culpas, por muy más áspera que se pudiera imaginar, no fuera bastante á causar tanta agonía con que sudara sangre y rehusara la muerte, si fuera posible; porque lo que en los sanctos suplía la gracia con que con alegría padescían los graves tormentos, era bastante á suplir sola la unión hipostática, aunque la humanidad sacratísima fuera desamparada de todo consuelo; mas como era una muerte dada por precio de culpas, fué tan terrible de soportar y de tanta agonía y tan subida en tristeza, que á un hombre Dios hiciese sudar sudores de sangre; á un hombre Dios le hiciese llevar atado con una soga al cuello; á un hombre Dios desamparasen los hombres, pensando que tenían poco en él; á un hombre Dios le trujesen de casa de Caifás á casa de Pilatos; á un hombre Dios le amarrasen á una columna y, desnudo en carnes, le diesen tantos azotes que descansasen los verdugos azotadores y se mudasen de rato en rato; á un hombre Dios hiciesen arrodillar con la cruz por las calles de Jerusalem; á un hombre Dios, como á malhechor, pusiesen entre dos ladrones, porque por tal le tuviesen los que le viesen con tal compañía; á un hombre Dios así todos le desamparasen, que después de puesto en las manos de sus enemigos ni ángel acudiese con el acostumbrado consuelo, ni sus discípulos osasen acompañarle, ni su sacratísima Madre, Señora Nuestra, pudiese allegar con el grande tropel de la gente, ni el Padre Eterno determinase de alivialle la pena, siquiera de la menor culpa de las culpas hechas y por hacer.

Esto era lo que hablaban Moisés y Elías cuando en la Transfiguración estavan contando el exceso que había de cumplir en Jerusalem. Para lo cual es de saber que dende el primer instante de su concepción sacratísima presentó la divinidad al ánima sacratísima de Nuestro Redemptor todos los hombres que entonces eran, y todos los que havían sido, y todos los que havían de ser hasta la fin del mundo. Presentóle juntamente todos los pecados que cada uno havía hecho y los que havía de hacer. Púsole delante la deuda tan grande, que menos que persona divina no la pudiese pagar. Juntamente con esto le propuso que, pues era ya hombre, si quería pagar la deuda que los hombres devían de las ofensas que á Dios havían hecho, pues que de parte de hombre era tan hábil para ofrescer su vida y su muerte en sacrificio á Dios ofendido, y de parte de ser Dios juntamente con hombre, era bastante á pagar todas las culpas hechas y por hacer. Lo cual, como aquella sacratísima humanidad concediese, y libremente dende entonces aceptase á pagar todo lo que los hombres devían y havían de dever, como ya deudor conoscido y cargado de tantas deu-

das, dende entonces comenzó á tener el sumo dolor de las culpas ajenas que todos los hombres havían de tener si conoscieran y tantearan la gravedad de la culpa como él claramente la conoscía, y si tuvieran el celo intensamente de la honra de Dios como Cristo Nuestro Redemptor en cuanto hombre tenía, y con todo este conoscimiento fueran bastantes á pagar tan grande deuda como él abastaba á pagar. Mas aunque este intenso y celoso dolor de las culpas ajenas, por las cuales pagava, le tuvo dende el primer punto de su concepción, que fué en el mesmo en que hizo la aceptación de la paga, exteriormente paresció en el tiempo de su pasión sacratísima, cuando se hizo el juicio del mundo y Dios quedó satisfecho y los hombres librados del poder del diablo. Y porque los que padescen se suelen quejar de la parte que más les aqueja el tormento, por eso Nuestro Redemptor la primera palabra que dijo en la cruz fué: *Pater, dimitte illis, quia nesciunt quid faciunt.* Como aquel que no tiene tanta pena de la pena de su pasión cuanta de la compasión de las culpas ajenas, de las cuales se compadece. Y así desamparado de todo socorro, que ni hombre ni ángel bastava á solivialle la carga de la menor culpa de que él solo se compadescía; ni Dios, á quien ofrescía su muerte sagrada en sacrificio por todos los pecados del mundo, le quiso entonces visitar con los consuelos que pudieran mitigar algo de los excesivos dolores que de la compasión de las culpas sólo él padescía, iva diciendo por las calles de Jerusalem (Psal. XXI): *Deus, Deus meus, respice in me, quare me dereliquisti? longe a salute mea verba delictorum meorum;* Dios mío, Dios mío, tened, Señor, algún respeto é miramiento de mí. Mirad, Señor, que los hechos de los míos que os ofendieron están muy lejos de mi salud. *Domini, quid multiplicati sunt qui tribulant me?* (Psal. III): Por qué, Señor, son tantos en número los que, Señor, permitís que me acosen? Mas porque estava dicho por el profeta Isaías (Esa., IIII): Fué herido y afligido por nuestras culpas, y puso Dios en él todas nuestras maldades, no solamente no le acorría con alivialle la gran carga de culpas que de los suyos, por quien padescía, á sus cuestas llevava, mas, como aquel que va tomando venganza y metiendo hierro en sus enemigos, se iva satisfaciendo é mitigando la saña é furor que tenía contra los hombres en los arrodillamientos que aquella humanidad sacratísima con la cruz á cuestas hacía. En este trance de compasión, á todo esto, Nuestro benignísimo Redemptor, cordero mansuetísimo, *non habens in ore suo redargutiones,* con lastimada voz respondía. *Domine, ne in furore tuo arguas me; neque in ira tua corripias me* (Psal. VI). *Sana me, Domine, quoniam conturbata sunt ossa mea: Anima mea turbata est valde; sed tu, Domine, usquequo?* (Psal. XXI). Bien sé, Señor, que *vermis sum et non homo.* Que cotejando mi humildad con el sér divino inefable, soy como si no fuese hombre; por lo cual, *de profundis clamavi ad te, Domine; Domine, exaudi vocem meam.* Qué es esto, Padre mío; en el Jordán y en el monte testificáis ser mi padre y decís que me oigan, y ahora, en esta agonía, donde havía de ser oído y donde havía menester el consuelo, así me desamparáis? Mas, pues así, Señor, os place, *fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.* Y porque no se hace nada sin vos, *Deus, in adiutorium meum intende: Domine, ad adiuvandum me festina.* Que en fin fin, Señor, *nihil odisti eorum quæ fecisti;* por lo cual, *in te, Domine, speravi: non confundar in æternum.*

Estas y otras palabras conformes á esta sentencia decía nuestro benignísimo Redemptor, hablando é suplicando al eterno Padre por la salud de sus miembros fieles, de cuyas culpas tanto se condolió como si propriamente las huviera él cometido, y con sola contrición y dolor las huviera de restaurar. Así, el verdadero cristiano, como miembro de tal cabeza, imitando á tal compasión, no solamente deve llevar su cruz, que son sus proprios tormentos, mas deve de compadescerse primeramente de la intolerable pasión, de las incomprensibles angustias, de los menosprecios y afrentas que su liberalísimo Redemptor por él quiso pasar; porque ya que no puede responder en el amistad en grado del tanto, corresponda siquiera en grado de proporción. Que así como Nuestro Redemptor tuvo pasión de sus penas, que inocentísimamente padesció, y compasión de las nuestras, así nosotros suframos con paciencia las penas que muy bien merescemos y tengamos compasión de la pasión de Nuestro benignísimo Redemptor, y lloremos con él y mentalmente andemos las estaciones de Jerusalem, y hagamos cuenta que con la fe é pía afección que con su gracia

él nos conserva, y nos hallamos al tiempo de su pasión. Y quiébrenos el corazón velle solo y desamparado, *quia torcular calcavit solus.* Que no solamente no le aliviamos con nuestra presencia, mas fuimos algún estorvo y augmento de más dolor; porque del pecado que cometemos dió singular cuenta, y tan por entero como si no pagara más de por uno.

Después que nos huviéremos paseado con compasión de todos los pasos de la pasión y de la compasión que de nosotros tuvo, entraremos luego en las compasiones que de nuestro prójimo en el segundo grado tendremos, y vestirnos hemos de la persona de cada uno, diciendo con el apóstol (II Cor., XI): Quién tiene enfermedad que yo no la tenga? Quién recibe escándalo que yo no me abrase de pena? De esta virtud de compasión están tan ajenos algunos, que adonde havían de acudir con misericordia abundan de menosprecio y desdén. Dios y natura acude á las faltas supliendo de su parte lo que falta al necesitado paciente, y son éstos tan hechos al revés de la ley divina y humana, que no solamente no encubren las tachas y faltas de sus prójimos, mas aun échanlas fuera y dánselas por injuria.

Cuán lejos van estos tales de ser miembros conformes á su cabeza (Phi., II), que de tal manera se condolesció de sus miembros, que tomó forma de siervo por rescatarnos de servidumbre! Fué dél honrado, por reducirnos á la honra que por el pecado perdimos. Con su pasión desquitó nuestra pena eternal; con su muerte mató nuestra muerte. Finalmente, que todos los males de natura sufrió por restituirnos en los bienes de gloria, que por nuestra culpa perdimos nosotros; que con el socorro divino nos esforzamos á imitar la compasión de Nuestro Maestro y Redemptor Jesucristo.

Pasearnos hemos con los ojos del ánima por las angustias de las edades y los estados y de las personas particulares, cuyas pasiones y afligimientos vinieren á nuestra noticia. Primeramente entraremos con la contemplación en el primer escalón de la vida, que es el embrión que vive en el vientre de su madre. Cuántos havrá cada día en el mundo que por algunos sustos que padescen las madres del vientre se vayan al limbo, adonde serán privados de Dios para siempre jamás!

Subamos un poco adelante y consideremos el parto, que es un traslado de muerte visible: cuántas habrá en la ciudad que, estando nosotros á nuestro placer, están ellas en el agonía del parto; é ya que se escape el niño del limbo y la madre de los tuertos que de derecho le vienen, tiene sesenta días abierta la sepultura la madre; y el niño que sale á luz, como dice Eucario (libro de par. hominis), trae treinta é cinco enfermedades de la herencia del vientre mientras mamare!

Subamos más adelante, de que se multiplican los niños, y no se trata el oficio, y las madres no tienen que comer: cuántos niños tienen cuaresma perpetua, que nunca se acuestan tan hartos que no dejarían de comer más si tuviesen! Por qué no tendremos lástima cuando vemos un niño desnudillo y descalzo llevar un pan de á dos en la mano, y un jarrillo con un maravedí de vino en la otra, y la taja debajo del sobaquillo, y va aguijando á su casa por la parte que le ha de caber de aquel pan, que se ha de repartir entre siete para hacer sopas en vino á las nueve, porque se les pase por almuerzo y comida, que según están siempre deshambridillos, harían pascua de los desechos de otros? De que son grandecillos, cuántos se van á perder acosados de la pobreza, unos por mar, otros por tierra? Unos no aportan, otros se mueren ó los matan en el camino; y con todo esto son redemidos por el mismo Dios que redimió á los ricos y poderosos.

Si nos espaciamos por los estados: quién podrá pasar el anchura de los respectos que atormentan, ó por mejor decir tiranizan al sosiego del ánima? Quién podrá ponderar las guerras espirituales que andan por los grandes señores? Quién se podrá condolescer de la esclavonía voluntaria que padescen, que por sólo cumplir con los miradores ponen sus consciencias en detrimento? Aquí se descubre un mar inmenso de lástimas dignas de compasión; porque adonde paresce al vulgo que la envidia tiene lugar, allí acuden los discretos apasionados con mayor compasión. Y es tanta la pena que tienen de ver que por sus pasos contados se van los hombres á pagar el escote de todo lo que como despenseros rescibieron en esta vida, que las pompas y los regalos y los ofrecimientos, cotejados con el dar de la cuenta, los reputan por los mayores trabajos y angustias que en esta vida pueden tener.

Después desto, echaremos los ojos en los acaescimientos y desastres particulares que vimos ó sabemos por relación; entre los cuales sabemos que unos se ahorcan acosados de Satanás, otros se ahogan en agua, á otros mataron súbitamente, á otros llevó un dolor de costado sin confesión, á otros se les cayeron las casas encima, á otros perniquebraron, otros murieron en desafío en pecado mortal; otros, aunque mueren por justicia, mueren deshonradamente por su gran culpa; otros viven muriendo, acosados de hambre ó de enfermedades. Finalmente, que no amanesce día sobre la tierra en que no hacen antipodio y vanquete ordinario los enemigos de las ánimas que van al infierno. Y los ríos, campos, juegos, plazuelas y horcas reciben las parias de sus tributarios; y son los males tan ordinarios, que no se dan manos á recebir. Las cuales cosas el que extendidamente las quisiere considerar, allende que delante dellas consolará sus penas livianas, no se podrá contener sin que llore con los que lloran y se condolezca del mal de sus prójimos, para hacerse miembro proporcionado en cuanto pudiese con su cabeza, que es Cristo (Rom., XII), en cuya pasión el que incorporare la suya y se condolesciere de las penas del prójimo, ofrecerá á Dios en sacrificio su vida y dará fin á las proprias pasiones que delante de la verdadera compasión se mitigan.

CAPÍTULO XII

En que se pondera y coteja la pena del que da pena con los muchos bienes que ha recibido, delante de los cuales el daño y la pena se tienen por bien.

Puede ser que el que bien considerare la pasión y compasión de Nuestro Redemptor Jesucristo, y las angustias y lástimas de los prójimos, mitigue su propia pena; mas no quedará desnudo de toda pena, porque entre las compasiones que tuviere del prójimo, tendrá alguna pena de la pena de aquel á quien tuvo verdadera amistad en la vida. Mas, como dijimos en el octavo capítulo deste último punto, el que bien pesare los muchos y grandes bienes que tuvo el difunto con los pequeños y pocos daños que al soslayo se atravesaron, hallará que aquello que imagina por contrapeso, pensando que es mal, lo podrá meter en la balanza del bien. Para lo cual, como en muchos lugares de la Escriptura paresce (Mar., VIII), será bien que comparemos el hombre al árbol, y así le daremos raíz, tronco, ramas, hojas, flores y fruta, según que en el árbol frutífero vemos. El buen pensamiento sirve de buena raíz. El firme propósito sirve de tronco. El crescer y permanescer cada día en buscar oportunidad de poner en obra los buenos propósitos sirven de ramas. El ponerlos en habla sirve de hojas, que con su verdor dan esperanza de bien. El empezar á poner en obra los medios propincuos que para efectuar los buenos propósitos se requieren sirve de flores. El fin de la obra sirve de fruta, que quiere decir el gozo que queda en el ánimo del hombre, que como buen árbol llevó buena fruta, la cual se dice deste verbo *fruor, is*, que quiere decir gozar, porque más gozo es tener para dar que carescer para recebir. Por lo cual solía decir el rey Asuero: *Regalius est ditare quam ditescere;* Mas propio es del rey enriquescer á los otros que enriquescerse á sí mesmo. Luego la fruta que el hombre ha de llevar son las obras de las virtudes, de las cuales han de gozar los prójimos después del servicio que á Dios se hace con ellas. Y así como el árbol lleva una fruta de su linaje, así el hombre siempre se acuesta á una virtud, en la cual tiene alguna excelencia sobre las otras. Mas si el árbol se enjere, puede tener dos y tres frutas demás de la suya; así el hombre que después de plantado en la Iglesia se enjere en la contemplación de los misterios divinos, en los ejemplos de la vida que muchos santos dejaron, puede llevar muchas frutas; así como vemos á muchos, que demás de la fe acompañada con esperanza é informada de caridad, tienen prática de visitar hospitales, tienen caridad en hablar por los que poco pueden, tienen osadía de corregir al que yerra, etc.

También se nota en los árboles las tierras en que tienen dominio, según aquello que dice Virgilio (Virgi., XII, Geor.): *India mittit ebur, moles sua thura Sabœi;* que unas tierras son frutíferas de unas cosas, y otras de otras; como vemos que la tierra de la Mancha para trigo trichel es mejor que la Sagra; la tierra de Illescas para guindas es mejor que la de Toledo; así como la de Toledo para membrillos excede á todo el resto de España. Y desta manera pesaremos las obras del hombre

según la diversidad de las tierras en que morare. Porque, como dice Galieno (Gal., I lib. *de animi mor.*): Gran parte de las costumbres se toma de la diversidad é disposición de la tierra; aunque esto más lo referiremos á la diversidad de los hombres, según aquello del psalmo (Psal. XVII): Si conversares con santos, vivirás santamente, y si te acompañares de malos, serás uno dellos. No porque los malos sean causa bastante á pervertir al que entre ellos morare, así como la compañía de los buenos no basta sola á hacer uno bueno de malo; mas es muy grande aparejo la conversación de todo el común para inducir á sus buenas ó malas costumbres. Por lo cual se tendría por muy más cristiano de obras el que en Vitembergo, ciudad de Alemania la alta (en quel heresiarca Martín Lutero sembró su cizaña), viviere cristianamente conforme á la ley evangélica, por vivir entre los bivoreznos de la serpiente hidra, que el que fuere católico en la ciudad de Toledo, adonde la santidad de la Iglesia le convidará á vivir santamente; demás de la excelencia del clero y el gran número de monesterios de todas las órdenes, que por estar en el riñón de la tierra de España no le falta sino la orden de la Cartuja, aunque por ella suplen los Mínimos, y suplieron antiguamente los Templarios de Jerusalem en el castillo de San Servando, que el vulgo llama de San Cervantes. Demás de tanto ejemplo de religión, hay tantas confradrías en esta ciudad, que no paresce sino que todas las confradrías de España se juntaron á capítulo general en Toledo. Por lo cual el que de tanta observancia se desviare del camino real de la Iglesia, meresce mucha más pena que el que en Vitembergo siguiere la canalla de Vitembergo.

Item, más de agradecer es al bueno que vive en tierra de pleitos ó de guerra ordinaria que al que vive en tierra pacífica.

También consideramos la labranza en los árboles, por lo cual por mejor hombre se tendrá el que sin sermones y consejos de amigos se diere al servicio de Dios y al celo de la república, que el que estuviere en lugar de ordinarios sermones y política conversación.

Podremos también considerar en los árboles las edades, que, como en el hombre, son ocho, en las cuales la edad de planta novicia, demás del verdor, aplace con su pequeñez, la cual en todas las cosas suele conciliar el favor, como vemos que naturalmente nos inclinamos á las cosas chiquitas; especial si vemos que tienen competencia con ellas las grandes. Esta edad se aplica á la infancia del niño.

La segunda edad es cuando la planta pierde nombre de planta y cobra nombre de arbolecico. Esta edad es aplicada á la puericia, que es la puridad de solas hojas sin flor.

La tercera edad se dice adolescencia, que es cuando notablemente cresce en ramas y en el grueso del tronco. Esta se aplica á la adolescencia del muchacho que cresce de catorce años á veinte y cinco.

La cuarta edad es cuando el árbol cobra fuerza y raíz contra el hielo y seca y bochorno. Esta edad se aplica á la juventud.

La quinta edad es cuando el árbol echa flor para fruta. Esta se aplica á la pubertad, que es la mejor de todas, porque llegó á la especie, y por eso en esta edad tiene el hombre todo el vigor natural que la humana naturaleza requiere.

La sexta edad es cuando ya desfallece el árbol de su vigor natural, y ésta se aplica á la vejez, cuando las fuerzas naturales del hombre se van cada día menoscabando.

La séptima edad es cuando el árbol devejenescido se torna á la edad primera, que ni lleva flores ni fruta. Y ésta se aplica á la decrépita edad, que es cuando los hombres están cuasi privados del uso de los cinco sentidos y tornan á la ignorancia de niños; porque la vida del hombre no se compara á raya derecha, sino á un círculo de compás, que acaba en el punto en que comenzó.

La octava edad es el remate de todas, cuando se seca todo lo vivo de la raíz, por lo cual no solamente no lleva hojas, mas ni tiene verdor en el tronco ni en la corteza. Esta edad, como tenga vida, llámase muerte. Y por eso se aplica á la muerte del hombre. Mas así como suele dejar pimpollos alrededor, que hereden el sitio y el nombre del árbol que muere, así deja herederos el hombre, en los cuales viven por comunicación de hacienda.

También podremos considerar en los árboles las edades del siglo. La primera, que fué dende Adán hasta Noé, fué la mejor de los árboles, porque llevavan la fruta de tanto vigor, que suplió la vez de las carnes que en toda aquella edad no se comieron. Y aunque Abel fué pastor de ovejas (Gén., IIII), no te-

nía aquella granjeria para más de la leche, queso, manteca y lana, y los cazadores ó monteros desta edad no pretendían más de los pellejos, de que hacían los ordinarios vestidos.

La segunda edad fué desde Noé hasta Moisés, en la cual fué declinando la tierra de su vigor, por lo cual Neuroth inventó á comer carne para suplir la flaqueza de los cuerpos humanos.

La tercera fué de Moisés hasta David, en la cual, por el menoscabo de la fruta, no solamente se comió carne, mas aun fué necesaria la medicina para conservación de la vida humana.

La quinta fué de David hasta la reedificación del templo, en la cual no solamente se menoscabaron los hombres en fuerzas, mas aun en grandeza de cuerpos.

La sexta fué dende allí hasta el santísimo nascimiento de Nuestro Salvador Jesucristo, porque fué tan en declinación la humana naturaleza, que fué menester, no solamente ser reparada en espíritu por la redempción, mas aun, por unión hipostática al Verbo divino, en dihnidad y valor.

La séptima es la que agora corre tan debilitada que no paresce sino la hez de todas las edades pasadas; por lo cual dijo Juvenal: *Terra malos homines nunc educat atque pusillos;* En esta edad de escoria lleva la tierra chicos y ruines hombres; y á la verdad tan chicos y ruines, que aunque más prueve Sinforiano Camperio (Simphori hort. Galli), no les basten las medicinas de sus proprias regiones, ni aun el Rha póntico ni el Asfalte de Siria á curarlos de ruines. E si los médicos antiguos dijeron verdad en sus medicinas, no les baste Pedro Aponense á conciliar en la decrépita edad de los tiempos lo que se cree que fué remedio en la edad de la senectud y vejez de los siglos.

Lo último que en los árboles se considera son las reliquias ó sobrajas de la madera. Que cierto es que después de cortados, unos sirven de solo cuerpo, que son aquellos de que se hace la leña para quemar; otros, que son más preciados, sirven de su natío; que de unos se hacen escriptorios y mesas y cofres preciados como es el ciprés, que nunca siente carcoma; de otros se hacen puertas preciadas, como es el nogal; de otros se hace maderamiento seguro de fuego, como es el árbol que se dice larice; de otros se sirve el común, como es la madera de pino.

El que todas estas consideraciones bien atendiere podrá considerar y pesar todos los bienes de aquel que bien quiso en la vida, de cuya muerte se duele. Y conosciendo el peso y valor dellos, tendrá confianza que Dios, que tantas mercedes le hizo en el discurso de su vida, le havrá dado el verdadero conoscimiento de sí, con que partió desta vida; porque como sea muy gran verdad que nunca Dios faltó al que hizo lo que fué en sí, será grande alivio de nuestro consuelo pesar la ganancia que con los talentos ganó nuestro defuncto, para que tengamos confianza en Dios que será del número de los siervos fieles á quien diga Nuestro Maestro y Redemptor Jesucristo: *Intra in gaudium Domini tui*: Entra en el gozo de tu Señor; pues que sobre poco fuiste fiel, quiérote dar mucho más, que es la gloria esencial y remate de todas las penas y perfectísimo cumplimiento de muchos más bienes que todos los entendimientos humanos puedan imaginar.

CAPÍTULO XIII

De un práctico ejemplo con que se declara lo sobredicho, que es pesar de los bienes de nuestro defuncto.

Común escuela de los dialécticos es que la posición ó aplicación del ejemplo es la cuarta y última especie con que se conosce y entiende lo ignoto é difícil de ser entendido. Mas á mí me paresce que no es especie distinta de las tres maneras que hay de saber, sino que es un instrumento común á manera de toque, con que aquellas tres especies se tocan y se declaran, de las cuales no se difiere en otra manera; que la ejecución particular de la obra difiere de lo que interiormente fabrica el entendimiento. Así la aplicación del ejemplo no da á conoscer otra cosa fuera de lo que por la definición, división y argumentación se entendió, salvo que aquellas lo dieron á entender en común y en general, y el ejemplo lo puso en prática y diólo á entender en particular. Y aunque hallemos muchas aplicaciones de ejemplos á las cuales no preceda ninguna forma de las tres sobredichas, no por eso diremos que es especie distinta; que si bien lo miramos, aquello que precede á la aplicación del ejemplo tiene equivalencia de una de

aquellas tres con quien más el ejemplo conformare. Con lo cual me paresce, muy ilustre señora, que será bien especificar y dará entender por un ejemplo práctico lo que dijimos en el capítulo precedente: Que es pesar y apreciar los bienes de aquel cuya muerte nos pena, porque del valor en que se apreciaren saquemos el alivio de la pena que dél tenemos, para que exteriormente goce el sentido de lo que en general traza el entendimiento.

Y entre todos los ejemplos que á la sazón se me ofrescen, por ser copioso y cumplido de todas sus partes, es la vida y el tránsito del muy ilustre Sr. D. Diego de Mendoza, mi señor, que sea en gloria. En el cual, como dijimos en el árbol, los buenos pensamientos fueron las ordinarias raíces de donde salieron las obras que dieron testimonio de la buena esperanza y diligencia de los medios propincuos, de los cuales para ponellas en obra se aprovechó. Para declaración de lo cual, con todo lo que aquí se ha de decir, quiero presuponer que así como los que están en seguro blasonan bien de las armas y juzgan de los encuentros en que ni se hallaron ni se piensan hallar, así los desnudos de mando y de matrimonio nunca acaban de hacerse jueces de sus jueces y de todos los generosos y grandes señores que tienen delante.

De aquí se sigue una conclusión: que una de las deudas que difícilmente se pagan es la que deven los jueces á la sentencia del vulgo y los ricos al juicio del pobre; la cual así como comenzó con las partes, así no se puede acabar sino con la muerte de entrambos. Y pues según la sentencia de Nuestro Redemptor Jesucristo, no puede haver falta de pobres, excusado es pensar que han de poner fin á las quejas coloradas que dan mientras les durare la vida; para la sustentación de la cual piensan que les deven los ricos todo lo que les sobra. Y como quien habla de talanquera, dicen que si ellos fueran de tal ó cual mando ó tuvieran tal ó cual renta, que gastaran tanta parte en tales y tales obras; las cuales como no hagan los ricos, juzgan que quedan deviendo todo lo que falta de aquello que ellos en su pensamiento magníficamente trazaron; lo cual, como les cuesta muy poco, porque no les cuesta más de pensarlo, danlo tan barato y de balde que de fausto de grandes señores y perlados que por imaginación se hicieron, se distribuyeron tanto en su pensamiento las rentas, que de grandes y de perlados se trasmudan en granjerías de escuderos y capellanes. Mas las del vulgo que así juzga de los mayores, no considera que tanto la república de los hombres es más perfecta y más acabada, en cuanto más se allegare á la proporción y armonía que tienen los miembros en el cuerpo del hombre, en el cual sería disformidad que los dedos de la mano fuesen iguales. Sería grande desorden si estuviesen los hombros iguales á la cabeza, y la cabeza, travase las corvas y se acorvase con ellas. Sería gran confusión que las venas fuesen iguales y cada una quisiese vivir por su pico, sin que se cevase de otra; que presumiesen tanto las venas capilares, que á las caudales diesen de mano, y las caudales á la del arca; y la vena del arca se alzase contra la vena de todo el cuerpo, sabiendo que no hay cosa más desigual que es la igualdad de las cosas distintas; porque á no hacer todas una cosa esencial, no se podrían escapar de vandos que destruyen la paz y producen desorden, que es cuerpo monstruoso; que si quisiéremos comparar, no havría cosa que más le cuadrase que un cuerpo que todo fuese cabeza á manera de ristra de ajos, adonde por ser todos cabezas, no tendría cuerpo que governar.

Esto así en general presupuesto, digo que las obras del muy ilustre señor don Diego de Mendoza, mi señor, que sea en gloria, no se han de pesar con la balanza del vulgo, que en cuanto es de su parte querría hacer igualdad de haciendas y de personas, sin tener respecto á la orden que pone diferencia en los miembros del cuerpo humano; mas hanse de apreciar y estimar con el peso de la prudencia, la cual primero considera la cualidad de la persona, la sazón del tiempo y la oportunidad del lugar que da sentencia del hecho. Las cuales circunstancias el que bien tasarlas quisiere, hallará en este muy ilustre señor las condiciones que dijimos del árbol; en el cual, allende de la fruta, por quien se entienden las obras, considerará que sobre todos sus adherentes lleva una fruta de su natío. Y así en este muy ilustre señor hallamos una virtud en que tuvo excelencia sobre todas las otras, no porque las otras virtudes hayan sido vulgares en él, mas dícese que tuvo una fruta, conviene á saber, una virtud personal del modo que decimos que el árbol lleva una fruta, aunque tenga ramas y hojas y flores, como cuasi univer-

salmente tienen todos los otros; y porque también con esta virtud, no solamente excedió á todas las otras sus ordinarias virtudes, mas aun fué singular en respecto de otros.

Esta virtud en griego se dice *filantropía*, y *humanitas* en latín; en romance se dice afabilidad, que es una virtud de tanto poder, que sola ella basta á quebrantar el furor de la enemistad. Y digo que sola ella basta para ser satelicio y gente de guarda de todos los reyes, porque no ponen tanto espanto las armas para constreñir á servicio á los súbditos y contener en oficio á los compañeros, cuanto convida la buena habla y humanidad á que conoscidos y extraños amen de voluntad al que afablemente se ha con chicos y grandes; porque la natural condición de los hombres comúnmente quiere ser llevada por bien más que por fuerza. Es tan necesaria esta virtud de afabilidad, que con obra la mandava Dios á los reyes cuando mandava que los ungiesen con olio; por el cual se significava la blandura é humanidad que querría Dios que tuviesen con todos sus súbditos. Porque así como el olio tiene virtud de ablandar, así quería Dios que los reyes se mostrasen humanos y afables, porque usasen más de oficio de padres que de señores; porque bien veía Dios que este es oficio para contener en oficio y en la obediencia que deven á sus mayores los súbditos. Y sobre todo era bastante para guarda de las personas de estado; por lo cual fué justamente castigado David, porque un día contó todo su pueblo (Reg., XXIIII); y Dios, que havía disimulado con el adulterio de Bersabé y la muerte de Urías (Reg., XI), en pena del gran pecado que cometió en contar su gente, porque parescía que ponía su vencimiento en las fuerzas humanas de la gente que havía contado, le envió pestilencia de tres días; porque conosciese que es muy gran verdad lo que el mismo Dios dice por el profeta Jeremías (Hier., XVII): que es maldito el hombre que confía en el hombre. Bastárale á David confiar en la unción que el profeta Samuel le havía hecho; por la cual se entendió la afabilidad y blandura con que venciera á todos sus enemigos, sin que hiciera caudal del alarde que justamente por la pestilencia cuasi perdió.

Esto se ha dicho para la virtud de la filantropía, que es la humana afabilidad en que este muy ilustre señor tuvo excelencia. Y porque el peso desta virtud se toma de la cualidad y estado de la persona, havemos de saber que en una persona será vicio la habla que en otra sea virtud, como la habla del lisonjero que, según Quinto Curcio, es carcoma de la república. Item, el que habla cortésmente, ó por temor ó por alcanzar lo que espera, es mercader que vende palabras á trueco de lo que espera; mas la afabilidad del que ni lisongea, ni espera, ni teme, es cierto que sale de la humanidad y generosidad y nobleza de corazón. Y porque subamos más el quilate: si el linage, la hacienda y el mando suelen deshumanar á los hombres: qué tanta diremos que fué la afabilidad deste muy ilustre señor, que siendo de un tan alto y generoso linage, como cuenta muy extendidamente Hernandarias Mejía en el libro que hizo de la *Genealogía de España*, siendo conde de Mélito y señor de la ciudad de Rapolla con todas sus baronías, habiendo sido Virrey de dos reinos, Cataluña y Valencia, y Capitán general destos mismos junto con Aragón, fué con estos títulos é dictados de tan humana conversación y afabilidad amorosa con todos, que el que no le conosciera por su persona juzgara que era un caballero noble hecho al buen tiempo, que con cortesía y afabilidad andava granjeando las amistades de todos? Aunque todavía, viendo su autoridad y el acatamiento de su persona, aunque le viera solo, pudiera barruntar su valor, y atribuyera á virtud singular (que es la única fructa del árbol) la agradable afabilidad, la cual muy pocas veces se halla junta con el mando y poder.

La tercera consideración del árbol fué que, si se enjere, puede llevar dos y tres frutas; y así el hombre, después de plantado en la Iglesia por el baptismo, si se enjere y se aplica á diversos estados y profesiones, por razón del enjerto puede tener dos ó tres maneras de obras distinctas; y porque en los árboles hallamos tres maneras de enjertos, no pongamos más de otras tantas al hombre.

La primera especie de enjerto se dice de canuto, y desta manera se enjeren los árboles ternecicos, porque fácilmente se pueden envestir de hábito ajeno, que es de la corteza sacada entera á manera de canuto del árbol de vecino natio. La segunda manera se dice enjerir de escudete, y esta se hace en la juventud de los árboles. La tercera diferencia es enjerto de púa, y ésta se hace en la vejez

de los árboles, y no en todo lugar, mas solamente en los lugares de regadío, porque ayude la sobra del agua á las fuerzas de la vejez.

En todas estas tres maneras hallaremos enjerto al muy ilustre señor don Diego de Mendoza. En la primera le hallaremos con el hábito de Santiago, en que hizo profesión dende sus tiernos años; y la regla de Sant Augustin que en el hábito profesó la guardó, no solamente en la significación, mas aun en el hecho significado, que pretendió don Pero Hernández de Fuente Encalada, primer maestre de Santiago, que fué en el pontificado del papa Alexandre tercero, año del nascimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil y ciento y setenta y cinco.

Y cuando puso en obra lo significado por la espada de la profesión, fué la segunda manera de enjerto cuando con el escudo de la fe señaladamente se mostró quién era sobre la ciudad de Granada contra los moros, y después sobre la isla de Cefalonia, que es en el mar Egeo que agora se dice el Archipiélago, al tiempo que la tenían usurpada los turcos contra el derecho de los cristianos. En las cuales dos cosas cumplió lo que dice el psalmista (Psal. LXXV): Prometed y cumplid.

La tercera manera de enjerto cumplió con la governación de los reinos. en que tuvo las veces de rey; y la fruta que desta manera llevó es tan real, que no gusta della la gente vulgar, cuyo valor diremos en las edades del árbol.

La cuarta consideración de los árboles dijimos que se toma de las tierras en que tienen dominio; por donde no nos maravillamos que haya cermeñas olederas en la huerta de Sant Silvestre, así como no tenemos por mucho que haya níspolas en la villa de Liria, porque la tierra destos lugares es benigna para estas frutas. Mas si viésemos que la tierra caliza ó salobreña llevase miñeruelos y alvérchigas, no nos espantaríamos menos que si el arena frutificase fuera de las azaviras que benignamente suele llevar. Así havemos de tener en mucho con más que juicio de vulgo, que este muy ilustre señor, nascido é criado en España, experimentó la vida de Italia, en las cuales provincias el que se hallare libre y exempto de los vicios nacionales, que ya dijimos en el punto tercero, por cierto que será digno de mucha loa. Los de la tierra de Italia ven, los que bien la pasean, que es tierra de tal esquilmo, que por algunas partes della suelen dormir con la escoria de Marcial; y el tiempo de la vigilia se suele gastar en las vanas chimeras de Propercio y sus compañeros. Y pluguiese á la inmensa misericordia de Dios que se les cayese Platón de las manos; aunque el cardenal Besarión más le defienda, porque claramente se viese el conciliábulo, que Ambrosio Camaldulense (Lib. de divi. nomi.), glosador de Sant Dionisio, con celo evangélico descubrió: que fácilmente sufriría las tachas indiferentes, de que Georgio Trapesuntio le acusa. Pues el que en tierra de tanta exempción vive recta y estrechamente, según que la consciencia cristiana le dicta, y el que entre las leyes del mundo vive conforme á la concordia del prójimo, por qué no diremos que es más digno de loa que si habitara en el hiermo de Egipto entre aquellos santos varones de quien Heráclides escribió? Qué diré de la guerra, que es una vida tan estragadora de la consciencia, que apenas contrapesen los bienes que en ella se pueden hallar? Pues, de qué loa será digno este muy ilustre señor, que después de haver empleado su adolescencia en la corte en el servicio de los Reyes Católicos, en las guerras que dimos contra moros y turcos, allende de ser muy justas por ser contra infieles, guerreó tan justísimamente, que no excedió un punto de lo que el hábito de la profesión le mandava? Porque á la verdad, á dicho de todos los que con él se hallaron, en esto tuvo grande excelencia en la guerra: que allende que empleó sus esfuerzos en defensa de la religión cristiana, como era obligado por el hábito de la profesión que tenía, peleó puramente por el derecho bélico, sin tener atención al despojo de los enemigos, en que ordinariamente se suelen cevar los que posponen el fin principal de la guerra á su propria codicia.

Lo quinto que en los árboles consideramos es la labranza; que cierto es que los árboles cultivados llevarán mejor fruta que los monteses. Desta manera, el que á poder de ayos y consejeros es bueno, no le es tanto de agradescer como al hombre bueno que de suyo hace alcalde de su consciencia; porque no se tendrá por buen hombre el que tiene necesidad de vara de alcalde, pues quién no sabe que este muy ilustre señor en la corte de los Reyes Católicos fué tan de sí que no tuvo quién le fuese á la mano? No porque él

rehusara pasar por la ley que los otros, mas porque de suyo se levantó á tomar experiencia de los males ajenos. De manera que, aunque estuviera sólo, pudiera decir lo que dijo Bias cuando salió solo de su ciudad Biena (Cicero in paradox.); preguntado dónde tenía sus bienes, respondió: Conmigo llevo todos mis bienes.

Fué de tanta prudencia, que cuando se ofresció él de su propria voluntad á la guerra de Nápoles contra los franceses, que querían usurpar el derecho del reino, le dijo la serenísima reina doña Isabel: Don Diego, no sois vos persona que hayáis de ir debajo de ajena gobernación. Respondió él: que pues él tomava por premio de su trabajo servir á Su Alteza, no se menoscavava su autoridad si así convenía al servicio de Su Alteza, por el cual estava él aparejado á poner su estado y su vida. E así lo hizo, que como fué capitán de hombres de armas, entre todos se halló siempre en la delantera, no sirviendo menos de sargento, poniendo en ordenanza su gente, que de esforzadísimo capitán, amostrándoles con la obra á pelear con tanta destreza y tal ánimo, que fácilmente quebró las alas de la osadía de los franceses.

La sexta consideración dijimos que es la de las edades del siglo. Y así como dijimos que en la primera edad fueron los árboles de mayor virtud natural que en las descendientes, así los hombres de aquella edad tuvieron mayores fuerzas naturales para vencer á las concupiscencias que los hombres de ahora, por donde se arguye la gravedad del pecado de Adam y el homicidio de Caín.

Item, por la vida larga de aquella edad sabía más un hombre por experiencia que saben ahora cincuenta por letras; y porque á la gravedad del pecado se sigue grave castigo, por eso la pena del pecado de Adam se extenderá hasta el postrer hombre de los que han de nascer, y por eso es más grave de todos los otros pecados; por lo cual en lugar de castigo, allende de la penitencia de Adam, se siguió por pena en sus descendientes la culpa original que es merescedora de pena, en que todos los hombres nascen y han de nascer, como sea verdad que á los otros pecados se les sigue en pena la pena, en el fin desta edad se castigó el mundo por agua (Gén., XIX).

En la segunda edad fué menor el castigo, porque se disminuyeron las fuerzas naturales, y por eso se contentó Dios con la destruyción de cinco ciudades.

En la tercera edad, allende de las plagas de Egipto por la idolatría del Belphegor (Exo., XXXII), demás de los veinte y tres mil hombres que mató el tribu de Leví por mandamiento de Moisés, castigó Dios al pueblo con otro castigo mayor.

En la cuarta, castigó Dios al pueblo en la captividad de Jerusalén, que havía profetizado Jeremías nueve años antes.

El castigo de la quinta edad fué ya de menos rigor, porque fué lo más dél el temor y aflicción en que Amán puso al pueblo de los judíos, aunque por la culpa de Amán les ponía, más solamente por la idolatría cuasi ordinaria de que todos los profetas de aquella edad cuasi siempre les arguyeron. Y aunque el pecado de la idolatría es tan grande que absolutamente se dice pecado, porque aquella edad iva ya descaeciendo en las fuerzas naturales, contentávase la divina justicia de dalles castigo de solo temor.

En la sexta edad, en que ahora estamos (porque se dice tiempo de misericordias), espera Dios al pecador para que se convierta. En esta edad se castigaron los tiranos, que martirizaron los santos; en ésta se castigaron los herejes scismáticos, aunque por ser tiempo de misericordias no fué el castigo hecho con tanto rigor como en la edad tercera fué hecho en Datán y Abirón. Por eso en esta edad, por castigo de cuasi las dos Alemanias se contentó Dios que sola una villa, que se dice Schilistach, que es el Friburgo de Brisgoya, cuasi tres leguas de Basilea, pagase por todas, la cual se quemó toda en espacio de una hora á diez días del mes de Abril, Jueves Santo, año de mil y quinientos treinta y tres (Eras., ad Damia. goen.). Y desta manera es remiso el castigo que en el tiempo de misericordia se da por los pecados, así porque el caudal de la paga está ya pasado y colado y recebido en descargo de los pecados en los sacratísimos méritos de la abundantisima y copiosísima pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo, como porque son los tiempos postreros del siglo, en los cuales dijo Nuestro Redemptor que se resfriaría la caridad, porque apenas tendrán los hombres guía (Math., XXIV), que con ejemplo le muestre á vivir evangélicamente. E si alguno quisiese ser más

estrecho en la vida cristiana que el común de la gente, se le atribuye antes á hipocresía que á religión, no por más sino porque, según el psalmista (Psal. XIII), todos declinaron del camino derecho, y á la par juntamente quedaron sin fruto, porque no ven delante ejemplo práctico de que puedan sacar escudo y defensa contra lo que la lengua maledica quisiese interpretar á mal fin. Por donde las obras que hiciesen fuera de la costumbre común, se escapasen de nombre de hipocresía ó de nescios escrúpulos: pues es una edad tan resfriada en la caridad como es la cuasi postrera, en que tanto se deve estimar el que tuviere caridad con el prójimo? Por cierto no menos que el que entre los Domicianos sobervios guardase humildad (Hig., lib. de vir., IV), y entre los Crasos cobdiciosísimos fuese Fabricio, que antepusiese los platos de barro á la vajilla de oro, que á trueco de deslealtad le diese contrario. Pues qué Fabricio diremos que fué este muy ilustre señor, que tan claramente se huvo con todos sus inferiores, como si todos le fueran iguales? Y de tal manera conservava su estado, que tenía cuenta y memoria de todos los pobres de sus tierras y señoríos, porque sabía muy bien que era obligado á guardar la orden de caridad, que es acudir primero á los suyos y después á los otros, entre los cuales proveyó á muchos desta ciudad con sus limosnas secretas, y tan secretas que, conforme al sacro evangelio, lo que hacía la mano derecha procurava que no lo supiese la izquierda.

También dijimos que se considerara en los árboles las edades del mismo árbol, en los cuales sólo el verdor de planta noviciada da esperanza de vida; y ésta ni es culpable ni digna de loa en los hombres, aunque, si el don natural se ha de estimar en algo, se deve tener en mucho la humana conversación del hombre que desde niño fué criado en regalos, como fué este muy ilustre señor, el cual si quisiera seguir los respectos y faustos, que según las leyes del mundo suelen seguir por sus grados á los regalados dende la niñez, pudiera ser tan altivo de humana contratación que á do quiera que fuera, á manera del dicho Julio César, quisiera ser más el primero que en la ciudad el segundo. Mas sabiendo él lo que dice el satírico (Iuve., sati. VIII), que sola la nobleza es la virtud, tan humildemente se huvo con todos, como si fuera criado en pobreza con todas las asperezas del mal tratamiento, que es la medecina con que se suele curar la sobervia.

Síguese la puericia, que es cuando pasa el niño de siete años hasta catorce, en la cual edad todo el bien que se hace no se dice virtud, porque no sale del escogimiento de la razón, que distingue el vicio de la virtud, mas solamente nasce de una inclinación natural, que en latín se dice índole y en romance se dice señal ó muestra de la virtud que está por venir. En la cual edad, allende de otros muchos que en la vida política impusieron á este muy ilustre señor, fué uno el maestro Antonio de Lebrija, que fué el mejor y más docto que creo que huvo en España dende que Sertorio, capitán romano antes del advenimiento de Nuestro Salvador Jesucristo, fundó la Universidad del estudio de Huesca, como lo dice Plutarco en su vida. Del cual preceptor, allende de la santidad de la vida, se le pegó tal hábito de prudencia, que en todas las edades siguientes no ayudó menos á la república con su consejo que con el valor y estima de su persona.

La adolescencia, que es cuando notablemente cresce la planta, gastó este muy ilustre señor en el servicio de los Reyes Católicos de los cuales fué tan querido que no huvo hijo de grande de España que no tomase favor de su compañía. Y porque la obediencia es muy aneja á los hombres, tuvo tanta diligencia en el servicio real, que la reina princesa estimava en más sus servicios que todos los otros pajes hijos de los grandes de España.

La cuarta edad de los árboles se dice juventud en los hombres; deste verbo *iuvo, as*, que que en romance quiere decir ayudar, porque entonces el hombre se ayuda de todas sus partes, no menos de las potencias del ánima que de las fuerzas del cuerpo. Esta edad gastó este muy ilustre señor en la guerra de Granada, adonde no solamente se señaló con notables hazañas, mas aún fué ejemplo á que muchos hiciesen y osasen hacer algo de lo mucho que en aquel cerco le vieron hacer. Item, empleó esta edad en la guerra de Nápoles, en la cual paresció lo que dijimos, que peleó puramente por el derecho de la milicia; porque no solamente no tuvo intento al despojo de los enemigos, mas aun lo que por derecho de la batalla le cupo con su humani-

dad generosa lo remitió. Esto paresció muchas veces, y en especial en la ciudad de Nápoles, adonde el Gran Capitán, en el repartimiento de los despojos, le dió una casa muy principal con todas las riquezas que estavan en ella, en la cual como este muy ilustre señor entrase, y uno, por congraciarse con él, le mostrase á dónde estavan más de veinte mil ducados enterrados para casamiento de tres doncellas, hijas de aquella señora viuda que morava en la casa, la madre y las hijas comenzaron á hacer tales llantos como si fueran captivas de turcos; mas este muy ilustre señor, con su acostumbrada generosidad, hizo nueva merced para el casamiento de aquellas tres doncellas de la casa y el mueble y de los veinte mil ducados. De suerte que donde pensavan ser afligidas, no solamente fueron remediadas por caer en tan magníficas manos, mas quedaron seguras con tal amparador y defensor de sus dotes; en ellas se representó la limosna de Sant Nicolás. Mostróse también la humanidad deste muy ilustre señor á la pasada del río Garellano, que á unos cavalleros franceses que se tomaron á manos y los dejaron en camisa desnudos, los amparó con sus mismas ropas, y por vestirlos á todos quedóse desnudo, esperando que le cortasen de vestir, porque quiso cumplir muy por entero el consejo evangélico de las túnicas (Luc., III); porque fué tanta su humanidad que antes quiso esperar á los sastres que hacer esperar á los otros.

La quinta edad de los hombres, que es la que corresponde á la fruta del árbol, se dice pubertad ó edad perfecta en el hombre, en la cual es obligado el hombre á fructificar muy poderosamente para que de su fruta coman, no solamente los más necesitados della, mas aun los que tienen fruta del suyo. Y como dijimos del árbol enjerto, es mucha razón que comunique de su virtud á todos los que á él se allegaren. Esta edad gastó este muy ilustre señor en una fruta tan rara y tan excelente, que los vulgares pasan por ella como cosa no conoscida que nunca hizo á su paladar y sólo los celosos y sabios la gustan. Esta fruta se dice policía en el griego, que en romance quiere decir governación de república, la cual, como sea muy semejante al cuerpo del hombre, ha de tener un capitán que la guíe; porque de otra manera será como el vulgo, que dice Horacio (Hora., ep. I, lib. I) que es un cuerpo de muchas cabezas, como por experiencia se vido en los años pasados de las Germanías é Comunidades. A este daño, fuente manantial cuasi de todos los daños, socorrió en su quinta edad este muy ilustre señor, cuando siendo virrey de Cataluña y Valencia y capitán general destos dos reinos, junto con Aragón, excusó con su muy prudente consejo y bélico esfuerzo innumerables daños y grandes excesos y ordinarios pecados, que el cuerpo monstruoso de la Germanía, compuesto de solas cabezas, hiciera si este muy ilustre señor varonilmente no acudiera de presto y apagara el fuego prendido. Porque, dado que en el reino havía entonces personas celosas de la justicia, si se compararan á la canalla del vulgo, no fueran parte para rebullirse sin que á la hora fueran hechos pedazos; mas este muy ilustre señor, pospuesto todo temor y peligro de su persona y estado, peleó animosamente contra el cuerpo de tantas cabezas, como dicen los poetas que Hércules el Tebano se huvo con la serpiente Lernia, que dicen que era toda cabezas. Quién podrá trazar con el pensamiento qué tal sería el estado confuso desigualmente igual desta república, á donde se medía el derecho con sola la violencia; de la cual, el que más tenía se pensava que tenía más de justicia, según las ordenanzas y fueros desta monstruosa república, que ponía todo su derecho en las armas? Quién podrá pensar el desasosiego de los celosos de la justicia, las familias descarriadas, las doncellas saqueadas por fuerza con la hacienda; los temores ordinarios y sobresaltos de todos los buenos, que deseavan la paz y el sosiego de la república? El que todas estas cosas considerare verá claramente la estima en que se deva tener la persona que con su buena industria y esfuerzo puso fin á tantos y tan diversos males que en tiempo de la desorden por España se derramaron. Si cada uno pensase que su casa y hacienda fué la perseguida y la saqueada, qué gracias diera á este muy ilustre señor, si con su esfuerzo y favor escapara de las manos de sus enemigos y cobrara toda la hacienda que le robaron! Pienso yo que, como á principal ejecutor de justicia, que con justicia le libró de las injusticias, no se lo agradesciera menos que si con su benéfico esfuerzo le sacara de poder de infieles. Pues esto que hiciera por sí manda la caridad evangélica que lo haga y lo agradezca por

cada uno de todos aquellos que verdaderamente fueron librados por el esfuerzo y socorro deste muy ilustre señor.

Demás destas virtudes morales, no es menos el servicio que á Dios hace el que excusa un pecado, que por el contrario sería el deservicio del que se atreve á pecar. Pues quién podrá contar los vicios encadenados y excesos enormes que se excusaron por el ánimo y osadía con que este muy ilustre señor acometió á tanta gente para ponerles perpetuo silencio? Que fué tanta la osadía que para ejecutar la justicia tuvo, que aunque con un trabuco le quebraron la silla de su caballo, no desistió ni se quiso salir afuera hasta que tomó la ciudad, no á partido como se suele hacer, sino á misericordia y benignidad de la que por bien usava con todos.

Después de tomada la ciudad de Valencia no holgó hasta que por buenos ardides huvo á las manos los caudillos de Babilonia, y ejecutó en ellos todo el rigor de la ley, no porque entonces caresciese de la humanidad que siempre tenía; mas hízolo sobre el acuerdo con celo de justicia, porque en el castigo de aquellos escarmentasen todos los que secretamente pudieran conjurar en maldad; porque viendo que aquellos no les aprovechó haver huído, ni al parescer común les aprovechó estar en lugares seguros á que no huviesen presto de venir á las manos deste grande celador del sosiego de la república, no fueran tan pertinaces que el miedo no les hiciera sentar el pie llano. Y aunque en todo fuese igual con los otros señores que asistían en la governación de los reinos, la virtud de la primacía lleva delante; porque la pacificación de Valencia fué para ejemplo que todo el resto de España conosciese su yerro.

La sexta edad, que es el descaecimiento del árbol, es la vejez en los hombres, la cual dijimos que porque va de caída no lleva fruta de tanto sabor, no porque sea substancial á los que la comen, mas porque es desabrida á la opinión de los hombres; porque como ya los hombres en la vejez no tengan las fuerzas naturales para hacer las obras de la juventud, quédales la experiencia y la sapiencia, que es muy aneja á los hombres ancianos; por lo cual determinaron los antiguos de hacer una confradría de viejos, los cuales entendiesen en la administración de los otros. La cual congregación, dice Ovidio (Ovi., l. V fasto) que por eso se dijo *senatus*, porque era toda de hombres ancianos, que en latín se dicen *senes*. La fruta que esta edad lleva, como sea fruta teórica de buenos consejos, de exhortaciones á la virtud, de reprehensión de los vicios, de refrenar los apetitos de los mancebos, de quitalles de las locuras en que ellos quieren andar de puntillas, de privalles de sus devaneos y pasatiempos dañosos, é finalmente de hacerles entrar por el camino derecho, es fruta tan desabrida, que los mancebos que della comen, por ser contraria á sus naturales inclinaciones, tendrían por golosina el ruibarbo delante del amargor desta fruta; porque, como dice Terencio (Ter., in and.): Así como el que anda á la voluntad de todos los otros tiene muchos amigos, así el que dice la verdad al que yerra cobra enemigos.

Esta edad gastó este muy ilustre señor en muchos y muy importantes consejos, como son buenos testigos todos los grandes del reino, y no por eso cesó con toda su humanidad de emplearse en consejos y avisos de todos los cavalleros que á él como á prudentísimo y ejercitado patrón acudían, ni se desdeñava de responder benigna y afablemente á todos los menudos que tenían necesidad de su amparo.

Pues lo que toca á la economía que en la governación de familia claramente paresce en la religión de todos los que tenía en su casa, que no parece sino que estavan todos sacados á un molde; así todos acudían á oir las misas que se decían en casa; así todos hablavan á una bien de lo bueno y mal de lo malo, que paresce que tenían delante aquello que dice Isaías (Esaie., V), porque no les comprendiese la maldición: Ay de vosotros, hombres (dice el profeta), que decís mal de lo bueno y excusáis con afeitadas palabras lo malo. Todos á una eran bien quistos de todos, así por la humana conversación que de su capitán humano aprendían, como porque no se tenían envidia ni emulación, antes amigablemente suplían unos las faltas de otros.

La séptima edad de los árboles dijimos que en los hombres se dice decrépita, que es cuando el hombre torna por círculo á la primera edad de la infancia. Mas como pocos lleguen, aunque pasen la ley climatérica, que son sesenta y tres años, en equivalencia ninguno se escapa della; porque todas las enfermedades agudas ó crónicas grandes tienen

resabio de la decrépita edad; porque aunque no torna á los hombres á la ignorancia de la niñez, disminuye en parte el uso de los cinco sentidos, y aun puede ser tan recia que, según dice el filósofo (Arist., prædica.), puede privar al sabio de los hábitos científicos. E si las enfermedades por esta diminución ó privación de los hábitos se dicen ser semejantes á la decrépita edad, pienso yo que entre todas las que más priva el sentido y los hábitos y conceptos del ánima es la enfermedad con que se consume el húmido radical y se acaba la vida.

Y desta manera diremos que la enfermedad postrera del hombre es la decrépita; la cual edad, así como en los árboles dijimos que lleva fruta de su cosecha, así los hombres que viven en esta edad no dan fruta de sí, aunque accidentalmente es ocasión de fruta por la materia y pesadumbre de sus importunas demandas. E así como el árbol por revejecido que esté, mientras tuviere húmido radical tiene habilidad para llevar la fruta que dicen redrojo, así el decrépito puede llevar de redrojos diversas maneras de fruta, como es la conformidad que tiene con Dios aceptando la muerte de voluntad, recibiendo en paciencia los dolores que atormentan al cuerpo, obedesciendo al consejo del médico que no le deja comer ni bever lo que quiere, é finalmente, teniendo la paciencia evangélica cuando más cercado se ve de agonías espirituales y corporales.

Aquesta séptima edad gastó este muy ilustre señor en una heroica paciencia digna de ser recontada, con que no solamente sufrió los dolores agudos de la hidropesía, que suelen sacar de quicio á los mancebos, mas aun (lo que más espanta), por ser obediente á los médicos, pasó seis meses arreo de la más terrible y grave abstinencia que las fuerzas humanas basten á soportar. Porque cierto es que la hambre y la sed dan pena al cuerpo. La hambre experimentan los que ayunan y los que no tienen que comer. La sed experimentan los que pasan de Jerusalem en Egipto por las sirtes de arena, donde se hace la carne momia, y los que caminan el desierto de Arabia y otros secos lugares. Mas sobre todos la experimenta el hidrópico, que por ser obediente toma como por necesidad que le fuerce el mandamiento del médico. Cuál da más pena, la hambre ó la sed, aunque la experiencia no lo dijera, lo sacáramos por el efecto. Porque aunque entrambas lleven al hombre á la muerte, cierto es que la hambre acaba la vida en desayuno, y la sed acarrea la muerte con ravia y con desenfrenado furor. Por donde paresce que tanto es peor la sed que la hambre, cuanto de verdad la ravia es peor que el desmayo.

Y dejando todo esto aparte, cierto es que Cristo Nuestro Redemptor no estava sin hambre cuando dijo: *sitio;* mas quejóse de la sed, como de cosa que más le pesava. Y aunque allí se entendió principalmente la sed de las ánimas, no por eso se quita que no tuviese sed corporal intensísima de soportar. De aquí paresce cuán grave tormento sea el de la sed sobre la hambre; por donde podremos pesar con peso de compasión la sed ardentísima que en seis meses arreo tuvo este muy ilustre señor. Mas teniendo delante aquella sentencia de Nuestro Redemptor Jesucristo (Luc., XXI): En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas, animóse como quien contiende á porfía á soportar el ímpetu de la sed, que osaría decir que es la mayor hazaña que hizo en toda su vida. Porque si el que se abstiene de comer la Cuaresma, por seis horas que ayuna hasta que al medio día cumpla con el estómago, se tiene por hazañoso en la milicia cristiana, en qué grado pondremos á este heroico señor, que por espacio de doscientos días perpetuos sufrió con paciencia los ímpetus de la sed acutísima, sin verse un día siquiera entre tantos acabado con ella? Y como si fuera el más peregrino del mundo, en la posada más ajena de su noticia, entre hombres bárbaros sin caridad, como si á poder de lástimas huviera de alcanzar su socorro, así pedía que por amor de Dios le diesen, no los vinos de la Campania, ni la malvasía de Scotia, sino un vaso de agua con que siquiera rociase el grandísimo ardor de la sed acutísima. Y en verdad que lo pedía con tanta lástima y con tanta angustia de su corazón, que á mí y á todos los circunstantes nos quebrava los corazones de ver que con tan lastimeras plegarias no pedía los tesoros de Creso, ni los tocamientos del Rey Midas, sino un vaso de agua. Por cierto que me paresce á mí que le quiso dar Nuestro Señor purgatorio abreviado en esta vida presente, por llevarle á su gloria en la otra.

La última edad de los árboles dijimos que

no tiene nombre de vida, porque es el remate de todas, cuando el húmido radical se acaba de consumir. Esta edad comienza de la privación de los cinco sentidos y acaba con el último huelgo, cuando el ánima se despide del cuerpo. Esta edad por eso tiene nombre de muerte; porque aunque el ánima está en el cuerpo, no entiende tanto en dar vida á los miembros cuanto en desraigarse con pena de todos los miembros; como aquella que está de partida, entre sale y no sale: está agonizando puesta entre el temor y esperanza; y como esté toda empleada entre estas dos cosas, aunque está desaposesionada de los más miembros del cuerpo, hácese fuerte en el castillo del corazón: que así como es el primero que vive, así es el último que muere en el cuerpo del hombre.

En esta edad duró este muy ilustre señor catorce horas, dende las once del martes en la noche hasta la una después del medio día del miércoles siguiente, que fué á diez y siete días del mes de mayo, año de mil quinientos y treinta y seis. A esta edad me hallé yo presente; y en verdad que, aunque indigno rogador, le ayudé con los socorros que en el tercero punto dijimos; y en mi verdad que, á todo lo que mi juicio pudo alcanzar, tuvo una agonía tan sosegada, que más parescía sueño verdadero de vivo que imagen de muerte; más parescía consentimiento de paz que señal de contienda. Por donde piadosamente podemos pensar que no se confundía cuando hablava con sus enemigos á la puerta de la salida; pues, según el mismo profeta, en la vida cumplió su deseo de tantas buenas obras como aquí havemos dicho, las cuales por ser enderezadas al amor y al servicio de Dios llama el profeta saetas, que penetran el corazón del verdadero cristiano. Y así como dijimos quel árbol deja pimpollos y nuevos arbolicos alrededor, que hereden el sitio y el nombre del árbol que muere, así el hombre deja hijos y sucesores arraigados en los bienes que deja, porque ya que él no puede dar fruto de sí, dalo en su posteridad. Y porque él solo si cayere no tiene quien le levante, deja más firme la conservación de la fruta el que dejare muchos que le sucedan que el que dejare uno solo en quien suceda la vida del árbol que muere. Porque asi como el que da la ocasión é causa del mal paresce que hace el mismo mal, así el que da la causa del bien paresce que participa del bien de que fué causa ó propincua ocasión.

En esta posteridad por vía de sucesión no fué menos felice este muy ilustre señor que en las otras cosas que ya recontamos, porque dejó fruto de bendición; y si acertó Pitágoras cuando dijo que se encierran misterios en todos los números, é si entre los nuestros se toma los que Rabano y Arator, según teología cristiana, distribuyeron al número, diremos que este muy ilustre señor en todo fué muy cumplido, pues que hasta el número fué favorable; pues no solamente hallaremos el número septuario, celebrado por los siete planetas, de los cuales les salen los días de la semana; mas aún en la escritura divina es de tanto misterio, que después de la unidad y el ternario es el más excelente de todos; aunque por razón de las partes (que dicen alícuotas) de que se compone sea tan disminuto que no tiene más de la unidad que le hace.

En este número dejó este muy ilustre señor siete pimpollos que le sucediesen, como dijimos del árbol, tres varones y cuatro hembras. El primero es el primogénito, heredero no menos del nombre que de todo el estado, que es el muy ilustre señor don Diego Hurtado de Mendoza y de la Cerda, conde de Mélito, etc. El segundo es el ilustre é muy magnífico señor don Gaspar Gastón de la Cerda. El tercero es el muy magnífico señor don Baltasar de la Cerda, niño por cierto en edad y varón en sentencias, las cuales dice él tan á propósito como si las relatase del ayo que le amostrase á hablar. En el sexo femíneo dejó á las muy ilustres señoras: la señora doña Brianda de Mendoza, Condesa de Concentaina, y la señora doña Mencía de la Cerda, Condesa de la villa de Chinchón. Demás de las señoras Condesas quedaron las ilustres señoras doña Ana de la Cerda, que eligió el estado de la religión, y la señora doña María de Mendoza, que no será menos que las señoras Condesas, sus hermanas, si no eligiere la vida contemplativa de religión. De toda esta muy ilustre posteridad redundará una gloria accidental á este muy ilustre señor que tales pimpollos dejó, en quien se perpetuase el culto divino y el provecho del prójimo. Y sobre todo dejó á Vuestra Señoría, para que no solamente como madre tutriz fuese amparo de todos, mas aun

legítima dispensadora de todos los bienes castrenses.

Lo último que en los árboles consideramos son las reliquias que quedan de la madera, adonde dijimos que unas maderas son muy preciadas, de que se hacen piezas de estima, y otras sirven de solo cuerpo; así en los hombres unos son muy preciados, y con su valor sirven al purgatorio, que goza accidentalmente de todos los sufragios que se hicieren por ellos.

Demás desto, el que con su autoridad atrae más número de prójimos que concurren á su enterramiento, allende que de la oración de muchos gana algo de la quitación de su pena, gana gloria accidental en el cielo, es ocasión con la estima de su persona de la obra de caridad é misericordia que cumplen los que caritativamente se hallan en su enterramiento.

Item, si la sepultura, como dijimos, trae á la memoria la muerte, en que con título de traer á la memoria la muerte con la pública representación de su sepultura se manda enterrar en lugar insigne, no por faustos y pompas, sino con celo de caridad, para ser un señuelo y aldava de muerte, diremos que dejó á manera del árbol por vestigios ó sobras de su persona unas continuadas tragedias ó representaciones de muerte, mandándose enterrar en lugares de donde más fácilmente puedan ocurrir á todos los ojos de los que entraren, con que no sea en lugar que embarace más á manera de sobornal, quitando la vista de los altares que aproveche con su memoria. Todas estas recordaciones y testimonios de su persona dejó este muy ilustre señor á manera de árbol preciado, que después de cortado sirve con su preciada madera.

Primeramente, á su enterramiento acudieron la clerecía de la ciudad, demás de gran número de religiosos de todos los monesterios de dentro y de fuera de la ciudad. Acudieron todos los cavalleros que en la ciudad se hallaron. Sacaron el ataud en que iva su cuerpo los muy ilustres señores el Condestable y el Marqués de Elche con otros muchos principales de la ciudad, que ayudaron á llevar el cuerpo en los hombros. Hicieron sentimiento todas las parroquias de la ciudad, que todas juntas díeron clamores de rogativas por sus obsequias. Y lo que es de tener en mucho es que las campanas de la sancta iglesia por privilegio especial se doblaron por él; y con toda esta solemnidad le enterraron dentro de la capilla de Nuestra Señora de Gracia en el monesterio de Sant Augustín, que es una de las cosas insignes que hay en esta ciudad de Toledo. Celebráronse las honras con tanto concurso de la clerecía de las parroquias y de todos los monesterios de la ciudad, que, como quien acude á espectáculo nunca visto, acudió cuasi toda la gente de la ciudad á tomar lugares; que aunque el andamio de las obsequias no ocupara el cuerpo mayor de la iglesia, no cupiera la décima parte de la gente que vino; que ni bastaron los claustros de abajo y de arriba, con todas las capillas colaterales, á que no quedasen de fuera los más que fueron acompañar las obsequias. En las cuales, demás de todas las misas cantadas que en diversos apartamientos juntamente dijeron los clérigos y los frailes, dijo la misa mayor de pontifical el reverendísimo señor don Francisco Bovadilla, obispo de Coria y arcediano de Toledo.

Finalmente, que este muy ilustre señor aprovechó en la vida con su persona, y en la muerte, á manera de árbol preciado, con la materia y ocasión que dejó de muchas maneras de bien, de las cuales en alguna manera se aprovechen los vivos; pues que es verdad que la muerte de uno es aldavada de muchos; allende que cumplen una obra de misericordia los que entienden en enterrar á los muertos. Que aunque Cristo Nuestro Redemptor dijo: Deja que los muertos entierren sus muertos, no vedó en este dicho un oficio tan piadoso como es enterrar los defunctos. Mas como aquel mancebo pusiese por excusa el enterramiento de su padre, pensando que era oficio absoluto, cotejado el reino de Dios que Cristo Nuestro Redemptor le mandava que predicase con enterrar á su padre, era oficio de muertos en respecto del predicar, que es oficio de vivos. Pues que á la verdad el que predica el Evangelio anuncia el reino de Dios, que es la vida eterna; aunque en alguna manera, quedando á salvo el mejor juicio, si sin torcer la letra se puede sufrir que se digan los muertos los hombres que á manera de buitres comen del bien de los muertos, y toda su granjería es vivir de los muertos, y todas sus hablas son de los muertos, según que dice Nuestro Redemptor: que adonde está tu tesoro allí tienes tu corazón. Item, en otra parte dice: que de la abundancia del corazón habla la

boca. Qué maravilla que se digan muertos los que granjean testamentos de muertos, los que se levantan y se acuestan con muertos, y andan oliendo al enfermo y tan curiosos en el servicio fingido, como dice Plinio que andava M. Régulo en la salud de Verania y de Bello Bleso?

Pienso yo que estos tales que velan y duermen con la granjería que de los muertos esperan se pueden cuasi decir que están muertos en vida. Y estos tales muertos entierran sus muertos, no suyos por parentesco, sino suyos de oficio, como decimos que el médico entiende en curar sus enfermos. Mas si este oficio se hace por la caridad evangélica, dejará de ser oficio de muertos, con tal que no se preponga á la predicación evangélica, que es el oficio mejor de los vivos. Y aun nunca Cristo Nuestro Redemptor vedara al mancebo que fuera á enterrar á su padre si entonces estuviera muerto su padre. Mas dijo el hijo que le dejase enterrar á su padre, como si dijera: Señor, mi padre es muy viejo; por mucho que viva será poco tiempo. Dadme licencia que me esté con él hasta que le deje enterrado.

Esto se ha dicho para ver que el oficio de enterrar á los muertos no se veda absolutamente, sino en respecto de la predicación evangélica, que es el oficio perteneciente á los vivos que anuncian la vida eterna. Mas el oficio de enterrar á los muertos es oficio de añadidura, con que ó se disminuye la pena ó se augmenta la gloria accidental de los que murieron en gracia, en la cual piadosamente se deve pensar que partieron los que vivieron cristianamente, y aunque algunos defectos hayan tenido, porque en fiu fin fueron hombres, por donde no podrán afirmar que no hayan pecado, es tanta la virtud de los sacramentos, que suplen todas las faltas de los que en gracia los recibieren. Por lo cual es cosa muy fría pensar de nuestros defunctos, pues hicieron lo que era en sí, recibiendo los sacramentos, y partieron desta vida confesando el nombre de Dios, encomendándose á su sagrada pasión, que les havrá Dios hecho las mercedes que nosotros les deseamos y los tendrá ya en su gloria ó muy cerca della; porque el que desconfiase de la salvación del cristiano que al tiempo de su partida hizo lo que era en sí, y cumplió todo lo que le manda Dios y la Iglesia en su nombre, por cierto que me paresce á mí que no carescería de culpa, porque este tal mediría la gloria con los méritos proprios del hombre y estimaría la virtud de los sacramentos como añadidura de los méritos particulares; como á la verdad esté nuestro caudal en los méritos de los sacramentos que tienen valor en la pasión preciosísima de Nuestro Redemptor Jesucristo, y nuestras obras hayan de ser los méritos añadidos al caudal de aquella inmensa pasión, precio bastantísimo para redemir todos los pecados del mundo.

Y pues este muy ilustre señor, al tiempo de su partida, se halló con los unos y con los otros, con el caudal de los sacramentos que recibió á sus tiempos, según que la Santa Madre Iglesia lo manda, y con los méritos accesorios de las obras tan señaladas que hizo, como aquí havemos dicho, piadosamente se puede pensar que, con tantos socorros, ó está en la gloria ó muy cerca della, pues las obras dan testimonio de lo mucho que con su persona y autoridad á muchos aprovechó: recibió los sacramentos de la Santa Madre Iglesia á su tiempo; ordenó su testamento conforme al derecho y á la caridad evangélica; dispuso todo lo que la razón le dictó y la caridad del prójimo le confirmó; queda que, no solamente no nos dé pena su ausencia, mas aun della tengamos placer, pues con ella alcanzó lo que él deseava en su vida, que era morir con muerte espaciosa y cuasi aplazada, para que con el espacio de la partida tuviese tiempo de tornar sobre sí y de encomendarse á los méritos de la pasión copiosísima de Nuestro Redemptor Jesucristo, de ordenar su testamento, de confesar sus pecados, de recebir los sacramentos que le ayudasen á pasar el camino que no se puede excusar. Y para que, finalmente, con el tiempo de la muerte espaciosa tuviese tiempo de ensayarse é imponerse á morir para no hallarse novicio al tiempo del hecho; de lo cual no está muy seguro el que muere súbitamente, porque es tanta la turbación que le acarrea la muerte súbita, que cuando el hombre quiere tornar sobre sí se halla en el otro mundo. Y pues este muy ilustre señor tuvo la muerte cuasi aplazada con espacio de seis meses de enfermedad, síguese que no se ha de tener pena de la muerte que cada uno querría para sí. Que pues ninguno se puede escapar de morir, creo yo que antes escogería morir de espacio por sus pasos contados, en que tuviese

tiempo de arrepentirse y confesar sus pecados, y recebir los sacramentos eclesiásticos, y partir en paz y sosiego desta vida presente, que morir súbitamente, sin tener tiempo para decir siquiera un válame Dios, con que verdaderamente saliese de la detestación del pecado, que nasce de la caridad verdadera con que se debe amar á Dios sobre todas las cosas. Por lo cual claramente conosceremos que el que acaba con buena muerte su vida, no solamente no se deve llorar, mas antes se ha de tener por hombre favorescido de Dios, porque paresce que es del número de aquellos de quien dice Sant Juan: bienaventurados son los hombres que mueren en el Señor. Porque si es verdad, como es verdad, que del fin se nombra la cosa, bienaventurado se puede decir el que acaba con buena muerte, de la cual si querría cada uno estar cierto para acabar la vida con ella, por qué juzgará ser mal en su amigo lo que desea tener para sí? Que es tener seguridad de muerte espaciosa y, como dijimos, cuasi aplazada, para tener tiempo de encomendarse á Dios, que nunca faltó á todos los que de corazón le llamaron en tiempo.

CAPÍTULO ÚLTIMO

Del tránsito de la vida del hombre, en que se muestra que la suerte común del morir no se deve llorar en particular, antes se deve recebir en placer.

En todos los capítulos sobredichos deste último punto havemos visto que ni de parte nuestra, ni de parte de nuestros defunctos, hay razón para tomar pena por el ausencia temporal y corporal con que por medio de la muerte se apartan de nosotros nuestros amigos. Queda ahora que, ya que se ha de tener pena por la muerte del cuerpo, no se deve llorar en particular, pues el morir es una suerte común y ley general para todos los que nascieren en este mundo; é ya que se haya de llorar en general, como mal que á todos abarca, pues en la orden hay razón que me obliga á la orden, qué razón hay que me olvide yo de muerte por llorar el ajena? Que, aunque no la vea en presencia, el entendimiento la traza como si estuviese presente, y harto presente está la que se ha comido todo el tiempo pasado y hace riza de lo presente y está deshambrida para tragarse lo por venir. Por lo cual dijo el apóstol Santiago: Llorad en vuestras miserias, que os están á la puerta esperando. Las cuales están tan aparejadas como el destral á la raíz del árbol para cortarle. A los que así consideraren su muerte, dirá Jeremías: Quitaos de cuidado de llorar sobre el muerto. Esto dijo el profeta, porque tendrán tanta materia de lágrimas proprias, que podrán decir lo que en su propria miseria decia Job: Llorava yo en el tiempo pasado sobre el hombre afligido; mas entonces veíase y considerávase en tanta aflicción é miseria, que ya no llorava trabajos ajenos, porque tenía bien que llorar en los suyos, por haver caído de todo el estado que en todo el capítulo precedente contó.

Desta manera, los hombres que estuvieren en prosperidad, razon es que se empleen en llorar las penas y angustias de los que están afligidos; mas quién será tal y tan exempto é libre de males que le saque llorar los males ajenos? Por cierto que creo yo que antes le falte la vida que materia para abundosamente llorar los males de su propria persona, porque, como dice Job (Job, XIII), el hombre, demás de la bajeza de su nascimiento, en el poco tiempo que vive redunda de muchas miserias. Esto es porque todas las criaturas, en pena del pecado del hombre, se levantan en servicio de su criador contra la desobediencia del hombre; que justo es que no obedezcan los súbditos al que desobedeció á su señor, y pienso yo que no hay criatura, ni natural ni artificial, que en uno ó en otro lugar, en uno ó en otro tiempo, no haya sido ocasión de muerte de algunos hombres; pues el hombre, que por aneja de su pecado tiene contra sí la conjuración de las criaturas, qué tiempo le sobrará para llorar males ajenos cuando huviere acabado los suyos? Por cierto ninguno, pues las más veces los suele prolongar hasta las penas del purgatorio. Luego, como de suerte común llore los males de entrambos en este valle de lágrimas, guardando la orden de caridad con que en el primer lugar ponga los suyos, y no haga como los malos endechadores, que por llorar las muertes ajenas olvídanse de las suyas. Por lo cual será bien, como dice el apóstol (I Cor., VII), no tomar demasiada congoja, que muchas veces suele perturbar la razón. En lo cual no veda el apóstol el cuidado ordinario, que nasce de la virtud de la providencia; mas veda la dema-

siada solicitud, que nasce de la incredulidad y desconfianza. Esto paresce por lo que en el mismo lugar dice: mirad que pasa la figura deste mundo visible, y no es razón que vosotros os hagáis fuertes en la cosa que no permanesce más quel tiempo que corre con ella. La cual mutación, al que bien la quisiere considerar, le será como un libro escripto de la mano de la naturaleza, en que halle las consolaciones de todos los males que naturalmente le puedan venir; porque no havrá mal tan grande ni tan grave de soportar en este mundo que pasa, que sólo el pasaje no le haga muy breve y muy liviano de soportar, pues que es verdad que juntamente con la figura deste mundo visible no puede dejar de pasar aquel mal.

De aquí vemos la mutación de todos los reinos del mundo, de todas las ciudades, de todos los estados, de todas las amistades y, finalmente, de todas las condiciones de los hombres particulares. A los reinos mudaron las inundaciones de gentes y avenidas de extrañas naciones, como paresce de las historias y anales de los griegos y los latinos. A las ciudades mudaron las inundaciones de mares, las avenidas de los ríos, las humidades de las lagunas, el aire corrupto estantio, la continua destemplanza de los temporales, la sequedad de los sitios, la falta de agua, la esterilidad de la tierra y otras muchas cosas contrarias á la población de los hombres. A los estados mudaron las ambiciones del mandar y la codicia de poseer. A las amistades mudaron los falsos testimonios, las temas curiosas y la falta de caridad. A las condiciones mudaron las herencias, los oficios, las dignidades y, finalmente, las mutaciones de las edades. Es tanta la mutación de las cosas, que verdaderamente diremos lo que dice Ovidio: Todas as cosas se mudan, y no hay cosa que persevere en el mundo. Pues quién será el cuerdo que piense hallar permanencia de cosas en el golfo de las mutaciones humanas? Qué se hicieron los medos y los persianos? Los asirios y los troyanos? Los griegos y los romanos? Los africanos y macedonios, qué son dellos? Ques de las guerras y paces, los conciertos y amistades de las gentes? Las honras y las deshonras, cuán sepultadas están? Qué queda, sino el olvido, de las hazañas y covardías? Quién vido á Escipión, Alexandre y Aníbal? A Pompeyo é Julio César, á Tito Nerva y Trajano, quién los vido? Quién se acuerda de Alarico, del rey Wamba y Recisundo? Quién puede tener memoria de todos los que han pasado? Quién concebirá con verdad el rostro verdadero de la persona real, fuera del nombre vano que nombra? Por qué quedará más este nombre de Alexandre al que verdaderamente lo fué que al mayor covarde y al más ignoto qne entonces huvo en el mundo? Por lo cual, pues sólo los justos estarán en la memoria eterna, fuera de la cual se dice olvido la historia, hará el hombre de su partido si se embeviere en esta memoria y recibiese á Dios en su propria morada, aposentándole en lo mejor de su alma, placiéndolo con todo lo que á El le place; que así como el papa ó el rey envia sus legados y embajadores, así Dios, allende que desciende por gracia en las ánimas de sus fieles vasallos, envía muchas veces sus embajadores y mensajeros, con los cuales á veces envia presentes, y á veces pide servicios, según que en la fe, esperanza y caridad se contiene, que son los capítulos que pasan entre Dios y los hombres.

Entre los presentes que Dios envía contaremos el sol y la luna con los otros cinco planetas y todo el número de las estrellas del firmamento, al movimiento de los cuales se siguen las generaciones de todas las cosas corpóreas. Envía las aguas que hacen fecunda á la tierra á su tiempo. Envía los vientos, así para acarrear los nublados como para granar las simientes y maduración de las frutas, para esparcir los aires corruptos y para otros muchos oficios muy necesarios á la vida y salud de los hombres. Envía todos los temporales más á sabor de los hombres que ellos lo sabían desear. Envía la salud de los cuerpos. Envía la pacificación de los reinos. Envia buenos perlados y buenos curas, de cuya vida como de dechado saquemos ejemplo de bien vivir. Envía predicadores letrados no menos de esciencia que de conciencia. Envía buenos maridos y buenas mujeres, y buenos y muy obedientes hijos. Envió, finalmente, la paz evangélica, que sobrepuja todo sentido. Mas porque entre los capítulos está capitulado aquello que dice Job: si recebimos los presentes de la mano de Dios, por qué rehusaremos las penas que en lugar de servicios nos pide? Si recebimos de voluntad sus embajadores cuando nos envía presentes, por qué cerrare-

mos las puertas de la voluntad á los receptores de las rentas legítimamente devidas? Pues que es verdad que la injuria que se hace al embajador la recibe el rey que la envía por suya, como paresce en la destruición de la ciudad de Corinto, que mandó destruir el Senado romano por una pequeña injuria que á sus embajadores hicieron. Desta manera diremos, que los que no reciben los embajadores de Dios no carescen de culpa; y aquellos diremcs que no los reciben que les pesa con su venida, si estuviese en su mano, porque no les viniesen á pedir el servicio que por los presentes que recibieron de la mano de Dios legítimamente se deve, y no miran que en todas las cuentas y contrataciones suele haber cargo y descargo. Por donde es mucha razón que, pues fuera de Dios no hay señor absoluto en el mundo, que al dar de la cuenta haga cada uno descargo de todo lo que al tiempo del recibir se descargó. Por lo cual no deve recibir con menos serenidad á los receptores que vienen á cobrar los descargos de partes de Dios que á los embajadores que vinieron á repartir las mercedes que por sus causas segundas suele Dios repartir á los hombres.

Entre los receptores que vienen á cobrar los descargos y á pedir los servicios que justísimamente se deven á Dios, son los eclipses del sol y la luna, por los cuales se fortifican los daños de las generaciones y se menoscaban los derechos de la integridad de la naturaleza; con éstos envía Dios á veces la sequedad, á la cual se sigue la esterilidad de la tierra. Y porque este receptor es mal recibido síguese tras él la esterilidad de los corazones; que entonces se pone mayor diligencia á cerrar los trojes y sobresolar los silos, y se mudan las guardas á las llaves de las despensas, cuando el embajador receptero del agua da con los ordinarios nublados al fisco del cielo, y no paran mientes que no enviara Dios al receptor de la pluvia á pedir su nublado si viera él que se aprovechavan los corazones de su rocío. Aunque por otra parte, después que parescieron las intenciones de los alzados, socorre Dios á los clamores de las viudas y de las huérfanas y los niños, y socorre por vías nunca pensadas; porque se vea que ni basta desconfianza de unos ni malicia de otros á esconder la rueda del carruaje, que es el pan con que se sostienen los pobres. Esto paresce todos los días del mundo; que si quisiese un rey mantener á su costa ocho días una ciudad, allende que paresce que no le bastaría la renta, creo que agotaría todo el mantenimiento de los alrededores. Y mantiene Dios las ciudades con unas poquitas de tiendas de pan y vino y de carne, con otras pocas de frutas y de hortaliza; y todos compran y dejan las tiendas llenas, y no se echa menos lo que cada uno lleva para cumplir con su casa.

Demás desta universal provisión provee de muchas maneras particulares, como (por poner ejemplo entre muchos) vimos el año de trece que por la falta del agua subió tanto el trigo, que ya se conhortavan los pobres á sufrir la hambre doblada en que estavan amaestrados; y aquel año acordó Dios que regasen é trillasen todos á una, y el agua que havía faltado en las hazas envióla súbitamente sobre las eras, y tomólas á todas tan descuidadas en tanta abundancia, que apenas dejó trigo que no lo mojó; por donde no haviendo lugar de ensilar, porque todos fueron forzados á venderlo de presto, valió más barato que el año antecedente, en que huvo grande abundancia.

También fué una provisión extraordinaria la que en el año de veinte y ocho, que por el mes de mayo llegó á valer la hanega á quince reales menos tres blancas. Fué tanta la falta, que faltava pan en las tiendas; mas proveyó Dios de tantas havas en aquel año, cuantas antes ni después no se han visto. Mas envió por otra parte en el mismo año al receptor de las guindas, y llevólas tan á barrisco, que no dejó más del rebusco. Y lo que es de notar que con la copia de las havas mantuvo por espacio de un mes á la gente pobre, y con la falta de las guindas puso apetito á todos los que se havían alzado con el trigo de todos; y dentro de cuatro días, en el mayor fervor de la falta, acudió con tanta abundancia de trigo, que no quería dar libra de guindas á hombre que no hallase con ella una libra de pan; y puso tanto deseo de guindas á todos los que encerraron el pan, que sobre el mucho pan que encerraron les fué forzado comprar tantas libras de pan cuantas compraron de guindas. Porque vean que no solamente provee Dios á los necesitados, mas en sobreabundancia quiere dar á entender á los ricos cuán poca necesidad tiene dellos para mantener á los pobres.

Destos ejemplos de la maravillosa providencia divina podrá cada uno sacar confianza en las adversidades y temporales adversos, como (por venir á lo de ayer) vimos en el año pasado de mil quinientos y treinta y seis, que al principio del mes de enero se heló Tajo en tanto rigor, que de más los otros días, señaladamente de cabo á cabo le pasaron á nueve de enero más de cincuenta personas á la par, de lo cual yo soy testigo; y corrieron é jugaron en él á los birlos y al herrón, é hicieron lumbre y asaron carne con ella en mitad del río. En el mismo año, en el fin de octubre, cresció en tanta pujanza, que derribó muchos molinos. Y fué providencia de Nuestro Señor, para proveer á los pobres, que ni el yelo les quitase los panes, ni carnes, ni aceite, ni la creciente quitase las hortalizas, porque al año huvo mucha copia de pan y de aceite y de carne más que el pasado; si no nos hiciera más falta la opinión de la falta que la crianza de los corderos, de los cuales como quedasen tantos para el año en que estamos, de su propria voluntad abajaron los obligados la carne, con que en alguna manera gusten siquiera los pobres á qué sabe la carne.

Otras veces envía Dios á los hombres el receptero del sol, con el cual envía tanta abundancia de nubes, que no nos queda más cuenta con los días de un mes que con las noches de la isla de Thule. Este embajador de su oficio suelta las cataratas del cielo hasta que los ríos salgan de madre y de los secanos se hagan las acequias de Egipto. Este embajador se alza con las moliendas, esquilma las hortalizas, quita de las riberas de unos por añadir á los otros, es mal vecino para todos sus comarcanos, quiebra su furia en los bajos viendo que se le van por alto los altos. Finalmente, que es un colector de tal arte, que coge su renta de los menudos, esperando que la ira del día terrible, que por embajador mayor se dilata hasta el juicio, coja la renta de los collados, de los cuales á los que alcanzare por cuenta hará que den de sí la leña perpetua que acostumbraron á dar en la vida, porque los menudos pagaron por menudo la renta, porque dellos se sacava la falta del pan y del vino y la carne, porque la falta de los esquilmos suplía la puja del precio. Por donde paresce que sin menoscabo del vendedor, la pluvia y la seca, el bochorno y el yelo, diremos que vinieron á ejecutar á la gente menuda; por lo cual, como hombres que han pagado su renta, se escaparán de las vejaciones del receptero mayor, que no acostumbra á coger la renta de los bajos y valles, porque así está capitulado en aquello que dice el apóstol Santiago (Jacob, IIII): A los sobervios resiste Dios y á los humildes da gracia. Por estas y otras semejantes capitulaciones pagan los pobres de buena gana á los embajadores de Dios, no solamente los diezmos ó las medidas añadas, mas aun sirven con la hacienda y al cabo con las personas, porque está capitulado (Math., XIX) que el que dejare padre ó madre, hermanos ó hermanas, campos y otras cualquier profesiones; conviene á saber, dejarse la demasiada afección destas cosas, cuando Dios las quitare delante; el que dejare la voluntad y apetito por pagar con buena paciencia á todos los receptores de Dios cuando vinieren á pedir el descargo, este tal, en remuneración del servicio que hace á Dios sacrificándole el corazón tribulado, con que según la paciencia evangélica sufre las ausencias de las personas, los daños de la hacienda, los desabrimientos cuasi ordinarios, recebirá en esta vida cien tanto de penas y angustias y gracia con ellas para que las reciba en paciencia, que es la mejor moneda que corre hasta la puerta del cielo, con que verdaderamente se compra la gloria, según aquello que está capitulado entre Dios y los hombres (Math., XXV): *Omni habenti dabitur, ei autem qui non habuit et id quod videtur habere auferetur ab eo.* Al que tuviere, conviene á saber la moneda de la paciencia, le darán el denario, que es la gloria objectiva, y al que fuere contumaz é sobervio, le quitarán el linaje, el estado, la renta y hacienda en que confiava (Math., XX); porque tan diversa es la moneda de un reino y el otro cuan diversa es la vida que se vive en el cielo de la que se vive en el mundo.

Por tanto, los que queremos comprar buena compra, bastezcámonos en esta vida del dinero con que se compra, que es la paciencia que nace de la caridad informada de fe y substentada con esperanza, que son los capítulos principales de la concordia cristiana que une á los verdaderos cristianos; porque con esta paciencia evangélica recebiremos los embajadores y receptores de Dios cuando vinieren á pedir el descargo. Con ésta recebiremos la carestía de los mantenimientos. Con

ésta recebiremos las compras ingratas de las tachas secretas. Con ésta recebiremos que se yelen los ríos y los sembrados con ellos. Con ésta recebiremos que crezcan en tanta pujanza, que se naveguen las huertas y se lleven las casas vecinas junto con los molinos. Con ésta recebiremos que se anublen los panes y se abuchornen los olivares. Con ésta recebiremos que se coma el cuclillo la cierna y la langosta los trigos. Con ésta recebiremos que se torne nuestro vino vinagre y se coma de gorgojo el trigo estantío. Con esta recebiremos que se tome nuestra cecina de luna y se tomen nuestras armas de orín. Con ésta recebiremos las pérdidas de nuestro descuido. Con ésta recebiremos la muerte de padre y madre, marido y mujer, hijos y hermanos, parientes y amigos, y señores y siervos. Con ésta recebiremos las enfermedades agudas y las tardías. Con ésta recebiremos la muerte, cuando Dios nos mandare partir deste valle de lágrimas. E finalmente, con esta paciencia evangélica recebiremos en esta vida la gracia y en el cielo recebiremos la gloria.

DEO GRACIAS

Fué impresa la presente obra en la noble ciudad de Zaragoza,
en casa de Pedro Bernuz y Bartolomé de Nájera.
Acabóse á XVIII días de Abril. Año de M. D. y XLIIII.

BREVE DECLARACIÓN

DE LAS

SENTENCIAS Y VOCABLOS OBSCUROS

QUE EN EL LIBRO DEL TRÁNSITO DE LA MUERTE SE HALLAN

ESCRIPTA POR EL MISMO AUTOR

ALEXIO VENEGAS

DIRIGIDA Á LA MUY MAGNÍFICA Y MUY GENEROSA SEÑORA DOÑA MENCÍA DE AVALOS, MUJER DEL MUY MAGNÍFICO SEÑOR VASCO DE ACUÑA, CAVALLERO DE LA ORDEN DE SANTIAGO, COMENDADOR DEL CAMPO DE CRIPTANA, CAPITÁN DE SU MAJESTAD, ETC., S. S.

Si la más clara y abierta lición del proprio libro, muy magnífica y muy generosa señora, es un laberinto de tantas bueltas y rebueltas, que tenga más dificultosa la salida que la entrada, quién presumirá ser tan cuerdo que sin cuerda ose entrar y salir por la lición del libro ajeno? Especialmente haviendo experimentado lo que dice Marco Tulio (Lib. I Tus.): que no pueden los hombres explicar propiamente lo que bien sienten? Pues si las palabras no son bastantes á dar á entender los conceptos y pensamientos del ánima, cuánto menos se podrán explicar por la pluma? Por cierto que sería digno de ser juzgado de todos el que no fuere buen juez de la claridad desta sentencia.

Cierto es que el cuerpo humano es el libro que dicen de su aldea, en que los hombres ordinariamente havían muy bien de leer, viendo la república que entre sí guardan los miembros, el homenaje que guardan á su cabeza y la unidad de un querer todos á una lo que está bien á todo el cuerpo. Y con todos estos avisos son algunos tan descuidados lectores, que ni saben leer, ni aun deletrear en la lición de su libro, porque emplearon su habilidad en juzgar de los libros ajenos, haciéndose más severos y curiosos censores que Curio Lanciloto y el Nosopono Erásmico, tasadores de las habilidades ajenas.

A esta causa, por responder á las preguntas de unos y á los obeliscos y repuntas de otros, con el divino favor acordé de escrivir una breve y sumaria declaración de las sentencias y vocablos obscuros que en el libro que los días pasados escriví sobre el tránsito de la muerte están esparcidos. Verdad es que, demás de mis ordinarias liciones y extraordinarios negocios, que no me dejan por estar yo impedido con algunos libros que al presente tengo entre manos, apenas tengo lugar. Por donde esta apresurada glosa, que en verdad es de pocas horas, más resabio tendrá con las horas devidas al sueño que con la sobra del día. Mas Dios que es el dador de todos los bienes, suplicará la falta del tiempo con la copia de la confianza que dél se tiene; el cual nunca faltó al hombre que con cristiana humildad se atrevió buenamente á hacer lo que pudo. Y porque, según la orden que Dios tiene puesta en el mundo, unos hombres han de ser arrimo de otros, porque, como dice el apóstol (Gala., VI), cumplan la ley de Cristo; mirando yo con qué favor sustentaría este

mi pequeño edificio, ocurrióme á la memoria, muy magnífica señora, la firmeza que de la autoridad de V. M. se le podía acrescer, porque con el favor de V. M. tendrá tal amparo, que de hecho experimente lo que dice el común refrán: quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. Porque no menos le defenderá de los rencuentros del mundo que de los que con título colorado de piedad le presumieron desbaratar.

Lo primero está claro, que siendo V. M. de tan excelente y tan antigua genealogía, cual es la de los Avalos, por ser hija de Diego López de Avalos, hijo que fué de Ruy Lope de Avalos, el cual fué nieto de don Ruy López de Avalos, Condestable de Castilla, por donde es V. M. reviznieta del dicho señor Condestable, descendiendo por línea derecha, de su derecho pedirá para ser defendido el criado que apelase á la autoridad de V. M. Y si esto podrá hacer por sí sola, con cuanta más facilidad lo hará después que de veinte y tres años á esta parte casó con el muy magnífico señor Vasco de Acuña, cavallero de la orden de Santiago, Comendador del Campo de Criptana y capitán de Su Majestad? El cual, demás de ser reviznieto de rey don Dionis, rey de Portugal, por parte de la magnífica señora doña María de Contreras, su madre, hija de doña Juana de Portugal, hija que fué de don Pedro de la Guerra, hijo del dicho rey don Dionis, señalóse tanto en la milicia de su profesión, que después que fué á Flandes con el reverendísimo señor don Diego de Acuña, su hermano, obispo de Oviedo, hizo no menos en Francia contra franceses que en la ciudad de Verona contra venecianos, siendo allí mucho tiempo coronel de tres mil hombres de infantería por especial conducta del emperador Maximiliano, en el cual tiempo puso en tanto aprieto á los venecianos que los hizo venir á todos los conciertos que quiso. Dejó un dechado de ejemplo con que osadamente aproveche á los que hovieren de profesar con obras la milicia cristiana. Entre tanto bástame á mí tener tal patrono, junto con el patrocinio de V. M., para que cobre las alas que no tiene, por ser tan novicia y recién nacida esta presente declaración, y ose salir en pública plaza y hablar lo que buenamente le pareciere.

Lo segundo también está claro: Que como V. M. sea tan celosa como la que más en el cumplir el fin del precepto, que es la caridad cristiana, no pienso havrá quien ose impugnar lo que ese celo cristiano tomare debajo de su defensa, viendo que toda esa casa, como á todos es muy notorio, de día y de noche se emplea en amparar y favorescer á los pobres. Pues el que viere que estos mis pobres papeles se acogieron á casa de tanta y tan antigua nobleza, y de tan sobreabundantes obras de la misericordia cristiana, quedará respondido, y si porfiare, quedará confundido de lo que contra ellos quisiere argüir, pues la buena obra del buen defensor callando convence á los que hablando no hacen. En Toledo, último de Octubre, mil quinientos cuarenta y tres.

CAPÍTULO PRIMERO

Que trata qué cosa es declaración y cuántas diferencias hay della.

Con mucha razón reprehende Marco Tulio (Lib. I de finibus), muy magnífica señora, á los romanos, porque menospreciavan su propria lengua latina y no querían leer libro que no fuese escripto en la griega, como si tanto fuera mayor la esciencia cuanto menos se entendiera la lengua en que se encerrava.

Este vicio de menospreciar la propria lengua se extendió tanto cuasi por todo el mundo, que hasta hoy queda arraigado en la opinión de muchos vulgares. Mas los prudentes, que miran la cosa de dentro, hallan ser verdad lo que en otro lugar escrivió el mismo Marco Tulio (Cic.. lib. V Tus.), que debajo de capa vieja muchas veces habita la sapiencia. Es lo mismo que dice el refrán: Debajo del sayal hay al. Por lo cual, pues nuestra lengua castellana es derivada de la lengua romana, de la cual tomó nombre de romance, no es razón que se desprecie, pues la fuente romana donde ella salió fué tan estimada que porque se extendiese por todo el mundo hizo un decreto el Senado romano que no oyesen á los embajadores que fuesen á Roma si no explicasen su embajada en latín. Y á esta causa, Sertorio, capitán romano que fué setenta años antes del advenimiento de Nuestro Redemptor, estatuyó que se leyese la lengua latina en la ciudad de Huesca de Aragón, y dejó renta para que á manera de colegiales diesen á comer á los hijos de los nobles de España, como lo escrive Plutarco en su vida.

De manera que no es otra la lengua castellana que la latina, si no fuera dejarretada de

su natural proporción por las gentes bárbaras que después vinieron á España, las cuales así como asolaron las poblaciones antiguas, así no perdonaron á la virginidad de la lengua, sin que con su babilónica barbarería la corrompiesen, como, si place á Nuestro Señor, explícitamente declararemos en una arte de Gramática en que al presente entendemos, para que por ella puedan las monjas aprender la lengua latina sin preceptor.

Y aunque juntamente entendemos en otros libros, ponemos más diligencia en esta arte que en otra obra, por el mandamiento de la muy magnífica y muy religiosa señora doña Isabel de Viana, que por la religión que profesa se intitula de Sancta Clara, abadesa del monesterio de Sant Juan de la Penitencia en esta ciudad de Toledo; porque como esta señora es de las primeras que fundaron la casa, tiene experiencia de la ventaja que hacen en los ejercicios espirituales las religiosas que entienden las horas que rezan. Entre tanto que esta arte no sale, antes que declaremos las dificultades que ocurren en la lición de el libro de el tránsito, brevemente diremos qué cosa es declaración y cuántas maneras hay della.

Declaración es una desemboltura de la cosa encogida; quiero decir, que así como la cosa embuelta no se cognosce hasta que se descoge, así el libro por claro que sea se dice que está encogido. Que de verdad no basta que sea escripto en lengua vulgar, si la materia de que el tal libro trata pasa de la raya del juicio vulgar. Cuanto á lo segundo, otros hallarán otras declaraciones; mas las que al presente á mí se me ofrecen son cuatro diferencias de declaración.

La primera se dice explanación, la segunda dilatación, la tercera contracción y la última interpretación. La explanación se divide en tres especies, que son: glosa, entimema é escolio. La dilatación se divide en dos: cuento poético y paráfrasis. La contracción se divide en tres: comentario, epítome y detruncación. La interpretación se divide en dos: en traslación de palabra por palabra y en traslación de sentido por sentido.

La glosa en griego quiere decir lengua, porque el texto que declara es como hombre mudo que habla por señas, y la glosa que sirve de lengua declara lo que significa el texto á los que no entienden las señas.

El entimema quiere decir comento ó imaginación. Hace lo mismo que la glosa y difiere: que la glosa es de cosas ciertas y el comento de cosas imaginadas, las cuales, aunque pueden ser verdaderas, no dejan de ser dubdosas.

El escolio es nombre diminutivo de Schola, y es lo mismo que significa en romance declaracioncilla, porque sucintamente toca algunos puntillos que hacen dificultad en el texto.

La poética narración es una explicación por rodeos de fingimientos, con tal que no salgan de los límites de la razón, porque no es otra cosa sino una ficción racional que por vía de admiración guía al entendimiento del oidor.

La paráfrasis es una mixtura de texto y glosa, porque el texto sirve de huesos y la glosa de carne, de modo que resulte un cuerpo de entramos. Quiere decir paráfrasis en griego tanto como *ad dictionem* en latín, que es seguir juntamente con el razonamiento del texto.

El comentario en una significación quiere decir suma de cosas, y en ésta es texto del libro. En otra significa declaración de algún texto y en ésta es una declaración abreviada. Difiere del escolio en que va proseguido el comentario y el escolio va haciendo salto en el texto.

La epítome quiere decir acortamiento, porque suma y acorta la sentencia del texto en breves palabras á manera de recapitulación.

La detruncación es un entresacamiento de algunos razonamientos del texto por las mismas palabras que estavan en el mismo texto de donde se saca, como lo hizo el obispo don Paulo del difusísimo vocabulario de Festo Pompeyo.

La interpretación en griego se dice Hermenía, que es traslación ó conversión de una lengua en otra. Trasladar palabra por palabra es viciosa interpretación, como hacen los que declaran algunas autoridades sagradas, los cuales, por presumir de ser fieles en las palabras, son muchas veces infieles de la verdadera traslación del sentido; pongamos ejemplo. El que traslada: *In Principio erat verbum;* en el principio era la Palabra, no mira que en este lugar se toma *principio* por el Padre eterno, y *verbum* por la noticia y conoscimiento que eternalmente el Padre tiene de sí, y aquel verbo *erat* no significa tiempo, sino el sér eterno de la segunda persona de la Sanctísima Trinidad. De manera que, por ir muy apegado á la interpretación de palabra

por palabra, pierde el verdadero sentido; porque no hay lengua en el mundo que en todo se conforme con los vocablos y maneras de hablar que hay en otra.

De todas estas diferencias y especies de declaración nos aprovecharemos en la obra presente, porque de verdad es tanta la diversidad de las cosas que ocurren, que todas estas declaraciones hacen á nuestro caso, entre las cuales el buen juicio sabrá distinguir conforme á las definiciones que aquí brevemente tocamos.

CAPÍTULO II

En que se suma el primero punto del libro, que funda sobre esta conclusión: Que la vida del cristiano, rescebida en paciencia, es un largo martirio que se acaba en la muerte.

Este nombre mártir en griego tanto significa como testigo en romance, aunque en las escripturas eclesiásticas se toma estrechamente, como le tomó San Juan en el Apocalipsi (Apoc., VII), no por cualquier testigo, sino solamente por el testigo que testifica por obra de la santa fe católica que profesa, que no basta, para salvarse el cristiano, que crea especulativamente en su alma, si junto con el creer no obrare conforme á lo que católicamente creyere; porque la fe sin las obras, dice Sanctiago (Jacob, II), que es fe muerta, que ni tiene vida ni puede dar vida. El testimonio de obras se significa por aquello que dijo Nuestro Redemptor (Math., X): cualquiera que me confesare delante de los hombres, conviene á saber, con obras, aprovarle he yo como á miembro fiel delante de mi Padre celestial. Síguese luego que el verdadero testimonio que da de Cristo el cristiano no ha de ser con solas palabras; mas, así como Cristo primero comenzó á obrar que á enseñar, así nosotros, como discípulos de tal maestro, tengamos más cuidado de las obras cristianas que de las palabras, porque no toda la loa de la virtud consiste en entenderla, sino en obrarla; que si sólo entender la virtud y saber en qué consiste fuese virtud, el diablo sería la más virtuosa persona de acá, porque entiende qué cosa es virtud y en qué consiste más que cuantos hombres hay en la tierra que no tengan más del humano cognoscimiento.

Este testimonio, que los hombres deven dar con que testifiquen que son cristianos de hecho, y, por consiguiente, que son mártires y testigos de Cristo, arma sobre la fe católica que fiel é firmemente profesan, la cual por eso la mandó Dios creer al cristiano, porque en virtud de la fe fuese virtuoso y meritorio el martirio que á Dios ofreciesen. Para declaración de lo cual es de notar que la virtud de la fe tiene tantas excelencias, que antes se acabará la vida de todos los hombres que todas ellas se acaben de declarar. Mas no perjudicando á los títulos y renombres que muchos sanctos le dieron y á los muchos que muchos le pueden dar, nosotros le señalaremos tres títulos.

La fe es un disfraz de Dios, una alquimia verdadera de virtudes y un quilate de premios. Dícese que es disfraz de Dios, porque no havría rey en el mundo que tan disfrazado y disimulado pudiese andar en su reino como está Dios disfrazado en este mundo visible debajo del velo de la fe sancta católica, que cree el verdadero cristiano; esto es, por dejar lugar al mérito de la fe. Porque de verdad es Dios tan amable y tan digno de ser amado por sí mismo, sin que se tenga respecto á otro fin, fuera de Dios, que no meresciera el hombre, aunque amara é sirviera á Dios, si tuviera cierta y clara demostración y evidencia de Dios, así como los sanctos del cielo no merescen menos grados de gloria por el amor que tienen á Dios; porque por ser, como es, Dios sumo bien, no solamente quedan muy bien pagados los que viendo á Dios aman á Dios; mas aun, si no huvieran pagado en la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor, por la cual merescieron la gloria que tienen, quedaran deudores perpetuos del amor con que amaran á Dios. Porque á Dios no se le siguiera interese porque le amasen, ni le viniera menoscabo porque le dejasen de amar, y ellos harían tanto todo el toque de su partido en amar á Dios tan digno, que es sólo digno de ser amado por sí, cuanto harían de su daño si se dejasen morir de la hambre y sed que tuviesen de Dios. Que cierto es que toda la cosa que bive, bive de cevo espiritual ó corpóreo, y sólo Dios es el cevo de sí mismo, porque él solo se basta y todo el resto bive de cevo ajeno y extraño de su substancia. El cuerpo se mantiene de los manjares corpóreos; el ánima se mantiene en esta vida de gracia y en la otra de gloria, y el alma que se condena, aunque queda hambrienta y muerta del cevo de gloria, no muere de hambre del

cevo del sér natural con que Dios la mantiene y la manterná para siempre. Luego ya que huviese de haver paga de la una parte, los sanctos quedarían á dever á Dios el amor que le tienen, porque apastan y repastan y cevan su voluntad en amar á Dios, que él es solo y bastante mantenimiento que á ellos les basta para bivir vida de gloria, así como la llama de fuego no puede bivir vida de llama si no se ceva de pavilo ó astilla ó otra cualquier cosa combustible en que la llama se suele y puede aprender. Queda luego que, por virtud de la fe, debajo de la cual está Dios creído, queda lugar al mérito con que en esta peregrinación se merece la gloria.

Y de aquí es que la fe se fundó y se enseñó con términos y doctrina que no saliesen de fe, porque en todo meresciesen los que fielmente creyesen. Quiero decir que Cristo Nuestro Redemptor no quiso plantar la fe con evidencias y demostraciones tan claras que no se pudiesen negar, porque entonces poco merecieran los hombres si tan claramente se les provaran los artículos de la fe como se les puede provar que el todo es mayor de su parte y que de dos cosas iguales, sacando partes iguales, los restos serán iguales. Lo cual, si estuviera bien al mérito de los hombres, pudiera hacer Cristo Nuestro Redemptor, con su infinito saber y poder, más fácilmente que el más sabio hombre del mundo pudiese provar que está más alto el chapitel de la torre que su cimiento, y que es mayor el águila que el mosquito; mas por eso quiso condescender con la humana capacidad, para plantar la verdad de la fe. Porque si con su plenaria auctoridad y saber y poder entrara en los ánimos de los hombres, redundara sobre las vasijas de la capacidad humana mucho más que redundaría la mar sobre la capacidad de una salsera. Por eso, á manera de padre que condesciende á hablar con sus hijuelos que apenas sueltan la lengua, así como se humanó en la carne que tomó de nuestra naturaleza, así se quiso humanar y condescender á nuestras hablas humanas y hablarnos en lengua que le entendiésemos, que son los ejemplos y comparaciones evangélicas en que supiésemos y fácilmente pudiésemos leer los cristianos. De manera que la fe quiere ser creída para ser meritoria, y á esa causa dijo Nuestro Redemptor á Sancto Tomé: Que son bienaventurados los que creyeron sin ver, porque la fe es de tanta excelencia, que no recibe pro ni contra en la pura experiencia humana, y en la razón humana no tiene contra.

Tornando al propósito, está Dios tan disfrazado en la fe, que aun los muy suyos no le acaban perfectamente de cognoscer. Viene un amigo á nuestra casa y no sabemos placer que hacerle; y todo el oficio del buen tratamiento se funda en las leyes del amistad. Y viene Jesucristo disfrazado en el pobre legítimo, y estáse tendido á la puerta como Lázaro á la puerta del rico (Math., XXV). Por una parte, creemos que es verdad infalible la fianza con que sale Dios por fiador de los pobres, diciendo que él toma á su cuenta lo que se hiciere con ellos, y anda Dios tan disfrazado aun entre los suyos, que á los amigos acatan con el caudal de la cortesía, y les dan los primeros é mejores manjares y el mejor ó igual aposento de casa, y charlatanan todos los días hasta las medias noches, y á Jesucristo, que está disfrazado en las viudas afligidas, en las huérfanas arrinconadas, en el enfermo olvidado, en el pobre desnudo, en los hijuelos descalzos y desambridillos del vecino necesitado, apenas hay quien les oiga siquiera de paso, apenas hay quien tenga memoria siquiera una vez en el mes, apenas hay quien se enferme con el enfermo, y tiemble con el desnudo, y sienta la hambre del deshambridillo, no por más sino por ser tan grande el disfraz de Dios que apenas le cognozcan los suyos y, por consiguiente, quede mayor lugar al mérito de la fe.

El segundo título que dimos por renombre á la fe es verdadera alquimia ó artificio de virtudes. Déjome aquí de decir qué es la verdad y la falsedad de la alquimia, porque en los libros sofísticos, que es la tercera parte de las diferencias de libros, trataremos esta materia con ayuda de Nuestro Señor. Mas al presente tomamos alquimia por arte de trasmudar unas especies en otras. Digo, pues, que la fe es alquimia de virtudes, porque sin fe, dice el apóstol (Heb., II), que es imposible agradar á Dios. De manera que así como el fuego torna en fuego todo lo que entrañablemente tocare, así la fe católica, que es el cimiento de las virtudes, torna en fe todo aquello que conforme á la ley evangélica en su virtud se hiciere. Por esta regla queda claro que el que come y duerme y descansa para restaurar las fuerzas del cuerpo, para emplearse en el ser-

vicio de Dios, y esto hace en virtud de la fe católica que firmemente cree, merece por estas obras naturales, por la virtud de la fe en que las hizo, cuánto mas merecerá en las obras que de sí son virtudes, como son las obras de misericordia? Es tanto lo que se merece por fe, que lo que siendo visto fuera granjería y ventería, por entrañarse con la fe se torna virtud.

Pongamos caso que el emperador tuviese su gente armada en un campo, é hiciese poner allí muchas mesas de cambiadores llenas de ducados y muchos tajos de carniceros llenos de destrales, y tuviese á par muchas cruces de diversos pesos, en que huviese cruz de una libra hasta cruz que tuviese peso de ciento, y con este aparato hiciese salir á la gente de la ciudad y mandase dar un pregón que tomasen aquellas cruces, y que el que tomase la cruz que quisiese á cuestas le pagarían luego á mil ducados por peso de cada libra; y los ciudadanos que este pregón oyesen fuesen medrosos y cobdiciosos, é viesen pagar luego en contado á los que tomasen las cruces, y viesen que entre ellos huvo algunos negligentes é rebeldes sobervios, que por no haver obedecido al pregón los viesen tender en los tajos y destrozar bivos con los destrales y juntamente quemarlos. Es cierto que así por el ojo que tuviesen á la paga de los ducados, como por el miedo que tuviesen á la muerte tan cruda, echarían mano á las cruces y cada uno tomaría la mayor que pudiese llevar. Y en tal caso estos hombres no harían virtud ni servicio al rey, mas convertirían el llevar de las cruces en granjería, que no las llevarían por amor del rey que se lo mandava, sino por amor de la paga y por temor de la pena. Desta manera no serían virtuosos los hombres que llevasen las cruces de sus pasiones á cuestas si Dios les abriese por una parte el cielo y por otra el infierno, y dende acá viesen cómo paga Dios á sus apóstoles, mártires, vírgenes y confesores porque llevaron las cruces de sus angustias y penas. Y luego echasen los ojos por un boquerón del infierno que Dios les abriese, y mirasen y contemplasen el cuchillo y el fuego con que los diablos están destrozando y quemando á los soberbios rebeldes que no quisieron llevar sus cruces á cuestas. Acude la virtud de la fe sancta católica, y de la cosa que siendo vista fuera granjería y mesonería, por sólo ser firmemente creída y tocada y entrañada en la fe hace virtud.

Y entra con su tercero renombre, y quilata el premio de la virtud que consigo entrañó. Y porque es verdad lo que dice el apóstol (Rom., VIII): Que no tienen que ver las pasiones desta vida mortal con el premio de la gloria que esperamos, acude la virtud de la fe y hace tanto subir el mérito de las buenas obras que en virtud de la fe se hicieron, que da con ellas el premio de la gloria perpetua. De aquí es que vale más al cristiano una hora de penitencia en esta vida que cien años de purgatorio en la otra. La razón desto es porque en el purgatorio de tal manera van desquitando la deuda, que no ganan mérito nuevo; y en la penitencia de acá, por el mérito de la fe en que estriba la penitencia, de tal manera los hombres van desquitando la deuda que juntamente van mereciendo como si no la devieran. De aquí se sigue una conclusión: Que mayor es la pena de la satisfacción de un pecado venial en el purgatorio que la penitencia que en esta vida se da por cien pecados mortales, porque como en el purgatorio no tienen el mérito de la fe que les quilate las penas como las quilata á los que en esta vida caminan. Y así las ánimas pagan la pena de los pecados veniales por su cabal, si no fueren socorridas con especial privilegio de Dios ó de los sufragios eclesiásticos.

Qué más diré, sino que la fe quilata la necesidad de la enfermedad, y de la pobreza, y de la injuria y, finalmente, de la clausura del monesterio, por el quilate con que la fe las quilata la necesidad se torna virtud voluntaria? Todo esto que de la fe se ha dicho se entiende que la fe sea formada con la virtud de la caridad y afirmada con la virtud de verdadera esperanza, porque estas tres virtudes están tan conjunctas, que no se puede perfectamente tener la una dellas sin que se tengan todas tres junctas. El profesor é seguidor de las cuales es el verdadero mártir, que con su vida cristiana da testimonio de la fe que con la boca predica.

Por cierto que, aunque ya por la misericordia de Dios no hay tiranos perseguidores de la fe cristiana, que antes me obligase yo por dar tiranos á basto que mártires. Mi tirano es la necesidad, y la injuria y el menosprecio, que me están dando mazadas para martirizarme; é si yo no las acepto de voluntad, por mí

quedará no ser mártir, que no por falta de los trabajos y penas, que nunca descansan de darme mazadas, si yo las aceptase por tales en virtud de la fe católica que profeso.

Cierto es que el que cree firmemente como deve creer, antes se abrazará con lo que Dios aprueva que con lo que reprueba. Pues quién es el que no ve que Cristo Nuestro Redemptor canonizó los trabajos y penas, la pobreza y el disfavor, la hambre, sed y cansancio, y, finalmente, la muerte temporal con su vida y con su pasión y con su muerte de cruz? El que esto cree, cómo presumirá ser mártir de Cristo si desmiente por obras lo que de palabra confiesa? El que quiere vivir en descanso y placer, el que se desvela por adquirir, el que agoniza por ser honrado, el que por ir cavallero en el favor de la corte acorta la hacienda, atropella la vida con la consciencia, en la cual lo que corta de largo lo echa de ancho, porque por ancha quepa todo lo que le entrare y de corta pase de presto adelante esperando que venga más, cómo diremos que este tal quiere ser mártir de Cristo? Por cierto que da mejor testimonio de su martirio el que se ceva del maná del cristiano, que es de tanto sabor que le sabe al pedir de su paladar. El que toma el trabajo é la injuria y la necesidad por tales como ellos á la verdad son, saberle han á trabajo injuria y necesidad; mas el que en virtud de la fe los rescibiere por descanso y por honra y por abundancia, de verdad hallará en ellos lo que dice el sacro Evangelio (Math., XI): Que es el yugo suave y la carga liviana, porque no havrá trabajo que no le parezca debujado y sombrío en comparación de las penas que por la fe cree que hay en el infierno, y no havrá rigor de trabajo que no deva sufrir por alcanzar la gloria del cielo que en virtud de la fe que cree deve esperar.

Premia también la fe al que della se fía, que demás que lo que manda creer lo da amasado y cocido y puesto en la mesa, como quien al morador le da hecha la casa, sin que él la haya de levantar de cimiento, da mayor premio al que della se fía con obra que al que pide alguna señal, para que con ella haya de creer más firmemente que creyera sin ella. Y aun, si bien lo queremos mirar, en la fe humana (como en el libro que dicen de nuestra aldea) podremos leer cuán más excelente cosa sea creer que provar y experimentar. Al parecer (conforme á un dicho común que dice que la experiencia es madre de las cosas) juzgarían algunos que la experiencia es cosa excelente y muy provechosa á los hombres, y no miran á qué hombres es provechosa, pensando que es provechosa á los que la experimentan. Y de verdad que apenas se hallará experiencia sin algún daño del experimentador, entiendo en las cosas indiferentes que de sí no son virtudes. E ya que cognoscidamente fuesen virtudes, podría haber dubda en la persona, tiempo y lugar. Luego entenderemos que la experiencia es provechosa, no á los que la experimentaron, sino á los que creyeron la experiencia al que la experimentó, que por dalle fe sigue los medios que él siguió, si es cosa buena, é huyó del peligro en que el otro cayó, si es cosa mala. De manera que al que experimentó no le estuvo tan bien la experiencia como al que las creyó; porque el experimentador recibió daño de la cosa que no acertó, y si le salió bien fué á su costa, que provó muchas vías hasta que vino á poner los medios que á la tal cosa se requerían. El que cree al experimentado ahórrase de poner muchos medios en que pudiera devanecer, y escoge los medios en que el otro mucho á su costa acertó. De manera que la experiencia es mejor y menos costosa y más cierta al que cree que al que experimenta. Por donde por la lición de la fe humana vendremos á conoscer cuán mejor le es al hombre cristiano creer firmemente lo que en nombre de Dios le manda creer la sancta Iglesia católica, que inquirir por su proprio juicio razones por donde crea. Pues es verdad infalible que la generación mala y adúltera pide señal (Math., XII).

Queda luego que el verdadero cristiano pasará más ligeramente la peregrinación deste destierro con el yugo suave é la carga ligera de la fe que firmemente creyere, que si la presumiese desenvolver del envoltorio de la fe en que la lleva cogida, por llevarla desatada cada rama por sí; como si no pudiese comer de la fructa del árbol sin que primero le huviese de arrancar de raíz, para gustar á qué sabe la raíz primero que guste la fructa.

En fin, por decir en pocas palabras lo que católicamente siente el ánimo cristiano, pues nunca mucho costó poco y la cosa se deve dar por su justo precio, no se compra Dios por menos que Dios, porque Dios no vale menos que Dios. Dase Dios visto por Dios creído,

pues no es menos eterno, inmenso, omnipotente creído que visto. Que aunque es verdad que el reino del cielo vale todo lo que cada uno tiene, no tiene cosa que valga precio de reino de Dios el que no tiene á Dios tan poderoso, tan sabio, tan bueno, creído por fe formada de caridad, sustentada con esperanza en esta vida presente, cuan poderoso, cuan sabio, cuan bueno le espera gozar en la otra por gloria.

CAPÍTULO III

En que se resuelve el puncto segundo de la preparación á la muerte.

Si para hacer una breve jornada se suelen los hombres aparejar y poner á punto las cosas que para su camino son necesarias, cuánta más razón es, para una jornada que no se anda dos veces, para poder adobar la segunda vez los yerros de la primera, estar mucho sobre el aviso é no dejar cosa por negligencia ni por pesadumbre y desabrimiento de las que son necesarias para no errar el camino por donde caminan los que se han de salvar. Para esto es bien que el hombre considere cuánta sería la pérdida de su yerro si no acertase.

Primeramente pierde á Dios, y en perder á Dios piérdese á sí mismo, y juntamente pierde el resto de todas las cosas criadas; y con esta pérdida le queda una perpetua obligación de tener á Dios y á sí y á todas las cosas en Dios. Y porque el entendimiento estando en este cuerpo mortal, aunque no puede bien entender qué tanto pierde, podrá barruntar algo dello por el sumo mal de la culpa en que incurre, la cual, porque en la vida mortal va de camino, va disfrazada so color de deleite, así como la virtud va disfrazada con hábito de trabajo, basta que cada una llegue á su tierra y se dé á conoscer de todos cuatro costados: la virtud en el cielo y la culpa en el infierno. Porque si claramente y al descubierto hiciesen sus tratos entre los hombres, es cierto que todos los hombres obrarían virtud sin ser virtuosos, y ninguno cometería culpa sin merescer por no cometella. De manera que ni la virtud los haría virtuosos, si se conosciese como se conosce en el cielo, ni merescieran por huir de la culpa si se conosciese como se conosce en su tierra, que es el infierno, en donde se desnudó todo el disfrazo que traía en esta vida temporal.

La razón es porque la virtud es tan hermosa y tan deleitosa al que claramente la viese, que no haría menos de su partido el que viéndola la siguiese que el muy hambriento que por no perecer de hambre se asentase á comer en la mesa que hallase puesta y muy llena de los manjares que su apetito pedía. Y la culpa es tan espantable y tan sucia y tan dolorosa, que si los hombres la viesen mucho más huirían della que del diablo; porque el diablo es horrible, mas no es el mismo espanto como es la culpa; es hidiondo, mas no es la misma hediondez como es la culpa; el diablo duele y atormenta, mas no es el mismo dolor y el mismo tormento como es la culpa. Finalmente, que la culpa es tan mala en su formalidad, que no haría virtud el que viéndola huyese della, por no verse preso del mismo espanto y del mismo asco y del mismo dolor. Y desta manera, aunque no pecasen los hombres, no harían virtud, porque dejarían de pecar, no por Dios, sino por la fealdad y asco y dolor de la culpa, como no haría virtud el niño medroso, asqueroso y delicado por no ir á la media noche solo por las cuevas obscuras y airosas y entrincadas unas en otras, como son las cuevas de Peromaña, y por no comer manjar de privadas añejas, y por no sufrir quemarse en horno de vidrio, que antes se dejaría morir que entrar por tales obscuridades horribles, y comer de tal asco, y padescer fuego tan recio; pues de verdad que la culpa sin comparación es muy peor de tragar en su tierra al hombre más robusto del mundo que esto que tengo dicho al niño más medroso y más delicado del mundo. Porque así como una criatura no es el sumo bien de otra, así no puede ser el sumo mal de otra, y los ascos y dolores de acá no tocan al hombre en lo vivo; mas la culpa dále de medio á medio, porque es el sumo mal; tan sumo y tan mal, que la pena de fuego es la medicina que hace entrar en orden de justicia á la culpa. Es tan gran mal, que mucho más le espanta y mucho más le hiede y mucho más le duele la culpa que cualquier dañado en el infierno, en donde se descubre de todos cuatro costados padece que todos los diablos le pueden espantar y que todas las suciedades le pueden heder y que todos los fuegos le pueden atormentar. Es la culpa tan sumo mal, que la pena sensual del infierno es, por la misericordia de Dios, cuasi como un desaguadero deste tan sumo mal.

Consideremos un hombre cuya vida no fuese más que su estado y que fuese muy cobdicioso de vivir, y por consiguiente muy cobdicioso de estado; este tal por un pequeño descuido perdiese el estado de emperador, y de allí adelante quedase esclavo de la muerte: qué tanta sería la tristeza que este hombre tendría, viendo que por un pequeño descuido, ó por no haverse puesto á un breve trabajo, perdió la vida y estado y quedó obligado á la muerte y á la servidumbre perpetua! Por cierto que la tristeza subiría sobre la pérdida. Este, aunque no tuviese remedio de su pérdida, podría tener algún poquito de alivio y desaguadero de su tristeza, y esto no con quitación de pena, sino con adición de otra pena, conforme á lo que dice Hipocras en un aforismo: que menos duelen dos dolores que uno. Porque á este hombre tan triste y tan apasionado, si Dios le diese dos ó tres panarizos en los dedos y un gran dolor de dientes y muelas, y por otra parte le enviase un dolor de costado y otro de hijada, y los riñones le acosasen por una parte y las tripas por otra, es verisímile que desaguaría en alguna manera la tristeza del alma con parar mientes en los dolores que por tantas partes le rodeavan. Y desta manera no pondría toda su consideración en la tristeza, porque se repartiría en duéleme las muelas, látenme los panarizos, acósame el dolor de costado, angústiaseme el estómago, y finalmente, todo el cuerpo me duele. Así, en el infierno es tan sumo mal el mal de la culpa, que su desaguadero es la pena del sentido, y en un mismo hecho se cumple con la justicia y misericordia de Dios, porque, como dice el profeta (Psal. CXLIV), á todos es suave el Señor, y sus misericordias son sobre todas sus obras.

La pena del fuego del infierno es instrumento de la justicia divina, y juntamente es misericordia, porque con aquella pena desaguan los dañados algo de la gravedad de la culpa; no quiero decir que aquella pena les es alivio ó refrigerio de los tormentos que pasan, porque en el infierno no hay redempción; mas digo que por divertir y repartir los dañados la atención y consideración en las muchas penas que pasan, desaguan algo de la consideración del sumo mal de la culpa, el cual padescerían pura y secamente, y con fuerte y entera y viva atención, si no se divertiesen y repartiesen á considerar juntamente las diversas penas del sentido que juntamente con la culpa padescen. Y así queda que la pena sensual del infierno, con que se castiga el sumo mal de la culpa, es instrumento con que juntamente se ejercita la justicia y la misericordia divina. Y así se cumple lo que escrive el apóstol (I Cor., XV): Así como todos mueren en Adam, así todos se vivifican en Cristo, cada uno en su orden. Que cierto es que Cristo Nuestro Redemptor, así como mereció que fuesen premiados los santos más de lo que sus obras merescieron, así meresció por los méritos de su pasión que los dañados fuesen castigados algo menos de lo que sus obras merescieron, cuanto á la gravedad de la pena intensiva del fuego. Y desta manera se verifica que cada uno será vivificado en su orden: los del cielo en orden de grados de gloria, y los del infierno, en orden de grados de desaguaderos de pena. Que aunque cuanto á la duración ha de ser perpetua sin fin, cuanto á ser castigados con menos rigor y no tan gravemente como merescieron de rigor de justicia, serán en su orden de pena en alguna manera vivificados, por no padescer tan grave y tan rigurosamente la pena con que nunca acabarán de morir; como de hecho padescieran, si en su orden de penas dadas con misericordia no fueran vivificados por los méritos de la pasión de Cristo, Redemptor universal, no solamente de todos los hombres de cada uno en su orden, mas aun de los ángeles, porque, como dice el apóstol (Col., I), también pacificó Nuestro Redemptor por redemptión (conviene á saber) preservativa á los ángeles que victoriosos quedaron en el cielo, como á los hombres de la tierra por redempción restaurativa.

Tornando á nuestro propósito, el que con fe viva considera la gravedad de la culpa, no se querría poner á tan manifiesto peligro, que por un breve deleite haya de perder la vida perpetua, y, por consiguiente, haya de incurrir en el sumo mal de la culpa. Para evitación del cual se apercebirá con la frecuencia y continuación de los sacramentos, con hacer y ordenar con tiempo su testamento, con rectificarle todas las veces que se acordare en su intención, diciendo que le place por haberle bien ordenado. El cual ordenará de tal manera, que deje claridad á los herederos, así para que no gasten el caudal de la herencia en pleitos, como para quitarlos de unas entricadas

reyertas que suelen nascer de la escuridad de las mandas. Por donde tendrá el testador tal aviso, que de tal manera declare y dé razón de su voluntad, que no deje asidero de pleito, porque, de verdad, muchas veces comienzan los pleitos con título y color de justicia y se prosiguen con tema, y de la tema suelen nascer muchos pecados mortales. También sería bien que proveyese el testador en las cartas de excomunión que los albaceas y herederos suelen sacar, que por ser tan cuotidianas cuasi en todas las muertes, son tan tenidas en poco, que parece que tienen muertas las consciencias de los que en tan poco las tienen. Devrían, pues, dejar mandado en sus testamentos que sus herederos y albaceas no sacasen cartas de excomunión, ó ya que huviese causa bastante para sacarlas, devrían de tasar que de tanta cantidad abajo no era su voluntad que ligasen las cartas, porque caridad es proveer antes al bien espiritual del prójimo que á la propria hacienda. Y no es razón que permitan que por una pequeña cantidad, en que alguno podría ser en cargo al defuncto, incurriese en tan grave sentencia como es la excomunión. Por lo cual será bien que el mixto testador, liberalmente y por amor de Dios, haga suelta de aquella cantidad que tasare, dentro de la cual ordenare que no comprehenda la excomunión, dejando la puerta abierta para el que de su propria voluntad lo quisiere restituir. Y porque el que retuviere aquella cuantidad que tasare salga de la culpa de la retención, ordenará que él es contento de remitir aquella suma, si fuere deuda líquida, y si fuere havida por mala vía, que con confesar su culpa queden absueltos de la obligación de la restitución, y así lo encargue á sus herederos que hagan en sus corazones la misma suelta.

Después que huviere el hombre ordenado su testamento, si incurriere en alguna enfermedad, no deje de hacer todo lo que buenamente en sí fuere, y no deje de curarse con decir: yo soy hombre sano y lo he sido toda mi vida. Que, pues algún día ha de morir, no es razón que haya descuido, con pensar que la enfermedad que al presente tiene será como las otras. Que de verdad el hombre deve curarse, como lo trae Sant Antonio de Florencia en la III parte de su *Suma* hablando de la honra de los médicos, título VII. Y sepa que la complexión que ha sido absolutamente sana puede enfermar en un punto, como lo prueva Galeno en el I libro de su *Techni.*, y Avicena en la II Fen. del primero. Los prognósticos de muerte son muy especulativos y cognoscidos de solos los médicos.

Mas porque no haya del todo punto descuido de todos, pondremos aquí algunas señales exteriores para que los circunstantes no se descuiden con el paciente. La primera regla es lo que afirma Galeno en el II libro de *Methodo medendi*. Veremos por experiencia que más presto y á menos costa sanan los pobres que los ricos. Parece que en todo nos quiso dar Dios á leer que vale más la confianza que dél se tiene que la que se tiene del buen regimiento y de la experiencia del médico. Veremos unas enfermedades agudas en ocho días ser sanas con falta de botica y mantenimiento, y otras se hacen tan lentas que antes se agotan las medicinas y los regalos que ellas se acaben de reformar. Luego será la primera regla que el enfermo ponga la confianza de su salud en Dios, diciendo que, si la salud ha de ser para su servicio, El se la dé, y si Dios fuere servido que muera de aquella enfermedad; que El le reciba en servicio su muerte, y la referende en su pasión sacratísima, que él muy aparejado está para todo aquello que Dios ordenare dél. La segunda es cuando el enfermo desparrama los ojos más de lo acostumbrado. La tercera señal es cuando el enfermo, después que se le quitó la gana del comer por algunos días, comienza á tener gran hambre, que apenas se harta. La cuarta es cuando el enfermo ansiosamente trava la ropa de la cama. La quinta es cuando el enfermo pide que le levanten, y le muden á otros lugares, y le meneen de un cabo á otro, y él se levanta súbitamente. La sexta es cuando buelve los ojos y parece que duerme y que quiere reposar. La séptima, cuando se le abren las narices más de lo acostumbrado. La octava, cuando se le allegan muchas moscas, que es señal que huelen la corrupción propincua del cuerpo. La nona, cuando después de larga enfermedad tienen muchos piojos, especial los flacos y éticos. La décima, cuando el enfermo estando ético dice que se muere de frío estando caliente; estos tales hablando y comiendo se mueren. La once, cuando después de larga enfermedad siente vascas y angustias en el estómago. La doce, cuando, estando muy flaco, después de haver tenido cámaras le

toma dolor de tripas. La trece, cuando el enfermo está llagado de muchos días y se le cierran las llagas, especialmente si junto con esto le dan cámaras y no tiene gana de comer, sino de bever mucho. La catorce es cuando el enfermo beve el agua ó el vino y le suenan las tripas como vacías. La quince es cuando el enfermo no digiere lo que come, sino indigesto lo echa. La diez y seis es cuando echa la cólera verde de color de cardenillo ó de marruvios. La diez y siete es cuando está húmeda la manta ó frazada ó colcha de encima, y las de debajo están enjutas y el enfermo está caliente. La señal del sarrillo es la más general de todas.

Otras muchas hay que cada uno habrá notado por experiencia, entre las cuales he visto yo que los avarientos, y los muy servidores del mundo, y los que sumptuosamente edifican, suelen morir cuando menos se catan, y cuando menos piensan que han de morir les está salteando la muerte; por lo cual, en estos tres géneros de personas pondremos por principal señal de muerte cuando les crece el agonía de más allegar y cuando más torres de Babilonia trazan en sus pensamientos.

Finalmente, pues todo género de calentura y de fiebre, cuando es de sí, es señal de muerte, aunque, como dice Hipocras (in Apho.), no sea cierta, en cada casa se devería usar lo que se usa en los hospitales, que antes que curen al enfermo corporalmente le curan espiritualmente. De verdad que sería muy bien que se pusiese pena pecunial al médico que receptase la segunda vez al enfermo que hiciese cama sin que á lo menos estuviese ya confesado; porque sabiendo el enfermo que por no pagar la pena le mandava el médico confesar, no tomaría por pronóstico de muerte un consejo tan necesario, por falta del cual vemos cada día morirse muchos sin confesión. De verdad que en dos ó tres penas que se llevasen á unos, escarmentarían todos los otros.

Demás de lo sobredicho, hay algunas cosas que, aunque parecen de poca importancia, hacen mucho para la salud del paciente. Lo uno es que, pues dice Filon en el libro que escrivió del mundo que la pestilencia es la muerte del aire, y el aire estancado parece aire muerto, que así se corrompe como agua de laguna, no es buen consejo que la pieza en que está el enfermo esté de todas partes cerrada, sin que haya respiradero por donde entre y salga el aire. Que de verdad, si no fueran inventadas las ventanas mas de para que por ellas entrase luz, ó se dijeran luceras ó solanas; mas porque tuvieron respecto los arquitectos al viento que por ellas havía de entrar, para desamortiguar y renovar y refrescar el aire estancado de viento, las dijeron ventanas. Allende deste provecho, hay otro para los circunstantes, que haviendo aire bivo en la pieza del enfermo no se les pegarán las enfermedades contagiosas á los circunstantes; porque, demás de las notorias, escribe Rasis en el lib. XXV de su *Continente* que todas las calenturas pútridas ó mortales por la mayor parte se pegan á los que mucho se allegan. Demás desto, cuando la enfermedad del paciente no fuere contagiosa, no se pondrá la silla á la cabecera, porque el enfermo quiere tener escueto el lugar de la cabeza. Verdad sea que el visitador no se deve asentar muy enfrente de la boca del paciente, por causa del resuello.

Item, en lo que toca á los visitadores de los enfermos, mejor es la costumbre de Italia que la de España; porque allá no visitan al enfermo hasta que ya está sano. Acá son tantas las visitas, que se alcanzan unas á otras, que de verdad, si al enfermo le tomasen sano, con la importunación de tanto qué tal estáis? cómo os ha ido con la purga? cómo os sabe lo que coméis? de sano le tornarían enfermo; y piensan que no harían oficio de amigos si no fuesen más importunos á los enfermos que los consoladores de Job, que presumiendo de muy teólogos le agravaron é atizaron las angustias é pasiones de que se dolía.

Paresce que para remedio de las asobrunadas visitas de unos y de las soledades yermas de otros, se devría usar un uso de poca costa y mucho provecho, en que ganarían salud los enfermos y honra los médicos, aunque los boticarios tuviesen necesidad de aprender otros oficios para ayuda de costa. Háganse unas tablillas embarnizadas en que se pueda escrivir, así para pobres como para ricos, é firme el médico las de los ricos, en que mande que no le visiten los que no han de visitar para más de parlar ó cumplir con sólo el oficio de su presencia; é si alguno viniere ó enviare su paje, escriva su nombre en aquella tablilla, que estará en el primer porte de la casa. Al pie desta tablilla cada día se escrivirá el aumento ó decremento ó estado de la

enfermedad del paciente. Por allí se sabrá para todos. Y después se hará nómina de los que allí se hallasen escriptos, que en sus casas cumplan mejor con el enfermo que en la casa del mismo enfermo, salvo en la excepción que sacaremos abajo. Las tablillas de los pobres estarán colgadas encima de las puertas de la calle ó en el cantón del adarve (si no tuviere salida la calle en que moran), escriptas de letras grandes, por que se puedan leer, en que diga cómo en aquella casa hay un enfermo pobre de tal ó tal enfermedad; que los que pudieren le visiten con sus limosnas, que esto es cumplir una de las obras de misericordia. De manera que la tablilla del rico servirá para desaguar el tropel de las muchas visitas, y la del pobre servirá para acanalar al que va descuidado del mal ajeno. Y sepa que en aquella casa hallará materia en que ejercite el oficio de la caridad del prójimo.

Demás de lo sobredicho, se devría remediar otro uso: que ya que porfían de entrar algunos importunos visitadores, hallan entrada los que ó han de parlar ó dar falsa seguridad al enfermo para que se descuide de lo que toca al oficio de su consciencia, y al pobre sabio que le podría aconsejar no le dan lugar los porteros. Para esto sepan los que quieren bien al enfermo que una de las tentaciones que pone el diablo al paciente es pesadumbre de la conversación de las personas que el diablo barrunta que le pueden aprovechar. Por lo cual, no solamente no estorvarán á tales personas, mas aun persuadirán al enfermo que las quiera oir y tomar su consejo. Item, si en sanidad hacía limosnas, en la enfermedad las deve doblar si hay para ello, porque mucho ayuda la limosna presente á la enfermedad é angustia presente.

Los visitadores serán cuatro del rico y cinco del pobre. El primero y principal el cura del alma. El segundo, el buen consejero del testamento. El tercero, la ministra servicial, que hará residencia ordinaria, á veces con otra ó otras dos, que servirán por sus veces en torno al enfermo. El cuarto es el buen médico. Al pobre, demás destos, si los pudiere todos tener, han de ser los quintos visitadores que ayuden con sus limosnas, así para el mantenimiento del enfermo como para ayuda á una mujer que resida con él.

Todas las visitas demás cuasi son por demás, allende que muchas veces impiden que no demande el enfermo el servidor tan aina como querría. Impiden que la ventosidad que sirve de ayuda se retenga en el vientre por vergüenza de los circunstantes. Acuérdaseme aquí de una pregmática que escrive Suetonio Tranquilo, en el cap. XXXII del libro V, que el emperador Claudio César ordenó: que lícita y claramente en los convites á oído de los circunstantes pudiesen soltar las ventosidades del vientre los que tuviesen dolor de tripas; porque halló que por retener la ventosidad por vergüenza, había muerto uno en un solemne convite. Nosotros daremos otro mejor remedio, algo más secreto que el desta pregmática, para el enfermo que tuviere necesidad de desaguar el zurrio del vientre, sin que venga á las orejas de los circunstantes, y es, que ó con el colchón ó con la mano aparte la una asentadera de la otra, que el estruendo que suele hacer la bejiga hinchada cuando saltan sobre ella no se siente cuando se le afloja la boca y poco á poco sale el viento que tiene dentro. Esto se ha dicho aquí para remedio de la vergüenza contra el fastidio de las visitas asobrunadas.

Todo esto se entiende mientras el paciente usa de sus sentidos, que después que ya estuviere desamparado del médico corporal y estuviere en el trance de la agonía, todos cuantos quisieren pueden entrar á la pieza donde estuviere para hacer un cuerpo de iglesia y rogar todos á una por el agonizante que Dios le ayude contra las tentaciones del enemigo; y sepan que así tiene necesidad de padrinos á la salida desta Iglesia por la muerte del cuerpo como la tuvo á la entrada por la regeneración del baptismo; y si alguno muriese solo sin compañía, virtualmente tiene por padrinos á la santa Iglesia, á cuya fe se encomienda. De una cosa se deve tener aviso: que las personas con quien el paciente ha pecado en salud no se le pongan delante, porque no agravie su consciencia, demás de las mandas ilícitas, con el pensamiento de los resabios primeros.

CAPÍTULO IV

En que se resuelve el punto tercero del pasamiento, que propriamente se dice agonía.

En el tercero punto tractamos de las tentaciones con que el diablo tienta al paciente aquí solamente declararemos cuánto prove-

cho acarrean las tentaciones. Podría alguno pensar que las tentaciones con que tienta el diablo hacen mal á los hombres y que les sería mejor pasar esta vida sin tentación.

A esto brevemente diremos que la vida del hombre sobre la tierra no es belicosa, sino (como dice Job) es la misma batalla; luego no puede ser vida sin que juntamente sea contienda y tentación. Demás desto, pues Dios ordenó que el hombre fuese tentado, aunque el diablo tentador tiente con mala intención, no por eso se ha de decir que es mala la tentación para el hombre, que, bien considerado el fruto que della proviene, se hallará que es misericordia de Dios permitir que el hombre sea tentado. Esto está claro, que el diablo no es poderoso para hacer menoscabo en la viña de Dios; y pues Dios le permite entrar en su viña, más poderoso es Dios para sacar bien de la tentación del diablo que el diablo es malo para hacer daño en ella.

Es tanto el bien que Dios saca de la tentación con que el diablo tienta á los hombres, que piadosamente se podría decir que, si el diablo se cansase ya de tentar y de su propria voluntad se retirase para no tentar á los hombres, lo cual es imposible, porque ya está obstinado en malicia, no se lo consentiría Dios; por razón de la obstinación, aunque no tienta sin licencia, como claramente paresce en las tentaciones con que tentó á Job, y en lo que escribe el apóstol (1 Cor., X): Fiel Señor es Dios á sus siervos, que no consentirá que sean tentados más de lo que ellos pudieren resistir buenamente. Luego para eso quiere Dios que sean tentados los hombres, porque puede y sabe y quiere sacar bien de la tentación.

Cierto es que el que es tentado, ó consiente ó resiste á la tentación: si resiste, merece que (como dice Santiago): bienaventurado es el varón que sufre las tentaciones. Síguese luego que la tentación es ocasión por la cual en su manera se hagan virtuosos los hombres que la resisten. Y si el hombre es tan flaco ó tan malo que consiente á la tentación, es cierto que peca menos gravemente por haver sido tentado que si sin tentación que le atizara se atreviera á pecar. Si tomamos dos hombres iguales en todas las cosas, excepto que el uno entre en una casa de día y á vista de todos haga un hurto, el otro hallase de noche una puerta abierta y alguna cosa ligera de llevar á la mano, que fuese otra tal como la que el otro había llevado de día, cierto es que la oportunidad del tiempo y la obscuridad de la noche fueron ocasiones con que se desaguará la gravedad del hurto déste debajo de la gravedad del hurto del otro; porque las ocasiones, que son instrumentos de tentación, alivian la gravedad del pecado; y porque la tentación es instrumento para caer en la culpa, síguese que, siendo todas las otras cosas iguales, menos gravemente peca el que peca siendo tentado que el hombre que cometiese el mismo pecado sin tentación.

Digamos, pues, que por eso consiente Dios en su Iglesia las tentaciones, porque dellas saca tesoros de vida eterna. Luego si Sant Gregorio llamó dichosa la culpa por parte del remedio de la redempción que á la culpa se le siguió, bien podremos decir que es provechosa la tentación, pues por medio della se hace mayor la virtud con que se resiste al pecado y el consentimiento con que se comete la culpa se alivia de la gravedad que tuviera la culpa si se cometiera sin tentación que por atizarla la desagraviara. Y si en el *Pater noster* pedimos: *Et ne nos inducas in tentationem*, no pedimos que no seamos tentados, mas pedimos que nos libre Dios de caer en el consentimiento de la tentación. De todo esto podremos inferir que todas aquellas cosas que parecen faltas y menoscabo de virtud, accidentalmente en su manera son provechosas, no en su formalidad, porque son carencias é privaciones de algún ser, mas por el bien que dellas proviene á los hombres.

Pongamos ejemplo en la necesidad, enfermedad, ignorancia y olvido, con otras semejantes á estas. La necesidad es carencia y privación de abundancia y abasto; y es cierto que el hombre necesitado, demás que se ahorra, por la necesidad que tiene, de socorrer á otro necesitado, no peca tan gravemente en retener lo ajeno como peca el rico abundante por la tal retención. El enfermo, por la privación de salud, demás que se ahorra de no visitar á otro enfermo, no peca tan gravemente, por la impaciencia de la vida que pasa, como peca el hombre sano por tener impaciencia. El hombre ignorante, demás que se ahorra de dar consejo á su prójimo por la privación de la sciencia, no peca tan gravemente por decir una proposición mal sonante, pensando que acierta, como pecaría el hombre

letrado. El hombre olvidadizo, por la privación de la memoria que tiene, no peca tan gravemente por dejarse un oficio de obligación, si no cayó en el tal olvido por su culpa, como si le dejase el hombre que tiene memoria y se acuerda de lo que deja.

Por estos pocos ejemplos sacaremos todos los otros. Mas queda una dubda: pues la culpa es el sumo mal, qué es el bien con que se puede recompensar, pues vemos que Dios permite las culpas que cada día se cometen en todo el mundo? A esto responderemos con la misma humildad cristiana con que escrivimos las otras cosas, salvo siempre el mejor juicio: que no permitiría Dios que se hiciese culpa en el mundo si no fuese poderoso y sabio y bueno para poder y saber y querer remediarla con mayor bien y de mayor ganancia que fué el daño en que por la culpa incurrió el pecador. Porque el hombre que peca, ó se arrepiente ó no: si se arrepiente con verdadera contrición, estima Dios en más el arrepentimiento deste tal hombre, en virtud de los méritos de su pasión sacratísima, que desestimó la ofensa del pecado que cometió; porque si la ofensa fuese de más grados que el perdón, no se desharía el agravio por el tal perdón y, por consiguiente, no quedaría perdonado el hombre. Y es cierto que á la verdadera contrición é confesión y satisfación se sigue el perdón de Dios; luego, por lo menos, ha de ser tanto el remedio del pecado cuanto fué el daño de quien el perdón de Dios es el remedio.

Queda ahora de provar que es mayor el bien del remedio que fué el daño de la culpa, lo cual también está claro. Porque más poderoso es Dios para remediar que el hombre para dañar; porque mucho más puede Dios remediar y perdonar que el hombre puede pecar. Por donde se sigue que es tanto mayor el remedio que la culpa cuanto Dios que remedia es mayor que el hombre que peca.

Queda de provar el segundo miembro: qué bien saca Dios del sumo mal de la culpa si el hombre no se arrepiente y muere en pecado mortal. A esto diremos, con la misma subjeción al mejor juicio, que es mayor el bien de la ejecución de la justicia divina con que en el infierno se ordena la culpa, que es el mal de la culpa; porque si aquella ejecución no ordenase por entero todo el valor del daño de la ofensa de Dios, quedaría Dios agraviado eternalmente en todos aquellos grados de ofensa que no fuesen ordenados por su justicia divina. Y es cierto que es Dios poderoso para desagraviar de todo el menoscabo que por la culpa se hizo, y sabe y quiere el mejor modo de desagravio; y sabemos por fe que dirá Dios á los dañados: *Ite, maledicti, in ignem æternum.* Y las obras de Dios exceden á las obras de todos los hombres; luego para lo que toca á la honra de Dios, en más estima Dios el bien de su divina justicia, con que eternalmente quiere ordenar la culpa de los dañados en el infierno, que estima la ofensa que por la culpa se cometió contra él.

Provemos ahora que al mismo hombre dañado, ya que por su culpa se condenó, le está mejor ser castigado eternalmente en el infierno que permanecer perpetualmente en el infierno sin la ejecución de la divina justicia que le ordene la culpa. Esto paresce al que considera que no hay mal sobre el mal de la culpa, porque es sumo mal. Luego peor es permanecer en el sumo mal y en la suma desorden sin orden, que en la misma desorden metida por orden de divina justicia. De manera que la pena sensual con que Dios castiga la culpa es la orden con que se ordena la suma desorden; y no hay duda sino que es mejor la orden que la desorden, ó por mejor decir no hay comparación, como no la hay entre las virtudes é vicios. Síguese luego que la pena sensual del infierno les es menos mal á los que por su culpa se condenaron que les fuera sola la culpa sin la orden de pena que la ordenara, considerando éstos en cuanto cada uno dellos es parte del universo orbe, dado caso que, porque los dañados tienen la voluntad depravada, tienen por mal de pena el que de verdad con verdad se diría bien de pena; pues es un bien que ordena el sumo mal de la culpa, que es suma desorden.

De todo lo sobredicho sacaremos: que pues las faltas alivian la gravedad del pecado y las ocasiones y oportunidades y avenentezas que incitan á los actos de culpa, son como desaguaderos con que se alivia la gravedad de la culpa, que es misericordia de Dios que haya en el mundo faltas, enfermedades, ignorancias y olvidos; item, que haya incitamentos por otra parte de sobra, como es abundancia, sanidad, confianza de letras;' item, rostros hermosos y risas y tiempos obscuros é lugares secretos; porque ya que los hom-

bres por su propria culpa se huvieren de atrever á pecar, tengan algún socorro que alivie la gravedad del pecado que cometieren, por haver sido inducidos en alguna manera por la ocasión de la hermosura é afeite y compostura y la risa mensajera secreta del corazón, y del tiempo oportuno y lugar apartado. Porque así como otros fueron inducidos por faltas, así éstos son inducidos por sobras; y las unas y las otras son ocasiones que quiere Dios que en alguna manera alivien la gravedad de la culpa, que sin las tales ocasiones fuera algo más grave de lo que por respecto dellas será. Qué más diré, sino que el descuido de los mayorales desagua y alivia en alguna manera el pecado de los inferiores. Item, el mal uso y mal tracto de las cosas espirituales y temporales alivia en su manera algo de gravedad; porque más grave será el pecado del inferior que tiene perlado sancto que se ejercita de día y de noche en la ley del Señor, que el que le tiene curial en la corte. Más grave será el pecado del que peca en la república concertada é bien ordenada y muy religiosa, que el que cometiere el mismo pecado en la república desordenada y babilónica, en donde se hace ley de la voluntad propria de cada uno.

Concluyamos, pues, que es bienaventurado el varón que sufre las tentaciones, aunque el diablo tienta con malicia para derribar á los hombres; accidental y ocasionalmente los hace mucho provecho, porque por medio de la tentación se ejercitan en las virtudes y se apriman en ellas, y si por su culpa consienten con la tentación, es menos grave su pecado por haver sido tentados, y por eso consiente Dios que el diablo tiente á los hombres y quiere que haya tanta copia de incitamentos de tentación, porque todos sirvan de alivio con que se alivien las culpas que con tales incitamentos se cometieren.

Tienta el diablo con escrúpulos y desabrimientos. Tienta el mundo con honras, famas, galas y vanas glorias. Tienta la carne con lascivas cosquillas y sensuales deleites. Cada uno destos tres tentadores tienta por diversos modos y solapados ardides. El diablo tienta encastillado en el caso y acaescimiento contra la providencia; y de ahí tira tiros contra la fe, y de la infidelidad quiere destruir la esperanza, y del castillo de la desesperación asesta contra la caridad. Este es el blanco á que él procura enderezar todos sus tiros; y cuando ve que de primas á primeras no puede salir con su empresa, busca otras mañas y tienta por vía de escrúpulos para traer á desesperación. Engrandece otras veces todos los males y daños de que por tales y tales pecados los hombres que tienta han sido causa. Al Papa y á los perlados les encarece los grandes pecados que por la ausencia y negligencia se han hecho en el mundo y en sus diócesis. A los reyes y grandes señores le encarece los excesos de los vasallos, por los malos usos que con intento de granjería consintieron en sus reinos y señoríos. A los ministros de la justicia les encaresce los males y daños de las repúblicas consentidos y disimulados por sus intereses. A los padres y amos les encarece la mala governación de sus casas, la mala crianza de los hijos, las fantasías en que los pusieron, las rebueltas que por sus fantasías y singularidades hicieron en sus pueblos, el poco cuidado de la cristiandad de sus criados y los juegos que en sus casas consintieron, y á cada uno en particular por las ocasiones que dió por sus dichos ó hechos de malos usos y trajes y vandos y de todas aquellas cosas que denotan singularidad y excelencia, tema, reyerta y porfía.

Para esto, por la licencia que tiene de Dios, usa de todos los incitamentos que puedan mover á los hombres, aunque, como ya dijimos, dado que él se aproveche dellos á mala intención, por eso se lo permite Dios, porque es poderoso para sacar más bien dellos que el diablo puede sacar de mal. Usa de hermosuras, afeites, aposturas, risas, hablas, cantares, bailes, vino, pasteles y huertas contra la castidad. Mas el que contra todo esto vence, queda más victorioso y virtuoso [que] el que conversare entre mujeres que tuviesen rostros de carátulas, arrugadas, desnudas, llorosas, mudas, ahulladoras, apelmazadas, estando el aguazado hambriento y muerto de frío.

Presume también aprovecharse el diablo de los atizadores del mundo, como son el nombre y renombre de fama, la gala del que más puede y más vale, el QUÉ DIRÁN, dolo ordinario de los vasallos del mundo, la sigularidad y la primacía con que cada uno presume exceder á otro, y el ídolo emperador y monarca de todos los ídolos, el YO con que cada uno se ama y estima sobre lo justo.

De manera que, por ser el diablo el mayor de los tres enemigos, no solamente usa de

sus escrúpulos y preguntas curiosas para engañar á los hombres, mas aun usa de los instrumentos de los otros dos enemigos. Y si esto hace durante la vida, con mayor solicitud y solapados ardides lo hace en el agonía, como explícitamente se declara en el texto deste punto tercero. Sola una cosa diremos aqui, y es: Que porque la seguridad de sí mismo es el más recio género de tentación, esté el hombre muy sobre el aviso, que no sea curioso de ver milagros en vida, porque no se asegure con las ilusiones de milagros fantásticos que el diablo por la permisión de Dios le hiciere aparecer en la muerte. Porque demás que, por ser el milagro como ajarave de fe, no está muy sano el que cree más por milagros que creyera sin ellos, pónese á peligro de ser engañado en la muerte con falsa seguridad, pensando entre sí que por sus méritos y buena vida le amuestra Dios aquellos milagros.

Yo conoscí una muy buena persona que en el tiempo de su agonía se estava riendo, y pasados dos ó tres paroxismos en que se reía y apuntava con el dedo á una cierta parte, preguntándola yo qué era la causa de su risa y qué era lo que apuntava, me dijo que en cada paroxismo que la tomava veía una figura de Nuestra Señora que la estava haciendo de señas. Yo la persuadí á que se encomendase á la fe de la Iglesia, y que suplicase á Dios que por los méritos de la pasión sacratísima de su unigénito Hijo, Nuestro Redemptor Jesucristo, la librase de las ilusiones del enemigo; y con esto y con una protestación que yo suelo hacer para ayudar en lo que pudiere á los que están en tal paso, aunque después tuvo hartos paroxismos, nunca vido más á aquella imagen, porque entre un paroxismo y otro hablava, porque estava ética, y vemos que los éticos comiendo y hablando se mueren. Por cierto que es mucho de notar la petición que está en la Salve Regina que dice: *Et Iesum benedictum fructum ventris tui nobis post hoc exilium ostende*; Que Nuestra Señora, pues es nuestra abogada, después de nuestro destierro nos amuestre el benditísimo fruto de su vientre virginal, que es Nuestro Redemptor Jesucristo. No dice que nos le muestre en esta vida, sino después de acabado el destierro della.

Cierto es que aparecer Cristo y Nuestra Señora en la muerte de los hombres, fuera del privilegio especial si fuera bien generalmente á los hombres, que tal merced como ésta era muy digna de ser agradecida, y no se pudiera agradecer sin ser sabida ó creída, y no se pudiera saber sin ser revelada por Dios ó declarada por su sancta Iglesia. Y pues ni Dios la reveló en la Escriptura sagrada, ni la Iglesia la ha declarado, síguese que no es merced que generalmente cumple á los hombres. Y aunque leemos de muchos á quien por privilegio especial se les apareció Nuestro Redemptor y Nuestra Señora y otros muchos sanctos, también leemos en muchas vidas de los padres del yermo que, so color de apariciones de sanctos, se apareció el diablo muchas veces á muchos. Por eso dijo el apóstol (I Cor., II): que el diablo se transfigura en ángel de luz; y Sant Juan dice: que no creamos á todo espíritu, sino que provemos si es Dios ó engaño encubierto. Escrive San Antonio de Florencia, en el párrafo 7 del capítulo VII del título XXIV de su III parte historial: que apareció el diablo á San Rufino, primo de Sancta Clara y compañero de Sant Francisco; que muchas veces le apareció el diablo en figura de crucifijo en la ciudad de Asís, diciéndole que no curase de hacer buenas obras, porque estava él y Sant Francisco prescitos para el infierno; y esto hacía él por hacerle desesperar, hasta que hizo Rufino lo que allí escrive este sancto arzobispo.

No ha muchos años que dicen que en el monesterio de Zubia, junto á Granada, apareció el diablo en figura de crucifijo á un fraile diciéndole: que porque pocos tales como él havía en la tierra le quería descubrir muchos secretos que no había descubierto á sus evangelistas, é hízole escrivir más de dos manos de papel de herejías.

Salvo siempre el mejor juicio y la determinación de la sancta Iglesia, á quien todo lo que escriviere é dijere, y á mí con ello, someto en una oración que comienza: *Obsecro te, Domina*, está una petición al parecer peligrosa, que dice: *Et in novisimis diebus meis ostende mihi faciem tuam*. Porque aunque no se niegue que por especial privilegio haya aparecido Nuestra Señora en los tránsitos de muchas buenas personas, sería posible que permitiese Dios que en tal figura apareciese el diablo al curioso de cosas milagrosas, para asegurarle con falsa seguridad y hacerle caer en el lazo de la presunción y vanagloria. Por lo cual, de que ya el enfermo entrare en el trance del agonía,

e ayudarán los circunstantes con las oraciones eclesiásticas, y en especial con las cuatro celebradas: Ave María, Pater noster, Credo y Salve Regina. Y si estuvieren tan de espacio que haya tiempo para todo, podrán rezar una oración, después destas, que cada noche hago yo rezar en mi casa, oyendo todos lo que uno reza. La cual, dado que se compuso para las protestaciones é peticiones que la familia deve hacer, mudadas pocas palabras puede aprovechar al paciente; nosotros la ordenamos conforme á lo que piadosamente nos pareció; cada uno puede añadir y quitar lo que mejor le pareciere, especialmente que es tan larga, que más ligero será el quitar que el añadir. Luego, después de haver rezado las cuatro oraciones ya dichas, podrían decir desta manera:

In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen. Iesus. Todos cuantos estamos en esta casa y todos los allegados á ella por cualquier vía de obligación y de oficio nos encomendamos y te encomendamos y ofrecemos á la Sanctísima Trinidad, Padre é Hijo y Espíritu Sancto, tres personas y un solo Dios verdadero, criador de todas las cosas visibles é invisibles, así como la Sancta Madre Iglesia Católica militante nos lo predica, y nos por la misericordia de Dios lo creemos con todos los otros artículos que juntamente nos manda creer, así como en el Credo se contiene. Encomendámonos y ofrecémonos á la preelección del Padre Eterno, que por su inmensa misericordia nos escogió para que fuésemos del número de los miembros fieles de su unigénito Hijo Nuestro Redemptor Jesucristo.

Encomendámonos y ofrecémonos á los copiosísimos méritos de la sacratísima pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo, Hijo de Dios bivo, verdadero Dios y hombre, que encarnó en el vientre virginal de la siempre Virgen Sancta María, madre de Dios, Señora y abogada nuestra, por virtud de Espíritu Santo, y nasció della Dios y hombre verdadero, quedando ella siempre virgen antes del parto y en el parto y después del parto, y padeció pasión y muerte debajo de la judicatura de Poncio Pilato, por ofrecer como ofreció su vida y muerte en sacrificio al Padre Eterno, para salvar á los pecadores y hacerlos partícipes de su sancta gloria, y quedando su cuerpo en el sepulcro, acompañado de la divinidad descendió su ánima sacratísima juntamente con la mesma divinidad á los senos inferiores de los abismos, de donde sacó las ánimas de los sanctos escogidos que estavan esperando su santo advenimiento; y al tercero día, según estava profetizado, resuscitó en cuerpo y ánima glorioso dentre los muertos, y á cabo de los cuarenta días después de las apariciones preordenadas de su divina Majestad se subió á los cielos y está asentado á la diestra del Padre Eterno, y al fin del mundo vendrá á juzgar á los bivos y los muertos.

Encomendámonos y ofrecémonos á la gracia y virtud del Espíritu Santo, coeterno y consustancial al Padre y al Hijo, de los cuales, no como de dos principios, sino como de un principio eternalmente procede, al cual suplicamos por su inmensa bondad y misericordia quiera alanzar de nuestras ánimas las tinieblas de la iniquidad, infidelidad, malicia, ignorancia y escrupulosidad, y encenderlas con la lumbre de su misericordia y fuego de su santísimo amor, é quiera ilustrarlas como ilustró á los sanctos apóstoles cuando vino sobre ellos en figura de lenguas de fuego, para que así como suficientemente somos redimidos por la pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo, así él nos conserve y eficazmente nos comunique el fruto della.

Encomendámonos á la intercesión de la purísima siempre Virgen María, madre de Dios, abogada y Señora nuestra, con el patrocinio de todos los sanctos de la corte del cielo.

Y encomendámonos á la sacrosancta unión de la santa madre Iglesia católica militante y á la participación de los sacramentos que la sancta Iglesia comunica á sus hijos, que reengendró en el santo baptismo, de los cuales, como por la misericordia de Dios somos unos, le suplicamos nos quiera fortalecer con la fe que nos ha comunicado, para que así bivamos espiritualmente en ella como en su manera bive el miembro en su cuerpo.

Encomendámonos á las sanctas inspiraciones de los sanctos ángeles de nuestra custodia, á los que les suplicamos, por el amor que á Dios tienen, nos ayuden y esfuercen conforme al oficio de la caridad en el camino desta vida presente, y en especial en el artículo de la muerte, contra todos los engaños y ardides, y embaimientos y devaneos y arrobamientos y falsas credulidades y aparencias de milagrillos curiosos de Satanás.

Encomendámonos á las prerogativas y especiales socorros de Señor Sant Miguel ángel con todos los coros angélicos,

Encomendámonos á los ruegos y patrocinios de Sant Juan Baptista y de todo el coro de los apóstoles y de Señor San Alexio, Santo Toméy San Basilio, Santa Marta y Santa Magdalena, con todos los otros santos nuestros abogados, á los cuales, de parte de la caridad verdadera que tienen á Dios y al prójimo por Dios, humilmente suplicamos quieran suplicar y supliquen á la divina Majestad, que por su infinita bondad nos quiera perdonar todos nuestros pecados y las circunstancias dellos, olvidados en confesión y fuera della y los confesados. Y nos tenga de su mano que más no le ofendamos, y nos quiera dar aumento del don de la fe, esperanza y caridad, juntamente con la humildad evangélica con que verdaderamente conozcamos que nos y todo cuanto en nos hay somos un don de su inefable bondad é misericordia, en virtud de la cual le suplicamos nos dé la paciencia y continencia evangélica, con todas las otras virtudes que él quiere que tengamos; y nos dé conformidad con su voluntad, placiéndonos con todos los temporales quél quiere hacer, sufriendo de buena voluntad las adversidades y penas que nos quiere enviar; y quiera deparar quien nos corrija nuestros errores y faltas, y nos dé gracia para que con agradecimiento recibamos la reprehensión fraternal; y nos dé conocimiento para que conozcamos que las penas, adversidades, aflicciones y desabrimientos son señaladas mercedes y prendas de la misericordia que nos quiere hacer, dándonos con ellas purgatorio en esta vida presente, que, demás de ser abreviado, es en sí meritorio por parte del mérito de la fe en que estriba.

Plega á la divina Majestad quiera aceptar todas las obras espirituales y temporales que Él por su misericordia en nosotros principalmente ha obrado y obrare, para apreciarlas y comunicarles el valor de su pasión sacratísima, sin la cual es cierto que ellas por sí solas no valdrían más para ser premiadas de gloria que borrones de carta sin firma. Por lo cual, en virtud de la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo, en quien tiene su valor principal, le suplicamos nos dé á entender que todo lo que pidiéremos é particularmente especificáremos no es para que pensemos informarle á Él de la necesidad que tenemos, porque Él la sabe mucho mejor que nosotros que la pasamos, mas es para que por medio de nuestras peticiones informemos nuestras ánimas, para que sepan qué es lo que piden y de qué tienen necesidad de ser libradas con su mano, y nos quiera librar de todos nuestros enemigos visibles é invisibles, y especialmente del demonio meridiano, que claramente tienta con desesperación, y del ángel de Satanás, que se suele transfigurar en ángel de luz para embaucar y asegurar con aparente y falsa seguridad á los que viere presumptuosos y desasidos de la verdadera confianza de Dios, trayéndoles á la memoria las buenas obras que han hecho y al presente hacen y las que proponen hacer, para que principalmente estriben en ellas y presuman tanto dellas, que se descuiden de lo que principalmente les ha de valer, que es la inestimable pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo, con la cual por ser de persona divina, Dios y hombre verdadero, quedó desagraviada y muy bien satisfecha la divina justicia de la deuda que los hombres devían á Dios; sin la cual satisfacción, todas las otras obras que todos los puros hombres pudieran hacer, aunque todas las aplicaran á la deuda de solo uno, no fueran dignas del menor grado de gloria.

Por tanto, le suplicamos no permita que el diablo nos meta y embosque por la vía que Salomón dice: Que le parece al hombre ser justa, y su fin y despeñadero va á parar en la muerte.

Plega á la inmensa bondad guiarnos por el camino por donde la sancta Iglesia manda que vamos. Guíe nuestro libre alvedrío para que no quiera más de las cosas que fueren para su sancto servicio, porque aunque él es libre, puede hacer tan poco bien sin la guía y socorro de Dios, como ver los ojos en las tinieblas sin luz, aunque más abiertos estén.

No permita, en virtud de la justicia que por nuestros pecados dél se hizo en Jerusalén, que vengamos en tal presumpción que pensemos que las obras cristianas que en nosotros cognoscemos, sin tener principal respeto y sufugio á los méritos de su sagrada pasión, sean dignas de ser premiadas de gloria.

Como sea verdad que mientras más buenas obras hiciere el hombre cristiano es más deudor como hombre que con cada obra bue-

na recibió nueva merced, y si no fuese por la ley ordenada que Dios tiene puesta que al que tuviere le darán más, al que tuviere obras cristianas le darán premio de gloria, mientras uno fuese más sancto y más justo devría, no solamente no pedir paga de sus buenas obras, mas, si fuese bastante á pagarlas, las havía de pagar en contado, porque de verdad servir á Dios es quedar á dever á Dios. Mas ordenó Dios pagar el denario, que es el premio esencial de la gloria; por esta convenencia paga Dios las buenas obras, porque de otra manera fuera imposible pagar una buena obra con otra; que la obra que huviese de ser paga de la primera, también sería merced recebida, y por consiguiente devida. De donde se puede considerar el gran pecado que comete el que, por haver hecho algunas obras de misericordia, toma alas para desmandarse en alguna manera á pecar, diciendo entre sí: pues él ha hecho tales y tales obras, demás de las que entiende hacer, no es mucho que Dios disimule con él algún pecadillo de sensualidad.

Por tanto, suplicamos á todos los sanctos de la Iglesia triunfante del cielo y á la sancta madre Iglesia católica militante, que interceda por nosotros y supliquen á Nuestro Señor Dios Criador, Redemptor, Justificador y Glorificador, que nos quiera librar de todas las vías, no menos de las abiertas del demonio meridiano, que de las secretas del ángel de Satanás transfigurado en ángel de luz y de la infestación y acosamiento y desesperación del espíritu maligno.

Líbrenos en su virtud y justicia del espíritu de blasfemia, vanagloria, sobervia, avaricia, lujuria, gula, ira, envidia y pereza, y de todos los escrúpulos que son dañosos al dictamen de la consciencia, los cuales, con los falsos temores que consigo traen, quitan el amor verdadero con que el hombre deve amar á Dios sobre sí y sobre todas las cosas.

Líbrenos de todos los espíritus malignos, pecados y peligros, y falsos testimonios y faltas y tachas espirituales y temporales, en que, si no fuésemos librados por su infinita bondad, podríamos ligeramente caer. Suplicámosle nos dé cognoscimiento para que seamos agradecidos por havernos librado de muchos pecados é yerros y peligros y adversidades, aunque, por haver sido nosotros mal mirados, no hayan venido á nuestra noticia. Líbrenos de las sangres de que el profeta pidió ser librado, que entre otras cosas es la presumpción del linaje y la honra mundana y la singularidad de excelencia, con que el diablo presume romper é dividir la comunicación de la gracia, queriendo anteponer el fundamento de carne y sangre al sancto baptismo, diciendo Sant Juan: que no á los que se precian de la generación de la sangre y la carne, sino á los que son reengendrados por el sancto baptismo, les dió Dios potestad para ser hechos adoptivos hijos de Dios.

En cuya virtud le suplicamos quite de nos la presumpción de juzgar las intenciones ajenas, pues él solo es el que cognosce los corazones, y no deve el hombre juzgar lo que de cierto no puede jurar. Y es cierto que no puede el hombre jurar la intención del corazón que no ve, y muy menos puede juzgar y jurar el estado final en que su prójimo ha de acabar la vida, por muy malo que al presente le vea. Demás de lo cual es muy grande atrevimiento que el hombre que ha de ser el juzgado usurpe el oficio de su juez, Cristo Nuestro Redemptor, juez universal de bivos y muertos, al cual por su infinita bondad plega conservar en sancta unión y religión á su sacta Iglesia católica, y tenga de su mano á su vicario nuestro sumo Pontífice con toda la clerecia y estado de religiosos. Rija á los príncipes temporales, y entre ellos al que nos gobierna, con todos los ministros de la justicia.

Quiera sacar de pecado á los que dilatan la emienda.

Reduzca á los herejes á la unión de su sancta Iglesia católica.

Quiera unir en caridad á los scismáticos para que no rasguen la vestidura de unión que rescibieron en el sancto baptismo.

Quiera dar paciencia á los captivos, amparar á las biudas, ayudar á las que están de parto, dar baptismo á los niños, convertir á los infieles, dar seso y entendimiento á los locos, y pacificar á los discordes, y socorrer á los necesitados, y consolar á los tristes, y dar salud á los enfermos y puerto á los navegantes, y librar á los caminantes, y absolver á los descomulgados, trayéndolos á la verdadera obediencia é librarlos de los pecados ocultos, en que no piensan que están caídos, y dar paz y sosiego á todo su pueblo cristiano, para que todos reconozcamos las mercedes rescebidas y con su ayuda nos hagamos

capaces de rescebir muchas más, empleándonos en su sancto servicio.

Y por su misericordia quiera dar gloria á las ánimas de los fieles defunctos, en especial á las ánimas de nuestros padres y madres, hermanos y abuelos, parientes y amigos y bienhechores, y finalmente, á los bivos dé gracia en todo tiempo y en especial en el artículo de la muerte, y no permita su inmensa bondad que ni con esta ni otras oraciones y buenas obras nos descuidemos de encomendarnos y ofrecernos siempre á su sancto servicio. Amén.

En virtud de Dios todopoderoso, Padre é Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, y de su sancta Iglesia católica, nos sea esta invocación sanidad y salud espiritual y corporal y amparo contra todos nuestros enemigos visibles é invisibles, para que en esta vida presente amemos é sirvamos á Dios por gracia, y en el cielo le amemos y le gocemos por gloria. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.* Amén Jesús.

El que esta oración rezare, ó otra cualquiera, deve pretender en ella lo que la Iglesia católica en sus oraciones pretende, proponiendo en sí de no pretender cosa que no sea católica y que justamente se deva y pueda pedir; y entonces piadosamente se puede esperar que Dios pondrá virtud á la oración en que se pretende pedir lo que pretende la Iglesia católica, porque es cierto que las oraciones de la Escriptura sagrada y las oraciones eclesiásticas, por ser como son canonizadas, tienen virtud especial, de la cual participarán todas aquellas oraciones que en virtud de la intención de la Iglesia se rezaren. Porque así como la ánima racional de tal manera vivifica todo el cuerpo que anima, que junta y enteramente vivifica y anima cualquiera parte del cuerpo, así es verdad que la virtud divina de tal manera resplandece en toda la escriptura sagrada, que junta y enteramente reluce en cada parte de la Escriptura, y por consiguiente reluce en las oraciones eclesiásticas, y de allí se les pega alguna virtud á las oraciones particulares, que se referendan y reglan con la intención de la Iglesia sancta católica.

CAPÍTULO V

En que se resuelve el cuarto punto.

Así como la ánima racional del hombre es criada é no engendrada, así permanece después de salida del cuerpo, aunque, porque constituye una persona con él, le queda inclinación á reunirse con él. Que ella no vive en el cuerpo como en cárcel, sino como en perfección de persona; que ni el ánima por sí sola sin el cuerpo, ni el cuerpo sin el ánima, se dice persona, sino el cuerpo y ánima todo junto. De aquí escrive Sant Augustín (Aug., lib. de Tri. XV, cap. XXV): Que las ánimas de los bienaventurados tomarán en la resurreción sus cuerpos, no para pesadumbre, sí para ornamento de la persona.

Las ánimas que salen de los cuerpos, así como no son corpóreas, así no pasan de un lugar á otro por medio de algún lugar. Ejemplo desto veremos en nuestro pensamiento. Cierto es que cuando yo pongo el pensamiento en los lugares en que he estado, ni el pensamiento salió por parte de mi cuerpo ni pasó por los lugares y ventas por donde pasó mi cuerpo, mas súbitamente se puso en el lugar en que ha estado el cuerpo. Como si yo estando en Toledo pusiese mi pensamiento en Madrid, sin pensar en Illescas ni en los otros lugares y ventas que hay entre Toledo y Madrid. Desta manera y más sin embarazo, sin moverse, muda el ánima de un lugar á otro, sin pasar por el medio, no por más sino por ser como es espíritu, que así como no ocupa lugar así no tiene que ver con lugar. Que aunque ella anima y el cuerpo es lugar, no por eso se sigue que ocupa lugar; como el ángel que definitivamente está en el lugar en que ocupativamente está la persona que guarda, no se dirá que por estar definitivamente en lugar ocupa lugar.

Los lugares en que las ánimas están súbitamente en saliendo de los cuerpos son uno de cuatro, de los cuales sólo el cielo es la morada para que propriamente fueron criadas, y los tres sirven de cárceles, de las cuales sólo el purgatorio es temporal; el infierno y el limbo de los niños que mueren antes de los años de discreción sin ser baptizados son cárceles perpetuas. En estas cárceles se castigan tres maneras de pecados. En el limbo se castiga sólo el pecado original. En esta cárcel no hay pena de sentido, aunque hay pena de daño, que es carecer de ver á Dios; porque así como sola la justicia original sin la gracia no era bastante para llevar á los hombres al cielo, así la privación de la justicia original, que es el pecado original, no lleva

al infierno; porque dió Dios á Adam el don de la justicia original y con él le dió gracia. La justicia diósela para él y para todos sus descendientes; la gracia se la dió para él solo. De manera que cuando Adam pecó perdió la justicia y la gracia. En perder la gracia pecó mortalmente, é hizo daño á sí solo, porque la gracia que por el pecado perdió no se la dieron para que della hiciese mayorazgo, que recibió para sí y para toda su posteridad, con obligación de tenerla Adam por precepto y los descendientes por estatuto. Esta justicia era una orden de obediencia con que sin rebelión y sin pena y sin desabrimiento la sensualidad obedecía á la razón y la razón á Dios. Todos los que nacieron en este mundo nacieran con esta joya original si Adam no pecara, puesto que esta sola sin la gracia no bastara para salvarlos. Luego así como esta justicia original sola no bastara para llevar á la gloria, así su privación y carecimiento della sólo, sin otro pecado mortal, no abasta para llevar al infierno, y por eso los niños que antes que usen de discreción parten desta vida sin ser baptizados, ahora sean hijos de cristianos ó de infieles, van al limbo de los niños, en donde no tendrán pena de fuego; porque la obligación que tienen á tener la justicia original no es obligación de precepto, como fué en Adam, en quien la carencia de la justicia fué pecado mortal.

Mas en los niños que mueren antes de los años de discreción es obligación de estatuto, porque estatuyó Dios que cualquiera que regularmente por la ordinaria propagación descendiese de Adam, que no tuviese la justicia original, se condenase si en tal estado muriese. De manera que los niños no están obligados al baptismo, so pena de pecado mortal, sino so pena de pecado original, que en ellos es obligación, no de precepto que á ellos se les haya mandado, sino de estatuto con que Dios estatuyó que se condenase á pena de daño el que no tuviese la joya de la justicia original, con tal que muera antes de los años de discreción.

Verdad es que San Augustín, por reprimir la herejía de Pelagio y Celestio, que decían que los niños no tenían necesidad de baptismo para salvarse, encarecidamente afirma que, no solamente los grandes, mas aun los niños que morían sin baptismo padecen pena perpetua de fuego. Mas él mismo en el capítulo XCII de su *Enchiridio* dice que es muy minutísima pena la de los niños que mueren en solo el pecado original. Y en el libro V, *Contra Iulianum*, dice que no puede él definir qué y cuánta sea la pena de los niños que mueren en sólo el pecado original. Por donde parece que lo que havía afirmado en el libro *De fide ad Petrum*, cap. XXIV, fué por reprimir con el exceso la grande herejía de Pelagio y Celestio, los cuales dogmatizavan que sin baptismo se podían salvar los niños. Húvose allí San Augustín como el que quiere enderezar una vara muy tuerta, que no solamente llega lo tuerto al derecho, mas aun pasa dél hacia la parte contraria, porque en fin venga á quedar en su cabal y derecho.

El infierno es cárcel en que se castiga el pecado mortal de por sí ó acompañado con el pecado original y venial accidentalmente, según que lo tiene el doctor santo.

En el purgatorio se pagan los pecados veniales no confesados y las penas devidas á los mortales ya perdonados en esta vida, ó de purgatorio parten en gracia sin deuda de pecado venial ni de satisfacción de mortal ya confesado.

Las ánimas de los santos que están en el cielo ven y aman y gozan de Dios para siempre, y al cabo de mil millones de años, no de tiempo, sino de duración, quedarán tan admiradas y tan nuevas de Dios como en el primer instante en que le comenzaron á gozar en el cielo; porque la gloria es una posesión perfecta de la vida que no tiene fin, que juntamente sin tener sucesión de tiempo está toda junta en cada instante de la perpetua duración. Tres son los actos principales mediante los cuales decimos que la ánima glorificada se convierte en Dios por participación, que son: ver, amar y gozar. Porque la virtud racional del ánima, cuyo oficio es en esta vida creer por fe y ver obscuramente como en espejo, en el cielo verá claramente. La concupiscible, cuyo oficio en esta vida es amar, en el cielo amará perfectísimamente sin cesación. La irascible, cuyo oficio en esta vida es empinarse y levantarse á cosas muy altas por la esperanza, en el cielo aprehenderá y contendrá cierta y continuamente é con seguridad de nunca perder á Dios para siempre sin fin; porque el entendimiento estará perfeccionado con la beatífica y clara visión de Dios; la memoria sosegará con la firmísima

seguridad que tendrá de tener siempre á Dios. Finalmente, estarán las ánimas de los bienaventurados tan transformadas en Dios por amor, que lo principal de su vida será amar á Dios.

Para esto es de notar que hay dos maneras de gloria: Una se dice gloria objectiva, y esta gloria es el mismo Dios, á quien se termina la bienaventuranza, y en esta manera de gloria dicen los santos doctores que de mejor modo está Dios en la ánima beata que la misma ánima en sí misma. Otra gloria se dice gloria formal, que es un accidente espiritual apegado á la misma alma beata, y esta gloria no está tan propriamente en el ánima como está el alma en sí misma.

El conoscimiento que tienen las ánimas glorificadas de los de acá del conoscimiento que los teólogos dicen matutino, mirando en el verbo conoscen las cosas de acá que á ellas les ha de dar alguna gloria accidental, ó las peticiones que por su intercesión ha Dios de conceder á los que justa y católicamente las piden. Las del purgatorio conoscen lo que acá se hace por ellas por relación de los ángeles de su custodia, que no las dejan hasta llevarlas al cielo; conocen también por relación de las ánimas que de acá van allá; así como las ánimas de los dañados conoscen por relación de las ánimas que van allá de refresco, demás de la noticia que tienen de los hábitos de esciencia y conoscimiento que desta vida llevaron.

Queda aquí de saber si las ánimas buelven acá después de salidas del cuerpo. A esto en breve se responde que, como lo afirma San Jerónimo *Contra Vigilantium*, y San Augustín en el libro *De cura pro mortuis agenda*, y San Gregorio en el cuarto libro de los *Diálogos*, y, finalmente, se vee en muchas vidas de santos, las ánimas pueden salir de sus lugares, las del cielo y las del purgatorio, y así las del infierno. Las del cielo salen para nuestra instrucción con especial licencia que para ello tienen de Dios, y no dejan de ver á Dios; así como los ángeles de la custodia, estando acá con los hombres gozan de Dios, porque la divinidad no hace ausencia; y las que salen del purgatorio ó del infierno salen con su pena y tormento, y con ella se tornan. Las del purgatorio salen para avisarnos de lo que á nosotros ó de lo que á ellas conviene por algunas buenas obras que en la vida hicieron. Las del infierno salen solamente para que por medio dellas quiere Dios avisar á algunos por especial privilegio. Mas las unas y las otras, en acabando su embajada, luego se vuelven á sus lugares con la misma gloria y pena en que acá vinieron. Y á lo que dice Job: *Qui descendit ad inferos, non ascendit*, entiéndese que en su propria virtud no pueden tornar acá, mas en virtud divina, que dispensa y quiere que venga para algún bien de los bivos, no se niega que no puedan salir acá del infierno con la misma pena que tienen allá, para tornarse luego á su lugar.

Aunque todo esto sea así, no es razón que el cristiano se descuide y piense que cualquier aparición es aviso que Dios le envía, porque cuasi las más veces las semejantes apariciones son engaños de Satanás, que con tal que le den crédito los simples é curiosos de las cosas del otro mundo, quiere hacer encreyente que es el ánima de tal ó tal persona, que deve tal y tal deuda, que dejó tales y tales dineros en tal ó tal cabo, que los saquen de allí y que le digan tantas misas y paguen sus deudas, y con todas estas piedades aparentes es un diablo encubertado debajo de título de misas é satisfacciones de deudas y casamientos de huérfanas. Porque como el diablo está obstinado en su malicia, nunca se le ha quitado la voluntad que tuvo de ser adorado, y porque dar crédito y esperar bien del diablo es culto de adoración presume que le den crédito. Porque de verdad hace más á su caso que le den el crédito que pretende que le deshace las misas que manda decir. Conviene luego hacer lo que en su canónica escrive San Juan (I Ioan, IV): que no creamos á cualquier espíritu, sino que provemos si es de partes de Dios ó del diablo, pues es verdad lo que dice el apóstol (I Cor., II): que el diablo se transfigura en ángel de luz.

La principal prueva destas apariciones está en la firmeza de la fe con que el hombre se encomienda á Dios y á la fe de la Iglesia, suplicando á Dios que le ayude y favorezca y no permita su misericordia que sea engañado. Demás desto, mirará si lo que le pide ó le informa es contra algún texto sagrado ó contra determinación de la Iglesia, ó, finalmente, si es contra la caridad del prójimo, porque entonces sería manifiesta ilusión del enemigo. También hará una parte de prueva en sí mismo si cognosce de sí que es curioso de saber

novedades, de saber las cosas del otro siglo, demás del cognoscimiento que dellas tiene por fe; si es medroso imaginativo; si quedó con sospecha de haver sido engaño la aparición, y, finalmente, si quedó asombrado y amedrentado, que todas estas son señales de encubiertos engaños.

Una cosa es notoria: que á la persona que está firme en la fe de la Iglesia no le han aparecido semejantes apariciones, porque así como el diablo no es poderoso para engañar á la Iglesia, así no le permite Dios que por esta vía ose llegar á los miembros fieles della, conforme á lo que dice el profeta David (Psal. XC): *Scuto circundabit te veritas ejus; non timebis a timore nocturno; a sagitta volante in die, a negocio perambulante intenebris; ab incursu et dœmonio meridiano.* O fiel cristiano, que te cevas de la fe de la Sancta Iglesia, la verdad é justicia de Nuestro Redemptor te ampatará con el escudo de los méritos de su pasión; no tendrás que ver con la desesperación del diablo; no te derribará la vanagloria; no te embaucarán los tráfagos deste mundo; no te trabucarán los desabrimientos, y, finalmente, no tendrá que ver contigo el demonio meridiano, que es el demonio que clara y abiertamente aparece, para traer á desesperación aquel á quien aparece, que es el hombre que ve el muy curioso de saber y ver novedades y de saber la que los diabológicos dicen ventura que por ellos ha de venir.

También se aparece á los muy rebeldes y desobedientes á sus padres, como apareció este año mil quinientos cuarenta y tres en Granada á un cierto mancebo que dicen que fué muy desobediente á su padre, y siguiólo tanto que le hizo que renegase del baptismo y se diese por su esclavo y lo firmase de su nombre. Al cual mancebo, después que fué sentenciado por la Sancta Inquisición de la dicha cibdad de Granada, fué puesto en un monesterio; ya no le aparece el diablo, porque es muy grande el temor que el diablo tiene á la Iglesia católica. En este mancebo devrían tomar ejemplo los hijos que son desobedientes á sus padres, para que no hagan por donde merezcan ser desamparados de Dios y ser dejados á las tentaciones del demonio meridiano, del cual, con todos los otros espirituales y corporales enemigos nos librará la fe católica que de Nuestro Redemptor Jesucristo tenemos, si con las obras evangélicas las confirmáremos.

CAPÍTULO VI

En que se resuelve el punto quinto.

Así como la ánima racional une y trava con su virtud vital todos los miembros del cuerpo humano, así la virtud de la caridad trava á todos los miembros fieles del cuerpo místico, que es la Iglesia católica; é así como todos los miembros participan del provecho de cada uno de los otros miembros del cuerpo, como vemos que la boca come por todos, y los ojos miran por todos, y las orejas oyen por todos, y los pies andan por todos, y las manos toman por todos, así de las buenas obras de cada uno de los fieles participan todos los que ayunta en un cuerpo místico la fe formada de caridad en la Iglesia militante de acá. Esto es lo que se cree por artículo de la fe en aquellas palabras del Credo: *Credo sanctorum communionem*; Creo la comunión y participación de los sacramentos eclesiásticos, de los cuales todos los que están en caridad participan.

Es tan grande el vínculo y atadura de la caridad, que no solamente ayunta los miembros fieles desta Iglesia, mas aun trava á los fieles desta Iglesia de acá con los sanctos del cielo; y pues llegó de un extremo á otro, razón es que no deje el medio sin atadura, que es el purgatorio, que es medio entre la clara visión de los que gozan de Dios en el cielo y entre la fe de los que en esta vida le tienen por gracia. Están ciertos y seguros de su salvación como los que están en el cielo y aún no ven á Dios, como no le ven los cristianos que están en la tierra. Y pues la jurisdición del sumo Pontífice, por virtud de las claves, subió tanto que llegó hasta el cielo, conforme es al favor de su potestad, que pues pasó de un extremo á otro, que es de la tierra al cielo, pase por el medio, que es el purgatorio, que aunque no sea medio en el sitio es medio en condición de personas, entre los que en esta vida caminan por fe y los que por clara visión gozan de Dios en el cielo, puesto que la jurisdición que tiene en el purgatorio no es por potestad autoritativa, como la tiene en la tierra, sino por vía sufragatoria, que es por los sufragios y socorros que por virtud de los méritos de la pasión de Cristo reparte como tesoros entre los que por no estar en el cielo se pueden aprovechar dellos. Que cierto es que así como Nuestro Redemptor mereció por

su pasión la absolución de nuestras culpas, así por la misma pasión nos mereció diminución de las penas. Y pues los del purgatorio tienen necesidad de ser socorridos, es cierto que no les negó Dios el socorro que aliviase las penas, pues en esta vida les socorrió contra el sumo mal de la culpa. Y porque todas las cosas de Dios son ordenadas, quiso que huviese un despensero de los socorros que á los suyos quiere hacer mientras no los tuviere consigo en su gloria. Luego, pues no sabemos que haya constituído algún despensero de la despensa del purgatorio fuera del Sumo Pontífice, á quien cometió los tesoros de su pasión y le dió tan cumplido poder que todo lo que ligase ó absolviese en la tierra fuese ligado ó absuelto en el cielo, de creer es que debajo de aquel poder entendió los sufragios con que por la misma virtud de su pasión pudiese socorrer á los que padecen en purgatorio, pues es cierto que por conformarse con la voluntad de Dios padecen de voluntad.

Este tesoro de los sufragios con que las ánimas de purgatorio son socorridas, estuvo tan guardado en la primitiva Iglesia cuan comunicado está ahora; porque la Iglesia no saca sus tesoros por curiosidad ni por hacer pompa dellos, como suelen hacer los que quieren pregonar la gala de sus riquezas; mas como es regida por Espíritu Sancto, sácalos en los tiempos de necesidad, y porque en la primitiva Iglesia eran cuasi todos tan buenos cristianos que su vida era una penitencia continua, porque se regían por los estatutos de los cánones penitenciales, no havía necesidad de descubrirles los sufragios de las indulgencias, porque demás que por la buena y cristiana vida no tenían necesidad dellos, pudiera ser que luego dende el principio se comenzaran á resfriar en las obras de caridad, si tuvieran ojo al perdón de las indulgencias.

Acuérdome aquí de lo que escrive Julio César en el primero libro de sus *Comentarios:* Que los helvecios, que ahora se dicen svizaros, cerca de Saboya, cuando determinaron de pasar á los sanctones dese cabo de la ciudad de Tolosa, quemaron todos sus pueblos y todo el trigo y alhajas que no pudieron llevar, porque al tiempo de la pelea no desmayasen con tener ojo y respecto al socorro de bolverse á su tierra si no venciesen á sus enemigos; luego bien parece que el remedio del socorro es ocasión de la flojedad y remisión de la pelea. Desta manera diremos que los cristianos se hacen vencidos y perezosos en la milicia cristiana cuando tienen ojo y respecto al socorro que saben que de fuera les ha de venir. Fué luego providencia de Dios que el tesoro de los sufragios de las indulgencias estuviese cerrado en la primitiva Iglesia, hasta que por haver crecido ya la malicia de los hombres fuese muy conveniente que poco á poco se fuese sacando, conforme á la necesidad que los hijos de la Iglesia, así en esta vida como en el purgatorio, tuviesen de ser socorridos del despensero mayor desta Iglesia de acá, que es el Sumo Pontífice. Y aunque, como afirman San Augustín en el libro *De cura pro mortuis* y San Juan Damasceno en el sermón *De suffragis,* los sufragios que por los defunctos se hacen tuvieron principio de la institución de los apóstoles dende San Pedro hasta San Gregorio primero, que fué el año de quinientos noventa y dos, se calló el tesoro de los perdones de indulgencias, y San Gregorio fué el primero que, entre otras cosas, concedió ciertas estaciones que se hacían en Roma.

Dijéronse *estaciones* deste participio *status* en latín, que se deriva deste verbo *sisto, is,* que quiere decir detener, porque eran como unas fiestas fijas en ciertos tiempos del año. Corrió el tiempo de estaciones para sufragios de vivos hasta que el Papa Juan XVIII deste nombre, que fué el 151 desde San Pedro el año de mil dos, aprovó la institución que veinte años antes havía hecho en Borgoña San Odilo, abad cluniacense, que fué el aniversario que se celebra cada año por las ánimas de purgatorio, otro día después de la fiesta de Todos los sanctos. Después, año mil trescientos, el Papa Bonifacio VIII, que fué el 202 desde San Pedro, instituyó el año del jubileo que se celebrase de cien en cien años. Después Clemente VI, que fué el 207 desde San Pedro, año de mil trescientos cuarenta y tres, instituyó que el jubileo se redujese de cincuenta en cincuenta años, hasta que el año de mil trescientos noventa el Papa Bonifacio IX fué tan liberal en la concesión de las indulgencias, que cada día las dava. Después, en el año de mil cuatrocientos setenta y cinco, Sixto IV, que fué el 220, le redujo de veinticinco en veinticinco años, y desde entonces acá se comenzaron á usar las indulgencias cuasi ordinariamente, especialmente desde el año de mil quinientos el Papa Ale-

jandro VI concedió jubileo y estaciones, no solamente en Roma, mas aun en muchos lugares, diciendo que era tanta la gente que acudía á Roma, que no se podían vadear; y en conceder perdones y estaciones fuera de Roma ahorróse á sí de trabajo y á la gente de costa y camino. Después acá así se alcanzan unos jubileos é unas indulgencias á otras como unos grandes pecados á otros, en cuyo remedio se dan.

Los sufragios y socorros con que podemos socorrer á las ánimas de purgatorio, porque son nuestros prójimos, son en cuatro diferencias, como de San Gregorio se trae en el decreto 13, quest. 2.ª El primero y más principal es el sacrificio de la misa. El segundo es la oración del que está en caridad. El tercero es la limosna. El cuarto es el ayuno. A éstos se allegan todos los otros, como vemos que á la misa se allega cualquier cosa que es dedicada al culto divino, á la oración los buenos deseos, á la limosna se allegan las obras de misericordia, al ayuno las penalidades que afligen al cuerpo.

Aquí es de notar que por eso los sufragios de los vivos aprovechan á los fieles defunctos, porque están unidos y travados con el vínculo de la caridad, como dijimos de los miembros del cuerpo. De aquí se infiere que no aprovechan á los dañados del infierno, y si San Juan Damasceno, en el sermón de los sufragios de los defunctos, escrive que por la oración de San Gregorio se salvó el emperador Trajano, diremos una de dos: ó que Trajano, por haver sido buen emperador, aunque gentil, no fué definitivamente sentenciado al infierno y que estuvo detenido hasta que Dios determinó que San Gregorio rogase por él, ó que, si estava en el infierno, no se salvó; porque es fe que en el infierno no hay redempción, é San Juan Damasceno refirió y no afirmó determinadamente que se salvó Trajano.

También es de notar que hay dos maneras de premios: uno el esencial y otro accidental. De aquí se sigue que ninguno puede merescer premio esencial para otro, si no es Cristo Nuestro Redemptor, el cual todo el mérito esencial que por su vida y muerte mereció le mereció para nosotros. Luego el que hace sufragios por los defunctos, solamente los hace para relevarlos de las penas de purgatorio y para aumento de la accidental, si está en el cielo.

De aquí se sigue cuán sustancial cosa es el testamento para el mérito esencial del que en caridad le ordena; porque entonces, demás del premio accidental de la relevación de la pena de purgatorio, respóndele grado de gloria perpetua en el cielo.

Desta se infiere otra conclusión: que más aprovecha al ánima del defuncto fiel una misa que estando en caridad mandó en su testamento ó de palabra que le dijesen, que mil misas que sin haverlo él mandado en testamento ó dicho de palabra le hiciesen decir sus albaceas y herederos. La razón es porque á la caridad en que por hacer culto divino á Dios mandó que le digesen una misa corresponde grado de gloria esencial; el cual grado tendrá perpetuamente en el cielo, y á las misas que sus albaceas le hicieren decir no le corresponde más de la quitación de pena de purgatorio ó de aumento de gloria accidental del placer que rescibe porque por su respeto se celebraron tantos sacrificios divinos. Por tanto, será un consejo muy saludable que todas las veces que el hombre se hallare dispuesto afirme y ratifique en su intención el testamento que huviere hecho ó el que entiende hacer, porque todas aquellas veces que así le confirmare é ratificare hace acto meritorio de gloria esencial. También será bien que diga en su intención, y aun por palabra, y aun en su testamento suplique á la divina misericordia que Dios acepte en sacrificio y en descuento de sus pecados todas las misas que, aunque expresamente él no las mandare celebrar, sus albaceas y herederos y amigos movidos de caridad le hiciesen decir; todas las oraciones y plegarias que por él dijeren, aunque no sea más sino en decir: Dios le perdone; todas las limosnas y obras de caridad que por él sus amigos y parientes é primos hicieren, porque con este cristiano aviso, demás del premio accidental que por las tales obras ganará, por la caridad con que previno á los tales sufragios, juntamente ganará premio de gloria especial.

De los sufragios que por los defunctos se suelen hacer, es claro que la misa es el principal de todos; que, aunque todos los sacramentos tienen virtud de suyo, sin que de partes del ofrescedor ó ministro se le pegue por la virtud del mismo ofrescedor ó ministro, la misa contiene virtualmente todos los sacramentos, y aun, porque juntamente es sacrifi-

cio, contiene en sí todos los sacrificios. Es sacramento en cuanto se toma y recibe como los otros sacramentos, y es sacrificio en cuanto se ofrece por la absolución de los pecados. De manera que tiene efecto de sacramento en el que le recibe sacramental ó espiritualmente, y efecto de sacrificio en el que le ofrece ó en aquellos por quien se ofrece. Por razón de ser sacramento mantiene las almas de los que le reciben en gracia, y por razón de ser sacrificio aplaca á Dios á quien se ofrece. Por cierto que es de condolernos del abuso de algunos presbíteros que tienen más ojo á la utilidad temporal que por parte de ser sacrificio les viene que á la suavidad que de parte de ser sacramento recibieran, si no estuviesen más aparejados á celebrar por el provecho temporal que por el mantenimiento sacramental de sus ánimas.

Cuanto al valor de la misa, es cierto que si miramos á la persona de Cristo que en ella se ofrece, es de infinito valor; mas si miramos en cuanto la misa es la satisfacción que por ella se hace, es de finito valor, porque finitamente acepta Dios el sacrificio de la misa. Por donde son de culpar los que se encargan de muchas misas y no dicen más de una, pensando que cumplen diciendo que la misa no tiene precio ni tasa, y en esto dicen verdad, así como la persona de Cristo que en la misa se ofrece ni tiene precio ni tasa; mas la aceptación con que Dios acepta la misa es la tasa de tanta ó tanta satisfacción. Por donde el que recibe pitanza ó limosna para decir dos misas y no dice más de una, queda obligado á decir la otra so pena de pecado mortal, en el cual incurrirán si no propusieren de celebrar la misa por la cual recibieron pitanza al tiempo que buenamente pudieren. Verdad sea que si el que encomienda las misas sabe que con una misa acostumbran á cumplir algunos, y con esto les da muchas misas, entonce se cumplirá lo que dice el refrán: no se hace injuria al que la entiende y la quiere.

También deven mirar los rectores de las iglesias que reciben limosna para decir misas, y ellos las encomiendan á clérigos pobres, dándoles menos de lo que para ellas recibieron, que son obligados á la restitución; pues no corre por la semejanza de los oficiales mecánicos, que suelen ganar con el trabajo de sus aprendices.

Demás de lo sobredicho, puede haver culpa en la tardanza de los albaceas, los cuales serán muy bien castigados de Dios por no cumplir en tiempo oportuno con los sufragios que mandó el testador, entre los cuales mandara que le tomen las bulas que se predicaren de defunctos, porque con esta manda, demás que ganará relevación de la pena, es cierto que merescerá grado de gloria por la caridad con que pide ser socorrido por los copiosísimos tesoros de la pasión sacratísima de Nuestro Redemptor Jesucristo, en cuya virtud es cierto que estriba el valor de las indulgencias. Conviene luego que todos, cada uno por su parte, hagan con diligencia el oficio de caridad, los testadores proveyéndose en tiempo en suplicar á Dios que acepte todos los sufragios que por él sus herederos y amigos hicieren, y los albaceas en cumplir con diligencia las mandas del testamento, para ejecución de las cuales considerarán que sus amigos están metidos en la cámara del tormento, y que allí les están dando muy mayores penas que ellos pueden imaginar, y como hombres acosados de los tormentos, que por no ser relevados en parte por los sufragios que ellos mandaron justamente padecen; dende aquella cámara de tormento les están dando boces diciendo (Job., XIX): *Miseremini mei, miseremini mei saltem vos, amici mei*; Tened agora compasión de mí siquiera vosotros mis herederos, que la ejecución de la justicia divina me está castigando. Por qué vosotros tan cruelmente os havéis conmigo? cómo la rigurosa justicia justamente me podría perseguir? No os basta que coméis del sudor de mis carnes y de la hacienda que yo os allegué, sino que aún eso poco que por mí os encomendé que hiciésedes tan sin piedad os lo retenéis? Pues acordaos de la sentencia de nuestro justo juez que dice (Math., VII, et Mar, IIII): Que por la misma medida que midiéredes á vuestros prójimos, por esa mesma os medirán á vosotros.

CAPÍTULO VII

En que se resuelve el punto sexto.

Dice Sant Gregorio en el cuarto libro de los *Diálogos*, que las pompas de los enterramientos más sirven de consuelo de los bivos que de socorro de los defunctos. De donde parece que alguna falta hacen los muertos á los bivos, pues las pompas de las obsequias han

de ser parte de su consuelo. Mas lo principal deste consuelo toma la sensualidad de la razón, y la razón lo cree á la fe, y la fe es la fiadora de lo que á los tesalonicenses escrive el apóstol (I Thes., IIII): No queremos, hermanos, que os entristezcáis por la muerte de vuestros parientes y amigos, como los gentiles, que no tienen esperanza de la resurrección. Porque si, como devemos, creemos que Jesucristo murió por nosotros y resucitó, así havemos de creer que Dios resucitará para la gloria á los que murieron en la fe de Jesucristo, en quien tienen y tendrán vida perpetua.

Primeramente nos dice la razón que, aunque el hombre tenga muchos miembros, no por eso es muchas personas. Dice la fe á la razón que por esta semejanza, aunque es verdad que hay muchos miembros en el cuerpo místico de la Iglesia, haga cuerpo por sí distincto de todo el universal cuerpo de la Iglesia católica. Antes se sigue que, así como los miembros con la cabeza juntamente con el ánima componen una persona, así los fieles juntamente con Cristo constituyen un cuerpo místico de la Iglesia, cuya cabeza es Nuestro Redemptor Jesucristo, y Nuestra Señora es el cuello entre la cabeza y el cuerpo, y todos los otros fieles son los miembros, de los cuales, porque no se terminan con cierto tiempo y lugar, está parte en el cielo y parte en el purgatorio y parte en la tierra.

De aquí se sigue que, pues Cristo no es menos cabeza de la Iglesia militante de acá que de la triunfante del cielo, que en su manera de hablar se dice que, aunque ya Cristo no padece en su persona, aun todavía durante el siglo padece en los miembros de la Iglesia militante de acá. Por esta razón con que se dice que la cabeza padece en sus miembros, dijo Cristo á Sant Pablo antes que se convertiese (Act., IX): *Saule, Saule, quid me persequeris?* Oh, Saulo, Saulo, por qué me persigues? Cierto es que no perseguía Sant Pablo á la misma persona de Cristo, mas á los miembros de Cristo, que son los cristianos, la persecución de los cuales ha de durar todo lo que durare el siglo. Esta persecución con que los miembros son perseguidos se dice pasión. La pasión ó persecución se considera en una de dos maneras: ó se entiende pasión personal de la cabeza, que es Cristo, ó se entiende pasión total y entera de la cabeza y los miembros. La pasión personal de Cristo, en cuanto cabeza de la Iglesia, ya es cumplida y acabada con toda la perfección que á la tal pasión fué necesaria; mas la pasión total que se deve padecer en los miembros del cuerpo místico desta Iglesia militante de acá aun no está cumplida, porque cada día y cada hora se va cumpliendo en los miembros particulares del cuerpo místico, cada uno de los cuales cumple por su parte lo que falta ó podría faltar en él para acabar de cumplir la total pasión de la cabeza y juntamente de los miembros. De adonde se sigue que el que no cumpliere por su parte lo que le cabe de padecer, para que no falte por él en aquella partecilla que devía para el cumplimiento de la pasión total del cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, no se puede salvar de la ley ordenada, porque no tomó á sus cuestas la cruz que á el le cabía de padecer por los pasos é vías y condición de estado por donde Dios le guió. Por eso, exhortando el apóstol á los collosenses (Colos., VII), para que ellos por su parte quisiesen cumplir lo que faltava en ellos para la total pasión de los miembros del cuerpo místico, dijo estas palabras: *Adimpleo ea, quæ desunt passionum Christi in carne mea pro corpore eius quod est ecclesia;* Cumplo las cosas que en mi carne estavan por cumplir de las pasiones de Cristo; y esto por cumplir con lo que de mis particulares pasiones devo al cuerpo místico que es la Iglesia.

Dijo pasiones en el número plural, porque son muchos los miembros que deven padescer sus particulares pasiones. ¡Y aunque de parte de la cabeza, que es Cristo, esté la pasión suma y perfectísimamente acabada, de parte de los miembros puede haver falta, y de hecho la hay todo el tiempo que no han tomado su cruz para cumplir lo que deven á la pasión total de todo el cuerpo, como vemos que cada miembro del cuerpo humano deve su particular oficio á todos los otros. Que aunque por la coligancia que tienen con su cabeza, Cristo, participan de las noblezas y excelencias de Cristo, porque se dicen hijos de Dios adoptivos y coherederos de Cristo y sacerdotes y reyes por virtud de la coligancia que entre sí tienen, cada uno dellos deve estar solícito y padescer para el provecho de todos los otros. Pues cómo dirá que cumple en su carne lo que deve cumplir de las pasiones de Cristo el que no se quiere sellar con la imagen de la pasión de su cabeza, sino con la

imagen de César, que son las leyes del mundo? Cómo se conformará con su cabeza el miembro que quiere vivir en deleite, riqueza y descanso, viendo que Cristo su cabeza canonizó con su vida y pasión la pena, pobreza y trabajo?

No le aprovecha más al cristiano el nombre de cristiano, sin las obras por el tal nombre significadas. que aprovecharían las letras deste vocablo pan al hambriento. Y reirnos híamos, y con mucha razón, del hombre hambriento y sediento y muerte de frío, si le viésemos que para hartarse atestase la boca destos vocablos: pan, vino y carne; y para vestirse guarneciese sus miembros desnudos destos vocablos: camisa, jubón, sayo, chamarra, y no echamos de ver á los que presumen hartar la hambre y sed que tienen de Dios con sólo el nombre de cristianos engastonado en tetrarcas y reyes vándalos, godos y doce Pares, queriendo desleir las leyes del reino de Dios con la zupia de las leyes del mundo, sellados de la imagen de César; que así como quiere decir hombre cortado, así ellos con las obras se cortan de la unión del cuerpo místico, presumiendo de hacer caudal de su YO. Siendo cierto que si fuera del YO de Dios huviera de haver algún YO, havía de ser el YO de la humanidad de Cristo, si fuera persona por sí; y pues aquella humanidad sacratísima no tiene YO de persona, porque está personada en la persona del Verbo divino, que, como dice el apóstol, fué oído del Padre eterno por su reverencia delante de la divinidad, que la tomó en unidad de persona, que en lugar de cortesía é acatamiento que á la divinidad hizo, se quitó el YO de la persona que fuera, si no fuera supositada y personada en el Verbo divino. Y con toda esta reverencia que la humanidad hace á la divinidad, hay algunos miembros que presumen tanto de y de su YO, que en este mundo se tienen por más honrados por ser de la imagen de César que de la imagen de Dios; pues confesando á Dios de palabra, por cumplir con el mundo le niegan por obras, no por más sino por estar desasidos de las leyes de Dios é muy reliatados á las leyes del mundo. Duéleles y no saben dónde; están descontentos y no atinan de qué; hállanse tristes, y por no caer en la cuenta sus quejas dan muy avieso del Banco.

Acuérdome aquí de lo que dijo un día Atanasio, el menor de los hijos de casa. Dióle un dolor de ijada, y él, como era tan niño, no sabía qué cosa era ijada, y después de haverse hartado de llorar y de decir: ay que me duele, ay que me duele, dijo con un gran descuido á su madre: Señora, adónde me duele, que me duele mucho? Por cierto que somos algunos tan primerizos en los verdaderos dolores, que devríamos preguntar á la Iglesia, nuestra piadosa madre: Señora, adónde nos duele, que nos duele mucho? A cada uno de nosotros nos duele la culpa, aunque no la sentimos, y somos tan niños en atinar al verdadero dolor, que nos pensamos que nos duele la necesidad y la falta que nos hará la ausencia de nuestros defunctos. Otros pensamos que nos duele la injuria y deshonra. Otros echamos el dolor á los ojos de los miradores, pensando que si no hacemos el planto de Jeremías por nuestros defunctos, juzgarán y dirán de nosotros que no sentimos la muerte, ó que disimulamos lo que querríamos; y no miramos que nos duele la culpa por tener más ojo á la presencia del hombre que á la providencia de Dios. No miramos que dice Dios por Jeremías que es maldito el hombre que confía del hombre y hace á la carne su amparo. De verdad, si tuviésemos la confianza de Dios que cristianamente devemos, con la necesidad havía de creeer nuestra confianza y creer que no hace el hombre falta á quien le queda Dios; y quédale Dios al que se confía de Dios; y confíase de Dios el que cree la providencia de Dios; y cree la providencia de Dios el que toma por mercedes de Dios todos los males de pena que Dios le envía; pues cree que El es sumo poder y el sumo saber y la suma bondad, que puede y sabe é quiere guiarle por el camino que más le conviene para salvarle; y puesto en esta conformidad, como no le duele la culpa, no solamente no tiene de qué quejarse, mas aun nunca sabe acabar de dar gracias á Dios por las mercedes que le envía, á manera del santo Job, que tan serenamente dava gracias á Dios de la tribulación como de la prosperidad.

Este tal, en el sentido moral, es bienaventurado varón que se ejercita en la ley del Señor de día y de noche; conviene á saber, no menos de noche en el tiempo de la adversidad que de día en el tiempo de prosperidad. Es tan grande el tesoro que se esconde en la cruz, que dijo el apóstol: Nunca permita Dios que yo me glorie fuera de la cruz de mi Señor

Jesucristo. Por eso ruega la Iglesia que los que se honran con la honra de la cruz que Dios los ampare con ella.

Qué más diré, sino que es tan eminente el fructo que de la cruz verdadera se saca que porque Dios no puede morir en forma de Dios tomó forma de hombre para morir muerte de cruz y mostrarnos con su cruz cómo nosotros haviamos de llevar nuestras cruces. Y así como él con una misma cruz padesció en su persona y se compadeció de sus miembros, así quiere que nosotros, con nuestras cruces, padezcamos en nuestras personas y nos compadezcamos de nuestros miembros, que son nuestros prójimos; porque si solamente padecemos sin compadecernos de nuestros prójimos, nuestra pasión sería infructuosa, porque sería pasión de la imagen de César, cortada y destravada de la unión de la cabeza y los miembros. Que cierto es que el que de tal manera padece sus penas, que juntamente no se compadece de los males del prójimo, guardando la devida orden de caridad, éste tal parece sin caridad y, por consiguiente, no es meritoria la tal pasión.

Vístase el verdadero cristiano, en cuanto pudiere, de una consideración espiritual y contemple á Nuestro Redemptor Jesucristo en los pasos de la pasión, en el agonía del huerto, en casa de Caifás y en casa de Pilatos, en las calles de Jerusalém con el tropel de gente y, finalmente, contémplele puesto en la cruz. Destos pasos suba la consideración á las entrañas abiertas de caridad con que Nuestro Redemptor, con sus pasión acerbísima, nos iva comprando de la servidumbre del sumo mal de la culpa. Contemple cuán grande era el amor que á cada uno de nosotros tenía, pues en el golfo de las pasiones que por nosotros padecía como si estuviera en descanso, decía (Prov., VIII): *Delitiæ meæ esse cum filiis hominum;* Mis pasatiempos y recreaciones son conversar con los hombres, por el rescate de cuya vida, pues él quiso poner la suya, de creer es que estima Dios mucho el amor con que ordenadamente amamos al prójimo por Dios, que es amar á Dios en el prójimo, como el que ama la arca de su tesoro es cierto que la ama por el tesoro; porque entre todas las cosas que significan á Dios, la que más propiamente, ó por mejor decir la que menos impropiamente le significa, es el prójimo, en quien Dios, como en letra, se representa; porque más vocablos son las cosas para significar á Dios que son los vocablos para significar las cosas que fuera de sus letras y sílabas significan. Por donde es mucha razón que nos movamos más á compasión por la coligancia de la caridad que hay de un prójimo á otro en cuanto se representa Dios en el prójimo, que por sólo el título de amigo, pariente ó pérdida de hacienda, si junto con este título no nos moviese principalmente la orden de caridad. En lo demás, así de parte del defuncto como de parte nuestra, fiémonos de Dios, que á él le hará merced de la gloria y á nosotros nos hará mercedes cumplidas y suplirá nuestras faltas espirituales y temporales.

Piadosamente se puede tener que muchas ánimas van al cielo dende sus cuerpos sin pasar por penas de purgatorio, porque muchas parten de acá en gracia y sin deuda de satisfacción temporal, y Dios disimula con las tales ánimas, sin hacer en su muerte por ellas lo que en tiempo de los mártires hacía, que es aprovar con milagros la vida de los que con su vida y muerte dieron testimonio de la fe que profesaron. Las causas porque disimula Dios con los sanctos que mueren en su Iglesia en estos novísimos tiempos Dios las sabe, y el día del juicio las revelará á sus escogidos. Alguna de las que acá podemos piadosamente deletrear son que, pues el Martirologio es muestra de los sanctos que están en el cielo, no se han de poner todos los sanctos por muestra, y vemos que un ramo pendiente es muestra de todo cuanto vino en la casa en donde está pendiente se vende; y pues ya está lleno el Martirologio, que es el catálogo de los testigos de la fe de Cristo que profesaron, no hay necesidad de más muestra.

Otra causa será por contenernos Dios en el oficio de caridad que con los defunctos hacemos, el cual oficio cesaría con los milagros si fuesen tan ordinarios como son los justos que cada día pasan desta vida á la otra. Porque viendo los hombres que á menudo se tañían las campanas por unos y no por otros, pensarían que aquel por quien se hacía el milagro no tendría necesidad de misas, como leemos que, celebrando una misa de *Requiem* por el ánima de Sancto Tomás, arzobispo de Conturbel, en Inglaterra, cantaron los ángeles *Lætabitur justus in Domino.* Esto es, conforme á lo que dice Sant Augustín: Que hace injuria al mártir el que ruega por el mártir. De mane-

ra que por esta vía cesarían las misas de *Requiem* por los defunctos.

También cesaría por la vía de aquellos por quien no se hiciesen milagros, que viendo los hombres la continuación de los milagros de unos y el silencio y disimulación de los otros, podrían pensar que, pues los milagros eran tan ordinarios como los justos, que sin deuda desta vida partían, que aquellos se condenavan por quien no se hacían milagros, especialmente si la mala vida que dellos se cognosciese fortificase la tal opinión, y, por consiguiente, pensarían que por demás sería decir misas por ellos. Y desta manera de poco en poco vendrían á cesar las misas de los fieles defunctos, y con ellas cesarían las bulas y limosnas y otros semejantes sufragios. Es luego providencia de Dios contenernos en un oficio tan piadoso como es rogar por nuestros defunctos; porque por mucho que ellos ganen por nuestros sufragios, es mucho más lo que nosotros ganamos, que es el mérito esencial de la caridad con que á hacer bien á nuestros prójimos por amor de Dios nos movemos.

La tercera causa será, porque así como arguye flaqueza de virtud corporal el ajarave que toma el enfermo, así diríamos que en alguna manera se argüiría la flaqueza espiritual de la fe si con cuasi ordinarios milagros se huviese de sustentar. Y es cierto que si los hombres viesen que Dios visiblemente aprovava la vida de los fieles que desta vida partían al cielo, tendrían una cuasi experiencia de la fe que creían, y entonces tanto se les disminuiría del mérito de la fe cuanto creciese la confirmación que por el milagro adquiriesen. Especialmente, que ya que los milagros ayuden algo, no han de ser la causa de quien es efecto, y el milagro en tanto aprovecha al cristiano en cuanto es creído, el cual sería infrutuoso al que no le creyese por tal. Por donde no puede ser engendrador de fe el que ha de ser conoscido por fe, cuales son los milagros que nos autoriza la escriptura sagrada y la determinación de la Iglesia, á los cuales hará cuenta que se halló presente el cristiano que con firme fe los creyere.

La cuarta causa será por quitarnos Dios la ocasión del juicio temerario, que si con no hacerse milagros por unos se juntase la mala vida pasada de aquéllos, podría ser que juzgásemos que era del número de los condenados, lo cual no podríamos determinadamente juzgar sin pecado; porque demás que en la tal determinación usurparíamos el oficio de Cristo (Joan., V), juez universal de los bivos y de los muertos, á quien el Padre eterno dió todo el juicio, haríamos mal de juzgar lo que no devríamos ni podríamos juzgar. Confiémonos luego de Dios, así por nuestra parte, que suplirá las faltas del hombre que al parecer con su ausencia nos hace falta, como por parte de nuestros defunctos, esperando de Dios que los tendrá en su gloria ó cerca della en el purgatorio; de cuyas penas con nuestros sufragios ligeramente devemos procurar de librar, ofreciéndolos en virtud de la mayor ofrenda del mundo, que es la pasión copiosísima de Nuestro Redemptor Jesucristo, á quien para imponernos á ofrecer nuestra vida y nuestra muerte, dende el sentimiento de nuestros parientes é amigos le encomenzamos á ofrecer nuestra muerte, para por medio della ir á participar de su vida.

FIN DEL ÚLTIMO PUNTO

CAPÍTULO VIII

De una particular declaración de algunos vocablos que en el presente libro del tránsito por diversos capítulos están esparcidos.

Demás de la breve resolución de los seis punctos del tránsito, hay algunos vocablos que en diversos capítulos están esparcidos, los cuales por evitar la prolijidad de remitir á los capítulos en que se hallan, brevemente se tocarán por la orden del a b c. Entre los cuales hay algunos que, aunque parece al vulgo ser claros, hallarán que tienen más en lo interior que en lo que muestran de fuera los que quisieren desembolver la etimología é derivación de las fuentes de donde como arroyos descienden.

Por cierto que, aunque la derivación de los vocablos á cada uno en su lengua parece cosa tan clara que no tenga necesidad de declaración, que se excusasen muchas rebueltas de pleitos en las repúblicas si estuviesen por ley tasadas é limitadas las significaciones de los vocablos. Verdad es que en ley de Partida están señaladas algunas significaciones, mas bien parece cuán pocas sean por las muchas trapazas que cada día se levantan de pleitos, los cuales serían excusados si todos estuvieran registrados por ley.

Déjome aquí de decir cuánto bien sería para la salud de los hombres que los nombres griegos y latinos de las yervas, árboles, reptiles, animales, peces, aves é piedras fuesen conocidos y registrados por los nombres vulgares que en el romance se usan.

A

ACOSTAR se deriva de *costa*. De adonde parece que el proprio acostar ni ha de ser de espaldas ni de barriga, sino de costado derecho ó izquierdo.

ADARAME es nombre griego que significa peso de una dobla. El vulgo, demás de la corrupción de *drachma*, le antepuso una *a*.

ADREDE es adverbio castellano de dos palabras latinas *ad retro*, que querrán decir ir hacia atrás á porfía.

AHITO viene de latín *fastidito*.

ALÍCUOTA PARTE es la que tomada muchas veces iguala con el todo; como decimos que el número de seis tiene por alícuota la unidad, porque seis unidades hacen seis, y tiene el dos, porque tres doses hacen el seis, y tiene el tres, porque dos tres componen el seis. El número de siete no tiene más de la unidad por parte alícuota, porque no tiene más división de siete veces una.

ALMONEDA quiere decir *alia moneta*, que es puja de otra moneda sobre lo que otro da.

ALMUERZO compónese de *alius* y de *morsus*, que quiere decir otro bocado, porque la comida antigua era sola una, que se decía cena, á las tres después de medio día; y por vía de medicina se tomava una poca cosa á medio día, que se decía merienda; por eso (según escrive Tulio en el quinto libro de las *Tusculanas*) escrivió Platón á los amigos del rey Dión, rey de Zaragoza de Cicilia, que Sicilia era tierra de monstros, porque se hartavan los sicilianos dos veces al día. De aquella licencia de comer dos veces tomaron otro bocado luego por la mañana, y de *alius morsus* quedó almuerzo. El cual reprehende Isaías en el capítulo V.

ALNADO se compone de *alius* y de *natus*, que quiere decir hijo ajeno.

ALQUILAR se compone de *alius* y de *qui* y de *illa* y *habet:* quiere decir *alius qui illam habet*, que es otro que la habita; conviene á saber, la casa ajena: *he*, *has*, *ha*, es *habeo* por tener.

ALVA, de *alba*, por blanca, quiere decir luz clara.

ANALES son las historias que se recuentan por sucesión de años.

ANATAS se deriva de *años:* son los frutos de un año de la renta eclesiástica.

ANCIANO es cristiano que está cano en la barba, ó *anticuo*, porque es hombre antiguo.

ANTECEDENTE es la preposición que precede á la conclusión, como diciendo: Hay mundo, luego hay Dios.

ANTIFONA, luenga la penúltima, no antífona, quiere decir *mutuus cantus*, canto retornado, cuando en el canto responden todos lo que uno dice, así en el coro como en el corro.

ANTIPODIO se compone de *ante* y *post*, porque en las sumptuosas comidas se da fruta de ante y fruta de postre.

ANTONOMASIA quiere decir nombre por excelencia, como diciendo sabio, entendiendo á Salomón, y por el filósofo, entendiendo á Aristóteles.

APÓLOGO es un razonamiento fingido, en que por figuras entendemos lo que pasa ó deve pasar entre los hombres.

ARDID se deriva de *ardeo*, porque el ardid es una apresurada astucia.

AREOPAGITAS eran los regidores de Atenas, nombrados de la casa de su ayuntamiento, que en griego se dijo *areopagus*, que quiere decir el pago del Marte; porque aunque los atenienses se davan mucho á las letras, no querían olvidar las armas, y Marte tenían los gentiles por la deidad de las batallas.

ARREMANGAR ó *retromangar* quiere decir atar las mangas atrás.

ARTE HERÁLDICA, es la arte de las armas é insignias que sucedieron en lugar de las imágenes. La nobleza de los antiguos estava en tener muchas imágenes en los azaguanes de casa, en que cada uno ponía en alto las imágenes de sus antepasados. Después, esta nobleza pasó en las letras reales de las hazañas de cada uno. En diversas naciones huvo diversas maneras de nobleza, como lo escrive Pogio Florentino en un libro que intituló *De nobilitate;* Arnoldo de Zalaing, en una carta que escrivió á Paulo Baenst, rector de Pavía, escrive que el vulgo de los franceses llama heraldos á los que

en Castilla decimos reyes de armas, cuyo oficio es conoscer el linaje y la nobleza y la honra de los príncipes, y las insignias y armas de las familias, que en vulgar decimos linajes, porque éstos eran obligados á saber las hazañas virtuosas é torpes de todos los hombres de cuenta. Fué éste un linaje de hombres tan libre en Francia, que tan seguros estavan en guerra como en tiempo de paz. Eran tan exentos de jurisdición, que los príncipes, como discípulos, estavan subjetos á su castigo, que públicamente los reprehendían cuando hacían cosa fuera de su nobleza. Y porque estos reyes darmas se dijeron en lengua francesa heraldos, por eso el arte de las armas é insignias se dijo arte heráldica, no deste nombre *heros,* por hombre insigne, como pensó Silvio Eneas. El que quisiere ver esta carta buelta de lengua francesa en lengua latina por Rodolfo Agrícola, la hallará en el libro II de la *Historia de los duques de Bravancia,* que escrivió Adriano Barlando.

ARTE MÁGICA es arte de sabios. Esta es de dos maneras: una se dice oculta filosofía, que es esciencia de secretos naturales, y otra es supersticiosa, con pacto oculto con el diablo. Apenas hay escritor de la primera, que es buena, sin que mezcle algo de la segunda; y por eso es mejor ni leer la una ni la otra: que más daño pueden hacer los libros de oculta filosofía de Cornelio Agripa, que provecho con lo natural.

ARTES LIBERALES son siete: Gramática, Retórica, Lógica, Aritmética é su hija la Música, Geometría y su hija la Perspectiva. Dícense liberales, no de *liber, a, um,* por cosa libre, porque sean dignas de hombre libre, que desta manera la Astronomía y Filosofía y Metafísica y Cosmografía con sus hermanas fueran artes liberales, que de verdad son dignas de hombre libre y no de esclavo. Mas dícense liberales deste nombre *liberi, liberorum,* que en latín quiere decir hijos, porque estas siete son dignas de ser aprendidas en la edad filial, que es edad de estudiante, porque en la edad de razón tenga el juicio abierto para penetrar las esciencias más altas. Luego tanto querrá decir liberales como artes de hijos que se aprenden en la edad filial.

ASFALTE es un betumen á manera de ovas, que anda sobre la agua del Mar Muerto, que es la balsa cerca de Sodoma y Gomorra, adonde descarga el río Jordán en Siria, que ahora se dice Suria, de donde vinieron las ciruelas nombradas de Siria y por disminución Siriola y de ahí ciruela.

ASTROLOGÍA difiere de la Astronomía, que la Astronomía es esciencia cierta y verdadera, la astrología falta muchas veces, porque funda sobre los efectos no pasados, los cuales son inciertos, por la incertidumbre de la elemental disposición. A los animales brutos pégales de lleno en lleno, porque todos son puros cuerpos, mas á los hombres no les coge más de á soslayo, porque no tiene que ver el movimiento del cielo con el ánima racional, que el cuerpo no puede hacer sus efectos en el espíritu. Y de aquí parecen los desvaríos de los astrólogos cuando echan juicio sobre las personas. En verdad que es providencia de Dios que falte la Astrología, porque si siempre acertara dejaran los hombres curiosos de creer lo que les predicara la fe por creer lo que les prometiera la Astrología.

ATAUD es vocablo arávigo.

B

BACHILLER quiere decir poeta coronado de laurel: dícese de *baccalaureus,* y *bacca* significa las manzanas del laurel, las cuales entretejían los antiguos de tal manera en sus aguirnaldas que estuviesen pendientes como cascaveles.

BAJILLA es, por corrupción de letras, diminutivo de vasija, y vasija se deriva de *vas,* por el vaso. Ahora se dice bajilla porque hace abajar la consciencia del que la tiene y no remedia con ella la necesidad de los pobres.

BARATO viene de *parato,* que quiere decir precio que fácilmente está aparejado para comprar la cosa que vale barato.

BATALLA se compone deste verbo *batuo,* que quiere decir batir, y deste nombre *alia,* que querrá deciar batir las cosas que nos son contrarias.

BATERÍA se dice del mismo verbo, que quiere decir batir.

BELFEGOR se llamó el becerro que los judíos hundieron como campana, hecho de las manillas y ajorcas y pinjantes de sus mujeres; porque pensando que Moisés no descendie-

ra más del monte Siná, acordaron de idolatrar á manera de los egipcios. Y porque la mayor deidad que los egipcios tenían era un becerro que ellos decían Apis, por eso los hebreos, queriendo tener algún Dios á quien adorasen, pensaron, que pues Moisés no venía á darles la ley que les havía prometido, que no havría otro mejor Dios que el que los egipcios, con quien ellos tanto tiempo havían conversado, tenían por el mayor de sus dioses. Qué sea la causa desto (escrive Luciano en el *Diálogo de Astrologia*) que los egipcios, como eran grandes astrólogos, por honrar al signo de Tauro, que era de figura de becerro, al cual signo estava subjeta la tierra de Egipto, por eso honravan al Apis, que era el becerro por su mayor deidad; de donde no sin causa mandó Dios en el XVII del *Deuteronomio* que el que adorase la milicia del cielo, que son las figuras que hay en el cielo, fuese echado de la ciudad y apedreado; y en el capítulo XVII del IV de los *Reyes* reprehende Dios al pueblo de Israel, diciéndole que tomaron las idolatrías de las gentes comarcanas, y que adoraron la milicia del cielo é hicieron dos becerros que juntamente adoraron. Y Isaías en el cap. XXIIII dice que castigará Dios á los que tuvieren la idolatría de la milicia del cielo. Por esta causa, salvo siempre el mejor juicio, entenderemos que las imágenes que Dios vedó en el templo no fueron imágenes de personas, porque después de su pasión havía de haver imagen de Crucifijo y de Nuestra Señora y de los otros sanctos; mas entenderemos que vedó las imágenes de la milicia del cielo y las imágenes de los inmundos animales que adoravan los egipcios y las otras gentes bestiales. Esta sentencia se sacará de las palabras del texto que en el capítulo XX del *Exodo* dice así: *Non facies tibi sculptile, neque omnem similitudinem quœ est in cœlo desuper, et quœ in terra deorsum, nec eorum quœ sunt in aquis sub terra.* A donde por la semejanza del cielo entenderemos la milicia de las imágenes que havemos dicho; por la de la tierra entenderemos los animales que adoravan los egipcios, de los cuales escrivió Juvenal la catorce sátira; por la semejanza de las aguas entenderemos los peces, porque los sirios adoravan los peces. Y aunque este sentido sea el principal, no se excluye otro menos principal de las imágenes de los muertos, como se escrive en el XIIII capítulo de la *Sapiencia*; que entristeciéndose el padre por la muerte de su hijo, hizo una estatua á su semejanza é hízole adorar á sus siervos. Y de ahí tuvo origen la idolatría, como extendidamente lo cuenta allí el texto; mas todavía entenderemos que principalmente se vedan en el *Exodo* las imágenes de la milicia y figuras de estrellas que hay en el cielo, como los hebreos lo hicieron resabiados de la idolatría de los egipcios; como lo escrive Ecequiel en el capítulo XXIII.

BIENES CASTRENSES son los bienes que se ganan de buena guerra, cuyo lugar en latín se dice *castrum;* porque los soldados havían de ser tan castos como si estuvieran castrados, como escrive Vegecio. De verdad que fué buen aviso este de los antiguos guerreadores, porque más minuye las fuerzas un acto de lujuria que la falta de un miembro, como vemos que mucho más se menoscaba la virtud del árbol con pequeño daño de la raíz que con cortalle una rama.

BLANKA es nombre gótico y escríbese acerca dellos con *k*: con mejor nombre la dijéramos *prieta*, como dice Marcial, *moneta nigra*. Mas en el tiempo que se usavan las blancas de plata se llamavan blancas por la color. Ahora sucedieron las negras de cobre en su uso, y quedóles el nombre de blancas, como al ayuno quedó nombre de la vigilia, en quien tal ayuno sucedió.

BORNÍ es una de las siete diferencias de halcones que ve más que todos los otros. Las excelencias de los cuales son éstas: cuerpo y cola de jerifalte y alas de neblí, presa y garra de sacre, corazón de baharí, seguridau de alfanaque é irriza de taragote y la vista de borní.

BULLA no es la indulgencia ni el papel en que se escrive, sino el sello de plomo que viene pendiente de la bulla; tómase el sello por la misma indulgencia. Ascanio Pediano dice que bulla era la que traían al cuello los niños. No acertó Polidoro Vergilio, que en el segundo capítulo del VIII libro *De invent.* dice que bulla se havía de escrivir con una l, pensando que se derivaba de *buli,* que en griego quiere decir consejo é concilio.

C

CAPELLANÍA viene de *capellán*, y *capellán* de *capilla*; é *capilla* es diminutivo de *capa*, porque todo el cuerpo de la Iglesia se imagina estar cubierto con una capa, y la capilla se compara á la capilla de la capa. En latín se dice *sacellam* la capilla y *sacellanus* el capellán.

CARA es nombre griego; lo mismo significa en griego que en romance.

CARNES TOLLENDAS quiere decir privación de carnes; y á esa causa se corren los gallos, que son muy lascivos, para significar la lujuria que deve ser reprimida en todo tiempo y especial en Cuaresma, conforme á lo que en el segundo capítulo escrive el profeta Joel: Salga de su cama el esposo y la esposa de su tálamo.

CATARATA es la ruptura de las nuves.

CAUDAL no viene de *cauda*, por la cola, sino de *capital*.

CAUSA SEGUNDA es la que particularmente concurre á la producción del efecto, y Dios es la causa primera, porque universalmente concurre con todas las causas.

CENSORES eran los públicos visitadores del pueblo romano. Estos examinavan las costumbres públicas y la crianza de los hijos y castigavan á los baldíos.

CEPO se deriva de *cepi*, pretérito de *capio*, por tomar, porque el cepo tiene presas las personas y los dineros, aunque son diversos instrumentos.

CHANCILLAR es rayar la escriptura, como hace el chanciller; derívase de *cancellus*, por reja, porque hace el chanciller las rayas de la escriptura que tiesta con rayas á manera de rejas.

CHIMERIZAR AL ROMANO quiere decir pintar bestiones sin cierta proporción de miembros, porque los antiguos pintaron así la chimera que decía habitava en el monte Chimera que está en Licia. De aquí se dijo la cimera de los almetes, porque devaneavan los que llevan la chimera en sus invenciones. Las chimeras vanas de Propercio y de Catulo y Tibulo con sus compañeros son los requiebros y encarecimientos de hablar de sus amasias, con los cuales viven de día en sus charlatanerías y de noche con Marcial, que fué el poeta más sucio que más torpedades escribió de los latinos.

CIZANIA es nombre bárbaro: está en el plural como leña de ligna; quiere decir en latín *Colio* y en romance neguilla, y por esa semejanza se toma cizania por lo que en romance decimos cizaña, que es la discordia que rompe la paz. Es tan aborrescible el cizañador, que de siete cosas que dice el sabio Salomón (Prov., VI) que aborresce el Señor, la séptima dice que es abominable delante de Dios, y es el que mete discordias entre los prójimos; porque así como se llaman hijos de Dios los pacíficos, así, por el contrario, se dirán hijos del diablo los que encienden las discordias. Hay otra especie de cizaña que no es tan mala como la que mete discordia entre los prójimos; ésta es la que mete discordia entre las virtudes de un mismo prójimo; ésta no es tan mala como la primera. Desta tenemos licencia evangélica para soportalla en alguna manera, por no arrancar el trigo juntamente con ella hasta que crezca y se arranque por sí, y se vea el mal que estava encubierto debajo de yerva. En esta especie cizania podremos notar que todas las tachas y faltas que en nuestros prójimos conoscemos, son una cizania que nasce entre las virtudes de nuestros prójimos, las cuales no se han de arrancar hasta que crezcan; quiere decir, que con razón se deven quitar cuando el prójimo fuere metido por razón, que entonces se dirá que crece la cizaña cuando el que la tiene claramente paresciere cizaña, y cuando por tal la tuviere, fácil será de arrancar; mas cuando estuviere en yerva, debajo de algún color se puede esconder, como hace la superstición, que muchas veces se esconde debajo de manto de religión. Pongamos ejemplo: hay algunos que dicen que han visto y hablado á un hombre que ellos llaman Juan, devoto á Dios; é dicen é afirman que es un hombre que siempre bive, dende Cristo Nuestro Redemptor acá. Afirmóse esta cizania tanto en el principio de la predicación evangélica, que hasta los más encumbrados discípulos la dijeron. Este hombre que el vulgo llama Juan, devoto á Dios, es San Juan Evangelista. Dicen devoto á Dios, por decir devoto y amado de Dios; porque el mismo San Juan dice que era el discípulo amado que amava Jesús, y por consiguiente San Juan era muy devoto de Dios. Dice el chiste que no muere, por-

que preguntando San Pedro á Nuestro Redemptor si San Juan le havía de seguir en el martirio, respondió Nuestro Redemptor: qué tienes tú que ver en el martirio de Juan? si yo quiero que quede así como está hasta que yo venga, qué se te da á ti? Sígueme tú y haz lo que yo te digo y no tengas que ver con Juan. Dice allí el mismo San Juan, que esta respuesta de Cristo luego fué de boca en boca entre los hermanos, que decían unos á otros: No sabéis, nuestro Maestro dice que el discípulo su amado no muere? Aunque nuestro Maestro no dijo no muere, sino si quiero que quede hasta que yo venga, qué se te da á ti? Pedro, sígueme tú á mí, etc. De aquí se divulgó la habla de unos en otros, hasta que dió consigo en el vulgaje de las aldeas. Estas y otras semejantes credulidades hanse de arrancar con discreción de oportunidad y tiempo y sazón. Otras tachas particulares, que en personas particulares cognocemos, recompensémoslas con las virtudes, que, en fin fin, si mi prójimo es cristiano, algún trigo tiene que no lo sé yo; soportemos alguna tachuela por amor del trigo hasta que crezca el trigo y la cizaña, y cada cosa se arranque por sí, y cada uno soporte las pesadumbres del prójimo hasta que buenamente venga la maduración del trigo, y con ella se conozca la discordia de la cizaña. Porque una vez conocida por tal, arrancarse ha por sí sin que juntamente se haya de arrancar el trigo de la paciencia con ella. A esta causa muchos consienten en sus casas algún exceso de la templanza por excusar las rencillas, que con arrincar la cizaña tierna súbitamente se levantarían como fuego de pólvora. Otra cizaña siembra el diablo en los pueblos, que fundó en la opinión de la carne y sangre. De aquí se levantan los vandos, y de ellos la ruptura de la caridad del prójimo, sin la cual es imposible salvarse los hombres. Cada uno quiere ser tenido y estimado en más que su prójimo, y no mira que los mayorazgos del mundo son los menorazgos del reino de Dios. Por cierto que si Dios obligara á los hombres á tener vandos sobre ser mayores ó menores, que escogesen ellos á su voluntad, que los verdaderos vandos en tal caso havían de ser sobre la memoria deste mundo; pues nos ha revelado en su sagrado Evangelio que todo hombre que se humilla en este mundo será ensalzado en el otro. Así como hay orden en los miembros del cuerpo humano, y los dedos de la mano no son iguales, así es mucha razón que los hombres no sean todos iguales. Mas no por eso se sigue que los mayores han de ser mayores para encastillarse en su honra y dende ella, como dende fortaleza, hacer guerra á sus inferiores. Dende este castillo presume el rico desordenado hacer guerra al pobre; el que tiene mando al plebeyo; el letrado al ignorante; y la guerra más cruenta de todas es la que presume hacer el sobervio hidalgo al villano ó al de nueva familia; cada uno de los cuales deve mirar que no siembre cizaña en su república, porque cuando la quiera apagar no será poderoso, y después quedará obligado á pagar todo el daño; y porque entre todas las excelencias que humanamente los hombres pueden tener, la que menos ocasión tiene de fantasía es el linaje, por eso, dejadas las otras singularidades, amonestamos á los que son hidalgos que no nieguen por obra lo que por nombre profesan. Primeramente sepan que este nombre hidalgo no quiere decir hijo de algo; lo cual, como pensó el vulgo, osó derivar de ahí hija dalgo. Mas es un nombre compuesto deste verbo *fit*, que en latín quiere decir ser estimado, y deste hablativo *aliquo*, que quiere decir en algo. Luego tanto querrá decir hidalgo como *fit aliquo:* hombre ó mujer que es estimado en algo; que *facio* en latín, entre otras significaciones, quiere decir estimar. Y porque el vulgo suele bolver la t en d y la f en h, por eso de *fit aliquo* hizo hidalgo. El cual acerca de los antiguos romanos era el que ahora decimos hombre abonado, de quien se puede fiar. Esta sentencia se saca de todos los autores profanos, acerca de los cuales leemos que aquel era hidalgo cuya hacienda llegava á valer cuatrocientos mil sestercios; que dando á cada uno cinco blancas de las de ahora serían valor de un cuento de maravedís. De manera que la hidalguía antigua no era nobleza ni virtud, sino dinero y hacienda, como claramente havrán visto los que han leído los libros que dicen de humanidad, que son gramáticos y oradores é históricos y poetas. Plega á Dios que los hidalgos de nuestra era

no sean de los ociosos que reprehende el sacro Evangelio, que estavan cuasi toda la vida ociosos, sin ir á labrar en la viña de la Iglesia. Qué les aprovecha estar más cevados y apastados del rancio de su linaje si no fueren sellados con el sello de la caridad del prójimo, que es la mayor señal de la salvación del cristiano? Estos caudalejos que los hombres vanos suelen hacer de sus hacendillas, titulillos, letrillas y linajuelos nacen de la modorra y profundo sueño con que enroncan en su vigilia. Que, de verdad, no hay enfermo tan vaguido que cuando duerme profundamente sueñe tantos desatinos y desvaríos cuantos y cuan grandes son los mayores ardides que trazan los hombres mundanos en la vigilia; porque la mayor de las habilidades y granjerías y corduras humanas, puramente humanas, en comparación de la vida eterna que pretendemos, es muy mayor desvarío que el mayor desatino del sueño en comparación de la vida temporal que vivimos. Acusamos, y con mucha razón, á los alquimistas que gastan sus haciendas y las de sus engañados en vidrio y carbón, y no miramos que estamos ahitos en el envelesamiento de la vida; unos ahitos de mandos, otros de letras, otros de godos y doce pares. Los familiares del duque están ahitos de duque, y los del obispo están ahitos de obispo, é cada uno está ahito del señor á quien sirve y de quien algo espera. El jugador regüelda naipes y dados como el zapatero badanas y cordovanes. Plega á la divina misericordia que no regüelde el hígado la sangre que le haga deslizar de la vía del cielo.

CLÁUSULA quiere decir cerramiento, porque es un razonamiento en que se encierra una sentencia perfecta; que aunque la prosa no tenga ciertos pies como el verso, no carece de pies, como lo escrive M. Tulio en el libro *De Oratore perfecto* y Quintiliano en el IV capítulo del IX libro.

COMPAÑÍA Y COMPAÑERO se componen de esta preposición *con*, que en latín significa *simul* y en romance juntamente, y deste nombre *panis* ó pan en romance. De manera que compañero es compañero partícipe de un mismo pan, que no puede haver señal de más amistad que es comer juntamente de un mismo pan.

COMPLEXIONES quieren decir abrazamientos, porque los cuatro elementos se abrazan en conformidad, cada uno de los cuales tiene dos calidades, una suma y otra floja y remisa; con la suma vence á todos los otros; con la remisa es vencido de alguno de los otros. La tierra es sumamente seca y remisamente fría; quiere aprimar su frialdad y afierra con la frialdad del agua. El agua es sumamente fría y remisamente húmida, y para aprimar su humidad afierra con el aire. El aire es sumamente húmido y remisamente cálido; por aprimar su calor afierra con el fuego. El fuego es sumamente cálido y remisamente seco; por aprimar su sequedad afierra con la tierra; y así, con este apetito natural, están abrazados los elementos en los cuerpos elementados.

CONSEJO EVANGÉLICO obliga á dos cosas: la una es á no ser dejado por menosprecio, y la otra que en tiempo de necesidad obliga como precepto.

CORTESÍA se dice de *corte* y *corte* de *cortar*, porque las cortes se ordenaron para dar corte en los negocios travados, y porque en la corte se junta la gente más política del reino, se dice cortesía la habla política y palenciana.

COSA se deriva de *causa*, como *pobre* de *pauper*, y es de notar que de un mismo nombre se derivan dos en diversa significación, como decimos deste verbo *pico, as, picar* y *pegar;* deste nombre *cuncta* decimos *cuenta* y *cuenda;* de *pota*, que quiere decir bebida, decimos *boda* y *bota*, porque la boda toda es bebida, y en la bota á pocos compañeros no queda gota que no sea bevida. Así, deste nombre *causa* se deriva *causa* y *cosa*, como *coles* de *caules*. El compuesto se dice *cosecha*, que quiere decir cosa hecha.

COSTA, por gasto, viene de *consto, as*, por costar.

COXQUEAR es cojear, de *coja*, por el anda derrengado.

CRASO se toma por hombre avariento, cual fué M. Craso, como lo escrive M. Tulio en la última paradoja, y *Creso* es hombre rico, como fué el rey de Lidia.

CREDO se deriva de *cretum*, participio de *cerno*, por mirar, y de *do*, por dar; luego tanto querrá decir credo como *cretum do*, dóilo por visto, porque el que cree da por visto aquello que cree. También tomó Ovidio en el séptimo libro de la *Metamor. cretum*

por su compuesto *secretum*, y entonces tanto querrá decir credo como dóilo por secreto, porque la fe es de misterios secretos á los entendimientos humanos.

CUALIDADES CONTRARIAS son aquellas que no pueden estar sin la proporción de la templanza que las tenga en paz, como están los cuatro elementos en los cuerpos elementados. El exceso desta proporción ó templanza hace que riñan las cualidades y se resuelvan en las partes de que se componen, y no es otra cosa enfermedad sino una rencilla de las cualidades contrarias; llega la medicina y mételas en paz. Y así como hay algunos entrevenidores de amistad é concierto tan desgraciados, que en lugar de poner paz, por ignorar las condiciones de los discordes, dicen á veces palabras con que se atiza la guerra, así hay medicinas tan desvariadas para tales ó tales complexiones, que encienden la guerra y se crece la enfermedad, no por más sino porque la medicina ignoró los respectos del complexionado y no le supo tomar los pulsos, no mirando de qué pie cojeaba, como sería unturce de pantorrillas para sanar el dolor de las muelas. De la manera que las cualidades corpóreas se disuelven sin la proporción que las tenga en paz, desa misma manera diremos que las cualidades espirituales se desharán sin el temperamento de la gracia de Dios que las tenga en peso y medida. De adonde el que hace caudal de sus obras sin tener principal ojo á la gracia de Dios, que las tiene en sosiego y paz evangélica, perderá el edificio de las virtudes, y cuando no se catare estará muerto de la muerte de la culpa.

CUANTIDAD DE DIMENSIONES quiere decir medida de largo y ancho y profundo, y no puede ser cuerpo perfecto sin todas tres juntas. Dicen los geómetras que del flujo del puncto que corre de una parte á otra se hace la línea que en romance decimos raya. La cual humanamente no se puede hallar, porque, aunque fuese como hilo de araña, es gruesa, y la línea no tiene más de sola la medida de largo, que ni es ancha ni es gruesa. Del flujo de la línea que va ya de una parte á otra de través resulta la superficie, que es la haz del cuerpo, muy más subtil que la tela del hígado y muy más que pan de oro batido; porque la superficie no tiene más de ser larga y ancha, y por eso no es cuerpo. Del flujo de la superficie con que corre de alto á bajo ó de bajo en alto resulta el que propriamente se dice cuerpo, porque entonces es largo y ancho y profundo.

CUATRO ESPECIES DEL MODO DE SABER. Dicen los lógicos que la Lógica es un artificio con que se enseñan las artes y una esciencia con que se aprenden las esciencias. Se divide en cuatro especies de saber: La primera se llama definición, que es una breve declaración de lo que en suma contiene la cosa que se declara. La segunda es argumentación, con que se averiguan las cosas en que podría haver alguna dubda. La tercera es división del todo en sus partes, como quien destroza un cuerpo en sus miembros. Dicen que la cuarta especie ó forma para aprender es la posición del ejemplo. Diremos nosotros que, salvo el mejor juicio, el ejemplo no es especie ó forma distincta de las tres ya dichas, mas es la prueva y el toque en que todas se tocan. Que no se da bien á entender la definición sin que pongamos ejemplo que lo declare, ni bien se puede entender la argumentación sin su ejemplo que la hace entender, y la división apenas se entiende sin que se siga el ejemplo con que se entienda, y si halláremos alguna posición de ejemplo sin que le preceda una destas especies, diremos que, aunque no le precedan expresamente, virtualmente se entiende la especie que con el tal ejemplo más conformare. Ejemplo en las cosas morales es una proposición que consiste en dicho ó en hecho útil, para imitar la cosa buena ó para evitar la mala ó no tal.

CUENTA, ó se deriva de *quanta*, que significa la suma, ó de *cuncta*, que quiere decir todas las menudencias juntas en una suma.

CURA se dice en romance el rector de la iglesia particular, porque no le basta que sea muy cuidoso, sino cura, que significa el mismo cuidado.

CURIOSO se deriva deste adverbio *cur*, que es adverbio de preguntar, porque los curiosos son muy ordinarios preguntadores, como su maestro, que la primera palabra que habló fué cuando dijo á Eva: *Cur præcepit vobis Deus?* Plutarco escrive que en Lacedemonia dava pena al hombre curioso que preguntaba lo que poco le iva.

D

Damas quiere decir matronas, que son las grandes señoras. Bartolomeo Casaneo, en el *Catálogo de la gloria del mundo*, trae muchas leyes en que las mujeres de cuenta se deven llamar dóminas, que en diversas lenguas se romanzan damas y doñas y dueñas.

Decisión es la última determinación que da fin al pleito ó á la cuestión ó á la dubda de los negocios; derívase de *decido*, por cortar.

Desastre se deriva de *des* y de *astro*. *Des* en romance quiere decir sin; luego desastre querrá decir sin estrella, porque *astrum* significa estrella; porque se tenía por desventura hacer algo sin el favor de alguna estrella. Por el contrario, se dice astroso el muy lleno de estrellas, que le ayudaron tantas juntamente que unas impidieron á otras. El astroso, conforme á esta etimología, diremos que dió cinco de largo, y el desastrado, cinco de corto.

Devoción se deriva deste verbo *devoveo*, que quiere decir maldecir; por donde devoción querrá decir maldición, porque el que promete obediencia y vasallaje á su superior se echa de maldiciones: que tal y tal le venga si quebrare la obediencia que deve y allí promete. Esta manera de maldiciones se usava en los conciertos y amistades que hacían los antiguos, diciendo que así fuesen ellos apedreados como aquel animal que apedreavan en los conciertos si por ellos se quebrase lo puesto; y por eso dijeron *percutere foedus*, que quiere decir apedrear y herir el concierto. Esta manera de devoción usan hoy los que toman juramento diciendo: que Dios se lo demande caramente si jurasen falso de lo que fueren preguntados.

Dextral, propiamente se dirá la destraleja, que se trae con sola la diestra, y el dextral se havía de llamar ambimanal, porque se trae á dos manos.

Día feriado es al contrario de lo que paresçe, porque el día de fiesta acerca de los antiguos se decía feria, deste verbo *ferio*, por herir y matar; porque los gentiles matavan á porrazos los animales que sacrificavan; y de ahí quedó que decimos *feria secunda* al lunes, que quiere decir el segundo día después de la feria, que es domingo; y porque se pensó que feria segunda y tercia estavan adjetivados con feria, se comenzó á decir día feriado por día de *cutio*, en que se suele trabajar; mas en latín *ferior, feriaris* quiere decir holgar, y *feriatus dies* el día de fiesta.

Diálogo es disputa de dos ó de muchos, en que hay demanda y respuesta; derívase de *dialegomai*, que quiere decir discurrir por razón.

Dictadura era la excelencia del dictador, que mandava sin contra y sentenciava sin apelación. Este oficio no durava más de seis meses.

Diezmo es la décima parte de la cosecha que se deve dar para los ministros del culto divino; porque el número de diez es el mayor de los números de las unidades. Adonde parece en cuánto estimó Dios á sus ministros, pues en el Josué mandó que los once tribus dezmasen al tribu sacerdotal de Leví. En que claramente parece que los sacerdotes, sin trabajar corporalmente, fueron mejorados sobre diez, y los otros quedaron debajo de diez, porque los once tribus quedaron con nueve partes, y el tribu de Leví fué mejorado en once parte de once tribu.

Diócesis en griego quiere decir governación en romance; en latín se ha de escrevir *diocesis*, luenga la penúltima.

Disciplina quiere decir aprendimiento; y la carne aprende á estar subjeta con el castigo, y por eso se llamó disciplina el azote.

Doctor quiere decir enseñador. De donde los que enseñavan á leer se llamavan antiguamente doctores, como lo escrive Horacio en la primera Sátira.

Domicianos tómase por hombres soberbios; porque el emperador Domiciano, aunque á los principios fué tractable, fué después muy sobervio.

Donaire quiere decir gracia que hace reir; compónese de *don* y de *aire*, porque es don del aire, que no basta arte para hacer á uno gracioso si el buen aire no se lo da; que de otra manera, si arte bastara, dijérase don arte; y de donaire, por cortamiento de una sílaba, se dice *donoso* por donairoso.

Doncella, ó se dice por diminución de *dómina*, *dominica*, y de ahí *dominicella*, y por síncopa *doncella*; ó de este nombre *domi* y este participio apocopado *cella*, que querrá decir *domi cellata*, encerrada dentro de casa.

Duelos es contienda de entre dos personas,

porque hartos duelos tiene quien no bive en paz. De los duelos, que son los desafíos, salieron los trofeos. que ahora son los escudos de armas; aunque también salieron de los agüeros y acontescimientos.

E

ECLIPSE es nombre griego; en latín se dice *defectus*, y en romance *falta*, y falta se dice de *fallo*, por falta, que en las aldeas dicen *fallas*. El eclipse de la luna es verdadera falta del sol, porque por ponerse la tierra en medio, según la longura y anchura del cielo, fáltale la lumbre que la luna rescibe del sol. El eclipse del sol no es propriamente eclipse, porque á él nunca le falta su lumbre, mas á nosotros nos hace falta cuando la luna se antepone entre nuestra vista y el cuerpo del sol, como más explícitamente provamos en un capítulo del segundo libro de las *Diferencias*.

EDADES DEL SIGLO son unas como postas del tiempo que desde la creación del mundo ha corrido. Los gentiles las nombraron con nombres de metales, queriendo significar la cualidad de la gente por la naturaleza de los metales. Dijeron que la edad que corrió en tiempo del rey Saturno, de cuyo nombre se nombró el séptimo planeta, fué dorada, porque así como el oro no tiene mixtura de tierra, así los hombres de aquella era fueron puros y cendrados en las virtudes. En tiempo de Júpiter, rey de Creta, que dió nombre al sexto planeta, dicen que fué la edad de plata, cuando la sinceridad ya se comenzaba á romper. En tiempo de Marte, rey de Tracia, que dió nombre al tercero planeta, comenzó la edad de azófar ó latón, en que los hombres usavan de violencias, y á fuerza de armas, guiados por sus apetitos, ejecutavan su injusticia. Después, cuando ya los hombres no tenían cuenta con virtud, sino públicamente se maltratavan unos á otros, comenzó la edad que dicen de hierro. Ahora diremos, según esta cuenta, que reina la edad de la escoria, porque ya estamos en las heces del siglo. Dejando aparte esta cuenta, porque es poética, la verdadera es que dende el principio del mundo hasta hoy son seis edades: La primera, hasta el diluvio, contiene 1656. La segunda, hasta Abraham, contiene 292. La tercera, hasta que David comenzó á reinar, contiene 942. La cuarta, hasta la captividad de Babilonia, contiene 484. La quinta, hasta el nascimiento de Nuestro Redemptor Jesucristo, contiene 596. Dende el nascimiento corre la sexta edad, de la cual han pasado 1543 años menos mes y medio. De manera que dende el principio hasta hoy han corrido 5513 años.

EFESTIÓN fué un amigo del rey Alexandre, al cual mandó hacer Alexandre tan solemne y tan sumptuoso enterramiento, que quedó por proverbio el enterramiento de Efestión para significar exceso de exequias. Deste enterramiento hace minción Diodoro Sículo en el libro 11 de los hechos del rey Filipo.

EMBAXADOR viene de *ambasiator* en latín, cumpuesto de *an*, que significa alrededor; de *basio*, que quiere decir besar, abrazando. Luego tanto querrá decir *ambasiator* ó embajador como hombre que abraza al que le abraza, y en retorno se besan en los carrillos. El cual uso era la forma de saludar acerca de los antiguos, como parece en muchas epigramas de Marcial en los gentiles; y en muchos lugares de la Escriptura sagrada parece haverse guardado esta manera de salutación acerca de los judíos. Por donde en el VII capítulo de San Lucas reprehendió Nuestro Redemptor á Simón fariseo porque cuando le convidó á comer no le hižo la salutación ordinaria, que era abrazar y besar en el carrillo en señal de paz á manera de embajador.

ENDECHAS quiere decir muestras de amor: derívase de *indicia* en el plural, como leña de ligna, ó diremos que se deriva de *inde jaces; chas* por *jaces*, como si la endechadera hablase con el defuncto diciéndole: dime cómo ende jaces. En griego se dice *nenia*, que quiere decir cantar de niños. En el Andalucía se alquilan los endechadores que lloren los muertos, entre los cuales hay algunos tan oficiosos, que pasan de medida, y por parecer muy piadosos suelen decir herejías materiales, como cuando dicen: todo mi bien, etc. Acrón dice que Simónides, el poeta lírico, fué el que inventó las endechas.

ENFERMEDAD AGUDA se llama la que de presto ó mata ó sana. Esta anda en torno con los siete planetas, que en vulgar dicen el día septeno y catorceno y veinte y uno. A

estos días llaman los médicos *críticos*, que quiere decir días judiciales, porque en estos términos echan el pronóstico é juicio de la enfermedad, si es de vida ó de muerte. Otras se dicen enfermedades crónicas, que quiere decir temporales, porque no tienen cuenta los médicos con los días de las tales enfermedades, en la cura de las cuales no sabe más esciencia el médico que la vieja experimentada. Así como la copia de los letrados suele amarañar los negocios, que por vía de concordia finalmente se concluirían, así la mucha copia de médicos hace travar unas enfermedades con otras, que ellas de suyo hicieran la pausa que la medicina les empedió, porque la cura es de tal naturaleza, que así como sana al cuerpo enfermo, así hace enfermar al cuerpo sano. Por lo cual sería buen consejo lo que dice el refrán: ni con cada sed al jarro, ni con cada duele al médico.

EPICURO fué un filósofo muy templado en el comer, como lo escrive M. Tulio en el segundo libro *De finibus*, en donde dice que fué muy buen filósofo y buen varón, por lo cual no disputa él de sus costumbres, que las tenía por buenas, sino de su ingenio. No obstante esta opinión que de Epicuro tenían los sabios, el vulgaje le tenía por hombre glotón. La causa de esto dice el mismo Tulio en el primero libro *De los Fines:* que por eso tenía el vulgo por glotón á Epicuro; porque como él ponía el sumo bien en el deleite, creía el vulgo que entendía el deleite corporal, y no el deleite de la virtud, como lo entendía Epicuro.

ESCAPAR es evadirse en cuerpo dejando la capa en los cuernos del toro, y de ahí se toma por cualquier evasión.

ESCLAVO. Esclavonía se dice hoy la que antiguamente se decía Illiria, dese cabo del mar Adriático, y porque estos esclavones ó esclavos tienen facultad de vender á sus hijos, se dicen esclavos los hombres vendidos.

ESCOTE se deriva de *esca*, por la comida, como de capa capote; luego escote será la costa de la esca, que es la comida.

ESCRÚPULO es diminutivo de *escrupo*, que quiere decir china; porque así como la china hiere la planta, así el escrúpulo hiere la consciencia ignorante. Los escrúpulos son los mensajeros del ángel de Satanás, que se suele transfigurar en ángel de luz. El amor y la esciencia echan fuera de la consciencia el escrúpulo. El hombre escrupuloso, demás que no meresce tanto en sus buenas obras como el que las obra de amor verdadero, se pone á peligro de ser reciamente tentado en el artículo de la muerte; el cual, conforme al consejo evangélico, deve de poner sus escrúpulos en el parecer de dos ó tres. En toda la escriptura sagrada no se hace mención de Escrúpulos, sino solamente en el capítulo XXV del primero libro *De los Reyes*, cuando rogó Abigail al rey David que no matase á su marido Nabal, porque después no le tomase escrúpulo de haver muerto á un hombre que pecó más de nescio que de malicioso.

ESCUDERO es el soldado novicio, que en Italia dicen visoño; porque pasando los romanos de catorce años luego les proponían si querían seguir la labranza del campo ó la guerra. Al labrador llamavan pagano, porque libremente se andava de pago en pago sin hacer juramento de acudir al atambor de la guerra. Por esta metáfora y semejanza los infieles se dicen paganos, porque no han jurado la milicia cristiana como la juran los fieles en el baptismo. A los soldados que juravan de acudir á la vandera y al atambor llamavan tirones, que quiere decir principiantes guerreros, y dávanles unos escudos blandos para que por ellos por sus personas hiciesen hazañas notables y las debujasen en el campo blanco de los escudos, porque no pensasen que para pasar de escuderos á ser cavalleros les bastavan las hazañas de sus antepasados, porque corría en la opinión de los hombres la sentencia que escrive Ovidio en el libro XIII: que ni el linaje ni las hazañas de los bisabuelos eran parte para ennoblecer á los decendientes, si ellos no eran virtuosos y esforzados por sí. Esta costumbre de escudos blancos para debujar allí las hazañas significó Virgilio en el libro IX hablando de Heleno: que murió en la guerra con su escudo blanco sin gloria; dice sin gloria, porque era tan mancebo que aún no había tenido lugar de hacer valentías para debujarlas en su escudo. También á este escudo blanco llamó Persio en la 5.ª sátira *candidus umbo;* diciendo que ya salía de la subjeción del ayo el escudero que havía rescebido el escudo

blanco. Conforme á esta costumbre, el cavallero que no hace virtudes por su persona en defensa de la república cristiana, ó á falta de guerra no entiende en las causas de los que poco pueden en sus pueblos, diríamos que es escudero; y pues la virtud cristiana es la señal de la cavallería, el escudero que cristianamente defiende al pobre y á la biuda y procura el casamiento de la huérfana, y procura meter paz entre los discordes, diremos que es cavallero, porque más vale un grado de propria virtud al que la obra que las historias á la hez de su línea.

ESCUELA es nombre griego, que quiere decir fábrica de especulación, y porque el cuerpo ocupado no deja lugar al entendimiento para que entienda y penetre las cosas, por eso la escuela significa ocio de cuerpo. No significa escuela el lugar donde se enseñan las letras, sino el mismo ejercicio de letras.

ESPECIES significan las cosas que particularmente se pueden ver, así como decimos que hombre es de la especie humana, cavallo de la equina, león de la leonina, porque cada especie destas se ven en cualquier particular que se contiene en especie. El género no se puede ver. Que cierto es que cualquier animal que yo viere será animal particular de alguna de las especies, y animal que no sea especie ó animalidad en general no se puede ver y aun apenas imaginar. Dícese especie deste verbo *specio*, por ver, de donde se deriva también *specimen*, por la muestra que se ve, para por ella juzgar de lo que no parece.

ESQUILMO, por el parentesco que hay entre la c y la q, como parece en *cuius* de *qui* y en *secutus* de *sequor*, se compone de *esca* y de *cumulus*, que quiere decir la copia del mantenimiento; que *esca* quiere decir comida y mantenimiento, como vemos que la yesca es el mantenimiento del fuego, y *cumulus* quiere decir el montón de la cosa cogida ó de la cosecha.

ESTADO es grado de alguna excelencia espiritual ó temporal; no quiere decir que la tal excelencia haya de estar estantía y estancada á manera de agua de laguna, que hiede más mientras más está queda, porque desta manera vicioso sería el estado. A los hombres desta manera de estado reprehende el sacro Evangelio, diciéndoles: *Quid statis hic tota die ociosi?* Qué hacéis, hombres que presumis de estado, holgando todo el tiempo de vuestra vida, sin dar azadonada en la viña de Dios? Por cierto que el estado que no sirve de más de para hacer (como dicen) personaje sin son, tiene más semejanza con talanquera de estatuas que con venta de caminantes. Digamos luego que se dice estado la elección de la vida en que el cristiano pretende acabar las jornadas de su peregrinación. Désta dijo el apóstol (I Cor., VII): Que cada uno permanezca en el estado de vida en que Dios le llamó.

EUCRÁTICA COMPLEXIÓN es la más templada de todas, por tanto nivel de los elementos que sobrella no puede caer enfermedad, como fué la de Cristo y la de Nuestra Señora.

EUROPA es la tercera parte del mundo en que habita la cristiandad. Asia es la mayor dende el río Tanais por parte de Septentrión, y dende el río Nilo por parte del Mediodía hasta la región de los sinas, que ahora se dice la China. Dende el río Nilo, que es el que la Escriptura Sagrada llama Geon, hasta el Estrecho de Gibraltar ó Gibel Tarif, como dicen los moros, es Africa. Dende el río Tanais, que nasce de los montes Rifeos por la parte del Norte hasta el mismo Estrecho de Gibraltar, es Europa. Es la menor de todas tres, porque *multi sunt vocati pauci vero electi.*

F

FABRICIO quiere decir hombre templado, como es costumbre tomar un nombre proprio por nombre común. Solemos tomar Alejandro por hombre franco, Héctor y Roldán por hombre esforzado. Fabricio fué un capitán romano que no quiso recebir el oro que le presentava el rey Pirro, y más quiso ser pobre virtuoso que rico traidor.

FACULTAD es la facilidad que uno tiene en el arte en que es diestro. Es nombre sincopado de *facilitas* y muda la i en u, como los latinos dicen *facundus* por *faciendus*, porque dicen que *facundus facit verba.*

FARISEO es nombre hebreo; quiere decir hombre dividido, porque los fariseos se dividían en hábito de los comunes del pueblo y traían cosidos en los hábitos de su religión muchas tiras de pergamino en que traían escriptos los seiscientos y trece preceptos

de la ley. Estos pergaminos escriptos se decían *filacteria*, que quiere decir *custodia amoris*, guarda de amor, porque en aquellos pergaminos decían ellos que guardavan el amor de Dios. Tomavan este nombre en la significación metafórica, porque propriamente significa *filacterion* guarda de amor contra ponzoña. Pensavan los fariseos que la guarda de los mandamientos estava en dilatar y ensanchar los pergaminos en que traían escriptos los mandamientos. Por eso Nuestro Redemptor reprendiólos de hipócritas; dice que no hacen cosa de lo que dicen y que dilatan y ensanchan sus *filacterías*, que son aquellos pergaminos en que traían los seiscientos trece preceptos escriptos, no por más sino por cumplir con los ojos de los miradores. Por estos fariseos se dijo la parábola de *Erunt novissimi primi, et primi novissimi*. Una cosa es de notar: que escarmentemos en cabeza ajena, y sepamos que, aunque el fariseo decía verdad, que aunque ayunava y dava diezmo de su cosecha, por compararse al publicano, se ensoberveció tanto que, en comparación dél, quedó justificado el arrendador. Nosotros tengamos este aviso: que nunca nos comparemos á nuestros inferiores, ni aun á los superiores, sino pongamos las buenas obras que con verdad huviéremos hecho, y en la otra pongamos la obligación que para las tales obras tenemos; porque pues yo estoy encargado de ciertos grados de obligación, no descargaré con las malas obras de mi vecino; porque si éste fuese descargo con que yo descargase, placerme ía con el mal de mi prójimo, lo cual sería contra la caridad. Luego conviene que yo descargue el recibo con quitaciones de la obligación que tengo. Deve diez mi vecino, devo yo veinte; cierto es que si mi vecino se descarga de seis y yo me descargo de diez, menos hice yo que mi vecino, porque más paga son seis de diez que diez de veinte. Luego dejaré yo de mirar los pecados del publicano, y solamente haré mi descargo cotejándole, no con el descargo de otro, sino con los grados de la obligación con que realmente me veo cargado. Si Dios me dió á mí integridad, salud, diligencia, favor, amistad, autoridad, crédito, buena habla, prudencia, justicia, fortaleza, templanza, fe, esperanza y caridad, cuánta mayor obligación tendré para bien obrar y para aprovechar á mis prójimos que el falto de miembros, enfermo, perezoso, desfavorecido, malquisto, abatido, pobre, tartamudo, empachado, nescio, injusto, medroso, desaforado, incrédulo, desesperado y con odio de todos? Vamos más adelante: las buenas obras que por estas obligaciones hiciere servirán de cargos segundos, porque el que más rescibe más deve. De manera que tanto cuanto por una parte me pensare de descargar á poder de buenas obras, tanto más quedaré cargado por otra, porque no puedo yo bien obrar sin que en la obra no me haga Dios nueva merced de la buena obra que hago con su ayuda y socorro. Queda que me acoja al verdadero descargo, que es la pasión de Nuestro Redemptor Jesucristo, y decir con el profeta David: *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam et nomen Domini invocabo:* porque no puedo descargarme sin recebir mucho más.

Fe infusa. Este nombre fe es nombre de muchos significados. Quiere decir palabra cuando decimos: yo os doy mi fe, ó en buena fe. Quiere decir confianza, como cuando dijo Cristo (Math., XVII): Si tuviéredes tanta fe como un grano de mostaza; conviene á saber, si tuviéredes tanta confianza, etc.; en este lugar es don. También quiere decir fe virtud teológica. Désta dice el apóstol (Heb., XI): Sin fe, imposible es agradar á Dios. Esta virtud de fe es en dos maneras: una se dice infusa y otra fe adquisita. El hábito de creer que sobrenaturalmente infunde Dios en el ánima del baptizado se dice infusa; la dotrina evangélica que después en los años de discreción le predica la Iglesia católica se dice fe adquisita.

Figura es la traza exterior de la cosa; dícese deste verbo *figo*, por fijar; porque no hay cosa más fija en el cuerpo que la figura; que no se puede perder una figura sin que juntamente se cobre otra. La figura deste mundo dice el apóstol que pasa; porque el estado de los hombres es más estado de representación que estado de veras, y pasa con el tiempo que pasa; placer y penar todo pasa: lo uno porque no hagamos mucho hincapié en ello, y lo otro para que no nos dé mucha pena, pues, en fin fin, no puede permanescer sin pasar.

FIRMAMENTO es el octavo cielo en que están todas las estrellas fuera de los siete planetas que están en los siete cielos primitivos. Los antiguos, cuando nombravan cielo no entendían más del firmamento que el octavo, que decimos el cielo estrellado.

FISCO DEL CIELO. Fisco es una espuerta á manera de seroncillo de despensero, que tiene una asa pequeña y otra muy larga que se ensarta por la pequeña para llevar el seroncillo en el hombro izquierdo y travar con las dos manos de la asa larga ensartada por la pequeña. Esta era la forma de los seroncillos en que los arrendadores de las rentas públicas cogían los tributos y pechos y alcavalas y rentas reales; porque las monedas eran de cobre y de metal y ocupan mucho, y del nombre del seroncillo en que se cogía la renta real se nombró la misma renta. Y por eso se dice fisco, porque el seroncillo de esparto en que se cogía se dice en latín *fiscus*. Fisco del cielo diremos la renta que se recoge para las partes de arriba, sin que parte dello venga sobre la tierra. Por esta semejanza diremos que los nublados represados que no se derriten en agua dan consigo al fisco del cielo.

FÍSICOS DE ARISTÓTELES son los libros de la filosofía. Aulo Gelio trae dos cartas, una del rey Alexandre, que se quejava de Aristóteles porque havía divulgado los libros que dél havía oído; porque quisiera Alexandre ser tan singular en la filosofía como en las armas y que aquellos libros no vinieran en noticia de todos. Respondió Aristóteles que no tuviese pena, que ellos estavan tan oscuros que no los entendería el que dél no los huviese oído, y á esa causa los intituló *De physico audita;* que quiere decir libros de la audición física, que es la natural; conviene á saber, de la filosofía natural. Adonde físico es nombre adjectivo de aquel sustantivo *auditu*.

FLORA fué una ramera pública que ganó tanto dinero, que dejó heredero al pueblo romano; el cual la asentó en el martirologio de los ídolos que adorava y llamóla diosa de las flores.

FUERO es el pretorio ó la casa de la justicia pública. Tómase por la misma justicia. De aquí decimos el fuero de la consciencia, y cosa desaforada por cosa sin ley y razón.

G

GEOMETRÍA es una ciencia que trata de la medida de la tierra y de sus partes. Es una de las cuatro matemáticas que van por cuenta y razón. Pongamos ejemplo: Si queremos saber qué tanta es la traviesa de la cosa redonda, mediremos todo el circuito que tiene, y dividirle hemos en veinte y dos partes iguales, y quitando la una, la tercera parte de lo que queda, que son siete partes, es el diámetro ó traviesa de la boca ó cosa redonda. También por la traviesa sacaremos qué tanto tiene alrededor; dividiremos la traviesa en siete partes iguales y añadirémosle quince partes del tamaño de aquéllas, que por todas sean veinte y dos, y aquel es el circuito de la cosa redonda, sacado por el diámetro ó traviesa del cuerpo redondo. Para comprar de viñas y suelos hay una regla: que mientras el suelo se allega más á figura redonda es más capaz. Tómense dos cordeles que tenga cada uno cuarenta pies en largo y ciérrense sobre la tierra para que hagan un cercado; el uno se cierre en cuadra, que haya diez pies en cada lado, y el otro cordel cerrémosle en tal forma que sea la figura de anchura de un pie y larga de decinueve, dando cada decinueve pies á las dos laderas de largo, y cada un pie á los testeros, que es lo ancho de la figura. Cierto es que la figura cuadrángula no encierra en todo su cerco más de decinueve pies, y la otra cuadrada, que tenía de cada lado diez pies, encierra cien pies dentro de su circuito, y si las laderas saliesen hacia fuera, para que tirasen más á redondo havría más pies; tómense tres ó cuatro tablas de cajero de igual medida de ancho y de largo, y de la una se haga una caja de tres esquinas, y de la segunda se haga de cuatro esquinas cuadradas, y de la tercera de cinco, y la cuarta se haga redonda. Estas ni tengan suelo ni tapador, sino asiéntense sobre cosa llana; si las queremos henchir de sal, trigo ó cevada, hallaremos que en la caja de cuatro esquinas cabrá todo lo que cupo en la de tres y algo más, y en la redonda cabrá más que en la de cinco; no por más sino porque la figura redonda es la más capaz, y la que más se allega á lo redondo cabe más que la que se desvía de la figura circular.

Glosa ya dijimos en el capítulo primero que es la lengua del texto. Aquí diremos que, así como la glosa es lengua del texto, así ocasional ó accidentalmente la copia demasiada de glosas ha sido enmudecimiento de lenguas y aterramiento de ingenios. De adonde vemos por experiencia que cuando se usava el proverbio que dice *Liber librum aperit:* que un libro es glosa de otro, sabían mucho más los hombres que ahora, que con la confianza de glosas, comentos, anotaciones, escolias, observaciones, castigaciones, semciones, misceláneas, centurias, paradojas, antiquitates, coetáneas, lucubraciones y adiciones, con todos los antifaces de la chimera, han dejado ranciar los ingenios y enmudecerse las lenguas. El cual mal, si no pasara adelante, con buen rostro le sufriera la barbarería; mas lo peor es que, por la multiplicación de las glosas, están ahogados los textos de leyes y medicina, con que se pierden las haciendas de los pleiteses y se multiplican las enfermedades y se acorta la hacienda y la vida, y solas las consciencias se ensanchan y alargan con los diluvios y los aguaduchos de glosas.

Grutas significan unos edificios soterraños que en romance decimos *sótanos*. Destos edificios huvo muchos en Roma, en especial en un templo que era dedicado al Fauno Capripede en Montichel. El cual templo el Papa Simplicio le dedicó á San Estevan año de cuatrocientos setenta. También hay muchas bóvedas soterranas en la iglesia de San Sebastián. Estas en griego se dicen *cryptas,* y como la *y* de Pitágoras se pronunciava antiguamente por *v*, como lo escrive Terenciano, de cryptas las llama el vulgo grutas.

H

Harto viene de *farto,* participio de *farcio,* por embutir.

Heroica virtud es la perfecta en grado consumado, como la tienen los sanctos que se llaman héroes. Las virtudes en grados remisos se hallan unas sin otras, mas en grados perfectos, heroicos y consumados, están travadas unas con otras, de adonde no puede uno tener justicia en grado perfecto y heroico sin que juntamente tenga la virtud de la templanza, fortaleza y prudencia. Lo mismo es en las virtudes teológicas, que no pueda tener uno fe en grado perfecto sin que juntamente tenga caridad y esperanza, y así diremos de las otras.

Hipocresía es una simulación que se finge más de lo que en verdad es. Este vicio es común en personas y cosas; en personas que quieren ser tenidas por más sabias, prudentes y fuertes, justas, templadas, de lo que son; en cosas se entiende para mostrar más por de fuera que tienen de dentro, como paresce en una bajilla de plata y en todas las cosas de diges.

Hipódromo es la carrera por donde corren los cavallos: *hippos* significa cavallo, y *dromos*, de donde se deriva dromedario, significa carrera.

Hipostática unión quiere decir unión personal, porque así como el cuerpo no es persona, así la humanidad de Nuestro Redemptor sola por sí ni es ni fué en algún tiempo persona. Por humanidad se entiende el cuerpo y el ánima de Nuestro Redemptor Jesucristo, la cual humanidad sacratísima está personada en la persona del Verbo divino por muy más excelente manera y unión que el cuerpo del hombre está unido con su alma, con la cual juntamente constituye una persona.

Holgazán se compone de *holgar* y de *zan. Holgar* viene de *huelgo* y *huelgo* de *halo, as*, por resollar. *Zan* es infinitivo griego, que quiere decir vivir, porque el holgazán vive holgando.

Holocaustum quiere decir sacrificio todo consumido en el fuego, el cual era el principal de los sacrificios, y que en sí contenía todos los otros; á éste corresponde la misa, que en sí virtualmente contiene las horas canónicas.

Horas canónicas significan horas regladas; comenzavan que salía el sol hasta que se ponía las seis, é la séptima era de la media noche. La prima se decía en saliendo el sol. La tercia á las nueve del día. La sexta á las doce del medio dia. La nona á las tres de la tarde. Las vísperas en saliendo el lucero, que eran las seis. Las completas después de anochecido. Estas horas se celebravan por estos espacios para que los clérigos empleasen su tiempo en los oficios divinos, y no se distrajesen á pasatiempos dañosos. Aquí es de notar que en la primitiva Iglesia no havía estas horas artificiales de reloj

que ahora tenemos. Por donde las horas canónicas no son horas artificiales, sino naturales, que los astrólogos dicen equinociales, de las cuales cada día tiene doce, y la noche otras doce; si el día era pequeño, eran pequeñas las horas, y eran grandes si el día era grande, porque todo el espacio de sol se dividía en doce horas, de las cuales entendió Nuestro Redemptor cuando dijo (Joan., XI): *Nonne duodecim horæ sunt diei*? No sabéis que doce horas hay en el día? Havemos luego de entender que el día de Santa Lucía, que tiene ocho horas de luz de sol, tiene doce horas naturales, que entonces será cada una de media hora y un sesmo de las de reloj; y el día de San Bernabé, que tiene deciséis horas de luz, tendrá otras doce horas naturales, dividiendo el espacio en diez y siete partes; y entonces serán mayores que las de reloj, porque repartiendo deciséis de reloj entre doce naturales, cabrá á cada hora natural una hora y un tercio de las de reloj. De manera que estas horas naturales van altibajando con el crecer y descrecer de los días. Destas horas usan los astrólogos para sacar el dominio de los planetas. Por estas horas se entiende el discurso de la vida del hombre. Adonde es de notar que llama Dios á los hombres desde la primera hora hasta las once, y no se lee que llamase á las once y media ni á las doce, siendo tan de Dios la duodécima como las otras; porque las otras son de ordinarios llamamientos; la duodécima es hora de previlegio, porque los hombres no se descuidasen en la milicia, diciendo que Dios llamaría á las doce. Luego fué providencia no ponerse por regla de llamamiento ordinario la hora duodécima; y fué misericordia darnos ejemplo en el buen ladrón San Dimas, al cual llamó á la hora duodécima; porque si alguno huviere sido tan descuidado que haya estado ocioso hasta las doce, no desespere, que tan poderoso es Dios para llamarle en aquella hora como llamó al buen ladrón.

Húmido radical es el cevo del calor natural, así como el aceite es cevo de la llama que vive en la lámpara.

I

Idiota es griego; quiere decir hombre plebeyo, sin oficio de república. En latín se dice *privatus*, en cuanto es contrario de *magistratus*, que es ministro y oficial de justicia.

Ignorancia invencible se dice, no la que absolutamente no se puede vencer, sino la que el hombre no es obligado á vencer, como vemos que antes de los años de discreción no son obligados los niños á saber lo que los grandes, y los crescidos no son obligados á saber, y por consiguiente á guardar, los nuevos estatutos del Papa, hasta que le sean notificados conforme á los sacros cánones. Hay otra ignorancia que se dice crasa, porque esta tal cae en hombres mazorrales. La tercera es la peor de todas, que se dice ignorancia afectada, que es cuando alguno desea ignorar lo que es obligado á saber. Esta cae en dos géneros de personas, en vergonzosos y en perezosos; los unos desean que se les olvide algún pecado feo de confesar por la vergüenza que entienden pasar, y los otros por ahorrarse del trabajo en que se pondrían si á su noticia viniese tal ó cual cosa. Déstos dijo David: *Noluit intelligere, ut bene ageret*. No miran los primeros que entonces se perdona el pecado olvidado cuando el hombre hace buenamente lo que es en sí para acordarse de todos sus pecados, y los segundos no miran que entonces cumplen con la obligación de su oficio cuando ponen la diligencia que al tal oficio de necesidad se requiere. La primera ignorancia excusa del todo el pecado. La segunda, que es la crasa, excusa de parte. La tercera, no solamente no excusa, mas agravia el pecado.

Inducción es argumento retórico contrario del silogismo. En entramos hay tres proposiciones ó muchas particulares que valgan por una: la primera sirve de oficio de padre, y la segunda de madre, y la tercera de hija, que es la conclusión que nace de las dos que se ponen primero. Hay diferencia en esta manera de argumentar: que la hija ó conclusión del silogismo es particular nacida de universalidad, como ésta: Todo bien se ha de escoger, es el padre; el trabajo ordenado es bien, ésta es la madre; luego el trabajo ordenado en esta vida se deve escoger, ésta es la hija. En la inducción la conclusión ó hija es universal, como diciendo: El vino de España es caliente y el de Francia y de cualquiera otra parte; luego todo vino es

caliente, á pesar de Macrobio, que en el libro VII pretende provar que el vino es frío, porque el hombre borracho queda inepto para el acto venéreo.

INSTANTE sirve en el tiempo lo que sirve el puncto en la línea ó raya; que así como el puncto no es parte de línea, así el instante no es parte de tiempo; y así como el puncto trava parte con parte de línea, así el instante trava parte con parte en el tiempo.

INTERESE es infinitivo de *intersum*, por el respecto á que se tiene ojo fuera de la virtud. Quedóse tan entero en romance como en latín, como en este nombre estantigua quedó entero el *est*; porque estantigua quiere decir es antigua, porque el diablo es tan antiguo como la creación del mundo. El interese es la polilla de la virtud. Por eso dijo Nuestro Redemptor que el que atesora en el cielo está seguro de la polilla, porque ésta tal obra virtud por sólo Dios, sin interese que haya de esperar fuera de Dios. Por cierto que es mucha razón que, pues nos ama Dios sin interese, que le correspondiésemos en el amor, si no en el grado del tanto, que es imposible, á lo menos en grado de proporción, que es amarle sin interese, así como él nos ama sin tener respecto á la ganancia que por amarnos le venga.

J

JAMÁS es adverbio afirmativo; compónese de *jam* y de *magis*, que tanto significa jamás como *y aun más*.

JOBEL es nombre hebreo; quiere decir bocina, y porque el año de la libertad era divulgado con muchas bocinas, por eso se llamó año de jubileo, que quiere decir el año de las bocinas, como se lee en el Exodo, y Levítico, y Números. Acuérdome haber leído en Abraham Abimazra, que escrive sobre el Levítico en lengua hebrea, el cual, hablando de la bocina, dice: Que por eso los maridos de las adúlteras se dicen cornudos, porque son divulgados por las calles como si fuesen pregonados con el apercibimiento de la bocina, la cual se solía tañer á manera de trompeta en los pregones públicos que se davan. También me acuerdo que leyendo en Alcalá havrá veinte y dos años, entre otras cosas que leí en el aula de la Medicina, leí el *Ibis* de Ovidio, y, conforme á esta sentencia, declaré aquel verso que dice: *Qui simul impuræ matris prolapsus ab alvo est, ciniphiam fœdo corpore pressit humum.* En el cual motejó Ovidio á su enemigo Ibis de hijo de adúltera y de cornudo, y por eso dice *matris impuræ* por madre adúltera; dice que cayó en la tierra de Cinifia, que es tierra de los garamantes, en Africa, por donde va el río Cinifio; porque en esta tierra dice Pomponio Mela en el primero libro que hay unos cabrones de tan grandes cuernos, no echados atrás como los otros, sino echadas las puntas adelante, hacia el suelo, que cuando van á pacer primero topan con los cuernos en tierra que llegue la boca á pacer la yerva, por lo cual tuercen la cerviz y pacen de lado.

JORNAL es vocablo italiano corrompido de *Jovinal*, corrupto de *Jovial*, y *Jovial* es de *Jove*, y *Jove* de *Júpiter*, que los gentiles llaman *Diespiter*, el padre del día. Luego toman los italianos jornal por la hora y trabajo de un día.

JOYA es vocablo francés, así como es jardín. Joya es cualquier cosa preciada, fuera de casa, viña y dinero.

L

LACERIA. Si tiene el acento en la *i*, se deriva de *lazo*, y entonces es término de yesero, que hace lazos en las ventanas que labra ó yesó. Mas cuando tiene el acento en la *e*, quiere decir pobreza, y entonces se deriva de Lázaro, que estaba echado á las puertas del rico Epulón.

LEGADO quiere decir enviado; es el mismo que embajador; de aquí se dice *legatio* la embajada (léase el nombre del embajador en la E).

LEGO viene de *laico*, y *laico* es vocablo griego que viene de *laos*, que significa pueblo; por donde lego era hombre plebeyo, sin orden sacerdotal.

LETANÍA (se ha de pronunciar *litanea)* es nombre griego; quiere decir plegaria y ruegos hechos á Dios.

LEY se deriva de *lego*, por leer, porque los antiguos fijaban las leyes en lugares públicos, porque ninguno pretendiese ignorancia. De aquí nota Suetonio Tranquilo al emperador C. Calígula, en el cap. XLI, porque las leyes que puso de los tributos no las quería escrevir para que no viniesen en noticia del pueblo y les llevase las penas en

que cayesen, hasta que á poder de importunaciones del Senado las mandó escrevir, y con todo esto usó de una cautela que, como dice allí Suetonio, mandó escrevir las premáticas de letras muy menuditas y mandólas fijar en unas calles muy angostas, porque por el pasar de la gente ninguno pudiese parar á trasladarlas para saber de qué se havía de guardar. Tres diferencias hay de leyes: la ley positiva, que ponen los hombres, es la que recibe excepción por las circunstancias de lugar, tiempo y persona; ésta es en dos maneras, civil y canónica. La civil está debajo de la canónica, aunque algunas leyes civiles no carecen de culpa, como es que el marido sea el verdugo de la mujer adúltera, como lo prueva Fortunio García de Ercilla en el libro *De ultimo fine juris*. La ley natural se llama lumbre del rostro de Dios, con la cual dice Sant Juan que alumbra Dios á todo hombre que nasce en este mundo. Esta tiene tres preceptos: el primero es bivir honestamente; el segundo, no hacer mal á otro; el tercero, dar á cada uno lo que es suyo. La ley divina contiene diez mandamientos, el primero de los cuales, que es amar á Dios sobre todas las cosas, es el texto de la ley divina, y los nueve mandamientos sirven de glosa del primero; porque así como es un Dios, así es una cosa la necesaria para cumplir con la ley de Dios, que es el primer mandamiento perfectamente guardado. En la ley que dijimos positiva puede el Papa dispensar; en la natural y divina no puede más el Papa que (como dice el refrán) el que no tiene capa. Queda de decir que la ley climatérica, de la cual escriven Julio Materno, y Censorino, y Aulo Gelio, y Plinio, y Séneca y otros muchos, quiere decir ley de escalones, porque esta ley resulta del número de los siete planetas contados nueve veces, que hacen sesenta y tres años. Miraron los antiguos, como escriven los sobredichos auctores, que de siete en siete años corría peligro la vida del hombre, y que el noveno septenario era el más peligroso de todos; y por la cuenta destos sietes la llamaron ley ó regla climatérica, que quiere decir ley escalar ó regla de grados de vida. El que pasava de sesenta y tres años hacían cuenta que nacía de nuevo, porque decían en aquel año ahincaban las constelaciones sobre los cuerpos humanos. Mas algo desto nasció más de la falsa opinión de la gente que de la ley de los planetas; porque, como en la Astrología dijimos, no tiene que ver el cielo sobre el alma del hombre.

LINAJE es nombre sincopado de *lineaje*, como de *lengua*, *lenguaje;* linaje es el lineaje y descendencia de alguna familia; por donde el colateral no se dirá propriamente linaje, sino aquel en quien se conserva la línea de la descendencia derecha.

LOCO es nombre latino; quiere decir lugar, y porque, como en el cuarto libro *De los físicos* dice Aristóteles que no puede haver lugar sin que esté lleno de algo, aquel hombre se dice loco que puramente es lugar sin tener el hendimiento que al tal lugar se requiere; que entonces no será más de loco ó lugar vacío de lo que era obligado á tener, por no ser como vasija vacía. Luego el hombre vacío de seso, prudencia, juicio, discreción y reposo, decimos que es loco, porque no es más de lugar é vasija en que estas cosas devrían estar.

LUGARES COMUNES los retóricos llaman á las vasijas en que están encerrados los argumentos; como estos vocablos útil, honesto, agradable, hacedero, son lugares de los cuales sacamos argumento para persuadir algo al pueblo. Entre las vasijas ó sillas de los argumentos aquéllas se dicen lugares comunes que comúnmente se pueden aplicar á muchas diversas causas, como para hablar del testimonio de los testigos hablaremos por testigos, diciendo que se deve dar crédito á los testigos, y el contrario argüirá que no se debe dar crédito á los testigos, por los muchos que falsamente atestiguaron.

M

MADRUGAR se compone de *mature agere*, que quiere decir levantarse de mañana para entender en lo que es menester.

MAMONA en lengua sírica quiere decir riqueza; por eso Nuestro Redemptor la puso en contra de Dios más que á la sobervia ó lujuria ó envidia, porque el dinero presume tener alguna competencia con Dios; que así como decimos que Dios es todas las cosas, así el dinero presume ser todas las cosas y dar á los hombres dignidades, casas, vestidos, comidas, honras, mercedes, señorías,

altezas y majestades, con todo el resto que con el dinero se adquiere.

MANCEBO, ó se dice [de] *manus* y de *cibo*, como hombre cevón, que es cevado á mano, ó se dice de *mancipio*, que es esclavo tomado á mano y por ser robusto se guardaba para trabajo.

MANCHA es corrupto de *marca*, y marca es la raya del reino, porque los marqueses son los marcadores que marcan los términos de los reinos.

MAÑA se deriva de *magna*; quiere decir industria, porque la industria es la maña de la obra. Que más valen pocas fuerzas con maña que muchas sin ella. En fin, la maña es la magna, y la grande, y aun la mayor parte de la obra que con maña se hace. Así como de *magnus, a, um* se derivó en romance maña, así de *parvus, a, um* se derivó parva; porque en comparación de la haza en las heras parecen pequeñas y muy parvas las parvas en comparación del deseo de los labradores; por grandes que sean les parecen pequeñas y parvas.

MARFORIO es una estatua de mármol en Roma, que está antes de la cárcel que dicen Tulliano, que se dice *Petri ad vincula*. Algunos quieren decir que esta estatua era de Júpiter Panario, de Júpiter Panadero; mas Andreas Fulvius, en el fin del cuarto libro, dice que cree él que está errada la letra, que se ha de decir Narfluvius, que es aquella estatua la semejanza del río Nar, que entra en Tíber. Que quiera que sea, tómase en el texto Marforio por la diabología de los que se precian de supersticiones; y es uso de poetas tomar unas fábulas determinadas por fábulas indeterminadas, como en la primera Sátira tomó Juvenal el juicio de Eaco y la fábula del Vellocino dorado por la vanidad de las fábulas.

MARTIROLOGIO es el catálogo de los que padecieron martirio por dar testimonio con su muerte de la fe que profesaron. En el calendario antiguo comenzavan los meses con la luna; ahora comienzan en letra cierta, comience donde comenzare la luna.

MÁSCARA se compone de *más* y de *cara*, porque hay debajo más cara de la que paresce.

MESA se dice de *metior, mensus*, porque mide al que se asienta á la mesa; no se dice mesa la tabla ni los manteles, sino lo que en ella se pone; y así ha de comer cada uno conforme á la dignidad y trabajo que tiene en la Iglesia, que de otra manera será pan perdido lo que comiere. Porque, como dice el apóstol (II Thes., II), el que no quisiere trabajar no tiene por qué comer. De manera que la mesa se dice lo que se come.

MESÓN se deriva de *mansión*, que quiere decir posada.

MIDAS fué rey de Frigia, donde fué Troya. Pidió á Baco una merced: que todo lo que tocase se le bolviese en oro, y luego se arrepintió, que el vino y el pan dice Ovidio en el libro XI que se le tornó oro, por lo cual le mandó lavar Baco en el rio Pactolo, de Lidia, y de allí dicen las fábulas que Pactolo lleva las arenas de oro. Después, siendo juez de música entre Febo y el dios Pan, dió la sentencia por Pan, y Apolo, indignado, dióle orejas de asno, porque había juzgado tan mal, etc., que es larga la fábula.

MONARQUÍA es griego; quiere decir principado de uno, como es la del rey en el reino. Otra se dice democracia, que es el mando del pueblo, que en romance se dice *behetría*. Otra es media entre éstas, que se dice aristocracia, que es el principado de los mejores del pueblo, como son las señorías de Italia.

MONEDA se dice el dinero que tiene la imagen de quien la hace acuñar, y por eso se dice de *moneo, moneta*. La moneda primera eran pedazos de metal sin figura, los cuales se davan por peso, y de ahí se llamó *stipendium* el sueldo, que quiere decir peso de metal.

MONIPOLIOS son toda la compra en grueso de una mercaduría que compra uno ó dos ó tres para darla después por menudo á los mercaderes circunforáneos. Son vedados por leyes antiguas y todavía se usan en daño de la república.

N

NADA es un nombre que tiene más en los retretes que encubre que en la montera demuestra, porque entre otras vigilias tenemos señalados quince privilegios del nada; por eso callamos aquí lo que verdaderamente sentimos del nada, hasta que declaremos en libro por sí, que intitulamos *Previlegios del nada*.

NECROMANCIA es una esciencia que quiere

decir adevinanza hecha por relación de los muertos. Esta, con todas sus compañeras, es prohibida, y pecaría mortalmente el que la usase; así como pecó el rey Saul queriendo ser informado del profeta Samuel, en cuya figura le apareció el diablo. *Negros* significa muerto y *mancia* divinación.

NEMROT fué el capitán de los edificadores de la torre de Babilonia. Fué el primer hombre que en el mundo comió carne, que dende Adam hasta entonces se comieron frutas y yerbas, que tenían más virtud que ahora tienen las perdices. Verdad es que Abel fué pastor de ovejas, y Caín cazador de montería; mas Abel comía leche y tenía ovejas por la granjería de la lana, y Caín hacía sayos de los pellejos de los animales que matava. Así todos los nemrotistas que imitan á Nemrot comen más carnes bivas que su capitán comió muertas.

NOCHES DE THULE. La isla de Thule es la más septentrional de todo el Océano, encima de Escocia. En esta isla hizo raya Ptolomeo para fenecer los climas habitables. Son tan grandes las noches de esta isla que duran veinte horas, y solas cuatro tienen de día. Levántase el norte sobre su horizonte sesenta y tres grados.

NOMBRES SINÓNIMOS son muchos vocablos que todos significan una misma cosa, como diciendo hombre y varón, voluntad y deseo. Son contrarios de los nombres equívocos, que cada uno dellos significa muchas cosas; como cuando con nombre del cielo entendemos el estrellado y el de la cama; con nombre de aguja entendemos el instrumento de coser y el aguja del animal.

O

OBJECTOS son los términos en que se terminan los sentidos y las potencias del alma; como decimos que el sonido es objecto de las orejas; el sabor es el objecto de la lengua; la color de los ojos; el blanco es el objecto del ballestero; Dios es la gloria objectiva de los santos del cielo.

OBRA OBRADA, ETC. La diferencia que hay entre los sacrificios de la ley vieja y los sacramentos de la ley evangélica, entre otras muchas hay ésta: que en la ley vieja no davan gracia los sacrificios de su cosecha si el que los sacrificava no estava en gracia; esta se dice gracia que proviene de la parte del buen obrador; mas los sacramentos evangélicos ellos tienen de suyo gracia, aunque el ministro que los administra esté en pecado mortal; porque tienen gracia por sola la obra obrada, por la virtud del instituidor dellos, que es Cristo Nuestro Señor, fuente manantial de la gracia. De manera que, aunque sería muy bien que el que baptiza ó confiesa á otro ó le comulga estuviese en gracia, no perjudica al que rescibe de su mano los sacramentos, porque ellos tienen consigo la gracia de la obra obrada; Que de otra manera nunca nos faltarían escrúpulos, si el cura que nos baptizó y el que nos confesó y comulgó estava en gracia ó en pecado mortal.

OJOS DEL ALMA. Los miembros del cuerpo son como unas letras palpables de las cosas del alma. Por donde diremos que el alma tiene sus ojos y orejas, narices y boca, manos y pies, con todos los otros miembros del cuerpo; y como no curamos del uso destos miembros interiores, por eso gustamos tan poco de las cosas de Dios. Es imposible que uno vea dos cosas: una con el un ojo y otra con el otro, estando tan juntos y siendo tan semejantes; y presumimos de emplear juntamente los ojos del cuerpo y los del alma? En lo poco que aprovechamos cognosceremos cuán adormidos tenemos los miembros del ánima, después que les han tomado la mano los miembros del cuerpo, como los gallos que cantan en sus muladares.

OMENAJE es nombre compuesto de *omen*, latino, por palabra de buen cuento, y de *agios*, griego, por sancto; luego omenaje es como si dijésemos profetizamiento sancto. Los antiguos miravan mucho en palabras y agüeros; de donde nascieron las salutaciones, así de palabra como enviadas por cartas. *Omen* se compone de *os*, por boca, y *homo*, por hombre, que significa *os hominis*, que es como si dijésemos agüero tomado de la boca del hombre.

OPINIÓN es un concepto que tienen los hombres acerca de las cosas que no están determinadas, ó si lo están acerca de unos no están averiguadas á todos. Es un mal tan grande el mal de opinión, que demás que mete la mano en los apetitos y pasatiempos hace riza sangrienta en la diferencia de

los linajes y observancias de religión. Razón y opinión son dos fuentes de los usos y costumbres que se usan entre las gentes. Los efectos y usos que tienen por fundamento á la razón siempre son menos, así como la razón nunca envejece, porque es la misma que la ánima racional. Los que se fundan en opinión de veinte en veinte años se añejan y se toman de orín como las armas al agua, como parece en la diferencia de edificios, comeres y trajes.

Los orbes celestes son como cascos de cebollas, unos metidos dentro de otros, muy más juntos que están los cascos de la cebolla. El primero cielo, de la Luna, tiene cuatro cascos. El segundo, de Mercurio, tiene cinco. El tercero, de Venus; y el cuarto, del Sol; y el quinto, de Marte; el sexto, de Júpiter; y el séptimo, de Saturno, tienen cada tres cascos. El octavo cielo estrellado, con el nono y décimo y con el empíreo, no tienen más de cada sendos. Por esta comparación de los orbes ó cascos de cielo dijo el refrán: hacer de cielo cebolla.

P

Pagano: véase en la dicción *Escudero*.

Paje es griego, desatado el diptongo de *ai* de *pais*, que quiere decir *puer* en latín y *muchacho* en romance.

Palabra es nombre griego de *parábola*, y parábola es comparación, que es el libro que dicen de su aldea los hombres en que pudiesen entender los misterios sagrados.

Palacio es nombre de una ciudad en Arcadia que ahora se dice Morea. Desta ciudad Palacio salió Evandro, y edificó una casa magnífica en un monte de Roma, al cual llamó palatino, de aquella ciudad, y á la casa llamó palacio; y á esa semejanza todas las casas magníficas de los reyes y grandes señores se llaman palacios, y las mejores piezas de las casas particulares se dicen palacios, y en los palacios se dicen salas. Pluguiese á Dios que saliese la diabología de la gentilidad de los palacios que presumen más de gentiles que de cristianos.

Panegírico es un catálogo en que se suman todas las virtudes y excelencias de que uno se puede preciar.

Panteón fué en Roma un templo, que según escrive Plinio en el cap. III del libro XXXIV, y en el XV del libro XVI, edificó M. Agripa, yerno de Augusto César, en honra de Júpiter Vengador. Ahora se dice Santa María la Redonda, porque el templo es de figura redondo.

Paralipomenon son dos partes en griego; quieren decir *relictis* ó *reliquis;* conviene á saber: las cosas que en los libros de los Reyes se dejaron por escrivir, se especificaron en dos libros de los hechos que se juntaron después de los cuatro de los Reyes.

Paraninfo quiere decir casamentero ó padrino de las bodas. Diferente cosa es el paraninfo del architriclino, que era el principal de los convidados á las bodas, en las cuales como de costumbre se pusiesen tres mesas á manera de refitor de colegiales ó frailes. El principal de todas tres se decía *architriclinos* en griego, como en el colegio es el rector, y en el convento el guardián, abad, prior ó ministro. *Triclinos* quiere decir tres mesas, y *triclinum* el refitor en que están.

Parroquia es nombre griego: en latín quiere decir *domus prebitoria* y en romance se dice *perrocha*. Havía una costumbre, que á do quiera que fuese embajador ó mensajero romano le havían de dar cuanta leña pudiese quemar y cuanta sal pudiese comer él y su gente de balde. Entonces no amasavan el pan como ahora, por lo cual también salavan cada bocado de pan que comían, como las tajadas de carne, especialmente que la sal no era simple, sino compuesta, como acá es la sal y pimienta. El que tenía cuidado de dar á los romanos la leña y la sal se decía *parrochus*, que quiere decir el repetidor. Esta costumbre tocó Horacio en la 5.ª Sátira del primer libro. A esta semejanza se dice acá la iglesia de una colación parroquia, y el que da los sacramentos se dice *parrochus*, porque no ha de llevar dinero por ellos. Por la leña entenderemos la materia de los sacramentos, y por la sal, la gracia que siempre acompaña á los sacramentos; danse éstos á hombres romanos que caminan en esta vida debajo de la subjeción del romano Pontífice.

Pasos de romería quieren decir pasos sanctos, cuales eran los de la sancta peregrinación, la cual se llama romería, de Roma, más que Jerusalenería ó Sanctiaguería, por la excelencia de los sumos Pontífices que con-

cedieron jubileos en Roma. Cuando Cristo mandó á los apóstoles que fuesen por todo el mundo, añadió que fuesen á predicar el Evangelio. De donde paresce que la romería sin fructo de predicación ú otra cualquiera causa legítima no es mandada absolutamente por sí. De donde no daría buenos pasos de romería el que dejase á su mujer y á sus hijos en tanta necesidad que cuando volviese de la romería hallase á su mujer en la ramería; él viniese muy cargado de cuentas y sanctas, y ella muy rodeada de la gente non sancta.

PELEA se deriva de *pello, is,* por alanzar de sí, como el que pelea alanza al enemigo.

PENA DEL TALIÓN es la pena del tanto que deven dar al falso acusador lo que merecía el acusado, si verdaderamente fuera culpado.

PENISLA es la tierra que no está de todas partes cercada de agua, como es la Morea y la Escancia, debajo cuasi del Norte.

PHITONISA es la mujer endemoniada. En la escriptura sagrada se aspira la *p* tenue de los griegos, como philisteos de palestinos, así phitón de pitón. Escrive Diodoro Sículo en el primer libro de los hechos de Filipo, que un día en un barranco donde ahora está edificada la ciudad de Delfos, guardava un pastor cabras, y una, parándose al resquebrajo, saltó tanto que cayó dentro, y tras aquélla otra, y otra, hasta que él hizo lo mismo; los de la tierra cayeron en la cuenta, é hicieron allí una torre de madera y ataron allí con cadenas una doncella, y aquélla llamaron Pithia, en la cual todas las veces que le demandavan oráculos se revestía el diablo debajo de nombre de Apolo, y de poco en poco fué tan célebre aquel oráculo, que se edificó allí la ciudad de Delfos. Lo que la escriptura profana dice Pithia, dice la sagrada Phitonisa, como fué aquella muger á quien el rey Saul pidió que le resuscitase al profeta Samuel.

PIES EN LAS MANOS es refrán castellano del que lleva presentes de perdices ó de cualquier aves, cuyos pies lleva en las manos.

PIRÁMIDES eran en Egipto unas torres ahusadas como pilones de azúcar, en cuyas cumbres estavan las cenizas de los reyes de Egipto.

PLEITO es vocablo castellano antiguo, que en un tiempo quería decir concordia, como paresce en las leyes del Fuero Juzgo; y de ahí viene pleitesía y pleito homenaje, concordia de agüero sancto, y ahora van tan travados y tan mal tramados los pleitos, que no hay cosa tan contra concordia como es el pleito, que por vía de apólogo podríamos decir que el pleito se casó con la pleita, cuyas arras y dote fué que, á no faltar esparto y dineros, procediesen siempre adelante; y el hijo legítimo que hereda la casa del mayorazgo se dice proceso, porque nunca acabe el diablo de proceder. Cayendo en esta cuenta, el rey D. Pedro de Portugal, que incidía en el tiempo del rey don Pedro de Castilla y del rey D. Pedro de Aragón, mandó que todos los letrados y procuradores aprendiesen oficios de nuevo en que pudiesen ganar de comer, por hacer parar el proceso de pleito inmortal; y el rey Matías, rey de Hungría, con pregón público mandó que todos los letrados saliesen de Hungría, como lo escrive Luis Vives en el séptimo libro *De corrupt artibus*, y luego quedó el reino en paz. La misma hazaña tentó la Reina Católica en Salamanca, y cesó su buen espíritu, con que procurava la pacificación del reino, con el consejo que tomó de letrados; por cierto que dijo bien el que dijo: *Malo rem perdere quam contendere*; más vale mala avenencia que buena sentencia.

POLILLA es nombre sincopado, que es contrecho de en medio de *populilta,* el cual se deriva de *populor, popularis*, por destruir, como dice Virgilio en el primero libro de la *Georgica: Populatque ingentem acervum curgulio*; que el gorgojo destruye gran montón de trigo.

PONZOÑA se deriva de *potione*, donde viene *potionatus* por emponzoñado. Suetonio, capítulo IV del cuarto libro, dice así: *Creditur J. C. Caligula potionatus a Cesonia uxore amatorio medicamento.*

POROS DEL CUERPO son unos agujeritos tan menuditos, que no hay vista humana que los pueda divisar; por ellos salen los pelos y el sudor, y por ellos entra y penetra el aire. Y porque el calor abre y el frío aprieta, es muy más dañoso un aire y un resfriamiento de estío que dos del invierno. Esto veremos si en el invierno, cuando hiela mucho, derramamos dos calderas de agua, una hirviendo y otra fría: muy más presto se he-

lará la hirviendo que la fría, porque por razón del calor tenía los poros más abiertos por donde la penetrase el frío que la fría que los tenía cerrados.

PUERICIA quiere decir puridad de costumbres, de donde se derivó *puer* por el muchacho, como los juntó Horacio en la segunda epístola del primero libro: *Nunc adbibe pulso pectore verba puer.* Ahora no hay cosa más impura que los muchachos de nuestra era; mucha parte es la mala crianza de los padres descuidados.

Q

QUILATE es un grado de precio y estima, el cual es tan escondido al vulgo, que por eso se dijo quilate de *equi* y de *latet*, que quiere decir el grado que está escondido.

QUIROMANCIA es una esciencia por la cual dicen los quirománticos que adevinan por las rayas de las palmas, y traen en su favor lo que dice Job en el cap. XXXVII: Que señala Dios en la mano de todos los hombres, para que cada uno conozca sus obras por las rayas de sus palmas; mas aún los mismos quirománticos las ignoran y no se conciertan en sus reglas que dan; demás que no entienden que en la Scriptura sagrada se toma mano por la libertad del libre alvedrío, y así dice Job: que en la intención de su libre alvedrío cognoscerá cada uno su obra.

R

REFRÁN es lo que en latín se dice *proverbio*, que quiere decir *procul verbum,* palabra que va de boca en boca, y de un propósito particular se derivó en significación universal, y así se dirá que fué lejos del propósito de su primera intención. En romance se dice refrán deste verbo *refiero*. Luego tanto es refrán como referirán, porque muchos en diversos propósitos refieren un mismo refrán que fué dicho á uno.

REGALAR se compone desta proposición *re*, latina, que significa retorno de la cosa ya hecha, y deste nombre griego *gala*, que quiere decir leche. Luego tanto querrá decir regalar como relechar, y regalo como relechamiento, porque el que se regala torna á la leche de niño con que se mantuvo primero. Escrívese en el cap. XXI del *Génesis* que Abraham hizo un gran convite el día que destetó á su hijo Isaac, por el placer que tuvo que ya salía de niño; y los que se regalan todo el tiempo de su vida aguardan el convite de sus personas para destetarse en la muerte, pues antes no determinan de dejar la leche del mundo, que tan bien les sabe. Por cada uno destos tales se dirá lo que dice Isaías (Esa., XLIII): que morirá el niño de cien años, como el pecador maldito. Estos se dicen de gala por leche galanes, que quiere decir lechones y cevones del mundo, que parece que los engorda y ceva el diablo para hacer antipodio y plato con ellos á la insaciable hambre que tiene de hacer mal al género humano. Conviene luego que se desteten de una, y dejen ya la gala, que es la leche sabrosa del mundo, pues es fe católica que el reino de Dios no es de la hechura del reino del mundo. Deste nombre gala se dice en griego *galacia* una banda de muchas estrellas que los rayos de las unas confunden á los de las otras, y el vulgo piensa que galacia quiere decir Galicia, y por eso llama aquella vía de estrellas el camino de Santiago que [es] en Galicia.

REGLA MAGISTRAL es una determinación clara de las cosas que pertenecen á la Escriptura sagrada, de las cuales escrivieron Ticonio y Sancto Augustín en los libros de doctrina cristiana. Después escribió Carolo Bonillo siete libros, que intituló *Cuestiones Teológicas,* y Joannes Driodonis cuatro libros *De Dogmatibus ecclesiasticis*, y Santes Pagninus un libro que intituló *Isagoge*, que quiere decir introducción.

RELIGIÓN no se dice, como piensa M. Tulio en el primero libro de *Natura deor.*, deste verbo *relego*, por releer, porque las cosas de la religión se deven leer y releer muchas veces, mas derívase deste verbo *religo*, por reliatar, porque la religión ata y riata al religioso: al cristiano reliata á los artículos de la fe, y al religioso profeso reliata á los consejos evangélicos, demás de los artículos, y á las reglas de la orden que profesa.

RESPECTO es la intención que tenemos de una cosa por otra, como en la pasión dijo Cristo Nuestro Redemptor (Psal. XII), *Deus, Deus meus, respice in me;* O Padre eterno, mirad en mí, mirad á los míos no en sí, sino en mí; porque si en sí los miráis,

hallaréis que no hay quien haga bien; por consiguiente, hallarlos heis más merecedores de pena que dignos de premio; por eso, eterno Padre, os pido que los miréis en mi pasión, de cuyos méritos yo les hago gracia tan por entero, que todo el premio esencial que por mi pasión yo merezco, le merezco y merecí para ellos; por eso, Señor, *respice in me:* miradlos, Señor, en mí, y tenedlos en memoria por mi respecto.

REVESES son los enveses interiores respecto de las haces exteriores; dícese de *reversus*, y de ahí revesado por reversado y revuelto, como decimos de transverso travieso y de quieto quedo.

RICO es nombre gótico; quiere decir hombre arrentado ó á lo menos hacendado. Hay una diferencia: que cuando este nombre rico se pospone, significa hombre hacendado y adinerado; mas cuando se antepone, como diciendo ricos hombres, significa los nobles é principales del reino, en quien después sucedieron los condes y marqueses y duques. De aquí es que doña Costanza, hija del rey don Enrique, que por sobrenombre se llamó el noble, la cual casó con el infante don Juan, hijo del rey de Portugal, se llamó la rica hembra, que entonces era el mayor ditado que de rey abajo se podía dar á hombre.

RITO quiere decir cualquier ceremonia de religión, ahora sea verdadera ó falsa, cuales fueron los ritos de los gentiles y ahora son los de los moros.

ROMANCE es adverbio que se deriva de *romane*, por hablar romanamente; porque tenían una ley los romanos: que no oyesen á los embajadores en otra lengua que la romana.

ROMERÍA (véase en este vocablo *Pasos de romería*).

RUIN quiere decir hombre caedizo de su dignidad, autoridad ó palabra, y aun de su salud. Derívase deste nombre *ruina*, por la caída, y ruina, de *ruo*, por caer.

S

SACERDOCIO es la dignidad sacerdotal, y el beneficio que el sacerdote tiene, *sacerdotia*, se toma en latín por *beneficia*. Benefició Dios á los sacerdotes sobre el número de diez, pues mandó que once tribus dezmasen al tribu de Leví, donde cada tribu quedava con nueve y el de Leví con once; y aunque el levita era como el doctor de la ley, era de menos dignidad que el sacerdote cuanto es menos enseñar que obrar lo enseñado.

SAGRA era cerca de los gentiles el término en que sacrificaban á sus ídolos, que estaba fuera de los pueblos, en bosques sagrados. Y porque Toledo, en tiempo de gentiles, se preciava de imitar á los romanos, puso nombre á la puerta por donde salían á sacrificar como tenía la puerta de Visagra en Roma, como dice Horacio en la sátira 9.ª del primero libro: *Ibam forte vía sacra sicut meus est mos;* Ívame yo paseando por la puerta de Visagra, como es mi costumbre. El cerro del campo Aguila, con el campo adyacente, se decía la Sagra, que era el bosque en que sacrificavan los toledanos antes que Sancto Eugenio viniese á Toledo.

SANCTO antiguamente no se tomava por sancto canonizado, sino por lo que ahora decimos hombre de pro, y en este significado le toma Sant Pablo en todos los lugares que habla de hombres bivos. Y porque algunos que se tuvieron en la reputación humana por hombres de bien fueron tan sobervios que se condenaron, dijo San Gregorio (si es dél, que no lo he hallado sino allegado en la canonización de San Buenaventura) que muchos cuerpos de sanctos se honran en las tierras cuyas ánimas padecen en los infiernos. No tomo allí sanctos por los que la Iglesia tiene canonizados, porque el decreto de la Iglesia regida por Espíritu Sancto no puede faltar. Mas tomo sanctos por hombres que al parecer de la gente, conforme á las obras exteriores, los tenían por hombres de bien y por sanctos, á la manera que el vulgo llama sancto, que ve hacer obras de sancto.

SATÉLICIO es acompañamiento. De verdad que el verdadero acompañamiento es el de las virtudes, junto con la afabilidad y cortesía, que es salvoconducto del mundo y escudo de la enemistad.

SAZÓN se deriva de *satione*, por la sembrada; porque así como la sembrada quiere ser hecha en su tiempo, así todas las cosas quieren su oportunidad y sazón.

SCISMA se deriva del griego *schisma*, por división; por donde los scismáticos son los rompedores de la unidad, y de ahí se derivan los chismosos, porque dividen la con-

cordia de los pacíficos, porque chisme viene de *schisma*.

SELVA DE MALES significa multiplicación de males, así como la selva está llena de diversas maneras de árboles silvestres. En latín se dice *silva*, que quiere decir montaña y materia, como es el término de la Sisla, cuyo nombre es corrupto de silva.

SEMANA se compone de *septem mane*, que quiere decir siete mañanas, tomando mañana por todo un día. La semana resulta del número de los siete planetas, cada uno de los cuales tiene la primera hora de su día, que comienza con el nascimiento del sol. El Sol tiene la primera hora del domingo. La Luna, la primera del lunes. El Mars, la primera del martes. El Mercurio, la primera del miércoles. El Júpiter, la primera del jueves. El Venus, la primera del viernes. El Saturno, la primera del sábado, y la segunda el siguiente, é la tercera el tercero, hasta acabarlos y tornar á encomenzar el número de los planetas, descendiendo dende el supremo, que es Saturno, hasta la Luna.

SENATUS dice Ovidio en el quinto libro de los *Fastos* que se dice deste nombre *Senex*, porque el Senado es congregación y Ayuntamiento de viejos. Si fueran buenos los mancebos para governadores llamárase *juvenatus*, de *juvenes*, que quiere decir hombre mozo en edad. De aquí es que en la Escriptura sagrada se lee *Seniores populi*, que son los ancianos del pueblo, por los jueces y regidores.

SENTIDO COMÚN es el que juntamente juzga muchas diferencias, como la vista juzga color, tamaño é figura, y juzgan el dulzor de la miel y el amargor de la hiel. Por virtud del sentido común son los hombres discretos; y no es otra cosa ser necios y tontos sino carecer del uso del sentido común, como lo vemos claramente en los niños.

SÉR INDIVIDUAL es el sér particular y proprio de cada uno del cual no comunica otro. Sér hombre no es sér individual, sino sér específico. Mas el sér de Pedro es sér individual, porque no comunica el sér que tiene Pedro con el sér de Juan. Y porque sola una cosa es necesaria, la gracia es el vínculo y la espiritual atadura con que en Dios se juntan los seres individuales escogidos, aunque es muy mayor la participación y comunicación que en Dios tienen los buenos que la que pueden tener entre sí.

SERPIENTE HIDRA. Fingen los poetas que una sierpe estava en una laguna en Arcadia, que ahora se dice la Morea, que destruía toda la tierra, hasta que vino Hércules, y, cortándole una cabeza, crecíanle dos, por lo cual acordó de así como iva cortando cabezas pegar luego fuego á la sangre para que se cuajase. La alegoría es que hidra quiere decir agua; serpiente quiere decir extendída por vega. Las cabezas de esta agua eran muchos manantiales; ocupaba más de diez leguas. Atapando Hércules un manantial reventava el agua por dos, hasta que procuró meter tanto fuego por los manantiales que rehuyese el agua por otros mineros y dejase los acostumbrados. Por esta serpiente entendemos la herejía; por los bivoreznos entenderemos los herejes, que, por ser estimados, quieren ocupar los corazones de los plebeyos; deven ser consumidos y asolados con el socorro del fuego antes que destruyan la buena tierra. Por cierto que si huviera en Alemania la diligencia y celo de la religión que hay en España, no se extendiera la serpiente lutera con todo el ovaje de bivoreznos; porque ya que presumiera de enclocarse, con el fuego que les pegavan le salieran hueros todos los huevos que presumiera poner.

SIMÓN fué un mágico que presumió competir con San Pedro. Este, viendo que por la imposición de las manos recebían los cristianos el Espíritu Sancto, quiso comprar por dinero aquella virtud, y entonces le respondió San Pedro: Mal provecho te haga tu dinero, que pensaste que el don de Dios se posee por dinero. Deste Simón se dice simonía la compra del don espiritual por precio temporal, y es de notar una cosa: que la maldición que entonces echó San Pedro la echó primero sobre el dinero que sobre la persona; y de verdad quedó tan maldito el dinero de simonía, hasta que hoy nunca se vido semejante dinero morir bien logrado, que por aquí ó por allí se cuela entre las manos; y por más rentas y rentas que tengan los simoníacos, siempre los veremos adeudados y tan enredados y entrapazados, que ni sabréis por dónde ni por dónde no, entre ojos y cara, gastan sus rentas y las ajenas; y no miran los pecadores que los alcanza de alcance la maldición de San Pedro, que dijo: *Pecunia tua tecum sit in perditionem*.

SINGULARIDADES son unas presumpciones con que presumen los hombres vanos de particulares excelencias que no sean comunes con otros. De aquí manan los herejes, que con tal de ser nombrados y conocidos de todos quieren ser auctores de novedades en la Iglesia de Dios. Paréceme que hacen lo que hizo un pastor zafio de Efeso, que una noche pegó fuego al templo de Diana Efesina, que era el más rico que entonces havía en el mundo; é inquiriendo quién havía pegado el fuego, salió él muy agudo diciendo que él lo havía pegado. Preguntado del Senado de Efeso por qué lo havía hecho, respondió: Pues yo no podía ser conoscido de vosotros por excelencia de alguna virtud, á lo menos determinéme á que me conociésedes por excelencia de vicio. Desta manera hacen todos los ruines, que presumen de ser singulares, que ya que por bien no pueden ser conoscidos, procuran ser conoscidos por el mal.

SIRTES DE ARENA son unos grandes arenales que hay entre Judea y Egipto, cuya arena es tan menuda que la trae el iscoto á unas partes y á otras á manera de olas de agua y envuelve á veces á los caminantes y échales un monte de arena encima; destos tales hombres así muertos se hace la carne momia.

SUPERSTICIÓN es una diabología ó cerimonia gentílica con que los gentiles pensavan aplacar á sus ídolos. Escrive M. Tulio en el primer libro *De Natura deorum*, que la superstición comenzó de una particular vanidad, y que de poco en poco se extendió á tomarse por cualquier rito y cerimonia de religión sana. Dice que tenían una opinión falsa los hombres que librarían mal los padres cuando muriesen si sus hijos no quedavan después de sus días dellos, para que después de defunctos los hijos les cerrasen los ojos; y por eso no havía estación de ídolo, ni cerimonia, ni plegaria que no hiciesen con tal que sus hijos quedasen vivos después de sus días; y porque los que quedavan en la vida después de la muerte de otros en latín se dice *superstites*, dice M. Tulio que por eso se llamaron los padres supersticiosos, porque hacían mil votos, plegarias y cerimonias porque les quedasen sus hijos *superstites* después de sus días. Esta costumbre tocó Ovidio en la carta que escrivió Penélope á su marido Ulises hablando de su hijo Telémaco. Dijo desta manera: *Dii precor hoc faciant ut, euntibus ordine fatis, ille meos oculos comprimat, ille tuos;* Plega á Dios que yendo por su orden los hados nuestro hijo Telémaco cierre mis ojos y cierre los tuyos, cuando quedando él vivo nosotros muriéremos. En el primero libro *De los fines* dice M. Tulio que no puede estar la conciencia sosegada del hombre supersticioso.

SUS es un adverbio local que lo mismo significa en romance que en latín. *Sus* quiere decir alto, arriba. En latín se dice *susque deque fero*, por trastornar la casa é la cosa arriba y abajo.

T

TALENTUM no era una simple moneda, como ahora es real ó ducado; mas era suma de monedas, como ahora decimos mil ó cien mil ó cuento de maravedís. Qué tanta suma haya sido el talento no se puede saber limitadamente, porque ansí se mudan las monedas como los trajes. En el evangelio se toma metafóricamente talento por obligación de obra conforme á los espirituales y temporales que recibe el hombre para augmentarlos en servicio de Dios y descargo de su consciencia y provecho del prójimo. *Enterrar el talento en tierra* es emplear la habilidad natural y gratuita en las cosas de la tierra y del mundo, y no ganar espiritualmente con ellas.

TAZ POR TAZ son conjunciones bárbaramente derivadas de *tam por tam*, que quiere decir tanto por tanto, adonde notaremos que la *z* sirve por *m* por el correr de la letra tirada; que la *z* nunca valió por *m* sino en la falsa opinión de los que no miran que los notarios abreviadores por escrevir muy apriesa suelen derrengar las letras de su compás; y por escrevir apriesa la *m* derrengaron al principio las piernas de tal manera que parecía una *m* atravesada de la siniestra mano á la mano derecha, y de poco en poco hicieron la misma figura de la *m* derrengada de alto á bajo, hasta que tomó la figura de la *z*, y de ahí quedó taz por taz por tam por tam. Bien dice Ovidio en el libro XV: Que todas las cosas se mudan y no hay cosa que persevere en el mundo. Escrive M. Tullio en el primero libro *De la devinación* que si el puerco emprime su hocico en tierra deja

formada una *a*, y vemos ahora que la señal que dejaría el hocico del puerco es desemejante á la *a* que ahora usamos; por donde diremos que así como claramente vemos que está mudada la *a*, podremos barruntar que están mudadas las otras letras; y es providencia de Dios que todas las cosas se muden, por que no pensemos fijar nuestras voluntades en las cosas de acá.

TEMPLARIOS eran los cavalleros de la orden de la Cruz. Comenzaron el año de mil ciento veinte en Jerusalem; llamáronse templarios porque guardavan el templo del sepulcro de Nuestro Redemptor. Estavan dispuestos en ciertas estancias para acompañar á los peregrinos que ivan á visitar la casa sancta de Jerusalem; por el cual oficio les acudían casi de toda Europa con grandes limosnas y dones. La regla que estos guardavan compuso San Bernardo; después á cabo de doscientos años degeneraron de la regla que San Bernardo les havía dado, y diéronse á una vida muy disoluta, por lo cual el papa Clemente V los desautorizó, y todos sus bienes y raíces se aplicaron á los caballeros de Rodas y á otras casas de religiosos particulares. Aquí en Toledo tenían un monesterio con la advocación de Santo Servando, que ahora se dice el castillo de San Cervantes, junto á la puente de Alcántara.

TESORO ENCANTADO es el tesoro rodeado de cantos. Entre otras abusiones del vulgo es una que piensa que hay tesoro encantado. Ayudan á este engaño dos argumentos: el uno es el vocablo, que piensa que encantado es conjurado ó encomendado á algún espíritu familiar que lo guarde; el otro es que en muchos lugares halla ceniza y carbones debajo de tierra, por donde, en prueva de su tonta credulidad, dice que como no era su dicha toparse con el tesoro se le convirtió en carbón y ceniza. A esto diremos que el tesoro que se absconde debajo de tierra en tiempo de guerra, ó lo que en tiempo de paz esconden los avarientos, se suele guarnecer alrededor de piedras y cantos; luego tanto querrá decir encantado como bien rodeado de cantos. A lo segundo respondemos que, porque el carbón y la ceniza nunca se pudren debajo de tierra, aunque pasen cinco mil años sobre ellos, por eso fué aviso antiguo de los que enterravan tesoros echar ceniza y carbones á ciertos trechos distantes por ciertas medidas del lugar del tesoro, y aun en el lugar del mismo tesoro, porque cuando tornasen á cavar atinasen por la señal de la ceniza. Y de aquí es que cavando en hondo en las heredades se hallan ceniza y carbones, porque los antiguos los solían echar en las lindes que partían unas viñas de otras.

TILDE está corrupto de *título*, que es el título de la letra sobre que está; también se dice *apex* en latín.

TIMIAMA en latín se dice *suffitus* ó *suffimen*; en romance se dice *perfume*, que es el humo que sube del sacrificio encendido, cual será el humo del incienso. El cual no tiene nombre en romance. En latín se dice *tus* sin aspiración de *h*, de *tusus*, *a*, *um*, como lo nota Servio; nosotros le nombramos del fin para que es, y de *incensum*, en latín, se dice incienso en romance, porque es encendido. También se dirá incienso porque de su naturaleza es muy caliente, y de verdad consume los humores, como vemos por experiencia que los que tienen dolor de muelas y encías y humedades que les andan fructuando en el cuerpo, quedan sanos y horros de médico y boticario si al tiempo del acostar se tragan dos ó tres granitos de incienso, ó uno mediano que valga por tres pequeñuelos.

TIMOR INITIALIS es un temor de principiante, que sirve del a b c del amor de Dios; y por eso dijo el psalmista (Psal. CX): Que el principio de la sabiduría es el temor que se tiene del Señor. No dijo que era la perfección de la sabiduría, sino que era el principio para comenzar á saber; porque de verdad Dios más quiere ser amado que temido, aunque el temor reverencial siempre se compadece con el amor. De donde, cuando dijo San Juan, hablando de las excelencias de la caridad en el cap. IV de su epístola, que la perfecta caridad echa de sí el temor, entenderemos que alcanza el temor servil y el inicial, mas no alcanza el temor reverencial, sin el cual no están las potestades del cielo, como en el prefacio de la misa lo canta la Iglesia.

TOQUE se dice de *cote*, por aguzadera, por una figura que se dice transmutación de letras, porque en una piedra que es semejante á aguzadera se toca el oro á manera que quien aguza un cuchillo. Esta se llama en

latín *lapis lidius*, piedra de Lidia; porque en Lidia, que es en Asia la Menor, hay mucha copia de toques.

TRAGAR es vocablo griego que quiere decir comer. En castellano hay muchos nombres y pocos verbos, como son tragar, tomar, trepar y roncar y topar, que significan lo mismo en romance que en griego.

TRAGEDIA es una representación luctuosa en que ordinariamente se representan muertes de grandes; llamóse tragedia porque así como ahora corren la joya, así entonces todos los personajes de la tragedia apostavan entre sí quién representava mejor su persona, y la joya desta contienda dice Horacio en la *Poética* que era un cabrón. Porque cuando se inventaron las tragedias aún no era usado por todas las partes del mundo el dinero, parecióles á los antiguos que era buena joya un cabrón, el cual en griego se dice *trax tragos*, y *ode* quiere decir canto. Luego tragedia querrá decir cantar á porfía por ganar el cabrón.

TRIUNFO quiere decir vencimiento, y *trofeo* quiere decir señal de victoria, como son las armas de los escudos, que nacieron de los triunfos. De aquí se llamó el juego de las basas de naipes triunfo de triunfo. En donde podremos notar que los oros y copas valen más mientras son menos, para darnos á entender que el que menos tiene en este mundo triunfa del que tiene muchos tesoros, y el que menos beviere triunfará de la Venus, porque dice Terencio: *Sine Cerere et Bacco friget Venus;* en el comer y bever templado se resfría el incendio de la lujuria. Demás desto, notaremos que en el juego del triunfo si juega uno á uno no tiene quien le levante, que si dice no la quiere, se ha de echar en la baraja, y si juegan dos á dos compañeros, aunque el uno diga no quiero la carta envidada, puede el otro decir yo la quiero, y el quiero del un compañero levantó al no quiero del otro; así el ángel, porque no era más de una substancia, cuando no quiso acudir á la gracia é dijo no la quiero, cayó en la baraja de la confusión del pecado, y por eso su pecado fué irremediable, porque no es más de una substancia espiritual; mas el hombre, porque aunque es una persona es compuesto de dos substancias, como si cada naturaleza fuese un compañero, cuando la sensualidad dice no la quiero, diciendo: no quiero el sermón, no quiero el ayuno, no quiero el trabajo, acude el segundo compañero de la razón: no desmayes, compañero, que yo la quiero, y no os echéis, que tengo tres matadores acompañados de rey y punto callado; tengo fe, esperanza y caridad, que son los matadores de los pecados; tengo rey, que es el libre alvedrío, y el punto callado, que vale más que todo, que es la pasión de mi Señor Jesucristo.

TÚNICA en un significado quiere decir la comida y en otro el sayo. Sant Juan en el capítulo XIX le tomó por sayo. En el cual lugar se deve notar la phrasis ó la manera del hablar de los griegos, acerca de los cuales la conjunción copulativa suele copular los apuestos del verbo primero, no haciendo mención del verbo más cercano á la conjunción, como le hacen los latinos. Esta manera de hablar que en la lengua griega se usa, en algunos lugares se la dejó Sant Jerónimo, uno de los cuales es el presente, cuyas palabras son: *Milites ergo, cum crucifixissent eum, aceperunt vestimenta eius et fecerunt quatuor partes, unicuique militi partem et tunicam.* Aquella conjunción copulativa *et* no cupula al acusativo *tunicam* con el acusativo *partem*, porque no depende del verbo más cercano, que es *fecerunt;* mas conforme á la manera de hablar que dijimos de los griegos, que en la oración de dos verbos muchas veces la conjunción copula é ayunta á los casos del verbo primero, aunque esté después del verbo segundo, copula al acusativo *tunicam* con el acusativo *vestimenta*, porque se rige del primero verbo *acceperunt*. Luego ordénase desta manera: *Milites acceperunt vestimenta eius et tunicam, et fecerunt quatuor partes*, etc., porque Nuestro Redemptor no tenía más de una túnica tejida sin costura; sobre la cual los gentiles, por no partilla, echaron suertes quién se la llevaría entera, y nosotros cristianos querémosla romper con la scisma de linajes y vandos y competencias de letras y mayorazgos.

V

VANAGLORIA es la presumpción que no tiene fundamento en que estribe. Por eso dijo el apóstol (I Cor., IIII): Qué tienes, hombre, que no hayas recebido? Y si es así que lo

recebiste, de qué te glorias como si no lo huvieras rescebido? Lo peor que hay en la vanagloria es, que no solamente es vana sin fundamento, mas de allí toma el hombre sobervia de donde havía de tomar argumento de humildad; porque mientras uno más recive más deve, y por consiguiente queda obligado á tener más subjección á aquel de quien más recibió. De aquí se sigue que el cavallero noble es obligado á tener más humildad que el labrador abatido. Más obligado es á tener humildad el perlado que el mozo del sacristán; más obligado es á tener humildad el hombre justo que el público pecador, porque cada uno déstos rescibió más que su inferior. Y es tanta la malicia de la presumpción, que el rico presume de hacer guerra al pobre, y el noble al despreciado, y el que en sus ojos es justo al disoluto, y el que tiene mando al que es acosado de todos.

VANQUETE se dice el convite tan general de todos que no abastan sillas para todos los que vienen á comer, por lo cual fué ahorro de asientos el uso de los vanquillos, que por diminución de vancos grandes se dicen vanquetes, que ocupan menos lugar y caben más que las sillas, en las cuales no se rescibe el aprieto que en los vanquetes. No obstante esto, diremos que vanquete es nombre griego derivado de *Bacco*, que ellos pronuncian *Vancho*, que quiere decir vino. De donde vanquete será como borrachete, porque se emborrachan en los vanquetes. Demás que los vanquetes gradúan á los convidados, que en ellos se asientan el común de los bachilleres, y en las sillas medianas los licenciados, y en las de espaldas atarceadas los doctores del mundo; porque los grados que se dan en palacio no pasaron la puente del río Secuana de París. Miren los que hacen vanquetes que, demás del peligro á que se ponen por cumplir con el QUÉ DIRÁN de la gala y leche del mundo, en días de ayuno dan de cenar á los que de hecho havían de ayunar. Por ellos se dirá el refrán: del pan de mi compadre gran cántico á mi ahijado. De verdad que aunque sean señores temporales no se escapan de ser despenseros, y que han de dar cuenta de todo lo que hurtaron é quitaron á los pobres para cumplir con la gala del plato que hacen al mundo, y no miran que juntamente con el vanquete de sus mismas almas hacen plato al diablo. Escrive Helio Lampridio que el emperador Heliogábalo, que fué el veinte y tres dende Julio César, año de doscientos veinte, no pudiéndose defender de los muchos convidados que á su pesar ivan á comer á su casa, ordenó hacer unos vancos de fuelles llenos de viento, tan altos que el que se asentase en ellos para comer tuviese los pies pendientes, hechos por tal artificio que poco á poco se les pudiese sacar el viento; un día solemne vino muy acompañado, é hizo asentar á los cavalleros en aquellos vancos, y antes del medio de la comida mandó desfollar los vancos, é poquito á poquito les ivan sacando el viento sin que lo sintiesen los convidados, hasta que de poco en poco les parecía que se subían las mesas, hasta que ya llegaron con los pies al suelo; é viendo que tenían las cabezas debajo de las mesas, sintieron la burla y quedaron tan corridos que nunca más ni ellos ni otros volvieron á ser convidados, aunque más los convidava el emperador.

VASALLO es un nombre compuesto de dos latinos *vas*, por fiador, y *alius*, por otro, porque es otro fiador. Para entender esto es de saber que hay dos maneras de dominios: El señor del suelo tiene el dominio que dicen directo, porque es el dominio derecho y fundamental; el que es señor del edificio tiene el dominio que dicen útil, porque puede usar del edificio con que reconosca al señor del suelo. El dominio útil del edificio se dice en griego *enfiteosis* y en romance se dice *mejoramiento*, porque el tributario se obliga al mejoramiento del edificio. Este enfiteota ó mejorador se dice en castellano *vasallo*, que quiere decir segundo fiador, porque así como el señor del suelo, sin obligarse por carta, queda obligado á tener en paz el suelo que da á su tributario ó vasallo, así el tributario ó vasallo se obliga por carta á tener en pie el edificio. Si el suelo se pierde, queda libre el señor del edificio á no responder con parias al señor que no le guardó el suelo, porque por eso no hizo escriptura de guardalle el suelo, porque estava la pena de molde, que es perder el dominio directo que al suelo tenía.

VEGA es latino de *vaga planities*, que es lo que en las aldeas llaman egido, adonde sale la

gente del pueblo á espaciarse los días de fiesta. Por cierto que bien mirado es vaga la vega que hace divagar el acuerdo que en los días de fiesta habían de tener los cristianos: piensan que con oir misa cumplen con todo lo que son obligados, y no miran que en la fiesta concurren dos preceptos, uno de los diez mandamientos de Dios y otro de la Iglesia. Verdad es que el que oye misa cumple con lo que manda la Iglesia; mas quédale de cumplir con el mandamiento de Dios que le manda: *Sabbata sanctifices.* La vega le hace tan vago, que es ocasión á que no se acuerde de la obligación que tiene á cumplir con el mandamiento de Dios, el cual consiste en el reconocimiento actual, con que no haya repugnancia de culpa presente virtual que el hombre hace á Dios, contemplando quién es Dios y qué mercedes le ha hecho, y quién es él y qué servicios le deve, cuán mal responde con servicios á las mercedes espirituales y temporales que de Dios recibió, y junto con esto deve contemplar los pecados de comisión y omisión que entre semana ha hecho, no canonizándose, á manera del fariseo, con la peoridad de su vecino, sino pensando lo poco que ha hecho con la obligación que tenía, en la cual obligación se cargará de los pecados de sus domésticos, si por su omisión se han hecho, y después de toda esta contemplación pesarle ha de todos los pecados que él personalmente ha hecho, ó de los que sus domésticos han cometido por su negligencia, proponiendo de confesarlos brevemente, ó al más tardar al tiempo que la sancta madre Iglesia lo manda, y desta manera sanctificará la fiesta, que no jugando á los birlos y desvardando las huertas y sacando á bailar á las loquillas desmandadillas; demás que las burlas son vísperas de las veras, y del jurar vienen al perjurar, y del hablar al matar, y de la vega muchas veces se van al infierno. Es tanta la granjería que de la vega saca el diablo en las fiestas, que es gran misericordia de Dios que no hagan milagros los sanctos que mueren, porque no se augmenten las fiestas, pues muchas veces los vagos borran en la vega las tardes la buena letra de la mañana. Los romanos llamaron á su vega *campo martio*, porque era para ensayarse en los ejercicios de la guerra, y á esa semejenza se hizo en la vega de Toledo un circo máximo, que tiene dos tantos en largo que en ancho, cuyos vestigios quedan hoy día dende el monesterio de Sant Bartolomé hasta la capilla que dicen de Montero, en cuya frontera están las bovedillas en que los cavalleros se metían, que en latín se dicen *cárceres*, para correr la joya.

VENTANA ya dijimos en la resolución del punto segundo que se dice de viento, porque el viento que entrare desamortigüe el aire estantío que estaría en la pieza que no tuviese ventanas.

VENTURA no es nombre de hombre cristiano, porque la ventura es nombre vano; que ni dicha ni desdicha tienen lugar en el ayuntamiento de los fieles, y de verdad una de las señales de la condenación es ser el hombre curioso de saber su ventura. Si saber la ventura que está por venir fuera bien á los hombres, Dios se la revelara, como les reveló la fe; y pues Dios no la reveló, no la quieran los hombres saber, no les acontezca lo que al rey Saúl, que quiso saber su ventura por la industria de la pitonisa en el capítulo XXVIII del primero libro de los Reyes.

X

XIRA es nombre griego que quiere decir mano. El griego pronuncia la *ch* con *e* y con *i* con sonido de *x;* así pronuncia *anchisis* como *anxisis*, y así dice *chira* en acusativo como si dijese *xira*. Luego tanto querrá decir *xira* como mano llena; tanto es hacer *xira* como hacer buena mano llena de todo bastimento para el convite ó almuerzo. Especialmente que también *xira* quiere decir en griego abundancia, que abasta; y abastar se dice de *apastar*, por apacentar, si no queremos decir que *xira* es vocablo francés, que quiere decir cara en lengua francesa. Por donde tanto querrá decir hacer buena *xira* como hacer buena cara á los convidados.

EPÍLOGO

Otros muchos vocablos havía que declarar que tienen alguna dificultad; mas estos pocos servirán de muestra; la cual no sabemos cómo será recebida. Porque de verdad tenemos tan poco tiempo, por la ocupación de las ordinarias liciones y el cuidado que tenemos

de la familia de doce personas que comen de nuestro trabajo, con que realmente sentimos que se nos desagua el ingenio de la especulación por cumplir con el oficio de Marta; mientras Dios fuere servido darnos esta vida con el tributo del cuerpo, somos forzados á quitar de las horas devidas al sueño, para entresacar alguna partecilla del talento que Nuestro Señor nos ha dado en cargo.

Entretanto, si Nuestro Señor fuere servido de hacer fructo á la sombra de esta breve declaración, cobraremos alguna osadía para declarar los que quedan, que son los vocablos puramente teológicos; de los cuales tocamos algunos tan brevemente, que apenas díjimos aquí lo que teológicamente sentimos, esperando qué camino hace esta pequeña muestra; porque las cosas teológicas son cosas tan delicadas, que pueden ser ocasión de errar á los vulgares ingenios, especialmente á los que están ocupados en compras de casas y obradas de bueyes y en vestir los chapines de sus mujeres; cada uno de los cuales dice el paterfamilias evangélico (Luc.. XIIII) que no gustará de su cena; porque es de tal calidad, que no se da á los ahitos que están atestados de cuerpo, mundo y demonio, y en vida enterrados en tierra.

Plega á Nuestro Señor que él nos quite la acedía que tenemos de las cosas espirituales, porque nos sepa el espíritu á espíritu y el cuerpo se tenga por cuerpo y ponga mesa como quien es; y V. M., muy magnífica señora, resciba este pequeño servicio, cuya vida y muy magnífico estado Nuestro Señor muchos años guarde y conserve, con vida y salud y prosperidad evangélica de Vasco de Acuña, mi señor, pues él y V. M. tan caritativamente gastan de lo que tienen con los pobres de Jesucristo.

FIN

TERCERA PARTE

DEL LIBRO LLAMADO

ABECEDARIO SPIRITUAL

AGORA NUEVAMENTE IMPRESO É CORREGIDO Y AÑADIDO LA TABLA DE LOS TRATADOS Y CAPÍTULOS QUE CONTIENE

1544

ABECEDARIO SPIRITUAL

Dirigido al ilustrísimo é muy magnífico señor don Diego López Pacheco, Duque de Escalona, Marqués de Villena, Conde de Sant Estevan, Mayordomo Mayor de la Casa Real de Castilla.

Ansí como en aquel acabado fin que todos esperamos consiste la felicidad del hombre, ansí en el cumplido fin de la buena obra que comienza consiste su virtuoso y alegre descanso; porque en los medios ninguno deve descansar, sino animarse prometiéndose holganza y gozo en el fin bueno que siempre deve creer que dará Nuestro Señor á la buena obra que comenzare.

Pienso que ha dado Nuestro Soberano Dios buen fin á esta obra de vuestra ilustrísima señoría; y no se deve maravillar si la llamo suya, porque el gran amor que le tiene se la ha con justa razón apropiado; ca costumbre es del amor hacer suyo lo que ama; donde, según dice Ricardo: no despojando á ninguno, hace suyas todas las cosas la caridad con sólo alegrarse con ellas; y esta es una posesión maravillosa del derecho divino que la concede, diciendo (Deut., II c.): Todo lugar en que pusiéredes el pie será vuestro. Nuestro pie espiritual es nuestra afición, que deve carecer de polvo, porque esté muy lavada é limpia para nos aficionar puramente á las cosas santas, aunque sean ajenas, é hacerlas escalera con que subamos al cielo.

Hasta hoy son las cosas espirituales é las obras de virtud comunes entre los buenos, como lo eran las temporales entre los varones de la nueva Iglesia. E no se le haga á nadie de mal creer que con amar solamente la obra de virtud ajena la hace en alguna manera propria; pues que con amar el ajeno pecado lo hace suyo; con no buscar la caridad lo que es suyo, se enseñorea de todos los bienes.

Ningún buen amor ama en tal manera sus cosas que las quiera retener sin las comunicar; y por esta franqueza, rescibiendo ciento por uno, posee todos los bienes aun con más seguridad que los proprios; porque acaesce tomar hombre vanagloria en la buena obra que hace, y no la suele hombre tomar en las buenas obras ajenas que hizo suyas amándolas.

Si, según hemos dicho, el amor hace suyo el bien que ama, síguese que lo que más amare más lo hará suyo; de lo cual se puede concluir que podrá aficionarse algún tanto á la buena obra ajena, que meresciese más por hacerla desta manera suya que el mesmo que la obró. Y esto no caresce de auctoridad, porque la Escriptura dice ser mejor el varón sabio que no el fuerte (Eccles., I b); dando á entender que el amor de Dios, que se llama honorable sabiduría, puede ser tan prudente que amando holgadamente el bien ajeno merezca tanto como el varón fuerte que á fuerza de brazos lo hizo.

Aquel soberano amor en que se comunican

el Padre y el Hijo pienso que ordenó esta manera de merescer en la tierra para consolación de los muy enfermos y delicados, como vuestra señoría, que puede restaurar por vía de amor lo que le niegan las fuerzas; así que ni se puede quejar ni excusar delante de Dios, que mira más al amor que á otra cosa ninguna.

Muchas personas de estima han amado el presente libro; empero, porque siento que el amor que vuestra señoría le tiene excede al de todos, y aun al mío, se lo presento; pues que el amor mayor se lo ha más apropriado, y miro en el presente negocio más al amor que á otra cosa ninguna, conformándome en algo á David (II Reg., XII f), que, entre todos los que pensavan heredar su reino, quiso escoger al que tenía más amor de Dios, para que se asentase sobre su silla real. Y aun lo mesmo hizo el Salvador del mundo con Sant Pedro; ca olvidando todas las otras excelencias del sancto Apóstol, solamente lo examinó del amor, porque para lo dejar en su lugar fué menester que más que los otros estuviese transformado en su amor, porque mejor representase á Cristo, cuyo lugar tenía.

Resciba, pues, vuestra ilustre señoría aqueste libro que con tanta razón le es por mí ofrescido; porque allende de la sobredicha posesión que tiene dél por título de caridad, que es el mayor de los títulos, porque se extiende á más y á mejores cosas, terná otra por título de perpetuo establescimiento que á sólo él podrá convenir; mediante el cual título pienso que terná vuestra señoría igual parte con el autor en la obra presente si la hace estable y perpetua; porque, según se dice, no es menos virtud guardar las cosas ganadas que adquirirlas.

COMIENZA EL PROLOGO

DE LA TERCERA PARTE DEL LIBRO LLAMADO ABECEDARIO ESPIRITUAL

Haviendo medianamente concluído las dos partes, es menester que para el tercero libro me sea dado nuevo favor de la beatísima Trinidad, á quien todos tres se ofrescen; porque sin él no digo escrivir más, ni aun amar no se puede aqueste sancto ejercicio que aquí se trata; de manera que amar solamente aqueste ejercicio del recogimiento no es sino don de Dios; porque aun el deseo de la sabiduría (Sap., VI) se dice que lleva al reino perdurable, lo cual paresce convenir á sólo ella. Nunca creo que está solo el amor del recogimiento sin algún otro bien; ni parecer el menos bueno está sin otros errores (Luc., X a).

Aquesta vía en que ninguna criatura se ha de saludar admitiéndola en el corazón, bien conoscemos que no es para todos; mas pues que Nuestro Señor Dios lleva algunos por ella, y también otros con sólo desearla de todas entrañas se han hallado en ella, y otros que siempre se esfuerzan á lo más escondido la buscan menos discretamente que deven, é también que muchos sanctos escrivieron della para consuelo de los que la siguiesen; por estas causas é otras muchas es muy loable traer esto á la memoria, y también porque aquí como en cosa más útil suelen los no avisados errar con más peligro, y de hecho han errado muchos, no por seguir el recogimiento, sino porque, pensando que lo seguían, se apartaron de las otras sendillas algo deleitosas, no mirando los documentos que acerca desto escrivieron los sanctos para las evitar, los más de los cuales se contienen en aqueste Abecedario, según en la glosa se verá.

Empero, porque algunas cosas de la mística Teología puestas en plática común no encajan bien ni caben en el entendimiento no ejercitado en ellas, notaremos que la sacratísima Humanidad de Cristo Nuestro Dios y Señor, cuanto es de su parte, no impide ni estorva el recogimiento por apurado é alto que sea; porque si su propriedad fuera impedirlo, en toda parte lo impidiera, é siempre fuera dello estorvo, teniendo consigo su propriedad como cosa natural; mas como la Virgen Nuestra Señora no haya seído impedida sirviendo al niño Jesús, ni su presencia le causava alguna distración que derramase su memoria, apartándola de aquella muy recogida atención á solo Dios que ella tuvo siempre en perfecto grado más que otro sancto alguno, síguese que la sacratísima Humanidad del Señor no impide el alto recogimiento de la ánima á solo Dios; de manera que imperfección nuestra es tener necesidad de nos apartar de los sanctos pensamientos de cosas criadas, para nos levantar á sólo Dios más enteramente. Es empero de notar que aquesta imperfección ó falta que ponemos en los varones muy allegados á

Dios es mejor que nuestra común perfección, porque no se dice ser imperfección sino en respecto de otro estado más perfecto; é así se podría decir en el caso presente que es mejor la maldad del varón que la mujer que hace bien (Ecles., XLII c).

Esta imperfección nunca la tuvo Cristo Nuestro Redemptor, ni se halló en su madre, y puede ser que algunos sanctos no la tuviesen algún tiempo; empero, tanto podían en ellos crecer las gracias y dones divinales, que fuese menester ajenarse de los sentidos é no usar dellos, por ser mucha la influencia que robó el ánima é la hace salir de sí; lo cual vemos cumplido en Adam (Gen., II c), el cual sin distracción alguna que lo apartase de estar actualmente todo atento á Dios, puso nombre á todas las especies de las cosas. Empero, como dice Sant Bernardo, desque Dios lo quiso levantar á cosas puramente espirituales, echóle una manera de sueño, arrobándolo é sacando su ánima en sublimada operación fuera de las cosas sensibles, y esto no para que no sintiese el dolor de la costilla. porque para esto, si no se hiciera por milagro, no bastara sueño; mas echóle esta manera de sueño porque cesando la imaginación é los sentidos rescibiese más puramente las cosas espirituales de la Divinidad.

Cuanto más cresciere en alguno y se ampliare la capacidad de su ánima, dilatado el amor, tanto será después menester mayor infusión de dones para lo privar de los sentidos; y de aquí que, como en los contemplativos acaezca el arrobamiento, por tener él pequeña capacidad ó por ser grande el don que recibe, mal hacen los que juzgan ser causa de tal privación lo primero é no lo segundo, aunque sea muy seguro al que recibe echarlo á su pequeñez.

En el cielo no havrá privación de sentidos ni arrobamientos; é aun agora hay muchas personas muy allegadas á Dios que no los tienen; y la causa desto es porque en los sanctos cada cosa ejercita lo que le conviene, sin estorvarse una á otra ni disminuir su fuerza; de forma que así como estando Cristo en el huerto su divina voluntad mandava que muriese, é la voluntad del ánima racional obedescía, é la voluntad sensual de la carne rehuía morir sin impedir las dos primeras voluntades en sus enteras operaciones; esto digo, porque en los varones imperfectos cuando crece la voluntad de la carne suele aflojar la razón, é cuando se fortalece la razón se suele también disminuir el sentimiento de la carne; lo cual por entonces no fué en Cristo; é así desta forma decimos que en los bienaventurados y en los varones perfectos no se impedirán las unas cosas á las otras, sino que cada potencia corpórea seguirá la corporal, y la espiritual seguirá las cosas espirituales, porque la gracia no desordena ni destruye la naturaleza, antes la perfecciona en sus operaciones, como la medicina sanando al hombre enfermo.

De lo ya dicho se sigue, que ni la sacra Humanidad ni otra cosa criada impide, cuanto es de su parte, la contemplación por alta que sea. E si queremos decir que las criaturas visibles impiden, porque nuestra poquedad no puede juntamente á todos, verdad es; empero, hase de conocer el defecto en nosotros y no en las cosas criadas (Sap., V d); así como cuando Cristo se dice escándalo á los judíos é locura á los gentiles, que por ser todos perversos convertían el bien en mal, aunque ellos no podían dejar de pecar haciendo aquéllo; y en esto otro de que hablamos no haya pecado, sino menos bien, pues que somos impedidos de lo que de sí no impide; ca si impidiesen las criaturas la contemplación, no se diría que han de pelear el día del juicio contra los malos, poniéndose de la parte del Señor que las crió (I Cor., I d), no para que nos impidiesen, sino para que nos ayudasen; porque así como la mujer fué criada para que ayudase al varón, así lo corporal fué criado para que ayudase á lo espiritual, en especial á nuestra ánima, que de otra manera no puede comenzar á elevarse á las cosas invisibles de Dios.

Y no sólo ayudan á los hombres, mas también á los ángeles; los cuales, según Sant Augustín, cuando fueron criados, subieron al conocimiento del Criador contemplando ordenadamente las obras de los seis días. Así que todos subimos é abajamos cada uno en su manera por el escalera que es la orden de las cosas criadas. Suben al conocimiento del Criador y abajan al conocimiento de sí mesmos; sólo Dios está inmutable á lo más alto del escalera, porque Él solo necesariamente resplandece á sí mesmo: en sí mesmo no desciende, porque en sí conoce todas las cosas; ni sube, porque no se favorece dellas para se conocer.

Si todas las cosas criadas son escalera para que los pies de los sabios suban á Dios, mucho más lo será la sacra Humanidad de Cristo que lo vía, verdad é vida, el cual vino por que tuviésemos vida en más abundancia, para que así entrando á su Divinidad é saliendo á su sacra humanidad, hallásemos pastos. No sin misterio canta la Iglesia que conocemos á Dios visiblemente para ser arrebatados en amor de las cosas invisibles; porque si las otras cosas visibles nos provocan al amor é contemplación de Dios, su sagrada Humanidad nos arrebata é cuasi nos fuerza á ello. Y por esto se dice Cristo en el profeta Ecequiel (Ezech., III 6) tener la haz como diamante, que es muy atractivo, é como pedernal, que á pequeño golpe de meditación da fuego de amor, con que se enciendan los corazones enjutos é aparejados para lo recebir (Job, X 6).

De esto que hemos dicho dará testimonio Sancto Tomé, apóstol, que en tocando las llagas del Señor recibió sanidad de las que tenía en el ánima, y vino en conocimiento de la divinidad que entonces confesó, é así mereció ser bendito como fiel católico.

Aunque las cosas que viste tengan muy entera verdad, hallamos escripto que conviene á los que se quieren allegar á la alta é pura contemplación dejar las criaturas é la sacra humanidad para subir más alto y recebir más por entero la comunicación de las cosas puramente espirituales, conforme á lo que dice Sant Cipriano: La plenitud de la espiritual presencia no pudiera venir mientras la corporal de Cristo estava presente al acatamiento de la carne apostólica. Sant Bernardo y Sant Gregorio é Sant Augustin é Gersón é todos los que han hablado sobre la ida del Señor al cielo para que viniese el Espíritu Santo se conforman á Sant Cipriano, diciendo que los apóstoles estavan detenidos en el amor de la sacra Humanidad, la cual era menester que les quitasen para que así bolasen á mayores cosas deseando la venida del Espíritu Santo.

No impedía, por cierto, la Humanidad de Cristo, formada por Espíritu Santo, la venida del mismo Espíritu Santo; ca pudieran caber en el mundo los que cupieron en el pequeño vientre de la Virgen, donde sobrevino el Espíritu Santo á la formar; mas dícese que impedía por la imperfección que entonces tenían los apóstoles; y de aquí es que no les dijo el Señor absolutamente que convenía que se partiese, sino que convenía á ellos como á personas que aún no tenían capacidad para gozar de todo junto enteramente.

Pues que á los apóstoles fué cosa conveniente dejar algún tiempo la contemplación de la Humanidad del Señor, para más libremente se ocupar por entero en la contemplación de la divinidad, bien paresce convenir también aquesto algún tiempo á los que quieren subir á mayor estado; porque comúnmente no pasan los hombres del estado imperfecto al perfectísimo sin pasar por el medio que es el estado perfecto. Conviene, pues, dejar el bien para mejor y más perfectamente poseerlo, por dejar con él nuestra imperfección; como el que deja las riquezas, que de sí no son malas, por dejar la avaricia é cuidado que se mezcla entre ellas y nuestra imperfección.

Quítase la presa al gavilán porque no se harte é deje de más volar; é quitan al niño la leche por que coma el manjar duro; empero el varón discreto puédelo comer todo sin se aficionar á alguna cosa más de lo que conviene. Y desta manera los perfectísimos varones tienen en todo ordenada la caridad, y lo que á ellos da favor impide á otros. Conforme á estas cosas dice Sant Bernardo: Dos amores hay: el uno es carnal y el otro espiritual, de los cuales se cogen cuatro maneras de amar, que son amar la carne carnalmente y el espíritu carnalmente, la carne espiritualmente y el espíritu espiritualmente, y en estas cuatro maneras se hace un aprovechamiento é subimiento de las cosas más bajas á las más altas, porque Dios se hizo carne para que los hombres que sólo solían amar la carne carnalmente aprovechasen hasta amar á Dios espiritualmente, y hablando é conversando con los hombres, primero fué dellos amado carnalmente, mas cuando por sus amigos quiso poner su ánima, ya amavan el espíritu más aun carnalmente; donde Sant Pedro respondió al Señor que hablava de su pasión (Mat., XVI c): Apártese de ti, Señor, no venga sobre ti esto; empero conosciesen ser hecho por la mesma pasión el misterio de la redempción. En esta pasión amavan ya la carne espiritualmente; mas resuscitando Él é subiendo á los cielos, amavan al espíritu espiritualmente; é alegres cantan: si conoscimos á Cristo según la carne, ya agora no lo conoscimos según ella. Lo de suso es de Sant Bernardo.

Devemos, empero, parar mientes que el amor que dice carnal no es malo, ni se toma en el mal sentido que comúnmente lo solemos entender, porque en estas cuatro maneras de amar no ha hecho sino distinguir entre más é más acendrado amor, para nos enseñar que amenos más apuradamente á Cristo Nuestro Señor á ejemplo de los apóstoles.

En sólo este Abecedario sin glosa se abrevia la doctrina del recogimiento con mucho aviso, según han dicho algunos varones muy ejercitados en él; empero, en la glosa se verán algunas cosas que no se pudieron declarar en la brevedad del texto.

FIN DEL PRÓLOGO

SÍGUESE LA A DEL TERCERO ALFABETO

EL PRIMER TRATADO DESTE TERCERO ABECEDARIO

HABLA DE LA CONTINUA VIGILANCIA QUE DEVE TRAER CONSIGO EL QUE EN PURO ESPIRITU SE QUIERE LLEGAR A DIOS, DICIENDO: ANDEN SIEMPRE JUNTAMENTE LA PERSONA Y SPÍRITU.

Antes que comencemos á declarar este Abecedario, será bien poner tres razones que parescen necesarias á toda persona que se quiere llegar á Dios é á todo ejercicio spiritual comunes.

La primera es que la amistad é comunicación de Dios es posible en esta vida y destierro; no así pequeña, sino más estrecha y segura que jamás fué entre hermanos ni entre madre é hijo. Esta amistad ó comunicación de Dios al hombre, no por llamarse espiritual deja de tener mucho tomo é certidumbre, y no hablo de aquella divina aceptación, ni de aquella duda que tienen los mortales ignorando si están en gracia ó no, porque della hablaremos en otro lugar; mas hablo de la comunicación que buscan é hallan las personas que trabajan de llegar á la oración y devoción, la cual es tan cierta, que no hay cosa más cierta en el mundo, ni más gozosa, ni de mayor valor ni precio.

No pienses que los que andan llorosos é tristes al mundo, hambrientos y mal vestidos é alcanzados de sueño, menospreciados y perseguidos, los ojos sumidos é perdida la color, cuasi en los huesos, enemistados con los disolutos, no pienses que se contentan con estas asperezas, pues que á ti se te hace grave esta vida teniendo las cosas á tu voluntad; desfallecerían sin duda éstos en breve si no saliese Dios Nuestro Señor á los rescebir abiertos los brazos de su amistad con mayor alegría é consuelo verdadero que la madre rescibe á su hijo chiquito que se viene á ella huyendo de las cosas que le afligen. Abre la madre sus brazos al niño, y allende de lo abrazar, ábrele sus pechos é mátale su hambre, é junta su rostro con el de su hijo, y cesa el gemir é lágrimas, perdido el miedo.

Es Dios Nuestro Señor tan deseoso de tener amigos, que lo mesmo se lee haver hecho con el pecador que vino de lejos tierra si su jornalero é aún más; porque se dice que salió á rescebir al que venía, y la madre no se suele levantar sino á abrir solamente los brazos para rescebir al niño; empero Dios, movido por misericordia, como escrive Sant Lucas (Luc., XV c), sale al camino del que viene y echando los brazos de su amistad sobre el cuello dale beso santo de paz en el rostro, y manda traer estola y ornamento nuevo, y ponerle un anillo en el dedo para conservación de la amistad, y no olvida de le dar calzado; muerta una gruesa ternera, hace convite é día festival con cantos de alegría. Si estas cosas, en figura de las espirituales que hace con un gran pecador, se aplican á Dios, é dél nos dijo su mesmo hijo natural, qué piensas que hará el mesmo Dios con un justo que con estudio

é continuación lo busca? Conozco, sin duda, que los justos tienen paraíso en esta vida y en la otra; así como los pecadores, si miras en ello, tienen infierno en esta vida y en la otra. Date á ti el mundo lo que buscas, é tu vanidad todo el gozo que deseas, y piensas que Dios duerme y se hace el sordo? Como tú eres malo, piensas de Dios mal y reduces á pereza y flojedad el cuidado que sus siervos ponen en buscarlo, dejado todo vano negocio, y crees que al presente no hay más de lo que perece, y estas cosas comunes á todos. Conosce, según dice San Augustin, que Dios no es burlador, y que si no tuviese voluntad de nos sustentar, no nos amonestaría tantas veces que nos llegásemos á él. Las cosas comunes están en la Iglesia para los comunes. Otras tiene Dios especiales para los especiales, y en estas comunes están otras cosas, y de otra manera las sienten los que más aman que no las sienten los otros. Finalmente, esta razón se concluye en que sepas ser posible é no muy dificultosa de haver en esta vida mortal la comunicación de Dios inmortal, más estrecha y amigable entre Dios y el ánima que no la hay entre un ángel é otro por altos que sean.

Esta comunicación de Dios no la puedes conoscer, pues no la tienes sino mediante lo que acerca della habla la sagrada Escriptura, y por ende para mientes lo que dice Dios Nuestro Señor por Isaías (Esa., LXVI d): Holgaos con Jerusalem y saltad de gozo los que la amáis; gozaos con gozo todos los que llorávades sobre ella, porque podáis atraer y ser llenos de los pechos de su consolación, para que ordenéis y abundéis en deleites de toda manera de gloria que en ella hay, porque Dios dice: Catad que yo me derramaré sobre ella como arroyo de paz; seréis traídos á los pechos, y sobre las rodillas os harán regalos. Como la madre consuela á su hijo halagándolo, así os consolaré yo; verlo heis y gozarse ha vuestro corazón. En estas palabras muestra Dios el tierno amor que tiene al ánima; la cual es pacífica Jerusalem, donde Dios mora en paz de gran reposo; y es tanto el gozo de la tal amistad, que convida Dios á él á cosa de notable festividad; porque las fiestas que Dios en este mundo tiene no son otras sino gozarse con sus amigos.

La segunda razón es que, pues Dios no es aceptador de personas, esta comunicación no es á ti, oh hombre quien quiera que seas, menos posible que los otros; pues que no eres menos hecho á imagen de Dios que todos los otros, ni creo que tienes menos deseo de ser bienaventurado que los otros; empero, según te ha hecho no Dios, sino tu libertad, pienso que dirás que la edad y el oficio ó la complexión ó la enfermedad ó el ingenio te excusan y apartan desto. No sé qué te responda, sino aquello que dice el sabio (Prov., XVIII a): El que se quiere apartar del amigo, achaques busca, y todo tiempo será reprehensible. Si á ti satisfacen tus excusas, no lo sé: á mí te sé decir que escandalizan; é digo con Sant Augustín, que totalmente no te creo, porque no hay causa que poder tan tuyo te quite. Si dijeses no poder ayunar, ni disciplinarte, ni traer áspera vestidura, ni trabajar, ni caminar, creeríamoste; mas si dices que no puedes amar, no te creemos. Si esto dice Sant Augustín del amor de los enemigos, con muy mucha más razón se podrá decir del amor de Dios, para el cual hay muy muchos más motivos que no para el otro.

La tercera razón es, que para buscar esta comunicación por cualesquier medios que sean, es menester un cuidado en el ánima que no la deje sosegar, el cual se endereza solamente á buscar á Dios: este intento ó cuidado no se puede bien entender sino por semejanzas de fuera. Vemos que el que perdió alguna cosa anda congojoso buscándola, é mira una vez y otra cada lugar; no ve cosa que no se le antoja ella. El que va camino, si es buen caminante, lleva en el corazón un gran cuidado de acabar su jornada, todas las cosas ordena á este fin; por el camino va en su corazón caminando más adelante; el cuidado lo hace madrugar y soñar de noche que ha llegado donde iva; si se cansa, el pensar que lo ha de hacer le da fuerzas. El que saca oro tiene tanta cobdicia, que cada terroncico se le antoja tener oro y á cada golpe espera sacar algo, y por la cobdicia no cesa hasta que de toda parte le falta el favor. El que pesca está muy atento al corchuelo para ver si pican, y no piensa sino los que ha tomado é ha de tomar todavía con cuidado de su negocio. Sin este intento é cuidado solícito no creo que ninguno halló á Dios por cualquiera vía que fuese; el cual no se ordena sino á buscar á Dios sin determinar el cómo ni en qué manera.

Y es de notar que este cuidado es en dos

maneras: uno es el que Dios infunde, otro es el que nuestra industria adquiere. El que es infundido por Dios no deja dormir, ni comer, ni vivir con reposo; es al ánima un estímulo é aguijón que no la deja reposar, del cual dice el sabio (Eccles., XXXVIII b): El que tiene el arado y se precia dél, dando con aguijón incita los bueyes, anda en las obras dellos, é su habla es en los hijos de los toros. Cristo es el que tiene el arado, que es la cruz con que aró los corazones de los suyos, y dícese tendrá Él aunque esté enclavado en ella, porque en su mano estuvo ser enclavado en ella ó no. Este Señor se precia del dardo, que es la contrición é dolor de los pecados que causa en muchos que á Èl le place; empero á otros hiere como de más cerca con este aguijón y estímulo que tenemos dicho, los cuales son bueyes perezosos, é avívalos é dícese andar en las obras dellos, porque todas las obras que éstos hacen son por buscar á Dios, é á este fin especialmente las ordenan. Estos son hijos de toros siendo de Dios heridos, porque con la furia que les causa este don trabajan de imitar las obras de los santos pasados y parescerles en algo. Con estos tales habla Dios según se dice en la autoridad, porque les revela muchas cosas.

A los que este don tienen ó están tocados con esta yerva, es de avisar que se aprovechen de lo que les es dado, porque este fervor y deseo del Señor no suele durar mucho, é por eso deves elegir los medios convenibles y darte priesa, porque con tal favor más aprovecharás en un año que sin él tres. Si te prestasen un animal por ciertos días para alguna obra é lo tuvieses holgando, vernía el tiempo é demandártelo hía su dueño, quedándose tu obra por hacer. No sea así, hermano; ca Díos usura quiere y que ganes con lo que Èl te da, poniendo tú de tu casa industria, y si no la tienes búscala mediante otros; no dejes morir tus deseos; morírsete ha la candela é quedarás á escuras, é quitando el don quedarás más tibio que si no lo hovieras tenido. Las obras que este don hace en el ánima son muchas, y la principal es una ansia é congoja que fatiga el corazón é lo incita, despierta y constriñe á no tener reposo sin Dios. A muchos he conocido desta manera, é por dar vado á su pasión, descansan saliéndose á los campos para dar boces é llorar rogando á Dios que les enseñase ha hacer su santa voluntad. Los que teniendo este don inquieren é buscan provechosos y espirituales ejercicios aprovechan siempre más. Otros he yo conocido que no supieron qué responder según devieran é teniendo este don se dieron á los ejercicios corporales de penitencia, pensando que esto bastava como, según dice Sant Pablo (I Tim., IV c), sean de poca utilidad, si el interior ejercicio cesa. Otros responden con palabras y lición solamente, sin entrar dentro de sí, y todo se va en humo como el azogue cuando lo sacan, si no lo cubre. Tú, hermano, si quieres mejor acertar, busca á Dios en tu corazón, no salgas fuera de ti, porque más cerca está de ti é más dentro que tú mesmo (*Aug. Tu intimior intimo meo*), lo cual te amonesta nuestra letra diciendo: Anden siempre juntamente la persona y el espíritu.

CAPÍTULO II

Que se pone la primera declaración de la presente letra.

Este nombre espíritu en este lugar se toma por el pensamiento que buelve por partes diversas como viento; y desta manera el amigo de Job (Job, XXXII d) llama al pensamiento espíritu, cuando dice: Lleno estoy de razones é constríñeme el espíritu de mi vientre. La memoria en los Proverbios se llama vientre, donde Salomón dice (Prov., XXII d): Junta tu corazón á mi doctrina, la cual te será hermosa si la guardares en tu vientre y redundará en tus labios para que tengas en Dios confianza. Dice, pues, la primera autoridad que el espíritu de su vientre lo constreñía á hablar, porque los pensamientos é cogitaciones y razones que tenía en su memoria eran muchos é de mucha eficacia; donde, pues, el espiritu quiere decir pensamiento, que, como espíritu, va y pasa por doquiera.

El sentido de nuestra letra será que doquiera que vayas lleves tu pensamiento contigo y no ande cada uno por su parte divididos; así que el cuerpo ande en una parte y el corazón en otra, sin tener miramiento en las cosas que haces; mas antes sirves á Dios con este cuerpo mortal más digno para manjar de gusanos que para ser visto de gentes, y tu entendimiento anda con diversas cogitaciones negociando vanidades; no sé qué te diga, mayormente cuando estás en los oficios divinos y sanctos sacrificios, sino que me paresces á

Satanás, el cual se mezcló y puso entre los hijos de Dios, y como Dios supiese su inquietud y bullicio y como nunca reposava ni se recogía, preguntóle diciendo (Job, II a): Dime de dónde vienes? Y él sin vergüenza ninguna respondió: Cerqué la tierra é andúvela toda. Desta manera eres tú, que estando entre los hijos de Dios, que son los ángeles é los otros justos, si te preguntasen dónde estava tu pensamiento ó de dónde venías, esto es, qué aparejo heciste antes que allí vinieses; si dijeses verdad, havías de responder lo que respondió Satanás: que cercaste la tierra con el vaguerío de tus vanos pensamientos y que toda la havías andado, pues ninguna vanidad vedaste á tu pensamiento. Empero, de las cosas celestiales no te pregunten, pues á ellas sola esta persona corporal y grosera presentas que caresce de juicio é razón. Mira, pues, esta letra; cata que te va mucho en ella, no me digas: é no quiere decir más desto? pues esto es tanto que sin ella no podrás alcanzar perfección alguna.

Cosa notoria es que en el vaso quebrado y que cada pedazo tiene por sí no ponemos licuor alguno, y del todo lo juzgamos inútil para guardar en sí alguna cosa; tienes tu corazón diviso en tantas partes cuantos cuidados tienes; cada cogitación lleva su pedazo, y piensas que Dios ha de poner su gracia en vaso tan inútil? Pregúntalo al sabio que dice (Eccles., XXI c): El corazón del loco es como vaso quebrado, que no puede contener toda sabiduría.

Esta sabiduría devota y muy dulce de que hablamos pone Dios en los corazones de los justos, que son vasos de oro con que Él beve nuestros buenos deseos, figurados en los vasos y tazas con que bevía el rey Salomón, que todos eran de oro; porque así como el vaso de oro no se puede de ligero quebrar, así el corazón del justo no se divide sin gran necesidad en diversos negocios; mas los corazones de los hombres mal mirados son como vasos de barro mal cocidos, figurados en los vasos de barro que dieron á David en el desierto cuando lo perseguía Absalón. Y este vaso de barro está quebrado, porque estas cosas exteriores y de la tierra en que se ejercitan no las refieren ni hacen por Dios puramente, sino unas por aplacer á los hombres, otras por inspiración del demonio, otras por se deleitar en ellas, otras por vanagloria, é así es dividido el tal corazón, é por ende no podrá retener la gracia de la devoción ni dulcedumbre del licuor celestial; y esto quiso decir el sabio en la autoridad primera diciendo que el corazón del loco no podría contener toda sabiduría, porque en la Escriptura este gusto actual de Dios se llama toda sabiduría, que harta todos los deseos del ánima devota. Donde el sabio dice (Eccles., I a): Toda sabiduría viene del Señor Dios. La sabiduría de los mundanos no se dice toda sabiduría, pues aun parte no es, como, según se dice, sean sabios para el mal y el tal saber sea falta de saber; porque así como el poder pecar no es poder, sino desfallecer, así el saber hacer mal es saber errar. De manera, pues, que como poder pecar no es sino poder desfallecer, y saber hacer mal es saber errar y saber no acertar, bien decimos que el saber de los malos no es saber, sino ignorancia é necedad, ó por mejor decir, astucia diabólica ó malicia, y destos tales dice el apóstol (Phi., III d): Muchos andan de los que os solían hablar; mas ahora llorándolo digo enemigos de la cruz de Cristo, el fin de los cuales es la perdición, y su Dios es el vientre, y su gloria en confusión, los cuales saben las cosas terrenas. Y deves saber que esta sabiduría mundana tanto se conserva más cuanto está en vaso más quebrado, al revés de la sabiduría de Dios, porque el que tiene más lazos armados y más enredado al mundo con sus pleitos, aquel se dice ser más sabio.

Tú, hermano, avísate y suelda tu corazón y guarnécelo; junta todas tus piezas, que son los cuidados, para que con todas tus fuerzas te puedas llegar á Dios; cubre el vaso de tu corazón, porque el polvo de los vanos pensamientos no caiga en él; acuérdate que decía Dios: El vaso que no tuviere cobertura ni estuviere atado por cima será sucio. Es menester que sobre la cobertura de tu corazón, que es apartarte de los negocios vanos y superfluos, pongas una recia cuerda, que es firme propósito de perseverar en tu recogimiento, según nuestra letra te amonesta en aquella palabra siempre. Por muy mal mirado ternías al que fuese en algún cavallo desbocado si no llevase riendas, pues son necesarias cortas y recias para remedio de tal defecto. Peor es en ti esta falta, porque si el otro lleva el cuerpo á peligro, tú el cuerpo y el ánima si no llevas en la mano de la discreción las

riendas del aviso con que des sofrenadas á tu desbocado corazón, reteniendo su ímpetu y refrenando su mala costumbre. Esto te amonesta el sabio cuando dice (Prov., XIX): El que tan solamente sigue las palabras, ninguna cosa terná; mas el que posee su memoria ama su ánima, y el que es guardador de la prudencia hallará bienes. Aquél tan solamente sigue las palabras que se va tras sus pensamientos, que son palabras que huyen, y éste ninguna cosa terná, pues tiene el vaso del corazón quebrado. Empero, el que posee su memoria, haciendo riendas de vedamiento á sus cogitaciones, este tal ama su ánima, pues en esto se busca mucho bien, lo cual se declara en lo que añade el sabio, diciendo: Que el que es guardador de la prudencia que se adquiere por sosiego, hallará muchos bienes, los cuales declara en otra parte diciendo (Prov., XV): La memoria segura es cuasi convite cotidiano que no cesa.

Pluguiese á Dios que esta primera letra escrivieses en tu corazón para que pudieses saber á qué sabe este convite, y gustases algún relieve siquiera dél; y si miras en ello por su contrario, podrás conoscer en alguna manera qué tal sea este convite y hartura de gozo é consolación continua que sienten los que recogen su memoria; porque mientras más pensamientos tuvieres más hambriento é deseoso estarás de cosas diversas, lo cual afirma el sabio diciendo (Eccles., II c): El ánima desatada havrá hambre. Disoluta y desatada está el ánima cuando suelta libremente sus pensamientos y memoria con una mala licencia que vayan por do quisieren; y cuando acaesce que tornan, vienen ya cansados y muertos de hambre, trayendo engendrados nuevos deseos y cobdicias malas.

Mira bien en esto, que tú mesmo confesarás ser verdad si paras mientes en tu vanidad y soltura, de la cual se te sigue una desconfianza de las cosas espirituales que te parece que no las hay en el mundo, sino que es burla, y leer ó ver que hablan y tratan dellas te es fastidioso ó cosa de juego. Esto todo te viene, si me crees, de la soltura ó disolución ó flojedad de los pensamientos y vagueación de tu memoria, porque, según dice el sabio (Prov., X b), el que anda sencillo y no doblado anda con confianza; mas el que destruye sus vías será manifesto. Mientras tuvieres más apartado de los cuidados y pensamientos, cosa clara es que estará más sencillo tu ánimo, y cosa experimentada es que ternás más confianza de las cosas de Dios; empero, si destruyes tus vías, que son aquellas de las cuales dice Salomón (Prov., XIX c) al mancebo que ve andar por do no deve: Anda en las vías de tu corazón. Estas vías se destruyen cuando no se usan, como los caminos acá materiales se destruyen no usándose; empero, si se usan, hácense más anchos y muy claros. De esta manera es en las vías del corazón, las cuales tienes destruídas por no las haber usado, é así no es mucho que no sepas andar por ellas. Tórnate, tórnate á ellas, y anden siempre juntamente la persona y el espíritu. No seas como Caín, que se salió de la presencia de Dios y andava fugitivo y vagamundo por la tierra (Gén., IV b).

Si mandava Dios que se quemase la vestidura en que apareciese lepra volátil (Levi., XV, 8) y vaga que se mudava de un lugar en otro *(errática, ut ita dicam)*, no piensas que ha de permitir y mandar que tú seas castigado? Pues Dios no tiene cuidado de los bueyes, según dice Sant Pablo (Cor., VIII b), menos lo terná de las vestiduras, y por tanto deves conoscer que por ti es aquello escripto; ca ese tu cuerpo es vestidura del ánima, el cual entonces tiene lepra vaga y volátil cuando está lleno de fantasías é imaginaciones vagamundas, que desosiegan tu ánima, en pena de las cuales, si es negligente en las desechar, permitirá Dios que sea quemado con el fuego de la mala cobdicia.

CAPÍTULO III

De cómo el Señor remedia la soltura de los pensamientos.

Pues desta flojura del corazón y rienda sin razón que tienes dada á tu pensamiento se te sigue tanto mal y tanta falta de bien, muy bien sería que te esforzases á traer, según dice nuestra letra, contigo tu corazón; no te desapropries de la mejoría que tienes, y si por la mala costumbre vieja están tus pensamientos tan derramados que no puedes, buélvete á Dios, da queja de ti mismo demandando favor con fe, que luego serás oído, pues que de Nuestro Señor Dios dice el profeta Isaías (Esa., II d): Alzará Dios una señal á las naciones y congregará los fugitivos de Israel, é recogerá de las cuatro partes de la

tierra los derramados de Judá, y será quitado el odio de Efraín, y perecerán los enemigos de Judá. La señal que alza Dios á las interiores naciones é inclinaciones nuestras es aquel don gracioso de que hablamos en el principio desta letra, la cual se da á los nuevos é incipientes que con fe y firme propósito de buscar á Dios la demandan. Por eso, hermano, si no la tienes, demándala al Señor, que de balde te dará para te provocar á que los busques é vayas á El; no te quejes que te falta la gracia, porque en verdad con más razón se podría ella quejar de ti que tú le faltas. Nosotros faltamos á Dios, que Dios á ninguno que fielmente lo busca faltó, por lo cual dice el mesmo Señor por Jeremías: Qué maldad hallaron vuestros padres en mí, porque me dejaron y anduvieron tras la vanidad? Aquel cuidado é solicitud infuso que llamó Isaías señal para que se congregasen los fugitivos de Isrrael, que son los vagamundos pensamientos del que quiere aparejar su corazón al Señor; aquel cuidado dalo el Señor gracioso sin precio á los que se lo piden, como el pregonero que el primer gusto ó trago y vez del vino que pregona da de balde; empero, lo demás se ha de comprar. Así muchas veces acaece á algunos que, comenzándose á allegar á Dios, sienten devoción é se hallan muy bien, y dende á pocos días se hallan muy tibios é secos; lo cual no es sino que quiere Nuestro Señor que ejerciten sus fuerzas é que se prueven, é quiere que cuasi por algún trabajo ganen é merezcan con alguna congruidad lo que les ha de dar; é para que entiendas cómo Dios tiene de recoger los derramamientos de Judá, esto es, de la persona devota, porque Judá quiere decir alabanza del Señor é tiene figura de todo fiel que lo desea alabar, cuyos cuidados están dispersos, según dijo Isaías, por las cuatro partes de la tierra, que son Oriente é Poniente, Setentrión é Mediodía.

Así como en este mundo mayor que vemos hay estas cuatro partes ya dichas, así en el mundo menor, que es el hombre, hay otras cuatro partes principales, de donde como de las otras vienen cuatro vientos ó cuatro movimientos que mueven el mundo menor, é son cuatro pasiones principales que hay en cada uno de los hombres terrenos, que son gozo é tristeza, esperanza y temor. Y dícense estas pasiones ó movimientos principales, porque á ellos se reducen todos los otros movimientos interiores del hombre, que son muchos, así como á los cuatro vientos principales se reducen cuasi todos los otros. La causa por que el corazón está tan derramado en tantas afecciones y apetitos, é deseos y cogitaciones, é cuidados, es por tener bivas estas cuatro pasiones. Por andar movidos estos cuatro vientos se causa en él tanta tempestad y torvellino; de una parte, como de Oriente claro, viene el gozo; de otra, como de Poniente escuro, viene la tristeza; de otra, como de Mediodía, viene la esperanza mundana; de otra, como de Setemptrión, viene el temor. El corazón puesto en medio de cosas tan diversas, guerreado de cada parte, queriendo cumplir con cada uno destos movimientos, pone cuidado é diligencia á todo, é así divide sus cuidados por todas las cuatro partes de la tierra de su pequeño mundo; así que se pueda dél decir aquello de Ecequiel (Ecce., I c): Aparesció sobre la tierra una rueda cerca de los animales que tenían cuatro faces. Rueda se llama el corazón por el poco sosiego que tiene bolviéndose y estando cuasi siempre en continua mutabilidad; y esta rueda, que es el corazón, se dice aparecer sobre la tierra, porque sobre el cielo otra cosa será. Y esta rueda tiene cuatro haces, que son las cuatro pasiones é movimientos principales que tenemos dicho, los cuales se llaman faces porque según el que reina en el corazón se demuda é muestra el rostro.

Esta rueda de cuatro haces se dice estar cerca de los animales, porque en estas cuatro pasiones comunicamos con los brutos animales, é por ende es menester que estas pasiones se castiguen é domen en el que desea aprovechar, por que no se divida en ellas el corazón, lo cual hace el Señor mediante su don é gracia, mitigando estas cuatro pasiones é dando fuerza contra ellas á las cuatro virtudes cardinales, á las cuales como adormidas la gracia despierta, é fortalesce á la justicia contra el gozo, é á la prudencia contra la tristeza, y á la temperanza contra la esperanza, y á la fortaleza contra el temor. Y estando así por las virtudes reprimidas las pasiones, el corazón no se derrama á partes como solía, pues ya está quitada la ocasión. Y esto es recoger los dispersos que estavan desparramados en las cuatro partes de la tierra, y perescerán, como dijo Isaías, los enemigos, que son los males que desta dispersión se siguen, y ha-

vrá paz entre Efraín é Judá; esto es, entre el ánima y el cuerpo, como en el texto lo profetizó Isaías, estando enemigos aquellos dos linajes, como, según dice Sant Pablo, lo están el ánima y el espíritu mientras reinan las pasiones ya dichas en el hombre. ¡Y para que esta amistad se haga y el ánima pueda estar libre para se dar á Dios, no han de reinar éstas, ni el corazón ha de derramar en ellas sus cuidados, conforme á lo cual amonesta la filosofía cristiana á su discípulo que las evite y aparte diciendo: Si tú quieres con clara lumbre contemplar la verdad suprema, toma el camino por sendero derecho, alanza gozos, alanza el temor, ahuyenta la humana esperanza é no tengas dolor; porque donde reinan estas cosas el ánima escurecida es presa con cadenas.

De las cosas ya dichas deves conoscer serte necesario para el camino espirital desechar todo superfluo cuidado é amortiguar tus pasiones, las cuales toman alas y vida nueva de los negocios é cuidados en que tú te entremetes; por eso con mayor cargo te encomiendo desechar de tu corazón los negocios é pleitos para que no tengas tanta causa de derramarlo.

Este aviso es la primera piedra é fundamento desta oración, por lo cual dice David (Psal. CXXVI): Edificando el Señor á Jerusalem, congregará las dispersiones de Israel. Jerusalem es tu pacífica voluntad; Israel, tu entendimiento luchador inquiriendo, al cual se promete la visión de Dios, é también ya por fe lo ve. Para edificar de nueva perfección tu voluntad, los difusos y nocivos discursos de tu entendimiento se han de quitar primero, para nunca más tornar á ellos; lo cual incluye nuestra letra diciendo: Anden siempre juntamente la persona y el espíritu, porque desta manera podrás sentir si están congregados los dispersos de Israel; y si no lo están, conosce que la primera piedra del edificio espiritual de tu ánima está por asentar.

CAPÍTULO IV

De otra declaración desta presente letra.

También te quiero decir en esta letra, según otra declaración della, que obedezcas siempre á tu consciencia; lo cual, aunque siempre sea necesario, mayormente lo es á los que han rescebido el deseo de buscar á Dios; y á éstos deve ser esto amonestado especialmente, porque la consciencia dellos apenas calla; siempre quiere mandar é amonestar cosas de mayor perfección y oración; é manda que se dejen las vanidades del mundo é las costumbres, no solamente vanas y menos buenas, mas también las inútiles, é se cobren cosas de más ganancia y provecho.

Según esta declaración, aquella palabra espíritu quiere decir consciencia, y aquella palabra persona quiere decir sensualidad; y andar siempre juntamente se denota la conformidad é paz ó subjeción que la sensualidad ha de tener, porque de otra manera huirá é con la rencilla aborrescerá la compañía. De este espíritu que es la consciencia, dice el apóstol (Ad Rom., VIII b): La prudencia del espíritu es vida é paz. Prudencia del espíritu llama el sancto apóstol á los amonestamientos de la consciencia, mediante los cuales hay vida espiritual é paz de corazón en el hombre.

Y para que veas cuán á nuestro propósito habló Sant Pablo, has de saber que así como cuando este cuerpo terreno que tenemos está informado del espíritu vital, que es el ánima, se dice vivir, y no de otra manera, así cuando la sensualidad está informada é domada con las amonestaciones de la consciencia, se dice tener vida de gracia, según su posibilidad, aunque parezca estar muerta; entonces también hay paz é concordia en el hombre, é anda la sensualidad llevada con las riendas de la consciencia á do quiera que le mandare ir, irá juntamente con el espíritu de la consciencia.

Esto que he dicho amonesta Cristo Nuestro Redemptor á este nuestro hombre exterior cuando dice: Cata que seas luego consentidor á tu adversario entre tanto que con él estás en la carrera, porque por ventura no te ponga en las manos del juez y el juez te ponga en poder de alguacil é seas lanzado en la cárcel; porque en verdad te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el más pequeño é postrimero maravedí. Mandamiento con grande amenaza es este que el Señor aquí ha hecho, é palabras todas de notar; é digo que es mandamiento é muy obligatorio, entendiendo por aquel adversario al cual nos manda presto consentir la buena consciencia remormuradora contra el mal y amonestadora del bien que devemos hacer. Y sobre aquella palabra luego dice Sant Crisóstomo: Ninguna cosa hay por cierto que tanto puede destruir

nuestra vida como disimular é dejar las buenas obras, dilatándolas de día en día para delante, ca esto nos hizo caer muchas veces de todos los bienes.

Esto mismo que dice este sancto doctor se apunta muy bien en nuestra letra, diciendo que anden siempre juntamente; lo cual se entiende, así en el obedescer como en el luego obedescer á la conciencia; porque el que la obedesce y tarde, bien se muestra no andar del todo juntamente con ella. Y dévenos espantar el amenaza del Señor Todopoderoso, pues es muy áspera, diciendo que nos porná en las manos del demonio, su alguacil, para que nos lance, si no somos tales, en la cárcel del infierno, adonde á grandes tormentos nos demandarán el postrer cuadrante é cornado, que es hasta padescer pena intolerable y eterna, aun por los pecados veniales que se juntan á los mortales, según algunos tienen; é pienso yo que también te demandarán á gran tormento el bien que te amonestó tu consciencia que hicieses é no lo heciste, teniendo mucho oportunidad para ello. E quién sabe también si te demandarán lo que de allí se te pudiera seguir de provecho á tí é á la común compañía de la Iglesia, donde se ha de pagar el postrer cornado, é una palabra ociosa no sé que se perdone.

Anda, pues, hermano, junto con tu consciencia mientras estás en la carrera desta vida, é siempre; é no digas tal ó tal día comenzaré, sino comienza luego, porque todas las cosas se pueden cobrar, salvo el tiempo pasado, con el cual se nos pasa la vida; vase el tiempo é llévate la vida é déjaslo ir. Refrán común es que todas las cosas se pasan con el tiempo; é que las corporales se pasan con el tiempo, pues son temporales é que no duran, no lo he á mucha pérdida; empero, si el espiritual aprovechamiento tuyo se pasa, es gran mal, porque las cosas corporales, aunque se pasan, se han de tornar á renovar cuando, renovados nuestros cuerpos, aparescerá el cielo nuevo é la tierra nueva, purificados ya los elementos; mas lo que no ganas é lo que pierdes en cualquiera de los tiempos, para siempre quedará perdido sin más lo cobrar. E si dices que para eso hizo Dios un día tras otro, convidándonos á que lo que no hacemos un día lo hagamos otro, verdad es que podemos hacer un día lo que otro no hecimos; mas no podemos cobrar un día lo que otro perdimos sin de nuevo perder algo; porque cada día devíamos dar fructo distinto por sí, como lo da el esclavo que gana jornal para su señor; é si una falla hace, para siempre se queda hecha.

Por eso te ruego que pares mientes á esto que dice el sabio (Eccles., IX c): Cualquiera cosa que tu mano pudiere hacer óbrala de presto, porque ni obra exterior, ni meditación, ni esciencia de las obras humanas, ni siquiera de las divinas, havrá en los infiernos, donde tú te das priesa á ir según tu mala vida. Y deves saber que entre la consciencia é la sensualidad hay un consentimiento bueno é otro malo: el bueno es cuando la sensualidad consiente con la consciencia en lo que se amonesta; el malo es cuando la consciencia calla cuasi otorgando á la inclinación de la sensualidad en el pecado; y conforme á éste decimos que hay unos hombres de buena consciencia é otros de mala. Nuestra letra te amonesta que tu consciencia é sensualidad sean conformes é de un parescer; mas esto ha de ser en el bien é buenamente; porque, según dice el sabio, en el buen consentir está la virtud é beneplácito de Dios; porque él mesmo escrive: En tres cosas se agradó mi espíritu, que son provadas delante de Dios y de los hombres, y éstas son (Eccl., V c): la concordia de los hermanos, y el amor de los prójimos, y el varón y la mujer que en bien consienten. Puesto que estas cosas á la letra, según se dicen, tengan mucha verdad, empero espiritualmente é á nuestro propósito entendidas tienen mucha más. Denota que estas tres conformidades é consentimientos que aquí dice el sabio, todas figuran en el buen consentimiento que ha de haver entre la sensualidad é la razón. Es de saber, que consciencia es la razón é lumbre natural que está en nuestro entendimiento, é nos avisa de lo que hemos de hacer acerca de las buenas costumbres.

Esta razón é la sensualidad, que consiste en los sentidos é inclinación á las cosas delectables, se dicen hermanos, no por naturaleza, pues lo uno es más celestial que terrenal, é lo otro más terrenal que celestial; mas dícense hermanos en cuanto han de heredar entrambos á quien sirven, aunque han gran diferencia, porque la razón é consciencia interior que proviene de parte del entendimiento heredará mucho, é la sensualidad que proviene de parte de los sentidos corporales ha de heredar poco

en comparación de lo primero, é la herencia será del padre á quien agradan. Si agradaren al demonio, al mundo ó á la carne, que son padres malos, heredarán mal; si al Padre celestial, heredarán el reino de los cielos, á todos sus hijos prometido. E digo que también heredará la sensualidad, porque en los cielos estos nuestros sentidos corporales, si obedescieren é fueren conformes á la razón, que es el dictamen de la consciencia, allá estarán en perfecto gozo y ocupados en perfecta obra.

CAPÍTULO V

De la concordia que ha de haver dentro en ti.

La concordia destos dos hermanos es á Dios muy apacible, é aun también á los hombres, según dice el Sabio; empero, la concordia ha de ser desta manera: que el menor sirva al mayor y esté á él obediente, y consienta ser castigado y reprehendido si errare. Cosa notoria es que la sensualidad, que es el menor hermano, aunque tenga en algunos varones perfectos mucha subjeción é conformidad con la razón, empero nunca del todo se acaba de conformar é subjetar, por lo cual comúnmente dicen los doctores que los primeros movimientos no están en las manos del hombre, aunque esto sea verdad; empero la razón no havía de dejar de mostrar siquiera mal rostro en el primer movimiento á este su hermano menor, porque no se desmandase; mas viniendo del primer mal movimiento al segundo, que ya es pecado venial, atribuído á la razón, porque se descuidó en corregir á quien deviera, qué diremos de los hombres deprevados brutales que David compara á las bestias por haver perdido el dominio é la honra en ellos este hermano mayor, haciéndose menor é dando la juridicción é mando á la sensualidad, que es el hermano menor, é que ya cuasi del todo ha renunciado su derecho? No sé qué diga de la razón y sensualidad de los tales, sino que sean peor que Jacob y Esaú, de los cuales se dijo: El mayor servirá al menor. En los semejantes ya la razón sirve á la sensualidad, porque nunca piensa sino cómo podrá haver mundano placer é buscar las cosas que á la carne corruptible pertenescen; y más que defienden ya esto con muchas razones, como cosa necesaria á la vida é salud suya; é nunca acude sino quejándose é diciendo que las cosas groseras le hacen mal. Todo su cuidado echa en comer, como aquel Esaú mal mirado, que vendió su legítima al hermano menor por una breve comida (Gén., XXV b) y después no tuvo en nada haverla vendido, aunque no la pudo más cobrar. Así acaesce en éstos que su legítima herencia celestial, que por ley divina se les promete, venden por que la sensualidad les busque manjar é les dé sus vanos é falsos deleites, figurados en la escudilla de lantejas por la cual vendió Esaú su legítima; é lo peor es, que no tienen en nada las cosas celestiales, según paresce, pues no se trabajan de las haver; mas creo que piensan ó muestran pensar que el cielo, como cosa vil, les ha de ser ofrescido, ó que Dios les rogará con él como si lo tuviese aburrido é no tuviese á quien darlo.

Así que has de notar que no place á Dios la concordia de los hermanos, esto es, de la razón y sensualidad, sino tal cual fué entre Abraham y Loth, que eran hermanos; y el mayor, que era Abraham, libró al menor de las manos de los cinco reyes que lo llevavan preso (Gén., XIV c); y así el hermano mayor, que es la razón, ha de librar á la sensualidad, como á hermano menor, de los cinco sentidos corporales que la prenden é cautivan. O la concordia entre los tales hermanos ha de ser como la que fué entre Sant Pedro y Sant Andrés, que eran hermanos, que fueron entrambos discípulos de Cristo, y por Él murieron entrambos en cruz; así la razón é sensualidad por seguir á Cristo han de ser crucificadas en cruz de penitencia, para que dellas se diga: Esta es verdadera hermandad, que siguió á Cristo é tiene por premio ínclito los reinos celestiales.

En lo segundo que dice el Sabio del amor de los prójimos, también se figura por otro respecto el amor que ha de haver entre la sensualidad é la razón. Para lo cual es de saber que prójimo nuestro es todo pariente é amigo é cercano é vecino, é todo aquel que es de nuestra naturaleza humana; é como no hay cosa más vecina é cercana á la razón que la sensualidad, en cuanto al lugar do se crían, que es en el hombre, en el cual juntas nascen é biven, síguese que en alguna manera se pueden llamar prójimos la una de la otra. E según este nombre se queja la razón de la sensualidad en el psalmo, diciendo (Psal. XXXVII b): Mis prójimos se llegaron y estuvieron contra

mí. Llama aquí prójimos estos sentidos del cuerpo que son morada y fortaleza de la sensualidad.

El amor que razón tiene con estos prójimos, dice el Sabio que se agrada Dios é aprueba el tal amor, con tal que sea bueno; porque así como entre los prójimos acá corporales y exteriores hay amor bueno é malo, así entre estos prójimos espirituales de que hablamos. El amor bueno es aquel que se incluye en el mandamiento del amor del prójimo, cuando dice Dios: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. Aquí no se pone por mandamiento cuál hombre ame á sí mismo, mas presupónese como cosa que se está de suyo, porque natural cosa es al hombre amarse para la bienaventuranza; é como este tal amor ha de ser el que hemos de tener á nuestros prójimos, que así como amamos á nosotros mismos para la bienaventuranza que naturalmente deseamos, así esto es para aquel fin los amemos á ellos.

Tornando al propósito, la razón se ama á sí mesma para la bienaventuranza; é si quiere agradar á Dios ha de amar también á la sensualidad é á todos sus movimientos para la bienaventuranza; lo cual hace cuando lo sufre en paciencia, sufriendo los insultos carnales como quien sufre martirio, é con tanto amor y fortaleza como sufre el cavallero mártir los golpes que le han de causar victoria, porque, según dice un sancto, la castidad en la juventud tanto es mayor martirio que el del cuchillo cuanto es más continuo é prolijo y peligroso. Ama, pues, hermano mío, estos sayones y atormentadores y malos prójimos tuyos, que son los apetitos ó tentaciones carnales, por terribles que sean, así como amava Sant Estevan á los que le apedreavan, y haz por ellos la oración que él hacía por los otros, diciendo: O Señor Dios mío, no les cuenten esto á pecado, porque no saben lo que hacen caresciendo de razón, la cual á Ti sólo busca y desea.

Estos dos prójimos, que son la sensualidad y la razón, se figuravan en el hombre que descendió de Jerusalem á Jericó, é cayó en manos de ladrones, que lo llagaron hasta lo dejar cuasi muerto; é pasó por ahí un samaritano que, según dice el Señor, fué su verdadero prójimo; el cual lo puso en una bestia que llevava atadas sus llagas, y echado en ellas vino é aceite, y lo encomendó á un mesonero que lo acabase de curar (Luc., X c.). Este hombre tiene figura de la sensualidad, que dejando la paz é sosiego que algunas veces tiene, desciende de aquella perfección y reposo donde estava hecha cuasi espiritual, é desciende á Jericó; esto es, á la mutabilidad del estado, porque Jericó quiere decir luna mudable. E no basta descender, mas cae en las manos de los demonios que más la incitan é provocan á mal, hinchéndola de malos hábitos é cualidades pésimas, como de llagas que le imponen, é déjanla cuasi muerta é vanse; porque los demonios no tientan más al hombre de hasta que ven que su mesma mala costumbre basta para le quitar la esperanza de tornar á bivir en estado seguro; porque así sea el hombre más culpante siguiendo ya por sí solo los males. E dice estar cuasi muerto ó medio vivo, que es lo mesmo, porque no pueden quitar los demonios del todo al hombre la libertad para salir del pecado cuando quisiere, mientras está en el camino desta vida presente: entonces ha de venir el samaritano que se dice haver sido prójimo de aqueste, el cual tiene figura de la razón, que no ha de faltar ni en las mayores angustias de tentaciones. Y que el samaritano la figure, paresce por su declaración; ca quiere decir guarda, y es la razón que ha de guardar solícitamente á la sensualidad; é dícese que pasó por allí, porque no estando presente la razón, esto es, no consintiendo, se causan muchas veces á la sensualidad muchos insultos; ó dícese pasar por allí cuando para mientes las fatigas y tentaciones causadas en su sensualidad; pónelas sobre su bestia cuando las atribuye á su cuerpo carnal que lleva consigo por el camino desta vida; y echa aceite de misericordia compadesciéndose de los males, é vino que escuece en las llagas cuando les pone penitencia, é viendo que esto no basta, porque, según dice el Sabio (Sap., VIII d), ninguno puede ser casto si no le da Dios la continencia y castidad encomiéndalo al mesonero, que es Cristo, ofresciéndole su entendimiento é voluntad por meditación é amor, prometiéndole que si lo sana de los males en que ha incurrido, poniendo de la botica de sus llagas la medicina, él se lo satisfará con muy mayores servicios que antes de la tentación.

Lo tercero que dice el sabio aprovar Dios es el varón y la mujer que se bien consienten, los cuales se consienten bien cuando están

ayuntados por legítimo matrimonio, é no de otra manera sino muy mal. Espiritualmente hablando, mejor se figura en el presentimiento destos el de la razón é sensualidad que no en las otras dos cosas, porque, según dicen las glosas, sobre el pecado del primer marido é mujer, que fueron Adan y Eva, la mujer tiene figura del carnal deseo, que es la sensualidad, y el varón Adan tiene figura de la razón; de manera que la razón é la sensualidad son como marido é mujer. Estos engendran hijos, que son las buenas obras, cuando la sensualidad ó el reino de ella tiene el poder, que son todos los miembros del hombre sufrieran ser regidos y ayuntados á la razón, para que juntamente hagan alguna buena obra mediante la gracia del Señor, que como matrimonio los ayunta en muy buen consentimiento é conveniencia. Del cual consentimiento dice Cristo (Mat., XV c.): Si dos de vosotros consentieren sobre la tierra, cualquier cosa que pidieren les dará mi Padre. Y desta tal mujer se dice aquello del psalmo: Tu mujer será en los rincones de tu casa como parra abundosa. La casa es el cuerpo en cuyos rincones y partes mora la sensualidad; la cual siendo subjeta á la razón é ayuntada á ella, según es dicho, es parra como abundosa en fruto, y de los hijos, que son las buenas obras, se sigue (Psal. XII, 7): Tus hijos estarán al derredor de tu mesa como pimpollos que nacen al derredor de las olivas. Al derredor de la mesa celestial estarán nuestras buenas obras, porque mediante ellas será concedido sentarnos á la mesa que Cristo nos prometió, y compáranse á las olivas por el olio de la misericordia de Dios que nos traen.

En otra manera se pueden juntar este varón y esta mujer fuera de la gracia del Señor, como fuera de los límites del matrimonio, y entonces los hijos que se engendran son grandes pecados, de los cuales dice Nuestro Señor (Exo., XX, 2): Yo soy Dios celador para vengar la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación. Y cuando dice el profeta que el hijo no pagará la maldad del padre ni se la demandarán, entiéndese cuando las personas son diversas, y esto que hablamos se entiende cuando en una acaece espiritualmente según viste; y también el profeta habla cuando el hijo no imita la maldad de su padre, y en lo que Dios dice se entiende cuando la imita; ó lo uno se entiende de pena eternal en el otro mundo, y lo otro de pena temporal en éste.

Para que se entienda lo que Nuestro Señor dijo de la venganza en los hijos, notarás que el varón y la mujer ya dichos cuatro generaciones tienen: La primera es una mala inclinación ó obra producida dentro en nos, y ésta sola la sensualidad la produce, y llámase primer movimiento primero producido. La segunda generación es cuando la tal obra se ayunta con la sensualidad algún tanto la razón, y esta se llama también obra ó acto primero segundamente producido. La tercera consiente cuando totalmente es la razón con la sensualidad en el mal, y determina de lo poner en obra teniendo ya ojo á buscar el como lo podrá ejecutar, á lo menos deseándolo ejecutar si pudiese. La cuarta generación es cuando les place de haber hecho el pecado, del cual les devría pesar.

Dice, pues, el Señor que ha de vengar con celo de justicia la maldad y pecado de los padres, sensualidad é razón, hasta la tercera y cuarta generación, no haciendo tanta mención de la primera y segunda, porque la primera no es pecado; la segunda es pecado venial, que ligeramente se perdona; y hace expresa mención de la tercera y cuarta, porque son pecados mortales, que serán á grandes tormentos demandados al hombre en la cárcel del infierno, do nunca podrán ser pagados y siempre se demandarán; en figura de lo cual se dice que el rey que quiso estar á cuenta con los suyos mandó que uno muy deudor suyo fuese vendido, y sus hijos y mujer y todo lo que tenía con él; y finalmente fué lanzado en la cárcel y traído en las manos de los atormentadores (Math., XXV, 6), á que le den tal trato que ninguna cosa le perdonen, mas que siempre le demanden la deuda, aunque no la pueda pagar; pues siempre quiso pecar, aunque no pudo para siempre bivir, y no pueda pagar en el tiempo que le demandaban pagar con sola la voluntad; así que el refrán común se cumpla que dice: El que cuando puede no quiere, cuando quiere no puede.

Según las dos declaraciones que has visto de la presente letra, tomarás en ella dos fundamentos para el recogimiento: El primero, que andes siempre sobre el aviso, deteniendo los derramamientos del corazón; y el segundo, que sigas presto el amonestamiento de tu

buena conciencia con ligereza de bien obrar, á lo menos en lo de dentro.

SEGUNDO TRATADO

HABLA DEL HACIMIENTO DE LAS GRACIAS DICIENDO: BENDICIONES MUY FERVIENTES FRECUENTA EN TODAS TUS OBRAS.

Es cosa de tanta excelencia y bondad el hacer gracias á quien nos hace mercedes, que si bien miramos hallaremos esta verdad naturalmente engerida cuasi en todas las criaturas; las cuales, aunque hablar no pueden, por obra hacen mejores gracias á sus bienhechores que no los hombres por palabra; pues vemos que en siendo la tierra visitada del cielo con agua é serenidad, luego como en hacimiento de gracias comienza á brotar y enviar de sí hacia el cielo yervas é flores en pago de lo que recibió; y porque el hortelano es solícito en criar los árboles, ellos, aunque sean altos, inclinan su fruta para que él pueda coger, y cuasi por obra dicen: toma esta fruta en pago de las mercedes que nos haces en nos curar. Y pues vemos, en saliendo el sol, las avecicas cantar y chirriar, quién dirá sino que le hacen en gracias porque viene á les dar lumbre y alegría, librándolas de la frialdad é peligro de la noche? Todos los ríos corren ligeros al mar para le hacer gracias porque ella los produce; tórnanse á las manos do salieron, haciendo gracias porque fueron enviados.

Largo sería también de contar cuán gratos son muchos de los animales, cuya gratitud y reconocimiento es tanta que apenas son creídos los historiadores que dello escrivieron, é la causa del no creer la mucha gratitud de los animales creo que es la poca que nosotros tenemos, la cual parece claramente, pues no conocemos el bien hasta lo haver perdido; y esto se causa por no haver hecho al que nos da los bienes suficientes gracias por ellos; de manera que nuestros bienhechores, para ser gratificados, han de esperar que nosotros perdamos sus beneficios; porque entonces con la falta conocemos el provecho pasado y nos movemos á hacer gracias. Grande mal es sin duda que el carecer de la cosa nos mueva más que ella misma; la cobdicia del poseer nos hace olvidar al que nos hizo posesores. Y según esta mala propiedad que los mortales tenemos, no puedo hallar á quién mejor y con más razón devamos ser comparados que á los puercos que debajo de la encina gozan de la bellota, los cuales jamás alzan la cabeza para ver de dónde desciende ni curan de lo saber, así como si ninguna cosa les fuese en ello.

Acordemos, hermanos, que nos va mucho en ver lo que hemos recevido; porque, como dice Sant Gregorio, cuanto crecen los dones tanto crece la cuenta y tener el recibo de los dones bien sumado. Lo que más para esto nos puede aprovechar es el hacimiento de las gracias. Comencemos por esta vía á pagar al dador de todos los bienes nuestro poco á poco lo mucho que devemos, y en una obra que es hacer gracias haremos dos cosas: la una, pagar lo que debemos, é la otra, hacernos merecedores de mayores dones. Donde Casiodoro dice: Mejores cosas merece recebir el que no perdió las que le dieron, ni se le cayeron del corazón.

Deste dicho se saca que no hay mayor manera de mandar lo que deseamos que haciendo gracias por lo que recebimos; porque, según dice este doctor, mejores cosas merece recebir el que no ha perdido las recebidas; y si alguno las ha perdido ó no, en ninguna otra cosa se puede mejor conocer que en el hacimiento de gracias, porque aunque tengamos los dones del Señor en nosotros mesmos, entonces parécese el merecimiento de los tener cuando dellos no le hacemos gracias.

Hase Dios con nosotros en este caso como la mar con sus ríos, la cual se ve que tornan á ella; parece juzgar no ser su agua perdida del gran mar y divina abundancia; no cesan de manar á nos aguas de gracias y dones; si por gratitud á Él las tornamos á referir, serán como aquellos ríos de los cuales se dice (Eccl., I b): Todos los ríos entran en el mar, para que otra vez tornen á correr. Quieres que nunca se seque el agua de la gracia que Dios te ha dado? tórnala á referir á Él por gratitud; é como Él della no tenga necesidad, tornártela ha multiplicada y bendita, y alegrarse ha, viendo en ti bivo su don, y que sube en alto como agua biva que se torna á su primera causa; mas si retienes en ti los dones, no haciendo gracias por ello, serás como río malo que no entra en el mar, dete-

nido en balsas y lagunas donde su agua muere y se corrompe, no criando peces, sino cosas sucias y ponzoñosas. Si detienes en ti los dones de Dios, apropiándolos á tus merecimientos y no haciéndole gracias por ellos, luego se mueren perdiendo aquella divina aceptación, que es última y suprema vida de todas las cosas; y se corrompen cuando de ser medios para ir al cielo se hacen medios para ir al infierno y causa de sobervia; no engendran peces de buenas obras, sino jactancia y vanidad y presumpción de espíritu, que son cosas de mucho veneno para el ánima; y así son los tales dones de mal olor y abominables delante Dios, por estar en la balsa y laguna de tu malicia. No desta manera, hermano, sino despierta tu ánima á que haga al Señor gracias á los beneficios recebidos, según nuestra letra te lo amonesta diciendo: Bendiciones muy fervientes frecuenta en todas tus obras.

CAPÍTULO II

De un hacimiento de gracias en que Dios pone al ánima.

Para declaración desta letra has de saber que uno es el estado del hacimiento de gracias en que Dios pone el ánima y otro el que se alcanza por solícita industria. Deste segundo hacimiento de gracias habla nuestra letra, aunque yo la escriví é compuse para en ella hablar del primer hacimiento de gracias, que es el que Dios infunde en el ánima, y cuasi la pone en aquel estado como de su mano; y si en la breve letra no declaré esta mejor manera de hacer gracias, fué porque no supe ni pude decir en breves palabras, ni pienso poder decir en muchas, lo que en este caso siento; empero, comenzaré á decir algo, dejando lo demás para los que tienen por entero la experiencia, y pueden decir con David (Psal. XXX) en aquel psalmo que hizo en hacimiento de gracias por las mercedes que havía recebido y esperava de recebir: Estableciste y pusiste mis pies en lugar espacioso. Los pies del ánima son sus deseos, con los cuales va ligera y prestamente donde quiere. Estos deseos son puestos y establecidos en lugar ancho é muy espacioso, cuando el ánima es colocada en el estado del hacimiento de las gracias, el cual es más amplísimo, no solamente porque su materia y aquello de que ha de tractar es mayor, mas porque en él se recibe la libertad de los hijos de Dios, y mucha más gracia y sentimiento del Señor que no en otro cualquier estado del ánima.

Para alguna declaración de aqueste estado en que pluguiese á Dios que estuviésemos, has de saber que cuando el devoto ejecutor, que con solicitud prosigue y se ejercita en la oración mental y recogimiento del ánima, va su camino sin tornar atrás ni pesarle de lo comenzado, suélelo poner Nuestro Señor después de mucha oración en una alabanza suya que sale de lo interior del ánima; que de muy llena de la gracia del Señor prorrumpe la gracia y se le derrama por los labios y sale en aquel hacimiento de gracias en que toda se querría deshacer, viéndose tan dichosa acerca del Señor, y barruntándose tan amada dél, según el gran testimonio de su muy pacífica conciencia. Olvídase el ánima entonces de todas las cosas y de gran reposo en aquello que siente, y solamente piensa el entendimiento en la fuente de donde aquello pudo manar; y la voluntad con gran amor se agrada tanto de Dios, que dice por hora aquello del psalmo (Psal. LXXXV): Ninguno en los dioses es semejante á ti, Señor, ni puede hacer las obras que tú haces.

A este hacimiento de gracias, que á las veces se hace en reposo, á las veces en fervor del espíritu, no viene el hombre por haver antes pensado en él procurándolo, porque algunos devotos que jamás supieron ni oyeron qué cosa era, ni lo desearon, cayeron en él y lo hallaron, ó por mejor decir fueron puestos en él, prosiguiendo, según dije, en su ejercicio de oración, vienen á pasar por este dichoso paso, y llegan á este lugar, y están en él cuanto el Señor permite; y es tan alto hacimiento de gracias éste, que paresce que todos los miémbros y huesos y entrañas del hombre hacen gracias y bendicen al Señor, en el cual estado estava David cuando dijo (Psal. CII): O ánima mía, bendice al Señor, y todas las cosas que están dentro en mí bendigan su sancto nombre, y no te quieras, ánima mía, olvidar de las mercedes que te ha hecho. Este hacimiento de gracias no está en el hombre por entonces secreto; mas está con tanto gozo y conocimiento exterior, que cuasi piensa á todos ser notorio lo que él tiene, y no se le haría de mal por entonces

decirlo á las otras personas devotas que lo quisiesen oir, según aquello del psalmo (Psal. XCV): Venid y oid todos los que teméis á Dios, y contaros he cuántas cosas ha hecho con mi ánima. El principal intento y la causa por que daría él tal parte á otro de lo que siente es para lo provocar á que le ayudase á hacer gracias al mesmo Señor por el mesmo caso.

Por este estado del hacimiento de gracias pasan algunos y duran poco en él, y después llévalos el Señor á cosas que no alcanzan á saber si son mejores ó peores, salvo que este hacimiento de gracias es muy apacible al ánimo. Otros perseveran mucho en aqueste estado trabajando cuanto pueden por lo conservar; empero, por la mayor parte á ninguno se da sin que primero se haya ejercitado largo tiempo en la oración; por lo cual Sant Pablo (Ad Cor., IV c) primero amonesta la oración que el hacimiento de gracias, diciendo: Sed constantes y solícitos en la oración y velad en ella con hacimiento de gracias. Y en otra parte dice (Thes., V b): Gozaos siempre, orad sin intervalos; en todas las cosas haced gracias al Señor. El hacimiento de gracias pone como cosa última y fruto de la oración, y conforme á Sant Pablo dice Isaías (Isa., LI a): Gozo y alegría será hallada en ella; hacimiento de gracias y voz de alabanza.

Para que en el ánima se halle hacimiento de gracias y voz de alabanza, que es lo mesmo, primero ha de haver en ella gozo y alegría en el Señor que la crió, del cual gozo y alegría resulta el hacimiento de gracias de que hablamos, el cual es tan perfecto que no sin gran misterio se dice haver Nuestra Señora inventado esta común manera de hablar que tienen todas religiones en decir muy á menudo: *Deo gratias*, que quiere decir: demos gracias á Dios. Aquella que más perfectamente alcanzó el estado del hacimiento de gracias que ninguno de los sanctos, según parece en su canto de *Magnificat*, huvo de ser causa que tantas gracias se le diesen á Dios como se le dan cada día en la palabra, que en ella muchas veces pronunciava, que es *Deo gratias*; sobre la cual dice Sant Augustín: Qué otra cosa mejor podemos traer en el corazón? Qué mejor cosa podemos pronunciar por la boca? Qué otra cosa mejor podemos escrivir que *Deo gratias?* En este mundo no se puede decir cosa más breve ni más fácil de oir, ni puede ser mayor cosa entendida, ni hay cosa que después de hecha sea más frutuosa, cuya sola pronunciación trae fruto. Y también se ordenó que por reverencia de la Señora que inventó esta palabra y la puso en común uso se repita muchas veces en el oficio divino y cánticos eclesiásticos.

CAPÍTULO III

De la común manera de hacer gracias.

Cuanto á la manera de hacer gracias que es más común, has de notar bien esta letra; porque si la ejercitas podrás merecer la primera manera de que hemos hablado, la cual más es premio que mérito. Nunca pase día sin que pienses los beneficios que Dios te ha hecho, y por ellos alaba y loa su largueza, mayormente á respecto tuyo comparada á ti, que ninguna cosa mereces sino ser privado de lo ya recebido; no pienses que hay en ti causa de merecimiento, porque si alguna hallas, también es don de Dios; tú no eres sino materia desnuda de todo bien, y si algo tienes, toda es ropa prestada que Dios te quiere dar. Haz diligente memoria de los dones recebidos, así de naturaleza, como de fortuna, como de gracia, como de gloria prometida, la cual tienes tan cierta como lo demás, si por tu culpa no la pierdes; piensa sutilmente las gracias especiales y generales que el Señor te dió, y confiesa fielmente haverlas recebido de su mano; guárdalas con estudio en la mayor pureza que tú pudieres; ámalas mucho y mucho más al que te las dió; apártate y guárdate de ofender á la gracia ó al Señor della.

Este hacimiento de gracias puede ser en tres maneras: ó por obra, según dice Sant Jerónimo, y es cuando correspondes á Dios según todo tu poder en el beneficio recebido, lo cual mejor hicieron los mártires que todos los otros sanctos cuando con sangre correspondieron á Cristo, que por ellos havía derramado la suya; y también se podria decir que hacer gracias á Dios por obra es trabajar en su servicio con el mesmo talento que nos dió; de manera que emplear bien y ejercitar la mesma gracia que el Señor te ha dado es excelente manera de gratitud.

La segunda manera es en el corazón, cuando por menudo y afectuosamente piensas las mercedes recebidas é las prometidas y las por tu culpa perdidas, de las cuales no deves

ser menos grato que de las que no perdiste; onde conforme á esto dice Sant Crisóstomo: Que la meditación y memoria de los beneficios es muy buena guarda dellos mesmos, y esto en el que los recibió, porque, según dice este sancto, el que da el beneficio se deve luego olvidar haverlo dado, y el que lo recibe se deve siempre acordar en su corazón de lo que es en cargo, y pues Dios guarda también la condición que á él toca, que es olvidarse de las mercedes que hizo, guarda la que es de tu parte, que es acordarte dellas; y que Dios guarde lo primero muy bien lo podrás conocer si paras mientes á las nuevas mercedes que cada día te hace, las cuales si bien las cuentas son tantas, que parece haverse olvidado de las pasadas.

La tercera manera de hacer gracias es por palabra, pronunciando con gozo los mesmos beneficios; porque en decir á alguno: esto me distes, ó en decir dél: esto me dió Fulano, parece que le hacemos gracias. Según esta manera, conocí yo dos personas que estando fuera de su casa acertaron á dormir una noche en tal posada, que no tuvieron oportunidad para se levantar á la media noche, según tenían de costumbre, á hacer gracias á Dios; y como fuesen de un corazón y parescer y voluntad amándose en Jesucristo, dijo la una persona á la otra: Ya es venida la hora de las alabanzas de Dios; no es razón de la dormir, pues es suya; si os parece, diga y cuente cada uno de nosotros los beneficios que de Dios ha recebido. Agradando esta razón comenzó el uno á decir todos los bienes que dende niño havía hecho, no contándolos por bienes propios, sino por beneficios dados de la mano de Dios, diciendo que á él, siendo niño, le dió el Señor tal gracia, que las blancas que su madre le dava para que comprase fruta que almorzase para ir á leer con los otros niños al escuela, él las dava á los pobres, y también el pan, y se quedava sin almuerzo por dar de almorzar al pobre, y que el Señor le dava gracia que hiciese esto cuasi cada día que estuvo al escuela. Donde prosiguiendo desta manera por las otras cosas que se le acordava ser de alguna virtud y gracia, el que lo escuchava comenzó tan fuertemente á llorar, que con gran espanto cesó él de decir y rogóle que le dijese la causa de su lloro, y respondióle: No hallo en mí cosa que pueda decir que buena sea; desque vos acabéis de decir, yo no sé que diga, sabe Dios que ningún bien tengo de mío que pueda contar delante de su Majestad; no se me ofrece á la memoria sino mis grandes pecados, con los cuales contradije muchas veces á los beneficios que Dios me quería hacer, de los cuales carece mi ánima, por no ver Dios en ella disposición para los recebir.

En este ejemplo puedes ver cuánto aprovecha hablar de los beneficios de Dios, y pues el pensar que carece el hombre dellos mueve el corazón á tantas lágrimas, el conocer que los tiene lo moverá á gozo no menor. El uno de aquestos contava muy fielmente los beneficios á él hechos de Dios, y digo fielmente, porque según verdad toda buena hora que hacemos aún es beneficío de Dios, pues nos da gracia para la hacer. El otro pensava en los beneficios de Dios que havía perdido, y por el pesar que dello recibió mereció después cobrar otros mayores para con ellos servir al muy alto. Onde conforme á esto dice un doctor: Ay de aquellos que callan y no hablan de ti, Señor, que eres dador de todos los bienes, porque los tales, aunque mucho hablen son mudos. Bienaventurada es la lengua que te hace gracias, pues ejercita aquello para que principalmente fué criada; desde agora comienza el oficio en que ha de permanescer haciendo gracia á su Hacedor.

Este tercero modo de hacimiento de gracias, que es pronunciarlas por la boca, ejercitava Sant Augustín cuando decía sobre aquella palabra de David: Sea llena mi boca de alabanza: Loarte devo, Dios mío, en las cosas prósperas, porque me consolaste; en las contrarias, porque me castigaste; dévote loar antes que fuese, porque me hiciste; y después que soy devo loar, porque me diste salud; y cuando pequé te devo loar, porque me perdonaste; y cuando estava en las fatigas te devía loar, porque me ayudaste; y en la perseverancia te devo loar, porque me coronaste. A ejemplo deste sancto devemos hacer gracias al Señor en las adversidades y prosperidades, siendo semejante al ruiseñor, ave que canta de día y de noche. Muchos hay que cantan en el día de la alegre prosperidad, y con prosperidad y con gozo hacen gracias á Dios, de los cuales dice David (Psal. XLVIII): Confesarán tu sancto nombre cuando les hicieres bien; mas desque viene la noche de la adversidad, pocos hay que canten y hagan gracias á Dios, teniendo en esto muy mejor propriedad aquel

pequeño pajarito que no los hombres. Y del cisne también se dice que al tiempo de su muerte canta mejor que en la vida.

Hagamos, hermanos, gracias al Señor y bendigámoslo en todas nuestras obras, según dice nuestra letra, porque si en las adversidades y azotes lo bendicimos, cesa de nos herir, é si lo bendecimos cuando nos da bienes, persevera en más hacer mercedes.

CAPÍTULO IV

De cómo devemos hacer gracias en las adversidades.

Hacer gracias en las adversidades no se nos deve hacer de mal, mayormente si consideramos no ser pequeña merced consentir el Señor que le ayudemos con Simón Cirineo á llevar su cruz, é que ningún mal padeceríamos si Él no lo permitiese é tuviese por bien; de cuya voluntad ningún mal puede proceder, y por eso con igual amor nos premia é castiga; y así nosotros con igual amor le hagamos por todo gracias, según lo aconseja el apóstol, diciendo (Eph., V c): Sed llenos del Espíritu Sancto, hablando á vosotros mesmos en psalmos é himnos é cantos espirituales, cantando é alabando á Dios en vuestros corazones, haciendo gracias siempre por todas las cosas en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo á Dios y al Padre. Sobre estas palabras dice Sant Jerónimo: Este mandamiento aquel sólo le puede guardar que sabe ser regido por la providencia de Dios. Aun cinco pájaros que se venden por un maravedí, ninguno de los cuales cae en el lazo sin la voluntad del Eterno Padre (Luc., XII a). E lo que dice el apóstol que hagamos gracias siempre é por todas las cosas, en dos maneras se ha de entender: que en todo tiempo é por todo lo que nos acaesce hagamos gracias á Dios, y no solamente por las cosas que tenemos por buenas, mas también por las que nos fatigan é atormentan y vienen contra nuestra voluntad, por las cuales salga el ánima en alabanzas de Dios alegremente, é diga con el Sancto Job (Job, I h): Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo tengo de tornar; hecho es así como plugo al Señor; sea su nombre bendito.

Este hacimiento de gracias acerca de los prudentes varones suele ser guardado é general y especialmente. Generalmente, cuando hacemos gracias al Señor porque sale á nosotros el sol y pasa el día é la noche se muda en holganza; con el resplandor de la luna se tiemplan las tinieblas, é con la salida de las estrellas y con ponerse son mudados é tornan los tiempos, é hacemos gracias porque nos sirven las lunas, la tierra pare, los elementos son nuestros siervos, y que tanta variedad de animales, ó nos llevan á cuestas, ó trabajamos con ellos, ó los comemos, ó nos cubrimos con sus pieles, ó nos dan ejemplo, ó son para que nos maravillemos, y finalmente, hacemos gracias porque somos nascidos, porque permanescemos, porque en el mundo, así como en una casa de un poderoso padre de compañas, negociamos é traemos procuración, y todo lo que está en el mundo entendemos haver sido por nuestra causa criado.

Lo segundo, hacemos gracias especialmente cuando nos alegramos en los beneficios de Dios, que son dados á nosotros singularmente; mas esto el gentil y el judío lo hace, y el publicano y el extranjero de otra ley; empero, cosa propia es del cristiano, y virtud que á él solo conviene, hacer gracias á su Criador aun en las cosas que les son contrarias é sabidas: si la casa se cayere, si la amantísima mujer y los hijos ó fueren captivos, ó muertos con veneno, ó perescieren en el mar; si perdiéremos las riquezas para siempre; si la sanidad desfallesciere con la flaqueza é vinieren sin número las enfermedades.

Suelen los que se juzgan por más sanctos hacer gracia á Dios después de librados de los peligros, como las hicieron los Macabeos (Mach., I b) porque los havía guardado y restituído; mas, según la sentencia del apóstol, esta es la máxima virtud: que en los mesmos peligros é miserias sean dadas á Nuestro Señor Dios gracias, é siempre digamos: Bendito sea el Señor; menores males conozco padescer que merezco; estos males, según mis pecados, son pocos; ninguna cosa digna de mi culpa me es dada. Este es el ánimo del buen cristiano; éste, tomando su cruz, sigue el Salvador, al cual no enflaquescen ni espantan los daños. El que según hemos dicho hace gracias á Dios é al Padre en el mediador de Dios y de los hombres, refiérelas á Cristo Jesús, pues no podemos sino por él llegar al Padre. Lo susodicho es de Sant Jerónimo.

Muchas cosas ha puesto este sancto doctor é muy de notar; en especial te deves siempre acordar, como él dice, que la virtud del buen

cristiano es hacer gracias en medio de las persecuciones, la cual si no tienes, menos te deves llamar buen religioso que buen cristiano. Para que no olvides tan maravillosa doctrina ni dejes de la obrar, piensa muy bien nuestra letra, porque todo lo que está dicho se incluye en ella en decir que frecuentes y repliques muchas veces, no tibias bendiciones, como hacen aquellos que cuando están fatigados y enfermos responden á los que le dicen que tengan paciencia y se conformen con la voluntad de Dios que dispone todas las cosas. A éstos responden muchos con flaco é tibio ánimo que lo harán, pues no puede más ser, cuasi diciendo, según el son é las palabras muestran, que á más no poder se conformarán con él aunque de mala gana. Tú no así, mas con fervor bendice al Señor en todas sus obras prósperas é contrarias, haciéndole de corazón gracias en todas ellos; cobra costumbre de decir á lo menos en el corazón: bendito sea el Señor en sus dones (Apoc.); é esto en todas sus obras lo di, para que así sean todas dignas é sanctas.

No hay cosa en que los hombres sean comúnmente más semejantes á los ángeles que en hacer gracias y bendecir al Señor en todas las cosas; porque á los ángeles propriamente conviene bendecir en todo al Señor; bendícenlo en las cosas celestiales, donde Sant Juan dice dellos (Apoc., VII a): Todos los ángeles estavan alderredor del trono, y derribáronse dél y adoraron á Dios diciendo: Amén. Bendición y claridad é sabiduría é hacimiento de gracias, é honra é virtud y fortaleza sea á nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amén.

Bendicen también á Dios los ángeles en las cosas que él hace en la tierra, é convidando á los hombres á lo mesmo, como paresce en la natividad de Cristo, donde cantaron bendiciendo á Dios aquel cántico de alabanza que la Iglesia dellos provocada usa cantar en las misas, que comienza: *Gloria in excelsis Deo.* Ellos provocaron á los pastores á lo cantar; el cual cántico en bendiciones del Señor es tan excelente, que no merescieron los hombres saber dél sino el principio que oyeron çantar á los ángeles, que volando por el aire lo cantavan loando á Dios; empero los sanctos acabaron aquel cántico según que, por el Espíritu Sancto enseñados, les pareció que lo devían proseguir; y así acabado por algunos sanctos sobre el principio que los ángeles á Dios hicieron, se canta en la misa. Bendicen también los ángeles á Dios por las cosas que hace en el infierno, condenando é castigando á los malos, según aquello que está escripto (Mac., II b): Por todas las cosas sea bendito Nuestro Señor Dios, que trujo los malos á la pena que merecían.

En esta tercera manera de obrar que el Señor hace condenando á los malos tornan á replicar los ángeles las bendiciones pasadas hacer dellas memoria, diciendo que por todas las cosas sea bendito el Señor que castiga los malos, y la causa desto es por nos mostrar que en todas las cosas devemos alavar al Señor, el cual no es menos de loar en el cielo que en la tierra que en el infierno; con una mesma voluntad y aún con un mesmo acto y operación obra todas las cosas, y por esto no deve ser menos bendito en las obras de justicia que de misericordia.

Cosa es muy notoria á los mortales que Dios deve ser bendito por las obras de gloria que hace en el cielo y por las de gracia que hace en la tierra; mas los que no tienen conocimiento dudan si deve ser tan loado cuando condena al pecador para siempre en las penas intolerables del infierno como cuando lo salva; é por quitarles esta duda repiten y hacen memoria los ángeles en esta obra de la condenación de todas las otras, diciendo que por todas las cosas sea bendito el Señor que condena los malos, así para castigo dellos como para escarmiento de los que aún no están condenados.

E para que veas cómo los ángeles de igual corazón bendicen al Señor cuando salva é cuando condena al hombre, deves saber que por dos causas deve Dios especialmente ser bendito, á las cuales todas las otras se pueden reducir. La primera, por ser misericordioso; la segunda, por ser justo. Si salva al hombre, bendicen los ángeles al Señor porque según su misericordia lo hace salvo; si lo condena, bendicen al Señor porque según su justicia lo condena, y desta manera bendicen con fervor é igual corazón á Dios en todas sus obras, aunque por diversos respetos. Si tú, hermano, quieres, viviendo en la tierra, tener mucha conformidad con los ángeles del cielo, has de bendecir al Señor en todas sus obras y en todas tus obras, según nuestra letra te amonesta, multiplicando con

mucho fervor bendiciones al mesmo Señor. Cuyas obras, si bien las quieres contemplar, hallarás que son todas mercedes tuyas y beneficios á ti hechos; y si te paresce que acerca de otros obra muchas cosas que á ti no tocan, deves tú extender tu caridad y á ejemplo del sancto apóstol hacer gracias y bendecir á Dios por las mercedes que á los otros hace. El cual dice escriviendo á un amigo suyo: Gracias hago á Dios, haciendo siempre de ti memoria en mis oraciones, porque grande gozo y consolación tuve oyendo la caridad y fe que tienes con los sanctos.

No tan solamente en esta epístola, mas en todas es cosa común á Sant Pablo gozarse y hacer al Señor gracias por las mercedes que á otro hacía; lo cual si tú quisieres imitar serte ha bien pagado, porque serás participante con el otro en la tal gracia que Dios le dió; é solamente bendecir al Señor por ella sería gran aparejo para que también á ti fuese dada por la mano larga del Señor.

CAPÍTULO V

De las mercedes secretas que rescebimos.

Porque sé que ninguno puede dar bendiciones é gracias al Señor por los beneficios ajenos si primero no las da por los suyos, te amonesto que pienses de cuántos lazos te ha librado el Señor y cómo otros muchos te havía el demonio armado, de los cuales también te libró sin tú saberlo; porque, según dice Job, su lazo tiene el demonio escondido en la tierra; del cual muchas veces ascondidamente libra Dios á los suyos aun sin ellos saberlo. Fuiste á la batalla, pasaste el mar, travesaste un camino donde muchos por manos de ladrones ó de bestias fieras fueron muertos, y haste visto en peligros semejantes donde muchos peligraron, y no teniendo tú menor ocasión para morir y perescer que ellos, escapar sano y sin lesión. Si cristiano eres, deves hacer cuenta que Dios te resucitó, librándote de las manos de la muerte donde tú te havías puesto; y lo mesmo has de conoscer en los pecados cuya oportunidad é voluntad y ocasión te quitó é apartó de ti el Señor sabiendo tu flaqueza. O cuán sanctas mercedes nos hace el piadoso Dios y Señor Nuestro Jesucristo, aun estando nosotros durmiendo é no pensando en él; y aun muchas veces le estamos ofendiendo, y El piensa cómo nos ha de librar de la ofensa y culpa; lo cual hace por vías tan secretas, que ninguno de los mortales lo pueda conoscer; mas puédelo todo cristiano creer, y por las mercedes secretas hacerle públicas gracias.

No conoscemos las mercedes que la tierra hace á los árboles, enviando dende las raíces fruta en lo más alto dél; ni sabemos cómo el mar provee á los ríos de agua; ni alcanzamos por entero la manera como fuimos en el vientre formados, ni cómo pueda ser que el niño está tan encogido é tan secreto nueve meses sin peligro, el cual en saliendo tiene muchos impedimentos: si le cierran un poco la boca para que no pueda resollar, luego morirá, y si no le da algún aire en poco espacio, peresce el que estando muy encogido y encerrado vivió en las entrañas de su madre, en grande angostura. No devemos dudar sino que los beneficios que allí dentro rescibía son muchos é á nosotros muy escondidos; lo cual pues vemos en las cosas naturales, razón demanda que creamos ser hechos á nuestras ánimas muy grandes é muy secretos beneficios, sin los cuales ni podrían fructificar ni tener gracia alguna, ni bivir al Señor que las crió, lo cual por nos dar á entender Nuestro Señor dice (Sap., XXIV d): Yo así como caño de agua secreto salí del paraíso y penetraré todas las inferiores partes de la tierra, é miraré todos los que duermen, y alumbraré á todos los que esperan en el Señor.

Aunque esto, según el sentido alegórico, se diga de Cristo, el cual salió del vientre virginal que se dice paraíso verdadero, porque en él vió Cristo en cuanto hombre á Dios claramente, é nunca Dios se vido perfectamente de hombre en la tierra sino en aquel sancto paraíso del cual salió Nuestro Redemptor, cuyo cuerpo era como caño secreto, por el cual se comunicaron las divinas gracias por secreta manera al mundo, y en él se quiso Dios encarnar para venir al mundo escondidamente; mas cuando se quebró el caño por muchas partes, que fué siendo muy llagado en la cruz, entonces se manifestó lo que estaba dentro, de lo cual se maravilló el Centurio, é dijo á boces: Verdaderamente éste hijo de Dios era. Quebrado el caño, penetró el agua de la divina gracia las inferiores partes de la tierra, descendiendo á los infiernos, é miró á todos los que por muerte dormían, é solamente alumbró á los que esperaban en el Señor que

estavan en el limbo. Apropiado este dicho del sabio á Cristo, quiere decir lo que oiste; mas si lo entendemos del Espíritu Sancto querrá decir que por vías secretas é ocultas, como so tierra, nos hace grandes mercedes, é mira con ojos de piedad aun á los que duermen en pecado, para que se conviertan, é alumbra á todos los que esperan en el Señor, no mirando en ello ni teniendo la vigilancia que deven.

Estas mesmas gracias y mercedes que el Señor nos hace sin nosotros saberlo quiso el Espíritu Sancto declarar cuando dijo á la esposa en los Cánticos (Cantic., IV): Cuán hermosa eres, amiga mía; cuán hermosa eres! tus ojos son de paloma, sin lo que de dentro está ascondido. Los ojos de la paloma son llorosos, é porque las ánimas devotas tienen costumbre de llorar se dice tener ojos de palomas, lo cual es de gracia é virtud, mayormente si las lágrimas se derraman por estar el Señor absente, deseando su presencia, para lo cual da el Señor una secreta gracia, que aun el mesmo que la tiene no la conosce, y ésta dice el Espíritu Sancto que está escondida, como se esconden los granos de la granada debajo de la corteza y de las telicas delgadas que están dentro (Cantic., VI 6).

Este hacer mercedes secretas Dios al hombre se figura en Moisen (Exo., IV a), cuya mano era maravillosamente sana de la lepra poniéndola dentro en el seno escondida; porque escondidamente y en nuestro seno nos hace Dios secretas mercedes, ó juzgando nuestras obras, que como con lepra están inficionadas con mil defectos, ó dándonos secretamente facultad para bien obrar é hacer tales obras que puedan parecer dignas delante de su Majestad.

Estas mercedes secretas que Dios hace al hombre se pueden ejemplificar é mostrar claramente en Sant Francisco, del cual se lee que como estuviese en oración en el monte de Alvernia, le aparesció Cristo é pidióle limosna, diciendo: Dame, Francisco, alguna cosa si tienes en limosna. El santo varón respondió: Qué es, Señor, lo que tengo de dar? ninguna cosa poseo; las cosas del mundo, por tu amor las dejé; el cuerpo y el ánima á tí lo di; yo mesmo aún no me poseo, ni soy mío sino tuyo; qué me demandas, Señor? El Señor le dijo: Mete la mano en tu seno y mira si tienes algo que me des; y el sancto al mandamiento del Señor metió la mano en su seno, y halló una pieza de oro muy maravillosa, é diósela al Señor con gran gozo, por se haver hallado cosa con que le pudiese servir. Y el Señor extendió la mano é tomóla con mucha voluntad; y luego comenzando como de primero á le tornar á demandar limosna, el sancto padre excusávase, mostrando ser muy pobre é necesitado, y que para sí no tenía; por esto, que no podía darle cosa alguna. Entonces mandó el Señor que tornase á meter la mano en su seno y lo que hallase le diese, y halló otra pieza de oro mayor que la primera. Tornó la tercera vez por el semejante á le importunar que le diese limosna, y él excusándose como de primero, huvo de tener la mano en su seno é halló otra pieza mejor que las otras que dió al Señor. Tres piezas de oro halla el sancto en el seno que pensó no tener ninguna: halló en él lo que él no havía puesto ni havía visto poner; porque allende de las mercedes públicas que Dios le havía hecho, tenía otras dadas del mesmo Señor por tan secreta manera, que él mismo que las havía rescebido no se diera fe dellas. Y lo mesmo es en cada uno de los siervos de Dios, entre los cuales apenas hay quien no haya rescebido esta manera de mercedes. He querido ser algo prolijo eñ este punto, porque hacen pocos mención dél y porque pertenesce á personas espirituales pensar las cosas desta manera, y mirar profundamente que resciben ó á lo menos barruntarlo por esta vía de meditación; y digo barruntarlo, porque estas mercedes secretas son tantas que no las podemos alcanzar á conoscer.

Estas mercedes secretas nos deven mover á que bendigamos al Señor con mayor fervor, porque, allende de ser muchas, muéstranos Dios en ellas el grande amor que nos tiene, pues que sin se lo suplicar tiene de nosotros tanto cuidado. El que demanda, en alguna manera compra, pues le cuesta la vergüenza que pidiendo padesce; el que desea, padesce dentro de sí fatiga en la deuda que tiene si se cumplirá su deseo y en la dilación que muchas veces hay en ser cumplido. Destas dos cosas, que son algo penosas, carescen los que estas mercedes secretas resciben, las cuales el Señor da sin ser pedidas ni deseadas, á lo menos las más veces, y por esto mayores gracias se le deven é mayores bendiciones por ellas que por las otras.

CAPÍTULO VI

De las mercedes públicas.

Las mercedes públicas deves regraciar al Señor y bendecirlo por ellas; porque olvidadas éstas, mal le pueden hacer gracias por las otras. Las mercedes que públicamente del Señor rescibimos, así en bienes de naturaleza como de fortuna é de gracia y de gloria, son cuasi sin número, aunque muchos hay que son tan solícitos en hacer gracias al Señor, que no dejan de lo pensar todo por orden; pero veo yo que á cada uno se le podía decir aquello de Sant Pablo: Qué tienes que no hayas rescebido? Dando á entender que todo lo que tenemos con el mesmo ser de naturaleza rescebimos del Señor. De manera que por todo lo que hallares en ti deves bendecir al Señor que dello te hizo merced; y aun si un solo beneficio quieres bien regraciar, hallarás harto que pensar en él para te mover al hacimiento de gracias; porque si piensas la grandeza de cada beneficio, verás cómo eres obligado á dar al Señor grandes beneficios.

No solamente los bienes de gracia son grandes, mas cualquiera de los bienes naturales excede nuestros merescimientos; lo cual podrás conoscer si piensas por cuánto comprarías la vista si fueses ciego, en cuya comparación todo lo ternías en nada por grandes riquezas é señoríos é habilidades otras que tuvieses; si la vista te faltase dirías aquello que el ciego Tobías respondió al ángel que lo saludava (Thob., V d): Qué gozo puedo tener estando asentado en las tinieblas é no viendo la lumbre del cielo? Si á dineros hovieras de comprar los ojos, cuánto dieras por ellos? cuántas leguas anduvieras si hoviera algún oficial que te pudiera hacer unos? é si estos que el Señor te dió de valde hovieses de vender, cuánto pidirías por ellos? Bendice, pues, hermano, al Señor que te dió cosa de tanto precio sin precio alguno. Nasciendo otros hombres muchos ciegos, quiso dar á ti buenos ojos; é no sólo se contentó con haverlos dado, mas cada día te los conserva en su entera vista y te los guarda de mil peligros que otras personas suelen padescer. Deves también considerar el fruto que de los ojos viene y el placer que te causan viendo las cosas preciosas y hermosas, para mejor alavar al Señor que las crió é gozar tú dellas mesmas á su servicio. Piensa también cuán preciosas sean las lágrimas que con los ojos lloras, que son del mejor fruto que dellos puedes haver, y cómo por ver con ellos algún pobre te mueves á compasión dél; lo cual no hicieras si te faltaran los ojos. Pues también piensa eso mesmo que te son los ojos como dos hachas de mucha lumbre que te van enseñando el camino por do has de ir; é déveslos más preciar que el sol é la luna, porque ellos no te alumbrarían, antes te serían enojosos si por tus ojos no fuese; tal cual sería el mundo sin sol é luna, tal serías tú sin ojos.

Deves, otrosí, pensar en cuánto deves tener los ojos, por havértelos dado el Señor teniendo de ti especial cuidado é no te olvidando. Si el rey te enviase unos anteojos, en cuánto estimarías haverse acordado de ti, é cuánto le quedarías por ello obligado? El rey de los reyes, Dios eterno, teniendo de ti especial cuidado, te dió ojos, tanto de más precio cuanto es más excelente su sancta mano; por eso no ceses de le hacer por ello gracia. E piensa también cuán poco merescimiento hay en ti para te hacer el Señor esta merced; y cómo sin se lo haver servido te la dió; y cómo tantas veces te la da de nuevo cuantas mereces que te fuese quitada; é tantas veces te devrían ser quitados los ojos cuantas veces usas mal dellos; ca, según razón, deve ser privado del beneficio el que usa dél malamente é lo emplea en hacer mal, mayormente si desto le viene perjuicio al que se lo dió.

Si de los ojos corporales sacas tanta obligación de hacer gracias al Señor, cuánta razón te paresce que hay que lo bendigas por los ojos que dió á tu ánima, que son la memoria y el entendimiento; y por la fe y esperanza é caridad que en ella quiso infundir, quedándose otros muchos vacíos; é por el tiempo que te da para merescer y hacer penitencia, lo cual otros no alcanzan, que desean bivir una hora para se confesar y no se lo concede? Cuántas escripturas y consejos y amonestaciones y buenos ejemplos te dió aún el mesmo Dios, y el ángel que te inspira, y el Espíritu Sancto que te mueve el corazón? Cuántas virtudes te infundió el Señor cuando te llegó á sí? cómo te dió enteros tus cinco sentidos? qué dignidad, y orden, y saber, y oficio, y habilidad te ha dado el Señor? qué ingenio, qué prudencia, cuán buena voluntad, cuán tierno corazón? cómo te ha adornado de los

dones del Espíritu Sancto? cuánta gracia te da cada día á ti como á otros por tus ruegos y cuánta gloria te promete? Cada una destas cosas y otras semejantes son más preciosas que los ojos de la cara, y por ende hay más en ellas que pensar para bendecir al Señor. Lo cual si por extenso se huviese de escrivir, seríamos prolijos en esta materia; empero, por te dar algún concierto y orden para bendecir al Señor en todas sus obras, las cuales también son tuyas, pues son á ti dirigidas, quiero te poner siete cosas principalmente por las cuales deves bendecir al Señor. Y á este número septenario, que es de universidad y muchedumbre, para que así en todas las obras bendigas al Señor.

CAPÍTULO VII

De seis beneficios singulares por que devemos hacer gracia.

La primera cosa por que el pecador y el justo deven bendecir al Señor es por la redempción universal y copiosa que obra en querer poner su vida sagrada por la nuestra, siendo tan miserable, y compró cosa tan vil por tan caro precio, doliéndose de nuestra muerte y captiverio, derramó su preciosa sangre por recrear al hombre terreno y por animarlo, para que diese fruto de vida el que estava muerto en pecado; con el beso de falsa paz que de Judas rescibió nos hizo amigos de Dios; fué atado y preso por que el ladrón y homicida de sí mesmo, Adam, fuese suelto; admitió contra sí falsos y mentirosos testigos para después no recebir los que verdaderamente el demonio presentase contra nosotros que ofendimos en muchas cosas; fué escopido su sancto rostro por que se lavase el de nuestra ánima, pues estava más ennegrecido que carbones; fué cubierta su preciosa cara por que de nos se quitase el velo de la ignorancia que por el pecado incurrimos y se descubriese la ceguedad de nuestra ánima; fué presentado á los jueces por que nosotros parezcamos sin temor en aquel juicio universal; calló é hízose mudo para satisfacer la habla que tuvo Eva con la serpiente y por que nuestro mucho y mal hablar fuese castigado en su divina persona; fué despojado para nos desnudar el hombre viejo y adornarnos de hábito virtuoso y vestiduras de las bodas eternas; fué azotado por apartar de nos el azote de la justicia que teníamos bien merecido; fué falsamente honrado en la tierra por que nosotros de verdad lo fuésemos en el cielo; fué coronado de espinas por nos coronar de gloria; fué puesta caña en su mano por que á nos fuese dado el ceptro del imperio; fué crucificado entre ladrones por nos librar de la infernal compañía con que havíamos hecho amistad y nos acompañar en los sanctos ángeles.

Estas obras de la redempción contemplava David cuando provocándose á hacer gracias, decía á su ánima (Psal. CII): O ánima mía, bendice al Señor que redimió tu vida de la muerte y te corona en misericordia; sana todas tus enfermedades. Este hacimiento de gracias y estas bendiciones que por este beneficio general de la redempción se deve hacer al Señor se figuran en Zacarías, el cual, cuando nació Sant Juan, compuso un cántico en bendiciones del Señor que comienza (Luc., XII g): Bendito sea el Señor Dios de Isrrael, porque visitó é hizo la redempción de su pueblo. Juan quiere decir gracioso y tiene figura del pueblo cristiano que participa de la gracia de Cristo; y Zacarías, que quiere decir hombre que hace memoria del Señor, es cada varón contemplativo que se acuerda deste beneficio, y se acuerda cómo el pueblo cristiano nasció de Elisabet, que tiene figura de la ley que se escondía en figuras, y nascido por la redempción le ponen por nombre gracioso, porque participa de la gracia de Cristo Redemptor Nuestro, lleno de gracia, que visitó é hizo la redempción de su pueblo.

El segundo beneficio es el sagrado baptismo, en el cual participaste el beneficio general de la pasión, porque todos somos baptizados en la pasión de Cristo como en mar bermejo de sangre. Por este segundo beneficio has de hacer singulares gracias á Dios, pues te lo dió sin tú lo procurar, trayéndote á oportunidad de lo recebir, no permitiendo que sin él murieses, como mueren otros muchos, mas quiso aplicar á ti antes que tú fueses el agua que de su costado salió, de la cual dice el profeta (Ecc., XLVIII a): Vide un agua que salía del lado derecho del templo, que es Cristo, y todos los que della recebieron fueron salvos. Estas bendiciones del baptismo fueron figuradas en Moisen, el cual, después de haver pasado el mar, viéndose perfectamente libre, compuso en hacimiento de gracias un cántico al Señor, el cual comienza

(Exo., XV a): Cantemos al Señor porque gloriosamente fué magnificado; al cavallo y al cavallero echó en la mar. Moisen quiere decir tomado de las aguas, y tiene figura de cualquier baptizado que fué tomado de las aguas del baptismo, y hace por ello gracias al Señor en canto espiritual de alegría, relatando cómo el Señor echó en la mar de su pasión do el baptismo se funda al cavallo y al cavallero, esto es, al pecado y al demonio que allí perecieron y se ahogaron.

El tercero beneficio por que has de bendecir al Señor es por haverte apartado del mundo y haverte sacado de tan gran peligro como en él tenías. O cuántos hay que desean tener el mundo y salir dél y nunca ven manera para ello; y á ti llamó el Señor y hízote dejar las redes y negocios del mundo; sacóte cuasi de la jurisdicción del demonio para que libremente lo sirvieses, por lo cual lo deves alabar y bendecir, según se figura en Delbora, que después de se ver libre compuso en alabanzas de Dios un cántico diciendo (Judi., V, a): Vosotros que de vuestra voluntad ofrecistes vuestras ánimas al peligro, bendecid al Señor; yo soy la que cantaré al Señor Dios de Isrrael. Los que ofrescen sus ánimas á los peligros de su voluntad son los pecadores que moran en el mundo que se ofrescen á pecar sin rienda, y después de ser libres del tal peligro deven bendecir al Señor que los libró dél. A esto nos provoca Delbora, que quiere decir subjeción, y es la voluntaria subjeción con que nos humillamos á traer el yugo del Señor é dejar el del demonio. Esta subjeción es la que canta y bendice al Dios de Isrrael Cristo.

El cuarto beneficio por que has de bendecir al Señor es por te dar fruto de buenas obras del árbol malo que solías ser, lleno de mal fruto de pecados, digno de ser cortado para el fuego del infierno. Ya tuvo el Señor por bien de trasponerte en su huerto y curar de ti en tal manera que lleves fruto de buenas obras que se pueda guardar sano para la vida eterna. Era tu ánima estéril y como tierra sin agua de gracia, y el Señor ha proveído tu falta para que no sea maldita en Israel, según la ley que maldecía á la que fuese estéril. Haz, pues, gracias al Señor por haver quitado de ti la deshonra y maldición; antes ha querido bendecirte para que lleves fruto. Muchos dejan el mundo y biven después con tanta relajación y flojedad en las cosas de Dios, que apenas se puede conoscer dellos que han dejado el mal fruto de los pecados, y en lo demás parecen estériles é infrutuosos; por eso, el que lleva fruto de buenos ejercicios y buenas obras, no sin gran fervor deve hacer gracias y bendecir al Señor por ello, en figura de lo cual se lee que Ana después que parió á Samuel compuso un cántico en alabanzas del Señor que le havía dado fruto de bendición é comienza (I Reg., II a): Gozóse mi corazón en el Señor y fué ensalzada mi virtud en mi Dios. Ana quiere decir misericordiosa, y es el ánima que se ejercita en las obras de misericordia. Esta deve bendecir al Señor porque le dió gracia que engendrase y pariese á Samuel, que quiere decir nombrado del Señor, y es todo buen propósito puesto en obra; el cual nombra el Señor aceptándolo y recibiéndolo por suyo é informándolo con la señal de su gracia; por lo cual se goza el corazón de la persona devota recibiendo desto su conciencia testimonio de la amistad de Dios, porque en su fruto y obra se conoce cada uno. Y dice que fué ensalzada su virtud para mostrar que Dios es el que da facultad y poder para hacer obras meritorias, ensalzando la virtud del hombre á más de lo que ella de por sí sola puede.

El quinto beneficio por que deves hacer gracias á Dios es por te dar favor para que tú conviertas á otros á Él, ó por que Él por tu medio convierte á otros, que es hablar más propriamente; para convertir los pecadores no ha menester el Señor sino tocar con su gracia sus corazones; empero quiere que también los pecadores sean tocados y provocados de los ejemplos y palabras de los justos; y quiere usar Dios Nuestro Señor de tanta cortesía, que apropria á los justos la conversión de los pecadores que Él verdaderamente obra; y esto hace el Señor viendo que ya el justo en la tal obra hace todo lo que puede, que es mover lo de fuera é invocar su Majestad para que mueva el corazón, pues á Él pertenece obra tan secreta. El que ora por los otros y les da buen ejemplo y buenas amonestaciones tiene oficio de convertir pecadores y es pescador para la mesa del Señor, de lo cual, pues que es oficio tan excelente, deve hacer muchas gracias al Señor que se lo dió, en cuya figura dice Sant Lucas que estava en Jerusalén un hombre llamado

Simeón, varón justo y temeroso, que esperaba la redempción de Isrrael y morava el Espíritu Sancto en él. Este Simeón hizo un cántico en alabanza del Señor que comienza: Agora, Señor, dejas á tu siervo en paz según tu promesa. Simeón, que quiere decir el que oye la tristeza, y es cada justo y temeroso en que mora la gracia del Espíritu Sancto. Este tal justo oye la tristeza de los pecadores que temen los tormentos que Dios les tiene aparejados si no se convierten á Él, y desto provocado hace todo lo que es en sí. Para los convertir ora por ellos, y tiene esperanza de su redempción y espiritual consolación; dales buen ejemplo en ser temerosos de Dios; amonéstalos estando en Jerusalén, que es la Iglesia, después de lo cual deve bendecir y hacer gracias al Señor que le da favor para tanto y decir: Agora, Señor, dejas tu siervo en paz según tu palabra. La palabra de Dios y promesa dice que los justos ternán entera paz y sosiego; y puesto que le alcance por la gracia y perdón de los pecados, empero hay muchos que cuando piensan haver por su mal ejemplo y consejo apartado á muchos de Dios, temen en gran manera viendo que la sangre de aquellos da voces y demanda justicia contra ellos; é cuando ven que ya tienen oficio en la Iglesia de Dios de convertir y apartar á los hombres de pecar, reciben entera paz, pues comienzan á restituir á Dios las ánimas que le robaron, y los deja la pena é fatiga que antes en la conciencia tenían.

El sexto beneficio por que devemos hacer gracias y bendecir al Señor es la contemplación en que nos ejercitamos; en la cual comunica el Señor su gracia y consolación con más abundancia que en otro ejercicio alguno. Aquí se hace y muestra amigo verdaderamente; en muchas otras obras se hace amigo nuestro; empero en ésta de la contemplación se hace amigo y se muestra amigo y muestra al hombre cuánto sea el amor que le tiene. Por ende en este negocio se le deve hacer muy entrañables gracias, y de todo corazón deve ser bendecido; lo cual se figura en la Virgen gloriosa Nuestra Señora, que después de haver subido en la montaña y haver oído á sus orejas cuánta cabida tenía con el Señor, haciéndole por ello gracias inmensas, compuso un maravilloso cántico en alabanza de Dios, el cual comienza: Engrandesce mi ánima al Señor, y gozóse mi espíritu en Dios, mi salud. Después que el ánima en los ejercicios de la vida activa concibe á Dios, sube á la montaña de la contemplación, levantándose á gran priesa, esto es, con gran fervor, á cosas altas y grandes, promovida y esforzada de aquel que concibió, y allí en los altos ejercicios de la contemplación oye á Elisabet, que le da fe haver concebido á Dios. Elisabet quiere decir septenario de Dios, y significa los siete dones del Espíritu Sancto que en la contemplación se reciben; los cuales dan testimonio á nuestro espíritu de la familiaridad que con Dios tenemos, que es verdadera y no fingida ni engañosa; lo cual, cuando el ánima oye con los oídos espirituales, deve con hacimiento de gracias engrandescer al Señor, que así la ha querido engrandescer y subirla por la escalera de su gracia á tan alto grado; de las cuales gracias y bendiciones se goza el corazón en Dios, que es verdadera salud y sanidad de las potencias interiores del ánima.

CAPÍTULO VIII

Del último beneficio hecho á nosotros por que devemos hacer gracias.

El séptimo beneficio por que devemos bendecir al Señor, es por nos haver prometido la gloria del cielo. Si los hijos de Israel se jactavan y tenían en mucho la promesa á ellos hecha de la tierra que por esto llamavan de promisión, y hacían á Dios muchas gracias por se la haver prometido antes que aun se la diese, cuánto más dichoso se deve llamar todo cristiano al cual no la tierra sino el cielo se le promete? Esta promesa del reino de los cielos es la cosa que más predicó el Hijo de Dios en la tierra; y puesto que cuasi á cada paso del Evangelio se ponga el primer lugar que se me ofrece, en que se promete el reino de los cielos á todo cristiano, es aquel en el cual dice Nuestro Redemptor á los suyos: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, que las cosas temporales como añadiduras os serán dadas si tenéis vuestro primero intento á lo otro que os es prometido. Esto que dijo el Señor pareció á los suyos cosa ardua y que excedía las fuerzas dellos, y que ningún hombre con sus proprias fuerzas y con sólo sus merescimientos, por grandes que fuesen, podría merescer cosa tan grande como es el reino de los cielos. A estos pensamientos respondió el Señor hablando á sus corazones; y

díjoles, confirmando lo primero y mostrando ser posible (Apoc., XIV): No queráis temer pequeña grey, ca plugo á Nuestro Padre juntamente conmigo y con el Espíritu Sancto daros el reino. En estas pocas palabras confirmó mucho su promesa, é quitó del corazón de los hombres toda duda que de su poquedad podía nascer, mostrando que liberalidad de Dios era lo que hacía las mercedes graciosamente, sin tener principal objeto á los merecimientos; porque según dice Sant Juan: Sus obras seguirán á los justos, los cuales serán antevenidos de la misericordia liberalísima de Dios, y después sus buenas obras los seguirán y acompañarán como condición ó circunstancia de la obra, no como substancia principal y total causa del negocio.

Por esta promesa tan bienaventurada no devríamos cesar de hacer gracias é bendecir al Señor de una generación, con aquel que dijo á este propósito é pensando en este misterio (Psal. LXXXVIII c): Para siempre cantaré las misericordias del Señor; de una generación en otra anunciaré tu verdad en mi boca, porque dijiste: Para siempre será edificada la misericordia en los cielos. Y no te maravilles porque te digo que hagas gracias á Dios, pues que no te ha dado ni cumplido esta promesa suya, ca no queda por él sino por ti, que no has cumplido tu curso como aquel que decía (Thim., IV b): Yo ya cerca estoy de ser sacrificado; comienzo á padescer; el tiempo de mi muerte está cerca; buena batalla he peleado; el curso he acavado y la fe he guardado. Este que decía esto, muy cercano estava de recebir lo que le era prometido, y aunque no lo hoviese recebido no cesava de hacer gracias al Señor; el cual quería que le ofreciesen sacrificio por el beneficio ya recebido, y también ordenava cierta ofrenda, que se llamava hostia, en hacimiento de gracias por lo que se esperava recebir.

Esta manera de hacer gracias, que á este séptimo beneficio toca, y esta promesa de que hemos hablado, es general y pertenesce á todo cristiano; allende de la cual tiene Dios una manera de prometer su reino á sus más especiales amigos que no difiere ni se disforma de la primera sino en dar á gustar lo que se promete. No se añade certidumbre en esta segunda manera, ca se funda en la primera, sobre la cual tiene un solo gusto de la cosa prometida. Yerro sería decir que es más verdaderamente prometido el paraíso á uno que cincuenta años se ha ejercitado en buenas obras que á uno recién baptizado; pues una es la verdad que á entrambos les promete, la cual no recibe grados de más y menos ni puede mentir. Donde esta segunda manera de prometer solamente añade sobre la primera el gusto de la cosa prometida, así como si uno prometiese á otro una tinaja de vino muy bueno y también la prometiese á otro, al cual sobre la promesa diese á gustar el vino, el cual gusto no hay duda sino que obraría algo en el segundo. El que primero no tenía esto, no sería nuevo crédito, si el prometiente era verdadero en todas sus promesas, mas sería una manera de despertarle el deseo á lo que le havía de ser dado.

Esta segunda manera de prometer, que consiste en añadir sobre la promesa el gusto de lo prometido, tiene el Señor con muchos especiales amigos suyos, que por se apartar totalmente de las consolaciones transitorias de la vida presente, reciben el gusto de la vida eterna, cuya figura pasó en los hijos de Israel, que no recebieron el maná celestial hasta que se les acabó la harina de Egipto (Exo., XX c); porque si el hombre quiere, aun biviendo en el desierto presente desta vida, comenzar á tener algún pequeño gusto del pan de los ángeles, ha de apurar en sí ó desechar de sí aun hasta las muy pequeñas consolaciones de la tierra, que son figuradas en el menudo polvo de la harina que nos ha de faltar.

Desta segunda manera de promesa que hemos hablado dice David hablando con los que la primera han recebido (Psal. XXXIII): Gustad y ved, ca suave es el Señor; bendito es el varón que espera en Él. Temed á Dios todos sus sanctos, porque no tienen probeza los que lo temen; los ricos tuvieron necesidad y huvieron hambre; mas los que buscan á Dios no serán menguados de todo bien. Profundas son estas palabras y muy al propósito, las cuales no quiero glosar, porque en otra parte se podrán declarar más, pues que según en ellas dice David: Es bendito el varón que así espera en el Señor, después de lo haver gustado.

Solamente quiero traer una figura do se muestran las bendiciones é gracias que los tales deven hacer al Señor. Dice el profeta Daniel (Dan., III e), que estando tres varones en medio del fuego que havía mandado en-

cender el rey Nabucodonosor, descendió un ángel que apartó la llama del fuego é hizo que en el medio del horno estuviese como un airecico de rocío muy templado que soplava para deleitar los tres varones que havían sido echados en el fuego, el cual no los tocó ni en un cabello, ni les dió fatiga alguna, ni les causó enojo. Entonces estos tres, como de una boca loavan y glorificavan y bendecían á Dios en medio del horno; donde inspirados por el Espíritu Sancto compusieron un cántico en hacimiento de gracias, que comienza: Bendito es el santo nombre de tu gloria y loable y glorioso y sobreensalzado para siempre. Bendito es el sancto nombre de tu gloria y loable y sobreensalzado en todos los siglos. Bendito es el templo sancto de tu gloria y sobreensalzado y sobreglorioso para siempre. Bendito eres en el trono de tu reino y sobreloable y sobreensalzable en todos los siglos. Bendito eres que miras las profundidades y estas sentado sobre los querubines; loable eres Señor y sobreensalzable para siempre. Bendito eres en el firmamento del cielo y loable y glorioso para siempre.

Lo que más se sigue deste cántico ofrece cada día la Iglesia á Dios en las alabanzas suyas que se cantan después de maitines, haciendo de lo más deste cántico un muy devoto psalmo para bendecir al Señor en todas las cosas y provocar todas las criaturas á que lo bendigamos según sus fuerzas; lo cual hace mucho á esta segunda promesa que hablamos, porque los tres varones puestos en medio del horno que mandó encender el rey soberbio tienen figura de las tres cobdicias de nuestra ánima, puestas en el maligno fuego de nuestra mala potencia sensual, que el demonio, rey de los sobervios, hace encender en el cuerpo y carne nuestra. Este fuego de la mala cobdicia, según el sabio (Prov., XXX c), nunca dice basta. Deste fuego está escrito: Produciré fuego de en medio de ti, el cual te coma.

Están puestas nuestras tres potencias en este fuego de la mala cobdicia, porque están subjetas á las pasiones corporales y moran en tierra de enemigos, y que estos tres varones significan las tres potencias de nuestra ánima parece por declaración de sus nombres, que son: Sidrac, Misac y Abenago, siervos de Dios. El primer nombre quiere decir campo delicado, y es la voluntad limpia que tiene en asco y abominación el pecado. En este campo delicado de nuestra voluntad solamente se ha de sembrar Dios para nascer en nuestra ánima. *Misac* quiere decir cosa que detiene las aguas que no se derramen, y es nuestra memoria cuando detiene las fantasías é imaginaciones diversas aplicándose á Dios y queriéndose solamente acordar dél. *Abdenago* quiere decir siervo de claridad; y es nuestro entendimiento cuando está de Dios alumbrado; estando desta manera los tres poderíos de nuestra ánima, aunque sean echados contra su voluntad, en aquel mal fuego, no se quemarán ni serán dél contristados; antes allí les será enviado el ángel del gran consejo Cristo, para les dar á gustar el rocío suave de la gracia celestial, causando en ellos refrigerio, y con el flato del Espíritu Sancto se mata en el medio del horno, que es el corazón del hombre, el fuego de la mala cobdicia, para que en ninguna manera pueda empecer á los que gustan el rocío y maná celestial. Entonces, pues, los tres poderíos de nuestra ánima siendo así favorescidos, se juntan y como de una boca y de un propósito y de un corazón, no divertiéndose ninguno á otra parte, sino juntamente cantan las alabanzas é hacimientos de gracias y bendiciones del Señor según los sobredichos tres varones.

Y es de notar que en el primer verso se contiene la promesa general hecha á todo cristiano en los apóstoles, y por eso comienza su cántico alabando al Dios de nuestros padres, que son los apóstoles, que por nosotros rescebieron la promesa, y en todos los otros versos siguientes, si quieres mirar en ello, hacen gracias y bendicen al Señor juntamente por la gloria del cielo que les ha dado á gustar, y en conclusión has de notar que la letra presente nos amonesta que bendigamos á Dios en todas las cosas que hiciéremos é nos acaescieren, y esto con fervor, atribuyéndolas á Él lo más amorosamente que pudiésemos.

E no solamente en nuestras obras lo debemos bendecir, mas en todas las ajenas, para lo cual ternás aviso que cada vez que te dieren alguna cosa bendigas á Dios en ella. Dícente que le va bien á Fulano, á lo cual deves responder: que bendito sea el Señor que se acuerda dél. Dícente que en tal parte hay grandes guerras, á lo cual deves responder: que bendito sea el Señor que libra dellas

nuestra tierra. Oyes que Fulano está enfermo, é has de decir: que bendito sea el Señor que le da en qué pueda merescer si tiene paciencia. Si dice que está ya bueno, has de responder: que bendito sea el Señor que le da salud con que lo sirva. Si oyes decir cualesquier fatigas de algunas personas, deves responder: que bendito sea el Señor ca por aquel medio quiere traerles más á la memoria las cosas celestiales, que son puramente buenas sin mezcla de angustia. Dícente que Fulano es muy buen predicador, é tú dirás: que bendito sea el Señor Jesucristo que reparte sus gracias como le place. Dícente que alguno ha hecho un gran pecado, y tú has de responder: que bendita sea la misericordia de Dios que nos tiene de su mano para que nosotros no hagamos cosa semejante. Dícente que Fulano pone tacha en tus cosas, é tú has decir: que sea bendito el Señor, cuyo juicio es diferente del de los hombres.

No hallo yo cosa del mundo mala ni buena, á la cual si miras en ello no puedas responder bendiciendo á Dios, que es oficio de ángeles, porque ellos en todas las cosas lo glorifican y bendicen como principio dellas, atribuyéndolas á su misericordia ó á su justicia, por los cuales es loable infinitamente. Bastaría para que tú amases este ejercicio pensar cuánto es Dios servido si en todo lo bendicen, y que su reiterada memoria traerá mucha ganancia á tu ánima, y que la tal respuesta edifica los que la oyen, é á ti, guardándote de palabras ociosas, te provee de muy útiles, sanctas y provechosas, y de gran verdad y más celestiales que terrenales; en ninguna manera carescerá de gran premio.

TERCERO TRATADO

MUESTRA CÓMO SE HA DE HAVER EL ANIMA CON DIOS, DICIENDO: CIEGO Y SORDO Y MUDO DEVES SER Y MANSO SIEMPRE.

Esta letra es muy semejante á la que de su calidad se puso en el segundo alfabeto, aunque la glosa será muy diferente, porque la materia subjecta de que aqueste tercero habla lo requiere. En la otra letra amonestamos que, cerrando los sentidos corporales y exteriores, abriésemos los interiores del ánima y los avisásemos con solícito ejercicio, para que así como con estos sentidos exteriores conoscemos las cosas corporales, así con los interiores del ánima, siendo ejercitados, conozcamos las cosas espirituales é altas; empero, como nuestro conoscimiento se haya en las cosas de Dios á manera de lechuza ó murciélago, con la claridad del sol, al cual no pueden conoscer ni mirar siquiera sus rayos, por la improporción y poca lumbre que tienen, siendo sus ojos muy escuros, menester es que como aquellas aves de poca vista nos escondamos, diciendo con el psalmista (Psal. CI a): Hecho soy así como lechuza en la casilla deste mundo, porque en el otro nuestra lumbre será con la del cordero fortificada, para que podamos ver á Dios mejor que águilas sin pestañear ni poner intervalo que nos impida ni un solo punto de ver su cara.

Para mayor declaración de aquesto es de notar que para ver y conoscer las cosas corporales no basta la lumbre de nuestros ojos, pues de noche, á oscuras, aunque tengamos los ojos abiertos, no vemos; mas es menester que entrambas estas dos luces se mezclen, la luz de fuera y la que está dentro en nuestros ojos se han de juntar para que en la tal mezcla veamos las cosas visibles; así en lo espiritual es menester, para que se cause conoscimiento, que con la lumbre natural que está impresa en nuestra ánima se junte la lumbre devina y celestial, para que en esta mezcla veamos lo que antes no conoscíamos y podamos decir con David (Psal. XXXV): En tu lumbre, Señor, veremos lumbre. La fe es lumbre para alumbramiento de las gentes, y se mezcla con la de nuestra ánima en el consentimiento é piadosa afición con que la rescebimos, y en esta mezcla vemos por fe las cosas celestiales á que nuestra ánima de suyo estava inclinada, porque siempre desea las cosas mejores.

Los que con esta mezcla y alumbramiento de la fe se contentan é quieren más perficcionar este tal conoscimiento, siguen las amonestaciones de la otra letra que á ésta dijimos ser muy semejante; así los que más útilmente piensan dentro de sí las cosas de Dios, se fortalecen más en la fe por la nueva lumbre de verdades que hallan en la meditación y sanctos pensamientos, así de las escripturas de las criaturas é artes de los hombres inven-

tadas. Estos mucho se aprovechan de la lumbre natural é sentidos interiores del ánima, abriendo bien los ojos del corazón, que son las noticias é conoscimientos de las cosas, y escuchando y parando mientes en las correspondencias de los misterios, é hablando, esto es, argumentando dentro de sí, deduciendo y sacando unas cosas por otras, é trayendo muy convenibles congruencias y provaciones para mejor conoscer.

Otros hay que no van por este camino, conosciendo la poca lumbre que de sí mesmos tienen y la mucha que Dios en sí tiene, y cuán desproporcionada está su lumbre, por ser poca, con la de Dios, por ser mucha; y porque en la menor proporción destas lumbres se causa menor conoscimiento, cesar de se aprovechar tanto de su propria lumbre, conosciendo que el escudriñador de la Majestad de Dios es reprimido de la mucha gloria, y la grandeza de los misterios lo derriban y la quitan las fuerzas, de lo cual se pone ejemplo en el primero capítulo del Apocalipsi, donde dice Sant Juan, hablando de Cristo, que le fué mostrado en visión (Apoc., I d): Su faz relumbra así como el sol en su fuerza; y como lo viese, caí á sus pies así como muerto.

Para conocer la causa por que Sant Juan cayó como muerto, es de notar que, según el Filósofo, la cosa sensible, cuando es muy excesiva en su género, corrompe el sentido; lo cual paresce por experiencia, ca si un sonido es muy recio, suele hacer sordo al que lo oye, corrompiéndole el sentido del oir; é si mirásemos muy atentamente el sol en su rueda, nos cegaría corrompiendo el sentido de la vista, por ser él en sí muy claro; é si tocásemos un hierro ardiendo, corrompernos hía el sentido del tacto; de manera que cuando alguna cosa sensible es muy excelente, corrompe el sentido á que pertenesce, si á él se aplica.

Desta manera en lo espiritual hay algunas revelaciones é altos conocimientos infundidos de Dios en las ánimas de los sanctos, que se trabajan cuanto en sí es por corromper nuestros entendimientos; empero, como él sea incorruptible, déjanlo cuasi aturdido é derríbanlo, haciéndolo por entonces cesar de su operación. Y dice Sant Juan que viendo el rostro que como sol resplandecía, cayó á sus pies como muerto, porque aun para contemplar las cosas pequeñas é más bajas de Dios, que son figuradas en los pies, no tiene fuerzas nuestra poquedad humana, é así como viendo el sol se turban nuestros ojos, así queriendo, mientras moramos en este destierro, contemplar curiosamente las cosas de Dios, se ciegan los ojos del ánima; é le acontesce como al mosquito, que se quema por bolar á la lumbre é conocer aquella claridad que de noche ve resplandecer.

Saben las cosas dichas los que con diligencia é solicitud se dan á contemplar las cosas de Dios, é sienten en sí la cabeza como atónita é vana sin fuerza ninguna, y les paresce que si un poco más trabajasen se tornarían locos, y algunos resciben dello gran detrimento; lo cual por evitar, nuestra letra, é también por dar más fácil modo para se llegar los hombres á Dios, dice: Ciego é sordo é mudo deves ser, é manso siempre. El que, como hemos comenzado á decir, se quisiese hacer ciego como Moisen, que para mejor hablar con Dios después de subido al monte se metió en medio de las tinieblas que encima del monte estavan, donde, aunque no vió á Dios, tuvo gran comunicación con él; conforme á lo cual dice Dios Nuestro Señor á la ánima devota en los Cánticos (Cantic., VI a): Aparta de mí tus ojos, porque ellos me hicieron ir tan presto. Así acaesce muchas veces, ca da Dios al hombre alguna gracia, y por quererla el ánimo conoscer é mirar é parar mucho mientes á ella y saber qué cosa sea, por esto la pierde é se la quita Dios, el cual quiere que con los brazos é alas de nuestro corazón abracemos á él y á sus cosas, é pongamos tanta afición á poseerlo con deleite, que no queramos conoscer con curiosidad; y por esto dice nuestra letra que seamos ciegos, porque el ciego aprieta mucho lo que toma entre manos sin lo conoscer, é más tiene puesta su afición en el sentido que no en la especulación de la cosa. La una glosa dice que quiso el Señor decir al devoto contemplativo: Aparta de mi majestad la enferma contemplación de tu ánima, ca no me podrás conoscer. Otra glosa pone que quiso decir al ánima no dejes el deseo de conoscerme, sino la presumpción de poderme conoscer.

Esta declaración se conforma mucho con nuestra letra, la cual no dice que devemos ser ciegos por no conoscer, sino por mejor é más conoscer. Algunos se ponen antojos, no porque no ven, sino por ver mejor; así dice nuestra letra que te hagas ciego, no porque no veas, mas por que veas mejor. Más cosas

profetizó Isaac de su hijo Jacob (Gén., XXXVII d) cuando estava ciego que profetizara si tuviera buena vista; de manera que la ceguedad le fué causa que conosciese mayores misterios, porque cuando se espanta de lo que havía hecho por estar ciego, le fué revelado ser aquella la voluntad de Dios, aunque no havía sido la suya; é por eso se quedó hecho el agravio. Dichoso sería el que careciese de ojos, pero que Dios le fuese ojos, y el que no tuviese pies, si Dios hoviese de ser andas suyas, según aquello que se dice en el libro del sancto Job: Yo fui ojos al ciego y pies al cojo. A los que se hacen ciegos por ver á Dios, el mismo Dios es ojos, y Él es el que los adiestra para que no yerren; antes por esto acierta mejor, ca los lleva Dios por do ellos no supieran ir aunque tuvieran ojos; por lo cual dice el Señor por Isaías (Isa., XLII c): Sacaré los ciegos por el camino que no saben, é hacerlos he andar en las sendas que ignoraron; pondré las tinieblas delante dellos en luz. La vía más ajena y apartada del conoscimiento de los mortales es la vía negativa que en este tercero alfabeto se trata; y en ella hay otras sendas y apartamientos, secretos ejercicios que no menos se ignoran que lo principal; y esos principios que della se hallan escriptos son muy escuros á los principiantes; mas si ellos se hacen ciegos creyendo al que los guía (con hacer el ciego), serán del Señor guiados, pues en la sobredicha profecía lo promete.

Desta manera llevó el Señor á Sanct Pablo, al cual estando ciego subió hasta el tercero cielo, esto es, hasta la tercera jerarquía del cielo, según Sant Augustín, para que como ella, ó como los ángeles della, contemplase á Dios. E digo que entonces estava Sant Pablo ciego corporalmente, porque según el mesmo doctor (Act., X c) cuando Sant Pablo no veía cosa alguna, por estar ciego, veía á Dios; y no solamente estava ciego de ceguedad corporal, que no hace al caso presente, mas también estava ciego de la ceguedad espiritual de que hablamos por la otra figurada, lo cual paresce, pues que él dice que no sabía si entonces estava en el cuerpo ó fuera del cuerpo. Y también digo que su ánima estava entonces ciega, porque en tal manera fué suspensa, que las potencias inferiores, esto es, los sentidos exteriores é interiores, y así mesmo la razón, no pudieron salir en sus operaciones; mas cesaron por entonces de sus actos é obras, siendo las operaciones destas potencias del todo quitadas entretanto que duró aquel su arrebatamiento; en tal manera que entonces su ánima no tuvo alguna operación de las que solía tener, ni de las que suele tener un ánima que está ayuntada al cuerpo, porque así no viese á Dios hombre vivo que ejercitava operaciones vitales, según la glosa de Sanct Augostín sobre aquellas palabras: No me verá hombre é bivirá.

CAPÍTULO II

De cómo mientras bivimos no podemos conoscer á Dios en sí mesmo.

El que sube á la cumbre de la contemplación, donde más padece que obra y más es movido que mueve, no se aprovecha de los conoscimientos é noticias que eran como ojos con que su ánima conoscía las cosas; porque la alta contemplación es acerca de la Divinidad que por nuestros sentidos no puede ser conocida, ni tampoco por los sentidos espirituales del ánima que aún está unida á este cuerpo mortal; pues la tal ánima no puede tener conoscimiento que primero no haya estado en los sentidos corporales; é como Nuestro Señor Dios sea puro espíritu, síguese que no puede ser conoscido por los sentidos espirituales del ánima que aún está encerrada en la cárcel desta carne, mediante la cual es constreñida á entender de todo lo que entendiere por la travazón que hay entre la carne y el espíritu. El ánima miserable que está junta con la carne no ha de obrar en su contemplación tan sueltamente como si estuviese libre; lo cual se figura en Elías, que después de subido en el monte de Dios, que es la contemplación, cubrió su cara con un manto por no ver á Dios, que encima del monte lo descendió á consolar (III Reg., XIX c). Bien sabía el sancto profeta que con los ojos corporales no podía ver al Señor invisible; mas quiso hacerse ciego cubriendo sus ojos corporales con un manto, para mostrar que el conoscimiento y lumbre que tenía por entonces no alcanzava más de hasta el manto, que es la humanidad de Dios; del cual dice el mesmo Cristo Redemptor Nuestro (Cantic., V c): Halláronme las guardas que cercavan la ciudad; hiriéronme y llagáronme; quitáronme mi manto las guardas de los muros. Hallaron al Se-

ñor cuando Él se quiso manifestar las guardas de Jerusalem, que eran los sacerdotes que corporalmente la guardavan; hirieron á Cristo en la fama; llagáronlo en su precioso cuerpo; quitáronle el manto, que es su cuerpo, haciéndolo morir en la cruz. Este es el manto que Cristo lavó en sangre, según havía profetizado Jacob.

De manera que, tornando al propósito, la vista de Elías se determinava al manto con que estavan cubiertos sus ojos; y en respecto del Señor que pasava delante dél, estava ciego, e así ciego tuvo comunicación con él. Lo mesmo cuasi se lee de Moisen (Exo., XXXIII d), que como suplicase á Dios que le mostrase su cara cuando le huvo de hacer la merced, é mostrársele pasando delante dél, cubrióse los ojos hasta que pasó adelante.

Aunque este principio de conoscer á Dios esté en nuestra ánima, sabemos que por el pecado quedó tan mortecino é sepultado, cuando se abrieron los ojos de nuestros primeros padres y perdieron aquesta sancta ceguedad de que hablamos que tenían antes del pecado (Gén., III c), la cual poseían en más alto grado que hablar se puede, y en su lugar sucedió á nosotros la pésima ocupación de investigar las cosas humanas, que se llama pésima, según dice la glosa sobre el Eclesiastés (Eccles., I c), no porque ella en sí sea mala, sino porque muchas veces impide la oración é la contemplación de las cosas altas y espirituales de Dios, cuyo apurado deseo está en nuestra ánima tan remiso é sin vida, que es menester que el Señor supla con su gracia para animar esta centella secreta, que está en nuestro corazón; porque sin su especialísimo favor no podemos más de conoscernos ser ciegos.

La virtud generativa, todas las plantas é simientes la tienen del sol, que es padre natural dellas; mas no la pueden ejercitar ni ejecutar si de nuevo el mesmo sol no las alumbra, despertándolas y actuándolas con su calor; y así, aunque tengamos naturalmente alguna habilidad para contemplar la Divinidad de Nuestro Señor Dios, es empero necesario que del mesmo Sol de justicia seamos de nuevo movidos y avivados, como el huevo de que habla el Señor en el evangelio (Luc., II b) es movido y avivado con el calor de la paloma, que es la gracia del Espíritu Sancto, lo cual si queremos alcanzar más altamente será bien que nos hagamos ciegos á todo lo que Dios no es.

Mandava Dios que no viesen los de fuera del templo su arca so pena de muerte (Num., IV c), lo cual ejecutó con mucho rigor en los bethsamitas porque la vieron descubierta, á los cuales fuera mejor estar ciegos que no mirarla, pues que por ello murieron. Esto mandava Dios debajo de tan estrecha pena por evitar el error condenado de los que dijeron que podíamos entender la esencia de Dios en esta vida mortal y verle descubierto sin curar del espejo de las criaturas do Él resplandesce; y plega al Señor que agora no haya quien ose afirmar lo mesmo, sino que templen su manera de hablar los ignorantes devotos, que por una poca de lumbre que han rescebido de Dios, ó por algunas revelaciones á que dan más crédito que devían, se extienden en el hablar de Dios mucho más de lo que deven; no hablando para doctrinar á los otros, sino para ser ellos tenidos en admiración; é dicen algunas palabras acerca de sus contemplaciones que estarían muy mejor por decir; los cuales si no se saben declarar, callen y no hablen, pues no saben el lenguaje de las cosas espirituales. Sean como ciegos que tratan con los hombres, é no den señas dellos y gozan de muchas cosas de que no dan razón: un don es dar Dios la gracia y otro don es darla á conocer; el que no tiene sino el primer don, conozca que le conviene callar y gozar, y el que tuviere lo uno y lo otro, aún se deve mucho templar en el hablar; porque con un ímpetu que no todas veces es del espíritu bueno le acontescerá decir lo que después de bien mirar en ello le pesa gravemente de lo haver dicho. Más vale que en tal caso le pese por haver callado que por haver hablado, pues lo primero tiene remedio y lo segundo no.

CAPÍTULO III

De cómo has de ser sordo é mudo.

La siguiente palabra desta letra te aconseja que seas espiritualmente sordo, ca porque oyó el primer hombre, según dice el Señor, la voz de su mujer le vinieron muchos daños. Nuestra mujer es nuestra sensualidad, á la cual en ninguna manera deve oirla ni entender la razón; é no contradice á esto ser mandado á Abraham que oiga la voz de Sara;

porque aquello fué después que cesaron en ella, según dice la Escriptura, las cosas de mujeres (Gén., XXI b); que entonces cesan en nuestra sensualidad cuando está bien subjeta á la razón; é lo que dize cuando está puesta en razón, es que echemos fuera la esclava y su hijo, desechando la imaginación y el distraimiento que dello nasce, para que así nos quedemos solos sin ruido de voces que atruenan nuestra ánima, como molino que nunca cesa de hacer estruendo dañoso al que mora en él; lo cual deve faltar en la casa de Dios cuando se edifica, donde no se ha de oir martillo, ni sierra, ni cosa de hierro, porque todos estos sonidos son roncos é no aplacen al ánima, antes le hacen mucho sinsabor.

La tercera palabra dice que también seamos mudos en lo interior, no hablando palabra alguna, ni aun muy sotil, según lo aconseja la madre de Samuel (I Reg., II a); pues que el Señor es Dios de las esciencias, y quiere más que oren á él callando y en espíritu y verdad que no con palabras; mientras con mayor silencio le ruegan, más oye y mejor concede lo que le demandan, como paresce en Moisen, al cual aunque callava, porque orava en silencio, respondió como hombre importunado, diciendo (Exo., XIV b): Para qué me estás dando voces? Y que el Señor conceda presto á los que callan delante dél lo que ellos desean paresce también en Zacarías, que estando mudo engendró á Sant Juan, que quiere decir gracia, é no habló hasta que nasció, y después habló muy mejor que antes, pues quedó hecho tan glorioso profeta (Luc., II c).

Si queremos engendrar en nuestras ánimas la gracia del Señor mediante su favor, y saber gloriosamente hablar de las cosas celestiales, primero, como dice Gersón, hemos de ser mudos, aun en lo interior del corazón, según aquello de Jeremías (Hie., III c): Bueno es el Señor á los que esperan en el ánima que lo busca. E para nos enseñar cómo lo hemos de buscar dice luego: Buena cosa es esperar con silencio la salud de Dios. Y para denotar cuán continos deven ser en esto, añade: Buena cosa es al varón, cuando trajere el yugo desde su juventud; asentarse ha solitario, é callará y alzarse ha sobre sí mesmo.

Todas estas palabras nos amonestan á que callemos en el corazón y guardemos en él perpetuo silencio si queremos subir en alta contemplación; por lo cual dice la glosa sobre aquella palabra: Esperar con silencio. Tanto aprovechó este profeta, que excluyendo é apartando todas las cosas que son del mundo, pasa allende de la dignidad angélica para poder hallar á quien ama; lo cual confiesa ser de esperar como sumo bien, y por que siempre se junte y allegue á Él, dice que es bueno al varón traer el yugo desde su juventud, y el yugo es ser solitario y asentarse é callar. Esto dice la glosa.

Es también de saber que el mundo naturalmente es sordo, en lo cual podemos en este caso entender que el que es mudo en lo interior, no formando en sí cogitación alguna, también deve ser sordo, no admitiendo las que, según dice el sabio (Sap., VI d), causa la terrena habitación que abaja y reprime el sentido con sus muchas cogitaciones; y por eso con aviso se juntaron en nuestra letra estas dos palabras, mudo, sordo, para que en la una se nos defienda el pensamiento que nosotros causamos y pensamos adrede, y en la otra el que se ofresce por los muchos negocios y vanidades en que estamos ocupados. Según estas dos cosas y conforme á ellas dice Sant Buenaventura en su *Mística Teología*, declarando á San Dionisio: Porque esta aprehensión es de arriba y no de las cosas bajas, es mandado destirpar el sentido exterior, lo cual no solamente se ha de entender del oficio de los sentidos de fuera, mas también de los sentidos de dentro. Lo de suso es de Sant Buenaventura, y la obra ó noticia experimental dello viene de la mano de Dios, pues que Él dice (Ezech., XIX b) que ha dado al ánima recogida zarcillos en las orejas para que sea sorda á las sanas cogitaciones, y también zarcillos sobre su boca para que ella en sí no las forme ni cause.

Puédense también estas tres palabras, ciego y sordo y mudo, aplicar á las tres potencias de nuestra ánima: que el entendimiento sea ciego de la manera que tenemos dicho, no usando de conoscimiento que lo pueda distraer de la suspensión, y la voluntad sea sorda al amor de las criaturas que la convidan, las cuales dos cosas toca Sant Buenaventura diciendo: Primero conviene dejar la consideración y amor de las cosas sensibles y la contemplación de todas las cosas intelegibles y que la pura afición se levante. La memoria sea muda, no tratando ni revolviendo cosa que hablarse pueda, para que así entre Jesús,

aunque no según la carne, sino según el espíritu, al ánima, estando estas tres puertas cerradas, como entrava á los discípulos después de la resurrección cerradas las puertas del cenáculo, que tiene figura del ánima, do entra Dios á cenar si le abren solamente la puerta del consentimiento. Por estas cosas no quiero decir que primero se perfecciona con la gracia la esencia del ánima que sus potencias, pues que, según el mejor parescer, la esencia se perfecciona por las potencias, é las potencias por sus actos y operaciones medias, aunque lo primero no carezca de probabilidad; mas quiero decir que entonces viene Dios mejor al ánima cuando ella está cerrada á todo lo demás é no á Él; al cual se convierte toda entera con un ferviente deseo guiado por una noticia que no se refiere á criatura alguna, ca es sobre todas ellas

CAPÍTULO IV

De la mansedumbre.

Porque lo ya dicho se declara más en los siguientes capítulos, agora, dejándolo aparte, hablemos de la postrera palabra, que nos amonesta ser mansos. Donde es de notar que, según los que saben y hablan desta virtud, mansos se dirán los que tienen quietud de ánimo generoso, y tal que no de ligero se perturba por cosa que les acaezca. Los mansos son moderados y templados en sus cosas; tienen domada la ira, no son impetuosos, sino muy aplacados; son los mansos personas dulces y no se oye palabra de amargura en su boca; son blandos y no ásperos. Son buenos de corazón y no maliciosos ni sospechosos de rencilla; todo lo tornan en benignidad y bondad; son sanos y no podridos, y no solamente del ánima, mas aun del cuerpo; son los naturalmente mansos naturalmente sanos; no provocan ni son provocados á mal, ni empecen ni son empecidos; no tienen rencor con nadie; cuasi siempre están de su ser; no son de ligero movibles; dan cuasi siempre lugar al mal; disimulan muchas cosas; son de ligero corregibles; no resisten aunque sepan recebir el golpe con llagas; no son heridos; no se entristecen, mas en todo se alegran; son muy tratables y muy llanos, hombres sencillos sin algún doblez; todo lo que tienen muestran cuasi en el rostro; son llenos de clemencia y de paciencia; son nobles de condición, bien partidos en lo que tienen. Finalmente, los mansos parecen más verdaderamente hombres que los que no lo son, porque el hombre, según dice el sabio, es animal de su naturaleza manso, según lo muestra su figura, y los hombres bravos parece que se han tornado bestias fieras, sin misericordia ni condiciones de hombres. Dichosos por cierto y bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra de su cuerpo subjecto y no rebelde, sino muy domable, y las riendas de la razón muy obedientes para ser llevado donde le mandaren.

Las ánimas de los mansos son á Dios muy subjectas, y por eso tales se les dan sus cuerpos cuales ellos le dan á Dios. Obedece el cuerpo al ánima que obedece á Dios, y es contrario á la que es contraria; al ánima mansa es el cuerpo manso, y á la que con ira quiebra el yugo del Señor es también el cuerpo rebelde; por tanto, benditos son los mansos, porque ellos siendo poseídos de Dios, serán posesores de sí mesmos con justo título, y poseerán también la tierra de los bivos, que es el cielo; porque, según dice Sant Augustín, ninguno poseerá á Dios en el cielo sino el que fuere poseído de Dios en la tierra. Los mansos verdaderamente poseen también las cosas de la tierra, pues cuando las pierden no pierden la mansedumbre, yéndose tras ellas presos como esclavos suyos, mas con quietud cuando las pierden les dan licencia que se vayan en paz, mostrando que no eran dellas poseídos.

Bienaventurados son los mansos, pues á ellos especialmente es mandado que busquen á Dios, en señal que está presto Él para se les dar; porque así como una ave mansa se acompaña con su semejable, así el manso rey Jesucristo, cordero manso que por nos es llevado al sacrificio (Math., XXI d), se acompaña muy de voluntad con los mansos como Él. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán las sillas de los sobervios demonios y se asentarán quietamente en ellas; porque escripto está (Ece., X b) que desembaraza Dios las sillas de los capitanes soberbios, é hizo que los mansos se asentasen sobre ellas. Bienaventurados los mansos, porque ellos son verdaderamente discípulos de Cristo (Math., XI b), el cual, más manso que Isaac, se tendió sobre la leña de la cruz para ser allí herido, y guardó para

sí la mansedumbre llamándose della maestro, y convidándonos á que vamos á su escuela, que es la cruz, á la aprender. Bienaventurados los mansos, porque ellos en la guerra deste mundo están amparados de muchas sacas de lana para recebir los tiros del artillería del demonio y los golpes de las persecuciones del mundo; son como vasos de vidrio cerrados de paja ó heno por que no se quiebren con algún golpe; la mansedumbre les es escudo muy recio en que se falsa y deshacen los golpes de las saetas agudas de la ira. Andan vestidos de vestidura de algodón muy blando é muy defensivo sin ofender á nadie. Bienaventurados son los mansos, pues tienen la virtud de la piedra imán, que trae á sí el hierro por halagos naturales. La dureza de los corazones ásperos no hay como se puede mejor atraer que con mansedumbre, como parece en el manso David (I Reg., XIV d), que muchas veces ablandó el corazón de su gran enemigo Saúl, y aun lo hizo llorar y lo convirtió á misericordia. Bienaventurados los mansos, pues tienen cierta el audiencia del Señor y no se les cierra; saben que siempre oirá Dios los ruegos dellos, porque escripto está (Judic, II): Siempre te agradó, Señor, la oración y ruegos de los humildes y de los mansos. Bienaventurados los mansos, que tienen á Dios por defensor y vengador de sus injurias, como parece en Moisen (Exo., II d); contra el cual como hablasen Aron é María su hermana y lo oyese Dios, fué muy airado; y la causa por que, siendo livianas las palabras, se airó Dios tanto da la Escriptura diciendo que era Moisen el hombre más manso que morava en la tierra; y así el que era más manso alcanzó más gracia y cabida con Dios que todos los de su tiempo; porque su sanctidad y gracia comparada á las de los otros, según dice el Señor, era como la verdad comparada al sueño y como el cuerpo comparado á la sombra que hace.

Agora, hermano, pues que has visto la excelencia de la mansedumbre, no queda sino rogarte que la busques y procura; porque ella es huéspeda de la oración, según dice el apóstol (Jaco., I c), y entrambas son muy buenas compañeras y amigas; la una á la otra se favorecen; crece la una y la otra; si la una falta, la otra desfallesce; apenas se hallan apartadas; no se halla la una sin la otra; son como Marta y María, hermanas muy amadas, que juntas reciben en su casa al Señor y quiérense servir la una de la otra para mejor servir al Señor.

La causa por que he querido hacer en esta letra más mención de la mansedumbre que de otra virtud es porque la cosa natural que más puede ayudar al hombre en este negocio espiritual de que nuestro tercero alfabeto trata es la mansedumbre; y si no la tienes, ella es la que primero deves buscar; porque hágote saber que es la cosa que más conserva la gracia del Señor. Donde acaesce muchas veces á los que se llegan á Dios, que le sienten con su gracia en el pecho, y en moviéndose un poco á ira, por pequeña que sea, se hallan vacíos, que ni saben qué se hizo la gracia que antes sentían ni dó se fué. Lo mesmo siente hablando palabras ásperas, á las cuales se altera naturalmente el corazón, y así vacia de sí el licor de la gracia que tenía. Esto sé y desto te aviso: plega al Señor que lo conozcas y no seas tú como algunos, que después de se haver desconcertado en palabras, dicen que sin pena las dijeron, y que no sienten agraviada su conciencia, pues fué buena su intención. Si dijesen que no sienten solamente, creerlos hía, teniéndolos por inservibles; pero pues dicen que no erraron, no los creo; pues cuasi palpablemente se conosce lo que tengo dicho, y es, que á un pequeño movimiento de ira, ó con algunas palabras que diga hombre devoto désta, paresce lo que sentía antes; por lo cual dice nuestro padre Sant Francisco que la ira é conturbación impiden la caridad.

Y dejando aparte lo que tengo dicho, cosa clara es que la mansedumbre sabe mejor corregir que no la ira; y no solamente á los otros, mas á lo mesmos en que mora, según aquello del psalmo (Psal. LXXX c): Verná la mansedumbre y seremos corregidos. No hay tiempo en que el hombre mejor se conozca y reprehenda que cuando está manso, porque entonces ve claramente la verdad en sí y en los otros. Los que son bien mirados, cuando sienten haver perdido la mansedumbre, cesan de castigar por no ser de Dios castigados y por esperar la mansedumbre, y serán á Él en esto semejantes, del cual se dice (Sap., XII e) que juzgó en tranquilidad y sosiego.

Otros hay mejor mirados, que cuando se ven con ira perdonan para se vengar de sí mesmos, conosciendo que más erraron ellos en tomar ira que los otros en los ofender, pues ellos con

la ira ofendieron á Dios y los otros á los hombres.

Hay, empero, algunos de atrevido juicio, y dicen que sin ira no se puede hacer bien el castigo, y por esto dicen aquello del Profeta (Esa., XII b): La indignación mía me ayudó. Y también el psalmo dice: Airaos y no queráis pecar.

Míren éstos para qué confunden aquel consejo que les da el Sabio, diciendo (Eccl., XXIII c): Hijo, acaba tus obras en mansedumbre y serás amado sobre la gloria de los hombres. Dice en especial que acabemos nuestras obras en mansedumbre, socorriendo á la parte do suele más venir el peligro, porque muchos comienzan en mansedumbre, y como se va encendiendo la cólera acaban en ira. Y dice más: Que será el que acabare en mansedumbre amado sobre la gloria de los hombres, porque son mansos; más son ángeles que hombres.

A lo que éstos dicen se responde que ninguna ira es buena, porque la ira natural es penosa aun al mesmo que la tiene, y por ella acontesce perderse aquella gracia que dije, la cual da el Señor graciosamente á quien le place; y la ira, que es pecado venial, tiene pena temporal; de la otra no hay duda sino que será castigada para siempre.

Y la indignación é ira de que el Profeta y el psalmo hablan no la entienden los que la allegan, porque no quiere decir sino celo, el cual ayuda á los hombres flacos para ejecutar la justicia. Y lo otro, airaos y no queráis pecar, quiere decir: Tened celo y sea según esciencia: con el celo no salgáis de la razón. Ruego, pues, á los que mandan, se quieran acordar de aquel dicho de Sant Jerónimo: No hay cosa más torpe que el furioso mandón, el cual como deve ser manso á todos, anda haciendo ruido, echado el ceño, tremiendo los labios, la frente arrugada, desenfrenado en denuedos, el gesto demudado, clamoroso con rencilla; y no solamente aparta del bien á los que yerran, mas con su crueldad los derriba en el profundo de los vicios. Esto dice aquel sancto; y cuánta verdad tenga, más lo saben los que son mandados que no los que mandan.

Tornando á lo primero, deve ser el hombre devoto manso en el corazón, para que conciba temor y paciencia; y manso en la palabra, para templar el furor de aquellos con quien conversa, respondiendo, según dice el Sabio (Ecles., IV c), pacíficamente en mansedumbre para quebrantar la ira. Deve también ser manso en sus obras, para procurar amor y ser de todos querido, y para que con mansedumbre acresciente gracia, según aquello que está escripto (II Reg., XXII c): Mi mansedumbre me ha multiplicado. Ruégote, pues, hermano, juntamente con el Apóstol (II Cor., X d), por la mansedumbre de Jesucristo, que seas manso, porque á anunciar la salud á los mansos fué enviado; recibe su inspiración en mansedumbre, por que te goces; nunca desampares la mansedumbre, si nunca quieres ser desamparado; tenla siempre contigo, por que siempre tengas aparejo para recebir su gracia; ten mansedumbre si quieres guardar tu ánima y estar armado de las armas de Nuestro Redemptor; anda y conversa dignamente con toda humildad y mansedumbre con paciencia, sufriendo á los otros en caridad, solícito en guardar la unidad del espíritu en lazo de paz.

CUARTO TRATADO

HABLA DE LA GUARDA DEL CORAZÓN, DICIENDO: DESEMBARAZA EL CORAZÓN Y VACIA TODO LO CRIADO.

Esta nuestra letra, pues habla del corazón, cosa clara es que no será dirigida ni se dirá á los que no tienen corazón. No se dice á los descorazonados que no tienen resabio ninguno de espíritu en sí; mas biven como si no tuviesen corazón ni ánima, á los cuales dice Dios (Hie., XVII b): Maldito sea el hombre que confía en el hombre y pone su fortaleza en la carne y su corazón se aparta de Dios, porque aquéste será así como retama en el desierto, y no verá cuando viniere el bien; mas morará en el desierto en sequedad, en tierra salada y que no se puede habitar. El que confía en el hombre y pone su fortaleza en la carne, es el que solamente es solícito en las cosas que tocan al cuerpo carnal, olvidando las que tocan á su ánima y no curando dellas. Este es maldito de aquella maldición: Id, malditos del mi Padre, pues ninguna misericordia tuvistes conmigo, sino con vuestra carne, confiando en el hombre exterior que de fuera parece y olvidando el espíritu interior, que es invisible. El corazón de aquéstos se aparta de Dios por seguir sus proprios intereses y los que á ellos

les viene bien; y como Dios sea vía, verdad y vida, no pueden ir sino descaminados sin el camino, y á parar al despeñadero del infierno; é sin la verdad serán traídos á error y engañados del demonio, y sin la vida vernán al poder de la muerte.

En estas cosas ha de parar el corazón que se aparta de Dios, lo cual en equivalencia se declara en las palabras siguientes, pues dice que ha de ser así como retama en el desierto, que solamente vale para el fuego; ca inútil y sin fruto es muy amarga. Cuando viniere el bien de gracia ó de gloria, no lo verá, porque terná con lo que amó cubiertos los ojos é ciegos de muy encarnizados en las cosas corporales. Mora en el desierto, pues que se aparta del amparo de Dios; está plantado y ha echado ya raíces en la sequedad de la devoción, y una sola lágrima nunca se ve en sus ojos, y más que la tierra donde mora es salada para lo provocar más á sed, aunque está seco. Los que moran en la región desierta de Dios, que son los vicios y pecados, nunca dicen basta, ni dan fin á sus maldades; mas antes en aquella región siempre hay hambre, y nunca se harta el mal deseo del corazón humano; porque así como echando en algún vaso esquinado cosa que sea redonda y no esquinada nunca el tal vaso se puede henchir, así el corazón del hombre, hecho al molde triangulado y esquinado de la Sanctísima Trinidad, no puede ser harto con los vicios, que son redondos, pues van rodando al infierno; hasta que el Padre ocupe el rincón de nuestra memoria y el Hijo de nuestro entendimiento y el Espíritu Sacto el de nuestra voluntad, no estará nuestro corazón en tierra habitable, que es el ánima; y de aquí es que el corazón del sabio se dice (Ecc., X a) estar en la parte diestra y el del ignorante en la siniestra; y en otra parte se dice (Psal. CVIII d) que Dios está á la diestra del pobre, no sin duda en otra parte sino en el corazón que alli halla para lo enriquecer con su gracia, la cual no puede recebir el siniestro corazón, puesto en las vanidades y locuras desconcertadas; é por esto con este tal no habla nuestra letra, ni tampoco es dirigida á los hombres que tienen dos corazones, porque no es menor mal tener dos corazones que carecer de uno.

En las cosas que se impiden unas á otras, la pérdida es riqueza, porque más hace una que no muchas, como parece en el que muda los dientes si no se sacan los primeros, y en la cepa que no se poda, cuyos sarmientos mientras más fueren son de menos provecho. Si uno tuviese dos lenguas, no hay duda sino que la una sería impedimento á la otra, y se estorvarían á hablar; así los que tienen dos corazones son impedidos en sus obras, y el uno por el otro no hacen cosa que buena sea, como dos negociaciones, que impidiéndose, ninguna cosa niegan y hacen menos siendo dos que si una sola fuera. Así acontesce á los que moran en la religión y en el mundo: quieren usar de todo; con los religiosos tienen una poca de apariencia á sus tiempos, y en otras cosas muestran tener en su pecho muchas cosas seglares en estima de honra y de linaje y de habilidad y de oficio; éstos en la religión, mal de su grado, han de tener corazón, porque les han de hacer seguir las cosas dellas; en el siglo ellos de su voluntad tienen puesto el corazón, según parece por sus obras, y desque juntan estas dos cosas impídense las unas á las otras, que ni son bien frailes ni bien seglares, y por esto más les valiera tener un corazón que no dos, pues con uno fueran lo que havían de ser acá ó allá, y así ni son acá lo que deven ni allá lo que querrían.

Si un hombre tuviese dos cabezas y quisiese ser cristiano, para lo baptizar havían de ver si en aquel hombre hay diversas voluntades, y si las hay, como se crea tener dos ánimas havían de baptizar cada cabeza por sí, poniéndole nombre diverso; é si después tuviese el uno perversa y mala voluntad, dañarse hía, é si el otro la tuviese buena, sería salvo; la mitad de su cuerpo llevaría Dios y la mitad el demonio. No sé qué me juzgue de aquellos que, según dije, tienen dos corazones, sino lo que juzgaría de este ejemplo que puse, porque á éste tal devríamos poner dos nombres y llamarle fray seglar juntamente: primero fray, porque primero se ofrece á nuestros ojos el hábito de la sancta religión, que trae. Mas desque conozcamos sus costumbres, baptizémoslo otra vez, formando dél otra opinión, y añadamos el segundo nombre al primero y digámosle fray seglar. De la partición de aquéste á respecto del otro no quiero hablar, pues lo ha con quien no querrá perder su parte; la justicia de Dios llevará el ánima á la pena del daño, y el demonio su cuerpo á la pena del sentido. Pluguiese á Dios que éste

tal mientras bive en la religión (á la cual fuera mejor no haver venido) tuviese aquellos dos nombres escriptos en la frente, para que así fuese conoscido Judas entre los apóstoles, é Caín fuese entre los hijos de Adán señalado,y Satanás entre los hijos de Dios no se trasfigurase en ángel de luz. Si así fuese, los que vienen á la religión verían que no han de seguir ni remediar aquél, pues él no sigue lo que deve, y cuando dél viesen proceder cosas contrarias á su hábito, no se escandalizarían; ni tomarían mal ejemplo, ni se maravillarían, pues tiene dos corazones, el uno contrario del otro, que es mayor mal que tener dos narices ó dos lenguas; donde el Sabio se compadesce de los tales diciendo (Eccles., II c): Ay del hombre que tiene doblado corazón, y del pecador que entra á la tierra por dos caminos.

Sobre lo segundo dice la glosa: Por dos caminos entra á la tierra el que hace mal y espera bien, y el que sigue las obras de la carne y piensa de obrar en temor la santificación del espíritu, y el que las cosas de Dios muestra en la obra y las del mundo busca en el pensamiento. Destos tales dice el Profeta (Osee., X a): Diviso está el corazón dellos; agora morirán; Dios quebrantará las estatuas dellos y destruirá sus altares. Ni se dice tampoco nuestra letra á los que tienen el corazón duro en sus malas costumbres, endurescido en sus paresceres, hechos ya Faraones, que por más que les digáis no dejarán la dureza de su corazón, que está obstinado en sequedad, apartado más de las lágrimas que la piedra seca del desierto; porque ella con dos golpes dió agua, mas éstos ni con el golpe del temor ni con el del amor serán más blandos que hasta aquí. Tienen hechos callos duros en sus corazones, y tan duros, según dice Jeremías (Hier., XVII a), como diamantes, que ningún golpe los quebranta. Estos, según dice Job (Job, XXIV b), son rebeldes á la lumbre y por su rebeldía é dureza merecen ser dejados aparte, pues será más fácil tornar blanco á un negro de Guinea que á éstos tornarlos devotos.

Ni se amonesta la sentencia de nuestra letra á los que no tienen domado su corazón, cuya natural condición es querer bolar á todo lo que ve, como el gavilán que es traido en la mano, los ojos descubiertos, el cual nunca tiene reposo, sino á todo quiere bolar; y por eso dévenle cuvrir los ojos, para que aprenda á bolar solamente á la prea que le conviene con más ímpetu y deseo desque se la muestran. Esto nos amonesta el Sabio cuando dice (Eccles., VII b): No des tu corazón á todas las cosas que se dicen. Dichoso se puede llamar el que con tanta astucia guarda el corazón para la caza espiritual, donde Dios es la prea, como es guardado un gavilán para tomar pájaros. A este tal dice nuestra letra que desembarace su corazón para recebir á Dios, y aparte dél todos los impedimentos que pueden ser causa que su corazón merezca de tal morador y huésped.

Y porque los que han sido reprehendidos no se quejen ni piensen que les falta Dios, si ellos primero no faltan á Él, tampoco dejan de hacer su posibilidad, porque donde no pensamos se van muchos á posar el señor; Él fué á buscar al publicano Zaqueo y al otro cambiador; y Elías se convidó y hizo huésped de la pobre vieja que andava á coger serojas; é Cristo, dejada la ciudad de Nazareth, se fué lejos de allí á nascer en un diversorio de Bethleem, donde ninguno pensava que havía de morar tan gran Señor. Lo que éstos deven hacer, escrive el profeta Jeremías, el cual según la traslación de los Setenta dice (Hier., XXXI d): Pon tu corazón sobre tus hombros. Acontesce á muchos que ó por descuido ó por ser el corazón en sí de poco reposo lo pierden, de lo cual se queja David cuando dice (Psal. XXXIX): Mi corazón me ha dejado. Estos tales dévenlo ir buscar como el buen pastor que buscó la oveja perdida é la trajo en sus hombros. Desta manera cumplirán lo que Jeremías decía, é pornán su corazón sobre sus hombros. No lo deven traer á pie por tierra, sino levantarlo en alto sobre los hombros, que son los grandes ejercicios é altos deseos, para que así pongan su principado sobre sus hombros. Desta manera lo hacía David cuando decía á Dios: Tu siervo, Señor, ha hallado su corazón para orar á ti en esta oración. Sobre esto dice la glosa (II Reg., VII d): Ninguna cosa hay más huidora que el corazón, el cual por la discreción se detiene. Señala David que halló su corazón para orar en esta oración, especialmente porque para darse el hombre á la oración, de que este tercero alfabeto trata, es cosa muy esencial ceñir y apretar y encarcelar el corazón y hacerle una jaula de perpetuo silencio, donde lo encerremos para evitar vagueaciones suyas, se-

gún aquello del Sabio (Prov., IV c): Guarda tu corazón con toda guarda, porque dél procede la vida.

CAPÍTULO II

En que se declaran las palabras que dijo el Sabio.

Para que podamos barruntar la profundidad de aquestas palabras, es menester que notemos la ponderación y preámbulo que hace Salomón antes que las diga; cómo las vende, cómo las alaba, cómo avisa al que las ha de oir, cómo torna benévolo al discípulo que las dice, cómo despierta su deseo para las saber é lo provoca á tener atención, y pára mientes en ellas diciéndole antes que le dijese esta sentencia breve que oiste: Hijo, escucha mis palabras con los oídos de tu ánima, y á mis razones inclina tus orejas, é no se aparten de tus ojos; guárdalas en medio de tu corazón, porque vida son á los que las hallan, é á toda carne son sanidad. Todo aquésto dice Salomón encaresciendo lo que luego tras ello escrivió como sustancia abreviada de toda la perfección del hombre, y fué aquésto: Guarda tu corazón con toda guarda, porque dél procede la vida. O breve sentencia!, o grande doctrina!, o dicho digno de ser siempre hallado!, o palabra que siempre se havía de oir!, o consejo que siempre se havía de obrar!, o substancia de la vida espiritual, o razón de la cual están pendientes la ley é los profetas, y en la cual se resuelve toda la ley de Dios! Oid todos los que tenéis oidos este dicho tan profundo, tan alto, tan ancho, tan necesario de ser sabido, tan provechoso é digno de ser esculpido al derredor del corazón, señaladas las letras y entretalladas con piedras preciosas: guarda tu corazón con toda guarda, porque dél procede la vida. No hay ponderación ni precio con que esta sentencia se pueda bien vender. No lo alcanzaron los filósofos ni sabios del mundo; los médicos todos juntos con sus libros y experiencias no dan tal remedio para la vida del cuerpo en todo cuanto escriven é hablan como estas pocas palabras lo dan para la vida del ánima, que es más de desear. Y esto no es maravilla, porque no se trajo á la tierra por espíritu humano, sino el más sabio de los que moravan en la tierra, inspirado y entonado por el Espíritu Sancto, después de haver él en sí experimentado su mesma razón, dice por mandado de Dios (II Reg. I d): Guarda tu corazón con toda guarda, porque dél procede la vida. Bienaventurado es el varón que oye y guarda esta revelación celestial (Apoc., XXII b), pues tiene en ella la más firme é breve é compendiosa é provechosa doctrina que puede ser pensada, y es como candela que en lugar obscuro resplandesce hasta que aclare el día de la gloria, y el lucero de la vida, Cristo, resplandezca en nuestros corazones, guardándolos con toda guarda, y el que es vida procediendo dellas (III. Pet., V b).

Entre cuantas cosas yo he leído é oido é pensado que me hayan parescido bien, ninguna más altamente se me asentó ni con más apretado nudo se ató conmigo, ni más veces se me ofresce que esta dichosa sentencia, para cuya alabanza quisiera tener lengua, é para entender la lumbre, é para declarar la elocuencia, y con todas estas cosas no pensara igualar á lo que en ella se encierra. Mostró el Sabio antes que dijese esta sentencia el amor é caridad con que tal secreto descubría; y por eso al que la decía llamó hijo, dando también á entender ser esta la mejor heredad que como padre nos podía dejar, donde propria cosa es al padre enseñar al hijo la mejor manera y modo que sabe para que venga en prosperidad; lo cual hizo el Sabio en nos manifestar tan gananciosa é provechosa sentencia; é por esto llama hijo á aquel á quien la dice, haciéndolo della heredero é cumpliendo lo que el padre es más obligado á cumplir, que es dar doctrina á su hijo; é por tanto le dice que escuche, como si dijese: Pues yo como padre tuyo te enseño; tú como hijo humilde deves escuchar inclinando humilmente los oídos del ánima como vasos para rescebir la doctrina de tanta necesidad.

Dice más: que no se aparta lo que le ha de decir de sus ojos, dejando pasar esta sentencia como se suelen dejar otras muchas; no así, mas haz de aquestas pocas palabras un libro, é no leas en otro sino en él, y tenlo siempre abierto delante de tus ojos. E porque el libro podía perescer, é la vista se podía cansar, aconséjale otra cosa, y es que las guarde en medio de su corazón, pues son doctrina del corazón. Y porque el discípulo pudiera responder que el corazón es silla de la vida, adonde ningún otro se deve sentar, añade Salomón que las palabras que él ha de decir son

vida á los que las hallan, esto es, á los que por experiencia hallan lo que ellas amonestan. Aquel halla verdaderamente y enteramente lo que quiere decir la sentencia que siente en sí el fructo della obrándola.

Dice más: que á toda carne son sanidad, porque no solamente causan vida espiritual en el ánima, mas aún en la mesma carne pacifica las tentaciones, y sana las llagas é malas inclinaciones que los pecados causaron, poniendo remedio á toda la vida carnal. Razón es que creamos al Sabio las propriedades de aquesta sentencia, en que nos amonesta que guardemos el corazón con toda guarda, pues no menos fué inspirado del Espíritu Sancto para decir lo uno que para decir lo otro. Sobre estas palabras dice la glosa que quiso decir el Sabio que guardásemos el corazón con toda diligencia, como se guarda el castillo que está cercado, poniendo contra los tres cercadores tres amparos: contra la carne, que nos cerca con deleites, poner la castidad; contra el mundo, que nos rodea con riquezas, poner la liberalidad é limosna; contra el demonio, que nos persigue con rancores é envidia, poner la caridad. Hemos de guardar el corazón con toda guarda, porque el examen suyo es el examen de toda nuestra vida; por la sentencia que se da sobre la guarda del corazón pasa toda la vida del hombre, del cual, según apunta otra glosa, si bien se guarda procede la vida é si mal se guarda procede la muerte. Y de aquí es lo que dice Sant Isidro: Grande miramiento es de tener acerca de la guarda del corazón, porque así consiste el principio del bien ó del mal. Esto mesmo quiso decir Cristo cuando dijo (Luc., VI g): No hay árbol bueno que haga mal fructo, ni árbol malo que lo haga bueno; cual es el árbol, tal fructo lleva; el buen hombre del buen tesoro de su corazón saca mala cosa, porque de la abundancia del corazón habla la boca.

En estas palabras quiso el Señor decir que el principio del mal ó del bien estava en el corazón, de cuya abundancia procedía lo más en gran conformidad, como el fructo se conforma con su árbol en ser malo ó bueno. De manera que ansí como todo movimiento exterior procede del primero movimiento que se causa en el corazón, ansí toda obra buena ó mala se denomina y se llama tal cual fué la primera intención del corazón espiritual, que es la intención del hombre, y de allí toman principio las obras de los mortales. El pensamiento es como raíz de la obra; si éste es bueno, procede de buen fructo; si es malo, por consiguiente procede mal fructo, donde Sant Isidoro dice: El pensamiento pare delectación; la delectación pare consentimiento; el consentimiento pare la obra; la obra pare la costumbre; la costumbre pare necesidad; la necesidad pare desesperación. Y por esto dice San Gregorio: Con toda la virtud ha de ser guarnecida la entrada del ánima, porque los enemigos asechadores no entren por el agujero de la disimulación y negligente cogitación. De toda parte, según este sancto dice, ha de ser puesta guarda al corazón, extendiendo y abriendo bien los ojos, por que cada uno se mire de aquí y de allí con diligencia, é mientras permanece en la vida conózcase puesto en batalla contra espirituales enemigos, de los cuales se guarde porque no pierda en unas obras lo que ganó en otras, cerrando una puerta á los enemigos y abriéndoles otra. Donde si alguna ciudad estuviese guarnescida contra sus enemigos de grande baluarte y está cercada de grandes muros y fuertes, y encima de las torres tenga segurada, si á un solo portillo por negligencia falte defensión, por allí sin duda entrará el enemigo que parescía ser excluso y apartado por cualquier vía.

CAPÍTULO III

De cómo has de guardar el corazón á manera de castillo.

Tres potencias principales tiene nuestra ánima: la potencia racional é fuerza de la razón, con que se rige; la potencia irascible, con que se defiende, y la potencia que desea, con que se promueve. Estas tres potencias han de ser guardadas del corazón para estar seguro de toda parte. Donde has de notar que, según dice el Sabio (Eccles., XXVI a), tres cosas temió su corazón, y podíamos decir que son engaño y fuerza é hambre. Por estas tres vías puede ser preso el corazón é herido, según se figura en Joab (Reg., X c), el cual hincó tres lanzas en el corazón de Absalón, y así lo mató. Joab quiere decir paternidad, y es el demonio padre de los malos, con los cuales trae guerra, porque, aunque sus hijos, no los perdona; y de aquí es que Joab era capitán de David, el cual traía guerra con su hijo. Absalón quiere decir paz de su padre, y es el

pecador hijo de demonio, que cuando se da por vencido hace paz con él. Entonces está el demonio en paz con el pecador cuando lo ha vencido, y entonces es propriamente hijo suyo, é no lo fatiga tanto con tentaciones, cuasi teniendo paz con él, pues sabe que no ha de hacer sino lo que él le pudiera amonestar.

Cosa es conoscida que son más guerreados de los vicios los hijos de Dios que los hijos del demonio, porque los primeros los contradicen y los otros no. Este Joab que es el demonio, traviesa el corazón de Absalón con las tres lanzas que dice, con engaño é con miedo é con hambre de mal deseo, con las cuales mató á Absalón, cuya muerte causaron tres males: el uno fué un malo y engañoso consejo á que él dió crédito; el otro, la hambre é cobdicia que tuvo de reinar; el tercero fué el miedo que llevava cuando iva huyendo; el cual fué tanto que no supo guiar la bestia en que íva, ni poner cobro en evitar el daño que rescibió, pues fácilmente lo pudiera hacer.

Con estas tres lanzas mató también el demonio á Judas. Lo primero, cuando le hizo encreyente que Cristo Nuestro Redemptor no alcanzara á conoscer sus maldades. Lo segundo, púsole hambre de dinero, que por él le prometieron. Lo tercero, púsole miedo de venir á demandar misericordia, y así lo llevó á la horca y reventó por medio é derramáronse en tierra sus entrañas, no quedando su desguarnecido corazón en el cuerpo. Desta manera engañó también al primer hombre, ca le hizo creer que su pecado fuera venial é ligero de perdonar, y que Dios no se havía de haver tan rigurosamente con él. Lo segundo, inspiróle hambre y deseo de complacer á su mujer é no enojarla. Lo tercero, que después le causó tanto temor que lo hizo huir de aquel á quien havía de ir á buscar para, echado á sus pies, demandar misericordia como lo hizo la Magdalena.

E finalmente, si bien miramos en ello, por la forma ya dicha prende y vence el corazón sin guarda de los pecadores, en parte ó en todo; los cuales, si quieren seguir el gran consejo del Sabio, deven á estos tres peligros poner por guardas los tres poderíos del ánimo que dije. Contra el engaño esté la razón examinadora, según tenemos ejemplo en la Virgen, que viendo el ángel de la luz comenzó á pensar, como dice Sant Lucas, la calidad de su hablar, parando mientes que no se ascondiese el engaño debajo de la buena razón é las tinieblas debajo del resplandor que de fuera parescía, por que no entrase cosa sin mucho examen á su corazón.

A la segunda puerta por do suele entrar el miedo y padecer fuerza, se ponga la potencia irascible muy celadora que defiende y lanza los temores nocturnos, como lo hacían aquellos de los cuales se dice (Cantic., III c): Cada uno tenía su espada sobre el muslo por los temores nocturnos. En el muslo se nota la castidad que con rigor se guarda, ca así lo hacia Sant Pablo (I Cor., IX c), que castigava su cuerpo y lo reducía en servidumbre. Y el bienaventurado mártir Sant Vincente estando delante del juez, que pensava amedrantar los cristianos, para que así negasen, dijo á otro mártir que mansamente respondía: Por qué estás hablando entre dientes y con palabras mansas á aqueste sobervio? No cures sino con exclamación, para que con la mesma autoridad de la voz su ravia, que ladra contra su señor, sea quebrantada.

A la tercera parte donde se espera peligro, que es la hambre é más deseo traído por el demonio, se ponga el apetito y cobdicia de las cosas celestiales, como lo hacia aquel al cual dice el ángel (Dani., IX f): Yo vengo á enseñarte, porque eres varón de deseos. No hay á quien menos puedan vencer las cosas terrenales que al que más desea las celestiales. Y es de notar que si el demonio solamente halla la una parte ó camino destos tres mal guardado, por allí se entra al castillo del corazón, y á unos prende por una manera y á otros por otra, sin ejercitar todas tres cosas en una persona, basta una para lo hacer de todas culpado; empero, si dél queremos estar seguros, devemos guardar el corazón con toda guarda, pues dél sale la vida, y la manera que hayamos de tener en lo guardar se figura en el paraíso terrenal, del cual se dice (Gén., III 9): Puso delante del paraíso del deleite querubines, y un cuchillo encendido de fuego, ligero de bolver para guardar al camino del árbol de la vida. El corazón del justo es paraíso terrenal, donde se viene el Señor á deleitar, porque él dice que sus deleites son morar con los hijos de los hombres. Y es también á nosotros paraíso del deleite, porque en el corazón comenzamos á gustar el deleite del paraíso, mayormente cuando mora Dios en él, y este

deleite que en el corazón se gusta, como el Sabio dice, es mayor que todo el mundano placer.

Costumbre es á los grandes señores tener en los campos casas de deporte, donde se van á holgar muchas veces, según paresce en la casa del bosque del rey Salomón y en el huerto del rey Asuero, donde se solían á haver placer; así Nuestro Rey y Señor Dios, no contento con lo que en el paraíso celestial tenía, quiso hacer acá en la tierra una casa para su deporte, que es el corazón del hombre, y llamado paraíso terrenal *(Cor justi est paradisus)*. Llámalo paraíso, porque donde quiera que él está y se da á gustar, es paraíso. Llámalo terrenal, porque está en la tierra de nuestro cuerpo situado. Deste paraíso se escrive: La gracia es así como paraíso en bendiciones, é la misericordia permanesce en el siglo. Hácese en esta razón del Sabio más mención de la gracia que no del corazón, porque si él es paraíso, es por la gracia del Señor que en él mora, la cual es como fuente que riega el paraíso del corazón; é dícese que la fuente principal del paraíso se divide en cuatro, porque la gracia fortalesce en nuestro corazón las cuatro virtudes cardinales, según pone la glosa, que son justicia é temperanza, fortaleza é prudencia, con que nuestra ánima se dispone para producir muchas obras buenas.

E dice más el Sabio, que este paraíso está en bendiciones, porque el tal corazón nunca cesa de bendecir á Dios é porque esto todo es don de Dios é no fuerzas humanas. Dice que la misericordia permanesce en el siglo, queriendo dar á entender que desta manera hace Dios en este siglo permanesciente misericordia, mayormente si el tal corazón, de ser paraíso terrenal, es al fin de la vida llevado á la vida eterna, do será para siempre paraíso celestial; lo cual promete el Señor por el profeta, diciendo (Esa., LX b): Yo glorificaré la casa de mi Majestad.

Este paraíso, que es el corazón, se dice haver sido plantado por Dios desde el principio, porque en el principio de nuestra conversión, que fué en el baptismo, infundió en Él la fe y la esperanza é la caridad para favorescer las tres fuerzas susodichas. A este paraíso viene Dios á reprehender á los que ama, cuando pecan, á lo cual viene muchas veces por nuestra flaqueza, ca no creo que bive en la tierra hombre semejante al que dijo (Job, XXVII b): Nunca en toda mi vida me reprehendió mi corazón. Cuando te reprehendiere tu corazón, conosce que Dios ha venido á él á castigar tus excesos, y si no quieres ser lanzado fuera de tu corazón como Adam, has de conoscer tu culpa, é no recorrer á las hojas de la excusa, haciendo leve y ligero tu pecado como una hoja que lleva el viento; mas di con el profeta David: Mis maldades han subido sobre mi cabeza, é así como carga pesada están sobre mí. Si desta manera respondes, quitarte ha Dios la carga de tus pecados, é tomarla ha Él á sus cuestas, y si de otra manera dejándotela á tus cuestas, te hará conoscer cuánto pesa, como á los primeros pecadores, que con su carga, esto es, con su pena echó fuera del paraíso.

En el paraíso terrenal havía tres maneras de árboles: el árbol vedado, que se llamava de la esciencia del bien é mal, y el árbol de la vida é otros muchos que llevavan fruto y engendravan otros de su manera. Estos terceros significan muchas virtudes de que ha de estar plantado el corazón é haya fruto de buenas obras, y engendren en los prójimos por ejemplo otras así semejantes. El árbol vedado es la propria voluntad, de la cual no hemos de comer, pues no la hemos de hacer; ca, según dice el Sabio (Eccles., XVIII d), hémonos de apartar della. Onde el Señor se queja de los que hacen el contrario, diciendo por el profeta Isaías (Esa., LVIII b): Veis ahí que en el día de vuestro ayuno es fallada vuestra voluntad. Día de nuestro ayuno es toda obligación que tenemos á alguna cosa, la cual nos veda lo que de otra manera nos fuera licito; é de aquí es que todo mandamiento nos obliga á ayunar é apartar nuestra voluntad de lo que nos es vedado, si es negativo, é si es afirmativo, nos veda lo contrario; de manera que todo mandamiento es día de ayuno; en el cual so pena de muerte no hemos de comer del árbol vedado, que es nuestra propria voluntad, que allí ha de cesar; lo cual si hacemos, seguírsenos ha mucho bien, é si no, mucho mal; por lo cual con justa causa se llamará árbol del bien é mal.

El árbol de la vida es la sabiduría espiritual é gusto sabroso de la contemplación; de la cual dice el Sabio (Prov., III c): Arbol de vida es á los que la tomaren comenzando y la tuvieren perseverando. El corazón que estu-

viere tan bien poblado y tan hecho paraíso, con mucha razón deve ser guardado con toda guarda, según nos aconsejó el Sabio. Y la manera con que se ha de guardar se figura en la guarda del paraíso terrenal, de que hemos venido hablando, porque justamente con figurar la figura la guarda dél.

Tres cosas se pusieron delante del paraíso para impedir que ninguno entrase al árbol de la vida. Lo primero, es compañía de ángeles, é no de cualquiera, sino de los querubines. Lo segundo, era fuego muy ardiente que no se apagava. Lo tercero, era una espada ligera de bolver que en sí tenía el fuego, aunque sin él pudiera herir é aun que el fuego sin ella pudiera quemar. Los ángeles eran de los querubines, cuya principal eminencia y propriedad es ser muy alumbrados en el saber y esciencia de Dios; porque así no pudiesen rescebir engaño y perdiesen los hombres esperanza de los vencer por palabras, para les hacer abrir la puerta ó darles entrada. Al fuego se juntó la espada, porque los hombres conosciesen que, aunque con agua de lágrimas lo matasen, no quedava segura la defensión de la espada, la cual se dice ligera de bolver por nos enseñar que no bastava astucia humana para huir su golpe; y esto se dice estar delante del paraíso, para que ni aun á la puerta pudiesen llegar. Los que en lo exterior se muestran ser ángel por la vida angelical que en la tierra hacen, bien dan fe y muestran que en sus corazones como en paraíso mora Dios; empero, cuanto á lo interior, es menester que tengan en sí querubines, que son altos conoscimientos de las cosas espirituales, para que, como dice el Sabio (Sap., IV b), la malicia no mude su entendimiento, ni por engaño sea tomada la una puerta del corazón y entren por ella ladrones á quitar el fructo del árbol de la vida, que con engaños se hurta é roba.

Dícese en Ecequiel (Eze., X d) que los querubines alzavan sus alas é bolavan para que las ruedas se levantasen de la tierra; ruedas son nuestros corazones que apenas se pueden sosegar, los cuales, si en alto quieren subir, para estar más seguros los querubines, que son los altos pensamientos de Dios, se han de levantar de la tierra á ponerse en lo más alto por poder mejor atalayar, como viñadero que se pone en lo alto por poder bien guardar su viña.

La segunda puerta del corazón es la voluntad, que ha de tener en sí, para estar segura, el fuego del divino amor que mucho le conviene, por que así á ejemplo de las zorras de Sansón (Judi., XV b) queme y destruya las cosas del mundo, teniéndolas por ningunas ó por muy flacas é desabridas como estopa, que no satisfacen en su deseo, y el fervor aparte las moscas de las mundanas tentaciones, así como lo hace el vapor cálido de la olla, no las dejando acercarse. El fuego tiene esta propiedad: que aparta las cosas diferentes y junta las semejantes, y así el amor encendido de Dios admite y da lugar á lo bueno y ahuyenta y alanza lo malo y contrario á la santidad.

CAPÍTULO IV

De la tercera puerta del corazón.

La tercera puerta del corazón es el hombre exterior ó la sensualidad, que es lo mesmo, por la cual da la carne combate al corazón y á ella se ha de poner el cuchillo del temor que corte toda ocasión de mal, y con pena muy presta amenace y castigue á los que dieren combate, y pongan esfuerzo á los que son combatidos, así por amenaza como por favor, para que se defiendan y no den entrada. Y es de notar que á esta puerta se pone espada aguda y muy presta, porque aquí está el mayor peligro, como en puerta falsa y que está medio caída; al socorro de la cual hemos de ser muy ligeros meneando la espada de á dos manos, que es el temor servil oficial, porque así de miedo ó de vergüenza se ponga resistencia. Desta manera, aunque por la primera puerta, que es el entendimiento, venga la sobervia con sus vanas imaginaciones, será vencida por la subjeción que dará á Dios la lumbre de la razón; é aunque por la segunda puerta de la voluntad venga la avaricia, quemarle ha el amor de Dios todo su ejército, amando enteramente las cosas celestiales y teniendo por muy pocas las terrenales; y aunque por la puerta de la sensualidad venga la lujuria, el temor de Dios, que es cuchillo muy agudo, circuncidará á todas las demasías de la carne y la hará estar subjecta al espíritu, para que así esté el corazón guardado con toda guarda. El corazón es también figurado en el arca del Señor, en la cual estavan tres cosas correspondientes á las que guardavan el paraíso. A los querubines, que quiere decir muchedumbre de esciencia, corresponden las ta-

blas de la ley de Dios que estavan en el arca; al fuego del amor corresponde el dulce maná que descendió del cielo; á la espada corresponde la vara castigadora que mandó el Señor poner en el arca, para que con estas tres cosas se llamase arca de la amistad de Dios, como el corazón con las ya dichas se llama paraíso del deleite y deporte de Dios.

Para más cumplida declaración de la sentencia en que amonesta el Sabio que guardemos el corazón, devemos notar cada palabra, por que van redobladas y repetidas por nos encargar más el negocio. No se contentó en decirnos que guardásemos el corazón, lo cual bastara, mas añadió que lo guardásemos con guarda; é no satisfecho desto, dice que con toda guarda, por comprehender toda la posibilidad nuestra; é dice que el corazón es nuestro, por nos provocar más, ca mejor guarda el hombre lo que es suyo que no lo que es ajeno, y la causa que dió por que lo havíamos de guardar, también es comprehensiva y general, porque no dijo que morava en él la vida solamente, en lo cual quisiera decir que lo guardásemos, pues nos iva la vida en ello; mas dijo que procedía dél la vida yendo á vivificar todo lo que en nosotros bivía; de manera que quiso decir que faltando en él la vida faltaría en todo lo demás, pues que en él se proveía de vida todo lo que en nosotros bive; donde mucha razón hay que se guarde y con guarda é con toda guarda lo que á todo da vida. Si la culebra guarda con toda astucia la cabeza escudándola con todo el cuerpo, porque della procede la vida á toda ella; y la naturaleza esconde las raíces de los árboles en la tierra, porque la vida que de allí procede á las ramas y hojas y flores y fruta no sea de ligero molestada ni herida: cuánto más deves tú guardar con mucha diligencia tu buen corazón, pues todo lo que en ti hay de vida procede dél?

En decir el Sabio que guardásemos el corazón con toda guarda, mostró que de toda parte le podía venir daño; porque si de alguna estuviere seguro por allí, no tuviera necesidad de guarda, é así no fuera menester toda guarda para lo hacer más seguro; mas como el corazón sea muy semejable á la bomba de la nao, toda parte puede recoger inmundicia. La bomba del navío es un lugar que está en medio dél, al cual se acoge toda la agua que en el navío se derrama, y también cuando el navío está abierto por alguna parte y por allí entra agua, todo va á parar á la bomba, por estar en medio de la nao y más baja que todas las otras partes della. Así es nuestro corazón, situado en medio desta navecilla de nuestro cuerpo, al cual se recogen todos los males y llagas y fatigas y vicios y ocupaciones que tenemos en el cuerpo; lo cual conocen los que se retraen á orar, cuanto todo lo que antes les acaeció, cualquiera que fuese, lo hallan en su corazón, y allí viene á los distraer y dar pena; y así como la bomba es el más bajo lugar de la nao, así nuestro corazón es el más bajo del cuerpo; ca vemos que muchas veces están nuestros cuerpos en el alto lugar del coro y del altar con los ángeles alabando á Dios, y nuestro corazón anda entremetido con las cosas más bajas de la tierra. Así que, pues de toda parte le puede venir perjuicio, bien nos aconseja el Sabio (Prov., XXIII c) que lo devemos guardar con toda guarda; conforme á lo cual nos amonesta la escriptura, aunque en partes diversas, guardar todos los miembros de nuestro cuerpo, por que así esté mejor guardado el corazón y más seguro. Dícenos el Sabio (Prov. XXI, c) que nuestros ojos guarden sus caminos, y esto por que no yerre el corazón, y mándanos en otra parte que guardemos la lengua, y esto por que no mienta el corazón; y el profeta Isaías (Esa., LVI e) nos dice que será bienaventurado el que guardare sus manos, y esto por que no obre mal el corazón; y en otra parte nos es dicho (Prov., XVI c) que guardemos nuestra boca, y esto por que de las murmuraciones no sienta mal sabor el corazón; y en otra parte es dicho (Eccles., IV c) que guardemos nuestros pies, y esto por que no caiga el corazón; y Sant Pablo dice (Thim., V c) que guardemos nuestro cuerpo en castidad, y esto por que no se ensucie nuestro corazón; y Moisen nos dice (Gén., IV c) que guardemos nuestras ánimas con virtud, y esto por que no sean con ellas condenados nuestros corazones. Si nos es mandado (Levi., XXXI d) que guardemos las fiestas de Dios, es por que tengan alguna quietud y reposo nuestros corazones; si nos es mandado que guardemos la justicia, es por que sean bien regidos nuestros corazones; si nos es mandado (Eccles., XXI) que guardemos las leyes, es por que nuestros corazones no experimenten ninguna cosa del mal; si nos es mandado (Prov., XIX d) guardar la escien-

cia, es por que nuestros corazones sean sabios, y así se goce con ellos el corazón de Dios, según Él lo dice (Mala., II d); si nos es mandado guardar la prudencia, es por que nuestros corazones sean bien regidos y sepan regir á otros; si nos es mandado (Prov., XXIX d) guardar la inocencia, es por que sean nuestros corazones sin malicia; si nos es mandado (Prov., XXIII d) guardar la penitencia, es por que con ella sean domados nuestros corazones; si es mandado (Psal.) guardar la clemencia, es porque nuestros corazones sean blandos y piadosos; de manera que por comprehender el Sabio esto dijo que guardásemos el corazón con toda guarda; el cual es más movible que el azogue, y de más sutileza, ca por resquicio muy pequeño se va y se cuela por donde no pensava hombre. Es tan delicado, que cualquier cosa le hace mal, y por eso deve ser con diligencia, según dice el Sabio, guardado con toda guarda. No guardavan desta manera sus corazones aquellos de los cuales dice el Señor (Luc., VIII b) que vino el demonio y tomó la palabra de Dios de sus corazones, por que no fuesen salvos creyendo.

CAPÍTULO V

En que se declara la presente letra conforme al recogimiento.

Aunque todo lo que se ha dicho en esta letra de la guarda del corazón haya sido muy verdadero y bueno y que toca á la mesma letra y al presente ejercicio de que hablamos, empero lo principal que entiende amonestar, y el sentido de las palabras del Sabio que á nuestra letra se conforma, está por decir. Onde dice que desembaracemos el corazón, y en tal manera se deve desembarazar que dél se vacie y eche fuera todo lo criado, para que el Señor dello sólo more dentro en él. Este dicho es conforme á aquello que Sant Anselmo dice: Vaca algún tanto á Dios y huelga algún tanto en Èl; entra en el retraimiento de tu ánima, lanzadas las cosas dejando á Dios en él.

Cuando los príncipes y grandes reyes vienen á posar en alguna casa, luego se desembaraza toda la casa, sólo queda el casco de la casa vacío, porque el rey trae consigo lo que es necesario para su servicio y compostura; solamente quiere la casa limpia de toda inmundicia, é así dice nuestra letra que desembaraces tu corazón de todo vicio y humano impedimento y vacies dél todo lo criado, porque así podrá Dios mejor caber dentro cuanto menos estuviere acompañado; el cual, según dice Sant Juan (Joan, III b), es mayor que nuestro corazón y sabe todas las cosas, donde que es mayor; mientras nuestro corazón estuviere más vacío de todo lo criado, estará más aparejado para Él. Un vaso mientras está en alguna mano que tiembla no puede ser del todo lleno sin se derramar; así nuestro corazón, mientras el pensamiento que tiembla y no tiene sosiego lo tuviere, no es perfectamente lleno del Señor hasta que del todo lo aseguremos para que sea lleno de su plenitud; conforme á lo cual dice Sant Pablo (Hebr., XIII c): Muy buena cosa es firmar y hacer estable el corazón con gracia. Desembarazar el corazón y vaciar dél todo lo criado nos provoca también el Apóstol, diciendo (Philip., IV c): La paz de Dios, que excede y sobrepuja todo sentido, guarde vuestros corazones y vuestras inteligencias en Nuestro Señor Jesucristo. Entonces la paz de Dios, que excede todo sentido, guarda nuestros corazones é inteligencias cuando sobre todos los sentidos corporales nos levanta la quietud del Señor á cosas mayores, y nuestro corazón cesa de pensar todo lo criado, y la inteligencia en sólo Dios se ocupa, no admitiendo ni dando lugar á cosa que menos sea; entonces de verdad está el corazón guardado con toda guarda para sólo Dios, que dél procede con silencio, como las aguas del Siloé (Esa., VIII b), por cuyo menosprecio es el pueblo muy reprehendido.

Solamente nos dice el Sabio que guardemos el corazón con toda guarda, sin que en él entre pensamiento alguno, los cuales impiden, según he dicho, á que sola precede la buena vida que es Dios, cuyo minero es el corazón del hombre; y para que como de manantial muy abundoso proceda dél no es menester sino que guardemos el corazón con todo guardo, desembarazándolo y vaciando dél todo lo criado, para que el que lo crió solo proceda dél con vida de gracia, y desta manera le demos lugar, no estorvando su procesión y salida. Desta manera podíamos tornar á notar las palabras del Sabio, en que tres veces nos manda que guardemos el corazón; ca devémoslo guardar, en cuanto á la obra, no haciendo cosa á esto contraria, y en cuanto á la palabra, por-

que si el corazón ha de guardar silencio, primero lo deve guardar la boca; y lo tercero, devemos guardar el corazón cuanto al pensamiento, y esta guarda, según el Sabio dice, ha de ser general y con toda guarda, vaciando dél todo lo criado, por que así mejor proceda dél toda la vida, que es Dios, el cual no procede sino para dar vida al ánima y la juntar consigo, como la vida que del corazón procede vivifica y junta el cuerpo con el ánima, conforme á lo cual está escripto (Deu., III c): Allegarte has á Dios, porque él es vida tuya. La vida del cuerpo está en allegarse al ánima, y la del ánima en allegarse á Dios; y porque la cosa que más nos era menester era la tal vida, quiso el Señor que su manantial estuviese dentro en nosotros, y es nuestro corazón, del cual se puede á todo hombre decir aquello del psalmo (Psal. XXXV): La fuente de la vida está cerca de ti.

Pues que está la fuente de la vida tan cerca de nosotros, que no hemos menester salir fuera, bien sería que entrásemos dentro y limpiásemos la fuente del corazón, desembarazándolo, y después lo guardásemos con toda guarda para que dél procediese la vida. Esta vacuidad del corazón, que para ser lleno de Dios se ha de hacer como nuestra letra dice, se muestra en aquellos vasos vacíos que eran ofrecidos á la mujer, que tiene figura de la sabiduría espiritual (IV Reg., IV c), á la cual hemos de ofrecer nuestros corazones vacíos de toda criatura, para que ponga dentro una gota de su gracia y de allí proceda multiplicándose hasta que sean llenos della. Y esto quiso decir el Sabio cuando dijo (Ecclesiastés, XXXVIII c): Escrive en tu corazón la sabiduría en el tiempo de la vacuidad; el que se apocare en obra recibirá la sabiduría, porque será lleno della. Esta sabiduría, que es el gusto dulce de las cosas celestiales, alcanzado por experiencia, mejor se recibe cuando esté más vacuo el corazón de todas las otras cosas; y cesan no solamente las obras exteriores, mas también las interiores, evacuando la propria operación acerca de las criaturas para ser ocupados y llenos de la operación del Espíritu Sancto. Quien más perfectamente tuvo la experiencia desto fué la Virgen sin mancilla, cuando todo se evacuó y ofreció su corazón muy limpio, vacío de toda operación distrativa, para que en aquella descensión del Espíritu Sancto sobre ella la virtud de Dios causase en su corazón con tinieblas divinales, y puesta á la sombra dellas, concibiese al hijo de Dios. Primero que el Espíritu Sancto viniese sobre las aguas, se dice (Gén., I a) que la tierra estava vacía é vacua, porque la tierra de nuestros corazones se ha de evacuar de toda criatura para que reciba mejor la venida del que todo lo hinche, que es Dios, el cual mandava (Exo., XXXIX a) que le hiciesen un altar vacuo, que, según dice la Scriptura, no era macizo, sino vacuo de tablas de sethim. El sethim es un árbol cuya madera es incorruptible y muy liviana, porque nuestro corazón, que es verdadero altar de Dios, deve ser ligero para se levantar á las cosas celestiales, estando, según dice nuestra letra, desembarazado, y ha de ser incorruptible y tan recio y fuerte, que las cosas terrenas no lo puedan abajar ni pueda entrar en él otro deseo sino el de Dios, al cual nuestro buen deseo es muy sancto sacrificio; y ha de estar tan encendido y puro este deseo, que nuestro entendimiento no se derrame á otra cosa alguna, para que así el corazón esté vacío de todo lo criado. Desta manera havía evacuado su corazón Sant Pablo, el cual hablando de la caridad é imperfecto conocimiento dice (I Cor., XIII d): Cuando viniere lo que es perfecto, evacuarse ha lo que es en parte y poco; cuando era pequeño fablava como pequeño y sabía como niño y pensaba como chico; mas cuando fuí hecho varón, evacué y vacié las cosas que eran de pequeño.

Según quiere decir aquí el apóstol, á los pequeños pertenece pensar y conocer cosas pequeñas, y á los varones dejar aquéllas y tomar otras mayores. Cosas pequeñas son todas las criaturas comparadas al que las crió; y por eso dice Sant Pablo que veniendo lo que es perfecto, que es la contemplación de la Divinidad, evacuó lo que es imperfecto y pertenece á pequeños, que es la contemplación de las criaturas, por se dar con el desembarazado corazón del todo al Señor, que todo lo quiere. Por eso nos dice David (Psalmo LXI) que derramemos delante de Dios nuestros corazones para que no pensemos en otra cosa sino en Él. Y el profeta Jeremías dice (Hie., II a): Levántate, loa en la noche, en el principio de las vigilias: derrama así como agua tu corazón delante el acatamiento del Señor. Levantarnos devemos de las cosas criadas á las no criadas, y en ellas loar al

Señor de noche, que es privación del humano conoscimiento, para que allí podamos decir (Psal. CXXXVIII b): La noche es mi alumbramiento en mis deleites. Y ha de ser el principio de las vigilias, porque hemos de perseverar para que en todas las vigilias nos halle el Señor velando. Y hemos derramar del corazón todo criado pensamiento, como le derrama el agua sin della ninguna cosa quedar, para que así sea lleno del divino licor y agua viva de la gracia del Señor. Esta evacuación es muy al revés de las otras que el Sabio dice (Eclessiastes, XXI c) ser hechas en los corazones de los malos que, según dice, son vasos quebrados que no pueden tener en sí la sabiduría, de los cuales dice (Eccles., XX c): Las gracias de los locos serán derramadas. Estas vacuaciones se hacen por estar los vasos quebrados, mas las de los justos no, sino por estar sus vasos enteros y llenos del fuego del espíritu del amor, que los enciende tanto, que por el gran fervor echan de sí todo lo criado y no lo sufren; donde para figura de aquesto todos los vasos del templo de Dios havían de ser purificados con fuego, para que del todo quedasen perfectamente apurados.

Pues que así es, deves desembarazar y limpiar tu corazón; ca es lámpara de la virgen prudente, que es tu ánima, en que cuando saliere á recebir á su esposo, ha de llevar olio de misericordia y lumbre de fe; y es una pequeña ración con que Dios se tiene por contento, como noble gavilán que con el corazón se satisface; y es consistorio divino donde Él tracta sus secretos; y es el fornaz donde el ángel del gran consejo desciende á refrigerar los que dentro en Él andan (Dan., III c); y es cámara pequeña del verdadero Heliseo (IV Reg., IV c); y es vaso de oro lleno del maná de la gracia celestial, puesto en el arca de tu pecho; es incensario con que se perfuma Dios; pesebre angosto donde nasce el niño Jesús; cama florida suya; huerto del rey Asuero, donde por su mano enjere diversas virtudes; es arco de la amistad de Dios, puesto en las nuves de las lágrimas para que se acuerde cómo nos ama; ciudad pequeña de Dios que es alegrada con el ímpetu de gracia; libro de la vida por do has de ser juzgado; sancto sepulcro del cuerpo de Cristo; altar donde sacrificamos á Dios nuestros deseos; paraíso donde Dios y sus amigos se comunican y deleitan; brasero de oro del templo de Dios; recebimiento limpio y espacioso de sus sanctas mercedes, si está desembarazado y limpio, según deve, y guardado con toda guarda, según hemos dicho.

EL QUINTO TRATADO

HABLA DEL MIRAMIENTO QUE HAS DE TENER EN TODAS TUS COSAS, DICIENDO: EXAMINA Y HAZTE EXPERTO Y AFINA TUS OBRAS TODAS

Una diferencia muy grande conoscemos que hay entre los justos y los ajenos de justicia; la cual cuasi muestra á cada uno con el dedo, para que por sus obras sea conocido todo hombre acerca de los hombres, porque acerca de Dios no se causa el conoscimiento de las cosas postreras, que es imperfecto, sino de las cosas primeras. Dios conosce al hombre por lo que tiene en el corazón, y nosotros no podemos conoscer sino por lo que cada uno manifiesta de fuera; lo cual á las veces falta, porque acaesce cubrirse con la nieve el estiércol, y dorarse las píldoras, y confitarse las almendras amargas; las cuales cosas Dios conosce de raíz, procediendo el conoscimiento de lo interior á lo de fuera, y nosotros al reves que por lo de fuera juzgamos lo de dentro.

La principal señal en que conoscemos ser un hombre justo es ver que es solícito y cuidadoso acerca de su conciencia, y el que esto no hace, tenémoslo por malo, viendo faltar en la raíz de la bondad, que es el cuidado y aviso que deve tener de su ánima, conforme á lo cual dice el Sabio (Prov., XXVII a): Los malos hombres no piensan la ejecución de la justicia que han de obrar, porque tienen el hábito y costumbre contraria, según la cual piensan y obran; empero los que buscan á Dios consideran todas las cosas que son necesarias para la ejecución y obra de la justicia é santidad. Segun esto, para que tú seas del cuento y número de los justos deves tomar el consejo que da nuestra letra, diciendo: Examina y hazte experto y afina tus obras todas.

Podrás decir que esta letra no tiene ni ocupa con razón el lugar tercero que á las más perfectas sentencias se presume reservado.

A esto se responde que en todas las cosas hay principio é medio é fin, y en cada ejercicio hay principiantes y aprovechantes y perfectos, así en las cosas de naturaleza como de arte y gracia. Si miras en ello, verás yerva y espiga y grano, según lo cual no digo en cada alfabeto, mas en cada letra dél se hallan las tres partes ya dichas, de principio, medio é fin; y por tanto si á todo justo conviene examinar é perfeccionar sus obras, al más justo le conviene más, é cuanto más justo fuere, le podrá más convenir.

Conforme á lo cual dice un doctor que á los perfectos la necesidad es regla cuasi en todas las cosas; é tomando la necesidad no estrechamente, querrá decir que en los varones perfectos se deve disminuir la latitud del medio, en que la virtud consiste. Desta manera decimos que el examinar é perfeccionar las obras pertenece á cualquiera de los justos; mas á aquél pertenesce más estrechamente y con más conveniencia que se hallare ser más justo; porque si todo hombre es obligado á ver y conocer lo que hace, si peca ó no peca en ello, mucho más estrechamente es á ello obligado aquel cuyas obras son más arduas y de cuyo yerro se sigue mayor ofensa. Todo hombre deve amar y tomar consejo; empero, los reyes y grandes son á ello más obligados. Así que aconsejándote nuestra letra que examines tus obras é las perfecciones, no lo entiendas bajamente ni que baste un examen común que más parezca cumplimiento que prueva, como acaece en los que se han de ordenar y en aquellos que tienen anticipadas é prevenidas las manos de los maestros que los han de examinar públicamente en las escuelas; porque desta manera se examinan los pecadores, no curando de tener más rigor en sus obras del que basta para un cumplimiento humano; y la causa es porque el demonio les ha untado las manos, que son sus malas obras.

No basta á los pecadores examinar ellos con mucha negligencia sus conciencias, sino que cuando viene la Cuaresma, en que son obligados á la dar al discreto examen del sabio y justo sacerdote, buscan á un pecador que por sus pecados saque los ajenos, y las cotidianas culpas lo muestren tal, ó un ignorante que no sepa más examinar que el que viene á ser examinado, ó un muy pobre que, por no perder la pitanza ni dar enojo, absuelve de hecho lo que por derecho no puede, y esto porque le han con algún don untado las manos ó lo espera. Este que así va examinado, no va de Dios aprovado, antes va engañado, según aquello de Sant Pablo (I Cor., II d): Locura tiene, é no puede entender que espiritualmente es examinado. La pasión y mal deseo humano se llama locura, porque la una saca de seso, é la otra es causa que se absente la razón del hombre hasta que la pasión se aplaque; la cual enseñoreándose de alguno, se dice tener locura que dél aparta el sano juicio; y por entonces no puede entender, así como no se puede ver el cielo hasta quitada la niebla que lo encubre. Aqueste de quien hablamos, con la niebla del mal deseo é propio amor tiene ciego el juicio de la razón, y no entiende que aquel examen es ninguno por el engaño que intervino; mas que espiritualmente es y ha de ser examinado de Dios que, según se dice (Psal. LXV), examina con fuego apurando más á los justos en sanctidad, é mostrando ser peores los pecadores; porque el fuego hace de más precio el oro y afínalo más, en tal manera que se cobra siempre en la cualidad lo que se pierde en la cantidad; lo que no es en otras cosas que todas se pierden siendo echadas en el fuego. Así, aunque los justos en lo exterior parezcan menoscabados, siendo de Dios con tentaciones examinados, empero aquello sucede á mayor merescimiento dellos; lo que no es en los malos, que aquí y en el otro mundo y en las bocas de todos van siempre de peor en peor, como Antíoco é los de Sodoma que siempre arden en el fuego; del cual no saldrán sino para ser más condenados en el universal examen y estrecho juicio de Dios. Onde, porque allí no haya que hacer en tus negocios ni detengas al examinador, te aconseja nuestra letra que examines con estrecho examen tus obras é las afines más de cada día, para que del horno de tu conciencia salgan cada día mejores, como el oro, que más fino sale mientras es más veces echado en la fragua.

CAPÍTULO II

Del primer punto desta letra.

Tres palabras principales contiene nuestra letra, según las cuales tenemos tres puntos en la exposición della. La primera palabra dice que examines las cosas dudosas y peligrosas. La segunda, que tomes experiencia de

unas cosas para cómo te deves haver en otras. La tercera, que de día en día vayas más afinando é reduciendo á mayor perfección tus obras.

Cosa muy justa es tener algún recelo en las cosas arduas, é no fiarse hombre sin la prenda de la razón por tener segura la paga, porque escripto está (Eccles., XVIII d) que el varón sabio en todas las cosas temió; é los mayores peligros más suelen ser temidos. Donde los avisados marineros suelen llevar una cuerda larga, al fin de la cual atan algún plomo para ver cuánta agua hay en aquel lugar, porque no tope la nao en lo bajo y padezca detrimento; é también se rigen por la carta del marear, donde hallan muchos peligros escriptos para su aviso; é llevan también muchas velas para servirse dellas, disponiéndolas según el viento lo requiere; allende desto, llevan el agua cerca del timón, que siempre mientras navegan debe ser regido conforme á ella mirando al norte. Con toda esta diligencia é mucha más examinan su camino; lo cual aún no basta para les acabar de quitar el miedo, mas siempre el piloto vela en regir la nao por miedo de los peligrosos lugares.

Estas cosas he dicho para nuestra doctrina, pues que nuestra vía es por el mar (Psal. LXXVI d) y nuestra senda por las muchas aguas; donde es de notar que cada ejercicio de virtud é santidad es una navecilla, en que cada justo con su familia interior é mundo menor se deve salvar; y así como hay muchas maneras de naos, así hay muchas maneras de ejercicios; empero, cada uno con vocablo común se podrá llamar nao, según aquello del psalmo (Psal. CVI): Sacrifiquen á Dios sacrificio de alabanza, y denuncien las obras dél en alegría los que descienden á la mar en naos, haciendo operación en las muchas aguas; éstos vieron las obras del Señor é las maravillas dél en el profundo.

De los mundanos que suben al mar alborotado del mundo no hacemos aquí mención, sino de los que por humildad descienden en gruesas naos de grandes ejercicios, navegando por la mar de la vida presente al puerto de la salud. Llamo la vida presente mar, pues que de tantos torvellinos y tempestades es fatigada, en la cual peresce el que no va en algunas destas naos, que son los sanctos ejercicios de virtud; porque á nado ninguno la puede pasar; y así como unas naos van por aguas dulces y otras por salobres, así hay algunos ejercicios que la costumbre ha hecho dulces, é las lágrimas que en ellos se derraman son dulces, por las cuales navegan, y otros que son por alguna causa más penosos é sus lágrimas amargas; empero, acaesce que mejor y más seguramente se navega el agua salobre que la dulce, y así no van peor librados los que van por agua salobre; antes que acaesce que éstos por se ver en más peligro, se examinan mejor y ofrescen más sacrificios y votos al Señor; é después de libres de la tempestad anuncian, como dice David, con gozo las obras del Señor. Y tanto mayor es la operación interior y exterior de aquéstos, cuantas más aguas de lágrimas tiene su mar.

Las aguas deste tercero serán dulces, porque aún, según dice Plinio, hay mar dulce, al cual se pueden estas terceras lágrimas de que hemos de hablar comparar; por las cuales si llevas la nao de aqueste tercero y último ejercicio, verás, según dice David, las maravillas del Señor en el profundo corazón tuyo, según dice la glosa. Destas naves, que son los sanctos ejercicios, se puede decir aquello del Apocalipsi (Apoc., XVIII f): Hiciéronse ricos todos los que tenían naves en el mar. En esta nave del sancto ejercicio nuestro duerme y reposa Cristo; é acaesce que mientras Él más duerme y reposa, se turba más el mar; é muchas veces mientras Dios está con nosotros somos más combatidos, y siéntese Dios dentro en el ánima muy quieto y la tentación en lo de fuera, lo cual permite el mesmo Señor para provar nuestra confianza, y no creo que cesará la tempestad hasta que Él lo mande; porque proprio es del mar embravescerse, por cuyo remedio devemos ir al Señor y decirle que nos salve poniendo tranquilidad é paz.

Estas naves, que son los sanctos ejercicios, hallarás figuradas en el libro de los Macabeos (I Mach., XIII d), donde se dice que Simón puso unas naves esculpidas sobre el sepulcro de su padre y hermanos, para que las viesen los hombres que navegan por el mar. Simón quiere decir obediente, y es todo buen cristiano que obedesce á los mandamientos y consejos de Dios. Este esculpe naves obrando muy durables ejercicios sobre la sepultura de su padre Cristo, que es su sacra pasión; la cual se pone por seguro fundamento de todo ejercicio, y sobre los sepulcros de sus hermanos, que son los sanctos pasados que devemos

imitar, y estas naves se han de ver de los que andan por el mar de la vida presente, porque desean ellos salvarse en ellas por imitación ó por socorro de oración ó en otra manera.

El viento próspero con que deve navegar la nave de nuestro ejercicio es el flato ó inspiración del Espíritu Sancto, para que sea nuestro camino y lleguemos con tan buen viento al puerto de la salud, que es claro conoscimiento de Dios, como aquellos de los cuales se dice (Act., XIII a): Enviados del Espíritu Sancto navegaron hasta Cipre. Aquellos van enviados del Espíritu Sancto que obedescen á la inspiración suya, que hinche é abre gloriosamente las velas de los deseos dellos, para navegar hasta Cipre, que quiere decir hermosura, de la cual está escripto (Esa., XIII c): Sentarse ha mi pueblo en hermosura de paz y en holganza bastecida. Dije que las velas eran nuestros deseos, los cuales han de ser de pureza é limpieza, pues que el puerto do vamos es conoscer á Dios, al cual no ven sino en los limpios de corazón, y por esto se dice de la nao de Tiro (Eze., XXVII b) que sus velas eran de holanda. El mastel sea el amor de Dios, que se dice en el mesmo profeta ser un cedro, que es árbol incorruptible, porque no deve jamás faltar en ningún ejercicio; y ha de ser del monte de Líbano, que tiene figura de la bienaventuranza, porque el amor caritativo infuso es el perfecto. A este mastel se han de atar las cuerdas de la paz y concordia con Dios é con nos é con nuestros prójimos, que se llaman lazos de caridad en la Escriptura (Osee., II b). El aguja de la nao es la fe, por la cual se ha de regir el timón y governalle de la nao, que es la discreción. El aguja señala el norte, porque la fe nos ha de regir y llevar hacia la contemplación; entre las cuales esté la discreción, que es muy necesaria entre la fe é la contemplación. El piloto es el buen consejo, el cual se deve regir por la carta del marear, que es la sancta Escriptura, si no quiere errar. La cuerda tanteadora es la prudencia que para tantear las cosas es necesaria si nos queremos asegurar, y ésta debe por la mano del piloto, que es el sano consejo, medir el agua por do navegamos, que es nuestra vida sin sosiego.

Las cosas ya dichas han de ser muy bien examinadas é miradas por miedo de los muchos é grandes peligros que hay, en especial en este mar por que navegamos, que es la vida presente subjeta á muchos engaños, é también de parte de la mesma nao; por alguna falta si hay en ella, puede venir algún peligro, y también de parte del piloto, si es descuidado é sin aviso, porque es obligado á lo examinar todo con diligencia. Yo he leído muchos peligros marinos que pueden ser contrarios á la nao de nuestro ejercicio, mayormente á este ejercicio deste Alfabeto tercero. En un libro leí doce y en otro otros doce; y después de haver mirado sus amenazas y el multiplicar engaños que las personas espirituales suelen caer, más me parescen espantajos causadores de temor que avisos causadores de cautela. Suelen los hortelanos poner en sus huertas algunas cosas fingidas para que las aves, espantadas de su vista, no lleguen á comer; así hacen algunos fingiendo razones é temores y engaños que pueden acaescer á las personas espirituales por manera de aviso, amonestándoles que examinen tal cosa é tal cosa, porque suele acaescer esto y esto, y que se guarden desto y de lo otro; lo cual ellos multiplican en tanta manera para humillar á las tales personas, que se espantan y huyen del tal ejercicio, por juntamente huir el peligro é no ponerse en tan estrecho examen; así que los tales, pensando de aprovechar, dañan mucho á las personas simples que, según dice el psalmo (Psal. XIII c), temen donde no hay razón de temer. Miren éstos que mandava Dios que no tomasen al deudor la muela inferior ni la superior, porque para moler son menester ambas juntas. Aquel quita la muela superior que con sus amenazas nos quita la esperanza de aprovechar en la contemplación, y aquel quita la inferior que nos quita el temor de los peligros que suelen acaescer, lo cual no es menos mal que lo primero.

Gerson pone también muchas cosas que devemos examinar; empero, porque me paresce que todo buen juicio caerá en ellas y que también son algo comunes, é que á cada negocio pertenescen, no hago aquí mención dellas, sino digo, según el mismo Gerson dice, y según lo he platicado con personas en este negocio muy ejercitadas, que esta vía es segura y tiene menos en qué trompicar que otras; y los que atemorizan á los que por ella quieren ir, en espantar á los otros piensan excusar á sí mesmos de negligentes, cuasi diciendo que ellos más lo dejan por temor

que por falta de voluntad; é si éstos me creen no deven creer á sí mesmos, ni huir de la batalla antes que resciban en ella golpe, ni volverse del camino antes que vean por qué. No creas, hermano, á los que dicen haver en este camino muchos salteadores, porque si algunos en él son salteados, fué por no ir ellos apercebidos de las virtudes que puse en la comparación de la nao y de otras que porné en diversas letras según conviene. Por uno que matan en un camino suelen todos temer de ir por él; empero, no por eso se ha de dejar de andar el camino, salvo que han de ir más recatados de ahí adelante los que pasen por él. A mí, en conclusión, me paresce que cada camino tiene algún trabajo, y también algún peligro; é cada nao tiene algún recelo é hace que teman los que van dentro, porque no hay sino una tabla entre ellos é la muerte.

Cosa notoria es que devemos más temer en las cosas más arduas, porque allí el errar es más peligroso; empero, según dice Ricardo, el mucho miedo es en las cosas grandes mayor tentación que otra alguna, porque no las suele quitar de las manos por que no erremos en ellas, é no miramos que el mayor error es dejarlas de seguir por miedo. No sin misterio mandó Nuestro Señor á Gedeón (Judic, VII b), cuando quiso librar á Israel, que se fuesen de la batalla ca no eran dignos de victoria los medrosos; é cuando havían de entrar en alguna pelea mandava Dios que dijesen á los batalladores: No se amedrente vuestro corazón; no queráis haver miedo; no les deis la ventaja ni les hayáis miedo, porque vuestro Señor Dios está en medio de vosotros. En fin, de otras cosas mandava Dios que dijesen (Deu., XX a): Quien es hombre medroso é de poco corazón váyase y torne á su casa, porque no haga que hayan miedo los corazones de sus hermanos. Aquí desecha Dios los medrosos porque no hagan también que otros hayan miedo con sus razones fuera de razón si bien se miran. Dicen éstos que tema el devoto orador, porque la gracia de la contemplación é gusto interior se cuenta entre las gracias que pueden poseer aun los infieles, así como el hacer maravillas é hablar en lenguas y otras muchas gracias que Dios da á los hombres, y que algunas veces se da esta gracia en señal de reprovación, é se imputa á condenación, y dicen más y dan por muy seguro consejo é muy fundado que no deve ninguno desear gustar en este mundo la divina dulcedumbre.

Estas cosas y otras muchas dicen con que de verdad dañan mucho á los simples y sanctas personas que se ejercitan en la muy loable y sobreexcelente devoción, é desean, según el deseo é corazón de Dios, ver é gustar, como Él lo manda, cuán suave sea su sancta gracia é amor.

Leí una vez un libro que hablava cosas muy devotas, que cierto despertaron harto mi tibieza al amor del Señor, é fuí á un letrado á se lo alabar por útil é provechoso para los que en la tierra quisiesen gustar el sancto maná que Jesucristo envía del cielo á los suyos, y él respondióme: O cuántos ha de llevar ese libro al infierno! Y esto me dijo con una voz quebradilla, que el son no mostrava menor mal que las palabras; de las cuales yo espantado le pregunté la causa de tanto mal, y él me dijo que amonestava á los hombres que se llegasen á Dios por alcanzar gusto de dulcedumbre. Del mesmo libro habló otra persona devota á otro letrado, maestro de mucho saber e virtud, y respondió que él havía leído aquel libro y havía hallado en él todo lo bueno que de contemplación havía visto escripto en otros libros difusamente. En este contrario parescer destos dos letrados puedes tomar aviso para tu examen, y no creerte de ligero por que uno te diga mal de las cosas devotas. Si en algún libro leyeres que te has de guardar de las personas que tienen arrobamientos, como si tuviesen raviamientos, tampoco lo creas; y si te dijeren que fué sancto el que lo escrivió, di tú que ningún sancto condena con atrevida sentencia lo que puede ser bueno sin primero lo examinar con mucho acuerdo; y por esto creo yo que algunos indevotos mezclaron en la doctrina de aquel sancto y de otros semejantes cosas por tener que acotar.

Aunque en nuestros tiempos haya muchas personas visitadas de Dios con abundancia de gracia, también hay muchos tan ajenos della, que viendo en otros por algunas señales exteriores lo que no ven en sí, tiénenlos por locos y engañados ó endemoniados, y el menor mal que otros les atribuyen es la hipocresía; empero, lo más común que les dicen es locos ó endemoniados; así que de cada uno de los así perseguidos podamos decir aquello que se dijo del Señor (Mat., III b): Como lo oyesen

los suyos, salieron para lo atar, y decían que se havía tornado loco; y los sabios que havían descendido de Jerusalem decían que tenía demonio. Por el gran fervor del espíritu que el Señor tenía, lo querían atar; é paresció él ser reputado por loco, según dice Sant Jerónimo, por mostrar en sí lo que algunos siervos suyos havían de padescer por Él. Los que ni por sanctidad, pues no la tienen, ni por letras, pues no las saben, no pueden conoscer los movimientos que suelen tener las personas devotas, luego dan mala sentencia en lo que no son jueces, y dicen que ninguno sancto hizo cosas semejantes, como si ellos tuvieran conversación con todos los sanctos mientras bivieron en este mundo.

Aunque no se escrevieron todas las cosas que los sanctos tuvieron, bien sabemos que Sancto Domingo é Sant Francisco é muchos de sus compañeros tuvieron cosas que no pudieron encubrir sin dar voces é gritos y tener otros movimientos no acostumbrados; y pues que ellos los tuvieron, no es mucho que agora los tengan otras personas devotas; empero, lo más seguro es evitar toda cosa que de fuera paresce, si se puede hacer sin perjuicio de la devoción verdadera. Sant Buenaventura habla desto largamente, é los varones doctos que saben las raíces de las pasiones inferiores del ánima no se les hace de mal creer lo que tú apenas puedes oir sin mostrar de fuera en el gesto la pasión que dentro rescibes en oir alabar á los tales; é si oyes burlar dellos, has tan gran placer, que no puedes tener la risa, lo cual causa en ti lo que dentro en ánimo se obra; é así en los otros has de creer que algo sienten dentro que causa lo que de fuera paresce; y lo de dentro es tanto, que vence la resistencia del que lo tiene para que no lo pueda encubrir. Conforme á lo cual dice el Sabio (Eccles., VIII b): No es en el poder é mando del hombre vedar el espíritu. Si la palabra que está ya concebida en el pecho no la puede el hombre retener, según dice Job (Job, IV a), cuánto menos se podrá detener el ímpetu de la palabra de Dios? Responda el incrédulo á la pregunta en que el sabio dice (Prov., VI d): Por ventura puede alguno esconder en el seno el fuego sin que ardan sus vestiduras? Cuando alguno tiene en el seno de su corazón á Dios, que se llama fuego gastador de nuestros males, no es maravilla que el ardor del amor que dentro obra se muestre en la vestidura exterior del ánima, que es el cuerpo, en el cual se causan diversos movimientos. Pues que así es, hermano, toma el consejo de nuestra letra, que te dice haver de tener cargo de examinar bien tus interiores movimientos é obras, para que no temas el examen de los hombres; conforme á lo cual dice el sabio (Eccles., XXXVII d): Hijo, mientras vivieres tienta tu ánima, é si fuese mala no le des poder, porque no convienen á todas las cosas ni place á toda ánima todo género de cosas. Y Salomón dice (Prov., XXIII b): Oye, hijo mío, é sey sabio y endereza tu ánimo en el camino. Y en otra parte dice (Prov., XVIII c): El corazón del prudente poseerá la esciencia, y la oreja de los sabios buscará la doctrina. A algunas personas hace Dios muchas mercedes, y por no ser solícitas en su conversación pierden presto las mercedes; empero, si tú las quieres largo tiempo poseer, has de ser prudente examinando todas tus cosas, no solamente las grandes, mas aun las pequeñas, porque el menospreciador de lo poquito verná, según dice el Sabio (Eccles., IX a), de mal en peor.

Deves también examinar las disposiciones corporales, porque nuestra carne finge necesidad donde no hay ninguna; ca alguna vez te parescerá que tienes sed, y es fingida; y después de mucho holgar te hallarás muy cansado y muy mal dispuesto, lo cual deves examinar con una disciplina muy buena, que duela muy bien; é si fuere menester otra cosa, no te duela, para que la pereza sea bien examinada, y si persevera la mala disposición, no deve ser pereza. Conforme á lo cual acaesce á muchos religiosos ir con mala disposición á maitines y al fin de ellos hallarse buenos. Otros, después de muchas horas de sueño, se duermen todos, lo cual manifiestamente paresce procurado del demonio, que nunca duerme por no estorvar las velas; y también se halla el engaño viendo el hombre que haciéndose alguna fuerza le va después muy bien; desta manera has de examinar cosas semejantes.

CAPÍTULO III

De cómo el hombre deve tomar experiencia de unas cosas para otras.

La segunda palabra de nuestra letra dice que te hagas experto; esto es, que tomes experiencia; é mira que, pues cada uno es obli-

gado á saber las cosas que pertenescen á su oficio, deve buscar quien se las enseñe ó el libro donde están escriptas, para que leyendo é preguntándolas sepa. El maestro desta sabiduría del corazón, que por sola devoción se alcanza, es sola la experiencia, según aquello de Sant Bernardo: Para qué estas secretas palabras manifestamos en público? Por qué las inefables aficiones nos trabajamos declarar con palabras comunes? Los no experimentados no entienden las tales cosas si no las leen más expresamente en el libro de la experiencia; á las cuales esta unción enseña; porque de otra manera la letra exterior no aprovecha cosa alguna al que las lee; muy poco sabrosa es la lección de la letra exterior si no tomare del corazón la glosa y el sentido interior. Lo de suso es de Sant Bernardo, de lo cual se sigue que deves tener mucho aviso en estas cosas de la devoción interior, para que de unas tomes industria para otras, é por unas saques otras, aunque en esto unos no se trabajan tanto como otros; porque un don es dar Dios alguna gracia, é otro don es dar el conoscimiento della; é á muchos da lo primero, que es hacer las mercedes, y no les da lo segundo, que es el conoscimiento dellas; lo cual no es poco deseado de los que resciben lo primero, según vemos, por ejemplo, entre los amigos, que se suelen dar algunas cosas que vienen de lejos, y el que la rescibe no la conosciendo, luego con instancia inquire é pregunta qué cosa sea aquélla, é no se satisface hasta que lo sabe. Desta manera acaesce en lo espiritual, dando el Señor algunas cosas á sus amigos de tan lejos traídas, que ellos no pueden caer qué cosas sean aquéllas, ni para qué se las han dado; y deseando saber el secreto, lloran con Sant Juan (Apoc., V a), viendo cerrado el libro con siete sellos, porque barruntan que aquella gracia es alguna de las que suele dar el dador de las siete, que es el Espíritu Sancto; empero no sabiendo qué cosa sea, dicen aquello de Job (Job, XIX c): Escondida está é guardada esta esperanza mía en mi seno.

Puédese llamar cada gracia espiritual que en el ánima se recibe esperanza del que la recibe, porque mucho levantan nuestra esperanza las mercedes que el Señor nos hace; y es conjectura de mucha certidumbre que dará el Señor á comer en el cielo el panal de su gloria al que estando en este destierro da á gustar alguna gota dél. Conforme á lo cual dice Sant Bernardo: Cuanto creces en gracia, tanto eres dilatado en fiucia, y de allí procede que ames con más ardor y llamas con más esperanza por aquello que sientes faltarte. Según lo que este santo ha dicho y según lo que la mesma razón nos declara, bien parece ser atrevimiento decir que la gracia de la devoción pueda ser señal ni causa de reprobación, como de verdad no tengamos cosa que mejor testimonio dé á nuestra conciencia del amor que Dios nos tiene que ver por experiencia cómo nos comunica sus espirituales y sanctos dones, de lo cual conjecturamos que nos ama, pues que la más principal propriedad del amor es hacer comunes los bienes de los que se aman según toda voz pública. Dicen empero éstos que la tal gracia de sí mesma no es causa ni señal de reprobación si usamos bien della; á lo cual se puede responder que aquella condición en todas las cosas temporales y naturales y celestiales se guarda; ca si no usamos bien de cualquier destas cosas, nos darán mayor tormento, no por la haver recebido, ca esto virtud es, sino por haver usado mal del tal don, lo cual es vicio. Y aun hay en ésta algunos tan resabidos que dicen dar Dios algunas veces la gracia de la devoción por galardón temporal de algunos servicios pequeños á personas que después ha de condenar, como da las riquezas mundanas y honras, según parece en los romanos, que por ser tan virtuosos, atribuyendo á sí mesmo las virtudes, no merecieron el cielo, é porque la virtud no quedase sin galardón, hízolos quinientos años señores del mundo, dándoles el señorío por paga temporal de sus trabajos; lo cual aun hoy día guarda con muchos, haciéndoles pago con deleites y placeres mundanos, en que les da paraíso terrenal, del cual han de ser lanzados en el infierno, según se figura en Judas, que después de recebidos los treinta dineros se ahorcó (Luc., XXV c), y en el hijo gastador, tomada su parte, se fué á la región extraña, en la cual, si le tomara la muerte, para siempre se perdiera, y en los hijos bastardos de Abraham, á los cuales dió dones por cumplir con ellos y después no les mandó cosa en el testamento (Gén., XXV a). Para estos tales tiene el Padre eterno una sola bendición (Gén., XXII a), porque de aquella: Venid, benditos del mi Padre, no les dará parte.

De la manera que viste dicen algunos atrevidos que hace Dios con el gusto interior del ánima, que también lo da á los malos algunas veces en galardón de sus pocos trabajos, como da las honras é riquezas temporales, que son asimesmo suyas. Esto yo no lo osaría decir ni aprovar ni dejar escrito, aunque fuese por vía de amenaza, ca más deven ser los hombres convidados que amenazados á la tal cosa. La dulcedumbre y gusto de las cosas celestiales es uno de los dones del Espíritu Sancto, y de los siete principales que guarda él para sus amigos, é de los siete el principal; porque así como entre las virtudes tiene la caridad el principado, así lo tiene la sabiduría entre los dones; la cual es, según dice Sant Gregorio, un don del Espíritu Sancto que reficiona y da de comer á la ánima con esperanza y certidumbre de las cosas eternas. Donde la sabiduría, según su nombre, se dice del sabor que causa en el ánima, y este sabor y gracia del Espíritu Sancto se llama prenda ó arra ó señal de la vida eterna, según dicen los sanctos. Y la causa es, según dice Sant Gregorio, porque mediante esta sabiduría se esfuerza y conforta nuestra ánima á la certidumbre de la esperanza interior, así como el que recibe la señal de la paga mediante ella se certifica del todo que le ha de ser dado. Conforme á lo cual dice Sant Hierónimo: Aunque alguno sea sancto y perfecto y por el juicio de todos sea havido por digno de la bienaventuranza, solamente ha alcanzado la señal ó arra de la bienaventuranza, pues que el gusto de las cosas espirituales que da el Espíritu Sancto por señal de la vida eterna no es bien atribuirlo á paga temporal; porque las pagas temporales no creo que descienden del cielo, de do viene todo don perfecto, mas acá se cogen en la tierra para pagar á los terrenales, y el gusto del cielo envía Dios como señal de su gloria, y también para que sea como almuerzo confortativo á los que trabajan en la obra del Señor, ó como gota de miel alcanzada con la vara de la cruz de aquel panal de la bienaventuranza para algún refrigerio al que pelea y mantenimiento al que está entre los leones y bestiales movimientos, puesto contra su voluntad en el lago deste cuerpo.

Para que veas que el gusto espiritual del ánima dado por Dios es señal de la gloria, has de notar que los compradores suelen dar al que vende señal de la cosa que compran; lo cual no se hace en la compra espiritual, porque Dios no fía nada ni da luego enteramente la cosa que vende, que, según dice Sant Augustín, es el reino de los cielos; el cual tú has de comprar con buenas obras de presente, ca las de futuro valen poco si no las reduces á algunas de presente; y por eso, aunque se diga en la Escriptura que Dios da de comer á los pollos del cuervo, el mesmo cuervo es reprehendido, porque es una ave negra y muy prometedora, á la cual no oye Dios, y oye á sus hijuelos en plumas blancas, que son las obras del pecador que se ha alimpiado por penitencia y reducidas á efecto. Y aunque á muchos que agora están en pecado haya Dios después de dar la gloria, esto no es por las obras que han de hacer hasta que las hagan; así que de las obras de futuro Dios no se cura, é si las aceta, no es por ellas, pues ninguna cosa son, sino por la buena voluntad de presente, en la cual son algo.

Has visto cómo vende Dios á luego pagar; también ya creo que sabrás, y aun por mucha experiencia, que no da luego lo que vende, que es la gloria del cielo; ca jamás te la dará hasta que acabes el curso de la vida mortal, y la causa es por darte más gloria, porque si luego te la diese, nunca darías más precio de obras premiables por más gloria; ca ella es tal, que viéndola se te acabaría el tiempo de merecer y estarías tan embevido y cuasi arrobado mirando á Dios, y no querrias más trabajar, ni buscar, ni merecer más, viendo que aquello te bastava y era para ti más suficiente que todo el mundo para un hombre; é por tanto, aquel Señor, celoso de nuestro provecho, no quiere luego darnos su gloria, porque, sirviéndolo más, merezcamos delante los ojos de su misericordia más gloria; empero da señal desta gloria del cielo á los muy amigos suyos, como el panal, que aunque no da toda la miel, da de sí alguna gota.

Dícese en la Escriptura la gloria del cielo panal, porque cuasi así como ella tiene tres cosas, que son la cera con que nos alumbramos, que corresponde á la visión de Dios, é la miel con que nos mantenemos, que corresponde á la fruición, y la morada y vasicos de la miel, los cuales, allende de figurar las diversas mansiones del cielo, figuran la permanencia de la bienaventuranza, porque en los vasicos del panal permanesce y se detiene la

miel, los cuales deshechos se va. La gota deste panal dulcísimo, que es el gusto y suavidad de la devoción, da el Señor á quien le place, y á quien la merece, y á quien la demanda; porque El dice que demandemos y nos darán, busquemos y hallaremos, llamemos y abrirnos han. Es, empero, de notar que la señal de la vida eterna nos hace de parte de Dios más cierta la entera restitución de lo que El se nos hizo deudor, vendiéndonos su impreciable gloria por cuasi ningún precio, mas acrescienta en nos la confianza del recebir, y despierta la cobdicia con que El quiere que demandemos cosas tan altas, y refrigera esta dulcedumbre, y tiempla el gran fuego de amor y el deseo increíble que ella mesma despierta, del cual dice Sant Ambrosio: Acometamos una sagrada ambición, para que, no contentos con las cosas medias, anhelemos é vamos carleando á las postreras é muy grandes.

CAPÍTULO IV

En que se dice por qué nos es dado el gusto interior.

Una razón quiero traer para provar que el gusto de las cosas celestiales no se da por premio temporal con despedimiento de los bienes eternos, y es que el tal premio temporal con privación del premio eterno solamente se acostumbra en la Escriptura dar á los malos que dicen aquello (III Reg., XII c): Qué parte tenemos en la casa de David, ó qué heredad en el hijo de Isay? En menospreciar éstos la parte de la casa de David menosprecian los bienes eternos, y en menospreciar la heredad del hijo de Isay menosprecian los favores de Cristo, mediante el cual se alcanzan, y á éste tal dice la Sanctísima Trinidad aquello de Isaías (Esa., XXVI b): Hayamos misericordia del malo, é no aprenderá á obrar justicia; en la tierra de los sanctos hizo cosas malas, y no verá la gloria de Dios.

Dios ha misericordia del malo cuando le da algún premio, aunque sea temporal, el cual él aún no merecía; y porque los premios terrenos atraen al hombre á la tierra de que fueron tomados, dice Dios que el tal no aprenderá á hacer justicia; ca, como él sea malo, las cosas que aún de sí son buenas convierte en mal; y porque en la tierra de los sanctos, que es la Iglesia del Señor, obró maldades, no verá la gloria de Dios ni con el corazón sucio á este fin, que con ella le paguen sus pocos y malos servicios; la cual ve en los justos por el gusto sabroso de la contemplación, teniendo el corazón limpio de los terrenos cuidados. Si Dios quisiese pagar á alguno con solamente darle á gustar las cosas celestiales, y darle el espíritu y don de la devoción, de verdad que la tal paga sería ocasión que el mesmo Señor dava, para que él así pagado travase pleito é se entremetiese en haver los bienes eternos; porque, de tal gusto convidado, buscaría manera para lo haver, y dejando todas las otras cosas, daría medio para ello, el cual como no sea otro sino guardar los mandamientos de Dios, luego era con ellos é diría al Señor con David: Incliné mi corazón á obrar tus justificaciones por la retribución. Así que desta manera, como el reino de Dios sea vendible, según dije, ya éste lo terná comprado.

Confieso y creo verdaderamente que mediante el deseo de la divina dulcedumbre se convierten muchos pecadores á Dios, y cuán bueno sea este deseo, y cuánto de los sanctos amonestado, decirlo hemos havida oportunidad; y creo también que Dios nunca lo da á este fin que con él haga pago á los que han de ir al infierno, porque á éstos paga con los deleites carnales é riquezas terrenas y honras mundanas. No, empero, niego Dios poderlo hacer, pues que ninguna cosa es imposible á su Majestad; y también creo que están muchos en el infierno que algún tiempo fueron amigos de Dios, mientras tuvieron su caridad y gracia; y estos tales recibieron muchos y grandes gustos de Dios; empero no dados á fin que con ellos se despidiese; lo cual no digo creer sin Escriptura sagrada que lo afirme, mas aún pensarlo ó dudarlo no es bien dudado; é si tiene su Majestad determinado de me enviar al infierno, pues lo merece la muchedumbre de mis pecados sin número, suplico á su Majestad, si con alguno usó la tal manera de paga, la use también conmigo, para que mediante ella goce siquiera algún tiempo de su sancto amor, al cual ella mucho convida al humano corazón y devoto.

Decir también que el gusto de la contemplación puede tener uno que está en pecado mortal, es decir nonada; pues que esto conviene á todos los otros dones, sacada la caridad que, según dice Sant Pablo (I Cor., XIII), sola salva, é sin ella todo lo demás es havido

por nada; así que esta razón no cause temor en el contemplativo más que en otro cualquier fiel cristiano, antes deve responder el tal que la cosa con que menos se compadesce el pecado mortal, después de la caridad, es el gusto espiritual del Señor, muy dulce y suave á los que lo temen.

Tornando á lo primero de la segunda palabra de aquesta letra, el que recibe del Señor el espíritu doblado que demandava Heliseo sin trabajo alguno (IV Reg., II c), conosce la gracia que recibe, porque con la gracia que recibe en la voluntad le da lumbre en el entendimiento para conoscer la mesma gracia, que es como espíritu doblado; mas si tú no recibes sino el espíritu sencillo, que es la sola gracia, haste de hacer con mañosa industria experimentado en ella, tomando aviso de la una para la otra por razonables conjecturas y avisos; los cuales deven ser diversos, según las diversas gracias que el Señor Jesucristo te diere; y no te maravilles por haver dicho gracias diversas, porque yo conoscía hombre que por un año recibió de Dios cada día nueva manera de gracia; el cual aunque no recibiera el conoscimiento de la mesma gracia, sino que se la dieran cerrada como melón, y se la pusiera Dios muy secreta en el seno de su corazón, y se la metiera Dios en la boca de su ánima sin le dar á sentir sino solamente el gusto. Cosa clara está que, si él fuera avisado é mirara en ello, saliera naturalmente sin nuevo don con mucha experiencia de cosas espirituales; la cual es de grandísimo provecho é utilidad, no tan solamente al que la tiene, mas a toda la Iglesia, porque mediante ella remedia y consuela á muchas ánimas que tienen espirituales tentaciones y dudas y fatigas interiores causadas del demonio.

Y por que veas cuánto aprovecha esta experiencia, yo conoscí una persona que, hablando con un endemoniado, para lo consolar, cuando no tenía el demonio, le dijo, sin haver él mesmo sido endemoniado, todas las cosas quel demonio hacía con él, y las cosas que le inspirava, y cómo se havía con su ánima, afirmando el endemoniado ser todo verdad; y esto no lo dijo por alguna revelación de Dios ni del demonio, sino acordándose de las cosas espirituales que obrava en él la gracia que muchas veces havía sentido; é comparando é refiriendo y diferenciando unas cosas de otras, por mera conjectura dijo los males que el otro recebía del demonio.

La industria que yo te puedo dar para esto, por ser las cosas muy diversas, no es otra sino decirte que pares mientes en las cosas y que examines con fidelidad las causas dellas, mirando lo que pasó y lo que después se sigue, y notando lo uno y lo otro. Algunas veces temerás lo que es bueno, como Herodes temía á Sant Juan, que quiere decir gracia; porque sin razón temerás alguna gracia que deverías amar, y esto por falta de experiencia. Otras veces ternás en más lo que es menos y en menos lo que es más. Otras veces harás caso de lo que no es nada; empero no temas, ca en esto no hay pecado ninguno, si tu intención no estuviere dañada; é como dijo una muy santa persona, si el demonio te hiciese creer que alguna cosa es buena no lo siendo, muy presto será deshecho el engaño, porque Dios, que, según dice Sant Pablo (I Cor., X), en esto es muy fiel, no consentirá que sea durable el error, ni tampoco será de cosa que se aventure mucho, porque el ánima luego poco más ó menos barrunta las cosas, y tu buen consejero te aprovechará mucho, según te diré.

Has, empero, de notar un aviso, y es que cuando sintieres alguna gracia en tu ánima, por entonces no seas curioso en saber qué cosa es, ni por entonces estés escudriñando; mas abre el corazón al don del Señor, alimpiándolo todo lo más que pudieres del polvo de la vagueación, é consiente á la gracia interior con toda su afección y entrañas, como quien si menester fuere en ella se echa á morir sin temor de perder en ella la vida corporal; lo cual será muchas veces menester según nuestra poquedad y el gran poder de Dios, mas no dudes de entrar en el profundo; aunque temas, no des lugar al temor, y si para pasar á la gracia huvieres de pasar por fuego, tampoco temas; ni temas aunque te parezca que es menester deshacerte del todo; cuanto más te murieres y perescieres es mejor, porque entonces te hallarás mejorado en el ánima, aunque desmayado en el cuerpo, y ponte á todo lo que te viniere en la oración interior, creyendo que no verná sino de la mano de Dios; é por entonces, como dije, no cures de saber qué cosas son aquellas que pasan por ti ó que se obran en ti, sino confía; porque si esto no haces y quieres mirar

y remirar, perderás la gracia que entonces obra, no queriendo, según se dice en los Cánticos (Cánt., VI a), que pongas en ella tus ojos para conocerla, sino tus manos para la abrazar, y tu corazón para la amar, y tus oidos para obedescer, y tu boca para la gustar, y tu cuerpo y tu ánima para la recebir.

Ninguna destas gracias que algo son viene al ánima sin dejar muy grandes rastros de quién es, que permanecen en el ánima á lo menos un día; y aquellas reliquias del hombre pacífico obran en el ánima cosas diversas: unas veces causan un gran descanso y amor de soledad; otras alumbran el ingenio á entender y decir cosas grandes; otras veces causan tan gran alegría de corazón, que nunca cesa en el corazón la risa del Señor; otras veces abren para llorar las fuentes de los ojos que están proveídos de las fuentes del Salvador; otras veces despiertan el ánima al hacimiento de las gracias; otras veces quitan la gana del comer é imprimen en el corazón la memoria de Dios y el menosprecio de las cosas perecederas; otras veces las reliquias de la gracia despiertan verdadero amor de los prójimos en el ánima, que tan verdaderamente se goza el hombre de sus bienes como si proprios fuesen, y se duele tanto de los males ajenos como si él los sufriese. Para qué te diré más? Solamente sé decir que las virtudes que la diversa gracia causa en el ánima cuando cesa de obrar tan abundosamente son tan verdaderas, que comparadas á las que en el otro tiempo sienten los hombres parecen estotras fingidas ó muertas ó pintadas en traza de carbón.

CAPÍTULO V

De la tercera palabra desta letra.

A las dos palabras dichas se ayunta con mucha conveniencia la tercera, que es amonestarte que afines tus obras todas, para que de ti se pueda decir aquello del profeta: Sentarse ha á fabricar en fuego y alimpiar la plata y purgar los hijos de Leví, y colarlos ha así como oro y así como plata, y ofrescerán al Señor sacrificios en justicia. Haste de sentar en reposo de la contemplación y en la fragua de tu conciencia, encendida con el amor de Dios, soplando el flato del Espíritu Sancto, has de hacer cuatro cosas: edificar ó formar, limpiar y purgar y colar las aflicciones en operaciones, y limpiar las nuevas obras y purgar las palabras y colar los pensamientos; porque, si eres el que deves y tal cual se requiere que seas, recibiendo del Señor tanta gracia como te da, hallarás en todo lo ya dicho muchas imperfecciones, las cuales si apartas, afinando todas tus obras interiores y exteriores, podrás ofrecer al Señor muchos sacrificios en vida, justicia y sanctidad.

Deves afirmar tus intenciones que sean más rectas, y tus virtudes más apuradas, y tus obras más puramente por Dios, y tu amor que sea muy apurado del amor proprio, y tus palabras más apuradas del daño del prójimo, y tus pensamientos más acendrados, y que las cosas que de Dios sientes sean más de verdad. En ellas has de ser más continuo y certificado, en tal manera que ya no andes vacilando ni dudando lo que no ha menester ser dudado; porque así como es liviandad de corazón creerse hombre de presto, así es demasiada pesadumbre ser tardío en el creer, lo cual daña á muchos; y es cosa muy reprehendida ser hombre rebelde á la lumbre é incrédulo á la gracia é no fiarse de Dios, donde algunos quieren tanto afinar las cosas que de Dios sienten, que ya es demasiado. Empero, si tú quieres tener el medio, examínalas en lo de dentro para con Dios, y en lo de fuera para con los hombres, según lo hacían aquellos de que dice Sant Gregorio: Los animales que fueron vistos por el profeta se dice estar llenos de ojos al derredor y de dentro; empero el que dispone sus cosas de fuera bien, y es negligente en las de dentro, al derredor tiene ojos y de dentro no los tiene; mas á todos los sanctos, porque paran mientes á sus cosas de fuera para dar buen ejemplo á los hermanos, y con vigilancia guardan sus cosas de dentro, porque se representan sin reprehensión á los ojos del secreto juez, son dichos tener ojos al derredor, y dentro este examen que los contemplativos deven tener seguro en mandar Dios que fuese el arca delante el pueblo, para que pudiesen saber por dónde havían de ir; y mandava que fuese el arca dos mil cobdos delante de la familia, dando á entender en estos millares que la familia de las virtudes ha de parar mientes á dos peticiones, que consisten en la vida activa y contemplativa; porque así, con alta consideración, como dice Ricardo, se puedan disponer nuestro entendimiento é nues-

tra voluntad para todas las obras que hiciéremos, y enviemos el discreto examen delante como columna de fuego. Si quieres saber cuán necesaria es la discreción en la vía espiritual, puedes leer á Ricardo en su *Benjamín menor* á los setenta capítulos, y verás cómo es bien menester examinar y hacerse hombre experto y afinar sus obras todas.

EL SEXTO TRACTADO

HABLA DEL RECOGIMIENTO DEL ANIMA É DICE: FRECUENTA EL RECOGIMIENTO POR ENSAYARTE EN SU USO.

Como, según dice el Satírico, haya mil maneras de hombres y el uso de las cosas sea diverso, bien se manifiesta, por la diversidad de las condiciones y voluntades, haverse aficionado los mortales á cosas diversas, yendo, según dice el Profeta (Esa., LIII b), cada uno por su camino, y dejando aparte los malos, cuyo oficio es frecuentar, no un pecado, sino muchos, é inrovar é inventar nuevas maneras de ofensas, para que el Señor busque nuevas maneras de castigo, pues sabemos que según el modo de la ofensa é cualidad del delito ha de ser el tormento de la pena y la manera de las llagas que le han de ser dadas.

Dejado este mal, que es, según el Sabio dice (Eccles., VI d), muy frecuente acerca de los hombres, hallamos que entre los justos unos son aficionados á frecuentar con Sant Pablo el sufrir trabajos y fatigas de penitencia sobremanera, como él dice (Cor., II c); otros se aficionan con Salomón (Eccles., XIII d) á meditar muy á menudo las penas del infierno que espiritualmente afligen mucho la carne; otros frecuentan con Marta el servicio de los pobres en obras de misericordia (Luc., X b); otros con Heliseo tienen costumbre de visitar los tristes y aflictos (IV Reg., IV f) é ir en peregrinaciones á visitar también los sanctos lugares; otros frecuentan los ayunos con los discípulos de Sant Juan (Mat., IX c). Puesto caso que estas frecuentaciones y otras de su manera sean muy buenas, empero á los que quieren más aprovechar é imitar mayores cosas dice nuestra letra que frecuenten y acostumbren el recogimiento, para que así puedan imitar é seguir al Señor, cuya costumbre era irse á los desiertos, donde apartado y recogido pudiese más secreta y espiritualmente orar en escondido á su Padre celestial y nuestro.

Podía sin duda el Señor orar en todo lugar é tiempo mejor que Moisen sus muy sanctas é limpias manos; ni tenía necesidad de apartarse de los hombres el que siempre fué apartado de los pecadores en la vida, é más alto que los cielos para morar siempre viviendo en la tierra con los ángeles, que no han menester apartarse para orar, ni les impide cosa alguna que sea, ni los grandes negocios en que entienden, ni los grandes pecados que ven hacer en el mundo, ni otra cosa, sino que siempre oran y están perfectísimamente recogidos en Dios; lo cual muy mejor conviene al unigénito Hijo del nuestro Dios que está en el seno del Padre, según dice Sant Juan (Joan., I b); del cual seno y secreto retraimiento, aun en cuanto hombre, jamás se apartó; mas siempre morava en él con tanta quietud de ánimo é tranquilidad, que podía decir aquello del Profeta (Mala., III b): Yo soy Dios y no me mudo.

Los hombres mortales, no doce, mas docientas veces al día se mudan de un pensamiento en otro; mas Cristo Nuestro Redemptor, permaneciendo inmutable á toda su voluntad, mudava y regía el mundo estando tan entero en lo uno como en lo otro, é teniendo tan entero su corazón como punto indivisible que caresce de partes, no como el nuestro, que está tan diviso y hecho tantas partes como cuidados tenemos; lo cual no era en el Señor, á cuyo corazón no davan más pena sus cuidados que uno; porque ni uno ni seis inquietavan ni ocupavan embarazosamente el corazón que estava unido á Dios. Empero Él, que no se hizo hombre por sí, sino por nos, no quiso bivir para sí mesmo, sino para nos, ordenando todas sus sacratísimas obras á que en Él, como en monte de muy alta perfección, tomásemos ejemplo é mirásemos lo que nos mostrava no menos por ejemplo que por palabra. Y según esto, fué no á Él sino á nosotros necesario que se apartase al desierto á orar, para que nos provocase á lo seguir, no digo cuarenta días, mas cuarenta años por el desierto de la contemplación divina y apurada de todo lo criado. De la cual dice según esto nuestra letra: Frecuenta el recogimiento por ensayarte en su uso. Dos cosas entiendo

tratar en esta letra: la primera, poner el nombre que en ella se contiene á este ejercicio de que todo este tercero alfabeto habla; y la segunda, mostrar cómo ha de ser frecuentado á intención de ensayarse el hombre en su uso.

Cosa es manifiesta que los nombres han de ser tales que convengan á las cosas que se imponen, según lo usan los sabios, cuyas ciencias están en gran parte sabidas, entendidos los términos y vocablos dellas; lo cual es porque importan mucho de las mesmas esciencias y declaran muchas propriedades dellas; según lo cual conviene á los que quieren ser enseñados en alguna facultad ó esciencia insistir en la fuerza de los vocablos, ca les será muy notable principio de saber si conosciere la fuerza dél y la razón porque se impuso á la cosa de que habla.

Allende deste, hay algunas cosas de tanta excelencia y de tan notables propiedades, que aun muchos vocablos no bastan para las declarar, como vemos en los grandes señores, que cuantos más ditados tienen más vocablos añaden é títulos é armas, para que sean sus señorías traídas á noticia de todos; y como paresce en Sant Juan Baptista, que por ser tan grandísimo sancto, le pone la Escriptura muchos nombres, llamándolo precursor, y lucero y voz, ángel, hombre, candela ardiente y resplandeciente, y otros muchos.

Paresce también aquesto en Nuestra Señora, cuyos nombres son tantos que apenas los podríamos nombrar; y esto por ser tanta su excelencia, que apenas hay quien la pueda pensar, aun entre los ángeles.

Lo mesmo se halla en Cristo Nuestro Redemptor, cuyos nombres son tantos, por sus diversas propriedades é virtudes, que la Escriptura está llena dellos, y aun todos apenas bastan para notificar la gloria de su Majestad, que hinche el cielo y la tierra.

CAPÍTULO II

De los nombres deste presente ejercicio.

Por la causa ya dicha de la mucha excelencia tiene este ejercicio muchos nombres, así en la Escriptura sagrada como en los libros de los sanctos y doctos varones, ca unos la llaman Teología mística, que quiere decir escondida, porque en el secreto escondimiento del corazón la enseña el buen maestro Jesús, que para sí solo quiso reservar este magisterio, del que dió á sus siervos menos parte é facultad para enseñar á otros que de cualquier otra esciencia, queriendo, como principal maestro, guardar para sí la principal doctrina, porque entre las esciencias la Teología es reina y señora, que llama, según dice el Sabio (Prov., IX a), á sus doncellas todas las otras esciencias al alcázar de la fe para que sirvan allí á su señora la Teología, la cual aún es en dos maneras: una se llama especulativa ó escudriñadora, que es lo mesmo, y otra escondida, que es la que se tracta ó á la que se intitula este tercero alfabeto; no que en él presuma yo enseñarla, pues ninguno de los mortales la enseñó, porque Cristo guardó para sí este oficio de enseñar en secreto á los corazones en que viviese aquesta Teología escondida como esciencia divina y mucho más excelente que la otra Teología de que hablamos primero, que se llama escudriñadora; y ésta de que nuestro tractado habla no quiere escudriñar, sabiendo que está escripto que el escudriñador de la Majestad será detenido y oprimido de la gloria muy grande de Dios. Esta Teología se dice más perfecta ó mejor que la primera, según dice Gersón, porque de la primera como de un principio se sirve y en ella como en estribos se esfuerza para subir más arriba por el escalera del amor.

La primera Teología enseña Dios para que lo contemplemos ser suma verdad, y esta de que hablamos, presuponiendo aquello que no duda, pasa á amarlo así como sumo bien. La otra pertenesce al entendimiento, que aun los demonios tienen harto alumbrado en la fe, pues que, según está escripto (Jacob, II c), creen y tiemblan; mas esta pertenesce á la voluntad enamorada del sumo bien, lo cual pertenesce á los justos amadores de Dios. La otra Teología con la fe perecerá cuando á la fe sucediere la visión como premio; mas esta Teología se perfeccionará añadiendo amor, é ya no será escondida, mas á todos será manifesta dende el pequeño hasta el mayor.

La primera Teología, que se llama escudriñadora, usa de razones y argumentos é discursos é probabilidades según las otras esciencias; y de aquí es que se llama Teología escolástica y de letrados, la cual si alguno quiere alcanzar ha menester buen ingenio y continuo ejercicio y libros y tiempo, y velar,

trabajar teniendo enseñado maestro, la cual también es menester para cualquiera de las otras esciencias. Empero la Teología escondida de que hablamos no se alcanza desta manera tan bien como por afición piadosa y ejercicio en las virtudes morales que disponen é purgan el ánima; la cual también ha menester las otras virtudes teologales que la alumbren y los dones del Espíritu Sancto é bienaventuranzas evangélicas que la perfeccionen proporcionablemente á los tres actos jerárquicos, que son purgar, alumbrar é perfeccionar; é porque muchas veces acontesce aún en los animales, cuanto más en los hombres, que adonde hay menos conoscimiento hay mayor afección é amor como vemos en los muchachos, que mientras menos conocen aman más á sus padres, y en los novicios, que en los primeros ó el primer año son más devotos con su simplicidad que no después que son doctores.

Síguese de lo ya dicho claramente que para hallar esta más alta Teología no es menester gran esciencia inquirida ó buscada por trabajo, aunque la infusa no deve faltar ni falta á los que se disponen, porque haviendo conoscido mediante la fe que Dios es todo deseable é todo amable y todo amor, si nuestra afición estuviere purgada é dispuesta y ejercitada, no sé por qué será impedida dese transformar y encender y levantar en aquél que conosce ser todo un terrón y pedazo, ó, por mejor decir, fuente de amor.

Así que, según dice un doctor y según la razón enseña, cosa clara es que se engañan los que quieren leer siempre ó rezar vocalmente ó buscar con entero estudio palabras de devoción de la boca de los que las dicen, si piensan que por aquello sólo han de salir con este sancto ejercicio, que no consiste sino en aficiones y movimientos interiores del corazón. Aprovechan por cierto algo aquellas cosas, mas no bastan; porque aunque se muevan los tales á alguna devoción en la lección é oración vocal y sanctas palabras, empero si les quitas el libro y las palabras devotas, que presto se olvidan, huirá luego la devoción, jurando que no tornan sino con el libro é palabras que la provoquen; onde si de la una ó de la otra hoviésemos de carescer, incomparable mejoría es tener la segunda; porque así como es más de desear tener piadosa afición y devota al Señor que no entendimiento agudo é frío solamente con estudio alumbrado, que los herejes y demonios lo tienen, así es más de desear la escondida Teología que no la especulativa. Empero, si hombre pudiese tenerlo todo sería tener dos manos derechas ó la primera de oro; la segunda, sobre ser de oro, tenerla también de ricas piedras adornadas; ca deves saber que cuando la inteligencia del ánima, que es la más alta fuerza entre las que conoscen, pasa en afección ó amor de las cosas que contempla, cuasi es dicha levantarse sobre sí mesma, é la tal obra se llama exceso del ánima ó levantamiento sobre sí mesmo ó sobre el espíritu suyo, según hallarás en muchos libros escripto.

Puedes tomar ejemplo en alguna vasija que contiene agua ó otro licor, el cual poniendo fuego se calienta en el vaso do está; empero cuando hierve é bulle parece en alguna manera no caber en sí, mas exceder á sí mesmo el licor que antes estava seguro é ser llevado sobre sí por la virtud del calor. Así el ánima que aún no está encendida con el calor amoroso de la mística Teología, entretanto que en sólo el conoscimiento de la especulativa está, paresce estar echada y que se contiene en sí mesma dentro en sí; mas cuando concibe el espíritu del amor en fervor del corazón, en alguna manera sale de sí mesma saltando de sí ó bolando sobre sí; y desta manera se puede decir que lo que en sólo el entendimiento é la inteligencia fué esciencia y Teología especulativa, se dice sabiduría, que es sabrosa esciencia é mística Teología: esciencia, por el conoscimiento de la verdad; sabiduría, por haverse llegado el amor de la bondad; de manera que muchas veces añade la segunda é siempre se funda sobre agua de la primera, al menos sobre la fe, que es la especial doctora de la verdadera Teología especulativa.

Llámase también esta manera de oración sabiduría, que según viste es sabroso saber; la cual sabiduría dice Sant Pablo que hablava entre los perfectos solamente, porque á los imperfectos no les dava tan buen manjar ni tan alta doctrina. E dícese sabiduría porque mediante ella saben los hombres á qué sabe Dios (I Cor., II b); onde de aquésta dice el Sabio hablando de Dios (Eccles., XLV d): A los que piadosamente obran dió la sabiduría.

Llámase también esta manera de orar arte de amor, porque sólo por amor se alcanza y con ella más que con otra arte ó endustria alguna se multiplica el amor, é también porque el Dios de amor Cristo la enseña á los de corazón amoroso. Muchas veces se vencen por arte los que no pueden ser por fuerza vencidos, como paresce en David, que más por arte que por fuerza venció á Goliat; é los elefantes son por arte de los cazadores flacos vencidos; donde este ejercicio se llama arte para que los de pocas fuerzas venzan al fortísimo é traigan á sus entrañas preso y le echen los grillos y esposas del amor diciendo con la esposa (Cant., III b): Preso lo tengo é no lo soltaré.

Esta arte se llama de amor, el cual se dice ser fuerte así como la muerte, que á todos vence, donde en esto se da á entender que este ejercicio contiene en sí arte y fuerza, que son las dos cosas mejores para vencer todas las cosas.

Llámase también unión, porque llegándose el hombre desta manera á Dios se hace un espíritu con él por un trocamiento de voluntades, que ni el hombre quiere otra cosa de lo que Dios quiere, ni Dios se aparta de la voluntad del hombre, mas en todo son á una, como las cosas que perfectamente están unidas, que casi se niegan de sí é se conforman totalmente en un tercio; lo cual acaesce en este negocio, donde si antes Dios y el hombre tenían diversas voluntades, después concuerdan en uno sin quedar ninguno descontento. Y desto resulta quedar el hombre unido consigo mesmo y con sus prójimos; lo cual si todos tuviésemos sería la muchedumbre de los creyentes un ánima y un corazón en el Espíritu Sancto juntos, en el cual se hallan el Padre y el Hijo hechos un principio para lo producir, y él nos hace á todos una cosa por amor, para nos producir en gracia é reducirnos hechos uno á Dios, por no tener que llevar á cada uno por sí.

Llámase también este ejercicio profundidad, la cual contiene escuridad é hondura; porque este ejercicio se funda en la hondura y profundo corazón del hombre, el cual deve estar escuro; esto es, privado de humano conoscimiento, para que desta manera estando tinieblas. sobre él venga el Espíritu de Dios sobre las aguas de sus deseos á decir que se haga luz divina.

CAPÍTULO III

De otros nombres que al recogimiento convienen.

Llámase también en la Escriptura este ejercicio escondimiento, donde Dios se esconde en lo secreto del corazón del hombre; porque aun hoy día, espiritualmente hablando, se esconde Cristo de sus hermanos, que son los fieles devotos suyos, que El hizo é llamó sus hermanos, porque no se sobervezcan si lo ven consigo (Joan., II b), ni tampoco quiere que carezcan dél; y por tanto se esconde en la mesma casa y templo dellos. En este escondimiento ve el Padre celestial lo que más le agrada; y á este escondimiento, estando las puertas de los sentidos muy bien cerradas, viene el Señor; y en este secreto lugar dice Dios la palabra escondida de su secreta amistad, según dice Job (Job, IV b); y el más pequeño por humildad se esconde mejor en este secreto y se escapa de la mano de Abimelech, que es el demonio; del cual no nos podemos mejor asconder que dentro en nosotros mesmos, porque hallaremos dentro al fuerte David, Dios eterno, que en el establo de nuestra consciencia elige para se asconder el pesebre de nuestro corazón, donde El mesmo nos asconderá en el escondimiento de su cara, que es la secreta manera de conoscimiento é visión ascondida que allí se alcanza.

Item llámase abstinencia, porque no solamente de los pecados se ha de abstener, como de inmundicias, el que quiere seguir este ejercicio, mas aun de todo amor humano, y del consuelo que de las criaturas pudiera lícitamente sacar. Y también ha de hacer abstinencia del pensamiento, pues que, según dice Sant Pablo (I Cor., IX d), el que en la lucha se ejercita se abstiene de todas las cosas y muy mejor lo deve hacer el que quiere luchar consigo mesmo, haciendo abstinencia de todo el pensamiento que puede inebriar el corazón, ó quitarle el tiento y atención interior, y aun dévese abstener para este ejercicio de toda cosa que tenga especie de mal, según dice el Apóstol (I Tes., V d).

Llámase también allegamiento, porque mediante este ejercicio se allega el verdadero Jacob á Dios (Núm., VI a; Gén., V), para que lo toque con sus manos, haciéndole beneficios; y este allegamiento es presto, porque dejando con un no las criaturas nos llegamos

al Señor dellas con un allegamiento apresurado, como quien va corriendo á se poner entre los brazos del Señor, viéndolos abiertos para nos rescebir. Con este allegamiento se juntó Moisen (Exo., XX d) á la extremidad del monte de la contemplación, donde lo esperava Dios para hablar con él.

Item llámase encendimiento, con que las teas de nuestros corazones se encienden en el amor del Señor, del cual dice El mesmo (Luc., XII s): Fuego vine yo á poner á la tierra; no quiero otra cosa sino que arda. El soplo con que este fuego se ha de encender es este santo ejercicio, que también se llama cinta, con que no solamente los lomos de la limpieza é castidad se deven ceñir, mas también con esta cinta hemos de apretar los pechos para reprimir los malos deseos y la flojura de los pensamientos (Apoc., I c).

Item, llámase rescebimiento, con que nos adelantamos mediante el ligero deseo y abrimos todo el corazón y lo desembarazamos para dar á Dios.

Llámase también consentimiento, porque los que contradicen á Dios por otras vías, mediante ésta consienten en todo lo que quiere, y vencen una contradicción y rebeldía que sienten en sí mesmos contra Dios; y aun á sí mesmos son cargosos, según aquello de Job (Job, XXII c): Por qué me pusiste á ti contrario é soy hecho á mí mesmo grave? Contra esto es dicho á Job: Consiente ya á él, y ternás paz y fructos muy buenos.

Llámase también redaño é grosura, que con razón y derecho perdurable ha de ser á Dios ofrescida para encender los sacrificios (Levi., III c); porque este ejercicio da fuerza y mejora á todos mucho, y manda Dios que ninguno coma este redaño, porque al mesmo Señor deve dar las gracias el que dél hallare su ánima llena como David (Psal. LXII).

Item, llámase atraimiento, con que podemos atraer á Dios, porque así como lo vacuo atrae cosa que lo ocupe, así el corazón vacío de lo mundano atrae á Dios que ocupe é supla su falta; y de aquí es que se llama por esto hinchimiento de corazón y pechos.

Y también se llama prohijamiento, con que Ester, que es el ánima pobre, es prohijada de Mardoqueo (Ester, II b), que es Cristo; al cual en todo está subjecta y obedesce; onde el que es adoptado en hijo, luego comienza á gozar de los bienes del padre; lo cual conviene á los que siguen este ejercicio, con el cual comienza á gozar de Dios.

Llámase también advenimiento del Señor al ánima, porque mediante él visita el Señor á los suyos que con sospiros lo llaman.

Y dícese alteza que levanta el ánima, y amistad ó abramiento del corazón devoto al de Cristo.

Y llámase ascensión espiritual con Cristo, y captividad con que subjectamos á El nuestro entendimiento.

Y cielo tercero donde son arrevatados los contemplativos.

Para qué diré más? Es aqueste ejercicio un refugio do nos devemos retraer viendo las tempestades cercanas; es una contina resistencia contra los príncipes de las tinieblas, que secretamente nos combaten; es restitución que hacemos á Dios dándole todo lo que en nosotros se halla suyo sin reservar cosa. Es una resurrección á vida espiritual, donde es dada al justo potestad en el cielo de su ánima y en la tierra de su cuerpo; es una reverencia que contino tenemos á Dios estando con temor delante dél; es un rosal de virtudes, y es el reino de Dios que por conquista hemos de ganar é por maña, pues que dentro lo tenemos, y también cada día lo demandamos; y es sacerdocio real, con que, siendo de nosotros señores, nos ofrezcamos á Dios; es un silencio que en el cielo de nuestra ánima se hace, aunque breve é no tan durable como el justo desea; es un servicio que á solo Dios hacemos, adorando su sola Majestad; es silla que le tenemos aparejada para que se detenga en nuestra casa interior; es tienda de campo para andar por el desierto; es torre fortísima de nuestro amparo, dende do hemos de atalayar las cosas celestiales, y vaso de oro para guardar el maná en el arca de nuestro pecho; es valle en que abunda el trigo que tiene grosura é redaño, y es victoria que vence el mundo menor, subjectándolo enteramente á Dios; es viña que hemos de guardar con vigilancia y sombra del que deseamos, do gustamos de su fructo; es unción enseñadora del Espiritu Sancto, y huerto por todas partes cerrado, del cual damos la llave á solo Dios, que entre cuando quisiere.

Para qué diré más? Pienso que he dicho algo é conozco de verdad que ha sido cuasi nada, según el merescimiento del sancto ejercicio de que hablamos; el cual es de tanto pre-

cio, que apenas han podido los nombres ya dichos declarar su excelencia; que es tanta y tan necesaria á los mortales, que aunque del todo no se pueda decir, en ninguna manera se deve callar; porque los que la hallaron no sean argüidos y reprehendidos de maldad; onde, aunque la excelencia suya, por ser tanta, en alguna manera les ponga silencio, la necesidad, por ser mucha, los obliga.

Según lo cual haviendo uno rescebido esta sabiduría é sabroso saber de que primero hablamos, se trabaja por declarar é notificar su excelencia, diciendo: Antepúsela á los reinos é á las sillas é las riquezas; dije ser ninguna cosa en su comparación; ni le comparé á la piedra preciosa, porque todo oro en su comparación es arena menuda, é así como lodo es estimada la plata delante della; más la amé que á la salud ni á la hermosura, y propuse tenerla por luz que me alumbrase, porque su lumbre no se puede matar. Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y honestidad innumerable me fué dada por sus manos, y alegréme en todas las cosas, porque esta sabiduria iva delante de mí y no sabía yo que era madre de todos los bienes, la cual aprendí sin fingimiento y la comunico sin envidia, é no escondió su honestidad, porque infinito tesoro es á los hombres, del cual los que usan se hacen participantes de la amistad de Dios.

El que bien pensare estas palabras é las ponderare podrá venir en algún conocimiento del valor de aqueste ejercicio, y verá que yo no hice otra cosa en los nombres que dél puse sino señalar y tocar las partes de la Escritura donde secretamente se alaba, para que lo sigamos, y no quise ser prolijo en declarar lo que apunté por no engendrar fastidio en los lectores y por dejarles que decir en la prosecución de lo que yo comencé; lo cual no pienso que sabrá proseguír de palabra sino el que lo hoviere usado y proseguido algo con la mano de la obra. Empero, por traer á lo llano lo que de sí está puesto en alto, parecióme que el nombre más convenible de aqueste ejercicio y que más claramente notifique á todos algo dél es recogimiento, y este recogimiento es, según dije, nombrado en muchos doctores por diversos nombres, y en la Escriptura por los que ya puse, según diversos respectos que en la exposición entera de los dichos nombres se deven guardar; en lo cual no caerán todos tan abiertamente como en este nombre recogimiento, que justamente conviene á este santo ejercicio, cuyo oficio es recoger y congregar lo disperso, y tanto lo recoge y allega, que se llame él mesmo recogimiento.

Este sancto ejercicio usavan mucho los varones antiguos, que por recogerse mejor se retraían á los hermitorios é lugares secretos, por no se distraer entre la gente; mas agora solamente nos ha quedado el vocablo; el cual imponemos por ser tan bueno á la persona más pacífica é quieta que vemos, diciendo que es persona recogida, en lo cual apenas queremos decir sino que es hombre recogido y apartado y de honesta conversación; lo cual aunque sea bueno, empero no es tan bueno que merezca este nombre de recogido, según su más verdadera y antigua significación. En la cual quiere cuasi tanto decir como este nombre unión, del cual apenas usamos en cosas humanas y corporales, sino en las divinas y espirituales; empero, no tomando el vocablo en rigor, aún puede convenir á este nuestro ejercicio según todas sus significaciones, porque todas aprovechan mucho al negocio de que hablamos, que es llegarse el hombre estrechamente á Dios; según lo cual diremos por qué á este ejercicio le convenga más este nombre recogimiento que otro ninguno de los ya dichos.

Claro está que este nombre de que hablamos significa muchas cosas juntas, ó también una que si, pudiéndose derramar, está junta, se dirá recogida en alguna manera. Empero, hablando de lo primero, es de notar que, pues aquesta cosa de que hablamos es tan excelente que por un solo nombre ni por nombre particular puede ser declarada, aquel nombre le converná mejor que más nombres incluyere en sí ó más significaciones; lo cual se halla en este nombre recogimiento, que incluye y abraza en sí todos los nombres que primero puse, pudiéndose todos en alguna manera reducir á éste, el cual cuasi contiene en sí las perfecciones dellos.

Pero dejando esto, que sería prolijo de referir y sería más curiosidad que utilidad, has de notar que este ejercicio se llama recogimiento; lo primero, porque recoge los hombres que lo usan haciéndolos de un corazón y amor, quitando dellos toda disensión y discordia; con lo cual aun no se contenta; mas sobre todo los otros ejercicios tiene esta ma-

ravillosa é sensible ó conocida propriedad, que cuando alguno de los que siguen este recogimiento ve á otro que también lo sigue, se mueve en gran manera á devoción, é claramente conosce que la presencia del otro le causó esta devoción, como si viera cosa muy favorable á negocio en que mucho le iva, y de olvidado que estava, tan de presto torna sobre sí para se recoger á Dios, que él mesmo se maravilla desto; lo cual acaesce á los algo ejercitados y que tienen crédito que el otro es persona estudiosa en el mesmo negocio, y lo que más es, que algunas veces acaesce lo mesmo, no conosciendo que el otro se ejercita en el recogimiento hasta que después mira en ello.

Desto podríamos traer por figura aquello de José (Gén., XLIII g), el cual viendo á Benjamín su hermano de un vientre nascido, se le movieron las entrañas en gran manera, é no le acaeció esto viendo á los otros, aunque también eran sus hermanos, mas no de un vientre, como Benjamín. Desta manera, aunque todos los cristianos en lo espiritual sean hermanos, empero por esta conveniencia particular, que es seguir en el otro ejercicio que éste sigue, acaesce la novedad ya dicha y en el recogimiento muy experimentada á los que algo sienten dél.

CAPÍTULO IV

De otras maneras de recogimiento.

Lo segundo por que este ejercicio se deve llamar recogimiento es porque recoge el mesmo hombre á sí mesmo, hablando de lo exterior, porque claro está estar el hombre en alguna manera hecho tantos pedazos como negocios tiene, los cuales son como zarzas que repelan al triste del hombre como á cordero aun hasta le sacar la sangre, y en comenzando á gustar algo del recogimiento, según muchas veces he visto, comienzan á recoger su manera de vivir é dejar los negocios distractivos é apocarlos mucho y moderarlos en tal manera, que con poco cuidado puedan ser recogidos. Y los predicadores que siguen este sancto ejercicio, después de pasado el trabajo de la Cuaresma cesan de tantos sermones por coger sus cuidados y poder más estrechamente llegarse á Dios, no por descansarse ni recrear el cuerpo, sino por dar mantenimiento á su ánima, á la cual acaesce como al maestresala que da de comer á los cavalleros, y él tiene hambre, y plega á Dios que siquiera coma después de reposo, no contentándose con los bocadillos pasados.

Lo tercero, este ejercicio recoge la sensualidad debajo del mando de la razón cual antes andava algo desmandada y no tan subjecta, á la cual sale á recebir este sancto ejercicio, como el ángel á Agar (Gén., XVI c), y le aconseja que se torne debajo de la mano de Sara, su señora, que es la razón.

Lo cuarto que recoge este ejercicio es convidar al mesmo que lo tiene á que se aparte á lugares secretos, como Isaac, que se iva al campo á meditar, y como Elías, que se iva á los montes é huía de las gentes; onde luego este ejercicio induce al hombre á se recoger del tráfago de la gente y de los lugares bolliciosos é morar en las partes más retraídas é salir muy de tarde en tarde; é si salen, volver al retraimiento codiciosos de se recoger, y tan de voluntad como en sus principios, hallándose tan mal fuera como el anguila que se resbala de entre las manos para se tornar corriendo al agua.

Según estas cosas que verdaderamente se hallan en los verdaderos amadores deste sancto ejercicio, es cuasi cierta en muchos principiantes una tentación; y es que se querrían hacer hermitaños por algunos días, y procuran de mudar bisiesto con esta intención, á los cuales no decimos sino que mire cada uno de la cualidad de su persona y estado según conviene.

La quinta razón por que este ejercicio se deve llamar recogimiento es porque también hace que se recojan los sentidos; onde á los recogidos no aplacen las nuevas y parlas vanas, ni oir cosa que les amoneste otra cosa sino que se tornen al corazón. Luego también retraen sus ojos é los humillan no deleitándose en ver cosa alguna, ca desean ver con el corazón á Dios. Luego paresce que se echan un freno en la boca, y les aplace el callar, sintiendo en hablar trabajo; é por del todo recoger los sentidos, aman los lugares escuros y cierran las ventanas de su retraimiento por no derramar sus ojos.

Lo sexto que recoge este sancto ejercicio es los miembros corporales, ca es cosa maravillosa de ver á uno que ayer era disoluto sus miembros sueltos, prestos los pies para andar, las manos para esgremir muy sueltas,

la cabeza sin reposo movible á cada parte, y todo el cuerpo de tan recio movimiento que no sosiega; agora se asienta, luego se levanta, ya mira en alto, ya para mientes qué hora es, ya qué tiempo hace, ya lo halláis en una parte, en poco espacio está en otra; empero dende á dos días que tome afición á este ejercicio, está tan recogido, tan amortiguado, tan corregido de solo él, que es una alabanza de Dios.

Es también aquí de notar, á los ejercitados en este negocio, que acaesce algunas veces, entrando el ánima al más verdadero recogimiento, que lleva por fuerza tras sí la cabeza, y parece que encoge el cuerpo mucho hacia el pecho, é pierden los miembros en alguna manera las fuerzas por el mucho recogimiento del ánima; y acaesce también hartas veces hallarse tollidos por algún rato que no pueden mandar los miembros, ni levantarse de un lugar, y entonces dévese más recoger y no provar á menearse, ni curar del cuerpo, sino dejarlo como olvidado; ca si entonces se quiere mudar ó mandar los miembros, es impedimiento. Lo cual pareció por ejemplo en un hombre pobrecillo que por su trabajo ganava cada día de comer, el cual era muy abastado en el manjar espiritual y muy dado á este sancto ejercicio; y como en la iglesia un día estuviese desta manera tollido é caído en tierra, llegaron á él unas personas que se movieron á compasión para lo levantar, y como dende un rato tornase en sí, dijo: Dejadme, que me dais pena, como si tuviésedes las alas á una ave é no la dejásedes ir. Este hombre era idiota sin letras, mas no sin esta sabiduría de que hablamos.

Lo séptimo que hace recoger este ejercicio es las virtudes al hombre que se da á él; é según esto dice el Sabio, que él no sabía cómo era madre de todos los bienes; é dice no sabía por qué tras el solo cuidado que pone alguno en se recoger, sin pensar en otra cosa alguna, se le vienen las virtudes á casa sin trabajo. Onde se puede muy bien decir lo que dijo el Sabio, é fué: que le havían venido con ella juntamente todos los bienes; é dice juntamente, porque sin especial cuidado de las virtudes las trae consigo el mesmo ejercicio, como en otra parte más largamente diré.

Lo octavo que este ejercicio recoge es los sentidos del hombre á lo interior del corazón, donde está la gloria de la hija del rey, que es el ánima católica; y así muy bien se puede comparar al hombre recogido al erizo, que todo se reduce á sí mesmo y se retrae dentro en sí, no curando de lo de fuera; así que este ejercicio, que es piedra firmísima, es, según dice el psalmo (Psal. XLIV c), refugio para los erizos, que estando recogidos en sí ninguna cosa padescen dentro, porque aun no piensan mal contra los ofensores.

Lo noveno es recoger las potencias del ánima á la sindéresis é muy alta parte della, donde la imagen de Dios está imprimida, que se llama espíritu de los justos, y espíritu que con gemido demanda; adonde cuando el ánima está sobida sobre sí, toda recogida en el cenáculo superior, intenta á una sola cosa que la ha levantado hasta lo más alto de la cumbre y alteza del monte de Dios.

Ya no queda sino la décima manera de recoger en uno á Dios y al ánima, que por esto se ha venido tanto á recoger en sí; lo cual de verdad se hace cuando la divina claridad, como en vedriera ó piedra cristalina, se infunde en el ánima, enviando delante como sol los rayos de su amor y gracia, que penetran en el corazón, siendo en lo más alto del espíritu primero recebidos. A lo cual se sigue el perfectísimo recogimiento que junta y recoge á Dios con el ánima y al ánima con Dios; y la participación della es en el mesmo Señor, en el cual está recogida toda; é sube como otro Jacob á Betel, que quiere decir casa de Dios, porque allí se recoge Dios al ánima como á casa propria; é como si no tuviese cielos en que morar, desciende sobre el monte de Betel (Gén., XXXV a) á se recoger al que se acoge á él solo; y no menos es solícito en recogerse á su casa que su casa en recogerse toda á él solo, no admitiendo á otro alguno.

Allí en aquella altura del monte aparece Dios obrando altísimas cosas, descendiendo sobre el altar del corazón, que allí edifica, juntas ya las piedras, que son sus fuerzas todas, y la tierra ó polvo de sus cogitaciones; allí muda el nombre á Jacob, porque cesa la lucha interior, desechada toda imaginación; allí le pone nombre nuevo de Israel, que quiere decir prevalecedor en la victoria que huvo de sí mismo, recogiendo por fuerza é subiendo su ejército así como un varón á lo alto del monte; y quiere también decir el que con Dios se enseñorea, lo cual hace el espíritu humano cuando se recoge tanto á Dios y se junta con

El, que puede todas las cosas aquel que lo conforta y le promete y le da como á otro Jacob grandes cosas.

CAPÍTULO V

Que nos amonesta recogernos y frecuentar el recogimiento.

Viste, hermano, cuán recogido es el recogimiento, no para que pierdas las fuerzas ni desmayes en lo seguir, sino para que te ciñas de fortaleza y esfuerces tu brazo, que es el firme propósito (Prov., XXXI c), y eches tu mano á las cosas fuertes y tus dedos tomen el huso, cuyo oficio es coger y apretar el lino en sí mesmo y coger las hebras; lo cual hace este ejercicio recogiéndote á ti é á tus deseos, según viste; é por tanto te dice aquello del Señor (Mat., XII c): El que no coge conmigo, derrama. El mesmo negocio espiritual tiene propriedad muy principal de recoger el corazón, y es esta la mejor señal ó rastro que la gracia por esta vía recebida deja en el ánima, de la cual ahuyenta y lanza todo cuidado superfluo é inútiles cogitaciones que solían derramar al hombre é echarlo de su casa; empero este recogimiento lo restituye y lo quieta en gran sosiego; mas quiere que tú también tengas cuidado de lo frecuentar, según dice nuestra letra, con todas las maneras solícitas que pudieres, parando mientes con gran atención que no vayas contra la inclinación que el recogimiento obra en tu ánima; la cual por la mayor parte será de se recoger más á lo interior del desierto; porque, según está escripto, de dentro sale la gloria; á la cual gloria se querría el ánima reducir como á centro de quietud y holganza. Tú no seas contra ella, cesando de favorescer su inclinación; en lo cual te torno á decir que pares mientes, porque en sólo no favorescer derramarás mucha harina, entremetiéndote en cosas que valen muy poco en comparación de las que pierdes.

Para mayor declaración deves mirar que ninguno sale maestro en alguna arte sin frecuentarlo mucho, y cuanto más la frecuenta é acostumbra, tanto más presto sale con ella. No seas tú mal mirado que no guardes en este ejercicio é arte lo que veas guardarse en los otros oficios todos, y son dos cosas: La primera, que lo aprendas por salir maestro en él, no contentándote con ser toda tu vida principiante, lo cual es de hombres rudos é descorazonados que no tienen aviso en sus cosas, y los tales aprenden siempre y nunca acaban de llegar á la esciencia de la verdad, y son como aquel del cual se dice (Luc., XIV f): Este hombre comenzó á edificar é no pudo acabar.

De gran ignorancia sería el hombre que haviendo de edificar casa no tuviese los ojos puestos en la acabar lo más presto que pudiese, para más presto gozar de su trabajo; é si tardava muchos años en la edificar por negligencia suya, no lo ternían los hombres por negligente, sino por loco, viéndolo ocupado toda su vida en cosa de que para sí ningún provecho saca, sino daño é gasto é trabajo.

Tú, hermano, si quieres edificar para tu ánima la casa del recogimiento, ten este intento, que te aprovechará mucho, é sea que pienses de salir con ello, como hace el que aprende carpintería, cuyo intento es de salir carpintero; porque después él se aprovechará de su arte según viere que le cumple; havido el oficio, fácil cosa será ordenarlo bien. Desta manera, pues que tú quieres aprender el recogimiento, sea para salir recogido, no en baja significación del nombre, sino en los grados y maneras muy estrechas que viste; é si pudieres tanto recogerte que subas á la estrecha cumbre del monte gustando cosas altas, piensa que en el monte de Betel, que quiere decir casa de Dios, hay muchas mansiones, según dice el Señor, y que la más baja de todas es la tuya. No debes empero cesar, mas decir en hacimiento de gracias con el sancto Job (Job, XXIX c): En mi pequeño nido moriré muerte preciosa; así como palma multiplicaré días; mi raíz está cerca de las aguas abierta para mejor gozar dellas, y el rocío morava en mi heredad; mi gloria siempre será innovada, é mi arco en mi mano será instaurado.

La manera con que alcanzarás la ejecución deste ejercicio según tu deseo es usándolo, ca por no haver David usado las armas (I Reg., XVII b), no pudo andar con ellas sueltamente y fué constreñido á las dejar, sintiendo que le serían impedimiento para la batalla las que á los ejercitados en ellas eran favor y daban osadía para pelear. Así acaesce en este ejercicio á muchos no usados en él; ca piensan que no es sino perder el tiempo é impedimiento de rezar sus devociones, como según de verdad él sea cosa divina en la tie-

rra, é que á todos los ejercitados en él da favor y osadía para grandes cosas; é tanto es él mayor en sí cuanto en los ojos mal mirados parece menor; lo cual tu conocerás si lo usas tanto como un sancto viejo, que dijo á un su especial amigo ser solo el recogimiento remedio de todos sus males é enfermedades, y esto era porque, según dél se conoscía, estava ya muy ensayado en su uso.

No diga que sigue el recogimiento quien todo el día ó la mayor parte dél no anda sobre el aviso guardando el corazón; ni se diga que tiene el recogimiento en uso el que con pequeña ocasión se distrae y aparta de Dios; porque los ejercitados, aun en las obras manuales de por casa están tan recogidos y puestos con Dios como los nuevos cuando están muy de rodillas en secreto lugar; lo cual acontesce que en los ejercicios corporales sienten los tales mucho trabajo; porque no queriendo ó no podiendo aflojar en lo de dentro la oración y recogimiento, é no cesando en lo de fuera la obra penosa de manos, son de entrambas partes combatidos, y por tanto se debe guardar el ejercicio corporal para cuando el hombre sienta menos devoción.

Esta intención que se deve el hombre dar al recogimiento, que es por quedar con el uso de se recoger en todo lugar, dice Sant Buenaventura que es lo mejor que podemos tener; lo uno, porque nos llevará más presto á la perfección, y lo otro, porque no contradice á cualquiera otra buena intención particular que te agrade.

El que por uso y buena costumbre que tiene obra alguna cosa de virtud, gana mucho: lo uno, que la obra con delectación, gozándose en su obra; lo otro, que merece ser contado entre los ancianos y está siempre aparejado para más merecer, porque obra muy libremente y está más seguro de caer en el vicio contrario de la virtud que ejercita. Así con el uso gana fortaleza y facilidad, é poco á poco se torna como ángel, al cual es dado orar en todo lugar, y también que el uso de la oración se torna cuasi en naturaleza y es más de ángel que de hombre.

También han de parar mientes en el uso ya dicho los que se dan al ejercicio de la sacra pasión; porque, según la doctrina de Sant Buenaventura, en ninguna manera se deve llamar ejercitado en la sacra pasión el que lo más del día no la anda contemplando por una vía ó por otra; así que vergüenza es llamarnos recogidos ó dados á la pasión sin haver por qué, pues carecemos del uso.

SÉPTIMO TRACTADO

NOS ENSEÑA CÓMO HEMOS DE LANZAR DE NOS LOS MALOS PENSAMIENTOS, DICIENDO: GUERRA DAN LOS PENSAMIENTOS; TÚ CON NO CERRAR LA PUERTA.

Los que son astutos en el pelear siempre guardan gente de refresco, para que si los unos fueren vencidos, veniendo los otros tomen esfuerzo para hacer desmayar á los contrarios, viendo el gozo que los favorecidos reciben y el esfuerzo que de nuevo cobran los que pensavan ser vencidos; lo cual parece por ejemplo en el esforzado y manso capitán Josué (Josué, VIII a), que para pelear contra los de la cibdad de Hay puso de la otra parte de la cibdad treinta mil hombres en celada y cinco mil al otro lado, y él con toda la otra gente estavan en descubierto é contra la cibdad; é fingiendo que huían de la gente que salió tras ellos, vinieron los treinta mil é tomaron la cibdad, é los cinco mil resistieron á los que volvían á la defender, é ayudándose unos á otros hovieron muy entera victoria.

Esta es la manera que todos los guerreros sagaces tienen en pelear; la cual no menos conviene al demonio, pues que es muy ejercitado en batallar; ca dél se puede muy bien decir aquello de los Macabeos (I Mach., 1 a): Constituyó muchas batallas y alcanzó las fortalezas de todos, y mató los reyes de la tierra; pasó hasta los fines della é tomó despojos de muchedumbre de gentes, é la tierra calló delante dél; y allegó gran poder y ejército fuerte además, é fué ensalzado y elevado su corazón, y tomó las regiones de las gentes é los tiranos se hicieron sus tributarios.

Esto se dice de aquel injusto é muy sobervio Alexandre, que por su mucha fuerza é sin alguna razón se hizo señor de lo que no era suyo; é no solamente en esto, mas en la declaración de su nombre tiene figura del demonio, ca quiere decir fortísimo; según lo cual se puede dél decir (Judic., II a): Fué un varón fortísimo y peleador, hijo de una ramera. En

su mala madre se denota su mala culpa y pecado; de la cual se hizo hijo cuando la obedesció é siguió las amonestaciones de la maldad.

Este endemoniado é fortísimo Lucifer, como otro Alexandre, constituyó é constituye cada día muchas batallas injustas; alcanzó las fortalezas de todos cuando, en vencer á nuestros padres primeros, quedamos en él todos vencidos, como siendo rey subjecto lo es también su reino; y por tanto dice que mató los reyes de la tierra, que eran los padres primeros, hechos por la mano de Dios reyes de todas las cosas inferiores; y éstos mató cuando los hizo caer en sentencia de muerte por ser la Majestad de Dios ofendida, amonestándolos que no havian de morir; de lo cual se les siguió la muerte; donde parece haverlos muerto. E dice que pasó hasta los fines de la tierra, que es nuestra carne humana corrompida de la maldad, cuyo fin dice Dios (Gén., VI b) haver llegado delante dél á dar queja de nos. Este pasar es por el pecado original, que pasa de unos en otros como censo perpetuo, ó como pasa el captiverio de la madre á los hijos que pare, de la raíz á la fruta, ó como pasa la corrupción de la levadura á toda la masa, ó como pasa el veneno de la salamandria á la fruta del árbol, de la cual dice Plinio que si toca la raíz del árbol inficiona toda la fruta y todo el árbol.

Por esta vía pasa el demonio enseñoreándose de los mortales, y roba muchas riquezas cuando hace pecar á muchos que eran en gracia muy ricos; y calla la tierra delante dél cuando no le resisten, lo cual basta para se dar por suyos. Este allega muchedumbre de ejército, porque á todos los que vence hace pelear de su parte contra el resto de los que aún no son vencidos; á los cuales él da favor é astucia endiablándolos, según vemos en muchos pecadores, que saben aún más que el mesmo demonio, cuyo corazón en esto se ensalza; y también porque, según dice Job (Job, XLI d), no hay poder en la tierra que se compare al suyo. Tomó las regiones de las gentes, especialmente porque se hacía adorar de los gentiles, como lo presumió Alexandre, é los tiranos se hicieron sus tributarios cuando él se intitulava príncipe deste mundo, según dice Cristo (Joan, XII c), y también los tiranos, que son los otros demonios menores, le dan de contino servicio, aunque contra su voluntad; porque si en el cielo no quisieron ser subjetos á Dios, menos querrían en la tierro ser subjetos á Lucifer.

Este fortísimo batallador, que como otro Goliat es dende su juventud ejercitado en batalla (I Reg., XVII d), tiene en pelear la manera que comencé á decir, que es guardar gente para de refresco acometer; donde todo su ejército divide en tres partes para mañosamente pelear, é haze dél tres escuadrones que envía uno tras otro, para que los que vencieren el uno sean vencidos del otro, é si algunos escaparen no puedan huir del tercero, según se figura en el libro de los Reyes, do se dice (I Reg., XIII b): Salieron de los reales de los filisteos tres batallones á pelear. Estos filisteos, que son los demonios, asientan sus tiendas en el campo de su malicia y ordenan su hueste en tres batallas.

La primera es de lujuria, que va bien guarnescida y proveída de todo lo necesario para vencer; la cual, según dice Sant Bernardo, acomete á todos los estados y géneros de personas y á todas las edades, á los feos y á los hermosos, á los grandes y á los pequeños, á los sanos é á los enfermos, y finalmente á toda carne. Muchos, empero, aunque son muy combatidos, salen vencedores; é contra éstos viene la segunda batalla de la sobervia con todas las dignidades é riquezas, honras é todo aparejo de semejante negocio, para que los que no se quisieron ensuciar en el vicio primero, ó por ser torpe sean vencidos del segundo, que paresce limpio y no así vituperable, pues que tan en manifiesto se usa. E para los que deste segundo se escapan viene la tercera batalla, muy más feroz é más artera; en la cual vienen los mesmos demonios á pelear con los hombres, trayéndoles á la imaginación todo el tropel de los vicios espiritualmente, según se figura Senaquerib, el cual envió contra Hierusalem todo su ejército y poder. Así hace Lucifer, enviando el espíritu maligno contra el ánima que desea y procura de ser verdadera é pacífica Hierusalem todo su poder y artes. De lo cual avisando Sant Pablo á los fieles, dice: Confortaos, hermanos, en el Señor y la potencia de su virtud; vestíos las armas de Dios, por que podáis estar contra las asechanzas del demonio; porque ya no tenemos lucha contra la carne y contra la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los rectores del mundo de aquestas tinieblas,

contra espíritus malignos en las cosas celestiales. En estas palabras ha mostrado el apóstol cuán recia sea esta batalla; lo uno, porque para vencerla, como más ardua, son menester las armas de Dios, que es su divino favor é industria, porque lo humano falta en tanta afrenta; y muestra sêr también recia esta batalla, pues la llama asechanzas, donde allende del poder se denota mucha malicia.

Lo tercero muestra ser grave en decir que no es contra la carne é sangre; lo cual es poco en comparación de estotro, y en los nombres grandes con que nombra los demonios muestra que ponen ellos todo su poder contra aquellos que espiritualmente combaten en las cosas espirituales que el apóstol dice; las cuales son las virtudes, según dice la glosa, y son también las ánimas de los fieles, á las cuales principalmente se endereza esta tercera batalla, porque las dos primeras más parecen corporales y manifiestas y contra las cosas corporales, y en lo corporal que no en lo espiritual, como esta tercera que consiste en variedad de malos pensamientos que enojosamente fatigan al hombre, de los cuales dice nuestra letra: Guerra dan los pensamientos; tú con no cerrar la puerta.

CAPÍTULO II

De la manera que tiene el demonio en pelear con los justos.

En las dos batallas primeras parece que el demonio deja hacer á los suyos y á los que son de su parte, esto es, á la carne, que es el primer vicio de que los hombres son combatidos; y también deja hacer al mundo, que abiertamente favoresce al demonio contra Cristo; empero, desque alguno vence estos dos vicios, biviendo castamente y no dándose al mundo sino á Dios, entonces, viendo el demonio que estos dos amigos suyos son vencidos, envía en batalla interior á los compañeros suyos y vasallos, que son los otros demonios; así que dél se puede decir aquello del psalmo (Psal. LXXVII): Envió contra ellos la ira de su indignación, enojo é ira é tribulación, enviadas por los ángeles malos; hizo camino á la senda de su ira, é no perdonó la muerte á las ánimas dellos.

Para declaración desto deves saber que en la humana é corporal victoria el vencido, viendo su daño, humíllase y hace de la necesidad virtud, ó á lo menos muestra humildad, por no indignar más á su prisionero, como paresce en aquel gran señor Adonibesech, el cual después de preso decía (Judic., I b): Setenta reyes, cortadas las extremidades de manos é pies, cogían debajo de mi mesa los relieves y sobrajas de los manjares; así lo ha hecho Dios conmigo como yo lo hice con ellos, pues tengo cortadas las extremidades de manos é pies.

Has de notar que esta subjeción acaesce á los presos, mas no á los vencidos que no son presos, sino que huyen destruída su gente, los cuales van tan indignados cuanto más vencidos, como paresce en Lisias, capitán esforzado, del cual se dice (I Mach., IV d): Viendo Lisias el huir de los suyos é la osadía de los judíos, que estaban aparejados ó para bivir ó para fuertemente peleando morir, fuese á Antioquía para que, multiplicados los suyos, tornase otra vez contra Judea. Lisias quiere decir desatador, y es el demonio que se trabaja de desatar y deshacer y destruir en nosotros el recogimiento que nos ata con nosotros mesmos y con Dios, porque los lazos dél son ataduras de salud.

Este malvado Lisias puede ser con el divino favor de nosotros vencido, mas no preso; y vencido huye lleno de tanta saña cuanta fué la confusión con que lo vencieron, é busca manera con que, multiplicados sus artes, vuelva á se vengar con acrescentado favor, de lo cual se sigue que tanto lo devemos esperar más furioso é indignado contra nosotros cuanto más lo hemos vencido; y en esto difiere la batalla espiritual de la corporal: que en lo espiritual el que vence se deve aparejar á sufrir mayor encuentro y trabajo, y en lo corporal el victorioso descansa.

Por eso tú, hermano, si has dejado el mundo y vencido algún vicio, piensa que has enojado más contra ti al demonio y le has dado causa que tenga especial odio y rancor contigo; el cual, aunque parezca que calla, no pienses que hace otra cosa sino armarse y hacer gente contra ti. Por eso tú ponte en cobro y anda más sobre el aviso, ca por ventura se te tornará en confusión la victoria pasada si aflojas en el rigor que tuviste en ella, viviendo ya algo más descuidado que cuando peleavas. No desta manera, sino que como otro David, andes la barba sobre el hombro (I Reg., XXVII a), por no caer algún día en las

manos de tu enemigo Saúl, que en persona te busca, y, según dijo el psalmo, envía contra ti la ira de la indignación que rescibió cuando lo venciste. Y te envía mediante sus ángeles malos, con que ha de arder en el fuego que les está aparejado, ira y enojo é tribulación espiritual con el fastidio de las malas imaginaciones y pensamientos que causan en tu ánima, dándote guerra continua, tanto peor cuanto de más cerca.

La ira del demonio viene contra los más nuevos como por senda estrecha, porque Dios no le da contra ellos tanta suelta, mas contra los que alguna vez lo han vencido viene como por camino bien ancho en abundancia, cuasi hecho juramento de no perdonar las ánimas dellos, porque la intención con que el demonio trae la guerra de los malos pensamientos no es sino por te hacer desesperar ó enojar ó tornarte loco; é por eso dijo David que havía por sus malos ángeles enviado tres cosas: tribulación, que induce á desesperación; é ira, que induce é provoca á enojo; é indignación, que provoca á que el tal se torne loco. Y porque tú, que sigues el recogimiento, no temas estas guerras interiores que á tanto mal traen, no pienses que con solos los recogidos usa el demonio de aquesta astucia, antes el no ser los hombres recogidos es principio de malas cogitaciones y pensamientos. Y porque no echemos todas las pedradas al demonio, deves saber que de muchas partes se puede causar en ti guerra de pensamientos. Y esta guerra será tal cual el que la moviere, porque si Dios la mueve en tu corazón en pena de tus muchos y envejecidos pecados, será guerra justa para castigar á los que quieren tener falsas amistades con el demonio, como aquellos de que dice Sant Pablo (Rom., I d): Trújolos Dios á sentido reprovado por su malicia dellos, para que hagan lo que no conviene, llenos de toda maldad é malicia, fornicación, avaricia, perversidad; llenos de envidia, de homicidios, de contenciones, de engaños, de malignidad; murmuradores, discordes, aborrecibles á Dios, contumeliosos, sobervios, engreídos, inventores de maldades, inobedientes á sus padres, derramados, ignorantes, sin amor, sin fidelidad, sin misericordia.

Esto dice el Apóstol mostrando cómo Dios trae á sus enemigos á las manos de sus enemigos; onde cuando estamos muy enemistados con Dios, que es la persona con que más paz devríamos tener, en pena de nuestro pecado permite que caigamos en las manos de nuestros mayores enemigos, que son los vicios; de lo cual se nos seguirá exterior é interior guerra, é aun si no nos volvemos á él iremos á la batalla del infierno á pelear con las estantiguas infernales á tizonazos é á bocados, según dice el profeta (Esa., IX d). Hay algunos tan malignos y perversos, que no sólo cuando estuvieren en el infierno, mas agora se podrá decir de cada uno dellos aquello de Isaías (Esa., XLII d): Derramó sobre él la indignación; lo cual es fuerte batalla, porque los tales tienen tan confusos sus pensamientos como los edificadores de Babilonia tenían las lenguas; y estos tales son guerra continua á sus prójimos, y en ellos se hallan todas las astucias é malas artes que se pueden pensar.

CAPÍTULO III

De cómo los ángeles pueden mover pensamientos en nuestro corazón.

Pueden también mover pensamientos en nuestro corazón los sanctos ángeles, despertando nuestros deseos y dándonos buenas inspiraciones, é causar en nuestra ánima muchas cosas mediante diversos movimientos que ellos saben disponer para nos atraer á lo que quieren; y podíamos decir que las tres jerarquías obran en nuestra ánima tres maravillosos efectos; de lo cual no te maravilles, ca aunque el ángel no pueda entrar en la esencia del ánima, porque esto á sólo Dios pertenesce, al cual ninguno resiste y todos lo desean como á muy provechoso morador, que con sola su presencia repara todos los daños de la casa y la consagra y santifica.

Para lo cual deves notar que, así como entre las cosas corporales vemos que un cuerpo no se puede penetrar naturalmente con otro ni infundirse en la esencia dél, así en las cosas espirituales naturalmente no se pueden penetrar ó infundir la una en la esencia de la otra, dejado á Dios aparte, que como lumbre en cristal ó agua muy clara se penetra é infunde en la esencia del ánima, ó del ángel, por una manera aun el ánima que algo desto que sentido no sabe el cómo se hace hasta verlo hecho; no empero es de negar al ángel alguna especial operación acerca del ánima sancta que para la sentir estuviere dispuesta, la cual si por la permisión de Dios sintiese la cerca-

na presencia del ángel, sería muy provocada á cosas espirituales aunque no lo viese; porque si acá en las cosas naturales, por solamente estar algunas piedras preciosas cerca de alguna cosa, se causan ciertas mudanzas, cuanto más se causarían en el ánima que sintiese cercana la presencia de algún ángel?

Lo que me mueve á pensar esto es una cosa que sienten muchas veces los que se dan al recogimiento, y es un miedo muy terrible, que paresce que el ánima se quiere salir del cuerpo de puro miedo, y dura poco espacio, aunque á las veces viene á menudo, y amedrenta y escandaliza tanto el ánima, que la desasosiega y queda atemorizada, no sabiendo qué se haga; ni bastan palabras, ni esfuerzo, ni devoción para la asosegar, y suele se oir antes desto aun con los oidos corporales una manera de crujimiento, que paresce que va hendiendo la viga ó madero por do pasa; lo cual ansí uno como otro causa la presencia del demonio que se da á sentir, ó lo barrunta el ánima, porque muchas veces suele venir este temor grande sin ningún pensamiento que anteceda, é sin algún roído, y á las veces estando el ánima en mucha devoción y recogida; lo cual no deve ser otra cosa sino el demonio que viene á estorvar, é permitiendo Dios se da á sentir, causando en el ánima aquel súbito é nuevo temor que conmueve toda el ánima, y no paresce á los temores que acá solemos haver de noche á escuras, pensando en algunos muertos; ni al que havríamos de una serpiente, sino que, sin sentir movimiento ni temblor corporal, teme en gran manera el ánima, lo cual si, según creo, causa la presencia del demonio que se dió un poco á sentir, bien pienso que si pudiésemos ó consintiese Dios que sintiésemos al ángel que nos guarda, que causaría su presencia mucho bien en nosotros, pues que al ánima es tan favorable é convenible.

Dejada esta manera de causar, la que comúnmente se pone es movimiento en nuestros deseos, trayéndonos á la memoria algunas cosas, ó disponiendo algunas causas por tal manera, que se siga lo que ellos quieren por sus muy útiles medios. Según lo cual podríamos decir que cada ángel en su manera mediata ó inmediatamente obra en este nuestro espíritu más inferior que es nuestra ánima; los serafines la inflaman, los querubines la ilustran, los tronos la hacen estable é firme; y esto según las tres fuerzas de la mesma ánima, que son la concupicible, con que desea y ama; la intelegible, con que entiende é conosce; la ejecutiva, con que obra lo que entiende y quiere. O esto se puede decir que obran, según dice un doctor, conforme á las tres porciones de la mesma ánima, que son la superior é inferior é ínfima sensual, que se derrama más á las cosas singulares. Y conforme á esto podemos conoscer que estas tres jerarquías con sus tres operaciones son figuradas en aquel edificio de Salomón, del cual se dice (I Reg., IX c): Edificó Salomón el patio interior con tres órdenes de piedras polidas.

Esto se dice porque la Iglesia triunfante se distingue en tres jerarquías, que se llaman piedras por la estabilidad, y polidas por la recepción de la divina lumbre, que en lo más polido se rescibe mejor, y dícese también esto porque el pacífico Rey é Señor nuestro edifica el patio interior de nuestra ánima con estas tres ordenadas jerarquías, que se llaman piedras porque nos hacen estables y polidas porque nos hacen muy polidos é claros en el amor é conoscimiento de lo que amamos; onde á cada ánima se puede decir aquello de Isaías (Esa., VI b): Toda piedra preciosa es tu cobertura.

No es mucho decir que todos mueven nuestra ánima, pues que, según dice Sant Pablo (Hebr., I d), todos son enviados en favor de los que han de conseguir la heredad de la salud. Así que todos vienen é obran en nuestra ánima mediatamente cada uno en su manera, y no solamente en nuestra ánima, mas entre sí mesmos purgan y alumbran y perfeccionan los superiores á los inferiores, y de mano en mano deciende aquello á nosotros que tenemos dello más necesidad.

CAPÍTULO IV

De diversas tentaciones espirituales.

En contrapeso de los grandes bienes que los sanctos ángeles obran en nosotros, vienen por la parte contraria los demonios á nos dar guerra con todo su poder y astucia; la cual en lo natural es muy poco menos que la de los buenos ángeles. Son tan sotiles y fuertes é ingeniosos é sabidos y experimentados, arteros y crueles, y hallan en nosotros tan poca resistencia, que apenas hay quien se escape sin ser muy ofendido dellos, contra los

cuales debemos pelear como los hijos de Israel contra los que guardaban la tierra de promisión.

Sabemos por cierto havernos Dios prometido la tierra de los vivos, que es el cielo; mas estas grandes y fuertes guardas no nos dejan proseguir nuestro camino, que es de virtud en virtud por el desierto del recogimiento, ó por doquiera que los justos van á lo que el Señor les prometió; onde en todos los estados de los hombres hay personas tentadas de muchas é diversas imaginaciones; unos nunca andan pensando sino en sus pecados, cómo los confesaron, si está bien confesado, si dijo aquel pecado, si le quedó por decir alguna circunstancia, si hizo lo que debiera en se aparejar para la confesión; en las cuales cosas y otras más sotiles tocantes á esto andan pensando todo el día, é vienen á parar en una confusión tan grande, que les paresce que todo el humo del infierno tienen en la consciencia; y cuanto más ellos la edifican é adoban lo mejor que pueden, tanto más presto viene el demonio á trastornarlo todo é confundirlo y decirle que no ha hecho nada, porque tal y tal intención se quedó por decir; y desque todo lo dice, hácele encreyente que mintió en la confesión, é que el confesor no le entendió, y que no le declaró toda la malicia é manera de su pecado. Tanto fuego y sangre mete el demonio en esta tentación, que, por cosa que los tales hagan, jamás quedan satisfechos ni contentos, antes acaesce que mientras más trabajan se satisfacen menos. De donde paresce claramente que el demonio tiene metida la mano y puesta guerra cruel en las conciencias de los tales, las cuales jamás se aclaran, aunque confiesan siete y ocho veces un mesmo pecado, con mil maneras de circunstancias que el demonio les revela; las cuales van intricadas y ciegas, que con razón preguntan al confesor muchas veces si los ha entendido.

Desta tentación se sigue luego otro trabajo en cumplir la penitencia, aunque sea solamente decir una Ave María; en la cual resciben los tales tanto trabajo como otros en rezar un psalterio.

Lo tercero que de aquí se sigue, tras lo cual anda el demonio, es que no osan comulgar, porque aunque muchos se confiesan, no se ven confesados, ni su conciencia les da dello testimonio, y así no saben qué se hagan. Miran á una parte y á otra; vense tan enredados, que no hallan salida.

A otros da guerra el demonio por otra parte, y es causándoles interiormente tantas maneras de blasfemia contra Dios é los santos, que les paresce nunca hace otra cosa sino decir mal dellos, tan á menudo y por tan maliciosas vías, que ellos mesmos se espantan de las nuevas maneras que en esto hallan, y cuán prestas una tras otra, cuán á punto, é cuán á cada cosa que hacen con tanta novedad é ahinco, que les parece estar en ellos el número de aquel pecado; no piensan otra cosa de día ni de noche, ni pueden dormir, sino blasfemar; á lo cual sucede una ira no menos endiablada que lo primero, que confirma los males pasados, y por ella creen los tales que aquellas cosas son en ellos voluntarias é deliberadas; las cuales en algunos crescen tanto, que las pronuncian por la boca cuando están solos; é junto con esto está en el ánima un desplacer y pesar dello que la fatiga mucho; é ver que lo hace le causa no creer al desplacer que tiene, y así no sabe qué se haga viendo en sí contradiciones.

A otros mueve otra guerra de lujuria espiritual, causando en la imaginación dellos lo que nunca pensaron, ni oyeron, ni desean hacer, ni lo harían por todo el mundo; y cresce esto tanto, que no queda sancto ni sancta en que no ponen las mesmas torpedades muy puestas é nuevas y endiabladas. No osa mirar el crucifijo, ni á la sacra virgen; cuando entra en la iglesia le ocurren juntos todos los males como si fuesen á donde se cometen todos, y piensa el tal que nunca en el mundo hovo hombre de su manera jamás.

A otros da también guerra haciéndoles entender que pecan en todo lo que hacen, mayormente cuando rezan el divino oficio á que son obligados, haciéndoles pensar que no lo hacen bien, ni lo pronuncian con el estudio é integridad que devrian; y que la *m* pronuncian por *n*, y que las primeras y últimas sílabas tampoco las declaran; y cuando dicen el segundo psalmo les dice el pensamiento que no han dicho el primero; y algunos hay tan livianos, que luego creen al ligero pensamiento, á los cuales conviene aquello del Sabio (Eccles., XIX a): El que de presto cree es de liviano corazón.

Cuando dan los tales pensamientos vanos y escrúpulos más pena es al tiempo de la misa;

cuando hombre ha de consagrar, donde las palabras se han de pronunciar más llanamente y con reposo, es tan guerrero y penoso el demonio, que hace á muchos arremeter con la primera palabra y correr con las medias é silabar con la última; y no contento con esto, háceselas repetir muchas veces como si una no bastase; la cual reiteración tanto menos satisface cuanto más se repite aquí y en todas las otras oraciones, en las cuales si, según dice el Sabio (Eccles., LXXIX b), no debemos reiterar las palabras, menos lo devríamos hacer en aquellas cinco con que el Señor con sus cinco llagas viene á nuestras pecadoras y llagadas manos.

Otros son tentados por pronunciar muy por entero estas palabras, y por decir *hoc* dicen *hocque,* y por *est* dicen *este,* y así corrompen el latin é la sentencia.

Suele también el demonio cuasi imprimir en la imaginación de algunas devotas personas alguna cosa que parece é á él haver de ser muy penosa y contraria á su voluntad; la cual les conserva tan continuamente, que apenas se acuerdan de otra cosa ninguna; mas antes parece que siempre les ocurre aquello á la imaginación para les vedar que no piensen en otras cosas que sean buenas, ó para les estorvar el recogimiento.

Da también el demonio guerra á otras personas inclinándoles la sensualidad con gran vehemencia á otras personas con mal amor, en tal manera que nunca parece que tiene sosiego, sino que quiere ir á buscar á aquella persona cuyo amor siente en sí mal encendido, y apenas le da un rato de reposo, sino que siempre aquel mal amor la guerrea; empero, como esto no sea en la razón, sino en la sensualidad, siente la tal persona en sí otra vía un aborrecimiento contra aquello que parece forzosamente desear, á lo cual está forciblemente inclinada, y tanto es mayor esta guerra y da mayor tormento cuanto la razón más aborrece lo que en nosotros sentimos.

Como estos movimientos y esta guerra sea interior, no se puede así declarar, y aun apenas se puede entender, ni los tales son creídos de sus confesores ó consejeros, antes les dicen que ellos buscan y quieren aquello como de verdad sea la cosa que más los atormente en el mundo; é si por una parte tienen amor é deseo de aquello, por otra sienten gran aborrecimiento á la tal cosa. Esta guerra interior que se causa por obra del demonio es tan recia y da tanta pasión y tormento, que hace al hombre más triste que la noche; y acontesce ser tan sotil, que el mesmo que la tiene no se entiende ni se puede acabar de declarar á hombre que sea para haver algún remedio; empero la mucha pena que sienten le es causa de ser penosa á otros, contándoles sus males para tener siquiera por entonces algún descanso.

CAPÍTULO V

De otras cosas que nos dan guerra.

Suelen darnos también guerra de pensamientos nuestros cinco sentidos cuando nos da enojo en la oración lo que vimos y lo que oimos, viniendo con mayor tropel cuando nos ven de más espacio orar; donde todos los negocios del mundo ocurren, como si el hombre se quisiese recoger para les dar audiencia ó para pensar en ello de espacio. Desto decía el sancto Job (Job, XXXI b), que sus ojos no havian seguido su corazón; lo cual suele acaescer á muchos que cuando trabajan de se recoger se les va el corazón tras lo que vieron, como los mochachos que andan tras las mariposas que vuelan; y esto suele acaecer á los que miraron algunas cosas curiosamente y oyeron otras con atención, dándoles demasiado crédito.

Causan también guerra de pensamientos las cuatro pasiones del corazón, que son gozo y esperanza, temór y tristeza, las cuales, como cuatro vientos al recogimiento muy contrarios, pelean en la mar de nuestra conciencia para la turbar é inquietar é alborotar.

Danos también guerra nuestra mesma memoria, que de sí mesma se desmanda y se le anda la cabeza, no podiendo estar firme en una cosa; mas de su mesma flaqueza sin otra causa alguna se cae á una parte é á otra, pensando diestros é siniestros pensamientos, y á las veces entonces con más ahinco y más adrede cuando más las queremos quietar con el recogimiento.

Causa también guerra de pensamientos en nuestro corazón la disposición corporal, porque así como los enfermos suelen más desvariar que no los sanos, así suelen pensar en más vanidades; de lo cual se quejaba un sancto varón que yo mucho conoscí, el cual estando á la muerte se quejava como de mayor daño que no se podía recoger: espantóse mu-

cho cómo lo que tan en uso tenía le faltava entonces.

Según la diversidad de los humores predominantes y que más dominio tienen, suelen dar guerra la diversidad de los pensamientos; é también la mala complexión hace al hombre de pequeño é inquieto corazón; é los bien acomplexionados son más pacíficos en la poca guerra de desvariados pensamientos, aunque la costumbre de los refrenar puede harto remediar al mal acomplexionado, y el descuidado dará guerra al que pensava tener paz.

Todo el día é aun también de noche constituyen, según dice David, las cosas dichas y otras muchas batallas de pensamientos contra nosotros; así que, mirando en ello, podremos decir aquello del psalmo (Psal. LV): Habe misericordia de mí, Señor Dios mío, porque el hombre me trae todo el día debajo de los pies, y peleando me da tribulación; acoceáronme mis enemigos todo el día, ca muchos guerreros fueron contra mí; temeré de la alteza del día, mas yo, Señor, en ti esperaré; loaré en Dios mis palabras; en Dios esperaré, y no temeré lo que me ha de hacer la carne; todo el día maldecían mis palabras contra mi todas las cogitaciones dellos en mal.

En estas pocas palabras ha tocado David, aunque en breve, las cosas que ya he dicho; y por que veas cuán bien vienen al presente propósito entendiéndolas espiritualmente, es razón que notes el título de aqueste psalmo que comienza: Habe misericordia. El cual es éste según la glosa: Para la victoria por la paloma muda de las elongaciones apartadas. Hizo David humilde este psalmo cuando lo prendieron los filisteos en Geth.

Según este título, que espiritualmente quiero declarar, este psalmo es una oración que hace el varón recogido á Dios para que lo libre de las guerras ya dichas; onde David quiere decir amado, y es el varón recogido, al cual ama el Padre celestial, porque según nos declaró su Hijo (Joan., IV c): De los tales quiere El ser adorado en puro espíritu sin corpóreas imaginaciones. E es tan bien amado del Espíritu Santo, que se dice holgar sobre el humilde é quieto, y por esto aquí se dice que David humilde hizo este psalmo; é hácese más mención al presente de la humildad de David que de las otras virtudes, porque para el recogimiento es principalmente necesaria, según adelante diremos.

Este psalmo ó oración se hace para la victoria de la guerra sobredicha; la cual se alcanza enteramente cuando se hace en el cielo y parte superior y más alta del ánima aquel divino silencio, aunque breve, donde en paz, sin ruido de imaginación, huelga el ánima en aquel bien no imaginable.

Desta victoria tan grande y en espíritu se puede entender aquello que de la mayor victoria de todos los hombres puros se lee, y es (I Mach., I a): Calló toda la tierra en su acatamiento.

En el cielo más alto de los tres que hay en nuestra ánima dije ser hecha esta victoria con el divino favor, que en la oración se alcanza; la cual el dragón infernal y sus ángeles se trabajan impedir con todas sus fuerzas, trayendo para ello las cosas que les parecen más convenibles, que son desvariados pensamientos, según lo cual bien se figuran estos en los filisteos, que quiere decir llenos de polvo, el cual ellos traen para cegar el corazón del que está orando, y con él le hacen guerra. Por tanto, según esto, es de notar que vence ó perturba el demonio al que está orando como el águila al ciervo, que para vencerlo vase, según se dice, á un arenal, é allí se revuelca y se carga de polvo y arena menuda las alas, é poniéndose sobre la cabeza del ciervo, é aferrando sus uñas, comienza con grande astucia á sacudir el polvo que trae sobre los ojos del ciervo hasta que así lo ciega, y él no viendo por donde va, se despeña, y á las veces de tan alto que se hace pedazos, y el águila hace dél lo que quiere.

Desta águila filistea cargada de polvo de sus malos pensamientos, con que piensa cegar al ciervo ligero, que es el varón contemplativo, se puede muy bien decir aquello del Profeta (Deut., XXVIII c): Traerá sobre ti una gente de lejos y de las postreras partes del mundo, en semejanza de águila que buela con ímpetu, cuya lengua no podrás entender, gente desvergonzada que no cate honra al viejo ní haya compasión del chico.

Desvergonzados pensamientos se trabaja el demonio de traer al que ora, aunque sea tan viejo que la naturaleza le niegue lo que el demonio le ofrece; y estos pensamientos son de tan lejos, que las cosas que el hombre hacía cuando era muy niño le trae á la memoria para le dar guerra con ellas; y si no puede con esto, trae pensamientos que jamás

pudo el hombre imaginar; onde claramente se conosce ser traidos por arte del demonio, y esto es no poder el hombre entender la lengua, porque aun apenas se pueden hablar cosas tan malamente enredadas, y vienen como águila que ligeramente vuela con ímpetus tan recios que quieren derribar al hombre en el consentir, y tan ligeros é prestos, que no se puede hombre dar á manos; ni basta la solicitud de Abraham (Gén., XV c) para echar del sacrificio de la oración aves tan prestas y dañosas, si Dios Nuestro Señor no favoresce al que ora, así como favoresció á David; el cual primero fué llevado de los filisteos á Geth, que quiere decir lagar donde se estruja el orujo; porque primero que el hombre alcance victoria, sufre mil coces y es traído muchas veces debajo de los pies, según dijo David en el principio deste psalmo cuyo título declaramos. Ser traído debajo de los pies y sufrir coces es sufrir el hombre en esta guerra espiritual tan recios encuentros, que cae perdida la esperanza de alcanzar lo que desea.

Para más declararnos David que en espíritu se havía de entender la victoria que le demandava, dice que hizo la oración de su psalmo por la paloma muda de aquellas elongaciones y apartamientos que dice el profeta: Mirad que me alongué huyendo y permanecí en la soledad. Esta paloma sin hiel de malicia es la única paloma del Señor, que en los cánticos se dice ser el ánima fiel, y ha de ser muda, porque para con el Señor no son menester palabras, sino amor, del cual tiene la paloma mucha abundancia y es cosa muy necesaria para el recogimiento.

De lo ya dicho podemos conoscer cuán necesaria sea la oración hecha especialmente á fin que sea hombre librado y escape bivo é victorioso de la guerra interior, causada por los malos pensamientos. En figura de lo cual se halla que Judas Macabeo orava cada vez que havía de entrar en la batalla, é una vez que no oró fué vencido. Conforme á lo cual dice el patriarca Jacob (Gén., XLIX c) para nos dar industria cómo hemos de vencer: Gad batallará delante dél y ceñirse ha atrás. El linaje de Gad se dice que havía de pelear delante del linaje de Dan, y que Gad se havía de ceñir atrás; porque la voluntad se deve para que el entendimiento salga vencedor, y deve olvidar las cosas mundanas; onde Gad quiere decir dichosa, y es nuestra voluntad cuyo amor es dichoso; pues que, según dice Sant Gregorio, entra donde no alcanza el entender, que se figura en Dan, que quiere decir el que juzga, y es nuestro entendimiento, al cual se deja el juzgar; empero no puede él juzgar claramente las cosas altas que, según dice Sant Pablo (I Cor., II c), no caben en el corazón del hombre, á las cuales se adelanta el amor ceñido atrás, esto es olvidando las cosas que están atrás, que son las bajas y zagueras del mundo.

De aquí puedes sacar otro documento para diestramenle pelear, y es provocar mucho tu voluntad á que ame y produzca amor ferviente, el cual muy de ligero consume todas lás pajuelas de los pensamientos que al entendimiento se ofrecen.

CAPÍTULO VI

Del esfuerzo que es menester para la batalla interior.

Desta batalla de los pensamientos se desechan por mandado de Dios cuatro maneras de hombres que son inútiles para el recogimiento donde peleamos, porque Dios posea nuestra ánima en paz.

La primera manera de hombres son los que han edificado casa y no la han estrenado. Estos son los que han entrado en la casa de la religión que más les agradó, la cual cuasi edificaron para sí en la elegir; empero no lo han estrenado los que no guardan las cosas menores que en ella pertenecen á los principiantes; y éstos no son idóneos para la batalla del recogimiento, porque, como un sancto dice: No deve preguntar por la perfección mayor el que desprecia la menor.

La segunda manera de hombres que se desechan de la batalla del recogimiento son los que han plantado majuelos que aun no llevan uvas de que todos puedan comer, en lo cual se desechan de aqueste ejercicio los clérigos cobdiciosos que se ejercitan en la viña de la Iglesia, cuyos frutos enduran no partiendo con los pobres según son obligados, é siendo notados de cobdiciosos, no se admiten á esta batalla; y señálase más en éstos la cobdicia que otro vicio, porque comúnmente reina más en ellos é son las personas de menos caridad del mundo, aunque sean más que nadie obligados partir con los pobres.

La tercera manera de hombres que desta

batalla se desechan son los desposados, en lo cual se desechan de aqueste ejercicio los seglares que viven en el mundo, si aman malamente las cosas carnales; ca éstos se entienden en los desposados que suelen con demasiada afición amar.

La cuarta manera que se reprueva es de los hombres medrosos que de temor no osan comenzar el recogimiento donde les mandan vencer la guerra de los pensamientos, lo cual tienen por imposible, atándose á un ejemplo que leen en la vida de Sant Bernardo, del cual se dice que prometió su mula á un labrador por que le dijese una muy breve oración sin pensar cosa alguna que fuese, y él al medio de la oración comenzó á pensar si se la havían de dar ensillada é enfrenada.

Este ejemplo en cosa que iva sobre apuesta no vale nada; ca el negocio de que hablamos no ha de ir sobre apuesta, sino sobre fe y esperanza del Señor; del cual se dice que ha tornar en nada nuestros enemigos para que podamos hacer algo nosotros; y según esto dice Sant Gregorio: Ninguno atribuya á si mesmo si venciere las cogitaciones, porque el mal de la corrupción que cada uno trae dende principio de sus carnales deseos ha de ejercitar en el curso de su edad; é si este mal no lo reprimiere de presto la mano de la divina fortaleza todo el bien de la naturaleza traga la culpa hasta el profundo, porque ni el que planta ni el que siega es algo, sino Dios que da el crecimiento. No dice aquí este sancto que desesperes, mas que, si vencieres, atribuyas á Dios la victoria, que tanto será más gloriosa cuando de más poderosa mano fuere alcanzada.

Lo que algunos acerca desto desean saber es la causa de que proceden los pensamientos que les dan fatiga; si vienen de parte del demonio, ó de parte del mal deseo proprio de que cada uno es tentado, ó de parte de alguna mala ocasión ó peligro á que se han puesto, ó de cualquier de las causas que arriba se pusieron, proceden los malos pensamientos.

A esta duda respondió Sant Bernardo diciendo: Quién es tan velador é tan diligente guarda de sus movimientos interiores, ó hechos en sí ó de sí procedentes, que claramente entre cualesquier cosas ilícitas sepa discernir con el sentido de su corazón la enfermedad del ánima y el bocado de la serpiente? Yo no pienso ser esto posible á alguno de los mortales, sino aquel que alumbrado del Espíritu Sancto recibió el don especial que el apóstol (I Cor., XII c) cuenta entre las otras gracias suyas, y lo nombra discreción de espíritu; onde cuanto quier que alguno, según Salomón (Prov., IV b), guarde su corazón con toda guarda, y todas las cosas que dentro dél se mueven conserve con vigilantísima intención; é aunque contino ejercicio haya tenido en estas cosas á frecuente experiencia, no podría apuradamente conoscer é discernir en sí ni apartar el mal que dentro nasce y que de otro se siembra, para que también nazca; porque quién entenderá las maldades? Ni nos va mucho en saber de dónde nos viene el mal, con tanto que sepamos que lo tenemos; mas ante debemos velar y orar por no consentir á él de cualquier parte que sea; acá ora el profeta contra el un mal y el otro, diciendo (Psal. XVIII): Líbrame, Señor, de mis males ocultos, y de los ajenos perdona al tu siervo. Yo no puedo daros lo que no recebí, ca confieso que no recibí de donde señale cierto conoscimiento entre el parto del corazón y seminario del enemigo. Ciertamente lo uno y lo otro es malo, y lo uno y lo otro es de mal; lo uno y lo otro es en el corazón, mas no del corazón; esto todo cierto es en mí, aunque sea incierto de lo que deva atribuir al enemigo y de lo que deva atribuir al corazón, y esto, según dije, sin peligro.

Esto ha dicho Sant Bernardo, en lo cual nos muestra cómo no sea cosa peligrosa ignorar de dónde proceda la guerra de los malos pensamientos; basta que sepamos que es guerra hacedora de dos males principales, según aquello de los Macabeos (II Mach., XIV d): Las guerras crían las disensiones y revueltas, é no dejan estar el reino quieto. En el cuerpo cría esta guerra de los malos pensamientos la disensión y el desconcierto, en que no se conforma la sensualidad con la razón; y en el ánima hace otro gran mal, no dejándola estar quieta y sosegada, para que así sea en paz del Señor poseída.

CAPÍTULO VII

En que se halla algún canto de la paz.

Como, según dice Sant Augustín, la paz sea el último bien que se busca en la guerra, el buen juicio nos convida á que hablemos algo della; aunque según verdad ella sea cosa tan excelente que sea necesaria la mano de Dios para la hacer, en especial esta de que habla-

mos; lo cual quiso sentir el profeta David, cuando dijo (Psal. XLV): Venid é ved las obras del Señor que puso maravillas sobre la tierra, quitando las guerras hasta el fin de la tierra: quebrantará el arco y desmenuzará las armas y quemará con fuego los escudos; vacad y ved que yo soy Dios: seré ensalzado en las gentes y ensalzado en la tierra. Mucho es quitar Dios la guerra del ánima; empero gran maravilla es quitarla hasta los fines de la tierra mortal que traemos en este terreno cuerpo.

El arco que ha Dios de quebrantar es la malicia del demonio con que lanza en nuestra ánima malos pensamientos. Las armas que ha de desmenuzar son las mesmas saetas y todas las otras astucias que entonces se desmenuzan, cuando aunque venga al ánima no hacen daño, mas de presto se caen; el escudo con que el demonio se defiende de nosotros es nuestra mesma carne, diciendo que ella es inclinada mucho á mal dende su juventud, y que él no nos hace mal sino ella; la cual con el fuego del Espíritu Santo, según dice la glosa, ha de ser quemada para que allí se purifique como vaso del templo de Dios. Onde después desto dice el Señor que vaquemos en descanso de paz y veamos que El es Dios hacedor destas cosas, y ha de ser ensalzado en las gentes, que eran los pensamientos que nos perseguían ya tornados á bien; y ha de ser también ensalzado en la tierra de nuestra carne, que no le contradice.

Esta paz promete el Señor al que busca, diciendo (I Reg., XIX c): Yo bien sé los pensamientos que pienso sobre vosotros, dice el Señor; mis pensamientos son de paz y no de afición, para que os dé fin é paciencia, é reduciré vuestra captividad, y congregaros he de todas las gentes y de todos los lugares. Puesto que, según verdad, ha de hablar el Señor esta paz en su pueblo, que son las potencias é fuerzas de nuestra ánima; empero también es razón que nosotros pongamos á lo menos algunas treguas, entre tanto que el Señor provee de paz; lo cual haremos si buscamos algunos medios para que no moren en nosotros los malos pensamientos.

A los demasiadamente escrupulosos no quiero decir alguna cosa; é digo demasiadamente escrupulosos los que son claramente sentidos é conoscidos por tales, y son muy penosos en las casas donde moran, dando con mucha razón que decir á todos é haciendo pecar á muchos; de lo cual pienso que darán estrecha cuenta á Dios, pues que se hacen monas en el coro, y todos tienen que mirar la trápala que traen con su verso; el cual pronuncian los otros en descanso y según se deve hacer; mas el que quiere ser singular entre todos no digo que lo hace por ser visto mejor que todos, aunque á las veces acaesce; ca mostrándose singular en la solicitud muy demasiada que pone, no solamente en la lengua con que pronuncia, que esto medio mal sería, sino en las boces y silvos y ronquidos que da, en especial cuando consagra, cuando havía de estar más quieto para mover al pueblo á devoción: allí se ve en tanto aprieto y hace tantos ademanes corporales, que los presentes dudan con razón si consagra ó no, ó si duda el misterio y cosas semejantes.

Estas cosas digo porque las he visto y me han venido á preguntar si consagrava el tal; porque los que oian su misa tenían duda dello, y el que se escusava de la oir é servir se tenía por bien librado. A éstos que así están depravados no quiero decir cosa alguna, porque son cabezudos y no dan crédito á persona del mundo, antes el demonio les enseña unas glosas que dan á cuanto les dicen para que no den lugar sino á su proprio parecer; el cual no quieren dejar por mucho que les digan, mas antes andan imaginando, no cómo creerán los sanos consejos, sino cómo se defenderán dellos; y adrede hacen más monerías por dar más pena y ser más enojosos y cargosos á los que llana y simplemente sirven con alegría de corazón al Señor.

No quiero decir tampoco á éstos cosa alguna, porque los más destos tienen ramo de locura y no pequeño, que como á lunas los atormenta unos días más que otros; y por tanto los tales, para remediar la vanidad que tienen en la cabeza, estudian de comer bien y dormir mejor, no matarse mucho en trabajos, porque en esto paran los escrúpulos excesivos, aunque sería mejor que parasen en obedecer á los sanos consejos que les dan los varones sin pasión.

Tampoco no me quiero curar déstos, porque son ajenos de la verdadera devoción y ponen todo su estudio en hablar con Dios como si hablasen con Laurencio Valla, ó con otra persona que luego les hoviese de acusar el mal latín. Honran á Dios con los labios, y el corazón tienen puesto en los escrúpulos y

en si lo dice ó no, ó si ha dicho lo otro ó no, como si fuese obligado á se acordar de todo lo que dijo é tuviese Dios el que les toma la lección que han decorado, siguen la letra muerta y dejan el espíritu que, según Sant Pablo, da vida; y dicen que á la letra son obligados y no al espíritu, no mirando que havían de hacer lo uno y no dejar lo otro. Son como el mal siervo, que de miedo de perder no dió al cambio el marco de su Señor, sino guardólo entero pensando de hacerle pago con él; mas no fué así, ca le demandó el Señor la usura muy duramente.

No quiero tampoco decir cosa alguna á éstos, porque son muy pocos los que de su voluntad caen en tanta demasía, aunque ellos, siendo pocos, se hacen tanto sonar como si fuesen muchos, á manera del fariseo, que hacía mucho ruido en el templo; solamente les ruego á éstos, aunque de verdad son muy pocos, que se encubran lo más que pudieren, por que no den á sus hermanos desasosiego ni sean tan cargosos. El que confesare á los tales dévelos dar la penitencia conforme al vicio, quiero decir que si él la suele repetir muchas veces, le dé en penitencia que no la reitere, sino que diga tal oración una sola vez mal ó bien dicha, según la fragilidad humana, que apenas puede hacer cosa que no padezca tacha; é si se tarda mucho en cumplir la penitencia, dévele imponer tiempo limitado, el que bastaría para cualquier otra persona; y cuando le oye sus pecados, en haviendo entendido el confesor la cosa, luego le deve decir que pase adelante, que diga otra cosa, que ya está entendida aquélla; é si la cosa que dice no es pecado, no le deve consentir que la diga más, sino decirle que no es aquello nada, que lo deje.

Los que tienen la culpa desto son los perlados, que no tienen vigilancia de remediar con tiempo á los tales, apartándolos de singularidades y haciéndolos conformar con los otros; y deven é son obligados los perlados á mandar á éstos que en el coro estén junto con ellos, para no los consentir ninguna especialidad, sino mandarles que callen mientras el otro coro dice; y que no diga la cosa más de una vez, y que no haga más ruido que los otros; y dévele mandar que se confiese con él ó le dar un confesor sabio, é mandar al escrupuloso por obediencia que lo crea en todas las cosas y haga todo lo que dijere.

Estos remedios es obligado el perlado á poner en su oveja, y otros semejantes que viere convenir, y no aguardar á tiempo que ya el escrupuloso esté tan contumaz que no quiera obedecer, como uno que yo conoscí, para remedio del cual demandó su perlado al papa facultad para dispensar en algunas cosas y quietar la conciencia de su fraile; y el papa le concedió para con aquel súbdito escrupuloso toda su facultad plenaria, con lo cual pensó el guardián que todo se remediara. Empero el otro tenía ya tan creídos sus escrúpulos, que no tuvo en mucho la gracia recebida, lo cual causó la tardanza del remedio y tener ya endurecido el corazón en su parescer. Mucho es de doler de aquestos tales, que en las cosas de Dios, donde las ánimas se deleitan, las de aquéstos se atormentan, y biven algunos viéndose tan enredados en sus escrúpulos que no se pueden valer. El remedio de los cuales sería tomar el consejo que les dan sus hermanos, y creer que pagan mejor el oficio que no ellos.

CAPÍTULO VIII

De algunos remedios contra ciertas tentaciones.

A los que son muy escrupulosos en la confesión devría bastar un solo aviso, el cual dió un sancto varon á uno que vino á él con esta demanda, y fué que jamás pensase en las cosas tocantes á la confesión sino el tiempo limitado en que se aparejava para confesar, el cual tiempo deve ser según el estado de la persona. A los que se confiesan cada día, ó casi cada día, bástales tanto tiempo para se aparejar cuanto gastarían en decir un psalmo de *Miserere mei, Deus*, el cual devemos ser solícitos en se acordar; y si antes ó después les ocurrieren á la memoria otros pecados, hanlos de remitir al tiempo del aparejo, y no darles audiencia, sino decirles que se vuelvan á su tiempo; é si desta manera no lo haces, nunca el demonio dejará de te representar aun lo que has muy bien confesado, y hacer encreyente que no es así. Empero, si tú le limitas el tiempo, no te podrá hacer tanto mal.

Los que dubdan si van bien confesados y piensan que no se declaran bien, ó que no se han confesado, bástales para satisfacer á Dios é á sus consciencias que no dejen á sabiendas cosa por confesar en cuanto en sí fuere, y con sólo esto se deven contentar y creer más á la razón que á sus erróneas conscien-

cias; y estos tales deven ser compelidos de sus confesores á que comulguen, y no les deven consentir repetir la confesión muchas veces, ni que hagan más de lo que buenamente suele hacer cada fiel cristiano.

Si éste es religioso, deve su perlado mirar por él, no con menor astucia que si lo viese inclinado á otro cualquier vicio; pues que de aquí suele nascer la desesperación; y deve mandar al confesor que no lo deje pasar con sus escrúpulos ó confesarlo él, y reprehenderlo gravemente de toda demasía.

Qué diremos á los que tienen la guerra cruel de la blasfemia é lujuria que espiritualmente los fatigan? Los que quieren ser espirituales han de pensar de ser espiritualmente guerreados; porque ansí como no entraron los hijos de Israel en la tierra de promisión sin vencer las siete gentes, así nosotros no entraremos á la perfección sin vencer en espíritu los siete vicios. Corporalmente vence el espíritu de la blasfemia el que no dice mal de Dios, mas refrena su lengua en decir mal y alaba al Señor.

Otra manera hay de vencer este vicio más espiritual, porque hay otra peor guerra más secreta; onde comúnmente ninguno suele decir mal á Dios si no le hacen algún enojo ó acontesce algún desastre, de manera que su guerra y el encuentro que rescibe es exterior, y por eso es cosa fácil de vencer, y esta guerra no es con los príncipes de las tinieblas, pues claramente vemos el combate delante de nuestros ojos; empero, cuando acá dentro está el principio del mal y del demonio, trae su negocio por las tinieblas secretas de sus astucias, mueve dentro en nosotros el torvellino de la blasfemia, de lo cual se quejava David diciendo (Psal. XXI): Las deshonras de los que te maldicen cayeron sobre mí. Los demonios son los que siempre maldicen á Dios, y las deshonras de aquéstos son sus pésimas blasfemias é artes lujuriosas con que dan guerra secreta, y permite el Señor muchas veces, á provecho de los suyos, que el demonio derribe sobre nuestra ánima sus artes, para que cause en nuestra imaginación todas aquellas locuras, turbándola; lo cual le fué defendido cuando hovo de tentar y dar guerra al sancto Job, cuya ánima le mandó Dios (Job, III b) que guardase, no permitiéndole que turbase su imaginación; lo cual si en nosotros permite el Señor, es para que se purguen nuestros pecados y sea nuestra victoria más gloriosa.

Y aunque dije poner el demonio esta guerra en lo interior de nuestra imaginación, acontesce también que la acrescienta dando motivos en las cosas exteriores, porque entonces cresce más la tormenta dentro cuando de fuera nos es hecho algún sinsabor. Lo que en esta guerra acontesce, que consiste en torpes imaginaciones y pensamientos muy desconcertados é muy diversos; lo que en esta guerra da mucha seguridad al que es guerreado, es conoscer que no consiente, porque, según dice Sant Bernardo, nuestro enemigo es flaco y no vence sino al que quiere darse por vencido; según lo cual mientras en esta guerra no nos diéremos por vencidos, no aprovechan al demonio sus sueños y fantásticas cogitaciones. Así que nunca nos hemos de dar por vencidos en este negocio, ni aunque creciese tanto que el demonio nos hiciese pronunciar el mal por la boca, ni por esto deve pensar que ha ganado victoria, si hay en nosotros algún descontento y aborrecimiento de aquello.

Lo segundo que más presto nos da victoria del muy sobervio Lucifer es menospreciarlo, no haciendo caso de aquello que pensamos por su industria; lo cual tanto más ligeramente desecharemos cuanto más lo tuviéremos en nada; porque de verdad ello no es cosa que daña, sino que purga las ánimas, y según esto devemos hacer como el que va por alguna calle y el aire trae contra él muchedumbre de polvo para que no pase, de lo cual él no se deve curar, sino cerrar los ojos y pasar adelante; así en estotro el cerrar los ojos, menospreciarlo y pasar adelante es perseverar en oración y buenas obras; porque aquello presto se caerá como polvo, que cesando el aire se cae; y así en cesando el aire de la industria del demonio que lo trae, luego cesa en nosotros; ca no nasce en nos, sino él lo siembra para que nazca, lo cual nunca permitirá el Señor si confiamos en él.

Porque en la diez letra entiendo de hablar más por extenso de las tentaciones y sus remedios, á la letra de que hablamos te ruego que pares mientes, si quieres ser recogido siguiendo aqueste sancto ejercicio, en la cual te amonesto que para desechar los diversos pensamientos que te ocurren uses de un muy breve medio, y es que le digas de no cuando

vinieren al tiempo de la oración, el cual es tiempo que tú gastas en negociar con Dios; y por eso sea el portero la providencia, é diga á todos que no pueden por entonces librar; que no se admite nadie, que no son menester, que no los llaman, que no aprovechan, mas antes dañan por entonces, con que no los quieren, que se vayan. Esta breve palabrilla no es la que lo niega todo, y con ella puedes despedir á todos.

E avísote que no alargues en lo interior más pláticas, porque ofenderás mucho al recogimiento, y examinar por entonces las cosas será mucho estorvo; por eso tu con no cierra la puerta. Bien sabes que ha de venir el Señor y ha de entrar á tu ánima, estando las puertas cerradas que son tus sentidos; por tanto di á no que sea el portero que las apriete y atranque bien, diciendo á todos los que vinieren que no. Empero, dirás qué será mal decir á Dios de no, pues él sólo es esperado. A esto se responde que Dios por otra parte ha de venir, la cual tú no sabes, pues que el espíritu que inspira donde quiere, no solamente de donde viene, ni por donde viene, ni donde va, ni por donde (Joan, III d).

Hay un no en el entendimiento que es error, y otro que es infidelidad, y en la voluntad hay también no de pecado, y todos éstos desechan á Dios é traen las cosas mundanas; empero, este no del recogimiento desecha todo lo criado que entra por las puertas de los sentidos y abre el corazón á Dios, que por esta vía no se desecha, antes á todos desechamos por solo él; así, si quieres vencer esta guerra de los pensamientos, pon en la honda de tu industria este no, y derribarás al que te viene á estorvar, como David derribó á Goliat.

Aunque tengas cerrada la puerta de los sentidos, todavía has menester á no, para con que hagas que aun se aparten los que pensavan venir. Has de pensar que aprovecha mucho este no, para que con él te defiendas del demonio, que viene mientras tú estás recogido á quebrantar tu clausura, é con no le quebrarás la cabeza, como se figura en el libro de los Jueces, donde se dice (Judic., IX g): Allegándose Abimelech acerca de la torre, peleava fuertemente, y juntándose á la puerta, trabajava de poner fuego; y viérades una mujer que lanzó de encima un pedazo de una piedra grande, y dióle en la cabeza, y quebróle el celebro. Abimelech quiere decir dador de consejo, y es el demonio, que entonces nos viene á dar buenos consejos, sin que se los demandemos, cuando estamos recogidos y encastillados en la torre del recogimiento; mediante el cual se sube el hombre á la parte más alta de su ánima para alcanzar algo de las cosas eternas. Lo cual por evitar el demonio llégase por voluntad y pelea fuertemente, haciendo todo lo que puede; é como inmediatamente no tenga que ver con la porción é más alta parte del ánima, ni la pueda perturbar, llégase á la puerta, que es la sensualidad íntima que está en esta nuestra carne situada, á la cual se trabaja de poner fuego de malos deseos y de nocivos pensamientos. Empero la mujer sabia, que tiene sus lomos ceñidos con fortaleza, estándose en lo alto, láncele á la cabeza, que es el principio de su amonestación, esta palabra no, y valdrá tanto como un buen guijarro polido como lo era el de David; y desta manera cumplirá el consejo de David, que nos amonesta dar con los pensamientos en la piedra, según declara Sant Hierónimo. E con gran misterio dice la Escriptura que le quebrantó el celebro; porque en él se aposenta el sentido común y la imaginación é fantasía é la estimativa y la memoria corporal, lo cual deve cesar en el recogimiento, porque á él antes daña que aprovecha cualquiera destas cinco cosas; ansí que con este no havemos de quebrar el celebro al demonio; lo cual haremos si vedamos que se aparte del nuestro, y no lo mueva mediata ó inmediatamente, cuando nos retrahemos á lo alto del recogimento. El corazón, según conoscen los que entran en él, todo es puertas y ha menester muchos porteros, y todos que despidan con este no; cuyo valor más conoscen los que más se recogen, porque en este caso del recogimiento afirma más que niega.

OCTAVO TRACTADO

HABLA DE CÓMO LOS QUE SABEN HAN DE ENSEÑAR, É LOS QUE NO SABEN HAN DE SER ENSEÑADOS EN LA VIDA DEL RECOGIMIENTO, É DICE: HARAS MAESTROS A TODOS Y AMANDOLOS, HUYE A UNO.

Entre las otras causas por que el varón contemplativo se compara al águila, es una principal aquella que escrive el sancto Profe-

ta, diciendo (Deu., XXXII b): Es así como águila que provoca á volar sus hijos, extiende sobre ellos sus alas volando encima dellos muchas veces. El que sabe subir en alto por el vuelo de la contemplación y pone en las alturas el nido de su recogimiento, no es razón que olvide los que acá en lo bajo quedamos, sino que nos provoque á volar; pues tenemos para ello habilidad y deseo, razón es que extienda sobre nos sus alas, mostrándonos las maneras que él tiene en el volar; é si no bastare una vez, sea muchas; porque los muy nuevos deben ser muy informados, mayormente para tan alto vuelo como es el del recogimiento, donde acaesce subir tanto que se pierde el contemplativo aun á sí mismo de vista, como el que decía no saber si estaba en el cuerpo ó fuera dél. A la cual cumbre y altura deve el contemplativo, como el águila, provocar á que los otros vuelen, siendo en ello tan solicito como el águila para que sus hijos vuelen, cuando los siente para ello aparejados. Y dévelos provocar y volar sobre ellos, que es enseñarlos por palabra y por ejemplo; porque no basta provocar de palabra si falta la obra que mueve mucho más; y también posar sobre ellos es exceder á los que enseña, porque sea el maestro sobre el discípulo y no al revés, sino que vuele más para que por oración vaya adelante á los aparejar favor de aquel á quien todos vuelan; porque desta manera havrá muchos enseñados en el arte de volar; lo cual todos devemos desear y procurar con todas nuestras fuerzas, según lo amonesta nuestra letra diciendo: Harás maestros á todos, y amándolos, huye á uno.

Esta letra tiene dos sentidos, según los cuales su glosa terná dos partes. El primer sentido ó declaración quiere decir que contra nuestra buena doctrina y ejemplo hagamos á todos los otros maestros, enseñándolos en el arte del recogimiento, si lo huviéremos aprendido; y amando á los que ansí huviéremos enseñado con amor especial, nos vamos huyendo á uno que sobre todos es maestro en los cielos; en tal manera que no echemos todo el tiempo en enseñar apartándonos de la escuela interior y secreta, adonde Dios enseña al ánima; ca no devemos ser como unos letradillos, que siendo enseñados en una esciencia se apartan de los estudios por la ir á enseñar á otros y no aprender ellos otras cosas que les faltan; no así nosotros, sino que enseñando á los otros aprendamos en el continuo estudio del recogimiento cosas mayores, al cual devemos huir.

En el segundo sentido ó declaración querrá decir nuestra letra á cada uno de los que siguen el recogimiento que aprenda de todos, teniéndolos por maestros de alguna singularidad ó especial virtud que viere en cada uno digna de ser imitada; y en lo demás se aparte de todos, no dejándolos de amar, y vaya huyendo á uno que deve elegir en único maestro para que le enseñe este camino; é no deve tener con todos comunicación, sino que los imite en lo bueno que viere, é no dejándolos de amar, se vaya á guarescer y amparar á uno que sea tal cual conviene, al cual se debe dar subjecto para ser dél cumplidamente y con mucho amor enseñado; y por tanto, te dice que vayas huyendo, porque si vamos huyendo á alguno, esperamos ser dél guarescidos y favorescidos y amados y recreados.

La causa que principalmente me movió á escrevir este libro fué por traer á noticia común de todos este ejercicio del recogimiento; onde por esto puse en la letra esta palabra á todos, no siendo aceptador de personas, sino enseñando á todos cómo se han de llegar al universal Señor, que quiere ser de todos servido y tener con todos amistad; ca escripto está (Prov., VIII a) que la sabiduría dulce é muy sabrosa llama y da voces á los hijos de los hombres, no solamente en los montes altos, mas á las puertas y entradas de la ciudad, y en las plazas da olor de suavidad.

Algunos, empero, hay que no sufren con igual corazón que tan delicado ejercicio se comunique á personas envueltas en pecado é dadas á los deleites carnales y entremetidas en los negocios mundanos, é dicen que mal puede pensar de Dios el que tiene la mujer al lado. Al que dijere aquesto le puedo responder que yo no escrivo ni amonesto aqueste ejercicio sino á los que guardan los mandamientos de Dios, sean quien fueren; é á los que no los guardan les notifico que son obligados á los guardar, é si los guardan les do por muy sano consejo que sigan la oración y se aparten de las cosas que los apartan de Dios, é bivan sin reprehensión de corazón guardando los santos mandamientos de Dios, en los cuales está entera é muy complida salud; por lo cual se llaman mandamientos de

vida, ca dan vida al ánima é la constituyen en caridad perfecta, para que el amor que procediere de la voluntad, informada della, sea más acepto para con Dios y merecedor de todo bien.

E si alguno dijere que Sant Hierónimo dice no tocar la gracia del Espíritu Santo el corazón de los profetas en el acto matrimonial, bien lo creo; mas en este ejercicio no tenemos intento á ser profetas, sino amigos de Dios, lo cual pueden ser los hombres sin ser profetas, y puédenlo ser siendo casados, y aun merescer en esto mucho delante de Dios, si es el que deve, como lo son muchos; y por tanto, no se les deve negar cualquier manera de oración que disponiéndose quieran usar. Si cuando Sant Hierónimo dice no tocava el Espíritu Sancto al casado profeta, pudiéralo tocar después cuando vacase á la oración. Ningún fiel cristiano negará lo ya dicho, si no quiere negar con algunos herejes el sacramento del matrimonio, en el cual, según tiene la santa madre Iglesia, comunica Dios su gracia á los que lo resciben dignamente; y por eso lo llama sacramento, que es señal de cosa sagrada que en él se rescibe, la cual es la gracia interior.

Este sancto matrimonio es orden, no de Sancto Domingo, ni de Sant Francisco, ni de Sant Pedro, sino orden de Dios instituída por la boca del Padre eterno en el paraíso terrenal, aprovada por su Hijo en Caná de Galilea, donde alegró los convidados por su nueva maravilla; es confirmada del Espíritu Sancto, que comunica su gracia en el sancto sacramento del matrimonio á los que sin pecado mortal lo resciben. Los que guardan los sanctos mandamientos de Dios y son leales en el sacramento del matrimonio, en ninguna manera deven ser apartados de la contemplación, si la quieren seguir, antes han de ser favorescidos; y los que les aconsejan que no oren, no pienso que pecan menos que si les vedasen entrar en religión; ni piense alguno que su intención lo salva, pues procede de ignorancia, que no excusa pecado.

Son hoy día algunos como los que defendían y apartavan los niños que no se llegasen al Señor cuando su Majestad pasava por alguna calle, á los cuales reprehendió el Señor diciendo: Dejad los pequeños venir á mí é no los estorvéis.

Anda sin dubda el Señor con su sancta inspiración por las calles y por las plazas buscando muy especiales amigos, ca no se contenta con los que están encerrados, sino que también quiere de los otros; y según dice Sant Gregorio sobre los Cánticos (Cant., III a): Los que estamos encerrados devemos en espíritu salirlo á buscar, como hace la esposa; y esto ponemos por obra cuando tenemos humildad para imitar algunas especiales virtudes, que tienen ciertas personas que moran en el mundo, mediante las cuales mora Dios en ellas.

Lo que hace á algunos dificultad, es aquello que comúnmente dicen de la bestia que era mandada apedrear si se llegava al monte; lo cual ellos glosan á su propósito, mas no bien; pues que en el mesmo capítulo es también mandado apedrear el hombre que llegare al monte; y á los sacerdotes también se veda que no se acerquen al monte; donde, así como yerran en esta glosa, yerran en todas las auctoridades de la Escriptura é dichos de los sanctos, que alegan para provar que los seglares no deven ser instituídos ni enseñados en la oración mental, contra lo cual amonesta nuestra letra á todos los que han rescebido este don que lo comuniquen devidamente á todos los fieles cristianos que quisieren darse al sancto ejercicio; porque no creo que sancto alguno, ni escriptura auténtica, veda tal cosa, antes hallo que el bienaventurado Sant Pablo no amonesta en sus epístolas otra cosa con más instancia que inducir á los cristianos que oren y se den al sancto deseo de las cosas divinales; é Cristo Nuestro Redemptor á la pobre mujer samaritana enseñava cómo havía de orar en espíritu, según oran los verdaderos adoradores de Dios; y le amonestó pedir del agua biva (Joan., IV d), que era el espíritu que havían de rescebir los creyentes.

No sea nadie como Simón leproso, que luego juzgue por pecadores á los que no se contentan en la forma de su vida, porque Dios obra dentro en las ánimas que se convierten á Él otras cosas secretas. Ana, la madre de Samuel, llorava en el templo (I Reg., I d), mas Hely burlávase della, juzgándola por muy entremetida en las cosas no convenibles; empero venció la humildad della, y valió más su breve y ferviente oración que no los muchos años que el viejo havía gastado en el templo con mucha negligencia, por la cual él y los

que por él havían de ser doctrinados perecieron.

Sabemos que el publicano, aunque estava apartado del altar y no osava alzar los ojos al cielo (Luc., XVIII b), miró Dios y se llegó á él, y tan llegado, que lo justificó para que descendiese á su casa justificado; lo cual no hizo con el fariseo, aunque se quedó en el templo haciendo gracias á Dios, empero no bien hechas.

No solamente recibe cada día Dios á los pecadores á penitencia, mas come con ellos el manjar interior, dándoles á sentir el gusto de la contemplación, y muchas mujeres suben con él de Galilea á la espiritual Hierusalem, que es la pacífica y recogida oración; y no solamente recibe á los que vienen, mas Él los llama con sus inspiraciones para que vengan, y los convida con su gracia para que lo reciban en la secreta morada del corazón; según parece en Zaqueo y Sant Mateo, que fueron provocados á recebir á Dios del mesmo Dios. Lo cual he hallado por experiencia que hace Dios no menos agora que entonces; ca sabemos que no oró el Espíritu Sancto sobre solos los apóstoles, sino sobre toda la casa, que tiene figura de la universal Iglesia, en la cual á todos los fieles cristianos se comunica la gracia del Señor; según la cual dice el bienaventurado Sant Bernardo, hablando en esta manera: Por ventura es solamente Dios de los solitarios? Mas antes por cierto es y de todos, porque de todos ha Dios misericordia, y ninguna cosa aborresce de las que hizo. Quiero que pienses que en toda parte está sereno sino acerca de ti, y que juzgues peor de ti que de otro alguno.

El cristianísimo Gersón, no menos sancto que letrado, por traer á noticia de todos la muy recogida oración, escrivió en su romance un libro que se llama *Monte de contemplación*, é quísolo dirigir á unas hermanas suyas, por que no pensasen que fué su intento de hablar con solas personas religiosas, mas que también quería ver subir al monte de la contemplación personas seglares; é así yo no tengo intento en este libro de hablar solamente á personas retraídas, sino á todas querría enseñar, y en especial á las personas que están en el mundo; entre las cuales hay muchas deseosas de todo bien y que no les falta oportunidad, sino dotrina particular para se informar cómo se devan llegar á Dios en secreta oración, lo cual apenas declaran los predicadores, por estar tan ocupados en reprehender los vicios. No quiero reprehender á los que amonestan muy poco la oración, como sea un solo remedio del buen cristiano en sus grandes necesidades; é otros, si la amonestan, es por unos rodeos y palabras de admiración que más espantan que convidan, é son más para retraer los ánimos que para atraer los corazones. No hay cosa que la Escriptura sagrada amoneste más, ni que los sanctos hayan seguido y predicado con más instancia, que es la oración; mas nosotros así disimulamos con ella y la reprochamos, que aborrecemos á los que nos la amonestan.

La conclusión desto es que ni aun los casados se deben desechar de la oración; empero si la quisieren seguir ó darse á ella, han de mirar que les conviene, según dice el Apóstol, cesar por algún tiempo del acto matrimonial por vacar á la oración, que, según dice la glosa, es elevación del ánima á Dios, la cual no se les niega á ellos.

CAPÍTULO II

De cómo hemos de aprovechar á los otros.

Puesto que, según hemos visto, devamos en este negocio hacer maestros á todos y notificar el recogimiento á todo fiel cristiano que lo quiere seguir, porque, según dice Gersón, á ninguno puede dañar y á muchos puede aprovechar, hay empero algunos que dicen no ser bien manifestar el hombre el don que ha recebido, ca escripto está (Tho., XII b) ser cosa buena esconder el sacramento del rey. Los primeros decían que no se devría esto manifestar á seglares; éstos dicen que si alguno ha recebido del Señor gracia acerca del recogimiento, que la esconda y calle, y que si alguno quisiere saber algo, que busque libros ó suplique al Señor, que da á todos en abundancia; mas que él no le dirá palabra ni descubrirá el secreto que Dios le ha manifestado, ni quiere industriar á nadie en este ejercicio, pues que hay otros que bastan. Este postrer yerro es peor que el primero, pues tiene menos con que defenderse; y por no haver visto menos personas engañadas en éste que en el otro, quiero poner aquí algunas razones en contrario.

Cosa clara es y manifiesta que si alguno nos hace alguna merced y nos manda que la

tengamos secreta, la devemos encubrir; empero, si viniese caso que al otro se le siguiese perjuicio el callar sus bienes, entonces no hay duda sino que seríamos ingratos y traidores si encubriésemos lo que teníamos secreto; antes lo devríamos manifestar, aunque á nosotros se nos siguiese daño, por no caer en el vicio de la ingratitud, que es muy aborrecible.

Esta razón que viste, á todo buen ingenio cuadra, é aplicándolo al negocio presente, bien confesará el que algún bien ha recebido tenerlo de la mano de Dios, y también concedemos que Dios manda en muchas partes de la Escriptura á los que reciben que escondan sus dones, y El se los da en secreto y muy de callada, dando en esto á entender que los devemos encubrir y ponerlos, si menester fuere, debajo de siete sellos, que ninguno los pueda abrir. Empero si viniese caso que de la manifestación de los tales deseos se podía hacer servicio á Dios, sería ingratitud grande no monstrarlos; é si hallares que la Escriptura dice que los calles, entiéndese que los has de callar cuando de los manifestar no se sigue á Dios honra, lo cual quiso sentir el ángel cuando dijo (Tho., XII b): Buena cosa cierto es esconder el sacramento del rey, mas revelar las obras de Dios y confesar su alabanza cosa es de honra. Bien á la clara ha dicho este sancto ángel lo que devamos hacer, y es no manifestar los dones del Señor hasta que El los manifieste; empero si á El se le sigue honra y alabanza, dévense revelar, y no de otra manera; y entonces conocerás si es honra de Dios cuando vieres que se sigue provecho á sus siervos, porque Dios en sí no puede recebir de nosotros honra, como no tenga necesidad de nuestros bienes; mas en recebir los suyos de nos algún provecho lo tiene él por honra, y tanto mayor cuanto con más caridad nosotros comunicamos sus dones á los suyos.

Cortedad es muy grande é defecto no pequeño en los varones espirituales pensar que vino Dios para solamente morar con ellos, como de verdad no sea sino un pasar por ellos á otra parte, lo cual quiso El hacer porque lo tuvo por bien; mas el que así recibe el don, deve pensar que va Dios muy adelante, é le queda aún gran camino de andar; por eso no lo detenga escondiendo su gracia, si de la manifestación della se le recrece provecho al prójimo, porque allí va Dios; ca si la esconde, verná sobre él aquella maldición de que el Sabio dice (Prov., 11 d): Maldíto será en el pueblo el que esconde el trigo; mas bendición verná sobre la cabeza de los que venden; el ánima que bendice será engrosada, y la que inebria será inebriada.

Los dones celestiales se llaman trigo, porque descienden á nos por los méritos de aquel Señor que en el evangelio se llama grano de trigo, que no deja de nascer en la buena tierra, que es el corazón del justo, é multiplicarse para otros. Este trigo, que es la gracia á ti comunicada, no la deves dar sino por el precio de la imitación y fruto que sientes hacer en el otro; y entonces verná sobre tu cabeza, que es tu buena intención, la bendición del Señor, con que crezcas é seas multiplicado en la mesma gracia; porque, según dice el Sabio (Eccles., XX d): Qué utilidad puede haver en la sabiduría escondida y en el tesoro secreto?

El que al tiempo de la necesidad que su hermano tiene de ser favorecido y enseñado esconde la gracia que de Dios ha recebido, él mesmo da á sentir que no la meresce tener, porque, según dice Sant Augustín, toda cosa que cuando se da no desfallece, cuando el hombre la recibe y no la da no crea que la posee de la manera que se ha de tener. Según lo cual dice Sant Gregorio: En todo cuanto vosotros creáis haver aprovechado ó creído en merecimiento, os devéis esforzar por traer á otros al servicio de Dios asidos de vuestra compañía; y desead tener compañeros en la carrera de sus mandamientos; é si deseais llegar al trono de su Majestad, tened cuidado que no perezcáis delante dél solos, ca por esto es escripto en el Apocalipsi (Apoc., XXI d): El que oye, diga: ven. Como quien dice: El que oye ó recibe en su corazón la voz del soberano amor, tenga cuidado de llamar á sus hermanos con voz corporal de sancto amonestamiento. E Sant Crisóstomo dice: Todas las cosas traigamos para el provecho de nuestros hermanos, ca los marcos recebidos ninguna otra cosa son sino la virtud que ha recibido cada uno, así en la preeminencia de la dignidad y en las riquezas, como en la doctrina y en otro cualquier negocio; é ninguno diga: porque no he recebido más de un marco, no puedo hacer bien; ca cierta cosa es que por sólo uno puede ganar de ser aprovechado en el cielo.

Acuérdate que no eres más pobre que aquella biuda que alaba en el evangelio; ni eres más rústico é ignorante que fueron Sant Pedro é Sant Juan, que sin duda fueron menos letrados que tú antes que fuesen alumbrados; mas porque mostraron tener buen deseo, é hicieron todas las cosas para provecho común de todos, recibieron é tomaron por galardón los cielos; porque ninguna cosa es así á Dios amable como bivir según el provecho común; ca por esto nos dió el Señor la gracia del hablar é la desenvoltura de las manos é de los pies, é la virtud é fuerza del cuerpo, y el sentido y claridad del entendimiento, para que usásemos de todos estos dones para nuestra salud é para provecho de nuestros hermanos.

No havemos menester aquí hacer proceso ni larga rueda de palabras, ca el bienaventurado Sant Pablo nos ataja é importuna trayendo más breve razón é dice (Phil., 1 b): Ser yo desatado deste cuerpo mortal y estar con Jesucristo, mejor cosa es; mas permanecer en la carne, cosa es á mí más necesaria por amor de vosotros. Ansí que tanta fué su caridad, que más quiso, por la edificación y provecho de la Iglesia, bivir en las persecuciones del mundo, que reinar caresciendo del trabajo de todas ellas en la gloria celestial con Jesucristo. Esto es por cierto el verdadero y soberano estar con Jesucristo, hacer su voluntad; é su voluntad en ningunas cosas se determina tanto como en lo que conviene al bien y á la salvación de las criaturas racionales; porque si en los negocios seglares ninguno bive para sí mesmo, mas el oficial y el cavallero y el labrador y el negociador todos biven para lo que cumple al bien de la comunidad, é todos hacen sus oficios por fin de aprovechar los unos á los otros según la vida común, mucho mayor necesidad tenemos de hacer esto en las cosas espirituales, y esto es bivir vida soberana y más principal; ca el que para sí solo bive é menosprecia á todos, hombre superfluo es; é aun digo que no es hombre, ni tiene que hacer con nuestro linaje.

Esto dice aqueste sancto para nos declarar cuánto seamos obligados á la salud de los prójimos y á les comunicar la gracia que hemos recebido según toda nuestra posibilidad, industriándolos en las cosas espirituales, para lo cual si fuere menester que digas á alguno la gracia que tú en aquella vía has recebido, no se te debe hacer de mal; pues que á él se le sigue dello mucho bien, ca no hay duda sino que mueven más los ejemplos bivos que no los que hallamos escriptos; onde, aunque creemos los escriptos, perdemos la esperanza de los seguir ni alcanzar, pensando que los pasados fueron más hombres que nosotros; empero si somos certificados que á un hombre común que nosotros conoscemos ha alcanzado alguna cosa espiritual, tomamos fuerzas para procurarla también y haverla como él la hovo; y así los sanctos animales se dan unos á otros con las alas despertándose y provocándose al buelo de la contemplación, de lo cual dice el Sabio (Prov., XVIII c): El hermano que es ayudado de su hermano, es así como una ciudad firme.

Este dicho se puede verificar y mostrar cumplido en Sancto Tomás, al cual manifestaron muy por extenso los otros apóstoles cómo havían visto al Señor y recebido dél á Espíritu Sancto en el flato ó soplo maravilloso de su boca, con lo cual se despertava el corazón del mudable apóstol y se disponía para ver al Señor.

Hallamos también que en haviendo Nuestra Señora concebido al Señor, fué á visitar á Sancta Elisabet; é una de las causas que allá la llevaron, según dice Sant Ambrosio, fué por darle parte de las mercedes que havía recebido, lo cual hizo muy cumplidamente.

Sepa, pues, cada uno que del Señor ha recebido algunos especiales dones que, según dice Sant Pablo, no se los han dado para su proprio provecho solamente, sino para utilidad de los otros; porque la Iglesia, que es hecha á semejanza del celestial tabernáculo del monte de la gloria, tiene por artículo de fe creer la común unión de los sanctos; la cual es en alguna manera aquí como acullá, donde hay purgación é iluminación é perfección de los superiores en los inferiores ángeles, la cual también los justos ejercitan aquí en los más bajos que se les humillan, é si no lo hacen van contra el artículo que creen.

Has visto cómo has de hacer maestros á todos, según te amonesta nuestra letra, en la cual se ha de suplir esta palabra: Los que lo quisieren ser y tuvieren habilidad para ello, has de hacer maestros por tu ejemplo y doctrina á todos los que con ansia procuran de lo ser. Viste también cómo no deves esconder la gracia recebida cuando de la manifes-

tar se sigue al Señor honra. No queda en este primer sentido sino amonestarte que notes también la segunda parte desta letra, que te dice que ames á los que enseñas, orando especialmente por ellos; ca si Dios no obra de dentro cosas correspondientes á las palabras que tú de fuera dices, ninguna cosa aprovecha tu trabajo para enseñar á los otros tu ejercicio; empero si tú los amas con entrañable claridad y oras al Señor, suplicándole que ponga tuétano y meollo á tus palabras, no dudes, sino ten firme crédito que aprovecharás, mayormente si huyes á uno, que es la postrera palabra desta letra, la cual deves entender que te amonesta no darte así al aprovechamiento de las otras que dañen á ti mesmo; mas huye á tu corazón, é si vieres que en él se disminuye la gracia y el recogimiento que sentías, en tal manera deves templar el negocio, que tu ánima no padezca detrimento; porque si desta manera derramas por un cabo lo que coges por otro, más será el daño que el provecho. O cuántos hay en esta vida del recogimiento que por enseñar á otros se quedaron ellos sin lo que tenían, no ordenando bien la caridad, que en las cosas espirituales deve comenzar de sí mesmo!

Muchos hay sin duda que son como vasos de anoria, que vacían de sí el agua que para su provisión havían menester; y después son constreñidos á llorar como Job, diciendo (Job, XXIX a): O quién me concediese estar como en los meses antiguos, según aquellos días en que Dios me guardava, cuando resplandecía su candela sobre mi cabeza, y á la lumbre dél andava en tinieblas; así como fuí en los días de mi juventud, cuando Dios secretamente estava en mi tienda; cuando el Todopoderoso estava conmigo, y al derredor de mí mis niños; cuando lavava mis pies con manteca é la piedra me derramava arroyos de aceite.

Muchas veces acontesce en este ejercicio hallarse el hombre mejor en los primeros días ó meses que lo usa, que aquí llama el sancto Job juventud; empero pasado aquel fervor y fuerzas que algunos suelen poner en los principios, viene una tivieza que paresce cansancio de pesada vejez, en la cual echa hombre menos las cosas que ha dicho el sancto Job, las cuales pasan en espíritu dentro en el hombre.

CAPÍTULO III

De cómo hemos de imitar en todas las singulares virtudes que viéremos en ellos.

En el segundo sentido declarando esta letra, querrá decir: Harás maestros tuyos á todos, esto es, que todos te enseñen en algo, y tenga á cada uno por dechado en alguna virtud, é juntamente con esto apártate dellos cuanto pudieres; no por enemistad, ca no deves apartar dellos la voluntad y amor, sino en cuanto á la familiaridad y contradición, y deves llegarte á uno que tú sientas ser más idóneo; lo cual quiso sentir el Sabio cuando dijo (Eccles., XXVI b): Ternás paz con muchos; séate consejero de mil uno.

El que tiene simples ojos de paloma, á todos mira en respecto de bien y no maliciosamente; no mires á nadie con ojos torvos ni con ceño, ni mires en cosas que cuasi necesariamente son anejas á los mortales: disimula los males ajenos é no mires en ellos; antes deves hacer como si no les vieses; ca son flaquezas en que todos caemos, que apenas tienen ser sino en la imaginación de los que paran mientes en lo que no devrían mirar. No pienses que los hombres son ángeles, ni que son impasibles; é si vieres lo que no deves, no te hagas juez de causa ajena, ni mires sino lo que en los hombres te puede aprovechar. En lo cual si con atención y con sanos ojos miras, apenas verás hombre en todos los del mundo que no tengan algo de bien, en que halles algún provecho; porque si aun los malos tienen cosa de que tú te puedes aprovechar, mucho mejor la ternán los buenos.

Sabemos sin duda que dice el Señor que los hijos deste siglo son más sabios que los hijos de la luz; en lo cual sería bien que los imitásemos, siendo en el bien tan solícitos como ellos en el mal; y en esto aun á los malos deves hacer que sean maestros tuyos é imitarlos en la solicitud, pues te mandan imitar aun á la hormiga; y en los que conoscieres ser malos has de notar lo que deves castigar en ti mesmo, aunque es cosa más segura no echar de ver en los otros sino lo que fuere virtud. Así que en todos deves mirar lo bueno, é la virtud que en alguno vieres tener preeminencia síguela y alábala en él; porque uno tiene la virtud de la mansedumbre que más resplandece en él, otro resplandece en

pobreza, otro en discreción, otro en humildad é menosprecio de sí mesmo, otro en ser diligente y presto al bien, otro en ser muy servicial, otro en ser ayunador y abstinente, otro en ser bien criado y honesto, otro en ser de tierno y de compasivo corazón, otro en ser caritativo; y desta manera verás repartidas en los hombres las virtudes como las buenas propriedades en las piedras preciosas.

En estas virtudes has de hacer á todos maestros tuyos, quiero decir que los tengas como espejos é mires en cada uno la virtud que en él tiene preeminencia para la aprender dél por sancta imitación; y desta manera tenerlos has á todos por buenos, y aprovecharte has dellos; é no mirarás en lo que tú excedes á los otros, sino en lo que los otros te exceden á ti, en lo cual los deves tener por maestros y darles la ventaja. Empero, si dejas de mirar en los otros las virtudes ó una sola que sea, é miras los vicios y defectos que, gracias á Dios, hay hartos, vernás á decir aquello que dijo el que por entonces no mirava bien; mas teniendo con la pasión, por la persecución alterada, ciegos los ojos, dijo á Dios, aunque con buen celo (III Reg., XIX d): Muy celoso he sido por amor, cual señor, ca desamparó tu amistad; los hijos de Israel destruyeron tus altares y mataron tus profetas con cuchillo, é yo solo soy dejado, y aun buscan mi ánima para me la quitar. A esto le respondió el Señor, para consolarlo por una parte, en le dar compañeros, é para lo reprehender por otra, en pensar que él sólo era el que acertava: Déjate para mí siete mil varones en Israel, cuyas rodillas no se abajaron delante el ídolo.

El mucho celo que éste tenía le hacía pensar que solo él havía quedado de los que favorecían la virtud, é Dios, que ve los corazones, le dijo haver quedado otros siete mil en salvo, aunque no se mostravan. En lo cual podemos tomar ejemplo é aviso para que no pensemos que todos han declinado y que los otros no aciertan; mas, según comencé á decir, tengamos á todos por maestros, y si alguno sigue algún ejercicio que á ti no satisface ó que tú no lo sigues, ó que repugna por ventura al que tú sigues en algo y no se compadece con tu complexión y manera, deves apartarte dél; no empero de amarlo, porque si pones el amor como caudal en la mercadería del otro, ganarás mucho.

E avísote que no tengas espíritu de contradicción, ni repruebes lo que tú no sigues; porque muchas son las puertas de la celestial Hierusalem, según dice Sant Juan, y muchas las ventanas á do buelan las palomas, y muchas las rejas por do aguardan para ver si viene el esposo; y la Iglesia no se compara en la Escriptura por otra cosa á la granada sino porque debajo de una cláusura tiene muchos retraimientos distintos con telas blancas, que son muchos ejercicios debajo de una claridad, y finalmente muchas se dicen ser las vías del Señor, y todas dice el profeta (Hie., I d) que lloran porque no hay quien venga por ellas á la solemnidad de la gracia del Señor; donde pues todas lloran, todas sería muy bien que se alegrasen siendo seguidas. Las vías diversas son los diversos ejercicios: vaya cada uno por donde quisiere, no le estorves ni pienses que va errado por que no va por tu camino; ca la falta del aprovechamiento no es por culpa de los caminos, sino de los caminantes. Así que, conforme á las cosas dichas, deves oir al bienaventurado Sant Bernardo, que te aconseja diciendo: Apártate, siervo de Dios, no seas visto reprovar los que no quieres imitar.

No quiero que pienses que en ninguna parte resplandesce el sol común del día sino en tu celda, y en ninguna parte haver sereno sino cerca de ti, y que en ninguna parte obra la gracia de Dios sino en tu consciencia.

En lo que más yerran acerca desto los que se dicen espirituales es en pararse á debatir y cotejar el ejercicio de la sacra pasión y del recogimiento, para ver cuál ha de ser antepuesto; y éstos no yerran menos que los que disputan de los dos Sant Juanes, que tuvieron figura destos dos ejercicios; el menor de los cuales pluguiese á Dios que siguiésemos sin andar en diferencias muy aborrecibles á Dios; el cual no quiere que ningún buen ejercicio sea desamparado, é todos los aprueva dando en ellos muchedumbre de gracia.

CAPÍTULO IV

De cuán necesario te es ser discípulo.

Aunque todos te parescan bien y los mires como á maestros, deves empero huir á uno que sea á tí más convenible; donde, aunque según verdad, todas las artes é esciencias del mundo quiere maestros que las enseñen, pues

ninguno nació enseñado sino el hijo de la virgen, y aun á Él su Padre le enseñó todas las cosas antes de los siglos, cuando lo engendró, empero acá entre los mortales todos tienen necesidad de maestro para aprender lo que no saben. Si tú quieres saber el recogimiento, no esperes que Dios te lo ha de enseñar, aunque á muchos lo haya enseñado; porque si esto esperases, sería atrevida tu esperanza si pensases que sin otro medio alguno te ha Dios de enseñar, sin que tú seas solícito por todas las vías que pudieres; y aunque pongas toda la diligencia que pudieres y tengas el mejor maestro del mundo, elegido entre los mil mejores, según dijo el Sabio, todavía es Dios necesariamente menester. Empero, dejando á Dios, pues de suyo se está aparejado para ayudar á los que se ayudan, deves saber que no hay cosa en el mundo, ni ejercicio, ni esciencia, ni oficio, ni facultad, ni otra cosa alguna, por sotil que sea, que tenga tanta necesidad de maestro como el recogimiento, aunque el maestro humano de este negocio pueda hacer menos en él que el maestro de todas las otras cosas en su facultad; empero todavía es muy necesario, porque la plática viva del recogimiento mueve mucho los corazones; y en ella rescibirás lo que no hallarás en los libros, porque lo que no puede screvir la péñola por unas maneras y rodeos de hablar y boces encubiertas, te lo dará á sentir tu maestro, si es tal; é yéndote á tu oración sobreverná el celestial Maestro y te dará á gustar los que el otro te dijo: Primero ha de ser el maestro humano y luego el divino, porque sentencia común es que haga el hombre lo que es en sí; y que Dios luego pone lo que de su parte falta, lo cual también acaesce en el caso presente; onde Tobías, conforme á esto, dijo á su hijo como por última despedida (Tho., IV b): Busca siempre con diligencia el consejo del sabio: bendice á Dios en todo tiempo y demándale que enderesce tus vías, y todos tus consejos permanezcan en él.

Primero le dice que busque siempre con diligencia el consejo del sabio (lo cual es cosa muy necesaria en este camino para bendecir á Dios en todo tiempo); y después que pida á Dios que enderesce sus caminos, que son los deseos, por los cuales se va el ánima á Dios; los cuales tanto serán más derechos cuanto el ánima estuviere más recogida y apartada de toda criatura; que es como una manera de rodeo para ir á Dios, el cual atajamos por el recogimiento, aunque no sin trabajo. Lo que más dijo Tobías fué que permanesciesen todos nuestros consejos en Dios; lo cual hace el que pone todo su estudio en inquirir y buscar cómo se podrá llegar á Dios muy estrechamente; y para esto busca persona que lo pueda industriar según su deseo, y darle los consejos que conviene, de los cuales dice el Sabio (Prov., XII b): Seguírseles ha gozo á los que comienzan consejos de paz. Aquí habla el Sabio del maestro y del discípulo, á los cuales se sigue gozo en Espíritu Sancto; porque ansí la conciencia del que enseña como del que es enseñado experimente un contentamiento y placer espiritual, si conoce que al otro da Dios alguna gracia, y tiene en más el que enseña esto darla Dios al otro que si se la diese á sí mesmo; onde allí verdaderamente conosce el hombre el dicho de Sant Pablo (I Cor., XIII b), en que muestra cómo la caridad no quiere lo que es suyo, y se goza á la verdad.

Cuando el maestro y el discípulo son los que convienen y Dios corresponde, dando fuerza á los sanos consejos que humilmente son obedescidos, engéndrase un amor del discípulo al maestro, que cuasi como á Dios lo teme y lo ama; y es verdad que acontesce temblar delante dél, aunque sea el hombre más manso del mundo, y tenerlo en tanta reverencia y acatamiento, que el mesmo discípulo se espanta; y esto no es cosa humana, ni que se adquiere ni procura de una parte ni de otra, sino que como el discípulo va aprovechando en el recogimiento, va cresciendo en él este temor de no ofender á su maestro en las cosas tocantes al recogimiento; y el amor es tal, que en viéndolo luego se le mueve el corazón á devoción del Señor, y tiénelo en tanta reverencia, que cuasi como á Dios le obedesce; y así se le asientan en el ánima sus consejos que le duran toda su vida, según aquello del Sabio (Prov., XII c): El que es suave vive en moderaciones de consejo. De la suavidad que el discípulo rescibe de Dios mediante los buenos consejos del maestro se siguen las cosas dichas; la cual si se pierde pierde consigo lo que havemos puesto que con ella se cobra, mas todavía queda en el ánima del tal una vergüenza de parescer delante del que lo havía enseñado, que no osa mirarlo á la cara.

Si alguno en esta vía fuere discípulo y no amare á su maestro más que á su padre ó madre ni á otra cualquier persona, crea que no ha gustado qué cosa sea tener maestro que le enseñe el recogimiento. Puede ser también que la culpa esté en el que enseña así como en el que es enseñado; porque cuando el maestro no acierta en la vena del corazón, no saca la sangre del amor y temor ya dicho; y también puede ser por culpa del discípulo, mayormente si es persona doblada que va á tentar é nunca se acaba de subjectar, y defiende su parescer, y no se fía del que lo enseña, antes se tiene por tal como su maestro; é si va, no es sino por una manera de cumplimiento, y anda cotejando paresceres y examinando sanctidades, é no es fiel en las cosas que le son mandadas obrar, es curioso en el preguntar, descuidado en oir y obedescer, remiso en el orar, entremetido en otras cosas que no le traen provecho. Este tal no es discípulo del recogimiento, aunque á él le parezca que sí, porque de aquéste está escripto (Sap., I b): El espíritu sancto de la disciplina huirá del fingido.

Si verdaderamente quieres ser discípulo del recogimiento, has de ser verdadero discípulo ó no serlo, y dejarlo del todo antes que entres en ello; porque si comienzas y tornas atrás, costarte ha caro después; ca, según he visto, los que en algún tiempo fueron recogidos y lo dejaron,siempre paran en mucho mal si lo dejaron sin justa causa; empero, si has de seguir el recogimiento, este muy necesario ser primero discípulo de quien te lo sepa enseñar; é si no me crees á mí que te digo serte muy necesario que busques maestro en esta vía, nota esto que dice un sancto: Es de saber que el hombre más fácilmente y en más breve tiempo podrá venir á la perfección si tuviere idóneo maestro, por el recogimiento del cual fuere guiado, cuya obediencia siguiese en todas las cosas grandes y pequeñas totalmente; en más breve tiempo vernía éste á la perfección que no otro, aunque sea de muy claro ingenio y tenga muchos libros, en los cuales halle escrita toda la perfección, si no quiere seguirse por maestro; y más digo: que nunca el Señor le administrará su gracia, sin la cual ninguna cosa podemos, al que tuviere quien lo pueda enseñar y no quiere seguir el consejo del otro, antes es en ello negligente, creyendo que él basta para si mesmo, é que por sí podrá investigar y hallar todo lo que ha menester.

Este camino de obediencia es camino real, que sin trompezar lleva á los hombres á lo alto de la escalera á que el Señor está arrimado. Esta vía llevaron todos los sanctos padres del yermo, y los que alcanzaron la perfección todos fueron por este camino, salvo si Dios por sí mesmo ha enseñado algunos por previlegio de especial gracia, faltándoles ó no hallando quien de palabra los enseñase; porque entonces la piedad divina por sí mesma suple lo que falta y no se halla de fuera; por lo cual el Señor lo repara y suple de dentro, si con humilde y ferviente corazón demandan.

Esto dice un sancto; por eso tú, si quieres seguir el recogimiento, mira que no menosprecies ser discípulo, aunque seas viejo y el que te hoviere de enseñar sea mancebo; porque te certifico que yo he visto hombre de sesenta años estar en este caso subjecto á otro de menos de veinte é siete; pero bien le pagó Dios la humildad.

De una cosa te aviso especialmente si hovieres de ser discípulo, y es que hagas caso de las cosas que te acaescieren en este camino, por pequeñas que sean, y todas las digas á tu maestro, para que te declare lo que es y cómo te devas otra vez haver en ello para lo conservar, ó si no es bueno, te diga cómo lo has de desechar y guardar de ello. Y también te aviso que si topares con tal maestro, que te des muy subjeto á él en gran humildad, y le des crédito si tiene experiencia de las cosas tocantes á este negocio; porque si así lo haces, sepas que te imprimirá su espíritu y buenas costumbres; é aun por la gracia del Señor te vernás á conformar con él en las gracias y dones interiores; empero, déveste dar á sus manos discretas como cera blanda ó como barro muy amasado, para que haga de ti todo lo que quisiere.

Y para que creas lo que te dije, certifícote que yo conoscí un mancebo que en esta vía del recogimiento quiso seguir los consejos de un sancto viejo con toda su posibilidad, y cada día le preguntava cosas que hablava nuevamente en este camino del recogimiento; é á cabo de un año apenas havía el viejo rescebido cosa del Señor que el mancebo no tuviese en lo interior alguna experiencia dello, y quedó hecho cuasi dechado suyo: bien creo

que fué en gran parte por los meritos de este sancto varón.

CAPÍTULO V

De cuán bueno ha de ser el maestro.

Ahora no queda sino que hablemos con el maestro para ver qué tal ha de ser, porque aquí está la llave de lo que hemos dicho, y aun la llave de todas las religiones de la Iglesia universal. Los buenos maestros no hay dubda sino que por la mayor parte sacan buenos discípulos, que después, muriéndose los viejos, suceden y pueblan las religiones; y ellos tienen aviso que los otros que después han de ser rescebidos sean informados de la manera que ellos mesmos lo fueron, para que los sucesores sean tales como los predecesores; así que, pues de los nuevos se vienen á poblar y regir sucesivamente las religiones, y vienen ellos á ser la mesma religión, síguese que la cosa en que más deven parar mientes y poner cobro los padres de las religiones ha de ser en proveer cómo los que nuevamente vienen sean informados en lo principal y en el tuétano de la religión, que es cómo han de haver el Espíritu de Dios é su sancta obra en sus corazones, y cómo han de orar á El de puro corazón; pues que esto es la cosa que más deve desear cualquiera de los religiosos del mundo; y á este fin se fundaron todas las religiones, é todos los otros fines sin éste son de muy poca utilidad; porque si el cimiento no es bueno, en ninguna manera puede ser bueno el edificio que sobre él se funda.

Si el espíritu de la devoción es fundamento principal de las religiones, sin dubda podemos decir que los enseñadores dél, que son los que tienen cargo de instruir é doctrinar á los que nuevamente vienen, son fundadores de la religión que de contino la fundan, y cuasi principian de nuevo siendo della conservadores, y plantándola nuevamente en aquellos que después la han de plantar en otros, no de otra manera sino de la manera que ellos la rescibieron.

Esto he dicho para que conozcan los tales en lo que son puestos; y más de verdad por que conozcan los que ponen á los que de su mano son puestos en esto, y tengan muy gran vigilancia en cosa que, según vimos, tanto toca á la religión, pues della depende todo el bien de las órdenes; ca, según verdad hallo yo, después de lo haver pensado profundamente, que la cosa que con más examen y lo que con mayor miramiento se devría en las órdenes cometer es el cargo de criar y doctrinar el nuevo corazón de aquellos que de nuevo vienen á las religiones. La cosa en que más se puede errar ó acertar es ésta; é la cosa que más importa de mal ó de bien, siendo errada ó acertada, es ésta. Donde, dado que todos los otros perlados errasen, pues que hay tantos reclamadores y los regidos no siguen ansí tan presto el yerro, claro está que presto se remedia; mas en este caso apenas se remedia lo que de su principio va menos bueno; ni hay quien diga: mal haces; porque el que lo ha de decir no sabe cuál es lo mejor ni lo peor como los otros reclamadores; é digo aun ir dañado lo que no va bien acertado, ca no basta ir en esto la cosa sin pecado, mas ha de ir con muy perfecta virtud; ca de otra manera las religiones se armarían sobre arena ó sobre el cimiento que se arman todos los otros estados que van según deven, cuyo cimiento es una probabilidad moral y aparencia de bien; empero esto aquí es ninguna cosa, pues antes que el que tú crías viniese á la religión se tenía eso.

Así como Sant Bernardo dice que en la via de Dios torna atrás el que no va adelante, así digo yo, en el caso presente, que no doctrinar á los nuevos en las cosas del espíritu es dañar el negocio y llevarlo errado como sobre falso; así que, bien mirando lo que se deve mirar, hallo que con mayor examen se devría cometer este cargo que las perlacías, ni predicaciones, ni las confesiones, ni vicarías; y dije las perlacías, porque ya los perlados sacuden aquesto del hombro y cométenlo á otro que lo haga, aunque lo deviera él hacer; empero, por las otras ocupaciones, no se entremeten en ésta los perlados, sino encomiéndanla; en lo cual no está el defecto, sino en ver á quién; porque si todos los otros oficios de la casa se dan á personas que tengan alguna experiencia y habilidad en ellos, éste que, según dije, es de la religión fundamento, muy mal mirado deve ser, pues que el tal maestro ó los tales crían personas que después han de ser constituídos en todos los oficios de la orden; y aun crían la mesma orden que en aquéllos está niña, y ha de crecer para que se conserve sobre la tierra. Por tanto, con mucha razón se han de reveer los perla-

dos en buscar con mucha diligencia suficientes personas para esto; y piensen que el padre de su orden les dice aquello que dijo el rey á José cuando le ofresció á sus hermanos y fué (Gén., XLVII b): Si conociste entre ellos haver algunos varones industriosos, constitúyelos maestros de mi ganado. Oficio es del perlado representar y ofrescer á los súbditos delante del rey, que es el fundador y padre de su religión.

Los fundadores y primeros sanctos que instituyeron las religiones son reyes, de los cuales reyes se llama rey Cristo. Lo que el perlado es obligado á hacer es ofrecer y representar á los súbditos, que deven ser como hermanos suyos delante del padre de la religión suya, por cuya regla son regidos; y por esto lo llamó rey, según el oficio de regir que puso nombres á los reyes, porque para esto fueron antiguamente elegidos. No hay dubda sino que lo primero que á éstos deve ser dicho, según razón, por la boca del rey, es que tengan especial cargo de proveer los corderos, dándoles maestros industriosos para que tengan cargo dellos, lo cual hizo Cristo cuando encargó mucho á Sant Pedro que apacentase sus corderos. Onde si los que nuevamente vienen á la fe han de ser con especial aviso apacentados con el pasto de la verdadera doctrina, según mostró Cristo en el gran cuidado que tuvo de los encomendar á Sant Pedro, no sin gran misterio encomendaría al perlado que está constituido sobre su reino, que es su orden, cuasi por él y en su lugar, como José sobre el reino de Egipto por la mano del rey della.

Lo que primero á éste sería encomendado, si la razón hablase, sería que tuviese cargo especial de buscar maestros para que curasen los corderos y reses del Señor, que son los que nuevamente vienen á las religiones, que han de ser con gran diligencia proveidos de idóneos maestros que los apascienten, mediante su industria, en el prado de la devoción interior, que les han de procurar con todas sus fuerzas y poder, según la cosciencia amonesta haver de ser hecho. Digo la consciencia, esto es, de aquellos que la tienen buena y la oyen en lo que deven.

Muchas cosas se tocan en aquella breve razón que se endereza á los perlados para que sean vigilantes acerca del negocio presente. Cuanto á lo primero, es de notar que aquella razón no es dirigida á los perlados menores, sino á los mayores; porque á los menores, si no son mudables, no pertenesce elegir muchos maestros, sino uno; empero á los perlados mayores, que han de proveer muchas cosas, conviene elegir muchos, á los cuales se endereza aquella razón; no por otra cosa principalmente, sino porque, siendo los tales maestros elegidos entre muchos, sean mejores; ca, según dijo el Sabio, entre mil se había de elegir uno. Onde elegirlo entre veinte ó treinta es de verdad muy poca cosa; é no digo ser poca cosa porque entre veinte ó treinta no havrá uno bueno (ca esto sería error aun pensarlo), mas dígolo porque la gracia del enseñar las cosas espirituales es un don especial por sí, no á todos los justos concedido; mas el Señor, que divide los dones según le place, lo da á quien él tiene por bien.

Muchos son en sí justos, y no saben industriar á otros en la justicia espiritual y secreta oración; y por esto me agradó mucho una sentencia que una vez oí á un sancto varón muy experimentado en las cosas de Dios, y fué: que si en alguna parte se hallase alguno que tuviese gracia en enseñar estas cosas, lo havían de traer por toda la provincia é hacerle que anduviese por todas las casas á enseñar á sus hermanos las cosas espirituales de la oración según toda su posibilidad. E yo sé una provincia donde se hacía esto; é los que no lo alabavan conoscieron después cuán buena cosa era, y alabaron mucho al Señor.

Puede alguno decir que no se podría de ligero conoscer esta gracia en aquel que la tiene, y por eso no se podría buenamente esto hacer. A esto dice el cristianísimo Gersón que es obligado el religioso á responder enteramente la verdad á su perlado cuando le pregunta de las cosas interiores que Dios le ha comunicado, y á declararle por extenso según su voluntad lo que acerca desto le pregunta, para que el perlado disponga de aquellos bienes de la orden según viere convenir á su república é común utilidad de sus frailes; é yo creo que el perlado, pues en lo espiritual ha de ser solícito, es obligado á saber é inquirir esto, para que la orden se sirva y aproveche de aquellos bienes, pues son suyos y dados más para su provecho é utilidad que no para el particular provecho del religioso, según muy espiritual y profundamente se saca de la doctrina del bienaventurado Sant Pablo,

que habla del servicio y provecho que los miembros se hacen unos á otros; donde se concluye y se tiene por cosa averiguada que, así como los pies no andan para sí mesmos, sino para todo el cuerpo, y ansí como los ojos no ven para sí solos, sino para todo el hombre, ansí los religiosos que resciben de Dios algunos especiales dones no los deven esconder ni pensar que son suyos proprios, sino de la orden á la cual deven servir con ellos.

Destos bienes havían de inquirir secretamente los perlados más que de las rentas, y tanto con más diligencia y primero, cuantos son éstos de más utilidad que los otros, pues se enderezan á las ánimas y los otros á los cuerpos. E porque este espiritual examen no ha de ser apresurado, ni ha de proceder como en las otras cosas, sino por una manera de familiaridad y por unos rodeos secretos de tiempo antiguo tenidos, se dijo en la principal autoridad á Josef: Si conociste; no si conoces agora, sino si en los tiempos pasados conosciste.

Este examen de aquestos maestros no ha de ser de manos á boca, en breve, sino por una larga familiaridad, en la cual vaya conosciendo el perlado diligentemente el vulto interior del ganado, porque en esto y en todo otro cargo que haya de ser dado alguno se deve el perlado acordar de aquello que Sant Pablo escrivió á Timoteo, diciendo (I Thim., V d): A ninguno pongas de presto las manos.

En esto de que hemos hablado yerran los perlados que no son familiares á los devotos religiosos, antes á los más devotos comunican menos y paresce que huyen dellos, y se dan familiares á los serviciales y que en las cosas acá exteriores tienen alguna habilidad, é de los que singularmente son recogidos no tienen cuidado, viendo que aquéllos no les dan pena alguna ni los importunan; ca todo su intento tienen puesto en importunar á Dios buscando é demandando é llamando á la puerta de su misericordia. Si los perlados dejan estar á estos tales y no se comunican con ellos por no desasosegarlos ni darles quietud, bien hecho es; empero, si lo hacen por no se ver confundidos delante dellos, como se vee la frisa delante del carmesí, muy malo es; porque con aquellos tales havían ellos de confesarse y tomar consejo, y amarlos con muy especial amor, y amonestarles favor en todo bien, y no consentir que el mosquito de aquellos sonase más que el camello de los otros.

CAPÍTULO VI

De la edad que ha de tener el maestro.

Es también de notar que en aquella razón primera no se hace mención de la edad, aunque parezca muy bien en los que han de ser maestros de otros; porque lo primero que se deve mirar es la gracia, según dije; á la cual si se junta la edad, tanto mejor; empero, si faltan las canas, no por eso el tal deve ser desechado, pues no hay más venerables canas que las buenas costumbres; y la bondad deva suplir la edad, en cuyo ejemplo se dice el rey pacífico (Reg., II e): Viendo Salomón á un mancebo de buena crianza é industrioso, havíalo hecho presidente.

Aunque sean menester muchas condiciones para que el maestro de que hablamos fuese tal cual conviene, porque si todas juntas las pusiese parescería desechar cuasi á todos de este oficio, de lo cual vernía más daño, solamente quiero hacer aquí mención de una condición que deve tener, dejando las otras al juicio de los que tienen cargo de proveer esto, de que han de dar muy estrecha cuenta á Dios si no hacen lo que deven, y si lo hacen serles ha bien pagado, no solamente del Señor, mas de los que fueren bien enseñados, que cada día los bendicirán.

Si buscases maestro, ten todas las maneras que lícitamente pudieres para saber si es experimentado, si han pasado por él las cosas que te ha de enseñar; é si no, que sepa todas las otras cosas y se haya dado á todos los otros ejercicios; déjalo en este caso y no les des parte deste negocio, porque mal dirá el cantar que no sabe; porque así como el que no sabe pintar no te podrá sacar pintor, así el que nunca fué recogido no te podrá dar consejo en el recogimiento, antes me puedes creer que te dañará mucho é te dirá una cosa por otra. Y aunque hable mucho desto, en no hablar la boca de la abundancia del corazón no puede hablar á tu corazón, al cual es menester que hable; é si preguntas cómo, deves saber que en este camino el que más ha de hablar es el discípulo, preguntando las dudas que mucho juntas le ocurren é diciendo lo que siente para saber qué cosa es; y el maestro le ha de responder más al corazón que á las palabras,

más á lo que quiere decir que á lo que dice, porque estas cosas no las puede el que pregunta del todo explicar. Empero, el que ha pasado por ellas puédelas del todo entender; y aun en comenzando á hablar el que pregunta, en tres palabras que diga, aunque mal dichas, le dice que no sabe declararse, y él le dice cómo ha de preguntar aquello, é la manera como se suele sentir, é la diferente manera con que suele venir. Y acontesce otras veces que el discípulo quiere preguntar y no sabe la manera como comience á decir lo que siente; y entonces el avisado y ejercitado maestro le comienza á contar algunas cosas que los de su manera suelen sentir. Si es principiante ó mediado, dícele cosas que suelen venir á los que se han ejercitado como él en aquello; é mirando aún otras muchas circunstancias que se requieren considerar, así como la complexión de aquel que á las veces lo puede engañar, pensando que son de gracia las cosas que son naturales; é mirando la manera de la gracia que hasta entonces ha tenido, la cual puede estar más ó menos intensa y parecer otra siendo la mesma; é mirar el oficio ó estado que aquél tiene, ca suele acaescer á los que se ejercitan en el recogimiento otras cosas que, aunque son buenas, no son de aquesta vía; empero sucedieron por otra razón ó causa, y otras muchas cosas que el prudente é sabio maestro deve mirar para responder é informar á su discípulo; cuyas respuestas, cuando son según deven y que proceden de la experiencia, encájanse en el corazón del que pregunta y conoce que de las cosas que ha tenido le procede tan satisfatoria plática, é dice aquello de Salomón (Prov., XVI c): El que es sabio de corazon será llamado prudente, y el que es de dulce palabra hallará mayores cosas: fuente es de vida la doctrina del que posee.

El que, no poseyendo el recogimiento, presume enseñarlo solamente porque lo ha leído, no es fuente la doctrina que enseña vida, pues no mana en él por operación lo que enseña por palabra; y éste tal no es sabio de corazón, pues su corazón no sabe á qué sabe lo que está en la boca; y éste no es llamado prudente, sino atrevido, pues que se atreve á enseñar lo que no quiere obrar, lo cual es en este caso peor que en todas las otras cosas. Devría el tal tener en la memoria aquella sentencia del apóstol qne dice (Rom., XV d): No oso hablar cosa que Cristo no obra por mí. Unos tienen gracia en una cosa, otros en otra; Cristo obra en unos una virtud y en otros otra. Hable cada uno en aquello que Cristo obra en él, y en lo demás deve dar la ventaja al otro, ó confesar que de aquello que dice no sabe más de lo que habla por la boca. Onde yo conocí un gran maestro en sancta Teología, no menor en humildad que en esciencia, el cual hablando del recogimiento con un varón muy ejercitado en él, aunque era simple, después de le haver dicho muchas excelencias del recogimiento, decía: Esto mejor lo sabéis vos que no yo, pues que sabéis á qué sabe, é yo no he dicho esto sino porque lo hallé así escripto, empero no hace mucha impresión en mí; más creo que hará en vos, moviéndoos el apetito de los gustos pasados.

En grandísima manera aprovecha al discípulo el crédito que tiene, si sabe que el maestro que le enseña ha gustado lo que le enseña; y más le mueve un ejemplo que de sí mesmo fielmente le dice que cuantos lee escriptos, porque los ejemplos de los pasados cuasi más espantan á los simples que provocan, teniendo á los que pasaron por más que hombres, y á los que presente ven tiénenlos por hombres muy flacos; é viendo que aquéllos alcanzan algo de Dios, piensan que también ellos alcanzarán.

E también da mucha confianza al discípulo ser particularmente certificado de cuán bien le ha ido en haver él seguido ejercicio; é oyendo esto, se convida mucho á lo seguir él también, pensando que Dios también le hará á él mercedes. Según esto, conocí yo uno que para provocar á un amigo á seguir el recogimiento determinó de le decir cuán dichoso se havía él hallado en haver topado con tal ejercicio; é certificóle que preciava más este ejercicio que todo el mundo, aunque para siempre lo hoviese de poseer lícitamente, é que ya no creía los bienes que deste ejercicio se decían, porque ya en sí los conocía; onde acerca dello no tenía fe, sino experiencia; lo cual oyendo el otro y teniendo crédito que le havía dicho verdad, como de hecho era, comenzó con humildad á seguir esto, é antes de muchos días yo le oí decir al nuevo discípulo, después de haver estado un hora en oración: Aunque Dios Nuestro Señor no me diese por lo que hasta agora le he servido más de lo que me ha dado en una hora que he estado allí, me ha

pagado muy bien; é si lo sirviese de aquí al día del juicio y me diese en pago otra tanta gracia, también sería bien pagado, aunque yo espero muchas mayores cosas dél. Después dijo éste á su maestro, estando yo presente, en respuesta de las promesas grandes que el otro le havía hecho si perseverava en se recoger: Padre, ya vos sois libre de todo lo que me prometistes; yo me doy por muy satisfecho; en ninguna cosa havéis salido falto; Dios ha cumplido en mí vuestras promesas; ya de aquí adelante por mí quedará si lo que el Señor me ha dado no se conserva.

Estos ejemplos te he puesto aquí para que conozcas cómo si tu maestro fuere experimentado él te animará y por diversos rodeos te provocará al negocio; é si desmayares, él te esforzará; y aun si muriere en ti la voluntad de perseverar, él la resucitará; é si estuvieres triste, él te dará el remedio y te dará ejemplo orando delante de ti, y orando por ti, y hablándote lo verás que ora y está recogido, y conocerás por las señas exteriores lo que dentro tiene; y así serás muy provocado, lo cual no podrá hacer el que no tiene experiencia, sino solas palabras.

CAPÍTULO VII

De cómo la experiencia es más necesaria al maestro.

Todas las condiciones del mundo que en uno se halla ser buenas apenas podían igualar á sola experiencia que se hallase en otro; según lo cual dice el Sabio (Ecles., XXVI c): Ninguna ponderación es digna del ánima que contiene; conviene á saber, la gracia del Señor en sí mesma; porque sin duda parece que la mesma gracia, que dentro tiene, echa fuera envuelta con las palabras, y que la tiene derramada en los labios de su boca, como dice el psalmo (Psal. X): Cosa es de todos conocida que cuando alguno tiene en sí alguna pasión y la siente dentro, que sus palabras tienen en los otros mayor eficacia para mover en ellos la mesma pasión; ca si alguno está muy triste sintiendo en sí causas de tristeza y hablase de cosas tristes, parece que da á sentir á los otros alguna de la tristeza y fatiga que él tiene, y así se duele con él; empero si habla cosas de tristeza sin la tener en sí, no mueve tanto ni la mitad, según parece en los predicadores, que cuando predican á la muerte de alguna persona que no tenían especial amor no mueven tanto á tristeza como cuando les duele mucho la muerte del que predican. De manera que el sentir la cosa da gran fuerza á las palabras, lo cual tiene mucha más verdad en el recogimiento que en otro ejercicio, por lo cual dice Salomón (Ecles., XII d): Las palabras de los sabios son así como aguijones y así como clavos hincados en alto, los cuales por el consejo de los maestros son dadas de un pastor.

Aquéllos se dicen en la Escriptura más verdaderamente sabios que saben á qué sabe el espíritu de la devoción, y con el saber tienen también el sabor. Las palabras de aquéstos son como aguijones para hacer aguijar los perezosos y como clavos que se hincan en el alto corazón de los que sienten las cosas de Dios; y estas palabras vienen de un solo pastor y Señor Nuestro, que nos quiere proveer mediante el consejo de los maestros que son tales cuales deven ser.

El que en esto quisiere ser buen maestro no deve olvidar á sí mesmo, mas ser muy solícito en el proprio aprovechamiento; porque, como dijo un gran varón: Tanto aprovechará el hombre en los otros cuanto aprovechare en sí mesmo; é si deja á sí mesmo por entender con los otros, todo se pierde y apenas sale cosa á luz. Lo que has de dar á los otros sea de las reliquias ó relieves del hombre pacífico, que ha de ser tu ánimo interior; empero si para ti no tienes abundancia, mejor te será callar, porque no se te vaya todo en palabras. Toma ejemplo en Ruth, la cual después de harta en el convite de Gooz (Ruth., II d), llevó de los relieves á Noemí. Si Dios te convida, apacienta primero tu ánima que proveas las ajenas; é lo que á ti te sobrare darlo has á los pobres, porque esta limosna deve ser de lo superfluo y no de lo necesario; como el ama que cría el niño de lo que á ella es superfluo, que es la leche, y no de lo que á la sustentación é vida della es necesario.

En todas las otras esciencias y ejercicios, si alguno una poca cosa quiere aprovechar á otros, acaesce crescer en él lo que tenía; mas en el recogimiento no es así, porque, según ha enseñado á muchos la experiencia, todos los que teniendo poco gusto dél se quisieron entremeter en aprovechar á los otros, dañaron á sí mesmos; é la causa es que, como para conservar y acrescentar lo poco sea menester

mucho cuidado y ellos se repartieron su cuidado en la maestría y enseñamiento de otros, é así hicieron á sus corazones mucha falta, lo cual sintieron cuando se les fué en palabras aquella poca obra que sentían en sí. No quieras, hermano, ser maestro antes que seas un buen discípulo y tengas, como conviene á maestro, copia y gran abundancia en la facultad que has de enseñar; porque si lo contrario haces serás como los pájaros nuevos, que sintiendo en sí alguna habilidad y deseo de bolar, toman el buelo antes de tiempo y sálense del nido bolando; mas muy presto se cansan y caen, no podiendo tornar á su nido y al reposo que dejaron por haver tomado el buelo antes de tener las alas duras. Pero decirme has que la obediencia te ha hecho maestro; ella te puede dar el oficio, mas no la suficiencia; ca ésta es de arriba y desciende del Padre de los hombres; y creo que eres obligado á responder muy de corazón á los que te dan el nombre, como tú no tienes el hecho que se requiere para serlo de verdad; y si porfiaren deves obedecer como en las otras cosas, porque á ti no se te siguirá mal dello con esta condición que te obliga muy estrechamente á decir de ti lo que sientes, según todo tu buen juicio; é después de dicho irá e cargo sobre los que te mandan y la pérdida sobre aquellos que has de doctrinar en lo que no sabes. De los cuales muchas veces he mancilla, no por el mal que les enseñan, que esto, gracias á Nuestro Señor, nunca lo he visto ni lo espero ver; mas he mancilla por ver que no les emponen en las cosas grandes, lo cual desea el gran Señor y magnífico Rey Nuestro Jesucristo, que da mayor gracia á los que más engrandescen su corazón para la recebir; é cuando, según dice el psalmo, se llega el hombre al corazón alto por vía alta de muy espirituales ejercicios, es Dios en nosotros muy más ensalzado; onde así como más honra al rey y al reino un cavallero que un escudero, así es más útil á sí é á los otros y más acepto á Dios uno que según deve sigue un gran ejercicio que no otro que sigue cosas pequeñas é de niños.

Algunos piensan que satisfacen á Dios y á sus consciencias en leer á los que han de instruir alguna buena doctrina cada día un rato, para que de allí aprendan, no dellos, sino de un sancto glorioso y aprovado, cuya doctrina es muy espiritual y sancta. A esto dicen algunos, que bien mirando en ello, que aquesto no es nada ni vale cosa; porque para sólo esto no havía menester maestro, pues que él por sí se la pudiera pasar dándole el libro. Este tal maestro, si alguno hay, sería como el físico que pensase curar y proveer al enfermo con solamente leerle un libro de medicina y no hacer otra cosa; lo cual sería cosa muy ajena de razón, porque los físicos antiguos no escrivieron medicinas ni maneras de física para cada hombre por sí, ni Pedro para Juan, sino todos en común, dejando al buen saber del físico el aplicar lo que ellos escrivieron según viesen convenir á tal ó tal persona; é saber aplicar esto es ser buen físico; de esta manera puedes tú conjecturar de ti mesmo.

CAPÍTULO VIII

De una razón en que los maestros deven ser avisados.

En una cosa querría avisar á los maestros presentes de que hablo, para que los discípulos dellos recibiesen la doctrina del espiritual magisterio más por entero y más de verdad en lo que desean, que es hallar á Dios y ser mudados en espirituales razones de carnales que eran en el mundo. Para lo cual deven tener aviso los que han de enseñar en esto que pongan mucha atención al espíritu del discípulo, y enderecen á él toda la solicitud que pudieren, no haciendo tanto caso de las cosas exteriores, pues que sin las otras son nada; las cuales aunque no se devan olvidar, deve mostrar á su discípulo que las tiene en tan poco que no hace caso dellas, para que, viendo esto el discípulo, ponga todo su estudio en las cosas interiores del corazón; de las cuales el maestro ha de demandar muy estrecha cuenta y mostrarse en ello muy solícito, no dejando pasar tiempo alguno, por breve que sea, de que no demande amorosamente cuenta. No te cures de preguntarle que qué hizo en tal ó en tal hora; sino qué pensó y qué piensa todas las horas del día: cuando va á la huerta, qué va pensando; cuando trabaja allá, qué es lo que piensa; cuando va algún camino, en qué fué imaginando; y también que te diga cuáles son sus pensamientos aun cuando está delante de ti; é según su respuesta has de proveer su corazón de las cosas que le convienen según su manera, así que nunca le falte que hacer en lo interior por una vía ó

por otra; y el defecto en esto ha de ser más reprehendido que no en las otras cosas acá exteriores y corporales; é cada vez que vieres al que ansí enseñas le deves preguntar qué es lo que hace su corazón y amonestarle que se guarde de vanos é inútiles pensamientos é cosas semejantes.

Si desta manera lo haces, serás como aquel buen pastor, del cual se dice (Exo., III a) que guiava su ganado á lo interior del desierto, y así de ser pastor de ovejas lo mereció ser de hombres, ca el pueblo de Dios apacentó en el desierto cerca de cuarenta años así como ovejas.

Según lo ya dicho, es de notar que lo primero que se ha de remediar en el discípulo de la vida espiritual ha de ser el corazón, como cosa que tiene más necesidad de ser socorrida; porque así como lo que primero forma en nosotros la naturaleza es el corazón, así él deve ser el primero que nosotros devemos reformar; ca, según dice Sant Buenaventura, el derramamiento de fuera procede de la disolución de dentro; y por tanto la raíz se deve comenzar primero á remediar para que cese lo que de allí procede. Y no te cures mucho de las manos ó de la cabeza, ni de los ojos, ni de los pies; porque si miras en ello, la hora que le mandas andar atento sobre las cosas interiores luego se componen los miembros exteriores é siguen al principal dellos, que es el corazón; si le mandas que ande siempre pensando en Dios ó guardando el corazón, para hacer esto ha de poner su ánima alguna fuerza y va pensativo y no se derraman sus miembros exteriores, ni se cura de hablar si está poniendo en recabdo el corazón; lo cual deve ser la cosa que primero le encomiendes en veniendo á la orden, y de lo otro no hagas mucho caso, que tras lo primero se viene sin trabajo; y si de lo exterior haces mucho caso, piensa el otro que allí va toda la importancia y no se cura de lo que más es, sino trae mucho estudio en lo que solo no vale nada, y deja lo que de sí es bueno y da bondad á lo demás.

E si dices que le has de enseñar las cerimonias, no lo niego; mas dígote que pienses que enseñarle eso, sin lo primero que tengo dicho, no es nada; y para eso un gato que supiera hablar y se hoviera criado en la orden bastava. Ten especial cuidado de enseñarle las cerimonias espirituales del corazón á Dios, que estotras acá exteriores viéndolas hacer á los otros las aprenderá, y también que en ellas será presto maestro; empero las del corazón, que él no puede ver, te encomiendo que le enseñes en lo primero: cómo ha de levantar el corazón á las cosas celestiales, cómo lo ha siempre de tener aparejado al Señor, cómo lo ha de recoger.

Esta muy provechosa razón que te he comenzado á decir para el aviso de cómo has de enseñar quiso sentir el bienaventurado Sant Bernardo, cuando escriviendo una forma de vida honesta que le havían demandado comienza diciendo: Porque nuestra doctrina proceda del hombre interior al exterior, en tal manera te conviene estudiar acerca de la pureza de tu corazón sin cesar, que el amador de toda pureza, Dios eterno, tenga por bien de sentarse en él, así como en el cielo, y guardarlo para si, según aquello de Isaías (Esa., LXVI c): El cielo es á mí silla, y el ánima del justo es silla de la sabiduría. Así que necesario es que con vigilancia procures enderezar tus cogitaciones á lo bueno siempre é honesto, para que temas de pensar ó meditar delante de Dios lo que en la presencia de los hombres con razón temerías decir ó hacer. Esto dice aquel glorioso santo para nos mostrar que seamos en esto semejantes á las arañas, según dice el psalmo (Psal. LXXXIX c); las cuales viendo rota su tela comiénzanla á reparar dende el medio, que en nosotros es el corazón, y ha de ser principio de nuestro reparo, porque dende él como dende punto de compás traigamos las rayas de la virtud y buenas inclinaciones á la circunferencia exterior de la honesta conversación.

Y porque dije que havíamos de ser como las arañas, mira que también se dice dellas que nunca duermen (Psal. CXX d); porque si fuese posible no havíamos de dormitar, ni dormir, siendo negligentes, si queremos guardar bien á Israel, que es nuestro corazón, que también se dice sanctuario de Dios, del cual manda él que comencemos el castigo hasta venir á lo de fuera del templo.

No pienses contradecir á la razón ya dicha aquello que se suele traer de Sant Pablo, que dice ser primero lo animal que lo espiritual, porque allí no habla Sant Pablo desta materia, sino del artículo de la resurrección; é si dices que moralmente se trae á este propósito, querrá decir, conforme á la declaración

de Sant Bernardo, que primero se ha de refrenar hombre en las costumbres animales y bestiales que tenía en el siglo que no reforme el espíritu en las cosas interiores; de tal manera, que antes que venga á la religión deje la vida bestial de pecador, y en viniendo, según te dije, lo impongas en vida espiritual de hombre muy razonable. Conforme á lo cual se dice que Sant Bernardo decía á los que venían á ser religiosos que dejasen el cuerpo fuera del monasterio y metiesen dentro el corazón, dándoles á entender que ya, á lo menos de entera voluntad, havía de estar en ellos reformada la vida corporal y animal, que venían á la religión á reformar el corazón.

Conforme á esto, sería muy sano consejo, al que quisiese ser religioso, que estando en el siglo, cuando le comienza á venir en voluntad de lo ser, él mesmo allá se provase en las cosas que acá piensa ser provado, así en el ejercicio de las virtudes como en los ayunos y cosas semejantes; é si allá en el mundo puede en alguna manera perseverar en algún bien, crea que en la religión podrá siempre perseverar, pues hallará mayor favor en muchas cosas para la virtud y menos ocasión para desfallecer.

Esto pongo aquí porque conocí una persona que lo hizo así y le fué muy bien dello. Así que la conclusión desta letra sea que ninguno ose ser maestro, sin tener primero experiencia de la vida espiritual que ha de enseñar, por que él y su discípulo no caigan en hoyo de algún error; ni ose tampoco con alguno comenzar ejercicios espirituales sin buen consejero; ca es peligroso, según aquello que dice Gersón acotando á uno de los padres del yermo: Si vieres algún mancebo que quiere por sí solo entrar al paraíso sin tener doctor, aunque tenga ya allá el un pie, échale mano del otro y derríbalo, porque de aquella manera nunca podrá entrar.

Algunos suelen acotar este dicho absolutamente, diciendo que han de apartar á los mancebos de los ejercicios espirituales; y no es así, ca no los deven retraer sino cuando se rigen por su seso, ca entonces son mozos y mochachos; mas cuando usan de consejo prudente de persona experimentada se deven tener por viejos; pues que se dejan al parecer de los que lo son, haciendo maestros de sí mesmos á todos los que resplandecen en alguna virtud, y comunicando el corazón al que conocen tener experiencia de las cosas espirituales que ellos quieren seguir.

EL NOXO TRACTADO

HABLA DE CÓMO DEVE EL HOMBRE REPRIMIR LOS DISCURSOS, DICIENDO: JAMAS PASE SIN CASTIGO LA SALIDA SIN PROVECHO.

Mucho sería de culpar el que haviendo de recebir en su casa á algunas notables personas se fuese della al tiempo que se presumía que havían de venir, ca paresceria menosprecio si no esperava á los huéspedes en su casa; de lo cual se podría seguir que el huésped buscase otra posada y el descuidado se quedase solo, porque otra vez escarmentase y aguardase al que havía de venir para le honrar su casa. Si el patriarca Abraham no estuviera en su tienda, no mereciera recebir á los ángeles que le honraron su casa y le prometieron un hijo que muy deseado tenía (Gén., XVIII a). Si Lot fuera negligente en recebir los peregrinos (Gén., XIX a) y no los estuviera aguardando a las puertas de la ciudad, no mereciera recebir los mesmos ángeles que lo libraron del fuego de Sodoma y lo pusieron en salvo. Si Labán no estuviera en su casa (Gén., XXIV d), no posaran en ella los varones que fueron causa que en ella sola y todas sus cosas biviesen. Onde si estas personas fueron solícitas en guardar sus casas, y guardar en ella á los huéspedes de cuya venida aún no tenían certidumbre, cuánta mayor solicitud espiritualmente deve tener cada ánima devota en esperar dentro en sí á Dios, que ha de ser huésped suyo.

Estamos por cierto muy certificados y apercebidos por la boca del mesmo Hijo de Dios que El con su Padre y el Espíritu Sancto vernán á posar con aquel que lo amare é harán morada acerca dél, no en otra parte sino en su ánima, que es aposentamiento donde Dios se recibe; empero es menester que el mesmo hombre esté consigo para rescebir al Señor cuando viniere. Sabemos que verná, empero el cuándo ignoramos, y por nos avisar el mesmo Señor que lo esperemos y estemos con

este cuidado nos dice en el evangelio (Luc., XII c): Estad aparejados, ca la hora que no pensardes verná el Hijo de la Virgen. No quiere el Señor señalarnos la hora en que ha de venir por que en todas las horas é tiempos estemos aparejados para lo rescebir cuando viniere; y esta vigilancia y aviso con que hemos de esperar su venida para nos dar el consuelo de su gracia é manifestarse á nuestros corazones ha de ser tan solícita, según el mesmo Señor dice, como lo es la de aquel que guarda su casa en la hora que sabe que ha de venir á ella algún ladrón, en la cual hora trabaja de estar dentro muy velando, por que no le escalen la casa.

Una diferencia hallo yo que hay entre la venida espiritual del Señor, la cual, según dice Job (Job, X c), es visitación que guarda nuestro espíritu trayéndole toda la provisión necesaria para su defensión; y la diferencia es que el ladrón entonces se da más priesa á entrar en la casa cuando el señor della está absente; mas Nuestro Señor Dios, como persona de mucha cortesía, no quiere entrar en la casa de nuestro corazón si nosotros mesmos no estamos dentro en él esperándolo; y entonces, según el mismo Señor dice en el Apocalipsi (Apoc., III a), llama á las puertas del consentimiento con sus sanctas inspiraciones, para que de mejor voluntad sea rescebido; mas cuando el hombre no está recogido ni dentro en su corazón, hácelo estar á la puerta cuasi burlando, llamando é diciendo al ánima aquello de los Cánticos (Cánt , V a): Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi sin mancilla, porque mi cabeza está llena de rocío, é mis cabellos llenos están de las gotas de las noches. No dice solamente que abra, sino que abra á El, dando en esto á entender que no deve abrir á otro sino á El; y queriéndole también en esto decir que cierre los postigos falsos del corazón y los portillos por donde ha saltado á se ir fuera de sí.

La hora que se aparta hombre de sí por dañosas distraciones se aparta de Dios; ca no es Dios amador de discordia, sino Dios de paz y amor y unidad (David, XIII). Llámala hermana suya, teniendo Dios respecto en esto á la humanidad que tomó, mediante la cual se hizo hermano nuestro, para que con más confianza nos lleguemos á El y como á pariente lo rescibamos con más obligación, é lo amemos más naturalmente, donde el nombre que se sigue, con que llama al ánima, es amiga, de la castísima amistad que suele haber entre los hermanos. A todos los hermanos abrimos de buena voluntad; empero de mejor al que más amamos; lo cual aplica el Señor á sí mesmo, llamándose hermano é amigo, que quiere decir muy amado hermano. Empero, porque el ánima adúltera, que por las variedades de los negocios mundanos y seglares en que no se deviera implicar ha desechado ya á Dios, por lo cual hoviera vergüenza y temor de tornar á El, pues que lo menospreció no una vez sino muchas, por quitarle esta vergüenza y empacho la llama el Señor paloma suya. No se contenta de la llamar paloma, mostrándole que si viene á El con gemido humilde la rescibirá; mas llámala suya, mostrando en sí más obligación de la rescebir, pues que es suya, é ninguno deve negar las cosas suyas. Para se mostrar prontísimo é muy aparejado para quitar della todo pecado y mancha de mal amor la llama también sin mancilla, porque tomando el ánima alguna osadía en se llamar limpia del que no puede mentir, no dubde llegarse al que la desea, aunque dél esté escripto (Sap., I q) que no entra en el ánima maliciosa ni en el cuerpo subjecto á pecados.

En lo que más se sigue, allende de mostrar cuán mucho ha esperado y espera cada día que se abramos el corazón, nos quiere notificar dos cosas que nos deven provocar á le abrir: La primera es que la cabeza de su divinidad está llena de rocío, que es gracia celestial figurada é incluída en la bendición dada á Jacob del rocío del cielo. La segunda, que sus cabellos, esto es, su sancta humanidad, que es como cabellera de Dios, está llena de las gotas de las noches, que son las fatigas de las pasiones que por nosotros pecadores padeció; ansi que, pues nos viene á dar gracia, haciéndonos grandes mercedes, y viene cansado de los trabajos que por nos ha padecido, razón es y mucha que abramos la puerta del corazón, dando lugar é solo él, encerrándonos y recogiéndonos para que le podamos mejor abrir y recebir con más aparejo; y más, que si no ve que estamos dentro en nosotros, pasarse ha delante, viéndonos derramados con distraciones dañosas é penosas; lo cual vemos figurado en Sancto Tomás, al cual no apareció hasta lo ver recogido con los otros y que ya iva tornando en sí.

Sabemos también que por ser idas las vír-

genes locas á do no devieran les fué negada la vista y buena habla del esposo; é que si Noé no estuviera dentro en el arca para tomar la paloma y meterla dentro la primera vez que tornó (Gén., VIII a), por ventura se estuviera fuera y careciera della. Por tanto, si queremos que Dios alumbre nuestro entendimiento como el de Sancto Tomás, y que como esposo virginal enamore de sí nuestra voluntad como las voluntades de las prudentes vírgines; y si queremos que como paloma nos enseñe el Espíritu Santo á gemir, ó por lo que en el buelo de la contemplación no podemos alcanzar, ó porque las aguas de nuestros pecados aun no son agotadas, menester es que estemos recogidos dentro en nosotros mesmos y no andemos distraídos en vanidad de pensamiento y negocios seglares ó mundanos; é que si por nuestra flaqueza algunas veces lo hiciéremos, tomemos de nos venganza para que la pena nos sea escarmiento y nos haga avisar, lo cual nos amonesta nuestra letra diciendo: Jamás pase sin castigo la salida sin provecho.

Dos maneras hay de salidas: unas sin provecho y otras provechosas; porque las primeras toca más derechamente nuestra letra, ellas sean las primeras de que hablemos.

CAPÍTULO II

De cómo el varón recogido ha de amar el encerramiento.

Este ejercicio del recogimiento aborresce toda salida, porque aun el mesmo nombre nos enseña que hemos de estar muy cogidos y muy plegados en nosotros mesmos, en tal manera que cada ánima que sigue el recogimiento sea como emparedada, cuya celda es el corazón, la puerta del cual es el recogimiento por do hemos de entrar en nosotros mesmos á manera de culebras que se quieren remojar y dejar el cuero viejo; las cuales después deste remojar en algún río entran por algún angosto y áspero lugar para dejar la vieja vestidura, á manera de las cuales, después de nos haver bañado en el río de las lágrimas siete veces por los siete pecados mortales, como Amán leproso, havemos de entrar por la puerta angosta; porque ancha es la puerta y espaciosa la vía que lleva á la perdición (Mat., VII 6), y muchos son los que entran por ella; empero muy angosta es la puerta y estrecha la vía que lleva á la vida y pocos la hallan.

El recogimiento es puerta angosta, por la cual sólo Dios cabe, y nuestra ánima que se trabaja de entrar con él sola, para poder así sola decir aquello de los Cánticos (Cánt., II b): Yo á mi amado, é mi amado á mí. En estas muy breves palabras solos están el ánima e Dios, los cuales solos entran por esta puerta angosta del recogimiento; y el Señor está delante, para que diga el ánima fiel haverla metido el rey á la celda del vino de la consolación interior, donde se ordena el amor perfectamente.

La puerta é vía de la perdición es la contraria del recogimiento, y se llama distracción ó derramamiento, que es un mal tan grande que por maldición fué dado á Ruben por el pecado que havía cometido y por la traición que havía hecho á su padre (Gén., XLIX a); donde es de notar que, si profundamente se mira, el principio de todos los males es la distracción y derramamiento del corazón; é todos los que van á la perdición entran por esta puerta muy ancha y por este camino muy espacioso, dando los hombres licencia á sí mesmos de imaginar é distraer sus corazones por todas las anchuras del mundo, y que salgan dellos, según dice el Señor (Mat., VII c), las blasfemias y los hurtos y todos los otros pecados que no saldrían á la boca ni á la obra si no se desmandasen primero del corazón. Por esta puerta de la distracción entran muchos, empero por la puerta estrecha del recogimiento muy pocos entran. Pocos hallan este camino, según dice el Señor, aunque acaesce buscarle muchos; empero la perseverancia lo muestra, y el Señor toma de la mano á los que por esta puerta quieren entrar dentro de sí á hallar la vida de la gracia que se aposenta en la silla del corazón.

Los que han entrado dentro en sí por esta puerta no deven salir del sanctuario de Dios, donde ya entraron; mas emparedarse y encerrarse cuanto más pudiesen en sí mesmos, que son templo de Dios, según dice Sant Pablo (I Cor., VI d), en el cual deven morar y no salir fuera, como si toda esta presente vida les fuese un treintanario cerrado que en la muerte se havía de abrir y desatar; en la cual ha de ser nuestra ánima llevada desta cárcel á confesar por entero el nombre del Señor.

En figura deste encerramiento espiritual

que devríamos tener dentro en nuestro corazón se dice de aquel sancto varón Josué (Exo., XXXIII d): El mancebo Josué, hijo de Nun, criado de Moisen, no se apartava del tabernáculo de Dios. Este sancto varón Josué subió con Moisen al lado del monte, y sucedió á Moisen por mandado de Dios para que metiese los hijos de Israel en la tierra de promisión, y por sus merecimientos hizo Dios muchas maravillas. Onde con mucha razón tiene figura del varón recogido no menos en las otras cosas que en la significación del vocablo, porque Josué quiere decir Salvador, y es cada varón recogido que procura salvar su ánima en este sancto ejercicio del recogimiento; el cual ejercicio puede muy bien decir aquello de Sant Lucas (Luc., IX c): El que perdiere su ánima por amor de mí, hacerla ha salva. Este Josué se dice ser mancebo, para que denote ser su juventud como de águila, pues en breve tiempo llevó los hijos de Israel á la tierra de promisión, que son los deseos del varon recogido, que del tal son llevados á la dulcedumbre interior que les es prometido.

Dícese más, que era criado de Moisen para que se conozca en este ejercicio tuvo maestro; el cual dije en la letra pasada ser necesario; y en el subir con él al lado del monte nos es mostrado que el humilde discípulo, que trabajó en todo obedescer é imitar al maestro en algo, le suele después parescer y aun en mucho; ca este sucedió cuasi en todo á Moisen, y Eliseo á Elías.

Dice más: que era hijo de Nun, que quiere decir eterno ó permanesciente, porque el seguidor del recogimiento ha mucho de permanecer en él y tener dello firme propósito y obras. Onde lo último que se dice de Josué es que nunca se apartava de la tienda ó tabernáculo de Dios, porque siempre ha hombre de trabajar cómo nunca salga de su corazón, teniendo la rienda á sus pensamientos é quitando todas las ocasiones que lo hacen de sí salir. Empero, porque acaesce que mientras el hombre se quiere más recoger sale con mayor furia el pensamiento á cosas diversas en que se distrae, es menester que hombre tenga aviso para que el corazón no siga al pensamiento yéndose tras las cogitaciones, ca las suele muy de presto seguir, lo cual llora Sant Bernardo diciendo: Ninguna cosa hay en mí más huidora que mi corazón; cuantas veces me deja y corre por malas cogitaciones, tantas veces ofende á Dios; mi corazón es vano y vago é instable, que cuando es llevado á su alvedrío caresce del divino consejo; no puede consistir en sí mesmo, mas es más movible que toda cosa movible; por cosas infinitas se distrae, é acá é acullá discurre por cosas innúmeras, é buscando holganza por cosas diversas, no la halla; mas siendo miserable en el trabajo, remanesce vacío de holganza; con sí mesmo no está concorde, mas de sí mesmo discorde; rehuye de sí, trueca las voluntades, muda los consejos, edifica cosas nuevas, destruye las viejas, las destruídas torna á edificar, las mesmas cosas otra y otra vez por otra y por otra orden muda y ordena, porque quiere é no quiere é nunca en un estado permanesce. Porque así como un molino se vuelve de presto é ninguna cosa desecha, mas cualquiera cosa que le echan muele, é si le echan algo gástase á sí mesmo, ansi mi corazón siempre está en movimiento é nunca huelga; ó duerma ó vele, sueña é piensa cualquier cosa que le ocurre; y así como el molino, si le echan arena deshácelo, la pez lo ensucia, la paja lo ocupa, así á mi corazón el amargo pensamiento lo turba, el no limpio lo ensucia, el vano lo inquieta é fatiga; mi corazón, mientras no se cura del gozo advenidero ni busca el divino favor, se aparta del amor celestial y se ocupa en el amor de las cosas terrenas; y cuando se escapa de aquéllas y se envuelve en éstas, rescibe la vanidad, y curiosidad lo lleva, el deseo lo convida, el deleite lo engaña, la lujuria lo ensucia, la envidia lo atormenta, la ira lo turba, la tristeza le da fatiga, y así con miserables desdichas se lanza en todos los vicios, porque dejó á un Dios que le pudiera bastar. Derrámase por muchas cosas desta parte y de la otra; busca do pueda holgar, y ninguna cosa halla que le baste hasta que torne al mesmo; es llevado de pensamiento en pensamiento, y es variado por diversas ocupaciones y aficiones, porque á lo menos sea lleno con la variedad en las mesmas cosas con cuya calidad no se puede hartar; ansi se resvala la miseria del corazón, quitada la divina gracia; é cuando torna á sí, mira lo que pensó y no halla cosa, porque no fué obra, sino importuna cogitación, por la cual de no nada compone muchas cosas, y ansí finalmente engaña la imaginación formada por la burla de los de-

monios. Mándame Dios que le dé mi corazón, y porque á Dios que manda no soy obediente é súbdito, á mí mesmo soy rebelde y contrario; donde á mí no podré ser subjecto hasta que á El no subjecte, y serviré á mí no queriendo, pues á El no quise servir queriendo, y por tanto, más cosas compone mi corazón en un momento que todos los hombres puedan acabar en un año; no estoy unido con Dios, y por eso en mí mesmo soy diviso.

Bien nos ha declarado este sancto la salida del corazón, según todas sus particularidades, y cuán sin provecho sea, y aun cuán dañosa sea á los varones recogidos; lo cual quiso sentir el Sancto Job cuando dijo (Job, XXI b): Salen á manadas sus mochachos, y sus pequeñuelos se gozan en juegos. A manadas salen nuestros pequeñuelos mochachos cuando sale de nuestro corazón el tropel desconcertado de los pensamientos, que son llamados mochachos por no tener seso ni orden ni concierto, y por esto para castigo suyo será bienaventurado el que les diere de cabezadas á la piedra que es Cristo. La razón, según dice Sant Jerónimo: El que para castigo de aquestos mochachos les diese de cabezadas á estas piedras, harálos asesar; lo cual hace el que conforma, aunque forzosamente, sus pensamientos con Cristo y con la razón, que es lo mesmo.

Puédese también decir que la piedra dura es la reprehensión que deve dar el hombre á sí mesmo cuando se halla vagueando fuera de sí en cuidados extraños, ó se halla descuidado admitiendo pensamientos inútiles al corazón, los cuales no se deven ir sin castigo, conforme á lo cual dice Ricardo: Acontesce que, puestos en oración, sufrimos fantasías de imaginaciones que con gran importunidad se ofrescen al corazón, mas por ventura devemos ser negligentes dejándolas sin nuestra reprehensión? no. Es mejor reprehenderlas duramente, y con la representación de la pena reprimir la provocación de la culpa, é castigar los pensamientos con otros pensamientos No digo que castiguemos nuestro corazón cuando se desmanda á pensar cosas torpes, porque esto ya está dicho; mas digo que lo castiguemos aun cuando se desmanda por cosas inútiles, porque la Escriptura dice que el Espíritu Sancto se aparta de los pensamientos que son sin entendimiento desvariados sin orden ni provecho; y en esto deves mucho mirar, porque Ricardo hace esta diferencia entre el varón bueno y el perfecto: que el primero castiga en sí todos los malos pensamientos, y el segundo todos los inútiles.

CAPÍTULO III

De cuán de raro has de mudar el lugar.

La segunda salida que á muchos tiene desasosegados y les quita el reposo es la mudanza de los lugares. Salen con buena intención de un lugar para irse á otros, ó procuran esto pensando que no es un sol el que alumbra su lugar y aquel do ellos han de ir é que no se rigen todos por un norte; engáñalos una poca de diferencia accidental y un pensar que es bien trasegarse como vino, y provar lo uno é lo otro, creyendo que en una parte hallarán lo que en otra echan menos, y que ternán más paz y contento espiritual quitadas algunas ocasiones que al presente le dan pena; las cuales no piensa hallar en la otra parte do quiere irse. Empero acaesce á los más (de lo cual pueden ser ellos mesmos testigos) que hallan las cosas más al revés de como pensavan, y son compelidos á hacer como los peces grandes que se crían en agua dulce, que por provar cosas nuevas vanse á la mar, y en gustando su sinsabor pésales de haver dejado el lugar do fueron criados, é tornan agua arriba, ca salieron á buscar paz y hallaron mucha penuria della; buscavan quietud, é halláronla fingida; buscavan ángeles, y hallaron hombres. Y permite Dios que les acontezca como á Noemí, la cual por evitar la hambre que sintió en Bethleen, fuese á la tierra de los moabitas (Ruth., I a), donde, aunque evitó un mal, que fué la hambre, cayó en otro peor, que fué la muerte, que se llevó su marido é sus dos hijos; y después con gran dolor é angustia tornóse á su tierra, donde lloró la primera salida que tan sin provecho le havía sido.

Medio mal sería si éstos hiciesen ansí y no hiciesen otras salidas tras la primera más aun sin provecho que no ella, en tal manera que de los tales se pueda decir aquello que de Hierusalem dice Jeremías (Hier., I b): Pecado pecó Hierusalem, y por eso es hecha movible. Apenas pueden las muchas salidas á diversos lugares é provincias carescer de pecado, onde uno de los vicios que la Escriptura más reprehende (Eccles., XXVII b) y á los hombres peor parece es la liviandad ó instabilidad, ó

ser el hombre mudable, que es lo mesmo al presente, y á los tales llama lunáticos, porque se mudan como luna, y llama cañas movedizas (Mat., II b) con pequeño aire de un liviano parescer, al cual sigue como los mochachos las mariposas.

Estos tales son hechos semejables á la vanidad, y como la veleta del tejado muy movibles, á los cuales dice el Sabio (Eccles., V b): No te des á todo viento ni vayas por todo camino. Son como Caín, cuya maldición fué (Gén., IV b) que anduviese vagabundo de tierra en tierra; y allende desto dice que se le andava la cabeza y tenía en ella gran movimiento. Así los instables é movibles todo lo quieren andar como los gitanos; é no solamente la cabeza, mas aun los pies les bulle siempre por ir á partes diversas, como si hoviesen de tomar lengua de todo el mundo.

Estos tales, aunque son viejos, no están confirmados; mas sin firmeza alguna son más mudables que el viento y como navíos sin áncoras; é son como árboles que después de se haver transplantado en el huerto tienen por hechar raíces, y andan escogiendo eras do tengan holganza en el ánima. La cual ánima acabarán de hallar hasta que corporalmente busquen también quietud en cuanto en sí fuere; conforme á lo cual dice el profeta Jeremías (Hier., XIV c): Plúgole mover sus pies, é no tuvo quietud ni agradó á Dios. Primero reprehende el mover los pies y luego lo que de allí se sigue, que es no tener quietud en el espíritu; la cual es aposentadora del Espíritu Sancto, y no se agrada del que no la tiene, que es el último mal en que paran los movibles.

Pues tan mala es la mutabilidad, no la permitas en ti pasar sin castigo; y, dejada aparte la obediencia, aconséjate que la cosa de que más te guardes sea la mudanza del lugar, porque siempre vi seguirse della muy poco provecho y á las veces mucho daño.

Dije que se quedase aparte la obediencia, porque ella no es mudanza, sino más que sacrificio; ca yo conoscí un religioso que pasava de una parte á otra contra su voluntad; empero, por la obediencia, á la cual, aunque no quería su sensualidad, obedescía su razón; y en el camino, después de pasado muy adelante su compañero, cayó él en un arroyo al pasar, y no pudiendo salir, ahogóse allí; empero, después fué revelado á una sancta persona que mucho orava por él cómo le fué contada la muerte por martirio.

Todas las mudanzas, ansí de una provincia á otra como de una casa á otra, te encomiendo que trabajes de evitar de tu parte cuanto te fuere posible, porque son muy contrarias al recogimiento, que no tiene respecto al lugar, sino al corazón; y para esto deves te acordar que dice el Señor (Luc., IX a): que permanezcamos en la casa que entráremos, y no salgamos de allí, y también dice en otra parte (Luc., X a), que no queramos pasar de casa en casa. Y Sant Pablo dice (I Cor., XV b) que seamos estables y no movibles, y él mesmo se alaba que no usó de liviandad; y en otra parte nos amonesta (Ephe., IV c) que no andemos fluctuando y mudándonos como niños, y también ruega á los tesalonicenses (I The., IV c) que trabajen de estar quietos.

Aunque según verdad, generalmente hablando, sea muy bien no ser el hombre mudable, sino permanescer en su lugar, algunas veces intervienen algunas causas que la mudanza sea provechosa y al salir de algún lugar se siga salir el hombre de algún vicio, que es la cosa que el justo más deve desear; empero todavía me parece que la cosa más acordada é mirada que el hombre deve hacer es mudarse de un lugar á otro; en figura de lo cual se lee que los hijos de Israel alzavan las tiendas al mandado de Dios y se salían de aquel lugar é no las tornavan á sentar hasta que el Señor lo mandava.

Si alguna vez estuvieres en duda si saldrás ó no de algún lugar, creyendo que en otra parte podrás más aprovechar, paréceme que deves oir el consejo del Sabio, que dice (Eccles., XI d): Confía en Dios y permanece en tu lugar, porque cosa fácil es en los ojos del Señor hacer súbitamente al pobre que sea honesto; y la bendición del Señor se apresura por hacer mercedes al justo, y en honra ligera fructifica su proceso.

La causa que suele mover á las devotas personas á salir del lugar do están y buscar otro es porque piensan aprovechar más en el otro lugar; é á esto responde el Sabio diciéndote que tengas confianza de aprovechar en el lugar do estás, y que permanezcas en él; porque si en él te quietas y asosiegas, cosa fácil es al Señor darte la honestidad interior de la gracia y la exterior de la conversación que tú deseas si por su amor la salida del lu-

gar conviertes en entrada de ti mesmo, para te esconder cuanto más pudieres.

En lo que más dice el Sabio de la priesa que se da la bendición del Señor para hacer mercedes al justo, nos quiere dar á conocer una cosa que acaesce hartas veces en esta vía del recogimiento, y es que muchos alcanzaron grandes cosas del Señor en muy poco tiempo, de lo cual se suelen otros maravillar, é á las veces escandalizar, no creyendo que tan presto se pudiesen alcanzar cosas tan grandes; á lo cual responde el Sabio que la bendición del Señor se apresura por hacer mercedes al justo, y en honra ligera fructifica su proceso. La conclusión de la salida de tu lugar sea aquella que de sí mesmo dice el Sancto Job (Job, II d): En mi nido pequeño moriré, y así como palma multiplicaré días. Aunque el nido y lugar donde tú estás te parezca pequeño en perfección, piensa que más vale la poca perfección bien guardada que la mucha mal guardada; é conténtate de multiplicar allí tus días, que son tus buenas obras, las cuales tanto son más claras cuanto en más escuro lugar son hechas, é aun aprovechan más, pues dan luz á los que más necesidad tienen della. Deves también ser como palma, yendo cada día aprovechando y nunca perdiendo el verdor de la justicia.

He amonestado que se guarden los varones de ser mudables, porque entre ciento apenas hay tres que hagan esto á devido y mejor fin, sino por otros respectos menos buenos, y por los descontentos que de las mudanzas voluntarias se suelen seguir, mayormente á los que tienen intento á se recoger y bivir en sosiego de espíritu, para lo cual son menester muchas cosas en que no caen los hombres, ni aun conocen las que tenían hasta después de perdidas. Si tú, hermano, quieres bien seguir el recogimiento, no salgas de ti, ni de tu provincia, ni de tu casa, ni de tu celda, ni de tu boca á hablar sin algún manifiesto provecho; y cuando salieres, deves ser tan cuidadoso de bolver presto, como lo es el pece que se suelta del anzuelo é se vuelve con gran priesa al agua.

CAPÍTULO IV

De las excelencias que tiene la celda si mucho te recoges en ella.

No se te haga de mal estar en tu cámara por amor del Señor, pues que El por tu amor hasta que murió estuvo en la cruz. Si la celda te es áspera y desabrida, piensa que muchos, por ventura en lo interior menos culpados que tú, están en escura cárcel y otros en purgatorio, y aun otros en el infierno; los cuales puede ser que partiesen deste mundo con menos pecados que tú tienes agora, é nunca saldrán de las profundidades infernales; de las cuales te librará á tí tu celda si la guardas y la tienes por cárcel de amor; á la cual te condenaste por amar al Señor, más que á otros que la tienen por sepulcro. Créeme, hermano, que la costumbre te la hará amar tan suavemente, que te sea cosa muy dura después apartarte della; empero antes que vengas á esto has de estar mucho tiempo en ella, aunque no sea por otra cosa sino por acostumbrarte á ella y avezarte á estar en jaula como ave del Señor, lo cual tanto puedes acostumbrar que luego te vuelvas á ella, como las aves que se encierran muy de su voluntad en las jaulas y retraimientos suyos por la costumbre pasada que las tiene muy domadas.

El varón recogido devría ser como el arca de Dios, que nunca salía de la interior y más secreta capilla del templo, y á este retraído lugar no entravan todos; y cuando el arca era traída por el desierto venía envuelta con tres coverturas para que viniese más recogida y encerrada; y esto sin el oro que cubría el arca de toda parte, donde se figura que no te deves contentar con el recogimiento interior sin el exterior, que también te es necesario para que el secreto y recogido lugar te provoque y convide á entrar dentro en ti mesmo, según aquello del Sabio: Entrando en mi casa, juntamente holgaré con ella, porque no tiene amargura su conversación ni enojo su compañía, sino gozo y placer. Si entras de voluntad en tu casa y te vas luego á la celda con deseo de la ver, haciendo cuenta que una hora que estés fuera della te es un día, y un día te es casi un año; si con tal deseo vuelves, holgarás juntamente con ella, esto es, en el cuerpo y en el ánima, porque su conversación no tiene amargura si tú no la traes de otra parte, y su compañía nunca te dejará enojo, ni pena, ni reñirá contigo; antes te dará placer en el cuerpo y gozo en el ánima por la visitación celestial, que más suele ser hecha á los retraídos que á los distraídos; y también los avisados presidentes suelen ocupar los que

ven fuera de la celda, porque la ocupación los torne á ellas; y no son enojosos ni penosos á los que ven retraídos, antes les dan placer y gozo favoresciendo su recogimiento.

Si buscas paz y sosiego, en ninguna parte lo hallarás mejor que en tu celda; en figura de lo cual se dice de la paloma que no halló do holgase su pie hasta que se tornó al arca (Gén., VIII b). En ninguna parte hallará sosiego el pie de tu buen deseo sino en tu celda; por ende, tiempo perdido será buscarla en otra parte; porque al fin no lo hallarás sino en la celda, en la cual nunca te pesará haver estado, ni te placerá haver della salido, dejando aparte las inevitables necesidades.

Entre los clérigos, aquel es tenido por mejor que más permanece en la iglesia; y entre los religiosos, aquél es tenido por más sancto que más permanece en la celda; y entre los seglares, aquél es tenido por más cuerdo que menos sale de su casa; lo cual mayormente se requiere en este sancto ejercicio, que recoge todas las cosas á lo más secreto, y no se contenta con meter al hombre en la celda, mas amonéstale que cierre las puertas y las ventanas por estar más retraído.

O hermano, si comenzases á gustar el retraimiento de la celda, é si conoscieses el bien que pierdes en perderla, y cómo estando en ella estás dentro en el seguro navío que te llevará al puerto de la vida entera; y estás en el arca de Noé que te subirá muy alto de la tierra, y te comunicará con los ángeles del cielo, subiéndote á montes de gran perfección. En ella estás como en tienda de campo muy favorescido de las armas de guerra, que son los espirituales ejercicios con que has de pelear contra el demonio.

Son, finalmente, tantas las excelencias del lugar retraido, celda, ó cámara, ó hermita, ó otra cualquier parte secreta donde se apartan los justos á orar, que me paresce poderse muy bien decir de la celda aquello del Sabio (Ecles., XXXIV d): Es guarda de la potencia, firmeza de la virtud, cobertura del ardor, pavellón y tienda del medio día, suplicación de la ofensa, favor de la caída, ensalzadora del ánima, alumbradora de los ojos, dadora de sanidad de vida y bendición. En estas pocas palabras ha tocado el Sabio muchos bienes que ocasionalmente causa la celda á los varones que se llegan á Dios.

Dice en la primera palabra que la celda es guarda de la potencia espiritual que el justo tiene para se llegar á Dios; la cual es amparada si se retrae á su celda, que es por esto figurada en el alcázar de David, donde la potencia de Daniel estava más favorescida.

Lo segundo favorece la celda á los que allá se retraen, observando la perfección dellos y fortificándolos para resistir, y por tanto dijo el Sabio que era firmeza de la virtud; y de aquí es que los varones espirituales, mientras más permanecen en sus celdas están más firmes en sus buenos propósitos. Onde muy bien se pueden comparar los varones recogidos en sus celdas á las águilas en sus altos nidos; las cuales, según se dice, desde allí examinan sus hijos volviéndolos hacia el sol, é parando mientes si lo miran derechamente sin pestañear, é si no lánzanlos de su compañía; cuasi de esta forma hacen los justos, cuando se entran en sus nidos, que son sus celdas, donde examinan todos sus propósitos y deseos, que son como hijos suyos; é si conocen que se enderezan cumplidamente al sol del glorioso mundo, que es Dios, afírmanse en ellos é críanlos hasta los poner en perfección; empero si los ven pestañear, no siendo tales como deven, lánzanlos de sí é afírmanse en los buenos.

Lo tercero da la celda favor á los justos templando la tentación, para que la puedan sufrir y no los fatigue tanto; é por esto dijo el Sabio que también era cobertura del ardor, lo cual hace amparándonos de las incentivas ocasiones que mueven los malos ardores que dentro en nos causó el pecado.

Favoresce también la celda á los justos, siéndoles causa de recreación y consolación espiritual, y por tanto le llama pavellón ó tienda ramada de medio día. E dice de medio día, porque en aquella hora es más necesaria la refección é consuelo á los que han trabajado hasta entonces; é también en esto nos da el Sabio á entender que no gustan el bien de la celda los que no perseveran en ella, á lo menos la mitad del tiempo que es figurada en el medio día.

Si quieres, pues, hermano, ser consolado y gustar las cosas de Dios, has de permanecer en tu celda; porque aquel es el lugar donde hace Dios el convite á los suyos y les da en secreto á gustar lo que muchas veces se pierde en público, según lo cual te es bien á ti permanecer en tu celda y esperar como otro

Daniel la comida que el Señor te ha de enviar.

Favoresce también la celda á los justos, dándoles mucha oportunidad de llorar en secreto sus pecados; que mejor los llora el hombre en su celda que en otra parte alguna; y por tanto, según prosigue el dicho del Sabio, es llamada suplicación ó petición de la ofensa; y según esto, á ejemplo del Profeta, deves hacer que en lo escondido de tu celda llore tu alma como otro Sant Pedro. No hay duda sino que el lugar donde lloramos nuestros pecados nos es favorecedor para con Dios, pues que dende él llaman nuestras lágrimas y sospiros á Dios mejor que la sangre de Abel llamava á Dios dende la tierra.

Item favorece la celda nuestra caída, guardándonos de una y muchas caídas que daríamos y dan los que tropiezan á menudo fuera della, ofresciéndose ellos mesmos á las caídas que no dieran si no salieran como Digna á ver lo que con sólo ser visto derriba y hace caer; según parece en David, que por salirse de su retraimiento á pasear por los corredores cayó en un lazo que le tenía armado el demonio para cuando saliese, del cual lo guardara su cámara si no saliera.

Favorece también en la celda á los justos, siéndoles causa, si en ella permanecen, que suban á gran perfección. Por ende añadió el Sabio que ensalzava el ánima á la perfección de las virtudes como otra arca de Noé sobre los montes de Armenia.

Alumbra también los ojos del ánima que tanto más claramente ven las cosas de Dios, por cuanto esto más se apartan nuestros ojos corporales de ver vanidades, retrayéndose en la celda, donde como otro Tobías serán alumbrados á cosas mayores, si se sientan con reposo en la celda secreta para pensar en Dios.

Danos también sanidad del mal dél, onde la celda es enfermería donde se retraen á ser curados los que Dios con su amor hiere; é tiene esta enfermedad tal condición, que no puede ser curada sino por aquel que la causó, y en parte conforme al lugar do fué causada. Dios la causó en el secreto corazón y El la viene á curar en la secreta celda.

Dice también el Sabio que da vida la celda, porque en ella resucita Cristo á la doncella, que es nuestra ánima, para que viva nueva vida con el espíritu de Cristo y el corazón nuevo que le cría el Señor.

Da lo último bendición, porque los permanescientes en las celdas son benditos del Señor, según se figura en Jacob, que por ser hombre recogido, que apenas salía de casa, alcanzó la bendición que perdió Esaú por salirse á caza. Según esto, mucho deve todo religioso ser amigo de la celda y guardarse de salir della cuanto más pudiere, examinando primero entre sí la causa de su salida y castigar en sí mesmo, según dice nuestra letra, la salida sin provecho.

En favor de las cosas ya dichas dice Sant Bernardo: Imposible es afirmar el hombre fielmente su ánimo en una cosa si primero no tuvo fijo su cuerpo perseverando en algún lugar; porque el que se procura huir la enfermedad del ánimo, pasándose de un lugar á otro, es como el que huye la sombra de su cuerpo; húyese á sí mesmo y tráese al derredor; múdase el lugar y no el ánimo; en toda parte se halla á sí mesmo, salvo si la mudanza no lo hace peor, así como suele dañar al enfermo que llevándolo de un lugar á otro lo atormenta. Y Gersón dice que en ninguna manera deve algún religioso salir de su monasterio á morar á otra parte de su voluntad si manifiesta ó grandísima ocasión de pecado mortal no interviene, la cual deve huir, si no es fingida del falso temor, que teme do no hay que temer.

Es tanta la astucia y maña que el demonio pone para distraer los varones recogidos, que anda buscando mil ocasiones por darles solamente qué pensar y ponerles algún cuidado en el corazón que les desasosiegue, mediante algunas cosas de más daño que provecho; y póneles en la memoria la sucesión de tal ó de tal negocio, é qué podrá suceder desto y qué podrá suceder de lo otro.

Contra la malicia del demonio, que anda por hacerte salir de ti mesmo, has de ser avisado, lo uno en desechar y apartar de ti cuanto posible fuere toda cosa que te sea causa de algún pensamiento, agora sea malo ó bueno ó indiferente; y no te maravilles porque haya dicho bueno, ca muchas veces acarrea el demonio buenos pensamientos al varón recogido por lo inquietar y traerlo á malos. Tú deves negociar y concluir todos tus negocios cuanto más presto pudieres, por solamente no tener en qué pensar, en tal manera que preguntándote á ti mesmo si tienes qué hacer ó en qué pensar, puedas responderte que no,

sino que estás muy pronto para guardar la fiesta del Señor y las fiestas de las fiestas, que no son otra cosa sino descanso y holganza tuya y de tu Dios, en la cual fiesta aun las obras penales de penitencia cesan, como parece en Judic (Judic, VIII), que ayunava todos los días de su vida, sacados los sábados, porque según dice el profeta (Esa., LVIII), este sábado, que es la holganza del recogimiento, ha de ser llamado sábado delicado, en el cual no hemos de hacer otra cosa sino holgar con el Señor, sepultándonos y encerrándonos en nuestros corazones, esperando cosas mayores.

Esto que hemos dicho se incluye en el mandamiento de guardar espiritualmente la fiesta del Señor, según se escrive en el Exodo, adonde se dice (Exo., XVI h): Huelgue cada uno acerca de sí mesmo, é ninguno salga de su lugar. No podemos holgar acerca de nosotros mesmos si no cesan del todo los cuidados exteriores que nos sacan de nuestro lugar, que es nuestro recogimiento; é tanto más holgaremos cuanto más cesaren.

Lo segundo que deves hacer ha de ser en remedio de lo primero, y es que, pues no podemos así descargarnos de los terrenos cuidados, á lo menos tengamos este aviso, que cuando vinieren los negocios al pensamiento se despachen presto sin vacilar mucho en ellos, como si dijeses á ti mesmo: Deste negocio, á la mejor parte, se podrá seguir esto y esto, y si va á la peor parte podrá parar en esto ó en esto; guíelo el Señor por do le pluguiere; tan buen corazón entiendo de hacer á lo uno como á lo otro; baste la pena que me dará cuando viniere, sin que desde agora me comience atormentar.

El determinar hombre tiempo y lugar para lo que hoviere de hacer ó pensar aprovecha mucho para no salir de sí á cada paso y tener algunas horas ó días para darse á la vacación del espíritu, en la cual se ve cuán suave es el Señor.

CAPÍTULO V

De otras malas salidas.

Otra salida hay muy más sin provecho que las ya dichas; la cual suele amonestar el demonio á algún religioso debajo de alguna buena razón, porque á los buenos nunca él los engaña sino debajo de algún buen parescer, para después traerlos poco á poco, si pudiere, á que den algún desmán, como hace el que pesca con anzuelo cubierto con cevo engañoso, y espera que pique recio; é si ve que es pece grande, no tira luego con fuerza para lo echar fuera, sino con alguna manera lo atrae á la orilla, é de allí fácilmente lo hace salir. Así hace el demonio cauteloso con algunos religiosos cubriéndoles el anzuelo de su engaño con una blanda y falsa razón que les representa, para que salgan de su religión; la cual delante de los ojos del hombre humano tiene alguna apariencia, aunque sea verdad esté otra cosa debajo. Desque ve el demonio que comienzas á picar, deseando tibiamente la exención y el salir, espera para te prender cuando piques recio determinándote á ello; é no te echa luego fuera, sino búscate por algunos rodeos oportunidad de haver el breve que abrevia tu perfección; y en viniendo hácete salir fuera del agua á lo seco, donde mueras presto sin zumo de devoción; y después de salido te hace conocer los males grandes que estavan ó están debajo del breve escondidos, para que ames abiertamente lo menos bueno é sin engaño te engañes ya á la clara, por que no tengas excusa.

E porque no me tengas por atrevido en haver dicho que hay no breves males encubiertos en el breve y coste que tú buscas, oye á Sant Bernardo, que dice á un pariente suyo que se havía pasado á otra religión más abierta: O mancebo sin seso, quién te engañó para que no pagases los votos tuyos que tus labios pronunciaron? o no sabes que por tu boca has de ser condenado ó justificado? para qué te halagan vanamente con la relajación apostólica, pues que la divina sentencia tiene tu conciencia atada? La sentencia de Dios dice (Luc., IX b): El que pone la mano en el arado y mira atrás no es convenible para el reino de los cielos. Por ventura hacerte han creer que esto no es mirar atrás los que te dicen: have placer, have placer? Hijuelo, si te dieren leche halagándote los pecadores, no consientas con ellos; no quieras creer á todo espíritu; ten muchos amigos, y de mil sea uno el consejero; quita las ocasiones; desecha las blanduras; cierra las orejas á las lisonjas; pregunta á ti, pues tú te conoces mejor que otro te pueda conocer. Mira tu corazón; examina tu intención; aconséjate con la verdad; respóndate tu conciencia: por qué tú fuiste? por qué dejaste tu orden é tus hermanos y tu

lugar, y á mí que era cercano á ti en la carne y más en el espíritu?

Si por bivir más estrechamente é con más rectitud y más perfectamente lo heciste, está seguro, pues no miraste atrás; mas gloríate con el apóstol, diciendo (Philip., III c): Olvidando las cosas que están atrás, me extiendo á las que están delante é sigo la palma de la gloria; empero, si de otra manera va el negocio, no quieras saber altivo, mas have temor; é perdonándome tú, digo que cualquier cosa que das á ti mesmo de más en el comer y en el vestido superfluo, en las palabras ociosas y en el discurso curioso y atrevido, todo lo que añades á ti más de lo que acerca de nos prometiste y guardaste, es sin duda mirar atrás y pecar y apostatar.

En breve ha tocado muy bien Sant Bernardo cuán dañosa sea la salida de la orden al religioso, aunque para ello tenga dispensación; y la razón es porque casi siempre acaesce la dispensación ser disipación por la falsa relación hecha al que la conceda. Pues que así es, no esperes á castigar esta salida tan dañosa después; mas antes que sea deves proveer en el daño que hará cuando viniere, el cual se figura en el libro de los Reyes, do se pone la salida y el castigo grande que hizo Salomón en el que no guardó el juramento, de los cuales se dice (III Reg., II f): Envió el rey Salomón á llamar á Semei é díjole: Edifica para ti una casa en Hierusalem, y mora allí, é no salgas dende á un cabo ni á otro, porque sábete que cualquiera día que salieres y pasares el arroyo de Cedrón has de ser muerto. Esto, según se dice en el mesmo capítulo, aprovó Semei, é dijo ser cosa buena, y que él la guardaría; mas después, vencido por pequeña ocasión, quebrantó el juramento y cayó en la pena que le impusieron, de la cual no se puede excusar.

El verdadero rey Jesucristo, Redemptor Nuestro, envía llamar á Semei cuando envía su sancta inspiración y ángel que mueva el corazón de alguno para que en la pacífica Hierusalem, que es la religión, haga para sí morada votando de permanecer en ella; y el que como Semei oye la inspiración y la aprueva y vota con promesa de juramento solemne, hace mandamiento para sí lo que antes le era consejo; y por tanto no ha de tomar Dios menor cuenta á los tales de los consejos que de los mandamientos, según lo hizo Salomón á Semei, al cual reprehendió gravemente porque havía quebrantado el juramento de Dios, que es el voto, el cual, aunque es más que juramento, harto se declara en llamarse juramento de Dios y mandamiento de rey.

E porque los votos esenciales de las religiones son tres, se dice que después de tres años salió Semei de Hierusalem, y fué castigado por haver menospreciado el juramento de Dios y preciado mucho á sus siervos, que por los tener él mal bezados y no tan domésticos como deviera se le havían ido, y para ir luego tras ellos aparejó su asno, en el cual lo llevaron después á la muerte.

Si tienes tus siervos, que son tus deseos, mal regidos, y se te van á cosas no lícitas, no aparejes tu asno, que es tu cuerpo, para ir tras tus malas cobdicias, por que no te venga un mal tras otro y se pierda todo: no se enseñoreen de ti los de tu casa, y serás sin mancilla.

Si salieren tus malos deseos á vaguear, no sean tus pies ligeros para seguirlos, si no quieres de Semei, que quiere decir obediente, ser hecho varón de muerte y que venga sobre ti, á lo menos en género de circunstancia agravante, todos tus males pasados, como sobre el otro, al cual reprehendió Salomón los males que havía hecho contra David, su padre.

Destas y de otras salidas malas y que tienen sabor de mal te has de guardar; porque el recogimiento del corazón presupone el recogimiento del cuerpo, el cual si tu menosprecias serás menospreciado.

CAPÍTULO VI

De algunas buenas salidas.

Dejadas estas salidas, hay otras buenas, porque unos salen fuera, como Sant Pedro, en muy amargas lágrimas llorando manifiestamente sus pecados (Mat., XVI c). Otros salen fuera del mundo á orar al Señor, á ejemplo de Moisen (Exo., XVI c), que para orar con sosiego salió de la casa del rey Faraón, y luego le fué otorgado lo que demandava al Señor. Donde, si tú quieres ser más perfecto y prestamente oído del Señor, deves salir de las cortes á orar, porque no son ellas casas de oración, sino de hombres mundanos, por los cuales deves orar como el sancto Profeta, mas saliendo de entre ellos.

Otros hay que, á ejemplo de Josué (Exo., XVI c), salen á pelear contra Amalech, que es el demonio, con el cual no hemos de pelear sino saliendo del pecado y de las ocasiones dél; lo cual se figura en esta salida de Josué, que salió de Egipto al desierto, donde hovo más gloriosa la victoria.

Otros salen, á ejemplo de Isaac (Gén., XXIV b), á meditar y pensar las cosas de Dios en el campo de la universal criatura; viendo el cielo sembrado de estrellas y la tierra de flores y el agua de peces y el aire de aves, contemplan de esto el Criador destas cosas por muchas vías.

Otros salen huyendo persecuciones y enojos y contenciones, á ejemplo de David, que salió de la ciudad huyendo de su hijo Absalón, que lo perseguía crudamente; y quiérense éstos conformar á Cristo, que por condescender á nuestra flaqueza se salía de Hierusalem de entre los fariseos que le querian bever la sangre y despedazavan su fama.

Otros salen de la alta contemplación á pensar en la hora é punto de su muerte, como Elias (III Reg., XIX c), que estando en el monte de Dios se puso á la puerta de la cueva, que tenía figura del sepulcro, dende la cual contempló el juicio de Dios que havía de pasar delante dél y las cosas que han de antevenir el juicio, que son muchas.

Dejadas estas salidas, más tocadas que declaradas, es también de notar que hay otras buenas más espirituales que corporales, onde acontesce á los que llevan la vía del recogimiento salir en voces ó en gestos exteriores. Las voces son una manera de gritos agudos muy sonables y penetrativos, y que no se determinan á palabra alguna, porque no proceden de la voluntad del hombre, ni se dan estos gritos adrede, ni vienen sobre pensado, sino por una manera de sobresalto é un alarido que se levanta del corazón, que no le pueden los tales evitar ni aun detener después de comenzado.

Hay empero dos maneras destos gritos, que unos tienen principio en alguna ferviente meditación con que los varones dados á Dios suelen mover su ánima; la cual siendo muy movida y estimulada sale algunas veces en aquellos gritos no pensados, como quebrando en ellos todo su deseo.

Otra manera hay de gritos, ó voces, ó gemidos que se causan de un fuego que se enciende en el corazón no por nuestra mano, y cresce á las veces tanto, que si no quebrase en gemidos ó gritos reventarían los pechos; y aun á las veces sin nada desto, andando el ánima olvidada de sí en algunos negocios, cuando torna á se acordar da un grito muy alto é muy delgado que paresce ponerlo en el cielo. Generalmente acontece que después destas salidas en gritos y voces queda algún descontento en el ánima, el cual, ó puede venir por algún empacho de haver sido oido, ó porque de hecho se siente menos gracia después que antes, ó por la flaqueza que el ánima conoce en sí, pues no se pueden sufrir en cosas pequeñas.

Allende de conoscer el varón recogido que estas voces son contra su voluntad, pues él no pensó dar la voz antes que la diese, ni cayó en ella hasta que la oyó é la sintió, ve también que no procede de su voluntad, porque acontécele muchas veces provar á dar otra voz semejante á la pasada y no puede ni la acierta á dar hasta que de suyo sale del corazón no fingida ni pensada.

Pues que estas voces son tan fuera de la disposición del hombre exterior y que no forman palabra alguna, no hay dubda sino que el espíritu del hombre obra según sus espirituales movimientos, principalmente y en la parte más alta del ánima, aunque en algo se sirve de lo corporal. Onde conforme á esto conocí yo un varón recogido, que despertó de un sosegado dormir oyendo cantar á su mesma ánima que de dentro de su pecho enviava una voz que parescía llegar al cielo con un tiple muy delgado; y la voz le pareció la mejor que jamás oyó ni espera oir mientras viviere en la carne, é no la oyó con los oídos corporales, ni la cantava con los labios exteriores; del cual canto quedó tan consolado, que aun cada vez que se le acuerda é mira en ello se goza mucho.

Otras salidas exteriores hay en gestos que se conocen de fuera, y en unas bramuras que los no experimentados piensan ser cosa mala, y aun los que padecen esto querrían á las veces carescer dello é no lo pueden evitar, porque no está en su mano; es alzada por fuerza la cabeza algunas veces tan fuertemente, que no se puede excusar por industria humana; é si él mesmo prueva á alzar otra vez la cabeza por la forma é manera primera, no puede ni sabe.

Aunque estas salidas ya dichas sean buenas en la raíz de donde proceden, empero sano é muy bueno consejo es que ponga el hombre todo su estudio y saber para esconder estas cosas que de fuera parescen cuanto en sí fuere; y puesto que á los medios ó á los fines, cuando el espíritu del que tiene poder se ha enseñoreado del nuestro, no podamos evitar estas cosas, según he dicho, podrás á los principios, si miras en ello y estás sobre aviso para estorvar toda cosa que de fuera parezca; y para esto guárdate mucho de sospiros y gemidos é meneos corporales en la oración, si te sintieres sin ellos harto inflamado en el amor de Dios; é según este consejo del aviso que deves tener en los principios para evitar esto, acontecerte ha que dentro en tu ánima sentirás espiritualmente algunos movimientos que te parescerán que son corporales y que los otros lo han visto, é por la costumbre de reprimir los miembros exteriores verás que no han correspondido las cosas de fuera con las de dentro, é tanto serán más perfectas las interiores cuanto menos destotras estuvieren asidas.

De los que no pueden ya evitar estas salidas exteriores conoscí yo un varón muy dado al recogimiento, que cuando era levantada su cara hacia el cielo, porque los otros no cayesen en ello comenzava á hablar de las vigas de la casa y de la techumbre, como si adrede la estuviera mirando.

Si las voces ó gestos exteriores, cualesquiera que sean, tienen principio en alguna cosa que se causa dentro en el pecho, no se puede evitar de otra manera sino disimulando con lo de dentro, como que no paras mientes en ello ni haces caso, sino que quieres pensar en otras cosas; y desta manera aflojarán las cosas interiores, que más crescen mientras más te das á ellas.

Hablando en general, desta manera podrás evitar las salidas del espíritu, por que no te hagas ídolo é pierdas por una parte más que ganas por otra; y aun muchas veces, si procedes en el negocio, te verás en vergüenza.

Otros remedios se podrían dar, vista la cualidad de la persona y otras circunstancias que podrían hacer al caso presente; empero, por que habla hombre en general, no puede dar avisos de cada persona por sí, ca sería imposible no vista la persona necesitada. Deves también notar acerca desto que, cuando por evitar que no se muestre de fuera alguna cosa, cesa también lo que dentro, no solamente sería yerro estorvarlo, mas creo que sería pecado de repugnancia al Espíritu Sancto. Por tanto, más estudio deves tener en conservar lo de dentro que en evitar la muestra de fuera; é si no sabes ó no puedes tener tal manera que apartes lo uno de lo otro, sino que á los grandes deseos de dentro correspondan grandes voces de fuera, no tomes pena por ello ni tengas fatiga, porque si dello se escandalizaren algunos serán los malos y no los buenos; y el escándalo no es dado sino recebido, como el de los fariseos.

Onde, según esto, yo conoscí á un religioso que sentía muchas veces crecer en su pecho gran devoción y cosas que lo convidavan mucho á que se llegase á Dios; y creciendo aquella gracia que sentía, no la podía sufrir sin dar grandes gemidos; y como se afrentase por ser de todos oído é no poder encubrir lo que sentía, fué á hablar á un sancto varón é díjole: Si alguno sintiere dentro en sí algunas cosas que le hacen dar voces é gemidos, sería bien evitarlas al principio, derramando el corazón para que no se mostrase de fuera? A esto le respondió: Dios se niega en secreto á los que se le niegan en público, y por no perder su secreta comunicación, no debemos estorvar lo que públicamente quisiere obrar en nosotros, para que en todo sea glorificado. Esto dijo uno que puesto que de fuera mostrava muchas de las cosas ya dichas y no las podía evitar; mas también acontescía, según yo fuí certificado, hallarlo en la cama arrobado, y comenzáronlo á amortajar pensando que estava muerto; y desque tornó en sí é se halló atados los muslos, dijo que ansí se los podían cortar sin que él sintiera alguna cosa. En todas las cosas dichas hay haz y envés, y se suele mezclar mucha hipocresía.

CAPÍTULO VII

Que nos enseña cuál sea mejor: entrar dentro en sí ó sobir sobre sí.

Suelen los que siguen el recogimiento, ya entrados algún tanto en el ejercicio, dudar cuál sea mejor, entrar el hombre dentro de sí mesmo ó levantarse encima de sí. A esto decimos, lo primero, que ambas estas cosas de aquesta vía del recogimiento, é que sin recogimiento no se pueden hacer lo uno ni lo otro.

El entrar el hombre en sí mesmo es principio del sobir sobre sí; porque aquí también tiene verdad aquel común dicho del Señor que dice: El que se humillare, será ensalzado.

Estas dos cosas: entrar el hombre en sí mesmo y sobir sobre sí, ó retraerse el ánima en sí, ó sobir en alto, son las dos cosas mayores que se hallan en este ejercicio, las que el hombre más devría procurar y las que más satisfacen al corazón del hombre. El entrar en sí se hace con menos trabajo que no el salir sobre sí; y por tanto me parece que cuando el ánima está pronta é idónea para ambas cosas igualmente, deves entrar dentro de ti, porque el salir sobre ti, ello se verná sin tú procurarlo; resultando de lo primero, que es entrar dentro en ti, y será más puro entonces y más espiritual; empero, destas dos cosas siempre deves seguir la que más tu ánima desea, porque para aquello deve tener más gracia é favor.

Algunas veces acaesce que se halla bien el ánima no se entrando en sí mesma, ni subiendo sobre sí, mas en un medio, como quien está á la puerta, que ni quiere salir ni entrar; lo cual también es bueno si está cerrada la imaginación é hay algún contentamiento en el mesmo recogimiento; de otra manera engaño deve de ser á menores bienes. E lo que más deves procurar es levantar el espíritu ó récogerlo dentro de ti, é no lo dejes ir á parte ninguna, sino que ó junto éntre dentro ó junto se levante sobre ti, estando siempre entero en sí; según aquello que Sant Pablo dice: Gozaos siempre, orad sin entreponimiento, haced gracias en todas las cosas; porque esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús para todos vosotros; no queráis matar el espíritu, no queráis menospreciar las profecías; mas provad todas las cosas y tened lo que es bueno; apartaos de toda especie mala. El Dios de paz os santifique por todas las cosas, para que vuestro espíritu entero é ánima y cuerpo se guarde s'n querella en la venida de Nuestro Señor Jesucristo; fiel es el que os llamó, el cual también obrará.

En estas palabras toca el bienaventurado Sant Pablo cuasi todo lo que hemos dicho.

En lo primero nos amonesta que siempre tengamos alegría en el Señor; que es, cuanto al caso presente, en entero contentamiento del estado que ya elegimos; el cual contentamiento es causa de evitar las salidas que viste, porque la falta deste contentamiento hace salir á muchos de donde no devrían.

Dice también que oremos sin hacer intervalo, que es proprio del recogimiento; porque no admite, si perfecto es, algún medio de criatura alguna, que es con un intervalo que estorva al ánima é la detiene, no dejándola llegar tan presto á Dios como querría.

Hemos también de hacer gracias en todas las cosas, atribuyéndolas todas á Dios; lo cual si hacemos, usaremos de armas de justicia á la diestra y á la siniestra, teniendo quietud é reposo para no salir en palabras de ira ni en otra cosa que nos derrame fuera de nos, porque esta es la voluntad de Dios, que permitió en Cristo ser ansí hecho para la doctrina de todos.

Dice más el Apóstol, que no mates el espíritu por encobrirlo. Bien es que lo encubras según te dije, empero mal es que lo mates; si no lo puedes encobrir sin matarlo, no lo encubras; mas dale lugar que respire, porque no perezca en ti, que sin él pereces.

Las profecías que dice el Apóstol que no queramos menospreciar son muchos secretos que en el recogimiento revela Dios al ánima devota; los cuales devemos provar con el toque de la razón, para ver si son de nuestro proprio espíritu, que muchas veces profetiza lo que desea, ó si son del espíritu de Dios, que nunca yerra; é si en algo halláremos alguna cosa que paresciere mala, devemos abstener hasta que conozcamos ser buena.

Dice que provemos todas las cosas; lo cual, refiriéndose á las salidas y entradas espirituales del ánima, querrá decir que lo bueno á tu espíritu es aquello en que se halla mejor y á lo que se siente más inclinado; lo cual deve tener conservándolo en unidad, para que Dios, que es amador de la paz, que el corazón te santifique, dándote su gracia por todas las vías ya puestas de entrar dentro de ti ó saliendo sobre ti en espíritu entero; el cual no puede estar entero si el ánima se derrama por algunos de los sentidos; y el ánima, si falta la quietud y encerramiento corporal, tampoco puede estar entera; y por tanto dice el Apóstol que el espíritu, que es lo más alto, y el ánima, que es la parte inferior, y el cuerpo han de guardarse enteros sin querella de murmuración ó descontento; y esta guarda ha de ser para la venida del Señor al corazón, con que lo quiere hallar todo muy entero, como en

la Virgen lo halló; la cual corporalmente estava recogida y encerrada, pues que se dice que entró el ángel á ella, y su ánima estava entera, pues creyó la palabra sustancial de Dios, que no entra por los sentidos, y consintió su espíritu al Espíritu Sancto, que obró en ella sobreviniendo é siendo en unidad de espíritu della rescebido, saliendo fuera de sí, como al camino que aparejado tenía á solo Dios, el cual con el mesmo espíritu virginal se infundió en sus entrañas, para obrar realmente lo que cada día obra espiritualmente en las ánimas sanctas en que se transforma.

En lo que más dice el Apóstol no hace sino dar confianza destas cosas, aunque sean grandes; pues el mesmo Dios que las inspira é hace desearlas cumple en los corazones que se aparejan para ello, estando siempre consigo mesmos y castigando la salida sin provecho.

DÉCIMO TRACTADO

HABLA DE LAS LÁGRIMAS DEL RECOGIMIENTO É DICE: LÁGRIMAS SEAN TUS ARMAS POR LA GLORIA PELEANDO.

Como sea cosa muy necesaria al hombre comunicarse con Dios y tener con él alguna contratación y manera de negociar, menester es que busque tal forma para ello que tenga su pleito seguro.

Esto digo porque, según dice el sancto Job (Job, IX a): Si el hombre se pone á palabras con Dios, no le podremos responder á mil razones una. Si el hombre se quisiese justificar delante dél, nuestra mesma boca nos condenaría; si quisiéremos traer testigos, ninguno osará dar testimonio de nuestra bondad; si quisiéremos traer allí nuestras justicias y obras sanctas, mostrarse han como paños muy manchados, que si de una parte se hallaren blancos, de otra estarán llenos de sangre; si te lavares como agua con aguas de nieve muy claras, é tus manos estuviesen muy esmeradas é limpias, teñírtelas ha Dios con mancillas, en tal manera que tus vestiduras te aborrezcan viéndote tan ajeno de limpieza; si quisieres llevar las cosas por vía de enojo á la ira de Dios, ninguno puede resistir; si pusieres fuerzas, es tan robusto y esforzado y poderoso, que delante dél parecerás hoja seca que lleva el viento; si quisieres llevar las cosas por astucia é arte secreta, es tan mañoso é sagaz, que verná á ti é no lo verás, é irse ha é no lo sabrás.

Estas cosas ha dicho el sancto Job para mostrar cómo ninguno puede por justicia, ni por maña, ni por fuerza, ni por muchedumbre de palabras, ni por otra semejante manera, tratar con Dios y tener seguro su partido.

Dice que no lo podemos vencer con palabras, para que teman los retóricos é muy hablados varones; é dice que ninguno se podrá justificar delante dél, para que no tomen vanagloria los que se tienen por sanctos.

La astucia tampoco vale algo delante del Señor, por que los sabios conozcan que no saben lo que más han menester, que es valerse con Dios; y las fuerzas de los grandes señores é grandes soberbios menos valen que todo lo otro, según viste; de manera que ni hay consejo ni fortaleza ni saber ni maña contra Dios. De todas las cosas está seguro, sino de nuestra letra, que aunque paresce de ninguna hacer mención, todas las incluye, diciendo: Lágrimas sean tus armas por la gracia peleando.

Las cosas que por sí no valen para con Dios, envueltas con las lágrimas valen mucho; y ellas en sí por una manera de mayor valor, incluyendo todo lo demás; porque de la maravillosa retórica é compuesto hablar de las lágrimas dice Sant Máximo: Las lágrimas no demandan perdón, mas merésceulo. No dicen la causa, empero alcanzan misericordia; porque las palabras algunas veces no manifiestan todo el negocio, empero las lágrimas producen y echan fuera y ponen delante toda la afección.

De la justificación dice Sant Hierónimo, hablando del lloro, que las lágrimas no solamente justifican, mas que sanctifican al hombre. Y que las buenas obras con que el hombre se justifica sean muy favorescidas de las lágrimas parece por aquello que dice Sant Gregorio: Sacrificio seco es la buena obra, que no se rocía con lágrimas de oración; é sacrificio muy grueso es la buena obra que cuando se hace es favorescida con la grosura de las lágrimas. Y que las lágrimas sean una maravillosa arte é disimulada astucia para con Dios, que le cavan el corazón, muéstrase en los Cánticos, donde se queja el esposo que tiene

la cabeza llena de rocío (Cántic., V a); el cual no es otro sino las lágrimas que por su divinidad havía llorado la esposa, de las cuales atraído y forzado viene ya rogando el que era rogado.

Ya no queda sino ver cómo las lágrimas son una manera de fuerza con que la de Dios se vence; lo cual hemos de provar por las palabras del mesmo Señor, para que así seamos muy aficionados á ellas. Dice el Señor (Luc., XVIII c) que el reino de los cielos padesce fuerza y que los esforzados lo arrebatan; y en otra parte dice que si no nos tornamos como niños pequeños no entraremos en el reino de los cielos; é no hay dubda sino que la segunda sentencia no contradice á la primera; más muestra que aquella fuerza que el reino de los cielos padesce también la pueden hacer los niños; y es alcanzar á fuerza de lágrimas lo que de otra manera no pueden haver; lo cual vemos cada día que hacen; porque cuando sus padres ó madres no les quieren dar lo que demandan, permanesciendo en lloro los vencen; y así las lágrimas pueden más que las fuerzas, y con paz alcanzan lo que quieren, y juntamente inclinan á sus padres á los consolar con halagos y palabras dulces y á les enjugar las lágrimas de los ojos y á los abrazar dulcemente y apretar en sus pechos por los acallar. Conforme á lo cual dice Dios (Esa., LXVI d): Gozaos con Hierusalem y alegraos en ella todos los que la amáis; gozaos con ella en gozo cuantos lloráis sobre ella para que, sacando el jugo, seáis llenos de los pechos de su consolación, y ordeñéis y abundéis en deleites de toda su gloria; á los pechos seréis traídos é sobre las rodillas os halagarán; así como si la madre hiciese juguetes al niño, así os consolaré yo, y en Hierusalem seréis consolados y veréis, y consolarse ha vuestro corazón, y vuestros huesos, así como yerva retoñecerán, y será conoscida la mano del Señor en sus siervos.

Bien hase conformado el Señor en estas palabras á la comparación del niño que llora delante de su madre; é por eso las enderesza á los que lloran sobre Hierusalem la de arriba, que es madre nuestra; onde has de notar que este lloro no se enderesza ni se dice á los sanctos que en ella están, ca éstos no tienen causa de lloro ni pueden llorar; mas dícese á los varones justos que desean ir allá é tienen en el corazón bivo este deseo con que desean ser desatados y estar con Cristo; estos tales lloran sobre Hierusalem, porque allá es su conversación, aunque están en la tierra, é no hay cosa que más los fatigue que la memoria del paraíso de Dios, según aquello del psalmo (Psal., LXXIII a): Asentámonos sobre los ríos de Babilonia, é allí l oramos cuando nos acordávamos de ti, Sión. Ríos de Babilonia son todas las penas que manan del pecado, las cuales corren hasta el infierno; é los malos corren con ellas, porque no les bastarán, según son sus maldades, las penas presentes, sino que también han de ir á parar al infierno; mas los buenos están sentados sobre estos ríos, porque solamente han de sufrir los males presentes que pasan dellos, quedándose ellos sentados y no pasando con el mundo, sino del mundo al Padre eterno que los espera.

Y no dice David que lloravan por tener tan mal asiento como era estar sobre los ríos, que son las fatigas, sino por el deseo de Sión, que es el cielo donde se ve el Dios de los dioses. Onde, según éstos, más atormenta á los justos la dilación de la gloria á ellos prometida que todas las otras fatigas del mundo sobre las cuales están sentados sufriéndolas; empero más sienten la ausencia de la sancta Sión, y por ella lloran unas lágrimas muy de otra manera que las del segundo Abecedario; las cuales de ligero remedia el Señor con su gracia, dando á gustar aquí algo de lo que acullá esperamos; é porque esto, según viste, mejor se alcanza por lágrimas que otra manera, dice nuestra letra que sean lágrimas tus armas para alcanzar la gracia. De dos cosas hablaremos en esta letra: de las lágrimas tocantes al recogimiento y de la gracia que en él se recibe. Comenzaremos á decir algo.

CAPÍTULO II

De cuán excelentes sean las lágrimas del recogimiento.

Cuanto á lo primero, es de notar que, así como este sancto ejercicio excede á otros en muchas cosas, así los excede en las lágrimas, ca tiene más que otro ninguno; porque á los seguidores del recogimiento es más fácil el llorar que no á otras personas; donde á cada uno de los varones recogidos se endereza aquello del profeta Isaías: Saldrá tu luz en las tinieblas, é tus tinieblas serán como medio

día, y darte ha tu Dios holganza siempre, é henchirá tu ánima de resplandores, é librará tus huesos, y serás así como huerto de regadío, é así como fuente de aguas, cuyas aguas no fallecerán.

Cuando la persona devota cierra las ventanas de los sentidos, queda en tinieblas el entendimiento, porque ninguna lumbre puede subir á él sino por ellas; empero si él se sujeta al yugo de la fe que le dice no poder ver los ojos corporales lo que Dios aparejó á los que lo aman, ni poderlo las orejas oir, ni subir en el corazón, esto es, en el pensamiento del hombre, entonces, si se recoge como deve, recibirá aquel buen dado y aquel don perfecto que es de arriba y desciende del Padre de las lumbres, y las tinieblas que antes tenía, negando el proprio entender, se le tornarán en medio día muy claro, donde el esposo apacienta; porque al entendimiento se comunica otra manera de conocimiento más alta, que es como una media lumbre entre los comunes viadores y los comprehensores; donde no dejan los varones recogidos la operación del entendimiento por no entender, sino por más altamente entender, para que su ánima sea llena de resplandores é ilustraciones divinas; donde se conocen cosas tan grandes y por tan alta manera, que ni las cosas conocidas ni la manera del conoscimiento se pueden declarar, ni por palabra se puede dar á sentir lo que el hombre sintió y conoció.

En el recogimiento da siempre Dios al hombre descanso, aunque por nuestra negligencia muchas veces se pierde este descanso y esta holganza; empero siempre queda en el ánima que verdaderamente ha gustado el recogimiento un deseo de tornar á él muy grande; porque en él ve el ánima sus huesos, que son sus fuerzas, libres de su propria flaqueza; y puede entonces muchas cosas en aquel que la conforta, pues ninguna cosa se niega, antes le da más de lo que ella le pide.

Lo que más dijo el profeta es de las lágrimas, é pone en ellas tres grados, uno más alto que otro. En lo primero dice que el varón recogido es como huerto de regadío; é por que le pareció al profeta haver dicho poco, añadió diciendo que era como fuente; é por que no pensásemos que en algún tiempo havían de faltar lágrimas al seguidor del recogimiento añadió lo tercero, diciendo que las aguas desta fuente no faltarían ni desfallecerían por sequedad, que á las fuentes de los ojos suele venir.

Por muchas vías y por muchos respectos lloran los que siguen el recogimiento. Los que son buenos principiantes lloran por recogerse enteramente con aquel que tanto se da más copioso cuanto más á solas; éstos trabajan de alcanzar por lágrimas lo que no creen merecer sus obras, é importunan á Dios, no por otra cosa sino por sí mesmo, para el cual se aparejan. Bástales á los que verdaderamente y con entrañable corazón desean recogerse decir al Señor: Por qué no te das al pobre? Hinches el cielo y la tierra y á solo mi corazón dejas vacío; pues vistes los lirios y guisas de comer á las avecillas, é mantienes los gusanos, por qué te olvidas de mí, pues á todos olvido por ti?

Con palabras semejantes lloran de corazón los que con toda su ánima desean recogerse á Dios y apartarse de todos los negocios que dél los aparta. Este tal busca lugar secreto para que llore su ánima la absencia de su amado, el cual sobre mar viene más presto que por tierra; é si sobre la mar de las lágrimas le enviamos el navío del corazón aparejado en que venga, luego es con nosotros si no cesamos para que cresciendo el agua se levante el navío del corazón, para que no tocando en la tierra vaya más seguro y venga, é juntamente con esto se refresquen y alimpien nuestros ojos con el colirio de las lágrimas para verlo dende lejos venir al puerto del recogimiento donde lo esperamos. Conforme á lo cual dice Sant Bernardo: Llore con abundancia quien halle tiempo de llorar; llore no sin afección de piedad ni sin alcance de consolación; piense que en sí mesmo no puede hallar holganza, sino todas las cosas llenas de miseria y soledad; considere no tener bien en su carne, ni en el siglo malo haver otra cosa sino vanidad é aflicción de espíritu; piense que ni dentro de sí, ni debajo de sí, ni tampoco al derredor de sí, poderle ocurrir algún consuelo, para que desta manera aprenda á buscarlo arriba y esperarlo de lo alto; llore entretanto plañendo su dolor; sus ojos derramen arroyos de lágrimas; sus párpados no tengan reposo, porque de verdad con lágrimas se purgan los ojos antes ciegos y se afila la vista para que pueda mirar la claridad de la serenísima lumbre.

Esto ha dicho este sancto, é conviene muy

bien al varón recogido que á sola la divina consolación se trabaja llegar, conosciendo, según este sancto ha dicho, que para la ver es menester lavarse primero los ojos del ánima con lágrimas, que son como aguas de nieve que descienden de lo alto; las cuales tienen tanta eficacia en este ejercicio del recogimiento, que bastan por maestro muy enseñado; en tal manera, que muchas personas con solamente llorar por hallar el tesoro que está en el recogimiento escondido han hallado muchas riquezas, é sin tener otra persona que les enseñe el camino por el mar de las lágrimas, han conoscido que el Espíritu Santo las ha guiado por vía más derecha que nunca pensaron; porque cuando el ánima descansa de llorar es con ella lo que llorando buscava, é se halla tan contenta, que claramente conosce haver cesado las lágrimas, porque cesó la ausencia del que las causava; é conoscen por experiencia aquello que el Señor dice (Luc., VI c): Benditos los que agora lloráis, porque reiros heis.

Acontésceles á éstos como al cielo, que antes que llueva está turbio y escuro, todo amarañado é ciego; mas después que echa de sí el agua queda claro y descubierto, alegre é sereno, que paresce reirse mostrando su hermosura, quitado todo impedimento. Asi desta manera los que lloran, según hemos dicho, por lavar sus ojos para ver espiritualmente á Dios, después de las lágrimas que han manado é descendido de las nuves de sus ojos que se abrieron, apártase del cielo de sus ánimas toda escuridad é niebla de tristeza, quedando con tanta claridad interior, que les parece tener ánimas cristalinas y muy claras todas, penetradas con la divina claridad y llenas de aquel gozo de que dice Tobías hablando con Dios (Tob., III d): Después de la tempestad haces, Señor, tranquilidad, y después de las lágrimas y lloro infundes gozo.

La tranquilidad é quietud del recogimiento causa el Señor y hácela de su mano en muchas personas que, considerando serles imposible por sus pocas fuerzas, causan en sí tempestad de fatiga y tristeza interior, por no poder alcanzar lo que desean, y por dar señal deste deseo lloran y derraman lágrimas, después de las cuales infunde el Señor gozo. Y llámase este gozo infuso, porque es de arriba, de donde se esperava el favor, porque no tiene los sabores y condiciones del gozo de la tierra, el cual se compara al punto por no tener profundidad con que entre en la conciencia del justo; ni altura, pues que en ninguna cosa es conforme al gozo celestial; ni tiene anchura, pues con nosotros no nasce ni fenece, ca nos deja entrar y salir del mundo llorando, y solamente nos acompaña algún tanto de nuestra vida para que no seamos rectos; pues nuestro medio no conforma con los extremos, que son nascer llorando y morir llorando.

CAPÍTULO III

De los que lloran por el esposo.

De los que lloran por la ausencia del esposo se dice aquello de los Cánticos: Tus ojos son así como de paloma sobre los arroyos de las aguas que están lavadas con leche y sentadas cerca de las corrientes plenísimas. Los ojos de las palomas son de sí mesmos llorosos, y ellos nunca cesan de gemir por el mucho amor que en sí tienen, porque no hay ave tan amorosa como la paloma; é porque el amor de aquéstos es lleno de limpieza y no contaminado con las cosas terrenas, se comparan los ojos dellos á los de las palomas blancas, que parecen estar lavadas con leche por ser tan blancas como ella. Onde así como las palomas blancas son más agradables y comunicables que las otras, así los que encendidos por amor lloran por haver la gracia del Señor, son á El más agradables que todos los otros hombres y se les comunica; é los ojos déstos se dicen estar sobre los arroyos de las lágrimas que derraman, porque no esperan ser en sólo llorar consolados, sino en el gozo espiritual que después Dios les infunde como cosa que sobrepuja y vale más que las lágrimas; é dijo el Sabio que estas palomas blancas estavan sentadas cerca de las corrientes plenísimas, denotando en el asiento la voluntad que los tales tienen de permanescer llorando hasta que el Señor los visite, y en las corrientes plenísimas nos da á entender las muchas lágrimas que derraman.

Según estas cosas, si tú, hermano, que comienzas á te dar al recogimiento, quieres aprovechar en el ánima el llorar, porque así como por mar de viento próspero favorecido irás más derechamente y más presto á Dios, como aquellos de que dice el profeta Jeremías (Hier., 4 a): Andando y llorando se darán priesa y buscarán á su Señor Dios; y aquí

vernán las caras dellos y juntarse han al Señor con amistad sempiterna, que no se podrá olvidar. Sión quiere decir atalaya, y es la gracia del corazón que en su recogimiento se recibe, dende la cual podemos atalayar mucho conocimiento de Dios. A ésta hemos de ir con los pies del deseo y llorando como aquellos de los cuales se dice (Psal. CXXV a): Yendo ivan y lloravan.

Los que van con solos los pies corporales van con el cuerpo, no yendo con el corazón; mas los que van con el deseo yendo por voluntad van también por obra; y porque estos pies del deseo son muy ligeros dice Jeremías que los que así van se darán priesa á buscar á Dios, y por tanto van llorando para lo buscar, como la Magdalena, que llorando decía: Tomaron á mi Señor y no sé dónde lo pusieron.

El camino más derecho para Sión, que es la gracia de que nuestra letra habla, es el recogimiento; por esto los nuevos en él preguntan llorando; y á este negocio vienen las caras dellos, que son los conocimientos, no entremetiéndose en las cosas mundanas ni curando de los conocer; antes aman la soledad para mejor y más sosegadamente llorar, é dicen á todas las cosas aquello del profeta Isaías (Esa., XXII b): Apartaos de mí, é lloraré amargamente; no curéis de me consolar.

El que busca la gracia celestial para curar su ánima, que sin ella es á Dios así como tierra sin agua, no ha de admitir cosa humana para que lo consuele, porque no pierda por lo poco lo mucho; y por esto dice el profeta que se aparten dél y no curen de lo consolar; é dice más: que sus lágrimas serán amargas, porque éstas de los principios no se derraman sin trabajo, ni se derraman sin dolor de se ver hombre privado de lo que desea, que es juntarse al Señor con la amistad del recogimiento supremo, el cual si verdadero es apenas lo puede olvidar el que una vez lo gustó, é si después se condena, aun en el infierno terná gran lástima por lo haver perdido.

Destas lágrimas que havemos hablado dice el Señor (Math., IX c): No pueden los hijos del esposo llorar mientras con ellos está el esposo. Aquí muestra el Señor que la presencia espiritual suya en el ánima hace que cesen las lágrimas; é podíamos volver cuasi al revés esta sentencia é decir: No pueden los hijos del esposo dejar de llorar, mientras no está el esposo con ellos; porque propriedad es de los buenos hijos desear con lágrimas la venida de su padre, como la deseaba José estando en Egipto (Gén., XLIII a), y el Señor enseñó á sus hijos la oración que comienza: Padre nuestro que eres, etc., cuya segunda petición es: venga, Señor, el tu reino, que es su bendita presencia por gracia recibida en nuestros corazones, la cual devemos con gran ansia desear y demandar cada día y cada hora.

CAPÍTULO IV

De las lágrimas de los aprovechados.

Hay en esta vía del recogimiento algunos que se pueden decir aprovechantes ó que tienen el segundo grado, los cuales en recogiendo el corazón no cesan de derramar lágrimas sin tener ellos intento á llorar, sino solamente á se recoger; de lo cual se siguen las lágrimas que sin gemido ni sollozo salen calientes del corazón é manan dulcemente por los ojos sin ruido interior ni exterior, porque aquéstos no piensan entonces cosas que los provoquen á llorar, mas solamente se trabajan de recoger el corazón, ni tampoco hacen ruido en lo de fuera, porque sin plañir ni hacer gestos salen estas lágrimas, que son figuradas en las amables aguas de Siloé (Esa., VIII b), que no devemos desechar, las cuales corren con silencio del corazón y de la boca y de todos los sentidos.

Acontésceles á éstos que así lloran como á la alquitara, que por el fuego que recibe no cesa de gotear agua sudable y cálida sin ruido alguno ni pena. Desta manera, cuando viene la gracia del Espíritu Santo á poner fuego en esta nuestra tierra mortal, el alquitara del corazón se enciende, y por los caños de los ojos envía el agua de las lágrimas, figuradas en las aguas cálidas que se hallan en la soledumbre del recogimiento del ánima.

De aquestas preciosas lágrimas, causadas por la gracia del Espíritu Sancto recebido en el corazón, dice Sant Bernardo hablando con el Señor: Cómo, Señor, sabremos cuándo obras en el ánima y qué señal nos das de tu venida? Por ventura los testigos de aquesta consolación y alegría y sus mensajeros son lágrimas y sospiros. Si así es, nueva contraposición es ésta é significación no usada; ca qué conveniencia hay de la consolación á los sospiros, de la alegría á las lágrimas? Si empero éstas se devan decir lágrimas é no por mejor hablar

abundancia superfluente de rocío interior enviado de arriba, y purgación del hombre exterior para muestra del alimpiamiento secreto de dentro, para que así como en el baptismo de los niños por el lavamiento de fuera se figura el secreto lavamiento interior del ánima, así aquí, por el contrario, primero es la purgación y lavamiento de dentro en el ánima que la de fuera en el cuerpo.

O dichosas lágrimas, por las cuales se purgan las manchas interiores, por las cuales se amatan los encendimientos de los pecados; benditos los que así lloráis, porque reiros heis. En estas lágrimas conosce, ó ánima, tu esposo; abraza el deseado; embriágate agora con el arroyo del deleite; saca leche del pecho de su consuelo y miel; estos son maravillosos donecillos é consolaciones que te dió tu esposo, esto es, lágrimas é gemidos; trae para ti bever en estas lágrimas por medida; estas lágrimas son á ti pan de día y de noche, panes que ciertamente confirma el corazón del hombre y más dulces que la miel y el panal.

O Señor Jesús, si en tanta manera son dulces estas lágrimas que se despiertan por tu memoria y deseo de ti, cuán dulce será el gozo que recibiremos de tu abierta y manifiesta visión? Si tan dulce es llorar por ti, cuán dulce será gozarse hombre contigo? Mas para qué manifestamos en público estos secretos coloquios, para qué estas inefables afecciones nos trabajamos declarar por palabras comunes? Los no experimentados no entienden estas cosas si no las leyeren más claramente en el libro de la experiencia, á los cuales la mesma unción enseña; mas en otra manera ninguna cosa aprovecha al que lee la letra exterior; é muy poco sabrosa es la lección de la letra de fuera si el hombre no toma la glosa y el sentido interior del corazón. Esto ha dicho este sancto, lo cual conviene mucho á las lágrimas de los aprovechantes en este ejercicio del recogimiento.

CAPÍTULO V

De las lágrimas de los perfectos.

Los perfectos tienen otras más perfectas lágrimas, que se causan del gozo que reciben viéndose amados de Dios, y que les da en abundancia su gracia; lo cual considerando ellos, reputándose indignos de tantas mercedes, deshácense de gozo en unas lágrimas que parecen agua de ángeles, y se reducen al hacimiento de las gracias que hace el corazón de los tales á Dios derritiendo en su amor, como el agua helada se deshace cuando recibe el rayo del sol cuasi haciéndole gracias, porque viene á le quitar su frialdad. Destas lágrimas, que son todas gozosas, está escripto (Tob., II c): Comenzaron á llorar de gozo.

Estas lágrimas, que es un excesivo gozo, aquí en este tercer estado y perfecto recogimiento se comienzan, para se acabar en el cielo, donde quedará muy lleno el gozo, y la mano del Señor alimpiará nuestras lágrimas, para que ninguna tristeza, ni rastro, ni sabor della se mezcle con el entero gozo; empero agora, así como en la tierra no tenemos fuego sin algún humo, así no tenemos tan apurada la gracia que con ella no lloremos siquiera por la tener en tierra ajena do la podemos perder; é por tanto, si en esta peregrinación abraza nuestro corazón á Dios, gózase de gozo grande, que pasa en lloro por ser excesivo, y no tiene aún del todo segura el alegría; de lo cual parecen ser testigos las lágrimas, según se figura en el Génesis, donde se dice (Gén., XLVI c): Juntó su carro José é subió para salir al recibimiento de su padre al mesmo lugar; é viéndolo, derribóse sobre su cuello, é mientras se abrazava lloró.

El lugar donde salió José á recebir á su padre se llamava Gesén, que quiere decir propincuidad ó allegamiento, porque los perfectos varones que vienen al estado tercero de que hablamos están cercanos y muy propincuos á la vida eterna; empero para llegar aquí á recebir al Padre celestial que viene á ellos muy proveído han de juntar el carro del inflamado deseo, donde subió Elías, juntando la rueda del entendimiento con la de la voluntad, para subir á lo alto; donde por humildad se derriban sobre el cuello, no alcanzando aún enteramente el pacífico beso de la boca que se da en el cielo á los hijos que no están peregrinos. Empero José, que es el que mora en el Egipto desta carne, aunque esté muy ensalzado sobre sus hermanos, ha de llorar entre los abrazos cordiales de su padre, siquiera porque está peregrino; lo cual basta para que su gozo no sea del todo cumplido, aunque por todas las otras partes tenga todo lo que desea.

O pues tú, hermano, quienquiera que seas, por mucho que hayas aprovechado, no dejes

las lágrimas ni las desampares; mira que es propiedad de solo el hombre llorar, y cuanto uno fuere más hombre deve más llorar; y aun según dice Sant Augustín, cuanto alguno fuere más sancto y más lleno de sanctos deseos, tanto será más abundoso su lloro en la oración. O dichosas lágrimas, que en vosotras padescen naufragio nuestros enemigos, en vosotras se ahogan los malos pensamientos, y con vosotras se mata el fuego de nuestras malas cobdicias, y se lavan las manchas de nuestros pecados, y se remoja la dureza de nuestro corazón para se ablandar á Dios. Por vosotras va el navío de nuestro deseo muy presto á Dios, porque á las lágrimas nunca falta el aire del Espíritu Sancto para las purificar y mover. En las lágrimas el pecador como culebra se baña, para que el cuero viejo de la vida pasada pueda más fácilmente dejar pasando por la estrechura de la penitencia. Vosotras sois baptismo que se puede reiterar, é sois consolación de las ánimas y pan del corazón. Vosotras borráis la sentencia dada contra nosotros, que con sangre se devría borrar si vosotras faltásedes, que también sois colirio para untar los ojos enfermos de los pecadores, y agua bendita contra el demonio, al cual vencéis y alegráis á los ángeles é inclináis á Dios y á los hombres y matáis el fuego del infierno para que allá no se quemen los que aquí lloran.

Si quieres, ó ánima mía, que la tierra estéril de tu carne te dé fruto, riégala con lágrimas, porque escripto está (Psal. CXXV a) que los que siembran en lágrimas con gozo han de coger; é si quieres que el árbol de tu cuerpo fructifique, plántalo cerca del corrimiento de las aguas de tus ojos, y en su tiempo dará fruto (Psal. I d), siendo prosperadas todas las cosas que hiciere; é si quieres tú ser morada de Dios, has de tener á la puerta de tus ojos el agua de las lágrimas, para que lavándote allí, puedas entrar al altura del holocausto que es tu corazón; porque así como no pasaron los israelitas á la tierra de promisión sin pasar por el mar y por el Jordán (Exo., últ. a), así no podrás tú llegar á la perfección sin primero tener lágrimas amargas por tus pecados y dulces por deseo del Señor; onde como otra Axa (Judicum) deves pedir con suspiros de corazón á tu Padre celestial el regadío inferior y superior. E si quieres ser elevado de la tierra en alteza de contemplación como arca de Noé, hanse de multiplicar en ti las aguas, rompiéndose en tu corazón las fuentes del mar, que son las llagas de tu esposo Jesucristo; y hanse de abrir en ti los caños del cielo de la Divinidad, para que así tengas entera abundancia de sancto diluvio en que te salves; porque así lo tenía la esposa, que se llama en los Cánticos (Cánt., IV d) pozo de aguas bivas que corren con ímpetu del monte Líbano. Pozos de aguas bivas tienes cuando derramas lágrimas por la humanidad de tu esposo Cristo; empero, si quieres que este pozo de por cima se haga puente que salte hasta la vida eterna, procura que venga á ti el ímpetu del monte Líbano, que son las lágrimas derramadas por su Divinidad.

Si quieres que tu oración sea de Dios oída, haste baptizar primero como otra Judit (Judit, XII a) en la fuente de las lágrimas, y así podrás suplicar á Dios seguramente que endesresce á sí mesmo tu camino interior; y si quieres que tu conciencia, ó ánima mía, sea huerto del Señor, mira que no ha de ser seco; y por tanto te conviene tener en él la fuente abundosa de las lágrimas, para que esté más florido y fresco. Acuérdate que si tú has de ser paraíso abreviado del Señor, has menester que del lugar de tus deleites, que es Dios, salga el río de las lágrimas, no teniendo en deseo á otra cosa sino á solo Él; el cual deves comprar por lágrimas derramadas por solo su amor, que es la verdadera gracia que nuestra letra te amonesta que demandes con las armas de las lágrimas. La ira arma las manos contra el enemigo, y la humildad arma los ojos de lágrimas contra Dios, que es tan tierno que se queja ser herido con el mirar de los ojos, mayormente si los ve todos bañados en lágrimas por solo él.

CAPÍTULO VI

De la gracia que pedimos, y cómo se compara al olio.

Cuanto á lo segundo que propuse, que es hablar de la gracia que nuestra letra nos amonesta demandar, has de saber que este nombre gracia en la Escriptura significa muchas cosas, porque en su manera todas las cosas son gracia; así el supremo Señor, cuya cara es llena de gracias, como las cosas que graciosa voluntariamente crió, é ninguna dellas dejó sin le dar alguna gracia ó virtud, para que de

esta manera no solamente fuesen todas las cosas en su manera obligadas á Dios, porque graciosamente les dió el ser, mas que también le fuesen deudoras por las haber dotado de diversas gracias, según la capacidad de su poder recebir; y lo que más admiración pone á los que miran en ello, es que así está el Señor siempre pronto á dar gracias como si ninguna hoviese dado; y Él mesmo nos provoca en el Evangelio á demandar, y no dice qué gracias havemos de demandar; porque como en Él están todas las gracias y toda la plenitud dellas, y en nosotros están todas las necesidades y faltas, presupónese que cada uno demandará lo que sintiere menos tener, y según esto no señala nuestra letra lo que devas demandar, sino con un general nombre te amonesta que demandes la gracia.

Y llámase gracia toda merced que Dios nos hace, puesto que principalmente se llama gracia la que hace al hombre que sea agradable á Dios; y es una forma ó don ó hábito ó disposición ó cualidad ó influencia divina que sólo Dios cría en el ánima de sus amigos, para que por esta gracia sean dél amados y sean apartados de los otros. Esta gracia es así como divisa ó señal con que se conocen los que son del vando del príncipe de la gloria Jesucristo, por los merecimientos del cual cría Dios esta gracia en el ánima de los fieles; é si esta soberana gracia que tanto hemos menester se dice que hace agradables á los que la tienen, también de parte de Dios, al cual los hace agradables, se puede decir gracia graciosamente dada, pues El la concede sin nuestros merecimientos, aunque no sin los de Cristo; en respecto de los cuales ninguna gracia hay graciosamente dada, sino aquella pura gracia con que el hombre fué unido á Dios; mas esta gracia de que hablamos, que es muy necesaria para que podamos alavar cosas dignas de vida eterna, principalmente se dice hacer á los hombres graciosos á Dios; y por consiguiente también las obras dellos, las cuales no pueden agradar ni ser graciosas si ellos primero no lo son, mediante la gracia sobredicha, que también hace á los hombres graciosos; esto es, que obren graciosamente é no como jornaleros. Porque si graciosamente recebimos de Dios la gracia, que por eso se dice gracia porque se da graciosamente, mucha razón hay que nosotros demos á Dios nuestras obras graciosas y que no le vendamos la fruta de sus obras, pues lo uno y lo otro más es por su industria que por la nuestra. Onde, según dice Sant Hierónimo, no quiso Dios hacer al hombre tan libre que fuese en su mano salvarse sin tener primero el favor desta gracia, porque redundara en injuria del mesmo Señor en hacer dar cuasi por fuerza el reino de los cielos; y también fuera ocasión de contumacia y poca subjeción que nuestro libre alvedrío tuviera á Dios si sintiera que cada hora y para cada cosa no había menester su gracia, que es un gracioso don que nos hace todos graciosos á su Majestad, y que de gracia nos demos todos á El y El á nosotros.

Y hase de notar que Nuestro Señor quiere que lo sirvamos graciosamente y de balde; y esto no es por no pagarnos, sino por tornarnos á dar cosas mayores; ca el que vende solamente es digno del precio tasado que vale lo que da; mas el que graciosamente concede todo lo que tiene, hácese digno de todo lo que tiene el que recibe; y esto es lo que Dios quiere por dársenos todo, si graciosamente mediante la gracia le servimos, porque así son nuestras obras meritorias de gloria, no por sí mesmas, sino por la gracia con que están señaladas; onde así como el dinero de bajo metal no valdría la cosa que dan por él, sino por el cuño que tiene, así nuestras obras principalmente valen por el cuño de la gracia y no por sí mesmas, porque son de muy bajo metal; y aunque esta gracia sea una y la mesma con la caridad, según los que mejor sienten, empero por los muchos efectos que obra en nuestra ánima se compara en la Escriptura á muchas cosas; ca se llama espíritu nuevo, porque renueva el corazón del hombre, y fuego, porque gasta los pecados, é unción que sana las llagas espirituales, y luz que da claridad en el entendimiento, é virtud que conforta nuestra flaqueza, é fuente que mata la sed de nuestra ánima, é hacha encendida que nos inflama en el amor de Dios; y llámase paz que aplaca y pone tranquilidad entre la sensualidad y la razón, y rayo muy claro que infunde el sol de justicia en las tierras.

Item, llámase también la gracia que nos hace agradables á Dios pan de cada día, porque da seguridad de la hambre que está por venir. Llámase también río que sale del lugar del deleite, porque sale de Dios para deleitar nuestras ánimas; llámase nube que nos ante-

cede por la templanza que nos causa, y porque nos es guía se llama columna de fuego que alumbra nuestra noche; y llámase diamante por nos atraer á Dios y á las cosas celestiales, y es agua limpia por la mundicia que causa en nosotros, y llámase mano de Dios porque con su gracia nos levanta cuando caemos como con la mano. Es una simiente espiritual que secretamente arraiga en el ánimo, é Dios le da crescimiento; es vino, porque alegra el corazón del hombre y lo hace olvidarse de sus fatigas; y llámase pluvia porque empreña la tierra de nuestro corazón para que dé fruto abundoso de buenas obras. Llámase vida del justo, porque así como el ánima da vida al cuerpo así la gracía da vida al ánima. Es anillo con que se desposa el ánima con Dios, y panal en que viene á nos la dulcedumbre divina, y estola primera con que se adorna el hijo que se torna á su padre, y vestidura rica con la cual vestidos nos admiten á las bodas del cordero, é sin ella nos desechan; es calzado de la hija del príncipe, que es nuestra ánima, con que los pies de sus deseos se guardan limpios del polvo de las cosas terrenas para mejor subir á las celestiales; y llámase rocío celestial que si entra en el ánima, que como concha se debe abrir para le dar entrada estando en la orilla del mar deste mundo, engendrará dentro en ellas piedras preciosas de muchas virtudes, como lo hace el rocío.

Item, es flor hermosa el ánima donde está y muestra que por ella se ha de seguir el fruto de la gloria celestial; es llave del cielo, la cual hemos de llevar si queremos entrar dentro; es nave en que pasamos seguros el mar de este mundo y nos lleva al puerto de la salud; llámase también la gracia que nos hace gratos á Dios olio; y dejando las prolijas razones por que esta gracia tiene los nombres que hemos dicho, en este postrero nombre me quiero detener algo; onde la primera causa por que la gracia se llama olio es porque desciende de Cristo Nuestro Redemptor, cuya plenitud recebimos todos, el cual se llama oliva fructífera en la casa de Dios, que es la Iglesia; y el fructo que esta oliva da es gran abundancia de muy gracioso olio, que es la gracia por el olio figurada, el cual infundido sobre las llagas del samaritano (Luc., X f), que es cualquier pecador, luego lo sana.

Con este olio mandava el Señor á los suyos que untasen los enfermos (Mat., VI b) y sanavan de cualquier enfermedad; porque mediante los méritos de los sanctos apóstoles dava el Señor á aquéllos su sancta gracia, y del ánima y aun del cuerpo eran sanos, porque el efecto interior se manifestase por lo que de fuera parescía.

Tiene también el olio virtud para tornar dulces las cosas amargas, como paresce en las yervas que con él se guisan, y así la gracia quita el amargura á las tribulaciones; é por tanto, entre los otros beneficios que Dios hizo á Hierusalem dice (Eze., XVI b) que le dió á comer olio, notificando en esto que le dió gracia para sufrir las tribulaciones dulcemente, lo cual no es pequeño bien.

Otra propiedad tiene el olio que también conviene á la gracia, y es que consagra los varones constituídos en dignidad; y así la gracia consagra á Dios los varones justos, onde deste olio de la gracia está escripto (Eze., XLV c): Ungiólo con olio sancto.

Tiene también el olio de la gracia virtud de henchir de gozo las ánimas de los contemplativos, según aquello que dice David á Dios (Psal.): Engrosaste, Señor, en olio mi cabeza, esto es, la parte superior de mi ánima. Y porque la gracia tiene virtud de engendrar nuevamente los hombres á Dios, se llaman en Zacarías los sanctos hijos del olio; esto es, de la gracia que los engendra al Señor espiritualmente. E así como el olio anda sobre todos los otros licuores, así la gracia de que hablamos tiene primado sobre todos los otros dones é virtudes é bienaventuranzas y fructos del Espíritu Sancto; ca si la gracia que nos hace gratos á Dios no sobreviene, no nos podemos salvar por mucha abundancia que de todo lo otro tengamos; porque así como ninguno, por buen maestro que sea en alguna arte y por muy ejercitado que esté en ella, no puede obrar sin instrumento que le dé favor, así, por muchas virtudes y gracias otras que tenga un hombre, no puede hacer obras meritorias de vida eterna.

Hállase también otro efecto en el olio, y es que libra de la muerte, según paresce en Ismael (Hier., XLI b), que no mató á los que tenían en el campo tesoro de olio y de otras cosas, figurando que el demonio no puede cosa alguna contra los que tienen la gracia en el campo de su conciencia.

E libra también el olio de la gracia á los

que somos deudores á Dios, según se figura en el olio de la biuda (IV Reg., IV b), que es la gracia del ánima mísera, que vendida en buenas obras nos libra de la deuda y cuenta que Dios nos ha de tomar.

Tiene también la gracia virtud de alumbrar el entendimiento humano, y por tanto con mucha razón se figura en el olio con que era alumbrado el tabernáculo de Dios (Exo., XXVII d), que es el ánima fiel. Y porque todas nuestras obras deven ser hechas en gracia, mandava Dios que en el sacrificio cotidiano le ofresciesen olio (Núm., XXVIII a).

Si quieres, pues, ó ánima mía, salir dignamente á recebir el esposo (Mat., XXV a), recibe primero con aparejo el olio en el vaso de tu corazón, para que puedas seguramente salir desta morada terrena con las vírgenes prudentes, y ser admitida á las bodas eternas del cielo, á las cuales sin el verdadero olio de la gracia no podrás entrar; y si dices que no está en tu mano haver este olio, haz como el enfermo que lo demanda cuando se quiere morir, y aquello basta para que á lo menos resciba la virtud del sacramento; y acuérdate que cada día morimos, pues cada día pecamos; y por tanto no ceses de demandar con lágrimas, según te aconseja nuestra letra, aqueste olio de la gracia, porque muy presto verná á ti la paloma (Gén., VIII b), que es el Espíritu Sancto, y traerte ha no solamente el olio de la gracia, mas la oliva, que es Cristo, con las hojas verdes, para que si lo plantares en ti quede por el amor preso y lo riegues con el agua de que primero hablamos, que son las puras lágrimas, para que vaya en ti creciendo de bien en mejor; y si el demonio te diere á bever alguna ponzoña de tentación fea ó pecado, ten aviso para luego demandar á Dios con lágrimas el olio de su gracia; porque con el tal olio luego serás guarido y libre, desechando de ti lo que te era nocible y dañoso.

CAPÍTULO VII

De otras maneras de gracia.

Has también de notar que allende de la gracia ya dicha, hay otras muchas gracias que se llaman graciosamente dadas de Dios, con las cuales El no se da sino con la que primero hablamos; empero ordénanse todas en cuanto en sí es para la primera, que es la suprema y más excelente de todas; y no las devemos menospreciar aunque con ellas no se dé Dios, porque harto es que nos las dé El y que nos las dé para que mejor lo busquemos y para utilidad de la Iglesia y para otros muchos bienes que dellas se siguen; de las cuales por ser muchas no entiendo hablar, sino decirte que la gracia que hace al hombre grato á Dios se da principalmente para utilidad de la mesma persona, y la gratis dada se dirige por la mayor parte para utilidad de otros. Y puesto caso que en la Escriptura se halle muchas veces la segunda gracia sin la primera, que es mejor, empero las más veces se halla junta con ella; porque aunque Dios da graciosamente á todos, más da á los que lo aman que no á los que son enemigos suyos. Por eso procura la primera y podrás tener muchas de las otras. Y entre la primera y las otras hay esta diferencia: que la prímera se asconde en el ánima y los que la tienen no la conoscen, y las otras se manifiestan y luego se dan á conoscer; y quiso el Señor dejar la primera en celada muy ascondida por dos cosas: La una, por que no resciviésemos vana gloria viéndonos con ella tan medrosos é prósperos; ca deves saber que más vale la primera gracia que todas las otras juntas, y para nosotros vale más que todo lo criado; onde más rico está el que la tiene que si tuviese todas las gracias gratis datas, é junto con esto le fuese dado todo poder en el cielo y en la tierra y en el infierno; sola ella pesa más que todo esto junto; porque, según dice el Sabio (Prov., III b), todas las cosas que se desean no se pueden comparar con la primera gracia; ca mediante ella é con ella se da el Señor de todas las cosas, al cual comparados los ángeles son arenillas del mar, y los cielos comparados á El son pelotas de viento, y los hombres son polvo menudo de la tierra.

La segunda razón por que la primera gracia nos es ascondida y secreta es por que no cesemos de trabajar ni cesemos de la demandar al Señor con lágrimas, para que así nos sea cada día acrescentada, é no sabiéndolo seamos de cada día más ricos. Y deves notar que, pues la primera gracia de que hablamos te es tan necesaria y no sabes si la tienes, lo que has de anteponer y primero demandar á Dios en todas tus peticiones ha de ser ella; porque de otra manera sería buscar enforro no teniendo paño para el sayo, y sería sembrar sobre polvo muy seco y fundar sobre arena floja. Por tanto, acuérdate que todas

tus lágrimas y oraciones y sacrificios y todo el bien que hicieres sea principalmente por que el Señor tenga por bien de te enviar su sancta gracia, para que seas agradable á su Majestad, y sobre esto demanda lo que más hovieres menester para mejor le servir.

Según esto, siguese que los predicadores, cuando piden en las salutaciones la gracia del Espíritu Sancto, aunque ahí parezca demandar la gracia de las lenguas y del bien predicar, que son gratis datas, empero han de tener aviso en sus corazones para que sea su intención demandar primero la gracia que los hace gratos á Dios, y justo con ésta demandar la que los hace gratos á los hombres, que es la gracia del bien predicar, para tornar á referir á Dios, como el que rescibe la pelota la torna á referir al que primero la echó. Si desta manera lo hacen, acertarán, é si de otra, pervertirán la orden de las cosas.

Los que se dan del todo á este sancto ejercicio del recogimiento reciben del Señor muchas maneras de gracia, cada uno en su manera y según su capacidad ó merecimiento é según los aparejos que hacen para la recebir; y no tan solamente se resciben en él innúmeras gracias, mas también acrecentamiento dellas; y comiénzase también á rescebir en este ejercicio la gloria que se llama gracia consumada, según aquello del Sabio (Prov., IV b): Dará á tu cabeza aumento de gracias y cobrirte ha con corona inclita. Nuestra cabeza espiritual, según dice la glosa, es lo principal de nuestra ánima y lo más alto, donde se suben los que verdaderamente se recogen para recebir allí augmentos de gracia. Dice augmentos, porque el subir allí es gracia que Dios nos hace dándonos la mano, y después da muchos augmentos para sobir al Señor, del cual en grande confianza se rescibe la corona como título del reino que nos está prometido.

Según esto de la corona, conoscí yo dos sanctos varones muy dados al recogimiento, sobre cuyas cabezas aun en la vida presente se vieron las coronas que agora tienen en el cielo, y fué desta manera: que saliendo el uno en una procesión llevava una alta cruz, encima de la cual se vió un ángel que tenía en la mano una corona; é siendo en espíritu preguntado para quién era tan preciosa joya, respondió que era para aquel que llevava la cruz, dando también en esto á entender que todos los que llevan la espiritual cruz del Señor, que es el recogimiento, donde como con tres clavos se afijan nuestras tres potencias con Dios, recibirán la corona por los méritos de aquel que en la cruz está de espinas coronado.

El otro sancto estando á la muerte quejávase que no podía recoger su corazón, doliéndole más aquello que la enfermedad; y el día que murió fué vista, antes que muriese, sobre su cabeza una muy hermosa corona, que maravillosamente adornó su venerable cabeza é hinchó su cara de hermosura, y el que la vido díjolo para honra de Dios y de su siervo, que ya era defuncto; é dijo que la vió con los ojos del ánima, no usando por entonces de los corporales, aunque muchas veces los havía lavado con lágrimas, y tales que bastaron para esclarescer los ojos de su ánima con que vió la gracia del otro.

UNDÉCIMO TRACTADO

NOS AMONESTA QUE TRAIGAMOS A DIOS EN NUESTRA MEMORIA, É DICE: MEMORIA TEN DE CONTINO, Y LLAMA A DIOS CON SOSPIROS.

Los que tienen por costumbre de hacer las cosas contra razón, también suelen entender las amonestaciones y sanos consejos al revés, porque no quieren entender para bien obrar, sino para mal; y por tanto se trabajan de pervertir aun las muy manifiestas doctrinas á su mala costumbre; hacerles que quieran decir lo que ellos hacen, por no hacer ellos lo que ellas dicen, como quien tuerce la regla para la conformar á sí, é no se endereza á sí para se conformar con ella.

Desta manera podrían decir los que dejaron riquezas en el siglo, y después por otras vías se trabajan de tornarse á ellas, ó les pesa por las haver dejado, que las tienen siempre en la memoria é sospiran á Dios para que los restituya en lo que perdieron, y que así les paresce cumplir el consejo desta letra.

Otros hay que tienen siempre en la memoria las injurias rescebidas, é cuasi nunca piensan otra cosa; mas revuélvenlas muchas veces en el corazón, agraviando la malicia de su contrario, é mirando la inocencia propria enciéndese más en ellos el deseo de la vengan-

za, é sospiran á Dios suplicándole que haga justicia.

También hay otros tan malos que haviendo por obra dejado los deleites, no los dejan por corazón, mas guardan como los hijos de Israel (Núm., II e) la recordación dellos en la memoria, y con sospiros ruegan á Dios que vuelvan los primeros tiempos para tornar á las cosas pasadas, y trabajan por vías secretas de se recuperar y restituir en lo que ya dejaron, volviendo siquiera la cabeza del deseo á ello, como la mujer de Lot (Gén., XIX d), y tráense como Raquel los ídolos, que son las figuras de los deleites, guardadas en la memoria.

Estos, aunque parezca en sus palabras que llaman á Dios, si miras el son con que las dicen é sus intenciones, conocerás claramente que llaman al demonio; é si suena Dios en sus palabras, será para mal dellos, porque no quieren tomar el consejo que les da en el psalmo, diciendo (Psal. XLIV): Oye, hija, y ve é inclina tu oreja é olvida tu pueblo é la casa de tu padre; y deseará el rey tu hermosura, porque él mesmo es tu Señor Dios, y adorarlo han.

El pueblo que devemos olvidar es el ayuntamiento é congregación de los vicios, apartándonos dellos por buenas obras; y también quiere el Señor que olvidemos la casa del mal padre, que es el demonio; y esta casa es la depravada imaginación donde el demonio tenía puesto todo su ajuar, haciéndola como cosa de impresión, porque allí ponía él en molde todas sus obras para que saliesen á lo público de obra; y su mal pueblo, que son los hombres viciosos, viesen á la clara lo que havía hecho en secreto; porque el ánima olvide todo esto, le es prometido que será del Rey eterno Dios suyo deseada; no solamente rescebida dél, mas deseada. Y para que veamos que este deseo en Dios es verdadero é no fingido, grande y no pequeño, se alaba en este verso la hermosura del ánima fiel para que se conozca que con razón el Señor la desea; y como aquello tengamos más en la memoria que más deseamos, síguese que el Señor tiene de contino memoria del ánima que lo ama; y aun El mesmo la llama cuasi con sospiros, según aquello del psalmo: Si me olvidare de ti, Hierusalem, sea mi diestra dada á olvido; mi lengua se me junte al paladar si no me acordare de ti é si no te pusiere en el principio de mi alegría.

La espiritual é pacífica Hierusalem es el ánima dada al recogimiento; y ésta, por corresponder á Dios en los servicios según las mercedes que rescibe, no deve olvidar al que con tan amoroso juramento dijo que no la olvidaría; é no solamente lo deve poner como principio de su alegría, mas á él solo deve desear y sospirar siempre por él; lo cual nos amonesta la letra presente, diciendo: Memoria ten de contino, y llama á Dios con sospiros.

CAPÍTULO II

De cómo devemos traer ocupada nuestra memoria.

Dos cosas se tocan en esta letra muy favorables al recogimiento; de las cuales diremos por orden, según en ella se contiene. Y comenzando de la primera parte della, es de notar que nos amonesta tener siempre memoria, esto es, tener la memoria ocupada; y no es maravilla que diga continuamente, porque nuestra memoria es de tal condición, que aunque la queramos desocupar ella mesma se ocupa en lo que no queríamos. Y no señala esta primera mitad de la letra qué sean las cosas de que devamos tener memoria, porque son muchas, y también por reprehender los olvidadizos y los que no guardan su memoria para algún bien. Onde hay algunos hombres semejantes á los animales llamados linces, que, según dice Sant Hierónimo, no se acuerdan sino de lo que tienen delante, y vueltas las espaldas olvidan todo lo que no ven; así hay algunos hombres que llamamos bausanes y abovados, que de descuidados traen la boca abierta para las moscas; de los cuales dice Séneca que pierden la vida, pues no piensan en las cosas pasadas.

La vida del siglo es la memoria de los sabios, porque en ella biven las cosas que ya son muertas; y es el lugar donde está el tesoro de los que saben, y arca de la verdad, é libro bivo del hombre, é vientre donde nuestra ánima guarda sus hijos por que no se los mate el olvido, que, según Sant Gregorio dice, es una manera de muerte que hace que no sea en la memoria lo que antes era; así como la muerte hace que no esté en la vida presente lo que mata; donde, porque en Dios no puede caer olvido, dice Sant Pablo (I Tim., VI c): Que sólo El tiene inmortalidad, teniendo siempre su eterna memoria aquella infinita noticia

engendrada de su entendimiento, en la cual todas las cosas biven, nunca jamás olvidándose; porque allí mejor que en dechado están las ideas de todas las cosas y las razones seminales de todo lo posible; en tal manera que, aunque la cosa muera en sí mesmo, no muere en la memoria de Dios; mas siempre están en ella todas las cosas registradas é muy conoscidas según son, para que allí como en perfecto libro de la vida lean los ángeles lo que Dios quiere que sepan. En aquel solo libro se halla esciencia de los individuos, porque allí son inmortales, participando de la inmortalidad que sólo Dios tiene; al cual y por el cual y en el cual todas las cosas biven.

No seas, pues, tú, o hombre que eres imagen de Dios, tan olvidadizo que parezcas imagen contrahecha é muy al revés de aquello que representa; porque si en Dios todas las cosas biven y en ti todas las cosas mueren, seréis muy contrarios. No seas como el estómago enfermo, que no retiene el manjar; porque, si es así, poca será tu vida espiritual no reteniendo en el estómago de tu memoria el manjar de la buena doctrina. No seas como cuba mal atada, que retiene lo peor.

A los que han dejado el mundo se da por consejo de mucha utilidad que tengan continuo memoria de aquel día que, por obligación á mayor virtud, se apartaron de la vida mundana; y hagan cada día conmemoración del sancto que se celebró el día que ellos votaron mayor perfección, para que se acuerden de se conservar tales cuales estavan entonces y resucitar cada día en sí el propósito que entonces tenían, y placerles de haver dejado el mundo para tornar de nuevo á merecer. El que hiciese esta memoria cresceria de virtud en virtud y acrecentaría merecimientos delante de Dios é cumpliría el consejo del mesmo Señor que dice (Ecles., XIII a): Acordaos de aqueste día en el que salistes de Egipto é de la casa de la servidumbre, porque el Señor os sacó de aqueste lugar en mano fuerte, para que no comáis pan con levadura.

Mucha razón hay que tengamos memoria de aquel dichoso día en el cual quiso el Señor sacarnos de la casa de la servidumbre, que es la costumbre y continua ocasión de pecar, donde se sirve el demonio no sin fatiga grande de los que lo sirven; y dejando el Señor en ella á muchos, quiso elegir para sí á nosotros por su sola gracia, y no porque nosotros lo servimos mejor que lo sirvieran los que allá quedaron, si también los sacara.

Dice también que nos sacó en mano fuerte; porque, si bien miramos en ello, entonces teníamos más recia é infatigable la mano derecha con que obramos las cosas de virtud, la cual por nuestra culpa pierde su fortaleza de cada día; empero remediarlo hemos si dello nos acordamos.

Lo último que dice es que nos sacó para que no comiésemos pan con levadura, que es la obra del mal deleite; ca toda obra que hacemos es pan nuestro y de nuestra cosecha; empero no ha de llevar levadura, porque entonces corromperse ha la masa de nuestra operación y tornarse han nuestras costumbres á la levadura vieja, que son las malas costumbres que dejamos; y así no seremos diferentes de lo que éramos primero, antes tanto peores cuanto peor parece el paño muy vil junto con el hermoso carmesí. Onde, por evitar esto, deves tener continuo en la memoria aquel dia en que te vestiste el hombre nuevo, para que así te conserves mejor en el buen deseo que entonces tenías. Piensa que de aquel día en que dejaste el mundo te es dicho aquel refrán: El buen día mételo en tu casa. Si te contemplas cual entonces estavas, hallarás que nunca mejor estuviste; y por tanto deves meter aquel día en la casa de tu consciencia, por continua memoria dél, para en esto te gozar y alabar al Señor, que hizo aquel día bueno para ti, y desta forma merecerás cada vez que dél te acordares tanto cuanto entonces mereciste.

Los que son devotos de la sagrada pasión del Señor dévenla tener contino en la memoria, porque en esto se parecerá la devoción dellos, y no en hablar de la tal devoción, porque no hay duda sino que el más devoto della la tiene más en la memoria, como cosa más amada; conforme á lo cual dice el bienaventurado Sant Bernardo: Cualquiera que tiene el sentido de Cristo sabe cuánto aprovecha á la cristiana piedad y cuánto convenga al siervo de Dios y le sea útil, á lo menos alguna hora del día, recolegir más atentamente los beneficios de su pasión y redención para gozar dello suavemente en su consciencia, é fielmente en su memoria guardarlo, lo cual es en espíritu comer el cuerpo de Cristo y bever su sangre en su memoria, según él lo mandó (Luc., XXII c).

Esto dice Sant Bernardo escriviendo á los monjes del Monte de Dios, los cuales eran tan perfectos que el sancto los compara á los sanctos padres antiguos del yermo, y dice haver en ellos resucitado los otros. Por tanto, á tan perfectos varones como allí estavan poca perfección es pensar cada día una hora en la pasión del Señor, como diga el mesmo sancto, que en sus principios siempre la traía entre sus pechos; y agora en nuestros tiempos, donde toda la perfección espiritual va de caída, aun es cosa común en muchas partes tener los religiosos dos horas de oración. Empero es de notar que no da Sant Bernardo este consejo para que sea como ejercicio total é principal á los monjes que escrivía, porque en más tenía él la memoria de Dios que á los recogidos conviene, que no alguna de las memorias ya dichas aunque sean buenas. Empero la memoria de Dios, como cosa principal, no señala tiempo para sí, queriéndolo ocupar todo, lo cual devemos tener más contina que otra ninguna, como cosa muy mejor y más convenible á los que siguen este sancto ejercicio del recogimiento. Lo cual quiso sentir el mesmo Sant Bernardo (I Prim., IV c), gran seguidor deste negocio, cuando á los mesmos monjes dice antes de lo ya dicho: La piedad que á todas las cosas vale es la continua memoria de Dios; y la continuada obra de la intención á la inteligencia della una no cansable afección en el amor dél, para que jamás ningún día ni hora halle al siervo de Dios sino en el trabajo del ejercicio y en el estudio de aprovechar, ó en la dulcedumbre de la experiencia, ó en el placer del gozar.

En estas breves palabras ha declarado bien este sancto qué cosa sea la memoria de Dios y cuán provechosa y cuán continua deva ser, y digo que lo ha declarado á los que la han usado, á los que tienen della alguna noticia, á los que se trabajan por tener memoria de Dios siempre, como nuestra letra lo amonesta.

Para si pudiéramos declarar qué sea este ejercicio de acordarse el hombre de Dios, has de notar que, según dice Sant Ambrosio, en la ausencia del bien pasado y esperanza del por venir sola la memoria da remedio; y pone ejemplo en nuestros padres, los cuales después del destierro, para templar sus fatigas, tenían por remedio y solaz acordarse de las aguas de Gion y de las armonías que hacía el aire en las arboledas del Paraíso terrenal, y del árbol de la vida, y de las lindezas que el sol mostrava reverberando en los cuatro ríos, y de la inocencia é justicia original, y de la obediencia que les cantavan todas las criaturas inferiores; y así hacían los hijos de Israel, que davan por bien el trabajo pasado acordándose de la tierra prometida y de su deleite.

Destas cosas que son visibles fácil cosa era acordarse, porque las havían visto y las tenían cuasi impresas en la memoria; mas como Dios sea invisible é nunca lo haya hombre visto y no sea imaginable, cosa es dificultosa acordarse la persona mucho dél; empero, como sean sus excelencias muchas y sus divinas propriedades, mediante ellas podríamos tener dél memoria; la cual, según un sancto doctor dice, valdría mucho para despertar nuestro dormido amor, porque las cosas que son de la Divinidad según á sí mesmas mueven mucho el amor y la devoción nuestra acerca del Señor. Y por esta vía podríamos tener cuasi en todas las cosas memoria de Dios si atribuyésemos á El más que á las mesmas cosas las operaciones que ellas hacen, y pensásemos sernos hechas del mesmo Dios, pues que según su verdad lo son, para cuya breve declaración han de notar que sin leña tú no te podrías calentar haciendo frío, aunque de verdad la leña no te causa el calor, sino el fuego que se emprende en ella, el cual más verdaderamente causa el calor que no la leña.

Por aquí puedes investigar más espiritualmente que, aunque te dé refrigerio el agua, más te lo da Dios que no ella; porque sin El no te podría dar refrigerio, así como la leña no te podría calentar sin fuego. Desta manera has de entender ó contemplar que más te abriga Dios que no la ropa que traes vestida; pues que ella no te abrigaría si el Señor no obrase con ella; y más te alegra Dios y deleita tu oler que no la hermosura y suave olor de las flores, y más te mantiene Dios que las viandas, y El da firmeza á la tierra para que te sustente y juntamente con ella te sustenta; ca menos te sustentaría ella sin Dios que te calentaría la leña sin fuego que la encendiese.

Ni por eso has de pensar que Dios es forma de las cosas, aunque según verdad sea más necesaria su cooperación á las cosas para

que obren que no la forma á la materia para que tenga ser. Si en todas las cosas particulares pensases lo ya dicho, podrías tener memoria de Dios continua; pues continuamente usas de las cosas y en todas ellas obra Dios; así que con el pan más te mantiene Dios que el pan, y con el vino te da Dios más fuerza que no él, y con la miel te da Dios más dulcedumbre que no ella, porque la miel sin Dios no sería dulce y Dios sin ella lo es. Onde, pues tienes memoria continua de las cosas que has de comer y vestir y de otras cosas que has menester, más la deves tener de Dios, que con todas estas cosas obra todo lo que tú dello has menester; é tú no miras en ello aunque cuasi cada vez que beves el buen vino de tu tinaja te acuerdas de la viña ó majuelo que lo lleva, sin el cual no solamente el vino no tuviera ser, mas aun no tiene ser ni sabor ni color ni olor sin Dios, que cada momento le da ser y lo conserva y le da las operaciones consiguientes y que le pertenece. Y conócese esto claramente, porque si Dios apartase dél su operación, tornarse hía en nada.

Según esto, bien parece que aun hasta agora viene Dios á servir á los mortales, como lo dijo en el evangelio, pues que juntamente con las cosas que nos sirven nos sirve, obrando con ellas lo que obran ellas mejor que ellas mesmas. Ten, pues, continua memoria de Dios, pues continuamente te sirve y sustenta los pies de los bancos de tu cama mientras duermes; é cuando hablas te administra aire con que formes las palabras, y El con el aire obra é contigo mesmo, sin el cual menos podrías que sin la vida. Empero has de notar que, aunque te sirve Dios según viste, si usas mal desta manera de servicio, El calla y toma piedras, y como usares de su servicio en este mundo usará El de ti en el otro.

Cierto está que tú no podrías matar un hombre si Dios no te ayudase á alzar el brazo para lo herir; pero avísote, ca aunque agora disimula y te ayuda por no te quitar la libertad que te dió, después será otra cosa, vengándose de ti; é pagarle has en su tierra las injurias que en esta tu mala tierra del mundo le heciste; y serte ha forzado mirar después y tener memoria de sus estrechas justicias; pues agora no quieres parar mientes ni tener memoria de sus benignísimos servicios, si servicios se devan llamar.

CAPÍTULO III

De otra memoria más alta.

La perfecta memoria de Dios que yo aquí querría amonestar es un ejercicio de más importancia y más alto que no el que hemos dicho; y conviene mucho á los que siguen el recogimiento, porque lo presupone; é para que sea perfecta esta memoria de Dios es menester que caiga sobre el recogimiento, la cual lo perfecciona y le da más biveza. Onde la memoria de Dios sobre el recogimiento es una resurrección espiritual. Bienaventurados, dice Sant Juan, que son los muertos que mueren en el Señor por perfecto recogimiento, donde se ha el hombre á manera de muerto no usando de los sentidos exteriores. Aunque éstos son bienaventurados, más lo son los que resucitan en el Señor, y no es increíble á los que algo sienten esta resurrección; porque muchos cuerpos de los sanctos que havían dormido resucitan con el mesmo Señor para entrar en la sancta cibdad del ánima pacífica y aparecer á muchos, esto es, á todas las cosas que antes en el hombre estavan por el recogimiento amortiguadas; ca esta memoria de Dios hace que obren todas las cosas interiores y exteriores del hombre, dándoles una operación sencilla que se compadece con el recogimiento; la cual no es sino una representación de Dios en su desnudo ser. Si es acostumbrada sobre el recogimiento, revístese en el hombre y parece que de muerto lo hace bivo, y le abiva las entrañas y el corazón y los ojos; no á otra cosa sino á Dios, porque esta memoria es de solo Dios.

Esta memoria de Dios que hemos de tener no es sensitiva, quiero decir que más obra en este negocio la memoria intelectiva que no la sensitiva; porque la sensitiva tiene en sí la representación de la cosa sin derramarse á condiciones que particularizan la cosa, sino en universal y generalmente. Por una manera alta se acuerda de Dios que un ser no limitado, una bondad no medible, un principio que no se comienza, un fin que no se acaba, un henchimiento que nada deja vacío, una fuerza invencible, un saber que nada ignora; en tal manera, que cuando nos acordásemos de Dios y le pusiésemos algún nombre, luego hemos de generalizar el tal nombre quitándole todo lo que pueda sonar limitación ó imperfección,

así como si le dijéramos ser piélago hemos de añadir sin suelo ni ribera, y si lo llamásemos maestro hemos de añadir universal, que no puede errar; si lo llamáremos majestad hemos de añadir que no puede ser disminuída, y desta manera siempre obrará la memoria intelectiva sin que cese el recogimiento á un solo bien.

Si se te hace dificultosa la manera dicha para usar este ejercicio de la memoria de Dios, obra siquiera esto, que es recoger tu corazón; y dejados los cuidados, ten este sancto nombre de Dios en tu memoria todo el más tiempo que pudieres, y sospira á El, según dice toda nuestra letra; y así podrás aprovechar mucho y venir á la verdadera memoria de Dios, la cual, según dice Sant Hierónimo, excluye y lanza fuera todas las maldades. Y este ejercicio, si caes bien en él, podráslo usar estando leyendo y escriviendo y haciendo otras cosas, á las cuales se requiera el recogimiento del corazón. Empero si mucho lo usas en estas cosas, vernás á tiempo que no puedas pasar adelante en lo que tienes entre manos, porque cuando crece esta memoria de Dios ocupa todo el hombre y hácelo cesar de hacer otras cosas.

Este sancto ejercicio tuvieron muchos sanctos varones de que la Sagrada Escriptura hace mención. Túvolo el sancto viejo Tobías, el cual como persona que havía experimentado cuán bueno era dijo á su hijo dejándoselo cuasi por espíritu al heredad (Thob., IV b): Hijo, ternás todos los días de tu vida en tu memoria á Dios.

Los que se dan á este ejercicio son semejantes á los ángeles, porque se trabajan de tener consigo siempre á Dios; y por eso dijo Tobías que lo tuviese en la memoria todos los días de su vida; lo cual afirma David de sí mesmo, diciendo (Psal. XV): Representava al Señor siempre en mi acatamiento, porque á mis diestras está para que no sea yo comovido; y por esto se alegró mi corazón y se gozará mi lengua, y allende desto mi carne se holgará en mi esperanza.

Sobre las segundas palabras dice la glosa de Casiodoro: Los que siempre miran á Dios con la agudeza de la vista del ánima no se inclinan á pecados. Cuasi esto mesmo dijo Sant Hierónino, porque ambos sabían cuánto olvida el pecar el que se trabaja por tener contino á Dios en la memoria. En lo que más dijo David nos enseña todos los otros bienes que de aqueste ejercicio se sigue.

Usava también este ejercicio el profeta Elías, el cual decía por manera de juramento (III Reg., XVII a): Bive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy. Pensar el hombre ó acordarse que está en la presencia de Dios y representarlo delante de sí é tenerlo en la memoria, todo es una cosa.

Las mesmas palabras dijo Eliseo, discípulo de Elías, en el cuarto libro de los Reyes (IV Reg., III b), donde se conjectura con harta evidencia que el sancto profeta Elías, su maestro, le havía enseñado este ejercicio, que es un pensar hombre que está delante de Dios y que siempre nos ve; delante del cual devíamos estar tan quietos y compuestos de dentro y de fuera como los pajes, que están delante de su señor suspensos en él y muy atentos para ver lo que manda.

Y porque esta representación de Dios deve ser continua, dice David (Psal. CIV): Buscad al Señor y sed confirmados, y buscad siempre su cara dél; acordaos de las maravillas que hizo y de sus milagros, y de los juicios de su boca. Lo que más somos obligados á hacer es buscar á Dios; y lo que menos hacemos y más dificultoso es de hacer, mayormente por la manera dicha, que consiste en una intención con que el ánima está muy intenta al mesmo Señor por continua memoria dél; para lo cual es menester una confirmación de corazón, para que el hombre no se canse ni cese, creyendo no poder salir con la cosa que ha comenzado, de manera que tengamos certidumbre de hallar al que sale á recibir á los que lo desean y buscan, como parece en la Magdalena; según Sant Augustín dice sobre lo que más se sigue en el verso: La cara, esto es, la presencia del Señor hemos de buscar, la cual aunque se halla por fe, empero siempre en esta vida la hemos de inquirir para que después sea havida por presencia.

En estas palabras parece poner este sancto dos maneras de buscar la cara de Dios: la una es por fe, que á todos conviene; la otra es por esta memoria de que hablamos, que añade algo sobre la primera; y esta es un inquirir con viva solicitud del corazón, que apenas se olvida de lo que busca, antes por esto acontece olvidarse de todas las otras cosas y aun de las más necesarias, como los discípulos, que yendo con el Señor se olvidavan del pan

que havían de llevar para comer (Math., XVI a). E dice Sant Augustín sobre las dichas palabras: O también entonces sin fin será buscado, porque el que es amado siempre es deseado, siempre es buscado, por que no sea ausente, mas siempre presente; el malo puede temer la presencia que el bueno ama.

En lo que más dice David en el verso ya dicho da manera á los menos perfectos cómo puedan tener memoria de Dios; y esto es mediante sus maravillas y obras excelentes y juicios que son admirables, para que así mediante la memoria de las obras se acuerden del maravilloso obrador, cuya sola memoria vale más que la memoria de todas las cosas que El ha hecho; mayormente si es tal como el Sabio nos la amonesta, diciendo (Eccles., XXXVII a): No te olvides de tu amigo en tu ánimo y no carezcas de su memoria en tus obras.

Esta memoria ha de estar dentro en el ánimo, asentada en el corazón; porque si de Dios hemos de tener memoria, ha de ser como de amigo especialísimo, que nos es más amable que padre ni hermano; é desta manera será cosa fácil de tenerlo siempre en la memoria, porque la estrecha amistad hará que su memoria se arraigue y prenda en nuestro corazón, para que, según se sigue, también le ofrezcamos é intitulemos todas nuestras obras, teniendo en ellas dél memoria é haciéndolas por su amor y ofreciéndoselas como fruta que de la raiz, que es su sancta memoria, procede.

CAPÍTULO IV

De cómo á la memoria se han de juntar los sospiros.

La segunda parte desta letra va muy conforme á la primera parte della mesma, porque aquello de que mucho nos acordamos solemos mucho de desear si es bueno; de manera que muchas veces la recordación del bien mueve nuestra voluntad á desear el mesmo bien; y por tanto después de te haver dicho nuestra letra que tengas memoria continua de Dios, agora te dice que lo llames con sospiros, porque la memoria sirva á la voluntad, que es la que más de propincuo y más estrechamente se comunica con Dios.

No sería perfecta la memoria de Dios si no se enderezase á este fin, que es, después de nos acordar, de llamarlo con el sospiro de nuestro corazón. Los demonios tienen á Dios en la memoria; mas porque esta memoria que tienen á Dios no se dirige ni se ordena á que sea por la voluntad dellos deseado, decimos que es memoria disforme y peor que la memoria que de Dios tiene el muy abominable pecador, cuando se acuerda que ha de oir aquella espantosa sentencia que dice: Id, malditos. No es así la memoria que los varones recogidos tienen de Dios, mas es como soplo que enciende el fuego del amor que estava amortiguado, y como gota de vinagre que cava la tierra del corazón, y como voz muy dulce de persona que mucho amamos, causadora de suave deleite en las entrañas del que la oye, y como olor que nos hace desear aquello de do procede, y como la recordación del pasado placer que nos causa otra vez gozo.

Por lo primero se puede decir aquello de David (Psal. VI): No está en la muerte el que se ha de acordar de ti. El que con esta memoria de que hablamos se ha de acordar de Dios no está en la muerte ni amortiguada caridad, sino en la vida ferviente del bivo amor. Por lo segundo dice Jeremías (Hie., III c): Acordarme he con memoria, y deshacerse ha en mí mi ánima. Esto dice porque esta memoria es como rayo de sol que derrite el ánima que es blanda como cera. Por el tercero dice el Profeta real (Psal. LXXVI): Acordéme de Dios y deleitéme. Por lo cuarto dice el profeta Oseas (Osee., XIV): La memoria dél es así como vino del monte Líbano, que era muy odorífero. Por lo quinto dice el Sabio (Eccles., XLIX a): En toda boca así como miel se hará dulce su memoria, y así como música en el convite del vino. Y conforme á las cosas dichas está de Tobías escripto (Tho., I b): Porque se acordó de Dios en todo su corazón, le dió nuestro Señor Dios gracia.

Pues que tan útil es esta memoria de Dios, dévesla siquiera desear de todo corazón, y llamar á Dios con sospiros para que te la dé según aquello que dice Isaías hablando con Dios (Esa., XXIX b): Tu memorial, Señor, está en el deseo del ánima; mi ánima te deseó en la noche, y con mi espíritu en mis entrañas; de mañana velaré á ti. En esta noche del recogimiento, que es nuestro alumbramiento en los deleites, hemos de velar á Dios con el espíritu interior y con la memoria intelectual de que hablamos, para que así en nuestras en-

trañas comencemos á velar al Señor en la mañana, que es el principio del gozo que aquí se recibe; la cual mañana se ordena á aquel medio día que la esposa demanda serle enseñado, llamando á Dios con sospiros.

Y es de notar que en dos maneras, entre otras muchas, puede ser Dios llamado: ó para dar al presente gracias de consolación espiritual ó para darnos presto la gloria prometida. Entrambas maneras son muy buenas y agradables al mesmo Señor que es llamado; porque cuanto á lo primero, manifiesta cosa es que verná de muy buena voluntad el justo Señor á consolar á los justos, pues que también llueve el agua de su consuelo sobre los injustos, y El en persona vino á llamar los pecadores, para nos mostrar que viene muy presto siendo llamado de los que aborrescen los pecados; y si van á El hambrientos, les abre la puerta y les recrea con el convite de su gracia, para que del todo sean hartos los que por su amor dejaron los carnales deleites, que son manjar de puercos.

Acostúmbrate, pues, ánima mía, á tener siempre memoria del que nunca se olvida de ti; deséalo con sospiros íntimos de tus entrañas muy amorosos, y no los dejes de usar entre ti mesmo, ni aun los dejes de pronunciar muy quebrantados cuando estuvieres solo; y para sólo esto te aconsejo que ames la soledad, que es á esto muy favorable y agrada mucho al tu amado, aunque en público no devas tampoco cesar de sospirar á El, deseándolo simplemente, de forma que no lo sientan los que no saben amar, ca pensarán que tienes alguna pena ó descontento que te fatiga, é no sentirán que el mayor descontento y penitencia que tienen los siervos de Dios verdaderos es la absencia dél y el no sentir su gracia íntimamente en el corazón. Para lo cual tienen por muy saludable remedio gemir y sospirar al Señor como palomas amorosas dél, sabiendo que no hay boz que tanto penetre sus divinos oídos como el deseoso sospiro, al cual no tan solamente oye, mas esle como saeta que lleva yerva de amor, que luego hace sangre y prende al que no puede ser preso sino por amor; el cual por solo aquesto hinche, como dice David (Psal. CII), de bienes tu deseo; ca deves saber que el sospiro que sale del corazón es flecha muy ligera enviada con el arco del deseo al Señor que está en las alturas, y no torna sin el mesmo Señor, según aquello del psalmo (Psal. LXXVII): Lo que deseaban les trujo, y no fueron defraudados de su deseo. Por gran cosa fué dicho á Daniel (Dan., IX) que era varón de deseos, como si acá dijésemos á uno que era varón de grandes fuerzas, y que por tanto estuviese seguro de la victoria; así el que fuere de fervientes deseos y sospiros al Señor, crea que alcanzará presto lo que demandare, y podráse decir dél aquello de Jeremías (Hier., II c): En el deseo de su ánima trujo el viento de su amor. David dice (Psal.) que abrió su boca y atrajo el espíritu; empero cosa más ligera es atraerlo con sólo el deseo interior del ánima, y aun más cierta, porque la raíz del deseo es la que Dios más mira, é no mira tanto el abrir de la boca.

Si quieres, ó ánima devota, llamar al Señor que está presto para venir, no te falta ligero mensajero con que lo envíes á llamar. Contigo tienes el sospiro, cuasi tan presto y aparejado para todo lo que tú quieres como lo estava el ángel Rafael para hacer todo lo que Tobías le rogava. Angel es tu sospiro, y no de pequeño consejo, si lo envías á Dios, porque sabrá negociar dél callado todo lo que te cumple con secreto é muy avisado consejo é prudencia, alegando de tu parte todo lo que hace en tu caso é amansando á Dios para que haga toda tu voluntad, é disponiéndote á ti para lo recebir purgándote con su amorosa pena, é alumbrándote con su entendimiento, é perfeccionándote con el cumplimiento de su mensaje; en tal manera que del sospiro se pueda decir aquello de Sant Bernardo: O cómo se goza el ángel é cómo se alegra y deleita, é convertido al Señor dice: Gracias te hago, señor de Majestad, porque le diste el deseo de su corazón y no la privaste de la voluntad de sus labios.

El mesmo ángel es el que en todo lugar, como solícito seguidor del ánima, no cesa de la mover á menudo é amonestarle con continuas inspiraciones, diciendo: Deléitate en el Señor y darte ha las peticiones de tu corazón. Y otra vez le dice: Espera en el Señor y guarda su camino. Item, otras veces, si se tardare, espéralo, porque viniendo verná y no tardará; mas al Señor dice (Psal. XLI): Así como el ciervo desea ir á las fuentes de las aguas, así esta ánima desea ir á ti, Dios. De noche tuve de ti deseo, mas su espíritu en sus engaños de mañana velará á ti. Y también dice á

Dios: Todo el día extiende á ti sus manos, dale lo que demanda, pues tras ti da boces; conviértete algún tanto y hazte rogable para con ella; mira y vete de tu sancto cielo é visítala desacompañada. O fiel padrino, que es sabidor del amor que entrambos se tienen, mas no envidioso: no busca su gracia, sino la de su Señor; discurre hecho medianero entre el amado y la que es amada, ofreciendo los ruegos é trayendo los dones; á ésta despierta é á la otra aplaca, y algunas veces, aunque de raro, los representa el uno al otro juntamente, ó arrebatando al ánima ó trayendo á Dios, porque de casa es y conocido en el palacio real y no teme ser desechado.

Esto ha dicho este sancto del ángel que nos guarda; é si bien é sotilmente miras en ello, verás que se puede todo muy bien decir del inflamado sospiro que más por obras que por palabras hace todo lo ya dicho.

CAPÍTULO V

De cómo has de llamar á Dios.

Para que puedas comenzar á usar este llamar á Dios con sospiros es menester que tengas alguna memoria de sus beneficios y excelencias, y que cuando alguna cosa deseares luego te acuerdes que mejor lo hay aquello en Dios, y por tanto deve ser más deseado y amado; y deves acostumbrar á decir estas palabras ó algunas semejantes: Ay Dios mío de mi corazón y de mis entrañas; las cuales si mucho usas, aunque al principio parezcan fingidas, después conocerás que se han plantado verdaderamente en el corazón.

Deben notar los que se dan al recogimiento, que si ordenadamente perseverando proceden, aunque ellos no paren mientes en este llamar á Dios con sospiros, vernáles el tiempo y verse han en un estado ó edad espiritual de hombre interior, en el cual tiempo desearán sobremanera y con entrañables y profundos sospiros lo que no sabrán; porque acaesce á los que siguen este ejercicio de recogimiento desear con gran ansia y no saber qué es aquello por que salen sospiros entrañables del corazón; mas está el ánima dellos en aquel tiempo espantada con admiración y no sabe quién obre en ella tales y tan verdaderos deseos sin saber lo que desean. Gloria é gozo grande es al ánima cuando ve que haviendo tenido descuido un poco antes, la despierta y abiva un gemido y sospiro del profundo corazón que sale diciendo: Jesús sancto de mis entrañas.

Estas ó algunas palabras semejantes dicen los que tienen aquesta gracia de llamar á Dios con sospiros, aunque mejor diríamos que Dios los llama á ellos que lo sigan al desierto de la contemplación; porque muchas veces gime á deshora el corazón por solo Dios, y á las veces tan en público, que después de mirar en ello les pesa mucho y se trabajan de encobrir aquéllo; empero el remedio verdadero desto es continuar la oración; en la cual como el ánima halla á Dios, paresce que se satisface algo, y vuélvese el gemir en una complacencia y contentamiento que no se puede explicar según se siente.

Estos deseos no hay duda sino que, aunque proceden del corazón, no los causa él principalmente, mas por entonces deve ser movido secretamente de quien lo puede mover, que es Dios, en cuya mano está. El lo mueve á que tenga deseo, y el mesmo corazón no sabe de qué es aquel deseo, según el talante é disposición que de tal deseo se causa: bien ve que el deseo es de bien, pero no sabe de qué bien, ni se determina ni acaba de entender á dónde se enderezan sus sospiros. El corazón de aquéstos que así desea estar retraído y apartado de los cuidados mundanos por el recogimiento iva ya llegándose al Señor que mueve en él aquellos deseos, tocándolo con su gracia; empero como el hombre aún no conozca esto, dice con el mesmo Señor, sentida la virtud del deseo que sale: Quién me toca? No hay dubda sino que desea entonces el corazón aquel que mueve en él aquellos deseos; y como no ha sobido á él por los sentidos, solamente conosce, aunque no por entonces, que el deseo que tiene se endereza á Dios en ver que todas las cosas del mundo no bastarían para satisfacer aquel deseo que ellos entonces tienen.

Este deseo no debe parescer imposible al que no lo ha tenido; porque aun acontesce haber el hombre hambre y no determinarse qué manjar comerá mejor, y las mujeres preñadas muchas veces tienen deseos ó antojos sin saber de qué. Onde muy bien podríamos decir destos tales lo que decimos de algunos que teniendo poco saber dicen alguna gran sentencia, y es: «Más dijo que quiso, ó más dijo que supo». Así éstos que tienen estos grandes deseos desean más que saben, por-

que el entendimiento dellos no alcanza lo que sus corazones desean. Onde según esto dice el Apóstol (Rom., VIII d): El espíritu ayuda la enfermedad de nuestra operación, porque no sabemos lo que hemos de demandar en la oración, según conviene; mas el mesmo espíritu demanda por nosotros con gemidos que no se pueden hablar. Empero el que escodriña los corazones sabe lo que desea el espíritu; ca según Dios demanda por los sanctos, porque sabemos que todas las cosas se les vuelven en bien á los que aman á Dios.

En estas palabras ha declarado el Apóstol mucho este misterio de que hemos hablado; por lo cual deves saber que el deseo ya dicho excede nuestras fuerzas por su grandeza; é por esto dice Sant Pablo que el Espíritu Sancto ayuda la enfermedad de nuestra entrañal operación para que dello con su favor proceda este deseo tan excesivo, el cual es verdadera oración; y porque no sabemos lo que en esta oración, que consiste en desear, hemos de demandar á Dios, el mesmo Espíritu Sancto demanda por nosotros mediante la caridad que en nosotros cría, de la cual dice la glosa: La caridad que es hecha en nosotros por el Espíritu Sancto gime é ora contra aquésta; no supo cerrar los oídos el que la dió.

Dice más el Apóstol: que demanda y ora el Espíritu Sancto en nosotros mediante su gracia con gemidos no decibles, porque, como viste arriba, este deseo que causa en los varones recogidos, aun ellos no lo acaban de entender, ni saben enteramente á qué se endereza; conforme á lo cual dice la glosa en este paso: En qué manera se podrá decir lo que se desea cuando es deseado lo que no se sabe? Empero no es del todo ignorado, porque si del todo se ignorase no se desearía, y si fuese visto, no se buscaría con gemidos.

Dijo el Apóstol que Dios, escudriñador de los corazones, sabe lo que entonces desee nuestro espíritu para cumplir su sancto deseo, pues que es según Dios, y el fundamento principal desto dice ser el amor de Dios, que trae todas las cosas á bien; y dice esto porque algunos simples piensan, cuando pasa por ellos aquel tan crecido deseo, que se quieren tornar locos y salir de seso como entonces tenga el seso de Cristo.

Dice Sant Augustín, que así como el cuerpo se mueve por algún espacio, se mueve el ánima por el deseo; y como el movimiento se haya de juzgar según el término á que se ordena, bien parece que el sospiro que va á Dios se dirá divino; el movimiento corporal, aunque tome denominación del término que suele poner nombre á los medios, no por esto pierde la razón del propio ser, según el cual puede ser también considerado, ca es sucesivo y llevó una parte después de otra; empero como el movimiento del ánima, que es el sospiro del corazón que desea, se produzca en instantes é no una parte después de otra, porque es espiritual y no tiene partes, síguese que en siendo producido devidamente del ánima, está con Dios la mesma ánima; pues que ella dijo Sant Augustín que se movía por los deseos, así como el cuerpo por los espacios. Y de aquí es que el mesmo doctor dice en otra parte que el ánima más está donde ama que donde anima; porque á lo amado se va según lo mejor della, que es lo más puramente espiritual, y donde anima queda según la menor operación suya, que es vivificar.

Dirá alguno que no puede sospirar á Dios Nuestro Señor sin le tener grande amor, ca de la abundancia del amor sale el tal sospirar, ansí como del mucho comer el regoldar á lo que comimos; así que este sospirar á Dios presupone su amor; ca los que lo comen han hambre dél, y apenas sin Dios se puede desear Dios; ca tiénelo sin dubda el que lo desea, según dice Sant Gregorio. Así que para sospirar á Dios es menester el amor de Dios; y si está en el corazón no es menester que me digas que sospire á él, ca de suyo se moverá el corazón á ello, porque esta diferencia hay de los viadores que gustan á Dios á los comprehensores: que los viadores siempre lo gustan con deseo de más gusto y los comprehensores lo gustan sin fastidio, no empero con deseo; ca cumplido de bienes tienen todo su deseo, y á los viadores se les da en partes lo que ellos tienen junto y entero, y por tanto en gustando á Dios en este valle de lágrimas, luego sospira el ánima á lo demás sin que tú le des el tal consejo.

Bien sé que no es menester decir á los que tienen á Dios que sospiren á él; empero es menester avisarlos, para que conozcan cuán excelente es aqueste ejercicio que ejercita Dios en el ánima con que mora; ca no hay fuego que más la purifique, ni lima que más la esmere, ni navaja que más la afeite, ni hay navío que más presto la lleve al puerto de la

perfección que desea; y por esto no deben sér negligentes los que tienen á Dios de sospirar á El para ser más sanctificados; y aunque no tengas á Dios codicia, siquiera tu ánima desear sus justificaciones, y atráelo con sospiros siquiera rudos, ca deves saber que Dios sea como el polido tornero, que no pone sus sotiles herramientas sino en lo que primero está labrado de azuela; y por esto no infunde la fe, que es virtud teológica, sino á los que tienen fe de suyo, aunque ésta, en comparación de la que él infunde, valga muy poco; empero todavía se requiere, aun en los niños que son baptizados en la fe de sus padres. Y desta manera es menester que tú te ejercites en sospirar á Dios, aunque tibiamente, para que él perfeccione lo que comenzares tú; y si esto no tienes, aun este comienzo le deves demandar con sospiros.

CAPÍTULO VI

De otro deseo con que Dios es llamado.

El otro deseo con que Dios Nuestro Señor es llamado de algunas personas no es desta manera, ni para que aquí les dé consolación, sino para que las saque desta vida y las lleve al reino de los cielos, y estos gemidos de corazón dicen cada día: Venga, Señor, el tu reino; ven, Señor, por mí ó mándame llevar á ti. Desta manera de llamar á Dios está escripto (Prov., XI d): El deseo de los justos es todo bien.

El reino de Dios ó el mesmo Dios se llama todo bien, que es el premio de los bienaventurados, porque á cada uno de los justos dice Dios (Exo., XXXIII d): Yo te mostraré todo bien. Llámase todo bien, porque en El no hay mal alguno, y fuera dél no hay algún bien. Así que hay algunos justos que desean ser desatados y estar con Cristo; y el deseo destos tales objetivamente se llama todo bien, no porque este deseo en sí sea del todo mejor que los ya dichos, porque no es cosa ligera juzgar cuál sea mejor, ca en cada uno puede haver haz y envés, mas todos son buenos y tan buenos que apenas se puede llamar buen cristiano el que de todos caresciere.

Este postrer deseo de que hablamos se engendra en el ánima de una de dos cosas: ó de conoscer las maldades del mundo, ó de haver comenzado á gustar la suavidad de Dios. El que tuviese cualquier destas cosas no creo que podría dejar de llamar á Dios con sospiros, ó para que lo librase de los males presentes, ó para que le dé hartura de lo que ha comenzado á le dar á gustar. Onde aqueste diría con el sancto Job (Job, VI b): Quién me concediese que venga mi petición, y me diese Dios lo que yo espero! Y en otra parte declara el mesmo qué sea su petición y lo que esperava, diciendo (Job, XXIII a): Quién me diese tanto bien que yo conosciese á Dios y lo hallase é viniese hasta su silla real!

Conoscen sin duda los justos agora á Dios, pues adoran lo que saben, é también lo han hallado por gracia; mas desque lleguen á la silla real de su gloria ternán otra manera de conocimiento, en cuya comparación el que agora tenemos es nada; y en tal manera será Dios entonces hallado, que piensen hallarlo de nuevo, porque con hallarlo perderán el temor de perderlo, y así llegarán hasta la silla real de su gloria, diciendo (Psal. CXIX): Ya tengo lo que deseava.

Los que por escaparse de los trabajos que aquí padescen desean ser con Cristo, dicen llorando (Psal. XXXVII): Ay de mí, que es prolongado mi destierro! Señor, delante de ti está todo mi deseo, y mi gemido no es á ti ascondido. El que tiene esta manera de deseo no se acaba de satisfacer, porque ve que desea el cielo por no sufrir trabajo y no según deve; y por tanto dice entre sí (Psal. LXXXIII): Desea y desfallesce mi ánima: desea ir á Dios é llámalo con sospiros; empero desfallesce viendo que es por no padecer, y que los verdaderos amadores no han de desear menos padescer que ir á Dios, como Sant Martín y Sant Pablo (Phil., I d), que se pusieron en el medio, dejando y rogando á Dios que tuviese por bien de elegir lo que mandase para ellos, que estavan para todo prestos.

También hay un deseo de ir el hombre á Dios, causado de la buena razón favorecida con la fe, y otras causas comunes que ayudan á engendrar en el ánima este deseo de ir á Dios; empero el mesmo Señor sin nada desto lo imprime en algunos corazones por una manera de don celestial permaneciente en el ánima entre todos los acaecimientos que vengan prósperos y contrarios. Onde en esto se conosce ser este deseo perfecto é infundido más que buscado; porque los otros cesando la cosa que los causó cesan, mas éste nunca cesa por cosas que vengan.

El que desea irse á Dios por gustarlo, en dándole el Señor acá algún pequeño gusto cesa el deseo; y si deseava ir por escapar de las persecuciones, en caresciendo dellas cesa el deseo; mas si el deseo es infundido ó de puro amor causado, no cesa hasta que se cumple; y extiende el Señor la vara de oro clementísima, que es el mandar que vayan á ver su cara llena de gracia. Así que tomando toda la letra junta, te aconseja un loable y muy meritorio ejercicio, que consiste en traer biva memoria de Dios y despertar el deseo del ánima á sospirar y clamar á El de lo profundo del corazón, el cual el mesmo Señor desee venir; y en viendo que su aposentador, que es el sancto deseo, es llegado á lo llamar, luego viene de grado.

EL DUODECIMO TRACTADO

HABLA DEL GUSTO ESPIRITUAL, DICIENDO: NO ENTIENDO; MAS GUSTANDO, PIENSES ALCANZAR REPOSO

Dos alas fueron dadas á nuestra ánima con que pudiese volar á Dios y á la soledumbre del recogimiento interior; en la cual soledumbre, según Sant Juan dice, recibe de Dios cevo y mantenimiento de gracia, y tiene lugar aparejado de la mano del Señor.

Las dos alas principales de nuestra ánima son el entendimiento y la voluntad; las cuales le fueron dadas para que pudiese buscar el reposo en que la soledumbre del corazón se halla, de la mano de Dios proveído de todo lo necesario para henchir nuestro deseo é aparejado por su industria, que la nuestra no bastará. Estas alas, según que Sant Juan dice, son de águila, cuyo vuelo é conversación es en el cielo; porque los que siguen esta manera de oración más se deven llamar celestiales que terrenos, y decir aquello de Sant Pablo (Phi., III b): Nuestra conversación es en los cielos. Aunque esto es así, no deja de haver algunos que piensan é trabajan por alcanzar este reposo de contemplación, meneando la siniestra ala del entendimiento como quien rema con un solo remo para venir al reposado puerto, y quiere nadar con un brazo para salir á la orilla. A estos tales dice nuestra letra que no entendiendo, lo cual es usar de la ala izquierda, mas gustando, lo cual es usar de la derecha, piensen alcanzar el reposo que desean.

Con mucha razón se deve creer que por la operación intelectiva no se halla reposo entero é que satisfaga, aunque muchas y muy grandes consideraciones nuestro pensamiento halla y escudriñe, porque en fin será más la menor parte de lo que ignoramos que todo lo que sabemos; y nuestro entendimiento es potencia recebidora é causadora de las noticias é conocimientos de todas las cosas que fueron, son y pueden ser; en tal manera que le diga tener tanto poder nuestro entendimiento para entender como Dios para obrar; é de aquí es que nuestro entendimiento en alguna manera es todas las cosas, porque de todas puede formar conocimiento y noticia. De manera que así como la potencia obradora de Dios en obrar fuera de sí nunca está ni estará cumplida, esto es, que nunca obrará Dios tanto cuanto puede, así la potencia del entender en el hombre viador nunca está ni estará cumplida sin poder más entender; lo cual se requiere para tener reposo, según se halla por ejemplo en la materia; la cual se dice que siempre piensa desechar la forma que tiene para haver otra; y la causa desto es ser ella de todas las formas receptiva, y poderlas haver aunque no todas juntas; y la potencia hasta que en total acto sea reducida no descansa.

Pues por comer deste árbol de la esciencia del bien y mal, según dice Sant Buenaventura, muchos se apartan del gusto del árbol de la vida, bien es que tiemples en ti el demasiado apetito del saber, porque no hay cosa que más desasosiegue el corazón, según aquello del Sabio (Eccles., XVI): Di mi corazón para que supiese prudencia y doctrina, errores y locura; y conocí que en estas cosas también havía trabajo y aflicción del espíritu, porque en la mucha sabiduría hay mucha indignación; y el que añade ciencia, añade dolor y trabajo.

Para que uno sea letrado, primero ha de ser prudente, según aquí se toca; y la prudencia es muy dificultosa de haver, porque si bien miras en ello, nunca las letras dan el seso que negó naturaleza.

Item, para que uno sea letrado ha de saber doctrina especulativa y moral, porque la primera es de poco provecho sin la segunda, y

la segunda de poca autoridad sin la primera. Ha de saber también los errores de los herejes y la locura de los gentiles, que se contiene en los oradores y poetas.

En estas cosas no tan solamente hay trabajo, según dijo Salomón, mas también hay aflicción del espíritu; lo cual conoscen los medios letrados por experiencia, que nunca andan sino imaginando cómo dirán esto y lo otro; y todo el tiempo han menester para componer sus trabajosos sermones, é después de haver afligido su espíritu, quedan descontentos; en tal manera que más les es de haver mancilla que envidia.

Una cosa se amonesta mucho en la Escriptura á los predicadores, y ellos siguenla poco; no porque les falte voluntad, sino poder: son muy inducidos á seguir la contemplación y oración; y esto es lo que menos siguen, porque harto tienen que hacer en componer un curioso sermón, y aun si salieren con él sin quedar desabridos y afligidos. O qué aflicción de espíritu es venir las lágrimas á los ojos, y la gracia al corazón, y el recogimiento al ánima, y los sospiros y gemidos al pecho, y con gran dolor desecharlo todo por la necesidad que tiene de estudiar! En las fiestas y pascuas que otros celebran con gozo del ánima, está con más afligido corazón; tiene todo el cuidado en lo que ha de predicar y si le saldrá como desea ó no; si será el sermón conforme á la fiesta ó menor que merece. En tal manera roba el estudio todo y el cuidado y tiempo, que, como dice Job (Job, LXXIX): No deja al hombre tragar su saliva, ni descansar, ni confesarse de reposo como querría, ni rezar con devoción y concierto, ni oir ni decir misa como deve, ni aderezar su celda ni su persona. Qué más aflicción de espíritu que ésta? Cuanto más letrados son, andan más indignados, como dice el Sabio (Eccles., I d). Cuando no hallan cosa que les contente y que sea magnífica correspondiente á su saber y presumpción, entonces no les havéis de hablar, ca tienen el rostro triste y encendido que muestra la indinación del ánimo: descontentase de los libros, murmura de los auctores, desea y busca nuevos tractados, revuelve unos y otros, cánsase y añade trabajo á trabajo, cargado de libros. Cargado de hierro, cargado de miedo. Mientras tiene más ingenio y saber, dice que ha menester más libros, como si dijese que con las mayores fuerzas son menester mayores armas; no mira que los muchos libros no son sino mucha disolución del ánimo, sobra de trabajos, falta de reposo, carga de la memoria, vianda que tu estómago no puede llenar, afeite de tu poco saber, para que se engañen los necios pensando que, pues los tienes, los entiendes.

Acontece ser los muchos libros estorvo del saber, como la mucha gente á las veces estorva la victoria por su confusión. Pluguiese á Dios que uno tuvieses y lo estudiases bien, por que no anduvieses saltando por tantos sin hacer en ninguno hincapié; y entre ellos, como entre diversos caminos, no te detuvieses, ignorando por do has de ir, ó cuál acierta mejor. Mira que muchos libros pueden hacer librería tu celda, mas no tu memoria, porque en ella no traban sino los títulos; empero uno solo podría hacer tu memoria librería, y así te sería más útil uno que muchos. Qué diremos de los muchos libros, cuando á los que prometieron pobreza causan dolor en la continencia, y ellos andan por lo desechar como el perro la saeta que lleva travesada, y toman para esto consejo con muchos, como si ellos no bastasen para ser jueces de la causa? pues que son letrados, quieren que otro les conceda lo que su conciencia les niega.

De las cosas dichas puedes conoscer cuán poco reposo interior tengan los que siguen solas las letras, porque éstas son como Tántalo atormentado de sed en medio de las ondas.

CAPÍTULO II

De cómo ha de saber el religioso.

El buen religioso primero ha de buscar bondad é disciplina devota, y después esciencia; y ha de ver que la esciencia no ahogue la devoción, como la yerva mala que crece entre e trigo. El religioso necio es mostruo en la religión, ca el siervo de Dios ha de ser discreto é avisado; empero hay dos maneras de aprender: una orando, otra estudiando.

La primera es muy propia al religioso, porque, como dice Gersón, las religiones son escuelas de afección y amor. Deve, empero, el religioso que ha de ser sacerdote y confesor demandar á sus prelados estudio de letras competente al oficio que ha de tener. Hay algunos que, sabiendo poco, reciben el cargo que no saben ejercitar, y éstos piensan ser muy excusables sus ignorancias, no mirando que,

como dice Sant Juan Clímaco, la obediencia no les encomienda los tales cargos sino creyendo que son ellos suficientes para los ejercitar; y si no, son obligados á excusarse, mostrando de verdad cómo no son idóneos; é si entonces les fueren impuestos, aún deven todavía ser solícitos en lo que reciben, porque con tal condición se lo encomiendan; empero si tú nunca ves libro, ni eres estudioso, ni preguntas lo que pertenece á tu oficio, quieres que vayan tus yerros sobre tu perlado?

Dejando esto, si quieres venir á la sabiduría espiritual de que hablamos, no has de dar mucha parte al sueño ni entrada á algún vicio, no al comer ni al beber ni á las vanas hablillas; no has de buscar causas para tu excusación ni dejarte vencer de la pereza; no eches la culpa á tu rudo natural, mas has de velar, pensar, sospirar, codiciar, esforzarte, levantar el corazón, incitar la fuerza del ánimo, sacudir del todo la flojedad, abstenerte de lo que lícitamente pudieras usar; date al trabajo de la oración, ca no hay cosa tan pesada que la atención y el estar sobre aviso no la haga ligera, ni tan dura que no la ablande, ni tan bota que no la aguce, ni tan perezosa que no la avive, ni tan soterrada y encerrada que no la saque, ni tan adormecida que no la despierte; pon espuelas á tu ánimo como á cavallo perezoso; no te puedes excusar aquí con el cuerpo, mas antes tienes justa ocasión para el trabajo convenible á este negocio. Hay algunos que, no se les dando una cosa á su voluntad, luego la dejan; tú no así, mas esfuérzate, trabajo lo sustenta; allí pone más esfuerzo y aquello tiene por cosa de más estima en que halla más resistencia; una cosa singular pocos la alcanzan, y singular es, loable é muy excelente cosa es é muy grata á Dios ser del número de los pocos.

Ni porque en ti sientas alguna inhabilidad para esta manera de oración has perdido la esperanza de aprovechar, antes has hallado necesidad para que tengas más industria; ca tanto es mayor gloria acerca de Dios y de los hombres ser uno ensalzado en virtud por su diligencia, que serlo por natura, cuanto es mejor hacer alguna buena cosa sobre pensado que hacerla acaso. No te engolosinen los estudios no necesarios, pues más y más seguro es ser claro por virtud que por letras.

Por que no pienses que son ignorantes los que se dan con instancia á la oración, has de saber que por muchas vías enseña Dios á los tales, la menos usada é más sospechosa si es de Dios ó no, es por voz que se forma fuera del hombre; la cual, aunque no es oída bien, se conosce en su sonido y manera haver sido de espíritu y no de hombre, porque no tiene sino un sonido muy delgado, que parece oirse el remate de la boz y no más. Con esta boz reciben algunos amonestaciones é oyen cantos suaves y son despertados á las divinas alabanzas cuando duermen. Cuando con esta boz te fuere amonestado hacer alguna cosa, no le des crédito ligeramente sin mucho consejo.

La segunda manera con que Dios enseña los suyos es cuando dentro de sí mesmos oyen como al oído del corazón con gran seguridad algunas cosas; é otras veces parece que salen las tales razones del corazón, é que el mesmo hombre no las forma, sino que otro abre el corazón para que salgan; é á las veces es tan dilatada la capacidad de la ánima en quietud y suavidad, que le parece ver é conocer todo el mundo y los servicios que á Dios son hechos en él, é toma dellos alegría; y otras veces parece que le extienden los ojos del corazón para que vea las ofensas hechas á Dios é se duela dellas, y vea lo que está por venir é lo que se hace lejos de allí. Aunque se reciban por esta forma cosas verdaderas, todavía deves temer, ca muchas veces finge el espíritu lo que desea y el demonio suele obrar tan sutilmente que no dirás sino que es ángel.

La otra manera en que Dios enseña los que se llegan á él es sin habla ni operación interior, en tan secreto que la mesma ánima no lo siente por entonces hasta que ve crecer en sí la discreción y el sano sabor para regir sus mesmas cosas é las ajenas con aviso, y entiende muchas cosas de la Escriptura que antes no entendía, sin saber de donde le haya venido aquel saber. Hase Dios con éstos, á mi ver, como nosotros con los tordos y aves que enseñamos, sin que las tales aves sientan ser enseñadas. Esta manera de saber es muy buena, si carece de presumpción é se ata con la razón é la fe; es empero de temer la mucha soltura, ca cosa es de abominación extenderse hombre á más de lo que le conviene.

De las cosas que pasan en sueños hablaremos en el capítulo siguiente, y agora deves saber que tiene Dios Nuestro Señor otras maneras para enseñar los suyos; entre las

cuales acaece que en absencia dellos se hacen algunas cosas de que havrán placer, ó las desean; y entonces sienten en sus ánimas movimientos de gozo, y no sabiendo la causa, maravíllanse; empero desque saben lo que acaesció, piensan que aquello les quiso Dios manifestar como por señas.

En esta manera no parece haver engaño, pues la prueva del hecho que acaesció da testimonio de lo pasado, aunque la sotileza del demonio es tanta que apenas hay cosa segura; y todas lo pueden ser si te conviertes á Dios y no te extiendes más de lo que conviene. Entonces te conviertes á Dios en estas cosas cuando las tomas por medio para lo amar, y dices por obra al Señor después de cada una dellas (Cánt., VIII a): Arrebatarte he, y llevarte he á la casa de mi madre y á la cama de la que me engendró; y allí me enseñarás, y darte he á bever vino adobado y mosto de mis granadas. El ánima prende y arrebata á Dios con lazos de caridad y amor, porque Dios no se sabe negar al amor; antes luego se da por vencido, como la garza cuando lanza el halcón que la prende; y así preso Dios por amor, es llevado del ánima no solamente á la casa, empero á la cama de su madre.

La madre del ánima, mediante la cual tiene ser meritorio, es la voluntad; la casa desta es el corazón: no sólo á esta casa es llevado Dios, mas á la cama, que es aqueste recogimiento de que hablamos en este tractado. En esta cama huelga Dios; el cual puso en tinieblas su morada, cerradas las ventanas de los sentidos; allí enseña Dios al ánima por experiencia muchas cosas, según dijo la esposa; y ella le da para lo adormir y tener consigo vino adovado con muchas especies, juntando todos sus deseos á solo Dios; y dale mosto de granadas, que es el fervor sacado de las partes íntimas de sus entrañas teñidas de caridad y cubiertas con pureza.

Gusta, pues, hermano, y mira cuán suave es el Señor, al cual cuando el ánima da á bever sus afecciones y deseos ella es la que queda presa y embriaga del mosto, que es el ferviente amor; por lo cual conjura el Señor y ruega en el dicho capítulo de los Cánticos, en acabando de bever el mosto, que no despierten á su amada hasta que ella quiera, dejándole á su escoger, porque siempre Dios es el postrero en dejar de amar; y la esposa dice que el Señor ha puesto su mano izquierda debajo de su cabeza, ensalzando la más alta parte del ánima sobre toda criatura; y que con la mano derecha la tiene abrazada, porque se ve cercada de la eternidad que contempla.

CAPÍTULO III

Contra los enemigos de la espiritual consolación.

Esta letra deven mucho notar los que atrevidamente osan decir que no hemos de buscar la divina consolación ni el gusto de las cosas espirituales; y la razón que traen para favorescer su dicho se funda en sospecha, diciendo que los así consolados aman á Dios por aquello que les da gustar y no por sí mesmo.

Este dicho es forjado en la fragua del demonio, que suele falsar y menoscabar las piadosas intenciones de los siervos de Dios, y él muestra á los suyos que todo lo echen á la peor parte que pudieren.

Dicen también que nos detenemos en los medios, retardándonos del fin; lo cual deven retorcer á confusión suya, pues no han comenzado. No son éstos dignos de respuesta, pues que igualan la consolación espiritual con la mundana; y ambas dicen que son amor proprio, aunque no sé si buscarán otro nombre para la consolación que siente hombre en comer, la cual es necesaria para conservar la salud; porque, si el manjar no sabe bien, aprovecha poco; y no sé qué nombre pornán á la lealtad matrimonial, si á la espiritual consolación dicen amor proprio, que, como Sant Augustín dice, es fundamento de todo mal, ca ninguno pecaría si no fuese por el amor proprio.

Decir que no devemos buscar la espiritual consolación y gusto interior, que es una dulzura y refrigerio que sienten los devotos cada uno en su manera; decir que esta consolación ni se deve buscar ni admitir cuando el Señor la da, ó puede ser dicho diabólico ó humano, y ambos á mala parte, porque el demonio suele buscar falsas razones con que aparte á los varones justos de los piadosos ejercicios; porque viéndolos fuera de la espiritual consolación los pueda atraer más fácilmente á la carnal, ca sabe él que, según dice Sant Gregorio, puede el ánima permanecer mucho tiempo sin consolación; y tanto crece más la consolación carnal cuanto más se desminuye á la espiritual, según aquello de Sant Gregorio: Dulce

cosa es estar en las consolaciones humanas; empero no á todos, sino al que no gustó las celestiales; porque cuanto menos entiende las eternas, tanto más deleitablemente huelga en las temporales. Según esto, me parece que mañosamente procura el demonio que te apartes de la espiritual consolación, que es pan del ánima, por que viéndote sin ella te pueda vencer más presto desque te halle en el desierto muerto de hambre, como halló David al criado del varón Amalechita, y así te aparte más fácilmente del rigor de la virtud.

Puede ser también humano aqueste dicho que nos niega la consolación, ca suele acaescer que pierdan los varones devotos aquesta consolación por su culpa, haviendo admitido otra ajena; lo cual basta para que les sea quitada, según dice Sant Bernardo, y ellos por consolar la tristeza que suele sentir su ánima, seca como tierra sin agua, dícenle que no consiste la perfección en ser hombre consolado, ca esto es amor proprio, sino en padecer, como si tuviesen ellos tanta virtud como Cristo, que estando en la cruz aún se quejó por le haver sido quitada la divina consolación que solía sentir en la parte sensitiva, ni los apóstoles osaron salir de Hierusalem hasta que recibieron al espíritu consolador.

CAPÍTULO IV

En que se muestra por qué vías se puede desear la consolación espiritual.

Por tres maneras principalmente se puede desear la consolación espiritual. Lo primero deseándola con aborrecimiento de Dios; y desta manera la desean los que están en el infierno, y desta manera también solemos nosotros desear bienes de nuestros enemigos. La segunda manera es deseándola por sí mesma, sin la ordenar á otra cosa alguna, sino que absolutamente la desea gustar, como deseamos comer uvas tempranas ó alguna fruta nueva por hacerse hombre nuevo della, según dicen. La tercera razón por que se desea es porque así se despierte nuestro amor, é con más entrañas lo amemos y sigamos toda virtud, haviendo sido combatidos por el fruto della que gustamos.

Sin estas tres maneras, hay otras de que no hablo por ser muchas; ca en el alvedrío de cada uno está desear la consolación al fin que quisiere, como los que comían el maná, que lo ordenavan al sabor que querían cada uno, según le parecía; ni te espantes porque la consolación espiritual pueda ser deseada mal fin, porque, según los que saben, ninguna cosa hay de que no podamos mal usar. Tanta es nuestra mala libertad, que aun de las virtudes teologales podemos mal usar, y de los dones de Dios, como Simón mago. Y así el amor proprio que éstos que dicen tienes en la consolación, también pueden sospechar que lo tienes en otra cualquier virtud que sea, y aun en padescer martirio. Empero, dejando aparte todo fingimiento con que el demonio por sí y por otros suele estorvar todo bien, veamos de las dos maneras con que se puede desear la consolación: Lo primero, deseándola sin la ordenar á otra cosa. Lo segundo, por que más y mejor sirvamos á Dios con ella. Provado cómo estas dos maneras son buenas, queda seguro el campo. No creo que hay hombre cuerdo que desee la consolación espiritual por sólo ver á qué sabe, sin la ordenar á Dios, empero si se admitiese que lo haya por dar lugar á la parte contraria, yo no veo qué mal se pueda seguir de tal deseo, y están á la mano muchos bienes que pueden tras este deseo venir.

Si deseando comer un fruto del árbol llamado cedro, y procurándolo por medios lícitos, no peca hombre mortal ni venialmente, menos pecará deseando gustar las cosas espirituales, que son más deseables; antes la fruta del cedro puede ser procurada por medios no lícitos, y la consolación espiritual no, sino por devoción y virtud, según aquello de Sant Bernardo: Por tus mandamientos, dice David, entendí, para que sepas en ninguna manera ser devido el gusto de la contemplación sino á la obediencia de los mandamientos de Dios.

Si alguno con la intención sobredicha gustase la consolación, con el tal gusto crescería el deseo de más gustar, y así sería el hombre constreñido á ser más limpio é lavarse más con lágrimas, para que mereciese ser el ánima más llevada como otra Ester á la cámara real; y gustando, no hay duda sino que amaría, porque Sant Bernardo dice: Bienaventurados son los que lloran, porque ellos serán consolados. Y qué otra cosa es aquesta consolación sino una grande devoción que procede de la esperanza del perdón y una suavísima delectación del bien, y un gusto de la sa-

biduría, aunque pequeño, con las cuales cosas el benigno Señor refrigera entretanto el ánima afligida? mas aquel gusto no es otra cosa sino un desafío del deseo y provocación del amor, ca escripto es: Los que me comen havrán hambre. Lo de suso es de Sant Bernardo.

Pluguiese á Dios que todos los pecadores, mudado el acuerdo, buscasen para su mayor provecho la consolación espiritual, dejando la mundana, ca desta manera pocos perecerían, porque el mesmo gusto suave, si lo alcanzasen, los acabaría de convertir á Dios. Y puesto que algunos devotos no lleven tan apurada la intención cuando se llegan á Dios, sino que lo quieran gustar por su proprio interese, no por eso deven dejar el tal gusto, aunque vaya envuelto con amor proprio; conforme á lo que concluye Gersón, diciendo: Así que mejor es hacer para sí á Dios delectación, por ventura menos casta que sea honesta, que no allegarse á las delectaciones del mundo y del demonio y de la carne. Esto á la letra es de Gersón, en que satisface á las calumnias de los otros; é nos dice que nos lleguemos á Dios como quiera que sea; ca, pues no podemos estar sin delectación, mejor es buscarla en Dios que en el mundo, aunque la intención no vaya tan apurada como devría; y decimos no ir tan apurada, cuando el gusto se busca por sí solo; el cual es digno de ser buscado con toda instancia aun por solo él; ca, si bien miras, hallarás en él todas juntas las causas que te convidan á buscar otra cualquiera cosa que buena sea, porque es muy honesto y deleitable. De su honestidad se dice: En su amistad hay buena delectación, y en las obras de sus manos honestidad sin falta. Sobre esto dice la glosa: Cuanto más se ama se halla más suave; y es de notar que las manos desta delectación espiritual no están ociosas, ni tienen, según viste, una sola mano, sino muchas, y muy hacendosas, que hacen tantas y tales obras dentro y fuera, que se digan tener honestidad sin desfallecimiento.

No creo que bastará lengua humana para decir las utilidades que deste sancto gusto se nos pueden seguir; ca desta espiritual consolación se dice: la piedad á todas las cosas es útil. Piedad, según dice la una glosa sobre Ecequiel (Ezech., VII), es una reverencia ó acatamiento que se hace á Dios, y no de otro más que de aquel que lo gusta, porque conoce por experiencia cómo deve ser honrado, pues que esta suavidad á todo es útil. Con mucha razón dice Sant Augustín: Mientras estamos en el cuerpo peregrino de Dios, gustemos á lo menos cuán suave es el Señor que nos dió la prenda del espíritu en que sintamos su dulce nombre.

Aunque se haya dicho que loablemente se puede buscar la consolación del espíritu por sola ella, no piense nadie que paran allí los devotos; porque el celoso esposo de nuestras ánimas, Cristo, luego en dando la tal consolación enseña que han de pasar adelante á la tercera manera de desear que arriba comenzamos á decir, y es desear la tal consolación por servir y amar más y mejor al Señor. Y que el Señor enseñe luego esto al ánima paresce figurado en el Evangelio (Joan, VI c), donde reprehendió á los que lo buscavan porque havían comido el dulce manjar que les havía dado, y les mostró cómo lo havían de buscar por sí solo, que es más digno que toda dulcedumbre y da mejor mantenimiento al ánima que lo busca con principal intento que no al que pusiese primero los ojos en el gusto que no en Dios; porque mejor goza del agua el que va á la fuente que no el que la coge del arroyo procedente della; y así, mientras el hombre busca más puramente á Dios tiene más gustos espirituales, que da el mesmo Señor, conforme á lo cual dice Sant Gregorio: La vida contemplativa es mayor que no la vida activa, porque ésta trabaja en el uso de la obra presente, mas la otra gusta la holganza que está por venir con un sabor intimo.

Busquemos, pues, al Señor junto con su consolación como lo buscan los justos, y no lo dividamos de su dulcedumbre, aunque el demonio nos lo amoneste; sino que así como lo creemos Dios y hombre, así lo busquemos Dios y dulce juntamente; porque así como la humanidad es vía para ir á Dios, así la dulcedumbre suya es un incitamiento y espuelas para que corramos á él, según dice Sant Bernardo: Si el Hijo de Dios, por ser dulce, se llama en la Escriptura panal, no sé por qué no lo hemos de buscar con su miel.

CAPÍTULO V

De cómo devemos desear á Dios con todas sus excelencias.

Falta es grande de amor andar haciendo estas distinciones, porque si El estuviese muy

ferviente no se deternía en esto, sino con todas entrañas amaría á todo su Señor Dios, sin andar haciendo distinciones que distraen la fuerza del amor y lo ativian con estos respetos no necesarios á los verdaderos amadores, que con vehemente ímpetu de amor van á Dios y á todo lo que está en él juntamente; conforme á lo cual dice Sant Gregorio: El ánima que se junta al invisible esposo por amor, ninguna consolación recibe del presente siglo, mas de todas entrañas suspira á aquella que ama, hierve, tiene ansia, fatígase y hácese vil la salud del cuerpo por estar traspasada con la llaga del amor.

Aquí no anda Sant Gregorio poniendo respetos que turven al ánima simple y devota, sino dice que está por amor junto con el esposo y sospira por amor á la dulcedumbre dél; porque, como dice Sant Buenaventura, la refección del consuelo apacienta á los que el amor hace aficionados. Así como ninguno se deleita en lo que no ama, es imposible, según curso natural, que no se deleite en lo que ama; y esta tal delectación da fe que el hombre ha alcanzado lo que amava ó algo dello; porque hasta que lo alcanza padece, y después goza gustando la suavidad, que es como fructo de lo pasado; de causa que la consolación espiritual es fruto de las penitencias y asperezas de fuera, y según esto dice Sant Bernardo que ven los hombres nuestras cruces atormentadoras y no nuestras consolaciones que nos alegren. No piense alguno que ama á Dios si no lo quiere gustar, porque el fructo del amor es el gusto de lo que es amado, y mientras más se ama mejor se gusta; conforme á lo cual dice Ricardo, hablando del gozoso amor: El amor es una dulcedumbre de sabor íntimo, y cuanto con más ardor ama, tanto más suavemente gusta, y el amor es gozo de la esperanza.

De las cosas ya dichas puedes concluir el consejo de nuestra letra, que te dice ser poco el reposo y contentamiento que se halla en la agudeza del ingenio, por muy afilado que esté el entendimiento humano; y por tanto no pienses alcanzar reposo sino gustando lo que entiendes, como lo deseava hacer Sant Augustín cuando decía al Señor: Ruégote, Señor, que me hagas gustar por amor lo que gusto por entendimiento, sienta por afección lo que siento por entendimiento.

Sant Bernardo muestra en sí mesmo cuánto hayamos de reposar en el gusto espiritual, cuando dice: Deseava yo ser infundido un zumo vital en todas las venas de mi ánima, y en todos los tuétanos della, porque se desasiese de todas las otras afecciones y supiese sólo aquello.

Este mesmo sancto nos muestra con cuánta solicitud hayamos de buscar este gusto de Dios, diciendo: Piensa cuál fué la cosa que en tu vida amaste con más ardor y deseaste con más congoja, y qué es lo que con más alegría te aficionava y más profundamente que todas las otras cosas te deleitava; así que considera si la mesma violencia de afección y la mesma abundancia de delectación sientes cuando te enmiendas en el deseo del summo Amador y cuando reposas en su amor. Empero si la espuela del íntimo amor penetra menos tu ánima en las divinas afecciones, y más tibiamente la nueva que solía en las otras afecciones despertarla, dubdar deves que aun no tiene el sumo Amador aquel íntimo seno de tu afección.

De aqueste dicho deves temer que cuando no sientes aquel gusto y ternura de corazón que solías, es por tu culpa; y deves pensar que amas menos á Dios, ó que en alguna cosa de su servicio has tenido negligencia, y dátelo á conoscer en quitarte el gusto que solías tener. Y aunque Gersón dé quince razones por que el Señor aparta de nos el gusto de la devoción, la más principal me parece á mí que es nuestra culpa é tibieza; conforme á esto de Sant Bernardo: Séate cierta señal, o ánima, cualquier que seas, que menos amas á tu amado, ó menos eres amada dél, si aún no eres llamada á aquellos altos excesos, ó aún no mereces seguir al que te llama. Desecha, pues, de ti la negligencia y busca la espiritual consolación, ca te será una señal muy cierta para conoscer si eres digno de odio ó de amor de Dios; porque Sant Bernardo dice que conoció la presencia del Verbo eterno por el movimiento del corazón, que le hizo barruntar haver Dios venido á su ánima.

La razón de los contrarios que tiene más apariencia en este caso es decir que Dios les guarde esta gracia de consolación para el cielo, y que aquí mientras biven no quieren sino padescer fatigas. Estos por ventura quieren venir á Dios á propia costa, pensando que podrán llevar los trabajos espirituales sin consolación alguna y que las ruedas de su

carro podrán ir sin se untar con alguna gota de consolación.

Allende de se fundar el dicho de aquestos en presumpción, parece que sienten mal de Nuestro Señor, que es Padre de las misericordias y Dios de toda consolación; porque presuponen, según parece, que les ha Dios de quitar en el cielo lo que les da en la tierra; lo cual es contra aquello que El dice: Recebirá ciento tanto, y poseerá vida eterna. Aquí habla el Señor con cada uno de los creyentes, prometiéndoles dos premios: en esta vida, ciento y tanto, y en la otra le da innumerable vida eterna.

Si el Señor muy franco te quiere dar en este mundo y en el otro cumplido galardón, por qué es mezquina tu mano y la encojes, no queriendo recebir aquello en que tu Señor se muestra magnífico? quieres que te lo guarden para el cielo, como si allá te hoviesen de faltar mercedes? Incrédulo pareces si piensas que te han de descontar en el cielo las mercedes recebidas en la tierra, porque esa ley solamente se guarda con los malos que recibieron bienes en su vida y usaron mal dellos, como el rico avariento; empero con los buenos será al revés, ca por haber recebido en este mundo mucha gracia y usado bien della recebirá en el otro mucha gloria; y allá, para honra dellos, les harán mención de la gracia que acá recibieron, diciéndoles á cada uno por sí (Mat., XXV b): Gózate, siervo bueno é fiel; ca por haver sido fiel en pocas cosas te constituiré sobre muchas; entra en el gozo de tu Señor. Pocas llama el Señor las mercedes que aquí nos hace, y sonlo si se comparan á las del cielo; é por tanto, hablando con los justos mientras está en este mundo, dice que el gozo divino ha destar en ellos, y esto porque será poco; empero ya que los lleva al cielo, les dice que entren en el gozo de su Señor inmenso como entran los peces en el mar. Y has de notar que tanto entrarás tú más profundamente, cuando estuvieres en el cielo, en el gozo de tu Señor, cuanto entró este gozo más en ti mientras estuviste en el mundo; porque al que tiene le darán, y tanto más gozo le darán cuanto más tuviere; según lo cual te conviene recebir aquí mucha consolación é usar bien della, porque allá, según dice Sant Juan (Joan., I c), te den gracia.

Y así has parado mientras hemos vuelto al revés la razón que parescía tener alguna apariencia. Y no pienses que quita su fuerza á lo que tenemos dicho responder que la consolación espiritual más es premio que mérito; porque aunque sea premio, en ser temporal puede ser favorable para más merecer el premio eterno.

A sus obreros da el Señor un real y mantenidos: el real digo ser la vida eterna, y el mantenimiento es el ciento tanto de la consolación espiritual que se nos da por los placeres del mundo que dejamos; porque sabe el Señor que es digno el obrero de su mantenimiento, que es pan de la consolación, que nos enseñó mandar cada día; y El después del ayuno hovo hambre porque nosotros la hoviésemos y no presumiésemos de pasar la vida sin este manjar de consolación que El multiplica sin alguna mezquindad, y le añade sabor; y el agua torna vino aun al fin de la comida, para provocar el apetito á más, y El mesmo se puso debajo de apariencias de pan y vino por nos enseñar cuánta voluntad tiene de nos inevriar á los pechos de su consolación.

CAPÍTULO VI

De cuán excelente sea el gusto espiritual.

Es de tanta excelencia el gusto espiritual, que pienso ser cuasi imposible que no lo alabe el que lo ha tenido; y conosce tener este gusto una contraria condición á los manjares de la tierra; ca si alguno ha comido en cantidad de los terrenos manjares, luego juzgamos que no habrá hambre; mas haviendo gustado las cosas de Dios, es al revés; ca por el mesmo caso hemos de pensar que está hambriento de saber y gustar más, y abre más los ojos del ánima para ver, y el corazón para recebir; y afila más el entendimiento para conocer; y mientras más agua halla, se mete más en el mar; según lo cual dice Sant Bernardo: Cuanto más te deleitas en la contemplación de las cosas celestiales y deleitando te espantas, tanto de mejor gana te detienes y con más diligencia escodriñas y con más profundidad eres ilustrado: siempre hallarás en estas cosas admiración de que te deleites, ca en ninguna parte hay más copia de admiración ni más útil causa de delectación.

No he querido hacer distinciones de gustos, pues los que los reprueban tampocol os quieren distinguir, y porque en otra parte hallarás esta distinción; empero agora no decimos al

de contrario parecer sino aquello de Sant Bernardo: Quien ignora ser consolación necesaria, no le está sino que le falte la gracia de Dios.

Algunos libros he leído que ponen menos bien esto de la consolación espiritual con algunos espantos demasiados y que no tienen mucha verdad, reprehendiendo los sentimientos de la devoción que alabaron los sanctos; y esto pienso que vino de no haber gustado cuán suave es el Señor, porque estos sentimientos, como dice Gersón, no se dejan entender sino de los que los sienten; ca sintiendo de Dios en bondad, y buscándolo en simplicidad de corazón, luego sentiríamos las cosas del espíritu, y sentiríamos en nosotros lo que sentimos en Jesucristo, y se deleitaría en grosura de consolación nuestra ánima; y deleitándonos en Dios, nos daría las peticiones de nuestro corazón, porque sus deleites dicen que son morar con los hijos de los hombres, para hacer que se deleiten en El.

Dicen los indevotos que hacen los recogidos más caso que devrían de las consolaciones que sienten; mas no prueban esto, sino levántanlo de su cabeza, creyendo que, pues ellos hacen mucho caso de un día que ayunan, así lo deven hacer estotros, teniendo en mucho la devoción que sienten; y en esto más razón tienen que no ellos, porque, según dice Gersón, gran señal es del amor de Dios sentir consolación, y mayor que no el ayuno, aunque sea bueno: empero ni una señal ni otra es evidente por que permanesciendo esto en secreta celada, sintamos de Dios en bondad confiando dél solo, y sintamos de nosotros en humildad teniéndonos por siervos inútiles siempre.

Si gustas en Dios, en tu ánima tienes la mayor señal que pueda ser del supremo amor de Dios, y por eso no te espante nadie diciéndote que es amor proprio; y aunque te digan que allí se puede esconder el demonio, diles tú que también se puede esconder tras la puerta de la iglesia, mas por eso tú no has de dejar entrar allá; ca signándote puedes ir seguro, y con la devida examinación que hagas en esto puedes también estar seguro; ca, según se dice, á los limpios todas las cosas son limpias; de manera que aunque viniese el demonio á fingir en ti todas las consolaciones que pudiese, no te ensoberbesciendo tú, ni te apartando de los mandamientos de Dios, él hace de su daño y tú siempre sales con ganancia.

CAPÍTULO VII

De cuán mejor sea tener consolación espiritual que carecer della.

Hace un doctor una comparación, diciendo que si estuviese aquí un varón seco sin devoción y allí un devoto, algunas veces el indevoto está en más seguro estado que no el otro; lo cual yo no creo, ca estando todas las otras cosas iguales, sino que sólo estén diferentes en la devoción que tenga el uno y falte al otro sin su culpa, digo que yo querría ser el devoto y pensaría ser mejor librado, porque ternía todo lo que él tiene y mucho más; ca no tiene poco quien tiene devoción ó consolación espiritual, pues con tanto ahinco la demandaron los sanctos que alegamos; y uno dellos dice que toda obra sin devoción es casi muerta, porque, según dice Hugo, la obra sin devoción es como cuerpo sin ánima.

Item, la devoción es como fuego que hace oler y subir en alto el encienso de la oración hasta Dios.

Item, porque la devoción es, como dice Sant Augustín, fiel mensajero que llega hasta hablar con Dios y darle la petición de nuestro corazón, y el seco tiene sin duda tierra seca, y conviénele sospirar; mas el devoto está plantado cerca del corrimiento de las aguas; el seco está hambriento, y el devoto tiene su pan cada día; el seco tiene lámpara, si tiene buena voluntad, mas el devoto allende desto también olio.

Item, el uno tiene templada su vihuela para tañer con los viejos del Apocalipsi, y el otro no la tiene tan dispuesta, porque su corazón está destemplado, sin devoción ni sabor dulce; el uno tiene redaño que ofrezca á Dios, mas el ánima del otro está muy flaca. E porque conviene ya á decir bien de la devoción y gusto espiritual, mira que ella ilustra el entendimiento como unción que enseña; é inflama nuestra afición al bien, porque quien gusta á Dios ha hambre dél, y esfuerza nuestra flaqueza, ca mediante ella da Dios el querer y el acabar; y dirige nuestras obras, porque ordena la caridad; y adorna nuestras costumbres, porque ella hizo á Sara que no se mezclase con los que jugavan; y hace dulce nuestro sabor poniéndole el espiritual sabor para

que no nos sean desabridas las alabanzas de Dios.

Item, danos testimonio que somos hijos de Dios (Tho., III c), despierta nuestro amor, hácenos familiares de Dios más que los otros fieles; y es como aceite y grosura con que se encienden nuestros sospiros; y es suave olor en que se ofresce á Dios el digno encienso de la oración; y da fucia de alcanzar lo que se demanda, y hace que no nos apartemos de la caridad actual de Cristo; y hácenos muy piadosos, ca el espíritu de la sabiduría, que es la devoción, se dice ser benigno; humilla el corazón, porque la vara húmeda fácil es de humillar; todas las cosas torna dulces, porque, como dice el Sabio, no tiene amargura su conversación; el humo y rastro della lanza todo género de demonios y tentaciones; menosprecia todo lo que está debajo del sol, conosciendo que es vanidad todo; enriquece al hombre, ca ninguna cosa hay de mayor riqueza que la sabrosa sabiduría, como dice Salomón, é convida los ángeles que se junten á los que espiritualmente cantan; y finalmente nos hace desear ser desatados y estar con Cristo.

Estas propiedades dicen los contemplativos que tiene la devoción y consolación espiritual. Por eso tú busca aquí tu reposo, según dice nuestra letra, é no pienses que para darse hombre á la devoción del recogimiento es menester Lógica y Metafísica, aunque lo diga persona de mucha autoridad; ca dévelo decir por los que lo escriven ó enseñan, pues quel mesmo dice en otra parte: La mística Teología, pues no tiene conversación en conocimiento de letras, no tiene necesidad de la tal escuela que puede ser dicha de entendimiento, mas búscase en el escuela de la afección por vehemente ejercicio de virtudes; de lo cual concluimos esta diferencia: que la Teología mística, aunque sea suprema y perfectísima noticia, puede empero ser habida de cualquier fiel, aunque sea mugercila é idiota.

Si tú quieres haver este gusto, allégate afectuosamente á los pies del Señor, humillándote á ejemplo de la Magdalena, para que, según está escripto, recibas de su doctrina; no hayas envidia de los letrados, porque algunos, como Urias (II Reg., II c), llevan á cuestas las letras de su muerte; si el querubín, que es plenitud de esciencia, no lo cubren con el oro de la caridad, como estava en el templo de Dios (III Reg., VII e), que tenía figura de la Iglesia, en la cual muchos sabios hay, según dice Job (Job, XXXVII c), que no osan contemplar, ó por mejor decir no quieren, viendo que, como dice Sant Pablo (Hebre., V c), aunque devrían ser maestros, por el tiempo del estudio y edad que tienen, tienen otra vez necesidad de ser enseñados en las primeras letras de las palabras de Dios, que son los ejercicios espirituales de la nueva devoción, porque han menester leche como novicios, á lo cual por no humillarse han tornado como los atenienses (Act., XVII c) y advenedizos á Cristo, que no vacavan á otra cosa sino á oir aprender alguna nueva curiosidad. Lo cual veda Sant Pablo á Tito, diciendo (Tit., III c): Mira que evites y deseches las locas cuestiones é linages é contenciones y peleas de la ley, porque son inútiles y vanas; pero no queremos aquí decir que no sea todo bueno, sino decimos ser uno mejor que otro, anteponiendo á María que tiene la mejor parte, aunque muy más dichoso es quien lo tiene todo, si procura de gustar todo lo que entiende. No te satisfagas con mucho saber, que solamente puede perfeccionar tu entendimiento, sino que también busques en ello mucho sabor, en que repose tu voluntad, que busca y huelga en lo deleitable así como el entendimiento en lo verdadero; y pues no hay cosa de más deleite que la espiritual consolación, llégate á ella con todas entrañas y alcanzarás reposo en toda tu ánima.

EL TERCIODÉCIMO TRACTADO

NOS ENSEÑA CÓMO NOS DEVAMOS HAVER EN EL SUEÑO, DICIENDO: ORACIÓN ANTES DEL SUEÑO TEN, Y DESPUÉS TORNA PRESTO.

Hablando de la oración en manera á todos inteligible y que todos puedan haver parte y usar la presente letra, es de notar que tres maneras hay de oración, según los tres estados de los que la siguen, que son principiantes y mediados, y los terceros son los que en ella se han mucho ejercitado.

No es empero cosa fácil de juzgar cuál es de los principiantes, ó cuál de los mediados, ó cuál de los terceros, porque en el tal juicio más es de pensar la piedad del corazón que

no el tiempo ni la persona ni el ingenio. E si alguno con humildad se quisiese juzgar por principiante, deve, como dice Sant Gregorio, guardarse que la humildad no lo traiga á mentira, porque desta manera, huyendo la vanagloria, toparía con la falsedad. Empero, si bien se mira, apenas hay hombre que según diversos respetos no se pueda decir que es de cualquiera destos estados, y aun más seguramente del primero que no del tercero; porque como el hombre de sí nunca permanezca en un estado, muchas veces pensando subir abaja, y á las veces el Señor, siendo elevados, los derriba, por que conozcan que más de verdad eran subidos que subían; lo cual por nuestra culpa mejor se conoce al caer que no al subir.

La primera forma ó manera de oración es vocal; y según ésta decimos que oran los que rezan el oficio divino y los que dicen otras cualesquier oraciones, pronunciándolas por la boca en alabanza del Señor. Entre las cuales la beatísima oración del Pater noster tiene primado, lo uno por la excelencia del autor que la hizo, que era todo sabio y también todo poderoso para conceder más perdones á quien dijese su oración que no concedió Sant Gregorio á quien dijese sus versos; onde nunca sale sin perdón el que dice esta oración devotamente, ca según Sant Augustín por ella nos perdona el Señor los pecados veniales. El que esta oración dice devotamente, pide al Padre en el nombre del Hijo que la compuso, y por tanto es dél oída más prestamente; y tanto más presto que las otras, cuanto al Padre eterno era más amado el auctor desta que de todas las otras cosas parejas.

Mandónos el Señor que cuando orásemos no hablásemos mucho, sino que multiplicásemos más la afección y amor que no las palabras; lo cual guardó el mesmo Señor en esta oración haciéndola breve y comenzándola con estas palabras: Padre nuestro; despertando en la primera el amor de Dios, pues lo llamamos Padre, y en la segunda el ámor del prójimo, pues que en esta palabra nuestro lo hacemos nuestro hermano é hijo de Dios por gracia; é oramos también por él en ella como por nosotros en llamar al Señor Padre universal de todos. Al fin de todas las otras oraciones añade la Iglesia: Esto sea hecho por nuestro Señor Jesucristo. Esto no es menester añadirse en la oración del Señor, porque en el estilo, según dice Sant Cipriano, conoce el Padre las palabras de su Hijo, y también porque el mesmo Señor la solía muchas veces decir cuando vocalmente orava en persona suya y de todos sus fieles; los cuales supieron primero esta oración que otra ninguna, porque esta les predicavan los apóstoles; y no se lee que alguno dellos hiciese oración común para enseñar á otros que rezasen sino ésta.

Lo que más deve tener la oración, que pidamos no dubdando, mas con gran confianza de ser oídos; la cual tiene muy aneja esta bendita oración, pues con ella rogamos al que la hizo; y con tan breves palabras que, según dice la glosa, en las pocas palabras se muestra la mucha voluntad que el Señor tiene de conceder lo que en ella le demandamos, porque en breve quiere conceder lo que brevemente mandó que le rogásemos; ca si no tuviera intención de nos oir presto, claro está que á lo menos en palabras nos detuviera; empero, porque el muy buen Padre nuestro tiene más cuidado de sus buenos hijos que ellos mesmos, quiso abreviar la petición por alargar presto la mano.

Lo que más nos da confianza en la oración es pensar que pedimos lo que al señor agrada que pidamos; ca sabemos ser inciertas nuestras providencias, mayormente en el pedir; pues no sabemos lo que nos cumple, y por tanto puede ser que las oraciones de los otros sanctos menos convengan, porque á diversos diversas cosas son necesarias; empero como esta oración haya hecho el que sin errar sabe lo que nos cumple, clara está la seguridad en ser justa la petición, pues el notario fué el justo juez que ha de ser demandado; y más que unas veces pedimos más de lo que nos es necesario, lo cual es gran vicio en el que pide; y otras veces no lo pedimos todo, y esto es también falta de discreción; la cual quiso el Señor suplir en esta breve oración, que ninguna cosa á nosotros buena deja por declarar, y de ninguna cosa superflua hace mención, para que así ninguna cosa nos sea negada y de todo seamos proveídos.

Son tantas las excelencias de aquesta cristianísima oración, que así como hallamos escripto cántico de cánticos, fiestas de fiestas, cosas sanctas de cosas sanctas, así devemos llamar á ésta oración de oraciones; y esto porque, según dice Sant Augustín, todas las oraciones á lo menos en parte deven confor-

mar con ésta; é la que más pide de lo que ésta contiene no es buena oración, y tanto es alguna oración mejor cuanto más con ésta se conforma.

Es empero de notar que como esta petición que hacemos á Dios de las cosas que nos convienen se incluyan todas, y algunas veces esté más inclinada nuestra afección á una que á otra, é tengamos más presente y especial necesidad de una que no de otra, devemos detener el corazón en pedir con más instancia aquella cosa que al presente nos falta y que más nos es menester, haciendo algún hincapié en la petición que demanda aquello. Y según esto los que se confiesan deven repetir aquella palabra: perdónanos nuestras deudas, y los justos que tienen deseo de ser desatados y ser con Cristo, deven repetir aquella: venga, Señor, el tu reino; é los que aman la pura honra de Dios deven repetir aquella: sea tu nombre sanctificado; y los que tienen la sensualidad inclinada á vicios deven repetir aquella petición: sea hecha tu voluntad en la tierra de mi carne, así como es hecha en el cielo de mi razón; los que tienen gran deseo y necesidad de la consolación divinal, y los que quieren comulgar, han de repetir aquella: danos hoy nuestro pan de cada día; los que se ven en algunos peligros han de repetir la postrera petición, que dice: líbranos, Señor, del mal.

Está compuesta por tal orden esta dichosa oración, que no solamente incluye en sí las peticiones que todos los estados deven hacer á Dios, mas también cada uno de los justos particularmente tiene necesidad de las siete cosas que en ella se demandan; é aun cada uno de los muy grandes pecadores no la deven dejar, porque para defenderse de todos los vicios han menester demandar á Dios las siete cosas que están en ella.

Los sobervios que quieren dilatar sus nombres y señoríos en el mundo deven decir: Sea, Señor, santificado tu nombre: da gloria á tu nombre y no á nuestra jactancia y presumpción, que con mucha razón deve ser humillada.

Los avarientos que son de las cosas terrenas inducidos á cobdicia de los ojos, deven mirar al cielo y decir la segunda petición, que es: venga, Señor, el tu reino, prometido á los pobres de buen corazón, para que siendo en fe y esperanza satisfecha con El nuestra cobdicia no busquemos las cosas del reino de la tierra con dañosa solicitud.

Los envidiosos y que les pesa del bien ajeno presto se defenderán si dicen al Señor que sea hecha su voluntad aun en la tierra seca, que son los hombres sin merecimiento, así como es hecha en el cielo, que es el ánima del justo en que mora Dios: sea hecha, Señor, tu voluntad así en mi enemigo, que es tierra, como en mi amigo, que es cielo, pues que tú quieres llover sobre todos y á todos hacer mercedes; sea hecha tu voluntad así en lo uno como en lo otro, y así como la voluntad tuya de dar dones se hace en mi prójimo, que es el cielo, se haga en mí, que soy tierra, pues quieres llover sobre los justos é injustos.

El que es combatido de la lujuria y vano deleite dévese acordar de los deleites espirituales del Señor; los cuales da El á los que por su amor se apartan de los carnales, y diga: Danos hoy nuestro pan de cada día, que es la gracia de tu consuelo en mi ánima; porque el pan suyo verdadero muestre que este pan de vano deleite es pan de mentira que no satisface mi ánima.

Los que son presos de la ira deven suplicar al Señor que les perdone sus deudas, para que puedan ellos mejor perdonar á aquellos contra quien toman ira; lo cual si hacen según su poder, á lo menos pasada la pasión de la ira, darles ha el Señor la mansedumbre y humildad de corazón que no sabe encender sino contra el propio hombre.

Los que son dados á la gula han de repetir: no nos traigas en tentación, permitiendo que caigamos en el pecado de la gula, del cual Adán y Nuestro Señor Cristo fueron tentados; y se llama tentación, porque mediante la gula disimuladamente como con cosa pequeña hace el demonio al hombre venir en muchas otras tentaciones, lo cual hemos de rogar al Señor que no permita.

Los que padecen el vicio de la pereza espiritual, que es un desabrimiento y un descontento en las cosas de Dios, hanle de suplicar que los libre de mal en que se ven; y llámase mal este vicio, porque trae muchos males consigo y aparta al hombre de todos los bienes de Dios que mediante el fervor de la devoción havía de tener.

Por las cosas ya dichas puedes conocer cómo, aunque nos sea necesario decir toda esta oración, unas veces nos hemos de detener más en una petición que no en otra, porque somos de alguna fatiga más combatidos

sentimos especialmente alguna falta; é según esto sería bien, después de dicha toda la oración, sacar de entre las otras aquella que hace más á nuestro caso presente y decirla sola al Señor con las palabras primeras, que no incluyen en sí petición alguna, y con todas las peticiones se puede juntar, así como decir, cuando el hombre siente su ánima hambrienta de espiritual consolación: Padre nuestro, que estás en los cielos, danos hoy el nuestro pan de cada día y no permitas que el ánima de tu menor siervo pase hoy sin alguna consolación tuya, pues me es tan necesaria. E cuando tu ánima deseare estar con Jesucristo, dirás: Padre nuestro, que eres en los cielos, venga el tu reino á mi, pues yo no puedo ir á él, ó venga yo, Señor, á tu reino, pues tú me lo haces desear. Desta manera puedes hacer en todas las cosas que más necesidad tuvieres.

CAPÍTULO II

De una declaración que hizo Sant Francisco sobre el Pater noster.

Por ser esta oración del Señor mejor en mucho grado que todas las otras, han hecho los sanctos muy buenas exposiciones sobre ella, las cuales por ser tantas quiero dejar aparte y poner aquí la declaración que Sant Francisco hizo sobre ella, y que el mesmo sancto decía; y quien bien mirare en ello, verá que no sin misterio la puse aquí, porque sin duda no he visto exposición de más utilidad para todos los fieles que ésta, ni que más inflame el corazón de las personas devotas. Y la exposición junta con la letra de la mesma oración comienza desta manera:

Beatísimo Padre nuestro, Criador Redemptor, Salvador y Consolador Nuestro que estás en los cielos, en los ángeles y en los santos, alumbrándolos para conocer, porque tú, Señor, luz eres; inflamas á amor, porque tú, Señor, amor eres é moras en ellos; é híncheslos para que sean bien aventurados, porque tú, Señor, eres sumo bien y eterno, del cual viene todo bien, é sin el cual ninguna cosa es buena. Sea tu nombre sanctificado; sea clarificada en nosotros tu noticia, para que conozcamos qué tal sea la latitud de tus beneficios, la longura de tus permisiones, la alteza de tu Majestad y el profundo de tus juicios. Venga á nos tu reino, para que tú reines en nosotros por gracia y nos hagas venir á tu reino, adonde tu visión está manifiesta, tu amor perfecto, tu hartura bienaventurada, tu fruición é gozo sempiterno. Sea hecha tu voluntad en la tierra así como en el cielo, para que te amemos de todo corazón, pensando siempre en ti, y de toda nuestra ánima deseándote siempre, y de toda la memoria enderezando en ti todas nuestras intenciones, y buscando en todas las cosas tu honra, é gastando de todo nuestro poder todas nuestras fuerzas y sentidos de ánima y cuerpo en el servicio de tu amor y no en otra parte, y amemos, Señor, á nuestros prójimos como á nos mesmos, trayéndolos á todos á tu amor según nuestras fuerzas, y gozándonos de los bienes ajenos como de los nuestros, é compadesciéndonos de sus males, y no dando á nadie alguna ofensión. Nuestro pan de cada día, que es tu amado Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, dánoslo hoy en memoria y en inteligencia y en reverencia del amor que nos tuvo, y de las cosas que por nosotros dijo é hizo é sufrió. E perdónanos nuestras deudas por tu inefable misericordia y por la virtud de la pasión de tu amado hijo, y por los merecimientos é intercesión de la beatísima Virgen María y de todos los escogidos, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; y lo que enteramente no perdonamos, haz tú, Señor, que plenariamente lo perdonemos, para que verdaderamente amemos por amor de ti á nuestros enemigos y devidamente roguemos acerca de ti por ellos, no dando á ninguno mal por mal, y que estudiemos aprovechar á todos en ti. Y no nos traigas en tentación oculta ó manifiesta ó subitánea, ni que dure un momento; mas líbranos del mal presente, pasado y porvenir. Amén.

Si quisiésemos mostrar cuán buena exposición es aquésta, sería necesario tornar á glosar la mesma exposición y declarar cuán al propósito de Cristo, cuanto á su sentido, van añadidas las palabras á cada petición; empero por resplandescer tanto en ellas el verdadero amor, no será menester decir más.

Aunque, según hemos dicho, esta oración del Señor tenga primado entre todas las otras oraciones vocales, no por eso deve el hombre dejar las otras, ca de otra manera engendrarse hía fastidio; y más que hallamos haver hecho algunas sanctas personas otras oraciones aprovadas, y también que muchas veces es

cosa muy buena orar el hombre vocalmente con palabras compuestas de propria afección y que pertenecen á su presente necesidad, como lo hizo el Publicano, y Ana la madre de Samuel, y Judas Macabeo, y otros muchos que con palabras breves, que ordenavan ellos, oravan vocalmente al Señor demandando lo que dél habían menester con gran afección; porque esta manera de oración que compone la persona necesitada provoca muchas lágrimas; é como son palabras nuevas las que así se dicen, y que declaran la propria fatiga, más particularmente dícelas el hombre de todo su corazón.

La oración vocal, según viste, es una petición que damos ó enviamos á Dios, en la cual le demandamos lo que dél hemos menester. Aunque sea bueno servirse hombre de las peticiones que los otros sanctos le dieron, empero muy buena cosa es y que place al Señor componga ó escriva el hombre con la péndola de la lengua para cada cosa que huviere de pedir nueva petición y breve; porque así como los grandes señores huelgan de oir á los hombres rústicos que hablan sin malicia groseramente delante dellos, así el Señor ha mucho placer cuando con tanta priesa le rogamos que por no detenernos en buscar palabras muy revistas y ordenadas, le decimos en breve nuestra necesidad, á ejemplo de la cananea que decía: Have misericordia de mí, Señor, hijo de David, que mi hija está mal atormentada del demonio (Mat., XIX c). Y el hijo gastador oraba diciendo al Padre celestial: Padre, pequé contra el cielo y delante de ti; ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme en tu casa como uno de los que tienes á soldada (Luc., XV c). La madre de Samuel, que no tenía hijos, orava al Señor diciendo (I Reg., I d): O Señor de las batallas, si volviendo tus ojos vieres la afiición de tu sierva, y te acordares de mí, y no olvidares tu esclava, y dieres á tu criada un hijo varón, ofrecerlo he yo al Señor todos los días de su vida.

La Escriptura está llena de oraciones semejantes, compuestas por las mesmas personas, con que brevemente demandavan al Señor lo que dél havían menester, según la presente necesidad en que se veían puestas; y esta manera de orar vocalmente es muy impetrativa, que alcanza del Señor presto lo que demanda, y por tanto la devrían usar mucho los fieles devotos en sus necesidades, declarándolas al Señor, con breves palabras compuestas por ellos mesmos; y no solamente antes del sueño, mas antes de toda obra devrían todos orar desta manera, encomendando al Señor particularmente cada cosa, familiarmente hablando con El, formando palabras convenientes á la propria afección, mediante las cuales unas veces quejándose delante dél manifiesta sus necesidades, otras confiesa sus pecados, otras demanda misericordia y gracia y favor contra los peligros y fatigas del mundo que á sí ó á los suyos empecen.

CAPÍTULO III

De la segunda manera de orar.

La segunda manera de orar es cuando dentro en nuestro corazón, sin pronunciar por la boca las palabras vocalmente, sólo nuestro corazón habla con el Señor, é dentro en nosotros le demandamos todo lo que hemos menester. Entonces como en escondido, sin que nadie nos oiga, hablamos con el Señor á solas cuando se suelen hacer mayores las mercedes, lo cual es como hablar al oído de Dios. Desta manera orava David, el cual decía á Dios (II Reg., III d): Tu siervo ha hallado su corazón para orar á ti.

Para que esta oración sea más larga que la primera, pues que es muy más excelente, se requiere que halle el hombre su corazón, esto es, que lo aparte de otros cuidados, cualesquier que sean, si son impecibles y superfluos. Desta manera orava el sancto profeta que sacó el pueblo de Egipto (Exo., XIV c), al cual callando su boca y hablando su corazón, dijo Dios que para qué le dava boces, mostrando en esto que más suenan delante dél los buenos pensamientos que las buenas palabras, y aun valen mucho más; porque los buenos pensamientos solos son muy preciosos, y las buenas palabras sin ellos valen poco; ca primero echa Dios los ojos al corazón que no á la lengua, la cual recibe la bondad del corazón y el corazón ninguna recibe de la lengua, salvo en la confesión de la fe, que es menester pronunciarla con la lengua en ciertos casos.

A esta manera de oración que el corazón hace á Dios callando la lengua se reducen todos los sanctos y devotos pensamientos, así de la pasión del Señor como de la Iglesia y del Juicio y de cualquiera cosa otra devota;

porque claro está que decimos estar orando los que están meditando y pensando en la sacra pasión, y aun los que según deven piensan sus pecados, pues no los piensan sino para demandar misericordia dellos.

Para esta manera de oración, que consiste en sanctos pensamientos, es menester que el hombre encomiende á la memoria las historias devotas y misterios del Señor y muchas cosas buenas de las que oyere é leyere, las cuales han de ser como leña que sustenta el fuego en el altar del Señor. Es empero de saber que los más fructuosos pensamientos que el hombre puede tener son los de la sagrada pasión, según se dijo en la *B* del primer alfabeto, aunque, según las festividades diversas, sea muchas veces bien mudar el manjar. Aunque esta segunda manera de orar, que es tener y usar el hombre de sanctos pensamientos, no parezca convenir á los principiantes ni á los idiotas, no les es del todo ajena, porque algunas veces son obligados á tener sanctos pensamientos, pues son obligados á desear la bienaventuranza y á otras cosas muchas soberanas; así como amar á Dios sobre todas las cosas, lo cual no pueden hacer sin pensar en El, porque condición es del amor pensar algún tiempo en el amado; y son también obligados á la recepción de los sanctos sacramentos, que presupone alguna meditación y sanctos pensamientos, donde el hombre se apareja para tan grandes cosas.

Y dije el deseo de la felicidad, porque nunca lo ternemos si en ella nunca pensamos; mas empero son obligados á esta manera de oración los religiosos y personas retraídas que han dejado el mundo para vacar á la contemplación, é tienen ó deven tener muy mayor oportunidad por el lugar sancto de la religión, que está dedicado y constituído para más perfectamente orar; que así como es cosa común á los buenos seglares en el mundo orar vocalmente, así deve ser común esta segunda manera de oración á los buenos religiosos en su monesterio, que deve ser casa de oración y no cueva de ladrones; lo cual será si comen las limosnas ajenas no para orar, sino para murmurar y vaguear, que es contra la voluntad del que las dió; lo cual se reduce á rapiña ó hurto. Onde todo aquel que usa de la cosa ajena no á la voluntad é intención buena de su dueño, cierto es que usurpa lo que no es suyo y que se pueda decir ladrón; é cosa clara es que la voluntad de los que nos dan limosna es por que tengamos oportunidad de orar sin derramamiento al Señor; lo cual si no hacemos vamos contra la primera intención del bienhechor, al cual quedamos, según veo, deudores; ca puesto que nos da por amor de Dios su limosna, dánosla con tal condición que mediante ella sirvamos mejor al mesmo Señor Dios; y si así no fuese, no nos la daría sino en caso de extrema necesidad, donde se tiene objeto á conservar la vida del prójimo.

La oportunídad del tiempo, y la santidad del lugar, y la alteza de la religión, y la buena compañía, y la provisión alcanzada sin trabajo, y la gran obligación de los votos, y los continuos ejercicios de virtud y buenos ejemplos, y la mucha y muy sancta doctrina, y el concierto del tiempo, y la disminución de los cuidados, y la frecuentación de los sacramentos del altar, y otras cosas muchas semejantes á éstas, obligan y provocan á los religiosos á se dar con todo estudio á la meditación y pensamientos de los sanctos misterios del Señor, porque de cada una destas cosas que he dicho y de las semejantes que no se me ofrescen demandará Dios estrecha cuenta, sin los dones particulares que á cada uno ha dado, ca los ya dichos generales son á todos é á todas las personas religiosas; darán dellos cuenta primero, y después dice Dios que ha de escodriñar nuestra conciencia y nuestra ánima con candelas, porque buscará los dones particulares que nos dió, y no permitirá que se olvide ni se esconda alguno dellos, por pequeño que sea, sin demandar cuenta dél, é de lo que pudiéramos con ella aprovechar á nos é á los otros si lo ejercitáramos y pusiéramos en ejecución.

Si quisiere el religioso saber cuán dañosa sea la oración vocal á los que se quieren dar á la contemplación, lea el primer tractado del Roseto que habla de oración, y verá de cuán poca utilidad y cuán dañosa sea la oración vocal en las personas aprovechadas, por ser en ellas estorvo de mucha más perfección; empero has de entender esto de las oraciones vocales que no traen consigo obligación, porque lo que es de obligación en ninguna manera se deve dejar, aunque venga el hombre á cosas muy grandes. Puedes empero aguardar á tiempo que tu espíritu esté desocupado de cosas entrañables para lo rezar; y cuando lo rezares ten más intento al gusto de las pala-

bras que no á la pronunciación, porque á Dios hablas, que no á los hombres. E apártate de aquellos que si les confiesas haverte dormido en el oficio te dan una Ave María en penitencia; é si les dices que no tuviste entera atención á la letra por tenerla al corazón, se escandalizan y traen ejemplos y razones para mostrar que estás engañado, diciéndote qué yerras en lo que ellos no saben.

Acaece muchas veces que se muestran muy celosos de las palabras los que nunca alcanzaron el fin dellas, que, según Sant Augustin dice, es la devoción; la cual alcanzada deven las palabras cesar; empero, si son de obligación, por reverencia del voto se deven decir, por que Dios no salga perdidoso en las mercedes que nos ha hecho, ni nosotros nos apartemos de la humildad haciéndonos singulares y pensando que las grandes contemplaciones nos quiten las menores obligaciones. Puesto que los religiosos que tienen deseo de más aprovechar no devrían de rezar más del oficio divino y alguna oración de Nuestra Señora, porque todos no son de iguales deseos, ni son de una manera estudiosos ni fervientes; más vale muchas veces rezar con devoción que contemplar con tibieza, y los que no hacen lo uno dévense dar á lo otro; é faltando la oración del corazón obra su boca para atraer el Espíritu Santo y para desechar la tibieza y para edificar los oyentes que no ven lo interior, y para que el demonio huya de las sanctas palabras é para que la lengua á ratos haga su oficio, que es loar á su Hacedor.

Las cosas espirituales, mientras son más excelentes traen consigo más dificultad, y por tanto los sanctos pensamientos no se deven luego dejar, aunque el hombre no halle en ellos devoción y la halle en la oración vocal, porque esto puede ser engaño y muy grande que causa el demonio por nos apartar de cosas mayores; ca deves saber que el primer año apenas se halla devoción en los sanctos pensamientos, mas después da Nuestro Señor tanta, que apenas se pierde, sino que dura lo más del día en el corazón, é conosce claramente que vale más un día de aquellos que no si un año entero rezase. Por ende has de perseverar en los sanctos pensamientos, si quieres venir á tanto que tus pensamientos sean de tanta eficacia que te parezca ver con los ojos lo que piensas en el corazón, y que al pensamiento interior y secreto del ánima correspondan las afecciones tan enteramente como tu quisieres; en tal manera que pensando alguna cosa triste, luego sean contigo las lágrimas, é si piensas alguna cosa alegre, luego seas lleno de gozo; é si piensas cosa de espanto y grandeza, seas lleno de una soberana admiración que te haga salir de ti.

CAPÍTULO IV

De otra manera de orar.

La tercera manera de oración se dice mental ó espiritual, con que se alza lo más alto de nuestra ánima más pura y afectuosamente á Dios con las alas del deseo y piadosa afección esforzada por el amor; el cual mientras mayor es tiene menos palabras y más comprehensoras y que hacen más al caso; porque el amor, si es verdadero, no sabe buscar rodeos de razones compuestas, mas callando obra grandes cosas, y sabe que si de las criaturas se aparta y se recoge á Dios, será dél enteramente recebido, y tanto más enteramente cuanto más recogido fuere y con mayor fervor.

De los que así oran dice el Señor en el Evangelio: Los verdaderos adoradores han de adorar al Padre en espíritu y verdad, porque espíritu es Dios, y conviene adorarlo en espíritu y verdad, y tal es quiere El que lo adoren. Cuanta mayor conformidad hoviere entre el que ora y el Señor á quien ora, tanto será más acepta la oración; así que, pues el Padre es puro espíritu en sí mesmo y que ninguna cosa participa de cuerpo, tanto será nuestra oración á El más agradable cuanto fuere más apartada de la imaginación y aun de los pensamientos del corazón; porque no pueden ser tan elevados que no sean harto bajos en comparación del Señor; mas los deseos que abrazan á Dios desnudo é sin corporal semejanza y el amor que no cura de palabras ora con más pureza á Dios, y en manera más espiritual y más inmediata, porque no dice el ánima que así ora sino aquello de los Cánticos (Cant., II d): Mi amado á mí é yo á mi amado. No pueden ser dichas palabras más espirituales ni más recogidas, ni más comprehensoras, ni que más declaren el fin de la oración á los que la sienten.

Lo que más puede hacer Dios con su amigo es darse á él, y lo que más puede hacer el hombre es darse á Dios; empero, porque lo

segundo no podemos perfectamente hacer sin su favor, dijo la esposa primero: Mi amado á mí que no yo á mi amado. Empero han de notar que este darse el hombre á Dios y Dios al hombre es una dádiva tan perfectamente dada, que cuando se da parece que Dios está en el hombre todo y enteramente. Quiero decir que si la fe no alumbrase al hombre que tiene á Dios, cuasi diría que en sí incluye Dios todo y que fuera desto no está. Vese el ánima del justo algunas veces tan llena de Dios, que le parece ponerle término la pequeñez de sus pechos, como de verdad él sea interminable. La dádiva con que algunas veces se dan las personas recogidas á Dios es asimesmo tan copiosa, que ninguna cosa guardan para sí; en tal manera que pierden la elección y la voluntad, y por el mucho acordarse y darse á Dios están de sí tan olvidados como si no fuesen.

Destas tres maneras de oración dice el Sabio (Prov., XXII c): Mira cómo en tres maneras te la he declarado. Estas tres maneras declara la glosa interlineal diciendo que son en palabra, que es la oración vocal, y en pensamiento, que es la oración del corazón. y en obra, que es la oración espiritual del recogimiento; el cual si es verdadero tanto excede á las dos maneras primeras como la obra á la palabra y al pensamiento.

Estas tres maneras de oración son figuradas por las tres ciudades del refugio (Deu., XIX a) y por los tres panes que devemos pedir prestados á nuestros amigos (Luc., II p), y por los tres días después de los cuales se halla Jesús en el templo del ánima, y por los tres días después de los cuales resucita en nuestro corazón, y por las tres veces que oró Cristo en el huerto.

La primera oración es como carta mensajera que enviamos á nuestro amigo. La segunda, como si le enviásemos á alguna persona que es á nos muy conjunta. La tercera, como si fuésemos en persona. La primera es beso de los pies. La segunda beso de las manos. La tercera beso de la boca. La primera se reduce á la fe, que se debe confesar por la boca. La segunda se reduce á la esperanza, que devemos tener en el corazón. La tercera á la caridad, que debemos mostrar en la obra. La primera pertenece á la purgación. La segunda á la iluminación. La tercera á la perfección, que son los tres actos jerárquicos. Con la primera se perfecciona la memoria, con la segunda el entendimiento, con la tercera la voluntad; y así como en la ley de gracia, que es tercera, se dan mayores beneficios y gracias del Señor que no en la primera de naturaleza, ni en la segunda, que es ley escripta, así en la tercera manera de oración hace Dios mayores mercedes que en las otras dos primeras.

Aunque estas tres maneras de oración podíamos decir que pertenescen á los tres estados del mundo, que son casados y clérigos y religiosos, empero como en cada estado hay principiantes, mediados y más perfectos, decimos que todas tres maneras convienen á cada estado según la calidad de las personas que hay en él; y no se deve alguno jactar de la perfección del estado que tiene si le falta la perfección personal, porque más vale guardar bien los mandamientos que mal los consejos, y más agradable es al Señor el siervo que es fiel en lo poco que no el que es negligente en lo mucho.

No solamente á los estados y personas dellos conviene estas tres formas de oración, mas en cada persona particular se hallan muchas veces las cosas dichas, según diversos tiempos y según las diversas disposiciones della; porque unas veces está el hombre más pronto para una manera de oración que para otra; y á las veces de presto es más ayudado que pensava, é otras veces cae tan abajo que es menester tornar al principio. A todos los que usan estas tres maneras de oración dice nuestra letra: Oración antes del sueño ten, y después torna presto.

Según decía una persona digna de memoria, no se devría el hombre devoto aparejar menos para dormir que el indevoto para morir; porque así como en el estado que la muerte nos tomare hemos de ser juzgados, así en el estado que el sueño nos tomare hemos de ser juzgados si nos arrebata la muerte durmiendo; como á uno que yo vi acostarse bueno é murió sin levantarse de allí ni decir aquí me duele.

De muchos también se lee que juntaron el sueño de sanidad con la muerte no esperada; los cuales si tuvieran oración antes del sueño, pudiera ser que no murieran ansí, ó si murieran y si el sueño era necesario por entonces, se les pudiera contar por oración; mayormente si, según nuestra letra dice, tuvieran intención de volver á orar en despertando; porque

común cosa es tener los extremos sabor de los medios, y los medios sabor de los extremos, y referirse los unos á los otros. Onde, según esto, es cosa muy loable rezar algunas devotas oraciones antes que se duerman; y en levantándose rezar otras veces, haciendo luego gracias á Dios por que lo guardó mientras dormía y no permitió que le ahogase el demonio, como ahogó los maridos de Sara (Tho., VII c).

Los que siguen la segunda manera de oración y se dan á los sanctos pensamientos no menos deven orar antes del sueño; ca cosa común es soñar el hombre lo que pensó antes que se acostase, y si fueron buenos pensamientos, bueno será el sueño que tuviere, como parece en una mujer pobrecilla, que teniendo por muchos días grandísima hambre y deseo de comulgar, durmiendo una noche soñó que comulgava, y despertó con tanta dulcedumbre, que conoció haver Dios cumplido espiritualmente su deseo, y quedó dende allí muy alegre, porque el sueño no suele menos alegrar á los justos cuando es bueno que entristecerlos siendo malo; y no se alegran porque es sueño, sino porque es bueno. Quiero decir, que representa buenas cosas y que mueven á bien siendo reducidas á la memoria. Ansí que estos devotos religiosos, cuando se acuestan, comienzan á decir en su pensamiento los psalmos que comienzan en las letras del nombre de Jesús que son: *In Domino confido; Eructavit cor meum; Sæpe expugnaverunt; Verba mea; Salvum me fac, Domine.* E si éstos no te agradan, puedes por la mesma forma buscar otros; é si entre estos pensamientos no te durmieres, puedes decir otros que comienzan en las letras del nombre de Nuestra Señora; mas los que no supieren decir psalmos pueden decir otras oraciones, pensar entretanto que viene el sueño en la pasión del Señor, lo cual será cosa de más fructo, ó pensar en otras cosas devotas y sanctas que más le agradaren.

Hablando con los que siguen la tercera manera de oración por la vía del recogimiento, han de saber serles necesario que tengan oración, dándose al recogimiento antes de dormir, y el aparejo que han de hacer antes del sueño no ha de ser otro sino recoger el corazón é quietarlo, según aquello del Sabio (Prov., III d): Holgarás y será suave tu sueño.

Primero dice que has de holgar en la oración del recogimiento; después que se ha de seguir la suavidad, sueño que viene sobre la oración, y en despertando, á cualquier hora que sea, has de tornar presto al mesmo recogimiento; no te olvides de tornar á la guarda del corazón antes que se derrame por cosas diversas.

La oración que antes del sueño deves tener ha de ser tan de hecho, que jamás te acuestes á dormir, en cualquier tiempo que sea, sin tener un cuarto de hora en la oración antes que te acuestes, y esto en secreto, que no te vea sino solo Dios; y cuando te acostares, no ceses de guardar con todo estudio el corazón, en tal manera que pienses acostarte más para orar que para dormir; y en despertando has de tornar al mesmo negocio con tanta afección como el niño que se acuesta en el hornazo que le ha hecho su madre, y en despertando lo busca si se le ha caído en la cama, y durmiendo lo tiene abrazado consigo.

Los que usan orar antes del dormir vienen á tenerlo tanto en costumbre, que no pueden dormir si primero no han orado; y el ánima que está acostumbrada á se recoger no puede pasar al sueño sin primero ir por el recogimiento, porque aquella quietud que la naturaleza ordena para dormir ordena el ánima devota para orar.

Necesaria cosa es para dormir recoger el corazón y procurar el hombre algún sosiego en lo de fuera y en lo de dentro, en tal manera que los sentidos interiores y exteriores estén inmovibles, lo cual es aparejo para dormir; mas en la mano del hombre está ordenar este aparejo primero para orar que para dormir, por que ansí duerma de sueño espiritual y sancto primero el ánima que no el cuerpo.

Es empero de notar que el sueño corporal y espiritual difieren entre sí en algunas cosas; porque el primero es una pasión suave que conforta y repara la naturaleza, revocando y atrayendo el calor natural de las cosas de fuera á las de dentro, cierra los caminos y vías de todos los sentidos con el humo grueso que sube del estómago indigesto, en el cual obra el calor natural que allí se retrujo, y entonces las virtudes animales del hombre huelgan cesando de obrar, y las virtudes naturales están más intensas y más radicadas en su operación que en el sueño es más fuerte.

Necesaria cosa es al cuerpo el sueño para sustentar la vida corporal, y al ánima del va-

rón perfecto es también necesario el sueño espiritual para conservar la vida amorosa, que de Dios recibe con una suavidad quietativa que retrae el amor del corazón, para que vele y duerman los sentidos á toda criatura; y el humo causado deste calor subiendo de gracias no cierra las vías, sino ensánchalas para que obren las virtudes del ánima y cesen las naturales. Y cuanto más cesan las unas y huelgan, tanto las otras obran más deleitable y verdaderamente por todo el hombre de dentro, que se conforta y repara soberanamente en tanto grado, que acaece pasarse algunas veces sin el sueño corporal, porque el espiritual lo suplió todo; ó á lo menos si havía de dormir cuatro horas satisfácese con una, y en despertando torna presto á la oración; lo cual no podrá hacer quien primero que durmiese no tuvo alguna. Y es cosa cierta é muy experimentada entre los que se dan al recogimiento, que cuanto más oración tuvieron antes del sueño tanto más presto tornan á ella cuando despiertan. Y aun acontesce una cosa que apenas será creída, y es que antes del despertar torna el ánima á la oración; y algunas veces acaece que está en su mano acabar de despertar ó no, y esto porque el comenzar á despertar por de dentro es muy distinto del despertar en lo de fuera, y entonces está el ánima dentro en sí como el agua biva que está debajo del yelo muerto, ó como el pollo que bive dentro en el huevo sin lo haver horadado, ó como Jonás, profeta, que estava en el vientre de la vallena y dende allí pudo orar al Señor.

CAPÍTULO V

De cómo te has de haver en el dormir.

Puesto que no haya cosa de menos certidumbre que los sueños, ni haya cosa que más presto deva el hombre lanzar de sí que las imaginaciones que soñó, por ser inciertas, empero también acaece durmiendo á los varones recogidos muchas cosas é muy buenas.

Que lo primero de la falsedad de los sueños sea verdad, el mesmo desvarío dellos lo muestra muchas veces, para que así cualquier hombre, por simple que sea, conozca que en despertando los ha de apartar de sí, desechándolos del corazón, porque, según dice el Sabio (Ecles., V b): Donde hay muchos sueños hay muchas vanidades.

Es empero tan astuto el demonio, que, como sepa lo que soñamos, y muchas veces nos cause él los sueños, hace que nos acaezca entre día parte de lo que soñamos de noche, para que así demos algún crédito á los sueños; onde si soñaste que caía sobre ti una casa, acaece que pasando por alguna calle derriba el viento un teja, é dices ser aquello que soñaste; y si sueñas que hablas con alguna persona que está muy apartada de ti, otro día te traen alguna carta suya ó te hablan della dándote nuevas de su salud, dices que se cumplió tu sueño. Por evitar estas vanidades é otras infinitas, que ocioso ó malicioso demonio enreda, nos avisó el Sabio diciendo (Ecles., XXXIV c): A muchos hicieron errar los sueños y cayeron los que en ellos esperaron.

Para que conozcas cuán vanos son los sueños, deves saber que es cosa á todos muy común soñar lo que desean ó temen, ó lo que mucho han pensado; é según la diversidad de las enfermedades y disposiciones de las personas son los sueños diversos, y aunque estén los hombres sanos, tienen dentro de sí ocasión de soñar más unas cosas que otras; porque los sanguinos sueñan cosas alegres y placenteras, y los melancólicos sueñan cosas tristes y llorosas; los flemáticos sueñan cosas de aguas y fuentes y ríos y nieves y peces; los coléricos sueñan cosas amargas y desabridas; de manera que según la complesión que cada uno tiene le suceden naturalmente los sueños; aunque otras veces se puedan recrecer de otro accidente alguno que de otra parte sobrevienen, porque claro está que los enojados sueñan que riñen y los enemistados que se acuchillan con sus enemigos.

Esto he dicho por amonestar á todo cristiano que dé tan presto á olvido lo que soñare como el mesmo sueño que durmió; y que después entre día no se lo traiga á la memoria, ni mire en él; y aunque lo vea cumplido, deve disimular y no hacer caso dello; porque, como dije, no anda el demonio sino por ponernos en falsa admiración y en cuidado vano y lleno de curiosidad.

Tú, hermano, que sigues el recogimiento, guarda mucho el tiempo después de maitines, porque aquel sueño es más para el ánima que para el cuerpo; y nunca te acuestes en la cama soñoliento, sino muy despierto en el deseo del Señor; y á ejemplo de la esposa busca á Dios de noche en tu cama; é cuando te viniere el sueño antes que te acuestes, despiértate

con sanctas palabras. No te digo que no duermas, sino que no te acuestes dormido, porque ansí no podrás guardar el consejo de nuestra letra, que te amonesta tener oración aun en la cama antes del sueño; y en cualquier hora que despertares torna presto á guardar el corazón; y antes de maitines duerme bien, por que no te duermas en ellos y por que puedas mejor recogerte y orar antes y después dellos; y en tal manera te acuesta después de maitines como si no hicieses caso del dormir, sino del orar.

La cabecera un poco alta, arrimado, puedes enderezar tu faz al cielo, mientras tu cabeza lo pudiere sufrir; y no temas, que la gracia te confortará cuando venga y te pagará lo que por ella trabajaste. Si te durmieres al tiempo que sueles orar, haz cuenta con tus ojos é mira lo que le has dado; é si tienen su salario, conosce que es relajación y deséchala con una disciplina, ó toma un libro y lee y despiértate mientras te guerrea el sueño injusto, para que cuando según justicia durmieres te despierte la gracia, que á muchos que velan por ella despierta cuando están más descuidados. Si desta manera lo haces, no menos servirás á Dios durmiendo que velando, pues que por El y para El duermes y velas.

Los que con todo el corazón se quisiesen dar á este sancto ejercicio no havían de salir fuera de la celda después de completas sin manifiesta necesidad, porque aquel tiempo hasta dormir todo lo havía de gastar en oración, puesto de rodillas en medio de su celda; y si por ser mucho el tiempo no lo pudiere todo estar de rodillas, siéntese en una silla muy compuesto, levantada la cara al cielo y desechado todo cuidado; pues no es aquel tiempo de entender en cosa del mundo, dese todo á las cosas del cielo, de donde le ha de venir el favor, hasta que le queden cuatro horas de intervalo que pueda dormir antes de maitines, si es nuevo en el ejercicio de las cosas espirituales; y ruegue con fe y pureza de corazón al ángel que lo guarda que antes un poco de los maitines lo despierte, ca sin duda lo hará; é si despertare antes que conviene con algún estruendo, piense que es el demonio que no lo quiere dejar dormir por que se duerma á maitines; empero si con quietud y devoción despertare cuando le paresce que conviene, no sea perezoso en se levantar, por que el ángel no se halle burlado en lo haver despertado á la hora que conviene.

Después de haver estado en los maitines muy vigilante é con vivo corazón, ha de tornar á orar más largo espacio, con aviso é cautela de se guardar del sueño, que á todos los tibios guerrea en cualquier ejercicio que estén; aunque estén en el corazón delante de Dios y delante de sus mayores cantando en pie, no dejan de estar cabeceando; y aunque dicen que van á pensar en la pasión, los vence la pasión del sueño, como á los apóstoles en el huerto, y se duermen. Mas tú, hermano, que eres nuevo en el recogimiento, si fueres con tu tibieza también del sueño combatido, has de ser muy solícito en lo desechar, ó pensando cosas devotas que te provoquen al amor de Dios, ó leyendo, ó paseando, ó rezando, ó pelligándote sin piedad, ó lavándote bien con agua fría, ó rogando á tu maestro que te diga alguna palabra de Dios Nuestro Señor, con que huya el sueño, ó poniéndote en alguna parte donde la vergüenza ó el miedo te hagan velar, ó haciendo cualquier otro ejercicio corporal convenible; é si todo esto no bastare, toma una disciplina para echarlo de ti por fuerza, diciendo aquello del psalmo: Mi castigo es en las mañanas, y esto por que no me duerma.

Por mañana deves tener todo el tiempo después de maitines, mayormente si á prima noche tomaste bien tu necesidad; y así lo deves hacer, dando primero á César lo que es suyo, según dice Cristo, porque de otra manera sería tu sacrificio de rapiña, lo cual aborresce el Señor (Exo., LXI c). Deves pensar que cuando te duermes sin tener dello manifiesta necesidad se carga el demonio sobre ti, echándote un monte muy pesado encima; y que para lo lanzar de ti has menester velar y orar, por que no te tome debajo venciéndote; empero cuando velas se junta á ti tu ángel, gozándose contigo, y entonces procura de purgar tu memoria y alumbrar tu entendimiento é perfeccionar tu voluntad; lo cual tú pierdes si te duermes.

Los que son aprovechados en la vía del recogimiento, con sólo recogerse desechan el sueño; y éstos han menester dormir menos; porque si un nuevo ha menester dormir seis horas, un aprovechado se deve contentar con cinco; empero los perfectos en este ejercicio suelen perder el sueño, porque de dentro los

despierta lo que sienten cuando se trabajan por dormir; y apenas duermen entre día y noche tres horas, despertando al más pequeño roído del mundo. Y este dormir es como quien beve á tragos, ca no toman de una vez todo el sueño, porque no pueden, aunque Nuestro Señor suple en ellos con la alegría la falta del dormir, librándolos por entonces de sus necesidades, según lo pedía David (Psal. XXIV d), aunque todavía queda la sensualidad un poco descontenta.

Yo he conoscido muchos varones muy recogidos que pasaron muchos años con menos de tres horas de sueño entre día y noche; y conoscí otro que dijo en secreto á un su gran amigo que en diez y siete años no havía dormido lo que se suele dormir en cuatro meses; empero aqueste tenía otras cosas mayores y que se conoscían dél sin poderlas encubrir, ca éstas ninguno se las conosció, por esconderse él mucho en su celda, donde ni sabían si dormia ni si velava.

Bienaventurados son los que oran mucho antes del sueño, y en despertando tornan presto á orar; porque éstos á ejemplo de Elías (III Reg., I b) comen un poco y duermen y tornan á comer otro poquito, y tornan á dormir, y desta manera pasan su tiempo cuasi reclinándose después de la cena sobre el pecho del Señor, como los niños sobre el pecho de su madre, donde recebida la leche se duermen, y tornan á despertar y á tomar leche y tórnanse á dormir; y desta manera con estos gloriosos intervalos pasan el tiempo del dormir que más se las cuenta por oración que por sueño, pues que su principal intento fué de orar; y lo más del tiempo que los otros duermen gastan ellos orando, y aun aquel mesmo tiempo que duermen conoscen desque despiertan que su ánima ha dormido en los brazos de su amado.

EL TRACTADO CUATORCENO

HABLA DE CÓMO HEMOS DE CORREGIR NUESTRA ANIMA, DICIENDO: POR AMOR É SIN ENOJO CORRIGE SIEMPRE TU ANIMA.

Según dice el Apóstol: Todos ofendimos en muchas cosas, y no una vez, sino muchas; pues que el justo cae siete veces al día. Y que ofendamos mucho, cosa es notoria á los que saben; pues no devríamos cometer un pecado, aunque fuese venial, por todo el mundo que nos diesen. Así que, pues ofendemos en muchas cosas y mucho é muchas veces, menester es que seamos siempre corregidos; conforme á lo cual dice nuestra letra: Por amor é sin enojo corrige siempre tu ánima.

Dos maneras hay de corrección que el hombre deve tener consigo. La primera corrección y más necesaria que el hombre deve hacer á su ánima es retraerla del mal al bien, según somos obligados; porque si la corrección fraternal obliga al cristiano, mucho más le obligará la corrección de su mesma ánima, por ser á él más conjuncta. Desta corrección, que es del mal al bien, dice el Sabio (Eccles., I d): Los perversos con dificultad se corrigen.

El que tiene ya pervertidas las buenas costumbres y vueltas en malas, más tiempo ha menester para tornar á ser bueno que al que es malo; porque si ha un año que sigue un vicio, es menester que siga dos años la virtud contraria para que aparte de sí la mala costumbre y cobre hábito y costumbre virtuosa; onde por esto dice el Sabio que los perversos con dificultad se corrigen; ca no solamente deven para se corregir arrancar el vicio, mas plantar en su lugar la virtud y esperar que florezca tanto como florecía el vicio.

Esta corrección primera pertenece á los pecadores, y la segunda, que es de bien en mejor, pertenece á los justos, según aquello del Sabio (Prov., XXXI d): El que es recto corrige su camino. Rectos en la Escriptura son los justos que aman á Dios; y éstos corrigen su vía, no porque ivan errados, sino por correr é subir de virtud y de bien en mejor.

Hablando desta corrección que toca á los justos, lo primero que los varones recogidos deven corregir en sí es la negligencia; y no digo el pecado mortal, porque no ha de reinar en ellos ningún vicio que sea, porque el ánima viciosa en ninguna manera tiene cara para llegarse al recogimiento entrañal; empero muchas veces los que ponen en obra nuevos males son atormentados de pensamientos que los otros. Porque como sea cosa natural sentir los males, no pueden dejar de hacer en el hombre alguna impresión; la cual si se reprime, para que no salga en obra, no deja de ejecutar su furia en el corazón que se trabaja de vencer con apariencia; y la corrección que me-

rece el culpado que hizo la ofensa hala de dar en el varón justo á su mesmo corazón, porque siente mucho y no se aplaca presto, lo cual hacia el bienaventurado Sant Bernardo cuando de sí mesmo se quejava á Nuestro Señor diciendo: Cría, ó Dios mío, en mi corazón limpio; porque no solamente lo ocupa la vana cogitación y la torpe lo ensucia, mas aun la amarga lo disipa, porque muchas veces conmovido por alguna injuria soy comprimido en el corazón con espesos bollicios de cogitaciones; de un cabo y de otro solícito y ciego estoy imaginando la venganza de la injuria recebida y cómo podré tener ocasión para me vengar. Multiplico los consejos y no hago otra cosa en el corazón sino acabar las rencillas que faltan de fuera; no veo los presentes, y contradigo los absentes; dentro de mí pronuncio deshonras y recíbolas, y á las recebidas más duramente respondo; y como no haya quien me contradiga, estoy componiendo en el corazón barajas; estoy considerando las asechanzas de los envidiosos y pienso qué podrán mover y busco qué pueda responder, y como no tenga casa alguna, trabajo como litigador vacío, y así paso el dìa en ociosidad y la noche en pensamiento; estoy torpe en la obra provechosa, porque soy fatigado de la ilícita cogitación; así peleo dentro en la memoria, porque no hay de fuera repugnancia. También algunas veces lo que hice en el cuerpo después con importuna cogitación lo revuelvo en la memoria; y muchas veces soy más gravemente atormentado en la recordación que no en la obra pasada, y algunas veces las cosas que nunca hice ni tuve en la voluntad, en tal manera las pienso, que cuasi me pesa por no haverlas hecho. Alímpiame, Señor, de mis cosas ocultas, porque cuando hago algo en lo de fuera peco gravemente en lo de dentro, ca en el corazón guardo las cosas pintadas que vi y las que hice; é por tanto no ceso de revolver en el corazón tumultos de diversas cosas temporales, aun cuando estoy en quietud; porque en el pensamiento, como cuando ayuno, hablo cuando callo, tomo ira cuando estoy sereno, huelga el cuerpo y anda el ánima discurriendo por una parte y por otra. En estas palabras ha mostrado este sancto cuánta necesidad tenga nuestra ánima de ser recogida, pues que dentro en sí mesma tiene tanto desatino y revuelta muy contraria al recogimiento.

Acontésceles á los varones recogidos con su ánima como al cazador con el ave que prende biva para poner en alguna jaula, que fuera de aquel encerramiento estava encima de los árboles quieta, mas después de encerrada no tiene reposo alguno sino saltar de una parte á otra y herirse la cabeza por salir; é si sale, huye tanto, que el cazador pierde la esperanza de la ver más en la jaula encerrada. Cuasi desta forma, cuando la persona devota quiere poner su ánima en la jaula del recogimiento, allí la siente más inquieta que antes, viendo que pierde todo el sosiego pasado é siente grande agravio teniendo menos sosiego que antes que se diese al tal ejercicio; y son tantas las vagueaciones que á las veces ocurren, que pierde la esperanza de poder seguir el recogimiento; é queriendo algunos remediar esto, hácense tanta fuerza en desechar estas vagueaciones y toman dellas tanta pena, que les causa dolor de cabeza y flaqueza corporal y otras fatigas no pequeñas, queriendo con enojo corregir las cosas que mejor se castigan con una amorosa disimulación, conforme á lo cual dice nuestra letra: Por amor é sin enojo corrige siempre tu alma.

CAPÍTULO II

Cómo te deves hacer con tu ánima cuando está distraída.

Tornando al ejemplo que pusimos del ave puesta en la jaula, claro está que mejor podrá ser amansada y hecha doméstica por amor que no por rigor, y mejor la podrán aplacar con palabras blandas que no ásperas voces que la espanten; más vale para la hacer segura traerle blandamente la mano por la pluma con halago, que no herirla ni amedrentarla; é así cuando tú sintieres que tu ánima se desmanda en diversos y desconcertados pensamientos, no la escandalices más ni le des más aflicción, sino corrígela amorosamente con algunas breves palabras de amor, como si le dijeses después que sientes la distracción de los pensamientos: Dónde has ido volando, ó ánima mía? Qué traes de allá do fuiste, sino tibieza? No sabes que el Señor visita á los que están consigo mesmos, y se aparta de los que se apartan de su corazón? No seas callejera; mas si quieres ser esposa del muy alto, has de ser muy encerrada, para que de aquí se presuma la honestidad.

Con palabras semejantes que el hombre diga á su ánima le será suave según lo deve ser el hombre enseñado; y con una disimulación de las pasadas distracciones deve poner remedio en lo que se podrá seguir, quitando toda cosa que le es causa de se derramar, y esto con el mayor amor que pudiere, ca no hay cosa que más provoque á la cosa que buscamos que el amor que le tenemos.

Este ejercicio no se alcanza por fuerza, sino por maña; no hay cosa más mañosa que el amor, el cual deve ser como azote que hiere al trompo para que torne á avivar y no muera, sino que siempre ande. Trompo es nuestra ánima, de sí mesma inclinada á caer; mas el azote del amor la puede hacer tomar nuevas fuerzas, si la corregimos siempre con él, según dice nuestra letra; pues que siempre es defectuosa y se cansa presto de obrar en lo interior y secreto de su corazón, donde no deve dormitar ni dormir el que guarda á Israel.

En lo que nuestra letra dice que corrijas siempre tu ánima, deves notar que la condición más necesaria á todo espiritual ejercicio es la continuación dél; y la razón por que aprovechamos poco en los ejercicios espirituales es porque los usamos poco, ca no hay alguno, por bajo que sea, que si lo usásemos continuamente no nos aprovechase mucho en gran manera. Y según esto, aquel ejercicio tengo yo por mejor á mí que más uso, y aquel será mejor á ti que más usares; de manera que, si miras en ello, hallarás estar por la mayor parte la mejoría de los ejercicios en el uso dellos. Y porque á todos conviene usarse, puse en la letra primera de cada Alfabeto esta palabra siempre, ó otra que cuasi valiere tanto; porque en el primero hallarás esta palabra mucho, y en el segundo esta palabra entre todas las potencias, y en el tercero esta palabra siempre, en las cuales se toca la continuación que á cada ejercicio es necesaria.

Las obras que el hombre hace exteriormente fuera de sí permanecen en sí mesmas; é muchas veces sería defecto obrar siempre en ellas, porque pasaría hombre los términos que á ellas les conviene; mas las obras de dentro de nos referidas á Dios, si son de amor, cuanto más continuamente obramos en ellas son mejores; y aunque cesando quede engendrado hábito, no por eso la continuada operación deja de ser mejor, porque no merecemos por los hábitos, sino por los actos, ca sería posible tener uno hábito de virtud y obrar el vicio contrario á la virtud que tenía, y entonces aunque no perdiese el hábito é buena costumbre de obrar virtuosamente, en no haver obrado según ella no le vale nada por entonces para con Dios. Así que, pues por los actos merecemos é no por los hábitos, para más merecer y aprovechar es menester más usar la cosa de virtud, porque no basta haver hecho bien, sino hacerlo; y así no basta que un tiempo te des á la oración si otro cesas; ca cesando pierdes la costumbre que ganaste orando; y por tanto nos amonesta mucho la Escriptura orar siempre, y esto nos amonesta muchas veces, por que de la repetición de la palabra conozcamos la necesidad de la obra que nos es amonestada.

CAPÍTULO III

Cómo somos inducidos á orar siempre.

Por que veas que muchas veces somos inducidos y provocados á orar siempre, mira que el Sabio dice (Eccles., XVIII c): No seas impedido de orar siempre y no hayas vergüenza de ser justificado hasta que mueras; y el sancto varón Tobías dice á su hijo (Thob., IV a) que tenga siempre á Dios en su memoria; y David representava á Dios siempre delante de sí. El Sabio también dice en otra parte (Eccles., XXXV a): El que guarda la ley, multiplica la oración. Y el Señor dice (Luc., XVIII a): Conviene siempre orar y nunca desfallecer. El Apóstol escrive á los de Tesalónica, diciendo (I Tesa., V d): Gozaos siempre; orad sin entretenimiento; haced gracias en todas las cosas. Y en la segunda epístola dice (II Tes., I d): Oramos siempre por vosotros, para que el Señor tenga por bien de os llamar. Y á Timoteo escrive (Tim., II b): Quiero que los varones oren en todo lugar, alzando á Dios las manos puras. El Señor dice á los apóstoles, y en ellos á todos (Luc., XXI g): Velad orando en todo tiempo para que podáis huir todos los males advenideros y podáis estar delante del Hijo de la Virgen. Y el Apóstol escrive á los Colosenses, diciendo (Colo., VI b): Gracias hacemos á Dios orando siempre por vosotros. Y el Señor, por darnos ejemplo, se apartava de la compañía é pasava las noches en oración (Luc., VI b).

Dícese también de los apóstoles (Act., I c

que después de la ascensión del Señor perseveravan juntamente con nuestra Señora en oración. Y por Sant Pedro cuando estava preso se dice que orava la Iglesia sin entreponimiento. A los Romanos escrive Sant Pablo (Rom., XII c) que sean instantes, esto es, perseverantes en oración. Y á los filipenses dice (Phili., IV a): No seáis solícitos, mas en toda oración é ruego con hacimiento de gracias vuestras peticiones se manifiesten á Dios. Y el mesmo apóstol dice (I Tim., V a) que las biudas oren de día é de noche. Y á los casados dice Sant Pedro (I Pet., III b) que se traten bien y se caten honra, porque no sean impedidas sus oraciones. Y Santiago dice: Mucho vale la oración del justo continua. Y Sant Pablo dice á los de Efeso: Orad en todo tiempo con toda oración en espíritu; y del varón justo se dice (Ephe., VI c): El que ama á Dios acabará de rogar por sus pecados, y apartarse ha dellos, y en oración de días será oído.

En estas y en otras innúmeras partes que al presente no me ocurren nos amonesta la Sagrada Escriptura que oremos siempre y perseveremos orando al Señor; el cual muchas veces dilata las mercedes por que nosotros multipliquemos las oraciones, y así merezcamos más delante de su Majestad.

Algunos hay que con pequeña glosa presumen de huir todas estas amonestaciones que nos hace la Escriptura, para que siempre oremos, é dicen que, según Sant Augustín, no cesa de orar el que no cesa de bien hacer. No negamos este dicho de Sant Augustín; mas decimos que no se aplica bien al propósito, ni lo entienden los que piensan satisfacer con solo él á las auctoridades, porque solamente iguala Sant Augustín en este dicho al que obra y al que ora; é por tanto dice que el no cesar de obrar es no cesar de orar, queriendo consolar al que, estando ocupado en buenas obras, no se cura de orar; al cual dice que se consuele, porque si no cesa de bien obrar no cesa de orar, é con lo uno cuasi recompensa lo otro. Así que no dice Sant Augustín esto en favor de los que oran, sino de los que obran, cuasi diciéndoles que, si quieren ser iguales á los otros, no deven cesar de bien hacer; lo cual parece ser así, porque si cuando el Señor dijo á Marta que María havía escogido la muy buena parte, le dijera Marta que no cesava de orar el que no cesava de bien obrar, cómo ella pudiérale replicar é responder el Señor que verdad era; empero que con más atención orava el que no se ocupava sino en un solo Dios que no el que se turbava acerca de muchas cosas, como ella. No era empero tan perfecto como si se ocupase el hombre solamente en un sumo bien, que es á todos necesario, pues de todos es fin, lo cual hacía su hermana María, que asentada con gran reposo junto á los pies del Señor oía su palabra con el oído del ánima.

Desta manera digo yo, que si el que continuamente obra bien ora siempre, no ora tan puramente como el que solamente está ocupado en las cosas altas de Dios; porque el sentido que tiene atención á muchas cosas se disminuye en respeto de cada una de ellas, y así el que se da juntamente á la vida activa é contemplativa, ha de quitar de la una lo que da á la otra.

La otra razón que algunos traen para provar que no puede el hombre siempre orar es decir que, como las necesidades de la vida presente sean tantas é tan inevitables, y la obligación que tenemos de socorrer á otros no impida, cosa manifiesta es que algún tiempo nos hemos de dar á la vida activa, y que entonces ha de cesar la contemplativa. Bien conocemos todas cuantas sean las necesidades humanas, pues á todos guerrean.

Si conosciesen los indevotos que pueden obrar y orar juntamente si quisiesen, cesarían de traer excusaciones en los consejos de Dios, y aunque en algunas obras, por ser trabajosas, no pueda el hombre orar con entera atención, puede á lo menos en alguna manera orar; é si los religiosos fuesen los que deben, todas las cosas que hacen devrían ordenar á la oración y no darse más á cosa que fuese de cuanto pudiese aprovechar para la oración, porque, según dice el padre nuestro Sant Francisco, á ella deven servir todas las cosas temporales, y los varones recogidos se devrían apartar de las que á ella no sirven, lo cual amonesta el mesmo sancto á sus frailes diciéndoles que trabajen fiel é devotamente en tal manera, que lanzada la ociosidad no amaten el espíritu de la sancta oración y devoción.

En estas palabras amonesta el sancto á sus verdaderos hijos que obren y oren juntamente, conforme á lo cual dice Jeremías (Hier. III d): Levantemos nuestros corazones con las

manos, levantando juntamente las manos, que según dice la glosa son las obras. Así que aquel levanta el corazón y las manos que ora en lo de dentro y obra en lo de fuera; onde Sant Isidoro dice: El corazón levanta con las manos el que ayuda la oración con la obra.

Acontesce sin duda que ora el hombre mejor estando ocupado en alguna obra piadosa que no sin ella; y por esto hay algunas obras que no impiden, antes favorescen la oración, á las cuales se devría dar el hombre devoto. Para confirmación de lo ya dicho dice la glosa sobre aquella palabra de los Cánticos (Cant., IV c): El olor de tus vestiduras es como de encienso, porque en todas sus obras ora cuando obra bien con intención de venir á Dios; onde escripto está (1 Thes., V d): Orad sin entreponimiento.

No era menester provar que podemos orar mientras obramos; porque siendo el hombre compuesto de ánima é cuerpo, tiene obligación de tener en sus obras dos respectos: uno corporal y terreno, pues él mesmo es de tierra, y otro espiritual y divino, pues él mesmo es espíritu celestial y á la imagen de Dios criado de sólo Él.

La cosa que entre las otras no culpables nos aparta más de Dios es el sueño; en el cual no obrando la razón no podemos orar; empero, según comencé á decir en la letra pasada, algunos hay que durmiendo sienten algunas veces más devoción que velando. La gracia del Señor se recibe á las veces mejor en el sueño que no en la vigilia, por estar los sentidos del hombre entonces más recogidos, según dice un sancto; aunque bien creo que no entenderá ni provará esto sino el que por verdadera experiencia pudiere decir con la esposa (Cant., V a): Yo duermo y mi corazón vela.

La razón de lo ya dicho, según Ricardo, es porque el mucho cuidado que puso hombre mientras velava mereció que le diesen la devoción mientras dormía; lo cual tiene tanta verdad que con razón se puede llamar incrédulo el que no lo admite; ca si el demonio es tan malo que te trae durmiendo lo que mal pensaste y amaste velando, por qué no creerás ser Dios tan bueno que te dé durmiendo lo que deseaste velando? y si dices que entonces no será oración, porque el sueño quita la libertad, conosce que si la ocasión que yo di mientras velava al mal que padezco durmiendo me hace pecador, también la buena ocasión que di á la gracia me dirá orador aunque duerma.

Lo que también aparta de la oración es la enfermedad corporal; empero á los que tienen muy sana el ánima no los aparta del todo, antes hay algunos que pueden decir con Sant Pablo: Cuando enfermo estoy más fuerte. Yo conozco persona que orava perfectamente teniendo grandísima calentura, que por otra parte le dava mucha fatiga, y un viejo que no hablava sino de lo que tenía muy experimentado é conoscido dijo ser cosa posible padecer siempre y orar siempre.

Contra lo que hemos dicho parece clamar la voz común que dice: La oración breve penetra los cielos. Aunque este dicho no tuviese otra cosa sino contradecir á lo que arriba pusimos, bastava para que no curásemos dél; empero, si bien se entiende, es muy verdadero, y como una verdad no contradiga á otra, juntamente con las otras podrá pasar. Si la oración breve penetra los cielos, no hay dubda ninguna sino que la permaneciente y durable terná más fuerza, según el ejemplo que puso el Señor de la biuda, que por ser importuna alcanzó del juez lo que quiso; é así la oración breve penetra los cielos, y la durable penetra los nueve coros de los ángeles y llega hasta el trono de la Majestad, y no se torna hasta que le es concedido todo lo que demanda; ca persevera llamando, según el Señor lo aconseja, y según hizo la cananea, ejemplo de todos los oradores, y aun el Señor, por nos dar ejemplo, quiso en el huerto orar tres veces, y la postrera más prolijamente.

Puédese también decir breve la oración porque hablemos en ella brevemente, según el Señor lo aconseja; de manera que esta brevedad se entienda del medio con que oramos y no del tiempo en que oramos; porque siendo la oración subimiento del ánima á Dios, unos suben por escala de meditación, otros con alas de afección y deseo; mas aquel será mejor librado que con menor y más breve medio sube á Dios, porque más fácilmente podrá andar este camino y permanecer más en el fin deseado, que es unir el ánima con Dios; la cual tanto está mejor unida cuanto más inmediatamente se llega á él; é tanto más presto lo alcanza cuanto su corazón es más puro é sin rodeo alguno de cosa criada que de nuestra parte hayamos de poner.

CAPÍTULO IV

En confirmación que devemos orar siempre.

Porque con algunas glosas cautelosamente buscadas presuman algunos destruir el texto que arriba pusimos, donde la Sagrada Escriptura nos amonesta que siempre oremos, es razón que aquí pongamos brevemente algunas glosas que del texto no se apartan, para que convencidos digamos que no queremos y no que no podemos, en lo cual hay gran diferencia; porque diciendo que no quieres manifiestas tu flojedad, é diciendo que no puedes quiéreste excusar é quedar en salvo, mostrándote ser sin culpa.

La glosa de la epístola á los de Efeso dice sobre aquella palabra (Ephe., VI d): Orando en todo tiempo, no á horas; donde favorece al texto é reprehende á los que se contentan de darse á horas á la oración. Y sobre la epístola á los de Tesalónica se dice (I Thes., I d): Sin entreponimiento. Esto quiere decir: Bivid juntamente y desead los eternos bienes, porque el justo nunca deja de orar si no deja de ser justo; siempre ora el que siempre obra bien, ca el mesmo buen deseo es oración; é si continuo es el deseo, continua es la oración. Y la glosa sobre aquella palabra de Sant Pablo: Oramos siempre por vosotros, dice: Por evitar el peligro del día del juicio, siempre havíamos de orar. Y sobre la oración que era hecha por Sant Pedro dice (Act., XII a): Así havíamos de orar sin entreponimiento, según aquello: Mucho vale la oración del justo continua. Y sobre la epístola de Santiago dice la glosa (Jacob, V d): Una de las condiciones que hacen la oración digna de ser oída es que sea perseverante. Y el gran chanciller de París dice sobre aquellas palabras del Señor (Luc., XVIII a): Conviene siempre orar é nunca desfallecer. Siempre ora el que tiene siempre los ojos á Dios, y el que siempre desea con piadosa y humilde afección.

De todas estas glosas no se saca sino lo que el texto suena, porque mudar la oración en deseo y afección y levantamiento de los ojos á Dios no es inconveniente; ca lo mesmo es orar é desear á Dios, y aun la perfectísima oración es desear á Dios.

En lo que dice arriba que el justo no deja de orar si no deja de ser justo, ó quiere decir que es propiedad del justo orar siempre, ó que la mesma justicia é bondad del hombre, que parece en los hijos de Dios que es cuasi una imagen suya, tiene fuerza de oración acerca de Dios; así como la representación del Hijo de Dios delante de su Padre es continua oración por nosotros.

Si hay otras glosas que declaren la Escriptura de otra manera, en este caso será por dar favor á los menos perfectos é quitarles el espanto que de tan perfecto consejo como es orar siempre se le puede seguir; porque sin duda orar siempre es la cosa más dificultosa que hay debajo del cielo, si bien se mira nuestra flaqueza de corazón y cuán de ligero perdemos la atención en una sola Ave María; y si se mira el gran fastidio que de la prolija oración se suele seguir, y cómo nuestra cabeza siente en orar mucho detrimento, y cómo no podemos tanto cuanto querríamos.

Vistas estas cosas y otras semejantes, claro está que el orar siempre nos es á par de muerte y la cosa más imposible que nos puede ser aconsejada. Mas si paramos mientes que la Escriptura habla con los que pueden todas las cosas en aquel que los conforta, que es Dios (Phi., IV c), no diremos ser cosa dificultosa, porque el dador del consejo, que es Cristo, dará todo el favor que fuere menester para lo cumplir, tanto con mayor voluntad cuanto el consejo fuere más arduo de cosas mayores, porque en éste se magnifica más su Majestad. Onde yo conocí algunas personas que, puesto caso que á los principios se les hacía penosa la oración, empero ya no hallaban cosa de más deporte, ni que más les agradase y nunca jamás les faltava devoción, antes no tenían cosa más familiar que la gracia del Señor, aunque unas veces más que otras; y muchas veces que ellos se descuidavan en algunas cosas, los hacía abivar la gracia y tornar en sí; empero todavía se quejavan de sí mesmo que no trabajavan de orar siempre, pues conoscían que con el favor del Señor que nunca falta se podría hacer usándolo.

Síguese de aquí que la vida de los religiosos no havía de ser sino un cuarto de oración eterna, y un silencio perfecto del corazón dellos, y un encendimiento de caridad que siempre havía de arder en sus corazones, y un deseo de Dios que nunca en ellos havía de faltar; porque las religiones principalmente fueron instituídas para orar, y aunque la vida

activa en ellas sea también necesaria, la contemplación havía de ser más seguida. Onde Sant Bernardo dice: De haver bien elegido, es María loada; porque ciertamente aquella vida de todo en todo en cuanto en nos es havíamos de elegir, y la vida activa, si nos es mandada de nuestro mayor hémosla de sufrir. De las cosas ya dichas concluye cuán de culpar sean los religiosos indevotos, ca vinieron á la religión, que es casa de oración, á orar.

Parece también por las cosas dichas cuán perversos y cuán al revés de su profesión sean los perlados que, dejando de imponer á los súbditos en el continuo estudio de la oración, los ocupan en cosas mundanas; lo cual es tanto de más culpa cuanto ellas son de menos importancia. Pensando que la ociosidad es enemiga del ánima, no dan á los súbditos oportunidad de orar, no conociendo que, según dice Sant Bernardo, es ociosidad seguir cosas ociosas é sin fructo. Pluguiese á Dios que todos los perlados distraídos fuesen como uno que yo conocí, el cual se ocupava muchas veces en los trabajos de manos por dar á sus hijos vocación para que orasen y se diesen á las cosas espirituales; y hacía él esto porque havía muy bien gustado cuán suave es el Señor, y deseava que los otros ansí mesmo lo gustasen, para lo cual conocía ser necesaria la vacación de las otras obras, porque escripto está que el que menos se ocupare en la obra y acto exterior recebirá la sabiduría del ánima.

CAPÍTULO V

De lo que puede aprovechar para orar siempre.

Si tú, hermano, quieres siempre orar y ser solícito con tu Dios, toma el consejo de nuestra letra, que te amonesta corregir siempre tu ánima induciéndola y atrayéndola en todo tiempo á las cosas de la oración; porque si de tu parte haces tú esto, viendo el Señor tu cuidado, El saldrá al camino y te llevará á sí mesmo, dándote tal gracia que ella obre en ti lo que tú antes obravas, y te sea como columna que te guíe sin tener tú otro cuidado sino de la seguir á doquiera que te guiare.

En decir esta letra que deves corregir tu ánima por amor te amonesta que siempre procures de estar gozoso y alegre, porque El ama el dador alegre; y aunque de parte nuestra se pueda procurar este gozo por la limpieza de la buena conciencia, no es tal como el que Dios infunde en los varones recogidos; el cual es tan grande que en ninguna manera se puede disimular en lo exterior que de fuera parece; antes algunos indiscretos, que juzgan por vigas las pajuelas de los recogidos, dicen que es disolución de risa vana, como de verdad no sea sino gozo en el Espíritu Sancto que mora en el corazón de los tales (Rom., XIV i d). Y que sea ansí muéstranlo las sanctas palabras que los tales hablan y el fin sancto á que enderezan su gozo, que es para alabar al Señor, que dió alegría en sus corazones; la cual es tan grande y tan manifiesta al que la tiene, que puede muy de verdad decir aquello del Evangelio (Luc., I c): Gozóse el infante con gozo en mi vientre.

Acaesce á los que reciben este gozo que el corazón dellos está saltando dentro en el pecho, y que las entrañas dellos están llenas de un placer tan cumplido, que no se pueden valer por los grandes bollicios que dentro en sí sienten; y este gozo es tan soberano, que todos los desastres del mundo no bastan para lo quitar, y más que acontesce tener el hombre muchos escrúpulos de conciencia que le davan pena y fatiga; empero en comenzando á sentir este gozo, los olvida en tal manera como si fueran un poco de polvo arrebatado del viento.

Esta alegría se siente en todas las cosas cuando ella mora en el corazón, en tal forma que de todas las cosas que acontescen y en todas se alegra el que la tiene, según aquello que en persona del tal dice el Sabio (Sap., VII): Alegréme en todas las cosas, porque iva delante de mí esta sabiduría espiritual del corazón.

Acontece también perder el hombre con esta alegría en tal manera el temor, que aunque todos los tormentos del infierno sean dichos y le sean relatados todas las rigurosidades del juicio de Dios, y todos los pecados que hizo, permanece tan inmovible en su gozo, que totalmente cree ser él exento é libre de aquellas cosas; y aunque trabaja por tenerlas, no puede, ca la perfecta caridad que Dios le ha dado ha echado fuera dél el temor.

Algunos tienen este gozo é no saben de qué procede, antes ellos mesmos se espantan viendo en sí tan no acostumbrada alegría; empero, si miran en ello, bien conocen que no procede de humano principio, pues que endereza el corazón á Dios y no se mezcla con los

gozos mundanos; ca los otros dan placer en parte y en parte pesar, mas éste quita todo desplacer y está tan raígado en el corazón, que parece ser proprio del hombre y nacer de sus entrañas, y que ninguno, como dice el Señor, lo puede quitar. Onde aqueste celestial gozo creo ser del que dijo el ángel á Tobías (Thob., V c): Gozo sea siempre á ti. Este gozo creo que es aquel del cual dice Cristo (Joan., XIX c): Estas cosas os he hablado por que mi gozo sea en vosotros y vuestro gozo sea lleno.

En este punto no sé más que decir sino que cuando te vieres en este gozo conozcas la obra de Dios hecha en ti, te acuerdes de aquello de Sant Pablo (Ephe., XVII g): No queráis contristar al Espíritu Sancto de Dios, en el cual fuistes señalados el día de la redempción; toda amargura é ira é indignación é clamor y blasfemia sea de vosotros quitada con toda malicia.

Según esto, mientras aquel don tuvieres te has de guardar con aviso de toda cosa que cause turbación en ti, por cualquier vía que sea, y consérvate en todo placer sancto; ca puesto que mientras aquel gozo esté en el ánima te guarde de toda ira, y de los otros vicios que dijo el Apóstol: Aflojando él, suelen las ocasiones hacer su obra; y resistiendo al don, contristar la gracia del Espíritu Sancto que obra en ti; para lo cual es muy saludable consejo el de nuestra letra, que te amonesta corregir tu ánima de sus demasías por vía de amor sin tomar enojo ó tristeza, ca escripto está que ninguna cosa contristará al justo (Prov., XII c); empero, porque en la tristeza hay mucho que ver y es cosa que toca mucho al recogimiento, te quiero decir algo della.

CAPÍTULO VI

De la tristeza.

En te haver dicho que conserves la alegría del espíritu, te ha sido amonestado en equivalencia que te apartes de la tristeza mundana; é si eres avisado, nunca jamás te has de entristecer sino por haver ofendido á Dios y por carescer de su gracia; mas de todas las otras cosas te has de alegrar conformándote con la voluntad de Dios muy alegremente, sin la cual no se mueve una hoja de un árbol. Onde lo primero que has de hacer en los desastres que acaecen es desechar de ti la tristeza, según lo aconseja el Sabio diciendo (Eccles., XXX c): No des á tu ánima tristeza, ni te deves afligir en tu consejo, porque la vida del hombre es el alegría del corazón; alanza lejos de ti la tristeza, porque á muchos ha muerto y no hay utilidad en ella.

Lo que he conocido en esta vía del recogimiento es que aprovechan poco en ella los hombres que son naturalmente tristes; y los que de sí mesmos son alegres y ordenan su alegría á Dios aprovechan mucho, y en el ejercicio de la sacra pasión es al revés.

Y que la alegría del hombre sea favorable á este ejercicio del recogimiento parece por aquello del Sabio (Eccles., XXX d): El corazón alegre es bueno en los manjares, porque los manjares dél se hacen con diligencia. La glosa dice sobre esto que el corazón es el de los justos, y que los manjares son las virtudes que nunca faltan, á las cuales se juntan los manjares interiores del ánima que con el alegría se conservan; y si faltan, con gran diligencia se buscan y se hallan mediante el gozo del corazón, ca cuando nace la gracia en el ánima es menester que se gocen mucho, como en la natividad del verdadero precursor de Dios.

Tornando á las dos cosas de que has de tener tristeza, la primera tristeza es del pecado, la cual comúnmente suele ser en desplacer de haver ofendido á Dios; empero si esta tristeza es la verdadera contricción que Dios infunde y causa en el ánima, es un dolor muy grande que quiere romper el corazón, y revienta ó resulta en lágrimas de mucha amargura, con tanta ansia é fatiga, que á las veces está el que esto tiene medio pasmado, que no puede mandar sus miembros como quiere; mas la lengua se queda muy despierta, con la cual dice mil lástimas contra sí mesmo, conosciendo su pecado; y no tiene entonces en su corazón sino la memoria de su culpa y la de Dios, á quien ofendió sin otro respecto alguno; y es tan verdadero y tan intenso y grande este dolor que aquí se siente, que ninguno otro de los desastres que nos suelen acaescer se puede á él comparar. El cual por estar tan bivo en el corazón se suele mover muy de presto y con muy pequeña ocasión, mas luego retrae el corazón á las dos consideraciones primeras, que son la culpa propria y Dios, contra el cual fué hecha. Y este dolor de contricción, cuando es dado de Dios al corazón, por

ser tan arraigado en el ánima, no se cura de agravar el pecado para más dolerse dél, sino ruega á Dios que haga justicia de la maldad contra él cometida, y conosce el hombre entonces que ninguna pena que le diese bastaría según su culpa. Y de todas estas cosas engéndrase en las entrañas del ánima un contentamiento que procede del dolor, el cual es causa que nunca en ella desee dejar de se doler; y mientras más se duele, crece más aquel contentamiento, y quédale aún hambre y deseo de más aflicción por su pecado. La cual aflicción y dolor voluntario ha crecido tanto en alguna persona, que le hizo decir á voces sus pecados y quejarse á grandes gritos del gran dolor que sentía dellos.

Esta es la verdaderísima contricción; la cual se dice en la Escriptura grande así como la mar, porque en ella peligran y se ahogan todos los pecados en cuanto á la culpa y á la pena, y porque, no quedando alguno dellos, salen á la ribera de la boca por la confesión ya muertos.

Desta tristeza se puede entender aquello que dice Sant Pablo á los corintios (II Cor., VII b): Agora me gozo, no porque fuistes contristados, mas porque fuistes contristados á penitencia, ca fuistes contristados según Dios, para que en ninguna cosa padezcáis detrimento de nosotros. Onde la tristeza que es según Dios obra penitencia para salud estable; empero la tristeza del siglo obra muerte, porque veis aquí lo mesmo que os contristó según Dios cuánta solicitud obra en vosotros, y defensión é indignación contra los malos, y temor y deseo y remedamiento y venganza que tomáis de vosotros mesmos. Y el profeta Baruc dice desta tristeza á Dios (Baruc, II d): Abre, Señor, tus ojos é mira, ca los muertos que están en el infierno, cuyo espíritu es recebido de las entrañas dél, no te darán honra ni justificación, sino el ánima que está triste sobre la grandeza del mal y anda corva y enferma desfalleciendo sus ojos, y el ánima hambrienta da gloria á ti é justicia al Señor.

Mucho havría que decir sobre el apóstol y el profeta; mas porque de principal intento no tratamos aquí de la contricción, pasaremos adelante, y decimos que si fuese cosa posible á los hombres, sería mejor carecer desta tristeza que tenerla, y esto cesando la causa della, que es el pecado; empero, quién hay que pueda decir con el sancto Job (Job, XXVII a): Hasta que muera no me apartaré de mi inocencia; la justificación mía que comencé no dejaré de tener, porque ni mi corazón me reprehendió en toda mi vida. No creo que hay en el mundo quien no tenga necesidad de la tristeza sobredicha; empero si á dicha hoviese alguno, podríamos decir dél (Eccles., XIV a): Bienaventurado es el varón que no cayó con la palabra de su boca y no es estimulado en la tristeza del delicto.

Señaló aquí el Sabio más el pecado de la lengua que otro alguno, porque muchos hay que vencen todas las otras cosas y son vencidos de su lengua, la cual vence á los vencedores de todos los otros vicios y da continuo ejercicio á los que se desembarazaron de todas las otras cosas para servir á Dios.

La segunda causa por que se deven entristecer los varones recogidos es por faltarles la devoción, y digo los varones recogidos, porque los disolutos no sienten la falta della; y la causa es porque nunca supieron entera ni aun medianamente á qué savía. Lo que más fatiga á los justos es ver el poco deseo que tienen de Dios aquellos que se dan á los placeres terrenos; lo cual no procede sino de no haver gustado siquiera una gota de la divina dulcedumbre, é por tanto el deseo que los justos tienen y la voz que acerca desta da el ánima dellos no es sino aquella del psalmo (Psal., XXX e): O cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, la cual ascondiste á los que te temen. Y á los que son disolutos dice (Psal. XXXIII b): Gustad y ved, ca suave es el Señor, al cual no menos desearíades si lo gustáredes que deseáis todos los otros deportes terrenos, antes mucho más.

Una de dos cosas ha de ocupar el corazón de los varones recogidos, ó el placer y gozo por la presencia de la devoción ó la tristeza y sentimiento por la absencia della. Del gozo ya comenzamos á decir algo. No queda agora sino que digamos de la tristeza que se causa en el ánima devota cuando no siente la gracia y devoción que solía. Y aunque esta tristeza sea buena, porque es más según Dios que otra ninguna, empero mejor sería carecer della que no tenerla con tal condición que cesase la absencia del esposo que la causa; el cual aunque á todos los sanctos fué presente, no creo que hovo alguno del cual jamás no se apartase ó escondiese, porque muchas veces acontesce estar presente y encobrirse.

Que de los apóstoles se haya apartado, El mesmo da testimonio diciéndoles (Joan., XVI b): Porque os he hablado estas cosas, vuestro corazón está lleno de tristeza. Los que á uno sólo amavan y en él á todas las cosas, no tenían más de un corazón, y lleno de alegría con su presencia; mas en faltando el mesmo Señor, fueron llenos de tristeza; la cual aun las palabras de la partida causava, porque mediante ellas pensaban en su absencia; empero si hovo alguno de los sanctos que no padesció absencia del esposo, ni jamás se le escondió, podíamos decir dél (Eccles., XIV a): Dichoso es el que no tuvo tristeza de su ánimo.

Que esta tristeza sea más según Dios que otra alguna parece claramente; porque es por la absencia de aquel cuya presencia causa el mejor gozo que los justos pueden tener, del cual dice el psalmo (Psal. IV): Señalada está sobre nosotros la lumbre de tu vulto: diste alegría en mi corazón. El vulto humano nuestro, por ser corporal, causa sombra, y la sombra suele causar algún temor, mayormente cuando no conoscemos el vulto, según acontesció al sancto Job (Joan., IV c). Mas como Dios sea incorpóreo y fuente de luz de la presencia dél, no se causa sombra que espanta, sino lumbre deleitable, de la cual se sigue alegría en nuestro corazón; empero en faltando El en el ánima devota ó escondiéndosele luego se entristece el ánima y recibe muy grande descontento de sí mesma y de todos los placeres mundanos, teniendo en sí mesma una ansia é fatiga muy grande que no la deja reposar en ninguna parte ni puede mostrar claro semblante; mas acordándosele de lo que solía sentir y viéndose ajena dello, no halla reposo, ca tiene dentro en sí un desabrimiento que no la deja tomar placer en cosa del mundo.

Es empero de notar que según la diversidad de los aprovechantes se suele sentir esta tristeza; los más aprovechados la tienen más, y los que no lo son la sienten menos, y los que ninguna cosa han aprovechado en ningún grado la sienten, porque no echan menos lo que nunca tuvieron. Devría, empero, ser en las cosas espirituales como en las corporales en cuanto á esto: que así como en la naturaleza de las cosas corporales no se da cosa vacía, así en lo espiritual no se devría dar ánima que estuviese vacía de cualquiera de las dos cosas dichas.

Cosa es averiguada entre los que saben que la naturaleza proveedora, aunque vaya contra sí mesma en particular, no deja cosa vacía ni por un momento, por evitar el daño que en toda ella se podría seguir; onde si el aire se destruyese luego subiría la tierra y el agua á ocupar aquel lugar, por que no se diese cosa vacía ni se desencuadernasen las cosas que están enlazadas é participan unas con otras, y la cual participación se guarda también en lo espiritual. Y por eso manda Dios (Deut., XVI d) que no aparezcamos delante dél vacíos en cuanto en nosotros fuere; empero, entendiéndolo mal, los hombres vanos hínchense de cosas terrenas, y cada uno en su manera multiplica sus cosas, no acordándose de que la tierra y todas sus cosas se llaman vacías y vanas, de las cuales ellos se quieren henchir pensando suplir con una vana otra vacía, lo cual es imposible si bien miran en ello. Y por tanto no puede todo el mundo henchir un pequeño corazón de un hombre, como parece en Alejandro, al cual se le hacía el mundo pequeño para henchir el corazón de un hombre; y la causa es, porque el mundo está vacuo de los verdaderos bienes, y por tanto en respecto de ellos no puede henchir el corazón, el cual ó ha de estar lleno de la alegría causada por su absencia, para que ansí no parezca vacío delante del Señor, el cual se agrada tanto de lo ver lleno de tristeza como de alegría, y buelve según lo prometió (Joan., XVI c) la tristeza en alegría, y aun puede ser que le plega más la tristeza que por El se causó que no la alegría; porque en la tristeza que tenemos por la absencia de la cosa se muestra el amor que le teníamos; ca si tan fácilmente nos consolamos de la haver perdido, señal era que era poco el amor que le teníamos; y la mucha tristeza da señas de mucho amor, como parece en la Magdalena, que llorando decía muchas veces: Tomaron á mi Señor, é no sé dónde le pusieron Y desta tristeza no la pudieron consolar los ángeles, porque no estava triste por ellos. Y cuando la tristeza de alguna cosa es verdadera y posible de suplir, no cesa hasta que se ha la presencia de aquello cuya absencia la causava, como paresce en la mesma sancta, que no pudo dejar la tristeza hasta que delante de sí conosció al que la havía causado; y desta manera, si es verdadera la tristeza que sientes por haver perdido la gracia que tenías, no te

alegrarás hasta que el Señor, que da á todos en abundancia, te la torne á dar, á lo menos en equivalencia.

CAPÍTULO VII

De otra tristeza sancta.

Allende desta tristeza que todas las personas devotas suelen tener en faltándoles la devoción, hay otra que suelen tener los que siguen el recogimiento, y es mayor que no la que hemos dicho, ca si viene algunas veces con unos sospiros muy entrañables y provoca al hombre á estar en los lugares tristes; y el que la tiene no se puede consolar en poco ni en mucho; y es cosa muy dificultosa ver de qué procede, ca escuresce el ánima y éntrase en el corazón, y paresce que tiene de negro sus alas, y pone luto en lo de dentro y en lo de fuera, y trae consigo algún desfallecimiento; y que parece que el hombre se querría entonces morir, y trae consigo una manera de espanto y admiración, y á las veces causa lágrimas sin saber por qué ni por qué no. Y suelen algunas personas que esto tienen sentir ó ver con los ojos del ánima una manera de sombra ó niebla ó humo que desciende sobre la cabeza, de la cual se les causa temor no conociendo qué cosa sea, y trabajan por la desechar como cosa impecible, diciendo que es fantasma; y esto suele acaecer de noche y de dìa, á lo claro é á lo escuro; porque como pase en el ánima principalmente, la luz y el lugar corporal ó las tinieblas de la noche no le hacen impedimento.

Esta tristeza tan intensa é raigada en el corazón tengo yo por mejor que la primera, pensada la cualidad de la persona que la tiene; y lo que deves hacer cuando en tu recogimiento la sintieres es haverla por buena, ca es cosa que suele sentir en este camino; y hasle de dar tu corazón, tomando aplacimiento en ella mesma, sin pensar otra cosa alguna que sea. Empero has de tener este aviso: ni quites ni pongas en ella, mas déjala hacer su curso á su voluntad; porque si la desechas, desecharás con ella mucho bien, é si la quieres acrecentar, quitarle has mucho de su valor, é no será tanto buena, sino que la dejes obrar á ella; y tú solamente has de poner un aplazamiento para le dar lugar que obre, ca esto pienso que quiso sentir el Sabio cuando dijo (Eccles., VII a): El corazón del sabio estará donde está la tristeza. No dice que la buscará, porque esta tristeza no la podemos buscar ni hallar si ella no viene; ni tampoco dice que la acrescentará ó que huirá della, ni otra cosa alguna, sino que estará donde ella estuviere, queriendo morar solamente con ella y acompañarla mientras durare.

Cuando tu ánima tuviere las cosas que descienden sobre ella de arriba, haviendo primero orado y teniendo el corazón limpio de pecado mortal, hasla de forzar á que no tema ni se espante, mas ponerse á un riesgo de muerte y confiar en el Señor, el cual pues tiene cuidado de sus enemigos, mejor los terná de sus amigos; y por tanto has de hacer el corazón grande, desechando todo temor y dando lugar en la voluntad á todo lo que te fuere enviado, teniendo fe que será de la mano del muy alto, el cual es tan fiel amigo que si hoviere de permitir que nos venga algún mal, hará que aprovechemos con la tentación y que no sea mayor que nuestras fuerzas.

Acaescen cosas muchas veces en el recogimiento que han menester más fortaleza que la de Sansón; y esta fortaleza no es otra cosa sino el osar el hombre ponerse á las cosas que vinieren, creyendo que vienen de Dios. Lo cual deve creer todo aquel que guarda sus mandamientos, porque á éstos ampara el Señor como hijos proprios suyos, no permitiendo que sean engañados del adversario en lo espiritual, como parece en Job, cuya ánima no permitió el Señor que fuese engañada del demonio. Según lo cual dice el Sabio (Prov., X): La fortaleza del hombre sencillo es la vía del Señor; miedo sea á aquellos que obran mal.

No puede tener un hombre mayor fortaleza ni confianza que guardando el camino de Dios y andando por la vía de sus mandamientos; porque el mesmo Dios tiene asegurado su camino en cuanto á esto, que es no ser engañados los que van por él; y por eso se llama El vía que no puede errar, y Verdad que no puede mentir, é Vida espiritual del corazón que lo sigue para después no poder morir. Los que obran el mal del pecado teman y tiemblen y hayan miedo, mas los que van por la vía del Señor tomen esfuerzo de corazón para ir adelante.

Con gran dificultad podrán los no ejercitados conocer la diferencia que hay entre las dos tristezas ya dichas, si no las han tenido, aunque sea grande; porque la tristeza que vie-

ne al hombre por falta que siente de la devoción es penosa y harto desabrida, que parece á la que tienen los que sacan oro y no hallan; empero estotra tristeza del recogimiento es una tristeza quieta sin pena alguna, que trae consigo una manera de desmayo y amor de soledad; y aquella mesma tristeza es amable é devota, aunque su devoción no se ordena á cosa humana.

Desta tristeza, que creo ser la mejor de las tristezas, ninguna cosa he leído; empero quise hacer mención della para consolación de los que la alcanzaren, ó por mejor decir la recibieren, porque Dios la causa en el ánimo sin que alcancemos enteramente las raíces della.

Tres maneras de tristeza sancta puedes considerar que pertenecen á los varones recogidos. La primera pertenesce á los principiantes y cáusase por haber ofendido á Dios; y la segunda, ques de los aprovechados, se causa por no sentir dulcemente la presencia de Dios, como desean abundancia; la tercera es de los perfectos, y ésta, según dije, es tan secreta que no se sabe de qué procede, aunque pienso ser una manera de regalo espiritual, que sólo Dios que lo da entiende el remedio de todo esto; y de otras muchas faltas que sentirás en tu corazón es el amor que quita todos los defectos, é como aceite por vía blanda remedia las cosas ásperas, con el cual deves corregir siempre tu ánima para que permanezcas en Dios.

EL TRACTADO QUINCE

HABLA DE ALGUNOS ESTORVOS DEL RECOGIMIENTO, DICIENDO: QUITAR DEVE TODO ESTORVO, HINCANDO EN TIERRA LOS OJOS.

Es tan notable, excelente é divino este misterio del recogimiento, que á todas las cosas buenas sirve y para todas aprovecha, ni hay cosa alguna que se esconda de su calor; es así como sol que á todos alumbra, y para la generación de todo bien es necesario. Porque sin recogimiento ninguno puede hacer bien cosa que buena sea; si el escrivano deja de estar atento y recogido en lo que escrive, echará muchas mentiras, é así mesmo el lector; é si el carpintero no está en aquello que hace, herirse ha la mano; é así mesmo todos los oficiales, si no están recogidos y enteros en lo que hacen, no irá bien hecho. Onde estando todas las otras cosas iguales, aquel en cualquiera obra, aun de manos, obrará mejor el que estuviere menos distraído en las cosas que no pertenescen á lo que tienen entre manos. Y cuanto tuviere sus sentidos más recogidos el pintor en la imagen que tiene delante, tanto saldrá más perfecta; en tal manera que si quiere pintar bien una imagen que represente alegría, ha de estar él alegre; y si la quisiere pintar triste, todavía le ayudará algo estar él triste; porque desta manera está más recogido en aquello que hace y cuasi transformado en ello, porque el recogimiento es una manera de transformación en aquella cosa á que nos recogemos. Y de aquí es que, como las operaciones interiores sean más excelentes que las de fuera, para ellas es menester más recogimiento y que más nos trasformemos en ellas. Onde los que quieren contemplar bien la pasión del Señor hanse de recoger de todas las otras cosas y transformarse en ella sola, como si estuviese personalmente delante de los misterios que piensan.

E si alguno quisiese investigar con su entendimiento profundamente algunos misterios, hase de recoger enteramente á aquello que desea saber, apartándose de todo otro cuidado, como si no tuviese otra cosa que hacer ni pensar sino aquello en lo cual se deve todo emplear, sin tener atención á otra cosa; y de aquella que quiere saber nunca se deve apartar; y para esto le ayudará mucho también el recogimiento corporal, y aun el lugar escuro para que no se derramen sus sentidos y estén más unidos y recogidos en sola aquella cosa que quiere contemplar.

Aunque las cosas dichas sean verdaderas y no se puedan negar, empero según la diversidad de las cosas es menester diverso recogimiento para unas más y para otras menos. Las menos buenas han menester menor recogimiento y las mejores más. Y según esto podemos responder á los que dicen haver los filósofos hallado este ejercicio, que por eso no es él de menos excelencia, antes de más, pues que sin él ellos no pudieran ser filósofos; porque la puerta de la sabiduría es el recogimiento, ca vemos que el estudiante más recogido en lo corporal y espiritual sale más sa-

bio; y en todas las cosas que aprenden salen más enseñados unos hombres que de suyo son callados y no entremetidos en otras cosas.

Y aunque mediante el ejercicio del recogimiento alcanzase algún filósofo algún don del Señor, tampoco es menoscabo el mesmo recogimiento, ni por eso deja de ser ejercicio más proprio del cristiano que de otro alguno; porque el cristiano, que según Cristo Nuestro Redemptor dice (Joan., IV c): Adora al Padre en espíritu y verdad, ha de tener en perfección el mesmo recogimiento y apartándose de toda otra criatura. Onde por esto quiso Cristo que cesasen en su Iglesia la muchedumbre de las cerimonias de la ley, por que ellas no nos fuesen impedimento á nos recoger; y según esto más perfectamente nos devemos nosotros dar al recogimiento que los hebreos, pues tenemos menos en que distraernos que no ellos, por la brevedad de la ley evangélica que está por Cristo reducida á solos dos mandamientos, en los cuales está virtualmente la ley é los profetas. Y también tenemos de ser más recogidos, porque, según dije, cesaron las cerimonias é diversidad de ofrendas é sacrificios que bastavan para distraer aun á los muy sanctos.

Y es de notar que si las sibilas é los profetas ó adevinos de los gentiles, é los profetas, sanctos y patriarcas y otras personas antiguas se han dado á la sacra pasión del Señor, contemplándola y teniéndola en mucho, esto ha redundado en honra de la mesma pasión. Por lo cual se dice Cristo cordero muerto desde el principio del mundo, porque muerto lo contemplavan; empero mucho mejor se contempla agora de los sanctos del Nuevo Testamento, que saben todo el negocio perfectamente y la manera más extensa como pasó; é así, aunque este ejercicio del recogimiento se haya usado desde el principio del mundo acá, no deja de tener agora más perfección que entonces y ser muy mejor.

Has, empero, de notar que la mayor ó menor perfección del recogimiento se mide según aquello á que se dirige, y la diversidad de su bondad es según la diversidad de las cosas á que se aplica. Empero aquel es más perfecto que se aplica á Dios, porque de todo lo que Dios no sea deve el hombre retraer para llegarse y recogerse al mesmo Señor Dios; y por tanto dice nuestra letra: Quitar deves todo estorvo, hincando en tierra los ojos. Dos maneras hay de ojos: los primeros son de la cara; los segundos del corazón, y según todos declaremos esta letra.

CAPÍTULO II

De dos maneras de recogimiento.

Si pudiese el hombre hincar los ojos del ánima derecha fácilmente en Dios, poca necesidad ternía de esta letra; mas diría con el psalmista: Mis ojos siempre están al Señor levantados. Empero los que no tenemos ojos aguileños para mirar el sol sin pestañear, es menester que hinquemos en la tierra los ojos corporales, para que los del ánima se puedan recoger á Dios. Para que mejor entiendan los varones recogidos el aviso que en esta letra se les da, deven saber que para más aprovechar les es necesario que tengan dos maneras de recogimiento: el uno ha de ser general y el otro especial. El primero consiste en un aviso que deve el hombre siempre tener sobre su corazón, como quien trae continuamente la rienda del cavallo desbocado en la mano encogida para lo retener; así que este recogimiento general es un andar el hombre continuamente sobre el aviso trayendo apaciguado el corazón y teniéndolo cerrado, y andar sin cuidado de cosas humanas; porque la primera piedra que se ha de poner en el edificio del recogimiento es una vacación espiritual, en la cual conozcamos que nuestro corazón no tiene que hacer sino llegarse á Dios.

Esta vacación y reposo del ánima, aunque los perlados y las personas ocupadas no la puedan tan presto haver como los idiotas simples y que no tienen oficio ni cosas que los inquieten, no por esto los perlados y las personas metidas en negocios y haciendas [son] excusados totalmente de la contemplación; porque si quieren tener tanta astucia y sagacidad en las cosas espirituales como en las corporales, todavía podrán aprovechar algo, aunque no podrán tener tan por entero el recogimiento general y la continua vacación del corazón, que es una mesura é serenidad del ánima que está sosegada como en calma, trayendo siempre una honestidad y concierto disciplinado consigo en lo de dentro; para lo que necesariamente ha de recoger el hombre también lo de fuera, porque lo uno ayuda á lo otro.

E si hicieres algunas cosas manuales, no has de dejar el recogimiento; mas tenerlo en

ellas todo lo que fuere posible en lo de dentro y en lo de fuera, conservando en ti una continua mortificación, la cual si por uso creciere tanto que te halles torpe en las cosas que hicieres y las olvides y no las sepas tan bien como antes. Y aunque algunas veces te halles totalmente inútil para las cosas de fuera, que parezca haver perdido la astucia humana, y no sepas encender una candela, ni hacer fuego, ni aun revanar un poco de pan, sino que hayas de rogar á otros que hagan lo que á ti te fuere encomendado, no por esto te maravilles ni ceses de guardar el recogimiento general, ca es aquel un estado por donde pasa el ánima para después ser en todo sabia.

El recogimiento especial es cuando te retraes en secreto á orar bien al Señor en silencio, dejando enteramente toda otra ocupación é negocio para solamente darte al recogimiento entero sin repartir tu cuidado en otra cosa; y entonces deves pensar que estás muerto en cuanto á todas las otras cosas, y que no pertenecen á ti ni tú á ellas; é ruégales é mándales que te dejen todos, como si nunca te huvieran conocido, diciéndoles á todas: Idos de mí, que no soy yo el que buscáis, ni por agora os quiero ni me queráis; baste la fatiga que me dais en los otros tiempos, agora dejadme enteramente.

En este recogimiento especial te has de retraer en el corazón y apartarte de todas las cosas criadas por espacio de dos horas: la una antes de medio día, y la otra después en el tiempo más sosegado que hallares; é si tienes lugar de te retraer en secreto á orar por más espacio, tanto mejor; mas si aún no puedes tener dos horas de recogimiento especial, pueden seguir los perlados, y deven según diremos en otra parte; y entrambas maneras pueden tener los señores é cavalleros é ricos hombres del pueblo cristiano.

Dejemos el pueblo mundano aparte, porque no tiene parte en Israel, ni son para recogerse, sino en el infierno, donde serán á haces recogido para hacinas con que se encienda el fuego sempiterno; mas los señores é cavalleros é ricos hombres del pueblo cristiano que biven sin pecado mortal, tanto mejor lo pueden seguir cuanto tienen más tiempo desocupado é son más apartados de los trabajos humanos y necesidades que suelen tener los pobres, las cuales los desasosiegan y atormentan. E si estos de que hemos hablado tienen cuidado de regir sus haciendas y vasallos, claro está ser pequeño este cuidado; pues que descargan con sus oficiales y hacedores, y que para lo demás les bastan dos ó tres horas cada día, y el otro tiempo gastarlo en darse á Dios y recoger sus ánimas. De lo cual les demandará Dios tanto más estrecha cuenta cuánto ellos tienen más oportunidad para lo hacer, y entonces sentirán mis palabras, las cuales aun no hoviera hablado á todos los que son buenos cristianos, si en algunos no hoviera visto cumplido largamente mi consejo; y Dios me es testigo, el cual sabe que no miento, ca he visto mercaderes de grandes haciendas y negocios que biviendo sin pecado mortal tomaron por principal cosa el recogimiento del ánima, y aprovecharon tanto en él, que yo me espantava y alabava con todas mis entrañas al Señor, que no es aceptador de personas, sino de corazones dispuestos para su gracia.

He puesto verdadero ejemplo en los mercaderes, dejando todas las otras personas seglares, porque viendo la cosa cumplida en quien paresce haver más repugnancia é contradicción, creamos ligeramente que mejor se cumplirá en las otras personas que no son tan entremetidas en diversos negocios que las aparten de aquéste, que al verdadero devoto deve ser sobre todos; y por que las personas religiosas miren sobre sí, pues que le va tanto en ello, y conozcan que muchas veces ocupa tanto el corazón un negocio que no importa un real como otro que importa mil ducados, porque esto va en la estimación nuestra y no en las mismas cosas. E si tenemos buena estimativa para conocer y elegir las cosas, devemos estimar por arena menuda todo oro y plata corruptible por las cosas incorruptibles de Dios, atesorando tesoros en el cielo; tras los cuales envían el corazón para lo poder mejor recoger, porque el rico que endereza su hacienda á servir con ella á Dios y á su ánima lo más que pudiere según dice Sant Ambrosio, no siente impedimento para se llegar á Dios; porque si tiene riquezas en abundancia, no llega á ellas, sino á Dios, su corazón.

Las dos maneras de recogimiento que viste te son muy necesarias si quieres aprovechar en este camino. Unos dicen que es más necesario el recogimiento especial; otros, que el general; empero á mí me paresce que de entrambas maneras deves tener mucho cuidado;

aunque primero de la general, porque se ordena para la especial, porque tal te hallarás en la oración especial cual fuera della te conservaste; y para que mejor puedas guardar el recogimiento general, para mientes al consejo de nuestra letra, que te dice que quites de ti estorvo y señala una singular manera para lo quitar, diciéndote que hinques en tierra los ojos, porque como ellos sean puertas más cursadas de nuestra ánima, en ellos has de poner más guarda.

No te dice que solamente los pongas en tierra, sino que los hinques en tierra estando mirando de hito, como unos hombres que están olvidados y cuasi fuera de sí, que sin mudarse están envelesados. Algunos se hallan mejor para el recogimiento teniendo cerrados los ojos; empero, porque han menester evitar el decir de la gente, es mejor que estando entre otros hinquen con atención los ojos en la tierra, poniéndolos en el suelo, en alguna parte que no tenga diferencia ó tenga poca, para que así sea menos inmutada la fantasía interior teniendo dentro menos imaginaciones; é así aun hablando entre muchos podrás estar muy recogido, si, como dije, tienes los ojos bajos y seguros en un lugar, y cuanto el lugar fuere más escuro é prieto, ternás la vista más cogida y así el corazón menos derramado, ca según está escripto: El ensalzamiento de los ojos es dilatación del corazón, y, por el contrario, el recogimiento dellos es unión del corazón, para que tenga más esfuerzo estando más unido en sí mesmo para mejor llegarse el hombre á Dios, y también desto que hemos dicho se puede entender aquello que aconseja el Sabio diciendo (Eccles., II d): Anda en las vías de tu corazón y en el miramiento de tus ojos.

Aquel anda en las vías de su corazón que trabaja siempre de andarse cogido, trayéndose muy sosegado el corazón consigo mesmo, haciendo á manera de caracol, que do quiera que va lleva su casa consigo, y á manera de tortuga, que anda muy recogida debajo de su concha; empero cuando á este tal fuere necesario hablar ó negociar con alguno, debe permanecer en el miramiento de sus ojos, hincándoles en tierra con atención á solo Dios y á su amor, para quitar muchos estorbos que de otra parte le pueden venir, ca desta manera se podrá dél decir aquello del Sabio (Prov., XX b): El rey que se asienta en la silla de su juicio disipa todo mal con su miramiento. Rey, según la declaración del vocablo, quiere decir persona que rige, y es cada varón recogido que rige sus inclinaciones y deseos para mejor llegarse á Dios. Este ha de andar sentado en la silla de su juicio, que es el aviso y guarda que continuo ha de traer consigo, y con el miramiento en hito que tengo dicho disipa y destruye todo mal que de parte de los ojos le puede venir, el cual es mucho, porque las cosas que más dañan al recogimiento entran por los ojos y el ánima se derrama por ellos á las cosas de fuera.

Puedes tomar ejemplo deste consejo que te ha dado nuestra letra en Nuestro Redemptor, el cual estando en la cruz inclinó la cabeza para enviar el Espíritu á su Padre celestial; y desta manera, si tú quieres perseverar en la cruz de amor, que es el recogimiento, deves inclinar la cabeza é hincar los ojos en la tierra, para que así puedas libremente enviar más puro é desembarazado tu espíritu al Padre celestial que mora en lo interior de tu corazón y quiere ser en espíritu adorado.

CAPÍTULO III

De otros estorvos que nos distraen.

Con abajar los ojos é hincarlos en tierra no se quitan sino los estorvos que entre día suelen ocurrir; los cuales son muchos, y cada uno dellos es como saeta que vuela ligeramente para nos herir de presto; de la cual demandava el profeta ser librado. Mas también hay otros estorvos innúmeros que nos impiden este paso del recogimiento, el cual es muy estrecho, y tanto que sola una cosa cabe por él, y esta es á todos necesaria. É por tanto devemos con más ahinco pelear por ganar el paso y pasar adelante, quitando los estorvos con aviso y discreción. Ca deves saber que para este ejercicio se requiere más discreción que para otro alguno; porque los discretos sábense haver en las cosas, y los necios son presto turbados como ebrios, é piérdese de presto la poca sabiduría dellos, é así lo dejan presto; mas tú mira bien los estorvos, que son muchos, y apartándolos, pasarás ligeramente el estorvo en que deves más mirar: es el comer y el dormir.

En lo primero deves según tu complexión y necesidad tomar lo que has menester y matar primero el deseo del comer; porque la

gula más consiste en la afección que no en la operación, como parece en Esaú (Gén., XII d), que pecó en gula con vil manjar por hacer más caso dél de lo que deviera; y también el demonio quiso tentar al Señor en la gula, mas no le dijo que tornase de las piedras capones, sino pan, en el cual también se puede cometer gula si se come con demasiado deseo y con alguna desorden, de lo cual te deves mucho guardar, no teniendo afección al comer, sino que siempre te lleve la necesidad é la razón, y no la gula ni el apetito; ca verná tiempo, si prosigues el recogimiento, que pierdas la gana del comer, y comiendo no tomes sabor en lo que comes; y esto no ha de ser por enfermedad, sino porque gustado el espíritu es desabrida toda carne. Y entonces si no pudiendo comer tuvieres necesidad de alguna cosa delicada ó apetitosa para sustentar la naturaleza, no la busques con solicitud, sino encomiéndala al Señor; y créeme que ninguna cosa de lo que entonces deseares te faltará, si procede por la vía ya dicha el no poder comer, é si el deseo fuere moderado; é digo esto porque yo conocí una persona pobrecilla que tuvo dello experiencia, y sé que á los tales provee Dios como á personas que El mesmo tiene á especialísimo cargo.

En los manjares has de mirar dos cosas: la calidad dellos, si son preciosos ó viles, delicados ó groseros. A los más viles y groseros te deves más llegar, si tu necesidad ó tu estado no demandare otra cosa, y deves usar de los que son de más fácil digestión; y para vencer presto la gula piensa cuán poco dura el gusto de los manjares, y cómo después de entrados en el estómago tienen todos un sabor. Haste de guardar que no comas, si ser pudiere, toda cosa que, comida, deja rastro y sabor en la boca por algún rato, así como son especias y ajos é cebollas crudas é cosas adobadas, porque bastarle deve á la hora del comer su malicia, sin que después en la oración te dé pena, donde no te devías acordar de cosa humana, sino ser como ángel de Dios.

A esto mesmo toca que no traigas contigo olores, por que no sea dellos despertado tu sentido; ca si fuese posible no devría el hombre conversar entre cosas que oliesen mal ni bien, por no provocar el sentido, sino que estuviese más mortificado; empero, haviendo de oler, sería mejor oler cosas buenas; no por el deleite que dellas se ha de seguir, sino porque las malas con su mal olor provocan los hombres limpios á una manera de indignación, y así es más inquietado.

Deves comer las menos veces que pudieres al día, con condición que no quede agraviado tu estómago en una vez por no comer dos veces; ca la tal abstinencia no es agradable á Dios, pues que es contra su consejo que dice (Luc., XXI a): Parad mientes que no se agravien vuestros corazones en superfluidad de comer y bever. Has de lavarte la boca cada vez que sintieres en ella algún buen ó mal sabor, y traer los dientes limpios, é no acordarte jamás del comer si ser pudiere hasta que seas llamado, y bever el vino muy aguado, porque, si va recio, es dañoso con su calor al ánima y al cuerpo; é para mientes que te guardés de las cosas que provocan á bever, ca hace daño al estómago ellas y lo que con ella se beve, aunque sea solamente agua.

Las cosas frías, si por otra parte no te son contrarias, te pueden ser más favorables que no las cálidas, y cuando te basta un manjar no comas otro, ca en todas las cosas que á los sentidos tocan deves huir las diferencias dellas.

De la cantidad en la vianda no hay quien ose hablar, porque en esto más sabemos nosotros mesmos por la experiencia cotidiana que no cualquiera otra persona; y si en esto eres solícito, según se requiere á persona recogida, en pocos meses conoscerás lo que te conviene comer, dos onzas más ó dos onzas menos, porque con la demasía del comer se halla el hombre pesado, y con la falta se halla flaco, y con lo justo se halla prompto para todo bien.

Cuando después de comer no te sientes con habilidad para las cosas de Dios, razón es que sospeches que aquella comida no fué según Dios. Esto digo contra los que piensan ser mal orar después de comer; los cuales si dijesen que es malo orar después de mucho comer, en alguna manera acertarían; mas en decir que es malo después de comer van contra el ejemplo del Señor, que después de la cena se fué á orar muy prolijamente y amonestó á los discípulos que orasen, y reprehendiólos porque se dormían, lo cual aun es menos mal que no parlar y vaguear. Elías y Sant Juan después de haver comido dormían, en figura de la contemplación, que á los bien recogidos no deve ser más ajena después de comer que antes, pues que para ella sola comen.

La conclusión, en cuanto á la cantidad, sea que tengas el medio en respecto de ti mesmo, tanteada la necesidad de tu persona; é si dél hoviere discrepación, sea poca. Empero preguntarme has que, haviendo de discrepar á una parte ó á otra, cuál será menor daño: comer un poco de más ó un poco de menos? Podríate responder que, como lo poco sea reputado por nada, no havría daño en la poca falta ó exceso; é si todavía con ahinco quieres saber cuál será menos mal, no te quiero yo responder, sino el cristianísimo Gersón, que dice: Más empecería, según dicen los médicos y los teólogos, el ayuno indiscreto que no el comer menos templado. En breves palabras te ha este sabio varón respondido con mucha autoridad á tu pregunta, é muy bien; porque el ayuno muchas veces estorva el trabajo espiritual, que es de más vitalidad é hace que la cabeza no tenga fuerza para orar; é si algo excedes en el comer, con añadir algún trabajo en las cosas de virtud ganarás por un cabo lo que pensavas haver perdido por otro. Empero apártate de aquellos que al mucho comer responden con mucho dormir é no con más trabajar, y de aquellos que tienen la abstinencia en la palabra, é alabándola mucho quieren ser tenidos por abstinentes, aunque su desenfrenado comer, cuando ven la suya, es en contrario, no teniendo más concierto en su estómago que si no fuesen hombres de razón.

Del sueño lo mesmo me parece que deve ser dicho; ca, conocida tu necesidad, has de tener tu tiempo concertado y tanteadas otras circunstancias que suelen acaescer. Si el sueño te agraviare, conoce que es relajación y no necesidad; empero algunas veces acaece que el hombre quebranta en un día la regla que en estas cosas ha guardado un año, y no es maravilla, pues un relox de hierro se desconcierta y el arco no está siempre armado. Y este desconcierto, cuando acaeciere, hase de remediar muy presto, porque de otra manera haría mucho daño.

CAPÍTULO IV

De cómo descubrir la gracia da desasosiego al ánima.

Estorvo y gran impedimento es al recogimiento manifestar á los otros la gracia que el Señor concede en este ejercicio, en especial cuando se manifiesta á personas que nunca tuvieron experiencia en las cosas espirituales, ni saben qué cosa son; mas si le dicen alguna revelación, piensan ellos que es sueño; é si les hablan de la gracia que se siente en el corazón, creen que es algún humor que allí se congela; y ansí por su bajo entender reducen todas las cosas de la tierra, de la cual no saben salir; y por tanto, si eres cuerdo, mira primero que hables qué persona es el que oye; ca no siendo tal, tres inconvenientes se te podrán seguir.

El primero, que las cosas que dijeres serán menospreciadas, á lo menos en ser dadas á ti, que te ven ser hombre como los otros y no saben si más que los otros amas á Dios. Lo segundo, podríasete seguir alguna vanagloria si eres creído; y si no, seguírsete ha tristeza y mal juicio de aquél, ca lo ternás por indevoto é incapaz. Lo último avísote que serás perseguido si descubres estas cosas á quien no deves, según yo lo he visto en muchos que fueron muy afligidos de quien no pensavan por solamente decir la verdad de lo que sentían. Y hallarás desto ejemplo en José (Génesis, XXXVII d), que por descubrir la revelación que havía havido en sueños fué perseguido de sus mesmos hermanos, á los cuales la descubrió.

Pensarás muchas veces hacer servicio á Dios y caridad á tu prójimo por hablar alguna cosa del espíritu, y de allí adelante quedarás enemistado con él; ca no teniendo el corazón aparejado piensa que le amonestas aquello porque lo has visto disoluto y porque eres inquisidor de su vida; é ansí te tiene por malsín é se guarda de ti, é si esto no es, acudirte han otros con un libro en que leyeron lo que tú les dices por cosa muy preciada; é aun pornánse contigo en alteración, diciendo que en haver leído aquello lo entienden tan bien como tú que lo has leído é gestado; por tanto, deves callar y apartarte de toda contención, é no hablar de las cosas del espíritu sino después de muy rogado. Y para mientes que no digas de lo que sabes sino las cosas que pertenecen á los que oyen solamente; porque la cosa que no es entendida no es bien recebida; é si no es bien recebida, ni aprovechará á ellos ni á ti. Así que no solamente el varon recogido deve poner los ojos en tierra, mas la boca, no hablando en público las cosas que le han hablado en secreto.

Bien conozco yo que hoy día no se dirá que

los niños pidieron pan é no hovo quien se lo partiese, porque cada uno dice con el satírico: Harto sé para mí. E si vemos que nos enseña persona de nuestra manera ó de nuestro estado, no estimamos su doctrina; porque pensamos que, pues no nos excede en las cosas corporales, tampoco nos excede en las espirituales. Olvidádose ha hoy día el refrán que dice: Mucho va de Pedro á Pedro, antes ya todos los Pedros son iguales, y entre los predicadores apenas hallaréis quien quiera á otro dar la ventaja.

Qué diremos de los que hacen buena vida, que cada uno se tiene por muy aprovechado é solícito? No sé cómo agora dicen que no hay sanctos en el mundo, porque si á uno loáis por sancto, salen tantos mostrándose también santos, que en la casa de Dios no es menester hoy día sino que loemos á uno por devoto, y luego hay entre ellos contención para ver cuál dellos es visto más devoto; y cada uno se tiene, no solamente por bueno, mas dicen que la sanctidad dellos es mejor, porque tiene envuelta menos hipocresía, y aun buscan otras tachas disparatadas para hacer su caso.

Viendo esto, si tú has alcanzado entre tus hermanos alguna gracia singular, doite por consejo que no la descubras, sino sobre juramento que no la diga aquél á otro señalándote, ni te alabe delante de hombre nacido de don especial, porque si lo hace, aprovechando á uno, daña á muchos é á ti más; en tanta manera, que de aquesto he visto venir muchos males, tan secretos é solapados é maliciosos, que parescen increíbles; empero la experiencia los ha hecho manifiestos.

El provecho que á otros se puede seguir de la manifestación destas cosas espirituales parece provocar á que se descubra y comunique, según en otra parte dije; empero el temor del daño te da voces y te dice que pongas tu boca en el polvo é calles; aunque Cristo nuestro Redemptor comulgó á Judas, no quiso delante dél manifestar aquel divino sermón de la cena, que por singular previlegio se guardó para que Sant Juan lo escriviese, como persona entre todas más amada, el cual era razón que escribiese aquello en que más amor se contenía; y por que Judas no le oyese le dijo el Señor que hiciese presto lo que hacía, para que así se saliese aquel malsín, y él solo, permitiéndolo Dios, pudo tanto, que vendió á todos los que quedaron, porque en vender al pastor vendió también á las ovejas que lo seguían; lo cual acaece hoy día muchas veces, ca uno suele dañar á muchos, y es como perro ravioso, que solo basta para inficionar todos los otros.

Contemplando el profeta David las cosas ya dichas, y haviendo de manifestar las maravillas secretas de Dios, con todo su corazón dice (Psal. CX) que ha de ser esto en el concilio y congregación de los justos, donde estén todos no menos juntos con los cuerpos que congregados con los corazones.

CAPÍTULO V

De tres cosas necesarias á la contemplación.

Tres cosas se requieren principalmente para la contemplación quieta y recogida, dejadas otras muchas que también pueden hacer al caso.

La primera es el lugar, que ha de ser en sí apto é convenible é recogido é sano é devoto y digno de reverencia é quietud, ca sabemos haver sido reprehendidos por el padre de las compañas los que estavan en la plaza; y los ángeles dijeron á Loth (Gén., XIX d) que no estuviese en toda aquella región de Sodoma, sino que se hiciese salvo en el monte; y también fué dicho á Abraham (Gén., XII a) que saliese de su tierra y de entre sus parientes y de la casa de su padre; y otra vez le fué dicho (Gén., XXVIII d) que se fuese á la tierra de la visión á ofrescer allí en sacrificio á su hijo; y Jacob decía (Gén., XXXV a) estar Dios en aquel lugar donde su ánima se havía hallado bien, y que no era otra cosa aquel lugar sino casa de Dios y puerta del cielo. Y sabemos también que la muy limpia paloma no halló en el diluvio dónde sentar el pie hasta que tornó al arca; y al sancto patriarca Jacob dijo Dios que se levantase y subiese á Betel, que quiere decir casa de Dios, y morase allí, el cual dijo lo mesmo á toda su familia; y según el mesmo Dios dice (Exo., XXIX d), él sacó á su pueblo de Egipto para morar con él, dando á entender que en Egipto no podía morar tan bien con su pueblo como en la tierra de promisión; y el mesmo Señor mandó al sancto profeta (Deu., XXXIII d) que se subiese á morir al monte, dando á entender que mientras más apartados estuviéramos del mundo mejor podemos morir á él para vivir á Dios; y de Zabulón é Isacar se dice (Deu.,

XXXIII d) que en el monte havían de sacrificar ofrendas de justicia; é huyendo David de Saul morava en el desierto en lugares muy seguros (Reg., XXIII c); y por salir Mifiboseth de Hierusalem incurrió en sentencia de muerte (III Reg., II d); y el profeta David dice (Psal. LXXXIII) que quiso escoger más morir, aunque menospreciado, en la casa de su Dios que no en las moradas de los pecadores. Y Isaías dice: Venid, subamos al monte del Señor, é á la casa del Dios de Jacob, y enseñarnos ha sus vías y andaremos en sus senderos; dándonos en esto á entender que en un lugar se reciben mejor las cosas espirituales que no en otro.

Si quisiésemos provar por la Escriptura cómo unos lugares son más convenibles para la contemplación que otros, sería cosa prolija; bástenos empero saber que Sant Antón é Sant Antonio dejaron los lugares que primero tenían, porque claramente conocieron no ser aparejados para orar. Y el Señor se subía á los montes y se iba á los lugares desiertos por más quietamente orar, siendo el lugar más oportuno; y esto no lo hacía por sí, al cual ningún lugar ni aun la penosa cruz estorvó que orase, mas solamente por darnos ejemplo de buscar los lugares solitarios, amigos de llorar y del silencio, apartados de los bollicios y nuevas del mundo.

Lo segundo que principalmente favorece á la vida espiritual es la buena compañía, porque, según está escripto, no es bien que el hombre esté solo, esto es, sin tener algunos que en su buen propósito le favorezcan; onde el sancto patriarca mandó á David (II Reg., XVII b) que fuese á visitar á sus hermanos y que mirase con quién se acompañavan; y de aquí es que una señal de los varones virtuosos es acompañarse con los buenos, y no como Saul, que se apartava de David porque era varon bueno é prudente. El cual dice hablando de la buena compañía que havía hecho á los criados de Nabal (I Reg., XVIII c): Nunca les fuimos enojosos, ni jamás les faltó alguna cosa de su grey todo el tiempo que estuvieron con nosotros en el monte Carmelo. Y los mesmos criados de Nabal dan testimonio desto mesmo diciendo (I Reg., XXV c): Estos hombres harto buenos fueron á nosotros y no molestos, ni jamás pereció cosa alguna todo el tiempo que conversamos con ellos en el desierto; eran á nosotros así como muro de día y de noche, todos los días que apacentamos acerca dellos nuestros ganados.

En el desierto hallaron aquéstos la buena compañía, porque los varones espirituales luego trabajan de buscar, según viste, el lugar correspondiente á sus deseos; y dicen que les fueron harto buenos ayudándoles á llevar é sufrir los trabajos, según lo cual dice Jeremías: Buena cosa es al varón traer el yugo desde su niñez. E has de notar que el yugo nunca lo trae uno solo, sino dos juntos, y por tanto quiere decir Jeremías que dende pequeños hemos de buscar buena compañía, la cual según dice el Sabio (Eccles., IV d) causa un aparejo de favor para menos sentir los trabajos; no solamente en los hombres, mas aun en las animalias, que más trabajan y menos sienten el trabajo acompañadas que solas; pues harto buena es la sancta compañía en quitarnos alguna é no pequeña parte del trabajo que los solos suelen sentir en las cosas espirituales, ca menos dificultad es orar el hombre una hora en compañía de personas devotas que no entre regalados é parleros, que no ven el punto de irse á pasear, y cuando están orando, manifiestan en el poco rigor de fuera el poco fervor de dentro.

Lo segundo que de la buena compañía se suele seguir, según se toca en las palabras susodichas, es que de los varones devotos nunca recibe el hombre enojo, ni es dellos afligido ni molestado, lo cual suele causar mucha quietud en el corazón; y porque no la pierdas con enojos importunos te da el Sabio un buen consejo diciendo (Eccles., XXII b): No hables mucho con el loco, é no vayas con el hombre sin seso; guárdate dél por que no tengas enojosa molestia; ca cosa más fácil es sufrir arena y sal y masa de hierro que no un hombre imprudente y loco. Según esto que el Sabio ha dicho y lo que cada día vemos, el mayor trabajo que los varones discretos y devotos sienten en morar con los no avisados es sufrir sus desconcertados pareceres y las necedades que dicen y hacen, y sobre todo el pensar ellos que aciertan, y el multiplicar palabras tan al revés é sin razón, que basta para quitar la verdadera devoción á todo el mundo; y por tanto es mejor ser uno azotado por la mano de un discreto que no reprehendido con la lengua de un necio, que es la cosa peor de sufrir que hay en el mundo; porque cuando ha de sanar lastima y cuando ha de lastimar dice

mil malicias, por tan grosero estilo, que ni podéis escudaros ni dejar de sentiros.

Lo tercero de que es alabada la buena compañía del santo David es que jamás se perdió cosa de sus compañeros. Alabóse Cristo que no perdió ninguno de los que le dió su Padre, y esto por la mucha guarda que puso en ellos, porque condición es del que está colorado colorar también á los otros; y no tan solamente dejan de perecer las virtudes en la buena compañía, mas cobra el hombre otras que antes no tenía, y esto en todo tiempo, según arriba se dice, ca en todo tiempo ama el que es buen amigo. Cierta está la pérdida si te juntas con los disolutos, é si te juntas con los recogidos, en ningún tiempo perderás; y como sea cosa cuasi imposible no subir ó descender en la escalera de la virtud, donde ninguno se vido parado, síguese que pues está cierto el ganar é ir adelante multiplicando el ganado de los dones é virtudes que nos acrecienta el Señor mediante los méritos de la sancta compañía en que moramos; porque, según se dice, el que anda con los sabios se hace sabio.

Y aunque Nuestro Señor dijo (Mat., XVIII d) que vernía á uno que le amase, por darnos á entender cuánto le aplace morar los hermanos juntamente, añadió sobre lo primero diciendo, que El está con ellos hablando de presente é con perseverancia, y en lo otro del solo no hace sino prometer de futuro; é puesto que todo haya de tener efecto, empero mucho va de tener á estar cerca. Así que en esta manera de hablarnos mostró el Señor cuánto sea mejor estar el hombre siendo bueno con los buenos, que no solo, aunque no deje de ser bueno; porque en lo primero hay mucha ocasión de más de aprovechar, la cual falta en lo segundo; y por tanto dice el Sabio (Eccles., XXXVII c): Está de continuo con el varón sancto que conoscieres guardar el temor de Dios, cuya ánima es según la tuya.

Porque hay muchas maneras de sanctidad nos dice el Sabio que nos juntemos con aquel sancto cuya ánima es según la nuestra, cuasi diciendo que, como sean muchos los sanctos ejercicios, no se deve el hombre llegar sino á aquellos que siguen los que él mesmo sigue, para que tenga con los tales más entera conformidad; porque escripto está que las aves, que son los varones contemplativos, concurren y van á los que son á ellos semejantes.

Lo que más se dice de la buena compañía que hizo David á los que se allegaron á él y á los suyos, es que les fué muro muy defensivo en la noche de la tentación y adversidad, dándoles favor de consuelo é consejo é subsidio de oraciones, y levantando á los caídos, y á los que suben dando avisos, y á los que desmayan esfuerzo, haciendo también lo mesmo en el día de la próspera consolación si menester fuere, ó las cosas que fueren más convencibles, en tal manera que la buena compañía sea muro no vencible; porque hermano que de su hermano es ayudado, ciudad firme dice el Sabio (Prov., XVIII c) que es, torreada de mil favores y mureada de mil amparos. Onde Sant Hierónimo dice: La verdadera caridad é no violada con algún rencor, cuanto se acrecienta en número crece en fuerza.

Si quieres, pues, hermano, apacentar las greyes de tus sanctos deseos en el pasto de la devoción, que en el monte Carmelo; que es el recogimiento, se halla, júntate á la buena compañía que mora en el mesmo monte, ca te será cosa muy provechosa; y toma escarmiento en los varones de la ciudad de Lays, que presto fueron vencidos (Judic., XVIII g) porque ninguno les favoresció; y la causa desta falta de favor fué porque con ningún hombre tenían amistad ni compañía; y los ídolos entre que moravan no les pudieron dar algún amparo, antes fueron causa de la presta destrucción; lo cual nos acaesce cada día morando entre los perversos, donde más aina cae el hombre que en otra parte. Según lo cual tengo por cosa cierta que un hombre malo derriba más aina de la virtud á un justo que no lo derribaría un demonio; é no es maravilla, porque el uno le favoresce con el otro peleando, el uno á la clara y el otro secretamente, y así entre dos combatientes cae más presto el que no siendo combatido no cayera; ni aun creo que cayera si entrambos fueran visibles ó entrambos invisibles, mas siendo el uno en celda y el otro en descubierto, hacen como los lobos, que mientras el uno huye queda el otro haciendo caza.

CAPÍTULO VI

De lo más necesario para orar.

Lo tercero que se requiere para la contemplación es el aparejo é disposición de nuestra voluntad, la cual havíamos de te-

ner siempre tan aparejada para la gracia del Señor como lo está la cera cuando le juntan el sello.

Hay algunos que son como colmenas sin miel de dulcedumbre; mas en el varon recogido nunca devria faltar, sino procurar de tener siempre el corazón y voluntad como la esposa, que decía (Cánt.): Mi ánima se derritió en hablando el amado. Muy blanda é tierna estava la voluntad que con una palabra se derritía, é aun no con palabra, sino en haviendo hablado el que amava, cuasi antes que oyese lo que hablava; porque cuando la candela, que es el ánima, tiene en sí algún fuego de amor y echa de sí el humo del sancto deseo, antes que á ella llegue el fuego se enciende perfectamente en el amor de aquel divino fuego, que es Dios.

Trae, pues, tu voluntad apartada de malicia y adornada con ternura de corazón amoroso, porque la paz de Dios es prometida á los hombres de buena voluntad, la cual devemos tener siempre dirigida á aquel que solo es esencialmente bueno. Todo nuestro espiritual aprovechamiento está en la disposición y aparejo de nuestra voluntad, y esta buena voluntad es la medida con que se nos dan las gracias del Señor; según lo cual cada vez que Nuestro Señor nos ha de dar gracias dice á lo menos en equivalencia á nuestra voluntad aquello que fué dicho de Rebeca (Gén., XXIV c): Llamemos la doncella y sepamos su voluntad.

Cuando á este celestial esposo, capitan de virginidad, damos las manos de las obras para nos desposar con él, pone sus ojos en nuestra voluntad, y según ella se nos da; ca de las palabras poco cura, porque como la carne ninguna cosa aprovecha en estas bodas, antes dañe, por tanto no se cura Dios sino del corazón y de la voluntad, según aquello que de los justos se dice (II Paral., V d): En todo su corazón juraron, y en toda su voluntad lo buscaron y lo hallaron; y el Señor les dió holganza por todos los rededores, que son los sentidos é inclinaciones diversas que nos aquejan.

Mucho aprovechan estas tres cosas que hemos dicho para llegarse el ánima quiétamente á Dios; empero la más esencial es la tercera, ca della podemos en este caso decir aquello del psalmo (Psal. XXIX): La vida está en la voluntad dél. Mucho aprovecha el lugar, empero no tanto que sólo baste, porque del cielo cayó Lucifer y Adam pecó en el paraiso, y en medio de la casa de Dios hacen muchos grandes males; ni estorvó tanto la falta de lugar á Job que en el muladar no pudiera ser sancto. La compañía muy buena es, mas tampoco basta; pues que Judas entre los apóstoles se dañó, y Satanás se halló entre los hijos de Dios. Ni la falta de la buena compañía estorvó tanto á la esposa que no sea comparada al lirio entre las espinas (Cánt., II a), porque hay muchos que por tener muy aparejada lo voluntad, que es lo que más hace al caso, están entre los malos como rosa entre espinas y como castaña en medio del espinoso erizo, sin tener ellos dentro en sí mesmos alguna espina de pecado.

Esto he dicho para que si estuvieres en algunos estorvos de la vida contemplativa no pienses que ellos te son suficiente excusa, pudiendo tener la buena voluntad, que ninguno te puede quitar si tú te humillas y abajas tus ojos y haces á manera de Saul, del cual se dice (I Reg., X d) que disimulava sus injurias y hacía que no las oía ni le dava nada por ellas.

Aprovecharte ha también lo que tengo dicho para que no creas de ligero estar alguno del todo apartado del recogimiento, aunque esté entre muchos estorvos, porque la voluntad, que es poderosa reina, los puede todos vencer, si está favorescida con la gracia y bastecida con el gusto de la contemplación interior. Quita, pues, o ánima mía, de tu parte todo estorvo, haciendo todo lo que en ti es, porque luego el Señor tiene cargo de hacer lo que es de su parte, ca por El nunca falta. El llama siempre á la puerta de tu consentimiento; á ti conviene abrir el deseo. A la misericordia del Señor conviene el venir, y á Sancto Tomás recogerse con los discípulos. El esposo llama á la media noche, denunciando cómo está cerca; mas á las prudentes vírgenes conviene aparejar sus lámparas, que son sus voluntades. La paloma, que es el don del Espíritu Sancto, viene al arca de tu corazón; á ti conviene extender la mano del amor y prender. Para mientes cuando fuere en ti que estés aparejado para recebir la gracia, y ten aviso que quites todo estorvo que la impide, segurando el corazón y afijando en tierra los ojos, para conocer tu poquedad y no derramarte.

EL TRACTADO DIEZ Y SEIS

HABLA DE AMOR, DICIENDO: REFERIR Y SACAR DEVES DE TODA COSA EL AMOR.

Escrito está (Prov., XV b) que las riquezas del varón son la redempción de su ánima (*Amor et redemptio a imæ*), y la redempción de nuestra ánima es el amor, porque con ella puedes redemir de todos los males en que havía sido captiva, según lo hizo la Magdalena, que amó mucho en redempción de sus muchos pecados (Luc., XXVII c); y fueron tan poderosas las riquezas del amor, que redimieron su ánima en mayor libertad que havía sido antes el captiverio de los vicios; porque dende allí adelante no se cree haver tornado á alguno de los pecados pasados; y así como la mala vida pasada bastó para le dar nombre especial de pecadora en la cibdad malvada, porque no conosció el tiempo de su visitación, así el amor mucho que tuvo al Señor le da nombre de especial morada en la Iglesia, cibdad de Dios, dando desto testimonio aquel que della fué amado. Y desto la quiso más alabar que á otra criatura, porque apenas se hallará en la Escriptura persona que de mucho amor fuese alabada por boca de aquel que dió el gran mandamiento del amor, sino la Magdalena que redimió sus pecados con amor.

Aquel que por la redempción no recebirá muchos dones se contenta con el don del amor libre, porque solo él vale más que todos los otros dones juntos; en tal manera que si el hombre quisiere ofrecer á Dios las penitencias de los confesores, y la pureza de las vírgenes, y los tormentos de los mártires, y las oraciones de los ángeles, y los grandes merecimientos de la Virgen, y toda la sagrada pasión de Jesucristo, aunque todo esto diese á Dios por la redempción de su ánima, no lo recibiría si faltase el amor; y si él viniese, la menor gota de sangre que Cristo derramó bastava para redemir la más pecadora ánima que pueda ser pensada. Donde conforme á esto se escribe en los Cánticos: Si el hombre diere toda la substancia de su casa por el amor, así como si nada fuese la despreciará. La casa del cristiano es la Iglesia, donde están depositados los merecimientos de los sanctos y de Cristo, así como substancia é riqueza de la casa mesma; é si todos los bienes diese el hombre á Dios en recompensación del amor que faltase, ninguna cosa aprovecharía acerca de Dios, el cual demanda á los hombres que usan de razón el amor como redempción que deven dar por su ánima, junta con la redempción principal que dió Cristo, la cual fué también amor, y más crescido que pensar se puede; y aunque el mesmo hombre diese muchos haveres á pobres é hiciese todas las ásperas penitencias que puedan ser pensadas, si falta el amor, tenga por nada todo lo que ha hecho, pues Dios así como nada lo despreciará. Y es tan valeroso el solo amor de Dios, que basta para alcanzar perdón de los pecados, aunque dellos entonces no piense el que ama, porque se conosce que si se acordase dellos se dolería y haría penitencia; la cual virtualmente está incluída en el amor verdadero de Dios, que es penitencia dulce; y tal que los que dicen poder permanecer el estado de la inocencia y justicia original, aunque pecaran nuestros padres venialmente, dicen que por el ferviente amor se purgaran los tales pecados veniales; y que agora se puedan purgar y perdonar los pecados, aunque sean mortales, por el gran amor de Dios, cosa averiguada es entre los que saven; ca no solamente disimula Dios los pecados de los hombres por la penitencia, mas también por el amor. Donde, según dice Isaias (Esa., IV b), en espíritu de juicio y en espíritu de ardor lavará Dios las mancillas de las hijas de Sión, que son las ánimas que incurrieron mácula de pecado. El espíritu del juicio es la penitencia, y el espíritu de ardor es el gran fervor de la caridad, que también basta para alcanzar perdón de los pecados.

El amor es tesoro muy precioso del ánima fiel, con que se puede rescatar de su mala conversación pasada y enriquecerse en tanta manera que pueda comprar, no solamente el reino de los cielos, mas al mismo rey del cielo, que por amor se da. Donde los que ponen que el hombre por sus fuerzas naturales puede amar á Dios sobre todas las cosas, dicen que este amor es última disposición para haver su gracia, que inmediatamente se sigue y luego se infunde en el ánima donde está el tal amor, y con la gracia se da el mesmo Señor del amor.

Atrevimiento sería pensar que Dios tiene en tanto nuestro amor que se da á sí mesmo por él, si no lo afirmase su sancta promesa, di-

ciendo por Sant Juan (Joan., XIV c): Si alguno me ama, guardará mi palabra, é mi Padre lo amará, y á él vernemos, y con él haremos morada. Si bien miramos estas palabras, parescernos ha que pensó el Señor que no nos teníamos por satisfechos en decirnos que si lo amávamos nos amaría; y por tanto añadió que vernía á nosotros, no á otra cosa sino hacer nuestra voluntad, ca escripto está (Psal. XLIV d) que El hará la voluntad de los que lo temen y oirá su ruego. Y para nos enseñar que no sería esto por algún breve espacio, dice que morará con nosotros, porque el amor es de tanto valor, que no compra á Dios por una hora ni por un año, sino por todo el tiempo que le damos; empero si lo dejamos de amar tórnanse las cosas como antes, y viéndonos el Señor arrepentidos de la compra, vase llevando consigo sus bienes, haciendo que en respecto de la vida eterna perdamos por entonces todos los provechos que dél nos havían venido.

Vase el Señor cuando le quitamos el amor que le havíamos dado; vase con paso tardío y perezoso, volviendo la cabeza de sus sanctas inspiraciones, para que tornes en ti y veas que tú eres el perdidoso; y si se lleva los bienes que con él ganaste, hácelo por te poner cobdicia de lo tornar á cobrar, á El juntamente con ellos. Es el Señor muy ganancioso é trae mucho interese y renta á aquellos con quien mora; nunca cesa de obrar obras de vida eterna en las ánimas que por amor lo poseen, por que así crezca el amor y se vaya de cada día más asegurando su estancia, y se posea con más seguridad mientras más fuere amado, é sea más amado mientras más se sintiere su utilísima compañía.

La cosa que más devría desear y procurar el corcho vacío si pudiese es el enjambre de las avejas, porque con él se haría colmena limpia é muy proveída de cosas tan excelentes como son miel y cera, por tan linda arte compuesta en los panales que sea cosa de admiración; é todo esto le viene de tener en sí el enjambre, que siempre devría en sí conservar, pues le es tan fructuosa y la hinche de tanta hermosura y valor; lo cual más por entero se causa en el ánima, que de sí mesma es como corcho vacío de todo bien; mas si por amor se dispone para recebir á Dios como enjambre, esto es, ayuntamiento de infinitas perfecciones, venirle ha mucha utilidad; porque El causará en la voluntad muchedumbre de miel de gracia, y en el entendimiento la cera alumbradora, que es el alto conocimiento de las cosas espirituales, y en todo el hombre maravillosa compostura de virtudes; y todo esto podremos alcanzar por amor, el cual podemos tener á Dios, según aquello que dijo Cristo (Joan, XVI f): Ese Padre os ama porque vosotros me amastes.

No es de menos admiración pensar que nos ama Dios que pensar que amamos á Dios, porque nuestro amor es tan bajo y ratero, que parece dificultad pensar que tiene fuerzas para sobir á Dios, y el mesmo Señor es tan alto en dignidad, que también parece inconveniente pensar que se abaja á amar los gusanos terrenos, pues que tiene en el cielo multitud de ángeles que ame; mas el Hijo de Dios, que está en el seno de su Padre y sabe todos los secretos suyos, nos dijo que el Padre nos amava porque nosotros lo havíamos amado; dando en esto á entender que al precio de nuestro pequeño amor corresponde el soberano amor de Dios, en el cual se da el mesmo Señor, que en la Escriptura se llama amor.

Es Dios tan lleno de justicia, que particularmente quiere corresponder en este maravilloso cambio á lo que damos de nuestra parte; porque así como dando el hombre á Dios su amor da á sí mesmo también, así dando el Señor su amor se quiere dar también á sí mesmo con él.

Sabemos sin dubda que es tan poderoso el amor que lleva tras sí al hombre, cuasi sacando al corazón fuera de sus términos y poniéndolo donde el mesmo amor se pone; é como el amor de Dios sea más poderoso, también trae al mesmo Señor consigo; en tal manera que pueda decir el mesmo Señor: Donde estuviere mi amor estaré yo; y como Dios sea impartible é indivisible, síguese que qnien ama al Hijo tiene consigo al Padre y al Espíritu Sancto, cuyas riquezas, como no están fuera del mesmo Dios, también las tiene consigo el que tiene á Dios, porque siempre se trae consigo sus bienes; y como los cibdadanos celestiales más estén en Dios que en sí mesmos no hay dubda, sino que se van con el mesmo Señor adonde el amor les lleva para tener compañía á su Señor; de lo cual se sigue que donde está el amor de Dios está todo el paraíso, y aunque el verdadero paraíso es el amor de

Dios, porque ni el paraíso celestial sería paraíso sin amor, ni donde está el verdadero amor de Dios falta por entonces todo lo que está en el cielo empíreo en espiritual inteligencia; ca el mesmo amor es el cielo empíreo, el cual se dice ser el mayor y primero de los cielos, así como el amor es el mayor y primero de los mandamientos.

CAPÍTULO II

De cómo el amor es cielo empíreo.

Si el cielo empíreo es muy ancho y espacioso, del amor se dice (Psal. CXVIII): Ancho es en gran manera tu mandamiento. El cielo empíreo es de tanta grandeza que abraza en sí todos los cuerpos, por cualesquier que sean, y á todos excede; lo cual conviene al amor, ca él en sí concluye virtualmente todas las virtudes y vale más que todas ellas, excediéndolas además con el valor de su excelencia admirable; donde Sant Cipriano dice: Verdaderamente que este mandamiento del amor abraza la ley y los profetas; y en esta palabra se abrevian los volúmenes de todas las escripturas. Esto amonesta la razón; esto la naturaleza; esto, Señor, vocea la autoridad de tu palabra; esto oímos de tu boca; aquí halla cumplimiento toda religión; este mandamiento del amor es primero y postrero, que todo lo abraza; este en el libro de la vida escripto, á los ángeles y á los hombres da perpetua lición.

Lea aquí una palabra y en aqueste mandamiento piense la cristiana religión, y hallará que desta escriptura manaron las reglas de todas las doctrinas, y nascer de aquí y tornar aquí cualquier cosa que contiene la eclesiástica disciplina y en todas las cosas ser frívolo y ninguno todo lo que el amor no confirma.

El cielo empíreo es el lugar de los bienaventurados, en que fueron los ángeles criados, y dél fueron lanzados los demonios; y así es el amor singularmente guardado para los buenos y justos, en el cual reciben nuevo ser de gracia, siéndoles criado por el amor nuevo corazón, en el cual viven como ángeles en el cielo; ca el espíritu déstos es flama de fuego encendido que de naturaleza es inclinado á subir en alto para conservar en los cielos, donde está el que ellos aman. Los demonios, que son los pecadores, caen como rayos muy de presto, siendo lanzados del cielo, que es el amor de Dios, en pecado al infierno superior, esto es, á la condenación de la pena perdurable en que caen como rayos hasta el profundo de la ira de Dios, de la cual si el mesmo amor no los libra vernán á caer en el infierno inferior, donde no hay redempción.

Dicen algunos del cielo empíreo que tiene influencia sobre los otros cielos; y el amor, sin dubda, tiene gran fuerza sobre todas las otras virtudes; y por una maravillosa manera envía su celestial influencia sobre ellas, haciendo que todas las virtudes morales pertenescientes al amor de Dios y del prójimo sean hechas teologales por la información caritativa que les infunde; así que las hace de humanas divinas, y de imperfectas las perfecciona, y de muertas las torna vivas, y de morales las hace meritorias, y de infructuosas les da tanto fructo que excedan la humana capacidad; y así podemos bien decir que el amor caritativo hace las costumbres humanas ser angélicas, dándoles una mayoridad y quilate maravilloso, conforme á lo que dice el apóstol (I Cor., XIII b): La caridad paciente es, benigna es, gózase con la verdad, todas las cosas sufre, todas las cosas cree, todas las cosas espera. En esto muestra el Apóstol que el amor caritativo de que hablamos atrae á sí todas las otras virtudes y las hace cuasi de su mesmo linaje.

Donde aunque á la paciencia y fortaleza pertenezca sufrir todas las cosas, se dice aquí: el amor es paciente y lo sufre todo. É desta manera hallaremos en la Escriptura que el amor toma nombre de otras virtudes, mostrando en esto que les ha dado una dignidad maravillosa, enjeriéndolas en sí mesmo para las hacer teologales; y así decimos que en el varón justo la limosna es caridad, y que la castidad es amor limpio, y que la mansedumbre es amor benigno, y que la diligencia es amor ferviente; y todo esto se dice porque el amor caritativo tiene por oficio ordenar todas las virtudes al último fin, para que así sean teologales por una manera de participación que de la caridad resciben.

Fundémonos, pues, hermanos, en el amor; radiquémonos en él; radicados á manera de árboles, y fundados como cosas bien situadas; fundados por el amor de Dios, que nos hace morada de Dios y templo suyo en que mora; radicados por el amor del prójimo, que nos hace árboles fructuosos para que demos hojas de amparo y fruto de sustentación.

Los que son así fundados y arraigados podrán en algo comprehender qué tal sea el anchura, longura y alteza y profundo del amor. Su anchura se extiende hasta los enemigos; su longura persevera hasta la fin; su altura lo hace todo poderoso; su profundidad no atribuir á sí alguna cosa, sino referirlo todo al amor con que Dios nos ama; el cual es más excelente que el cielo empíreo; porque si en el otro se dice, por ser muy claro, que está como en dechado comenzada la gloria que han de tener los cuerpos sanctos, en el amor se comienza la gloria de las ánimas; y no solamente la accidental, mas también la esencial; porque, si miramos en ello, hallaremos en el amor, como en paraíso portátil, visión, tención y fruición, ligereza, impasibilidad, claridad y subtileza.

CAPÍTULO III

En que se compara el amor al paraíso.

En estas siete cosas dichas consiste la gloria de los sanctos, y en el amor las hallaremos comenzadas. Cuanto á lo primero, el amor ve hasta las partes escondidas é secretas, y aun escudriña, según dice Sant Pablo (I Cor., II e), hasta las cosas profundas de Dios. No hay vista más penetradora, según dice Gersón, que la del amor, ni más aguda para llegar hasta lo íntimo del corazón, con lo cual el esposo y la esposa se desean ver el uno al otro, como paresce en los Cánticos (Cánt., III d).

De lo segundo, que es la tención, bien paresce estar proveído el amor, pues con gran osadía dice: Túvelo y no lo dejaré. Sobre estas pocas palabras dice la glosa: Cuan presto alguno con verdadero miramiento busca á Dios, tan presto lo halla; é con cuanta más atención lo buscó, con tanto más ardor tuvo al hallado.

No hay brazos tan fuertes como los del amor, no solamente para abrazar tener, sino para vencer; donde al amor mejor que á Israel se pueda decir (Gén., XXXII f): Si contra Dios has sído fuerte, cuánto más prevalecerás contra los hombres? El amor fué contra Dios fuerte, pues que lo derribó del cielo á la tierra, haciéndolo hombre, y lo tuvo en la pasión tan manso como un cordero; ca no bastaran los clavos para tenerlo si no lo tuviera el amor, que es fuerte así como la muerte y más, pues hizo morir al inmortal y mató la mesma muerte nuestra.

Hay otrosí en este paraíso del amor fruición, que es allegarse el hombre alguna cosa por ella mesma, arrimándose á ella como á fin último; lo cual hace nuestra voluntad mediante el amor libre con que goza de Dios Nuestro Señor, donde sólo el amor, que sin medio se llega á Dios, puede decir muy propriamente (Psal. LXXII d): Dios de mi corazón, que eres mi parte para siempre; á mí es bueno llegarme á Dios, poner en mi Señor Dios mi esperanza.

Aquí dice el amor que pone en Dios su esperanza; porque, según dice el Apóstol, todas las cosas espera la caridad.

Lo que más hay en el paraíso del amor es ligereza de bien obrar en lo de dentro y en lo de fuera; porque como al que ama ninguna cosa se le haga grave ni pesada, va ligeramente corriendo por la vía de los mandamientos del Señor. Y la causa desta ligereza es porque sigue al que ama con el ímpetu del vehemente deseo que en instante se produce en la voluntad, en el cual deseo obran primero los que aman todas las cosas que han de hacer; y así van después á ellas como á cosa hecha, lo cual nota Ricardo sobre aquella palabra (Cánt., V a): Comed amigos y beved amicísimos, diciendo: Los que comen disponen con alguna tardanza el manjar entre los dientes; mas los que beven muy presto tragan; y desta forma los nuevos en el amor se convidan á comer, porque aman con alguna dificultad; empero los amicísimos, que son los ejercitados, se convidan á bever, que se hace más presto; porque éstos muy ligeros son en amar con delectación; y desta manera, aunque sean muchos años los del servicio, se les antojan pocos días por la grandeza del amor, que es amor mayor para obrar que lo que se manda hacer.

Es tan ligero el amor, que se diga no estar los que aman debajo de la ley; no porque no los obliga, sino porque les es tan liviana la carga é tan suave el yugo del Señor, que no sienten pesadumbre alguna por ser tan ayudados del amor; en tal manera que cuasi digan con David (Psal. LXIII d): Que finge Dios trabajo en su mandamiento, diciendo que es trabajoso lo que es suave.

Y es de notar que el amor es tan buen obrero, que se aprovecha holgando de todos los trabajos ajenos con solo amarlos, según aquello de Ricardo: O gran virtud caridad, que nombras las cosas que no son como si

fuesen. O fuerte virtud, que no despojando á nadie toco lo arrebatas: todas las cosas haces tuyas, y á ninguno quitas lo que es suyo; mientras amas el bien en el otro, lo ganas para ti amándolo; y aun puede ser que obres por demás algún bien, mas puede ser que lo ames en balde; ninguno te puede resistir; de todo te sirves.

Tiene también el amor impasibilidad, porque la paciente caridad todo lo sufre callando; en tal manera que si el amor es verdadero, con igual balanza ha de pesar lo dulce y lo agro, teniendo por singulares mercedes así las adversidades como las prosperidades. Porque si amamos, no hemos de mirar lo que nos da el Señor, sino el amor con que nos lo da, que es invariable; y desta manera no sentiremos en todas las cosas sino amor, que es la cosa que á los amadores más alegra. Así que podemos decir que si nuestro amor padesce sin quejarse (aunque no sin lo sentir), será en alguna manera impasible, aunque el sentir se templa mucho con el amor; en tanta manera, que tanto podrá crescer el amor de Dios en nos, según dice un doctor, que la muerte no sintiésemos; lo cual se cree de nuestra Señora y de Sant Juan.

Entonces será el amor impasible cuando amare el padecer, porque cosa clara es que no tenemos por cosa grave lo que amamos; donde este amor impasible que ama el padecer puede decir aquello del Sabio (Prov., XXIII a): Arrastráronme y no sentí.

Dícese también el amor impasible, porque él deshace todas las pasiones y agravios que de los otros recebimos, tomando á su costa lo que podemos, y saliendo por pagador de todo lo que nos es devido; porque como la caridad, según se dijo, espere todas las cosas, piensa de satisfacer de allí lo que agora padecemos, como de hecho será. Y así, según dice el Apóstol, se les obran todas las cosas en bien á los que aman á Dios, aportando todas al amor que las mitiga y amansa si son ásperas.

Podemos también decir que el amor es impasible, porque, según dice Sant Bernardo, onde hay amor no se halla trabajo.

Lo que más hay en este paraíso del amor es claridad, porque su candela es el cordero, de cuya grosura, que es la interior divinidad, se hace una vela muy relumbrante en el paraíso del amor. El amor del mundo es ciego; empero el amor de Nuestro Señor Dios tiene mucha claridad; porque como él sea verdadero amigo, luego nos dice lo malo que en nosotros ve, para que no nos veamos en confusión dejándolo por enmendar, ca el Sabio dice (Eccles., II d): Amad á Dios y serán ilustrados vuestros corazones. Como el amor de Dios tenga principio en el corazón, aquél ha de ser primero ilustrado que no lo de fuera; ca los hipócritas se esmeran en lo de fuera primero, y los siervos de Dios en lo de dentro; y esto es porque los hipócritas en lo de fuera aman á Dios y en lo de dentro á sí mesmos. Empero el amor verdadero toda la fuerza pone en el corazón como en casa donde Dios ha de morar, el cual tiene su habitación en una luz inaccesible que ninguno puede saber sino el que ama; y por tanto se dice de los que aman al Señor (Judic., V d): Los que te aman, resplandezcan así como resplandece el sol en su salida. Porque la claridad de Dios que cerca á los que aman les hace lo primero conocer á sí mesmos, se dice ser que es como la del sol en su salida clara; é no se contenta el amor con tener solamente la claridad interior, mas todo lo aclara para que así sea hermosa la generación casta con claridad, donde Sant Crisóstomo dice: Ninguna cosa hace así clara la vida como el amor.

Lo último que comenzamos á decir que hay en este paraíso del amor es el don de la sutileza, para penetrar sin empedimento de cosa que lo estorve; porque como el amor tenga por oficio juntar los que se aman, unas veces nos lleva al amado y otras nos lo trae ligeramente, sirviéndose para esto del dote de la sotileza que tiene; ca sabe que no puede ser detenido de cosa alguna que lo impida, porque, según dice Sant Hierónimo, el amor no toma por remedio para cesar la dificultad que halla, ca siempre cree hallar lo que busca donde quiera que esté, y esto por la sotileza suya; ca, según se dice, el espíritu de la inteligencia, que es el amor, es sotil y tanto como la glosa declara, que ninguna cosa hay más que él; en tal manera que, según otra glosa dice, penetre todas las cosas con su virtud; traspase todos los dones hasta venir al dador dellos, que es Dios, entre cuyos abrazos reposa.

Pues tanta es la excelencia del amor, con mucha razón dice dél nuestra letra: Referir y sacar deves de toda cosa el amor.

CAPÍTULO IV

En que se comienza á declarar la presente letra.

Como el fundamento deste ejercicio sea el amor de Dios, sin el cual no nos podemos enteramente recoger á él, cosa necesaria es que pongamos todo nuestro estudio en acrecentar este amor, para que así nos podamos fácilmente, no sólo recoger, mas encerrar en Dios; contemplando la universidad de las criaturas para amar en todas ellas á Dios, no se distrae hombre, porque más de verdad contempla en ellas á Dios que á ellas mesmas; y esta contemplación no se hace con muchos pensamientos, sino con muchas afecciones y con un querer bien á Dios por cualquiera cosita que crió, pues que la hizo para ser en ella honrado y glorificado; la cual honra é glorificación no es otra cosa sino amor.

Entonces adoras y bendices, confiesas y sobreensalzas, glorificas y honras, alabas y engrandeces, subes y acatas, obedeces y magnificas, ánima mía, á tu Dios y Señor, cuando lo amas y quieres bien por ser tan bueno é dignísimo como es; lo cual deves hacer por todas las cosas que crió y por cada una dellas, reduciéndolas á El más con las entrañas y con la amorosa voluntad que con el entendimiento; y desta manera, cumpliendo el consejo de nuestra letra, volverás todo lo que vieres al principio do salió, y por la manera que salió, que fué poderoso amor; no se te haga de mal amar en cada cosa á Dios, mirándola como don enviado á ti de su mano; pues que si tuvieses un amigo que te hoviese dado muchos dones, por cada uno dellos, cuando lo vieses, lo amarías singularmente, refiriendo cada cosa por sí al que te la dió, y sacando della amor para la pagar; lo cual aun no basta para con los hombres, porque nuestros bienhechores tienen también necesidad de nosotros para que los socorramos en otra cosa; y así se va disminuyendo la primera obligación de amar los que primero teníamos satisfacción en otras dádivas ó servicios ó pagas, según que cada día acaece.

No es desta manera en respecto de nuestro Dios; porque en ninguna cosa tiene de nosotros necesidad, ni le podemos dar cosa que primero no hayamos dél recebido, y por esto nunca se desminuye en nosotros la obligación de lo amar, antes crece más de cada día; donde, pues que en solo amor é no sin él podemos pagar las continuas mercedes que nunca cesamos de recebir, necesario es buscar forma cómo lo multipliquemos.

Ninguna cosa nos da Nuestro Señor Dios sin que con ella venga algún amor, que se da con cada cosa y es principio de todos los dones; donde no sólo somos obligados á las cosas que recebimos, sino también al amor que con ellas nos es dado; el cual es de más estima que todas ellas; y por tanto, según nuestra letra dice, deves referir y sacar de toda cosa el amor, parando mientes al amor como á merced por sí, á la cual singularmente debemos corresponder con especial amor.

Si yendo á la plaza no te dan muchas cosas por un precio, mas cada cual te hace pagar por sí, cuánto más deves dar á tu Señor Dios siquiera singular amor por cada una de las mercedes que te hace? Si tuvieses mucho amor, podrías olvidar en alguna manera las cosas y amar solamente el amor de Dios con que te son dadas, pues que es tan precioso que devría bastar para nos forzar para que siempre lo amásemos; empero, pues está amortiguado en nos el amor, añadamos en él la leña de sus dones para que arda, considerándolos como medios congruentísimos para amar por ellos al dador dellos; porque desta manera, según dice Sant Bernardo, todavía sale perfecto el amor cuando amamos por el don al dador, no parando en el mesmo don.

Digo que en cada misterio y obra de Dios te vayas luego al amor, no pensando tanto la obra cuanto el amor de que procede; lo cual entenderás mejor si miras cómo solemos notar la malicia que nuestros enemigos tienen haciéndonos mal, á la cual paramos mientes más que á la obra, y por el contrario solemos tener en mucho los servicios de los pobres que nos aman, mirando la afición dellos, la cual deves mirar y notar en Dios como aquel que decía (I Joa., III a): Mirad que tal claridad nos dió el Padre, que nos diga hijos de Dios, y lo seamos.

Aunque pueda nuestra industria con uso de avisado ejercicio amar y querer bien á Dios por cada una de las cosas que crió, usando della como de escalón para sobir al amor del Señor, holgándonos y agradándonos por haver criado Nuestro Señor cada yervecica y dotándola de singular gracia; en la cual nos deleitamos consintiendo de corazón y deseo

en la gloria infinita que de allí á Dios se le sigue, pues que se mostró en aquello infinitamente poderoso é sabio é bueno, de lo cual tomamos agradamiento, queriendo enteramente que sea así dado á Dios lo que es suyo, esto es, el amor é bien querer que consiste en desearle todo el bien que tiene con tanta afección que si no lo tuviera nosotros se lo diéramos podiéndolo hacer é teniéndolo á mano. Y queremos tanto que lo tenga, que no paramos mientes por entonces que lo tenía, sino que agora lo tiene, en lo cual nos agradamos además. Aunque desta manera podamos amar á Dios cuasi cada momento, y merecer cuasi cada punto grande gloria, pues la voluntad bien dispuesta puede en instante producir amor muy merecedor de gracia é de gloria, según las leyes de Dios, otra manera empero hay de amar á Dios en toda cosa, la cual apenas se puede explicar por lengua humana, aunque se pueda sentir del regalado corazón, que con gran fervor é bollicio inquieto produce de sí ardentísimo amor con todas sus fuerzas, como fuente biva, que bulle y lanza en alto su agua.

Esto es una cosa soberana y celestial que no alcanzan sino aquellos que en todas las cosas oyen á Dios que les pregunta si lo aman y lo sienten, tan cobdicioso y deseoso de nuestro amor, que parece morir por ser amado y haver criado todas las cosas á este fin, y no demandar otra cosa por todo lo que hizo sino el amor, y no mantenerse de otra cosa sino de amor, perdonando solamente por ser amado todas las ofensas por grandes que hayan sido, con tanto olvido dellas como si no hovieran pasado, y todo esto porque los que eran enemigos no tarden en amar, á los cuales El ruega con el perdón si lo quieren recebir, por no carecer de ser amado, para lo cual nunca cesa de hacer mercedes, porque nunca cese de recebir amor, con solo el cual paresce amansarse la llama infinita que continuamente arde en él, para que como de nuevo comience á nos amar, como si nuestro amor fuese agua bendita que enciende la fragua perdurable de su caridad.

Para que podamos haver algo de aqueste soberano amor que da Dios, con que lo amen sus muy estrechos amigos, es menester que todo ese poco amor que tenemos lo pongamos en solo El, por que más presto nos trasformemos en su santo amor; á lo cual induce mucho esta letra; donde has de saber que, según dice el filósofo, toda virtud unida é ayuntada es más fuerte que si estuviese desparcida é derramada; como parece en la fortaleza de los apóstoles, que estando en la cena juntos era tanta, que cada uno decía que havía de morir con el Señor (Mat., XXVI d); mas de que cada uno se derramó por su cabo, no tuvo vigor la fortaleza dellos.

La virtud ó fuerza de la criatura racional es el amor; ca tanto tienes de virtud cuanto tienes de amor, é no más; en tal manera, que no te dará Dios tres blancas por todo cuanto tienes, si falta el amor, aunque sea tuyo todo el mundo, ca escripto está (Eccles., XXVI a): Que es mejor uno que teme á Dios que no mil hijos malos. Donde Sant Bernardo dice: La cuantidad de cualquier ánima se estima por la medida de la caridad que tiene; en tal manera que la que tuviere mucho de caridad sea grande, é la que poco pequeña, y la que no tiene nada no sea nada; ca dice el Apóstol: Si no tuviere caridad no soy nada. Pues que este amor caritativo es la virtud que algo vale en nosotros y seamos por mandamiento obligados de amar á Dios con toda nuestra virtud, razón es que, pues tenemos derramado el amor por todas las cosas humanas, lo retraigamos y recabemos juntándolo todo para que paguemos con él á Dios.

CAPÍTULO V

En que se prosigue la declaración de esta letra.

Aquel cumpliría bien esta letra que amase todas las cosas que ama por más amar al Señor dellas, enderezándolas á este fin é huyendo de amar cosas que á esto no puedan ser reducidas. Aquel saca de todas las cosas el amor de Dios que compara el amor á todas las cosas criadas que ve, contemplando cómo el amor es tierra espiritual y bendita que nos sustenta, de cuyo fructo bivimos, y es el agua que nos refresca y mata la sed de nuestro deseo, criando como pececicos sanctos pensamientos. Es también aire que nos da resuello de vida y nos ayuda para que bolemos á Dios. Es también el amor fuego donde se cría la salamandria de la caridad, que fuera dél muere.

O amor dichoso, que tú eres áncora de nuestra esperanza, que nos afirmas en Dios como en puerto seguro, aunque andamos en

el mar tempestuoso desta vida. Tú eres váculo pastoral con que nos defendemos de los lobos infernales é pasamos á los pasos peligrosos desta vida, é sustentamos nuestra vejez é flaqueza. Tú eres comunicación del Espíritu Sancto, con la cual da cuanto tiene, y hace que asimesmo se traspase en nuestras ánimas. Tú eres un don entregerido en los otros dones, ca primero eres dado de Dios que otra cosa alguna. Tú eres estrella de la mañana en medio de la niebla de nuestra carne mortal, que primero eres tomado en cuenta que otros ningunos servicios. Tú eres fuego enviado del cielo para inflamar los corazones sacrificados á Dios. Tú eres gusto con que gozosamente se comienzan á sentir las cosas celestiales. Tú eres henchimiento de la ley que hartas á Dios y á los hombres. Tú eres yugo muy suave del Señor y carga que más alivias que reprimes. Tú eres solo el que á Dios nos haces carísimos, aunque sin ti seamos nada. Tú eres lavatorio de Siloe, donde se han de lavar todas nuestras ofrendas para que pierdan las manchas nuestras justicias. Tú eres muerte preciosa de los sanctos, que haces morir en el Señor, que es vida perdurable, para que resucitemos otros de los que antes éramos, como el ave Fénix, que para renacer muere con fuego. Tú eres nieve muy blanca que cae del cielo sobre los montes altos, que son los contemplativos, para resfriar en ellos todas las pasiones carnales que los escurescen. Tú eres olio de alegría con que se han de ungir los cristianos de Dios, mitigador de las llagas que reciben. Tú eres perdón general que plenariamente absuelves todos los pecadores donde moras, y á los apóstoles perdonaste hecho y por hacer, preservándolos con gracia de no poder más pecar motalmente. Tú eres quietud que aplacas las querellas de los hijos de Israel y de Dios. Tú eres raíz de Jesé (Esa., LXIII d), de do brotan todos los bienes que prendes en la tierra del buen corazón; y eres redempción del género humano, porque escripto está que en su amor nos redimió el Hijo de Dios. Tú eres sueño de maravillosa contemplación, que das por almohada el pecho de Dios, y tanto más haces velar lo dentro cuanto más duerme lo de fuera, causando gran asosiego, como dice Job (Job, XXXVIII d) en los cánticos del cielo, que son los sanctos pensamientos, para que sin ruido venga Dios. Tú eres túnica de hermosura hasta en pies que abrigas nuestro frío, cubres nuestra desnudez y nos adornas maravillosamente sin te dejar partir, ca no se pierde poco á poco la caridad, sino toda junta. Tú eres vía del Señor que has de ser enderezada á El, según dice Sant Juan (Joan., II c), para que venga á nos por ti como por escalera. Tú eres celo que para nos hacer casa de Dios comes primero y gastas en nosotros todo lo contrario, tomando tú solo la posada en que Dios ha de morar, la cual tú hinchendo, vacías, pues no ocupas lugar, antes cabe más Dios donde quiera que tú moras: más eres ensanchador que ocupador.

Esta declaración desta letra se concluye en que contemples todas las cosas criadas, á fin de sacar dellas amor, pues que el amor que cada cosa tiene á sí mesma la conserva; empero, porque el hombre tiene más noble sér que todas las cosas inferiores, ha menester más noble amor para lo conservar que el propio; y por esto deve buscar el de Dios, que conserva hasta hoy y para siempre la orden del cielo, cuya razón se pone en la tierra cuando somos del mesmo amor regidos.

Item, deves sacar amor de todas las cosas que Dios obró contigo, é ha de obrar dende la predestinación hasta te poner en su gloria, pensando que sólo el amor de Dios movió á su Majestad á te elegir antes de los siglos, más á ti que á otros muchos que están condenados.

Y que tú estés predestinado de la voluntad de Dios que determina los que han de ir á la gloria bien lo puedes ver, pues que te ha llamado; ca, según dice Sant Pablo (Romanos, VIII f), Dios llamó á los que predestinó, por lo cual lo deves singularmente amar y dejarlo hacer; y esto digo por que no te metas en cuestiones que no te conviene; bastar deve á ti tan gran señal como tienes de su predestinación, pues te ha llamado á su religión cristiana, donde ningún otro cargo has de tener sino solicitar, como dice Sant Pedro (II Pet., I b), por buenas obras que hagas cierta tu vocación, porque ninguna cosa aprovecha llamarte si tú no quieres ir con pasos de buenas obras.

Grandísima industria es é admirable documento saltar luego al amor, cuando quiera que pensamos algún beneficio que Dios nos ha hecho, pues que es manantial El de todas las gracias que nos ha dado; y aun los azotes

con que nos castiga no proceden de otra fuente sino de amor; lo cual si pensásemos sería causa que los recebiésemos con amor, pues ellos de amor proceden.

No duele tanto el cauterio de fuego al niño cuando ve que se lo da su padre, que mira bien lo que hace, con deseo de su salud é no con aborrescimiento vengativo. Con vara florida nos castiga Dios por que florezcamos en virtud, y que sale de la raíz de Jesé, que quiere decir encendimiento (Esa., II a), porque encendido está en amor y no en ira cuando castiga los suyos; donde Sant Cipriano dice hablando de Cristo: Amado del Padre nos ama sin razón; de su voluntad nos dió el beneficio de su visitación; graciosamente nos curó é sanó y nos galardonó con libertad; aun á los ingratos sigue este amor y tórnalos á llamar; ni aborrece cuando corrige é azota; hasta la muerte trajo el amor á Cristo, y resucitando de entre los muertos tiene amados á los que tanta afección de caridad muestra.

Bien sacava de todas las cosas amor el bienaventurado Sant Augustín, pues decía al Señor: Heriste, Señor, con tu amor mi corazón, y améte yo; mas el cielo y la tierra é todas los cosas que están en ellos mira que de toda parte me dicen que te ame, ni lo cesan de decir á todos, por que sean inexcusables.

Pues que á todos nos dicen todas las cosas que amemos á Dios, con mucha razón devemos sacar dellas amor para lo referir al que por amor nos las dió, creyendo que no son todas las cosas criadas sino dones que nos dió el Señor para encender en nosotros su sancto amor.

Para sacar el hombre amor de todas las cosas criadas é oir la boz secreta con que nos dicen que amemos á Dios, habíamoslas de mirar con tan castos é piadosos ojos como son los de la esposa fiel, que mira las joyas que le son dadas para despertar en sí mesma el amor del que se las dió, viendo en ellas más verdaderamente al dador que á las mesmas joyas. Según lo cual me parece á mí que todas las cosas criadas son impresas de amor que da Dios á las ánimas devotas por que mediante ellas se acuerden de mas lo amar. Y esto se le hacía tan claro é manifiesto á Sant Augustín, que dice ser todos los hombres inexcusables, pues que á todos dan todas las cosas boces que amen á Dios, aunque todos no tienen igualmente aparejados los oídos del corazón, que son el entendimiento y la voluntad: el primero es para referir, y el segundo para sacar amor de todas las cosas, como sustancia y virtud dellas, para esfuerzo del corazón fiel.

Recoge, pues, tu amor como el mercader que haviendo de ir á la feria recoge su dinero para traer más mercadería; pues tenemos poco amor, no lo tengamos repartido en cosas diversas; sino cada vez que lo sintiéremos inclinado á cosa que Dios no sea, hagamos fuerza para lo retraer y poner en Dios, si queremos cumplir el consejo del Apóstol, que dice (I Cor., V e) que usemos deste mundo como si no usásemos dél, y los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen.

En gran manera deve el hombre ser solícito en derraigar el amor de las cosas que posee para lo poner en Dios, aunque amarlas no sea contra el mandamiento. Es empero consejo muy saludable cortar y derraigar de todos el amor, para lo plantar y poner en el Señor, porque aunque El se pueda amar junto con otra cosa que se ame por El, mejor sería que se amase El solo, echando totalmente en el amor que teníamos en lo que con El amávamos; conforme á lo cual dejan muchos las cosas del mundo, no porque ellas de sí son malas, sino por que no impidan el amor de Dios, que es muy celoso é no quiere que amemos cosa mucho, y esto por que no nos detengamos en el camino con Marta.

El cómo se ha de quitar el amor de las cosas que el hombre tiene y ponerlo en Dios, confieso que no lo sé decir, porque entonces parece que está el corazón enajenado y como fuera de sí puesto en otra cosa que lo tiene robado el sentido, y no para mientes cómo le vino aquel descuido de sí mismo y aquel trasportamiento tan secreto al principio cuando comenzó á sentirlo, ca parecía ser don infuso que prende más que no prepara fuerza, pues que no lo tiene siempre á la mano para cada vez que quieres gozar dello.

No solamente el amor de Dios ordena todo el otro amor, mas también le apura y le quita mucha escoria y pasión de que se ha menester alimpiar; así que, creciendo el amor de Dios, todo el otro amor se amansa é calla, no dando la pena é fatiga que solía; é aunque parece estar tibio el amor natural, no por eso se pierde, aunque se templa y adormece para dar voces de que no prevalezca tanto el amor de Dios.

Ninguna cosa saben bien amar los que no aman á Dios ni han gustado qué cosa es amor que satisfaga el corazón; porque todo el otro amor es pasión y tormento, y el de Dios es refrigerio y descanso; el cual comenzamos á tener apuradamente cuando sentimos que no nos da pena otra cosa alguna, ca ninguna cosa que acaezca al justo lo deve contristar.

CAPÍTULO VI

De cómo los justos sacan aun de las virtudes el amor.

Poca cosa es á los que quieren ser perfectos sacar de las cosas ya dichas el amor, pues que no alcanzarán la cumbre de la perfección hasta que saquen el amor de las mesmas virtudes que obran y lo pongan en Dios para que bivan en solo amor, como la palomica que sale del gusano de la seda al fin de su obra, la cual se mantiene de solo amor, no se curando de otra cosa alguna.

Apenas se puede en muchas palabras entender este punto, y aun los obradores dél apenas miran en ello cuando lo obran; ca por la atención grande que al amar ponen no paran mientes á las otras virtudes que hacen, porque todo les paresce poco sin amor.

Los principantes ponen gran vehemencia en callar y ayunar y rezar y andar mal vestidos; mas los perfectos en tal manera obran esto, que no ponen en ello su afección, ni lo echan de ver, por mirar á solo el amor, que es más alto, según lo cual decía una persona espiritual que era pequeña parte de la perfección ver el hombre que obrava obras de virtud.

Si fuesen dos hombres que bolasen, y el uno sin se detener ni mirar á lo bajo bolase en alto, y el otro alzándose de tierra abajase los ojos parando mucho mientes en el espacio que havía bolado, é tanteándolo en su memoria se ocupase algo en lo de dentro, claro está que sería en esto menos perfecto que no el otro, que mirando adelante solamente echa de ver lo que le queda por bolar y no cura de lo que ha bolado.

El que quisiere pensar bien en este ejemplo verá cómo ha de sacar el amor de las virtudes y ponerlo en el alto Dios, al cual bolamos; porque el filósofo tomava por fin suyo la mesma virtud; mas el cristiano solamente lo toma por instrumento para venir al perfecto amor de Dios, y no busca las virtudes por el placer que hay en solas ellas, sino porque sin ellas no puede alcanzar el perfecto amor de Dios, que es nuestro fin.

Estas cosas que hemos dicho quiso sentir el bienaventurado Sant Hierónimo cuando sobre Ecequiel dice (Ece., XXVIII b), hablando de las piedras preciosas con que estava adornado el rey de Tiro, que según la glosa ordinaria son virtudes entendidas en espíritu, de las cuales dice este doctor: Aquestas son las margaritas de los profetas y de los apóstoles, que todas se venden para que se compre la preciosa margarita que tiene siete ojos; esto es, las siete gracias del Espíritu Sancto. No dice aquí este doctor que se han de vender las virtudes por que las hemos de lanzar de nosotros, como decían los Begardos; sino que para alcanzar la perfecta caridad hemos de quitar dellas el amor y ponerlo en Dios, que es más precioso que toda virtud; así que poseyéndolas á ellas pongamos los ojos del corazón en el solo amor de su Majestad.

Hay algunos que se paran á contar por menudo las fatigas y trabajos que padescen en la religión, y aun á mí me han dicho que no es posible que Dios dé dos infiernos á los frailes: uno en este mundo por la áspera vida que sufren, así en el comer como en el vestir y calzar y dormir y hacer siempre voluntad ajena, y no tener día á su entera voluntad, trayendo mientras biven á cuestas el yugo áspero de la obediencia, que pesa mucho si lo pone algún mal mirado.

A estas cosas que uno me relató respondí: Muy bien decís si Dios Nuestro Señor comenzase por ahí, tomando primero en cuenta eso que vos habéis contado primero; mas no comienza El por lo de fuera, sino por lo de dentro, y aun en lo interior primero habla con el corazón, y en el corazón lo primero que mira de las cuatro pasiones dél es el amor, ca según está escripto (Ece., VIII c), El manda que comiencen dende su sanctuario, que es el corazón, en el cual mora El por amor; y por allí comienza á juzgarnos, tomando después en cuenta todo eso que havéis dicho si del tal amor procede, el cual si falta todo es perdido; ca, según dice Sant Gregorio, ninguna verdura tiene ni frescor el ramo de la buena obra si no se enjere en la raíz de la caridad.

Item, devemos sacar amor de los pecados que hemos hecho, pesándonos dellos por el amor de Dios que allí se quebró, y porque

pasó aquel tiempo sin amor al Señor que tanto nos ama, el cual para que le amemos nos espera á penitencia.

Aun del infierno podemos sacar amor, pesándonos más de la falta del amor de Dios que tienen los que están allá que de las penas que sufren, y por esto principalmente lo huyamos.

Podemos también sacar de toda cosa el amor, si tanto más la amamos cuanto más se compadesce el amor de Dios con su amor, teniendo objecto á no admitir cosa alguna que nos impida el amor, y darnos más á lo que más induce al puro amor del Señor, obrando siempre por más amar y ser más agradables á su Majestad.

Los que bien miran en ello dicen que el amor es como fiel ó lengüeta del peso, que es nuestro corazón; y este fiel, que es el amor, si es verdadero, no se deve inclinar más á las tribulaciones que á las consolaciones, mas hacer á todas buen rostro y á todas llamallas mercedes del Señor; aunque de verdad, si el amor es verdadero, de mejor voluntad se ha de inclinar á las tribulaciones que á las consolaciones, porque es cosa más segura en este mundo padecer que gozar; y el amor más fiel se muestra padesciendo que gozando, como el caballero, que en la pelea muestra quién es y no paseándose entre las damas.

Cuando Dios nos da consolaciones muestra que nos ama, y cuando nos da tribulaciones quiere ver si lo amamos; y por esto es sano consejo recebir todas las cosas de Dios para sacar dellas el amor, esto es, pensar que son pruevas en que el Señor quiere que se prueve nuestro amor; y desta manera, cuando nos consuela pensamos que nos da el gusto para ver si nos aproximaremos más al don que al dador, y que su intención es para que más lo amemos.

Y no sólo deves de tus obras sacar amor, mas también de las ajenas, amando al Señor en los bienes de los otros; ca el amor es como aveja, que de toda flor saca miel para su colmena; y así el amor, con sólo agradarse y tomar complacencia en el bien ajeno lo hace suyo, y como proprio sacrificio lo ofrece al Señor. Donde Sant Gregorio dice: Nuestros son aun los bienes que no podemos imitar, mas amámoslos en los otros; y también son hechos de los amadores los bienes que en nosotros son amados; y de aquí deven los envidiosos pensar de cuánta virtud es la caridad, que hace nuestros sin nuestro trabajo los trabajos ajenos. Sin trabajo y sin temor nos hace el amor poseer los bienes ajenos, porque en nuestros bienes siempre tenemos la vanagloria, lo cual no acaesce en los ajenos; y no deve alguno dejar de creer que el amar las buenas obras en los otros nos hace señores dellas, pues que el amar los pecados ajenos nos constituye pecadores.

También es cosa de mucha utilidad pensar que todas las cosas que los otros hacen, si no son manifiestamente malas, proceden de amor de Dios, para que así de toda cosa saquemos amor, porque, según dice Sant Dionisio, todas las cosas que hace Nuestro Señor Dios, así con los buenos como con los malos, las convierte al amor de su Majestad; y nosotros hemos de hacer lo mesmo en cuanto fuere posible, contemplando en todas las cosas, como nuestra letra dice, el amor.

Puedes también sacar el amor de Dios de todo parentesco y de todo oficio; ca, si bien miras en ello, el amor de Dios es tu padre y tu madre y tu hermano y tu pariente y tu perfecto amigo, pues te hace mejores obras que todos éstos, y El guarda los hombres, y anuncia cosas grandes, y tiene cuidado de los príncipes, y reprime las potestades de los demonios mejor que cualquiera de los ángeles, cuyos oficios ejercita.

Item, puedes sacar por otra vía de todas las virtudes el amor si lo contemplas en ellas, ca El ayuna con la abstinencia, y es casto con la virginidad, y dadivoso con la largueza, y así ejercita por una manera espiritual lo que las otras virtudes.

Item, deves sacar amor de todas las cosas, referiendo á ti las mercedes hechas, ó á otras con las cuales te deves alegrar, pues son hechas por los que son miembros de Cristo que también es cabeza tuya; ca como se alegran los ojos en su manera de ver calzados los pies y adornados los otros, y la boca hace por ello gracias, te deves gozas con el bien de todos, y pensar que lo recibes tú y que eres por El deudor de amor á tu Señor Dios, que con sólo amor quiere ser pagado. Conforme á esto dice Sant Crisóstomo: Esta es afición de siervo fiel, que los beneficios de su Señor, que comúnmente son dados á todos, los repute y tenga como si á él solo fuesen concedidos, y como si él fuese deudor de todos y por todos él solo fuese obligado.

Puédese también la presente letra ejercitar muy dulcemente si cada vez que viéremos alguna falta en los terrenos amigos bolvemos á Dios nuestro pensamiento á considerar cómo en El nunca hallamos la tal falta ni menoscabo de amor que hallamos en los hombres; y en el tal pensamiento devemos ablandar el corazón con hacimiento de gracias á nuestro muy fiel amigo y Señor, que jamás nos faltó ni faltará; en tal manera que pensar esto sea como una confirmación de nuestro amor á Dios, añadiendo como nuevo nudo á los lazos de la caridad que antes con El teníamos; y como estas faltas que en el amor de los hombres hallamos sean muchas, también muchas veces nos podremos tornar mediante ellas á Dios, para de nuevo lo amar. Y desta manera, por la frecuentación repetida del amor, se arraigará en nosotros y se hará más intenso el hábito y costumbre de amar al muy amable Dios nuestro, cuyo amor hallaremos incluído en todas las cosas; porque si en todas es de bendecir, también en todas es de amar.

Cada cosa que viésemos havía de ser estrella que por amor guiase las tres potencias del ánima á Dios, y toda cosa se deve referir al amor de Dios, pues que el amor suyo les dió ser á todas; ca con sólo amar que fuesen las crió para que lo amasen. Ningún sonido llegue á los oídos del amigo ferviente que no remueve en el amor, porque cada campana y cada instrumento y cada canto que oye piensa que le dice de parte de Dios: Yo amo los que me aman. No sólo de las criaturas, mas del amor que les tenemos podemos sacar amor; desta manera: Viénete al pensamiento que Fulano te ama y te hizo tal beneficio, é dice bien de ti, ó te desea ver; entonces de suyo sale el amor á regradescer aquello y pagarlo; mas si tú quieres ser avisado, buelve la consideración á Cristo, aplicándole señaladamente aquella causa que movió tu amor; y como Cristo sea á nosotros todas las cosas, imposible es no hallar en El mejor que en otro lo que nos despierte el amor.

Esto que he dicho has de notar mucho si quieres aprovechar. Aun de los pecados ajenos podíamos sacar amor y causas de amar; porque si el mundano ama su amiga, por qué no amaré yo la mía, que es la divina sabiduría? Si aquel por el sancto amor que lo convida se deleita en cosas pésimas, por qué yo no me alegraré en cosas sanctísimas?

Desque miro á la diestra y á la siniestra, delante y atrás, lo alto y lo bajo, hallo ser muy verdadero aquello de Ricardo que dice: Sin dubda que el entero amor de Dios donde quiera que se buelve halla familiar amonestación de amor; de las cosas que ve hace espejos, y de todo le resulta la memoria de su amador; mira todo lo que crió, y á qué fin, y en todo no tan admirable cuan amable le ocurre á Dios; y por las arras del amor que antes le dió juzga sabiamente cuán grandes sean las cosas que le guarda para dote principal.

De la diestra y de la siniestra sacaremos amor, si conocemos que la prosperidad y adversidad son espuelas que nos pone Dios para que corramos más de ligero la carrera de su amor. De lo trasero y delantero sacas amor cuando, por ver el tiempo pasado mal aprovechado, y el porvenir incierto y breve, te esfuerzas á redimir lo que de la vida queda con más fervor. De lo bajo y de lo alto sacas amor cuanto te sirves de la vida activa y contemplativa para te provar si amas, y los pecadores te son cautela y los justos ejemplo.

CAPÍTULO VII

Cómo has de sacar amor de la Escriptura Sagrada.

La cosa de que más hemos de referir y sacar el amor es la Sagrada Escriptura, la cual como sea por el Espíritu Santo, que es amor, inspirada y notada, contiene en sí no pequeño amor; y por que aquí demos algún ejemplo desto, por el cual en las otras cosas te puedas seguir, comencemos á sacar y referir al amor á que llamas necesaria Escriptura, que fué con el dedo de Dios, que es el Espíritu Sancto, escripta. Y llamo más necesaria escriptura los mandamientos de Dios (*Expri. de calogi*), porque la guarda dellos es la que más obliga al cristiano; donde para la espiritual y amorosa declaración dellos, según este sentido que aquí entiendo apuntar, has de saber que aunque no quienquiera que quebranta un mandamiento de Dios cometa diez pecados mortales; pero si queremos entender con amor inmenso la ley de Dios, hallaremos que quien le ofende en el primer mandamiento es en alguna manera culpado en todo, según dice Santiago; porque quien á Dios de todo su corazón y fuerzas no ama sobre todas las

cosas, su sancto nombre tiene en vano, pues quebranta la profesión que tomó en el baptismo y todos los otros votos que para más amar á Dios ha hecho; y tiene nombre cristiano vanamente, pues carece de las obras, y aun su ánima recibió en vano cuando en el baptismo se le dieron, pues que no la emplea en el fin para que la criaron.

Quien á Dios no ama no sanctifica las fiestas, ni sabe qué cosa es día de holgar, porque en sólo Dios se halla por amor la verdadera holganza y reposo; y las fiestas que con amor de Dios no se celebran, escarnecidas son por los enemigos.

Item, quien á Dios no ama, no sabe qué cosa es honrar al padre y á la madre, porque sólo aquel más verdaderamente los honra que cumple la intención que fueron obligados á tener cuando los engendraron, qne fuè engendrar una criatura para que amase y poseyese á Dios.

Item, quien á Dios no ama, no solamente mata su ánima, mas cuando es de su parte se priva de la vida temporal, haciéndose indigno della; é si se la dan, es por la gran misericordia de Dios, que lo espera para que se convierta á lo amar. Y de aquí es lo que se escrive en las Lamentaciones: grandes misericordias de Dios en no nos haver consumido y aniquilado.

Item, quien á Dios no ama gran ladrón es, porque ningún señor hay en la tierra que con tanta justicia pueda pedir una cosa por suya como Dios puede pedir el corazón; ca El lo hizo para sí y dió el suyo por el nuestro, y El lo redimió, y lo pide y veda que se dé á otro; mas el que no lo ama, quitáselo.

Item, quien á Dios no ama cuanto al siguiente mandamiento, por ese mesmo caso está en espiritual fornicación, apartando su ánima de aquel que por fe la desposó consigo en el baptismo.

Item, quien á Dios no ama, falso testimonio levanta contra sí, en cuanto en lo de fuera se muestra cristiano y tiene con los fieles comunicación; y por eso es reputado fiel, aunque en hecho de verdad él no ha guardado fidelidad á su Dios, pues que su ánima se ha olvidado del pacto de su Dios, que es el continuo amor que ha de haver entre vos y El, donde no de balde dijo un sabio que el pecador hacía consigo trampantojos á cuantos lo miravan, mostrando de fuera una cosa y teniendo de dentro otra muy contraria á lo que de fuera parece.

Item, cuanto al siguiente mandamiento, quien á Dios no ama las mujeres ajenas cobdicia; porque caresciendo de toda firmeza, sigue las imperfecciones y flaquezas ajenas, que en la Escriptura son figuradas por las mujeres.

Item, quien á Dios no ama por fuerza es que, empleando su amor en las cosas del mundo, cobdicie las cosas ajenas; pues que no hay cosas más ajenas de nosotros que aquellas que ni las podemos traer al mundo ni sacarlas dél, ni aun somos poderosos para conservarlas en el mundo.

Podríamos también decir, por el contrario, siguiendo este amoroso sentido que de la Escriptura hemos de sacar, que el amador verdadero de Dios no recibe el nombre de su Majestad en vano, pues que tiene el corazón lleno de amor; y cuanto estuviere más lleno, tanto se recibe en él mejor el santo nombre de Nuestro Señor, al revés de las cosas humanas, que tanto se reciben peor cuanto más lleno está aquello en que caen.

Porque lo que más se usa entre los fieles de toda la Escriptura divina es la oración que compuso Nuestro Señor para que orásemos á su Padre según Él quería ser orado, y según á nosotros nos convenía orar; por tanto quiero aquí también dar en ella ejemplo para que de toda la Escriptura saquemos el amor, referiéndola á este fin. Dice Sant Lucas (Luc., II a), que como el Señor orase en un lugar apartado, esperaron los discípulos que acabase; y como cesó, llegóse uno dellos á El diciendo (Mat., VI b): Señor, enséñanos orar asi como enseñó Juan á sus discípulos. Viendo el Señor cuán justa era la petición, luego la quiso cumplir, avisando primero á sus discípulos brevemente dos cosas: la primera, que orasen en secreto; la segunda, que no multiplicasen palabras en la oración; y por esto les hizo una oración breve diciendo: Así habéis de orar:

Padre nuestro que eres en los cielos, sea sanctificado el tu nombre, venga á nos el tu reino, sea hecha tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Nuestro pan de cada día dánoslo hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos traigáis en tentación, mas líbranos del mal. Amén.

Fácil cosa será sacar amor de pedernales

tan bivos como son estas palabras y todo lo que en ellas acaesció, que sin dubda procedió de soberano amor; ca como Cristo en cuanto Dios no se diga orar, y en cuanto hombre no te pudiese ayudar de la composición corporal, síguese que solamente orava por atraer amorosamente á que sus discípulos hiciesen lo mesmo y se diesen á la oración; donde bien se compara el Señor al águila que provoca sus hijos á bolar reboleando sobre ellos.

Que el Señor no se pudiese ayudar de la disposición corporal, bien parece: lo uno, porque su oración siempre fué tan altísima, que nunca pudo crecer; lo otro, porque á quien el sueño no estorvava no ayudaría estar de rodillas, así que el solo amor lo movía á se mostrar, como principiante que ha menester estar de rodillas; y esto hacia el Señor por que los suyos comenzasen á orar. Y en lo que dice el Evangelista, que cesó de orar, no se ha de entender en lo interior, sino en lo de fuera, en que tomava forma de nuevo, haviéndose en esto como el ama, que saviendo bien hablar se conforma con el niño y no forma bien las palabras, por que así lo pueda enseñar á hablar.

Que el Señor hiciese esto á fin de los enseñar á orar paresce claramente, pues tan presto se asentó en los corazones dellos que sería bien hacer lo mesmo; y siendo bien mirados en esto, esperaron que acabase, y llegándose al Señor dijéronle que hiciese él como Sant Juan. En los enseñar cómo havían de orar demandaron sin dubda lo que el Señor deseava darles, que era forma de oración; en lo cual se muestra la subjeción del amor, que nunca demanda lo que siente querer dar el amado. Y en entreponer á Sant Juan, que quiere decir gracioso, se muestra que el amor verdadero nunca demanda sino á intención de más agradar y mejor servir.

Los que mucho aman á alguno acontesce pedirle lo que saben que tiene deseo de dar; no porque ellos han menester aquello, sino porque saben que su amigo, á quien desean agradar, tiene voluntad de dar aquella cosa; como parece en los que han compuesto alguna obra para todos, á los cuales si amamos por les dar placer, les pedimos aquello, aunque dello no tengamos necesidad.

Desta manera havíamos de hacer con Dios si perfectamente lo amásemos, que más le havíamos de pedir los dones por le agradar que por nos aprovechar; y cada vez que así lo hacemos interponemos por medianero á Sant Juan, como hicieron los apóstoles. En no poner dilación, sino que luego hizo lo que le suplicaron, bien paresce que el amor luego es oído, lo cual denotan las dos cosas de que los avisó primero que los enseñase á orar, porque en les decir que orasen en secreto se muestra que el amor alcanza entrañables y muy singulares dones, y en decirles que no multiplicasen palabras en la oración mostró luego querer dar lo que en breve espacio querría que le demandasen.

CAPÍTULO VIII

En que se declara amorosamente la oración del Pater noster.

Las dos primeras palabras de aquesta sagrada oración presuponen y señalan los dos mandamientos del amor, que son amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mesmos; porque esta palabra Padre bien nos muestra que hemos de amar á Dios, pues nos llamamos y hacemos sus hijos.

Es tanto y tan perfecto el amor que denota esta palabra Padre, que apenas puede ser explicado por lengua humana. Esta palabra nuestro claramente nos induce al amor del prójimo en altísimo grado; pues en ella lo amamos como á nosotros mesmos, haciéndolo nuestro hermano y deseándole á Dios, que es el mayor de los bienes, lo cual pondera mucho Sant Cipriano, diciendo: Antes de todas las cosas el doctor de la paz y el maestro de la unidad no quiso que singularmente se hiciese oración, para que cuando uno ruega ruegue solamente por sí; ca no decimos: Padre mío que eres en los cielos, ni dame á mí mi pan, ni cada uno demanda ser solamente perdonado él; ca publica es á nosotros y común la oración, y cuando oramos, no por uno sino por todo el pueblo oramos, porque todo el pueblo somos uno. El Dios de la paz é maestro de la concordia que enseñó la unidad, así quiso El que orase uno por todos, como El en sí mesmo, que era uno, los llevó á todos.

Grandísimo es el amor que denotan estas dos palabras: Padre nuestro; empero, por evitar prolijidad, pasemos á las siguientes, que dicen el Señor estar en los cielos, que son los amadores de su Majestad, cuya conversación es en los cielos por alteza de vida; y que el Señor esté muy de reposo en estos cielos que

cuentan su gloria, allende de lo mostrar El, diciendo que el cielo es su silla, y el ánima del justo es silla de la sabiduría, parece en otra parte, do la Escriptura dice: El Espíritu del Señor adornó los cielos, y el Espíritu Sancto adorna los amadores con más virtudes que estrellas hay en el cielo. Con solamente morar en ellos, El los rige como altísima inteligencia, dándoles vuelta redonda para que vuelvan al mesmo Señor que los mueve.

Por que veas cómo las grandes peticiones que contiene esta brevísima oración todas denotan cómo deven saber que el fiel siervo de Dios todas las obras y plegarias ordena á más y más crescer en amor; y desta manera refiere todas las cosas al amor, el cual como fructo saca de todas ellas. Y según esto demanda esta primera petición que sea sanctificado el nombre de Dios; el cual como tenga muchos nombres, el principal es amor; y digo que el principal nombre de Dios es amor, porque el mesmo Dios es caridad, que quiere decir amor. Demandar que sea sanctificado quiere decir sin tierra; y repetir cada día esta petición será suplicar que cada día se vaya más y más apurando el amor suyo en nosotros, porque escripto está que el sancto sea aun más sanctificado, para que así sea el amor de Dios purgado de la tierra, purgado siete é muchas veces. Así que suplicar como Padre celestial que sanctifique en nosotros su nombre es pedirle que haga en nosotros celestial y más puro su amor, de cada día más, enviando como otro Job á sus hijos cada vez nueva sanctificación para que crezcan nuestros gozos.

Porque la pureza del amor de Dios en este mundo apenas se alcanza, suplica el ánima fiel en la segunda petición que venga á ella el reino de los cielos, porque allí estará muy perfectísimo y apurado al amor. Y no es de maravillar que el amador de Dios desee morir, porque el amor importuno replica muchas veces aquella su voz que dice: Deseo ser desatado y ser con Cristo. No se desea la muerte, sino el reino de los cielos, que sin ella no puede venir por entero; ni desea ser desatado, sino por ser con Cristo, lo cual hace el sabio amor por martirizar los amadores; ca el tal desatamiento ó muerte, por ser con Cristo, es martirio de amor, que nos mata por ser con Cristo; así como Cristo mató por ser con nosotros, ca por no dejarnos murió.

Cuando el amor no puede alcanzar esto añade la tercera petición, diciendo: Sea hecha, Señor, tu voluntad ansí en la tierra como en el cielo. Este es *fiat* de la Virgen, en que consiste la suma perfección del amor, cuyo fin es conformarnos por entero en todas las cosas adversas y prósperas al amado con entero corazón; no solamente sufriendo en paciencia cualquier cosa que se ofresciere con entera conformidad, sino rogar nosotros que sea hecho lo que antes no queríamos; de manera que el amor no menos se deleita en lo que Dios hace, al revés de lo que El demanda que se deleitará si se cumpliera lo que primero quería; y esto es lo que se concluye en esta petición tercera, que demanda entera conformidad y alegría de la sensualidad, que es la tierra, con la razón, que es el cielo; porque en los justos no solamente la razón, que es el cielo, ha de hacer la voluntad de Dios, gozándose porque se hace lo que él quiere, mas la carne no ha de murmurar, aunque á ella venga perjuicio, lo cual acaba el amor de Dios purísimo, conforme á lo cual dice Sant Ambrosio: Entonces se enfortalece el hombre con consolación cuando la carne y el ánima no desean cosas diversas; mas desean una cosa, y una cosa buscan, y por tanto tienen atención á lo que dice: Yo y el Padre una cosa somos; y estos ojos, que son el deseo del ánima y el de la carne, se confiesan ser una cosa, porque usan de un mesmo deseo y oficio.

Pídese también conformidad ansí en la tribulación, que es tierra, como en la consolación, que es cielo.

Nota que en las tres peticiones susodichas se da á entender el amor de los principiantes y el de los aprovechados y el de los perfectos, porque á todos los que comienzan á amar á Dios conviene desear tener puro su amor de la manera ya dicha, y crecer en él; é si esto no tienen, no han comenzado á amar á Dios.

A los aprovechados pertenesce desear ser desatados y que venga el reino de los cielos, que es la segunda petición; y esto para ver al Rey celestial en su hermosura, donde se harte el amor.

Para ver si este deseo procede de amor verdadero, que suelen tener los aprovechantes, hallarse han que es tan firme en el ánima, que ninguna razón humana ni rodeo ni industria ni temor ni cosa del mundo basta para lo quitar; porque después que hayamos dicho

mil razones al que tiene este amor para le provar que no es bien desear morir, responde su corazón, no por palabra, sino por verdadera obra interior, diciendo á Dios: Señor mío, llévame á ti.

Si le decimos que muchas veces desea el navío llegar al puerto por escapar las ondas tempestuosas del mar, y acaesce que no toma bien el puerto, mas dando al traste se hace pedazos; y que desta manera piensan algunos, escapando los trabajos desta vida, tomar seguramente el puerto del cielo, y á las veces da en las rocas de las peñas, á esto responderá el que tuviere tanto amor de Dios, que por El desee la muerte: Imposible es salvarse el hombre por sus proprias fuerzas, mas Dios todo lo suple.

Si le replicamos que por esto ser verdad no deja hombre de ser tenido en las penas de purgatorio, que en algo son á las veces mayores que las del infierno, á esto dice en una palabra que todo se ha de sufrir por ir á Dios, y que florido se deve llamar el camino que lleva á tanto bien, aunque esté lleno de grandes trabajos.

Este amor, ni alguno de aquestos tres, no se puede alcanzar sin especial dón de Dios y gran ejercicio y uso de desarraigar el amor de toda cosa que Dios no sea. Dígolo porque si tienes verdadero deseo de morir para ir á Dios, no pienses que es de tuyo, ca yo pienso ser no posible alcanzarse por industria humana; porque junto con él está una seguridad en el corazón, que no puede el ánima creer otra cosa sino que el Señor mostrará con ella su misericordia.

El tercero amor de los perfectos suele aplacar este deseo, é hace que se sufra la vida en paciencia, y diga el hombre con la tercera petición al Señor: Sea hecha en mí tu voluntad estando en la tierra así como fuera hecha estando en el cielo; porque agora muera, agora biva, de ti soy. Si muriera, no fuera sino para ir á ti; pues bivo, biva para ti. Estos tales no tienen voluntad propria, sino enjerida en la de Dios. Biven ellos, no ya ellos, mas bive en ellos Cristo; é dicen con el mesmo Apóstol (Rom., VIII g): Quién nos ha de apartar de la caridad de Cristo? En más alto y perfecto estado, según dice Orígenes, se hallava cuando decía: Que ni la muerte, ni la vida, ni otra alguna criatura lo apartava de Jesucristo, que no cuando deseava ser desatado para ser con Cristo. Porque si huviese dos cavalleros, el primero que desease entrar á la presencia del rey para estarse siempre allí con él, y el otro estuviese tan aparejado para estar con el rey como para ir á pelear en el campo donde era el rey servido, bien parece ser más perfecto el segundo que el primero.

Por que no piense alguno de los poco virtuosos que ya tiene este tercer amor que conviene á los perfectos, hágole saber que no lo alcanzará verdaderamente si primero no ha gustado algo de los otros; porque las cosas que son de Dios son ordenadas; más incluye este amor que decir: Aparejado estoy para morir y aparejado estoy para bivir; porque allende desto está El tan bivo en el corazón, que totalmente desapropia al hombre de sí mesmo, y ordena todas las obras de las criaturas al servicio bivo del Señor; y por tanto con gran confianza demanda de comer á quien sirve en la cuarta petición, sabiendo que es digno el obrero de su manjar, y dice: Danos hoy nuestro pan de cada día.

Con osadía demanda el hombre lo suyo; y el que está en este perfecto amor que hemos dicho tiene por suyo todo lo que es de Dios, sabiendo que el desapropiado de sí mesmo se apropia é arraiga en todo lo que es de Dios, lo cual hace el grande amor; y por eso llama pan suyo lo que conoce que no terná si no le es dado de nuevo cada día, según dice su petición.

El pan que aquí demanda el perfecto amador no es de siervos, mas de hijos, y es el gusto de la alta contemplación que se da á los hambrientos con que se harten de bienes; del cual se dice (Eccles., XV b): Mantenerlo ha el Señor con pan de vida y de entendimiento.

El gusto de la contemplación se llama pan de vida, porque en él comienza nuestra voluntad á sentir cosas de la vida eterna; é llámase de entendimiento, porque enseña al hombre con suficiente doctrina todo lo que deve hacer para se salvar; é como sea lo principal amar á los prójimos, perdonándoles las injurias, esto propone el amor delante el mesmo Señor para ser perdonado, diciendo en la quinta petición: Perdona nuestras deudas, como nos perdonamos á nuestros deudores.

Aquí el amador ruega por los enemigos para más aplacer á su Padre celestial y ser hijo suyo, el cual hace bien á buenos é á malos; é así el verdadero amor de Dios hace

bien á los que aborrescen, demostrando delante de Dios que son perdonados de su parte, para que también perdone la justicia de Dios; y desta manera alcanza para sí misericordia, pues la pide también para los otros, y merece que sea perdonado aun lo que no hizo, preservándolo que no caiga en ello, lo cual también demanda en la siguiente petición que dice: No nos traigas en tentación.

Ni pide no ser tentado, porque en las varias tentaciones se hace el hombre perfecto y entero; mas pide no caer en el lazo ni ser vencido, lo cual ha de venir de la mano victoriosa de Dios, que reprime las fuerzas del tentador y favoresce las del tentado.

Porque las adversidades desta vida son muchas, é muchos los males della, comprehéndelo todo en la séptima petición, que dice: Líbranos del mal. Amén. Líbranos, Padre, del mal del cuerpo, y del mal del ánima, y del mal de la culpa, y del mal de la pena, y del mal deste siglo y del otro, y del mal presente, pasado é por venir; ca si tú, Padre, no nos libras de todo mal, no podremos ser libres ni de uno ni de muchos males, ni de pequeños ni de mayores. Así que, Padre, morador del cielo, que todo lo puedes, líbranos del mal. Amén.

Aquí se acaban las peticiones del amor, porque, como dice Sant Ciprián, cuando decimos: líbranos del mal, ninguna cosa queda más que deva ser demandada.

CAPÍTULO IX

Qué tal deve ser este amor de Dios.

Visto, según nuestra poquedad, como de todas las cosas devemos sacar amor, podría alguno demandar qué tal deve ser este amor. A lo cual el gran mandamiento del amor responde.

Pónense, empero, muchas maneras de amor, de las cuales se podría hacer un libro por sí; ca un amor hay que se dice libre, otro natural, otro gratuito, otro seráfico, otro purgativo, otro iluminativo, perfectivo, habitual, sobrenatural, estático, fuerte, sabio, dulce, memorativo, discreto, solícito, varonil, inseparable, insuperable, insaciable, singular, movible, incesable, cálido, ferviente, penetrativo, agudo, inflexible, recto, intenso, íntimo, franco, unitivo, afectuoso, tierno, espiritual, comunicativo, irremisible, indeclinable, total, infinito.

Estas y otras maneras ponen algunos de amor, las cuales reducidas por las letras del A B C, serán fáciles de aprender y dulces de meditar al que amare; é muy provechosas para más crecer en perfecto amor, mayormente si piensas para te inclinar al amor de Dios las muchas razones que hay de amar á su Majestad; las cuales por ser tantas no pongo aquí, mas avísote, conforme á nuestra letra, que traigas costumbre de referir al amor de Dios todas las razones y causas que hallares en las criaturas para ser amadas, sacándolas dellas todas y poniéndolas y contemplándolas en solo Dios, donde más perfectamente las hallarás unidas; ca dél como de fuente manaron las causas del amar, quedándose en él con alto quilate de perfección.

Ninguna cosa hay en que se juntasen todas en una que sea toda deseable y amable; porque esto se guardó para Cristo Nuestro Redemptor, en el cual se juntaron las causas divinas é humanas para ser amado; y por tanto, deves tener gran aviso, si quieres aprovechar con esta letra, que inclinándose tu amor por alguna razón á alguna cosa, luego la deves reducir á Cristo, contemplando en El más perfectamente lo que te agrada en la criatura.

E si no te paresciere que has de dejar de amar á la tal criatura, porque es tu hermano ó padre, contempla eso mesmo en Cristo para que crezca en El también tu amor; empero, si la cosa á que te inclinares es torpe, dirás á tu sensualidad: No ames esto, por que no pierdas el amor de Cristo, donde está sin tacha lo que aquí te agrada con fealdad.

Los que siguen el recogimiento diránlo á solo Dios, al cual levantan su amor puro, sin que obre la imaginación, sino sola la inteligencia que buela sobre todo lo imaginable, hasta el mesmo Dios, donde el amor sube. Lo cual se parava á mirar Sant Augustín cuando decía: Dios mío, qué amo cuando te amo? No gentileza de cuerpo, no hermosura corporal ni resplandor de luz, no dulces melodías de cantares, ni suave olor de flores, ni ungüentos aromáticos, no maná ni miel, no miembros de carnes aceptables para ser abrazados. No amo estas cosas cuando amo á mi Dios; empero amo una luz y una boz, un olor y un manjar, un abrazo de mi hombre interior, á donde resplandesce á mi ánima lo que no cabe en lugar, á donde suena lo que no apaña el tiempo, á donde huele lo que no esparce el

viento, á donde tiene sabor lo que no disminuye el comer y á donde se junta lo que no aparta la hartura.

Conforme á lo que ha dicho este doctor, el más alto sentido que damos á nuestra letra es que saquen el amor de toda cosa criada y toda cosa que se pueda pensar, y lo pongan en aquel sumo bien que nos crió y es el último fin nuestro.

A este sumo bien has de enviar tu amor; la fe sea el mensajero; no te pares en cosa que pueda caber en tu juicio, engrandesce el corazón, ca no te has de retraer á cosa pequeña; toma osadía para enamorar tu voluntad é corazón del hacedor tuyo; despiértate á esto; abiva en ti lo que crees; no te decimos sino que como fiel cristiano aprendas á orar en espíritu é verdad, y ames aquel bien inmenso muy apartado de todas las cosas que crió.

Cata que este amor que de todo lo criado has de sacar y poner en Dios no consiste en solo palabras, sino en muy verdaderas operaciones del corazón; é si te usas á él, vernás á amar más tiernamente á Dios que á tu padre ni á tu madre, y vernás á tanto que con solamente acordarte de aquel sumo bien te deshagas de amor suyo.

Despierta en tí el amor natural que tienes á tu Dios, para que después ames sin trabajo y se te vaya el ánima tras El con mayor deseo que el niño tras su madre, lo cual podrás alcanzar si te acostumbras á sacar de toda cosa el amor y ponerlo en aquel no pensable Dios que está más presente á ti que tú mesmo, y aunque no lo ves, El te administra y te conserva la vida con que bives; y lo que quiere y desea y te manda y te ruega solamente es que lo ames, con promesa que se te manifestará en señales grandísimas de amor si lo hicieres.

Por ventura se te hará de mal amar lo que nunca viste ni aun lo puedes imaginar, que es Dios; pues lo crees y lo esperas, por qué no lo amas? La dificultad no me paresce á mí, si miras en ello, que ha de estar agora en amarlo, sino antes en creerlo, y pues ya podiste creer lo que nunca viste ni podrás ver mientras bivieres, por qué no amas lo que creiste?

Cata que has hecho mucho en creer, é todo se pierde si no amas lo que creiste, que es un Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, invisible, insensible, que por ninguno de los sentidos cabe, sino por la voluntad, que lo puede todo amar. No es figurable ni numerable, sino interminable; inmudable, sino investigable; inestimable, infinito é todo amable.

Por ventura se te hace grave el desasir el amor destas cosas palpables y groseras, que aman aun los animales brutos, é tú no has de subir más que ellos? Yo te provaré cómo tu voluntad ama lo que no ves, y tú no miras en ello, é ansi de falta de consideración dejas de amar á Dios, lo cual te sería fácil si parases mientes.

Amas á tu padre mientras vive, y después de muerto échaslo de ti. Lloras y estás triste aunque tienes delante todo lo que veías primero; no falta sino lo que no veías, porque lo otro allí queda. No veías la vida, ésta falta, ésta lloras, ésta sin dubda amavas, pues que de su absencia estás triste; cata, mira cómo amavas lo que no veías, que era la vida. Piensa en una vida eterna que está por sí no aposentada en cuerpo de tierra, como estava la de tu padre, ni defectuosa, porque nunca fallescerá y es vida de tu ánima y de todos los ángeles; aquésta ama, saca de toda cosa el amor é ponlo en ésta.

Amas á un hombre sabio que te enseña; tórnase loco, pésate dello, ya no lo amas ni curas dél.

Amas un virtuoso aunque pobre; hácese vicioso, aborréceslo y huyes dél si te dicen que no es ya el que solía. Todo lo de antes ves en él; piensas que falta la virtud é sabiduría que antes no veías, á la cual amavas, según paresce, y no al cuerpo, que allí lo tienes y lo desechas.

Piensa, pues, en aquella sabiduría que también es invisible y apartada; no junta á cabeza de hombre, sino que por sí permanece en un purísimo saber, que no puede faltar ni errar. Piensa en aquella virtud de infinita fortaleza que no puede desmayar, porque no tiene en sí flaqueza alguna para que desmaye; todo lo rige y ordena sin mudanza de sí que mueve todas las cosas; á ésta endereza tu voluntad; en ésta pon tu amor, pues que es cosa tan preciosa que de todo el mundo no quiere este sumo Dios sino tu amor.

Sólo por la manera ya dicha puedes contemplar en Dios todas las perfecciones que hallares en cualquier de las criaturas, quitando, como dice Sant Augustín, la imperfección; ca ninguna hay en Dios sino mondas y desnudas todas las perfecciones que se pueden

pensar, sueltas y apartadas de toda cosa que sea menos buena, y tan conjuntas con Dios que sean el mesmo Dios esencialmente.

Según esto, has de referir pura y desnudamente á Dios toda virtud y bondad que hallares en la criatura; é así sacarás della el amor para lo poner en la fuente de todas las perfecciones, que es el bien increado.

Aqueste amor consiste en un enderezamiento de la voluntad afectuosamente ordenada en aquel sumo bien, y tras esta voluntad, que es un acatamiento afeccionado á Dios, va todo el corazón y las entradas del hombre más prestamente que la piedra cuando desciende al centro de la tierra, lo cual hacen los ya ejercitados á las veces sin mirar en ello, porque tienen en sí abivado el amor natural y ordenado á Dios, el cual ama sin deliberación, como vemos que sin pensar en ello nos inclinamos á amar una cosa linda y graciosa, y desta manera la afección muy ejercitada se inclina á Dios y lo ama dulcemente, aun algunas veces antes que piense en El; antes el mesmo amor que ya por sí obra suele despertar al hombre habituado para que ame, y esto porque las cosas que de sí mesmas inclinan á amor lo provocan al amor de Dios en que está ejercitado ansí como los cantos y alegrías y cosas hermosas que ve, y los buenos olores y flores y la música; donde toda cosa que inclina los malos á su mal amor provoca también al varón recogido al amor de Dios, y muchas veces se hace esto sin él mirar en ello hasta que ya está amando; ca la costumbre é bivez del corazón están ansí dispuestas y aparejadas, que fácilmente sale en obra sin esperar á después amar ni dilatar el amor un solo punto.

Si tuviésemos desembarazado el corazón de cualquier otro amor y nos acostumbrásemos á movernos derechamente con una afección intensísima á la divinidad, é á sola ella atentísima y agudamente ordenásemos nuestra afección, penetraría nuestro amor todas las cosas hasta venir á Dios, no declinando á la diestra ni á la siniestra, porque para alcanzar esto hemos de apartarnos de todo otro amor malo y bueno, y como quien va nadando hender por medio hasta la Deidad; lo cual es verdadero recogimiento, porque para esto se recogen las fuerzas del ánima y se ayuntan, para que sin cansarse den á esto infatigablemente; y abivando este amor setenta veces siete cada día, hasta que arda en el altar del corazón cuasi de suyo, en tal manera que él encienda todas las otras cosas, aplicándolas á este fin, que es amar á Dios. Lo cual acaece cada día innumerables veces á los que usan esto; ca ningún placer reciben de que no dan á Dios parte, reduciendo á él por El amor que obra todos los gozos y prosperidades que resciben, y aun las que ven en los otros todo lo reducen á Dios, para se gozar en El, sacando de todo el amor, aun de las criaturas que no usan de razón; según lo cual conocí yo uno que viendo una vez un gallo que abría las alas y las sacudía para cantar, sintió verdaderamente que sus entrañas se movieron y se abrieron á Dios para lo amar dulcísimamente; y cosas semejables le acaecían muchas veces con otras criaturas, ca sacava de toda cosa movimiento de amor á Dios; y por la costumbre y gracia del Señor, que por esto favorece mucho, hacía esto muchas veces sin mirar en ello hasta que se hallava amando á Dios y se gozava desto en inmenso grado, viendo que la gracia del Señor y el amor natural que su ánima tenía á Dios despertava en él amor libre que se sigue al conoscimiento, para que así todo el hombre interior y exterior se gozasen en Dios á ejemplo de aquel que decía: Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios bivo. El que siente esta bivez divina en el corazón, que es el amor bivo de su divinidad, dice que se goza en Dios bivo; y porque este gozo es corporal y espiritual, se atribuye al corazón y á la carne.

No sé en qué estima tienes esto tú que lo lees; mas sabríate decir que quien lo tenía lo preciava más que si tuviera sin ello el regimiento de los cielos y de la tierra; y tenía razón, porque en esto está la bienandanza del hombre y no en lo otro, según lo cual dice Gersón: Bienaventurado es el que su libre amor conforma al amor natural, porque si dos consintieren, ser les ha dado del Padre celestial todo lo que pidieren, ca no pedirán sino á Dios ó conforme á Dios y á la naturaleza que fué primero instituída.

No quiero dejar de ponderar con Sant Augustín el verso que se sigue en el psalmo, junto con el que agora se dijo, en el cual David pone la causa de su gozo, diciendo: Por que el pájaro halló casa para sí, y la tórtola nido donde torne á poner sus pollos. Este pájaro es el corazón que arriba dijo, y ha de ser solitario, según acota Sant Augustín, porque

ha de buscar á Dios solo poniéndose en el tejado; esto es, levantándose por deseo sobre todas las cosas, porque la casa sobre cuyo tejado se ha de poner es aqueste mundo, que ha de ser dejado atrás, olvidándolo con el apóstol para alcanzar la divina habitación y conversación celestial.

Tortolica se dice aquí nuestra carne si está domada como la glosa declara, porque la tortolica se contenta con un solo esposo; y así la carne destos que tan altamente aman á Dios, no buscan sino sola su deidad, en la cual tornan á poner sus afecciones y deseos é inclinaciones, que son como pollos pequeños y flacos; y dicen que tornan, en lo cual apuntan lo que dijo Gerson, de reducirse los tales á la naturaleza primera bien instituída en esto, de la cual nos apartó el pecado y la mala costumbre; y hemos de esforzarnos á tornar allí con la gracia del Señor y el buen ejercicio de las cosas entrañables que obren en Dios.

Primero puso David el corazón que no la carne, porque de lo interior y del ánima comienza este amor hasta salir algunas veces á los sentidos exteriores, como nota la glosa, y el pájaro, que es el ánima, dice que halló casa y la tortolica nido, que es menos; ca, según dice Sant Augustín en el mesmo lugar, la casa dura mucho y el nido es á tiempo; donde se figura que el amor tierno y gozoso, que es cuasi corporal, no permanece tanto como el hombre querría, porque muchas cosas lo apartan de nos y no lo alcanzamos cuando queremos; mas el amor de la ánima espiritual no se aparta de nos sino por pecado mortal, y este del cuerpo que se atribuye á la carne que ha tornado á florescer piérdese ó por enfermedades algunas veces, ó por grandes negocios ó trabajos, ó porque el demonio busca manera para nos lo quitar, poniéndonos muchas dubdas en él y moviendo por otra parte en nuestro corazón muchas pasiones que lo contradigan y procurándonos continuas ocupaciones y grandes cuidados, para que perdamos el uso de aqueste amor tan bueno á que devrían ordenar su vida todos los que aborrescen el mundo.

CAPÍTULO X

De lo que deves hacer para buscar este amor.

Pues que el demonio se trabaja de nos quitar este amor, que es fructo del espíritu y señal que mora Dios en nosotros, y superabundancia de gracia y ración que se da á este nuestro siervo, que es el cuerpo, para que sirva con alegría, razón es que nosotros trabajemos por conservar aqueste amor. Lo primero apartándonos de todo pecado, aunque sea venial; porque el amador verdadero estudia de huir toda ofensa, no mirando á la pena que le es devida, sino al amado, que en todo mal pequeño y grande se ofende. Lo segundo trabajemos en toda virtud no dejando perder todo bien que hacer pudiéremos, siendo muy solícitos en las cosas de piedad que valen mucho. Lo tercero, guardemos nuestro amor de se enconar en cosa que sea, poseyendo las cosas como prestadas, para que no pongamos en ellas el amor, sino en Dios. Lo cuarto usemos provocarnos desadormeciendo nuestro corazón para que á menudo pueda producir obras de amor entrañal.

La primera destas cosas nos quitará el miedo de llegarnos á Dios. La segunda nos dará osadía para ir á El hasta lo abrazar. La tercera nos dará fuerzas para arrebatar el reino de los cielos con gran ímpetu y fuerza de amor. Lo cuarto nos hará ligeros y mañosos en esto para lo obrar fácilmente; é si lo queremos hacer muy alegremente, usemos entre nosotros pensamientos que despierten el amor, y así pronunciemos palabras amorosas á Dios, que sean como quien sopla el fuego con aire fresco de palabras deleitosas que aplacen é convidan nuestra voluntad, si son dichas con fe biva, apartada toda imaginación y pensamientos de cosas que hayamos visto y oído, sino que todo el negocio se trate de fuera de nuestros términos, pensando que en espíritu hablamos con el amantísimo Dios; y no en cuerpo, ca nuestra ánima no es cuerpo, ni Dios es corporal en su deidad, al cual devemos hablar, diciendo con todas entrañas:

O amigo mío muy amable de mi ánima, bondad benignísima de los que te buscan, consuelo y confianza de mi corazón, Dios deificador de los que se dan á ti, esperanza entera de mis entrañas, fuente de fuego de amor mío gratísimo, governador y gloria mia, hartura hambrienta de mis deseos, justicia justificadora de los tuyos, muy carísima caridad de los católicos, liberalísima largueza y lumbre de mis ojos, Majestad misericordiosa de los menguados, nobleza natural y noticia que todo lo sabes, orden que dispones en mejor mis co-

sas, padre precioso y posesión de pobres, quietísimo descanso de los que de sí se quejan, refrigerio y refección de los que trabajan en amarte, sanidad de los sanctos enfermos de amor, tutor y tesorero de los que temen como hijos, voluntad sanctificadora y victoria de todos los tentados, vida de la vida mía, cristianísimo conservador de los que tu amor conservan, información sabrosa que boca á boca dices grandes secretos, celador de mi ánima, Dios mío, ponme por guarda tu amor, pues te amo. O quien nunca te huviera ofendido! nunca más te ofenderé; dame tu favor para ello, pues te quiero bien más que á todo lo criado.

Esta bendita oración es muy facil de aprender, porque si miras en ello va por las letras del A B C, y es muy dulce y amoroso paladar y despierta mucho al amor. No hay fuelles que tanto lo hagan arder, si del todo no está muerto; é si lo está, ella dicha con sano corazón lo encenderá; y ella, si la dices con afección, te alcanzará perdón de los pecados veniales, y alcanzará remisión de la parte de la pena devida á los mortales; y ablandará tu corazón si la usas; cada vez que la dijeres en verdad ten certidumbre que amas á Dios, si la conciencia no te remuerde de pecado mortal presente. Estas cosas he dicho de esta oración mirando bien lo que digo; no porque he tenido gana de hablar, sino de decir verdad é darte ocasión de merecer.

No me he querido detener en este capítulo poniendo las muchas señales de amor que en otros libros se ponen; ca tengo por averiguado que todo el bien que hay en los justos obra el amor, ca las obras dellos no son sino señales de amor; y por tanto cuantos más bienes de gracia vieres en ti, ten por señales de más amor. Si vieres males, llora principalmente la falta del amor, y esta deves remediar primero; pues que es raiz de todos los otros males, ca el buen hortelano la raíz del árbol es la que mejor cura.

Aunque se dice que proceden unos pecados de flaqueza y otros de ignorancia é otros de malicia, mejor se dirá que proceden de falta de amor de Dios, por estar refriada la caridad; ca cresciendo el amor descrece la malicia y se esfuerza nuestra virtud hasta no ser la cosa difícil, é se alumbra nuestra ignorancia donde el amor de Dios se llama honorable sabiduría; ca por alumbrar el amor nuestro entendimiento se compara en la Escriptura al fuego; y el Espíritu Santo vino en lenguas de fuego, dando á entender que inflamava y enseñava, según aquello que está escripto (Eccles., I c): Envió fuego en mis huesos y enseñóme. Y Sant Augustín dice que ninguna cosa se puede perfectamente conocer si perfectamente no se ama.

Acuérdate, pues, hermano, en todos tus defectos del principal, que es falta de amor, y duélete de aquel primero, como la esposa, que perdiendo con su esposo todos sus bienes á él lloró primero que no á ellos, porque con él se le fueron todos; y así faltando en ti el amor de Dios, falta todo bien; mas desque buelve, todos los trae consigo y recoge todo el ganado como lo hizo Cristo en resucitando de los muertos.

Y que todo bien que viéremos en los siervos de Dios hayamos de presumir que procede del amor que tienen á su Majestad, muéstralo el Sabio diciendo (Sap., VI d): El cuidado de la disciplina es amor, y el amor es guarda de las leyes. No se contenta el amor con guardar la ley de amor que á solo él es puesta, mas en todo entiende y todo lo dispone y ordena hasta una tilde; porque si, según dice el Sabio, el que teme á Dios en nada es negligente, menos lo será el que lo ama; y por tanto se concluye que el amor es guarda de todas las leyes y mandamientos de Dios. Por qué no te amamos, Señor Dios mío? Qué es la causa que vamos tras la vanidad? En todas las cosas hallamos gusto, por pequeñas que sean, y tu dulzura sola, siendo fuente infinita, nos es desabrida, y lo peor es que no echamos menos aquesto ni nos solicitamos para te amar. Quién nos ciega, quién nos embaraza, quién ha puesto entredicho á nuestro amor? Tú, amantísimo Dios de mis ojos, eres bondad interminable, que de sí mesma convida infinitamente á ser amada. Los ángeles en el cielo no hacen otra cosa sino amarte; toda ley y razón y escriptura no amonesta ni ruega ni manda cosa más que tu amor; el mesmo amor tuyo es más digno de ser amado que toda pura criatura; la obra de amor es la más convenible y deleitable á nosotros, é no nacimos ni hemos de permanescer sino para te amar; tú mesmo te pusiste dentro en mí, porque hallándote cerca te amase más y no trabajase en ir á te buscar; por que te ame, nunca cesas de me hacer bien; perdónasmelo todo, súfres-

me, conviértesme, justifícasme, tráesme á ti para que te ame, azótasme, halágasme, mantiénesme con tu gracia, envíasme tu ángel que me guarde, y conciencia y el demonio me amenaza si no te amo; tú mesmo me amas y te muestras cada día verdadero amigo mío, por que te ame; y por esto me prometes tu reino y á ti con él, sin querer en paga sino amor; hecísteme á tu semejanza por que más me moviese á te amar; á todas mis cosas amas; en tí están todos los cumplimientos de mis deseos.

Si los reyes y los señores y maestros y padres suelen ser amados, quién me detiene que no te ame? pues tú eres á mi todo esto, qué cosa me puede ser más honesta é indeleitable ni vil que tu amor? Por que nuestra malicia fuese más provocada á lo amar quiso añad:r á las causas ya dichas otras no menores, y todo por amor, ca las obras de la Encarnación y Pasión, y todo lo que á esto toca, según dice Isaias (Esa., VI b): El celo amoroso de Dios las obró; no se contentó para que lo ames en haverte hecho semejable á sí, sino que El se hizo semejable á ti, cuasi haciéndote superior suyo; en tal manera que nunca hizo hijo por padre lo que Dios hizo por ti, por que lo amases; y más que este amor no te lo demanda El porque está necesitado dél, sino porque tú estás perdido sin él. No tiene Dios principal intento á que tú te des á El, sino á darse El á ti, porque tú sin El desfallesces; de manera que decirte que lo ames es decirte que lo recibas para te henchir de bienes; y aun todavía queda más amor en él para contigo, y es desear que tú pudieses recebir mayores dones.

Visto cómo Dios hace todas las cosas á fin de ser amado y amar, con razón dice nuestra letra que de todo saquemos amor para lo tornar á la fuente do salió, por que así seamos en algo semejantes á los cibdadanos celestiales, cuyo oficio es amar, y aun esperan que de acá les suba favor de más amadores, que los ayuden á más amar á Dios; ca como es infinito el amor á Dios, no pueden tanto amar como son amados; y como el amor espere todas las cosas, desean igualar con el amor que reciben, y hacen á manera de ribera grande de mar, que recibiendo las ondas del amor las tornan con fuerza á la fuente do salieron. Y desta manera amando y siendo amados permanecerán para siempre; y dichoso será aquel cuya participación fuere con Dios en el mesmo amor que los hace uno para más poder amar.

Lo dicho me parece que no he comenzado á lo declarar según meresce; y por esto determino de fundar sobre ella otro tractado muy mayor, y hallarlo has al fin deste libro, cuyo nombre será: *Ley de amor de Dios é del prójimo.* Allí verás cómo has de sacar amor de toda obra divina y de cuanto Dios ha hecho con el mundo, así celestial como terreno.

EL TRACTADO DIEZ Y SIETE

NOS AMONESTA QUE JUNTAMENTE CON LA PERFECCIÓN INTERIOR TENGAMOS LA EXTERIOR, DICIENDO: SIGA TU CUERPO A JESÚS, Y SU DIVINIDAD TU ANIMA.

La cosa que más espanta á los mortales es seguir á Jesucristo, porque corre como gigante esforzado y muy ligero, y no hay quien lo pueda alcanzar. Va tan delante en la vida de la perfección, que lo pierden de vista, y allende de ser ligero, echa por un camino desierto no seguido, infestado é cercado de bestias fieras, tan sin deleite é seco, que no hay quien pueda ir por él. Por esto muchos echan por otros caminos é siguen sus cogitaciones é pareceres y apetito; buscan otras vías, y aun sin buscarlas hallan tantas que van al infierno; las cueles son tan apacibles y deleitosas, que hacen olvidar el mal recibimiento que les han de hacer allá: solamente miran al placer é gozo del fresco y acompañado camino, é cómo por cualquiera que vayan hallan compañía.

Son éstos como el ladrón que va muy acompañado por el fresco camino de las huertas á la horca. A cada uno destos dice Nuestro Señor Dios(Exo., XXIII a): No sigas la compañía para hacer mal, ni el juicio de muchos consientas á la sentencia dellos. Los vicios é los viciosos, é los caminos é costumbres dellos se ayuntan para hacer mal; y unos á otros se defienden é favorescen para su mal propósito. No ha de ser desta manera, mas mientras más juntos estuvieren, harán dellos haces para echar en el infierno, donde pagarán la frescura del camino que anduvieron mientras bivían.

A la sentencia y parescer déstos no es de consentir ni seguirlos, porque mientras más

son van más errados: solo Cristo es el que acierta, é todos los que no lo siguen yerran; ni te deves maravillar porque uno solo acierta, é muchos yerran; pues para acertar en el blanco no hay más de una manera, que es enviar la vira por el camino derecho, é para errar hallarás inmensos modos y maneras.

Para acertar en el blanco de la bienaventuranza ve por la vía recta é derecha, que es la que lleva Cristo Nuestro Redemptor; é si quieres errar é ir á parar al infierno ve por do quisieres, que seguro va tu yerro; empero, si quieres acertar, siga tu cuerpo á Jesús é su divinidad tu ánima. Si eres oveja, sigue á tu pastor, para que no vayas á parar á la boca del lobo, é podrás decir con el profeta (Hiere., XVIII c): Yo no soy turbado siguiéndote á ti, pastor de mi ánima.

El que sigue á otro, si teme que el otro ha de errar el camino, casi siempre va turbado hasta que llega al término donde va; empero si está cierto que sabe bien el camino, va seguramente con él. Seguro va el que sigue á Cristo, pues que El sólo descendió del cielo no para más de nos enseñar el camino é llevarnos tras sí.

Es empero de doler que hasta un perro sigue á su señor, como el de Tobías (Thob., VI a), que no dejó á su amo por todos los caminos que anduvo, y un hombre, que es de más conocimiento, no sigue á Cristo, Señor y Redemptor suyo, sino, como Sant Pedro, hasta la casa y el huerto; y desque lo ve preso echa á huir é deja al Señor que había prometido de seguir hasta ser con él preso si menester fuese. Seguimos en la prosperidad á Cristo, y en la adversidad huímos dél. No lo seguimos en el menosprecio ni en la aspereza é penitencia é pasión, sino en las cosas que no tienen dificultad, ansí como ir á las bodas é cena del Cordero pascual. Seguimos á Cristo en las consolaciones é convidámoslo como la esposa para ir al campo florido é deleitoso del gozo interior; mas si lo vemos en algún trabajo que nos sea enojoso, dejámoslo ir solo, semejantes en esto, no á los buenos, sino á los malos canes de caza, que por el llano siguen la presa; mas desque la ven entrar en algún bosque y espinas déjanla ir, como allí la pudieran tomar más presto, aunque con trabajo. No hay en parte que más utilidad nos traiga el seguir á Cristo Nuestro Redemptor como seguirlo entre las espinas de las pasiones é menosprecio é povreza, porque allí, aunque con trabajo, se halla más presto.

Los malos soldados siguen al capitán al tiempo de la paga é del buen comer; mas desque se aplaza la batalla buscan manera y excúsanse por no entrar en ella. Así hicieron aquellos que salieron armados de Egipto (Exo., XIII d), cuyo capitán era Dios, para los animar y enseñar el camino de día en una columna de nuves, de noche en una de fuego, para que fuese guía del camino en el un tiempo y en el otro. Muchos hay que son como éstos, saliendo de la tiniebla del pecado, en el cual estaban poseídos de Faraón, que es el demonio, y salen armados de firme propósito; á los que no les falta Cristo, que tiene nuve de humanidad para los amparar en el día de la prosperidad, mostrándoles los trabajos que El padesció, procurando que el sol claro, que es el próspero favor del mundo, no les dañe; y en la noche de la adversidad es columna de fuego por la divinidad que tiene en sí, con que alumbra nuestras ánimas para que nos acordemos de los bienes eternos. Aunque esto sea así, todavía desfallescen en la pelea y no llegan á la tierra de promisión, que es la perfecta virtud; espántanse de los gigantes que la guardan, que son los demonios; y por esto merescen morir en el desierto, sin alcanzar el fin que primero desearon.

Si queremos, hermanos, verdaderamente seguir á Cristo, seamos como los Apóstoles, dejando las redes de los cuidados mundanos con que el demonio nos enreda; dejemos las cargas de los parientes, no tengamos ya dellos cuidado temporal; no curemos de las riquezas del mundo, ni de las amistades del siglo; dejemos nuestras malas voluntades y vicios; dejemos nuestros paresceres y opiniones, para que sin embarazo alguno podamos seguir al que va delante de nos, que es Cristo, al cual hemos de seguir en lo exterior. E desto dice la mitad de nuestra letra: Siga tu cuerpo á Jesús; y hémoslo de seguir en lo interior, y desto dice la otra mitad, y su divinidad tu ánima; de manera que lo hemos de seguir en lo de fuera y en lo de dentro, porque así conviene de su parte y de la nuestra. De su parte, porque contiene en sí divinidad y humanidad: la una paresce de fuera, porque nosotros de fuera somos corporales, y en lo de dentro somos espirituales; é según estas dos cosas devemos obrar que obre el cuerpo y obre el ánima:

el cuerpo en lo de fuera siga á Jesús, y el ánima en lo de dentro siga espiritualmente su divinidad, para que así se cumpla lo que dice el Sabio de los siervos de Cristo, diciendo (Prov., XXXI d): Todos los de su casa son vestidos de dobladas vestiduras. No es razón que en el cuerpo en su manera carezcamos de vestiduras de virtud, pues en él también esperamos glorias, ni menos es razón que el ánima esté desabrigada, mas que entrambas cosas se atavíen para aquel y en aquel que dice (Joan., VII d): A todo hombre hice sano en el sábado; esto es, en la ley de gracia.

CAPÍTULO II

Del primer seguimiento de Cristo.

Cuanto á lo primero, que es del seguimiento exterior, es de notar que, aunque en él entendemos toda manera de imitación en que podemos en lo de fuera remediar á Cristo, no se deve esta imitación entender que no sea voluntaria ni salga del corazón; mas decimos que este seguir á Cristo es muy voluntario y perfecto, del cual dice el Apóstol conforme á nuestra letra, hablando de sí mesmo (Ad Gal., VI d): De lo demás ninguno me sea enojoso, porque yo traigo en mi cuerpo las señales de Jesucristo. Y á otros desta mesma materia escrive diciendo (I Cor., VI b c): Pues que sois comprados por gran precio, glorificad y traed á Dios en vuestro cuerpo.

Lo que en esto entiende el Apóstol entiendo yo en la mitad de la letra, que es una perfecta imitación de Cristo exterior. Y porque no se contente alguno con ésta solamente, mire que dice Sant Bernardo á las frailes del Monte de Dios: No queráis ser negligentes, no queráis ser tardíos; grande camino os queda, porque altísima es nuestra profesión; penetra los cielos; igual es á los ángeles; semejante á la pureza angélica, porque no solamente votastes toda santidad, mas la perfección de toda santidad, y el fin de toda consumación; no conviene á vosotros ser negligentes en los mandamientos comunes, ni solamente mirar qué es lo que manda Dios, mas qué es lo que quiere, provando voluntad de Dios sea buena y qué apacible y qué perfecta. A los otros conviene servir á Dios y á vosotro juntaros á él; á los otros conviene creer, conocer y amar y hacer reverencia; y á vosotros saber, entender, conocer y tener dél fruición é gozo.

Esto dice aquel sancto, y no deve parescer dificultoso al varon perfecto; pues que Cristo Nuestro Redemptor va delante, el cual dice hablando de sí mesmo como de tercera persona (Joan., X): Cuando sacare sus ovejas va delante dellas, y las ovejas síguenlo. Sacó Cristo sus ovejas, que estavan detenidas en la pequeña perfección evangélica; y porque añadiéndoles perfección les añadía trabajo, quiso ir El mesmo delante por que lo siguiesen y no le pudiesen decir aquello que El dijo á fos fariseos: Ponen cargas importables en los hombros ajenos, y ellos aun no las quieren tocar con el dedo. Cristo, no solamente su carga y trabajos, empero también los nuestros lleva á cuestas delante de todos.

Muchos provechos suelen venir cuando alguno va delante de los otros: El primero, que, si no saben el camino, se lo muestra, lo cual no es pequeño descanso á los caminantes, pues solamente para esto se suelen alquilar los hombres, según hizo Tobías (Thob., V b). El camino que más ignoravan los hombres era el del cielo, que era el lugar donde todos en gran manera deseavan ir, pues tanto les iva en ello, por lo cual dice David de su imposibilidad para andar este camino (Psal. LIX): Quién me llevará hasta la cibdad cercada? Y una de las señaladas peticiones que el sabio Salomón demandó á Dios en la primera oración que hizo en el templo nuevamente edificado, fué (II Para., VI b c): Enseña, Señor, á tu pueblo un buen camino por el cual entren. Aunque antiguamente havía muchos caminos de virtud por do andavan los fieles; empero, porque ninguno dellos entrava en el cielo, por eso se puede decir que ninguno era enteramente bueno como lo pide Salomón.

La sobervia que en la tierra havía del cielo trajo su precipicio; allá nació, de allá vino; empero, no por su pie, por subir resvaló y cayó abajo y perdió el tino para tornar á subir; y fué necesario que Cristo viniese del cielo para guía é adalid de los que hoviesen de subir allá é los mostrase el mejor camino para ir allá; de lo cual haciendo David gracias al Señor, dice (Psal. LXVII): Vieron, Señor Dios, tus pasos: los pasos de mi Dios, de mi Rey que está en el sancto.

Es este caso quiere decir David que si algunos no fueren al cielo, esto no será porque ignoran el camino, pues ya vieron los pasos de Cristo, al cual pudieran seguir si quisieran.

Llama David Dios y Rey á Cristo, para nos declarar que es Dios y hombre; y en lo que dice estar Cristo en el sancto, nos muestra que estos pasos ó este camino que nos enseñó fué mientras bivió de vida mortal en su sancto cuerpo, para que, pues El nos dió noticia del camino del cielo biviendo en el cuerpo, ansí nuestro cuerpo lo siga.

Para mientes, pues, hermano, en este seguimiento: lo uno, porque El nuevamente hizo caminos de virtud para ir al cielo; empero, si no se andan, tórnanse á cerrar por no ser seguidos, de lo cual se duele el profeta Jeremías diciendo (Hier., I a): Los caminos de Sión lloran porque no hay quien venga á la solemnidad. Es tan grande aquella solemnidad de la gloria celestial, que se deven los sanctos mucho doler viendo cuán pocos van, y cómo siquiera la cobdicia nos havía de llevar allá.

Lo otro por que has de tener aviso en seguir á Cristo es porque ha nevado sobre sus pisadas; está tan resfriada la caridad hoy día, que no dirás sino que ha nevado y cubierto la nieve el camino del cielo que Cristo havía hecho. No puede, empero, tanto la malicia del mundo que del todo ciegue el camino de Cristo, aunque es menester agora mas aviso para ir por él que jamás fué menester, por no estar usado el camino y estar nevado; mas no está del todo ciego, que el mesmo Señor tiene cargo de lo descubrir, por que no tengan excusa los hombres.

El segundo bien que principalmente se sigue yendo alguno delante es que hace el camino ligero é fácil: quítale mucha de la dificultad que tenía; si está el camino helado, el que va delante quiebra el yelo; si tiene muchas espinas, despúntalas; si es muy estrecho el camino, hácelo algo más ancho. Cuando Cristo Nuestro Redemptor vino al mundo, estava muy más que no agora helado el camino de la virtud, por lo cual dice el Profeta (Zac., XIV b): Verná mi Señor Dios y no havrá en aquel día luz, sino frío é yelo. No havía luz en el mundo cuando vino la luz verdadera, Cristo, que se llama luz del mundo; y El yendo delante, pues que es luz, aclaró el camino de la virtud; conforme á lo cual dice el mesmo Señor (Joan., VIII b): El que me sigue no anda en tinieblas, mas terná luz de vida.

De manera que Cristo también es antorcha para alumbrar el camino del cielo. Padesció el Señor el frío y el yelo de las grandes persecuciones por guardar la justicia é virtud; é por no torcer el camino y por llevarlo muy derecho para que fuese más breve fueron tantas las espinas que lo enojaron y dieron pena, que aun hasta la cabeza escapó lleno dellas, padesciéndolas todas de buena voluntad por que sus seguidores no sufriesen tanto trabajo en lo seguir, según aquello del psalmo (Psal. XXXII): Allega el Señor el agua del mar como en una botella.

CAPÍTULO III

De cómo Cristo sufrió nuestros trabajos.

La muchedumbre de las pasiones, que se figuran en el mar amargo, quiso Dios abreviar sufriéndolas en sí mesmo; é no dejó para los caminantes que lo havían de seguir sino obra de una gota dellas, muy pocas en comparación de las que él bevió é sufrió en su mesma persona. Quiero decir que El sintió en sí los trabajos que los suyos havían de padescer; y en sentirlos é gustarlos El les quitó mucho del amargor y dificultad que tenían.

Si por echar Elíseo sal en el agua que era amarga la tornó dulce (IV Reg., II d), mucha más razón havía que echando y derribando Cristo á sí mesmo, que es la verdadera sal de la sabiduría, en las pasiones é angusticias, las dejase sabrosas y les quitase su dificultad; lo cual fué figurado en el Exodo, donde se dice (Exo., XV d) que los hijos de Israel no podían bever las aguas de Marad por ser muy amargas, hasta que fué lanzado un madero en ellas que las tornó dulces. Antes que el madero se echase en las aguas no las podían bever, y después se hicieron dulces. Cristo llama á sí mesmo (Luc., XXIII c) madero verde: El mesmo tornó las aguas de las pasiones dulces por nadar en ellas; echóse á nado para librar los que perecían; y dende entonces quedaron dulces las tribulaciones, que eran á los de ia ley antigua muy amargas é dificultosas; mas ya que Cristo anduvo por ellas, á los de la ley evangélica no se les hacen amargas, sino dulces; é si tienen algún amargor, es poco en comparación del que solían tener. Estímanse por dulces las que antes se solían estimar por muy amargas; é la causa es que Cristo Nuestro Redemptor anduvo por ellas; conforme lo cual dice El á sus apóstoles después de les haver profetizado los grandes trabajos que havían de padescer en el mundo (Joan., XVI g):

Tened confianza, que yo vencí al mundo. Sobre lo cual dice la glosa: Vencílo en mí y en los míos: yo, que soy vuestra cabeza, vencí; de lo cual no pequeña confianza se les deve seguir á los miembros.

En aquellas pocas palabras, si bien se entienden, quiso Cristo mucho esforzar á los suyos; ca quísoles decir: No tengáis temor, pues vuestro enemigo está vencido: con el vencido havéis de pelear; yo vencí al mundo, vuestro enemigo; no temáis. Esta victoria que Cristo hovo del mundo y del que se llamava su príncipe, que es lo mesmo, pues que el mundo y el demonio están hechos á una, fué figurada en la victoria que hovo Jacob del varón que luchava con él, la cual se escrive en el Génesis, donde se dice (Gén., XXXII f): Viérades un varón luchar con Jacob hasta la mañana; el cual como viese que no lo podía vencer tocó un niervo de su pierna é secóse; onde los hijos de Israel no comen el niervo que se secó en la pierna de Jacob para memoria de tal hazaña. Jacob, el gran luchador, tiene figura de Cristo, con el cual el varón esforzado, que es el demonio y el mundo, lucharon siéndole en todo contrarios, procurando de lo derribar y vencer; y esto por todo el espacio de su vida hasta la mañana de la resurrección; empero no quedó vencido, aunque el niervo, que es su cuerpo, quedó seco en la cruz.

En memoria desta victoria los hijos de Israel, que son los fieles cristianos, no comen niervo, porque no aplican á sí victoria alguna, mas toda la atribuyen á Cristo, que es el que venció al mundo en sí; y en nosotros ninguna victoria alcanzamos de nuevo, mas cuando vencemos mostramos la victoria que Cristo hizo ser verdadera.

Pues que así es, hermano, pon espuelas á tu cuerpo harón y haz que siga á Jesucristo. Cata que tu cuerpo es cavallo espantadizo, que de una sombra y de un pájaro y del aire se espanta y da con su señor en un hoyo, donde lo lastima; de manera que si no paras mientes, será mayor el daño que se te siga del rehusar é huir que el trabajo de lo seguir. O á cuántos ha echado en el hoyo de la mala costumbre, que ya por necesidad se cuenta sola la imaginación! piensan que no podrán lo que está podido y cuasi hecho. Cristo Nuestro Redemptor, yendo delante según viste, abrió el camino; despuntó las zarzas y espinas para que no hieran tanto; quebró el hielo; venció al salteador del camino de Dios, que es el demonio, y á las bestias fieras de los vicios que también salían á saltear á los hombres. No sé de qué temes; creo dirás aquello que de ti escribe el Sabio (Prov., XXVI c): Dice el perezoso que el león está en el camino y la leona en las sendas; esconde sus manos debajo de los sobacos, y es el trabajo aplicarlas á su boca, por que no muera de hambre; tiénese por más sabio que siete varones que hablen sentencias.

Si dices que el león está en el camino de la perfección para te impedir, verdad es; empero está muerto, que ya nuestro Sansón pasando por el camino lo mató (Judic., XIV b); solamente hallarás en él abejas que te pueden picar y dar algún enojo, el cual cuán poco sea tú lo puedes ver, pues también te causarán miel de consolación si sufres un poco y te haces fuerza á seguir á Cristo en las cosas de aspereza.

Lo que más importa y se halla por verdad en el dicho del Sabio es que un relajado piensa que acierta mejor que otros siete, por muchas sentencias que traigan contra él, creyendo que los tales no gustan las cosas del espíritu; que si gustasen, no harían caso de las exteriores, y por esto se tiene él por más sabio en gustar las que los otros siete, é aun que todos, porque el número setenario en la escriptura es número universal que á todos incluye. Esta sentencia en que algunos se fundan impugnaremos en la segunda mitad de nuestra letra, porque allí viene propria y tiene necesidad de ser impugnada, porque muchos restriban en ellas y se esfuerzan defendiéndose con ella, como de verdad sea bordón quebrado.

Tornando á lo que comenzamos, el tercero bien que hallan los caminantes en ir alguna persona idónea delante es que della son provocados á más andar; anima á los que vienen atrás el que va delante, mayormente si les lleva la provisión. Cristo Nuestro Redemptor va delante en el camino de la perfección; á todos anima verlo ir delante y ponerse el primero al trabajo; según se figura en Abimelech (Judic., IX g), el cual echándose un gran ramo á cuestas dijo á sus compañeros: Haced presto lo que me vistes hacer, y ellos por el semejante cuasi á porfía cortavan también ramos y seguían á su capitán.

Vimos á Cristo cargado del gran ramo de la cruz, y que nos dice que nosotros tomemos también nuestras cruces de aspereza é lo sigamos hasta la muerte; qué resta sino que á porfía quien más pudiere correr, quien mejor cruz pudiere llevar, lo siga presto? De otra manera, según dice El, no seremos dignos de tenerlo por Señor.

El yendo delante también nos provoca á lo seguir, prometiéndonos refrigerio y recreación de nuestros trabajos, é dice (Luc., IX c): Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados é yo os daré refección; tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso é humilde de corazón, y hallaréis holganza para vuestras ánimas, porque mi yugo suave es é mi carga liviana. Llama el Señor mesmo por dar confianza é provocar á lo seguir, diciendo (Joan., VIII f): Venid á mí todos. No señala personas particulares El, que no es aceptador dellas, sino á todos en general. Y desta manera llamó otra vez en público y decía (Joan., VII f): El que tiene sed venga á mí, que yo apagaré su sed. Agora llama á los que se sienten trabajados en lo seguir, y se sienten cargados con la enfermedad de la carne que llevan á cuestas; á éstos recrea el Señor con muchas consolaciones, é dice que tomemos el yugo de la subjeción sobre nosotros como cosa preciosa; no lo traigamos debajo de los pies en poca estima, sino sobre nuestros hombros y sobre nuestra cabeza.

Dice que lo tomemos de nuestra voluntad; no nos lo quiere.El poner por fuerza, por no ser El notado de tirano; mas amonéstanos que lo tomemos sobre nos, y que luego por experiencia sabremos cuán manso y blando es de corazón el que tan suave yugo tiene y tan untado, porque no lastime al que lo lleva; de la cual untura é unción de gracia dice el profeta Isaías (Esa., X f): Podrirse ha el yugo por el mucho aceite.

Es tanto el consuelo que sienten los que en las penitencias y aspereza exterior siguen á Cristo, que son constreñidos á decir con David (Psal.): Fengís, Señor, trabajo en vuestro mandamiento; como si dijese burlando: Señor, lo decís, pues que yo no hallo este trabajo ni lo siento. Qué mayor humildad y blandura de corazón que ordenar en tal manera la carga que el mesmo Señor lleve la mayor parte? El yugo dos lo han de llevar, y el que tiene más alto cuello lleva la mejor parte y el mayor peso. Cristo toma primero su parte, el cual según se figura en Saul tiene muy altos hombros (Reg., X d); de lo cual se sigue que El se lleva lo más, lo cual es de muy gran mansedumbre y humildad.

En lo que se sigue dice que hallaremos en el cielo holganza para nuestras ánimas, si aquí trabajaren los cuerpos. Primero prometió recreación, en la cual se entiende la gracia; agora promete holganza, en la cual se entiende la gloria; y porque destas muchas promesas podía alguno conjecturar que los trabajos también habían de ser grandes, por eso, quitando esta sospecha, concluye diciendo que su yugo es suave; é para nos certificar más, repite la mesma sentencia diciendo que su carga es liviana.

CAPÍTULO IV

Del trabajo pequeño á que nos llama Cristo.

No solamente hallando el Señor á los que lo siguen, animándolos á mayores cosas, llamándolos de trabajo al descanso, mas á todos los que trabajan ha llamado para otro trabajo muy menor y de gran fructo. Llamó á los que trabajavan y estavan cargados para que tomasen su yugo, que era sin carga y trabajo, con el cual si aravan la tierra del proprio cuerpo, haciéndole que siguiese á Jesucristo, hallarían mucho fructo. Pues los que trabajáis en los trabajos y fatigas deste siglo que vienen de parte del cuerpo mortal, y las que trabajáis debajo del yugo importable de la ley antigua, y los que trabajáis debajo de la carga de los pecados que está agravada sobre vuestros hombros, y los que trabajáis debajo de los cuidados del siglo, subjectándoos á las cosas temporales, poniendo ambición en las cosas terrenales, deteniendo las cosas que pasan como aire, los que queréis estar y permanescer en las cosas no estables, desear lo que se resvala de entre las manos, todos estos vayan al Señor, dejen estos grandes trabajos é sin fructo, é tomen el yugo fructífero é ligero del Señor; sigan siquiera sus cuerpos á Jesucristo, lo cual es á todo cristiano común para que sus ánimas se gocen.

Demanda un doctor sobre las palabras de la suavidad del yugo una dubda, diciendo que cómo puede ser que el yugo del Señor sea suave, pues en otra parte se dice que es estrecha la vía que lleva al cielo y que pocos van por ella. A esto responde El mesmo di-

ciendo que lo que se comienza en estrechura, con el proceso del tiempo y la inefable dulcedumbre del amor se dilata y ensancha. Así los que comienzan á seguir por aspereza á Cristo sienten al principio estrecho é dificultoso el camino, y la carga se les hace pesada; mas perseverando, todo se vence, y los callos que se engendran quitan mucho del trabajo.

El último bien que se sigue á los que siguen á otro es que cuando llegan hallan aparejada la posada é guisado de comer sin lo haver ellos trabajado. Fué Cristo Nuestro Redemptor delante, no solamente por hacer más fácil el camino, mas por aparejar la posada á sus seguidores; de lo cual no havía menos necesidad que de lo otro; y solamente la apareja para los que lo siguen, por lo cual dijo El á solos los apóstoles (Joan, XIV a): Voy á aparejar el lugar para vosotros, y si fuere y os aparejare el lugar, verné otra vez y tomaros he para mí mesmo, por que donde estuviere yo estéis vosotros.

Habla aquí Nuestro Redemptor como buen compañero, porque en cortesía del que se adelanta cabe que apareje el lugar y la comida; y si no vienen los traseros, sale á darles priesa é á ver si vienen, y no quiere comer sin verlos á la mesa.

Todo esto se incluye en las palabras del Señor; que allende de decir que va á aparejar el lugar celestial dice que verná otra vez y tomará á los que le siguen cuasi en sus hombros por que estén todos juntos á una mesa, de la cual dice el profeta: Vuestro bordón, Señor, me ha consolado; aparejastes mesa delante de mí; ungistes mi cabeza con olio, é mi cáliz embriagador es muy preclaro y excelente, y vuestra misericordia me ha de seguir todos los días de mi vida, para que more en la casa del Señor en longura de días.

En estas palabras hace gracias David al Señor por el socorro que le dió para su camino y por lo que le aparejó para cuando llegase.

Los que son flacos y van por camino deleznable y húmedo han menester un bordón para no caer; al cual después del camino suelen hacer gracias, diciendo que por él han sido librados de muchas caídas, y que también con él han ojeado los perros; lo cual refiere David á Cristo diciendo (Psal. XXII a): Vuestro bordón, Señor, me ha consolado. El bordón de Cristo es la cruz con que El se libró de peligros y pasó el Jordán deste mundo; este da El á todos los justos para ayuda á su camino; del cual á ejemplo de David le harán gracias acabado el camino y llegados á la posada del cielo que El nos tiene aparejada, donde principalmente está la mesa de la gloria aparejada por Cristo, que se llama ministro della.

En lo que dice que le ungió su cabeza, denota la buena cama que tiene Cristo aparejada para los que le siguen, en que descansen, olvidando los trabajos pasados; allí por cierto nunca faltará para nuestra cabeza, que es la parte superior y más alta del ánima, olio de gozo espiritual.

Dice más que el cáliz es embriagador, donde se nota la abundacia de vino de la fruición de Dios. Lo que más desea el caminante es hallar buen vino, ca siempre llega muerto de sed. Los que siguen á Cristo tienen gran sed y deseo de gustar cuán suave sea el Señor, lo cual hallarán allá muy abundosamente; é llámase también preclaro este cáliz por el conoscimiento y lumbre de gran claridad que causa en el ánima de los Sanctos que conoscen á Dios.

Y por que no pensásemos que esto havía de durar á una noche ó poco espacio, como en las posadas terrenas, dice David que la misericordia del Señor lo seguirá todos los días de su vida. La vida de los bienaventurados es perpetua é no se pueden contar sus días; pero en decir todos incluye la eternidad, según dice la glosa. Y nota que la perfecta misericordia de Dios se halla en el cielo, donde aunque podría pagar á los que lo han seguido mostrándoles por breve espacio su gloria, quiere empero que dure para siempre, y en largura eterna de días, que todos serán un día de gloria en la casa de Dios, al cual ni antecederá ni seguirá noche que aparte dellos la claridad de Dios. Allí entera y perfectamente conseguirán los que siguieren á Cristo misericordia dél; no solamente en les dar el premio más de lo que ellos merescieron en intención de gloria, mas que también por su gran misericordia les será su galardón extendido, aunque no haya caído esto debajo del merescimiento dellos; y será este premio tan extendido que carezca de término.

Pues que, según has visto, tanto bien se sigue de seguir á Cristo, con mucha razón te amonesta nuestra letra que siga tu cuerpo á Jesús; no pienses que basta seguirlo en la imaginación, meditando su vida é misterios,

porque aquello no es seguirlo si falta la correspondencia en la obra; por lo cual dice Sant Juan (Joan, II b): El que dice que permanesce en Cristo deve andar como él anduvo. No dice el apóstol deve pensar como él anduvo, aunque sea bueno, sino que deves andar como Cristo anduvo; porque el meditar no es otra cosa, moralmente hablando, sino un pensar cómo seguirás á Cristo; lo cual si no lo pones por obra mejor te fuera no pensarlo, pues que, según dice Sanctiago (Jacob., IV d), por pecado se le cuenta al que sabe el bien y no lo obra.

No te digo esto por apartarte de la meditacion, mas por amonestarte que á la meditación suceda la operación haciendo que siga tu cuerpo á Jesús; no digo que piense tu corporal imaginación á Jesús, sino que lo siga tu corporal operación, porque ya sabes aquel refrán evangélico que dice: *Operibus credite.* No dice que creamos á los pensamientos, sino á las obras. O cuántos hay que creen á sus pensamientos, contentándose en pensar la sacra pasión é no la obran!

Créeme, hermano, é no creas á tus pensamientos por devotos que sean: si cuando viene la ocasión de obrar lo que pensaste no lo haces, tus pensamientos te engañan entonces; por eso para mientes que no seas como Mifiboseth, que se asentaba á comer con David á su mesa (II Reg., XVI a), y desque vino la persecución de Absalón, que el rey fué huyendo, quedóse en Hierusalem, no queriendo ser compañero del trabajo como lo era del descanso y dulce convite. Muchas aves siguen al águila cuando ha de repartir lo que le sobra de su caza, mas al trabajo de la caza sola se halla; así hay muchos que siguen á Cristo en la consolación interior, mas rehuyen padescer con él no qneriéndolo seguir.

CAPÍTULO V

De otra manera de seguir á Cristo.

La segunda manera de seguir á Cristo Nuestro Redemptor de que hace mención la segunda mitad de nuestra letra es más sotil y añade sobre lo que tenemos dicho; onde así como en Cristo hay dos naturalezas, así en dos maneras lo podemos seguir; porque si, como dice Sant Hierónimo, una cosa es imitar á Cristo en cuanto hombre y otra imitarlo en cuanto Dios, también una cosa será seguirlo en cuanto hombre y otra seguirlo en cuanto Dios. E así como imitarlo en cuanto Dios es más que imitarlo en cuanto hombre, así seguirlo en cuanto Dios es más que seguirlo en cuanto hombre. Lo uno es como quien corre y lo segundo como quien vuela. Trabajo es el correr, é no es tanto el bolar é gana más tierra. Nuestro cuerpo corre, nuestra ánima buela; por lo cual dice Job (Job, V b): El hombre nasce para trabajo y el ave para bolar.

Este nuestro hombre exterior, este cuerpo animal, nasce para trabajar y correr siguiendo á Cristo en la manera ya dicha, que es siguiendo su aspereza y penitencia y pobreza en todas las cosas; mas nuestra ánima é parte superior della, que es ave muy ligera, nasce para bolar á la divinidad, conforme á lo que dice la segunda mitad de nuestra letra: E su divinidad tu ánima. Aunque siga tu cuerpo á Jesús, no te des por contento si tu ánima no sigue á su divinidad.

Este seguir la divinidad es cosa grande, de pocos conocida y de menos obrada; pertenece á los varones angélicos, que donde quiera que van buscan á Dios, y traen á Dios delante de sí como ángeles; en figura de lo cual dijo el ángel á Tobías (Thob., II a): Hermano, si te place, vámonos delante y las compañas seguirán de espacio nuestro camino juntamente con tu mujer é con los animales. Hermano de los ángeles ha de ser, así en el oficio como en la vida, el que ha de seguir la divinidad, é más que le ha de placer y agradar este camino.

Por el otro camino primero hemos de ir cuasi aunque nos pese, mayormente los que somos por voto constreñidos; á palos hemos de llevar este nuestro cuerpo harón, mas nuestra ánima, como es grande señora, quiere ser rogada; y así es que el ángel mesmo que la guarda, por secretas inspiraciones se lo ruega amonestándole que le plega dello.

Esta ligereza de camino, este buelo espiritual, no pueden tener las compañías del mundo, ni las mujeres, que son los hombres de temeroso corazón, según el ángel dijo á Tobías; ni los animales, que son los pecadores, aunque siguen de espacio este camino, porque todos desean ir á Dios. Ni en un solo hombre pueden seguir las cosas ya dichas este camino, porque la mujer, que es la carne, es enferma; las compañas de los sentidos tampoco pueden, antes su tropel estorva; ni

pueden tampoco los animales, que son las corporales inclinaciones: sólo el espíritu con las alas del deseo es el que ha de hacer este buelo con que se sigue Dios; del cual seguimiento dice el Apóstol (Phil., III c): Sigo si en alguna manera comprehendiese, en la cual soy comprehendido de Cristo Jesús.

Hermanos, yo no pienso haver comprehendido una cosa; mas olvidando las cosas que están atrás, extiendo á mí mesmo á las que son primeras, y voy á la promesa aparejada al premio de la superva vocación de Dios en Cristo Jesús, pues todos los que somos perfectos sintamos esto.

Muy bien, aunque muy escuramente, ha tocado el Apóstol y dicho deste seguir espiritual todo lo que se puede dél decir. Estava el Apóstol escriviendo é dice que seguía; estava sentado y dice que andava, para nos mostrar que los pies que siguen á Dios no son corporales; que los tales poco pueden correr, mas son las alas del ánima, esto es, sus deseos, los cuales tanto son más intensos y profundamente raigados, ca no han de ser alas fingidas, ni postizas, ni tiernas, porque no bastan.

La glosa interlinear dice declarando la primera razón de Sant Pablo: Sigo si pudiese perfectamente conocer á Cristo, que es la suma bienaventuranza, para lo ver aun agora como es El, pues me ve como yo soy, ó para lo ver en aquella divina claridad que me pareció cuando me prendió en el camino. Esta glosa mucho ha subido el seguir del apóstol, y con mucha razón; porque los que siguen á alguno es para lo conoscer ó tener con él más familiaridad en el camino, y así los que siguen á Cristo en cuanto Dios, es para conoscer á Dios y verle por una alta manera de conocimiento y visión espiritual que satisface mucho al ánima, de la cual dice el Profeta: Seguiremos porque conozcamos á Dios, y venir nos ha así como pluvia que viene á buen tiempo. Sant Augustin glosa aquesta primera razón de Sant Pablo, y parécele que quiso decir: Sigo por ser perfecto posesor de la justicia, pues soy della perfecto viador. Con razón el que es perfecto viador este es perfecto seguidor de la justicia, que está en la primera vía ó manera de seguir á Cristo, que llamamos corporal; pasa adelante é sigue deseando ser posesor, que es cosa de mucha más importancia. Buen viador es el que guarda bien la justicia que Cristo le mandó; empero si éste desea gustar el fructo de aquel trabajo, ya quiere ser posesor, ya comienza á seguir la divinidad de Cristo remuneradora de los trabajos.

Estos que así comienzan á seguir la divinidad de Cristo, en alguna manera se hacen posesores, comenzando aquí á gozar de premio celestial; acércanse al paraíso siguiendo la divinidad, y por ella sospirando; conforme á lo cual dice el Sabio (Eccles., XXIII d): Grande gloria es seguir á Dios, porque dél será tomada longura de días. Grande gloria es seguir á Dios, porque, como dijo Sant Augustín, el que quiere ser posesor ha de ser primero perfecto viador.

Mal me parece querer tu ánima seguir la divinidad de Cristo, si tu cuerpo no quiere seguir su humanidad; lo uno es principio de lo otro; mas si procedes según la orden de nuestra letra, es muy gran gloria; de la cual dice Dios por el profeta Jeremías (Hier., IX g): No se gloríe el sabio en el saber, ni el fuerte en el poder, ni el rico en las riquezas; mas en esto se gloríe el que se quiere gloriar que me sabe y me conosce, porque yo soy Señor que hago misericordia y juicio y justicia en la tierra, ca estas cosas me placen.

En lo que más dice el Sabio (Prov., III b) que de Dios tomará el que lo sigue longura de días, quiere decir que á este tal acercará Dios la bienaventuranza que se llama longura de días, que está en la diestra de Dios. Y este dicho no deve espantar á nadie, pues cabe en cortesía salir á recebir á la persona notable que con deseo de vuestra amistad viene á vuestra casa. Van estos tales á buscar á Dios, é síguenlo é persíguenlo con amor; lo cual El viendo, sálelos á recebir y comiénzales á dar lo que demandan con tanto ahínco, porque según está escripto (Eccles., IV b), la sabiduría inspira vida á sus hijos, é recibe á los que son en la buscar solícitos, y va delante dellos en la vía de la justicia; y el que la ama es amador de la vida, y los que madrugaren á ella abrazarán la suavidad della.

Acuérdome que estando una vez hablando con mi maestro espiritual de algunas cosillas que á mi ánima tocavan, venimos á hablar de la atención y devoción que havía de tener el varón devoto en el oficio divino; é para me provocar, y á mucha instancia mía, díjome que eran tan grandes los gustos que él sentía en

las laudes y alabanzas de Dios que se cantan después de maitines, que le pareció una vez que no estava dos dedos del cielo, y que el tiempo de las laudes no se le hacía un soplo, y que deseava que nunca se acabasen.

Esto es conforme á lo que hemos dicho de acercarse el paraíso á los que siguen al Señor del paraíso, al cual este varón de que hablo seguía en esta última forma de que hablamos más havía de cuarenta años; y aun siendo muy viejo, no dejava de seguir también su cuerpo á Jesús en grandes trabajos é penitencia en la vejez, donde otros piensan ya ser jubilados y exentos de ayunos é trabajo.

CAPÍTULO VI

En que se prosigue lo de Sant Pablo.

En la segunda razón dice Sant Pablo que no piensa él haver comprehendido una cosa; y esta cosa es aquella mayor que todas las otras, de la cual dice David (Psal. XXVI): Una cosa pedí á Dios; ésta buscaré. Parecióle á Sant Pablo que havía dicho de sí mucho, según su humildad, en decir que seguía á Dios por la manera ya dicha; y en esta razón segunda cuasi se quiere reducir á estado de principiante en la tal manera de seguir.

Y que este seguir á Dios sea cosa grande parece por aquello que dice el Sabio: Qué cosa es el hombre para que pueda seguír al rey hacedor suyo? Sin dubda es gran cosa seguir á Dios; por lo cual templa el apóstol su decir y danos forma para lo imitar, diciendo: Que olvida las cosas que están atrás, que son, según Sant Ambrosio, los primeros merecimientos; é las cosas que llaman primeras son las cosas celestiales, á las cuales se extendía con gran deseo.

Para entender bien esto es de saber que los que caen en esta segunda é perfecta manera de seguir á Dios hallan en ella tan buen camino, tan fresco é deleitable de divinas consolaciones, que luego juzgan por nada todo lo pasado, y tiénenlo cuasi por un trabajo perdido; y dejándolo todo, danse á aquello en que mejor se hallan. Para que éstos acierten han de mirar bien las palabras de Sant Pablo, el cual no dice que dejó las cosas pasadas, sino que las olvidó; esto es, según dice la glosa, que no las tuvo por tan meritorias; porque, generalmente hablando, los ejercicios corporales no son meritorios como los espirituales, mas no son por esto de dejar, si juntos se compadescen para que en ellos se humille más el ánima.

En lo que más añade el Apóstol nos muestra cómo de cada día extendía su deseo al mesmo bien que le estava aparejado, sobre lo cual dice Sant Augustín: La vida del buen cristiano no es sino un sancto deseo; y lo que deseas, aún no lo ves; mas deseando, eres hecho capaz para que cuando viniere lo que has de ver seas lleno; porque dilatando Dios la cosa extiende nuestro deseo; y deseando, extiende el corazón; y extendiendo, hácelo suficiente. Deseemos, pues, que hemos de ser llenos: esta es nuestra vida; que deseando, seamos ejercitados; é tanto nos ejercitará el sancto deseo cuanto cortáremos nuestros deseos del amor del siglo.

En la postrera razón amonesta el Apóstol á todos los que siguen la vía de la perfección sentir este negocio; en la cual palabra muestra que es cosa que pertenesce á perfectos, no á imperfectos; y que se ha de sentir esto más que no hallarse, porque puédese bien sentir, y no se puede bien hablar.

Dos causas me movieron á poner esta letra en este tercero Alfabeto. La primera fué porque he conoscido á muchos que seguían la via de la sacra Pasión conforme al primero Alfabeto; é dejándola, comenzáronse á ejercitar en este otro negocio, en el cual si no les via tan bien como ellos querían ó pensavan, luego lloravan lo pasado y se llamavan errados por haver dejado la sagrada pasión y haverse metido en cosas que no se entiendan.

Desta mudanza é del gran miramiento con que se ha de hacer se dirá en otra parte; agora solamente se da remedio á la ya hecha, y el remedio se incluye en la presente letra, que da por consejo á los tales que en recompensación de haver dejado de seguir con el pensamiento la sancta pasión, la sigan con el cuerpo aplicándose más que solían en lo exterior á la sacra pasión, sufriendo por honra suya todo el mal que se le ofresciere y conformándose con ella lo más que pudiere; y en lo de la oración mental siga el ejercicio que ya ha comenzado; y si desta manera lo hace, sepa que no ha perdido nada, sino que antes le irá mejor que solía si en esto para mientes.

La otra causa é más principal al que me provocó á poner aquí esta letra es porque muchos hay que en hallando gusto de las co-

sas espirituales luego dejan las penitencias y asperezas que antes hacían. Creo que lo hacen pensando que no podrán á todo, ó que todo no se podrá compadecer, ó porque piensan ser lo primero de poco merecimiento, ó porque dicen que les basta el meollo ó tuétano sin tener la cáscara, ó por evitar la vanagloria que de las obras exteriores se suele seguir, ó porque quieren guardar sus fuerzas para las ejercitar en lo que más les aplace, y porque del todo es su voluntad dejar lo primero y tomar lo segundo.

Para contradecir todas estas razones hemos de presuponer que hablamos con personas que desean y quieren tener la mayor perfección que pudieren haver. Y más se ha de presuponer que ninguno en la vida presente de los puros viadores alcanzó tal grado de perfección que dijese no poderse alcanzar mayor. Quito á Nuestra Señora, de la cual lo conceden muchos; mas todos los otros pueden de cada día más aprovechar en sí mesmos, mientras en ellos durare el libre alvedrío. Onde la glosa dice en este mesmo capítulo de que hemos hablado, sobre aquella palabra de Sant Pablo: No que ya sea perfecto. Ninguno de los fieles, aunque haya mucho aprovechado, diga: Bástame lo que tengo; porque el que dice aquesto sale del camino antes del fin, por lo cual el apóstol se excusa de la manera que tuvo en el hablar, é confiesa él aun no haver alcanzado la perfección, diciendo: No que ya haya recebido yo la perfección del merecimiento.

Tornando á hablar con los que se contentan en ejercitar la segunda mitad de nuestra letra, dejando lo primero, que es seguir su cuerpo á Jesucristo, ellos se pueden excusar diciendo que la mucha carga los puede derribar; y que más vale un puñado con reposo, que llenas entrambas las manos con aflicción del ánimo. Esta respuesta se llama pusilanimidad de espíritu, de la cual desea ser librado David cuando ora al Señor, diciendo (Psal. LIV): Quién me dará alas así como de paloma, y bolaré y holgaré? veis que me aperté huyendo é permanescí en la soledumbre, adonde esperava á aquel que me hizo salvo de la pusilanimidad del espíritu y de la tempestad. El temor donde no hay que temer y la poquedad y la flaqueza del corazón daña á muchos que para las cosas espirituales havían de ser muy magnánimos.

Deseava David para seguir á Dios alas, no de otra ave sino de la paloma, que es muy amorosa; y desque á su ánima fueron dadas, desque boló en perfección alta y halló alguna quietud dice: Veis que me aparté huyendo. Aquel verdaderamente sigue á Dios que huye del mundo, que huye de los hombres y de toda criatura é mora solo, el cual deve esperar que Dios le dé esfuerzo para no dejar lo uno por lo otro, sino ser como aquel esforzado capitán Ayot (Judic., III b), cuyas manos entrambas eran derechas, ni tenía menos fuerza ni era menos osada la una que la otra.

Usa, según dice nuestra letra, á dos manos siguiendo el cuerpo á Jesucristo, y el ánima su divinidad; sean entrambas manos derechas, no menospreciando lo uno como cosa menos buena; pues que somos más obligados á lo primero que á lo segundo, y cae más debajo devoto lo primero que lo segundo. A Dios devemos el corazón y á los hombres el buen ejemplo; con todo tenemos de cumplir.

No admita ninguno tan gran error en sí que diga no poderse compadecer lo uno y lo otro, porque el reino de Dios que mora en nosotros no está en comer ni en bever, ni es comer ni bever; recrear el cuerpo pertenesce á mundanos; castigarlo y reducirlo á que sirva al espíritu pertenesce á los siervos de Dios; y cuanto más come el ánima, tiene menos necesidad el cuerpo, y si la tuviere, darle manjar como á siervo legumbres y cosas viles é que no cuesten dineros, según se lee en el primer capítulo de Daniel. Lo demás conozca ser vicio y falta de espíritu; é llamen á Dios con David, diciendo: Líbrame, Señor, de mis necesidades.

Si decís que tenéis el meollo y no queréis la cáscara, devríades conoscer que lo uno sin lo otro muy poco tiempo se puede conservar; é que, pues Dios nunca hizo fruta que no tuviese de lo uno y de lo otro, señal es que quiere que todo lo tengamos. Si evitais lo exterior por excusar la vanagloria, carecéis de conocimiento; pues que aun no sabéis dar á Dios todo lo que es suyo, cuanto más que la vanagloria que derriba no se funda en lo público, sino en lo secreto, como en cosa de más importancia. Y finalmente, si no queréis seguir la paciencia, no mostréis fingido espíritu, el cual si verdaderamente gustásedes os sería desabrida toda cosa carnal de blandas vestiduras y lechos y comeres é beveres de-

licados; los cuales si predicando el espíritu seguís, mostráis repugnancia en la obra y en la palabra, más ofendéis á Dios por una vía que lo servís por otra.

CAPÍTULO VII

De cuán diferente sea nuestra perfección y la de los antiguos pasados.

Desque yo pienso en la sanctidad de nuestros antecesores y en la de los presentes, parésceme que de todos los estados juntos se podría hacer otra estatua como la que vido Nabucodonosor (Dani., II a), cuya cabeza era de oro, los pechos de plata, el vientre de cobre, las piernas de hierro, los pies de hierro y de barro.

La cabeza de oro fué el estado de la primitiva y nueva Iglesia, cuya santidad era perfectísima, así como el oro es perfecto metal. En los brazos y pechos de plata se da é entender el segundo estado, que fué después de los apóstoles, los cuales siendo muy puros y limpios sonaron por la predicación del Evangelio é abrazaron todo el mundo.

El tercero estado fué el de los mártires, figurado en el cobre, que es metal muy paciente y que sufre muchos golpes.

El cuarto estado de hierro fueron los doctores que con gran fortaleza y ligereza persiguieron á los herejes; agora hay una manera de santidad que, allende de no hacer fruto en la Iglesia ni dar ejemplo de sí, junta el hierro de la fortaleza del espíritu y el barro de la flaqueza humana, siendo cosas muy contrarias la carne y el espíritu; y dicen que la relajación y la devoción han de morar juntas como sean más enemigas en toda buena costumbre, que no el hierro y el barro en el ser de naturaleza para se juntar.

Hay algunos que se dicen ser espirituales tan engañados en esto, que totalmente se apartan y huyen de los que les amonestan pobreza y aspereza; y lo peor es que ellos tienen á los otros por personas que no gustan las cosas del corazón, ni que han alcanzado la libertad del espíritu, mas que se detienen en las cosas que pertenescen á los principiantes.

A los que dicen esto, ruego que miren el nono capítulo de Sant Lucas, donde escrive de Cristo. Decía Jesús á todos (Luc., VI c): Si alguno quiere venir en pos de mí, niegue á sí mesmo é tome su cruz cada día, y sígame. A todos decía el Señor, no solamente que negasen á sí mesmos y á sus paresceres y á sus deseos y voluntades, mas que tomasen su cruz, y ésta cada día, y lo siguiesen.

En el negamiento incluye el Señor la penitencia y trabajo interior; en la cruz, el exterior; lo uno y lo otro es menester; no se contente nadie con la una cosa, pues Dios las manda entrambas, ni piense alguno que no decía á él, pues que, según dice Sant Lucas, con todos hablava; ni señale nadie para esto tiempo, pues que el Señor dice que ha de ser cada día; no te dé nadie de cabeza, mas subjete á la Escriptura y á los sanctos, conociéndose por menos virtuoso; no des lugar al regalo ni creas á quien te lo aconseja, sino esfuérzate á padecer algo por Dios; y aunque hayas bolado en sanctidad, procura de hacer alguna penitencia más que tus hermanos en lo que pudieres, ó en el vestido que sea vil ó áspero, ó en el comer que sea poco y grosero, en la cama que sea pobre y dura; y esto de tal forma, que castigues tu cuerpo según dice Sant Pablo, y no lo mortifiques.

Y si por tu flaqueza ninguna cosa destas pudieres hacer, no las dejes de alabar en los otros; y tú toma el consejo de Sant Buenaventura, que te amonesta dejar las cosas deleitables que lícitamente pudieras usar, así como son las frutas y otras golosinas que comen los que biven á rienda suelta. So color de bivir sano, mira que no des crédito á todo físico, porque siempre verás que los que se dan mucho á los físicos tienen menos salud é menos penitencia; é tú no tengas por tema de nunca enfermar, mira que los reyes enferman; y pues los médicos é la cumplida provisión en ninguna manera bastan para defender á los grandes señores que no enfermen, tú no seas tan atrevido que pienses bivir siempre sano, porque ese intento te apartará de hartos bienes que dejas de hacer por miedo. Si enfermares, curarte han; y en la enfermedad aprenderás á te compadecer é ganarás los bienes que ganaron los santos estando enfermos.

No te acontezca incurrir en una enfermedad por guardarte de otra; ni se te haga de mal sufrir siempre alguna, pues te traerá muchos bienes si le haces buena compañía teniendo paciencia; empero deves huir mucho la enfermedad que no te dejare orar, porque ésta es la peor de todas. Y aun la mesma salud, si te estorva de orar, es muy mala para ti, que de-

ves amar todo lo favorable á la oración y aborrrescer todo lo contrario. Empero, según dicen todos los médicos, no hay cosa que tanto conserve la salud como guardar la boca de toda demasía, ca por la mayor parte entran por allí todas las enfermedades su poco á poco; y el religioso deve tener por regla de medicina guardarse de comer ni bever fuera del refitorio á sus tiempos con la comunidad, y templarse mucho en las cenas si quiere vivir sano.

Tornando al principal intento de la presente letra, para mientes que no seas sancto de pie quebrado, sino que te ordenes de tal manera que puedas seguir á Cristo en lo de dentro y en lo de fuera; y en tal manera deves mirar esto que, como dice Gersón, si para no poder las fuerzas fuere menester desechar algunas consolaciones interiores, lo deves hacer, conosciendo que eres vaso enfermo y no puedes rescebir tanto como querrías, ca la mucha miel te puede hacer mal; y conoscerás esto que digo si miras cuán mal paresce la relajación en los devotos que para de razón habían de dar ejemplo á los otros; y por un poco de gusto que han rescebido de Dios dicen que no pueden estar en pie y piden regalos, lo cual viene de no se querer esforzar á todo.

Tú, si quieres ser el que deves mira que has de llevar á Cristo con las vírgines prudentes, lámpara de perfección exterior é olio de perfección interior; no seas como las locas, que se contentaron con lo uno solo. El que tiene vil vestido y manjar grosero, é falta en otras cosas, y la cama áspera, y mal calzado, y semejantes asperezas, piense que tiene lámpara y que le falta lo más necesario, que es el aceite, si no siente en su ánima la devoción entraña, que la torne blanda y benigna é dulce al Señor; y por eso en cada cosa de aspereza é penitencia que hiciere diga á sí mesmo: Ya, hermano, da gracias al Señor que no te falta todo; lámpara tienes, sé solícito en buscar aceite de devoción para ella, porque merezcas entrar según conviene á las bodas celestiales. E si quieres hacer presto este aceite claro é dulce y blando de la devoción, deves seguir á aquel que está enjerido é supositado en la buena oliva de la divinidad, porque él te infundirá como á otro Job (Job, XXIV a) arroyos de aceite, el cual si tú perseveras en lo seguir nunca faltará en el vaso de tu corazón mientras durare la esterilidad en Israel, según la palabra de Dios; y más, que podrás tú por tu doctrina é industria henchir los vasos, que son los corazones vacíos de tus vecinos, como la huéspeda de Eliseo (III Reg., XVII c), para que así crezcas é multipliques é hinchas, no la tierra, sino el cielo; ca propriedad es del aceite subir á lo alto, haciéndonos para seguir al varón celestial Cristo dejar las cosas terrenas, para mejor bolar tras él, que como águila muy ligera nos provoca con las obras de sus ejemplos y con el pico de su doctrina á en tal manera lo seguir, que todo nuestro hombre interior y exterior sea hecho sano en el sábado de la holganza, que es el recogimiento, en el cual así hemos de seguir con encendidos deseos y pasos del corazón su divinidad, que no dejemos por negligencia los pasos de su humanidad, que son las obras de penitencia y aspereza.

EL TRACTADO DIEZ É OCHO

NOS AMONESTA BUSCAR A DIOS DENTRO EN NOSOTROS MESMOS, DICIENDO: TORNA MUCHO SOBRE TI EN SILENCIO Y ESPERANZA.

Como la vida del hombre no se deva ordenar á otro fin sino á buscar á Dios, del cual salimos para tornar á El, cosa necesaria es que paremos mientes é oigamos con atención aquel mandamiento que á todos los hombres impone Cristo, diciendo (Mat., IV f): Buscad primero el reino de Dios é su justicia, é todas las cosas os serán añadidas.

Cosa es de admiración pensar que tenemos necesidad de muchas cosas, como el mesmo Señor dice en este capítulo, y que no nos mande buscar sino una; en lo cual nos da á entender que El terná cargo de nos dar las otras si nosotros buscamos con estudio esta sola; y con esta condición, para nos provocar á lo principal, dice que todas las cosas nos serán añadidas como menos buenas que lo primero.

Mostró también aquí el Señor que ninguno, caresciendo dél, posee devidamente cosa alguna; porque como todas las cosas sean añadeduras de Dios, y lo sigan como á Señor y Criador suyo, claro está que faltando El no deven quedar ellas; lo cual quiso el Señor

ejemplificar en las avejas, que en faltando el rey desamparan la colmena y lo van á buscar para morar con él.

Gran utilidad sacarian desta consideración los mundanos, si parasen mientes que no son merecedores de ninguna cosa estando en pecado mortal, ni de un jarro de agua, ni de un pedazo de pan, sino que en pecando havía de ser echado con las bestias del campo, como Nabucodonosor. Y esto aunque se hoviese de convertir mañana se devía hacer hoy; ca no sería razón que entretanto se mantuviese de los bienes del Señor el que, no sólo cesa de lo servir, mas también lo ofende.

Si el que no trabaja no deve comer, según dice el Apóstol (II Tes , III b), menos devría comer el que deshace lo hecho ó lo torna al revés de como devía estar, según lo hace el pecador, que no sólo peca por omisión mas aun comete nuevas obras llenas de disformidad y á la voluntad de Dios contrarias.

Bienaventurado es el justo aunque sea señor del mundo y se vista de oro, que todo lo meresce y no es todo sino una añadidura que le dan con Dios; é los ángeles lo sirven é acatan viendo que Dios está en él; donde todas las cosas no las crió Dios sino para los escogidos, aunque por su gran largueza permite que también los otros gocen dellas; y no quiere luego en pecado castigarlos, quitándoselas, aunque las descomulga é aparta de sí diciendo: No comunicaré con los hombres que obran maldad.

Tornando á lo primero, no te deves maravillar por que llame mandamiento aquel dicho del Señor (Psal. CXL), pues que no sólo nos lo manda el Hijo de Dios en la ley evangélica, mas el Padre eterno en la ley de naturaleza imprimió también aquella razón en nuestra ánima, mediante la cual nuestra sindéresis é alta razon desea siempre las cosas mejores, aunque nuestra mala liberalidad contradiga; y también dice Salomón (Eccles., 1 b) que los ríos tornan do salieron, para que se conjecture que los hombres deven hacer lo mesmo, porque, según dice Boecio, todas las cosas se gozan en su buelta; así que de ley natural está que nuestro espíritu torne al que lo dió, buscando el reino de los cielos; mas empero el mesmo Rey de los cielos, que es Cristo, quiso explicar más esto en el evangelio, diciendo que buscásemos con el reino su justicia, porque el reino sin la justicia no se halla, antes se pierde sin ella, aunque cada uno sea naturalmente el deseo del sumo bien.

Hay algunos que son como el enfermo, que deja lo que le aprovecha y busca lo que le daña por la mala disposición que le ha sobrevenido; y desta manera los mundanos buscan honras y valer, posesiones é riquezas, deleites é bienandanzas, dejando á Dios su salud. A estos acontesce lo que á Saul cuando buscava las asnas de su padre (I Reg., IX a), que trabajó mucho y gastó lo que llevava y no halló ninguna después de buscarlas por cinco regiones, antes él temió perderse buscando lo que no hallava.

E si algunos de los mundanos cumplen sus deseos hallando lo que deseavan, acontéscenles como á los mochachos con las mariposas que van siguiendo, y en tomándolas se les deshacen entre las manos; é si algunos permanescen en el cumplimiento de sus voluntades, suele ser muy poco tiempo, á ejemplo de Jonás, que no duró sino un día en su placer, ca luego se comenzó á carcomer la yedra verde que le hacía sombra (Jonás, IV c), y quedóse al resistero del sol que lo asava bivo; y desta manera los malos bivos son atormentados del fuego del mal deseo que encendió el vicio con que se pensaron satisfacer; porque el apetito no se harta, sino despiértase é provócase á más mal siendo puesto por obra el mal deseo; ansí que agora arde en sus cuerpos el fuego maligno, y después de muertos arderán en él sus ánimas hasta el día del juicio, donde, tornando á tornar sus cuerpos, comenzarán de refresco á emprenderse como yesca enjuta.

Pues que ansí es, busquemos á Dios mientras puede ser hallado, ca no trabajaremos en vano ni mucho, según la excelencia del reino que hemos de hallar; la cual será tanta que en su presencia seamos constreñidos á decir con la reina de Saba (III Reg., X): No creía por entero lo que me decían hasta que vine yo mesma é vi por mis ojos é prové que la mitad no me havía sido dicha.

En este buscar del Señor á que somos obligados hay gran diferencia entre los que lo buscan, por ser la manera de lo buscar diversa, aunque no lo sea la del hallar ni lo que hallan; ca unos buscan al Señor con los pastores en el pesebre por humildad y pobreza, otros con los reyes preguntan á los letrados siguiendo el estudio de la Sagrada Escritura, otros con Nuestra Señora van al templo á lo

buscar por oraciones y ofrendas, otros lo buscan peregrinando en romerías, como los dos discípulos á quien se mostró en forma de peregrino.

Estas y otras maneras suelen tener de buscar á Dios los que lo desean; el cual es tan cortés y benigno, que por quitar de trabajo á quien lo busca sale á recibirlo á todos por doquier que vayan á El, consolando á cada uno en la virtud á que por El se aficiona, y dale allí recreación espiritual y contentamiento que satisfaga el deseo del que lo buscava, aunque no sea sino en hacer un pequeño bien por su amor, el cual sale Nuestro Señor á recebir los brazos abiertos, como si dél tuviese mucha necesidad; y por esto se dice de la sabiduría increada (Sap., VI c): Fácilmente es vista de los que la aman y es hallada de los que la buscan; anteviene á los que la desean para que se les muestre primero.

Dícese que Dios anteviene á los que lo desean, porque les da la gracia primera, que se llama preveniente, con la cual lo buscan, y muéstrase primero porque la da más por su misericordia é divina predestinación que no por la merescer ellos.

Aunque todas las maneras ya dichas é otras semejables de buscar á Dios sean muy buenas, empero la que me paresce mejor es buscarlo hombre en su corazón dentro de sí, porque escrito está (Eccles., LI c): En mí mesmo hallé mucha sabiduría, é mucho aproveché en ella. Y el Señor dice (Luc., XVII e): Mirad que el reino de Dios está dentro de nosotros.

Si dentro de nos está parece tardanza y rodeo salir fuera á buscar, apartándonos é distrayéndonos por las cosas de fuera, sino que á ejemplo de la Magdalena tornemos muchas veces al sepulcro del corazón, aunque se aparten los discípulos é las otras mujeres. Magdalena quiere decir magnífica, y es nuestra voluntad, que magnifica y engrandesce á Dios. Esta deve tornar muchas veces al sepulcro donde Cristo huelga después de los trabajos de la pasión, que es el corazón de aquel por quien murió. Los discípulos son nuestros cinco sentidos, que se apartan de este ejercicio, ca no los alcanzan. Las mujeres son la imaginación y la fantasía y la memoria sensitiva que no son menester. Quien más permanesce es nuestra voluntad, que como otra Magdalena sospira y espera hallar lo que perdió, é torna otra y otra vez al mesmo lugar, que es el corazón, lo cual amonesta nuestra letra diciendo: Torna mucho sobre ti en silencio y esperanza.

Pues que el Señor dice que llamemos y abrirnos han, y nos dice do hemos de llamar, bien será que llamemos en su casa más cercana, que es nosotros mesmos; porque aunque su Majestad tenga muchas casas, en ésta más cercana á nosotros lo podemos hallar más ligero sin andar cercando lugares ni casas devotas, ni provincias, pues que do quiera que el hombre esté deve tornar sobre sí para hallar á Dios; lo cual amonesta el Sabio diciendo: Beve el agua de tu cisterna y los arroyos de tu pozo.

En estas pocas palabras ha hecho el Sabio mención de cisterna, pozo y fuente, y lo uno es más que lo otro, ca el pozo es más que la cisterna, y la corriente es más que el pozo; y según esto muestra tres estados de personas: los principiantes tienen cisterna, los aprovechados pozo que mana, los perfectos tienen corriente para comunicar á otros, y á estos tales pertenesce lo que más dice el Sabio en el mesmo lugar, y es derivar las fuentes fuera é dividir las aguas en las plazas.

Es también de notar que no sin misterio ordenó el Sabio de aquella manera las palabras dichas, aunque al parescer humano no parezcan bien ordenadas, ca nunca de la cisterna se suele hacer pozo ni corriente; porque la cisterna recoge el agua que llueve y de sí mesma no suele tener agua; mas el corazón humano de sí mesmo tiene natural inclinación á la gracia del Señor é á la devoción.

Es, empero, menester que llueva primero sobre él la gracia soberana, ca de otra manera es como tierra sin agua aparejada para ser cisterna y recoger el destello y rocío que le fuere enviado, el cual puede tan bien resecebir é conservar que se haga pozo; porque así se despierta el apetito natural que el ánima tiene á Dios, y el aliento que tiene en sí de la devoción entrañal que antes estava seca y amortiguada.

Ejemplo desto se podía dar en el yelo, que si no viene sol ó agua sobre él se suele tornar cristal tan duro que dél se pudiese labrar una cisterna. Empero si no se tardase mucho el sol ó la pluvia, deshilarse hía é podríase hacer pozo é aun fuente en aquel lugar si fuese húmedo. Cuasi desta manera el ánima que no está muy endurecida ni desesperada, aunque parezca cisterna seca y disipada, puede

rescebir el influjo y el agua limpia que el Señor la envía, si torna sobre sí, para que así se abive é despierte su natural deseo y se haga pozo que resciba por ser el corazón profundo mucha gracia, y que él pueda manar y producir de sí amor de Dios y devoción, y esto ha de crecer hasta que se haga en él una fuente de agua biva de devoción entrañal, que salte y suba hasta la vida eterna; de donde le vino el favor de la gracia eterna, tornándose al principio de do salió, y esto se hace tornando el hombre sobre sí para dende sí mesmo subir á Dios; ca ninguno puede subir á él si primero no entrase dentro en sí; é con cuanta más fuerza ó más profundamente entrare, tanto subirá más alto, porque el que se humilla desta manera es ensalzado, y le acontece como á la pelota, que tanto sube más alto cuanto da mayor golpe consigo en tierra, y como el agua, que abajando toma fuerza para subir, é como á los que saltan en alto, que primero se abajan un poco repriméndose sobre sí para mejor subir en alto.

CAPÍTULO II

De cómo esta letra se aplica á los que comienzan y á los aprovechados.

Si á los principiantes aplicamos esta letra, pues dellos se hizo mención, querrá decirles que tornen sobre sí tomando ánimo é bolviendo á la pelea, no dándose por vencidos aunque se vean muy fatigados en este desierto.

Paren mientes los que comienzan que todos los principios son dificultosos, é que siete veces mandó Elías (III Reg., XVIII g) á su discípulo que contemplase la mar antes que lloviese, y hasta la postrera vez no pareció rastro de pluvia; ca primero conviene mirar la vida pasada muchas veces y derramar lágrimas amargas de dolor, para que después gocemos de las dulces y celestiales, que no se dan de ligero sin que primero tengamos el silencio que, según dice una glosa sobre Isaías, se toma por la paciencia, y á la paciencia que á los tales es necesaria se ha de juntar la esperanza de salir con algo mediante Dios, ca esta obra no es de hombres, ni sus fuerzas dellos bastan á esto, si el Señor no extiende su mano para hacer silencio, por que oigamos á su Majestad, según aquello (Act., XIII c): Levantándose, con la mano anunciava solemnemente silencio.

La mano de Dios es su favor que nos hace tener quietud é oir lo que El sin ruido de palabras habla á nuestro corazón, según aquello del psalmo (Psal. LXXXIV b): Oiré lo que hablare en mí el Señor Dios, porque El hablará paz sobre su pueblo, y sobre los sanctos suyos, sobre aquellos que se convierten al corazón.

Otra traslación dice en este lugar que habla Dios paz sobre los que se tornan á El, dando á entender que es tanto tornarse hombre al corazón como tornarse á Dios, pues para esto se recoge y torna sobre sí. No pueden entender cuán buena sea esta letra sino los aprovechados en este ejercicio, y éstos de verdad tornan mucho sobre sí, porque tienen muy gustado á Dios que los adormece é quieta obrando paz en ellos, porque esta es su habla de paz, ca el habla de Dios obrar es de mucha eficacia. Entre nuestra palabra é nuestra obra hay mucho; mas entre el hablar é obrar de Dios ninguna cosa media, porque su palabra dél tiene todo poder, y á El es tan fácil el obrar como á nosotros el hablar, y aun mucho más, porque nosotros no podemos hablar sin que recibamos alguna mucha mutación, y Dios permaneciendo inmutable obró todas las cosas.

Tienen los aprovechados una manera de obrar dentro de sí espiritualísima, que se hace con sólo tornar hombre sobre sí y estar consigo mesmo; de la cual operación se puede decir aquello del Apóstol (II Tes. III, c): Rogamos en el Señor Jesucristo que obrando con silencio coman su pan. Estos tales más obran en Dios que en sí mesmos, el cual les es pan de cada día, que más les pone hambre que fastidio. Lo que más deben hacer éstos que obran en tornando sobre sí es guardar silencio de corazón para comer más en paz, y luego abivar la esperanza de más gustar su gracia; ca estas tres cosas deben hacer: lo primero tornar sobre sí del descuido que tenían, y parando mientes al corazón, callen de dentro, y guarden profundamente aquel divino silencio que guardavan los discipulos con el Señor después de resucitado á la ribera del mar (Joan., XXI d), y lo tercero remueven en sí actualizando é abivando la esperanza de su gracia, para que puedan decir (Psal. IV b): En paz y en él mesmo dormiré y holgaré, porque tú, Señor, singularmente me constituiste en esperanza.

Conforme á esta letra pone Isaías cuasi lo mesmo cuando dice (Esa., XXX d): Estas cosas habla el Señor Dios sancto de Israel: Si os tornáredes é tuviéredes quietud, seréis salvos; en silencio y esperanza será vuestra fortaleza. En mucha estima tuvo Isaías estas palabras, pues quiso antevenir á los que las oyesen apropriándolas al Señor Dios sancto de Israel, de lo cual no havía necesidad, pues sabemos que El habla por la boca de sus profetas; empero quísolas encarescer de aquella manera por nos avisar que aquellas palabras hacían más nuestro caso y eran más de notar entre otras muchas que el Espíritu Santo le inspirava, por que así las imprimiésemos más en nuestra memoria.

Este silencio de que habla Isaías dice la glosa interlineal que ha de ser en reposo, y que la esperanza ha de estar muy fija en Dios, porque según dice Hieremías (Hier., III c): Bueno es esperar con silencio la salud de Dios. La letra que antepone Hieremías á esto en su tercero Abecedario quiere decir barrer ó alimpiar con escobas, porque este silencio con que callamos delante de Dios, que sabe lo que hemos menester, no es sino como un alimpiar la casa de su morada, lo cual debemos hacer á ejemplo de David que dice (Psal. LXXVI b): Estava meditando de noche con mi corazón, y ejercitábame y barría mi espíritu.

La meditación, según dice Ricardo, tiene su intento en una cosa con perseverancia, y podríamos decir que hay dos maneras de meditación: la una tiene intento á cosa criada y la otra á cosa increada, como es aquésta de que habla aquí David; y esta segunda meditación será una aplicación vehemente del corazón á Dios con intento á solo él. Esta meditación no trata cosas que se puedan platicar; é por esto no dice David lo que meditava, mas dice que era de noche, la cual en otra parte dice que es su alumbramiento en sus deleites, y esto porque en este secreto recogimiento y aplicación del intento á solo Dios se deleita secretamente el ánima por una manera muy manifiesta á sí mesma, y de aquí la llama alumbramiento, y porque no puede explicar ni declarar esto á otros, la llama noche.

Dice más David: que meditava con su corazón; porque la meditación que se ocupa en las cosas criadas es en el corazón; empero ésta más alta es con el corazón que todo se aplica á Dios. De lo cual se podía poner ejemplo en el pobre que callando se pone delante del rico, mostrándole su necesidad más por obra que por palabra; y también se pone ejemplo en el perrillo que se pone delante la mesa muy bivo é muy atento coleando, alzada la cabeza, que parece todo él por obra demandar lo que ha menester. Y no te maravilles que compare el orador al perrillo, porque, si bien miras en ello, apenas hay cosa que más declare aquesta manera de orar, ca no sin misterio dijo la Cananea, gran oradora, que los perrillos comían de las migajas que caían de la mesa de sus señores. Y pára mientes que el perrillo cuando está á la mesa se pone muy atento é bivo, que parece querer saltar en ella; y allende de la atención suele dar una manera de gemidos para que miren lo que demanda; y desta manera cuando tú te llegares á la mesa de la oración que Sant Francisco llama tabla redonda de sus frailes devotos, y en la Scriptura se llama mesa purísima que está muy proveída delante del Señor. Cuando te llegares á esta mesa donde cena el Señor con los suyos, dejando como el perrillo todas las otras cosas, ven con gran codicia y deseo como otro Daniel (Dan., IX); é á manera de perrilló todo tu hombre interior y exterior has de ordenar con gran atención é bivez al que está sentado en esta mesa, que es Dios; é has de guardar silencio, que es muy anejo y conviene mucho á la mesa; é si no te dieren luego lo que demandas, levántese ó álcese la esperanza con algún gemido y boz secreta de corazón, que callando por palabra demanda por obra, ca escripto está que no afligirá Dios de hambre al justo.

Lo que más dice David es que se ejercitava, porque este negocio quiere uso, y barría su espíritu, lo cual declarando la glosa dice que purgava su ánima; y tanto que ningún polvillo de pensamiento humano quedase en ella que con el manojo de los sanctos deseos, que son la escoba, no fuese de allí lanzado.

Las cosas ya dichas quiso también sentir el abad Isaac declarando la manera con que Cristo nos manda orar en esta forma: Dentro en nuestra cámara suplicamos cuando quitamos nuestro corazón de todo ruido de pensamientos y cuidados totalmente, y en una manera secreta é familiar decimos á Dios nuestros ruegos. Oramos cerrada la puerta cuando encogidos los labios con todo silencio suplicamos al escudriñador no dé las boces sino de

los corazones. Oramos en escondido cuando solamente con el corazón y con atenta ánima á solo Dios manifestamos nuestras peticiones; en tal manera que ni las adversas potestades puedan conoscer la manera de nuestra petición, por lo cual es de orar con sumo silencio.

CAPÍTULO III

De cómo la ejercitan los perfectos.

Los perfectos más altamente tornan sobre sí; su silencio es de otra manera más perfecta y eficaz; la esperanza déstos más fuerza tiene é dura más en el ánima, pensando hallar tras cada paso lo que desea.

Cosa dificultosa es dar á entender la diferencia en que estos terceros exceden á los segundos. A los segundos se dijo que tornasen sobre sí al corazón de los descuidos y vagueaciones, para que pudiesen tener silencio espiritual en que esperasen la gracia del Señor; y á estos terceros decimos que tornen sobre sí mesmos de sí mesmos; ca uno es tornar hombre á sí mesmo, otro es tornar sobre sí mesmo.

Para que uno torne sobre sí menester es que primero esté consigo, pues que se ha de hollar y hacer de sí escalón para tornar sobre sí; de manera que este tornar sobre sí añade sobre el recogimiento una operación redoblada del ánima, que allende de se recoger junta al recogimiento un mirar en ello, como quien está sobre el aviso y pára mientes á lo que hace, no con distracción sino con la reflexión, porque en esta operación segunda no se quita el silencio, mas añádese un ver el hombre que calla, como quien calla adrede y con una forzosa porfía; ca esto quiere fuerza que se ha el hombre de hacer para arrebatar el reino de los cielos; é á las veces se hacen algunos tanta que les duele en gran manera la cabeza, y desciende entonces una humedad á los ojos, ó de la fatiga que la cabeza siente ó de la represión de los espíritus vitales que desto se deve causar.

Esto que hemos dicho no se puede sufrir largo tiempo sobre el recogimiento, é quiérese usar con discreción, porque en sintiendo crecer el dolor de cabeza deve hombre cesar y aflojar, contentándose con sólo el simple y sencillo recogimiento; y para remedio desta fatiga no use de alguna potencia del ánima ni del sentido alguno, ni ponga atención á cosa que sea, sino permanezca algún tanto como en una calma quieta que esté el corazón como adormido; é desta manera luego se remedia el dolor de cabeza que en la oración se causa.

Qué diremos de la gracia que en este doblado ejercicio se suele sentir, y en él se inflama la voluntad en tal manera que dentro en el pecho se siente un fuego tan apacible que decir no se puede? fuego harto semejable á lo de acá, salvo que no da pena alguna, mas antes aplace tanto que desean siempre encender en él las entrañas y el corazón.

El entendimiento está con esto tan ilustrado y esclarecido como si tuviese la llave del saber consigo; empero este saber que tiene parece estar incluido y abreviado en una sola razón ó palabra muy sentenciosa, ca este saber no es difuso, ni derrama el corazón, ni va por vía de revelación, ni visiones locas, sino que la inteligencia está de tal suertè esclarescida, que si entonces aquéstos hablan de Dios ó piensan en él ó escriven dél, hablan de presto grandes verdades sin dificultad.

La memoria está serena sin se mover á cosas diversas, é junto con esto parece que le sería fácil acordarse de cualquier cosa si quisiese parar mientes en ella. En los pechos é á las veces en todo el hombre se siente cómo el mesmo espíritu vital y las fuerzas del hombre se retraen á lo de dentro; é lo que más es, siéntese un henchimiento admirable con que el ánima se ensancha como guante cuando soplan dentro; y especialmente los pechos han sentido algunos tan llenos, que los veen crescer más de lo que son para dar lugar á la gracia; é siendo ampliados no dan pena, antes mientras más se ensalzan más deleitan, porque la unción que reciben las hace dar de sí suavemente.

A estas cosas no vienen los hombres ligeramente, ni las da tan presto el Señor; ca primero han de pasar muchos años de oración mental. Sobre la cual se ha de usar el documento presente, que es tornar mucho sobre sí. Y para que veas lo que añade esto sobre el recogimiento, mira que una viña á las veces se guarda por el miedo del viñadero, ca se cree que está él en ella; y por eso no van allá los que hurtan, é si van, él dende lejos lo ve, é viene corriendo á los lanzar; empero otras veces está presente guardando su viña, y antes que lleguen los ladrones les dice que se detengan. La viña, según dice Sant Bernardo,

es nuestra ánima; el viñadero que la guarda es el cuidado del recogimiento, que por uso es temido del tropel de los ladrones, que son los pensamientos, que por haver sido muchas veces desechados no tornan tan á menudo, y el cuidado no se fatiga tanto, porque ellos no son tan importunos; así que el cuidado está quieto con un sosiego pacífico que tiene el ánima recogida; empero acaesce que vienen los pensamientos y entran, porque el viñadero, que es el cuidado, no estava allí ó estava dormido sin parar mientes; entran secretamente, comienzan á hurtar la fruta del ánima; entonces acude presto el viñadero diciendo: no más, no más.

De otra manera pusiera guarda si estuviera sobre aviso, como atalaya con despierto miramiento para evitar el estrago, como los sanctos animales que se dicen estar cercados y llenos de ojos para mirar por sí, como lo hacía el que dice (Esa., XXI b): Yo estoy sobre el atalaya del Señor en pie contino por todo el día, y estoy sobre mi guarda en pie todas las noches. Sobre esto dice la glosa: Puesto en contemplación días y noches estava aparejado para oir y hablar lo que le mandasen.

Para declarar algo más este dicho del Profeta es de notar que el atalaya del Señor es recogimiento, porque los devotos no se recogen á otro fin sino para mejor atalayar y contemplar á Dios. Estar sobre esta atalaya es tornar mucho sobre sí, como tengo declarado.

Dice que estava en pie por el silencio divino que alza al hombre é lo hace más propinco á oir las cosas de Dios, como una fuente, que si le ponen cerradura en sus caños cresce; y así el ánima, cerrados los sentidos con el silencio, sube más y está en pie levantada á Dios. Estar desta manera días y noches se puede entender á la letra, porque este cuidado nunca lo devrían adrede perder los devotos; y nuestra letra apunta esto en aquella palabra «mucho», que no sólo nos induce á tornar mucho sobre nos con intento atentísimo y bivez grande de corazón, mas también quiere decir que usemos esto mucho tiempo, teniendo á sólo Dios biva y penetrativamente en la memoria, según aquello del abad Isaac: En Dios deve estar siempre afligida la intención, para que el monje respire á El, al cual havía de ser muy dañosa caída y presente muerte pequeño apartamiento de aquel sumo bien. Y cuando el ánima se fundare en aquesta tranquilidad suelta y desenlazada de todas las pasiones carnales y se juntare la firmísima intención del corazón á aquel uno y sumo bien, entonces cumplirá aquello del Apóstol: Orad sin interponimiento y en todo lugar, alzando las puras manos sin ira ni rencilla. Con esta pureza si puede ser dicho absorto el sentido del ánima y reformado el terreno resabio á la espiritual y angélica semejanza, cualquier cosa que en sí recibiere el hombre y tratare, y cualquier cosa que hiciere, será purísima y simplísima oración.

Esto dice el sancto abad Isaac para nos provocar á la imitación de los pastores, que estavan en la mesma región do el Salvador nasció velando y guardando las vigilias de la noche sobre su grey (Luc., II a): No sólo velavan, sino velavan y guardavan; el que está recogido vela de noche sobre la grey de sus sentidos, para lanzar de allí los malos pensamientos que vinieron á lo inquietar; empero ha de tornar sobre esto, mirando lo qùe hace; pare mientes que vela; no ande como mortecino, que es poco si no se ha de recoger, lo cual es velar; y torne sobre su recogimiento para que sea más bivo y solícito con aviso y miramiento; y porque así vela é guardará nota que del primer recogimiento suele resultar lo segundo por nueva gracia que sobreviene para que el ánima torne sobre sí, la cual deve con solicitud conservar é favorescer esto.

Para más declarar este tercero punto, mira que se funda sobre el perfecto recogimiento; y lo segundo que concurre es una atención biva sobre el mesmo recogimiento; y lo tercero, la memoria sencilla de sólo Dios, que presencialmente nos acordemos dél sin otra circunstancia; y esto se conserve lo más que pudieres, porque si lo usas causará en ti cosas muy buenas; é mostrarte ha Dios por experiencia cosas grandes, según aquello del Sabio (Eccles., XVII b): Puso el ojo dellos sobre sus corazones para les mostrar las grandezas de sus obras y para que alaben el nombre de la sactificación.

Esto dice el Sabio de nuestros padres primeros, trayéndonos á la memoria la perfección en que Nuestro Señor los puso y el ejercicio espiritual grande [que] les dió; ca el Sabio no habla de los ojos corporales, pues pone número singular, sino de aquel que dice el Señor: Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será

resplandeciente. Este ojo, que es una atención ó intención atentísima, se ha de poner sobre nuestros corazones, si queremos imitar en algo á los del estado de la inocencia; é no es mucho que trabajemos de los imitar, pues por una parte nos da Dios más gracia que á ellos, aunque por otra carezcamos del favor de la justicia original que ellos teníau; así que pongamos nuestro intento sobre nuestros corazones, como dicho es, si queremos ver las grandezas que Dios obra en ellos y loar el nombre de la sanctificación que causará en nuestras ánimas. No dice aquí que hemos de loar la sanctificación, sino el nombre della, porque muy poco es lo que desto se puede hablar en comparación de lo que es.

Acontece á los que usan este ejercicio que, si ellos se descuidan, El mesmo los despierta y abiva, mayormente cuando pone atención en otra cualquier cosa, porque de allí se torna el ánima á esto, no dejando de mirar ni entender lo otro; ca este ejercicio no impide, mas perfecciona todas las otras cosas. Y porque de las otras atenciones se buelve el ánima ejercitada á ésta, decimos que al usado no es cosa dificultosa orar mucho tiempo, pues que todo se les convierte y obra en bien; todo lo obran juntamente á bien, porque junta con las otras atenciones los sale á recebir ésta de que hemos hablado, entendiendo en ello y obrándole el Espíritu Sancto que anda en estos negocios solicitando los corazones á que amen.

Lo que éstos deven mucho mirar sin falta es aquello que Sant Pablo dice (Hebre., XII d): Seguid la paz con todas las cosas y la sanctidad, sin la cual ninguno verá á Dios, contemplando que ninguno falte á la gracia de Dios. La paz del recogimiento y la sanctidad deste ejercicio hemos de seguir en todo lo que hiciéremos según nuestra posibilidad; que si miramos en ello bien nos podremos dar á manos con la gracia del Espíritu Sancto, que favoresce sobremanera, y más en las cosas espirituales que en las corporales.

Dice también el Apóstol que contemplemos cómo ninguno falte á la gracia de Dios. O qué gran dicho! O qué admirable aviso para todos los varones espirituales, que havía de ser escripto en sus corazones! O sentencia propisimamente hablada! Que miren solícitamente que ninguno falte á la gracia de Dios. Solemos decir nosotros, míseros, que nos falta la gracia viendo que no la sentimos. Dice el Apóstol que paremos mientes cómo nosotros no faltemos á ella, en lo cual muestra que siempre nosotros faltamos primero que la gracia de Dios, porque della dice en otra parte el Sabio (Sap., VI a): Que si alguno madrugare á ella, no trabajará en buscarla, porque á sus puertas la hallará sentada, esperando que siquiera con el deseo salgamos á la buscar, pues ella nos busca é se nos viene á casa. No faltara el esposo á las vírgenes locas ni les diera con las puertas en la cara, diciendo que no las conocía (Mat., XXV c), si ellas primero no faltaran á él yéndose á comprar el olio de los pecadores que devrían huir.

CAPÍTULO IV

De cómo la sentencia desta letra es contraria á los malos.

Haviendo mostrado cómo han de guardar esta letra los buenos, fácil cosa es mostrar cómo no la guardan los malos, que también son en tres diferencias: Unos tornan sobre sí, mas no en silencio; otros están á la puerta que no han entrado en sí y también carecen de silencio; otros están lejos de sí dando boces, por lo cual has de saber que por tres maneras suelen algunos errar en las cosas espirituales.

Lo primero, no siguiéndolas como deven; otros piensan que las tienen, é carescen dellas; otros las fingen con hipocresía, y éstos son los que están lejos de sí; mas los primeros, que están dentro de sí é no callan, son los que sienten de Dios muchas cosas, y luego las quieren publicar y decir, dando parte de su sanctidad aun á los que no la querrían saber; y hacen como la gallina, que con un huevo que pone atruena la casa para que lo sepan todos.

Sabemos que el sancto profeta de hablar con Dios se tornó más mudo de lo que era (Exo., VII a), y no quiso hablar cosas altas hasta que le dieron faraute que hablase por él; dando en esto ejemplo á los varones espirituales, que deven hablar muy poco de las cosas que gustan de Dios; y aun cuando las hovieren de manifestar, díganlas como de otro, y traigan otras semejantes de la Escriptura, porque no caigan los otros en él, pues que el sancto niño Samuel no manifestó á Heli, sacerdote, lo que Dios le havía dicho hasta ser

dél muy importunado con halagos y suplicado y conjurado (I Reg., III c). Muy culpado fué el rey Ezequías porque mostró á los extranjeros los tesoros de su casa y los de la casa de Dios, para que tú tomes aviso prudente de callar así las gracias naturales que tuvieres como las que por contemplación ganares.

Los segundos que dije estar á la puerta y no haber entrado bien en sí son los que creen ser de Dios las cosas que tienen y son de su proprio espíritu, que como se retrae en sí cobra fuerzas; y con un poco de buen deseo que tienen comienzan á dar boces é dicen que no se pueden contener sin hacer esto, y que con esto descansan. Otros lloran muy recio; otros dan grandes gemidos; otros caen en tierra como muertos; otros tiemblan é hacen otros gestos diversos. Por la mayor parte son estas cosas causadas del proprio espíritu, aunque sin pecado, porque el buen deseo y fervor las mueve dentro en el corazón, que se mueve con mucho bollicio de dentro del pecho. Empero lo más seguro es guardar silencio sin salir en boz ni gritos, ni en cosa que notablemente padezca de fuera, ca todo lo otro es sospechoso de mal, y por esto hay algunos devotos que se hacen tanta fuerza por encubrir lo que dentro sienten, que acaesce echar sangre por la boca y por las narices y sufrir grandes dolores en las espaldas y en la cabeza por reprimir el espíritu que con gran vehemencia sienten moverse en el pecho.

Para remediar esto deves acostumbrarte á orar con mucha quietud, y en sintiendo en ti algo de lo susodicho, trabaja de lo templar al principio, ca si lo dejas crecer después no podrás.

Los terceros, que fingen cosas de sanctidad, están fuera de Dios y de sí mesmos é muy metidos en el demonio, como una mujer que yo conoscí del estado seglar, que le tomó deseo de ser sancta muy presto para que la pregonasen por tal, y ayunaba miércoles y viernes y sábado sin comer bocado, é fingidamente hacía que se arrobava é que estando así hablava con los sanctos, é fingía adevinaciones, que muchas se cumplían; y echándose agua en los lugares do Cristo fué llagado decía que sudavan, é con unas tijeras se comenzó á hacer la llaga del costado; y vino á tanto el negocio, que en estos arrobamientos hacía cosas que excedían las fuerzas humanas; y la causa desto era, según ella dijo, que sentía serle dado de otro favor para esto cada vez que lo quería hacer; y el mayor mal desto fué que después de haber usado esto muchos días, hallándose en ello muy consolada, vino á creer que todo lo que tenía era de Dios y que El havía condecendido á su deseo; y en esto estava muy firme que ya no tenía engaño alguno. Mas Dios, que no quiere la muerte del pecador, hizo con ella misericordia, y un día estando sola envióle de arriba un rayo de claridad que le traspasó las entrañas, y dentro en él venía una boz que dolorosamente le dijo: Haz penitencia, miserable. A la hora conoció que todo lo pasado havía sido engaño, é fué dello muy libre sin más tornar á ninguna cosa dello. Dende entonces propuso de se confesar, y buscó un clérigo extranjero que pasava de camino, al cual descubrió todas sus locuras; y tornóse á dar con instancia verdaderamente á la oración mental; é fué cosa maravillosa que á pocos años vino á gran perfección por los grandes gustos que de Dios sentía, en tal manera que halló á Dios más favorable para el bien que antes había hallado al demonio para el mal.

Allende de los que hemos dicho hay otros que guardan vanamente el consejo de la presente letra, ca tornan mucho sobre sí en las cosas exteriores, guardando el recogimiento de fuera en traer juntas las manos é compuesto el hábito, puesta la capilla, abajada la cabeza, concertados los pasos devidamente, que no paresce sino que viven por arte; nunca hablan ni preguntan ni responden, los ojos ordenados delante de sí, muy mortificados y serenos y esquivos. Con estas cosas piensan que son recogidos y que tornan harto sobre sí; pues hacen esto con estudio. Si aquesto hacen por ser reputados religiosos, es obra del demonio, que torna mucho sobre sí, haciendo todas las cosas y ordenándolas á su mesma alabanza y propria reputación. Si lo hacen por dar ejemplo á los otros, ya no tornan sobre sí, sino sobre los otros, cuyos ídolos se quieren hacer, olvidando el recogimiento de dentro que trae á sí todas las cosas del hombre y requiere todo el cuidado; el cual más vehemencia pone en tornar á sí el ánima que no el cuerpo, según aquello de David (Psal. XLI a): Mi ánima tuvo sed de Dios, fuente biva; cuándo verné y apareceré ante la cara de Dios, mis lágrimas me fueron panes de día é de noche, mientras me decían: dónde está Dios? acor-

deme destas cosas y derramé sobre mi ánima, porque tengo de pasar al lugar de la morada admirable hasta la casa de Dios.

El deseo que tenía David del Hijo de Dios, que se llama fuente biva que mana del pecho paterno, este deseo dice que lo hacía llorar y bever entre tanto lágrimas, y havíalo enflaquecido y deshecho tanto este deseo que tenía de se mostrar presente á Dios, que le parecía á él que todas las cosas le preguntavan por su Dios; ca cosa notoria es que pensamos hablar los otros de lo que nosotros mucho pensamos y deseamos; empero el remedio que halló para ir á Dios y á su admirable morada, que es el corazón humano, dice que derramar sobre sí su ánima, tornando mucho sobre sí, conforme á la presente letra.

Y que este tornar sobre sí se fundase en el recogimiento del ánima paresce á la clara por la translación de Sant Hierónimo, que dice en el postrer verso: Acordéme destas cosas y derramé sobre mí mi ánima, porque tengo de venir á la ramada; callaré hasta la casa de Dios.

Ramada que da algún refrigerio y guarda del ardor del sol que enciende es la conciencia del nuevo devoto, á la cual ha de venir de las distracciones negociadoras del mundo, para lo cual aprovecha mucho la memoria de las cosas sobremundanas; y tornando sobre sí, derramar sobre sí su ánima, reduciendo á lo interior; y si persevera callando de corazón, verná hasta la casa de Dios, que es la consciencia del varón aprovechado, la cual ha de ser casa de oración y no cueva de ladrones, que son los cuidados mundanos que nos hurtan las riquezas espirituales y nos apartan de los sanctos ejercicios. Así que los principiantes conforme á esta letra tornen mucho sobre sí, doliéndose de su mala vida pasada; y esto en silencio, que es la paciencia, según dije, y en esperanza de aprovechar, y los aprovechados tornen sobre sí de los derramamientos del corazón en silencio quietísimo y en esperanza de la actual gracia que piensen recebir luego del franco Señor; los perfectos tornen sobre sí velando sobre el recogimiento con bivez de corazón ordenada á Dios, é con profundo silencio á toda cosa criada, y con tan fuerte y firme esperanza que con el deseo lo transporte á las cosas celestiales.

EL TRACTADO DIEZ Y NUEVE

HABLA DE LA HUMILDAD, DICIENDO: HUMILDAD CREZCA CONTIGO PARA BIEN APROVECHAR.

Los que piensan mirar profundamente las cosas podrá ser que digan haverse poner este capítulo en el primer tractado, porque la humildad deve ser como un abrir los cimientos y hacer la zanja para el edificio; de manera que sobre ella se deve fundar todo ejercicio, y deve ser raíz de todo árbol que ha de dar fructo; é si este nombre de raíz pertenesce á la caridad, sea la humildad el estiércol que conserva todo árbol y lo hace llevar fructo; la cual por ser á todo ejercicio necesaria se figura en la sal (Luc., XIII b), que á todos los manjares da sabor; é por tanto era mandada ofrescer en todo sacrificio, ca ninguna cosa devemos ofrescer á Dios sin humildad, ni podrá llegar á El cosa que de la humildad no fuere favorescida, porque todo lo que se halla fuera del arca, que es la humildad vacua de la propria reputación, todo peresce, y ella sola ensalza los que entran dentro en su amparo; de manera que la humildad es á todo ejercicio necesaria y aun cuasi principio dél, según aquello de Sant Ciprián. Esta es la primera entrada de la religión, así como el primer paso de Cristo en el mundo; en manera que cualquiera que quiere bivir piadosamente sienta de sí humildemente, ni presuma andar sobre sí en maravillas, porque siempre la humildad fué fundamento de la sanctidad.

Aunque sea esta virtud á todo necesaria, más lo es al más alto ejercicio; y la persona más singular en sanctidad la ha más menester, porque mientras mayor es el árbol é cuanto la casa ha de ser más alta ó fuerte, tanto es más profunda la raíz é cimiento; y de aquí es que si miras en ello siempre, los más sanctos fueron más humildes.

Puse también aquí capítulo de humildad, porque esta virtud se paresce mucho al recogimiento; en tal manera que cuasi por una boca digan aquello de Sant Juan: A El conviene crecer, é á mí ser disminuído. El intento de la humildad es evacuar al hombre de sí mesmo, y el recogimiento no hace otra cosa sino vaciarnos de nosotros mesmos, para que Dios se extienda más en el corazón; é tienen tal

propiedad estas virtudes, que dan por una parte lo que quitan por otra, según paresce en Sant Pablo, que decía no ser de sí suficiente para tener un buen pensamiento. Y en otro cabo dice que lo puede todo en el que lo conforta; y desta manera el que se humilla es ensalzado hasta el corazón alto de Dios, y el que se recoge rescibe á Dios muy copioso; en tal manera que del uno y del otro se pueda decir aquello de Sant Pedro (I Pet., III a): El hombre del corazón está escondido en la integridad del espíritu quieto é moderado, el cual es rico delante de Dios.

La quietud se atribuye al recogimiento y la moderación á la humildad, y entrambas virtudes convienen al hombre del corazón, que es el hombre espiritual y entrañable, que se esconde para hallar á Dios, que está dentro en nosotros; y desque lo hallare cavando y lanzando del corazón las cosas terrenas, poseerá muy gran riqueza delante de Dios, porque los hombres no conoscen esto.

No sin misterio dijo Sant Pedro que el hombre del corazón se havía escondido en la integridad; porque, si miras en ello, la verdadera integridad del ánima es la humildad, en la cual se esconden los varones espirituales, y tan escondidos, que cierran todas las puertas á las mundanas vanidades y alabanzas y honras para que no los hallen.

Dícese que el corazón del pecador es vaso quebrado y que no puede contener las cosas de Dios; empero el corazón del justo es vaso entero, con la integridad de la humildad junto y reparado, para que ningún pedazo dél ande disperso en maravillas sobre sí. Este vaso del corazón que ha reintegrado la humildad y lo ha hecho bolver á su mesma poquedad ha de tener tal forma que sin quebrarse vaya cresciendo y engrandesciéndose ordenadamente para se rescebir la gracia de Dios, lo cual amonesta nuestra letra, diciendo: Humildad crezca contigo para bien aprovechar.

Hay algunos que piensan ser humildad pequeñez de corazón, é la vil ó apocada condición de los hombres que tienen pequeño marco, inclinados á poquedades. Otros piensan que es humildad la enferma presencia del cuerpo con palabras y gestos y vestido é obras de baja manera. Otros tienen por humildad la cobardía y el miedo que reina en algunos, no les dejando poner la mano á cosas mayores. Otros piensan que es humildad carecer hombre de habilidades ó no querer usar de las que tienen, sino encubrirlas. No son aquestas cosas humildad ni tienen que ver con ella.

Por tanto, para que puedas barruntar la majestad de aquesta virtud, has de saber que la humildad y la magnanimidad son hermanas y compañeras tan queridas, que no se halla la una sin la otra; son como dós alas con que la mujer, que es el ánima, buela á Dios é á la soledumbre de la contemplación. Así como la pobreza del espíritu no para en el menosprecio de las cosas terrenas, sino en la riqueza de las cosas celestiales, así la humildad no para en el menosprecio de las honras, sino en la sublimidad de las cosas espirituales.

Podan las vides quitándoles la abundancia de sus sarmientos, no para las empobrecer, síno para que sea mejor el fructo que llevaren; y desta suerte los que son enteramente pobres de espíritu, desaprópianse de todas las cosas mundanas para más propriamente abundar en cosas mejores, lo cual conosció aquel que dijo (Gén., XLI g): Crecerme hizo Dios en la tierra de mi pobreza. Esta mesma forma tiene la humildad, que, según Sant Augustín, es verdadera pobreza de espíritu; aunque descrece en las cosas del mundo, cresce en las de Dios. Si el humilde menosprecia á sí mesmo, es por ser precioso delante el Señor, que levanta del estiércol de la humildad al pobre de espíritu; si no se quiere regir por su proprio seso, es por acertar mejor; ca do hay humildad hay esta manera de sabiduría, que se sirve el humilde del saber ajeno sin perder el suyo; si el humilde no se entremete en los negocios seglares, hácelo por ocuparse en los espirituales, que requieren todo el hombre disminuído y desocupado de todo otro acto; si no se cura de atavíos ni cumplimientos, ni muestras, ni familiaridades de grandes, ni ambiciones, todo lo desampara por entremeterse y lanzarse totalmente en cosas mayores, según lo cual dice la glosa sobre aquello de Job (Job, V b), el cual pone las humildades en sublime y levanta los llorosos fuera de peligro. Los humildes con alta ánima trascienden todas las cosas temporales, y afligidos están levantados fuera de peligro.

Levanta, pues, hermano, los ojos para ver esta gran virtud; mira este grano de mostaza para lo sembrar en el huerto de tu conciencia, que aunque es muy pequeña en los ojos de

los hombres y se llame en la Escriptura virtud pequeña al parecer humano, delante de Dios cresce sobre toda la otra hortaliza, y sobre todo otro ejercicio; en tal manera que en sus ramos, que son sus grados, puedas holgar, porque no sé si podrás subir á la copa postrera suya, que es muy alta, á la cual entre las puras criaturas sola subió aquella que, después de se haver llamado sierva por humildad, no le faltó la magnanimidad para demandar por hijo natural al hijo eterno de Dios; de lo cual espantado Sant Bernardo exclama diciendo: Qué humildad es aquesta tan sublime que no supo dar la ventaja á las honras, ni sabe desacostumbrarse de la gloria?

De lo ya dicho pueden ver qué tal sea el crecimiento de la humildad; la cual aunque por una parte quiera decir disminución, por otra quiere decir gran sublimidad si es verdadera. Porque, como dice Sant Augustín, la medida de su alteza es el tamaño de su bajeza; ca cuanto es baja tanto es alta, y por tanto deve contino crecer contigo para bien aprovechar. El crecer contigo la humildad muestra disminución tuya; el aprovechar muestra crecimiento; y no te maravilles que aprovechando te diga que decrescas, porque la humildad es una lumbrera que se disminuye en su consumación, de manera que cuanto fueres más perfecto y acabado te disminuyas más en la presumpción, porque según dice el Profeta (Eze., XXII a), las arcas del tesoro mientras estavan puestas en más alto lugar havían de ser más bajas; dando á entender que los varones sanctos, que son arcas del tesoro de Dios, tanto deven ser más humildes cuanto Dios los pusiere en más alto estado.

No aprovechan bien los que no permanescen en humildad ni van creciendo en ella como fueron Judas é Saul, que á sus principios subieron, empero no bien, pues que subieron para caer. Si subieron, fué por la escalera de la humildad, porque á Saul se dijo que cuando era humilde en sus ojos lo havía Dios elegido por cabeza del pueblo. Empero si después cayó, fué porque él, siendo verdugo de sí mesmo, se quitó la escalera de la humildad. Olvidóse de la bajeza, viéndose encaramado en la dignidad; habíase de disminuir más para subir, según lo aconseja el Sabio, y no lo hizo; de lo cual se le siguió tan peligroso golpe, que le valiera más no haver aprovechado, pues no creció con él la humildad, que deve ser como túnica sin costura de propria estimación, de la cual se pueda decir (I Reg., II d): Hacíale su madre una túnica pequeña, la cual le traía los días estatuídos subiendo con su varón. Tu madre es tu voluntad, que te engendra á Dios con su varón, que es el divino favor; ésta se dice que te hacía esta túnica, y nunca la acaba de hacer, porque esta túnica deve crescer contigo, como se dice que te hacía la túnica de Cristo, el cual aun si nunca creció en la humildad de dentro, crecía en lo de fuera. Pequeña es esta túnica tuya, porque tú eres pequeño en virtud, y por eso lo eres en humildad; empero subirá tu voluntad á mayores cosas, si placerá á Dios que en los días de tu aprovechamiento goces de aquesta túnica para te abrigar y honrar con ella en la casa de Dios, donde el más humilde es el más alto, porque es más semejable al hijo del altísimo, que se hizo mínimo en la casa de su Padre por quitar la ambición á los sobervios y dar gloria á los humildes.

CAPÍTULO II

De una notable condición que tiene la humildad.

Cresciendo el humilde en perfección, cresce en humildad si es tal como deve; por lo cual notarás una condición que tiene la verdad humilde, y es que los dones y gracias la hacen crescer; y esto porque el verdadero humilde rescibe por cargo todos los dones y gracias que el Señor le da. No mira tanto lo que tomó como la cuenta que ha de dar dello y la obligación que echan sobre él; y de aquí es que no se ensalza, sino abájase más é gime debajo de la carga de los dones, mirando que al que mucho recibe será mucho demandado, y que el mucho rescebir lo hace muy obligado; y desta manera no anda en altivez sobre sí, antes se abaja y encorva hasta la tierra, de la cual toma nombre, haciendo á manera de árbol, que mientras más fruta tiene más se abaja.

Y es también de notar que no abaja el árbol tanto la fruta vana é gusanienta como la maciza que está de dentro llena, porque ésta pesa más y lo atrae á la tierra, é no hace tanto ruido; conforme á lo cual se ha de tomar una muy cierta señal para distinguir los dones que da Dios de los que finge el demonio, ca como los de Nuestro Señor sean maravillosos, llenos de verdad y de gran peso é qui-

late, humillan é abajan más al hombre que si no los tuviera; empero los que le finge el demonio hácenlo vano, é dejando de lo abajar súbenlo á mayores para derribarlo de más alto y despéñanlo hasta la profundidad del infierno.

Suelen decir los mal mirados que les quita Dios á ellos ó á otros sus dones para los humillar; empero mejor dirían que se los quita para los confundir é abatir, porque han sido soberbios é negligentes; ca para los humillar no suele Dios quitar dones, sino darles. Conosce sin dubda que de sí mesmo sus dones son tales y tan buenos que de sí mesmo humillan al hombre que no está dañado por algún vicio, como el buen vino, que adoba el vaso donde se echa; empero si está muy dañado, el mesmo vino se daña. Puesto que Dios aparte de nosotros algunas veces sus dones para nos abatir y confundir, permitiendo que nos acaezcan otras cosas que también nos confundan, si queremos tornar sobre nos y tener perfecta humildad, havemos de convertir la confusión y menosprecio en la mesma humildad, haciéndonos de humillados humildes y de abatidos abatidores del menosprecio, no lo teniendo en nada; ni permitamos que por él se quebranten nuestros corazones, ni se derriben aunque estén bajos, ca mucha diferencia hay de estar caído á estar sentado, haciendo estrado del despeñadero en que la persecución lo quería lanzar; y desta manera se hace el peligro seguridad, ca el caído padesce peligro y el sentado está seguro, obrando esto la perfecta humildad, que convierte el peligro en quietud é hace miel del hollín, como la abeja, la cual se dice que al tiempo de los grandes aires que le suelen derribar toma una pedrezuela entre los pies y buela con ella por lo bajo, é cuando ve el recio aire, déjase caer, é dale favor la piedra, que es la humildad con que el ánima se derriba como con pesilla que atrae el proprio conocimiento y bajeza nuestra.

Síguese de aquí que no ha de tener el humilde la confusión; pues que de aquí puede, no sólo sacar humildad, mas hacer perfecta la que ya tiene, que son dos cosas halladas en pocos, porque pocos hay perfectos humildes; empero á los imperfectos dice Sant Bernardo: La humillación vía es para ir á la humildad, ansí como la paciencia para ir á la paz é como la lición para la esciencia. Si deseas la virtud de la humildad, no rehuyas la vía de la humillación, porque si no sufres ser confundido no podrás ser traído á la humildad. A los perfectos humildes dice Sant Gregorio: No es cosa grande ser humildes á los que nos honran, porque ésto cualesquier seglares lo hacen; empero devemos ser humildes á los que nos injurian, conformándonos á David que dice: Mira mi humildad con mis enemigos, y con los que aborrescieron la paz era pacífico.

De la comparación que se puso en el árbol se sigue que cuando viéremos tener alguno cualesquier gracias y con ellas humildad, puede ser concluído que las tales gracias son de Dios, conforme á lo cual dice Sant Gregorio: El ánima que es llena del espíritu divino tiene sus evidentísimas señales, que son virtudes y humildad; las cuales si juntas en un ánimo se allegan perfectamente, muéstrase á la clara que dan testimonio de la presencia del Espíritu Santo.

Desta manera de conoscer, allende de otras muchas que tiene, paresce haver usado Sancta Elisabeth con Nuestra Señora, cuando después de sentir la virtud de la que venía dijo á gran boz: Bendicta eres tú entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre; cuasi diciendo: Pues tú eres tan bendicta que sin lo yo merescer vengas con tal ansia á me visitar y con tanta sujeción me saludaste, sin dubda que el fruto de tu vientre deve ser tal que obra en ti tales cosas y te abaja tan humilmente á mí.

Síguese también desta razón sobredicha que la sola presunción basta para que juzguemos no ser de Dios los dones que algunos tienen, porque si la fruta suena mucho ó es muy liviana, ninguna cosa vale.

Deciende, pues, hermano á la casa del ollero, que es la humildad, é date allí subjecto al soberano Maestro, así como barro vil, para que haga de ti el vaso que le pluguiere, ó en honra ó deshonra; allí hablará contigo mejor que en el templo sancto de Hierusalem; mira que esta virtud asegura el corazón y declara todas las dubdas que suelen venir en el recogimiento, donde algunas veces se sienten tan grandes cosas de Dios, que con mucha razón dubda el ánima si sean buenas ó no, y esto porque mira su poquedad y la grandeza dellas, y le paresce que no cuadra lo uno con lo otro, y ansi anda informándose de los experimentados, preguntando si es de Dios aquello que

siente, ó si el ángel de Satanás se ha transfigurado para la engañar y hacer al ánima caer por soberbia como él cayó.

A todas las dubdas que en los sentimientos de Dios se pueden levantar, y á todos los temores que en este caso suelen venir, pone remedio la presente letra si miras en ello, porque si con crescer en ti la gracia cresce la humildad, cree que aprovechas bien, y que no hay allí engaño con esta letra tiene cumplida verdad.

La segunda letra del segundo tractado de aqueste libro es que se aseguran las cosas que en la oración se sienten, porque los perfectos humildes como peces pequeños escapan de la red engañosa del demonio, el cual como otro Nabucodonosor lleva captivos de la pacífica Hierusalem, que es el sosiego de la contemplación, los grandes, esto es, los sobervios, y deja seguros los pequeñuelos, que son los humildes; así que si tienes humildad, hallarás la tierra segura, conforme á lo cual dice Gersón: Todas las amonestaciones interiores, todos los instintos vehementes, toda revelación, todo milagro, todo amor estativo, toda contemplación, todo arrobamiento, y finalmente toda nuestra interior ó exterior operación, si humildad precede y acompaña é se sigue, si ninguna cosa se mezcla que la destruya, créeme que todas las cosas dichas tienen señal que son de Dios, ó de su buen ángel, ni eres engañado.

CAPÍTULO III

De cómo cresciendo hemos de descrecer.

Difícil paresce la sentencia de la presente letra que nos dice haver de apocarnos y descrecer por humildad, aunque crezcamos por aprovechamiento espiritual; empero, para que esto sea fácil, has de notar que, según dice Gersón, cuanto una criatura tiene de ser, tanto tiene de nonada. Y cuanto el ser della es más excelente, tanto la nonada que tiene aneja es mayor. La mayor virtud le da causa de mayor miedo, porque el más alto lugar está subjecto á mayor caída; ca cuanto uno más alto sube, si mira abajo, se le desvanesce más la cabeza. En lo cual se nos da ejemplo de nos humillar más, mientras más crecemos en dones, pues mientra somos más tenemos más necesidad que Dios nos tenga de su mano, y devemos de más alto temer más el golpe, ca tanto desciende más recia la saeta cuanto de más alto; y porque Lucifer bajó de más alta cumbre fué visto descender como rayo del cielo, y tanto dió mayor golpe en la culpa y descendió más profundo en la pena cuanto era mayor; por que de allí tomes aviso para más te humillar, mientras más crecieres.

Paresce contrario á la razón que un hombre sancto haya de tener más humildad que una piedra, que siempre se inclina á lo más bajo. Empero, si miras bien en ello, no hay cosa más convenible; y la causa es porque claro está que se deve humillar más el que tiene más necesidad. Y como una ánima tenga más necesidad de Dios que no una piedra, cosa manifiesta es que se deve más humillar, y más mientras más creciere; porque junto con esto cresce la necesidad que dél tiene, para se conservar en aquel mayor estado y poder sobir á cosas mayores, lo cual no puede hacer sin el favor divinal.

Para que veas cómo tú tienes más necesidad de Dios que no un grano de trigo, has de notar que si alguna cosa depende de otra en el ser, también depende en el obrar; porque dando el ser, da el obrar. Y en Dios no es aquesto como en nosotros; ca suelen los artífices manuales hacer alguna cosa, y dejarla en la perfección que se requiere; en tal manera que aunque ellos se mueran no pierda ella cosa alguna, como parece en una torre acabada.

Dios Nuestro Señor no obra desta manera, mas en dando ser á alguna cosa es menester, aunque esté perfecta, que no aparte della su favor ni la deje, por lo cual dice David (Psal. XIII g): Tú, Señor, que formaste y pusiste sobre mí tu mano, maravillosa es hecha por mí tu esciencia. No bastó que Dios lo formase, sino que pusiese sobre él su mano ayudadora, la cual jamás quita el Señor mientra cualquier cosa permanesce; antes en quitándola desfallece y no puede obrar si El juntamente no obra con ella.

Y porque David no podía comprehender esta manera secreta que tiene Dios de obrar con sus criaturas, dice que es maravillosa por esto su esciencia, ca no es cosa fácil discutir las cuestiones movidas sobre esto; empero cosa es averiguada que Dios obra con toda cosa; y en esto no estorva El, sino da favor á la cosa para que obre. Y por esto no se sigue que Dios haga menos en cada

obra que si la hiciese solo; antes hace más, porque no la admite á obrar con El como necesitado, sino por honrar su criatura que sin El no pudiera obrar; ni aun con El, si El no la favoresce para que obren juntos. Ansí que más hace Dios en concurrir con la criatura, que si solo obrase; ca en esto hace dos cosas: lo uno obrar El, y lo otro dar facultad á su criatura para que obre con El. Y con todo esto es el Señor tan cortés y bien mirado, que teniendo El tanta parte en toda obra, todo lo atribuye á las causas segundas, diciendo que las aguas ó la tierra producen como El también é más principalmente lo haya producido; en lo cual aun el divinísimo Dios paresce que no nos da exemplo de humildad si queremos parar mientes.

Si las obras naturales dicen con mucha razón que no á ellas, sino al nombre del Señor, se dé la gloria, cuánto más deven decir esto los hombres de las obras de gracia que son más arduas. Si Dios te hizo hombre y tú te hiciste santo, más hiciste que no El, porque más es ser santo que hombre solamente, pues lo segundo añade sobre lo primero. Hallamos que las cosas naturales tienen dentro en sí el principio de su operación, y para que obren no ha menester el Señor sino despertarles aquella virtud seminal que en sí tienen, como paresce en el grano de trigo, que tiene dentro en sí virtud para producir y para brotar fuera, siendo favorecido de las otras causas naturales. No es desta manera en el hombre con las obras meritorias, en respecto de las cuales ningún principio tiene propio dentro de sí; porque si tenemos dentro en nos principio operativo, que es nuestra voluntad, no tenemos principio gratuito, que es lo principal que se mira en las obras meritorias; las cuales agora serán tales por la divina aceptación ó por la gracia que les da lustre; todo nos viene de acarreo; todo lo hemos de buscar y pedir al Señor, ca dél solo procede que acepte y agracie nuestros pequeños y menos buenos servicios

De la causa primera con las segundas proceden las obras naturales; mas de sola esa primera causa, qne es Dios, procede la redempción y las cosas tocantes á ella. Para criar el mundo y sustentarlo quiere Dios compañía y permite que una criatura le ayude á producir otra; empero para redemir el mundo no quiso que nadie le ayudase, porque era obra de más importancia, que á El solo convenia; y así para la justificación del pecador no es menester otra cosa sino que esté aniquilado por humildad y no contradiga por pecado; y así de no nada será recreado y sacado al ser de gracia el mundo menor, qne es el hombre, como de no nada fné primero criado el mundo mayor que vemos; y esta aniquilación ha de ser aun en las buenas obras morales que hiciere, conociendo ser inútiles, según lo cual dice Beda: Esta es la perfección de la fe en los hombres, que siendo cumplidas y obradas todas las cosas que les son mandadas, se conozcan ser imperfectos; y la glosa dice sobre aquella palabra (Romanos, VIII d): No son condignas las pasiones desde tiempo.

Lo que no pueden hacer muchos méritos hace el Espíritu Sancto. Si nuestros méritos, considerados en cuanto proceden (aun sin pecado) del libre alvedrio, no nos pueden salvar, ni son principios de merecimiento, claro está que es más poderoso un grano de trigo para venir á su último fin que no un hombre para venir al suyo; pues que las causas naturales bastan estando bien dispuestas para hacer al grano que dé fruto, y no bastan para que el hombre pueda hacer dignos frutos según el último fin que espera.

Por que no digas que obramos por demás, pues que solas nuestras obras no bastan para nos justificar, has de saber que las obras de virtud no justifican al hombre, mas aparéjanlo á la justificación de Dios que ha de recebir para ser salvo; porque así como del sol viene lumbre y el calor, así de Dios viene la justificación y gloria; empero para recebir la lumbre del sol menester es abrir los ojos, y no por esto la recebimos, sino porque el sol la infunde; mas abriendo los ojos los aparejamos para la recebir, y así por el bien obrar nos aparejamos á ser justificados.

Si alguno estando al sol no quiere abrir los ojos, suya es la culpa si no ve, y así será tuya si no te aparejas humilmente con buenas obras para ser justificado del sol de justicia, Cristo, más prompto para justificar los humildes que el sol para alumbrar; ca por eso se llama sol, no de calor ni de lumbre, sino de justicia. Y porque de mucha voluntad nos infunde su justicia lo llama el Profeta justo nuestro.

Crezca, pues, contigo la humildad apare-

jándote bien á la justificación; sea tu ánima como espejo de acero, que tanto mejor recibe el sol cuanto en sí está más acicalado, y conosce que si eres negligente parecerá en ti aquel resplandor y gracia que obra en los humildes el Señor. El ánima es como cera que puesta al sol se derrite por amor del rayo que en ella infunde su majestad; y la humildad pone fuerzas al ánima para perseverar en esto, haciéndose conoscer que así como la cera apartada del sol se torna á endurecer, así en apartándose ella de Dios caerá en su dureza y perderá aquel recogimiento y blandura de amor que del Señor tenía.

Los que aprovechan cresciendo en virtudes, aparéjanse á Dios; empero no se aparejan bien si con las virtudes no tienen también la humildad, mirando que de sí mesmas no son suficientes para nuestra salud sin humillarnos con ellas aunque sean buenas, ca no sin misterio eran mandados circuncidar los varones, sino para que conozcamos que aun nuestras obras varoniles y virtuosas tienen defecto, y es menester circuncidarlas reconosciéndolo y después purificarlas á la entrada de la celestial Hierusalem.

No sólo son nuestras buenas obras de sí mesmas insuficientes para alcanzar á Dios, mas faltando la humildad lo desagradan y son ocasión de mal, según aquello de Sant Gregorio: La maravillosa obra con presumpción no ensalza, sino deprime; porque el que allega virtudes sin humildad lleva polvo al viento, en manera que de donde le parece llevar algo se ciega peor.

CAPÍTULO IV

De cuán necesario es crescer en humildad.

Muy necesaria cosa es crescer en humildad cuando creces en virtud, porque si no creces con las otras virtudes no aprovechas bien, según dice nuestra letra; y la razón es por pelear las otras virtudes contra ella si la ven flaca, según lo cual dice Gersón que este combate tiene la humildad más que otra virtud alguna; pues ninguna virtud se hace contra otra, y todas las que se hallan en el hombre pelean contra la humildad si la ven un poco adormecerse; así que no con menor estudio deves crescer en humildad que en todas las otras virtudes si quisieres bien aprovechar, y mira que la humildad suele ser contra sí mesma, y el mayor enemigo que tiene es ella mesma; porque si el humilde se tiene por tal, ya no lo es, ca no hay mayor soberbia que creer el hombre que es humilde porque toma el primer lugar y cree que tiene el postrero; lo cual es muy peligroso engaño, porque, como dice Sant Bernardo, el verdadero humilde quiere ser reputado por vil y no predicado por humilde; y según esto se dice tener la humildad una propriedad, y es que conoce á sí mesma, y por tanto se podría llamarla virtud oculta que por una manera secreta lo loa Dios en los Cánticos de su esposa (Cánt., IV a).

Y digo que lo loa El, porque á El no es oculta, sino muy manifiesta, ca primero mira El á nuestra humildad para se acordar de nosotros, y ésta miró en Nuestra Señora, aunque la tenía muy secreta.

Sobre ninguna cosa pone Dios tanto sus ojos como sobre la humildad; en tal manera que se diga haber mirado las cosas humildes en el cielo y en la tierra y en el estiércol; en el cielo cuando quitó los poderosos y malos ángeles de la silla para ensalzar á los humildes, y no esperó que estuviesen mucho allí, sino que mientras ellos se querían elevar, presumiendo de sus solas fuerzas, los derribó. Mire Dios también en la tierra la humildad, porque lo que más motivó á Dios á remediar los hombres terrenos de parte dellos fué la humildad que vió en ellos después del pecado, la cual no se halla en los demonios. Mira Dios esta virtud en el estiércol para sí mesmo, ca se agradó siempre mucho dello donde quiera y como quiera que la vió, aunque no fuese perfecta; ca por aquella humildad que mostró el primer hombre en esconderse de Dios le dió menos pena que á la mujer; y por se humillar cuasi fingidamente el rey Acab delante de Dios fué preservado en muchos trabajos. Y sanó de muchos males á Faraón y Abimelech por una poquilla de humildad que mostraron.

La causa por que el Hijo de Dios se paga tanto de la humildad, que lo fué á buscar al establo cuando nasció y á calvario cuando murió tan humillado en la cruz, fué, según dice Sant Augustín, el mucho interese que esta virtud trae al Hijo de Dios, el cual queriendo subir á mayor honra y dignidad no halló manera para ello, porque El tenía lo más alto de todas las cosas, que es la dignidad, y para todavía subir buscó la humildad y abrazóse y derri-

bóse con ella apocando á sí mesmo; y por este camino fué ensalzado hasta la diestra de la Majestad en las alturas, y diéronle nombre sobre todo nombre; así que se pueda decir dél: Las aguas de las pasiones lo criaron, y la profundidad desta virtud lo ensalzó.

Aun Cristo quiso guardar la letra presente, cuanto á Él fué posible, para nos provocar á lo mesmo, salvo que la humildad suya es de otra manera que la nuestra; y Él no pudo ignorar su humildad; y á nosotros es cosa provechosa no conoscer esta virtud mientras la tuviéremos, ca esta se podría llamar docta ignorancia; porque así como á los pecadores se les cuenta por muy gran culpa no conoscer sus culpas, así á los justos se les cuenta por gran justicia no conoscer las virtudes que tienen, ó á lo menos que no conozcan los grados que dellas han alcanzado; conforme á lo cual dice Sant Bernardo: Porque se conserve la humildad suele ordenar la piedad divina que cuanto más alguno aprovecha tanto menos se juzgue haver aprovechado.

Dificultoso parece que mientras más creces te juzgues por menor; empero, si aprovechares en la oración, tú verás á la clara esto cuando te acontesciere como al que va camino y ve una cuesta delante de sí, á cuya traspuesta piensa que está el lugar; empero cuando la ha subido ve otro muy gran llano y ve la gente que iva delante que antes veía, por lo cual juzga que tiene muy poco andado para lo que le queda y otros muchos han aguijado más que él.

O cuántos se tienen por perfectos y por delanteros á otros, que si perseveran verán que delante de aquel cerro hay otro y otros innúmeros, y que aquel su término está en la primera jornada, y que si agora se anteponen á algunos, es porque aún no conocen el quilate de la virtud que el otro tiene, lo cual verán desque hayan llegado allá y serán constreñidos á decir quasi reprehendiéndose aquello que dijo el varón según el corazón de Dios, y fué (II Reg., VI): Jugaré y seré hecho más vil de lo que soy, y seré humilde en mis ojos. Gran sentencia es aquésta, y dicha á tiempo que David estava saltando con gran fervor de espíritu, olvidado del reino temporal por honra del rey eterno.

Dice que ha de jugar, porque la humildad sabe muy bien jugar á la gana pierde, que no haciendo posteta alguna lo gana todo; y adelantándose á jugar, echa siempre carta que pueda perder, poniéndose tacha de menor valor, y responde al cavallo con sota, reputándose menor que todos los buenos, y desta manera gana, según aquello de Sant Gregorio: Las grandes cosas que hacemos tenemos por muy pequeñas cuando pensamos los ejemplos de los más fuertes; mas entonces crescen por mérito acerca de Dios cuando acerca de nos descrecen por humildad.

A la gana pierde, cuando hombre tiene mal juego y todos puntos menores, fácilmente gana; mas teniendo figuras, que valen por número perfecto, gana con dificultad; y desta manera dicen algunos que aquél será más presto humilde que tiene menos virtudes; empero el que las tiene tales, que son figuras ó traslados perfetos de las que tuvieron los sanctos, con dificultad se podrá humillar sin hacer alguna posteta anteponiéndose á otros.

Esta razón va muy fuera de humildad, y no es deste juego, sino del torillo de la sobervia, ca el humilde nunca se mira sino desnudo como nasció, sin virtud, sin mérito, sin cosa buena, ignorando si es digno de odio ó de amor; y si ve en sí algo, pues la humildad lo da todo á cuyo es, mira como ropa prestada lo que posee; y de allí se humilla más, pensando en la usura que le fuera demandada del áspero señor que coge aun donde no sembró; y temiendo el menoscabo que ve en sí, clama en su corazón diciendo: Qué perdición ha sido esta de gracias que vos, Señor, me diste tan de balde; pues las pudieras vender á otro que mejor te las pagara, ó darlas á los pobres que agora carescen dellas?

Puédese también decir que la humildad juega á manera de gran señor, que con quien ama se hace perdido adrede; porque perdiendo los dineros gane más el corazón de la persona con quien juega; y así la humildad jugando con Dios pierde aun el ánima por su amor, despójase de todo y tórnalo á la fuente que es Dios, á ejemplo de Nuestra Señora, que siendo alabada magnificó al Señor que reparte sus dones.

Dice también David que se ha de hacer más vil, dando en esto á entender que la humildad siempre deve crescer en nosotros, lo cual acaescerá si cresciéremos en el conoscimiento y amor de Dios; ca no hay quien nos desengañe, sino el que como amigo nos dice la verdad cuando se llega á nosotros, y nos hace

conoscer que no somos nada; y acontéscenos con él como al enano con el gigante, que mientras más á él se junta conosce más su pequeñez; y según esto, los que se han unido más á Dios, hallamos en la Escriptura que fueron más humildes.

Dice más David que será humilde en sus ojos, no se curando de los ojos ajenos que solamente ven lo de fuera; y dió en esto á sentir que havía quitado de sí la voluntad de querer ser tenido por humilde, lo cual no haces tú; ca dices de ti alguna virtud y ruegas que lo callen, no porque tú l› deseas, sino porque piensen que con aquélla también tienes la humildad; queriendo parescer humilde en los ojos ajenos, no lo eres en los tuyos, á cuya causa dices muchas veces de ti lo que no crees, á ejemplo de una emparedada que solía responder, según dice Gersón, palabras de confusión suya á los que le hablavan por su redecilla; y un día viniendo una dueña á la visitar, acaesció que estava junta á la red una niña que tenía consigo, á la cual preguntó la dueña qué tal estava su señora, y ella respondió aquello que muchas veces havía oído á la mesma emparedada, diciendo: Mi señora es una perdida, un pedazo de sueño, indevota, que no meresce lo que come. A esto saltó presto la vieja con reprehensión: qué es eso dí que dices? en buena fe, señora, que miente, ca bien madrugo y hago lo que puedo.

Desta manera hay muchos que falsamente se humillan y no quieren que digan dellos lo que ellos mesmos dicen de sí; en lo cual se muestra carescer de humildad y también de verdad, pues no quieren que nadie confirme su dicho, y si alguno lo confirma, ellos mesmos lo contradicen ó muestran que lo decían burlando.

El que es humilde en sus ojos sufre que le digan en la barba sus defectos y ama oirlos, y aun que se los señalen con el dedo; ca huelgan de verlos para los emendar, y ellos mesmos ruegan que les muestren lo que deven corregir, porque están prestos para lo hacer. El que de verdad quiere ser humilde en sus ojos, lo más que mire en sí sea sus defectos, y esto ruegue á los otros que miren y se los muestren; y suplique á Dios que le abra los ojos para que los vea solos y no quiere conoscer en sí lo demás, por decir con David (Psal. LXII d): Inflamado está mi corazón, y mis renes se trocaron; yo soy tornado á nada y no supe; como bestia soy hecha acerca de ti, y yo siempre seré contigo.

De un extremo á otro ha pasado David de estas palabras, porque la inflamación del amor, según Sant Dionisio, se atribuye á los serafines, de la cual dice que está lleno su corazón; y junto con esto se llama bestia, como quien se derriba de lo más alto á lo más bajo; lo cual suele hacer la soberana humildad que la caridad inflama, y la razón desto es porque no sabe el humilde detenerse en ver sus cosas preciosas, y nunca quita los ojos de sus faltas, haviéndose con Dios á manera de pobre que pide limosna á la puerta de la iglesia, el cual encubre los miembros sanos y muestra los llagados, diciendo de sí lástimas con gran deseo de ser de todos creído y que se duelan dél.

A la puerta de la misericordia se asienta el humilde con gran confianza, y no osa entrar dentro, con los presumptuosos, porque aún no se juzga digno de ser oído; empero muestra á Dios y á sus sanctos con boz de oración todos sus defectos que son llagas del ánima, y encubre lo bueno cuasi como si no lo tuviese, demandando siempre más; ca el Sabio dice (Eccles., XIII b): Humíllate á Dios y espera sus manos. Sabe la humildad que las manos adyutrices de Dios siempre están extendidas á los humildes; y por tanto no cesa de se humillar á El solamente, no curando de los hombres, á los cuales por solo Dios se subjecta, contemplando en ellos á Dios.

No lo hacen así los sobervios, que como abaceras muestran la mejor verdura encima y ponen la peor debajo; y así ellos esconden sus faltas y publican eso bueno que parecen tener; y por tanto se dice dellos (Psal. LXXII b): Pusieron su boca en el cielo, y la lengua dellos pasó por la tierra. Aquel pone su boca en el cielo que se jacta de las cosas espirituales, y su lengua pasa presto por la tierra encubriendo ó abreviando sus terrenas flaquezas ó cubriéndolas con afeitadas palabras, como se cubre la tiña con la cofía labrada; y por esto los tales no rescibirán limosna de Dios, que torna á mirar al pobre y buelve los ojos del sobervio, como paresce en el publicano y fariseo, que el uno manifestó eso bueno que tenía, y por eso no le dieron nada, y el otro ningún bien manifestó de sí, sino males, y por eso aun descendió con más humildad justificado á su casa, y el otro se quedó en la altivez do se havía subido.

CAPÍTULO V

En que se nos amonesta la humildad.

Bienaventurado es el que pone mucho estudio en humillarse por cualquier vía que pudiere, apocándose en sus ojos y en los ojos de todos los que biven, ca si conosciésemos el valor de la humildad, aunque esté sola, no cesaríamos de la buscar y vender todos los otros cuidados por buscar esta pequeñuela piedra preciosa que engrandesce los que la hallan; empero no se halla de ligero, si no se aficiona enteramente á ella el corazón y la procura con tanto aviso que ninguna cosa haga sin que mezcle simple humildad en ella; y digo simple, porque la llaneza desta virtud vale mucho, ca en tal manera lo deves procurar, que los otros no paren mientes en ello, porque como ella es virtud encubierta, así se quiere buscar por vías secretas, como quien disimula y no echa de ver las honras ni los favores, y no quieren que hagan caso de ti; porque desto se ofende la humildad, que es muy callada y no hace ruido ninguno; y aunque ve serle hecho agravio, no se queja sino de sí porque lo sintió, y ya que lo siente, cállalo; y si otro se lo dice, niégale que no mire en ello, y en burlas ó en veras siempre trabaja de manifestar de sí cosas de menosprecio, y desapropiarse de las habilidades y gracias que tiene: ensalza las cosas de los otros y abate las suyas; así tracta con los otros como si fuesen sus mayores, porque contempla en ellos lo bueno y en sí lo defectuoso para los anteponer juntamente; á todos sirve y honra, manifestando las virtudes que dellos conosce y dando la ventaja sin querer oir esto de sí, porque la afección con que hace esto se endereza á solo Dios, delante el cual anda siempre el ánima humilde como de rodillas muy subjecta y solícita por se humillar á El.

O humildad, virtud soberana, madre y minero de virtudes, quién tuviese vena para loarte y corazón suficiente para amarte sin fingimiento? Tú eres amable á Dios y á todos los hombres; subjectas los demonios con tu quieta subjeción; aun tu contraria la sobervia se precia de tu hábito, por le parescer más útil. Tú engrandeces el corazón y lo haces más profundo, por descubrir con más abundancia el manantial de las gracias y lo hacer más capaz de Dios; tú sola estás segura de caída, porque siempre eliges lo más bajo, y aunque te derriben, nunca te hieres; tú engrandeciste al mayor de los hombres, Cristo, y por no te amar el mayor ángel pereció; tú animas los que pelean y eres como la Tierra, que dava, según dicen, fuerzas á su hijo cada vez que adrede se derribava; tú no tomas por injuria ser muchas veces desechada, y por eso nunca dejas de alcanzar lo que pides al que manda que le seamos importunos; tú sola eres infatigable, porque nunca te satisfaces con lo hecho, antes lo tienes por inútil; tú puedes trastornar la casa de Dios y hacer de los postreros primeros y de los primeros postreros; tú sola conosces cuánta necesidad tenga la criatura de Dios, y cómo los servicios que le hacemos son más de verdad nuevas mercedes que él secretamente nos hace; tú te precias de ser deudora al Señor que nunca se niega. Cuando mucho rescibes, miras la grandeza del que te hace las mercedes y la obligación que te carga, y cuando no recibes, miras tu poquedad para te juzgar indigna y decir que por ti se corta el hilo de las mercedes, y procuras de lo restaurar mostrando tu mengua; tú ganaste la bendición para Jacob, y lo hiciste señor de su hermano mayor, porque siete veces se le humilló; tú alcanzaste á Saul el reino y diste la victoria de su enemigo á David; tú hiciste que no abajase fuego del cielo sobre el tercer príncipe que fué á llamar á Elías como sobre los otros, ca este sólo le habló humilmente; tú hiciste cesar la ira del muy alto en los días del rey Ecequías, porque se humilló al profeta; tú esforzaste el brazo de la hembra para cortar la cabeza del poderoso Holofernes, y diste la no esperada victoria á los que havían humillado sus ánimas á Dios; tú hiciste graciosa á Ester ante los ojos del rey Asuero, por ser ella tan humilde que aborrescía los atavíos de reina.

Para qué diré más? Hoy día no dejas de hacer en espíritu las mesmas cosas, porque á los pecadores que se humillan alcanzas el reino del cielo y les das la victoria contra sus enemigos, y estorvas á muchos el fuego del infierno, y haces cesar en muchos tentados la ira de Dios que los castigava, por humillarse ellos al buen consejero; tú al ánima que te ama haces tan fuerte que corte y derribe la cabeza del mundo sobervio que se esfuerza á impedirnos todo bien, y la haces muy agradable á los ojos de Dios, que están puestos sobre

los humildes para los hacer crescer y ponerlos en sublime estado de aprovechamiento espiritual, y hacer que si crescen aquí en humildad crezcan acullá en gloria.

EL TRACTADO VEINTE

NOS ANIMA A SUFRIR LAS TENTACIONES DICIENDO: XAROPES SON TENTACIONES DE LA GRACIA MENSAJEROS.

Lo que hace Sant Augustín para animar los que edifican la cibdad de Dios es mostrar el fruto que se sigue de las tentaciones que padescen los edificantes, y desta forma la letra presente nos provoca á sufrir las tentaciones que ocurren cuando nos trabajamos por separar nuestra alma, que es ciudad pequeña de Dios Nuestro Señor. En este destierro espiritual tampoco nos faltan tentaciones, como á los hijos de Israel, antes nuestras jornadas son de una tentación en otra hasta venir á la tierra de promisión, que es el gusto de la contemplación, donde aún quedan algunas para que nos ejercitemos y no demos á olvido el uso de pelear; empero todo se sufre con igual corazón si miramos el glorioso fruto de la pelea, diciendo al Señor aquello de Tobías: Esto tiene por cierto todo aquel que te adora; que si su vida estuviere en tribulación, será librado, y si cayere, serle ha lícito venir á tu misericordia, porque no te deleitas en nuestras perdiciones, mas después de la tempestad haces sosiego, y después del llanto y de las lágrimas infundes gran placer.

Ninguno de los que adoran á Dios piense pasar sin tentaciones, pues que Cristo no quiso por otra vía ganar la corona sino sufriéndolas, según aquello del Sabio (Prov., II d): Si el justo rescibe en la tierra, cuánto más el pecador y el malo? A Cristo llama Isaías justo nuestro, porque nos alcanzó toda justicia con Dios, haciendo que sea ya justicia de nuestra parte lo que antes era pura merced; ca presupuestos los méritos de Cristo, dice Sant Pablo que el justo juez le guardará su depósito para el día de la paga.

Este justo, que es Cristo, rescibió de su voluntad muchas tentaciones y fatigas en la tierra, que es el lugar dellas, ca en el cielo no las havrá, porque acá se labran las piedras bivas del templo, en manera que allá no se oirá martillo ni sierra ni otra herramienta alguna de pasión que nos desasosiegue; empero nota que tanto más curiosamente se labra la piedra en la cantería con más golpes cuanto es mejor y más alto el lugar do ha de ser colocado (III Reg., VI c), y la piedra de la portada suele ser más picada para que salga más linda, y porque Cristo se hacía nueva puerta del cielo, que hasta él estuvo cerrado, quiso ser muy golpeado y martillado biviendo en la tierra de su sancta humanidad, que rescebía los golpes. Y si El quiso padescer tanto ímpetu de tentaciones, fué porque nosotros pecadores hoviésemos vergüenza de entrar por puerta tan golpeada sin primero sufrir algunos golpes para nuestra hermosura; ca ninguna piedra será asentada en el cuerpo del edificio celestial, que se hace de almas sanctas, si no tuviere alguna conformidad con la piedra de la portada, que es Cristo; el cual es portada de la Iglesia triunfante y esquina fundamental de la Iglesia militante que sustenta el peso del edificio, ca El sufrió la carga del día y del calor y la cruz.

No le fueron á Cristo mensajeros de nueva gracia los xaropes desabridos de las tentaciones que padesció, porque antes que padesciese cosa del mundo fué lleno de gracia. Empero á nosotros acarrea nueva gracia todo lo que padescemos, por lo cual dice el Sabio (Prov., III b): Hijo mío, no deseches la doctrina del Señor, ni desfallezcas cuando fueres dél corregido; porque el Señor corrige al que ama, y agrádase dél así como el padre del hijo.

La doctrina digna del Señor que El más en las Escripturas nos amonesta es la oración, la cual por toda manera de enseñamiento nos mostró; y esta doctrina dice el Sabio que no desechemos por miedo de las tentaciones, y que no desfallezcamos cuando con ellas nos corrige; ca desfallecer sería si por miedo de las tentaciones dejásemos de orar desconfiando de su favor, como no permita El que seamos tentados, sino porque oremos con más instancia y nos tornemos á El como el niño, que es de su madre espantado con palabras amedrentadoras para que corrigiéndose torne á ella que abre los brazos para lo recebir (Amos, IV c).

Los que miran bien las cosas dicen que las

tentaciones son aposentadores de Dios, y á esta intención las envía el que no dejaría venir sobre nos algún mal si no se nos hoviese de recrecer dello mucho bien; según lo cual dice el Señor haviendo mucho amenazado (Amos, IV d): Después que te hoviere hecho estas cosas que tengo dichas, aparéjate al recibimiento de tu Dios, Israel. Desque Dios nos aflige se llama nuestro, ó porque lo compramos en alguna manera por la aflicción bien padescida, ó porque entonces nos muestra más su dulcedumbre y se nos entrega con más seguridad; como parece en la Virgen y el Sancto José, que después de la gran aflicción que padescieron, perdiendo al niño Jesús, se dice que era subjeto á ellos.

Cada vez que algo padescieres piensa que los aposentadores de Dios vienen á tu casa; el cual cuando hovo de venir á verse con Elías y hablarle encima del monte primero envió como aposentadores fuego y tempestad, y después vino El muy seguramente. Si la comparación que arriba puso el Sabio del padre y del hijo queremos reducir al mesmo Dios de quien hablava, conosceremos que entonces se agradó el Padre eterno más de su Hijo cuando lo vido más afligido y tentado; ca entonces, como dice el Apóstol, fué oído por su reverencia y alzado todo lo que quiso. Agrádase Dios de ti como de su Hijo Cristo cuando te ve trabajado y tú estás mal contento; piensa que con esta condición fuiste prohijado, ca no es razón que se guarden más duras leyes con el único hijo natural que con los adoptivos.

Mirando el prudentísimo Padre la utilidad que á sus hijos viene de las tentaciones, y la intención que El tiene de los favorecer, los pone á grandes encuentros, y tráelos de lo alto á lo bajo, dándoles del pan y del palo, por los abezar á negarse; visítalos, magnifícalos y pruévalos, y pone en ellos su corazón para los guardar en la magnificación de la sobervia, y en la visitación del engaño y en la provación de la caída. No temas, pues, hermano, ser tentado, teniendo tal contrapeso contigo como es el corazón de Dios, que se sirve más de tí cuando eres tentado, porque trabajas por El, que cuando eres consolado, ca entonces haces tu hecho.

Ten aviso de te tornar luego al corazón á buscar á Dios cada vez que te acaesciere lo que no querías, y haz como la paloma, que en viendo el ave de caza que la viene á prender se retrae y encierra do no puede ser presa. Y desta suerte deverías tú hacer entrando al refugio de tu corazón, donde hallarás á Dios; y ansí cada cosa contraria te sería mensajero de gracia, según dice la letra presente, y cumplirse ha en ti aquello de Isaías (Esa., XXXII a): Será el varón ansí como el que se esconde del viento y se ampara de la tempestad, y ansí como arroyos de agua en la sed, y como sombra de alta piedra en la tierra desierta. Sobre ésta dice la glosa: Estará seguro en las tribulaciones así como el que huyendo del viento y del torvellino se esconde en lugar seguro, y así como el que halló purísimas fuentes en el desierto, y como el que se guarda del ardor del sol en el sombrío.

Escondámonos, pues, del viento de la imaginación, y entremos huyendo dentro en nosotros mesmos, porque, según dice Sant Augustín, allí está más seguro el amparo y más presto, porque de lo interior, según se sigue, salen arroyos de agua biva hechos en nosotros, para el refrigerio de la sed que nuestra ánima tiene de Dios.

Dícese también el que se esconde en sí estar á la sombra, porque la virtud del muy alto lo abriga en el desierto interior, del cual sube el ánima como vara de humo bien oliente derecha, sin se torcer á criatura alguna.

No quiero tratar aquí las muchas utilidades que de las tentaciones se siguen, porque todos saben, según el Sabio dice (Eccles., XXXIV), que pocas cosas conoce el que no tiene experiencia en las tentaciones (*Tentationum vtilitas*), ca no sabe aprender de lo que padesce como aprendió Cristo; ni se humilla tan profundamente á Dios, ni á los hombres, como persona que al presente no tiene dellos tanta necesidad; ni sabe lanzar la negligencia compelido por necesidad, la cual suele despertar al hombre aun cuando ha menester dormir; ni sabe ser avisado, ni temer en todo trayendo la barva sobre el hombro como quien tiene enemigos; ni se notifica por bueno, ca en la piedra del toque se conoscen los quilates del oro; ni da de sí aquel buen olor de Cristo, como lo suele dar el incienso puesto en las brasas de la tribulación; ni el que no es tentado gana tanta honra entre los cavalleros del Señor como podría; ni se sabe compadescer de los afligidos que padescen; ni se sabe también guardar de las pequeñas

culpas; ni se acuerda tanto de Dios; ni ora tan á menudo; ni se purga tanto su ánima; ni la fatiga le da entendimiento; ni aprende á pelear estando en la guerra, que es este mundo; ni gana ni recoge méritos, siendo agora el tiempo del merecer, ca no extiende Dios contra él la vara de oro, que es la preciosa tentación, que en señal de clemencia suele enviar de Sión para nos hacer crecer en gracia y en gloria y para sanar en nosotros algunos vicios que si no fuésemos tentados podrían abundar; y porque Dios nos hiere con intención de nos curar se dice que la vara floreció y llevó almendras: las flores para letuario y las almendras para almendrada fortificante que nos dé salud y sustancia.

CAPÍTULO II

De cómo el Señor conforma la tentación con el tentado.

De los muchos bienes que brevemente hemos dicho caresce el que no es tentado; por tanto deves decir con David: No temerá mi corazón si se levantase contra mí batalla: en esto esperaré; yo una cosa pedí al Señor: ésta buscaré en la batalla no temida.

Dice que ha de esperar lo que pidió al Señor; y esta esperanza, según dice Sant Augustín, es de victoria de galardón eterno, lo cual havía de ganar peleando como buen cavallero de Cristo; así que mientras más peleamos en la resistencia siendo tentados, se acrescienta más nuestra eterna gloria. En figura de lo cual se dice (Exo., I c) que cuanto más eran afligidos los hijos de Israel, tanto más eran multiplicados y crecían. Los fieles hijos del luchador Cristo, siendo tentados, son en gracias multiplicados y crescen en gloria, y afírmanse más en ellos las buenas costumbres; porque, según dice Séneca, mucho cresce la virtud ejercitada.

Bien se sigue de lo ya dicho de las tentaciones son mensajeros de gracia, según dice la letra presente; y mientras son mayores, la anuncian mayor. Ca deves saber que así como en el infierno los más poderosos serán más poderosamente atormentados, así en este mundo, que es como infierno de los buenos, los que son más poderosos en gracias y virtudes suelen sufrir mayores tentaciones, y tanto mayores cuanto mayor fuere su sanctidad. Lo cual da Sant Pablo á entender diciendo que no nos permitirá Dios tentar más de lo que podemos sufrir, conformando el golpe con el que lo rescibe. Y por esto se dice que Sant Juan Baptista fué tentado de la mesma tentación de Lucifer, cuando enviaron embajadores á saber si él era Cristo. Así que, como fué dicho á Tobías (Thob., II c), necesario es que te prueve la tentación, pues que eres aceptado á Dios; y mientras más acepto fueres será mayor la tentación que te ha de provar, mas tú por eso no temas, sino oye al Sabio que te dice (Eccles., II a): Reprime tu corazón y sufre, y inclina tu oreja y recibe las palabras del entendimiento, y no te apresures hasta ver el cabo; sufre las sustentaciones de Dios; júntate mucho á Dios, y sostén para que crezca en lo postrero tu vida; rescibe todo lo que te fuere aplicado y súfrelo con dolor y ten paciencia en la humillación tuya, porque en el fuego se prueva el oro y la plata, mas los hombres receptibles en el horno de la humillación; cree á Dios y recuperarte ha; endereza tu camino y espera en El.

Mucho deves notar estas palabras si eres tentado, y mira que te amonestan juntarte á Dios y sufrir, ca si no hoviese más que hacer de juntarnos á El, todos lo querríamos hacer. Empero lo que se ha de sufrir es lo que duele; porque en apartándote de la vida derramada para te juntar á Dios, has de ser muy más tentado que antes para ver si perseveras. Donde sabemos que Faraón hizo mayores agravios á los israelitas en siendo visitados de Dios (Exo., V a), y el demonio cuando salió del hombre tomó otros siete peores para tornar á él, como quien hace gente contra quien se le alzó y lo va de nuevo á subjetar. Y Labán, viendo que Jacob se apartava dél (Gén., XXXI b), siguiólo con gente y con encendido furor. Aun Cristo, encomenzando obra de mayor perfección en el desierto, fué más tentado. Y los cinco Reyes comarcanos que reinavan en la tierra de promisión, viendo que los gavaonitas se havían llegado á Josué (Jos., X a), vinieron luego á cercarles la ciudad y darles combate, en figura que aún nuestros cinco sentidos nos dan más guerra con sus imaginaciones cuando determinamos de quitar la afección del mundo y ponerla en Dios; y acaesce que cuando cerramos la puerta de dentro sentimos más el oído de los que entran y salen que si la dejáramos abierta; de manera que cuando cerramos más lo de

dentro sentimos lo que antes no nos dava tanto enojo por que no lo resistamos.

Hay algunos que sintiéndose menos guerreados en la poca perfección y en los ejercicios de poca utilidad, dicen que es bien estarse allí donde no son tan molestados, y dicen que más les vale su poca perfección, que holgadamente poseen, que no ponerse á contino trabajo de guardar con aviso el corazón, porque acaece que por no admitir hombre un pensamiento indiferente se le ofrecen enojosamente muchos que dan pena y son malos. Esta respuesta es de covardes, y pues fueron reprehendidos los que por huir el trabajo se excusavan de subir á la tierra de promisión (Deut., 1 c), claro está que no deve ser admitida.

Si todo lugar que pisare tu pie será tuyo y tanto ternás más alta silla cuanto más alto fuere el ángel malo que vencieres, la esperanza de la gran corona deve disminuir el trabajo, conosciendo que si tienes osadía para resistir, el Señor te dará gracia para vencer. Si las pequeñas virtudes careciesen de tentaciones, aún havría alguna más razón de contemplarse hombre con pocas cosas por estar más seguro; empero aun en el ayuno se mezcla la vanagloria, que es un tan grande mal que della diga Sant Cepriano: Ninguna cosa más engañosamente lisonjea el ejercicio de la religión que la vanagloria; á ninguna cosa halaga tanto el favor como el ayuno á los sudores de los ayunos; la importuna alabanza se ofresce, y penetrando el ánima con subtilísimos aguijones, cuando ensalza emblandesce y punge cuando unge. La virtud torna en hipocresía, y absolutamente destruye las cosas comenzadas; así como polilla roe lo que estava entero; arranca el fundamento de la sanctidad y disípalo; subtilísimo mal que con proprio cuchillo degüella al hipócrita y con las proprias armas impugna la sanctidad; el castigo de la carne hincha el espíritu y la flaqueza del cuerpo empringa al presumptuoso y magro arrogante; el menosprecio caza veneración, y la hambre y fatiga le harta de alabanzas; el ánima llena deste veneno se deleita en miserias, y ocupada en esta caspa se gloría en llagas; la religión se torna falsa aparencia y sucede la ambición adornada; muerto el espíritu en el cuerpo hambriento de cuatro días, solamente quedan los despojos de la virtud, aparencia de cosa sin alma y fingimiento de sanctidad; tanta es la locura de los hipócritas que usen de los hedores por olores y tengan por preciosas las cosas viles y por suaves las cosas ásperas, y el sabor de los favores sobrepuje toda esta salsa, y toda destemplada sensualidad se deleite en sus contrarios; y por tanto la soledumbre, que caresce de jueces, y el yermo, que caresce de miradores, quiso Cristo elegir para su ayuno.

CAPÍTULO III

De cómo el recogimiento tiene mejor manera de pelear que otro ejercicio.

Pues que en cada virtud hay gran tentación y estorvo sobre la tierra, no te maravilles porque el recogimiento sea muy combatido, antes deves mirar que, según dice Gersón, este ejercicio es más invencible que otro ninguno, aunque es más impugnado; de manera que si te espanta la continua pelea, dévete esforzar la mañosa manera de pelear que aquí hay; la cual es tan excelente que si miras bien en ella te aprovechará también para vencer las muchas tentaciones que suele ofrescer el demonio á los que piensan la sacra pasión.

Cuasi toda tentación se comienza en alguno de los sentidos, ca por ellos comienza el demonio como por parte más flaca y más fácil de combatir. Eva y David comenzaron á ser vencidos por los ojos, y Adam por el oído que se inclinó á la mujer; y la tentación de Judas comenzó por oler, ca si no oliera no conosciera la preciosidad del ungüento derramado. En el tacto y en el gusto comienzan la lujuria y la gula; ansí que, pues el demonio solamente obra en los sentidos y en la fantasía, donde tienen principio todos sus engaños, bien paresce que podrá muy poco contra el varón recogido, cuyo primer intento es subir sobre las cosas sensibles que se pueden imaginar.

Los que siguen cualquier vía que sea, allende de su principal ejercicio, han de buscar la manera de pelear; mas los varones recogidos con solo su ejercicio del recogimiento se escudan y defienden del demonio; el cual es una guarda continua del corazón donde se retraen, dejando fuera burlados los enemigos; hacen como el erizo, que viendo venir los perros no tiene otro mejor remedio que recogerse y encerrarse en sí mesmo, en tal manera que ni sabéis do tiene los pies ni la cabeza; y visto desta manera, no saben los perros por do entrarle sino quédanse burlados; y así los que se retraen

al corazón vencen fácilmente al demonio y lo dejan burlado; empero enciéndese tanto algunas veces su rabiosa ira viendo que luego á la puerta le contradicen, que con grandes golpes y espantos y aparecimientos se trabaja de contradecir al hombre cuando por otra vía no puede.

La mesma visión del demonio no espanta tanto á los de buena intención como decirles que en este camino de la oración mental hay muchas tentaciones carnales figuradas en las serpientes que hallaron los hijos de Israel (Deu., VIII d) en la soledumbre, que sólo su resollo quemava; y es la lujuria que el demonio enciende, cuyo soplo, como dice Job, hace arder las brasas.

La tentación que es común á todo ejercicio mal parece aplicarla solamente á uno por lo infamar, ca, según dice Gersón, y también la experiencia da dello testimonio, muchas veces sobrevienen torpes pensamientos á los que piensan en la sacra pasión; y aquejan tanto, que no dejan mirar libremente la imagen del Salvador, antes hacen creer al hombre simple que ya deve estar condenado por pensar aquéllo. Empero el varón discreto búrlase de aquellos mosquitos de Egipto y prosigue en su buen ejercicio.

Bien sabemos que hay en el recogimiento las tentaciones ya dichas; empero no por esto deja de ser bueno y sancto, ca si el ser tentado fuera cosa mala, el Señor nos enseñara á pedir que no lo fuéramos; mas no nos manda que pidamos, sino que no fuésemos vencidos; suplica que no seas vencido, y si padeces, conosce que, según dice Sant Bernardo, no es pequeña parte de bien padecer males. Mira tú que no eres tentado si te deja el demonio por asegurarte, ca muchas veces fueron con pequeña ocasión vencidos los que no havían sido tentados, y los que lo havían sido salieron vencedores; y conosce la misericordia de Dios, el cual viendo tu flaqueza no lo permite, ca luego serías vencido. Y pues Dios es fiel, piensa que á la mayor tentación da mayor socorro, si por se llegar á El incurre hombre en la tal tentación provocando al enemigo, envidioso de los que suben á la paz que él perdió.

El que tiene la bívora en el seno, aunque esté adormida, no se deve asegurar, porque con un poco de calor torna á bivir y muerde aun á Sant Pablo. Si entonces, como dice Sant Hierónimo, más mañosamente nos combate el demonio cuando menos lo sentimos, claro está que nunca nos devríamos asegurar ni decir que no somos combatidos, pues que el demonio nunca duerme.

Paresce no pertenecer á la Iglesia militante el que se alaba que no es tentado, como si dijese de sí una cosa loable, porque ella, según dice Sant Gregorio, aun sufre al Jebuseo, por que el ánima sienta de sí cosas humildes viendo que no acaba de vencer las pequeñas. Jebuseo quiere decir acoceador, y es el cuerpo carnal que el ánima sufre siendo dél agraviada; empero aunque este nuestro hombre exterior se corrompa, el hombre de dentro se renueva de día en día (II Cor., IV d), y el breve trabajo obra en nosotros eterno peso de gloria, porque contemplamos las cosas invisibles. Dios y el Demonio y la carne y los hombres suelen tentar al varón devoto según aquéllo (Deu., VIII d): Un caudillo fué el Señor en la soledumbre grande y terrible, donde havía serpiente que con su flato quemava, y alacrán y áspide sedienta, y en ninguna manera havía aguas. El ser Dios nuestra guía y llevarnos adonde no hay agua paresce que nos tienta, aunque su tentar es diferente de los otros, porque nunca tienta á mala fin, sino á buena. Y por tanto, según dice un doctor, su tentar no es sino promovernos y subirnos á cosas mayores, ca pone á mayores encuentros á los que más ama, por que merezcan mayor corona; y por esto es lícito desear hombre ser tentado de Dios, y no es bien desear ser tentado de otro alguno.

CAPÍTULO IV

De cómo en el recogimiento suele faltar devoción.

La más común tentación que en esta terrible soledumbre del recogimiento suele Dios causar es una sequedad y falta de agua dulce de devoción que suele abundar en este desierto, y más dulce que en otra parte, aunque con más trabajo se halla y no presto. En Cristo, según dice Sant Bernardo, hay piedra y tierra: la piedra es su divinidad, y la tierra es la humanidad; los recogidos cavan en la piedra, y los que piensan la pasión cavan más fácilmente en la tierra y también hallan lo que buscan, y son consolados en figura de lo que salió del costado del Señor, agua y sangre, para proveer á los unos y á los otros.

Todos trabajan en Cristo; unos entran á la divinidad y otros salen á la humanidad, y todos hallan pastos abundosos. Empero algunas veces por nuestra culpa seca el Señor las fuentes, y hace seco el lugar de su gloria en este desierto, y siempre por nuestra culpa; empero has de saber que en dos maneras suele Dios quitar la devoción. Lo primero, quitándoles aquel gusto y contentamiento espiritual que suavemente suelen sentir los devotos; en lo cual se recrea y consuela mucho el ánima, mayormente si siente esto en el recogimiento, cuyo pan de consolación, por ser escondido, es más suave; pues la una manera de quitar la gracia es quitando el Señor al ánima esta consolación para la afligir de sed.

La segunda manera es más de temer, ca es muy áspera; y es cuando apartada la caridad pierde el hombre toda la solicitud y ansia que solía tener para buscar á Dios, que ya no se le da nada por se recoger, ni se cura de orar, sino que pierde el cuidado y deseo sancto que tenía, el cual suele estar sin consolación alguna sensible, mas no cuidado y aviso para más aprovechar.

La primera gracia suélela Dios quitar, ó por culpa presente y venial ó por culpa pasada mortal de que ya el hombre alcanzó perdón; mas merece tornar tan presto á la estrecha familiaridad comunicativa que antes tenía con la devoción, aunque esté en gracia y tenga caridad infusa.

Leemos haver Dios negado la entrada de la tierra prometida al profeta Moisen por el pecado pasado, aun harto tiempo después de hecho amigo suyo; dando en esto á entender que muchas veces castiga en sus amigos las cosas pasadas con pena temporal para que se guarden de cosa semejante.

Y no te maravilles si por pecado venial quita Dios la devoción, ca un descuidado vaguear merescía destierro de la consolación que no se da á los que admiten la ajena; y los que son verdaderos devotos sienten gran detrimiento en cada exceso que hacen por pequeño que sea, aunque en este caso disimula el Señor y deja pasar muchas cosas, por que no vaya á luego pagar.

La segunda manera de gracia que dije nunca la quita Dios sino por pecado mortal presente, ni la torna á dar sin que primero haga el hombre entera penitencia. Para mucho mientes en aquel cuidado de buscar á Dios que suelen tener los devotos; que si este Dios por tu culpa te quita, todo bien te falta. El remedio desta tentación es no tornar hombre de las piedras pan, ni declinar á las otras consolaciones de vanidad, sino proveerse de agua de lágrimas de día y de noche, ca no sólo deves gemir por la consolación cuando caresces della, que es como llorar de noche, mas aun cuando la tuvieres deves gemir por que no te sea quitada cuando desfalleciere tu virtud, y esto será llorar de día, y así mezclarás tu dever con lloro, á manera de niño, que después de afligido llorando recibe la leche de los pechos de su madre; de lo cual se le sigue más gozo, porque á leche añade su madre palabras de halago y lo aprieta consigo por lo alegrar.

CAPÍTULO V

De la tentación carnal.

Dícese más que en esta soledumbre hay serpiente que con su flato quema, y es el demonio que como otro Abimelech se llega á la puerta de la torre (Judic., IX d), que es el sentido del tocamiento, á poner fuego de lujuria por prender á los que están subidos en lo alto de su ánima, y desta manera los ministros del rey detestable, que son nuestros miembros, de que él se sirve contra nosotros, no cesan de encender el horno de la tentación con estopa y gavillas y atocha, añadiendo mal á mal, por que los tres niños, que son nuestras tres potencias, perezcan; empero remedia nuestro Señor enviando el rocío de su gracia para que no dañe el fuego á los que por él padescen; antes se pueda dellos decir con mucha verdad (Dan., III c): Cuando anduvieres en el fuego no te quemarás, y la llama no arderá en ti, porque yo soy tu Señor sancto de Israel, Salvador tuyo.

Según dice la glosa, aunque se quema el cuerpo en que tiene poder el demonio, no se quema el ánima que se aplica á Dios, lo cual es andar en el fuego, ca los lujuriosos no andan en el fuego, porque los tiene el demonio atados para dar de allí con ellos en las tinieblas exteriores; empero los siervos de Dios andan en el fuego cuando aunque son tentados no dejan de orar y llegarse más al Señor en la mayor tempestad, conosciendo que, según dice Sant Bernardo, el fuego de la lujuria es martirio prolijo, y aun se puede decir infierno superior, donde no se quema la volun-

tad, pues no consiente sino la carne; y por eso dice el Profeta que no arde la llama en ellos, sino en el demonio que se enciende en ella, como el rico avariento, que era en la llama atormentado; de manera que la llama es la pena que de ver que no consentimos rescibe el demonio, conosciendo que no nos daña el fuego, sino púrganos como vasos escogidos del templo de Dios, que podemos pasar por llamas y ser purgados con fuego para que así sean nuestras carnes, como de animales limpios, sanctiñcadas y sacrificadas á Dios.

No deven á nadie espantar los movimientos bestiales, pues que todo cristiano conoce que no empece sino lo que aplace, y así como el aplacer lo hace malo, así el desplacer lo hace bueno; en tal manera que estas bestias, que son los carnales movimientos, tanto son más mansas á Dios cuanto son más bravas á nosotros; porque si contra nuestra voluntad moran en nuestros términos, Dios no se espanta dellas si no ve que somos diversorio no tan limpio como nosotros querríamos; y por eso no deja de se esconder en el pesebre de nuestro corazón, aunque estén bestias al derredor; y no por esto se sigue que los que padescen esto son pequeños en perfección, porque siendo el Señor de treinta años se lee haver estado en el desierto con las bestias, al cual podemos bien decir aquello de Job (Job, V d): Las bestias de la tierra serán pacíficas á ti.

A Nuestro Señor son pacíficos nuestros bestiales movimientos cuando no es por ellos ofendido; antes acaesce que en las tales bestias sube á Hierusalem, donde en soberana paz es alegremente recebido; porque, como dice Sant Gregorio, cuando más crecen las impugnaciones malas tanto más humilmente nos subjectan á Dios. Y el mesmo dice sobre Job: Muchas veces acontesce que el espíritu levanta al ánima á las cosas soberanas, empero con importunas tentaciones le da combate la carne; y cuando el ánima es llevada á contemplar las cosas celestiales, se le ponen delante las imaginaciones de la obra deleznable, porque la carne de presto llaga al que fuera de la carne arrebatava la sancta contemplación; así que el cielo y el infierno son constreñidos á estar junto cuando una mesma ánima alumbra la alteza de la contemplación, y la importunidad de la tentación la escurece para que mirando vea lo que desee y cayendo sufra en el pensamiento lo que haya vergüenza; porque si Sant Pablo ve otra ley en sus miembros (Rom., VII d), quién será de todo libre?

Esto en sentencia dice este sancto, dándonos á entender cómo acaesce estar el espíritu subido, según dice Ricardo, en el nombre de la contemplación y cometerse idolatría en el valle inferior, do el pueblo menudo mora. Si al demonio es dado poder sobre nuestra carne como sobre la de Job, no lo podremos vencer en corta lucha sino con sola resistencia de voluntades y contrario parescer, como fué vencido en el cielo de un espiritu á otro; lo cual podrán bien entender por un ejemplo que pone Gersón hablando de tentaciones, el cual dice: Toma sobre esto un ejemplo de cierta mala mujer, que su marido no la pudo constreñir á que callase, ca siendo lanzada en un cieno, do estava cuasi toda cubierta y sepultada, preguntóle su marido si aun no havía de callar, y ella bolviéndose á él, según pudo con voz atrevida: Aún no callaré. Desta manera cuando tú fueras todo envuelto en el lodo de las tentaciones, no des la ventaja ni te des por vencido, mas clama con voz y corazón contra las tentaciones que te guerrean diciendo: Aún no callo cesando de me llegar á mi Dios. Desta manera podrás retener la inocencia así como aquella mala mujer retuvo su maldad.

Dice más también allí Gersón: que en esta batalla se acrecienta más gloriosamente la corona y el que es tentado terná doblado premio.

CAPÍTULO VI

De las astucias que el demonio tiene en tentar.

No te espanten, pues, las tentaciones que traen tanta utilidad, sino mira que se perfecciona tu virtud en la enfermedad de la carne; y para mientes que el astuto demonio no tienta á todos de una forma ni con una tentación, porque á los sabios acomete más sutil y encubiertamente, y á cada uno según ve su inclinación diversas medidas tiene.

No llena á todos por un rasero, ni en un mesmo vicio se ha de una forma con todas las personas; lo cual fué mostrado al padre santo Domingo cuando lo vió saltar por las mesas del refitorio y decir: Aquí poco, aquí mucho; aquí poco, aquí mucho. Como el santo mandase al demonio declarar esto, respondiole

que á unos hacía comer poco y á otros hacía comer mucho. Suele el demonio inspirar á muchos que no coman, en viendo que tienen alguna devoción; y en tal manera les inspira esto, que les hace creer serles cosa grave comer mientras tienen aquella gracia, sino que ella lo suple todo; y esto procura el demonio por que después coman doblado, viéndose necesitados de se entregar en lo que perdieron; y por tanto nunca hombre deve dejar de tomar su necesidad, aunque se le haga de mal, porque entonces merecerá más en comer que otro tiempo en ayunar.

Por cosa muy provada tiene el demonio tentar más al hombre del pecado á que lo ve más inclinado, como el pajarero, que allí pone los lazos do ve que más se juntan las aves; y por tanto se quejava David: En este camino que andava, escondieron lazos para mí. Por esto debe ser el hombre avisado, enderezándose á la parte contraria de su mala inclinación, y mirar cautelosamente los lugares peligrosos. Aprende de las aves, que huyen del lugar do una vez tropiezan en algún lazo, y para mientes que cuando el demonio te vence una vez, aunque te levantes, piensa que tiene alguna jurisdicción sobre ti; hace á manera de buen podenco, que con más ánimo y cobdicia sigue la caza que una vez mordió, pensando que ya no se le irá, pues le ha dado un bocado; y pues de tu caída cobra ligereza, tú no desmayes, sino cobra esfuerzo, porque gran gloria te será si te le vas de entre las manos ó le quiebras el argumento do una vez te prendió, para que puedas cantar: El lazo se quebró y nosotros fuimos libres.

Suele también el demonio tentar á muchos con una tentación, porque la tiene ya provada, y hace como buen médico, que usa más aquella medicina con que suele sanar, pensando que va el negocio sobre cosa segura, y desta manera tentó á Cristo por la forma que havía tentado al primer hombre, pensando tener por aquella vía segura la victoria, pues peleava con provadas armas.

Si tú quieres hurtarle el viento, deves ir á personas que han vencido aquella tentación, porque desta manera te servirás contra él de su mesma cautela; ca un mesmo remedio podrá aprovechar para evadir una mesma tentación. Item, cuando ve dificultad, suele cesar por asegurarte un poco más: tú entretanto no ceses de velar y orar, y desta manera, nunca teniéndole por seguro, nunca serás dél vencido, si siempre te haces fuerte.

Son tantas sus maneras de tentar y tan conformes á las complexiones y estados de los hombres y á los tiempos y lugares donde tienta, que sería cosa prolija decirse todo; solamente deves notar que los que andan con engaños, en siendo sentidos huyen; y si saben que no les guardan secreto, no se comunican ni participan con la tal persona, antes huyen; así que para vencer al demonio has de descubrir sus tentaciones á buenos consejeros según aquello del Sabio (Eccles, XXVII c): Si desnudares sus cosas escondidas, no seguirás tras él. Teme en toda cosa que tenga aparencia de mal y no te fíes de revelaciones; no te cures de los consejeros que puedes haver: bastarte deven los de tu casa, sin andar á buscar mujercillas, que por ventura están engañadas; y aunque no lo estén, mira que el consejo de tu perlado tiene más fuerza, porque él puede determinar tus dudas y no estas mujercillas devotas que tú buscas. Cuando tu espíritu no se quisiere subjetar sino á tal ó tal persona que son señaladas en sanctidad y no á otras, piensa que estás ya engañado y que el demonio te ha hecho creer de ti que eres algo, como de verdad te engañe tu fantasía donde hace ídolo de ti mesmo.

El tercer peligro que hay en esta soledumbre es muchos alacranes, según arriba se dijo, y son los que te muestran buen rostro y tras de ti dicen otra cosa; muerden en escondido murmurando de ti; júzgante por hipócrita; creen que les cumple guardarse de ti como de hombre doblado; no piensan que te recoges sino para juzgar dentro de ti sus derramamientos; tráente sobre los ojos colando tus mosquitos y tragando sus camellos; no te disimulará la menor culpa del mundo, sino guardártela ha para su tiempo, diciendo que, pues presumes de recogido, no paresce de sufrir que hagas esto y esto; reduce todos tus hechos á presumpción; el recogimiento dice que es fingimiento y fantasía honesta con que menosprecias á otros. En llegándote á Dios, has de ser notado por soñoliento, y tu sosiego será llamado pereza; y dirán que adrede te haces nescio, como si no te entendiesen que lo haces más por holgar que por orar. Serás notado en el comer y vestir como si fuese de la hacienda de sus padres; y cuando por aquí no te pudieren entrar, pornán tacha en tu

linaje ó en la edad, y traerán á la memoria los pecados de tu juventud, y entre burlas y veras te andarán motejando con palabras odiosas; y más que cuando te quisieren corregir te alabarán primero, para de más alto derribarte, de manera que seas ensalzado y humillado y conturbado juntamente; y si por ventura muestras ira, alegarte han que has perdido la paciencia, no mirando que ellos han perdido la justicia. Dicen que no imitas á Jesucristo en padecer, y ellos imitan al diablo, cuyo oficio es tentar y fatigar los hombres desasosegando sus conciencias.

En lo que más estudio ponen los disolutos es en achacar las palabras de los recogidos y deslindarlas para las entresacar y condenar, ó por de hombre falto de seso ó endiablado; lo que ellos no entienden juzgan por error. No temas las persecuciones de los hombres, aunque son las peores; porque en este torvellino podrás como otro Elías (IV Reg., II c) subir al cielo de la contemplación, y serás constreñido á hacer como el enjambre de las abejas, que se retrae á la colmena en el tiempo de la tempestad. Y mira que la virtud de los árboles se fortalesce en sí mesma y se encierra en las raíces, y cuando hace mayor frío están las aguas más calientes en la fuente, y los peces se encierran y callan las ranas, para que en todas las cosas tomemos ejemplo de nos recoger más mientras más cresce la persecución, porque esta es la mejor manera de la vencer. No gustan el fruto de las tentaciones sino los que las toman por espuelas de su recogimiento, y oyen con el oído del ánima que cada tentación y fatiga les dice que se tornen al corazón; éstos como en lo secreto hallan á Dios entonces más piadoso y dadivoso, conoscen por experiencia ser verdad aquello del Sabio (Sapie., II d): Como oyesen ser hecho bien con ellos por sus tormentos, acordáronse del Señor, alabando el fin de la salida. En la salida se conosce el bien que nos traen las fatigas bien sufridas, y entonces nos devemos acordar del Señor y no de los tentadores, donde si, según dice Sant Gregorio, no devemos mirar en la escriptura al que la escrivió sino al que la notó, tampoco devríamos mirar en las tentaciones á los que nos persiguen, sino al Señor que lo permite para que seamos enseñados y la fatiga nos dé entendimiento.

Aunque de toda parte seas perseguido no desmayes, porque el Señor sacará á luz tu causa y te librará como á David, que estando cercado de toda parte perdió la esperanza de escapar de las manos de Saúl; mas el Señor le dió tal puerto, que después fué señor de su enemigo y le dió lugar, no queriendo dar mal por mal.

CAPÍTULO VII

De cómo te has de haver en las tentaciones susodichas.

Si piensas bien y miras en ello, verás que más son tus adversidades en tí y en tu reputación que en sí mesmas; y de hecho te acaesce como al que pasa de noche por algún escuro y le paresce que ve fantasmas, como de verdad se le antoje; y si algo ve, solamente fué escuridad y tinieblas, que en sí son ninguna cosa. Sentimos mucho lo que en sí no es mucho, y aun á las veces no es nada, sino que tú finges enemigos, aunque ninguno te quiere mal; tómaste tú contra ti la palabra que se dijo, sin parar mientes en ella; no se acordava el otro de ti, y tú barruntas que contra ti lanzó aquella saeta; llágaste tú mesmo con saetas de niño, que son palabras de poco peso; eres de tan nuevo y tierno espíritu, que no te han de osar hablar, temiendo que te has de llagar sin golpe y quejar sin por qué; no seas tan sensible, haz ancho el corazón, mira que Saúl oyó lo que se decía contra él (I Reg., X d), y no curó dello sino pasólo con disimulación (I Reg., XI d), y desque se pudo vengar despreció la venganza.

En las palabras desabridas que se dijeren contra ti no puedes tener mejor remedio que disimular. Bien sé yo persona que burlando y con risa, respondiendo alguna palabra de juego, pasa todo lo que se dice contra ella, y con decir una gracia delante de sus enemigos los hace callar á todos, y que luego pierdan el enojo y echen á burla lo que antes decían de veras. Todas estas mañas sabe la humildad; mas la soberbia, que se injuria de todo, jamás terná paz.

Podrás decir que cosas hay que se pueden pasar en juego; empero unos temas viejos de personas mucho tiempo antes conoscidas por maliciosas no se pueden disimular, porque si os reís delante dellos dicen que regañáis, y todo su estudio ponen en contaros los pasos y notar cuanto hacéis; los cuales fingen muy

buen celo, y al cabo son como Decio, que por la cobdicia del tesoro hizo matar á Sant Lorenzo, fingendo que lo hacía por celo de los dioses. Y así algunos te persiguen por te quitar tu oficio y disminuir tu fama, pensando que ha de crescer la tuya, y con todo esto fingen religión.

Aunque esto fuese así, siendo tú bueno ningún mal se te puede seguir, porque ninguno te puede quitar á Dios, y quitarte todo lo otro es quitarte trabajo; empero conviénete andar sobre aviso, sin traer cosa descubierta; ca una lanza de dura reprehensión te han de lanzar si te ven algo descubierto con falta de virtud, y por do quiera que te vieren falto te han de morder y corregir, por tal suerte que parezca más persecución que corrección; lo cual no deve temer el buen cavallero, porque los acusadores que tú tienes por enemigos se llaman avisanecios, y hacen mucho provecho en la casa del Señor, y son como la lima en la casa del herrero, que gasta la superfluidad de las otras cosas, aunque con su daño della.

Pudieron los romanos destruir á Cartago, mas el parescer de los mejores fué que no la destruyesen, porque la guerra della fué ocasión de victoria y esfuerzo y fama á los romanos, y hacíalos ejercitar en la guerra. Desta manera es bien que tengas émulos y quien te mire, por que no te descuides en la virtud, lo cual havía de elegir todo varón discreto si fuese admitido el parescer de la razón.

Dice Sant Augustín que la mayor persecución que hombre puede tener es estar sin ella, porque como ella se aparta del cielo por do Cristo entró allá, paresce que se nos cierra la puerta de la vida cuando no somos perseguidos. No te apartes de la virtud aunque sobrevenga la persecución, porque tus mesmos perseguidores te dirán que fuiste inconstante y ajeno de razón cuando el día del juicio vean tu error, si agora no lo ven, y te dirán que, pues tú estavas certificado de tu justicia, no devieras dar lugar á la ignorancia dellos, cuya intención á las veces no es menos buena que la tuya; y pues el mal que te causan es poco, y premio que esperas es mucho, tú eres el más culpado, que por huir el frío no quieres trabajar, y haces como cavallo espantadizo, que por huir de un pájaro que se levanta junto con él da tal salto como si viera un león.

Si entre los hombres hoviera cumplida paz, no fuera menester la paciencia, que se puede llamar virtud á falta de otra, así como la penitencia es virtud á falta de la justicia original que se perdió; la cual si no se perdiera en todos no fuera menester penitencia; y así la falta de aquella paz que havía antes del pecado suple la paciencia que nos es necesaria, aunque mejor sería tener paz. Empero, por que no falte todo, necesario es buscar paciencia, lo cual por el defecto que presupone se llama nuestra en el evangelio, y la paz por ser tan principalísima y gran virtud se llama de Cristo, que es príncipe de paz; en tal manera que nunca la perdió en ninguna de sus persecuciones, teniendo siempre su corazón muy quietísimo, sin se alterar por cosa que le acaeciese; porque primero estava muy promptísima la razón á todo que la sensualidad suya hiciese algún movimiento sensible, la cual nunca salió un punto de la razón ni la razón de la divinidad; mas nosotros, míseros, damos tanta cabida á la sensualidad, que apenas dejamos llegar la razón; y desque llega no la oímos, que si la oyésemos y detuviésemos la sensualidad hasta que ella llegase, fácil sería de alcanzar la paciencia y la paz.

CAPÍTULO VIII

De otra manera de tentación carnal.

La cuarta tentación es áspide sedienta, y tiene figura de la tentación carnal, porque, según dice la glosa, es un linage de áspide tan pequeño que no la ven cuando la pisan, y si muerde, mata de sed. El mal deseo carnal, que nunca dice basta, sino siempre daca, daca, se puede llamar serpiente, que todos pisamos cuando entramos en el mundo, pues que fuimos en él concebidos; y es tal esta serpiente, que no la vemos ni sabemos cómo nos muerde cuando sentimos sus raviosos y sedientos bocados y sus aguijones de mala cobdicia; y porque nuestra mortal sed se remediase y no muriésemos della ordenó Dios el agua del bautismo, que reprime algo y tiempla esta sed del mal deleite que tenemos, y hace que lo que antes era culpa ya no lo sea, sino ocasión de más merecer.

Por dos vías puede ser un hombre tentado de lujuria: ó por partes de fuera ó por partes de dentro. De la primera baste lo que se dijo que hacía el demonio, y también se reduce á ésta la provocación de otras muchas cosas que nos despiertan á mal deseo; empero mu-

chas veces es hombre tentado sin nada desto, sino que la sola sed que nos queda del bocado de la dicha serpiente nos despierta á mal, porque cada uno es tentado de su mala cobdicia y atraído y convidado (Jacob, I b).

Pues por dos vías puedes ser tentado, deves parar mientes de dó procede el principio de tu tentación: si se provocó por alguna causa de fuera, ó si de sí mesmo se mueve naturalmente tu mal deseo sin ocasión alguna, como se suelen mover todos los otros apetitos del hombre mísero; y que devas parar mientes en esto para estorvar la causa muéstralo el Sabio diciendo (Prov., XXVII d): Conoce con diligencia el gesto de tu ganado y considera tus greyes, porque no ternás siempre poder, mas dársete ha corona.

Muchas son las reses y animales menudos y muy brutales que tenemos en la tierra de nuestro cuerpo maldito, que son los deshonestos movimientos; empero hemos de considerar quién son y de dó toman principio para les cortar la pasión, aunque, según dijo el Sabio, no ternemos siempre poder, porque veces hay que no basta industria humana para poner en razón estos animales; y también porque dentro en nosotros está nuestro enemigo, y aunque hombre sea muy solícito pastor, no puede reprimir estas bestias de tal forma que totalmente callen y olviden su perverso natural. Lo peor que hay en este negocio es, como dice Sant Bernardo, que el hombre por fuerza ha de mantener enemigo con quien pelee; empero esto ordena Nuestro Señor por nos dar corona de victoria, según dijo el Sabio. Y Sant Augustín hablando á este propósito dice: Dios conoció tu esfuerzo y mira tu voluntad, y está considerando la lucha que tienes con la carne, y te amonesta que pelees, y te ayuda para vencer, y mira la batalla, y levanta al que desfallesce y corona al que vence. Desque las adversidades que de fuera nos vienen no nos fuerzan á ir á Dios, permite El que salga de dentro de nosotros cosa que nos constriña ir á El, que es amparo de los justos; según aquello de Sant Gregorio: Mirad que Dios mezcla algunos azotes con sus dones para que nos sea amargo todo lo que nos deleitava en el siglo, y se levante aquel encendimiento que nos inquieta siempre al celestial deseo y nos despierte.

En esto muestra este sancto que aun las carnales tentaciones nos deven ser mensajeros para ir á Dios, que siendo tribulados viene y mora en nosotros, según lo prometió si por su amor contradecimos, en cuya figura se dice que vió el profeta la zarza que ardía y no se quemava y que Dios estava en ella, el cual sin dubda la conservava y detenía al fuego estorvando su operación. Zarza muy espinosa es nuestro cuerpo lleno de espinas pungitivas, que son las tentaciones que llagan el ánima; y aunque el fuego de la mala cobdicia que tienta esté en él ardiendo, no por eso se quema la voluntad, si no consiente ni huye de allí Dios, ca no aborresce la naturaleza sino la culpa, y mora en el cuerpo subjecto á tentaciones, aunque huye del subjecto á pecados.

Pues has visto lo ya dicho, no te espantes si fueres tentado, ni creas á los que te dicen que por esto te has de apartar de Dios; pues que la pelea que dice Sant Pablo haver entre el espíritu y la carne no es en ti solo; ni digas que para qué concebiste tu buen ejercicio y devoción, aunque sientas dentro en ti la pelea de Jacob y Esaú, que son la sensualidad y la razón, ca poderoso es Dios para sacar la cosa á luz; y tras esos tiempos vernán otros, como viene tras el invierno el verano, y entonces dirá el esposo á tu ánima que se levante y se dé priesa; mas entretanto no cese de levantarse, aunque no se pueda dar priesa como querría por ser agraviada de la carne corruptible que pelea contra el ánima (Psal. VI). La carne atrae á la tierra de do fué tomada, y el espíritu torna al Señor que lo dió; lo cual si sabes sufrir en paciencia pasarás por fuego y por agua hasta venir al refrigerio, y según la muchedumbre de los dolores que recibes en tu corazón, serán después las consolaciones que alegren tu ánima (Psal. XCIII).

Acuérdate que, según dice el Sabio (Prov., XVII a), Nuestro Señor prueva los corazones con fuego, como se suele provar y apurar el oro y la plata en el horno, que es tu mísero cuerpo, donde el ánima se remueva de día en día. Acuérdate del casto José, que no pudiendo hacer más dejó la capa en las manos de la mala mujer y salióse á fuera (Gén., XXXIX c). Si tu sensualidad ruega al espíritu, que es José, mira que él no consienta, para que así venga á ser señor de Egipto, y aun apellide y trabaje de lo derribar y decir que él tiene la culpa. Si él fuere cuerdo dejando la capa, que es la carne, á la sensualidad, apártese afuera desatando el lazo del consentimiento, como

dice la glosa, y quedará sin culpa, aunque todavía se trabajará de lo inflamar con provables conjecturas, según otra glosa dice, aunque de verdad no lo haya podido vencer. De toda parte cercaron los viejos á Susana para la deshonestar, y desque no pudieron buscaron tal forma que todavía paresciese culpada, aunque en la verdad no lo era. Susana quiere decir lirio, y es el ánima afligida como lirio entre espinas, á la cual tientan los viejos movimientos cuando la ven entremetida en las cosas que tocan al amor de Dios, varón suyo; y desque no consiente á los viejos, ellos todavía se trabajan en mostrar que es adúltera, formando escrúpulo donde no lo hay; y así la cercan de angustias y no le queda sino clamar á Dios, el cual no deja de la socorrer por Daniel, que quiere decir juicio de Dios, y es la razón que con su alto conoscimiento se allega á Dios y se aparta destos viejos perversos, y los condena.

Muévese á las veces tan gran tempestad en la mar muy amarga deste cuerpo, que paresce sumirse debajo de las ondas del mal deseo nuestra ánima, navío de Dios; y esta tempestad no se levanta porque falta Dios, sino porque duerme disimulando y permitiendo la tormenta sobredicha para que nuestros gemidos vayan á El, que puede con su palabra hacer seguridad y amansar aqueste nuestro mar bermejo, y darnos por el camino sin que sea dél contaminada nuestra voluntad, sino que pase por seco en medio dél para venir más presto á la tierra prometida, que es la pureza del corazón.

No me querría menos reveer en declarar estas miserias humanas que en dar á entender lo más delgado de la contemplación según mi posibilidad, porque no llegaremos á lo otro si acontesciere errar en esto; y porque el pequeño error en el principio no se nos haga muy grande al fin, conviene parar mientes y andar con cautela entre los lazos. Llama lazos nuestra mala inclinación y las ocasiones de fuera que el demonio procura, aunque sea dificultoso de conoscer cuándo procede del demonio ó cuándo de parte nuestra la pena que sentimos; y la dificultad es porque el demonio y la carne las más de las veces se conciertan contra nuestro buen deseo, como Eva y la serpiente contra Adán, y como Acab y Jezabel contra Elías, y como Herodes y Herodías contra Sant Juan; y entonces lo más seguro es tomar espada de á dos manos, para que ni por mal ni por bien nos engañen.

CAPÍTULO IX

De los carnales pensamientos.

Allende desto, has de saber que hay una manera de tentaciones carnales que vienen con torpes imaginaciones, y otras que vienen sin ellas. Las primeras bien conocidas son, pues cada día atormentan á muchos; ca el oficio del demonio es traerte á la memoria todos los males pasados, para te dar á entender que cuando hacías aquello eras su especial amigo, y que ya no lo quieres ser; empero pide que á lo menos le pagues con algún aplacimiento y buen gesto el favor que entonces te dió; y cuando teme que abiertamente no le darás audiencia, inspírate que te acuerdes dónde estará el ánima de Fulana; y de uno en otro te hace pensar el placer que con ella hoviste, y cómo se pasaron en breve aquellos tiempos sin que gozases dellos por entero; y en todo esto tiene ojo el demonio á ver si te ríes ó sospiras ó haces algún gesto en que pueda conoscer la conclusión y determinación tuya.

Otras veces trae tan apeñuscadas y juntas las cosas, tan hecho el discurso y concluído lo que él quiere para nos lo presentar como cosa que havemos ya determinado, y tan sotilmente lo lanza en nuestra imaginación, que parece que juntamente sentimos y consentimos; y entonces nos espantamos de nosotros mesmos: quién nos cegó, cómo pudo ser cosa tan arrebatada, cómo nos pudo tomar á manos tan á deshora? Esta manera de tentar más resolutoria usa él con los que sabe que no admiten sus discursos, sino que luego sienten al principio su malicia y lo envían con una higa en los ojos; y por esto busca manera más breve para herir antes que sea sentido, haciendo como argumentador importuno que propone la razón y él mesmo dice respondiendo por el otro antes que hable. Decís que si todo esto suele formar el demonio en nuestra memoria muy brevemente, y en tanto tiénenos enfuscados y embarazados con la imagen de lo que representa, haciendo á manera de lobo, que luego que es visto embaraza y torna como atónito al que lo ve, y por algún espacio tiene suspenso al que lo ve súbitamente.

El remedio de todas estas cosas es dejar llegar la razón, y que luego comience á detes-

tar y tener en abominación toda deshonestidad, mirando hombre que es amigo y siervo leal de la Virgen sin mancilla, Señora de todos los castos, y que su bendicto Hijo, Dios Nuestro, bivió en la carne con limpieza para nos dar ejemplo; el cual aborresce más que el infierno todo deshonesto pensamiento y nos está mirando al corazón para ver si lo desechamos luego.

Si los torpes pensamientos y arte endiablado nos hacen creer que ya consentimos, bien es preguntarse hombre si cometería los tales delictos; y si ve que no, según el testimonio de su conciencia, señal es harto clara que no fué nada lo pasado, sino escarnio que nos quiso hacer el demonio; el cual irá más confundido si le certificamos que hemos de ganar aunque le pese la silla que perdió, y que lloverán sobre él todas sus arterías. Si permitiéndolo la justicia de Dios, y meresciéndolo el poco amor que le tienes, no rehuye luego tu voluntad, ni se aparta del pecado que se le representa, paréceme que deves ponerte á razón contigo mesmo y decir: Por ventura, hombre bestial, mejor para cieno y gusanos que para venir á Dios, dubdas aún de lo que muchos años antes havías de tener determinado? quiéreste tomar á las cebollas y ajos de Egipto, que no se comen sin lágrimas de remordimiento? tan poco amor tienes á Dios y á la limpieza, que lo dejarías todo por este manjar de puercos? qué es de tus buenos propósitos pasados, con que decías nunca jamás haver de tornar al vómito? quieres perder tus trabajos, dejando de estar bien quisto con Dios por el amor presente, que más de verdad es aborrescimiento que tienes á tu ánima? Si bien miras en ello, con qué cara osarás bolverte á Dios ni parecer delante su bendita Madre, si una vez te apartas dellos? no sabes que el demonio, deseoso de tu perdición, está esperando el fin de tu daño? qué es de la pasión de Jesucristo? qué es de la compañía de los siervos de Dios? qué es de la gloria del cielo? qué es de los sanctos á que te has encomendado? qué son de tus devociones y servicios que has hecho á Dios? qué es del consejo de tus mayores? qué es de los votos que hiciste y juraste? qué es de la guarda de los mandamientos del Señor? qué es de los buenos deseos con que veniste á servir á Dios? qué es del perdón de los pecados pasados? qué es de lo que hasta agora has padecido? qué es de la resistencia pasada con que has vencido semejantes encuentros? quieres por ventura dar agora con todo en un pozo y perderlo en un punto? si te hoviesen de cortar un solo dedo del pie (Eccl., XII d), osarías pecar? si te hoviesen de cortar la mano, menospreciarías el dolor que de cierto esperabas por el falso deleite que te es ofrecido? pues que esto no escogerías, por qué quieres ser tan loco que des contigo en el infierno para siempre? Deja, deja tu bestialidad; mira que has de ser compañero de los ángeles, hijo de Dios, amigo de vírgines, particionero de los mártires, cibdadano del cielo, donde no acogen sino á personas señaladas; toma corazón de hombre; desecha las cosas de niño; no te dejes caer, pues has de subir; ten vergüenza de ser vencido donde hay tantos vencedores; obra virtud en Dios, que El tornará á nada tus enemigos.

Estas y otras preguntas se puede hacer el que no está tan firme en el amor que claramente conozca el aborrescimiento del pecado; y créeme que si las usas, aunque el demonio te lleve de vencida, cobrarás tanto ánimo que buelvas sobre él, como hizo Abner sobre aquel muy ligero Asabel que porfiosamente lo perseguía.

CAPÍTULO X

De la tentación sin pensamiento.

Otra manera hay de tentación carnal, que es sin algún pensamiento, aunque aquesta á pocos acomete, porque el demonio no usa della sino cuando ve que ninguna de las otras le aprovecha, ni creo que se lo consiente Nuestro Señor usar sino con personas que El tiene ordenadas para mayor bien, porque la mayor batalla siempre se ordena á mayor victoria. Apenas creerás lo que sufren con gran pasión algunas personas, y es cuando más trabajan de se aparejar y llegar más puramente y con más fervor á Dios; entonces son más tentados en las mayores fiestas cuando ellos se guardan más, y cuando resciben al Señor con más deseo entonces son más agraviados; y lo que induce admiración es que estas tentaciones no vienen con tropel de pensamientos, ni se acuerdan entonces de mujeres, ni de cosa de lujuria, antes está toda el ánima déstos puesta en las cosas de Dios; y acaesce que derramándose la memoria á cualquier vanidad que sea,

se amansa la pasión, y en olvidando á Dios, no tienen tanta fatiga.

Destos han venido á mí algunos, y después de muchas preguntas, y examinando bien el negocio, y después de lo haver comunicado con personas sabias que havían pasado por muchas artes del demonio y conoscían muchas de sus mañas, vine á conoscer por muy ciertas conjecturas que las tales personas tenían tan vehementes operaciones de dentro, estando la voluntad y el entendimiento muy ocupados y atentos á Dios con todo el hombre interior; en tanta manera que el demonio no podía turbar la fantasía dellos, hallándolos tan ocupados, según el consejo de Sant Hierónimo, que no podía tener lugar en ellos; empero lo que no podía causar en lo de dentro obrava en lo de fuera, moviendo gran tentación en la carne, para que así por remediar esto cessase el ánima de lo primero, aflojando el primer intento que tenia á Dios, por se ocupar en la defensión del combate que por otra parte recibe del demonio, que como otro Benadab, cuando ve que no puede vencer en los montes, que son los altos ejercicios del ánima, acuerda de dar batalla en el valle, que es la parte inferior del hombre; mas creciendo la confianza en el Señor, su poderosa mano lo remedia todo; y si los hijos del gran luchador Israel demandan con ahinco bendición al Señor, serles ha dado para que se enjugue en ellos todo feo deleznamiento.

El que deja de se llegar á Dios por miedo de cualesquier tentaciones no crea que lo ama verdaderamente; ca el amor nunca es impedido ni la dificultad lo puede desechar, como dice Sant Hierónimo; mas antes vista la dificultad se fortalece y pone más fuerzas para salir con lo que quiere, á ejemplo de la sancta mujer cananea, que con importuna oración alcanzó salud para su hija que era mal atormentada del demonio; y desta manera, cuando tú sintieres que tu carne padesce lo que no deve, nunca te apartes de Dios; antes entonces has de llamar con más ahinco tras los apóstoles, tras los sanctos, tras Cristo todo poderoso, que El alabará tu esfuerzo importuno, aunque luego no te responda según tu deseo.

Para asegurar tu conciencia deves notar que hay mucha diferencia del sentimiento al consentimiento; lo cual si claramente conociésemos terníamos gran seguridad, y ningún escrúpulo nos quedaría de cosa que por nosotros pasase, ca conoceríamos que ningún pecado hay en sentir cualquiera de las cosas del mundo por malas que sean, sino en consentir á ellas aceptándolas y agrandándose en ellas. Empero como no podamos enteramente á la clara hacer esta distinción, queda temor de culpa donde muchas veces hay merescimiento, y la causa por que no sabemos distinguir esto es por la conveniencia que hay entre los deleites y nuestra carne; empero si el libre juicio del hombre no junta los deleites con la carne y les toma las manos determinando de se agradar en esto y dándolo por bueno, si este libre alvedrío no tercia, ningún pecado hay; porque el pecado no está en lo primero, sino en esto segundo, en que la razón se aparta de Dios por se deleitar en el estiércol; empero como no bastemos en algunos pasos estrechos que presto pasan, ni podamos discerner las cosas como acaescieron, quedamos temblando sin haver que temer.

Lo que muchos dicen en este caso es que, pues el hombre no sabe determinadamente si consintió al sentimiento corporal ó espiritual que pasó por él, determinarse que no consintió empleando los favores del culpado. Bien paresce que no consintió el que lo dubda; porque si consintiera ninguno lo supiera mejor que él; y pues él no lo sabe, señal es que no hovo nada, sino que el sentimiento piensa que fué consentimiento.

Podríamos también decir al que dubda si consintió que mire si consiente agora, y si agora no consiente, tampoco deviera consentir antes.

Item, puédesele preguntar si tenía entonces algún descontento en lo que sentía; y si dice que sí, bien paresce que no consintió.

Item, [si] añadió adrede á la tentación alguna cosa de su parte, así como si viniéndole sospecha de algún mal que otro hacía, después teme en conciencia si pecó en juzgar mal de su prójimo, porque claro está que si por una liviana sospecha se determinó á que el otro pecava mortalmente, él mesmo cayó en la pena del tal pecado que juzgó. Empero si dubda haver caído en este mal juicio, pregúntale si añadió algo á la primera sospecha, así como parando mientes en tal ó en tal caso que tocavan al negocio, ó haciendo dél inquisición sin le pertenescer: y desta manera diríamos que pecó en mal juicio, así que cuando hom-

bre añade á cualquier tentación, paresce consentir á ella.

Item, paresce que por el intento principal que el hombre tuvo en aquella obra de que se teme se deven juzgar las otras cosas que se recrescen y deven tomar nombre del fin primero á que se ordenaron, si no se mudó el primer intento.

Item, si cuando se traviesa alguna tentación en la buena obra que hombre hace, dejaría la buena obra por huir la tal tentación que sobreviene, sino que teme y le parece que no es bien dejar el bien comenzado, señal es manifiesta que no consienta á ella cuando viene; pues que si por la virtud no fuese, lo dejaría todo de buena voluntad.

Por estas y otras conjecturas puedes ver si consientes ó no; empero lo que has de tener acerca desto es que confieses las cosas ciertas por ciertas y las dudosas por dudosas, á las cuales, como Gersón dice, se da cierta y no dubdosa absolución cuando dice hombre la verdad de lo que siente, y no dejes por decir las circunstancias agraviantes, y no es menester que digas las que no agravian.

Para mejor entender las cosas dichas, nota esto de Gersón: Dos voluntades hay en el hombre ó dos leyes como dice el Apóstol: ley de la carne y ley del espíritu, donde el mesmo Apóstol dice desear él según la ley de la carne y carnalmente deleitarse contra la voluntad del espíritu; mas porque no quería aquello que deseava, y contra voluntad lo hacía, y aun para que más propriamente hable, no lo hacía sino padescíalo, y por tanto decía: Yo no lo obro, sino el pecado que mora en mí. Así que cualquiera que eres, tentado carnalmente, ó con desesperación, ó ira, ó rancor, ó envidia, ó otro cualquier pecado, mientras tu razón no quiere aquesto, sino que como puede repugna y libremente querría ser descargada de tan prestífera impugnación, tú no haces aquello, sino más eres visto padecerlo; de manera que no serás juzgado según el sentimiento de aqueste pecado, sino según el consentimiento de la razón y voluntad, el cual si llegare sepas que has de ser juzgado.

Guardado aparte el consentimiento, dice que está el campo seguro en cualquier tentación que sea; y poco sería estar seguro el campo de la tentación si en él no se ganase corona de victoria, la cual es tan grande en los que resisten por entero al demonio que exceden en gloria á muchos mártires; porque éstos cada día resciben golpes, y algunos mártires hovo que con poco tormento pasaron desta vida.

Así que no te espanten las tentaciones, sino convídente á resistir la gracia que se promete al que legítimamente peleare; y puesto que el mundo y la carne y el demonio y los que son de su parte nunca tienen á buen fin, sino á malo, pensando derribarte y vencerte, tú lo deves tomar todo de la mano de Dios, cuyo fin nunca es malo, ni permite que los suyos sean tentados, sino por les dar ocasión de más merecer; ca si El permite que seas tentado de lujuria, no es por que pierdas la limpieza, sino por que se te doble la castidad en el premio de doblada corona. Lo cual has de entender en toda tentación, porque cuando uno es manso sin ser perseguido, una sola corona tiene; mas cuando lo es siendo de otros molestado y perseguido, piensa que tiene dos coronas. Y desta suerte lo has de pensar de todas las otras virtudes que son más gloriosas cuando del vicio contrario son aquejadas, como los que biven en frontera, donde con el uso del pelear se hacen mejores hombres; y según esto dice nuestra letra que las tentaciones son xaropes anunciadores de gracia.

EL TRACTADO VEINTE Y UNO

HABLA DEL ASOSIEGO DEL ANIMA, DICIENDO: INTIMAMENTE ASOSIEGA Y ACALLA TU ENTENDIMIENTO.

Si queremos aprender de las cosas que son hechas en este mundo mayor, que nos es dado por libro y ejemplo de las cosas que dentro en nosotros hemos de tener, que somos mundo menor, hallaremos que todo movimiento natural se ordena á quietud, y por ella trabajan todas las cosas; pues que ninguna se mueve sino á fin de hallar reposo, el cual buscan todas las cosas como último fin dellas; donde, según esto, no deve el hombre ser menos solícito en buscar la quietud de su ánima, pues que, sin la inclinación natural que á esto lo convida, tiene también la razón, que da boces á lo mejor y desea tener reposo y descanso, á lo cual también nos provoca la Escriptu-

ra diciendo: El ánima segura es como perpetuo convite.

Esta seguridad y reposo de corazón no se acaba de hallar tan perfectamente por meditación escodriñando como por recogimiento, quietando el corazón, ca, según dice el Sabio (Eccles., XII d), la frecuente meditación es aflicción de la carne. Y la glosa añade que también es aflicción del espíritu; y esto porque mediante nuestros bajos pensamientos no se puede el hombre llegar tanto á Dios como si cesando las razones se contenta con la simple fe que basta para lo guiar á grandes misterios, según dice Sant Augustín, procurando de ser solícito, no en mucho entender, sino en mucho se inflamar en divino amor de aquel sumo bien que la fe nos predica, que es vida de nuestra ánima. Y porque, según dice Sant Buenaventura, suele acontescer que el árbol de la esciencia es causa que no comamos del árbol de la vida, dice la presente letra: Intimamente asosiega y acalla tu entendimiento.

Dos cosas dice que devemos hacer: la primera asosegar el entendimiento; la segunda, acallarlo. En dos maneras podemos hablar del entendimiento: la primera, en cuanto nos dirige y nos guía en lo que havemos de hacer ó no hacer, huir ó seguir; la segunda, en cuanto con él escodriñamos cosas secretas y escondidas; así que por estas dos razones y oficios que le damos se divide nuestro entendimiento en práctico y especulativo.

Hablando del primer oficio suyo práctico se dirá cuando nos dicta y nos endereza en lo que hemos de hacer; y desta manera sabemos que su conciencia dice á cada uno lo que deve hacer, porque el entendimiento del hombre, señalado naturalmente con la lumbre de Dios, muestra lo que devemos seguir y lo que devemos evitar; en él está la centella de la razón, que aun en el infierno bive y no deja de ladrar y gruñir contra el mal.

Y digo que está en el entendimiento este remurmurar contra el mal y amonestarnos bien; porque como esto sea cosa natural y necesaria en el hombre, no se dice pertenescer á la voluntad, que por ser libre no tiene obra determinada ni objeto á que necesariamente nos incline; de manera que la razón y el estímulo de la conciencia y el acusar y remorder y reprehender, ó el buen testimonio, y el excusarnos desculpándonos de dentro cuando no erró nuestra intención, y la sindéresis alta, parte de la razón, todo pertenesce al entendimiento radical y principalmente, el cual dende lo más alto de nuestra ánima está como atalaya para nos anunciar lo que devamos hacer. Y es tan cierto su parescer y amonestación, que aun en medio del pecado no deja de pecilgar y morder el corazón, dándonos á entender nuestro yerro, lo cual se figura en Ezequiel, do se dice que vió el profeta unos animales que cada uno tenía cuatro caras: de águila y de hombre, de león y de becerro, en lo cual se muestran cuatro cosas que hay en cada uno de nosotros.

En la faz del hombre se nota la razón que cada uno tiene. En la faz del león se nota la ira ó ferocidad que tenemos para proseguir las cosas arduas. En la faz del becerro se nota la fuerza del desear lo que queremos. Lo primero, como dice un doctor, se coloca en el alcázar del celebro; lo segundo, en la hiel, y lo tercero, en el hígado; empero la faz del águila, que tiene figura de la sindéresis, está sobre todo, y se dice centella de la conciencia, que aun en Caín no se muere; y no se mezcla con las tres primeras, porque vencidos con los deleites ó con la ira, y á las veces engañados con semejanza de razón, sentimos que pecamos; y esto porque la sindéresis da boces contra nos y no se mezcla con las tres primeras, sino sobre todo como atalaya nos amonesta y castiga los yerros; y esta sindéresis es el espíritu que interviene por nosotros con gemidos no decibles.

Esta sindéresis, que es la más alta parte de nuestra razón, se figura también en el águila que vió Sant Juan (Apoc., III d) dar boces contra los que moran en la tierra, que son los hombres situados en cuerpos terrenos. Y pertenesce más principalmente al entendimiento, si la queremos reducir á su radical principio, cuyo oficio es remurmurar contra el mal y convidarnos al bien, en las cuales dos cosas consiste la ley natural dada á nuestro entendimiento como en dos tablas escriptas con el dedo de Dios bivo; y estas tablas se dicen ser de piedra, porque esta escriptura no se puede borrar, sino como esculpida en cosa durable permanesce.

Para que asoseguemos nuestro entendimiento havémonos de apartar de todo mal, porque contra el mal, según vimos, se suele él alborotar reclamando y diciendo que no va

como deve; así que para lo tener asosegado no hay otro remedio sino [no] consentir con este nuestro adversario como nos es mandado en el evangelio; y desta manera biviremos en sosiego, como aquel que decía (Mat., V d): Nunca en toda mi vida me reprehendió mi corazón. Este, sin dubda, tenía bien asosegado su entendimiento, pues que nunca lo reprehendía (Job, XXVII a), do se manifiesta su gran virtud, porque si ésta no tuviera todavía, fuera reprehendido según aquello de Sant Gregorio: Si alguno discorda en obra de los mandamientos de Dios cada vez que los oye, es reprehendido de su corazón, y se confunde, porque dicen lo que no ha hecho; de forma que secretamente se acusa la conciencia de aquello en que se conoce haver errado.

Dentro de sí tiene el hombre testigo de todos sus males; contra los cuales aquí ó en el juicio de Dios ha de reclamar, porque, según dice el Sabio (Ecles., VII c): Nuestra conciencia sabe que nosotros expresamente decimos y aun hacemos mal á otros; y si lo sabe, no es para lo encubrir, sino para dar dello testimonio contra nos. Empero aun con todo esto hay algunos que atan la palabra de Dios y ahogan la razón que pronuncia nuestra conciencia y no la dejan hablar, ó, por mejor decir, menosprécianla tanto, que está ya ronca de dar boces; y ellos como molineros ya no oyen, antes biven en mucha paz y sosiego, no porque su entendimiento tenga sosiego ni deje de conservar aquella centella que suele quemar nuestra conciencia cuando erramos, sino porque ellos la tienen muy soterrada y metida en aquel pozo de mala costumbre donde escondieron el fuego, y allí la cubren añadiendo pecados con gran libertad de corazón; lo cual como el Sabio considerase dijo (II Mac., I d): Hay algunos malos que tan seguros están como si tuviesen obras de justos.

Este es un mal sosiego de perversos que, no por ignorancia, sino por malicia, dejan de considerar su mal estado; y cuando su conciencia los reprehende, hácenla resurtir como el suelo duro á la pelota, sin le dar audiencia grande ni pequña; en tal manera que los tales se tornan como hombres tomados del vino que están ajenos de razón, ni oyen á Dios, ni á su conciencia, ni al buen ángel, ni al predicador, ni al buen consejero; mas dice (Deu., XXIX c): Yo terné paz y andaré en la sinjusticia de mi corazón, tómela embriago al sediento.

En tiempo de guerra suelen estar los embriagos tan seguros como si todo estuviese pacífico, aunque suenen las armas y todo ejercicio haga estruendo, porque los tales piensan que aquello es juego de cañas y cosa de gran deporte; y desta manera cree que entonces es tiempo de tomar placer, porque lo echa todo en burla, y el estruendo de la guerra que le havía de poner temor le da más soltura; lo cual acaesce muy de verdad al pecador enduRescido, porque su ánima está embriaga de los vicios, cuyo vino hace muy alegres beodos para que echen en burla aun las penas del infierno, si le hablas dél y de los juicios de Dios; y de hecho se tornan peores mientras más les amonestan; y la causa desto es porque, como arriba se dijo, su ánima está embriaga con el deleite y ha tomado á pechos su mal deseo; el cual entiende cumplir ejecutando la sed de su cobdicia, que siempre cresce mientras más se usa, porque se provoca el apetito como en los tomados del vino, que lo mucho que beven les acrecienta la sed.

Si tú quieres asosegar de buen asosiego tu entendimiento que no dé boces contra ti, no hagas cosa reprehensible ni mala, y entonces su centella no quemará tu corazón, sino será lumbre dulce á tu ánima, provocándola á cosas mejores, para le dar gozo y alegría en el bien que hiciere, á lo cual te convida Sant Augustín diciendo: Tú que buscas el verdadero asosiego que se promete á los cristianos después de aquesta vida, también lo gustarás aquí suavemente entre las amarísimas fatigas desta vida si amases los mandamientos del que prometió la dicha quietud, porque presto sentirás ser más dulces los frutos de la justicia que no los de la maldad, y más verdadera y alegremente te gozarás de la buena conciencia entre las fatigas que de la mala entre las riquezas.

Por la guarda de los mandamientos de Dios dice aquí Sant Augustín que se alcanza el sosiego de la buena conciencia, según lo havía alcanzado aquel varón simple y recto y temeroso de Dios, al cual nunca reprehendió su corazón en toda su vida, y que desta manera ganase la tal seguridad, muéstrase en esto que él dice hablando con Nuestro Señor Dios (Job, VI d): Revelame en todas mis obras sabiendo que no perdonas al que peca.

Maravilloso intento era el de aqueste sanc-

to, pues todas sus obras examinava, y no se curava de considerar antes que pecase la misericordia de Dios, como el que decía ser su misericordia grande y que no se acordaría de los pecados. Cosa es muy avisada acordarse hombre siempre de la justicia de Dios antes del pecado, para que no caiga en él, y si por ventura pecare, acuérdese luego de la misericordia, aunque el demonio suele trocar esto por que los hombres caigan más presto y se arrepientan menos después que hovieren pecado, como Judas, que por temor de la justicia no se convertió, pensando con Caín que era mayor su pecado que la misericordia de Dios; lo cual si pensara antes que lo cometiera no cayera en él tan de ligero.

No niega el sancto Job la misericordia de Dios, porque él no dice: Dios no perdona al que pecó en el tiempo pasado; mas dice que no perdona al que de presente peca, lo cual tiene mucha verdad, porque Dios nunca perdona el pecado hasta que el hombre sale dél.

Y es de notar que Job no considerava el pecado, por más lo temer, como si luego hoviera de salir dél en acabándolo de hacer, ó algo después; mas consideraválo en tal manera, que si entrava en él no pudiera salir, porque más tememos de caer en un pozo do no podremos salir que no en un hoyo que á un salto somos fuera. Y según verdad el pecador en un pozo se lanza cuando comete la maldad, del cual por sus propias fuerzas no puede salir sin la mano poderosa del Señor, que dando él voces lo sacará. Empero, como no sabe el hombre si terná lugar de clamar y arrepentirse, para que más tema la caída piense dó se lanza, y cómo con sus solas fuerzas no podrá salir del infierno superior, que es el pecado, y así contemplándose siempre en el pecado, si pecare guardará con más aviso el pie de la profunda caída.

El que tal aviso tuviese en todas sus obras bien podría en breve asosegar íntimamente su entendimiento, ca ninguna cosa havría de que lo reprehendiese su corazón; en tal manera que dél se podría decir (Tho., II c): El que se guarda de los lazos estará seguro. Lazos de muerte se llaman en la Escriptura los pecados; y si déstos nos guardamos, ternemos entera seguridad y asosiego con tranquilidad de buena conciencia; la cual según dice Hugo es á todos dulce y á ninguno grave; usa del amigo para gracia y del enemigo para paciencia; á todos es benévola, y á los que puede, bienhechora, y es de tanto precio, que della diga Sant Bernardo: La buena conciencia es título de la religión, templo de Salomón, campo de bendición, huerto de deleites, estrado de oro, gozo de ángeles, arca de amistad, tesoro del rey, sala de Dios, morada del Espíritu Sancto, libro sellado y cerrado que se ha de abrir el día del juicio; en la cual reposa entretanto el varón devoto como en propia casa, según aquello que dice el Sabio (Sap., VIII b): Entrando en mi casa, holgaré con ella, porque no tiene amargura su conversación, ni enojo su bivienda, sino gozo y alegría.

En la buena casa ha el hombre placer de morar, y mucho más en la buena conciencia, donde entran los justos cuando se retraen á pensar lo que han hecho, y hallan en ella casa y compañía muy amigable; y dícese no tener amargura su conversación, porque no reprehende al hombre, mas antes le da glorioso testimonio, según dice el Apóstol (II Cor., I c), y gózase el hombre con ella por los fructos que se le han de seguir, que son como hijos de bendición.

CAPITULO II

De cómo hemos de buscar la quietud de la conciencia.

Toda la solicitud del hombre se havía de aplicar á buscar este asosiego y quietud de la buena conciencia; pues nos va tanto en ello que todo nuestro bien esté aquí; lo cual amonesta la presente letra en decirnos que íntimamente asoseguemos nuestro entendimiento; y hacerlo hemos si desraigáremos de nosotros todo vicio, y plantáremos con todo estudio la virtud contraria que se arraigue en nuestro corazón para que así se satisfaga nuestro entendimiento práctico, que nos dicta lo que debemos hacer, viendo que salimos á rescebir ó antevenimos su buen consejo; y desta manera terná paz nuestra conciencia de toda parte como otro Salomón, lo cual nos amonesta el profeta Jeremías diciendo (Hie., XXIX c): Buscaréis la paz de la cibdad á que os hice pasar, y orad por ella al Señor, porque en la paz della ternéis vosotros paz. Cibdad quiere decir unidad de cibdadanos, y es nuestra buena conciencia, en que están unidos muchos bienes. A esta no hace pasar el Señor de nuestra mala conversación, porque

solas nuestras fuerzas no bastan; y hemos de rogarle que conserve la paz y asosiego della, para que nosotros tengamos paz con El, y no se diga de nos aquello del Sabio (Eccles., XXXIII a): Las entrañas del loco son como rueda de carreta, y sus pensamientos son como quicial que se buelve.

La rueda de la carreta no untada siempre anda gruñendo y rechinando, y asi las entrañas malignas del pecador no se pueden asosegar por la remuneración de la conciencia que anda peleando dentro, y el tornarse al mesmo punto andando al derredor sin apartarse de lo que le veda su conciencia, y así no tiene paz consigo ni con Dios, y por eso nunca se podrá recoger ni acallar su entendimiento.

He querido hacer aquí mención del asosiego de la conciencia, aunque en otra parte lo haya tocado, para mostrar que sobre este cimiento se ha de fundar el recogimiento del ánima, y que sin este asosiego no se hará cosa alguna que dure; mas acontesceerles ha á los que no fundaren sobre él como á los que edificavan sobre arena (Psal. CXLVII), que luego se les cayó el edificio; así que es menester que ponga Dios los fines nuestros en paz saneando nuestras obras, para que nos harte de la grosura del trigo, que es la divinidad de Cristo, para que así sea, como dice Isaías (Esa., XXXII c), la obra de la justicia paz, ca no se da esta paz del recogimiento sino á los hombres de buena voluntad (Luc., II b); esto es, de buena conciencia, según lo cual nos conviene rogar las cosas que pertenescen á la paz de Hierusalem (Psal. CXXI), que son, según dice Job (Job, XXII c), obedecer al Señor, y así ternemos paz y por ella muy buenos frutos, no sin duda de otro sino del Espíritu Sancto, que frutifica en el ánima que le agrada para que de la tal se pueda decir: La mujer fuerte deleita á su varón y henchirá en paz los años de su vida (Eccles., XXVI a).

La mujer fuerte que con dificultad se halla es buena conciencia, quieta al Espíritu Sancto que es su varón, cuyos deleites son morar con los hijos de los hombres, para henchirlos de bienes en la paz soberana del recogimiento que excede todo sentido y guarda nuestros corazones y nuestras inteligencias, para que así, lanzada fuera la turbadora compaña de los pensamientos, resucite Cristo Nuestro Redemptór la doncella (Mat., IX c), qué es nuestra ánima á nueva manera de vida, para que lo contemple á El ya resucitado y asentado igualmente con su Padre en un mesmo trono, que es su esencia.

Este asosiego de entendimiento más incluye que serenidad de conciencia; á la cual añade harto, porque, según Sant Gregorio, cada uno que se apareja á los mandamientos de la vida, antes que reciba los premios de la vida eterna gusta los principios de la futura seguridad; y aunque esto convenga á toda quieta conciencia, el varón recogido deve más asosegar los cuidados que tiene su entendimiento, menospreciando los acaescimientos de la vida presente, que más espantan que atormentan, biviendo como en un agora sin anticipar con el cuidado lo que está por venir.

No te hagas mísero antes de tiempo, como dijo Séneca, ni salgas á recibir tus males, imaginándolos antes que asomen, antes deves decir que por ventura no vernán. No trabajes en sospechas, haciendo caso donde no lo hay; vuelve las espaldas á todos los negocios de que te puedes desembarazar; no busques las cosas tuyas, sino las de Jesucristo; piensa que eres un espárrago sobre la tierra, al cual pocas cosas bastan; haz muy poca cuenta de ti, para que puedas hacer mucha de Dios; despréciate, para que así descargues la solicitud y halles el verdadero sosiego de la humildad, que no teme caer ni espera subir; no te reveas en las cosas que tocan al mundo, si quieres asosegarte; no cures de los conoscimientos y amistades de los hombres, ni hagas caso de ser tenido ó desechado dellos, para mejor te asosegar; ten mucha confianza en Nuestro Señor Dios, que El, si tú callas, sacará tus cosas á luz; no temas la pérdida, ni ames la ganancia, pues no puedes perder tanto que te falte con qué pases la vida; ni puedes ganar tanto que se satisfagan tus deseos, antes podrá ser que todo lo que ganares en lo corporal pierdas en lo espiritual, como las más veces acaesce; conosce finalmente, para que tengas cumplido sosiego, que ninguno te puede quitar por fuerza las virtudes, ni puedes contra tu deliberada voluntad seguir los vicios.

CAPÍTULO III

De cómo ha de callar nuestro entendimiento.

Lo segundo que la presente letra nos amonesta es que acallemos nuestro entendimien-

to; y esto, según comenzamos á decir, entiéndese del entendimiento especulativo, que anda rebolviendo y escudriñando curiosamente los secretos de las cosas; lo cual le conviene dejar para conoscer á Dios por la vía negativa de que hablamos, porque, según dice Sant Gregorio, cualquiera cosa que podemos ver en la contemplación no es Dios; mas entonces es verdadero lo que dél conoscemos cuando plenariamente sentimos que no podemos conoscer algo dél.

No solamente aprovecha á los varones recogidos que han elegido este camino estrecho que lleva á la vida; no solamente les aprovecha acallar su entendimiento para conoscer á Dios más altamente y más propriamente; empero también les aprovecha para orar más puramente y para con más brevedad manifestar á Dios todo lo que quieren, el cual nos mandó que no hablásemos mucho en la oración, porque El sabía lo que nos era menester antes que pidiésemos, pues que es Dios de las esciencias.

Por esta manera de acallar el entendimiento y hacer que llame la voluntad se hace la oración breve, que penetra los cielos sin tiempo; y no la llamo breve porque no haya de durar mucho, sino porque no usa de medio alguno para con Dios, sino sólo el del amor, que puede súbitamente juntarse con El; evacuar se ha en el cielo la fe que pertenece al entendimiento, el cual agora no se llega inmediatamente á Dios, según dice Sant Pablo, sino mediante las criaturas, que son razón de su conocimiento, pues por ellas se conosce que nos lo traen á noticia; mas no se ama por ellas, sino por sí solo; y de aquí es que la caridad que agora tenemos permanecerá en el cielo, porque agora inmediatamente nos junta á Dios, lo cual hará también allá, aunque nos juntará más por estar más crescida.

Nuestro entendimiento nos trae á Dios para que lo conozcamos; y como no nos lo puede traer desnudo, sino según nuestro flaco conocimiento y según la manera con que lo podemos recebir, claro está que mediante otra cosa lo hemos de conoscer; empero como el amor nos saca fuera de nos para ponernos y colocarnos en lo que amamos, va el amor y entra á lo más secreto, quedándose el conoscimiento fuera en las criaturas, por lo cual dice Sant Cipriano: La afirmación de la esencia de Dios no puede ser havida en prompto, porque no es definible la divinidad, sino que más verdadera y llanamente el apartar muestra negando lo que no sea que no afirmando lo que sea; porque no puede ser cosa que esté subjecta al sentido, ca excede todo entendimiento, y cualquier cosa que puede ser oída, vista ó sabida no conviene á la Majestad. Ruda es en aquesta consideración toda vista de los sentidos; nuestro miramiento ciega aquesta invisible luz y naturaleza inaccesible que cercan los serafines con seis alas de una parte y de otra y con estado y vuelo la esconden; con el estado muestran la inmobilidad de la eternidad y con el buelo su alteza, así elevada en las cosas superiores, que por mucho que el hombre suba el corazón alto se ensalce Dios y se escape de la importunidad de la comprehensión; pues que, según dice este sancto, Dios Nuestro Señor se remonta y aun prevalesce á la especulación de nuestro entendimiento, por muy afilada que sea.

Consejo es muy saludable y muy repetido en la Escriptura esperar con silencio su salud, para que así, mientras todas las cosas interiores nuestras tuvieren un medio silencio que usaron los sanctos, aquí en este medio mundo venga de las sillas reales la poderosa palabra de Dios á nuestros corazones; y aunque no sea cosa fácil guardar este silencio, porque el dragón con su batalla de cogitaciones lo presume estorvar para que no tenga entera quietud en el cielo de nuestra ánima Nuestro Señor Dios, al cual, según dice Sant Gregorio, hacemos este silencio, para que repose en nosotros, no por eso devemos cesar de lo guardar siquiera media hora, pues no faltará quien les diga que no inquieten á la querida y devota ánima hasta que ella quiera, para que de los amparados en este escondimiento y secreto de tu morada se pueda decir (Psal. X b): Gozáronse porque callaron y trújoles el Señor al puerto de la voluntad dellos. Alaben al Señor sus misericordias y las maravillas que hace con los hijos de los hombres. Este puerto á que el Señor muy loable nos trae, según dice la glosa, es una quietud que desean los justos; la cual sin dubda se alcanza callando el entendimiento con el sosiego interior; y porque no bastan nuestras industrias para lo acallar sin que se mezclen en infinitas cuestiones, dice David que Dios nos trujo á la deseada quietud, y para esto es menester que acallemos según nuestra posibilidad nuestro

entendimiento; porque ansí sea silencio la guarda de la justicia, según dice Isaías (Esa., XXXII d), aunque este silencio sea de nuestra parte imperfecto, no entero, sino como de media hora, según dice Sant Juan, y sea medio según dice el Sabio, no por esto hemos de cesar de lo inquirir; porque Nuestro Señor lo puede perfeccionar, según lo promete por el Profeta diciendo (Soph., III d): No quieras temer, Sión, ni se deshagan tus manos; porque tu Señor Dios está fuerte en medio de ti: El salvará y gozarse ha sobre ti en alegría, y callará en el amor tuyo; havrá placer sobre ti en alabanza.

Maravilloso callar y muy digno de loar con admiración es el del amor, en el cual íntimamente se acalla nuestro entendimiento haviendo hallado una noticia experimental que mucho lo satisface, porque según claramente vemos, cuando por experiencia se conoscen presentes los que se aman, entrambos callan, y recompensa el amor que los junta la falta de las palabras.

Todas las ansias del niño cesan cuando lo abraza su madre: ya no cura más de hablar, y ella también calla en su amor. O cuán indecible y no explicable es el silencio con que el amor callan Dios y el ánima cuando él desciende sobre ella como río de paz y como arroyo de miel muy suave (Esa., LXVI d); cuando del que es fuente biva corren á ella las aguas de Siloé en silencio (Esa., VIII b); cuando, cesando las palabras, vienen á las obras; cuando calla el ánima no sabiendo qué se demande, pues no le falta ningún cumplimiento de sus deseos; cuando calla el Señor, porque no halla qué reprehender á quien tantas señales muestra de amor; cuando el ánima se mira tan casta por el amor que sale della al que la crió; cuando se ve limpia por tener en sí al Señor suyo, que deshace todos sus pecados y la torna como paloma blanca lavada con leche purísima de gracia; duerme ella porque ya no cura de alguna especulación; vela su corazón porque el amor no duerme en paz y en el que ama; duerme su entendimiento y reposa su voluntad porque está junta á Dios y hecha un espíritu con El; hácese entonces sábado de sábado, porque de la holganza de la fantasía, que dava trabajo con su imaginación, se causa la quietud de la voluntad, que por estar muy encendida y emprendida en aquel que no se consume ya no ha menester leña de consideración para que no se apague el fuego del amor que entonces arde.

La reina de Saba y el rey Salomón se corresponden con dones admirables, tornando á reciprocar el amor en la soledumbre del silencio; habla Dios, no con palabras al corazón, sino con seráficas comunicaciones; háblanse por señas más declaradoras que jamás fueron palabras; y finalmente, calla Dios y el ánima como amigos que duermen muy seguros en un estrado, á los cuales el amor ha hecho tan conformes, que no salgan de un parescer; en tal manera que lo que hace el uno se diga hacer el otro.

CAPÍTULO IV

De tres maneras de silencio.

Tres maneras de callar hay en el recogimiento, ó tres maneras de silencio, dejando las otras que no hacen tanto al caso. La primera es cuando cesan en el ánima todas las fantasías y imaginaciones y especies de las cosas visibles, y así calla á todas las cosas criadas; lo igual deseava el sancto Job cuando decía (Job, III c): Agora durmiendo callase; y en mi sueño holgaría con los reyes y cónsules de la tierra que edifican para sí soledumbres. Dormimos á las cosas temporales y callamos dentro en nosotros, según dice Sanct Gregorio, cuando dentro en el secreto de nuestra ánima nos retraemos á la contemplación del Criador; y los sanctos, que son llamados aquí reyes cónsules, edifican para sí soledumbres, cuando ninguna cosa de este mundo desean ni son apremiados en el corazón por algunos tumultos de deseos desordenados; mas desechan todos los ilícitos movimientos de la cama de su corazón con la diestra mano de la sancta consideración, despreciando todas las cosas transitorias y las desmedidas cogitaciones que dellas nascen; y como desean solamente la morada eterna y no aman cosa deste mundo, gozan de gran tranquilidad en su ánima.

El segundo callar que hay en el recogimiento es cuando el ánima quietísima en sí mesma tiene una manera de ocio espiritual, sentándose con Maria á los pies del Señor y diciendo: Oiré lo que hablará en mí el Señor Dios. Y á esta dice el Señor: Oye, hija, y mira y inclina tu oreja y olvida tu pueblo y la casa de tu padre.

Bien se compara al oir esta segunda manera

de callar, porque el oyente no tan sólo calla á lo demás, empero quiere que todo le calle á él, para que asi más entero se convierta al que le habla, mayormente si no sabe dónde está, como en el caso presente; ca, según se dice en el Evangelio, oimos la voz de Dios, que es su inspiración, y no sabemos dónde va ni dónde viene, por lo cual nos conviene callar mucho y estar muy atentos á El; así que tenemos dos maneras de callar: la una cesando en nosotros la imaginación y los pensamientos que boltean en nuestra memoria; la otra es un olvido aún de nosotros mesmos, con una total conversación de nuestro hombre interior á solo Dios.

El primer callar es de las cosas á nosotros; el segundo de un sosiego quietísimo en que nosotros callamos á nosotros mesmos y nos ordenamos á Dios con una subjeción recetiva y muy aparejada; lo cual se figura en los sanctos animales de Ecequiel, de los cuales se dice: Como fuese hecha una voz sobre el firmamento, que estava encima de la cabeza dellos. deteníanse en pie, y subjetaban sus alas. La voz, según dije, es la divina inspiración que se rescibe en el oído del ánima sin expresión de palabra, sino con sola la presencia de Dios que se da á sentir; y por esto dice Job que furtiva y calladamente oyó la palabra escondida que le fué dicha y rescibió las venas ó rastros de su ruido pequeño.

Esta voz inspirada es hecha sobre el firmamento, que es la más alta parte de la razón, que se junta inmediatamente á Dios por amor. Los animales sanctos y alados, que son los contemplativos, se dice estar entonces en pie, porque cuando esta voz se hace en el ánima ella se levanta á cosas grandes y está suspensa cuasi trasportada en Dios, como los apóstoles cuando lo vieron subir al cielo; y desta manera fué mandado á Ecequiel que se levantase sobre sus pies para que Dios le hablase; así que el estar en pie es una admiración callada, según dice Sant Gregorio, que nos hace estar colgados de Dios como lo havía Job escogido para su ánima, en la cual casi cesa toda operación de las potencias, para que disminuyéndose así el ánima reciba la sabiduría.

Subjectar las alas es aplicar las fuerzas más altas para rescebir el influjo divino que se infunde en el ánima; en lo cual, según dice la glosa, tienen los contemplativos por ningunas sus fuerzas; aplícanlas empero á Dios callando, para que faltando en sí mesmos se hallen en El como aquel que decía: No quiso ser consolada mi ánima; acordéme de Dios y deleitéme, ejercitéme y faltó mi espíritu.

El tercer callar de nuestro entendimiento se hace en Dios, cuando se transforma en El toda el ánima y gusta abundosamente la suavidad suya, en la cual se adormece como en celda vinaria, y calla, no deseando más, pues que se halla satisfecha, antes se duerme aun á sí mesma, olvidándose de la flaqueza de su condición, por se ver tan endiosada y unida á su molde, y vestida de su claridad como otro Moisen después de haver entrado en la niebla que estava encima del monte, lo cual más de verdad acontesció á Sant Juan cuando después de la cena se echó sobre el pecho del Señor, y por entonces calló todo lo que sintió.

Acontesce en esto tercero estar tan callado el entendimiento y tan cerrado, ó por mejor decir ocupado, que ninguna cosa entiende de cuantas le dicen, ni juzga cosa de las que pasan acerca dél, porque no las entiende aunque las oye; según lo cual me contó en gran secreto un viejo á quien yo confesava, el cual havía más de cincuenta años que se ejercitava en estas cosas, y díjome, entre otros misterios, que le acontescía muchas veces oir algunos sermones y cosas de Dios de las cuales ninguna palabra entendía; tan acallado y ocupado estava su entendimiento de dentro, que ninguna cosa criada podía formar en él; y decíale yo que entonces se devía ir á retraer, á lo cual respondía que las voces le eran como sonido de órganos, en las cuales havía placer su ánima, aunque no las entendía, y como que contrapunteava sobre ellas y alabava al Señor por una manera que se puede sentir, empero no se puede dar á sentir á otro.

No dice aquesta letra que acalles tu inteligencia, sino tu entendimiento; porque, según dice Ricardo, la comprehensión de las cosas invisibles pertenesce á la inteligencia pura, y inteligencia pura dice que es cuando el entendimiento está afijado en una suma verdad sin mezcla de imaginación; empero para venir á esto es menester, según el mesmo dice, que aprendas á congregar los derramamientos de Israel, que es tu entendimiento, acallándolo, y estudies restreñir las vagueaciones de la memoria y te acostumbres morar íntimamente dentro en ti mesmo y olvidar todas las cosas

de fuera, si te trabajas por la contemplación de las cosas celestiales, y sospiras por la noticia experimental de las cosas divinas.

Según este doctor, la inteligencia ve las cosas invisibles de Dios, no como las ve la razón, que investigando y discurriendo por los efectos y causas viene á conoscer las cosas ocultas y absentes como si las viese; no desta manera, sino como solemos ver las cosas corporales con la vista corporal visible y corporal y presencialmente, ansi la inteligencia pura para mientes á las cosas invisibles invisiblemente, y acata presencial y esencialmente las cosas espirituales, conosciendo que no están ligadas ni presas con apariencias de fuera; de manera que cuando el hombre no cura de la imaginación que rebuelve cosas corporales, ni de la razón que suele andar discurriendo de unas cosas corporales á otras para investigar las espirituales, sino que representa delante de sí á Dios purísimo espíritu desasido de todas estas cosas que parecen, y se detiene en aquel apurado acatamiento sin discurrir á otra cosa, entonces se dirá que usa de la inteligencia.

CAPÍTULO V

De los inconvenientes que los indevotos hallan en este ejercicio del recogimiento.

Los no ejercitados en las cosas espirituales suelen mover muchas cuestiones y dubdas en la sentencia de aquesta letra, reduciéndola á no pensar nada; porque si tenemos de asosegar íntimamente y acallar nuestro entendimiento, claro está que no tenemos de pensar nada, lo cual si es así que no has de pensar nada, podráse decir de tu ejercicio aquello del satírico: De no nada se hace no nada, y no nada se puede tornar en no nada.

Desta manera suelen los hombres animales baldonar aqueste sancto ejercicio, ó según dice Gregorio Nacianceno: Aunque sea licito á cada uno alavar su manera de orar, mire que no diga mal de aquello cuyo bien ignora, porque allende de se mostrar atrevido, puede engendrar escándalo en los corazones que se llegan á Dios por una docta ignorancia que no alcanzan los sabios y prudentes del mundo.

No tengas tu entendimiento tan por domar que no quiera creer sino lo que entiende, ca desta manera poco podrás saber; y no digas que solamente lo has de subjetar á las cosas de la fe, porque también solemos creer á nuestros mayores sin demandar prueva de lo que nos dicen cuando no parece contra razón, cuanto más que este ejercicio se funda sobre la fe católica, que purifica los corazones de los varones recogidos, lanzando dellos toda cosa criada, no porque es mala, sino porque es menos buena que Dios Nuestro Señor, al cual en puro espíritu nos devemos llegar, según nos lo amonesta Cristo Nuestro Redemptor en el Evangelio.

Si tú no entiendes á Sant Dionisio, no por eso está por entender, ca Gersón está ahí y otros doctores sanctos que lo entendieron y pusieron avisos y cautelas contra las asechanzas del demonio, que en las cosas más altas se trabaja más de nos engañar; y si nos aparta dellas, piensa que ha hecho mucho conosciendo claramente que nos lleva de venida cuando nos hace retraer por miedo.

Los varones recogidos no ponen la perfección en no pensar nada, ca desta manera los que duermen, cuando no sueñan, y los pasmados serían perfectos; y por tanto, si en alguna parte hallares que hay algún bien en no pensar nada, entiende que aquello se dice á los muy nuevos en este ejercicio por que aprendan á se tornar de las distraciones con humildad á Dios, y subjetándole su entendimiento puedan decir con verdad aquello del psalmo (Psal. LXXII d): Porque está inflamado mi corazón y se trocaron mis renes, yo soy tornado á nada y no supe: como bestia soy hecho acerca de ti, y siempre estoy contigo.

Esto que aquí pone David que fué tornado á nada y no supo entiende Gersón del recogimiento, donde acallado el entendimiento queda el hombre como bestiula en que va el Señor á Hierusalem, que es la paz soberana del corazón donde se ata nuestro entendimiento con el cabestro de la fe á solo Dios.

Si el no entender para en aquello sólo, no tan solamente caresce de perfección, mas piérdese el tiempo que se podría aprovechar en algún buen pensamiento; empero decimos que puede haver perfección en este caso, si dejamos de entender las cosas criadas por nos ocupar según todas nuestras fuerzas en solo Dios; para lo cual es menester, mayormente á los principios, que aprendamos á desechar todo pensamiento distractivo que nos derramó; porque, como nota Gersón, la mayor dificultad del recogimiento está en apartar el espíritu de las fantasías en que se ocupa nues-

tro entendimiento; el cual se ha de acostumbrar mucho tiempo á desechar toda operación que se pueda referir á criatura alguna, para que libre y limpiamente se ordene, guiado por sola fe, á la unidad de Dios Nuestro Señor, que es la una cosa necesaria que nos amonestó Cristo á escoger como muy mejor.

Los que siguen este camino solamente se esfuerzan y ejercitan en avivar el amor de Dios por solo amor que tiene edad y puede hablar por sí. No curan de investigar razones para amar á Dios; no porque sea esto malo, sino porque ya tienen concluído y determinado de amar á solo Dios sobre todas las cosas, encumbrando su ánima hasta aquella fontal bondad de donde siempre procede amor.

Los que miran en ello y lo ejercitan conocen que es distinto el estudio del entender y el del amar; y aunque no podemos amar lo que no entendemos, bástanos tener muchos años ha conocido á Dios por fe, y tener muy asentado en nuestro entendimiento que El solo es digno de ser amado por sí mesmo; al cual nos retraemos recogiendo el corazón para lo amar con más unidad cuasi presencialmente; ca no pensamos cómo amaremos á nuestro amigo cuando lo tenemos delante, sino luego.

Cesando el entendimiento de especular, sale con gran poder la voluntad produciendo amor; y desta manera, como los varones recogidos provocan á Dios delante de sí, hallan ser poquedad buscar razones de amar al que todo es amor; antes dicen que ya esto havía de estar hecho, y que solamente nos havíamos de ejercitar en la ejecución de las tales razones, como los que se sirven de las reglas de su arte sin acotarlas ni pensar en ellas.

Mira, pues, que este no pensar nada es más que suena, y que en ninguna manera se puede explicar lo que ello es, porque Dios, á quien se ordena, es inexplicable; antes te digo que este no pensar nada es pensarlo todo, pues que entonces pensamos sin discurso en aquel que todo lo es por eminencia maravillosa; y el menor bien que tiene este no pensar nada de los varones recogidos es una atención muy sencilla y sotil á solo Dios. Y por entonces, según dice Gersón, está cerrada la puerta á todo engaño del demonio, que comienza siempre por alguno de los sentidos; y finalmente este no pensar nada de que hablamos, por bajo que sea, es un disponerse el hombre desasiéndose y desembarazándose para bolar con el corazón á sólo Dios que nos lo demanda libre y muy entero.

De lo ya dicho puedes concluir que cuando acallares tu entendimiento, dándole, como dice Sant Augustín, ociosidad santa, no has de parar allí, sino levantar el intento del corazón y el talante del ánima y la atención á solo Dios con piedad y fe, creyendo que aquesto es una obra soberana, en que se agrada mucho su Majestad; la cual aunque de parte nuestra siempre es imperfecta, porque no es en nuestra mano refrenar del todo el pensamiento, Nuestro Señor la perfecciona enviando de lo alto su visitación y extendiendo la mano de su gracia para que se haga silencio.

Acontesce á los ejercitados tener tan sosegada la memoria y acallado el entendimiento, que estando con Dios gozando de su gracia no piensan en lo que están ni en otra cosa alguna, sino que están como absortos y embevidos en aquello que sienten en su ánima; y esto puede venir de la mucha atención, como cuando con mucha reverencia estamos hablando con algún señor sin pensar con quién estamos.

Conténtase el varón recogido con la lumbre de la fe que todos tenemos, y por esto asosiega y acalla su entendimiento, no mandándole escodriñar otras cosas de Dios, ca tiene sabido por la fe que hay Dios y que es remunerador de cualquier servicio que se le hace; y como crea, según dice Sant Augustín, que está más dentro de mí que lo más íntimo mío, puedo recogerme dentro de mí á El; y entrando en mi casa holgar juntamente con El, cuya conservación no tiene amargura. Como, según dice Sant Gregorio, nuestra ánima no pueda estar mucho sin se deleitar en alguna cosa, si le cerramos las puertas de los sentidos por donde abajará á las cosas de la tierra, ella se levantará sobre sí mesma á buscar otro placer más alto donde se deleite; y favorecido por la fe, como los Magos por la estrella, traspasará todas las cosas hasta se ayuntar con aquel sumo bien espiritualísimo, apartado de huesos de carne y de toda cosa que se pueda imaginar, tan remontado de todo lo que crió y tan desasido de toda potencia fantástica, que sola la inteligencia pura sin algún pensamiento se pueda ayuntar á El.

Cierra, pues, los caños á la fuente de tu ánima, cuyo amor siempre mana, según dice Ricardo, que entonces ella subirá cuasi necesitada; y aunque no suba, si sosiega en sí mes-

ma y se reposa, como en agua clara verá en sí la imagen de Dios, que mejor en ella que en otra cosa resplandesce si cesan los torvellinos de los pensamientos que la enturbian.

No sin gran misterio nos manda tantas veces la Escriptura entrar dentro en nosotros mesmos y tornarnos al corazón, y que cada uno huelgue en sí, no saliendo fuera, sino que cierre la puerta sobre sí cerrándola muy bien, para que en secreto se comunique Dios al ánima; la cual no deve abrir la puerta de los sentidos ni quitar el aldava de la vigilancia que en esto ha de tener; ca de otra manera írsele ha el que confortava las cerraduras de sus puertas, de lo cual se le recrescía bendición para sus hijos, que son sus deseos, como se dice en el psalmo: Cuanto más cierras la puerta del sentido tanto más se fortalesce Dios en tu ánima; porque como El esté siempre dentro, no es menester abrirle, sino el consentimiento, desconsintiendo á todo lo demás, porque estando en El solo todo nuestro amor junto tenga más fuerza acerca dél.

No te deve parecer menos bueno este ejercicio porque un filósofo y un hebreo lo pudieran usar; ca desta manera también podrías poner tacha en la devoción de la sacra pasión, que muchos de los antiguos amaron, ni pienses que por ser alguna cosa común á buenos y malos es menos buena, ca en cada uno obra según la disposición dellos, quedándose ella en su valor.

CAPÍTULO VI

De cómo el recogimiento es cierto á los que aciertan en él.

Las ánimas que comienzan á gustar este ejercicio tiénenlo por tan averiguado y perfecto, que se espantan si otros lo dudan; y aficiónanse los que lo gustan á él tan de corazón, que no les satisface cosa más que este ejercicio; y esto no porque obre el ánima en ocio de pensamiento, sino porque las cosas que en él se hallan son más espirituales y satisfacen mucho más mientras más delgadas son y apartadas de lo corporal; y por esto dice Gersón que son más meritorias, ca según toda buena teología aquella oración es más meritoria y más acepta á Dios que es más espiritual, ca para ésta se requiere más fe y más esperanza.

Todas las cosas ya dichas te convidan á cumplir el consejo de nuestra letra, que no solamente es necesario á los principiantes, mas aun á los muy aprovechados; ca suele el demonio desasosegarles su entendimiento lanzándoles en el corazón algunas falsas inspiraciones, que son unas palabras causadas dél acá dentro en el pensamiento, formando dellas algunas razones que parecen buenas, y á los no avisados piensan que habla en ellos el Señor Dios; y más, que por los engañar del todo el demonio les hace creer que nunca tal tuvo hombre de los que biven, y que no será creído si lo dice; por tanto, que será mejor callar íntimamente lo más que pudieres tu entendimiento, no dando lugar á los tales engaños que han enlazado á muchos.

Podrás decir que si no has de pensar cosa criada ni admitir los pensamientos que parescen buenos, y no los formas tú, ni los buscas, paresce ser que te has de estar como ídolo sin alma.

No decimos que en la sola y pura privación haya algún bien, ni en el ejercicio ya dicho esta sola y pura privación, porque en acallar el entendimiento por estar más atento á solo Dios, si ordenas á él tu corazón, haces mucho; y entonces si permaneces recebirás á Dios, que presto infunde su gracia, no por vía de fingidas revelaciones ni adivinaciones, que son como espíritus de ranas parleras que nunca callan, sino por una operación íntima que toca el corazón, de la cual dice Sant Cipriano: Gustamos y provamos y olemos y está cerca; empero acercándote, vase más lejos; y como con rayo que rasga la nuve, y como con repentino relámpago que no tanto alumbra cuando embaraza la vista, eres algunas veces tocado no sé con qué movimiento, y sientes que eres tocado, empero no ves al que te toca; son dichas á ti unas palabras secretas de dentro que no bastas para las hablar, aunque no las puedes dubdar, porque junto está contigo y aun dentro está en ti el que te solicita.

Aquí ha declarado este sancto algo de lo que suele acaescer en el recogimiento; y las palabras que son dichas dice que son inefables, porque más son obras que palabras, en que, como dice Sant Pablo, el Espíritu Sancto da testimonio por obra á nuestro espíritu que somos hechos hijos de Dios, causando en él una grandísima confianza que suelen tener los hijos en los padres, viendo que los tratan bien y los proveen muy por entero.

En esto paresce la excelencia deste ejerci-

cio, ca no hace caso de cualquier revelación que sea ni de cosa que se pueda declarar, sino de la real experiencia de las cosas espirituales, que, como dice Gersón, se trae consigo tu conocimiento, no causado por discurso distractivo, sino por una experimental noticia de las cosas presentes al ánima, la cual suele mucho quietar el entendimiento y satisfacerlo para que no inquira más en aquel caso.

Para entender más cumplidamente aquesto has de notar que, así como en las cosas de fuera hay palabras y obras, así también las hay en las cosas de dentro; las palabras son los pensamientos ó razones que formamos en nuestro corazón; y las obras interiores decimos ser una intensísima atención biva á solo Dios, y el amor que produce nuestra voluntad acerca dél y otros movimientos y aficiones del ánima, en las cuales se funda este ejercicio; y por esto no responde Nuestro Señor en este negocio con palabras, sino con obras, viendo que dellas solas hace caso el varón recogido, las cuales acallan su entendimiento haciéndolo tartamudo como el profeta, y tornándolo atónito por una manera de admiración, como la que tuvo la reina de Saba viendo la magnificencia de Salomón.

Para favor de aquesta letra presente y de todo este tercer libro quiero poner aquí una auctoridad de cada uno de los más doctores auténticos que hablaron desta materia, dejando otros muchos auctores de aquesto, cuyas escripturas no son en poco tenidas de los que saben; y dejando también los testimonios que dan cada día del recogimiento los que tienen dél experiencia y lo siguen por el bien que conoscen venir á sus ánimas con él; y estos testimonios, aunque los incrédulos no hagan fe, ni se devan decir á ellos, como manda Sant Dionisio, no por eso pierden su vigor y fuerza ni carescen de culpa los impugnadores; ca, como dice Gersón, la razón natural tiene esto: que cada uno querría que diesen fe á lo que afirma con verdad, ó á lo menos que no le contradijesen con pertinacia; porque perecería toda la honesta conversación si no creyésemos à cada uno; así que el principio de la ley natural confirmado por la divina dice: Lo que aborrecieres serte hecho mira que tú no hagas en algún tiempo á otro.

Bien dicen algunos que darían fe á los ejercitados; mas porque temen ver la experiencia dellos imaginaria se detienen, contra los cuales traigamos la caridad perfecta de los santos que lance fuera este temor, entre los cuales deven notar al sancto abad Isaac, que hablando de la oración pondera mucho, no sin gran misterio, aquella más que humana sentencia del santo y perseverante orador Antonio, que decía: No es perfecta oración aquella en que el monje entiende lo que ora.

Bien acallado ha de tener su entendimiento el que con tanta sublimidad orare que no entienda lo que ora; y entonces sin dubda recibirá cosas que no pueda entender, según lo cual dice Hugo *(De arrha animæ)* en persona del ánima desposada con Dios: Qués aquello que me suele tocar algunas veces y con tanta vehemencia y suavidad me agrada, que ya todo en alguna manera me comienzo á enajenar de mí mesmo y no sé dónde soy llevado? Alégrase mi conciencia, olvídome de mis males, alúmbrase mi corazón, hártanse mis deseos y véome en otra parte no sé dónde y aprieto como con unos brazos de amor de dentro y no sé qué es aquello; empero siempre trabajo con todo el corazón por lo retener y nunca lo perder; lucha mi ánimo por que no se vaya lo que siempre querría abrazar. Por ventura es aquel mi amado? Ruégote que me lo digas para que lo sepa, y cuando de nuevo viniere le suplique no se vaya, sino que permanezca siempre. Verdaderamente, ánima, aquel es tu amado que te visita, viene invisible, viene oculto para te tocar.

En estas palabras de Hugo se ha mostrado cómo el entendimiento no puede poner los ojos de sus noticias en Dios, por la claridad que sale de su cara cuando desciende del monte de la gloria á se comunicar con los del valle de lágrimas en que bivimos; ni los podrá hincar en El hasta que se alce el velo de la fe que cubre á Dios y se descubra en la muerte la cara de nuestra ánima que agora ve no inmediatamente; empero entretanto hácese algunas veces aquello que conforme á Sant Dionisio dice Gersón: Juntarse el ánima á las cosas inefables y no conoscidas inefable y no conoscidamente. Y en otra parte dice Gersón: Esto ciertamente es lo que decimos estar consigo con silencio con tener en sí el espíritu; esta es la obra, este es el trabajo; amonestamos esforzarse á esto con todos los niervos de las aficiones; siéntate solitario, levántate sobre ti si puedes, y si gran tiempo esforzándote mucho no lo pudieres hacer, no quieras

por esto huir presto al solaz de la lición, ó habla dejándolo; mas enójate de silencio y eres hecho grave á ti, y por esto juzgas que inútilmente reposas; espera venza este enojo la tardanza porfiosa, ca ninguna manera según tú piensas burlará Dios tu ánimo; no se olvidará de hacer misericordia si tú con esperanza buscares y pidieres y llamares.

CAPÍTULO VII

En que otros famosos doctores alaban el recogimiento.

Dice Gregorio Nacianceno, dando la causa por que desechava el cargo de su obispado: Acordávame yo de mi quietud y silencio; y como viese serme impedido lo que dende el principio de mi vida amé y en grandes peligros lo prometí á Dios, dejélo todo y apartéme. Que aqueste silencio y quietud suya fuese el recogimiento de que hablamos, muéstralo el mesmo doctor cuando dice: En verdad, ninguna cosa me paresce más excelente al hombre para la vida bienaventurada que, cerrados los sentidos carnales, puesto hombre fuera del mundo y de la carne, convertirse á sí mesmo ajeno de los mortales cuidados, hablar á sí solo y á Dios; en tal manera que puesto más alto que todas las cosas visibles hincha su ánima de los divinos sentidos y de las formas celestiales sin mixtura terrena; hecho verdaderamente espejo sin mancilla de la imagen de Dios, y puesto aun en la tierra ser en alguna manera hecho compañero de los ángeles; despreciada y dejada la fragilidad terrena, ser trasportado á las cosas soberanas con la sobrevenida del Espíritu Sancto. Y si por ventura alguno de vosotros sintió este ardor, sabe lo que digo y conosce lo que hablo; mas á algunos ha impedido el sentido del bien juzgar la envidia, y á la mejor obra ponen nombre vicioso, llamando á la limpia sabiduría filosofía de Zenón, infamando los estudios devotos con apelaciones de jactancia, porque la compaña de los nescios más aparejada está para menoscabar los buenos estudios que para los imitar.

Y Sant Dionisio dice: Deja con fuerte lucha los sentidos y las intelectivas operaciones y todas las cosas sensibles y inteligibles, y todas las cosas que permanescen y no permanescen; y así como fuere posible, levántate, no sabiendo, á la unión de aquel que es sobre toda substancia y conoscimiento.

Declarando esto, dice Sant Buenaventura: Esta elevación que se hace por ignorancia no es otra cosa sino ser movido inmediatamente por ardor de amor sin algún espejo de criatura y sin delantero pensamiento y sin movimiento de la inteligencia que acompañe para que solamente la afección toque y en el actual ejercicio ninguna cosa conozca escudriñando.

El bienaventurado Sant Augustín dice hablando con los tres estados de los hombres espirituales: Necesaria cosa es llegarse los nuevos á las formas corporales por amor, y á los más aprovechados es cuasi necesario; empero procediendo en éstos la edad, no es necesario. Y llamó formas ó imágenes corporales á las que pueden ser sentidas por los cinco sentidos. Y Sant Bernardo, mostrando cómo en el recogimiento del ánima está la perfecta oración, dice: Muera mi ánima muerte, aun si puede ser dicha de ángeles, para que trascendiendo en la memoria de las cosas presentes se demude, no solamente los deseos de las cosas inferiores y corporales, mas también las semejanzas dellas; y desta manera tenga con aquéllos conversación con quien tiene semejanza de pureza; porque tal exceso, según pienso, se llama tan solamente ó mayormente contemplación, ca no ser tenido biviendo con los deseos de las cosas es de la humana virtud; mas no ser envuelto contemplando á Dios en las imaginaciones de los cuerpos es de pureza angélica, aunque lo uno y lo otro sea por gracia divinal, entrambas cosas es transcender, y lo uno y lo otro es pasar adelante de ti; empero lo uno lejos y lo otro no lejos. Bienaventurado es el que puede decir: Mirad que me alongué huyendo y quedé en la soledumbre. No se contentó en salir, sino también en alongarse para poderse quietar; pasaste los deleites de la carne en tal manera que ya no obedezcas á sus deseos, ni seas tenido con sus halagos; aprovechaste, apartádote has, mas aún no te alongaste si no puedes volar de la otra parte con la pureza de la memoria y traspasar las fantasías de las corporales semejanzas que de toda parte sobrevienen; hasta aquí no prometas á ti holganza; yerras si antes piensas que hallas el lugar de la quietud y el secreto de la soledumbre, y el sereno claro y la morada de la paz. Lo de suso es de Sant Bernardo.

Empero Sant Gregorio habla desto más claramente diciendo: El ánima en ninguna manera

puede recogerse en si mesma, si primero no aprendiere á lanzar de los ojos interiores las de las terrenales y celestiales imaginaciones, fantasías y desechar cualquier cosa que le ocurriere á la cogitación, agora pertenezca á la vista, ó al oir, ó al gusto, ó al oler, ó al tocar; ca cuando estas cosas piensa, cuasi unas sombras corporales revuelve dentro de sí, pues de apartar son todas estas cosas con la mano de la discreción de los ojos del ánima; y en otra parte dice, abreviando lo que en todas sus obras dilata: En la cama sin dubda se busca de noche el amado, porque la hermosura del invisible Hacedor, reprimiendo toda imagen de cosas corporales, se halla en el secreto del corazón.

De innumerables testimonios muy creíbles que hay de santos y aprovados doctores, en favor de la presente letra, no he querido traer sino los menos; y creo que bastan para los no ejercitados, que los otros en cada parte de la Escriptura leen espiritualmente aqueste ejercicio; y más de verdad en sus corazones, donde Dios con su gracia se lo escrive tan de verdad, que aunque lo tengan muchos por loco, no deja él, como dice Sant Dionisio, de estar muy seguro con el testimonio de su conciencia.

Si vieres que alguno no juzga bien del recogimiento, cree que es por falta de experiencia y por ignorancia, la cual á los mayores no excusa; ca ellos devrían ser experimentados en todas las cosas del espíritu para remediar muy cuerdamente las dubdas que en esto tuviesen los súbditos, proveyéndolos de mejor consejo y no infamando los buenos ejercicios, ni amedrentando donde no hay que temer los seguidores dellos; mayormente que el recogimiento, según dice Gersón hablando *de verbo gloriæ*, es infalible y no puede tener mezclado error ni asechanzas del demonio, ca cierra las puertas falsas de los sentidos por do él comienza á combatir; así que él es altísimo refugio del espíritu á solo Dios.

En este recogimiento hay muchos grados y es de muchas maneras; ca uno hay que solamente tiene mortificación simple de todo pensamiento, como una manera de adormecimiento reposado y silencio quieto que no oye cosa alguna, ni lo desasosiega nadie; y acontesce maravillosamente que viene algún pensamiento al corazón y se detiene, de forma que antes que el hombre conozca lo que era es alanzado, como si dende lejos dijésemos á alguno que no se acercase; mas antes que lo conosciésemos pasa esto tan de cierto en el ánima, que el mesmo hombre se maravilla dello; y si después quiere ver qué era aquéllo que venía á su memoria, no puede saber qué era; empero conosce que alguna cosa venía á lo desasosegar y fué detenida. Este recogimiento es de más que principiante, y no está sin gracia, porque el ánima se halla en él muy bien, aunque no tiene gusto ni sentimiento alguno, sino un aplacimiento en ello.

Otro recogimiento hay más bivo, donde la sola inteligencia se admite, con que el hombre cuidadosamente vela sobre su recogimiento, parando mientes en lo que hace y poniendo alguna fuerza en ello con industria que parece reveerse en estar recogido, y en este suelen sentir los aprovechados grandes cosas.

Item, otras veces tienen algunos una manera de recogimiento, que es como olvido de sí mesmos, no sabiendo dónde están; y cuando tornan desde á rato sobre sí, preguntan á su cuidado que de dónde viene, qué es lo que ha hecho, en qué ha entendido; mas no pueden caer en ello. Este recogimiento también es harto bueno y de aprovechados que se les convierte en hábito; deven, empero, mirar que no se vayan á cosa que tenga algún respecto á la terrena habitación ni á negocio alguno.

Item, hay otro en que el ánima está dentro en su cuerpo como en alguna caja muy cerrado, y allí se goza consigo mesma con algún calor espiritual que siente, desasida de los cinco sentidos como si no los tuviese; y no entiende cosa decible, sino como niño pequeño se goza dentro en el pecho con algún placer; y querría no distraerse allí ni tener ojos, ni oídos, ni puerta por donde saliese.

En estos recogimientos no se acalla tanto el entendimiento que del todo esté privado; ca siempre queda una centella muy pequeña, bastante solamente para que conozcan los tales que tienen algo y que es de Dios; de manera que asosegada y calladamente paresce que el entendimiento está acechando lo que pasa en estas cosas, como que no hace nada; y paresce que el ánima no querría que hoviese ni aun aquéllo, sino morirse en el Señor y perderse allí por El. Y allegan trances ó puntos que totalmente cesa el entendimiento, como si el ánima no fuese intelectual; empero luego se torna á descubrir la centella biva del muy sencillo conoscimiento, y es cosa de ad-

miración, ca en aquel cesar de entender totalmente recibe más gracia. Y desque torna á rebivir y salir de la niebla se halla con ella sin saber por dónde ni cómo la hovo; y por haver más, se querría tornar á mortificar ninguna cosa entendiendo, y torna como quien se zabulle en el agua y sale de nuevo con lo que deseava. En estas cosas pasa tiempo el ánima sin sentirlo, y apenas se le hace una hora un soplo; y á las veces no sabiendo cómo ni cómo no se le escapa y resvala del corazón aquello que sintía, y el remedio para lo cobrar es comenzar de nuevo á se recoger muy íntimamente.

Acaesce tener el varón aprovechado tanta gracia, que juntamente con ella piense algunas cosas; empero si tantico se distrae más de lo que conviene, por allí se le va y le deshace entre sus pensamientos; y por esto es muy bien gozar en secreto de Dios y como á escuras, ca es amador de soledad y se esconde en las tinieblas. De manera que deves asosegar íntimamente tu memoria y acallar tu entendimiento, no admitiendo á él cosa que sea, ni entonces cuando comienzas á sentir la comunicación del Señor deves hablar palabras amorosas, aunque te parezcan buenas y que se huelga tu ánima con ellas; ca mejor es poner todo el intento á te recoger y hacer más entero; ca el apretar el corazón es un abrazar á Dios, que con la sola afección se tiene mejor; y muchas veces quiere que lo dejemos obrar solo y que callemos del todo; empero otras veces te hallarás tan tibio, que sea menester buscar todos los favores de fuera y de dentro que pudieres para encender la devoción, y aún no te podrás valer; empero cuando con solo cesar lo sientes aquello es muy mejor; ca entonces obra Dios, y el humilde deseo receptivo hace más que paresce, ca se ayunta más cerca de Dios, salud suya.

EL TRACTADO VEINTE Y DOS

HABLA DEL CUIDADO QUE DEVE EL HOMBRE TENER DE SÍ SOLO, DICIENDO: ZELA Y GUARDA TU PERSONA, Y MEZCLARAS EN TODO A DIOS.

Toda la llave del saber está en conoscer para qué es cada cosa y en saberla aplicar á lo que conviene; conforme á lo cual decimos que es mejor físico el que mejor aplica las medicinas á las particulares enfermedades; y desta razón se sigue que toda la discreción del espíritu está en saber usar de los dones del Señor á la intención suya, aplicándolos á lo que él quiere con ellos remediar, el cual suele dar á los nuevos oradores un celo y deseo de mayor aprovechamiento, que es una fuerza con que el ánima comienza á seguir en tal manera la virtud, que aborrezca todo lo contrario á ella, y lo sufra con tan inquieto desabrimiento, que trabaje con todas sus fuerzas por lo desechar, como cosa que impide y estorva su buen propósito. Del cual celo pienso que hablava Sant Bernardo cuando dijo: Conviene que el ardor del sancto deseo antevenga la cara de Dios en toda ánima que él ha de venir, el cual ardor consuma y gaste todo el orín de los vicios, y desta manera apareje el lugar del Señor.

Según lo que este sancto dice, bien podemos llamar á este celo de que hablamos aposentador de Dios, que, como otro Sant Juan, da boces en nuestra desierta ánima, amonestándonos que enderecemos nuestro corazón, que es vía del Señor, y que hagamos rectas las sendas de sus deseos, y que hagamos penitencia y nos bapticemos en lágrimas para que se nos acerque y manifieste el reino de los cielos, que estava en nosotros escondido, para lo cual renueva este celo de Dios las fuerzas del ánima y gasta en ella las cosas carnales, según aquello que dice el mesmo Señor (Soph., III b): En el fuego de mi celo será comida toda la tierra, porque entonces tomaré á los pueblos el labio escogido, para que invoquen todos el nombre del Señor y lo sirvan con un hombro.

Bien muestra aquí Nuestro Señor Dios que el ferviente celo que El enciende en sus siervos es para destruir en ellos las cosas terrenas, por que así lo puedan espiritual y perfectamente alabar y servir de todo corazón, tomándolo sobre el hombro derecho del ánima, que es el amor en que se asienta El como principado nuestro, aunque, según he dicho, envíe Nuestro Señor al hombre aqueste celo para que en sí mesmo lo ejercite.

Suelen algunos quitar este don de sí mesmos y darlo á otros, ejecutando en ellos el celo que para sí recibieron: hácense jueces en causa ajena, no mirando que tienen tanto que ver en sus conciencias que, como dijeron las vír-

genes sabias, no basta su cuidado para lo proveer todo. Y si los tales piensan que se puede tener de todo solicitud celando su vida y la ajena, crean de verdad que ha de faltar en la una parte lo que ponen en la otra, y muchas veces perderán todo el cuidado proprio por celar á los otros; lo cual es un mal mucho de huir y que nos trae á gran confusión; empero para lo evitar tomemos el consejo de nuestra letra, que dice: Zela y guarda tu persona, y mezclarás en todo á Dios.

Los sobervios no hay duda sino que celan mucho y guardan sus personas, como aquel malvado Aman, que de todos quería ser muy reverenciado y acatado; mas porque hacen aquesto por amor de su presumpción, decimos que no mezclan en todo á Dios, sino á sí mesmos que en todo se buscan, lo cual deve mucho huir el siervo de Dios diciendo aquello del Profeta (Psal. XCVIII): El celo de tu casa me comió. Nosotros somos á veces cara de Dios y nuestra y del demonio, y de todos los que moran en nuestro corazón, que son los vicios; empero no nos hemos de celar ni estimar ni guardar de todos á otro fin sino á ser casa de solo Dios, llorando en nosotros más la ofensa de Dios que la pena á que somos obligados; porque si á otro fin celamos nuestras personas, erraremos mucho aplicando el don del Señor á lo que no conviene y meresceremos la ejecución de aquella amenaza en que dice Dios (Ezech., XVI c): Será quitado de ti mi celo; y no me airaré más, sino holgaré. El celo remediador de cosas mejores que Dios nos ha dado quítalo de nosotros cuando ve que no las buscamos por El, sino por nosotros, á nuestro proprio interese y utilidad, y no á su servicio.

Dice el Señor que no se airará más, ni trabajará contra los que celan su propria fama y sanctidad, como Josué la de Moisen (Núm., II g), y como los discípulos la de Cristo cuando defendían que los niños no llegasen á El, pensando que sería algún menosprecio, á los cuales reprehendió el Señor (Mat., XIX c), rescibiendo con brazos abiertos á los niños, á confusión de los que se tienen en tanto que no sufren ser comparados á otros menores que ellos, cuasi alzándose á mayores en el cielo de la sanctidad como otro Lucifer, de los cuales aparta Dios en alguna manera el cuidado que tenía de castigar sus pequeñas culpas; porque esta es muy grande, y tal que no meresce pequeño castigo, y dice que holgaría mostrando que más trabaja, ó con más dificultad nos castiga, que nos hace mercedes, porque nosotros lo despertamos á lo primero y no á lo segundo; antes El de suyo nos las da sin las merescer; y el no tomar ira contra nosotros es dejarnos á nuestra voluntad, lo cual es cumplimiento de ira; porque si el Señor cesa de nos celar y corregir de dentro, ninguno de fuera nos podrá convertir; según aquello del Sabio (Eccles., VII b): Considera las obras de Dios, ca ninguno puede corregir al que El menospreciare. No menosprecies tú de celar tu ánima corrigiéndola y contriñéndola á cosas mejores, si no quieres que el Señor deje de te castigar celándote como padre que mucho te ama, ca El es Dios celador.

Lo que primeramente queremos amonestar en este capítulo á los varones recogidos, como cosa muy necesaria á ellos, es que de sí solos sean celosos y tengan en su memoria para tener de sí solos cuidado [segun] aquella breve y grande sentencia del Sabio que dice (Eccles., XI b): No tengas contienda sobre lo que no te molesta.

Hay algunos que debajo de buena intención tienen tanto celo en cada cosilla que les parezca no ir según Dios, que en ninguna manera la pueden sufrir, sino que saltan tan prestos á lo remediar como si luego en llegando ellos hoviese de cesar todo mal, y aquel yerro estuviese esperando que ellos echasen el bastón; y van con tanto ánimo á entender en cada defecto como si sus palabras pudiesen tanto contra él como el agua bendita contra el fuego. De aquestos tales dice Gersón: Suele el celo de la casa de Dios, especialmente cuando es nuevo, comer á los hombres de buena voluntad; esto es, constreñirlos á que todos los escándalos de los vicios que ven procuren ó de quitarlos ó reprehenderlos, ó animar reciamente á los otros para que los quiten; y afirman que no ha de ser disimulado, ni perdonado, ni por esto ha de ser temido el escándalo que se podrá seguir; mas que han de pasar varonilmente por las armas de la justicia á la diestra y á la siniestra, por infamia y buena fama, y si necesario fuere, por azotes y sangre y muerte.

Estos tales no solamente suelen hacer lo que este doctor dice, mas culpan y murmuran de los varones que se ponen en su paz, para más quietamente llegarse á Dios, y dícenles

que no son celosos de la virtud, y que buscan su propria consolación; en lo cual no hay mucha seguridad, ca los sanctos enemistados fueron y mal quistos con los viciosos, y dellos sufrieron muerte, porque contradecían á sus malas costumbres y transgresiones; y finalmente, dicen aquestos celosos contra los que se ponen en paz aquello de Sant Cipriano: Raro es hoy Finees que traspase con puñal los desvergonzados; raro Moisen que mate los idólatras; raro Samuel que llore los inobedientes; raro es Job que ofrezca sacrificio por la negligencia de los hijos; raro es Aarón que pronuncie amenazas divinas delante de Faraón; raro es Noé que apareje arca guarnescida para los que han de peligrar. Llorando lo digo con el apóstol: Enemigos de la cruz de Cristo son los perlados que saben las cosas terrenas, cuyo Dios es el vientre; venido han los tiempos peligrosos en que los amadores de los deleites más que de Dios, teniendo parecer de piedad, niegan la virtud; hállanse innumerables regidores que no quieren ni mover con el dedo los ayunos y las oraciones.

Estas palabras, ó á lo menos otras equivalentes, suelen decir los atrevidos y entremetidos, que luego se igualan con los sanctos en este caso; no mirando que primero fueron ellos celosísimos de sí mesmos, que ni aun hablasen en cosa que á otros tocase; ca según dice Sant Bernardo: Cosa torpe es á la mujer que se está en su casa reprehender á los que vienen huyendo de la batalla.

Son tantos los que he visto perdidos por ser indiscretamente celosos, que no querría pasar de ligero aquesta letra en que se nos amonesta que celemos á nosotros mesmos, dejando todos los otros, y aun que nos celemos, no por fantasía y presumpción, como los fariseos, muy compuestos en lo de fuera, que parecían imágenes doradas, y dentro llenos de vanidad, que ninguna cosa halla hombre de qué echar mano, sino que lo hace por dar buen ejemplo y por que no lo tengan por derramado ni se vea en lenguas de hombres peores que saetas. Desta manera no mezclas á Dios en tu recogimiento, sino un poco de levadura que corrompe toda la masa de tus obras.

Si mirásemos los males en que los celosos de los otros tropiezan y se quiebran los ojos, bastaría para que bolviésemos sobre nosotros mesmos, y aplicásemos todo nuestro cuidado á la salud de solo nuestra ánima, mirando que no padeciese algún detrimento; pues, como dice el Señor, nos va más en esto que en ganar las ánimas de todos los del mundo.

El menor mal en que incurren los que se tienen por celosos es la murmuración y juzgar vidas ajenas, en lo cual hay algunos tan engañados que no creo que jamás satisfarán sus personas el mal que han hecho sus lenguas; no hago mención del bollicio y inquietud que sienten en sus conciencias estos celosos, aunque también es gran mal, pues que deshace toda la devoción del corazón y la pone en los pies y la lengua. Quién hoviese de contar cuántos agujeros hacen por atapar uno, como los caldereros, y cómo pensando de evitar un peligro pequeño caen en otro mayor, y enconan más la llaga queriéndola curar antes de tiempo, y muchas veces hacen llaga donde no havía ni aun pensamiento de ella; por hacer que otros suban á mayor perfección les hacen perder la que fácilmente havían conservado, y ponen muchas veces escándalo entre los pequeñuelos de Cristo, sin mirar que los fariseos no fueron bien rescebidos de Cristo cuando vinieron á decir que ellos ayunavan y no los apóstoles. Piensan estos celosos que hacen servicio á Dios y caridad á sus hermanos cuando les amonestan que enmienden algunas cosillas que ven en ellos menos buenas, y dende entonces son tenidos sobre ojos, ca piensa el que es corregido que le andas contando los pasos y juzgando su vida; y por esto propone de guardarse de ti, y queda secretamente diciendo entre sí: Tu ojo es malvado, que yo bueno soy, pues que es buena mi intención y mi obra no contradice á lo que tengo prometido, si bien miras en ello.

Para que yo pudiese acabar de persuadir y provocar á estos indiscretos celadores que les sería muy mejor recogerse y dejarlo todo encomendándolo á Dios, que no hablar en cosa que á otros tocase, menester era declarar muchas cosas tocantes al mandamiento de la corrección fraterna, y cómo de una manera se deven haver en esto los súbditos y de otra los perlados, y mostrar cuántas maneras hay de celo, por las cuales cosas no pasan fácilmente los que saben.

Tres puntos veremos al presente para que nos provoquemos á celar solas nuestras personas. El primero, cuánto mal sea decir males

ajenos. El segundo, cómo somos obligados á los corregir. El tercero, cómo conviene al religioso que no tiene cargo dejarlo todo y ponerse en su paz.

CAPÍTULO II

Contra los murmuradores.

Muy anejo es á los varones aprovechados, según dice Sant Gregorio, sentir el desaprovechamiento de los disolutos y ponerse viendo que no andan los otros en la carrera de la perfección como ellos, y porque de la abundancia y pena del corazón suele hablar muy presto la boca, síguese fácilmente la murmuración de los males ajenos, callados los bienes, y lo que da calor á esta murmuración, dorándola y enmelándola para que no parezca mal á los hombres que la oyen, es un poco de celo que mezcla el demonio en ella, como el pescador que cubre con la blanda lombriz el duro anzuelo, para prender engañosamente los peces que se andavan seguros y estavan escondidos en lo profundo del agua.

Dicen éstos, para encobrir el gran vicio de la murmuración con el fingido celo, que no es aquello murmurar, porque ellos no quieren decir mal de la persona que traen entre los dientes, sino del vicio que tiene, al cual aborrescen, dejada aparte la persona, y para esto aún añaden, por que no parezca su habla sin provecho, que lo cuentan aquello para que los oyentes se guarden de aquel mal, y acaesce, como dice Gersón, que contando aquello de otro se comparen y antepongan á él, como el fariseo al publicano, diciendo que no son ellos como aquel, al cual acaece haver Dios justificado, porque delante dél ha conoscido su mal, y los que murmuran tornan á caer en el hoyo de do el otro se levantó, haciendo, según dice el apóstol, lo mesmo que juzgan; ca del pecado que ya no es hacen ellos presente, no para el otro que ya salió dél, sino para ellos que de nuevo entran, abriendo el pozo que ya el otro cerró con el arrepentimiento que siempre es de presumir; y si dicen que no es pecado mortal aquello de que hablan, tanto peor, pues tienen menor causa de murmuración, y no por eso dejan de lo proseguir y ponderar con más astucia, abominando las cosas del otro como si fuesen de hombre malo, y el menos mal que dicen dél es que no tiene amor á la virtud, ni la favorece, ni es amigo de la penitencia, ni de la oración, lo cual no dices sino porque no se conforma contigo en tus novedades, ni cura de tus consejos ni pareceres, en lo cual no peca, pues no es obligado á ello.

Dicen también los que so capa de devotos murmuran que no dicen ellos aquello sino con deseo que tienen de aprovechar á los oyentes, dándoles aviso que no traten con aquel, porque no les sea causa de perder la virtud que tienen, si con él se comunican; como si el otro fuese algún salteador que anda á robar virtudes ajenas, y estuviese tan curtido en el vicio que manase dél como de fuente mal resabio para todos los otros; aunque según verdad sería mejor que con halagos espirituales y dulce conversación apartasen algún rancor ó mala sospecha que suele mezclar el demonio entre los siervos de Dios, buscando formas y maneras para que formen unos de otros malas opiniones sin causa alguna, y haciendo que sospeche el uno que el otro le tiene mala voluntad, como según verdad lo ame mucho, y que piense ser el otro contrario á lo que por ventura favorece.

Excúsanse también algunos mostrando que manifiestan aquella culpa ajena, para que así venga á noticia del otro y se enmiende, sabiendo que es murmurado su defecto; aunque los hombres no se suelen enmendar desta manera, sino indignar, viendo que no se guarda con ellos los que mandó Cristo de la secreta corrección, que se ha de hacer en gran secreto para corregir y no en público para disfamar. Más querría que cualquier siervo de Dios á solas me dijese en mi cara todos mis vicios, que no uno solo por vía de mensaje que lo sepa todo hombre.

Excúsanse también algunos celosos con más color diciendo que no hablan aquello sino para provocar á sí mesmos y á los presentes á que oren y se compadezcan de aquel pobrecillo, que tiene tal y tal defecto, del cual se debería emendar; mas no lo hará si no le ayudamos con nuestras oraciones, las cuales si bien se mira van hechas en pecado, porque cuando queremos rogar á otros que oren por la corrección ó mejoría de otro no les devemos señalar la persona, aunque de verdad sea culpada, pues que desto ningún bien se sigue, sino mucho daño, ca forman los otros mala opinión de aquél, y pueden ser testigo de su mala fama y sembrarla más difusamente, tanto con mayor afirmación cuanto fué más apa-

rente la causa y motivo que el otro mostró cuando denunciaba su culpa; y así se buelve la oración en testificación muy dañosa contra el que devríamos excusar, considerando la común fragilidad humana.

No sé qué me diga desta murmuración engerida en celo, sino que querría más, después de todo bien mirado, verte quebrantar el voto de la castidad que no verte murmurador aun con esta color que añades; porque del otro pecado luego te enmendarías y conoscerías tu culpa, mas éste nunca lo enmendarás ni conoscerás, porque ese que tú llamas celo te ciega para que viendo no veas ni entendiendo entiendas.

Tu mesma virtud, si alguna tienes, escuresces, aunque piensas que la favoresces, cuando quiera que por una vía ó por otra dices mal de tus hermanos; aunque eso que digas en ellos no sea pecado, eslo en ti, pues que lo dices para menoscabo del otro; y tu imaginación hace caso en tí, fingiendo para ti peligro donde no hay peligro para el otro. Aunque carezcas de vicios carnales y pienses que eres hombre espiritual, créeme que no careces de grandes vicios espirituales y sotiles si sueltas tu lengua á menospreciar ó á menoscabar la fama ajena, y abres tus orejas y las enderezas como cavallo que se arrufa y despierta, queriendo oir de voluntad y dar crédito al que dice mal de otro, como más de verdad devríamos tener por malo al murmurador que no al murmurado, pues que el pecado déste nos es notorio y no el del otro.

Pregunta David al Señor que quién morará en su casa y holgará en su sancto monte de la contemplación; y respóndele el Señor, diciendo (Psal., XIV): El que habla la verdad en su corazón, y no trató engaño en su lengua, ni hizo mal á su prójimo, y no rescibió contra sus prójimos denuesto; en su presencia es traído á nada el maligno.

Aquel por la mayor parte habla verdad en su corazón que tiene concebida en él buena opinión de su hermano; y este tal no trata engaño en su lengua, porque no murmura dél, ni le hace mal infamándolo; y lo que más es, que no recibe denuesto contra sus prójimos, porque no da crédito á los que dellos murmuran; sino que, según se sigue, el maligno murmurador es tornado á nada; porque le deshace todos sus dichos y razones ó con la tristeza de la cara ca según dice el Sabio (Prov., XXV c): Basta para corregir el ánimo malvado del murmurador, ó con buenas y saludables razones que dan á conocer cómo ninguno deve juzgar el siervo ajeno, porque á su señor bive ó muere según, y porque en la boca que desea gustar á Dios y beve cada dia su sangre en el altar parece muy mal que también se trague la sangre ajena, mayormente como mande nuestro Señor que no digamos mal al sordo (Levi., XIX c), porque ningún bien sino mucho daño se sigue cuando el prójimo, por estar absente, no oye lo que dél se dice; ca si lo oyese, no osarías tú hablar por celoso que fueses. El temor del hombre podría enfrenar tu boca, aunque el de Dios no la puede concertar.

No sea, pues, hermano, tu celo como el de los fariseos, que ponían toda su sanctidad en murmurar de los pecadores; y por esto los llamó aquel beatísimo Sant Juan Baptista (Mat., III b) generaciones de bívoras, que aun á Sant Pablo mordieron en la mano, que es henchir de veneno aun la obra de cualquier sancto varón á bueltas de los pecadores; ninguno de los otros vicios deve tanto temer el varón espiritual como aqueste de la murmuración, por que los otros no lo acometen tan continuamente como éste, que á los más perfectos se atreve mejor; ca escripto es (Eccl., LXXXII c) que la plaga de la lengua, que es la murmuración, muele los huesos, que son los varones fuertes en la virtud y escondidos en lo interior de Cristo, que es la divina contemplación (Deu., XXVII c).

La conclusión de aqueste punto está en dos cosas que te conviene hacer para que, no ofendiendo en la lengua, seas perfecto varón: La primera, que no hieras en secreto á tu prójimo murmurando dél en su absencia, ca de otra manera serás maldito de Dios, sino que á ejemplo del sancto Job (Job., VI c), no se halle en tu lengua maldad ajena ninguna; basta que pronuncies las tuyas para que seas absuelto dellas, y no las ajenas, para que si estavas suelto te ligues con lazos ajenos.

Lo segundo que te conviene es que, como dice el Sabio (Eccles., XIX c): Si oiste alguna palabra contra tu prójimo, muera en ti; entiérrala y escóndela profundamente en tus entrañas, que no te las rasgará; cubra tu caridad los pecados ajenos, por que la de Dios cubra los tuyos; alaba y ensalza cualquier bien que vieres y supieres que tiene tu her-

mano, y di tú aquel bien cuando otros dijeren tus males; los cuales tú deves olvidar como si nunca los hovieras sabido, haciéndote de nuevas cuando los tornaras á oir, y gimiendo en tu corazón porque aún no estás justificado, aunque no tengas aquello, ni sabes cuándo merecerás ser dejado de Dios para que caigas en cosas peores. Bienaventurado es el que lee aquésto y lo guarda con todo estudio. Amén.

No te quiero decir cuán aborrescido tenga Dios aqueste vicio, y cómo, según dice Gersón, apenas y con mucha dificultad lo perdona, porque nosotros nunca podemos hacer dél entera satisfacción, ni saber cuánto mal hayamos hecho en la fama del otro, ni en los oidores, que después multiplican el mal que tú sembraste; de lo cual tú eres causa, que descubriendo, imponiendo, añadiendo, concediendo, aprovando, ó por otras cualesquier vías, comenzaste á difamar tu prójimo (Job, III c).

CAPÍTULO III

De la corrección fraterna.

Cuanto á lo segundo, si consideramos que hoy día han caído cuasi todos en la gran enfermedad del *noli me tangere*, más devemos buscar razones para nos apartar de corregir á otro que no provocarnos á ello, pues que cuasi de todos podemos decir: Aborrescieron al que los corregía en la puerta, y tuvieron en abominación al que hablava perfectamente.

En la puerta es aborrecido el que corrige, cuando antes que entre en lo que quiere decir, en sintiendo á lo que viene, le responden que se vaya con Dios, ahogándole la palabra luego al principio, y quedan diciendo dél: Mira con qué viene con su hipocresía, como si no tuviésemos acá tan buen celo como él cuando es menester. Profetas tenemos y perlados á quien oigamos; no es menester que se constituya juez sobre nosotros el que apenas, si mira en ello, lo puede ser de sí mesmo.

La corrección fraterna ninguno dubda sino que es de derecho divino y aun natural, porque sin que el Señor nos la mandara en el Evangelio, enseña la buena razón que devemos avisar al prójimo y doctrinarlo en lo que vemos que desfallesce, mostrándole que nos mueve el amor á desear su aprovechamiento y enmienda, lo cual no menos deseamos en nosotros mesmos que en él.

En cosas hay que es virtud hacer hombre más de lo que deve, no contentándose con lo que es obligado, sino que quiere añadir más; así como cuando alguno, teniendo votado de vestirse de paño vil, se quiere vestir de sayal, ó si haviendo de ayunar por obligación quiere ayunando dejar el pescado y pasar sin ello. En otras cosas se tiene por vicio añadir á lo que somos obligados, así como cuando si hovieses de dar por obligación á uno doce azotes y le dieses trece ó más, claro está que sería mejor no añadir al número; cuasi desta forma podemos pensar que no será virtud añadir hombre algo á la corrección fraterna obligatoria; conforme á lo cual dice una glosa sobre el séptimo capítulo de Sant Mateo: Raro y no sin gran necesidad hemos de aplicar reprehensiones y no sin respecto de Dios, apartada de los ojos la viga; esto es, el odio.

Según este dicho, me parece á mí que el varón recogido, para más enteramente se aplicar á Dios, deve eximirse y excusarse de dar corrección fraterna por todas las formas y maneras que lícitamente pudiere, donde Gersón dice: Dejar devemos la corrección fraterna, cuando provablemente paresce que sería por demás corregirlo, ó que por la amonestación será peor, como en los que pecan por malicia ó por mala costumbre que han cobrado; y cuando provablemente parece que el delincuente en otra manera por sí ó por otro será corregido, porque si el hambriento no es de necesidad ser apacentado de Pedro, aunque sea rico, si con verdadera conjectura se presuma forma con que sustentado por sí ó por otro no perecerá, ansí que ninguno deve fabricar para sí escrúpulos fácilmente, como si fuese de obligación; como ni en otras muchas cosas que pueden ser dejadas ó no tan ejecutadas, sin que traspasemos el divino mandamiento; mirando allende desto que muchas veces sería cosa loca y usurpado juicio corregir al hermano, como si pecase mortalmente; donde pueden ocurrir muchas razones para lo excusar, ó por la propria flaqueza, ó que de otra parte florecen en virtudes y doctrinas, de las cuales no es livianamente de presumir que se apartaran. Esto en equivalencia dice Gersón, según el cual se requieren seis condiciones para que seamos obligados á corregir nuestro hermano.

La primera es cierto conoscimiento del pecado, ca por solo sospecha no deve ser corregido.

La segunda es mansedumbre en corregir, porque si alguno con ira quiere amonestar, más indigna que corrige, y aun provoca á más mal.

Item, la tercera condición es que en otro no haya tanta conveniencia para corregir al delincuente como en mí; porque si algunos tan buenos como yo ven al que peca, ó mejores, y aun más familiares, ó su perlado, provablemente puedo presumir y creer que alguno déstos lo corregirá, empero si fuese cierto que todos lo dejasen, sería yo tenudo en cuanto á esta condición á lo corregir si las otras cinco juntas concurriesen.

La cuarta es que haya esperanza que siendo de mí amonestado se corregirá; ca si esto no se espera, no lo devo corregir.

La quinta condición es que el pecado que él hace sea mortal y no solo venial.

La sexta, que no se crea haber mayor oportunidad de tiempo ó lugar que cuando lo veo pecar ó lo quiero corregir.

Cuando no concurren estas seis condiciones, aunque seamos obligados por el mandamiento de Cristo, no somos tenudos á lo ejecutar por entonces hasta que todos concurran. Maravillosamente ha Gersón abreviado en lo susodicho y aclarado cuándo seamos obligados á corregir á nuestro prójimo, para que aseguremos en cuanto á esto los que no somos perlados nuestras conciencias y convirtamos todo nuestro estudio en corregir y celar á nosotros mesmos, según dice nuestra letra; porque con alguna razón nos desechará el otro con vituperio si nos atrevemos á lo corregir sin las dichas condiciones, como cada día acaesce; entre las cuales la más dificultosa me paresce, aunque todas lo sean, conoscer que es pecado mortal aquello que hace, ca de otra manera cada uno deve poner el dedo en su boca, apretando sus labios por que no reciba mal por bien y por edificar destruya.

CAPÍTULO IV

De cómo te deves poner en tu paz.

Cuanto al tercer punto, no es mi intención de reprovar el celo de la virtud, sino demostrar cuál sea el verdadero celo; y digo ser aquel con que cada uno se mira por todas partes y se guarda con vigilancia; reveyéndose en toda virtud, lanza de sí todo vicio con gran indignación, porque si, según dice Sant Gregorio, es muy acepto sacrificio á Dios el celo de las ánimas, mucho más lo será el celo del ánima propria; la cual si perdemos ninguna cosa nos valen todas las otras, aunque las ganemos á Dios.

Creo sin dubda ninguna que tanto aprovecharás en las ánimas de los otros cuanto aprovechares en la tuya; y por tanto, el verdadero celo que á ti conviene, si no eres perlado ni predicador, no es otro sino mirar por ti, guardándote con gran aviso de todo mal y menos virtud, para subir á lo mejor.

Cata que he visto perdidos muchos por celar lo que no les convenía, y el fin de su celo fué tal que mejor les hoviera sido mirar solamente por sus personas que no tomar oficio de predicadores antes de tiempo; cuyo celo más fué atrevida presumpción, que también hoy día tienen muchos, pensando que no hay quien ose decir las cosas sino ellos, que celan con celo á manera de otro Elías la honra de Dios; á los cuales se les podía responder que siete mil varones hay en Israel que á solo Dios se inclinan, y que no está todo destruído, como ellos piensan; ca si Dios les abriese los ojos verían muy delante los que creen dejar atrás y conoscerían serles necesario para los alcanzar dejar los celillos que despierta en ellos el demonio, como dice Gersón, para los inquietar y hacer que sean negligentes en su proprio recogimiento, por que así más pierdan que ganen. Los cuales si conosciesen que celar la perfección ajena es cosa que á grandes sanctos pertenesce y viesen que ellos no son dobles mayores, sino santos muy simples, mirarían por sí dejando á los otros; pues que para el buen celo es menester tanta esciencia que diga Sant Bernardo: El celo sin esciencia no es eficaz, y se halla de poca utilidad, y es muchas veces harto dañoso; así que cuanto el celo es más ferviente y el espíritu de más vehemencia y la caridad más ensanchada, tanto es menester esciencia más vigilante que reprima el celo y tiemple el espíritu y ordene la caridad.

Oficio del demonio dice Gersón que tienen los celosos que carescen de esciencia, que es hacerse hombre adversario de todos; y por tanto, doliéndose de los tales celosos, dice: Ay de los varones que andan rectamente, que aquesta pestilencia del celo los acecha. Y apenas sin dubda hay otra más enemiga ni que más engañe; ca debajo de buen parecer y de

gran bien, estimulando con inquietud las ánimas, las constriñe á caer y las trae á todo peligro.

Puede alguno decir que si todo el peligro del celo es carescer de esciencia, el que la tuviere bien podrá seguramente ejercitar el celo. Si sola bastase la esciencia de las letras para compañía del celo, menos peligro havría; pero sin dubda que es menester la esciencia de Dios, que es uno de los siete dones del Espíritu Sancto, para que seguramente se ejercite; por eso ninguno tome para sí esta honra, sino póngase en su paz celando la propria persona suya que le es cometida; porque si, según está escripto (Eccles., XVII b), á cada uno mandó Dios que mirase por su prójimo, entiéndese, como dice la glosa, que biva juntamente con él y le dé buen ejemplo, que es la mejor manera de predicar que hay en el mundo, y puédese también decir que allí se toca el mandamiento de la corrección fraterna, para cuya ejecución se requieren las condiciones que viste.

De las cosas ya dichas muy seguramente puedes concluir el consejo de nuestra letra, que te amonesta celar y guardar por amor de Dios tu persona sola, mientras no fueres perlado, y aunque seas predicador, no te deves curar de las personas particulares, sino anunciar al pueblo en común sus pecados y las virtudes que deven seguir, sin comunicar más con ellos ni andar hecho callejero sabiendo qué dicen de ti.

Si fueres confesor, no te cures más del penitente de cuanto lo tuvieres á tus pies, si no fuere en tus oraciones; de manera que es lo mejor no hacer más caso de los que confiesas que de los otros, para que así seas tú como uno de los otros religiosos; cada uno de los cuales debe mirar aquello que Gersón escrive á un hermitaño diciendo: Pon estudio cuanto pudieres en la soledumbre del ánima de todo cuidado de las cosas temporales y de los hombres terrenos, ni ofrezcas á tu ánima cuidados seperfluos debajo del deseo de la salud ajena, porque este pensamiento quitaría toda tu solicitud; así que lanza luego de ti el tal pensamiento como acechador pésimo, aunque se vista con cualquier túnica de buen parescer; constituye á ti mesmo como si solo estuvieses en el mundo para te salvar, y mientras no te es impuesto cuidado de ánima, dí á tu pensamiento: El que juzga y rige á los otros es Nuestro Señor Dios, poderoso y bueno para los salvar sin mí; empero una cosa me es á mí encargada, que es orar y llorar y compadecerme.

Dichoso se puede llamar el que no tiene cargo de otro sino de si solo, porque éste podrá con más solicitud celar y guardar á sí mesmo, y darse más de reposo y más totalmente á Dios, sin quejarse, como se quejaba Sant Gregorio, de los cuidados ajenos, que le dava pena porque los hijos espirituales no dan menos pena que los carnales, aunque sean buenos; mas si son malos, acontescerte ha que, por ser justamente celoso del bien dellos, se te tornen alacranes, y entonces conoscerás á cuánto riesgo se ponen los perlados y cómo las ovejas hoy día son causa que haya malos pastores, porque se tornan contra ellos, no queriendo sufrir una palabra sin que se la paguen con las setenas.

Si uno por visitar á otro justamente piensa que el otro lo ha de difamar, creería yo que deve dejar la tal visitación, porque es obligado á guardar su honra más que la ajena; empero si la cosa es muy grave, mire bien todos los inconvenientes, y por tapar un agujero no haga tres; y cuanto más celo tuviere, confíe menos de sí, pues que más pecan debajo de buena razón que no de mala; y no se cure de las cosas que no son pecado mortal ni quebrantan los votos esenciales.

El celoso de los defectos ajenos que caresce de discreción comparo yo al cavallo furioso que es desbocado; el cual pone muchas veces á peligro al que lleva encima y á sí mesmo, y desta manera el celoso daña á sí mesmo y al otro que piensa aprovechar.

Más querría que notase mis defectos un traidor que no un celoso indiscreto, porque el traidor apenas se puede del todo esconder y no le dan crédito tan de ligero; mas el celoso indiscreto, con pensar que es hombre de buena conciencia, es admitido; y así como á los viejos acusadores de Susana dió autoridad la vejez y el oficio, así al celoso indiscreto contra el pecador, que deviera perdonar ó corregir en secreto como quisiera él ser corregido si errara.

Suele el demonio, por desasosegar los buenos religiosos, so color de celo, ponerles en el corazón un gran deseo de ver reformada su religión; y ellos pensando que es aquel celo sed de justicia, danle lugar, en tal manera que

traen delante de los ojos toda la superfluidad y demasía que ven en su orden, doliéndose mucho del agravio que sufre la pobreza; y cuando se juntan con algunas personas devotas que sienten tener el mesmo celo nunca hablan de otra cosa, y cuentan con tan amargas y afligidas palabras la falta de la penitencia exterior que en los otros ven como si fuere falta de fe ó de claridad, no mirando las necesidades corporales que los otros tienen, ni parando mientes al menosprecio en que tienen esas cosillas que poseen.

Este celo de aquéstos es una mala ocupación y muy peligrosa para la conciencia, porque el menor pecado que de aquí se sigue es la propria estima y el juicio atrevido; y más que el tiempo se gasta muy infructuosamente cuando se habla en esto con personas que no lo pueden remediar, lo cual acaesce muchas veces.

Si el deseo que tienes de la reformación de tu orden es verdadero, solamente lo has de manifestar al que puede algo en ello; y la hora que parases mientes en unas cosillas de poca importancia para las aborrescer en los otros, créeme que es engaño del demonio; el cual anda por te hacer aborrescer tu orden y tus hermanos, ó porque tengas por muy mejor la provincia donde tú moras que la otra donde se admiten las cosillas que tú repruebas; y aun este juicio es harto peligroso, porque la verdadera perfección no está en las cosas accidentales y pequeñas, sino en las esenciales y espirituales, á las cuales deve el varón religioso convertir toda la fuerza del corazón, y gastar todo su tiempo en mirar la falta dellas y remediarla como cosa principal, no dejando lo otro por negligencia.

O hermano, si tuvieses experiencia de aquella soberana ocupación en que andan los varones espirituales absorvidos y suspensos muy celosos, temiendo no se olviden ni aflojen aquel cuidado atentísimo á solo Dios, el cual es tan grande que los hace estar descuidados á todo lo que Dios no es. Aquéstos sin pena ni pasión, con una sola palabra, como quien no mira en ello, hacen más que tú con tus celillos, porque no hablan estas cosas sino con sólo aquel que las puede remediar, ni tocan en otra cosa sino en el niervo esencial del negocio, creyendo que remediado aquello todo el otro seguirá el mesmo camino.

Cosa atrevida sería condenar todos estos celos, ca ni se deven todos aprovar ni reprovar, pues que en todo hay haz y envés; empero, si quieres conoscer cuál es el bueno, para mientes que de sí ha de comenzar y ha de ser mudo; no que deje de hablar, sino que hable por señas, y las señas sean las mesmas obras. Si te paresce á ti que los hábitos son costosos, escoge tú siempre el más vil; si te parescen blandas ó grandes las túnicas, escoge tú la más angosta y áspera, y así de todo lo demás; de manera que tu celo obre primero en ti muy por entero lo que te dice que los otros havían de guardar; y desque algunos años lo hovieres guardado, suplica al Señor que dé á todos tus mesmas fuerzas, para que vayan por el camino que tú llevas.

O cuántos hay que desasosiegan á sí y á sus hermanos hablando de la reformación de la orden, y no son para reformar á sí mesmos, haciendo como los soldados, que huyendo ellos en los primeros echan al capitán la culpa del desconcierto que tuvieron en la batalla, como el capitán no pueda sino por uno.

CAPÍTULO V

Que has de mezclar en todo á Dios.

La segunda mitad desta letra dice que mezclemos en todo á Dios, y podémoslo hacer si contemplamos en todas las criaturas al que las crió; y no se impidirá el recogimiento si lo contemplamos debajo de alguna razón que principalmente convenga á la divinidad que hinche todas las cosas y les da ser y las conserva.

Item, mezclarás en todo á Dios si procuras de le dar parte de todo lo que haces, dándole honra en tus honras y gozo en tus gozos, y llamándolo que te ayude en tus trabajos, ca para esto se quedó con nosotros hasta el fin del siglo.

No solamente lo deves traer por compañero, como lo traían los hebreos en el desierto, mas deves parar mientes que es fin de tus obras y deseos, como el blanco es término do se ordena la saeta; y así lo traerás contigo como los magos la estrella y los marineros el Norte, así que en todo alces á El tu corazón.

Puedes también mezclar á Dios en todas las cosas, si le atribuyes todas las cosas que acaescen como á principal agente dellas; así como si te dijesen que Fulano se ha sabido valer en algún negocio que le han encomen-

dado, siendo antes un atado, has tú de responder: En la mayor necesidad favoresce Dios más á los hombres. Si te dicen que alguno tiene buen ingenio, deves tú responder que Dios Nuestro Señor suple muchas veces en el ingenio lo que falta en las fuerzas corporales. Si te dicen que tal enfermo está mejor, has de responder que provee Dios á los necesitados. Dícente que á Fulano vino un bien que él no esperava, á lo cual has de responder que aún Dios no lo tenía olvidado. Dícente que en tal parte mueren, y tú responde que azota Dios á sus hijos. Dícente que Fulano es muerto, y tú dirás que alzó Dios su destierro. Oyes que hay paces en los reinos, á lo cual has de decir que es obra de Dios. Cuéntante las gracias de alguno, á lo cual deves responder que aun en nuestros tiempos hace Dios mercedes á los hombres. Si por ventura dicen que han oído mal de ti, has de responder que otro día proveerá Dios quien diga bien. Dícente que Fulano te quiere mal, y tú has de responder que aun aquella enemistad podrá ser causa que Dios te quiera bien, si la sufres en paciencia. A todas las cosas malas que de otros oyeres has de decir que si Dios no te tuviese de su mano no sabes lo que te harías.

Ninguna cosa hallo yo que tú oyeses que ha acaescido á la cual no pudieses responder con Dios por una vía ó por otra; porque aunque te digan que está Judas en el infierno, has de responder que Dios castiga á unos por que escarmienten otros. No te quiero loar este ejercicio, porque aunque dél no se te siguiese sino traer á Dios en tu boca, y frecuentar su memoria, y refrenar la lengua, y dar todas las cosas á cuyas son, y edificar los prójimos; aunque no se siguiesen sino estas cosas, no puede ser tan loado como El meresce, pues que es raíz de tantos bienes.

Item, mezclarás en todo á Dios, recibiendo todas las cosas como de su mano, salvo el pecado, creyendo que todo lo demás te viene por una especial permisión de Dios; y este crédito te aprovechará para sufrir todas las cosas con igual corazón, prósperas y adversas; pues todas vienen de su mano, según dice el Sabio (Eccles., XI b): No hay cosa que más quieta nuestro corazón en medio de los continos desastres, que decir aquello de Job (Job, I d): Hecho es así como plugo á Dios; sea su nombre bendito.

Lo que á nosotros paresce venir acaso ó por desdicha es por determinación de Dios, que ordena todas las cosas como quien las hace adrede, lo cual nosotros no alcanzamos, porque ignoramos el fin á que las ordena; empero bástenos saber que ninguna se hace sin que la provea su sabiduría, y de las malas que consiente ha de sacar lo que no pensamos.

Item, mezclarás aun en las cosas malas á Dios, si paras mientes cómo El consiente que vengan sobre ti, para ver si lo amas y si lo precias más que á los deleites ó pecados que te tientan, los cuales deves vencer con el mesmo Dios, ca con el celo de su sancto amor deves guardar tu persona sin alguna mancilla de pecado para sólo El que sea bendito por todos los siglos. Amén.

EL POSTRER TRACTADO

HABLA DE LA PERSEVERANCIA CON QUE HEMOS DE PROSEGUIR EL RECOGIMIENTO, DICIENDO: POR LA TILDE TEN TEMOR DE DEJAR LO COMENZADO.

Cristo Nuestro Redemptor, sabiduría del Padre, que según Sant Pablo (Rom., XX a) es fin y perseverante conclusión de la ley, dice que la vino á cumplir, pues cumplió toda justicia (I Cor., I d); lo cual afirma el inmutable Señor con juramento diciendo (Mat., V c; Mat., III d): En verdad os digo que antes se mudarán el cielo y la tierra que un punto ni una tilde de la ley, sino que todas las cosas han de ser hechas.

Mucho caso hizo aquí el Señor de una tilde, pues le dió más firmeza que al cielo, el cual según dice David (Psal.) por su ordenación persevera, causando día por la forma que primero, y la tierra para siempre tiene estabilidad; empero quiso decir (Eccles., I e) ser más posible mudarse aquestas cosas que dejarse de cumplir una tilde de su Escriptura divina, ó si queremos entenderlo según la glosa interlineal, quiso decir el Señor (Psal.) que mientras pasava el cielo y la tierra de la vejez que agora tienen á la novedad que después han de tener, se cumplirá hasta una tilde de la Escriptura (Apocali.). Lo cual si queremos entender para nuestra doctrina, pues á

ella se ordena todo, devemos procurar que de cada día se renueve nuestro cielo y nuestra tierra, que son nuestra ánima y nuestro cuerpo, pasando de bien en mejor por la virtud de la perseverancia que incluye nuestra tilde, diciendo: Por la tilde ten temor de dejar lo comenzado.

Así como el Señor hizo cuenta de la tilde, según viste, no olvidando todas las otras letras para morar su propria perfección, así tú, si quieres ser perfecto, no olvidando las letras pasadas, deves hacer mucho caso de la tilde presente, ca no por otra causa la puse al fin sino para mostrar que la perseverancia es fin de toda perfección; y pues lo que se dice al postre se pega más al corazón, permanezca en las telas del tuyo aquesta tilde escripta con la dulce péndola, que es la lengua del Señor que dice (Apoc., III b): Mira que vengo presto; aprieta lo que tienes, por que no resciba otro tu corona.

Con amenaza nos amonesta aquí el Señor que perseveremos, no soltando de la mano, que es la obra, nuestro buen ejercicio, porque de otra manera recibiría otro la corona que fuera nuestra, perseverando empero por que no respondamos al Señor que nuestras fuerzas no bastan. Dice también que El viene presto á nos dar favor y fuerzas para perseverar, según aquello que dél dice Isaías (Esa., XL g): Da virtud al cansado, y á los que no tienen fortaleza les multiplica la fuerza; desfallescerán los mozos y trabajarán, y los mancebos caerán en enfermedad; mas los que esperan en el Señor mudarán la fortaleza: tomarán alas como de águila; correrán y no trabajarán; andarán y no desfallescerán. Cristo es el que da virtud al cansado para que de nuevo persevere; á El devemos demandar fuerza, que como gigante sin se cansar gozosamente corrió su carrera; El permaneció en la cruz muy afijado, y sobre El se quedó para siempre el Espíritu Sancto, que en nosotros no reposa mucho, porque no tenemos constancia; empero si la demandamos á Cristo, que da virtud al cansado, dárnosla ha como la dió á los apóstoles (Act., I c) y á todos los otros que estavan perseverantes en oración; porque solos aquéstos que perseveran merescen rescebir la gracia en gran plenitud y ser vestidos de la virtud de las alturas.

En decir Isaías que multiplica el Señor la fuerza á los que no la tienen muestra que á los humildes que se conocen faltos provee presto de la virtud, quitando á los sobervios de la silla de la perseverancia y ensalzando en ella á los humildes, que siempre se juzgan por caídos y procuran de levantarse á cosas mayores.

Los mozos y mancebos de poco saber que desfallecen y trabajan son los pecadores que van de vicio en vicio cayendo; de manera que los que van de virtud en virtud son los que pasan y suben; mas los que van de vicio en vicio desfallescen y caen, porque cada pecado no es sino caída y desfallecimiento de las cosas mejores; y aunque por entonces no se siente esta caída, por la pasión que ciega, después trabaja harto el corazón con ella.

Los que esperan en el Señor para obrar virtud en el su nombre mudan la fortaleza, siguiendo con tanto ánimo las cosas de Dios y poniendo en ellas tanta vehemencia cuanta ponían antes en las cosas del mundo. Mudan también los justos la fortaleza; porque si llegan frecuentemente á Dios, más paresce divina que humana la fortaleza dellos; y por tanto osan decir que pueden todas las cosas en el que los conforta, que es Dios, el cual dice al Profeta (Eccles., III b) que le dió una cara más valiente que las de sus enemigos, que era como diamante, el que siempre persevera en su fortaleza y no es empescido de los golpes.

Item, mudan la fortaleza los que esperan en el Señor, porque ellos se mudan continuamente de bien en mejor, diciendo en el corazón aquello de Job (Job, XXXIX c): Multiplicaré mis días así como palma; mi raíz abierta está cerca de las aguas, y el rocío se detenía en mi segada; mi gloria siempre se renovará, y mi arco en mi mano será restaurado.

Aquel multiplica sus días así como palma que persevera en el bien que ha comenzado; y con mucha razón se compara este tal á la palma; porque si la palma siempre está verde, aquéste nunca deja su buen propósito, diciendo (Job, XVII c): Hasta que desfallezca muriendo no me apartaré de mi inocencia, ni dejaré de tener la justificación que comencé.

No hay árbol tan amigo de compañía como la palma, porque sola no da fruto, ni hay virtud que tanto requiera otras como la constancia; porque sola en sí no es nada si no está fundada en algún bien; y si está fundada en mal, pierde el nombre, y los tales no se llaman constantes, sino cabezudos y pertinaces. Así

que sólo el que persevera en alguna virtud se dice ser constante; y de aquí es que dice la Sabiduría estar como palma ensalzada en Cades, que quiere decir sanctidad; porque en sola la sanctidad deve hombre perseverar y no en otra cosa; ca perseverando en otra cosa, si bien se mira, no persevera, sino desfallesce cada dia más; donde Job dice (Job, XVII b) que el varón justo ha de tener su camino, y añadir fortaleza á las manos limpias; lo cual hace perseverando en la vía de la justicia, que sólo requiere perseverancia.

El árbol que se dice bivir y durar más que otro alguno es la palma, y la virtud que deve siempre permanescer con el hombre hasta la fin, para que sea salvo, es la perseverancia; porque sin ésta poco valen todas las otras si ella no las conserva y procura de las perpetuar si fuere posible, para que así la perseverancia merezca rescebir aquella parte de la bienaventuranza esencial que los teólogos llaman tensión, que es una seguridad perdurable de Dios claramente visto y amado; lo cual con asaz conveniencia pertenesce á la perseverancia, que nunca volvió atrás del bien comenzado; mas echando su mano á cosas más fuertes, fortalesce su brazo para rescebir la palma de la victoria, que solamente se da á los que suben á la palma de la perseverancia, y dicen por obra aquello de los Cánticos (Cán., VII c): Subiré á la palma, que es la perseverancia, y arrebataré los frutos della.

Con mucha osadía solemos arrebatar lo que conoscemos que nos conviene con mucha razón; y como no haya virtud alguna que tenga tanto derecho y acción al premio como la perseverancia, con gran furia dice que ha de arrebatar los frutos, según aquello del muy perseverante Apóstol (II Tim, IV): Buena batalla he peleado; acabado he mi carrera; guardado he la fe; en lo demás aparejada me está la corona de la justicia que en aquel día me ha de dar el justo juez, no sólo á mí, mas también á los que aman su venida.

Todos los cristianos esperan la venida del Señor, mas los perseverantes solamente la aman, porque saben que, según El dijo, será bienaventurado el que velare cuando El viniere; esto es, el que perseverare en el bien comenzado. Todos los otros árboles paresce que se cansan de ensancharse y crecer, pues que al fin y remate suyo se afilan y ensangostan; mas la palma tan entera lleva su copa y su fuerza que paresce tener imagen de perpetuidad; pues que mientras más bive más entera y poderosa sube; dando en esto á entender que no nos devemos ir disminuyendo ni apocando en la virtud comenzada, como hacen los relajados, que á manera de árboles viejos se van carcomiendo, y cada día se les seca una rama, menoscabándoseles una virtud, y siendo cada día menos, contra lo cual nos amonesta el apóstol diciendo: Guárdese entero vuestro espíritu y vuestra ánima y vuestro cuerpo sin queja hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo.

Aquél guarda el espíritu entero que persevera en la contemplación que comenzó, y el ánima guarda entera el que no deja las cosas de la vida activa que puede hacer; y el cuerpo se guarda en virtud entera si perseveramos en la penitencia que le conviene; empero lo que destas tres cosas se puede guardar más entero y acrecentarse de cada día si perseveran es la contemplación, de la cual dice el Sabio (Prov., IV c): La senda de los justos como luz resplandesciente procede y cresce hasta perfecto día.

Al principio es angosta como senda la contemplación, mas vase después ensanchando con perseverar, hasta que desea el ánima como esposa del Señor verlo en el medio día, que es el muy encendido y perfecto amor donde Dios descansa. No pueden subir tan fácilmente á hurtar el fruto de la palma, por ser alta, como suben á hurtar el fructo de los otros árboles; y así no admite fácilmente la perseverancia ni da lugar á los demonios, cuyo oficio es menoscabar el fructo de nuestras buenas obras; empero si nos ven perseverar, huyen viendo que ponemos resistencia; de manera que no hay otra mejor cautela para vencer al demonio que la perseverancia, ni cosa de más peligro que el no perseverar; y de aquí es lo que el Sabio dice (Eccles., XXVII a): Si no te detuvieres en el temor de Dios, súbitamente y presto se derrocará tu casa; aquel se detiene en el temor de Dios que por él tiene temor de dejar lo comenzado.

En este mundo no se puede acabar este negocio del recogimiento, mas puédese comenzar; y la cosa que más hace al hombre perseverar en él es el temor sancto de Dios, conforme á lo que dice el Sabio (Eccles., XXI a): El que teme á Dios, convertirse ha á su corazón.

La causa por que los varones recogidos temen andar fuera de sí, dejando el recogimiento, es porque conoscen por experiencia que El es amparo de todos los males; y que tanto se alejan de Dios cuanto se alejan del recogimiento del corazón, en el cual verdaderamente se halla Nuestro Señor; y como lo que más precie Dios debajo del cielo sea recebir el ánima que se recoge á solo El, y esto por la actual comunicación lo conozca el mesmo hombre, síguese que no hay cosa que más deva temer, si cuerdo es, que apartarse de cosa en que tanto se agrada el Señor, á quien todos devemos enteramente agradar.

Si nuestra raíz, que es nuestro corazón, estuviese como el de Job abierto cerca de las aguas, que son las gracias que secretamente Dios infunde en él, bien podríamos perseverar; mas faltando esto, faltará también el rocío de las lágrimas en la segada de nuestro recogimiento, donde tenemos de cortar de la memoria todo pensamiento, para que así perseverando se renueve de cada día nuestra gloria, que es el testimonio de nuestra conciencia, con el cual es instaurado el arco de nuestro ejercicio.

Sin esta consolación que del muy alto ha de ser enviada para que nuestro corazón no padezca fantasías de diversas imaginaciones, apenas hay quien pueda perseverar ni media hora; mas aunque falte, no ha de faltar en ti la perseverancia, porque si falta no has de pensar que es sino porque quiere Nuestro Señor ver si faltas ó desfalleces tú, ó porque espera que seas importuno, ca El alaba en este caso mucho á los importunos.

El que alcanza luego sin mucha importunidad lo que demanda en la oración, solamente recibe una merced; mas el que no lo alcanza luego recibe dos mercedes: lo uno, que trae lo que pide, y lo otro, que en haver perseverado cumplió el consejo del Señor, que nos amonesta muchas veces en el Evangelio que perseveremos. Siempre se cumple en el que persevera aquella palabra: Demandad y daros han, porque solamente perseverar es gran don de Dios que da querer y perseverar. Mientras más perseveras más sirves al Señor y más mereces delante dél; y como sea cosa más gloriosa merecer el don que recebirlo sin lo haver servido, añadiendo perseverancia añades gloria y también acrecientas amor en lo que te han de dar, porque más solemos amar lo que alcanzamos con más trabajo.

No dejes, pues, de recoger, aunque carezcas de devoción, ni falte por esto en ti la perseverancia, por que no seas como aquel del cual dice Gersón: El que no tiene devoción, y por esto no se quiere dar á contemplar las cosas espirituales, se compara al que padesce frío y no se quiere llegar al fuego si primero no siente en sí el calor; y este tal se iguala al que peresce de hambre y no quiere buscar de comer, si no se harta primero, porque qué es la causa de darse uno á la oración ó meditación sino porque se encienda con el fuego del divino amor y porque sea harto de los dones y gracias de Dios? Los tales yerran pensando que pierden el tiempo cuando están en oración ó meditación, si luego no son rociados con la lluvia de la devoción; á los cuales digo, que si se esfuerzan cuanto fuere en sí y trabajan y están en batalla y pelean continuo contra sus pensamientos con descontento, porque no se van ni los dejan tener paz, los tales por entonces mayores merescimientos llevan que si muchas veces les viniese de súbito la devoción sin la tal batalla; y la razón es porque sirven á Dios con sus proprios gastos y despensa y con mayor trabajo y pena. Empero conviene al que se quiere ejercitar tener gran espacio de tiempo, lanzado todo cuidado de otras ocupaciones, así de su parte como de otros, y costreñirse á permanescer fijo en un lugar luengo tiempo, agora se siga consolación, agora no. Empero, para lo alcanzar, no cese de trabajar y sea contino; y cuando se sintiere muy enojado diga ansimesmo que espere espacio de media hora, y haciendo su penitencia espere la limosna de la divina gracia; empero pasada la hora aun se amonesta á permanescer otra hora, y muchas veces el tal en la postrera parte de la media hora en su contemplación aprovechará más que en todo el tiempo pasado. Empero, si no alcanzare lo que pide, conozca ser indigno y haga sacrificio de la dureza de su corazón; y por esta forma podrá vencer á Dios, para que cuando viere ser hora le dé su gracia. Lo de suso en sentencia es Gersón, donde nos ha dicho cuál ha de ser la perseverancia que para este ejercicio se requiere, y lo que él ha puesto que un día se entiende de todos los que viniéremos sobre la tierra; porque acaecerte ha que si un día te descuidas y das la

rienda á las vagueaciones humanas, cuasi pierdes todo lo pasado, y el día siguiente te halles nuevo, en tal manera que te sea necesario comenzar como lo primero, según lo hacían los nazareos que estavan apartados para se consagrár á Dios (Núm., VI c), los cuales havían de tornar á comenzar su consagración si se hallavan presentes á la muerte de alguno, de tal forma que los días pasados se davan por ningunos.

Siquiera por no perder lo servido devríamos perseverar, no tornando atrás como aquellos sanctos animales de Ezequiel, que como anduviesen su camino hacia donde estava el ímpetu y fuerza del espíritu, no tornavan, mas es de doler que hay agora algunos nazareos que buelven más atrás en un día que caminaron en tres, como aquellos de los cuales dice Hieremías (Hier., IV b): Que eran más blancos que la nieve, y dende á poco se les ennegreció la cara más que carbones, y no fueron conocidos en las plazas.

Confusión te será grande si paras mientes cómo una palma, aunque esté plantada en tierra seca, nunca deja su verdor, ni en los grandes soles ni en los grandes fríos, y tú con pequeña ocasión cesas y desfalleces; pequeña dificultad, pequeña tentación, pequeña adversidad te derriban, viendo que un perro permanesce buscando la caza entre las espinas, y desque no la puede prender, por estar encerrada, se esfuerza y permanece dando boces para que le vengan ayudar, porque pueda presto dar fin perfecto á lo que comenzó.

Perseveran los mareantes entre los grandes peligros, y los caminantes pasan entre los salteadores, y los cavalleros entre los enemigos sin desfallecer ó morir, y tú no quieres perseverar por vivir más á placer de la sensualidad. Eres como manzana gusanienta, que presto se cae del árbol, y así tú deves tener vano el corazón, pues dejas tu ejercicio antes del fin deseado en que havías de ser harto dél. Bien te puedes contar entre los siervos de Dios tú solo por estrella errática y mudable, siendo ellos como estrellas que permanescen en su orden para pelear contra el que nos asecha el calcañar, por que dejarretados y heridos no perseveremos ó á lo menos bolvamos con la mujer de Loth la cabeza atrás, deteniéndonos siquiera algún tanto en las cosas pasadas (Judi., I c; Judi., V c). Si te conosces por lunático, que agora quiere uno y mañana otro, mucho te cumple ir á Cristo, que siempre quiso una mesma cosa, y suplicarle que haya de ti misericordia y te dé la propriedad que conviene al varón justo, del cual se dice (Mat., XVII c) que permanece en la sabiduría de la contemplación así como sol, que en sí ninguna mutanza rescibe por muchas nuves que pesen sobre él.

Deves mucho de temer, cuando determinas tornar atrás, que no sea causa dello algún pecado suelto que haya en ti, ó de proprio amor ó de otra cosa ajena de Dios, porque no es pequeño azote que viene sobre ti el determinar de te apartar de la oración por darte á no sé qué obrillas de la vida activa, que comparadas á las que Sancta Marta hacía son poco más que vasura; así que cuando determinares de te apartar del recogimiento deves comenzar á hacer penitencia de algún pecado si hay en ti, según aquello de Job (Job, XI c): Si quitares de ti la maldad que es en tu mano, y no quedare en tu morada injusticia, entonces podrás levantar tu cara sin mancilla y serás estable y no havrás miedo y dormirás seguro. No sin gran vituperio tuyo y placer dellos dirán los demonios de ti, si no perseveras, aquello del Evangelio: Este hombre comenzó á edificar y no pudo concluir su edificio, ni siguió ejemplo de aquél que dijo: *Consummatum est.*

Solemos decir que al fin se canta la gloria, porque sólo el que perseverare hasta el fin será salvo; ca los obreros de la viña no fueron llamados para rescebir lo que havían merecido sino á la tarde, y el Señor á la tarde solía venir á visitar á los suyos después de la resurrección, por nos dar á entender que nunca falta á los perseverantes, como parece en María Magdalena, que por más perseverar buscándolo halló primero.

Hasta el fin dice Sant Juan que amó Cristo á los suyos, cuasi dándonos á entender que aprovechará poco nuestro amor si no es perseverante; ca, según el Sabio dice, todo tiempo ama el que es amigo; lo cual es tan necesario que para siempre quedará por enemigo si la postrera hora de la vida no perseverare amando.

Con mucha razón te manda Dios perseverar en su servicio, pues El siempre persevera haciéndote cada día nuevas mercedes, y nunca cesa de llover sobre ti bienes, aunque tú no lo ves, y tienes en peso el merecimiento de su pasión, y mana siempre la fuente de su

bautismo, y está siempre en la mesa de su altar guisado y aparejado el manjar de los ángeles para tu ánima; y la gloria que te promete nunca terná fin ni hastío, aunque sola una hora della por ser tal bastara, si á rigor de su justicia hoviese de estar, para galardonar todo tu merecimiento.

Pues que así es, con mucha razón devemos, según dijo Isaías, tomar alas á manera de águila, que persevera más volando que otra ave alguna; y no curemos mucho de los ojos agudos del águila, que son las especulaciones que escudriñan la lumbre del sol de justicia muy encumbrada, sino de sus plumas renovadas, que son aficiones nuevas de amor para abrazar y tener á Dios bolando á El sólo; y así podemos también correr sin trabajo pasando muy ligeramente por la contemplación de las criaturas sin distracción alguna que nos detenga ni haga dificultad.

Dijo también Isaías que los que mudan la fortaleza de bien en mejor, y no de bien en menos, como la estatua de Daniel, que dende su principio, que era la cabeza, iva empeorando, sino como el agua que pasó el profeta que iva siempre cresciendo mientras más estava en ella. Aquestos tales con bolar y correr andan y no desfallecen, porque los perfetos varones no son impedidos de la vida activa que anda por la tierra, aunque tengan su conversación en la vida contemplativa que anda por el cielo. Bienaventurado serás si tuvieres perseverando el ejercicio que yá elegiste permaneciendo en tu vocación, y apartándote de andar salpicando y mudando paresceres; porque si te mudas muchas veces, acaecerte ha como á la planta, que medra poco por se trasponer muchas veces. No quieras ser negligente ni cesar en lo que comenzaste, ca si lo haces así permanecerás en tu vocación según lo aconseja el Apóstol (I Cor., VII c), y no pasarás de casa en casa, mas deves permanescer en una según lo mandaba el Señor á los suyos; empero deves parar mientes que corras en tal manera tu carrera que perseverando ganas la joya, porque sólo el que persevera goza de lo bueno de su camino; permanezca en ti, como dice Sant Juan (I Joan., II d) la unción que para eso recebiste cuando comenzaste el bien, por que recibas la corona de la vida y veas la bondad de Dios, si tú permaneces en bondad (Rom., II d); no seas como la mesilla de Júpiter, que es el demonio, llamada trípoda porque tenía tres pies, en que sacrificavan los malos y inconstantes, dando consigo en tierra á pequeña ocasión que bastava para los apartar de algún bien que tarde comenzavan; mira que la ciudad de Dios está puesta en cuadra para denotar su gran sosiego y permanencia (Apoc., XXI c); no sea corta tu vestidura que no pueda cubrir tus pies, ca es deshonra tener la vestidura de la perseverancia corta, sino que cubra hasta la postrera parte de tu vida; no te espanten los trabajos que suele haver en los principios, pues que todos los vence la perseverancia y los torna muy apacibles, si con todas entrañas y corazón comienzas y perseveras algún día buscando esta sabrosa sabiduría que se aprende en la escuela del recogimiento; después apenas la podrás dejar; antes maravillosamente te hallarás preso della en cárcel de amor, de la cual tú nunca desearás ser libre, según lo cual dice el Sabio (Eccles., VI d): Con todo tu ánimo te llega á ella, y con toda tu virtud conserva sus caminos; investígala y manifestarse ha de ti; y cuando la tuvieres no la dejes, porque en tus postrimerías hallarás holganza en ella y convertírtese ha en solaz; y sus grillos serán á ti en amparo de fortaleza y en cimientos de virtud; y su collar te será estola de gloria, porque en ella hay hermosura de vida, y sus lazos son ataduras de salud.

No seremos presos en la bienaventurada prisión de la espiritual sabiduría, si nosotros no la prendemos primero á ella y la echamos en la cárcel de la perseverancia, de donde ella nunca querría salir, porque no aborrece otra cosa más que el hombre mudable sin constancia; y el que solamente tuviere permanencia y perseverare, aunque tenga por otra parte otros impedimientos naturales, saldrá con todo lo que quisiere, si quiere perseverar en el bien que comenzó.

Dichosa eres, ó bienaventurada perseverancia, consagrada en aquel que se gozó como gigante corriendo hasta dar fin á su obra; tú eres amparo de las virtudes y báculo de mucho favor para los que pasan el vado de aqueste mundo, que sola llevas el bien al puerto deseado; tú tornas dulces las cosas amargas, desechas todo trabajo y al fin haces ligero lo que antes era pesado; tú fortaleces los flacos y sin ti los fuertes se tornan vituperables; tú sola, según dice Sant Bernardo, haces que las fuerzas alcancen gloria y las virtudes corona,

y sin ti ni el que pelea alcanza victoria, ni el que vence lleva la palma; eres vigor de las fuerzas, perfección de las virtudes; eres recreación para el merecimiento, medianera para el premio, hermana de la paciencia, hija de la constancia, amiga de la paz, nudo de las amistades, lazo de unidad, defensión de la sanctidad, alabanza de fortaleza, y vences al invencible, y haces victorioso al que ninguna causa tiene de ser vencedor.

Si quieres, hermano, alcanzar aquesta virtud, haste de renovar cada día trayendo á la memoria los propósitos que algún tiempo tuviste de nunca desfallescer en tu ejercicio; para mientes que tu Señor te está siempre mirando, y así de miedo ó de vergüenza, ó por le agradar, nunca cesarás de orar; ten apuntados en tu memoria algunos pasos de la Escriptura que hablen de la perseverancia, mayormente aquel dicho del Señor que dice: Conviene siempre orar y nunca desfallecer; piensa otrosí cómo el Señor orava prolijamente muchas veces toda la noche apartado de los suyos, por nos enseñar cuán buena era la soledad del ánima que se asienta solitaria y se levanta sobre sí mesma; mira los votos y obligación que tienes de ser mejor según los dones que has recebido, y cómo el que tiene continua guerra contino le cumple pelear, y el que siempre recibe beneficios no deve cesar de hacer gracias, ni el que siempre es amado ha de aflojar en el amor; pues que, aunque ame siempre, no puede responder en alguna proporción al que lo ama sin entreponimiento; mira que mientras más perseveras te vas más acercando al fin, y que no tienes más de la perfección que tienes de la perseverancia, y desta manera, conosciendo que está en ella todo tu caudal, le pornás más cobro.

Cuando por amor no pudieres perseverar, constríñete por fuerza con celo sancto á entrar por esta puerta angostada del recogimiento, porque Dios da gracia de poder al que tiene osadía para perseverar; te aviso de apartar lejos de ti las cosas que te impiden, y podrás perseverar con más reposo; no seas menos mirado en el orar que lo serias en el dormir; si para dormir haces que cese todo ruido y ocupación y te encierras y quedas solo, perdiendo todo el cuidado deste mundo, esto mesmo has de hacer para orar, convertiendo totalmente á las cosas del espíritu. Piensa que no te crió Dios para otra cosa sino para orar, ni demanda de ti otra cosa sino que ores á El en espíritu y verdad, porque desta manera abivarse ha en ti el cuidado de hacer tu oficio y salir en él maestro; despiértate á menudo y alegra tu corazón, atrayéndolo con halagos espirituales á que siempre ore al Señor; porque más dura la carreta untada que no la seca; y piensa en el premio y gloria de los perseverantes, para que así te enamores de aquesta virtud, y mira que está en tu mano dejar lo comenzado, y por ventura no podrás tornarlo á comenzar, y que en un día que se suelta de la jaula el ave que no estava bien domada pierde toda la mansedumbre que havía cobrado; empero si la haces perseverar mucho tiempo, después la sueltan y no se va. Lo cual acaescerá á tu corazón en el recogimiento, si á los principios te das continuamente á él, y acaescerte ha que el mesmo ejercicio te haga tornar muchas veces sobre ti, si agora andas tú solícito sobre él con perseverancia, porque después de encendido el amor nunca huelga ni cesa de poner espuelas, y aquejar el corazón hasta lo unir sin medio alguno con lo que ama enteramente, que es Dios, al cual sea honra y gloria por todos los siglos sin fin. Amén.

DEO GRACIAS

Porque el reverendo padre nuestro, ministro provincial, nos mandó que viésemos y examinásemos este libro. Después de lo haver pasado y leído, decimos que la doctrina en él contenida es católica y de mucha utilidad para los que en ella se quisieren ejercitar. En testimonio de lo cual firmamos aquí nuestros nombres.— *Frater Alfonsus de la Puebla. Fray Bernabé de Avila.*



Fenesce el presente tractado intitulado Abecedario espiritual, agora nuevamente impreso en la muy noble y más leal ciudad de Burgos, en casa de Juan de Junta. Acabóse á cinco días del mes de Enero. Año del Nascimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil y quinientos y cuarenta y cuatro años.

ARTE PARA SERVIR A DIOS

COMPUESTO POR

FRAY ALONSO DE MADRID

DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO

PRÓLOGO DEL AUTOR

Prólogo en el cual se declara de cuánta necesidad es en haber escripto Arte para servir á Dios; donde también el autor da cuenta de algunas adiciones que hizo en ella, después de haber sido impresa en diversas partes, y que se añadió sin deshacer lo que primeramente fué impreso; el cual comienza desta manera:

Como diga el bienaventurado Sant Ambrosio que la ignorancia de la orden y manera con que devemos obrar turba mucho la forma del merecer, y no se debe pensar, según él mismo dice, que tenemos perfecto conocimiento de la cosa, si sabemos lo que debemos hacer y dejamos de saber el orden de proceder, manifiéstase de aquí que poco podría aprovechar saber todo lo que está escripto para servir á Dios, si no supiésemos qué manera y orden devemos tener para ponerlo por obra. Y como quiera que el arte para todo bien venga del soberano artífice, que es Dios, y muchos sean de su bondad alumbrados y prevenidos en bendiciones de suavidad y dulzura, no por eso debemos dejar ni se nos quita la obligación de hacer lo que en nosotros es, escudriñando sus mandamientos y querer, y cuanto fuere menester para perfectamente cumplirlo.

Será, pues, para esto provechosa la breve forma ó arte que se sigue para saber poner en obra las grandes cosas que la Santa Escriptura nos enseña; para lo cual no paresce menos justo buscar arte que para otra cualquier cosa que deseamos bien obrar y saber; y en buscar este arte han gastado mucho tiempo los doctores santos y católicos, y escribiéronle por luengas palabras en diversos escriptos; de lo cual todo se escribe aquí un breve sumario de ahí recogido. Y porque esta pequeña obra se ha de enderezar principalmente á los ejercicios del alma, parescerá á las veces algo dificultosa á los no ejercitados en el conocimiento de los oficios de las potencias del alma; y por ocasión desta dificultad, y por ir en forma de arte que requiere mucha plática, se repartirán y dirán algunas palabras, que sin esta ocasión se pudieran excusar.

Y comenzando de añadir, notaremos que, por esta misma ocasión conoscida más enteramente por relación de algunos que sintieron la tal dificultad leyendo la presente obra después de publicada y algunas veces impresa, pareció al autor della hacer algunas adiciones muy provechosas. No, empero, por estas adiciones se contradice ni muda algo de lo contenido en las partes primero impresas; mas en tanta manera se quedan en su fuerza, que quien las tuviere no ha menester lo que aquí se añade, salvo para mejor sentir y entender lo contenido en ella, y para responder en algunas dudas á quien flacamente sintiere. Solamente se muda el primer Notable en otro, que pareció ser más provechoso.

Y proveyendo algo en este prólogo para cumplir con todos, paresció en especial mostrar en él algo más largamente la necesidad que hay de haber en escripto *Arte para servir á Dios*. Para lo cual notaremos que no es otra cosa decir que no es menester arte sino decir que no es menester dar avisos para saber cómo nos debemos ayudar para servir á Dios, como (según verdad) toda Escriptura testifica que son menester avisos; y Sant Pablo dice que ayudadores de Dios somos, y no ayuda

bien el que no ayuda cuanto puede y debe. Y no es otra cosa bien ayudarnos, sino mover nuestra alma en cuanto hiciéremos, según las reglas de la presente arte, como toda la Teología lo manifiesta por unas largas palabras.

Y miremos que aún el filósofo dice en su *Metafísica* que el linaje de los hombres vive por arte; en que parece mostrar que en esta propiedad se diferencia el hombre de los otros linajes de animales, porque estos todos se rigen sin arte por un natural instinto, pero el hombre por arte y razon; y podríase decir que casi como con natural instinto sirve á Dios el que se guía en su servir por donde más consolación siente, no mirando con el entendimiento y razón que Dios le dió si hay manera con que más altamente pueda servir.

Ni aún puede alguno excusarse, diciendo que la unción del Espíritu Santo enseña todas las cosas; porque así es la verdad si nosotros nos ayudamos, escudriñando y obrando según que en la presente escriptura y en la presente arte se nos enseña. Pero faltando nosotros en esto, no tenemos razón de creer que la tal unción nos enseña.

No tenemos también, porque á ninguno parezca grave el suave yugo del Señor, que si para alcanzar tan alta sabiduría gastáremos algunos días en sabernos aprovechar desta arte, no nos debemos espantar; porque si en el arte de la Gramática ó Lógica, que son artes bajas, se gastan tres y cuatro años y aun la vida del hombre si quiere ser en ellas perfecto, mire cada uno cuán mejor empleada será su vida si se gastase en alcanzar en perfección arte tan soberana como esta que el soberano maestro Jesucristo nos vino á enseñar y con tanto trabajo.

Debe considerar el principiante deste arte, que le acaecerá como al niño recién nacido; el cual ni con el alma usa de razón, ni aun con el cuerpo que tiene pies y piernas puede andar; y aun cuando comienza ya de moverse, lo hace con mucha dificultad y cayendo, hasta que ya con la más edad y continuo ejercicio anda tan bien que corre cuando quiere. Y así acaece en los principios del verdadero servir á Dios, que, aunque el ánima está entera, pero tenémosla tan atada y tan agravada y tan sin fuerzas para moverse por el camino perfecto que el santo evangelio nos muestra y este arte nos declara, que del todo no sabemos andar; ó si nos movemos, es con tanta graveza que nuestro andar es poco más que nada. Pero prosigamos varonilmente, que cuando no nos catáremos correremos por tan altos caminos, que se verifique de nosotros que nuestros movimientos y meneos más son de ángel reinante que de hombre caminante.

Debemos mucho notar que ninguno se debe excusar de servir, según aquí se muestra, cuasi contentándose con la guarda material de su regla ó mandamientos de Dios, diciendo que esto le basta para salvarse, porque la voluntad de Dios es nuestra santificación, como dijo Sant Pablo. Y pues que no se contentan los mundanos con las riquezas que tienen, pero desean siempre más, mandándoles Dios lo contrario, no nos contentemos nosotros sin acrecentar cada día la muy alta virtud y el premio que esperamos, pues que Dios es tan deseoso que lo tengamos. Y si nuestro apetito no se extendiere á ello por lo que á nosotros cumple, extiéndase por saber que es la voluntad de Dios que seamos engrandecidos en todo como hijos de quien somos, que es del mismo eterno Padre que está en los cielos, el cual nos amonesta diciendo: Sed santos, ca yo Señor, Dios y Padre vuestro soy.

La manera del proceder en que se ha de decir será poner aquí algunos Notables, como reglas comunes que nos enderecen en todo lo que hiciéremos, y después algunas cosas particulares de las más necesarias para el servicio de Dios, dando tal arte y manera para que aquellas se pongan en obra, que con los tales Notables comunes sirva de arte para todas las otras que quedarán.

Podráse llamar este tratado *Arte para servir á Dios*, y habrá en él tres partes principales. La primera terná los Notables comunes. La segunda tiene algunas particulares cosas, en que el siervo de Dios se debe ejercitar para reparar el estrago que los pecados han hecho en su alma. Y en la tercera se hablará del amor con que habemos de amar á Dios y á quien él manda, en el cual amor está el cumplimiento de toda ley y de nuestro bien. Y acuérdese quien esto leyere cuánta diligencia pone el que en cualquier arte quiere ser buen artista, y cuán más justa y necesaria es aquí la diligencia. Y con estas consideraciones, y más principalmente con ayuda de nuestro soberano maestro Jesucristo, Dios eterno y Señor Nuestro, se comienza, según se sigue, la presente Arte.

PRIMERA PARTE PRINCIPAL

Que contiene unos Notables comunes para todas las obras, según pertenesce obrarlas el que de verdad quiere servir á Dios, y pornáse en principio de cada Notable un sumario muy provechoso.

PRIMERO NOTABLE

En que, después de algunos avisos y consideraciones generales, pone un sumario de evangélica perfección. Y pone también dónde viene parescer este Libro en algunas partes dificultoso de ser entendido; pero que se puede decir tan claro, que ayuda mucho á entender los otros libros que comúnmente se leen.

Y en este primero Notable pareció que sería bien poner algunos avisos para el que desta obra se quisiere aprovechar, pues que él mismo ha de ser maestro y discípulo con ayuda del soberano Maestro. Y lo primero que al presente notaremos es que, según de la Santa Escriptura se colige, todos somos nascidos en este perecedero mundo, no para reposar ni gozar en los bienes desta tierra, porque son pequeños y viles, pero para que tomando dellos lo que Dios manda para nuestro mantenimiento, ocupemos toda la vida en entender en las muy altas riquezas de aquel gran Dios que nos crió, para hacernos bienaventurados y poseedores de sí mismo, que es bien infinito, en quien tenemos todos los bienes muy más en abundancia que bastamos pensarlo.

Y con esto notaremos también que aunque Dios Nuestro Señor no nos quiso necesitar so pena de muerte eterna, que siempre entendiésemos en su servicio, pero solamente cuando se ofreciere mandarnos algo, esto es, en sus diez mandamientos; pero por ley de bondad que nos pertenece guardar como á hijos de tan gran Padre, tenemos no sólo las personas religiosas, pero todos, obligación de procurar muy alta santidad, y siempre servir á tan gran Señor y Padre, porque de todos dijo Su Majestad: «Hagamos al hombre á nuestra semejanza»; y según declaran los Doctores santísimos, entonces es el hombre hecho á imagen y semejanza de Dios, todo junto, cuando se ocupa y entiende en conoscer sus grandezas y amarlas, gozándose dellas muy altamente.

Y en el evangelio dijo: Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos. Cierto es muy justo que sea santo quien es hijo de Padre á quien sin nunca cesar llaman santo los serafines; porque nunca olvidando nosotros cuyos hijos somos, no nos contentemos hasta ser santos según nuestra flaqueza, esto es, hasta que apartemos nuestro corazón del amor de toda cosa terrenal y le pongamos en nuestro Padre, que es de bondad infinita, alumbrador y santificador muy ganoso de quien á Su Majestad se allega, como á Padre tan alto y de tan infinitas grandezas y excelencias; y ayuda aún más para movernos á esto lo que arriba se dijo.

Vista ya la obligación que á la santidad tienen todos, aunque más en especial los religiosos, como más escogidos para ello, notaremos también que así como en este mundo la mayor parte que uno puede tener con un rey consiste en ser de un mismo querer y voluntad con él, así la verdadera santidad se encierra y consiste en un solo punto, que es ser un espíritu y de un querer con Dios; aunque para venir á tan alto punto como el sobredicho, se requiere pasar por el camino de todas las virtudes que en el santo evangelio y escriptura santa se escriben, y el Hijo de Dios poderoso nos enseñó con tanto trabajo cuanto sabemos.

Todo lo sobredicho considerado, notaremos, porque con el grande apetito que los hombres tienen de saber tienen también apetito de recoger sumariamente todo lo que en alguna obra se contiene y de qué cosas ha de tratar, que lo que en el presente Arte se contiene se puede brevemente coger de la siguiente y sumaria consideración; la cual cumple leerse con reposo.

SUMARIO

Como seamos criados hombres puros y pobres con poder de tornarnos hombres divinales y de muy altas riquezas, lo que siempre debemos procurar para esto, presupuesto el cierto socorro de Dios, es hacer una mudanza en nuestro ánimo tal, que sintamos que ya nuestra voluntad no sirve de querer nuestras cosas, en cuanto nuestras, sino de querer á Dios y cuanto bien tiene Su Majestad, y de

querer á nosotros mismos como á cosa suya y como á cosa de que él se quiere siempre servir por su merced y bondad infinita, en tanta manera que tengamos siempre sus grandezas y excelencias y gloria infinita como á cosas nuestras y más que nuestras, y lo amemos y nos gocemos con ello mucho más que con todo cuanto bien tenemos y esperamos y nos puede venir, teniendo por perfecta bienaventuranza que Su Majestad tenga tan infinitos bienes como tiene, casi no curando de nosotros, pero procurando con todas nuestras fuerzas de ir al cielo á verle y gozarlo más cumplidamente; no por gozarnos más, sino porque Su Majestad con gloria infinita quiere de bueno vernos engrandecidos de la muy alta posesión y riquezas que él posee, y que poseen asimismo los que escogen por último descanso y bien que Su Majestad tenga tanta gloria como tiene, y esto es ser un espíritu con Dios.

Pero notaremos aún más, para cumplimiento de nuestro sumario, que visto ya en suma en qué consiste mudarnos de hombres puros en divinales, será asimismo bueno ver en suma lo que, para alcanzar tan alto bien, se trata en esta obra; lo cual consiste en dos cosas, en las cuales debe hacer gran hincapié nuestro corazón si quiere subir á la sobredicha alteza.

La una cosa es en mostrar cuán estragada está nuestra alma para alcanzar tan soberana y tan alta mudanza. Y lo otro en mostrar y declarar y dar arte para considerar y movernos á remediar este estrago tan grande, y para conoscer y usar de las fuerzas ó instrumentos de gran poder que tenemos en el alma para remediar esto, y en especial para conocer el gran señorío mal conoscido y peor usado que nuestra voluntad tiene para hacer la sobredicha mudanza tan grande, y para descomponernos de todas las malas costumbres que tuviéremos, y adornarnos de toda virtud; porque, así adornados, estamos habilitados para la sobredicha santidad, que consiste principalmente en el sobredicho punto, que es ser un espíritu y un querer con Dios, para lo cual se requiere muy necesariamente hacer y considerar con gran diligencia todo lo sobredicho, según que dello se proveerá en las reglas de los seis Notables siguientes con todo lo demás que abajo se contiene.

EXCLAMACIÓN

O doloroso estrago de vuestras almas, que tan bestializadas están por el pecado, que siendo convidados, y oyendo y leyendo tan alta cosa, como en el sobredicho sumario se contiene, no empero engendra en algunos más apetito que á las bestias suele traer la vísta de joyas muy ricas ó viandas de gran preciosidad; pero si oyen ó ven ó leen otras cosas terrenas y bajas, así es dellas traído nuestro corazón como la bestia de la paja y cebada, que es su manjar común. Diremos, pues, por reverencia de Dios, que por traer los hombres á tanta alteza se hízo Dios hombre, y para esto quiso morir, pudiéndonos dar la vida de otras mil maneras; para esto mandó que nos sirviesen sus ángeles, y para esto nos dió el cielo y la tierra y cuanto en ella está, y todo lo torna en nada, cuanto en sí es, quien de tan alta vida se aparta.

Por no venir algunos al conocimiento perfecto de la manera de alcanzar y sentir y meditar la sobredicha alteza de vida, han dejado de engrandecer sus almas según la voluntad de Dios; porque aún muchos devotos por falta de bien entender y alcanzar, cuando son movidos en sus obras por solo Dios, muchas veces toman estaño por oro y lo mediano por muy alto; de donde les viene, por la soberbia de su contentamiento y por la poca diligencia que sobre ello han puesto, quedarse pobres para toda su vida, contentos con un flaco dulzor y mortificación del mundo. Lo cual todo, cuanto engaño sea, siéntalo quien sabe que el Hijo de Dios, Nuestro Redentor, vivió en este mundo vida de sinsabores, y murió muerte llena de mil dolores, por convidarnos con todo ello á irnos por este camino muy alto de su divino querer, deshechos de infinitos propios quereres, que cada rato se nos representan, los cuales cumple despedir en cuanto propios, por que solamente nazcan nuestras obras del muy alto querer divino, como ya está dicho y en el segundo Notable veremos; y por consiguiente, seamos una misma cosa con este muy alto Dios, y gocemos de todas sus grandezas y gloria más que de las propias nuestras.

Podría ser que alguno dijese (como lo han ya dicho otros) que, pues este libro encamina á tan alta cosa, que se debiera escribir con más altas palabras, como se escriben los otros

libros devotos. Y puédese responder, allende lo ya dicho, que, según verdad, este libro, aunque les parece oscuro, pero contiene tanta claridad, que hace muy ligeros de entender todos los otros libros que comúnmente leemos.

Pero para que conozcan todos esto que digo, notaremos que los libros morales ó devotos, tres cosas en especial contienen. Lo primero, las cosas que debemos hacer. Lo segundo, muchas diversidades de dichos y razones y ejemplos que nos provoquen y conviden á hacer lo bueno, así como decir y mostrar con mucha diversidad de muestras la grandeza y bondad de Dios, y la nobleza de la virtud y el premio della, y la maldad y pena del pecado. Lo tercero (y esto contienen pocos libros), es dar alguna forma ó manera cómo hagamos el bien que nos mandan y enseñan y para que nos convidan tan largamente; y como de Sant Ambrosio se dijo en principio del prólogo: poco sabe el que esto no sabe.

Notaremos, pues, agora que, aunque todas estas tres cosas sean muy necesarias, pero la tercera se puede en manera alguna decir ser más necesaria, porque los libros que más comúnmente leen los que no son teólogos hablan muy poco dello; y por consiguiente podemos decir que todos aquellos libros quedan oscuros, pues que no declaran cómo habemos de obrar, aunque digan todo lo demás.

Cuál sea la causa por qué lo dejaron de escribir no nos pertenece aquí escudriñarlo, mas creemos que tuvieron muchas justas causas que á la sazón lo demandaron; y al presente alabemos al muy Alto, que en tan pequeña obra nos quiso proveer de cosa tan necesaria. Pero tornando á nuestro propósito, para declarar que este libro es muy claro y declarador de los otros, notaremos que pues casi todo él se ocupa principalmente en dar arte y manera para mover el entendimiento y voluntad á saber cómo habemos de poner en obra las grandes cosas de que todos los libros están muy llenos, síguese muy bien que éste es declarador de todos ellos, como de hecho ya lo han experimentado muchos que á él se han dado, y lo experimentarán también los que á él se dieren. Y si él no pareciere tan claro, sepamos que cosa tan espiritual y tan poco usada no se puede escribir con palabras que de ligero se entiendan, y miremos que grandes cosas no se alcanzan sin grandes trabajos.

Aún paresció junto con esto responder á la turbación que algunos sintieron de leer las cotaciones de párrafos, notables y capítulos que por esta obra están derrramadas, y decirles que su turbación nasce de haber leído poco en grandes libros; porque si en ellos leyeran, verían muchas veces en ellos escripto que tal y tal cosa de que allí se habla se ha de entender como arriba está dicho ó abajo se dirá, y darían muchas gracias á Dios si alguno les dijese en qué hoja del libro está aquello de que allí se hace mención; porque así pudieran mejor entender lo que tienen presente, y las mismas gracias deben dar en aquello de que aquí dicen recibir turbación; pues que no siendo justo de decir todas las cosas en cada lugar, aunque sean allí menester, les ponen delante los ojos con una breve cotación lo que tanto les cumple, diciendo que en tal notable ó capítulo lo hallarán. Y estas cosas presupuestas, será bien que ya entremos en los notables declaradores de que tanto nos cumple saber.

Y por aviso postrero deste primero Notable, sin dubda devemos tener que disporná más perfectamente su alma en tres meses para venir al perfecto amor de Dios el que se guiase según las reglas desta Arte, sacadas del santo evangelio, que podría en mucho tiempo el que desto no se quisiese ayudar; pues que para esto nos dió Dios Nuestro Señor diversas y muchas fuerzas, instrumentos y potencias, para que con todo trabajásemos, y con todo nos ayudásemos para alcanzar tan alta cosa como la perfecta disposición del alma que se requiere para perfecto amor.

SEGUNDO NOTABLE

El segundo Notable, y muy de notar y en grande manera necesario, habla del fin que nos ha de mover á obrar estas cosas para nuestro reparo y remedio, y á todo cuanto hiciéremos, en fin del cual se pone una notable declaración para entender en alta manera cuanto nos está mandado en la Sagrada Escriptura con promesa de gualardón ó con amenaza de pena. Es, pues, lo que en este segundo Notable se ha de decir: lo primero que siempre debemos tener delante los ojos, esto es, el fin que á obrar nos debe mover, lo cual es muy necesario de saberse cada momento, porque no tiene más bondad la obra

de cuanto es la bondad del fin por que es hecha, y si malo fuese el fin, sería mala la obra, aunque ella de suyo fuese buena; y pues que Dios es bien infinito, aquella será mejor obra que más puramente se hiciere por su amor.

Y para declarar esto es de notar que el siervo de Dios que á su señor desea aplacer debe plantar en su alma una fuerte voluntad ó hábito de querer, engendrado de muchas veces quererlo la voluntad ó hábito; y así plantado, le mueva y le haga sentir que todo lo que no obrare con el cuerpo y con el alma, todo lo que pensare y hablare, y aun las virtudes que procurare, y este remedio para su alma, y toda devoción, todo sea porque Dios lo quiere y nos lo demanda siempre, y es dignísimo dello por su bondad infinita, y es Él servido dello, quiero decir, hablando con palabras usuales, por hacerle placer. Su Majestad nos dijo que por esto nos hablaba, porque su gozo sea en nosotros. Y entonces el gozo de Dios está en nosotros, como Sant Augustin declara, cuando le servimos como Él quiere, y ninguna otra manera hay que tanto le contente como esta que agora acabamos de decir.

Y es que el siervo de Dios quiera tanto lo que Dios quiere, y quiera tanto emplear todo lo que es y puede, y todas las fuerzas interiores y exteriores en servicio de su Dios, que en cada obra que hiciere no sienta otro fin que le mueva sino querer aplacer á Dios, quiero decir, que olvide en alguna manera el bien y la gloria que de la virtud se le puede seguir, y de solo Dios que lo quiere se acuerde; y solamente entienda obrar, porque El lo quiere y manda, y con gran razón lo requiere su bondad. Todo lo sobredicho se conoscerá en alguna manera por esta comparación.

Comparación: Está uno doliente; desea para su salud tal vianda ó medecina, no sólo desea, pero procúralo. Ofrecióse á la sazón á un gran amigo déste una muy mayor necesidad de aquella misma vianda ó medecina; viene aquel primer doliente casi olvidado de su alguna dolencia y del deseo de aquella medecina para sí mesmo, y comienza de nuevo á desearla, no para sí mismo, pero para aquel amigo, en manera que el amor de su amigo hace á éste desear y buscar lo que él ha menester; y no por satisfacer á su menester, pero por satisfacer á la necesidad de su amigo; y cuando lo anda buscando, trae en su ánima un deseo que bulle de haver aquello para su amigo, casi olvidado que lo ha menester; y después que lo halla, gózase, porque así se cumplirá con la voluntad y menester de su amigo.

Tal, pues, ha de ser lo que al siervo de Dios ha de mover á todo deseo y obra, y en la misma manera, quiere decir, que sienta en su alma una gana con que desee y obre lo bueno; y sea la gana porque Dios quiere que nosotros lo obremos y es dello servido como si le fuese muy necesario, casi olvidándanos que mediante las virtudes que procuramos ó deseamos ó obramos, habremos de alcanzar salud ó gloria; porque muy más necesario fin es obrar porque Dios quiere que obremos y por su bondad, que nos necesita á amarle y servirle, que haver bien y gloria para nosotros; porque aun haver bien y gloria, mas principalmente debemos desearlo porque Dios quiere que lo deseemos y hayamos, y porque habiéndolo, lo amemos y sirvamos altamente, que no por nuestro provecho y gozo y gloria; y es tanta la bondad y grandeza de Dios, que cuanto más desta manera y arte deseáremos y obráremos, tanto más meresceremos y tanto mayor será nuestra gloria.

Esto que dicho es parecerá dificultoso á los no habituados; pero tales paroscen todos los principios á los principiantes, y aun parésceles que no podrían salir con lo que comienzan; y tanto se ejercitan en ello, que con el mucho ejercicio quedan ya maestros de lo que primero no se atrevían á ser discípulos. Y notad que quien tuviere la voluntad inflamada en devoción, haría todo esto con tanta ligereza, que brevemente declarada la manera, obrase en breve espacio muy altas cosas; pero para quien tanta inflamación no tiene, será bien notar lo que se sigue, en que especialmente se toca el arte ó manera que para esto debemos guardar.

Pongamos de una parte á Dios como á señor y amigo muy grande, y ponga cada uno á sí mismo de otra parte. Cuando la voluntad se moviere á querer tal virtud ó buena obra, mire cada uno qué fin le mueve, y comúnmente verá en sí que miedo de pena ó amor de gloria ó de la virtud. No nos debemos contentar deste motivo, aunque no es malo, pero pues es señora la voluntad de querer uno y dejar otro, como se declara en el sexto Notable, y pues también sabemos que es mejor y

nos debe más mover el querer de Dios que el propio nuestro, hágase fuerza y deje de querer como solía, y lleve la voluntad á querer como mejor debe, y quiera aquello que hace ó desea, porque Dios lo quiere y se le debe todo servicio.

O por cuán vil se debría reputar el que obra, quiere ó desea algo movido de su natural deseo, aunque sea bueno y virtuoso, pues tiene siempre presente el deseo de Dios; el cual deseo divinal debría siempre mover nuestras entrañas á querer, y tenemos poder para dejar de querer en cuanto movidos de nuestro natural y buen deseo, y de querer enteramente, movidos de aquel soberano querer.

Y verdaderamente es ya tanta la diferencia del un motivo al otro, que ninguna cosa deste mundo se podría dar, que tanto se diferenciase de otra cuanto estos dos motivos se diferencian; porque sin comparación lleva más ventaja el uno al otro que el sol con todo su resplandor al de una pequeña candela, y más que todos los ríos y fuentes juntados con el mar á una pequeña gota de agua, y más que cient mil quintales de oro á un vaso de plomo, y más que todos los cielos á una avellana, y más que la excelencia natural de los hombres á la menor de las piedras. Porque puesto caso que la mayor diferencia entre todo lo suso cotejado sea la que hay entre los hombres y la piedra, todavía empero es mucho mayor la de aquellos dos motivos, porque más se acerca á distancia infinita la diferencia que hay entre un muerto y otro, que la que hay entre la excelencia natural de los hombres á las piedras, por viles que sean; porque la cosa que en más alto grado diferencia al hombre de la piedra es el poder que tiene para obrar con aquel excelente motivo; y por tener los ángeles tan excelente naturaleza, que con más ligereza que nosotros pudieron obrar, con este motivo dijo el psalmista del hombre: *Minuisti eum paulo minus ab angelis.*

Muchas pruebas se podrían traer para lo sobredicho, pero la más breve y que me paresce que debe bastar es que quien dello dubdase procure con gran diligencia de ponerlo en obra; porque cierto lo verá luego tan claro, que no quiera esperar prueba de palabras; y quien no lo quisiera poner por obra, lea en los doctores santos que lo dicen, y por ventura lo sentirá, porque la brevedad de la presente obra no sufre más larga prueba.

Esforcémonos, pues, siempre á siempre querer obrar movidos de tan bienaventurado motivo, pues tanto nos obliga á ello aquella grandeza soberana, divina, deseosa para su sola bondad de nuestro engrandecimiento. El cual deseo suyo debe ser siempre motivo que mueva y haga salir de nuestro cuerpo y alma todas las obras corporales y espirituales, chicas y grandes, que nos pertenece obrar, según la compostura natural en que Su Majestad nos compuso; porque todas ellas, desde la menor hasta la mayor, sirven para conservación de nuestra vida natural; y así como no las podríamos dejar, así tomándolas por amor de Dios sirven también para acrecentamiento en la vida espiritual, y desta manera la más baja cosa que hiciéremos será de más alteza en los ojos de Dios que la más alta que hiciere el que tan excelente motivo no tuviere.

O cosa maravillosa y de perpetua memoria: que sea de mayor grandeza delante de Dios comer con este motivo que ayunar y derramar lágrimas con ásperas disciplinas movido del deseo de poseer y gozar de los deleites del cielo; y esto no porque desear estos deleites del cielo no sea bueno, pero porque es tanto mejor el otro motivo que éste cuanto es mayor el mundo todo que una avellana y mucho más.

Cumple mucho para esto acostumbrarnos á obrar con este bienaventurado motivo, estar muy sobre aviso que nunca pasemos de una obra á otra, ni comencemos cosa alguna hasta que sintamos movernos á ella por pensar ó saber que Dios quiere que la hagamos; y llamo obra cualquier movimiento del cuerpo ó del alma. Para lo cual notaremos que Dios, con jubilación infinita quiere ser poseído y amado de todos los hombres, y con este mismo querer quiere que cada movimiento de amor, que en cada instante de nuestra vida obramos, que le amemos y obremos tantas cuantas veces le amáremos ó alguna otra cosa hiciéremos, traídos actualmente de aquel su querer infinito.

Quiere decir, dando regla universal, que cada y cuando quisiéremos hacer algo, nunca comencemos hasta poner los ojos en Dios; en la cual vista no nos contentemos hasta que sintamos aquel querer con gozo infinito que Dios tiene de nuestro bien obrar. Lo cual vis-

to y sentido y conocido que Dios es dignísimo de ser obedescido y servido como tal y desta manera, entonces como trabados de aquella su muy alta voluntad y querer, pongamos en obra lo que viéremos que debemos hacer, casi olvidados de todo nuestro bien.

Justo es por cierto que aquella soberana voluntad del Criador de todas las voluntades tenga tan gran pensamiento y señorío en todas las voluntades, que no solamente le obedezcan en cuanto mandare, pero que aun todo lo que hiciéremos sea casi olvidado de cumplir nuestro propio querer y de alcanzar nuestra gloria, sino porque en uno y en otro esa voluntad de Dios se cumpla en todo sin otro respeto alguno. Y porque el pensamiento de tener grandes riquezas hace que se halla hombre burlado cuando siente la falta de ellas, será bien considerar, por que ninguno piense de sí más de lo que tiene.

Por no haber alcanzado ni aun sentido el sobredicho motivo, muchos han pensado que hacían grandes obras, y hallaron después ser bien pequeñas; porque muy bien se compadesce que alguna persona bien inclinada y apetitosa de grandes y verdaderos bienes, y que está en estado de gracia, conociendo la grandeza que está en amar á Dios, tenga deseo encendido de tener este amor en perfección, y que este su deseo no sea obra perfecta; porque puesto caso que el deseo sea de cosa perfecta, no empero aquella obra que es de desear será perfecta si le falta el motivo perfecto, que es que nazca nuestro deseo de una gran voluntad que nos haga querer y desear el tal amor, porque Dios quiere que le tengamos para nuestro engrandecimiento que Él mucho ama.

Esto mismo que se ha dicho de aquel buen deseo se podrá y debe traer para muchos que tienen gran celo de la salud de las ánimas y del bien de la república y comunidades adonde viven, y que tienen las bienaventuranzas, que nuestro Redemptor dice de hambre y sed de justicia, y que lloran por los males que ven y sienten haber en el mundo; lo cual todo, aunque es bueno, pero puede ser de bajo metal y muy alto de perfección, como ya se platicó del sobredicho deseo del amor de Dios, y por eso debemos estar muy sobre aviso para mover actualmente la voluntad de todas las cosas ya dichas á obrar con el perfecto motivo que acabamos de platicar; y lo que se ha dicho de aquellas obras se debe entender y ejercitar en todos los movimientos, que son innumerables, que al alma se ofrescen, de cualquier calidad que sean, y aun también en cualquier tentación que resistamos; ca debemos tanto procurar que la voluntad de Dios reine en la nuestra, que ya ninguna cosa nazca de la nuestra sola, pero más enteramente de la de Dios, reinante en ella, como muchas veces se platicó.

Grande dificultad alcanzarán los principiantes hasta alcanzar tan alto motivo y tan alta manera de obrar, como está platicado, y muchos días podrá ser que estarán que no alcancen muy á su placer; pero no deben aflojar, antes deben considerar que más tiempo trabajan muchos en el mundo por ligeras cosas y no las alcanzan, y nosotros habremos ciertamente esta merced si la procuramos desde lo muy hondo de la humildad, perseverando, ayudándonos lo que en los siguientes Notables se dice; y reprehéndase de muy áspera reprehensión quien pensare ser de alguna estima ó dignidad guardar las cosas en ellos contenidas, considerando la grandeza de la merced que se promete, que es alcanzar con ello el sobredicho motivo.

Bien me parece que será avisar que algunas veces se ofresce á los principios alguna tibieza en el que desta manera tan alta endereza sus obras por solo Dios; y podráse maravillar viendo que tomando manera más alta siente menos devoción, como se podrá maravillar quien, llegándose al fuego, se resfriare más. Y porque es justo de proveer á esto, notaremos que quien considerare la causa dello verá ser necesario que nos venga esta tibieza, y que no por eso son de menos merescimiento nuestras obras.

Notaremos, pues, para declaración dello, que la causa de esa tristeza es porque dejando de obrar y amar por nuestro propio bien, como solíamos y es natural, y obrando por solo amor de Dios, cuasi despedimos de nosotros la raíz, donde común y naturalmente nos nasce todo gozo, esto es, nuestro propio bien y descanso, y tomamos el bien ajeno, que es la gloria de Dios, por descanso y fin de nuestros trabajos. Lo cual es cosa sobrenatural y muy desacostumbrada, y por consiguiente esnos tan penoso hacer esta mudanza, que del gozo que está dicho nos viene la tal tibieza y frialdad, hasta que estemos muy

acostumbrados á sentir y apreciar, amar y estimar mucho en más la voluntad y gloria de Dios que la nuestra, y á tenerla mucho más por nuestra, como cosa que mucho más amamos; lo cual, cuando bien tuviéremos, seremos llevados á la lumbre que no rescibe tibieza ó frialdad, allende que nuestro merecimiento será muy mayor. Cumple y será muy bien, para que muy más claramente veamos lo sobredicho, acudir á ver lo que se contiene abajo en el quinto párrafo del capítulo cuarto de la segunda parte.

Visto ya, pues, el fin por que habremos de obrar, podría alguno dudar y decir que, como la Sagrada Escriptura evangélica sea doctrina tan perfecta, cómo nos propone de contino este fin, cuando algo amonesta ó manda ó veda, pero comúnmente nos amenaza con la pena y nos convida con la gloria. Y notaremos, para la respuesta desto, que así como el Hijo de Dios, Señor y Redemptor nuestro, de quien mana nuestra doctrina evangélica, seyendo en sí mismo perfectísimo, y muchas veces tomó en su persona cosa de flaqueza, por condescender á la nuestra poquedad, así como huir y esconderse y haber miedo y cosas semejantes, según lo muestra el santo evangelio, así de aquella manera quiso que su doctrina fuese escripta con tales palabras cuales requería la poquedad y la flaqueza de los obradores; los cuales por la mayor parte se moverán á bien hacer por esperanza de gloria ó miedo de la pena, presupuesta la corrupción y bajeza humana después del pecado.

Pero aún habemos de notar que así como nuestro Redemptor y Salvador Jesucristo tomó aquellas flaquezas con muy alta perfección y caridad, así el que fuere varón perfecto oirá la doctrina evangélica y obrará, como ella dice, movido por las amenazas ó promesas así contenidas, sin agravio de la perfecta manera de obrar, de la cual se ha ya dicho en este notable; y si alguno dubdase ó dijere que cómo se compadesce esto, declárese mostrado como se compadezca en un lugar de la Sagrada Escriptura, en que nuestro Redemptor amenaza con la pena infernal; por la forma que esto entendiéremos quedará manifiesto todo lo otro que leyéremos. Dice en el santo evangelio: Si no hiciéredes penitencia, pereceréis. En estas palabras se contiene un mandamiento y consejo santo con amenaza, y en esta amenaza se pueden considerar dos cosas. La una es la pena con que se amenaza, y la otra es la voluntad con que Dios amenaza, que es una voluntad que le sirvamos y que no perezcamos.

El verdadero siervo de Dios debe obedescer á aquel mandamiento, no por huir de la pena, pero porque el Señor Dios, que amenaza querer y es servido que hagamos penitencia, y que no cayamos en aquella pena; y acordándose que Dios desea que le sirvamos y que no vengamos á tanto mal y casi olvidado del daño de su pena hace penitencia.

Esta tal obra con tan alta pasión, movido de la amenaza de la Santa Escriptura, y así queda la Escriptura en su muy alta perfección, aunque contiene lo que parece flaqueza por cumplir con los flacos para moverlos al bien, según su flaqueza demanda. Y que desta manera se hayan de entender y recibir todas las promesas y amenazas del santo evangelio, muéstrase bien de aquel primero y mayor mandamiento á todos puesto, que dice que amemos á Dios con todo nuestro corazón y fuerzas; lo cual no cumple bien quien no emplea en Dios toda la fuerza que tiene para servirle y para querer la gloria y aborrecer la pena, queriendo lo uno y aborreciendo lo otro en la manera que acabamos de decir; pues que sirviéndole y alcanzando la gloria y escapando la pena venimos á cumplir aquel muy alto mandamiento del amor, el cual siempre quebrantaríamos viniendo á la pena perpetua.

Habemos, pues, visto la causa por qué el santo evangelio usa de aquella manera de mandar y amenazar hablando con todos, así flacos como esforzados; pero, porque este nuestro tratado se enderezó por la mayor parte, no á los muy flacos en el servicio de Dios, cuales son los que aún el cumplimiento de los mandamientos se les hace muy cargoso, pero á los que el yugo del Señor se les hace ligero y tienen aliento y deseo para seguir y llevar la más alta manera de perfección, por eso va casi todo puesto sin amenazas y promesas; pero llegando en cada paso al más alto fin, que es Dios, en quien, como es dicho, debe estar tan hincado nuestro corazón, que ninguna cosa queramos ni temamos sino lo que El quiere que temamos y queramos, y esto porque El lo quiere; y esto todo se declara más por lo que se escribe abajo en la tercera parte, capítulo primero.

TERCERO NOTABLE

De dos maneras que hay de servir á Dios, y de cuánta obligacion tienen todos, y mucho más los religiosos, de servir en la segunda que es más alta; y de una declaración de ella, y que á esta segunda en especial se provee aquí de arte.

Lo tercero que debe notar el que quiere servir á este tan gran Señor, es procurar de saber de cuántas maneras se puede servir, por que así pueda escoger la que más supiere agradarle. Y pues el mismo Señor y maestro de la sabiduría eterna declaró á un mancebo, que esto deseaba saber, que dos son las maneras, no hay altercar.

La primera es guardar los mandamientos. La segunda es que quien quisiere ser siervo perfecto, que dejando cuanto hay en el mundo siga lo que Su Majestad hizo en la tierra, cuya vida sagrada en muchas cosas fué ejercitada y con harto trabajo, no porque su muy alta y real persona las hobiese menester, pero porque á nosotros iba la vida en cada una dellas, quísose hacer siervo por mostrarnos á servir, y sirvió en muchas cosas para darnos á entender cuán ejercitada y limada debe estar en toda virtud el alma del que bien quiere servir y amar á tan gran Señor.

Y es de notar que, aunque Dios Nuestro Señor quiso dejar á la cortesía ó libertad de los hombres no necesitados á que le sirviesen en la segunda manera aquí puesta, pero ciertos son todos obligados á ello so pena de torpes y mal mirados; porque á todos está puesto el gran mandamiento de amar con todas sus fuerzas; y si sería de reprehender y culpar el que viniese á algún lugar con intención de poner ahí en obra alguna cosa muy provechosa y necesaria y dejase de hacer y efectuar la tal cosa, y se ocupase en otra de muy poco valor, mucho más se debe culpar el que, nacido y criado en este mundo, como todos nacemos, para siempre servir con todas las fuerzas al muy alto Dios, tan dignísimo dello y en lo que hay tanto provecho, deja de lo hacer, porque no se lo mandan so pena de muerte, ocupándose en bajo servicio mezclado con lo vano del mundo, que tan presto pasa y tanto mal hace. Y si todos son de culpar no sirviendo en la segunda manera según el estado y condición de cada uno, mucho más los religiosos que lo comenzaron dejando el mundo y se hicieron continuos en la casa y mesa de Dios lo deben continuar, haciendo lo que es más perfecto; esto es, seguir las pisadas del Hijo de Dios; los cuales, como Sant Bernardo dice, no contentándose con solos los mandamientos, deben siempre pesquisar y sacar de lo que conocen de las palabras y condición divina qué es lo que Dios quiere y huelga más que hagamos; y para esto nos es dado el entendimiento y el apetito de pesquisar y escudriñar grandes cosas.

Y pues hablamos en este Notable destas dos maneras de servir para escoger la que más contenta al muy alto Rey, notemos, declarando en sentencia con breves y usuales palabras, aquello que nuestro Redentor dice en la dicha segunda manera; esto es: Ven y sígueme, que quiere aquí decir á cada uno y á todos que cumplamos cuanto está escripto para nuestra doctrina, haciéndolo no solamente con amor, pero con amor y por amor juntamente, porque estas son las pisadas que Él nos amonesta seguir. Por tanto, no basta cumplir algo de lo prescripto, pero todo no basta para bien servir, obrar con amor, pero con amor y por amor.

Con amor sirve un paje que quiere bien á su Señor, pero no por amor, porque no le serviría sino por lo que dél espera de haber. Con amor y por amor serviría si sirviese sólo porque aquel señor quiere y huelga de su servicio, porque ama la bondad y compañía de su señor sin otro respecto. Y este es el verdadero obrar que de nuestro muy alto Maestro habemos de aprender; el cual, como vimos, quiso servir por nosotros, y el servir le dió á Él el señorío universal y á nosotros dará reino perpetuo.

Y que aquellas palabras: Ven y sígueme, quieren decir que cumplamos con amor y por amor todo lo que está prescripto que hagamos, claro lo verá quien siente, porque seguir á Cristo es obrar lo que Él obró para nuestra doctrina y en la manera que Él obró. Y la manera en que Él obró fué con amor y por amor, porque esta es la más alta manera. Lo cual nosotros podemos hacer, aunque no tan perfectamente como Él; y pues que así es, poquedad sería decir nosotros que nos mandase nuestro Señor que le sigamos en solas las obras y no en la manera; pues que poco aprovecharía el obrar si faltase la manera

que ya está dicha y declarada, y esto es que obremos con amor y por amor, y no se debe pensar de tan alto maestro y tan magnífico Señor darnos doctrina de pequeño provecho.

Es aún de notar que, por ser la primera destas maneras muy llana, y aun porque se platica cada día en los púlpitos y fuera dellos la manera para así servir á Dios, principalmente se proveerá de arte para la segunda manera, que es más perfecta y más sotil y menos usada y platicada, aunque podría aprovecharse para todos abundantemente.

Otra vez se amonesta á quien tan alta y tan ganànciosa arte quisiese aprender, que considere que si en las otras artes bajas de este mundo son necesaríos maestros que las enseñen, que mucho más deben ser menester para ésta; y que á falta de enseñadores debe suplir el cuidadoso aprendedor con demasiada diligencia lo que falta, y sobre todo enseñará en todo la unción del Espíritu Santo.

NOTABLE CUARTO

De una consideración del estrago causado en el alma por el pecado, del cual pecado no es tan dificultoso, aunque posible, servir á Dios para que nacimos; y pone en general en qué está el reparo deste estrago.

Lo cuarto de notar es que, queriendo servir á tan gran Señor, miremos con buena consideración la disposición en que estamos, por que proveamos á cualquier falta que nosotros halláremos. Y notaremos que el mal donde nos viene todo estorvo para altamente servir á Dios es el pecado, que tiene debilitada y estragada el alma; y que si pecados no hubiera, con mucha ligereza hiciéramos cualquier bien; pero venido el pecado, desconcertáronse en tanta manera nuestros deseos, apetitos y quereres con la cruel enfermedad espiritual deste pecado causada, que ya, como quien tiene hastío, apenas amamos ni deseamos sino cosas groseras y dañosas y viciosas, olvidando el bien infinito para que nacimos, como cosa en que no teníamos sabor; y de aquí viene el desconcierto del alma que en nosotros vemos, estando apartada de aquello para que nacimos; y tanto, que siempre nos inclinamos á lo malo y á dejar lo bueno.

Pero es tambien de notar y considerar que no por este desconcierto, causado de tan mala enfermedad, se nos quita la obligación de hacer lo que debemos y á que somos al mundo venidos; que, puesto caso que por la enfermedad que ya dije que tenemos el obrar nos sea más dificultoso, no empero en tal manera dificultoso que nos haga impotentes, presupuesta la favorable misericordia del muy Alto, con cuya ayuda nuestra perdición se puede remediar.

Y es de notar que tanto más se acerca alguno á la disposición y concierto excelente que para servir á Dios se requiere y que en su alma hobiera para todo bien si no pecara, cuanto más reparados y concertados tiene los apetitos y quereres que, como vimos, se desconcertaron por el pecado; y aquellos terná reparados que por muy vivo estudio y consideración profunda de lo que se dicta los guiare todos á Dios Nuestro Señor, contrariando á todo lo que deseare fuera de la voluntad dese Señor, y abrazando y siguiendo todos los remedios que para esto se pudieren hallar y se diera; y en el grado que cada uno esto alcanzare, en ese será ensalzado aquí en virtud y santidad y después en la gloria. Y en tanto grado podría alguno esmerarse en esto, que casi alcanzase aquella llaneza que hobiera en el estado de la inocencia para obrar con gran sabor, como se cree de algunos santos haberlo alcanzado.

Y de lo que en nosotros es de hacer para alcanzar esto se ha de tratar aquí cuanto el Señor para ello ayudare; y débese leer mucho y muchas veces, porque leerlo una ó dos veces no aprovecharía más de cuanto aprovecharía á uno que nunca supo Lógica leer una ó dos veces, pasando de presto, un libro de Lógica.

QUINTO NOTABLE

De los instrumentos que nos son dados en el cuerpo y en el alma para obrar este reparo, pero que principalmente toda la santidad está en obrar de contino con los del alma.

Es, pues, de notar quintamente que, así como tenemos cuerpo y alma, así tenemos en cada uno instrumentos para obrar. El cuerpo tiene pies para andar, y manos para lo que queréis, y lengua para hablar, con todo lo demás. Y el alma tiene voluntad para querer, entendimiento para conocer, con muchos y diversos apetitos.

Y esto es de notar, que cuanto más exce-

lente es el obrador y el instrumento, tanto más excelente es la obra, habiendo igualdad de las otras causas que en la obra concurren. Las obras corporales tanto tienen de excelencia cuanto más afinado instrumento del ánima concurre en el obrarse. Llámase afinado instrumento el que es movido á hacer alguna obra con buen fin, y el muy afinado instrumento se dice la voluntad, que se mueve por sólo Dios, como se dijo en el segundo Notable. Muy en poco debéis estimar cualquier obra corporal que así no va hecha. Y esto quiso decir Sant Pablo cuando dijo á Timoteo que el ejercicio corporal á poco aprovecha.

Las obras del ánima son de otra manera, esto es, que ellas en sí pueden ser de gran provecho; así como si uno se ejercitase con el entendimiento en considerar de cuánta poquedad son las honras deste mundo, y de cuánta excelencia lo que Dios manda y su gloria, ó en conocer cómo se deben gobernar las pasiones del ánima, según se declara en la segunda parte en el capítulo nueve; y con la voluntad en querer todo lo que ya conoce ser bueno, y en no querer, pero menospreciar lo vano. Porque estos menosprecios serían muy provechosos, aunque el cuerpo estuviese como baldío; que de aquellos ejercicios se engendrarían excelentes hábitos y se destruirían los malos; lo cual es muy bueno, aunque se hiciese por sólo amor de la virtud, como hacian los filósofos; y será mejor en el cristiano que tiene fe, y muy mejor si con la fe enderezamos actualmente la intención á Dios en cada obra, como se declara por todo el segundo Notable; que de ahí notaréis y de aquí cuánto debéis ejercitaros con el alma. Y podéislo hacer estando ocupado ó desocupado corporalmente, y en todo tiempo y lugar, en tanto que aun podéis estar hablando con otro de algún negocio temporal y obrar con el ánima, acordándoos ó pensando en alguna cosa suya.

Esto parecerá grave al no habituado, pero la costumbre lo hace ligero, aunque no sin dificultad y trabajo se puede alcanzar esta costumbre; pero por eso se dice que la virtud es cerca de lo dificultoso. Tantas veces os haréis fuerza con la voluntad, que quedéis amaestrado á obrar muchas y grandes cosas con ligereza; y no haciéndolo, no tenéis razón de maravillaros y decir que no podéis ser más devotos; pues, como se dirá en el sexto Notable, en vuestra mano está querer ó no querer, cuantas veces quisiéredes, todo lo que por bien tuviéredes.

Y notar que si en la tierra queréis alcanzar ser grande amigo y siervo de Dios, tanto más lo seréis cuanto más de contino en cada hora y lugar obráredes con los instrumentos del ánima, como dicho es. Y esto hizo á los santos tener tan alta gloria en el cielo, y la falta desto hace á nosotros tan reprehensibles en la tierra.

Y pues tanto consiste nuestra grandeza en el obrar con estos instrumentos del alma, y nuestra poquedad en la negligencia dello, será bien platicar qué forma ó arte ternemos para ello los que hasta aquí habemos estado tan desalmados en el obrar con ellos.

Y comenzando del entendimiento, dejando la voluntad para el siguiente Notable, será bien presuponer por fundamento una regla teologal y filosofal, que dice que nuestro apetito natural naturalmente desea aquello á que se inclina ó que le parece sabroso.

Quiere decir que no ha menester quien le convide ó ayude á desearlo, mas antes lo desea necesitado ó forzado. Pero la voluntad no desta manera, mas primero lo consulta con la razón, y averiguado que le conviene, muévese á quererlo con libertad; y por eso dijo también el Filósofo, que no hay cosa querida sino la conocida. De donde coligiremos que el conocimiento de la cosa que tenemos en el entendimiento sirve como de lumbre para que la voluntad vea por dónde se debe mover á querer.

Esto presupuesto, cumple ahora mucho notar que para bien y perfectamente obrar sería menester que el entendimiento no errase en el conocer, y que, averiguado que no yerra, que luego la voluntad quisiese lo así conocido. Pero si el entendimiento yerra, como las más veces acaesce, por la malicia que nos tiene ciegos, ó si acierta en la verdad, pero la voluntad, con la libertad que tiene, no quiere seguir lo que conoce ser bueno, viene á caer en todo mal.

Y dejando ahora muchas cosas que en este caso se podrían decir y se debrían saber, lo que en especial cumple para la presente obra es que en una cosa en especial devemos siempre estar muy apercibidos para servirnos del entendimiento, y es que para que cuando quisiéremos querer alguna cosa virtuosa ó que

nos dispone para la virtud, así como ser menospreciados de los hombres, y huir todos los deleites que los grandes varones aborrecieron, que siempre en estas y en todas las otras cosas que se nos hicieren penosas de obrar y querer acudamos con ese entendimiento para considerarlas y aprehenderlas por preciosísimas y muy agradables á Dios y á nosotros dadoras de vida perpetua, como se declara en el capítulo segundo de la segunda parte; por que, conoscidas por tales, toma aliento y gana la voluntad para moverse á quererlo y abrazarse con ello, poniéndolo en obra; porque aunque esa voluntad obra con libertad, pero muchas veces, espantada de la dificultad ó aspereza que se le representa en la obra, lo deja, y así peca ó deja hacer lo que deve. Y si procuramos servirle con el entendimiento, según es dicho, recibirá tan grande aliento, que conociendo la excelencia que hay en lo penoso, lo quiera y obre con tanta ligereza, casi como lo que desea naturalmente. Y ese tal sería ligeramente de grande virtud, y ternía reparado gran parte del estrago causado del pecado, y obraría con mucha ligereza lo que en el cielo y en la tierra hace bienaventurados; esto es, que ternía gran vista de las grandezas de Dios; y amándolas se gozaría dellas, según que está dicho y se dirá más abajo.

SEXTO NOTABLE

El sexto Notable es del poder que tenemos para obrar con el más alto instrumento del ánimo, que es la voluntad; esto es, que nosotros podemos querer ó amar, ó dejar de querer ó amar cualquier cosa que quisiéremos y cuantas veces quisiéremos, y con la misma voluntad dar á nuestro obrar el fin que quisiéremos. Y este Notable es necesario cada instante de nuestra vida, y en gran manera y en especial contra los primeros movimientos.

Este sexto Notable debe ser muy notado y muy entendido y muy sabido, como un fundamento grande de todo lo que se ha de decir, y de toda la vida espiritual; y contiene una regla muy memorable fundada en la libertad de nuestro libre alvedrío, declaradora de lo que podemos obrar con la voluntad y avivadora del adormecimiento del alma. Y la regla es, que naturalmente está en manos de cuantos viven en el mundo querer ó dejar de querer cualquier cosa que quisieren ó les paresciere que deben querer ó no querer, y por el fin que quisieren ó cuantas veces quisieren.

Pongo desto ejemplo en una cosa, y de la manera desta será en todas las otras. Ser un hombre tenido en poco es una cosa que se puede querer, quiere decir, que quien quiera lo puede querer por dificultoso que le sea el inclinarse á quererlo; y aun puede quererlo por diversos fines, escogiendo dellos el que quisiere; porque lo puede querer, ó por alcanzar la humildad, y este es buen fin, ó por parescer algo al Hijo de Dios, que por nosotros fué menospreciado, y este es mejor fin, ó por disponerse por menosprecio para que Dios se sirva dél por caridad y amor perfecto, y este es aún más alto fin. Y dando la vuelta, pongo ejemplo del dejar de querer; y digo que cualquiera puede dejar de querer ó no querer ser tenido en algo, ó no querer ser amado particularmente, ó no querer ser estimado; y por los mismos fines que ya dije, aunque natural y viciosamente sea inclinado á ser tenido y estimado en mucho.

Y también notad que así como es en mano ó poder de cada uno querer ó dejar de querer, según está declarado, así está en su poder el querer ó no querer actualmente cuantas veces por bien tuviere al rato ó al día. Y tantas cuantas más veces inclinare la voluntad al querer ó no querer, tanto más presto destruirá los hábitos viciosos, y engendrará los virtuosos, allende que en cada inclinación de la voluntad hay singular merescimiento, si la tal inclinación es por placer á Dios, como se declara en el segundo Notable.

Y para mayor claridad de lo sobredicho notaremos que producir acto de querer lo que naturalmente aborrescemos es cuando, considerando que es Dios servido que lo queramos, inclinamos ó forzamos la voluntad á quererlo, como el enfermo quiere la purga amarga que le dará salud, aunque naturalmente la aborresce. Y acto de no querer lo que naturalmente deseamos es cuando, considerando que aquello no lo quiere Dios ni á nosotros cumple, inclinamos ó forzamos nuestra voluntad á que no lo quiera. Y será verdadero no querer, aunque quede alguna rebeldía de la sensualidad, en la manera que acaece al doliente que no quiere comer la vianda de que tiene apetito porque le es dañosa; y dale la vida el no quererla comer,

aunque no se le quite el apetito desordenado. Y desta manera está dicho que podemos producir actos de virtudes cuantas veces quisiéremos.

Y es de notar que, allende del continuo estudio que debemos tener en ejercitar la voluntad en querer las buenas cosas que devemos nosotros desear, y en dejar de querer las malas, para fabricar buenos hábitos y deshacer los malos, pero aún muy en especial cumple aprovecharnos cada rato deste Notable para refrenar los primeros movimientos, que aun á los muy virtuosos guerrean, ó en que nos detenemos ó consentimos á las veces, cuando el movimiento es de obra ó pensamiento de pecado venial, así como holgamos que sean algo estimados nuestros hechos y dichos, ó de las personas que según el mundo amamos, ó entristecernos ó dolernos de lo contrario, como injurias ó disfavores. En lo cual todo detenernos ó consentir, aunque no sea de suyo mortal, pero es tan dañoso cuanto sabe el que de verdad busca á Dios, porque con ella se embota ó agravia el alma para todo lo que debría hacer.

Debe, pues, el que desea siempre ser señor de sí mismo, y el poderoso de ligeramente bien obrar, dar lugar en el primero movimiento un golpe con la voluntad, queriendo las injurias y trabajos ó desdén ó sinsabor, ó cualquier contradicción que se nos ofrezca; contradicción con el tal querer al dolor que el primer movimiento traerá de las tales injurias y las otras cosas semejantes ya dichas; y dando la vuelta á los favores y honras y favores y contentamientos de alguna cosa vana, adonde se ofrecerá un movimiento de placer, debemos estar apercibidos para con la voluntad producir acto de no querer la tal cosa que naturalmente deseamos; porque haciéndolo así excusaremos liviandad y pecado, y haciéndolo muchas veces, quedaremos con excelentes hábitos, deshechos los malos; y en esto está la llave de nuestro reparo.

Notad aún también que muchas veces, por los malos hábitos ó costumbres, se os hará dificultoso el querer el bien, ó el no querer el mal, ó tomar un fin ó dejar otro; pero al cabo, como ya es dicho en el párrafo primero y segundo, está en nuestra mano, aunque á los principios produciréis tan flacos actos que os parecerá que ni es querer ni no querer; pero no dejéis de producirlos, porque poco á poco se hacen grandes; y aun cuando son chicos son harto meritorios al alma.

También os parescerá todo esto á los principios como nonada, pero así paresce nonada un nominativo á un principiante de gramática, pero con aquel nominativo y otro y otro poquito, etc., al cabo de un año habla y entiende cuanto quiere; y mucho más al cabo de dos, y así se hace perfecto gramático. Pero notad que cada día estudia, y muchas horas del día, y con mucho esfuerzo de su memoria y entendimiento, y todo lo ha menester; y mucho más es menester en la muy alta esciencia en que aprendemos á servir á Cristo; para lo cual no un hábito, pero muchos habemos menester de adquirir, como son hábito de caridad de Dios y del prójimo, y en especial del enemigo, y hábito de humildad y paciencia y abstinencia; de los cuales cada uno requiere más tiempo que ser gramático; de parte de tener plantados en nuestra alma otros hábitos muy contrarios destos, lo cual no tiene el que estudia Gramática ó otra ciencia.

Notad también que cuanto más vehementes ó fuertes actos fueren los que vuestra voluntad produce, tanto más presto ganaréis el hábito, como acontece entre dos de igual ingenio: saber el uno más en un año que el otro en dos, porque éste trabajó poco y el otro cuanto pudo.

Llamaremos vehemente ó intenso acto cuando se ofreciere alguna injuria, ó disfavor, ó abatimiento, no pensando, ó á lo menos no imagina de pensar si se ofreciere, si entonces inclinásemos fuertemente la voluntad á quererlo, tanto que nos gozásemos, porque con el tal gozo quedase nuestra alma muy domada contra lo que primero amaba, fuera del querer de Dios; y por el contrario, si alguna honra ó favor se nos ofreciere, inclinaremos fuertemente la voluntad á pesarnos porque la tal honra nos es algún disfavor para la humillación, que es camino de la humildad, que tanto Dios ama. Estos tales actos son de tanta fuerza, que pocos dellos harán tan excelente hábito de humildad y paciencia, aunque, según regla común, de muchos actos se hace un hábito. Y como se ha dicho destas virtudes se entiende de todas las otras.

Es también aquí de notar que sobre todo requiere nuestra flaqueza trabajar con mucha fuerza de desarraigar los vicios. Raíz de vicios llamaremos la más pequeña inclinación, y

mucho más la mayor, que en nosotros sintiéremos bullir contra cualquier cosa de las que en el santo evangelio nos están mandadas ó consejadas. Y trabajemos como hombres y hijos de Dios, porque por muy arraigadas que estén las tales raíces, tantas veces trabajemos que las arranquemos de la tierra de nuestra carne, como acontece cada día arrancando de tierra raíces de algunas plantas corporales, que no las arrancan del primero, ni del segundo ni del tercero tiro; y muchos más se requieren para arrancar el mal hábito vicioso, porque está muy más fuertemente plantado en el cuerpo y en el alma.

Este Notable ha sido de pocas palabras, pero notad que tales suelen ser todos los principios de las facultades ó artes; pero es de tanto provecho, que sólo éste basta para dar orden y manera de obrar, aunque ninguna otra arte se supiese; y es tan necesario saberle y entenderle muy enteramente, cuanto es menester el fundamento en todo fuerte edificio. Y sería liviandad pensar alcanzar la alteza de las virtudes por vía ordinaria sin la manera aquí puesta; y por no caer en ella, hartos han trabajado mucho y alcanzado pocos, como acaesce cada día en muchas cosas del mundo.

SÉPTIMO NOTABLE

Este séptimo y final notable declara por manera de práctica la manera de plantar y fabricar los buenos hábitos y desarraigar los malos con los sobredichos instrumentos, y en el ejercicio desto va la vida á los principiantes y aun á todos; y dice más, que para la conservación de la humildad quiso Dio que, aunque tengamos ya excelentes hábitos de virtudes, no sepamos si le es gracioso nuestro servicio ó si tenemos su gracia; y da una gran señal que nos convida á creer que tenemos esta gracia; y pone, en fin, la razón por qué algunas veces no alcanzamos alguna virtud de las que á nuestro parecer procuramos.

Es, pues, lo séptimo de notar del que compuestamente desea servir á tan gran Señor, que presupuesto ya que el estrago del ánima está en malos hábitos y el reparo en buenos, los cuales se hacen de muchos actos ó de pocos vehementes intensos, como en el párrafo quinto del precedente Notable se declaró, que como los hábitos estén en el alma, así los actos con que se engendran han de ser principalmente con los instrumentos del ánima, puesto que á las veces reciban ayuda de lo corporal.

Ejemplo: Quiere y desea un hombre tener una casa á su contentamiento; tiene dineros y aun materiales para ella; por más que piense y la desee, nunca la terná hasta que labre y junte un material con otro, según que es menester para formar la tal casa. Bien así desta manera es uno impaciente y querría repararse y cobrar hábito de paciencia; sepa este tal que por muchas injurias que le hagan de palabras y de obra, y aun por mucho que desee la tal paciencia, y aun por mucho que se esfuerce á callar de palabra y quedas las manos, nunca hará hábito de paciencia si no se ayuda principalmente con lo interior del ánima, moviendo muchas veces el entendimiento á considerar el gran bien de la paciencia y la voluntad como instrumento necesario para fabricarla, inclinando esa voluntad á querer ser injuriado y perseguido por el amor de aquel Señor, que á ello nos amonesta y lo sufrió por nosotros.

Habéis, pues, de plantar este hábito desta manera; y ayuda para aquí lo del sexto Notable. Ofresced á vuestro pensamiento qué sintiérades si tal ó tal injuria os hiciesen, representando alguna injuria que mucho aborrezcáis; veniros ha luego como un espanto della con el mal hábito que tenéis. Tomad vos luego y acordaos del mucho bien que hay en sufrir las tales injurias, y forzad vuestra voluntad á quererlas, y no dejéis de forzaros, aunque os parezca que va forzado, porque todavía lleva algo de voluntario; y tantas veces haréis actos semejantes, que crezca aquello que parecía poco voluntario, y vengáis á sufrir la injuria de voluntad y quedará hecho el hábito.

Este ejemplo puede aprovechar para hacer todos los hábitos, porque lo mismo que se ha dicho de la paciencia se puede decir de la humildad mudándole el nombre, lo mismo de la pobreza, lo mismo de la templanza y abstinencia; porque considerando el mucho bien que en estas virtudes hay, y forzando vuestra voluntad (como ya es dicho) á querer aquella pobreza y mengua de vianda, quedaréis con los hábitos de pobreza y abstinencia.

Y si consideráis ser voluntad de Dios que

os apartéis de los deleites torpes de la carne y forzáis vuestra voluntad á nunca quererlos y nunca detenernos en el pensamiento dellos, ni aun por breve espacio, quedaréis en breves días con excelente hábito de castidad; y desta manera puede uno estar santamente habituado.

Y notad que si, como se ha dicho, por solo ofrescimiento de la injuria el pensamiento se puede fabricar el tal hábito, muy mejor y más presto se fabricará si nos viene de hecho la tal injuria, ó cosa que nos parece estar algo corridos ó abatidos delante la gente con quien conversamos, si entonces forzamos la voluntad á quererla.

La razón desto es porque los actos de la voluntad, aceptante la injuria que tenemos presente, son más vehementes y por consiguiente más domadores del alma que los de la voluntad que acepta y quiere la injuria que se le ofresce ó piensa poderle venir; y pocos actos vehementes obran más que muchos remesos para fabricar hábito, según se declara en el párrafo quinto del precedente Notable; y debe notar mucho esto el que desea ser gran siervo de Dios, porque no debe decir ni pensar que hace lo que en sí es para alcanzar las mercedes y gracias de Dios, que no quiere y huelga que se ofrezcan las cosas con que más se puede disponer para esas mercedes, como son los ofrescimientos de injurias y menosprecios; pues que se requiere tan de necesidad para amenguar los vicios y hacer crescer las virtudes, para venir á la perfecta caridad, en la cual está todo bien y servicio perfecto.

Para todo esto sería mucho menester tener muy fortificada la voluntad con una gana de lo bueno y aborrescimiento de lo malo; para lo cual aprovecharán las muy altas consideraciones y razones de que los libros devotos están llenos; porque aquí, aunque se digan algunas, serán pocas, porque no se entiende, principalmente, sino dar forma ó arte como se pongan en obra esas virtudes, que en otras partes están escriptas con muchos loores, y como se destruirán muy de raíz los vicios que con muchos vituperios están reprobados, dejando todo lo demás por brevedad y por escripto en cada libro.

Paresció aún bien notar con lo sobredicho, por que siempre nos refrene algún temor, que por excelentes hábitos de virtudes que uno tenga, no por eso tiene certidumbre del bien verdadero, que es la gracia de Dios; la cual, aunque cierto se da cuando tenemos lo sobredicho ó que se dirá, pero nunca podemos nosotros ser ciertos por vía natural, cuando lo tenemos según que es voluntad de Dios que lo tengamos; y así no podemos tener certidumbre de la gracia. Y paresce que se podría decir que la mayor señal para creer que uno tiene la gracia de Dios es cuando así pensamos en las virtudes de que ya estamos habituados como pensaríamos más en las ajenas; esto es, que no se eleva más nuestro corazón, pero bendice á Dios, cuyo es todo bien, y así se goza de unas como de otras por la gloria y alabanza deste Dios, que en lo uno y en lo otro se manifiesta igualmente.

Párrafo tercero. Es aún, por la conclusión, de notar, por que no pongamos la culpa de nuestra flojura sobre lo que hemos, que si á alguno paresciere que procura algunas cosas de las que aquí se dicen que debemos hacer, y que no lo puede alcanzar, sepa que le viene porque deja de procurar otra de las que también se escriben. Así como si uno procurase mucho de no sentir las injurias que le son hechas, sin procurar ni trabajar de alcanzar el propio aborrescimiento de sí mismo, como está escripto en su lugar, poco aprovecharía, porque alteza en una virtud y flojedad en otra no lo sufre Dios.

SEGUNDA PARTE PRINCIPAL

DEL ARTE PARA SERVIR Á DIOS

Síguese la segunda parte principal del arte ó manera de algunos ejercicios que el siervo de Dios debe tener para reparo del ánima estragada.

Esta segunda parte se podría tanto extender cuanta es nuestra perdición; así que, según esto, podría ser casi sin término; pero será bien acortar en palabras por que nos quede más tiempo para el obrar.

El verdadero siervo de Dios, que ya en los precedentes Notables ha venido en algún conoscimiento del estrago de su alma y de los grandes poderes ó instrumentos que tiene para remediarla, y del arte con que se ha de

aprovechar de esos poderes, con otras cosas que muy necesariamente se requieren, será bien que se ejercite en las cosas que son menester para el reparo que ha menester para estar bien dispuesto. Y debe luego en principio ocuparse en deshacer todo lo malo que en su alma hubiere, que son los pecados, porque, queriendo hacer algún servicio, no haya en él cosa que ofenda los ojos de tan gran Majestad.

Y hecho esto, debe también adornar y componer su alma de los hábitos y virtudes con que más graciosa pueda parescer en su servir; y destas cosas se ha de proveer manera en esta segunda parte, y diránse en los dos capítulos primeros dos cosas para remediar ó deshacer los pecados; y después en los siete capítulos siguientes se dirán otras para adornar el alma con todo aparato, y pornáse en principio de cada capítulo un sumario de lo que en él se contiene.

CAPÍTULO PRIMERO

De la contrición.

De lo que se requiere primero para remediar el estrago del ánima; lo cual es dolor verdadero del pecado, para lo cual se declara la gran maldad dél y luego la manera ó arte de haber el tal dolor.

Quien á tan alto Señor tiene ofendido con crueles traiciones y le quiere servir, justo es que en principio procure perdón, y de tal manera cual más le torne su gracia y amistad de su Señor; y porque no anduviésemos desconfiados ó sin pensamiento de hallar remedio, como lo requiere nuestra gran maldad, provee Su Majestad, y con remedio que sea ligero, como quien desea lo que nos cumple: y es el remedio que tengamos pena de las traiciones y ofensas que pecando cometimos, y tan presto serán olvidados delante de Dios nuestros males cuan presto fuere la pena y dolor en nuestro corazón.

La maldad del pecado es tanta, que todo el dolor y lágrimas de los del mundo no son bastantes para deshacerle, y mucho menos bastará el dolor ó lágrimas de uno solo; pero la piedad de nuestro clementísimo Señor es tanta, que se contenta que á cada uno le pese de sus pecados de corazón entero, y él suple de su parte todo lo mucho más que es menester para cumplido remedio; esto es, su gracia, la cual cierto da haciendo cada uno lo que en sí es. Justo es el dolor del pecado, pues que ninguno hay á quien naturalmente no pese de haber hecho algo de donde le viene ó le puede venir algún mal ó perder algún bien.

El pecado hace perder el bien infinito, que es Dios. Hace perder la gracia, en quien están todas nuestras riquezas. Hace que quien en él muere sea siempre desheredado del reino de los cielos y sepultado en las cuevas infernales; y verdaderamente muy justamente es debido tanto mal á quien ofende y comete traición pecando contra el muy alto Dios, que quiso morir por darnos la vida. Hace tanto mal el pecado cuanto conoscerá sin leerlo el que por muchos días le hubiere llorado de verdad; y cuanto conoscerá, aunque lo lea y crea, el que no le hubiere llorado; y por esto y porque los libros están llenos de lo pertenesciente á este punto abrevio en ello.

Debe ser muy más luengo nuestro dolor que cuantas palabras nos lo muestran escripto, pues que tan bueno es el Señor á quien ofendimos, y tan dignísimo de ser siempre servido y nunca ofendido, cuya ofensa y enojo sobre todo nos debe lastimar y cuyo querer y bondad sobre todo nos debe mover á deshacer nuestros males llorando; porque así deshechos, Su Majestad se sirva de nosotros. Y para este fin que nos deve mover á llorar es menester el segundo Notable.

La manera de haber este dolor, usando de arte si el corazón se hallare duro, es de nuestra parte que, representando en nuestra ánima el mal que del pecado viene, de lo cual ya vimos, nos esforcemos con la voluntad á no querer haberle cometido y á no querer que Dios hubiera sido ofendido. Y este acto de la voluntad, que es no querer, debemos procurar de producirle muchas veces generalmente, y otras discurriendo de una especie de pecado en otra y con el mayor esfuerzo de pena que pudiéremos, aunque nos pareza alguna vez no tener dolor sensual, porque este sensual no es en nuestra mano, ni necesario, aunque es muy sancto; y Dios, en cuya mano es darle, nos le dará si nosotros tomamos muchas veces, como dije, el que podemos.

Y en este dolor se debe ocupar un mes ó dos á lo menos el que comienza de servir á Dios.

CAPÍTULO II

Del propio aborrescimiento.

De lo que se requiere para destruir el estrago y malas costumbres del alma, y habla del propio aborrescimiento de nosotros mismos (y es muy notable), donde se ponen tres cosas dignas de mención. La una es de la manera como se debe cada uno aborrecer con un buen ejemplo. La otra por qué se debe aborrecer. La otra y tercera se compadesce con caridad el tal aborrescimiento.

La segunda cosa para destruir la corrupción y malos hábitos de nuestra alma, y en que sobre todo otro ejercicio nos va la vida, para venir al verdadero amor con que Dios se sirve, es el propio aborrescimiento, porque del propio amor vienen infinitos males, y destos tantos se engendran los perversos hábitos; y así, cerrando nuestro amor propio por la entrada del santo aborrescimiento que el santo evangelio en muchas partes nos amonesta, quedará destruído todo pecado y mal hábito.

Y porque este propio aborrescimiento es una cosa que parece espantar, por el naturalísimo amor que cada uno se tiene, y aun obligación de amarse más que al mismo todo, será bien ver aquí algunas cosas cerca deste punto.

Lo primero es la manera con que cada uno se debe aborrecer. Lo segundo, por qué se debe aborrecer. Lo tercero, cómo se compadece tal aborrecimiento con verdadera caridad, la cual comienza de sí mismo.

Párrafo segundo. Y brevemente respondiendo lo que puede bastar, digo á lo primero, habiendo aquí por presupuesto la regla del sexto Notable, que la manera de aborrescerse cada uno es que ninguna cosa placentera quiera, ni desee, ni tome para sí, salvo lo que puede dejar de querer ó desear ó tomar sin ofender á Dios. Y cuando la tal cosa tomare, por no poderla dejar sin culpa, sea con dolor de su parte; esto es, que considerando cuán desmerecedor es de todo placer por sus pecados, le pese de recibirlo; pero en cuanto Dios lo quiere, lo reciba con gozo.

Ejemplo: Comer, dormir ó semejante cosa que trae algún placer nunca lo toméis, ni lo queráis, ni lo deseéis por vuestra consolación ó por satisfacer á vuestro apetito; pero asentad en vos con voluntad muy firme que no lo tomaríades salvo porque Dios quiere que lo toméis. Y para hacer ó tener esta voluntad muy firme son menester los actos del párrafo segundo del sexto Notable.

Conoceréis que lo tenéis y hacéis cuando tanto tomáis destas cosas y en aquella manera como creéis que Dios quiere que lo toméis ó deseéis. Quiere Dios que toméis lo necesario en cantidad y calidad. En cantidad quiere decir lo que buena y no fingidamente habéis menester para estar dispuesto y recio para su servicio. En calidad quiere decir que con todo esfuerzo procuréis de desechar todo sabor, salvo si también alguna vez fuese menester para remediar vuestra flaqueza. Siempre en las tales y semejantes cosas sería bien tomar algo de menos, aun cuando nos paresce haberlo menester, porque muchas veces engaña el amor demasiado y pocas el propio aborrescimiento. Para esto aprovecha, como Sant Buenaventura dice, la propia experiencia con voluntad devota.

Aun es menester, junto con lo sobredicho de la manera en que cada uno se deve aborrecer, que todos los trabajos ó sinsabores que se pudieren hacer, querer y desear, que todos los tome, quiera y desee que sean hechos con tal que no sean contra voluntad de Dios, ó con tal que no sean ocasión de algún daño espiritual ó corporal. Y para esto es menester tiento grande y consejo mucho de personas aprobadas en discreción y vida y miedo continuo de ser engañados so color de bien, porque escripto está: No queráis creer á todo espíritu. Y sobre todo da mucha claridad en todo esto la lumbre del Espíritu Santo, la cual cierto se dará á quien con humildad lo procurare.

Párrafo tercero. Aun es menester, junto con lo sobredicho, si queremos aborrescernos en gloriosa manera, que no solamente dejemos toda cosa placentera y deseemos todo sinsabor, según se acaba de decir; pero que estemos muy sobre aviso para gozarnos, teniendo por grande merced de Dios, cuando los tales sinsabores y quitamiento de cosas placenteras y aun necesarias nos vinieren de mano ajena, la cual suele más lastimar con sns golpes que la propia; y en especial pareciéndonos que el que así nos trate mal lo hace con indiscreta ó maliciosa intención; lo cual, puesto que no lo debamos juzgar sin manifiestas señales y aun no con entera determinación, y puesto también que nos debamos doler mucho de la culpa del perseguidor, te-

niéndole entrañable amor como á persona de quien recibimos beneficio señalado; pero cuando ya claramente lo viéremos, debemos estar muy sobre aviso para que no se nos pierda joya ó merced tan preciosa; pero considerando las razones por qué se debe cada uno aborrecer, como se dice en el siguiente párrafo, acuda presto con la voluntad, produciendo mil actos de querer y aceptar el tal menosprecio y persecución que nos es hecha; lo cual haciendo, quedaremos enriquecidos del odio santo tras que andamos.

Todo lo sobredicho nos enseñó por palabra y por ejemplo Cristo, nuestro soberano Maestro, cuya santísima ánima, aunque nunca tuvo llaga de pecado, ni por consiguiente hubo menester tratar su precioso cuerpo con aborrescimiento de aspereza; pero quiso, por nuevo ejemplo y favor, menospreciar todo lo deleitoso y consentir de ser perseguido y maltratado más que todos, como paresce manifiestamente en el santo Evangelio, por que mirásemos cuánto devríamos nosotros hacer por alcanzarlo, pues tanto lo habemos menester, y pues que tanto quiso Su Majestad sufrir por inducirnos á ello con su ejemplo. Y esto quiere decir lo que Sant Pedro escribe en su epístola: *Christus pro nobis passus est, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia eius.*

Pues abramos los ojos por Dios y miremos qué justicia es que nuestro Dios y Señor haya sido tan mal tratado, injuriado y perseguido por nuestras culpas y para nuestra doctrina, y que nosotros tan sin vergüenza le desamparemos, y no solamente no suframos de hecho injuria ni pena por su servicio, pero ni aun tengamos voluntad de sufrirlo, ni estudiemos en ello, ni lo deseemos, ni aun queremos que nos hable en ello.

Cierto como sería cosa para burlar llamarse uno estudiante en Teología y querer ser reputado teólogo sin ocuparse en el estudio della, ó siquiera en desearla saber con algún comienzo para ello, así es cosa de burlar que se tenga por siervo de Dios, ó esté en congregación religiosa, que es escuela diputada para estudio de virtudes, quien este santo aborrescimiento no procura y estudia de alcanzar, y en especial teniendo siempre presente tan alto Maestro que nos lo enseña.

Miren, pues, esto si por ventura hay algunos descuidados en las escuelas de la Religión, y sepan en verdad no pertenescerles el nombre de religiosos si no estudian su doctrina de tan alto Maestro, por palabra y ejemplo enseñada. Y en verdad, si otra cosa no nos moviese á este estudio sino querer parecer ó remedar á este gran Maestro, Hijo de Dios poderoso y Señor nuestro, esto sólo nos debría bastar para que sin más razones caminásemos con grande amor por camino donde tan alto Señor va; pues somos ciertos que ni puede errar en el camino, ni le puede faltar el término de muy alta gloria.

Y del arte para alcanzar esto proveerse ha cuasi en fin del párrafo siguiente. Pero para más enteramente poder alcanzarlo, no tenemos aquí al presente una cosa, que leída de presto parecerá pequeña y vista de espacio parescerá de alto valor, y es que el más continuo ejercicio que nos cumple tener para venir á este santo aborrescimiento es perseguir siempre nuestros infinitos y menudos propios quereres, que tenemos cada momento si miramos en ello; y la manera de perseguirlos debe ser como quien acecha á un gran enemigo, y así nosotros debemos mirar con gran cuidado si por ventura queremos algo que no sea de Dios ó para Dios. Y en el punto que sintiéremos acaescer algo de que holgamos fuera de Dios, luego debemos inclinar la voluntad á contradecir y no quererlo con el poder que para ello tenemos según el sexto Notable; y en el punto que sintiéremos acaecer algo de que nos pese, luego debemos inclinar la voluntad á quererlo.

Y cierto quien esto mucho ejercitare alcanzará muy más presto el santo aborrescimiento, y con él un señorío tan grande cual no se puede declarar con palabras, hasta que plega al Señor que le tengamos. Otra vez digo que se lea y obre esto con grandísima diligencia, porque cierto se contiene en ello una llave muy secreta y llena de guardas para la muy alta perfección.

Párrafo cuarto. A lo segundo, que es por qué se debe cada uno aborrescer, aunque debe bastar por respuesta lo que nuestro Redemptor dice, que quien no se aborresciere no puede ser su discípulo, y que si alguno quisiere ir en pos dél que niegue á sí mismo; pero para mayor claridad y contentamiento de quien poco siente, notaremos por muchas cosas nos es la vida y nos demanda Dios el aborrescimiento de nosotros mismos.

Lo primero, y que debía bastar por segun-

do y postrero, es que todo cuanto mal tenemos y cuanta falta de bien y virtud, todo nasce de aquella parte de donde no nos aborrescemos. Pruébase, porque todo este mal ó falta de bien nos viene de alguna cosa que amamos ó deseamos contra ó fuera de los mandamientos ó consejos de nuestro Señor.

Sea aún lo segundo porque nos debemos aborrescer, porque, pues habemos sido traidores á Dios pecando, es justo que hagamos toda la satisfacción que pudiéremos; y pues debemos satisfacer mucho según la maldad de nuestro pecado, y podemos poco, debemos á lo menos aborrescernos, como ya es dicho, y querer que todos nos aborrezcan en la manera que pueden sin pecar, por que así satisfagamos á Dios, pues que de otra maneran no bastan nuestras fuerzas.

Si me preguntáis qué traición es la que el pecador cometió, respondo que es la mayor de las traiciones, porque es dar la muerte ó quitar la vida á su Señor; y que esto haga el pecador, Sant Pablo lo dice cuando afirma que otra vez crucifican á Cristo; entiéndese por una vida espiritual, con que vive vivificando las almas y obrando con ellas obras de vida, según está escripto que todas nuestras obras obró Dios en nosotros. Desta manera vive Dios en cualquier justo; pues según esto, como no viva desta manera en el pecador, clara verdad es que le mata pecando. Cuánta traición y maldad sea ésta, y cuán encerradora de males, péselo quien bien siente.

Sea aún lo tercero por qué nos debemos aborrescer, y esto es más alto, porque, vaciada nuestra ánima de nuestro propio amor tanto cuanto Dios quiere, sea llena de ese mismo Dios, cuya bondad no sufría vernos vacíos de nuestro amor y no henchirnos del suyo.

Dije ser esto lo más alto que nos debía mover á nuestro propio aborrescimiento, porque ninguna cosa puede ser tan bien cumplida según se dice en el párrafo siete del capítulo del amor de Dios, cuanto que aborrezcamos todos nuestros sensuales quereres, por que así reine en nuestra voluntad el muy alto querer de Dios, que es ese mismo Dios, y esta es la mayor alteza que podemos acá tener. O, pues, por reverencia de Dios y por el infinito deseo que de bueno tiene de nuestra alteza, y por el natural deseo que del muy alto bien tenemos todos, no seamos descuidados, mas demos mil vueltas, sotilizando maneras de santamente aborrescernos para alcanzar tan grande y perpetua riqueza. Y pues nuestra cobardía no basta para maltratarnos según devemos, deseemos y consintamos con grande amor ser corridos y perseguidos nosotros, porque no es otra cosa la persecución sino una fragua ó martillo con que se quita el orín y escoria de nuestra ánima, ó una lancetada ó botón de fuego dado en el ánima para desemponzoñarla del propio amor, que nos tiene enconados para todo bien; por que, así desenconados, podamos obrar la muy alta obra de Dios, que es su amor.

Demos, pues, mil saltos de placer cuando fuéremos maltratados con injurias y sinrazones, y clamemos con grande amor de Dios y de nuestro perseguidor, diciendo: *Unde hoc mihi*, que tenga yo en la tierra quien así desemponzoña mi ánima, y me sea ocasión para enriquecer en las muy altas riquezas de Dios? Miremos que por gran dicha se tiene acertar con cirujano que nos cure de las llagas del cuerpo, aunque no sin toques que nos lleguen á lo vivo del ánima; pues cierto es muy más crecida dicha acertar en compañía de quien nos maltratare sin razón y nos quite lo que hemos menester; pues que si lo abrazamos de voluntad, quedamos sanos de la mortífera ponzoña de nuestro amor.

O bienaventurado quien esto sintiere y deseare, procurándolo con vivo y continuo estudio! O más bienaventurado el que cuando se viere en el combate esa persecución, tragare los tragos amargos della, por alcanzar y tener este amor! O muy más bienaventurado el que por mucho ejercicio estuviere tan adiestrado en la grandeza de este suavísimo aborrescimiento, que, aunque según natural inclinación sea muy penosa la persecución, pero el encendido apetito de crecer en el amor de Dios se lo torna en tanto dulzor cuanto suele traer lo que con mucho sabor deseamos!

Y del arte que se requiere de nuestra parte para alcanzar esto se escribe abajo en el párrafo cuarto del capítulo sexto, que habla de la humildad, la cual es fundamento de todo esto; pero aún será bien que al presente se provea con más esforzada plática del arte que para alcanzar este odio santo se requiere, por ser cosa tan usada.

Para lo cual notaremos que cumple estar muy sobre aviso que al tiempo de inclinar la voluntad á querer la tal persecución no debemos ofrecer luego ante nuestros ojos esa persecución, forzándonos á quererla; porque aceptar voluntariamente la persecución, cuando está presente ó muy reciente, sería muy dificultoso, si no fuéremos prevenidos de la unción del Espíritu Santo; pero hagamos desta manera, usando de arte ó santa manera.

Acaece sernos hecha alguna injuria sin razón y muy penosa, y heisnos puestos en aprieto de muerte, porque á la sensualidad en tal caso no le queda vida, la pobrecita de la razón no está tan señora como devría, y compadécese della como de hermana mayor, enemiga. El demonio, que no duerme, usa de la artillería de su poderosa maldad para encendernos en mayor sentimiento de la persecución; pues fiel es Dios, dice Sant Pablo, que no permitirá daros mayor encuentro del que pudiéredes sufrir sin caer.

Pero cumple ahora ver lo que de nuestra parte podemos y debemos hacer en tal afrenta con ayuda de nuestro gran Dios, y es que, estando así la injuria presente ó cercana, la olvidemos cuanto pudiéremos por algún brevecito espacio; y en ese mismo espacio, levantemos los ojos de nuestra consideración á pensar la riqueza infinita que se contiene amar á Dios, de que se dice abajo en la tercera parte; y que en esta consideración inclinemos la voluntad á enamorarse de tan alto bien como es este amor; y estando así enamorados y codiciosos de tan gran riqueza, tornemos á inclinar la voluntad á la casi olvidada y presente persecución; y reputando ser tan necesaria, como dicho es, para alcanzar la riqueza del amor, querámosla fuertemente por la libertad que tenemos de querer cualquier cosa, según la regla del sexto Notable.

Y esta manera no es de dudar, sino que, emblandecida la voluntad y fortificada con el premio del amor y gloria que le verná, estará muy aparejada para ser inclinada y traída á querer la tal persecución que primero nos espantaba; y cierto con algunas veces que lo usemos, como es dicho, quedaremos tan bien acostumbrados, que lo que antes nos parecía sobre toda naturaleza, ya lo hagamos con gracioso sabor.

Otra vez me parece decir que se note esto que aquí se ha proveído en forma de arte, porque es algo dificultoso de entender y obrar, y es gran punto para todo este capítulo, y para el capítulo de la humildad y de la paciencia y de las pasiones del ánima, y para el capítulo de nuestro propio amor, y para cualquier dificultad ó trabajo interior ó exterior que se nos ofrezca, y en suma, para todo el arte de servir á Dios.

A lo tercero, que es cómo se compadece con verdadera caridad aborrecerse hombre á sí mismo, respondo que no sólo se compadece, pero nunca llegaremos á lo más alto de la caridad hasta que nos aborrezcamos; porque en el punto que uno se aborrece en la manera que arriba se dijo, luego y no antes tiene consigo todo el amor que cumple tenerse, y que le es muy provechoso y glorioso, y cual Dios quiere que nos tengamos; esto es, que tiene el amor de Dios y de las virtudes y gloria de todo lo que á ello le traen. Y este tal amor no consiente llegar á sí vicio ninguno, por mucho que á él seamos inclinados; y así, negando á nos mismos el mal que por mala inclinación deseamos, aborresciéndonos en quitar á nosotros mismos el mal que deseamos, somos llenos del verdadero y santo amor. Desto se dirá abajo en el capítulo nueve, y en el capítulo del amor de sí mismo.

CAPÍTULO III

De tres cosas necesarias para adornar el alma.

El capítulo tercero declara qué cosa es concordia de la sensualidad y de la razón; y pone tres cosas generalmente que son menester para componer y adornar el ánima que ha de servir á Dios, y que se va ya reparando algo con las dos cosas precedentes.

Para mayor declaración y entrada de lo que de las virtudes y algunas cosas que para ornamento del ánima se ha de decir, notaremos que aquél terná compuesta y adornada su ánima que tuviere concordes sus apetitos naturales con la razón y con las leyes del muy Alto. Y no es otra cosa esta concordia, sino un amontonamiento de virtudes, que asentadas cada cual en el lugar que en el ánima le pertenece, la hermosean y gobiernan, como á su santa dignidad pertenece, sosegando los falsos y malos apetitos que del pecado se le habían pegado, y disponiéndola para obedecer y servir graciosamente y sin rebeldía á la voluntad del Señor que la crió.

Será bien, pues que así es, ver qué arte ó manera ternemos para alcanzar estas virtudes, diciendo algo de alguna dellas, y de algunas cosas que también se requieren para las alcanzar.

Y según de nuestra verdad evangélica y de los doctores santos se colige, á tres cosas podemos reducir al presente las que se requieren y en que se debe ocupar de contino el que tan alta compostura quiere alcanzar. Lo primero, en demandar socorro y ayuda á quien más puede que él, pues que fuerzas humanas son flacas para tan gran cosa; y para esto es la oración. Lo segundo, en fabricar con muchos actos particulares, como con materiales, estos actos de virtudes. Lo tercero, en tener á rienda ó guiar con buen tiento las pasiones naturales que hay en todos los hombres, que llaman los teólogos y filósofos gozo y tristeza, esperanza y temor.

Veamos, pues, de todas estas tres cosas, según en los siguientes seis capítulos se dirá, y siempre teniendo en la memoria los Notables de la primera parte, que han de ser aquí cada rato menester.

CAPÍTULO IV

De la oración.

De la oración con que se debe demandar socorro para hermosear el alma con la compostura de las virtudes, y por qué quiso Dios que le demandásemos, y qué ha de tener la oración para que de nuestra parte sea excelente, con grandes doctrinas en la materia de oración, en especial un hermoso y largo ejemplo declarador de grandes cosas: y provéese también á una tibieza que á los otros oradores se ofrecera al principio, y en fin del capítulo pone un aviso memorable

Quiso nuestro muy alto Dios dejarnos necesitados de su socorro sobrenatural, pues que las mercedes para que nos crió son sobrenaturales; y aun quiso que se lo demandásemos, no porque no tiene mayor gana de darlo que nosotros de tomarlo, pero por que poseamos con mayor gloria lo que alcanzáremos con trabajo de pedirlo; y aun por otra razón, y es porque no solamente de parte de la oración nos hagamos algo merecedores de lo que pedimos, pidiendo según devemos, pero porque en cuanto pedidores importunos nos representamos muchas veces delante el Señor á quien pedimos; y presentados delante dél, vengamos en conocimiento de su grandeza; porque cuanto más presente tenemos

la cosa, tanto más se imprime el conocimiento della; y cuanto más conocimiento tuviéremos de su grandeza y soberanas excelencias, tanto más nos holguemos con él; y cuanto más nos holgáremos y le conociéremos, tanto más le amemos; y cuanto más le amáremos y conociéremos, tanto más resplandezca en nuestras almas la luz de su verdad; y cuanto más esta luz resplandeciere con su amor, tanto más todo lo que no es Dios ó enderezado á Dios sea reputado nada en nuestros ojos, y tanto más aborrezcamos todo mal, y tanto más nos abracemos con toda virtud y nos alleguemos á ese mismo Dios.

De donde paresce claro que la oración por diversas razones es muy cierto camino para alcanzar cuanto hubiéremos menester, y para llevarnos á la alteza del amor para que nascimos.

Debéis tener la oración, ó la necesidad que de la oración tenemos, por una prenda que Dios quiso tener de nosotros para tenernos cerca de sí, porque sabía cierto cuánto bien se nos podría recrecer de su presencia, y cuán cierto fuera nuestro olvido, si tanto no le hubiéramos menester.

Párrafo segundo. Habéis ahora de notar que la excelencia de la oración, para que, siendo excelente, sea muy meritoria y imperatoria, no tanto está en que lo que pedimos sea cosa excelente, cuanto está en que sea con excelente motivo del que ora. Y si el motivo es igual demandando el paraíso y cuando demandamos pan para comer y salud para el cuerpo, llamarse ha igual en merecimiento la oración, aunque de parte de la cosa demandada sea mayor una oración que otra, y sea mayor cosa la que se alcanza en una oración que en otra. Y entonces será alguno excelente orador cuando todas las cosas espirituales y corporales, propias y ajenas, que deseare, todas las pide á Dios con excelente motivo.

Párrafo tercero. El motivo que nos debe mover á pedir, es creer que Dios Nuestro Señor quiere que hagamos aquello que pedimos; y quiere que se lo pidamos, para que mediante nuestra demanda lo merezcamos algo, como ya se declaró; y mediante el alcanzarlo estemos con ello más dispuestos para su servicio. Porque bienaventurado es el pan que come, para que comiendo viva el que, viviendo, se entiende siempre ocupar en cre-

cer en el amor de la gloria de su Dios; y así el pedir el pan y todo lo demás con este motivo es de alto merecimiento; y así debemos también tener, que si pensásemos que Dios no es servido que alcancemos alguna cosa que mucho deseamos, que en cuanto en nos fuese luego dejaríamos de desearla y demandarla.

En manera, pues, que como el hambriento comúnmente es movido á pedir de comer por la hambre que tiene, así el verdadero orador debe demandar de comer, y gracia y virtudes y gloria; no principalmente porque él tiene hambre dello, pero porque Dios Nuestro Señor tiene hambre, y quiere que hagamos tales cosas, y espera nuestra demanda para dárnoslas. En manera que más me ha de hacer desear y pedir mi bien la gana que Dios tiene que lo tenga, que no el gozo ó gloria que de tal bien espero que se me seguirá.

La manera, pues, de orar ha de ser que, habituada nuestra alma á querer todo lo que Dios quiere más que todas las cosas, y ejercitados en infinitas veces quererlas actualmente así, no principalmente por nuestro bien, pero porque su tan excelente querer es dignísimo de ser querido sobre todo querer, todo cuanto le demandáremos vaya enforrado en tal hábito; y cada punto de lo que oráremos vaya cosido con actualmente querer y desear todo lo que demandamos, porque él quiere que lo tengamos, por que con ello seamos hechos mayores siervos suyos y con más amor. Bienaventurado quien así orare, porque en breves días será hecho hombre valiente, esforzado y poderoso.

Para todo lo sobredicho se requiere mucho tener muy bien sabidos y mejor obrados el segundo y sexto Notable.

Párrafo cuarto. Vista, pues, ya la manera del orar, pareció que sería bien poner aquí un ejemplo en que mostrase más claro todo lo dicho; porque yo he visto algunas personas espirituales que á su pesar oraban con este motivo, y no era así, y venían ellos en conocimiento de su falta con este ejemplo ó otro semejante.

Desea alguno alguna virtud ó gracia para algún bien, acuérdase que Nuestro Señor dice que le demandemos lo que hubiéremos menester; pide instantemente y con harto conocimiento de su poquedad, y persevera en esta manera de demandar, y siente en su demanda sentimientos devotos y amor de Dios; piensan, como dije, algunos devotos que esta oración va hecha con perfecto motivo, y no es así, puesto que es buena y devota oración.

Si preguntan qué le falta, respondo que falta ser demandado por amor, aunque sea demandado con amor. Quiere decir que no basta para perfecto motivo del que ora que ame, con todo lo demás, pero que sea movido del mismo amor de Dios á pedir la cosa, y no del amor de la cosa deseada; aunque el amor de la cosa deseada y pedida se puede tener con gran perfección y merescimiento, refiriéndolo actualmente á amarlo porque Dios quiere que lo amemos, lo cual ya es otra cosa que casi sale del propósito de orar.

Considerando, pues, esto, muchos han venido en conocimiento que estaba escondido el querer y amor propio so el nombre del querer y amor de Dios; y que, aunque era verdad que amaban á Dios, pero que no eran movidos actualmente deste amor cuando oraban, pero del amor propio (aunque no mal amor), el cual les hacía desear lo que pedían por ser cosa buena.

Esto se entenderá mejor por lo que acontece cada rato entre los que se quieren bien, que se demandan algo el uno al otro, y demandándolo con amor que se tienen, el que lo demanda no lo demanda por amor de aquel su amigo á quien lo pide, sino por amor y provecho de sí mismo que lo pide; y desta manera se dice arriba que debemos pedir á Dios, pero que pidamos con amor y por amor; esto es, que sintamos actualmente en nosotros un deseo de alcanzar lo que pedimos, por que así se sirva Dios más de nosotros con ello.

Grande tiento es menester para saber diferenciar estos amores, y va la vida en saberlo; y muchos han pensado que atinaban bien, y abriendo los ojos con más claridad, hallaban que eran imaginaciones de verdadero amor, pero que estaban lejos de lo cierto.

Aquél debe creer que va bien en derecho, que entrare por regla continua y se arrimare á un deseo actual de alcanzar, orando, tantas y tales virtudes que, adornado dellas, Dios tome gozo de verle, y él crezca altamente en su amor; y el que viere tan claro que le mueve esto cuán claro se puede ver en el ejemplo que está puesto arriba en el segundo

Notable, del que busca para su amigo la vianda ó medicina que para sí ha menester, olvidado de sí mismo y de su menester propio.

Quien esto tuviere y demandare perdón de sus pecados, ó le pesare dellos, más le moverá un dolor de ver en su alma cosa que ofenda al Señor Dios, y un deseo de verla limpia para que ese Señor se sirva della, que no un descontentamiento que suele nacer de vernos desconcertados y apartados de la consolación espiritual que solíamos tener ó deseábamos, ó por otros temores. Y asimismo se puede ejemplificar de cuantas cosas demandamos, en que importunamos mucho, como quien quiere escapar de algún trabajo ó alcanzar algún bien; porque debe bullir en nuestro corazón un deseo de escapar de aquel trabajo, no principalmente por la pena del trabajo, pero porque no nos embargue de servir á Dios, y con voluntad entera y no fingida; que si en alguna manera á nos escondida se sirve algún día de nuestro trabajo, que se cumpla su voluntad; y que este cumplimiento de su voluntad en nuestro trabajo sea á nosotros gozoso, alegrándonos porque en ellos sirve Dios de nosotros; lo mismo digo del bien que deseáis alcanzar, y demandáis que sea no por vuestro consuelo, sino que sintáis en vuestra ánima un agüijón que bulle y lo haga desear; por que, teniendo aquel bien, tengáis mayor aliento para tener vuestra ánima con Dios por muy excelente amor.

Párrafo quinto. Grandes actos y muy espesos son menester para esto, de los que se escriben en el segundo y sexto Notable; y á los principios parecerá que no solamente no crecemos en devoción, pero aun que perdemos la que teníamos, y sentirá desto gran desconsuelo el ánima flaca y nueva en obra tan alta; pero debe proseguir varonilmente este ejercicio, porque es muy alto; y no le espante la poquedad ó mengua de devoción que dije que sentiría; porque sin duda aun en los principios que sintiere aquella tibieza merescerá mucho más que otros tiempos, cuando le parescía tener mayor sabor; porque este sabor solía nacer de amor propio, aunque no malo; el cual se debe dejar, por que en todo nos ocupemos en el amor de Dios, que es más alto. Y como nacía de nuestro amor, que era grande, era grande el sabor; pero desechando éste nuestro y tomando sólo el amor de Dios, del cual tenemos muy poquito, en los principios hallamos muy poco sabor ó devoción, por la poquedad del amor; pero cuando fuéremos creciendo en este alto amor, crescerá el sabor y devoción.

Buen ejemplo paresce para esto uno que algunas veces experimentamos, y es que acaece estar dos leños juntos ardiendo, de los cuales el uno está muy seco y encendido y el otro no tanto; pero el grande encendimiento del uno hace al otro, que está verde y no tan encendido, parescer que arde mucho; pero si los apartan uno del otro, queda el no tan encendido casi sin llama ó ardor; y si quiere que del todo no se muera, cumple ayudarle, ó soplándole y alentándole, ó llegándole el otro leño encendido en cuya compañía ardía.

Bien así el amor que tenemos con Dios, como no esté muy encendido, pero juntando con el amor que á nosotros tenemos, parece arder y que obramos grandes cosas por él; pero si apartamos el nuestro, luego se ve la flaqueza qne de ese amor de Dios tenemos, porque casi no luce nada, antes paresce que quedamos resfriados.

Cumple, pues, esforzarle con muchos actos valientes, y aun socorrerle con la consideración de las cosas que nos suelen ser dulces según nuestro propio bien y amor, como consideración de gran bien y gloria y consolación que esperamos que nos verná; y que también escaparemos de grandes males, que naturalmente aborrescemos; y con tales soplos de nuestro amor, es de creer que tomará fuerzas y crecerá poco á poco la llama ó encendimiento del amor de Dios, por la mayor fuerza con que nos allegáremos á él esforzados de nuestro propio amor, según es dicho.

Cumple, empero, esforzarnos mucho á haber grandes y esforzados actos en todo lo sobredicho, los cuales engendren en nosotros tan esforzado amor de sólo Dios cuanto solía ser el que solíamos tener de nuestro amor que era grande y fuerte y dulce, junto con el amor de Dios que era muy poquito; lo cual debemos procurar hasta que ya sintamos tanto sabor en pedir ser libres de nuestras angustias por sólo mejor servir á Dios, según es dicho, como solíamos pedir traídos de la gana de ser libres del trabajo que nos fatigaba: quien lo hiciere así podrá con razón pensar que tiene el verdadero y puro amor

de Dios. Grande vuelta es ésta y mudanza de la diestra del muy alto. Bienaventurado quien la gustare en la tierra, porque comenzará á morar en los castos que se alcanzan en la gloria eterna.

Párrafo sexto. Cumple mucho para lo sobredicho que, cuando oráremos, estemos sobre el aviso, hasta que estemos ya muy habituados á tal manera de orar; y en cada demanda examinemos si nos mueve á demandar y desear lo que pedimos el amor de Dios, ó el amor que tenemos á aquel bien que demandamos; y en ninguna manera pasemos de una demanda hasta que hayamos inclinado la voluntad á quererla, porque Dios quiere que la queramos y es dello servido; y si en esto somos negligentes, no hay esperanza de nuestro crescimiento en el buen hábito de orar.

Ejemplo. Pedís así: *Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomem tuum.* En esta primera demanda se pide que el nombre de Dios sea estimado y querido en nosotros sin mezcla de cosa terrenal que con él amemos. Esta demanda es tan alta, que quien la alcanzase para sí sería bienaventurado en la tierra; y quien esto siente y se quiere bien, cierto deseará para sí tanto bien, y lo demandará con grande afición y será buena demanda.

Pero no nos contentemos con esto; mas yendo adelante, inclinemos y forcemos la voluntad á otro más perfecto motivo, que es desear aquello por que Dios es dignisimo de ser estimado y querido Él solo en nuestros corazones, sin mezcla de amor nuestro ni de otra cosa terrenal, y porque para esto nos crió Su Majestad. Y en ninguna manera pasemos á otra demanda hasta tener este motivo; y acuérdesenos que dijo el Hijo de Dios en el santo evangelio: *Oportet semper orare.*

CAPÍTULO V

De algunas virtudes en común.

El capítulo quinto pone en común de las virtudes que aquí se han de escribir, y que no hay de adonde todas ellas se puedan haber sino del preciosísimo número de la pasión.

Están grandes cosas escriptas de las excelencias y maneras de las virtudes, y en muchos libros, pero bienaventurado el que las leyere en el libro de la vida, que es Jesucristo, fuente de sabiduría en el cielo y en la tierra. Aprended de mí, dijo Su Majestad, como en buen libro; y sean pocas cosas, por que no se olvide, y aun porque serán tales que cuando las hubiérades deprendido os hallaréis llenos de verdadero saber. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

O bienaventurada doctrina! O muy luenga brevedad, humildad y paciencia, y que se han de aprender en la fuente de la sabiduría de Dios! No espere ninguno enriquecer en virtudes si del Hijo de Dios humanado no las aprende, y en especial en su sagrada pasión. Este es un minero dado al mundo del clementísimo Padre, para que á manos llenas podamos coger y mirar y siempre oir el alteza de toda virtud. Grande es la presunción del que piense coger virtudes de otra parte, apartándose del minero tan abundante dado de Dios para esto.

Bienaventurado será quien por muy continuo pensamiento entrare muy en lo de dentro deste minero; porque encontrará con veneros tan divinos que le ensalcen á riquezas angélicas, porque en él están atesorados todos los tesoros de la divinidad.

Parésceme ahora, pues, que será bien decir algo de la manera cómo aprendamos estas dos virtudes, comenzando de la humildad, como de fundamento de todo bien.

CAPÍTULO VI

De la humildad.

Pone por qué quiso Dios en nosotros tanta humildad y del arte y manera de fabricarla.

La humildad sube tan alto y desciende tan bajo, que están hechas en el mundo de los grandes doctores grandes escaleras con muchos grados ó escalones para venir á ella; y no espere ninguno subir á tan alto cielo, como es la humildad, sin escalera. Y pues, como dije, está el mundo tan bien proveído de escaleras, acuerdo pasarme adelante.

Parésceme á mí que quien subiese por estos grados se hallaría luego en un conocimiento que le hiciese ver muy claro que de sí no tiene cosa alguna sino nada y que todo lo que es algo es de Dios. Y que, pues así es, quiere, por no cometer hurto ó maldad, que todo pensamiento y todas fuerzas de hombres se levanten á magnificar de todas maneras [á] aquel cuyo es todo lo que algo es. Y quiere también, porque la humildad no de-

manda sino lo que le pertenece, que todo el mundo le trate y estime á él como á quien es; esto es, como á nada; por que el corazón de los hombres no se ocupe ni aun por breve espacio en estimar en algo lo que según verdad es nada, ó vaso de maldad, que es peor que nada, como es cualquier pecador.

Y en tener muy asentado en el corazón con muchos actos de buena consideración esto que habemos dicho está la llave de la humildad; queriendo, aunque los que nos maltratan y menosprecian y todos los que no lo ven piensen que lo sufrimos no por humildad, pero por más no poder, lo cual cumple ponderar mucho, porque no se debe tener por gran cosa querer ser tratados con menosprecio si pensamos que los que lo ven creen que por nuestra humildad lo sufrimos, sin quedar corridos ó sentidos como injuriados.

Y esto quiere decir Sant Buenaventura cuando en el *Estímulo de amor* dice que procure el que quiere aplacer á Dios ser tenido de los otros por vil y no humilde; esto es, que en tal manera queramos que nos tengan y traten como viles, que queramos también que piensen que es muy contra nuestra voluntad ser tratados así, y que crean que estamos muy corridos y sentidos de ser así estimados y tratados, como según verdad estemos dello gozosos por el santo aborrecimiento que tenemos.

Es, empero, de notar que alguna persona fuese de tan alta virtud que ya sin hacerse fuerza pudiere creer que le tuviesen por vil y no humilde, según está declarado. Este tal podría, por edificación de los prójimos, querer que pensasen que recibía las tales injurias con gozo y no contra su voluntad, mas por amor de Dios y de la humildad; y esta sería humildad heroica; y esta dice el Hijo de Dios que aprendamos dél, cuando dice: Aprended de mí, etc.

Aunque, allende destos, quedan otros secretos muy altos en la humildad de nuestro Redemptor, los cuales no se ponen aquí porque son inefables y porque son más para admiración que para imitación; porque su humildad fué tanta, junta con la paciencia, que en algunas cosas no la podríamos remedar sin nueva maravilla, así como fué cosa maravillosa el gozo y dolor que juntamente tuvo en su pasión.

Párrafo segundo. Pero, pues habemos de aprender esta humildad de nuestro Redemptor, paréceme que será menester poner delante nuestros ojos la su humildad, como suelen los que aprenden tener delante de sí la materia que le es dada por que obren á ejemplo della.

Esta humildad del Hijo de Dios es inexplicable, pero según nuestra rudeza conoceremos algo considerando que, siendo Dios infinito y hombre perfectísimo, quiso y escogió con gran gozo ser estimado por muy poca cosa ó no nada, y ser tratado como tal con mucha diversidad de vituperios y corrimientos y injurias, desque nació hasta que sufrió también muerte muy desastrada; y esto todo no porque él lo hubiese menester, pero por que nosotros, que tanta necesidad teníamos, aprendiésemos la manera de humillarnos, la cual consiste en lo sobredicho; de donde veréis cuán reprehensible es el que no aprende para sí humildad tan grande, ejercitada de tan gran Señor en sí mismo; y no por sí, pero por que nosotros la aprendiésemos dél.

Vista, pues, la excelente humildad de nuestro Rey, cumple que fabriquemos otra cada uno en sì mismo á semejanza della; no quiero decir á semejanza que denote igualdad, porque si todas las criaturas quisiesen y se gozasen de ser vilísimamente tratadas, por el humilde conocimiento de sí mismas, y toda esta humildad de todos se amontonase en una persona, no sería nada en comparación de la humildad de nuestro Redemptor; porque de Su Majestad á todos nosotros hay infinita diferencia de muchas partes, y cada una dellas diferencia en infinita manera la humildad de su grandeza de la humildad de todos los santos, amontonada en uno solo.

Pero digo que debemos fabricar nuestra humildad á semejanza de la humildad de nuestro Redemptor; porque nuestra vileza y poquedad debe querer y desear con gran gozo (otra vez digo con gran gozo porque aquí va el todo) querer ser estimados en nada en los ojos de todos y nuestros, y querer ser tratados como tales, porque ni somos ni merecemos más de nuestro; y pues que el Hijo de Dios Nuestro Señor, sin merecerlo, consintió y quiso ser estimado por tal, seyendo bien infinito, y tratado como tal por nuestro ejemplo.

Párrafo tercero. Podría ser que alguno se maravillase de querer Dios en nosotros tanto

menosprecio y humildad, y tan á costa suya que nos lo enseñó por ejemplo. Y notaremos que lo quiso así porque nos pertenece según verdad, porque ningún bien tenemos ni merecemos de nuestro, aunque de la mano real de Dios tengamos mucho bien; de lo cual á Él sólo se debe la honra y estima y á nosotros no, salvo cuando á Él se refiere; y aun no solamente nos pertenece, pero aun nos es la vida; porque la tanta humildad, con menosprecio tenido de voluntad, es perfecta cura de la enfermedad mortal humana, nacida de sobervia, y nunca ninguno perfectamente será curado sin aquella perfecta humildad; y tanto cuanto nos faltare de curar perfecta, tanto nos faltará del alimpiamiento del ánima; y tanto cuanto nos faltare de limpieza del ánima, tanto nos faltará de las mercedes y gracias de Dios, y tanto menos suyos seremos.

Párrafo cuarto. Si alguno preguntase que cómo podría holgarse que le tratasen vituperiosamente, como sea tan dificultoso quererlo, puédese responder que con grande consideración de la humildad ya dicha del Hijo de Dios, y del provecho que dello nos viene; y sobre todo porque así nos habilitamos para que Dios se sirva y goce de nosotros. Y ningún discreto debe desechar cosa en que se cumple la voluntad del muy Alto con gloria y provecho inestimable y perpetuo para si mismo por trabajo de breve espacio.

Pero respondiendo por arte á la sobredicha pregunta, notaremos que es menester, para fabricar esta humildad, lo dicho en el sexto Notable, inclinando la voluntad muchas veces, y cada dia muy muchas veces, á querer y desear con gozo este menosprecio tan precioso.

O cuán justamente debe ser humilde, humillado y menospreciado el que tantas veces fué traidor al Señor eterno, dando por el pecado su ánima al demonio y quitándola á quien por ella quiso morir por sola bondad; esto es, al mismo eterno Dios!

Cierto si esto considerásemos, con gran dolor recibiríamos la honra cuando alguna vez se nos ofreciese; pues vemos muy claro que nos dan lo que desmerecemos y lo que por ventura nos será impedimento para los bienes muy altos, que del precioso menosprecio vinieron al Rey del cielo, y vernán sin duda á quien por este camino le quisiere acompañar.

Podría, empero, alguno en algunos casos querer ser honrado ó estimado sin agravio de todo lo dicho de la humildad; lo cual será teniendo respecto á algún servicio de Dios, que se crea ó vea que redundaría de la tal honra; pero esto aun se debería querer con temor y con algún dolor y con mucho tiento.

CAPÍTULO VII

De la vanagloria.

Habla incidentalmente de la vanagloria contraria de la humildad; en que se ponen muy buenos puntos y una larga y hermosa consideración destruidora de toda vanidad.

Visto de la humildad, pareció que sería bien decir algo de una mala yerba que en el mundo está muy enjambrada, que á todas las virtudes derroca, y á la humildad en especial no deja crecer; y esta se llama vanagloria, madre de todo mal, inficionadora de todo bien.

Poca ó ninguna vanagloria se le ofrecería á quien aborreciese ó negase á sí mismo, como en el santo evangelio y arriba es declarado; porque no es otra cosa la vanagloria sino un placer ó gozo que alguno toma de lo que no debe.

Bien puede uno gozarse de los bienes que tiene por la merced de Dios, en cuanto de allí se conoce ó espera algún servicio de Dios y provecho del ánima (que todo es uno, bien entendido); pero de otra manera es gozo vano y vanagloria, porque tomamos para nosotros la gloria que á sólo Dios se debe, ó porque nos gloriamos en nosotros mismos de lo que nos debríamos de gloriar en Dios. Esta gloria, pues, no tomaría quien se aborreciese, como ya se dijo.

Párrafo segundo. Siempre debe tener quien quiera por sospechoso, vano y no espiritual el gozo que tiene de las mercedes que Dios le hace cuando no se gozó en la misma manera en la consideración de los bienes ajenos; porque, aunque debemos primero escoger la virtud para nosotros que para los otros, y gozarnos, porque dado que no lo habíamos de tener nosotros y los otros, acertamos nosotros á tenerla; pero cuando nosotros y los otros todos tenemos el bien, así nos debemos gozar del bien de los otros como del nuestro; porque lo uno y lo otro es dado de la magnífica mano de Dios, y de lo uno y de lo otro se goza igualmente Su Majestad, y no debe ser otro nuestro gozo sino en Dios y en

el cumplimiento de su voluntad. Así se gozaba el espíritu santo de la Virgen, Nuestra Señora, en Dios, su salud y nuestra.

Párrafo tercero. En nuestra voluntad puso Dios Nuestro Señor un poder con que se gozase de todo bien que tuviese, tanto cuanto conociese que era de Dios el tal bien y para servicio de ese Dios; y saliendo de este concierto dado á Dios, luego es alegría vana, quiere decir, alegría que sale del concierto que Dios quiere que tenga, el alegría con que nos gloriamos de las mercedes que dél recibimos; y esto se llama vanagloria. Y muy peor vanagloria es la que recibe alguno del bien que no tiene, y muy peor si la recibe del mal que ha hecho.

Párrafo cuarto. Es tan sutil la vanagloria, que alguna vez pensará el que aún es flaco en la virtud que se goza en Dios del bien que tiene, y será muy mezclado de vanagloria; y por esto hasta que uno tuviese muy claro conocimiento de las virtudes siempre debería huir de toda manera de gozo ó de placer, cuando piensa en las mercedes que de Dios recibe, ó bienes que hace; ó cosas que de sí oye. Antes debería acostumbrarse de tener en los tales tiempos un temor, con que algún dolor recelase la vanagloria, que allí suele nacer muy escondida.

Párrafo quinto. Dejando ahora, pues, aquella vanagloria que dije que era peor ó más mala, como mal tan grueso que no es mal de hombres espirituales, sino de hombres pervertidos y no deseosos del bien verdadero, á quien no se endereza lo que aquí se escribe, y viniendo á la otra vanagloria, que nace del bien que alguno tiene, ó hace, ó oye de sí mismo, parecióme que lo que más ligeramente podría quitar de nosotros tanto mal será la consideración de la gran vanidad y falsedad que en ella hay, porque ningún virtuoso hay que no aborrezca lo vano y lo falso.

Y notad que tanto podría uno considerar lo que para esto luego aquí abajo se escribe, que de la mucha costumbre de considerarlo conciba un aborrecimiento tan grande del mal desa vanagloria, que ya casi nunca se le ofrezca.

CONSIDERACIÓN

Gran fealdad sería que un caballero estimase mucho haberse puesto á una pequeña afrenta por amor ó servicio de un rey que primero se hubiese puesto por ese mismo caballero á grandes afrentas y heridas por grande amor que le tenía. Y si aquel caballero no solamente lo tuviese en mucho aquello poco que hacía por aquel rey á quien tanto debía, pero aún se gloriase á otros dello, sería liviandad tan para burlar, que no es cosa de poner en plática; pero aún mucho más abominable vanidad sería si aquel rey hubiese sufrido todo aquel trabajo sin ninguna ayuda de aquel caballero, y ese caballero hubiese sufrido lo poco que sufrió con gran socorro y favor del rey, y con grandes mercedes prometidas antes del trabajo y recibidas después de la pequeña afrenta pasada. En esta muy abominable vanidad y muy peor sin comparación cae el vanaglorioso.

EXPLICACIÓN DE LA SOBREDICHA CONSIDERACIÓN

Nuestro muy alto Dios, Rey de majestad incomprehensible, y poder y honra infinitas por sola su bondad, sin otra obligación, viendo nuestra gran necesidad, se puso por nuestro gran remedio á sufrir muerte muy áspera y deshonrada; á lo cual no sólo no le ayudamos, pero ni aun se lo agradecemos; y todos los que con él se hallaron le desampararon, y más lo desamparamos nosotros con nuestra menos virtud, siendo su divinidad ahora más conocida.

Pues, como así sea verdad, conozcamos cuán vana cosa es gloriarse alguno del servicio que á Dios hace, dejando por aquel espacio de gloriarse en solo Dios; y cuán más vana cosa es querer ser estimado en algo de los otros por ello, porque tanto cuanto su corazón dellos se ocupare en estimar á nosotros en algo deja de ocuparse en estimar y alabar al muy Alto, á quien se debe todo loor, se ocupe en estimar á mí, que no se me debe. Y consentidor en el crimen se debe llamar quien piensa que los otros desocupan sus corazones de magnificar á Dios por todos los bienes, y se ocupan en alabar ó estimar á él, siendo tan vil, y no le pesa y lastima su desconcierto.

Y aun lo que encarece nuestra vanidad es que cuanto bien hay en todo lo que hacemos y sufrimos, todo es de la merced y mano real de ese muy Alto, con cuya cumplida ayuda obramos.

Y si alguno dijere que el aceptar y consentir y no desechar las mercedes y gracias de Dios es á cada uno glorioso y meritorio, que parece que de aquí podamos querer gloria, á diferencia de los condenados, á quien se debe pena por no aceptar, puédesele responder que nunca vimos en este mundo hombre que se vanagloriase de sólo haber aceptado las mercedes que le eran hechas de algún rey; antes se tuviera por locura no aceptarlas, y tal es la mala locura de los condenados; y locura es gloriarse de haber querido ser loco, porque así quien quiera andaría muy presumptuoso; y si, preguntada la causa, respondiese que porque pudiendo ser loco y echarse en un pozo no lo había querido hacer, cierto no escaparía este tal de loco en el pensamiento de todos; y cuanto más que ese aceptar y no desechar las mercedes de Dios, aun principalmente se hace con su ayuda. *Quid habes, quod non accepisti?* dice Sant Pablo; *si autem accepisti, quid gloriaris?* Pues quien esto considerando se vanagloriare, tenga por muy firme ser muy loco, vano y desamparado de todo bien; y extiéndase y gloríese á su placer en tanta locura.

CAPÍTULO VIII

De la paciencia.

De la paciencia, y para el arte y manera de fabricarla ó guardarla, hace mención de un ejemplo que para esto está en el Notable séptimo; y pone aquí otro ejemplo, en que se muestra y declara cuánta diversidad de riquezas podemos sacar de cualquier ocasión que se nos ofrece de impaciencia.

La otra virtud que nuestro soberano Maestro quiere que aprendamos dél es paciencia, la cual es tan hermana de la humildad, que casi de contino están juntas, y casi por los caminos que se halla la una se halla la otra. Porque como arriba se dijo que era menester para alcanzar la humildad poner delante nuestros ojos la humildad del Hijo de Dios, y formar otra á su semejanza, lo mismo se debe hacer para la paciencia.

Quién se quejará siendo injuriado y lastimado, mereciéndolo como todos lo merecemos, si considera con cuánta mansedumbre sufrió tantos corrimientos, persecuciones y amarguras y tormentos, con muerte tan dolorosa, el que, allende de ser Dios verdadero y Señor de todos, fué más sentible y más delicado que cuantos nacieron? Quién no sufrirá con mansedumbre las angustias y trabajos que se le ofrecen para el remedio de sus males propios, si considera que su Dios los sufrió tan mayores por los ajenos; esto es, por dar remedio á nuestros males? y la manera para haber esta paciencia está á la letra arriba en el séptimo Notable.

Párrafo segundo. Pero, porque estamos aquí en el capítulo della, será bien poner aquí más enteramente las grandes riquezas que habemos de sacar de cualquier ocasión que se nos ofreciere de impaciencia, para la cual pongamos á manera de ejemplo una cosa enojosa que se nos puede ofrecer.

Sospecháis con alguna pequeña causa que uno dijo de vos un mal que por ventura nunca hicistes? Tres golpes se arrojan contra vuestra alma con esta sospecha: uno de mal juzgar, otro de penosa impaciencia, otro de aborrescimiento contra el que sospecháis de haberlo dicho.

El siervo bien industriado en el arte de caballería del Rey del cielo debe de tal manera sacudir y defenderse destos tres golpes tan peligrosos, que no siendo llagado de alguno dellos, de cada uno dellos le quede singular hermosura en el ánima á gloria del gran Rey por cuyo servicio pelea, y será desta manera:

Al primer golpe debe hurtar el cuerpo inclinando la voluntad á no querer consentir en el tal juicio, considerando que nos está vedado del gran juez, á quien solo pertenece; y dice: *Nolite judicare.* Y debemos con gran gozo dejar y no usurparle su oficio.

El segundo golpe debe recoger con todas sus fuerzas, holgándose del dolor y injuria que de allí viene, pues que sus pecados no merecen sino dolor; y cuanto más se quisiere holgar dello, tanto menos le combatirá el demonio con esa impaciencia, por no darle ocasión de tanto merecer. Y para hacer esto con el segundo golpe es menester acudir al capítulo del propio aborrecimiento, por que tome fuerzas con lo que allí se dice.

En el tercero golpe, que es aborrescimiento contra el que se sospecha, ó por ventura se sabe ya de cierto, debemos acudir con inclinar la voluntad á producir especial acto de amor; pues que tenemos libertad para querer todo lo que por bien tuviéremos, y dar á la obra el fin que quisiéremos, como se declaró en el sexto Notable.

Y por la misma manera que habemos visto

que debemos proveernos en los sobredichos tres golpes de aquella pequeña ocasión nacidos, debemos también mirar todos los golpes que se nos ofrecieren en nuestra vida en cualquiera cosa penosa ó adversa, y proveer á cada uno según le pertenece, en manera que siempre la paciencia quede en nuestra ánima sin daño. Y acordémonos, por conclusión, de lo que nuestro Redemptor dice, que la paciencia es poseedora de nuestras ánimas.

Creed que, pues Dios determinó que la paciencia fuese la poseedora, que faltando ella queda el ánima como en punto de perdición; porque de parte de Dios no se le dará otro poseedor, si éste deja perder, ni ella por sí misma le puede haber que sea bueno; y así queda muy en peligro de ser presa de quienquiera; y el león bramante nunca duerme, siempre cerca y á muchos traga, pero no á los poseedores y guardados de la paciencia. Bienaventurados los mansos y pacíficos, dijo el dador de la bienaventuranza.

CAPÍTULO IX

De las pasiones del alma.

En que se pone de las cuatro pasiones naturales' diciendo cuáles son, y cómo se deben guardar y tener en concierto ó desecharlas. Y muéstralo en especial de cada una dellas, dando la razón para ello.

Párrafo primero. Esperanza y temor son unas pasiones naturales que todos tenemos; porque natural cosa es á cualquiera gozarse del bien presente, y entristecerse cuando se le ofrece mal, y esperar algún bien y temer el mal. Y lo que para servir á Dios cumple decir destas pasiones es cómo se han de tener á raya ó guiar con tiento, porque podrán hacer mucho daño dejándolas sueltas, porque son cosas que nunca dejan de correr por nuestra alma, cuándo una, cuándo otra; y podrían bien decir que todos los males no vienen de darles suelta entera para correr; y en las personas espirituales hacen harto daño, por ligeros que anden.

Y notaremos que quien todas las cosas interiores y exteriores obrase por Dios, en la manera que se dice en el segundo Notable, y quien tuviere el propio aborrecimiento de que arriba se dice en el capítulo segundo desta segunda parte, ése ternía con harto concierto estas pasiones; y por eso abreviaremos aquí al presente, donde notaremos que entonces ternemos en concierto estas pasiones cuando á ningún movimiento dellas consentimos que se detenga en el ánima, salvo de aquello que sabemos que Dios quiere, y porque él sea dello servido.

En todo lo demás deben ser despedidas del alma, de quien por muy seguro camino quiere irse para Dios, como la Filosofía dijo á Boecio en las postreras palabras del primer libro de *Consolación*, cuando dijo: ... *Si vis lumine claro cernere verum, gaudia pelle, timorem spemquefugato, nec dolor adsit*... Entiéndese que se desechen cuando no son de tal manera enderezadas que Dios se sirva dellas.

Y notaremos, para que con mayor ligereza las podamos desechar, que cumple que aprendamos ó reputemos por males verdaderos las cosas gozosas que deste mundo se nos ofrecieren, y esto por la razón que se dice abajo en el párrafo segundo; y por consiguiente, que todas las cosas dolorosas reputemos como bienes verdaderos, pues que con ellas como tribulaciones saludables se curan las llagas de nuestras almas, y por lo que se dice en muchos lugares deste capítulo. Y cierto el que esto entendiere y hiciere, cumplirá con mucha ligereza lo que dice aquí Boecio y lo que abajo se dirá en cada párrafo deste capítulo, y es mucho menester para ello el sexto Notable.

Párrafo segundo. Pero hablando en particular, aunque brevemente, de cada una destas pasiones, notaremos, comenzando del gozo, que de ninguna cosa debemos gozarnos, salvo de Dios y de sus cosas, cuales son todas las que á Él nos enderezan.

La razón desto es, porque quien tiene en Dios y en las cosas suyas tanto bien de que gozarse, muy mal lo mira si se ocupa en gozarse de otra cosa; pues que tanto menos son nuestras fuerzas para gozarse y amar, cuanto más repartidas están en más gozos y negocios. Y debríamos de mirar que por bien que nos demos todos á Dios, no bastamos para Él solo.

Débese, pues, en todo caso hacer una de dos cosas: ó despedir todo otro gozo luego en el primer instante que viniere, para lo cual cumple ver el sexto Notable en el párrafo tercero, ó ordenarle en Dios, si no es gozo vano, para lo cual cumple ver el segundo Notable.

Y á los que así lo ordenaren, amonesta Sant

Pablo gozarse, cuando dice: *Gaudete in Domino semper; iterum dico, gaudete.* Pero cumple para venir á esto abrir los ojos, porque mil nadas gozosas se ofrecen cada día que cumple despedirse. No parece ser aquí necesario ejemplo, porque se da regla universal de todo gozo que no es en Dios, ó actualmente enderezado en Dios.

Pero ponderando más todo lo sobredicho, para que más palpablemente lo sintamos, notaremos que si se debe atribuir á poquedad que un gran rey poderoso en riquezas hiciese tan gran cuenta de un pequeño pedazuelo de plata que la ganancia dello le hiciese muy gozoso y el perderlo le lastimase y trajese muy congojado, muy mayor es nuestra poquedad si, teniendo siempre presentes los bienes infinitos que Dios tiene para sí mismo y aun para nosotros, nos gozamos de otras menudas nonadas que se ofrecen, cuales son todas las cosas del mundo, y en especial como debamos amarle más que á nos mismos; y por consiguiente debamos reputar toda su gloria por más que nuestra, allende que sabemos que la repetirá tan magníficamente con quien esto hiciere.

Por semejante manera se debe decir del que se duele de cuanto en el mundo se puede perder ó acaecer, si no es pecado ó causa dél, en manera que digamos que es gran poquedad dolerse dello; pues que tiene tanto bien y gloria, como es dicho, de que siempre debe estar alegre; y aprovechará también esto postrero para lo que luego se sigue de la pasión que se llama dolor.

Párrafo tercero. De la tristeza ó dolor diremos, de la misma manera, que ningún dolor ni tristeza consintamos que se detenga en el ánima, salvo del pecado. *De nullo nisi de peccato doleas,* dice Sant Buenaventura. La razón es porque la tristeza es ó debe ser por mal presente ó bien perdido; y como ningún mal verdadero ó bien perdido pueda ser sino por el pecado, de ninguna otra cosa nos debemos entristecer.

Y aun podemos decir, como se dijo hablando del gozo, que quien tiene tanto mal como el pecado de que haya dolor, cierto lo mira mal repartiendo sus fuerzas con dolor ó tristeza de otra cosa, pues que no bastan todas sus fuerzas para dolerse cuanto debe de ese pecado.

Párrafo cuarto. Pero aun para despedir muy altamente todo dolor, debemos considerar y decir en cualquier trabajo que se nos ofreciere: Para qué se me da á mí de mí, mas de lo que Dios, mi Señor, quiere que se me dé; pues que yo no soy mío sino suyo, y el que tiene cargo de lo suyo sabe lo que cumple que le venga; quiere decir que en todo lo penoso que nos acaeciere habemos de estar muy contentos, tanto cuanto durare, como de cosa que cumple á este hombre que es de Dios. Y no dolernos dello más de lo que nos manda ese Dios, cuyos somos, que nos dolamos.

Y si preguntare alguno qué tanto manda Dios que nos dolamos, respondo que quiere que tengamos tanto dolor cuanto nos es forzado sentir, según la fuerza del golpe; pero que nos gocemos de ese mismo dolor, cuanto durare, como de cosa que viene de la mano de Dios; y que con ese gozo procuremos también de salir del dolor según el caso lo demandare, y en la manera que sabemos ó pensamos que Dios quiere que lo procuremos y porque Él lo quiere. Porque de una manera cumple salir del trabajo de la enfermedad, porque para ello debemos procurar medicinas; y de otra del trabajo de la hambre, esto es, como vianda; y de otra del trabajo del frío, para lo cual se requiere vestidura; y de otra del trabajo del perseguidor, cuando por nuestras pocas fuerzas y virtud nos estorva de servir á Dios, para lo cual se requiere darse mucho á la virtud, para cobrar fuerzas con ella ó huir del perseguidor, cuando más no bastare nuestra fuerza, con lo que más Dios alumbrare para ello.

Pero estos remedios y todos los que más fueren menester debemos procurarlos con muy gozosa templanza, y porque Dios quiere que los procuremos, para que libres de los tales trabajos le sirvamos con más reposo; aunque fuese menester que los tuviésemos, tanto cuanto no pudiésemos excusarlos, y que nos holgásemos con ellos, porque Él quiso que los tuviésemos por muchas razones, dellas manifiestas, dellas á nosotros secretas.

Por cierto no sé cómo Dios no se dé todo aun en esta vida á quien tan enteramente tomó por suyo; y pues es cierto que se le dará, bienaventurada será la vida deste tal; pues que, siendo Dios tan suyo, gozará siempre de su tanto bien y gloria como de riquezas propias.

O bienaventurado el pueblo que sabe esta

jubilación; pues que cierto no hay palabras que puedan declarar el gozo que en su corazón siente aquel cuya alma dice, no de palabra, pero de verdadero corazón: O cuánto bien tengo, pues que Dios, que me es más mío que yo mismo, tiene tan infinito bien, el cual yo veo, aunque imperfectamente, pero siento y téngolo por más mío que cuantos otros tiempos tuve por mío.

Nunca plega á Dios que esto pensemos explicar con palabras; pero solamente para nuestro propósito se concluye que mucho nos debe mover este tan gran bien á no sentir en otra manera nuestros dolores, sino como se acaba de decir; pues que ninguna otra cosa debemos querer para nosotros mismos, sino lo que Su Majestad ordenare y en la manera que lo dispusiere. Y cumple mirar muy por menudo todas las palabras desta adición.

Debe, pues, el siervo de Dios estar apercibido para despedir muy presto con las sobredichas consideraciones mil penas ó tristezas, que las miserias y sinsabores deste mundo le ofrecerán; y para esto son mucho menester los actos del sexto Notable en el párrafo tercero, acudiendo con un no quererlo, como allí dice, tantas cuantas veces se ofrece la tal tristeza ó dolor; ó, hablando con más propiedad, debe acudir con la voluntad á querer las cosas de donde nos nacen esos dolores ó penas ó sinsabores; porque, así queridas, se despide el dolor que primero nacía por aborrecerlas.

Y es muy justo que queramos las tales cosas, de adonde nos nacen los tales sinsabores; pues que, allende que vienen de la mano de Dios, como dijo el santo Job, lo merecemos por nuestras culpas, y nacen dello mil provechos.

En manera, pues, que se debe tomar por regla que el leal siervo y amigo de Dios debría en tanto grado despedir ó enderezar á Dios el gozo y tristeza, según es dicho, por que ninguna otra cosa le ocupase sino Dios; que por desecharlo perfectamente, debría acostumbrar recibir pena y producir acto de dolor cada vez que se le ofreciese algo gozoso, y por el contrario, gozarse cada vez que se le ofreciese algo penoso. Y cierto es bien justo que se duela cuando se le ofrece gozo, y que se goce cuando se le ofrece dolor el que ofendiendo y despidiendo á Dios de su alma, la dió al demonio. En este sentido se ha de entender el verso que dice: *Gaudium pro poena dolorque pro gaudio sint tibi semper.*

Aquel sólo hará esto más cumplidamente que con más claridad conociere que todas las cosas son en sí y para nosotros una nonada, salvo cuanto en sí mismas ó de nosotros están enderezadas en Dios; y aunque todos dicen que conocen esto, pero llámase bienaventurado en la tierra el que lo conociere y sintiere de verdad.

Párrafo cuarto. Cuanto á la pasión que se llama esperanza, habemos de mirar que no es una misma cosa con la virtud, que es esperanza; porque la que es virtud no la tienen todos; pero la esperanza que es pasión todos la tienen, y es natural así á cristianos como no cristianos, en la manera que vemos ser natural á unos y á otros gozarse y haber miedo; y así vemos que espera hartas cosas el moro como el cristiano.

Y desta esperanza que no es virtud, pero pasión común á todos, notemos que, aunque naturalmente tengamos aptitud para esperar muchas veces y muchas cosas, pero ninguna cosa que esperamos debe hincar en nuestro corazón, salvo Dios, y aquellas cosas que creemos que más nos llegarán á servirle; porque todo lo demás lo debemos reputar por nada, como se acaba de decir arriba. Y si vemos que la esperanza de algo hinca más en nuestro corazon que la bienaventuranza ó virtudes que esperamos de Dios, cumple despedirlo, pues está manifiesta la desorden.

Párrafo quinto. Del temor tengamos por semejante que todo temor que no es de Dios se debe dejar. La razón sea lo que el psalmista dice: *Dominus illuminatio mea et salus mea; quem timebo?* Y después el Hijo de Dios: *Nolite timere eos qui occidunt corpus, timete autem eum qui potest corpus et animam perdere; hunc timete.* Tened gran miedo de enojar y ofender á Dios, quiere decir, y ningún mayor enojo le podéis hacer que darle ocasión por vuestro pecado á echar vuestro cuerpo y ánima en el infierno. Y por esto dice: *Heu, vindicabor de inimicis meis.*

Este gran Dios es muy justo sea temido, así del temor filial, porque más debríamos querer tener quebrados los ojos que hacer algo que desagradase á tan gran Padre y Señor, como de otro cualquier temor, pues que él sólo puede dar muerte y vida para siempre. Todas las otras cosas no hay por

qué temerlas, pues que, dado que nos vengan cuantos desastres pueden venir en este mundo, si no los tememos, no nos harán mal que mal se pueda decir, antes, si les mostramos buen rostro y los recibimos de buena gana, porque Dios Nuestro Señor quiere que los suframos en memoria de lo que él trabajó por nuestro bien, acrecentarán en nosotros grandeza y gloria perpetua; pues apercibidos de tener en poco, ó por joya preciosa, cualquier trabajo del mundo, si algún temor nos viniere, acudamos presto con la voluntad á despedirle, por que no ocupe el lugar donde el temor reverencial que á Dios debemos debe siempre estar. Y cumple también para esto acudir al sexto Notable.

Cierto quien estas pasiones así gobernare, vivirá sin pasión y en abundancia de aquella paz que á los pacíficos hace llamar hijos de Dios.

TERCERA PARTE PRINCIPAL

DEL ARTE PARA SERVIR Á DIOS

Síguese la tercera parte principal del Arte para servir á Dios, en que se declara la manera que habemos de tener para amar á Dios, Nuestro Señor, y á quien Él nos manda amar; para lo cual bien hacer se ha dicho todo lo que en lo arriba escripto se contiene. El primero, del amor de Dios. El segundo, del amor de nuestros prójimos. El tercero, del amor que cada uno debe tener consigo.

CAPÍTULO PRIMERO

Del amor de Dios.

De la caridad que se dice amor de Dios; y este capítulo contiene cosas muy notables, y así se hace dél más formado sumario que de otro, y contiene nueve párrafos según que se sigue:

El primero, después que muestra que convenia hablar deste amor en fin de todo lo dicho arriba, declara en general cuán gran cosa sea amar á Dios. En el párrafo segundo declara dos maneras de amar. En el párrafo tercero declara qué cosa es el más excelente amor. En el párrafo cuarto pone un ejemplo que palpablemente declara, cuanto es posible, cuánto sintamos tener este amor. En el párrafo quinto muestra una dañosa tentación que se ofrece á muchos, queriendo procurar este amor. En el párrafo sexto se provee de remedio á la sobredicha tentación, y este párrafo es algo celestial. En el párrafo séptimo muestra cuán de contino, ó qué tantas veces debemos amar, donde se pone una muy provechosa consideración. En el párrafo octavo declara en forma de arte cómo vernemos á este alto amor. En el párrafo nueve pone de donde viene que algunos, á su parecer, procuran ese amor por la sobredicha manera, y no lo alcanzan.

SÍGUESE EL CAPÍTULO

Pues que está ya dicho cómo se reparará el alma estragada, justo es hablar del amor de Dios, que es un fuego que quiere Dios que siempre arda en su altar, que es nuestra ánima; para el cual amor se endereza el dicho reparo, como al principio se propuso. Y quien considerase de cuánta grandeza es este amor, vería que es poco cuanto está dicho para reparar y componer el ánimo con que tan alta cosa se ha de obrar.

Es de tanta excelencia este amor de Dios, que todos los bienaventurados y todas las cosas criadas y que se pueden criar no pueden hacer otra obra más excelente, y por eso el mismo Hijo de Dios le llamó *maximum et primum mandatum.* Y si toda la virtud y fuerzas angélicas y humanas se amontonasen en un ángel ó en un hombre, no bastarían las fuerzas déste para hacer otra obra más excelente que amar á Dios; y no solamente no se podría hacer otra obra mejor, pero ni aun todo lo criado y que se puede criar no basta para amar á este Dios en la perfección que la bondad y dignidad suya requiere.

O, si tan gloriosa cosa es decir esto, cuán más preciosa cosa será sentirlo! O, si tan glorioso es sentirlo, cuán más glorioso será obrarlo! Esta es la santa obra de que nuestro Padre Sant Francisco dice en la regla que paren mientes los frailes, *quod super omnia desiderare debent habere Spiritum Domini et sanctam eius operationem.*

Esta santa obra que Dios siempre obra con todas sus fuerzas infinitas es amarle tanto cuanto Su Majestad merece, que es infinitamente; porque infinitamente es amable por su infinita bondad y excelencia; y ninguna excelencia hay en el cielo ni en la tierra que no sea más suya que de quien quiera que la posee; y de todo tiene gloria infinita, y ésta ama y en ésta se goza y gloría; y esto quiere que amemos, y que pensemos y nos gocemos; pues que ninguna cosa hay tan justa cuanto que todos amemos y bien queramos con todas nuestras fuerzas lo que nunca debríamos dejar de amar, sí las tuviésemos infinitas; y agradezcamos á Dios que suple con sus fuer-

zas, amándose lo que es debido de cuantos somos. Y amándole, siempre gocemos; que es de tanta dignidad, que nunca dejando de gozarnos de sus excelencias, no hacemos nada según lo que su bondad merece.

Es Dios de tanta grandeza y gloria, que ninguna necesidad tiene de nuestros servicios; y si éstos demanda, es porque á nosotros cumple. Solamente quiere que le amemos y nos gocemos de sus bienes, porque esta es su santa obra; y quiere que hagan todos con sus fuerzas lo que Él hace con las suyas; y lo demás no lo ha menester, ni aun esto, sino porque es bueno y justo, y á nosotros glorioso; y por esto lo quiere tanto que puso la vida, porque muriendo nos convidase á amarle.

Y si otras cosas hallamos en la Sagrada Escriptura que nos demanda y quiere, es porque son ayuda para este amor, y porque dejar de hacerlas sería grande estorbo para le amar; porque no son otra cosa los vicios, los cuales son vedados, sino amor desordenado de cosas vanas, que ocupan el lugar diputado para el amor de sólo Dios; ni son para otra cosa las virtudes, sino para disponer el alma para este amor; pero son tan necesarias para él, que sería gran presumpción pensar de alcanzarle sin mucho ejercicio de las tales virtudes. Y todo lo sobredicho se declara más largamente abajo en el párrafo sexto.

Párrafo segundo. Queriendo, pues, hablar deste santo y precioso amor, será bien al principio decir alguna diferencia de amadores, mostrando cuál será la más alta que debemos buscar con algún ejemplo declarado.

Entrando ahora, pues, en esta diferencia de amantes, notaremos que la experiencia de muchos, viniendo á mayor conocimiento de la verdad, ha dado testimonio que mucho tiempo han amado á Dios como á bienhechor dulce y sabroso y comunicable, y en cuyo servicio se deleitan, y que muchas veces le pedían mercedes con gran sabor de la contemplación de su magnificencia, y con conocimiento de la preciosidad de las virtudes que pedían; y llegábanse muchas veces á él, como á fuente donde tanto dulzor hallaban. Y pensaban no haber falta en este amor y haber muy alto merecimiento en cada cosa de las sobredichas, porque creían ser grandeza de amor la grandeza de suavidad y dulzor que en el apetito sensitivo tenían.

Y pluguiese á Dios que todos los que no le aman le amasen así; pero no plega á su grandeza que los que le aman se contenten con este amor; así que es bueno y tan bueno, que bastaría para que los principiantes se ejercitasen algunos días en él, porque dél con mucha ligereza podrían venir al más alto, que se dirá.

La prueba de la flaqueza del sobredicho amor es que el que así ama, luego que le falta aquel dulzor anda muy decaído en las obras de Dios, y tan vencido de las flaquezas del alma casi como si no hubiera tenido nada de aquel amor; porque así procura placeres corporales, y bien comer y otras cosas vanas y apetitosas, y amistades y honras y favores, aunque no sean en grado de pecado mortal, como otro que aun no ha comenzado de gustar á Dios.

Y aun muchas veces durante el tiempo en que es visitado de los dulzores está preso de algunas aficiones vanas, y según verdad algunas veces bien sensuales, traído de la graciosidad ó hermosura de algunas personas; y tiene apetito de ser visto y tenido por devoto; y pésale cuando siente que no le tienen por tal, y no huelga cuando ve que otros son tenidos por más devotos que él, con otras semejantes tachas, las cuales todas son de tanta miseria, que no se compadecen con el alto amor de que abajo luego se dirá, aunque sea sin dulzor.

Concluyamos, pues, que el tal amor es flaco, porque es amor del amado por provecho y dulzor propio; pero digamos las excelencias que tiene, aunque flaco. Y es que aprovecha mucho para dos cosas: la una es para que quien lo tiene pueda ligeramente quitar de sí las tachas sobredichas y el amor destas cosas vanas. La segunda es que terná mucha disposición para producir muchos actos del más alto amor de quien se dirá en el párrafo siguiente, después que ya hubiese venido en conocimiento dél.

Hay otro amor más alto, al cual hubieran venido algunos, si hubieran alcanzado el conocimiento dél; y cuanto alguno más alcanzase dél, tanto será mayor la grandeza de su ánima. Este amor pertenece más que se escriba con palabras declaradoras de lo que nos cumple, para procurarle y tenerle, que con palabras dulces que nos traigan sabor de un rato.

No quiero decir que el amor de Dios se pueda explicar con las groseras palabras de que usamos; pero seamos ciertos que quien alcanzare el que con palabras se puede decir, será llevado de su dulce amado, al que no bastan fuerzas para declararle. Y decirse han algunas cosas deste amor, según en el sumario está acotado y se sigue.

Lo primero que deste amor cumple saber es qué cosa es; y á esto, según se recoge del santo Evangelio con los doctores santos, diremos que es una obra ó acto que la voluntad hace ó produce, amando y queriendo fuertemente, y á las veces con gran dulzor, que Dios sea quien es, y tenga cuanta gloria, señorío y mando tiene sobre todos nosotros y sobre todas las cosas para sí mismo; y que todo cuanto hay y puede haber le ame y sirva y dé siempre gloria por su sola bondad y dignidad infinita, y según que la excelencia de Su Majestad requiere de todas nuestras fuerzas.

Estas palabras contienen en sí profundas cosas, en que debe dar mil vueltas con el pensamiento cada día el que verdaderamente ama, pensando quién es Dios y holgándose de ello.

Item, pensando cuánta gloria y cuán universal señorío tiene sobre todos nosotros; y gozándonos de ello, como nos holgamos del señorío de nuestros amigos. Item, que todo cuanto hay le ame y sirva, deseándolo de mil maneras, y procurándolo por otras cien mil. Item, revolviendo en el pensamiento mil maneras de gloria y grandeza y servicios que á Dios son debidos, para quererlos y deseárselos todos; y esto todo por ser Dios quien es, y por su sola bondad, ca toda razón nos declara que debemos amar á este tan gran Señor por el más excelente fin que se pueda dar. Y como no hay otro fin más alto que ese mismo Dios, que es y se llama principio y fin, debémosle amar; no principalmente por lo que dél recibimos ó esperamos, pero por sí mismo, que es infinitamente amable.

Quiere decir, y notémoslo en gran manera, que acostumbremos nuestra voluntad, en manera que lo sintamos, á que se mueva á amar y holgarse de la gloria y riqueza de su Dios, no porque reciba sabor de amarle, ni por las mercedes dél recibidas, ni por las que espera; pero, casi olvidado desto, que le ame como á dignísimo de tener todas las voluntades angélicas y humanas ocupadas en querer y holgarse que Su Majestad tenga todo el bien que tiene, aunque no nos hubiere de caber parte dello. Y cierto será tanto mayor nuestra parte, cuanto más sin tener ojo á nuestro bien le amáremos.

Este santo amor tiene comienzo y aprovechamiento y perfección; y aunque al comienzo no dé grandes muestras que se sientan en el ánima, pero es muy precioso y darálas á cabo de pocos días que comience á aprovechar en crecimiento.

La prueba y muestras deste amor sería cuando el que ama así ama cuando Dios se muestra áspero como cuando se muestra dulce; así cuando Dios se muestra hacer mercedes, como cuando con justicia castiga. No ama el que así ama porque Dios es dulce y sabroso, pero ama el dulzor y sabor porque es cosa de Dios y le da aliento para más servir. No se espanta del castigo, pero recíbele con el amor que demanda la piadosa y real mano de quien le hace. No demanda ni suplica traído del deseo de suavidad de la merced que pide, pero porque su ánima enriquecida de virtudes crezca en fuerzas para que el Señor que hace las mercedes sea más servido.

No se enoja por se ver alguna vez desamparado de consuelo, pero duélese si hay en él algo con que, habiendo ofendido los ojos de tan gran Majestad, sea por eso privado dél. No pide perdón por escapar de la pena ó cobrar los bienes perdidos, pero porque su ánima perdonada sea graciosa y ame sirviendo con limpieza al gran Dios que la crió. No tiene éste ninguna afición que le trabe del corazón, ni se le acuerda ni mira si piensan los hombres en él. No le da pena cuando siente ser tenido en poco; mas entristécese y huye de los favores, de miedo que no le sean estorbo para la hnmildad. Gózase del bien y honra de los otros, creyendo que á ellos, como á más fuertes, aun la honra les favorecerá para más servir á Dios por el buen ejemplo que sin fingimientos de vanidad desea que reciban los otros.

Este tal todo lo tiene, y no tiene nada; á todos se humilla, y todos le sirven; todo sabor huye, y nunca siente sinsabor en el gran Dios que ama, conoce cuanto debe hacer y decir y pensar, y por El solo lo hace y dice y piensa. Bienaventurado el que así ama; porque éste, viviendo, no es él que vive, pero

vive en él Cristo, haciéndole vivir vida divinal. Este, amándose, no ama á sí mismo, pero ama al muy Alto, por cuyo amor todo bien desea.

Pero porque los ejemplos suelen enseñar las cosas más claramente, será bien que pongamos aquí uno, en que veamos cuánto posible es cuando amamos, según arriba se declaró.

Párrafo cuarto. Es un hijo, el cual tiene un padre muy buen hombre, pero pobre de las cosas temporales y necesitado de servicio, y de quien su hijo ningún bien espera ni ha menester. Ama y sirve este hijo á su padre tanto que todo placer quiere más para su padre que para sí mismo; y más se goza de haber placer en su padre que en sí mismo, y todas las cosas honrosas y gozosas que hace y se le ofrecen, tanto huelga de su ofrecimiento cuanto piensa que holgara dello su padre.

Así, por el contrario, recibe más pena de los trabajos que le vienen por el desplacer que dello habrá su padre que por su propia pena; en manera que cuando este buen hijo está doliente, más pena tiene de la congoja y pesar que ve que su padre tiene de verle con dolencia que con su mal propio; y cuando le viene salud, huelga más del gozo que su padre habrá que de su salud; y así en los casos honrosos del mundo, como son los tales hechos de sciencia ó caballería, huelga hacerlo bien más porque su padre lo ve y se goza que de su propia honra. Y al revés, si lo hiciese mal, se recibiría más pena del desconsuelo de su padre que de su disfavor propio. Toda esta voluntad tiene este hijo con su padre, proveyéndole también de cuanto ha menester; y sin otro respeto, salvo por el grande amor que desde su niñez le tiene como á padre.

Este ejemplo debría cada día revolver muchas veces en su alma, á lo menos por dos ó tres meses, el que comienza de servir á Dios, porque en él, según nuestro propósito, nos es declarada la manera de amor verdadero y amigable y no interesal que nosotros habemos de tener.

Nuestro eterno padre es Dios, y nosotros sus hijos por su magnífica merced; no tiene necesidad de nuestros bienes, y nosotros no podemos valernos sin los suyos; muy al revés del otro padre con su hijo, porque allí el padre era necesitado y el hijo el valedor, y tanto era más de agradecer su amor.

Alegrémonos nosotros, que es tanta la grandeza de nuestro eterno Padre, que no nos ha menester; y reconociendo la muy mayor obligación que le tenemos, sea nuestro amor como el de aquel buen hijo; y domemos tanto nuestra ánima, hasta que ningún gozo sintamos de cuanto bien hacemos y esperamos, salvo cuanto sabemos que Dios es dello servido; y todo cuanto hiciéremos sea con alegría muy grande, porque creemos, y es verdad, que Su Majestad huelga dello; y toda la pena que de la enfermedad del pecado sentimos sea por ser contra su voluntad.

Testificando el psalmista que Dios huelga de nuestro servicio, dice: *Beneplacitum est Domino in populo; et exultationes Dei in gutture eorum.* Y contra el pecado se dice en el Génesis: *Pœnitet me fecisse hominem.*

Párrafo quinto. Es ahora de notar, que si nuestro adversario suele combatir los siervos de Dios en cualquier virtud que comienzan, mucho más los combatirá cuando los viere que buscan este alto amor de que está dicho. Y entre todos los combates que aquí recelen traer, de uno muy secreto y harto dañoso han sido muchos guerreados; el cual es un resfriamiento ó atibiamiento que algunos sienten cuando piensan ó oyen ó leen el punto esencial en que está este alto amor; esto es, querer el ser y gloria y todo bien de Dios por ese mismo Dios, y será bien ver dos cosas cerca desto.

Lo primero, qué es lo que tan gran cosa puede resfriar, como ello sea un calor divinal. Lo segundo, cuál será el remedio para ello; y deste segundo se hablará en el párrafo siguiente.

Lo primero mostremos por una comparación, y es que, siendo convidados para ver una cosa muy preciosa, se nos representase de poco valor por la poquedad de nuestro conocimiento: cierto nos hallaríamos algo resfriados en el apetito que llevábamos de verla; aunque, según verdad, la cosa fuese de la preciosidad que nos fué dicha.

Esto mismo digo que acaece muchas veces á algunos en este amor de Dios, juntando su poco sentir con el combate del adversario (y en especial á los que no son prevenidos de la suavidad y dulzor que ese amor suele tener); los cuales oyendo que este amor está (como ya es dicho) en querer y sentir dentro de nosotros mismos un complacimiento de todo

el bien y gloria de Dios, según está dicho en el principio del párrafo tercero deste capítulo, resfríanse, pareciéndoles no ser esta muy excelente obra, antes se les representa haber y poder haber otras de mayor excelencia, así corporales como espirituales, imaginando cosas que á ellos parecen ser de mayor estima; y pareciéndoles que tales pertenecía que hicieran los siervos de tan gran Dios, así como obras de gran valentía corporal, como derrocar una gran torre de un encuentro ó despedazar diez hombres armados en blanco con un golpe de espada; ó también grande muestra de esciencia, que á todos los infieles con toda la esciencia deste mundo hiciese no saber hablar; ó otras cualquier grandes obras de las que en el mundo ponen admiración, como gran contemplación, hacer milagros ó profetizar, las cuales cosas parecen á los así combatidos ó tentados que son de mayor excelencia que levantar el ánima á querer el bien y gloria que Dios tiene. Y por consiguiente resfrían en enderezar todo cuanto en su vida han de hacer en solamente alcanzar este amor, que en sus ojos no parece muy gran cosa, aunque por decirlo la Santa Escritura crean ser tal, y casi que se maravillan de Dios querer más este amor que cuantas cosas se hacen y pueden hacer.

Y es de notar que así como el apetito de las viandas dañosas y el aborrecimiento de las buenas comúnmente viene al enfermo de una misma raíz, esto es, del paladar estragado, así la estima grande de aquellas obras de valentía corporal y esciencia, etc., y la pequeña reputación que sienten de la obra, que es amar á Dios, viene asímismo de estar el paladar del ánima estragado, como se dijo en el Notable cuarto de la primera parte, juntando, como dije, el combate del adversario; pero no por eso es menos preciosa la buena vianda que la mala, ni el amor de Dios que todas las otras obras, pero mucho más. Empero el tal resfriamiento es á los flacos harto dañoso, porque ni el conocimiento de la grandeza de la obra los convida, porque no lo tienen, ni el favor les da esfuerzo, y de uno y de otro les viene gran desmayo en obrar; y por esto es bien necesario proveer á tanto inconveniente.

Visto ya, pues, de dónde viene aquel abatimiento, conviene, cuanto á lo segundo, proveer del remedio para ello; y el primero y más común remedio que para ello se ofrece es procurar de sanar el apetito estragado, como se dice en el sobredicho cuarto Notable; y luego verán los que el tal abatimiento sintieren que aquellas obras arriba puestas, que les parecían grandes, son muy pequeñas en comparación del amor.

Esto nos muestra Sant Pablo, el cual teniendo el paladar sano, escribiendo á los de Corinto, juzga y dice ser nada sin este amar otras mayores ó tan grandes obras, cuando dijo: *Si linguis hominum loquar et angelorum.* Y si diere cuanto tengo á pobres, y si consiento sacrificar mi cuerpo hasta que le quemen, todo es nada sin amor; ni aun debe ser estimado por grande nombradía. Y después de todo, hablando de las virtudes excelentes, dijo llevar á todas la ventaja el amor. Y lo mismo dijo el Hijo de Dios, Señor nuestro, como está escrito en el principio deste capítulo.

Claro, pues, se muestra ser el amor la más excelente de las obras, pues que sin sin él todas ellas son nada; y cierto sin más prueba nos debría bastar, que la sabiduría eterna de Dios, que no puede errar, esto quiere y escoge y nos manda hacer sobre todo cuanto se puede hacer, así en el cielo como en la tierra. Pero proveyendo de más particular remedio, el cual nos haga sentir algo de la grandeza inestimable y no explicable desta, que es amar á Dios, paréceme que será bien declararlo como se sigue.

Manifiesta verdad es que la más noble potencia que Dios puso en nuestro cuerpo y alma para obrar es la voluntad, y, por consiguiente, que la más noble y preciosa obra que se puede hacer es la suya; esto es, querer ó amar lo ya conocido por bueno.

Pero será bien mirar que nosotros y nuestra voluntad somos poca cosa, y si queremos ennoblecer esta voluntad para que su querer sea de mucho precio, no hay otro remedio sino unirla y juntarla muy fuertemente con otra voluntad que sea de infinita excelencia, y que la juntemos de tal manera que ninguna otra cosa quería sino lo que aquella voluntad infinita quisiere, y entonces el querer de nuestra flaca voluntad será de infinito valor y grandeza, pues que, no curando de su propio querer, tiene el querer de la voluntad infinita, la cual es voluntad de Dios, el cual siempre quiere y ama y se goza del bien infinito que

tiene; y quiere asimismo por muchas razones que nosotros queramos esto que Él tanto quiere.

Lo primero por su sola bondad, con la cual quiso que nuestra voluntad de tan poco valor alcanzase tan alta nobleza, que tuviese querer de infinito valor, según es dicho; y lo segundo, porque, pues nos crió para tanto bien, es justo que le sirvamos en algo.

Pero qué será aquello en que le podemos servir, pues que Su Majestad no ha menester ningún servicio, ni aun el mayor que se pueda imaginar ni pensar? Respondo que por que no estemos ociosos; y pues Dios no ha menester ni puede tener más bien del que tiene, que es justo que como buenos serviciales que se alegren del bien de su Señor, que nos ocupemos toda nuestra vida en gozarnos del bien y gloria que Él tiene. Y cierto quien quiera verá ser muy justo y de mucha grandeza que el cielo y la tierra, dejando toda otra cosa que se pueda hacer, se ocupen siempre en gozarse del bien y gloria de que Dios está infinitamente lleno.

Es aún lo tercero por que Dios quiso la unión y juntura de nuestra voluntad en querer lo que El siempre más quiere, porque era muy justo que desde la tierra comenzásemos ya de querer aquella voluntad infinita y de cuyo cumplimiento nos ha de venir la bienaventuranza que en el cielo para siempre esperamos; la cual ya comienza de tener en la tierra quien el tal amor tiene; pues que, como los teólogos dicen: *Gloria est gratia consummata;* quiere decir, que la gloria es tener esta caridad en perfección; en manera que acá se comienza y en el cielo se perfecciona.

Y será bien platicar esto, declarando cómo en este amor perfeccionado está la gloria del cielo, y aprovechará para nuestro principal intento, que es mostrar la excelencia desta obra de amor en que estamos. Para lo cual notaremos, y cumple leerlo con atención, que todo gozo nos viene del cumplimiento de nuestra voluntad; y tanto cuanto más nuestra voluntad quiere y desea, y cuanto más perfectamente se cumple lo que desea, tanto mayor es el gozo.

Junto con esto notaremos que la bienaventuranza, la cual es gozo perfecto, nace en el cielo de la vista de Dios, el cual en el punto que es visto pone en todos los que le ven un grandísimo conocimiento de ser dignísimo de bien y gloria infinita; porque luego en viéndole son todos sabios y discretos para ver lo que á cada uno pertenece; y junto con este conocimiento tienen un amar del mismo Dios sobre todas las cosas, con un deseo no explicable; que teniendo aquel bien y gloria de que es digno, y á este deseo y voluntad tan grande que cada uno terná, sucede siempre vista clara con que ven y conocen que aquel su deseo se cumple en muy más alta manera que ellos bastan á comprender; porque ven y conocen aquel Dios que tanto aman estar adornado de tanto bien y gloria, que por ser infinita ni ellos lo pueden del todo conocer ni en Él puede haber falta ni conocimiento de gloria.

Y como tanto mayor es el gozo de cada uno, según se dijo, cuanto más crecido es el deseo y cuanto más perfectamente es cumplido, muéstrase de aquella grandeza de la gloria de cada bienaventurado; pues que así altamente se les cumple el más alto deseo que puede ser; esto es, deseo del bien infinito de Dios, de lo cual sin comparación tienen mayor amor y deseo que de la propia gloria que de ellos reciban.

O bienaventurado quien el ser y gloria de Dios amare y contemplare en la tierra con gran voluntad, pues ha de venir á ver su deseo tan cumplido en el cielo! O quién podrá pensar cuánta parte dará este Señor de su gloria en el cielo, sin agravio de sí mismo, á quien ninguna cosa quisiere morando en la tierra, sino la gloria y grandeza que Su Majestad posee!

Todo lo sobredicho declara lo que Sant Pablo dice, que ni ojo vió, ni oreja oyó, ni corazón puede pensar la gloria que Dios tiene para los que aman. Y esto dice porque no hay quien pueda alcanzar en cuán gran manera todos los que aquí amaron á Dios desean y quieren en el cielo el bien que Dios tiene, y cuán altamente se les cumple este deseo, y cuánta es la gloria y gozo de uno y otro.

Queda, pues, manifiesta de cuánta excelencia es la obra del amor de Dios, aunque no hay lengua ni pluma que pueda explicar tanto cuanto ello es. Y queda proveído de remedio al atibiamiento que á los nuevos podría ofrecerse; pues que cierto no atibiamiento, pero encendimiento de amor divinal debría venir en nuestro corazón, no solamente todas las

veces que en el santo amor de Dios pensásemos ó le oyésemos nombrar, pero todas las veces que hiciésemos ó pensásemos algo que para disponernos á Él nos pudiere ayudar, como es todo lo que se escribe para nuestra doctrina.

Párrafo séptimo. Visto ya cuál sea el excelente amor para que nacimos, será bien platicar qué tanto ó qué tantas veces nos debemos ocupar en este amor. Y aunque la respuesta con brevedad es que siempre, innumerables veces en la hora si pudiésemos; pero para que mejor sintamos cuán continuamente debríamos amar, será bien considerar que si se debría dar por bien empleado que un hombre recibiese un breve trabajo de una hora, ó diese una pequeña moneda de plata por redimir mil captivos de tierra de moros, sin comparación se debría de dar por mejor empleado que ese ó otro cualquier hombre recibiese la muerte y aun mil muertes por que otro amase á Dios por pequeñuelo espacio, si sin las tales muertes hubiese de cesar aquel amor en aquel breve espacio; y esto es en tanta manera de verdad, que no solamente ha lugar cuando aquel que así amase en aquel breve espacio alcanzase la gloria por aquel breve amor, pero aunque fuésemos ciertos que por otros muchos servicios se había de salvar sin que amase por aquel breve espacio. Esto se prueba porque muy mayor es el bien que hay en aquel breve amor que todo el mal que puede haber en el dolor que otro sufría mereciendo mil veces.

Y sin comparación aún será mayor el bien si consideramos que aquel breve amor se debe acrecentamiento de gracia, y por consiguiente aumento perpetuo de amor con gloria en el cielo, lo cual cuánto bien sea conocerlo ha quien siente cuánta grandeza hay en amar á Dios.

Esto visto, queda más claro que siempre ó innumerables veces debemos nosotros hacer esta tan alta y dignísima obra, porque haciendo acá en la tierra lo que debemos y razón nos obliga, crezcamos en fuerzas para el cielo, donde tanto más altamente aman los gloriosos cuanto más amaron estando acá en la tierra. Y si innumerables veces debemos amar este gran Dios, por ser tan inestimable cada acto de amor, demos ahora la vuelta considerando nuestra negligencia y maldad, y miremos cuán amargamente debríamos llorar cada momento de nuestra vida que se ha gastado sin este amor.

Item, cuán más amargamente debríamos llorar cualquier cosa que deste amor nos ha apartado, como es el pecado; el cual siendo mortal, es capital enemigo y contrario deste amor: siendo venial es resfriador y retardador de tan alto bien.

Item miremos cuán reprehensible cosa es no gozarnos fuertemente de cualquier cosa que á este bien nos puede ayudar, como son injurias, disfavores y cualesquier persecuciones; y por consiguiente no dolernos cada vez que algún estorvo se nos ofrece, como son favores y cualesquier placeres de acá.

Cierto es tanto reprehensible no gozarnos y dolernos de lo ya dicho cuanto sería cosa más áspera sufrir las mil muertes ya dichas que las injurias y persecuciones que la malicia humana suele acarrear, ó que el sinsabor que podríamos sentir huyendo todo favor y cosas que nos pudiesen deleitar.

Debemos también notar, por que en tan alto camino no nos estorbe nuestro falso amor, que si alguna vez por gran flaqueza corporal, ó por no haber alcanzado tanta virtud en el alma cuanta se requiere para sufrir adversidades, fuere menester huir las persecuciones y la compañía de los que nos maltratan, ó procurar y recibir algunas cosas delicadas y sabrosas, que lo debemos hacer con actual intención de evitar mayores males, y con gran dolor actualmente entonces recibido; por que, huyendo las adversidades, huyamos de lo que nos podría disponer á tan alto bien como el amor de Dios; y porque tomando aquellas cosas sabrosas, dejamos el aspereza á que somos obligados según la maldad de nuestras diligencias.

Y debríamoslo también hacer con humilde oración, con que suplicásemos á Nuestro Señor que esforzase la virtud de nuestro cuerpo y alma; porque teniendo fuerzas con que resistir á la flaqueza con que por nuestra poca virtud no es menester huir las tales persecuciones, ó recibir las tales cosas sabrosas, según es dicho, nos dispusiésemos sin ningún estorbo para su alto amor. Y para más claramente conocer cuán reprehensibles son las negligencias con que faltamos en este precioso amor, aprovechará mucho ver y notar el capítulo segundo de la segunda parte, que habla largamente del propio aborrecimiento, el cual

es fundamento y soberana disposición para el amor de Dios.

O por Dios, y otra vez por amor de Dios, pensemos y ponderemos esto; y porque en la tierra no habrá pesas ni balanzas en que se puede contino pesar, pidamos á Dios que nos provea del cielo, y plega á Su Majestad que nunca nuestra vida canse de ponderarlo.

De todo esto notaremos cuán gran desvarío es no procurar muy alta gloria para el cielo, pues que la alteza de la gloria se debe á grandeza de amor. Y aunque no tuviéremos cuidado de la grandeza de la gloria que á nosotros nos cabe, tenemos empero grande obligación de procurar de alcanzar la grandeza del amor con que, siendo muy glorioso, amaríamos siempre á quien es dignísimo de ser muy altamente de todos amado.

Y para saber cómo amaríamos muchas veces, en especial cuando nos faltase el fervor sabroso que suele de suyo mover á amar, provéese enteramente en el sexto Notable, donde habla del poder que tenemos para querer cuantas veces por bien tuviéremos lo que quisiéremos querer.

De todo lo dicho note el discreto cuán gran cosa perdemos, y cuán irrecuperable, cada momento de los que podríamos amar á Dios y lo dejamos. O si dolorosa cosa es perder por negligencia grandes dignidades y tesoros de la tierra, cuán más triste, porque mayor pérdida es, dejar de amar á Dios por un solo momento, aunque no concurra pecado. Miremos que el grande oficial nunca gana sino el rato que trabaja en su oficio, ni el siervo de Dios crece en riquezas de amor sino cuando en especial produce particular acto dese amor.

Párrafo octavo. Vistas ya las cosas que están dichas deste amor tan alto, quien quiera con razón desear saber qué manera ternemos ó qué haremos de nuestra parte para alcanzarle, y antes que esto se diga y declare, notaremos que muchos han errado, porque pensaron atajar, metiéndose luego en los principios muy en lleno en el amor de Dios sin aparejo suficiente; porque mirándole y barruntándole algo de su grandeza, parecióles vergel de tanta suavidad, que no considerando ni andando el camino que el santo Evangelio pone para el tal amor, de que por este tratado está dicho, quisieron saltar y no entrar por la puerta, y cuando no se cataron, halláronse sin término y sin camino.

Poderoso es Dios para poner á quien quisiere en muy alto lugar con solo un salto; pero tema el que falta y mire que alguna vez pensará que es llevado de Dios, y no será sino de alguna presumpción, cual se debe creer del que, dejando el camino evangélico, quiere luego saltar en los términos del alto amor. Y no quiere decir que los que se aparejan para el muy alto amor le dejen del todo en los principios, salvo que no se den en esos principios tan del todo á él que olviden el aparejo y camino evangélico que el Hijo de Dios nos declara; porque tanto será más cierto el aparejo cuanto más altamente se pusiere en el amor de Dios, haciendo los ejercicios que el Evangelio nos muestra y arriba está dicho que son menester para él.

Debe, pues, el humilde siervo que precioso licor quiere recoger en su ánima, para glorificar con suavidad de gloria á su gran Dios, ejercitarse primero muchos días en todo lo arriba escrito, y sobre todo en deshacerse de sí mismo. Y cuando se viere bien ejercitado en ello, ó á lo menos suficientemente, si Dios Nuestro Señor le socorriere con bendiciones de dulzor, gran aliento le serán para amar con ligereza; y faltándole, y aun ofreciéndose el tal dulzor, debe artificiosamente obrar desta manera:

Traiga á su memoria brevemente cuán grande es el bien y gloria de Dios, considerándole muy bueno y dignísimo que todos se gocen del bien infinito que tiene, y luego incline su voluntad á querer y holgarse de aquel tanto bien de su Dios, y estése en aquel querer cuanto pudiere. Y si algo se derramare ó atibiere, torne luego y dé la vuelta de la misma manera; y así cuanto posible fuere nunca deje de producir actos de querer todo este bien que Dios tiene, y dar con el alma mil saltos de gozo, considerándole tan lleno de infinitos bienes; y del mucho continuar esto es por fuerza que seamos llevados á alto amor.

Y no es otra cosa muchas veces producir actos de amor, sino como si uno oyese en una hora contar ó decir cincuenta notables honras que á un gran amigo suyo habían sido hechas, y se gozase de cada una. Cada gozo destos, nacidos del bien querer, se llama un acto de amor.

Pues como la honra y gloria de Dios sean infinitas y de infinitas excelencias, y todo

cuanto hace y tiene criado, y cada cosa dellas muestra singular honra suya, y no basten todos los momentos de nuestra vida para oirlas ni ponderarlas, debemos á lo menos amontonarlas todas so este nombre de bien y gloria infinita, y producir actos de la voluntad, inclinándola á querer y gozarse dello todos los momentos de nuestra vida, pues se lo debemos más que á ninguno, y pues tanta parte nos ha de caber de su gloria por su magnífica merced.

Y podráse uno tanto ejercitar en estos actos, aunque le faltase aquel dulzor que llaman devoción, que en todo lugar y en todo negocio amase muchas veces á Dios, sin buscar lugar secreto ni recogimiento nuevo, como acaece cada día que un amigo se goza de algún bien que nuevamente oye haber venido á otro su amigo, el cual luego se goza sin esperar otro tiempo ni lugar ni desembarazo para gozarse.

Para los sobredichos actos va la vida en lo que está escrito en el segundo y sexto Notable, y en el capítulo del propio aborrecimiento, de donde se recogerá cómo se deban producir estos actos, y que todo se debe hacer porque Dios es dignísimo que hagamos esto; ni debe parecer cosa de embarazo acudir para esto á aquellos Notables, porque á cabo de pocos días que lo hagan obrarán con ligereza sin acudir á ellos.

Podrá ser que á alguno le parezca más ligera manera para haber este amor darse fuertemente á pedirle á Dios con la manera de orar que se escribe en el capítulo de la oración, junto con los ejercicios virtuosos que habemos dicho; pero sin duda lo alcanzará más altamente y más presto el que con la tal oración se sabe aprovechar de aquel producir de actos del sexto Notable, lo cual se hace en la oración y fuera della, como allí se declara, y en el capítnlo noveno de las cuatro pasiones, porque en cada un acto de aquellos hay nuevo servicio y crecimiento.

Párrafo noveno. Y porque acaece algunas veces esforzarse algunos á producir estos actos de amar y querer el bien y gloria de Dios, y de reducir todos los movimientos en su servicio, y hallar la voluntad embotada para ello, para proveer á este mal creamos que proviene esto de faltarnos el aborrescimiento santo que Nuestro Redemptor nos enseña, del cual está escrito arriba en el capítulo segundo de la segunda parte, ó de alguna afición de alguna cosa terrenal, así como de algún placer no necesario ó afición no bien ordenada de otra persona.

Y el que así se hallare boto, debe buscar diligentemente en sí la tal afición, y destruirla con muchos actos contrarios, como se dirá algo en el siguiente capítulo y se ha dicho arriba en muchas partes; porque no es otra cosa querer inclinar la voluntad á producir actos de amor de Dios sobre todas las cosas, no teniendo aquel odio santo y precioso aborrecimiento, ó estando aficionado á otra cosa terrenal, ó cualquier cosa que traiga placer no ordenado en Dios actualmente, ó á lo menos virtualmente, en lo cual muchos no miran sino querer cortar con un mazo las cosas que requieren navaja ó cuchillo bien afilado.

Creed que la voluntad que ha de producir muchos actos de verdadero y entero amor ha de estar tan aguda que trance cuanto se le pusiere delante hasta llegar á Dios; y esta tal voluntad producirá holgando mil y muchos más actos de amor en un día, de los cuales el menor será de tanto merecimiento, que solo bastase para levantar á uno en alto grado de gloria en el cielo.

Y, al revés, el que con voluntad embotada de algún poco de amor no ordenado, como es dicho, se levanta á producir actos de amor, le es tan dificultoso el amor como al mazo el cortar, porque aquella alteza de perfecto amor no se compadece con tal vileza.

Y no se debe ninguno espantar de tantas diligencias como aquí se ponen para haber este amor, diciendo que sin tantas artes le alcanzaron muchos; porque, aunque cierto le alcanzaron muchos antes que esto se escribiese, pero quien bien sintiere lo que quiso decir Nuestro Redemptor cuando dijo que toda la ley pende del amor, conocerá que ninguno le alcanzó por vía común sin las diligencias que aquí se escriben, las cuales no son otras sino las que del santo Evangelio se sacan, declaradas de los santos doctores á este propósito; las cuales Dios Nuestro Señor por su magnífica merced cada día ha declarado á chicos y á grandes escogidos suyos; por la cual merced quiso su bondad que con alguna brevedad se allegasen ahora en forma de arte para todos aquí escritas; porque, pues nuestra flaqueza crecía, abundase la ligereza de saber lo que tanto habíamos menester.

Y si algunos del todo dijeren haber alcanzado este amor sin ello, teman ser por ventura aquel amor flaco de que se dijo en el párrafo segundo, el cual, pues que se compadece con muchas tachas, como allí se dice, no es maravilla que se alcance sin arte y con poco trabajo.

CAPÍTULO II

Del amor del prójimo.

Del amor que debemos tener con nuestro prójimo: y muestra primero por qué se pone este capítulo después del precedente, en que se habla del amor de Dios; y pone luego una gran regla general en el arte de servir á Dios, de la cual, particularmente aplicada, se muestra que debemos amar al prójimo en la manera que nos amó Nuestro Redemptor; y pone un desconcierto engañoso que suele haber en los que aman, y después un ejemplo que declara cómo se conoce ser nuestro amor por solo Dios.

Así como el capítulo del amor de Dios se puso después de todas las cosas precedentes, porque todas sirven para alcanzarle, así este capítulo y el que se sigue se ponen después dese capítulo del amor de Dios porque, si bueno ha de ser el amor que tenemos con el prójimo, de que aquí habemos de decir, y con nosotros mismos, de que se dirá en el siguiente, es por fuerza que nazca dese amor de Dios.

Párrafo segundo. Y para comienzo de lo que se ha de decir del amor del prójimo, notemos una regla aplicable en cada obra, y es que dos cosas conviene que mire el que á Dios quisiese siempre agradar: lo uno, qué quiere que hagamos, y lo otro, cómo quiere que se haga, porque muy poco haría el que hiciere lo que Dios quiere si no lo hiciese como quiere que se haga.

La más excelente de las obras que Dios quiere que hagamos es amarle y pensar en Él; pero si esta obra no hiciésemos como Él quiere y se declaró en el párrafo segundo y tercero del presente capítulo, no sería mucho de agradecer.

Otra obra, según ésta y semejante á ella, que Dios quiere que hagamos es que amemos al prójimo; pero por mucho que Dios lo quiere, si no le amamos como Él quiere, no alcanzaremos *illa sublimia præmia* de los que bien aman, como Sant Gregorio dice; porque aunque *sacra eloquia non contradicant* á la tal manera de amar, para que por ella pequen, empero no se hace como Dios quiere, porque *diligatis invicem, sicut ego dilexi vos*, dijo Su Majestad. Será, pues, bien ver algo de cómo Él nos amó, por que así sepamos cómo quiere que amemos.

Párrafo tercero. Amónos este soberano Señor encaminándonos á su muy alto amor. Amónos induciéndonos á los sinsabores deste mundo, y nunca dándonos suelta para los vanos placeres dél, salvo cuanto fuere menester para común mantenimiento. Amónos muriendo por darnos virtudes y gloria; y desta manera de amar fué el más amoroso del mundo, pero muy enemigo de todos los vanos amores que los amigos de ahora se tienen y muestran, porque son muy pulvorizadores; y plega á Dios que no enlodadores de la voluntad criada para templo de Dios. Creed que si no enlodaran el alma, no dijera el Hijo de Dios: El que no aborrece padre y madre y hermanos, no puede ser mi discípulo.

Debemos, pues, amarnos unos á otros desta manera que nuestro sagrado Maestro nos enseña, despidiendo todas las otras vanidades que con el amor se suelen mezclar, de las cuales una que más toca á personas espirituales veamos aquí.

Párrafo cuarto. Ofrécese una persona virtuosa en el alma, y con ello graciosa en la conversación y presencia corporal; aficiónanse á semejantes personas algunos espirituales, y en tanto grado, que casi les tiene presto el corazón á serles muy penoso dejar de verle y hablarle y no conocer del amor recíproco. Esto es un vano amor, de donde ha venido á algunos trabajar mucho y aprovechar y servir poco; pero será bien mostrar su vanidad en manera que se vea bien claro, y sea por esta comparación.

Tenéis un amigo; este vuestro amigo tiene un siervo; tiéneos el amor deste siervo de vuestro amigo tan preso el corazón, que holgará mucho más de su conversacion y de su habla que de la del amigo. Si dijérades que el amor que tenéis á aquel siervo le tenéis por amor de vuestro amigo, quién no burlaría? porque, puesto que pueda ser que le comenzáredes á amar por siervo de vuestro amigo; pero pues el amor creció tanto que os deleitáis más con el siervo que con el amigo, claro es que ya no le amáis por el amigo, pero porque su conversación os es sabrosa. Pues cierto es tan para burlar decir que sea por

Dios el amor que arriba se dijo, aunque por ventura tenga parte de amor espiritual. Y el verdadero devoto no debe contentarse con dar á Dios parte, pero el todo; en manera que todo el afecto se emplee en Dios, ó en algo que del todo se enderece á él.

Despídase, pues, todo lo vano de aquel amor, pues que cierto no es ordenable en Dios lo que con más afición se ama en la criatura que en el Señor y Criador. Debe ser nuestro amor con todos con tanta afición cuanta puede nacer de la afición que á Dios tenemos, despidiendo todas las otras aficiones, por que se dé lugar á la que á Dios debíamos. Y para pedir esto, aprovechará mucho lo que se contiene en el capítulo nono, en el párrafo segundo y en el Notable sexto.

Párrafo quinto. Visto, pues, ya algo de la manera de nuestro amor, y cómo se debe pedir lo no tal, pareció bien poner aquí un ejemplo que nos declare esta manera de amar; para lo cual cumple traer á la memoria aquel buen hijo, de cuyo amor con su padre se dijo en el párrafo cuarto del precedente capítulo, donde á semejanza de aquél vimos cómo habíamos de amar á nuestro muy alto Padre; y así ahora veamos cómo á semejanza suya debemos amar á los criados de nuestro Padre, que son cuantos hay en el mundo, amigos y enemigos, y póngase la semejanza que sirva para los enemigos.

Pongamos que aquel padre, tan amado de su hijo y tan sin esperanza de provecho, tiene un mozo que quiere mucho; y como para sí no tiene mantenimiento, sino lo que su hijo le da, menos tiene para el mozo. Este mozo es enojoso y no nada provechoso á aquel buen hijo, y si en su querer estuviese despedirle, lo haría; pero por haber placer y no dar pena á su padre, sin otro respecto, mantiénelo en su casa como á uno de sus hijos ó criados que mucho ama, y así le habla y trata; y si se quisiese despedir, pesarle había, y le rogaría que no se fuese, porque á su padre no pesase de su ausencia.

Deste amor saquemos una excelencia, y es que nace puramente del amor del padre. Y tal debe ser el amor que á nuestros prójimos tenemos; esto es, que considerando que son tan queridos de Dios que muriese por ellos, siendo todos sus enemigos, los amemos tanto á todos en todo lo bueno y que han menester para el cuerpo y alma cuanto solemos amar á los que mucho nos contentan, y esto aunque nos sea su conversación enojosa y desabrida; en manera que así los hablemos, y así los proveamos de cuanto han menester, como muy queridos de aquel Padre y Señor que los quiere y lo manda.

Y debemos hacer todo esto con la más esforzada y ferviente voluntad que pudiéremos, porque es cosa que á Dios agrada y quiere que hagamos, y tiene voluntad infinita que lo hagamos así.

Miren en especial los que desean aplacer á Dios, que cualquiera que nos injuria nos da grande ocasión para crecer en su servicio; pues juntándose esta ocasión de gran bien que nos viene con el mandamiento de Dios que lo quiere, qué excusa tenemos para no amar con entrañas encendidas á quien mal nos tratare, y en especial considerando que aun Dios se servirá de aquél en tan alta manera, como ha hecho de otros pecadores? No se debe tener por buen siervo el que no se goza en las afrentas que por su señor se le ofrecen.

Téngase, pues, por dichoso el siervo de Dios cuando, siendo combatido de injurias y males, la sola gana de servirle le hace estar tan firme, que no ama menos al que su desconcertado apetito le haría aborrecer que al que por abundantes bneeficios es forzado de amar. Es, empero, de notar que, aunque el amor á todos deba ser igual, débese primero con afecto y buenas obras al virtuoso y bienhechor.

CAPÍTULO III

Del amor de sí mismo.

Del amor que cada uno debe tener á sí mismo, y pone tres cosas que el tal amor contiene; y pone también una regla general muy necesaria en cada punto de nuestra vida, de la cual, particularmente aplicada, se muestra cómo se debe amar quien de verdad se quiere amar, aplicando á esto las tres cosas sobredichas; donde también se declara la manera de alabar á Dios y del hacimiento de gracias; y después pone un ejemplo algo declarado deste amor, y en fin, encomienda el gran provecho que de bien leer esta breve Arte puede venir á todos.

Es cosa tan natural amarnos, que quien quisiere dar doctrina para ello debe hablar sin miedo de enojar, pues que nuestro apetito es tan crecido por el amor que nos tenemos, que aun enriquecidos de grandes cosas nos parecen pequeñas, porque aun para más nos ama-

mos; y por esto el Hijo de Dios, nuestro gran Maestro, deseando que amásemos mucho á nuestros prójimos, como á gente por quien había puesto la vida, para encarecer con breves palabras cuánto quería que los amásemos, dijo: *Diliges proximum tuum sicut te ipsum.*

Pero porque la ceguedad del pecado cundió tanto, hasta quitarnos el saber cómo habíamos de amarnos, será bien proveer algo según que el santo Evangelio provee. Y notaremos que aquel diremos que se ama que tuviere tres cosas: La una, que con todas sus fuerzas procure cualquier cosa de donde pueda venir bien. La segunda, que huya todo lo que le puede dañar ó hacer mal. La tercera, que aunque por alcanzar el bien se le ofrezcan algunos trabajos, no deje de aventurarse y ponerse á ellos. Destas cosas, por estar muy tocadas arriba, solamente se dirá aquí algo más necesario para que nos sepamos amar.

Párrafo segundo. Para lo primero, que es que el que se quisiere bien ó se ama procure por cualquier cosa de dónde le puede venir algún bien, notaremos una regla cada rato muy necesaria para que lo bueno se haga muy bueno, y es que en cualquier cosa, otra vez digo universalmente hablando, que en cualquier cosa que deseáremos ó tuviéremos, dos cosas se pueden considerar: lo uno es el bien que de la tal cosa se nos viene ó puede venir; lo otro es que Dios es servido que el tal bien nos venga.

Debe, pues, quien se ama y desea grandes bienes tener en poco el bien que á sí mismo puede venir de todo cuanto desea ó hace; quiero decir que lo tenga en poco, en cuanto bien suyo, en respecto de lo segundo, que es el servicio de Dios, y del cumplimiento de su santa voluntad, que de allí redunda; y para esto es menester el segundo Notable.

Miremos que cada uno que se ama procura de mejorar todas las joyas y hacienda que tiene, si no es tal cual él querría; y así debe hacer el que se ama espiritualmente, ca Dios Nuestro Señor nos dió una joya muy preciosa, con que nos podamos enriquecer cada rato, la cual se llama apetito natural.

Esta joya tenemos engastonada en cobre ó en estaño tanto cuanto deseamos algo para nuestro bien ó provecho propio, y nunca debemos descansar hasta que por la diestra del muy Alto se haga tal mudanza; que el apetito que bulle en nosotros, deseando algún provecho propio, ya no cure sino de cosas con que Dios huelgue; pues que, allende ser en esto lo que Dios quiere, aun á nosotros es más riqueza; pues que cuanto más olvidado tuviéremos nuestro provecho, por acordarnos de la gloria de Dios, tanto más se acordará Dios de enriquecernos de todo bien.

O olvido de memoria perpetua! o acuerdo de gloria eterna! o amor precioso que de hombres hace dioses! porque deste amor se ha de entender lo que Sant Agustín dice: Si amas á Dios, Dios eres. *Ego dixi, dii estis.*

Y por que alcanzásemos tan alto amor de nosotros mismos, quiso nuestro Dios que nos aborreciésemos en aquello que los mundanos se suelen amar. Y esto quiere decir en el santo Evangelio, cuando dice que nos aborrezcamos, según está declarado arriba en el capítulo segundo de la segunda parte.

Sobre todo está avisado el que se ama de verdad, que no se contente con el sabor que sentirá en los servicios que á Dios hace ó en la gloria que espera; porque este sabor, aunque es bueno, como se dijo en el párrafo segundo en el capítulo primero desta tercera parte, pero no le da Dios para que nos contentemos con Él solo, pero para que con Él vengamos á tomar sabor en la consideración del bien y gloria y señorío que Dios tiene, y para que con grande aliento le alabemos; ca no es otra cosa la hermosura y alabanza de Dios sino un gozarnos de contar al mundo todas las grandezas de Nuestro Señor, como se escribe en el psalterio y en toda la Santa Escriptura, y como se presenta en todas las cosas criadas.

De lo cual y de cada cosa que contáremos y dijéremos y oyéremos, debemos recibir un movimiento de gozo, cual lo reciben los del mundo de ver á alabar á los que mucho aman ó á sí mismos; y pues ellos se gozan vanamente de la alabanza que no les pertenece, debe el siervo de Dios derretirse de gozo en alabanza de aquel á quien el cielo y la tierra no bastan alabar.

También el que se amare de verdadero amor, cuando sintiere haber recibido alguna merced de Dios, debe con todas entrañas darle las gracias, no por ver á sí mismo más enriquecido, pero por verse con más fuerzas para que dél se pueda Dios más servir; como si un caballero se holgase de recibir alguna

gran merced del rey porque con las mayores riquezas le podría hacer mayores servicios y placeres sin respecto de otras verdades.

Párrafo tercero. Y no es otra cosa hacer gracias á Dios (lo cual algunos no saben), sino un acto interior del alma, con el cual, conociendo á Dios por el Señor infinito de quien todo bien mana, se goza el que recibe el beneficio de toda la gloria de Dios y de verse más hábil por el tal beneficio para más amar y servir.

Y extendiendo más lo sobredicho, por ser gran cosa, notaremos que con el conocimiento y gozo que se acaba de decir debemos en cada merced que recibimos ofrecer á Dios todo cuanto somos, deshaciéndonos en la voluntad de nosotros mismos, para que del todo nos empleemos en cuerpo y en ánima en su servicio, produciendo á la sazón grandes actos, con que nos gocemos del gran poder y bondad de Dios, de quien nos vino la merced, por lo cual al presente le hacemos gracias.

Y por que mejor entendamos lo que se acaba de decir, que nos debemos siempre crecer en el deshacimiento de nosotros mismos ó de nuestro propio amor, que debemos cada vez que quisiéremos agradecer á Dios sus beneficios, deshacernos muy en especial, para mejor darnos del todo á Su Majestad.

Y debe el siervo de Dios estar muy en especial sobre aviso para que cada vez que agradeciere al Señor alguna merced recibida, que aquel movimiento de la voluntad con que huelga de la merced recibida sea, como arriba se tocó, actualmente por el bien que de allí le viene para más amar y servir á Dios, apartando de sí la consideración del bien que de allí conoce venir para sí mismo, por que así se apodere más en el solo amor de Dios y vayan las gracias más graciosas. Y cumple abrir los ojos, porque alguna vez se hará con algunas faltas y pensaremos que queda muy hecho.

Todo lo sobredicho tiene fundamento en lo que los teólogos y filósofos dicen, y es que el que quiere ser agradecido debe hacer por el bienhechor otra cosa que valga tanto ó más que la que dél recibió. Y pues que de Dios recibimos todos los bienes y cuanto podemos hacer por su servicio es poco en respecto del menor de sus beneficios, debemos á lo menos agradecérselos, según que está dicho y con cuanto esfuerzo pudiéremos.

Con este mismo movimiento del entendimiento y voluntad, y con todos los aparejos ya dichos de nuestro propio deshacimiento, debemos cada día dar muy en especial gracias á Dios, que tanta merced nos hizo en tener Su Majestad tanto bien como tiene para sí mismo, y debemos hacer las mismas gracias y de la misma manera otra vez cada día por las mercedes hechas á la Virgen Nuestra Señora; esto es, que, considerando sus grandes bienes y gloria, lo agradezcamos á Dios con el movimiento sobredicho, como mercedes hechas á Señora que tanto amamos y á quien tanto debemos.

De la misma manera debemos agradecer á Dios en especial y singularmente, á lo menos una vez cada día, las mercedes hechas á todos los bienaventurados de la corte del cielo, y más en particular la gloria dada á aquellos santos á quien por su grandeza y nuestra devoción somos convidados á honrar en especial, así como son Sant Juan Baptista y Sant Juan Evangelista, Sant Pedro y Sant Pablo, y nuestro Padre Sant Francisco, y el ángel que nos guarda, etc. Dando singulares gracias, según es dicho, por cada bienaventurado de los nombrados, y del que cada uno por bien tuviere.

Debemos aún considerar las mercedes que del Señor reciben cuantos viven en este mundo, y en especial las hechas á los que mal nos tratan, y gozándonos de todo, y dar singulares gracias por ello al nuestro gran Dios poderoso, de quien todo bien viene.

O cuán de verdad se ama el que siempre se ocupa en el sobredicho hacimiento de gracias! pues que tomando por suyo el bien de todas las cosas, hace crecer su bien propio en inestimable manera, allende que hace suyo todo lo ajeno; y tanto más crece, cuanto más por solo amor de Dios huelga y lo agradece todo sin respecto del tal crecimiento. Y en estas palabras postreras consiste lo más alto que se requiere para graciosamente dar gracias á Dios.

Cumple, para acertar en hacerlo así, que estemos muy acostumbrados á hacer todas las cosas, según se contiene arriba por todo el segundo Notable.

Párrafo cuarto. Lo segundo que debe tener el que se ama, es huir todo mal y daño; y no plega á Dios que piense el que bien se ama que hay otra cosa dañosa sino el pecado ó la ocasión dél.

Párrafo quinto. Lo tercero, que se ponga á todo trabajo, que para alcanzar esto se le ofreciere. Esto quiere decir que se ejercite muy enteramente en lo que se contiene arriba, en especial en la segunda parte, en el capítulo segundo y en el capítulo octavo y noveno.

Y allende de lo allí contenido, pareció bien poner aquí, á manera de ejemplo, una cosa algo penosa que muchas veces se ofrece, la cual es mucho menester para alcanzar este verdadero amor.

Cada día nos acaece hacer ó decir alguna cosa, de donde nos parece que quedamos corridos y nos ternán en poco los que lo oyeron ó vieron, siquiera sea por alguna falta natural, como haber mal predicado, ó mal hablado, ó contado, ó otra cualquier cosa, siquiera sea por algún desenfrenamiento de costumbres, como destemplanza de la mesura del rostro y de palabras airadas, etc.

El que verdaderamente se ama debe considerar dos cosas en cada uno de los tales acontecimientos. Lo primero es la confusión que del tal caso se le ofrece. Lo segundo, el mal ejemplo que por ventura los otros tomarán.

Cuanto á lo primero, que es su confusión, notaremos que comúnmente, en tal caso, es refugio que todos tienen consolarse á sí mismos, animando aquel hecho ó dicho, considerando que por ventura no lo miraron tanto cuanto él piensa, ó, si lo miraron, que cada rato caen los otros en semejantes defectos, ó que ya lo ternán olvidado.

Esto hacen los que locamente se aman; pero los que de verdad se aman, hacen al revés; esto es, que con grande amor abrazan aquella confusión, considerando que los ternán en poco según la común costumbre del mundo; y que los ternán por de poca virtud y para nonada, lo cual todo es un vehemente acto de paciencia y humildad, de los cuales, como arriba es dicho, muy pocos bastan para engendrar excelentes hábitos, allende que en cada acto dellos enderezado en Dios hay gran servicio; y si estamos avisados, cada día se nos ofrecerá ocasión de obra ó de pensamiento en que podamos hacer lo sobredicho, lo cual todo pierden muchos que se piensan ser devotos, por vivir sin arte y descuidados.

Y en cuánta estima debe tener cada uno destos actos el que de verdad se ama, nótelo el siervo de Dios para aquí y para todos los lugares donde arriba se habla destos actos de la voluntad, y hallarlo ha muy claro en el párrafo séptimo del capítulo primero desta tercera parte.

Párrafo sexto. Lo otro y segundo que dije que se debia considerar en aquellos ó semejantes casos que traen confusión, es algún mal ejemplo que los otros pueden recibir. Y cuanto á esta consideración, debe el siervo de Dios producir luego acto de dolor, porque por ventura fué ocasión de mal ó de menos servicio de Dios; y así de uno y de otro habrá ganancia el que se sabe amar.

Éste que todas estas cosas tuviere, digo que se ama; porque poniendo todo su amor en Dios, y quitándole de sí y de todas las otras cosas, por estar más capaz para sólo Dios, vivirá muy más contento en esta vida y con más alta gloria en el cielo, aunque él no lo debe hacer, salvo por sólo este Señor, cuyos somos más que á nosotros, y quien tiene más cuidado de lo que nos cumple que nosotros, y quien trabajó más por darnos la vida que nosotros por haberla.

Párrafo séptimo. Concluyendo ya, pues, nuestra obra, y encerrándola en dos puntos esenciales, bienaventurado quien todos sus movimientos y obras obrare por sólo Dios, como está declarado, y bienaventurado quien asentase fuertemente en su alma la multiplicidad de actos que por todo este tratado se ponen. Los cuales el buen artista debe muy enteramente saber, y el gran siervo de Dios innumerables veces poner en obra; pues que no puede ser, otra vez digo, que no pueda ser muy estimado servicio, sin que actualmente vaya asido con algún acto de la voluntad, según está en cada Notable y capítulo derramado.

Lean, pues, todos esta breve Arte; léanla los que la saben, por que con más ligereza se acuerden cómo se quiere servir el muy alto. Léanla los que no la saben, por que alcancen tan alta escencia; pues cierto verá muy claro quien bien sintiere, que en un año hará mucho más y mayores servicios de los que son preciosos delante Dios quien se diera á ella por la grande ayuda que recibirá de sus avisos, que no en diez años no ayudándose della ó de otra semejante, si Dios Nuestro Señor se la diera.

Pruébase esto de la grande necesidad que todos confiesan haber en el mundo de libros y santas palabras que nos doctrinen, pues que por esto se escribió el santo Evangelio y cuanto bueno hay. Y en esta breve Arte se pone muy en especial la manera de muy altamente poner en obra todo lo allí escripto.

Pruébalo también la confesión de muchos, que pensando tener harto amor de Dios según su flaqueza humana y que le servían según su voluntad, y leyendo esto, afirmaban casi nunca haverle servido, y servirle ahora más en un día que antes en diez; y manifestarlo además la experiencia de los que leyendo muchas veces quisieren obrar como aquí se dice; esto es, que obren y siempre obren á gloria y alabanza de aquel gran Dios poderoso, cuyas grandezas y bien soberano con todo corazón y entrañas alaben todas las criaturas para siempre jamás. Amén.

FIN DEL ARTE PARA SERVIR Á DIOS

NOTA.—El *Arte para servir á Dios* se imprimió juntamente con el *Espejo de ilustres personas*. Al final de esta última obra hay el siguiente colofón: «A honra y gloria de Jesucristo, Nuestro Señor, y de su bendita Madre la Virgen María, se acaba el libro intitulado *Arte para servir á Dios*, juntamente con el *Espejo de ilustres personas*. Fué impreso en la muy noble ciudad de Zaragoza, en casa de Juan Millán, á la Cuchillería, Año de mil quinientos y sesenta y siete».

ESPEJO DE ILUSTRES PERSONAS

COMPUESTO POR

FRAY ALONSO DE MADRID

DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO

Agora nuevamente impreso. 1526.

COMIENZA EL PRÓLOGO

El apóstol Sant Pablo, vaso escogido del muy alto Dios para poner en él riquezas é doctrina para todo el mundo, manifestaba algunas veces las faltas que en sí hallaba de parte de la miserable condición humana; y esto hacía con su verdadera humildad, por que no nos espantásemos nosotros cuando hallásemos estas faltas cada uno en sí mismo; pero procurásemos haber remedio de la mano real del dador de todos los bienes, ayudándonos á ella con todas nuestras fuerzas y con las de cuantos pensásemos podernos ayudar á haver el tal remedio. Y entre las otras cosas que este glorioso apóstol nos manifiesta, es una que escribió á los Romanos, donde dice: *Velle adiacet mihi; perficere non invenio.* En lo cual quiere decir: Cierto yo tengo voluntad para mucho bien, pero no hallo que hago tanto bien como querría.

Esto mismo, ilustre señora, aunque por otras palabras, me acuerdo haverme dicho vuestra señoría con gran deseo de remedio y con gran congoja de sentir dificultad en hallarle, diciendo que esta vida no parece vida, pues que tan falta es de todo bien; y que es gran poquedad no buscar vida que sea vida como es la espiritual, con que Dios Nuestro Señor se sirve.

Y pidióme vuestra señoría que escriviese alguna breve manera cómo pudiese concertar la vida con la buena voluntad que por la merced de Dios Nuestro Señor tenía para servir á su soberana Majestad. E parecióme tan buena demanda, que quise para cumplirla atreverme á escribir esta obrecita, queriendo más confiar, para la hacer, de la gran bondad del dador de todos los bienes, que espero que me alumbrará, que no dejar de obedecer al mandamiento de vuestra señoría, pues que tanta obligación tengo á ello, aunque me pudiera excusar por las muchas faltas que para ello tengo. Y porque, como el mismo Sant Pablo nos enseña, la doctrina espiritual se debe dar según la condición de cada uno, así como el mantenimiento corporal, donde se muestra que el que quiere dar alguna doctrina espiritual deve considerar las condiciones de aquellos con quien habla.

Acuerdo por esto, pues que en especial enderezco la obra á vuestra señoría, comenzarla tomando casi por fundamento la obligación singular que las personas de grande estado tienen, más que todos, de servir á Dios, é de buscar é seguir la vida espiritual; pues que el generoso corazón é magnanimidad que les pertenece más que á otro les convida á ello.

Lo cual mostrando en los tres capitulos primeros, escribirse ha en lo de adelante lo que al mundo todo, é más á esas grandes personas, pertenece para bien vivir. Lo cual todo comenzado á gloria de nuestro gran Señor y de sn bendita Madre, é para especial edificación de vuestra señoría, podráse intitular la presente obra *Espejo de ilustres personas.* Nombre de espejo le pertenece para que quien en él se mirare verá bien claramente la fealdad de su rostro espiritual, é podrále hermosear con lo que allí conocerá. Y aun le pertenece también el sobrenombre de ilustres personas, porque la vida dellos deve ser más espejada

que la de los otros; y por consiguiente les pertenece más tener siempre semejante espejo delante sus ojos, en que puedan de continuo ver á sí mismos y á cuantos tienen presentes, y á su mandar, cómo y en qué deven servir los unos é los otros al muy alto; porque, como luego al principio se declarará, á ellos más que á otros pertenece servir á Dios é convidar á sus vasallos á ello: y es justo que ellos tengan tal concierto en su vida, cual deven procurar de continuo por palabra y ejemplo para los suyos. De lo cual todo se escribirá algo en el presente tratado.

CAPÍTULO PRIMERO

De la magnanimidad que en especial debe convidar á servir á Dios á los que son de grande estado en este mundo.

Como seamos todos criados para poseer el reino de gloria perpetua, é por consiguiente tengamos todos igual obligación á las virtudes que son camino deste reinar, muchas cosas, empero, hay que obligan más á unos que á otros á esa virtud, y en especial parece obligar mucho á ella la mayor inclinación que unos más que otros suelen tener al bien; porque la dificultad, que suele excusar algo la falta de virtud en los no bien inclinados, muestra ser muy más culpados los que tienen buena inclinación, si no tienen virtud, é por consiguiente se muestra ser mayor su obligación á ella.

Entre las virtudes, á una muy generosa é realenga parece tener más inclinación las grandes personas deste mundo, la cual se llama magnanimidad; á la cual pertenece desdeñar é no abatirse á cosas pequeñas, é acometer é procurar las muy grandes, como son grandes é verdaderas honras; de donde se sigue manifiestamente que, pues no hay en el mundo más abatida cosa que el vicio, ni de más excelencia é grandeza que la virtud, que sería muy culpable cosa en las tales personas dejarse vencer de algún vicio é apartarse de la vida más noble de toda virtud.

Es, empero, de notar que la inclinación á esta virtud de la magnanimidad está tan estragada en este mundo mediante la ceguedad humana, que puesto que muchos sean naturalmente magnánimos, pero como tienen en mucho las prosperidades y honras deste mundo, y dan á olvido la muy más alta honra de la virtud é la valentía grande que consiste en forzarse hombre á sí mismo, é olvidan también lo muy más alto que en el čielo está aparejado á los que acá se dan á la vida espiritual y ocupan su corazón é fuerzas en procurar aquello muy bajo deste mundo, como cosas que por su ceguedad tienen en mucho, é casi no curan de aquello en que principalmente está toda grandeza, y toman para favor de su desvariado contentamiento decir que allí lo usan los mayores del mundo, y que lo otro se tiene por poquedad; é no miran que burlan dellos los bien sentidos del mundo é los muy altos Príncipes del paraíso con todos sus cortesanos; de los cuales el menor tiene más aparato de pompa real que toda la corte imperial del aldeaniego é lodoso mundo que los engaña.

Muéstrase de lo sobredicho andar muy abatidos según verdad los grandes deste mundo, si no emplean todas fuerzas en la vida espiritual del servicio de su muy alto Rey, de quien han de alcanzar las muy altas mercedes, de que sus corazones andan tan sedientos.

Y muéstrase también que tienen más obligación á esta virtud de la magnanimidad y á todo lo que della nace; é por consiguiente, se puede bien decir que por esta obligación é gran corazón les pertenece más toda doctrina que toque en la vida espiritual que á otros, cuyos corazones por su pequeñez no se levantan á desear é procurar tan grandes cosas. Por cierto, si se ternía por cosa de gran poquedad que un gran señor se ocupase en coger del suelo unos pocos de confites que se cayeron del plato, muy más apocada cosa es tener puesto su corazón en los vanos dulzores de los deleites y prosperidades deste mundo; pues es muy cierto seguirse dello olvido é aun pérdida de la muy alta honra é gloria para que les fué dada la grandeza de corazón que tienen.

De todo lo sobredicho dió muy claro ejemplo á todos los cavalleros el generoso é muy claro Rey de toda la cavallería celestial é terrenal, Jesucristo, Señor Nuestro, cuya real persona se puso á mil afrentas por la grandeza del cielo, y despreció con muy gran desdén los reinos del mundo, cuando se los quisieron dar é siempre.

Por cierto no sé cómo se llame ilustre cavallero el que gasta la vida buscando las

grandes honras de acá, pues que ve morir á su Rey por librarle del amor vano de las honras mundanales y llevarle á las celestiales; ni sé cómo se osa contar entre grandes el que abate su corazón á cosas tan bajas, como según verdad sean muy ajenas cualesquier poquedades de personas grandes.

Este ánimo grande devría en especial hacer á los nobles nunca pecar, pues que el pecado es la mayor de las vilezas, por ser contra la lealtad que á Dios devemos. Por cierto, ninguna lengua ni mano ajena tanto nos puede mancillar con sus injurias, cuanto la culpa que cada día nosotros mismos cometemos nos afea delante de Dios, á quien siempre tenemos presente.

Este mismo ánimo les devría hacer no sentir cualquier adversidad y de cualquier mano que fuese, pues que no puede más lastimar á quien se lo tiene de cuanto lo quisiere estimar. Y el verdadero é magnánimo estimador no respeta por grande mal salvo lo que toca en el ánima; porque todo lo demás, después de tenerlo, se deve olvidar; y depués de perdido, no nos deve dar más sentimiento que lo que por su poquedad merece ser olvidado.

A todo lo sobredicho deven los grandes convidar por todas las vías que pudieren á sus vasallos; y esto por muchas razones. Lo uno, porque así lo hizo el muy alto Rey é Señor de grandes y pequeños. Lo segundo, porque para esto principalmente les es dado el principado é señorío que tienen en la tierra, pues que á esto se endereza todo buen regimiento mandado de Dios, al cual ellos son obligados. Lo tercero, porque á grandes personas grande y noble compañía pertenece; é la mayor de las noblezas es la virtud é bien vivir; lo cual cierto ningún predicador puede plantar con tanta ligereza en la tierra cuanto podrían los que la señorean, si mirasen é hiciesen lo sobredicho; y contra los que no lo hacen dice Sant Pablo que son infieles y peores que infieles.

CAPÍTULO II

Que declara algo en especial la ventaja grande que hay de la vida espiritual á la corporal, lo cual necesita á los grandes servir mucho á Dios.

Por que más claramente vean los grandes su engaño, será bien notar que la vida espiritual ó del alma es tanto más amable que la corporal cuanto es más amable el mundo todo con sus riquezas que un cesto de lodo; lo cual nos enseña muy bien nuestro muy alto Dios, el cual siendo Señor de tan inmenso poder, vivió vida llena de mil muertes; y en cabo murió una muerte llena de mil dolores, por enseñarnos á vivir esta vida espiritual y tener en poco lo corporal.

E por cierto si no mostrase otra cosa la ventaja de la vida espiritual y corporal, sino la experiencia que todos tenemos de sentir mayor gozo en el alma cuando acabamos de llorar nuestros pecados que cuando acabamos de estar en todas las fiestas del mundo, esto sólo bastaría. Porque pregunto: Si llorar los pecados, que es la primera é menor de las verdaderas obras del que sabe vivir, á Dios da tanto gozo é se tiene por tan noble, qué será del que creciendo en la tal vida, é subiendo con el alma á ocuparse en las obras del cielo (lo cual se hace con tantos pensamientos), viniere á probar, aun desde la tierra, la grandeza de gloria que havrá en la corte donde no puede haver lágrima ni dolor?

Por cierto no sabrá responder á esta pregunta quien no la hoviere probado. Ni aun el que la hoviere probado terná palabras con que lo decir. O, pues, señores del mundo, pídoos, por reverencia de Dios é por el gran trastornamiento que traés en la gloria vana, que me digáis si creis ser verdadera esta difeencia entre estas dos vidas. E pues diréis que sí, conoced cuán grande es la culpa que tenéis en abatir vuestros elevados corazones á vida tan baja, apartándoos de vida tan sublimada; é conociéndolo, sentíos confusos de vuestro abatimiento, é corran lágrimas de vuestros ojos por haver desamparado vuestro Rey, pues que por esto siempre é por otra afrenta nunca deven correr lágrimas de los ojos magnánimos. Pídoos también por reverencia de Dios que miréis cuánta poquedad será leer esto é no sentirlo, y cuán mayor sentirlo y olvidarlo; y pues así es, recibid esta obra con amor, y tenedla por espejo continuo delante vuestros ojos; pues que, haciéndolo, veréis muy claro la fealdad de vuestra vida pasada y la podréis hermosear y engrandecer como pertenece á la muy alta Majestad del gran Señor á quien devéis servir.

CAPÍTULO III

Que los servicios que los grandes reciben de los suyos los convidan á siempre servir á Dios.

Aquel gran Dios poderoso, que ninguna cosa hace ó permite de que no podamos sacar grandes bienes, dispuso, para favor de los grandes de la tierra, que, pues la obligación que á cumplir con muchos é con muchas cosas tienen les podría ser algún embarazo para la vida espiritual, que toviesen también siempre presente algo que les convidase é ayudase á bien vivir; porque cierto pienso que no hay en el mundo quien así traiga siempre delante sus ojos la imagen ó sombra del verdadero servir á Dios como esos que son muy servidos en el mundo.

Porque si bien miramos, pregunto: El polido é muy continuo servicio que á los grandes de la tierra se hace; la presta é reverencial obediencia con que son obedecidos de sus criados; el rostro conforme á su gozo é tristeza que se les muestra de todos; el ofrecer de vida é hacienda que cada día se hace por ellos, con otros mil servicios que cada hora reciben con hartos trabajos de los serviciales, qué es sino una sombra de cómo se deve servir el gran Señor de los señores é soberano Emperador de cuantos mandan? Podemos por cierto decir que con cuantos servicios se hacen á los grandes deste mundo, el mayor es un casi decirles por señas de contino aquellos que le sirven: Mira, hombre grande en respeto nuestro, aunque muy pequeño en comparación del eterno Dios, que con nuestro humilde servirte convidamos á servir con grandes fuerzas é limpieza é lealtad á quien sin comparación tienes más obligación que nosotros á ti.

Cierto pienso que se puede con gran verdad decir que, pues el grande estado de la tierra trae consigo presente la imagen del verdadero servir, según es dicho, y en qué consiste la verdadera vida espiritual, que es muy mayor el ayuda que reciben los grandes con lo tal, que desasosiego puede ser el que les acarrearen los cuidados de su governar.

E pues que así es hablado ya de nuestro principal intento, será bien decir algo más en especial de lo que propuse escribir para poder alcanzar y tener esa vida espiritual.

CAPÍTULO IV

De la orden con que procede esta breve obra, y de un sumario de lo que abajo se pone.

Item, me pareció que pues, las ilustres personas son dadas al mundo para ilustrar y hacer resplandecer en virtudes á los otros, cuyos señores son, que se devía formar de tal manera lo que aquí se pone ser su doctrina que aproveche al mundo todo, á quien ellos, según es dicho, son obligados de doctrinar.

Y por eso llevaremos esta orden, que luego en los dos capítulos que se siguen se pornán tres cosas que á todos é más á las grandes personas deven convidar á servir á nuestro gran Dios; diciendo también cómo ese Señor es muy amigo de los servicios del ánima; y después, desde el capítulo siguiente, se porná en qué cosas le deven servir los días que no son festivales, poniendo todas las cosas que havemos de hacer desde la mañana hasta la noche; y el concierto que en ellas se ha de tener, para que Dios se sirva en todo, así en lo espiritual como en lo corporal.

Y después, desde el capítulo trece, se escrivirá en qué cosas servirán en los días de fiesta; pero que á los grandes como á mayores personas les pertenece servir de contino festivalmente; y deve notar el que de alguna doctrina, y en especial de la presente, se quisiere aprovechar, que no la deve tomar para leerla una vez y contentarse con lo que della le quedare esa vez; pero dévela tomar como un devocionario en que va la vida, é rezarlo ó leerlo cada día muy despacio. Y en tanta manera cumple hacerlo así, que si para hacerlo fuere menester dejar otras oraciones é muchedumbre de Paternostres y Avemarías que solían rezar, si todo no lo pudiere hacer, será mejor gastar el tiempo en leer este librito muy despacio é con mucha atención é con deseo de obrar lo en él contenido, que no las dichas oraciones, porque Dios será dello más servido.

CAPÍTULO V

De tres cosas que á todos, y en especial á los más nobles del mundo, deven convidar á servir á Dios.

La experiencia nos muestra que tres cosas hacen bien servir. La primera es la nobleza del que sirve. La segunda, la grandeza é bon-

dad del servido. La tercera, esperanza de grandes mercedes. Y estas tres, si bien las miramos, con otras muchas, nos harán nunca dejar de servir al muy alto.

Dije primero que la nobleza del que sirve convida á bien servir; porque cierto la nobleza necesita al noble á hacer noblemente la obra que toma entre manos, é más tratando con muy grandes personas. Devemos, pues, para esto todos considerar quién y de cuánta nobleza somos, é hallaremos que cada uno de nosotros es de mayor excelencia que todos los cielos y el mundo todo; porque somos á imagen é semejanza de Dios, hijos suyos, cuando graciosamente le servimos, y después herederos de su reino para siempre. Esta nobleza, pues, deve mucho convidar á bien servir á Dios, porque allende de pertenecer al noble nobleza é lealtad para bien servir, ninguna cosa hay que tanto hace llegar á la muy alta y verdadera nobleza que los nobles desean cuanto servir al muy alto Dios, porque de hombres nos tornamos divinales ó dioses, según dice la Escritura; é por consiguiente, hablando en el vulgar común, más que de sangre real.

En manera que digamos, como dijo Santa Agueda á un cavallero mundano que la reprehendía porque quería servir á Cristo, podiendo ella ser servida en el mundo; al cual ella, como deseosa de la verdadera libertad é señorío, respondió: Soberana é muy alta libertad é señorío es ser en todo siervo de Jesucristo. E dijo muy bien; pues que ellos solos vienen á ser reyes del cielo, como en el santo Evangelio se dice, é aún en la tierra son más que reyes terrenales, porque señoreando á sí mismos señorean todo lo demás. E todos los que á Cristo no sirven, allende de ser hechos hijos del demonio, serán para siempre esclavos en las cuevas infernales. Y cierto al que no convidase la nobleza á servir á Dios por lo primero, que es alcanzar la muy alta libertad é señorío, devría espantar el muy gran mal que se contiene en lo segundo, que es ser tornado hijo é vasallo del demonio; y por eso devría esforzarse á servir á Dios.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN

Devemos, pues, segundamente considerar la grandeza é señorío y bondad del Señor para cuyo servicio somos nacidos; é hallaremos que es muy mayor sin comparación el señorío que Él tiene sobre cada uno de nosotros é sobre todos los reyes é grandes é chicos del cielo é de la tierra, que el señorío que todos esos reyes é grandes tienen sobre un cesto de tierra; porque deste ellos no son señores verdaderos, é Dios es tan Señor de todos ellos, que con menos que un soplo los puede á todos tornar en nada, é los hundirá en los infiernos para siempre si no le sirven; é si le sirven, los engrandecerá tanto en la otra vida, que conozcan ser otro cesto de tierra lo que acá tienen en respeto de las grandezas de que acullá gozarán.

No cumple alargar en la grandeza é señorío deste Señor; porque, aunque acabásemos, diríamos poco. E yo que escribí esto, entiendo abreviar por que mejor quede en la memoria lo que se dijere. Justa cosa es, pues, servir á Señor, de tanta grandeza, delante de quien tan pequeños son todos, según hemos visto.

No menos por cierto nos convidará su bondad; en la cual devríamos dar mil vueltas todos los momentos de nuestra vida. Por cierto entre los bajos hombres de la tierra por gran bondad se ternía que un rey ó señor dellos los convidase con amor é mercedes, podiéndose vengar dellos por haverle sido traidores; pero aún más bondad sería si por los tales traidores se pusiese á perder la vida y á muchos trabajos; pero sin comparación se muestra más esta bondad en nuestro gran Señor, pues que, siendo de tanta majestad é tan sin necesidad de todos, quiso, por dar la vida á quien tan merecida tenía la muerte, sofrir vida de tantos trabajos hasta perderla con muy ásperos tormentos, é por enriquecer de vida más alta é riquezas perpetuas á los que tan desconocidos é traidores havíamos sido.

Este gran Dios con su bondad infinita, allende de las sobredichas mercedes, manda que sus ángeles nos sirvan de contíno; é manda que los cielos é la tierra nunca paren un momento de entender en nuestro servicio; é aun allende de todo esto, para mucho más mostrar su excelente bondad é amor, quiso estarse siempre en nuestra compañía en el santo sacramento. Mil maneras procura para que crezcamos en bienes verdaderos, é nunca consiente que venga trabajo á quien le sirve, sino condición que de allí le nazca mucho bien; é mil millones de veces está más deseoso de

nuestro bien que nosotros mismos; pero pregunto: Qué no hará el que murió con tanto trabajo por nuestro bien? Cierto cuanto se puede decir parecerá poco al que esto considerare.

TERCERA CONSIDERACIÓN

Dije también que para avivarnos á servir á este tan grande é tan buen Señor devemos lo tercero considerar las grandes mercedes que esperamos si le servimos; é pues que son tan grandes, como Sant Pablo dice, que no basta el mundo todo para decirlo ni aun para imaginarlo, bástenos al presente considerar que cierto serían muy más tristes nuevas si dijesen al más pequeñito que está en paraíso que Dios le quería sacar de allá y hacerle rey de todo el mundo, que no si dijesen á un rey de los deste mundo que mañana havía de perder su reino y morir alanceado por manos de sus vasallos.

Esto es tan gran verdad, que no ha menester probarlo, é porque no dubdará dello sino quien siente muy mal de toda verdad. Por cierto, aunque el que sirve á Dios no esperase estas mercedes tan altas del cielo, sino solamente por la gozosa paz del corazón que tienen acá los que se dan á la verdadera virtud é menosprecio de las vanidades del mundo, é por ser libres de la triste é nunca contenta vida que tienen los viciosos, esto sólo devría bastar para emplear toda nuestra vida en servicio deste gran Dios, cuanto más esperando tan altas é tan aventajadas cosas como se dijo, aunque no hay quien pueda decirlo.

Pues quien considerando lo sobredicho no despertare é abivare para servir á Dios, crea cierto que tiene sueño de muerte; no, empero, deje de obrar hasta que despierte, porque cierto está muy presto el Señor para remediar nuestros males, si con humildad obráremos lo que en nosotros es. E al que no despertase con las sobredichas cosas, cumplirle ha mucho en especial para remediarse buscar algún secreto pecado, si por ventura tiene, del cual no hace caso. Y después de hallado, remediarle con verdadera enmienda; é cierto sentirá luego nueva salud é fuerzas para todo bien; é podráse llamar pecado secreto algún amor ó desamor desordenado que está hincado en el alma, ó cualquier dicho ó hecho en agravio de honra ó hacienda de otros, ó de los pobres á quien pertenecen muchas rentas é haciendas, como las eclesiásticas é otras. E aun se llaman pecados secretos el distribuir de beneficios é oficios de comunidad, como regimientos é corregimientos é lo semejante, cuando lo tal se da á algunos porque han servido ellos á sus padres; lo cual es gran mal no lo mereciendo ellos ó haviendo otros que lo merezcan más; en lo cual y en otras cosas pecan muchos é lo excusan con glosas no ciertas é maldades; é lo que peor es, pésales cuando les descubren la verdad; lo cual también se puede contar entre los dichos pecados secretos; é por consiguiente nos desampara Dios, según es dicho; porque no solamente somos obligados á servir á Dios en algunas cosas de las que nos manda, pero en todas; é no solamente devemos querer saber lo que nos es placentero ó no muy penoso en su servicio, mas aun lo que por nuestra soberbia é maldad nos fuere muy trabajoso; de lo cual con dificultad se pueden poner ejemplos particulares, sin mucho alargar, porque unos pecan en uno y otros en otro. E no pertenece aquí, salvo cuanto se concluye que por los tales pecados con mucha razón son algunos desamparados del secreto socorro de Dios; é por consiguiente no son movidos de las tres cosas sobredichas á servir, según deven, al gran Señor de todas las cosas.

CAPÍTULO VI

Que pone en general en qué cosas devemos servir á Dios, y que los buenos pensamientos é deseos son los mayores servicios.

Cuanto á la segunda cosa principal que en principio propuse decir en qué cosas serviremos á Dios, será bien notar para fundamento una doctrina de Sant Pablo, que dice que los servicios que á Dios se hacen con el alma, así como reverenciarle é amarle con el corazón é con buenos pensamientos y deseos, son de mayor estima que los corporales, así como ayunar é disciplinarse y otros trabajos; aunque quien hiciese lo del ánima y dejare lo corporal por negligencia, devría é podría creer que ni hace uno ni otro; pero nótase de allí que más devemos procurar en todo el tiempo que diputáremos para servir á Dios hacer algunos servicios con el ánima que con el cuerpo, aunque siempre deve acompañar uno á otro. Nunca empero los servicios corporales que la gloria manda se deven dejar

so color de ser mayores los espirituales, porque esto sería contra la obediencia; la cual quiere Dios más que el sacrificio.

Esto havido por fundamento, notaremos que todos nuestros servicios se encierran en dos; esto es, en hacer bien é apartarnos del mal; y estos dos se encierran en uno, que es amor de Dios y del prójimo. E todo cuanto pensáremos é hiciéremos de cualquier manera que sea, si va enderezado á estas cosas, es servicio de Dios, y si va contra ello, ya es malo; y en esto poquito se encierra todo cuanto está escrito para nuestra doctrina. Aunque para que mejor sepamos dar orden á lo que havemos de hacer, será bien notar é leer cada día los puntos que se siguen, en que se da forma para concertar las veinte é cuatro horas del día; según el cual concierto deven correr todos los días de nuestra vida, si queremos que nuestra vida sea vida é no muerte, é si queremos alcanzar la vida de gloria perpetua y escapar de la muerte, donde siempre mueren viviendo con mil millones de tristezas. Parecióme, empero, bien poner primero lo que cada día deve hacer el buen cristiano, y esto en los cinco capítulos siguientes.

CAPÍTULO VII

De la reverencia que á Dios Nuestro Señor se deve hacer cada mañana.

Es, pues, lo primero que por la mañana devemos hacer, antes que en otra cosa entendamos, una gran reverencia á Dios, las rodillas en tierra, pero muy mayor con el ánima estando así de rodillas, lo cual se hace desta manera: Levantemos el pensamiento, é acuérdesenos de lo arriba dicho del grandísimo y universal señorío de Dios, é miremos también cuán poquita cosa es cada uno en sí mismo delante tanta Majestad; é que aquello que somos lo tenemos de merced suya, como criaturas suyas; y estémonos en esta memoria é consideración lo que pudiéremos; é aunque no sea sino por espacio de un avemaría, es gran cosa, y cuanto más fuere, será mejor; y esforcémonos á gozarnos de aquel su gran señorío é gloria é riquezas todo cuanto pudiéremos, como de bien de Señor nuestro é de todos, é que tanto bien nos quiere é hizo y hará é hace de contino.

Y esto sobredicho se llama reverencia del ánima, porque la inclinamos la voluntad y entendimiento en la dicha consideración é gozo y memoria, que son las tres potencias del ánima; é miremos que aun entre los niños se tiene por mal criado el que no sabe bien hacer la reverencia, según que pertenece á cada uno. La sobredicha reverencia pertenece á solo Dios; é si alguna vez quisiéremos hacer reverencia á los santos, hemos de considerar las muy altas mercedes que de Dios recibieron, é cómo están sublimados al presente en tan alta manera más que nosotros, gozándonos dello como de bien de señores é amigos, á quien mucho amamos.

Pero dejando agora esto, é tornando á lo que cada día devemos hacer, notaremos que, hecha la dicha reverencia, devemos luego proponer dentro en el corazón que todo lo que hiciéremos ese día todo lo ofrecemos á la Majestad divinal, suplicándole con aquella misma humildad que nos dé gracia y ayuda para servirle con todo, porque sin él ninguna cosa podemos. Esto todo es obra del alma é no del cuerpo, según dije, é para todo lo sobredicho no ha menester otras palabras sino solamente el pensamiento y el deseo é la voluntad, ofrecido á Dios con el corazón, según es dicho; lo cual será muy ligero de hacer si miramos de corazón en ello.

CAPÍTULO VIII

De otras tres cosas que devemos hacer cada día.

Hecha esta reverencia é humilde suplicación, será bien signarnos con la señal de la cruz, como quien quiere entrar en la batalla de las obras é congojas é pensamientos y deseos que se le han de ofrecer ese día, suplicando á Dios que por virtud de aquella cruz nos libre de todos nuestros enemigos, que son del demonio y el mundo y la carne; é que con esta confianza en nombre del Padre é del Hijo y del Espíritu Santo, comencemos todas las cosas que ese día su Majestad quiere que hagamos; las cuales en suma para cada día han de ser éstas después de lo ya dicho.

Primeramente, oir misa muy devotamente, adorando con la reverencia arriba puesta á aquel gran Dios que está en la hostia y en el cáliz después de las palabras sacerdotales.

Lo segundo, ocuparse en el oficio que á cada uno pertenece según su estado, trabajando de manos ó de otra manera, según le

conviene. En el cual trabajo deven tener en costumbre todos de rato en rato, siquiera cada vez que diere el reloj, acordarnos de aquel gran Señor que quiere que nos ocupemos en aquella obra en que estamos, é suplicarle que le sirva de nosotros en ello; porque este acordar é suplicar con el pensamiento es obra del ánima que, según dicho, es muy preciosa.

Lo tercero, nos devemos ocupar en el mantenimiento corporal, antes del cual y después siempre devemos bendecir á Dios que nos provee, é suplicarle con el corazón que nos dé templanza, é que aproveche aquel temor para su servicio; lo cual todo también es obra preciosa del alma; en manera que, si queremos, comiendo é beviendo, é en cualquier otra obra honramos é servimos á Dios, como nos amonesta Sant Pablo hacerlo; é por consiguiente, cumple decir que en qué serviremos á Dios, pues que en cada cosa puede andar el ánima sirviendo, según es dicho, y sus juicios siempre son grandes, aunque estemos haciendo cosas bajas, como son comer é todo proveimiento corporal.

CAPÍTULO IX

Cómo cada uno deve gobernar su familia, y que en esto deven todos, y más los grandes tener gran cuidado, á ejemplo del gran Señor de todas las familias, nuestro muy alto Dios.

Otra y cuarta cosa en que aquel á quien perteneciere se deve ocupar cada día con la governación de su familia; é queriendo decir desto, parecióme bien comenzar de un fundamento que todos los sabios governadores é regidores hallaron, é mostrólo por ejemplo nuestro gran governador de todo lo criado; y es que cada uno en su casa ó tierra é señoría se esfuerce, aunque no sea de su condición, mostrar amoroso rostro y palabras dulces á los que tiene á su mandar; sea, empero, con amorosa graveza, porque la demasiada familiaridad no sea ocasión de atrevimiento.

Deve aún mirar el que gobierna que, aunque á unos quiera más que á otros é se lo muestre con palabras é obras, porque lo merecen más; pero que no sea con disfavor á otros, é que ninguno se sienta desdeñado ó desfavorecido en su compañía, mas que sientan todos ser amados é bien tratados. Cierto quien esto hiciere, con pequeña casa será muy servido, é con pobre tierra será gran señor, é servirá con todo al muy alto Señor en las cosas que luego se siguen. Deve, pues, cualquier señor de su casa poner muy continua é cordial diligencia en saber cómo y en qué se ocupan los suyos, é si guardan los mandamientos de Dios Nuestro Señor, y en especial si hay algunos que juran demasiadamente ó blasfeman su santo nombre, é si oyen misa é se confiesan é comulgan.

E generalmente deven procurar de plantar en ellos vida virtuosa é destruir todos los vicios, á las veces con palabras y otras con castigo templado; porque el destemplado y con ira hizo mucho daño al castigado, como Sant Pablo dice; é aun el que así castiga, queda por ventura con mayor culpa de propia pasión que la que quiere castigar en el culpado. E esto del templado castigo se deve guardar con todos, quier sean crecidos en edad, ó hijos, ó mozos de pocos años; y deven los señores decir á los de su casa, en manera que lo sientan ser muy de corazón, que han de tener por dicho que, si los quieren servir, que no solamente han de mirar por lo que ellos mandan, pero muy más enteramente por lo que Dios manda; porque no es buen siervo el que no procura cuanto puede la honra de su Señor é todos cuantos servicios le puede acarrear.

E mucho más tiempo deven gastar en esto las grandes personas y que tienen vasallos; porque devrían examinar las leyes é costumbres que hay en su tierra, induciéndoles á ganar lo bueno con palabras amorosas, más de padres que de señores, é no consintiendo las malas; é también poniendo gran diligencia en saber cómo se tratan los que poco pueden. E que conociesen los que tienen cargo de justicia en su tierra, que el mayor deservicio que pueden hacer á sus señores es hacer algún agravio ó sinrazón á quien poco puede; lo cual se devría pesquisar de buenos hombres que hay en cada tierra, pero muy secreto. E si se hallase alguna vez que por revelar los males á los señores eran maltratados los reveladores, sería muy justo ser bien castigados los que los maltratan.

E todo esto se devría decir á los que rigen, avisándoles los tales señores que han de mirar más por esto, por ser honra de Dios, que por cualquier provecho ó honra propia; é oyendo esto los vasallos, serían provocados á

mucho amor é á servir á Dios como á Señor de sus señores; por cuya contemplación son tan mirados é bien tratados dellos.

Sobre todo devrían los señores tener cuidado que las iglesias de su tierra estuviesen muy limpias é reparadas de ornamentos, cálices é corporales suficientes; é si no lo estuviesen, que lo dijesen á los clérigos con amor y en secreto. E puesto caso que esto pertenezca más á los obispos, pero ellos holgarían de ser ayudados en esto; y tanto más á los señores temporales será agradecido del Señor Dios, que entiende en lo sobredicho, cuanto menos les pertenece por oficio; cuanto más que todo aquello en que pueden ayudar á la honra de su Señor todo les pertenece por el señorío que de su Majestad tienen cometido.

Estas cosas é otras muchas que se ofrecerán son grandes obras é servicios en que se devrían ocupar los grandes señores, y en que Dios Nuestro Señor sería muy servido; é los otros grandes, provocados á lo mismo por el ejemplo de quien así lo hiciese, é toda su tierra sería santificada, y ellos havrían gran merecimiento de todos los bienes que unos y otros hiciesen.

Mirar deven los grandes que aquel gran Señor suyo y de todos se hizo pobre, y con mucho trabajo, por que los hombres alcanzasen las muy grandes riquezas del cielo; y éstas hacen ellos perder á sus vasallos si los fatigan como tiranos, ó si los consienten fatigar á oficiales tiranos, como según verdad sean, puestos por señores para morir por los suyos si fuere menester, como el muy alto Señor lo hizo por ellos é por todos. O ilustre vida la del ilustre varón que, considerando tener sus vasallos de manos del gran Rey universal, é que más principalmente los tiene para conservarlos en todo bien y virtud, que para ser dellos pechado y servido; y considerando también que Dios los libró con sangre preciosa del tirano infernal para hacer dellos hijos é grandes señores en el cielo, después de haver sufrido en paciencia el vasallaje que en la tierra tienen, los trata á todos como á hermanos iguales que seremos, cuando de esta vida breve partiéremos, y como á personas para tan alto señorío diputadas.

Y cómo se devan tratar arriba es dicho, é la ley de la hermandad lo declara, y al revés; por cierto no sé qué excusa tenga delante Dios el cavallero que por complir sus vanos é perdidos deseos mundanos olvida de complir todo lo sobredicho con sus vasallos. Y no solamente no lo cumple, pero aun con su vida perdida les es mayor ocasión de perdición; y aun, lo que peor es, para darse más del todo á sus viciosas locuras, los despecha y agravia de mil maneras. Cierto la vida deste tal no vida, mas muerte se deve llamar, pues que con los desasesados deleites del cuerpo tiene cativa su alma triste, muerta y llagada con mil vilezas; y pues que, haviendo gozado de los breves placeres que tan presto pasan, será privado del señorío que en la tierra tiene, y desheredado del gran señorío del cielo, que sus vasallos alcanzarán, y hecho vasallo perpetuo de los demonios, donde lo pagará todo, cierto es bien justo que sea para siempre vasallo, é con dolor, el que haviendo recibido gran señorío para engrandecer á sí é á otros usó dello contra la voluntad y mandado del gran Señor que gelo dió.

CAPÍTULO X

Que hay grandes riquezas en los buenos pensamientos é gran mal en los malos.

Lo quinto que se deve considerar y en que nos devemos ocupar en el proceso de nuestra vida es en recoger é detenernos en los buenos pensamientos y deseos que se nos ofrecieren, y en los procurar con diligencia cuando no se ofrecen, y en apartar y echar con mucho aborrecimiento los malos deseos ó vanos que cada rato vienen; porque en cada cosa destas haremos gran servicio á Dios, porque son grandes cosas del alma, aunque por nuestra ceguedad las tenemos en poco, como, según verdad, un mal deseo á que damos lugar es digno de muerte eterna, y otro bueno es merecedor de gloria que nunca se acaba. Buenos pensamientos llamaremos todo lo aquí escripto y en otros libros; é malos pensamientos todas las cosas de pecados, como los vicios y pompas deste mundo.

CAPÍTULO XI

Que se puede tomar alguna honesta recreación para alivio de los trabajos de nuestra corporal flaqueza.

Los filósofos alaban y los teólogos no tachan algunos pasatiempos placenteros según

la edad y condición de cada uno. Es, empero, de notar que en los semejantes placeres deve la persona ir con mucho tiento, porque se ofrece en ellos gran despeñadero si nos ocupamos mucho en ellos, si los tomamos muy á pechos. Deven, pues, tomarse honestamente cuanto á la obra; porque antes devemos morir que hacer cosa viciosa, por grande necesidad que tengamos de recreación; y aun se deven también tomar templadamente, en manera que sirvan más de desenojar que no de principal pasatiempo.

Dévense, por conclusión, tomar como cosas que en sí son de muy poco valor; pero por que no desfallezca este miserable cuerpo, que lo ha menester como el dormir é comer y otras semejantes miserias y corporales placeres. Y los que tienen hijos les devrían avisar de lo sobredicho, sopena de ser enemigos y no padres.

Los ejercicios de recreación que se hacen con daño de otros, como algunos linajes de cazas, deven ser contados viciosos y tomar otros honestos; y no se sufre la excusa de los que dicen ser muy inclinados á la caza ó semejante cosa, porque por esto somos sujetos á las leyes del Altísimo, por que no hagamos lo que queremos, mas lo que devemos. Y desta sujeción devemos nosotros estar muy alegres y gozosos, porque gloriosa cosa es tener tan alto Señor é servirle, pues que tan altas mercedes esperamos de su Majestad.

CAPÍTULO XII

De la conclusión que devemos dar á cada uno de los días, y qué comienzo á la noche en que havemos de reposar.

Lo otro en que nuestra vida se ha de gastar es en algún sueño, el cual no se deve tomar por vício, mas para recibir esfuerzo el cuerpo para servir á Dios Nuestro Señor. E será bien notar, para que mejor esto hagamos, que venida la noche, después de los otros oficios ó cosas que en ella se suelen hacer de cada uno, es muy justo que para el tiempo del dormir nos ocupemos antes, siquiera por un cuarto ó medio de hora, en un ejercicio muy necesario para remediar los males y pecados en que por ese día hoviéremos caído; é para que nuestro sueño sea en paz del Señor, como hacía el psalmista, porque durmiendo y velando siempre le sirvamos; pues que en un tiempo y en otro siempre su Majestad está mirando lo que nos cumple, defendiéndonos de mil males y del demonio.

Es, pues, lo que el dicho cuarto de hora devemos hacer una consideración de las culpas que por todo ese día hemos hecho; antes de lo cual devemos hacer á Dios Nuestro Señor otra gran reverencia, como la de arriba del principio del día. E luego pensar si havemos faltado en algunas cosas de las que arriba están puestas para su servicio, recibiendo el mayor dolor que pudiéremos de cualquier falta que en ello hoviéremos hecho, aunque no sea pecado mortal, así como los buenos serviciales del mundo sienten pena de cualquier deservicio que hagan á sus señores, aunque no sean mortales ó merecedores de gran pena.

Después devemos pensar si hemos quebrantado algún mandamiento, doliéndonos de la misma manera. Después si havemos tenido palabras ó pensamientos sobervios ó impacientes, ó ofendido en cualquier de los mortales, sintiendo el mayor pesar que pudiéremos, aunque sea muy brevemente, por cada cosa en que sintiéremos haver pecado. Y si nos halláremos duros para dolernos de los pecados, consideremos que ellos fueron causa de muerte é mil dolores á Jesucristo Nuestro Señor, cuya bendita Madre, al pie de la Cruz, tenía también hecho pedazos el corazón con gran dolor, y cierto será nuestro corazón ablandado con tales pensamientos.

Y es de notar que si alguno por ventura dijese que no puede cada día ó noche haver espacio é lugar para haver aquel arrepentimiento de los pecados, devría á lo menos hacerlo cada sábado en la noche y cada víspera de fiesta; por que cuando la mañana del domingo y de la fiesta despertase se hallase más dispuesto para santificar aquel día como el Señor nos manda. Esto hecho, y diciendo el Credo, en que confiesa la fe católica, y rezando el Pater noster y el Ave María y Salve Regina á la bendita Madre de Dios, á quien siempre nos devemos encomendar y de cuyas grandezas mil veces al día nos devríamos acordar, podremos, haciendo la señal de la Cruz, reposar y dormir lo que sintiéremos haver menester según la condición y fuerzas de cada uno; y el sueño deste tal será bendito de

Dios; y levantándose por la mañana, comenzará y persiguirá muy gozosamente todas las cosas arriba escritas para cada día.

CAPÍTULO XIII

De los servicios que en los días de fiesta se deven hacer á Dios Nuestro Señor, é que los deven hacer cada día los no ocupados en cosas del mundo ó trabajos de manos.

Justa cosa fué, según nuestro mal mirar, que se diputasen algunos días para santificarlos é consagrarlos á Dios con algunos especiales servicios, y éstos son los domingos y fiestas. Dije ser esto justo, según nuestro mal mirar, porque quien buen sentir tuviere todos los días devría celebrar como festivales, pues que la fiesta se hace al Rey de gloria infinita, que siempre está en fiestas incomprehensibles. E haciendo lo que devemos con tan gran Señor, estando siempre en sus fiestas, sería nuestra vida muy más enriquecida de verdaderas riquezas y gozaríamos después para siempre de las que su Majestad celebra, pues que para ellas nacimos. Devemos, pues, en estos días cesar de todo trabajo de manos y de toda ocupación temporal, por que muy más enteramente se pueda el ánima ocupar en lo espiritual.

E haviendo aquí por presupuestos los servicios arriba dichos para cada día, los cuales en especial é muy más complidamente somos obligados de hacer en las fiestas, pareció justo poner agora otras cosas en que los verdaderos siervos de Dios se deven ocupar en estas fiestas; lo cual según es dicho pertenesce más continuamente á los grandes señores de la tierra, por que más días estén desocupados de los negocios temporales.

Y en tres cosas en especial paresce que se puede encerrar lo que en estos días devemos hacer junto con lo de cada dia arriba puesto. Lo primero, en pensar las grandezas de Dios é las mercedes que nos ha hecho é hará; lo cual se contiene en el *Credo in Deum* que cada día decimos ó en los artículos de la fe. Lo segundo, en estudiar y ensayarnos y ejercitarnos en las virtudes del alma. Lo tercero, en aprender á morir, pues que siempre morimos y tan presto se acabará la vida; y será bien ver algo de cada cosa destas en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO XIV

Que es muy provechoso ejercicio, y que en especial se deve hacer en las fiestas, pensar cuán grande es Dios y en las mercedes que dél rescibimos.

Cosa natural es temer á los de gran poder y amar á quien bien nos hace; y el comienzo de todo bien está en el temor é la presunción en el amor. Dios Nuestro Señor es de infinito poder, y de quien viene todo el poder que tienen los del cielo y de la tierra, según confesamos creer cuando decimos *Credo in Deum, Patrem Omnipotentem.* Y esto es cosa muy provechosa pensar siempre, por que nos humille y espante su gran poder, y por consiguiente temamos enojarle y tener presunción. Quién no deshará la rueda de su presuntuosa vanidad cuando considerare tanto poder y majestad tan terrible con los reyes de la tierra, que con más ligereza que torcer la cabeza de un palomino les arranca el alma y da con ella en los infiernos, si no le han temido y servido con las mercedes que les hizo?

Pensemos también en las mercedes que nos hace y ha hecho, por que veamos cuánto amor nos tiene y le amemos. El cielo y la tierra crió para nuestro servicio, porque El no havía menester; é así lo confesamos creer cuando decimos *Creatorem cœli et terræ;* y con esto nos dió los ángeles por ayos continuos; é poco es todo esto si consideramos que su Majestad descendió del cielo á la tierra, é, como El dice en el santo Evangelio, no para ser servido, mas para servir, por que mejor fuésemos servidos.

La manera de su servir á nosotros fué que, hecho hombre en las entrañas virginales de Nuestra Señora, é nacido della, luego escogió un pobre pesebre, donde lloró como niño, estando con mucha pobreza, para darnos con todo esto riquezas perpetuas y la vida donde nunca lloran, y para darnos también ejemplo, para conoscer cuán de menospreciar es la prosperidad de la tierra, pues el que es sabiduría del Eterno Padre la despreció tan del todo.

Por cierto no es de olvidar servicio de tan alto Señor, é con tanto trabajo suyo hecho á gente tan baja é para tanta gloria dellos. Después desto fué huyendo á Egipto, llevándole con harto trabajo su bendita Madre. E por abreviar en escribir, aunque no devemos abreviar en pensar, después de vida llena de

mil trabajos en nuestro servicio murió muerte llena de inmensos dolores é menosprecios; por que, pues su Majestad sirvió hasta la muerte por nosotros, sintamos cuán poco hacemos, cuando sirviéremos en todo cuanto nos está mandado; é procuremos de siempre crecer en servicios, por que más crezcamos en la gloria que tanto nos desea su Majestad. Después de esto todo resucitó con gran gloria é subió á los cielos, é tornará juez universal á dar en cuerpo y en ánima la merced muy alta del paraíso á todos los que lo hovieron servido, según es dicho, ó á quien hoviere hecho verdadera penitencia, de no haver bien servido.

Pero miremos que Sant Augustín, doctor de tanto renombre é santidad, duda si será dada gracia para hacer verdadera penitencia al que pudiendo servir en la vida que le fué dada lo guarda para cuando la muerte le ataja los pasos; y aquel buen ladrón que murió con Nuestro Redemptor nos convida á no desesperar; no, empero, nos quita el dudar que Sant Augustín dice, pues que ni una golondrina hace verano, ni un buen ladrón que fué salvo dice no ser condenados otros innumerables, como su compañero, que estava al otro lado de Cristo é no fué libre de la sentencia de muerte eterna que en el juicio universal se dará contra los ladrones é contra los que no agradecen é sirven tantas mercedes de Dios.

Estas cosas todas, pues las decimos cada día en el Credo, sería muy justo que las pensásemos muy despacio, deteniéndonos de una en otra como si nos hallásemos presentes, y en especial en la preñez é parto de la Reina del cielo, haciendo allí mil servicios; é también más especial en la sagrada Pasión, pensando aquella prisión tan deshonrada, é azotes é corona de espinas y mil vituperios que á ningún malhechor vimos ni oímos haver sido hechos; é fué todo recibido de aquella imperial é divina Majestad, con la muerte tan cruda que después pasó, por convidarnos á tener por nada las pompas é honras mundanas, tras quien los ciegos que esto no miran corren de contino. E devemos mirar que los que por algún embarazo del mundo no pudieren cada día pensar en esto, devrían á lo menos escoger para ello algún espacio de las fiestas, por que, cumplido el mandamiento que de su santificación les está puesto, hiciesen obra de que tanto bien les verná.

No puedo, empero, hallar qué excusa tengan los grandes señores del mundo para no hacer esto cada día, siquiera por espacio de media hora; pues que allende que su gran corazón á estas grandes cosas les convida, aun la mayor libertad que tienen para retraerse les da mucha ocasión á ello, allende de poder ser ayudados en todos los negocios que tienen de los muchos de quien le sirven. Al muy alto Dios plega quitar la ceguedad de sus corazones, para que puedan ver estas y otras grandezas que tanto desean sin saber qué desean y tan encubiertas les están.

CAPÍTULO XV

Que el estudio de las virtudes, que está muy olvidado en el mundo, engrandece mucho á todos y que pertenece más á los nobles.

La ciencia ennoblece los hombres más que la noble sangre de los antecesores y que todas las riquezas. E la verdadera ciencia es tener á Cristo en nuestras conciencias; el cual sin comparación se deleita más en los palacios de las virtudes de un aldeano que en los alcázares de los reyes y emperadores del mundo, si virtudes les faltan; pero havemos de mirar que para estudiar tan alta ciencia que sería menester algún libro; é cumplirá estudiar bien é aún pensar muy de corazón en lo así estudiado. E para que mejor pudiéremos estudiar y no se pudieren excusar aun los que no saben leer en los otros libros, esnos dado el libro de la sabiduría de Dios, que es el mismo Cristo, Señor nuestro, que en la Sagrada Escritura se llama libro de la vida, en quien sin trabajo ninguno y con gloria inestimable estudian siempre todos los bienaventurados los secretos y excelencias de todas las cosas.

Este libro fué escripto de letra muy gruesa para la gente grosera y ciega deste cegajoso mundo, cuando fué con mucha humildad é paciencia ensangrentado y enclavado en la cruz, para que si en la tierra leyésemos estas cosas que tanto havíamos menester, merresciésemos ver y saber las otras más sotiles y más altas que en Él se contienen; y por esto devemos siempre, y quien no pudiere siempre á lo menos en las fiestas, tomar un rato este libro tan precioso y darle mil vueltas de virtud en virtud, estudiando cada día un poquito.

Devemos en especial é primero aprender la

muy alta caridad con que quiso dársenos para cuanto huviésemos menester, y para estudiar allí cuán justo es que nos demos todos é del todo á su Majestad, en manera que deseemos emplear la vida toda en su servicio; é deseándolo así, que lo pongamos por obra en todas las cosas. Aquel podrá creer que tiene esta caridad que siente en sí una viva voluntad para ser mandado de Dios y obedecerle en lo que supiere serle mandado, como tienen los que sirven á los reyes de la tierra con deseo de las pequeñas mercedes que de ellos esperan; y es muy justo que lo tengan más los que sirven al gran Rey de los cielos, pues que tan mayores sabemos que serán las mercedes.

Pero aun notaremos, por que más entera y más cierta sea nuestra caridad, y por que nuestro servir sea más noble, é por que tan gran Majestad no es razón que sea servida principalmente por respecto de galardón, que nos deve siempre mover á servirle su muy alta é infinita bondad é grandeza é ser Él dignísimo dello, como lo hallarán más largamente escripto los que leyeren el *Arte de servir á Dios*, en el segundo notable que allí se pone. Y esto aprenderemos en este divinal libro que es Cristo Nuestro Dios, pues que vemos que, siendo Rey eterno, quiso servir tanto por sola bondad sin merecerlo nosotros por quien murió; por que también nosotros no nos contentemos hasta servir por aquella misma bondad sin otro respecto que sea principal; é cierto serán tanto más crecidas las mercedes cuanto más sin tener el ojo á ellas sirviéremos.

Otras maneras más altas para aprender la verdadera caridad hallará en este soberano libro de la vida quien supiere leer con mucha desenvoltura; pero baste esto al presente para los que no saben tanto. Y estudiemos también su mansedumbre é humildad, como El nos amonesta en el santo Evangelio; é miremos que parece muy feo el siervo de poco valor ser sobervio é rencilloso, teniendo presente su tan alto Señor, que por palabra y ejemplo le convida con tanta mansedumbre y humildad cuanto su vida sagrada muestra y más claramente su espantosa pasión.

Aprendamos también tener en poco las riquezas, pues que le vemos siempre pobre; y aprendamos huir de los deleites que tanto mal hacen, pues Él anduvo tan lleno de trabajos, y en la cruz fué socorrido en su sed con hiel y vinagre, allende de otras mil amarguras. Aprendan también los ricos de la tierra las obras de misericordia; miren que, estando todos enfermos de enfermedad mortal y perpetua, descendió este gran Dios hecho físico, y remedió nuestros males, no con yervas y medicinas comunes, pero con toda su sangre preciosa y con cuanto tenía; y sería bien justo que esos ricos tuviesen cuidado de apiadar los enfermos é redemir los cativos y vestir é remediar los pobres, pues que tan enteramente y con tanto trabajo hizo esto aquella gran Majestad.

Aprendan en especial los grandes ser amigos de la justicia, pues que vemos que, pudiéndonos rescatar de mil maneras con su gran poder, no quiso sino por que el pecado no quedase sin suficiente castigo; é si El quiso ser castigado en su Real persona por nuestros pecados, muy más justo sería cierto que cada uno castigase en sí mismo los propios, é que no consintiese agravio ni sinjusticia contra quien poco puede. Aprendan también los grandes ser amigos de la verdad, pues que, allende que Dios es verdad, sabemos que murió por la verdad y por encaminarnos á ella. Gozarse deven cuando la verdad les fuere dicha y aborrecer la compañía de los lisonjeros y que no dicen lo cierto. Remedie Dios Nuestro Señor la gran falta que en esto hay, porque comúnmente vemos que no quieren oir verdad, porque les lastima. E gózanse que les digan ser las cosas como ellos holgarían que fuesen, aunque saben según verdad no ser así.

E de aquí viene que los que á los tales sirven no estudian en el libro de la vida qué verdades dirán; pero, por contentar á sus señores, estudian en el libro de la muerte, que es la falsedad, pensando siempre qué hablarán y responderán conforme al falso apetito dellos. Por cierto no sé cómo se llame servidor fiel de Dios, que es verdad, el que aborrece al que se la dice, porque le desplace; pero tampoco sé cómo pueda ser amigo de la verdad aquel cuya vida es falsa é cuya vida siempre miente al gran Señor, á quien en el baptismo hizo pleito homenaje de renunciar las pompas del mundo y de Satanás; lo cual sabemos quebrantarse tan cada día é tan manifiestamente de los que más devrían presumir guardarlo, que ya lo quieren defender por ley, como si pudiesen prescrivir contra las leyes del muy

alto. Estas cosas con otras muchas remedie aquel eterno Dios que tanto sufre, y también castigará cuando se hartare de sufrir.

E tornando á nuestro principal intento, devemos siempre estudiar estas virtudes y las otras todas en este libro de la vida, poniendo siempre ante nuestros ojos en cuanto obremos dando mil vueltas en las excelencias que en su sagrada vida y muerte hallamos escritas. E por cierto, aunque la virtud se deve procurar siempre por solo Dios; pero aunque no fuere sino por sufrir con menos dolor los mil dolores é congojas que en este mundo se ofrescen, esto sólo devría bastar para correr siempre tras la virtud; ca pregunto: Quién es en la tierra libre de pesares, dolores y enfermedades? Por cierto ninguno; mas muchos hay muy llenos á las veces de males propios, á las veces de quien mucho aman. Cuántas veces lleva la muerte lo que más amamos! Cuántas pérdidas se ofrescen de hacienda propia y de quien bien queremos! Cuántos temores asoman cada rato! Cuántos sinsabores vienen de iguales y menores! Esto y lo demás sufre el virtuoso con igual corazón, porque sabe ser así la voluntad de Dios, en quien tiene todo su bien. E, al revés, el vicioso, como ninguna cosa tiene en Dios que le ampare y abrigue en estos trabajos, tanto más le lastima cada uno de ellos cuanto más desordenadamente ama las vanas honras y placenteros deleites de este mundo, é por consiguiente tiene más que doblados dolores.

Miren, pues, todos, y más los grandes señores, á quien más pertenesce toda nobleza é grandeza, é á quien más suelen lastimar las afrentas, por su mayor delicadez y señorío, cuánto les cumple estudiar y trabajar, según es dicho, en las virtudes; é si por ocuparse en las cosas pequeñas de la tierra esto dejaren, conozcan su perdición é busquen remedio, pues la vida es tan corta, como luego se dirá.

CAPÍTULO XVI

Que devemos siempre tener la muerte ante los ojos: el vicioso para refrenarse del mal, y el virtuoso para gozarse con quien todos los momentos le aparta desta vida tan pobre para llevarle á la vida eterna.

Pues que tras la vida viene la muerte tan sin falta, justo es que, haviendo escrito lo que pertenesce para bien vivir, digamos algo para aprender á bien morir. Cada día morimos, dice Séneca, pues que cada día nos cortan un pedazo de la vida; y tanto cuanto vamos cresciendo, tanto se acerca el morir descreciendo la vida; en manera que, si bien miramos, hallaremos, según dice Sant Gregorio, que esta vida presente no es sino una muerte prolija. E cierto, si esto bien pensásemos, con más aliento correríamos por la vida suso escrita, é aun con más templanza nos deterníamos en la vida viciosa tras que andamos.

Devrían mirar quien quiera que tiene hijos pequeños, que cuando les va cresciendo el corpecito, tanto se les va ya perdiendo y acortando la vida; y con esto templaría el desordenado amor que les tiene, y la cierta muerte que se les acerca convidaría á imponer los tales hijos en buscar la vida donde nunca se espera la muerte, y á no tener tanto cuidado de allegar para ellos lo temporal, que tan presto los dejará, aunque no se reprueva este cuidado siendo templado.

Considerar también devemos cómo Sant Bernardo amonesta cómo moriremos, y por gran merced rescibiremos si la muerte no es arrebatada; y no siendo tal, sino sosegada, devríamos considerar que llenos de mil congojas, sin podernos valer ni ser ayudados del mundo, todo se irá deshaciendo y afeando este cuerpo que tanto amamos; y poco á poco se nos quebrarán estos ojos y la lengua se amortiguará; el dolor será inestimable del que no hoviese servido algún rey que sólo le puede valer; mil temores terná que le hagan temblar; los demonios se ofrescerán presentes con más sotileza que nunca, por no perder lo que han trabajado en el tiempo pasado en subjetar á su servicio á los viciosos; é aun contra los virtuosos pelearán valientemente, salvo que serán socorridos del gran Señor, para que aun en aquel punto postrero alcancen con razón de vencimiento más glorioso, como quien está tan cerca de recibir las muy altas mercedes prometidas á los nobles vencedores de sí mismos y de los enemigos de su gran Dios; pero justo es pensar cuán grande será el espanto de ver en aquel punto de la muerte á aquellas espantosas caras de los demonios.

Por cierto si la muerte de suyo es tan terrible é de tanta congoja é amargura, que aun en una cama blanda no se puede mover el que se muere, grandísimo será el estrecho en

que lo pornán tan espantosos y guerreros golpeadores como los demonios. O día cierto é tan no sé cuándo! O día tan memorable é tan olvidado! O día necesitado de tanta provisión é tan desproveído! O día tan deseoso de vida, y cuán cierto no le será dada! O día para quien nos fueron dados todos los días, é cuán ninguno le dimos para lo que devíamos! O día triste y maldito para quien siempre anduvo tras las consolaciones y deleites é honras desta vida, pues que el Hijo de Dios dice en el santo Evangelio: Guay de vosotros, ricos, que aquí tenéis vuestras consolaciones! O día muy triste para los tales, pues que después dél nunca un momento ternán de los deleites que tanto procuraron, pero ternán días perpetuos que nunca se acaben de mala ventura y angustia é tormentos en pago de haver olvidado este día tan memorable, de donde les vino tan deshonrado vivir, con que merescieron tan triste morir é tan más triste penar para siempre, ó al revés para los que deste día se acordaron! O día de nuestro verdadero nacer para la vida de vida eterna! O día con tanta razón deseable, pues que en él fenesce el morir é comienza el siempre y triunfante bivir! O día que echando sus resplandores á todos los días pasados los alimpia de toda vescosidad mundana! O día de muy alta gloria y ganancia, pues será día en que podamos ofrescer nuestra vida, que tanto amamos, al muy alto Señor que la quiere tomar é que puso la vida por enriquecer la nuestra! O día de la muerte de los justos, preciosa en los ojos del Señor, como dijo el profeta Real; pues que entonces les serán mostradas las muy altas grandezas y preciosas riquezas para que fueron criados, y por las cuales menospreciaron las nonadas de este mundo!

O, pues, ilustres personas é señores deste mundo, á quien en especial va enderezada esta obra, pídoos y conjúroos por el gran deseo que tenéis de vida honrosa é deleitosa, sin mezcla de sinsabor ni enojo, que os acordéis deste día que por vosotros pasará! E mirad cuán servidos fuistes en este mundo, é cuán ningún servicio podréis recibir aquel día, si no hoviéredes servido al gran Rey, cuyos sois con cuanto tenéis. Mirad también cuántos dolores os cercarán, cuán amargos gemidos darèis, cuán presto gozarán los gusanos de ese vuestro cuerpo, que con tantas diversidades de sabores les aparejáis. E cierto si esto miráis, *in æternum* no pecaréis, como dijo el Sabio; é no pecando, ocuparos heis en la vida que arriba está escrita; é después della, pasada con harto gozosos pasatiempos que no están vedados de vuestro universal Señor, vernéis á gozar de los universales bienes que á vosotros y á todos los que os acompañaren en la buena vida están aparejados para siempre jamás.

Fué impreso el presente Tratado del Arte de servir á Dios y Espejo de ilustres personas en la noble villa de Alcalá de Henares, por Miguel de Eguía. Acabóse á XVII de Marzo de 1525.

INDICE GENERAL

DE LAS OBRAS CONTENIDAS EN ESTA COLECCIÓN DE ESCRITORES MÍSTICOS ESPAÑOLES

I

III

IV

Tetuán de Chamartín.—Imp. de E. Bailly-Baillière.

BINDING SECT. DEC 5 1983

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

